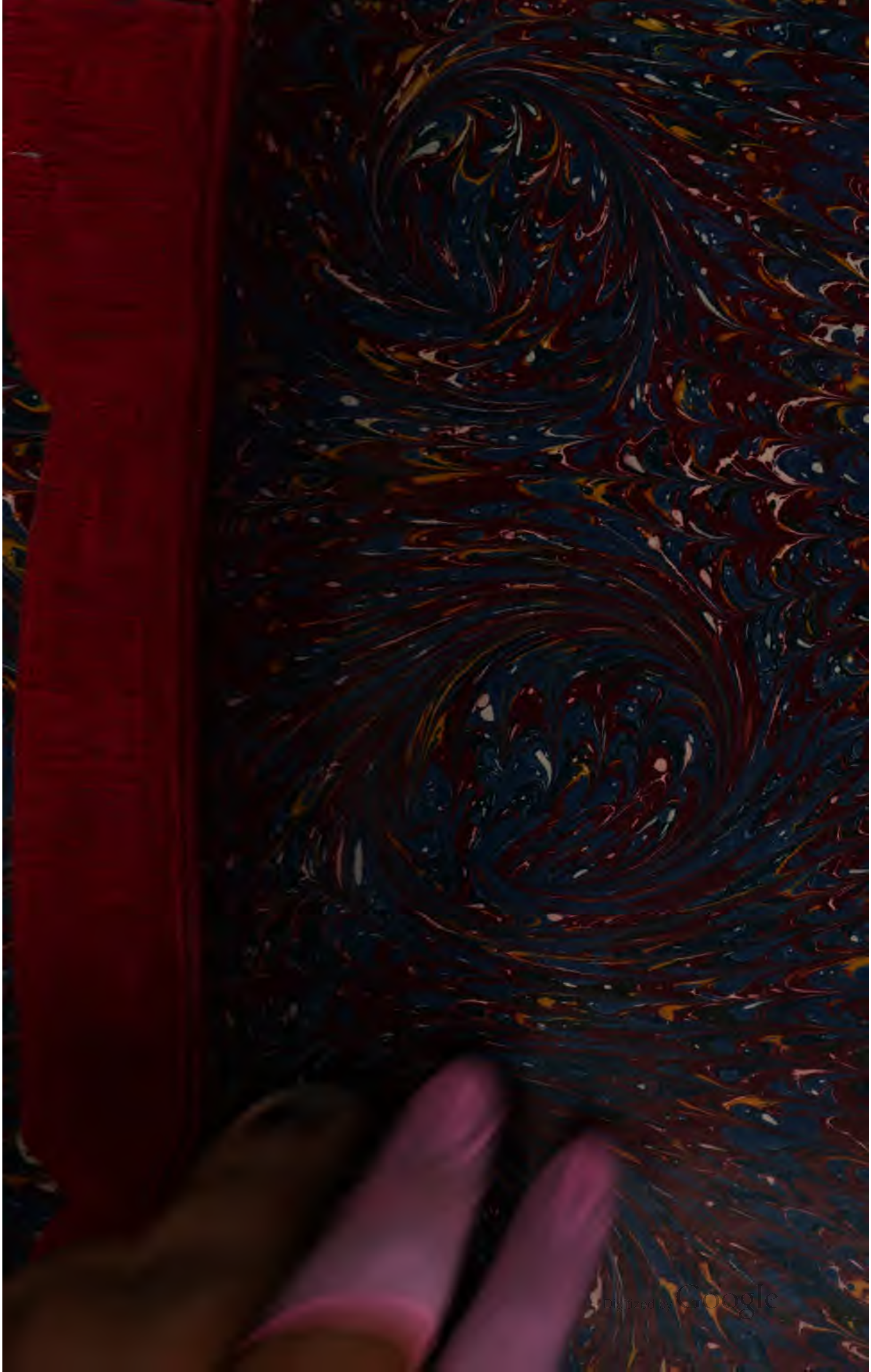



DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Taylor Institution.



BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.



166.
9 1.
DOMINUS ILLUMINATIO MEA
Taylor Institution.
Span. Ser. I/1



BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS,

ordenada é ilustrada

POR D. BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU.

OBRAS

DE

Miguel de Cervantes Saavedra.

CUARTA EDICION.



MADRID.
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DE LA MADERA, 8.

1860.

66.

ADVERTENCIA.

En el Prospecto de nuestra Biblioteca indicamos lijeramente la consideración que nos habia movido á dedicar su primer tomo al autor ilustre de que mas se gloría nuestra nacion. Colocado Cervántes en el período mas luminoso de la historia literaria de España, ocupa allí el primer lugar: él por sí solo forma una época y una gran seccion, donde no tiene compañero. Como novelista (y no de otra manera debe considerársele) divide por mitad los cuatro siglos que han mediado desde el Bocacio hasta Walter Scott y Manzoni, y señala el punto donde concluyó el progreso y comenzó la decadencia del arte.

Faltaba en España una coleccion de las obras de Cervántes que pudiese llamarse completa. Todos tenian el *Don Quijote,* muchos las *Novelas ejemplares,* algunos la *Galatea* y el *Pérsiles*, pocos las poesías, y nadie las habia recogido en un solo cuerpo. A esta necesidad hemos intentado acudir; y, cosa que parecia dificilísima, hemos logrado reunirlo todo en un solo volúmen, que confiamos no desagradará, ó por lo ménos será una prueba de los deseos que nos animan de propagar y popularizar las buenas lecturas, y ostentar á la vista de los extranjeros el tesoro de que somos poseedores.

Lo único que falta á la integridad de las obras de Cervántes son sus composiciones dramáticas. No por su escaso mérito hubieran dejado de ocupar un lugar en este tomo; pues de los grandes ingenios hasta los desperdicios se aprovechan y se guardan. Pero, segun el plan que nos hemos propuesto en nuestra empresa, estos documentos importantes de la historia del teatro tienen su lugar propio y exclusivo en otra seccion, en la cual ó se echarian de ménos ó deberian repetirse, so pena de culpable omision ó manquedad. La literatura dramática ofrece un fenómeno digno de notarse, que la distingue, y es que ha caminado sola é independiente de los demas géneros, prosperando cuando ellos decaian, y corrompiéndose cuando ellos se purificaban: gene-

ralmente hablando, los que han sobresalido por su admirable talento en la escena, han sido fuera de ella poetas muy medianos; y por el contrario, autores felicísimos en la fábula cantada ó narrada, se han estrellado contra las dificultades del diálogo y de la disposicion. Este hecho, que no hemos podido ménos de tener presente en nuestros trabajos, ha debido por necesidad influir en nuestro repartimiento.

No encarecemos nuestra diligente escrupulosidad en la revision del texto, y aun confesarémos que en esto hemos andado sobrado parcos y meticulosos. Otros mas autorizados nos han dado el ejemplo, y no habiamos de atrevernos á lo que no se atrevió la Academia española. Algunas cosas leemos en CERVÁNTES que él no pudo escribir tales como están impresas; pero otras hay, aunque pocas, en que podemos asegurar la manera en que CERVÁNTES las escribió ó quiso escribirlas en medio de su genial precipitacion. Solo cuando hemos adquirido este convencimiento ha cesado nuestra perplejidad: no hemos enmendado el texto; hemos corregido una prueba.

Una variante curiosa, en la cual sin embargo nadie, que sepamos, habia parado la atencion, se hallará en la segunda parte del *Don Quijote*. Su importancia se recomienda tanto mas, cuanto tiene relacion con el carácter dominante de la época.

Nada inédito creiamos poder presentar en este primer tomo. Pero aun en esto nos ha sido la suerte favorable; y una oda al conde de Saldaña, de cuya autenticidad no puede dudarse, cierra la marcha de las poesías sueltas hasta ahora no recopiladas.

Si no en todo hubiéremos acertado, el público hará justicia á nuestro buen deseo.

VIDA DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Mas de un siglo despues de muerto Miguel de Cervántes Saavedra, apénas eran conocidos los principales sucesos de su vida, hasta que lord Carteret, en obsequio á Carolina, esposa de Jorje II de Inglaterra, encargó á D. Gregorio Mayans la biografía de aquel español esclarecido, que siendo la admiracion del mundo, yacia casi olvidado en su propia patria. Desde entónces se manifestó picado el pundonor nacional; y los mas eminentes literatos y curiosos investigadores de nuestras glorias, el P. Maestro Sarmiento, D. Juan de Iriarte, D. Agustin de Montiano y Luyando, D. José Miguel de Flores, Fr. Alonso Cano, obispo de Segorve; Don Vicente de los Rios, D. Juan Antonio Pellicer y otros de ménos nombradía, se empeñaron en esclarecer la verdad, logrando importantes descubrimientos; por último, D. Martin Fernandez de Navarrete, añadiendo á los hallazgos de los precedentes el fruto de sus nuevas pesquisas, escribió la vida de Cervántes con tanta copia de datos, tanta finura de crítica y tanta pureza de diccion, que nada dejó que desear. Nuestra tarea es mas fácil: libres del deber de demostrar hechos, ántes dudosos y ahora averiguados, podemos dar á nuestra relacion el tono de certidumbre que conviene, apuntar lijeramente como problemático lo que se ha ocultado á la diligencia de tan insignes maestros, y entre las vicisitudes de una vida inquieta y atribulada descubrir la belleza de un alma tan generosa en sus impulsos como rica en todas las prendas del ingenio (1).

Cesó la competencia entre las siete poblaciones que se disputaban la honra de haber recibido al nacer al príncipe de nuestros escritores; quedan eliminadas Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra y Alcázar de San Juan: documentos irrecusables deciden á favor de Alcalá de Henares, ufana de tan gloriosa maternidad. Allí nació Miguel de Cervántes, y fué bautizado en Santa María la Mayor, á 9 de octubre de 1547. La tradicion señala todavía los restos de la casa en que dicen se crió, enclavados hoy en la huerta de los Capuchinos y reducidos á una pared y puerta tapiada, con indicios de la pobreza de sus antiguos huéspedes. Ignórase las circunstancias que fijaron en Alcalá la residencia de la familia de Cervántes. Llamábase su padre Rodrigo, su madre D.ª Leonor de Cortinas, natural de Barajas; su abuelo Juan de Cervántes, corregidor de Osuna, donde dejó buena memoria de su gobierno, y descendiente (si es exacto el árbol genealógico publicado) del gran Alfonso Nuño, alcaide de

(1) A mas de las noticias y documentos contenidos en las obras de los citados escritores, hemos tenido á la vista unos extensos estudios sobre Cervántes, que en el año de 1852 preparaba en Paris para la impresion el Sr. Arrieta, conocido ya por otros trabajos literarios. Este curioso manuscrito, fruto de largos años de lectura y meditacion, se halla en poder de nuestro amigo el Sr. Hartzenbusch, quien ha tenido la bondad de facilitárnoslo para consultar; y no será este el único favor que le deberá nuestra *Biblioteca*. Otra adquisicion mucho mas preciosa hubiéramos podido lograr, admitiendo el generoso don que nos ofreció el Sr. Quintana, de la biografía de Cervántes, que tiene escrita con destino á su aplaudida obra de las *Vidas de españoles célebres*. En poco estuvo que no rompiéramos lo que habíamos borroneado, sustituyéndolo tan ventajosamente, y encabezando nuestra coleccion con un nombre tan respetable como el del digno patriarca de nuestra literatura; y aunque él mismo con su amable franqueza nos manifestó que tal vez no podria convenirnos su produccion, por lo distinto del objeto á que se encaminaba, no hubiéramos seguido por esta vez su consejo, á no considerar que con ello descabalábamos en cierta manera una obra, cuya deseada continuacion ha de aumentar, si es posible, la justa nombradía de su autor. Con su autorizacion nos hemos aprovechado de algunas ideas; y mas que de haberlas concebido, si fuesen nuestras, nos gloriaríamos de haber merecido esta muestra de aprecio, y de rendirle este homenaje de sincera gratitud.

Toledo, cuya rama vino á entroncarse con la de los reyes de Castilla, por medio de D.ª Juana Enriquez de Córdova y Ayala, segunda mujer de D. Juan II. Sea como fuere, su familia era conocida como de hidalgos principales, aunque decaida de su antiguo esplendor, á causa de los escasos bienes de fortuna, que con bastante frecuencia son señales de hereditaria honradez en repúblicas de cierta manera organizadas. Y como esta misma condicion era entónces, aun mas que en nuestros dias, obstáculo para ejercer ciertas profesiones lucrativas sin dejar de ser honestas, la escasez de recursos de los padres de CERVÁNTES, sobrecargados ademas con el sustento de otros hijos, no les habria permitido darle la educacion que á su clase correspondia, si su residencia en Alcalá, emporio en aquel tiempo de las ciencias y liberales estudios, no les hubiera facilitado los medios económicos de atender á esta obligacion, cultivando desde la cuna aquella clarísima y fecunda inteligencia.

Pocas noticias tenemos de los primeros años de CERVÁNTES, como no sea por algun fugaz recuerdo expresado casualmente en sus escritos. Así sabemos que siendo todavía muchacho vió representar al famoso Lope de Rueda, insigne farsante y autor dramático, quien por aquellos tiempos vino de Sevilla, su patria, á Madrid y otras poblaciones de Castilla á dar muestras de su rara habilidad; y quedaron tan impresos sus versos en la memoria de CERVÁNTES, que aun en edad muy provecta se deleitaba en recitarlos como modelo de cómica elocucion (2). Desde tan tierna edad mostró decidida inclinacion á la poesía, aunque, segun él mismo confiesa, no le fué concedido este don por el cielo, que por otros caminos á la cumbre de la gloria le guiaba (3). De aquella vivacidad y donaire, que conservó constantemente hasta despues de recibida la Extrema-uncion, podemos inferir la que descubriria desde niño, porque estas son prendas que nacen con el hombre, y no se adquieren, aunque sí se dirigen y regularizan por el trato y la educacion.

De sus primeros maestros solo conocemos el nombre del presbítero Juan Lopez de Hoyos, varon piadoso y grande humanista, que despues fué nombrado catedrático de gramática latina en el estudio de la villa de Madrid, de donde era natural, y posteriormente cura de la parroquia de San Andrés. Es de creer que CERVÁNTES aprenderia con singular aprovechamiento, si se atiende á los elogios y expresiones de cariño que le prodigó su maestro, segun verémos dentro de poco. Su aplicacion, por lo ménos, y ansia de saber era tanta, que á tenor de lo que él mismo refiere, iba recogiendo para leer los papeles rotos que encontraba por las calles (4). Sus obras demuestran que sin menoscabo de su ingenio y propio caudal poseia una erudicion no vulgar, y abundante lectura de los buenos autores, á quienes unas veces alude y otras cita, si bien con frecuente descuido é infidelidad; y esto explica satisfactoriamente la interrupcion

(2) «Yo, como el mas viejo que allí estaba (escribia en el prólogo de sus comedias impresas en 1614), dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varon insigne en la representacion y en el entendimiento...... y aunque por ser muchacho yo entónces no podia hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos agora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho.»

(3) Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía.
(*Viaje al Parnaso, pág.* 596.)

Yo que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo.
(*Ibidem, pág.* 589.)

Que yo soy un poeta desta hechura:
Cisne en las canas y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco.
(*Ibidem, pág.* 589.)

(4) Y como soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles. . . . .
(*Don Quijote*, primera parte, cap. IX, pág. 245.)

de sus estudios á consecuencia de su agitada vida, que pudo muy bien y debió debilitar la forma material de sus primeras sensaciones literarias, pero nunca borrar el espíritu de ellas, ni la oportunidad y gracia con que se fundian y á su propósito se amoldaban en la activa oficina de su entendimiento. Si hubiese seguido alguna carrera literaria tal vez se hallaria privado el mundo de aquellas obras, donde mas que la ostentacion de las ideas ajenas campea y resplandece la originalidad de las propias, y sobre todo aquella travesura y práctica del mundo, que se aprende mejor en las posadas, campamentos y cárceles, que en las graves universidades, aun entre los pasajeros desahogos y escapadas de la bulliciosa estudiantina. No los hubo de desconocer Cervántes, supuesto que los describió con singular maestría en repetidos pasajes, y de aquí han sospechado algunos que estudió dos años de filosofía en Salamanca. Realmente ha asegurado alguno haber visto en los apuntamientos de las matrículas corespondientes á aquellos años inscrito el nombre de un Miguel de Cervántes, que por mas señas vivia en la calle de Moros; y las alusiones tópicas y de costumbres que se notan en varios pasajes de sus obras, y sobre todo en su novela de la *Tia Fingida*, dan á entender que no hablaba de oidas ciertamente. Sin embargo de todo, se hace difícil comprender cómo, no hallándose muy holgada en recursos la familia de Cervántes, y viviendo cabalmente en Alcalá, donde se daba á la juventud abundante instruccion en las ciencias que privaban en aquella época, pudo determinarse á sostener esta nueva carga, á no ser que recibiese el auxilio de un protector hasta aquí desconocido, ó que con mengua de su hidalga condicion consintiese un mozo tan bien dispuesto la vida desairada de sopista.

De todas maneras, se hallaba Cervántes en Madrid, cuando en 24 de octubre de 1568 celebraba la villa en las Descalzas Reales las solemnes exequias de la reina Isabel de Valois, mujer de Felipe II, cuya temprana muerte, combinada con otros sucesos contemporáneos, dió ocasion á tantas hablillas entre los desocupados, y á tan misteriosos comentarios entre los historiadores. El maestro Juan Lopez de Hoyos, ya citado, tuvo el encargo por el ayuntamiento de componer las historias, alegorías, geroglíficos y letras que debian colocarse en la iglesia, y con este motivo publicó una relacion de la enfermedad, muerte y funerales de aquella princesa, insertando allí varias composiciones poéticas de sus discípulos, unas en latin y otras en castellano. Entre ellas figura con expresa y particular recomendacion el nombre de Miguel de Cervántes, al frente de un soneto, cuatro redondillas, una copla y una elegía en tercetos, compuesta en nombre de todo el estudio y dirigida al cardenal Espinosa, inquisidor general (5).

Tales son las primicias que conocemos de aquel grande ingenio, las cuales por su mérito intrínseco estarian ya olvidadas, si el vuelo que tomó despues no hicieran interesante y curioso cuanto á él se refiere, y mas que todo sus primeros arranques. En mucho los estimaria su maestro, cuando én la referida relacion colma de elogios á su autor, llamándole repetidamente su *caro y amado discípulo*, que lo habria sido anteriormente sin duda, supuesto que á la sazon contaba ya veinte y un años. Ni deben extrañarse estas muestras de admiracion, que ahora pasarian por desmedidas, si se considera el estado de la poesía española en aquella época.

El gusto no estaba formado aun; en las manos de la juventud apénas corrian mas libros que las primitivas ediciones de los cancioneros; todavía las obras de Boscan y Garcilaso no se vendian *por dos reales*, como decia Quevedo mas de treinta años despues; la mayor parte de las buenas composiciones de la primera mitad del siglo XVI se hallaban inéditas; la novedad daba el nombre de divinos á poetas muy medianos; los mayores ingenios de aquel siglo, Fr. Luis de Leon, Hernando de Herrera y otros, borroneaban á sus solas los preciosos ensayos de su juventud; D. Alonso de Ercilla, recien venido de Chile, arreglaba los borradores de su *Arau-*

(5) *Poesías sueltas*, pág. 612.

cana, y en aquel mismo año y mes nacia en Valdepeñas Bernardo de Valbuena : no debe pues sorprendernos el que los mas allegados á CERVÁNTES, los que disfrutaban de su conversacion animada, llena de brio, salpicada de gracia, adivinasen ya, por sus primeras tentativas, lo que en otro género habia de ser despues.

Probablemente en esta ocasion hubo de conocerle y cobrarle afecto monseñor Julio Aguaviva, hijo de los duques de Atri, y muy estimado de la santidad de Pio V, quien le envió desde Roma, en calidad de legado, so capa de dar á Felipe II el pésame por la muerte del príncipe D. Cárlos, y con el encargo de arreglar asuntos relativos al ejercicio de la jurisdiccion eclesiástica, con motivo de ciertas competencias ocurridas en el Estado de Milan. Habia á la sazon subido de punto el sombrío humor del Rey, á consecuencia de disgustos de familia, lo cual, unido á su extremada delicadeza en cuanto se rozaba con las regalías de la corona, dió lugar á que el legado fuese recibido con desabrimiento y despachado no muy á su gusto, pues en 2 de diciembre se le expidieron sus pasaportes para que saliese de España, por via determinada, en el término de sesenta dias. Era Julio Aguaviva mozo virtuoso y de muchas letras ; tenia poco mas de veinte años, y á los veinte y cuatro recibió el capelo; gustaba mucho, segun el testimonio de Mateo Aleman, de tratar á los hombres de ingenio, á quienes obsequiaba magníficamente. Prendado de las buenas disposiciones de CERVÁNTES, le recibió á su servicio en clase de camarero y lo llevó consigo á Italia.

Este viaje fué para CERVÁNTES de sumo aprovechamiento, por cuanto desenvolvió en gran manera su genio observador. Por las descripciones de paises y de costumbres que diseminó en numerosos pasajes de sus obras, se puede casi trazar la ruta que llevó, por Valencia, Cataluña, el mediodía de la Francia, el Piamonte, el Milanesado y la Toscana, hasta la capital del orbe católico. Hallábase entónces la Italia en el mayor grado de cultura literaria : aun resonaban en ella los cantos del Taso y del Ariosto; delantera á todas las naciones en la grande obra del renacimiento, aun conservaba frescamente impreso el sello de Leon X, de los Médicis y del mismo Cárlos V, quien, sea dicho de paso, favoreció mas la literatura italiana que la nuestra. Grande era el concurso de españoles en aquella peninsula, cuyos dos extremos y aislados apéndices formaban parte de la vasta monarquía de Felipe, como puntos avanzados para observar el Levante y amenazar las contrapuestas costas africanas. Unos pasaban allá con gobiernos, magistraturas y otros cargos de pública administracion ; otros iban á militar bajo las temidas banderas guiadas por acreditados capitanes ; otros acudian de propósito á instruirse en aquellas famosas universidades y colegios, entre los cuales descollaba el fundado en Bolonia por el cardenal Albornoz para sus compatriotas ; otros por fin mas escasos de medios visitaban el pais á la sombra de algun príncipe protector, de cuyo servicio los mas bien nacidos no se desdeñaban.

El palacio de un hombre tan ilustre, cortesano y accesible como el futuro cardenal, debia de ser frecuentado por los buenos ingenios que florecian entónces en Roma; y allí trataria CERVÁNTES algunos que formarian su gusto, excitarian su emulacion, y aun le pegarian los italianismos de que se resienten alguna vez sus escritos. Pero este género de vida duró poco : sin ningun motivo de desagrado, dejó CERVÁNTES una casa de la cual conservó siempre gratas memorias. En el año de 1571 habia sentado ya plaza de soldado en los tercios españoles. O tedioso de la domesticidad, que no cuadraba á su carácter independiente, ó lo que es mas probable, ambicioso de todo género de gloria en un siglo entusiasta y emprendedor, abrazó con ardimiento una carrera que atraia á la noble juventud, y en que los ánimos esforzados veian ocasiones honrosas de distinguirse y de medrar. Al orgullo nacional se agregaban entónces estímulos muy activos, por la relacion que tenian con las ideas religiosas y civilizadoras. El ser español era todavía un timbre de gloria : los conquistadores del Nuevo Mundo aspiraban tambien á mantener su disputada superioridad en el antiguo, y desafiaban arrogantes á todas las

raciones en el proceder generoso, en el valor de su ánimo y en la fuerza de su espada.

El sultan Selim II se habia apoderado alevosamente de la isla de Chipre, perteneciente á la república de Venecia, la cual imploró desde luego el auxilio de los príncipes de la cristiandad, aunque por celos y rivalidades no todos ellos respondieron á su llamamiento. El rey Felipe, sin embargo, excitado por el Pontífice, acudió presuroso al peligro comun, y sin previo tratado formal facilitó sus naves y sus tropas para la expedicion, que sin gran resultado se emprendió en el verano de 1570, bajo el mando de Marco Antonio Colonna. A ella, en la humilde parte que le cupo, concurrió Miguel de Cervántes, supuesto que tal fué el destino de su compañía, mandada por Diego de Urbina, capitan valerosísimo, dependiente del tercio de Don Miguel de Moncada, jefe no ménos famoso por sus hazañas.

Por la primavera del año siguiente de 1571 se concertó la liga contra el turco, entre su Santidad, el Rey de España y la señoría de Venecia; y en el mismo tratado se nombró generalísimo de todas las fuerzas de mar y tierra á D. Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V, quien, aprestándose con la celeridad del rayo, voló á organizar sus escuadras, que zarparon del puerto de Mesina, en 15 de setiembre, con el presentimiento de una gloriosa jornada. Tal fué la del 7 de octubre inmediato en las aguas de Lepanto, donde forzada á batirse por su situacion la armada turquesca recibió el mayor descalabro que vieron los siglos. Dividida la de los coligados en tres escuadras de combate y dos de reserva, formaba el ala izquierda la que mandaba Agustin Barbarigo, proveedor general de Venecia, y por ella empezó el ataque sobre mediodía, empeñándose la reñida accion por todo el resto de las fuerzas. En esta escuadra tenia su puesto la galera *Marquesa* de Juan Andrea Doria, mandada por Francisco Sancto Pietro; y en ella gemia Cervántes postrado por unas calenturas que le dispensaban de todo servicio. Pero apénas supo que se iba á entrar en combate, se levantó precipitado y corrió á su puesto. En vano su capitan y sus amigos quisieron persuadirle á que se estuviese quedo abajo en la cámara de la galera. «Señores, respondió, ¿qué se diria de Miguel de Cervántes? En todas las ocasiones que hasta hoy en dia se han ofrecido de guerra á S. M. y se »ha mandado, he servido muy bien como buen soldado; y así ahora no haré ménos, aun»que esté enfermo é con calentura: mas vale pelear en servicio de Dios é de S. M. é morir »por ellos, que no bajarme so cubierta.» Pidió con las mayores instancias á su capitan que le colocase en el lugar mas peligroso, y así lo hizo este destinándole á la cabeza de doce soldados en el lugar del esquife. Desde allí, rechazando con valor y hasta el fin las arremetidas de los enemigos, recibió dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda, que le quedó estropeada hasta el punto de no poder ya mas valerse de ella (6).

Concluida la batalla, despues de una breve estacion en el puerto de Petela para reparar las averías, volvieron las fuerzas navales á Sicilia, desde donde se repartieron los buques en varios puertos de Italia para la próxima invernada. Cervántes permaneció en el hospital de Mesina curándose de sus heridas, agravadas por efecto de sus otros males: la curacion fué larga, supuesto que duraba todavía en el mes de marzo del año siguiente, con el consuelo de verse atendido por su ilustre general el Sr. D. Juan, quien, tan terrible para sus enemigos en el campo como benévolo y amoroso para sus soldados, hizo el debido aprecio de sus merecimientos, le socorrió varias veces, y le aventajó en tres escudos al mes, cuando ya restablecido se halló en el caso de volver al servicio.

A fines de abril de 1572 se vió incorporado en el tercio de D. Lope de Figueroa, que fué á Corfú en las galeras del esclarecido marques de Santa Cruz, concurriendo bajo las

(6) Así resulta de las declaraciones prestadas en 1578 por los alféreces Mateo de Santisteban y Gabriel de Castañeda, en la informacion hecha ante un alcalde de corte, á solicitud de Rodrigo de Cervántes, para obtener los medios de rescatar á su hijo Miguel.



órdenes de Colonna á la jornada de Levante, y bajo las del Generalísimo á la empresa de Navarino. En medio de los brillantes proyectos que para la próxima campaña se concebian, los manejos de la Francia lograron apartar á los venecianos de la liga formidable que iba á anticipar en mas de doscientos cincuenta años la independencia de la Grecia. Así que, desviado el golpe que debia descargar sobre el turco, vino á caer sobre las potencias berberiscas. Pero en vacilaciones y consultas perdióse la mejor estacion, y hasta fines de setiembre 1573 no salió de Palermo la expedicion, que se posesionó del fuerte de la Goleta y de la ciudad de Túnez, donde D. Juan de Austria, harto confiado en la benevolencia de su hermano, soñaba en asentar su codiciada soberanía. De esta expedicion fué parte el tercio de Figueroa, y tal vez CERVÁNTES pertenecia á las cuatro compañías del mismo, que segun la expresion de Vanderhamen (7), hacian temblar la tierra con sus mosquetes. No se hallaba CERVÁNTES en aquel pais cuando al año siguiente se perdieron Túnez y la Goleta, pues habia pasado á Cerdeña de guarnicion, despues al Genovesado, y de allí á Nápoles y Sicilia, á las órdenes del duque de Sesa, siendo en todas ocasiones un modelo de valor y de subordinacion militar.

A pesar de tantos esfuerzos no mejoraba la suerte de CERVÁNTES, reducido á la miserable condicion de simple soldado. Ansioso de volver á ver su patria y de obtener algun premio por sus servicios, solicitó su licencia, y la obtuvo desde luego del Sr. D. Juan, quien le proveyó de expresivas cartas de recomendacion para el Rey su hermano, á fin de que se le confiriese alguna compañía; el duque de Sesa escribió tambien encarecidamente en su favor á S. M. y á los ministros. Con tan buen recaudo salió de Nápoles en la galera de España llamada el *Sol*, en compañía de su hermano Rodrigo, de Pero Diez Carrillo de Quesada, gobernador que fué de la Goleta y despues general de artillería, y de otras personas de cuenta.

Pero tan lisonjeras esperanzas habian de desvanecerse en un momento. Navegaba la galera el *Sol* la vuelta de las costas de España, cuando en 26 de setiembre de 1575 se encontró rodeada de una escuadrilla de galeotas que mandaba en persona el arnaute Mami, renegado albanes, capitan de la mar de Arjel, que era destino de importancia en aquel reino. Diéronle caza tres de estos bajeles, de los cuales el uno era de veinte y dos bancos al mando del arraez Dalí Mamí, tambien renegado griego, y atacándola con denuedo vinieron al abordaje y la rindieron despues de obstinada é inútil resistencia. La galera fué conducida á Arjel, y lo mismo su tripulacion y pasajeros, á sufrir todos los trabajos y humillaciones de la cautividad.

El ánimo se estremece á la relacion del indigno trato que sufrian los infelices cristianos cuando caian en el poder de hombres tan desalmados, dentro de aquella madriguera de piratas, que con mengua de la Europa y escándalo de la posteridad subsistió todavía por espacio de dos siglos mas con las mismas mañas, amenazando aun despues repetirlas, hasta que en 1830 convino á los intereses políticos de la Francia vengar de tamaño ultraje á la humanidad. Los cautivos eran adjudicados por tasacion á los partícipes en el atentado, y estos quedaban dueños absolutos de sus personas, con potestad de vida y muerte, sin que legislacion alguna coartase ni regularizase los derechos del señor sobre su siervo. Destinábanlos á los trabajos mas penosos, los encerraban en baños pestíferos, cargados de cadenas; los vendian y trocaban á su placer, exigian por su rescate cuantiosas sumas, hasta dejar arruinadas á sus familias, y á la menor falta ó desman los ahorcaban con la mas fria indiferencia, ó les infligian castigos todavía mas atroces. Al mismo tiempo procuraban con halagos, con promesas y con la perspectiva de una holgada fortuna inducirles á renegar de su fe. Por lo demas les permitian el ejercicio de su culto, que llegó á celebrarse con cierta ostentacion. «Probablemente (escribia Clemencin en 1832) no se hubiera permitido entónces otro tanto á los moros cautivos en España.» Es verdad, y debemos hacer justicia á nuestros mismos enemigos, que á pesar de su barbario

(7) *Vanderhamen*, Historia de D. Juan de Austria, lib. 4.

dejaban al hombre este último asilo y consuelo inestimable en medio de las mayores miserias y mas duros trances de la vida.

Cupo nuestro CERVÁNTES en suerte al arraez Dalí Mamí, que le habia apresado, y que por el agradable aspecto de su cautivo, por el señorío de sus maneras, por su bravura en el combate, por el respeto que no obstante sus juveniles años le manifestaban sus compañeros de desgracia, y sobre todo, por las encarecidas cartas de recomendacion que le encontró de sus ilustres jefes, hubo de tenerle por persona principal de quien podria obtener un gran rescate. Experimentado en los medios de tan abominable granjería, le trató con todo el rigor compatible con la conservacion de su mísera existencia, teniéndole muy guardado y sujeto, y valiéndose de los padecimientos de un infeliz para la satisfaccion de su codicia; de suerte que las mismas prendas exteriores y morales con que habia dotado el cielo á CERVÁNTES, las muestras de aprecio que en una ocasion singular habia recibido, sirvieron solo para su mayor tormento.

Situacion era esta capaz de abatir al hombre mas esforzado; pero el alma de CERVÁNTES era inflexible: una idea única se apoderó de ella, desde el momento en que se vió privado de su libertad; la de recobrar este bien que no tiene precio. Esta es la parte mas interesante de toda la vida de CERVÁNTES: en ella se engrandeció su alma altanera, se aguzó su ingenio, y subieron de punto su heroismo y generosidad. Afortunadamente no escribimos una novela, aunque lo parece: ningun suceso de cuantos le atañen se halla mas plenamente justificado que esta serie de tentativas arriesgadas en que á cada paso comprometió su cabeza para alcanzar su libertad, y cuando no, para salvar la vida de sus cómplices y clientes en causa tan gloriosa (8).

A pesar de tanta vigilancia no tardó en presentársele oportunidad de fugarse de la casa de su amo; y buscando un moro que le sirviese de guia, le indujo á que le acompañase por tierra hasta Orán, plaza de la costa que ocupaban los españoles. Reuniéronsele para esta empresa varios cautivos de su prediteccion, con quienes, á costa de aumentar su riesgo, quiso compartir el beneficio, siendo el alma y el caudillo de esta expedicion, como lo fué siempre de todas las demas tentativas que trazó y dispuso su fecundo ingenio, estimulado por el deseo de la libertad. Pero despues de haber andado alguna jornada el moro abandonó á los fugitivos, quienes tuvieron que volver á Arjel á recibir severos castigos de sus patrones. El de CERVÁNTES, que segun noticias no era de los ménos duros, redobló sus cadenas y estrechó mas y mas su triste encerramiento para asegurar la esperanza de un buen rescate.

Así que la familia de CERVÁNTES tuvo noticia de la desgracia, hizo los mayores esfuerzos con el fin de juntar los medios necesarios para el recobro de tan caras prendas: desde luego malvendió su corto patrimonio, empeñó las dotes de las hijas, recurrió á los amigos, y sujetándose á toda clase de privaciones quedó reducida á mayor estrechez. Este caudal de lágrimas llegó á Arjel mas de dos años despues del apresamiento; pero por su cortedad no pudo satisfacer las exigencias de Dalí Mamí, que no quiso soltar á su cautivo; y así fué aplicado al rescate de su hermano Rodrigo, quedando Miguel sin mas esperanzas de salvacion que las que el cielo quisiese depararle. El único recurso que tuvo en aquella amarga separacion, fué encargar á su hermano que al llegar á las costas de las Baleares ó de Valencia procurase expedirle una embarcacion, que atracando de noche en punto determinado, tomase á su bordo á los cautivos que se hallarian prevenidos para el caso. Cumplió Rodrigo fielmente este deber fraternal, y provisto de cartas é instrucciones de varios caballeros que entraban en el plan, habilitó inmediatamente una fragata armada al mando de un tal Viana, marino arrojado y práctico conocedor de aquellas costas. El punto de la recalada se designó junto á una casa de campo sita á tres millas al Este de Arjel, propia del alcaide Azan, renegado griego, y cultivada por un cautivo natural de Navarra, conocido bajo el nombre de Juan el Jardinero. Habia allí una cueva

(8) *La informacion*, de que hablarémos despues, comprueba todos estos hechos de un modo que no deja la menor duda.



muy oculta, donde fuéron con mucha anticipacion guareciéndose los cautivos á medida que iban escapándose de las casas de sus amos. Juan velaba por su seguridad, CERVÁNTES con suma diligencia y disimulo dirigia aquella maquinacion, proveyendo á todo y ofreciendo este medio de fuga á los cautivos de su confianza. Pero la depositó muy sobrada en uno que llamaban el Dorador, natural de Melilla, que despues de haber renegado de su fe en la juventud se habia vuelto á reconciliar con la Iglesia, y habia sido posteriormente cautivado. Este cuidaba de comprar los víveres y conducirlos á la cueva con el recato que es de suponer, y debia ser uno de los prófugos. Todo estaba dispuesto: la noche aunque incierta de la libertad se iba acercando, y CERVÁNTES se ocupaba en recoger á sus amigos mas rezagados, con el disgusto de no haber podido atraer al Dr. Antonio de Sosa, eclesiástico de estóica virtud, que lleno de achaques y guardado con especial vigilancia por su amo no pudo ó no quiso acompañarle.

Llegó por fin la fragata, que manteniéndose en franquía todo el dia 21 de setiembre, se arrimó ya de noche, y su tripulacion verificaba el desembarco, cuando amedrentada por unos moros que acertaron á pasar por aquel sitio, tuvo que hacerse á la mar. Volvió en seguida; pero alarmada ya la poblacion de aquel campo, que acudió y se puso en acecho, no solamente frustró la tentativa, sino que arrojándose sobre la embarcacion, la apresó con toda su gente. Quedaron en consecuencia los de la cueva privados de toda esperanza y socorro, pues no volviendo á parecer el Dorador carecian de todo alimento, y se hallaban reducidos á la mayor desesperacion. A los tres dias le vieron por fin; pero conduciendo al comandante de la guardia del Rey con veinte y cuatro infantes armados de alfanjes, lanzas y escopetas, y algunos turcos de á caballo. Encamináronse todos derechamente á la cueva, y al oir el rumor de las pisadas y amenazas, tuvo tiempo CERVÁNTES de advertir á sus compañeros que descargasen sobre él toda la culpa; en seguida se adelantó á encararse con el comandante, diciendo con singular entereza que él solo habia fraguado aquel proyecto y seducido á los demas, así que sobre él solo debia recaer cualquier castigo. Asombrados los agresores, tanto como los capturados, en vista de tan rara presencia de ánimo, despacharon un propio al Rey, quien mandó que todos aquellos infelices fuesen conducidos á su baño, y que á CERVÁNTES solo le llevasen á su presencia. Así se verificó, y así tuvo que entrar en Arjel el animoso jóven, maniatado, á pié, y perseguido por los insultos de aquel bárbaro populacho.

El lector adivinará que quien delató esta conspiracion fué el mismo Dorador, que en efecto, mudando de propósito y viendo frustradas por entónces sus esperanzas de libertad, quiso sacar partido de su posicion, y renegando segunda vez vendió á sus cómplices, congraciándose con el Rey. Poco tiempo pudo gozar la recompensa, pues murió miserablemente tres años despues, en el mismo dia 30 de setiembre, aniversario de su infame traicion.

Era el rey Azan hombre muy diferente de su antecesor Uchalí, en quien reconocian los cautivos ciertos rasgos de hidalguía que honran su memoria. La ferocidad de aquel era sin límites: trataba á sus esclavos peor que á las bestias, teniéndolos en la mayor desnudez y necesidad; sentia cierta fruicion incomprensible en atormentar á sus semejantes, y se deleitaba en ejecutar con sus propias manos los suplicios á que caprichosamente los condenaba. CERVÁNTES le caracterizó perfectamente con un magnífico pleonasmo, diciendo que era condicion suya el ser homicida de todo el género humano (9). Nada podia pues halagar tanto sus perversos instintos como la ocasion que espontánea se le ofrecia, sobre la ventaja que lograba en sus in-

(9) *Don Quijote*, primera parte, cap. XL. Azan era renegado veneciano, y ántes de renegar se llamaba Andreta. Sirvió primero á Dragut, y despues que este murió en el sitio de Malta, al Uchalí, por cuyo favor fué dos veces rey de Arjel: una desde 1577 á 1580 y otra desde 1582 hasta el año siguiente, en que por nombramiento del Gran Señor pasó al gobierno de Trípoli. A los dos años, por fallecimiento del Uchalí, fué promovido á capitan bajá ó general de la mar, y al fin murió de ponzoña que le hizo dar el Cigala, uno de los famosos corsarios de aquel tiempo, que pretendia y logró sucederle en su cargo. (CLEMENCIN, *comentarios al Don Quijote*.)

tereses. Porque es de advertir que por costumbre de aquella bárbara república eran propiedad del Rey los esclavos perdidos ó fugados que cogian sus esbirros, y así es que valiéndose ó abusando de este derecho tenia cerca de dos mil encerrados en su baño, que así se llamaban por allí los depósitos de tan lastimosa mercadería.

Puesto CERVÁNTES á la presencia de este monstruo tuvo que sufrir un capcioso interrogatorio acompañado de terribles amenazas. Habia en el Rey la intencion de extender el número de los culpados para aumentar su botin, de modo que avisado el P. Jorje Olivar, de la órden de la Merced, comendador de Valencia, que á la sazon se hallaba de redentor en Arjel, de que se intentaba complicarle, tomó sus precauciones y trató de salvar en manos del Dr. Sosa sus ornamentos y vasos sagrados de la profanacion de los infieles, por si llegaba el caso de prendérsele. Mas á pesar de todos los medios que se usaron para vencer la firmeza de CERVÁNTES, no pudieron recabarse de él otras declaraciones mas que la misma dada en el acto de su prision: que él solo era el autor de todo, y que todos eran víctimas de su seduccion. Respuestas tan imperturbables, acompañadas de aquella mirada de águila que en apurados trances suele animar el semblante de los hombres superiores, hubieron de hacer bajar los ojos á Azan, quien con gran sorpresa de cuantos conocian su carácter se contentó con mandar á CERVÁNTES con los demas á su mazmorra.

El otro Azan el alcaide, dueño de la posesion donde se hallaba la cueva, reclamó á su cautivo el pobre Juan, á quien ahorcó por sus propias manos. Dalí Mamí usando de su valimento recobró tambien á CERVÁNTES, pero muy poco tiempo despues, por el precio de quinientos escudos, lo vendió al Rey, quien creyó haber hecho un buen negocio; pues no podia creer que hombre tan extraordinario no valiese mucho mas en su patria. ¡Bárbara simplicidad! Los compatriotas de CERVÁNTES no le estimaban en tanto.

Entre los dos mil cautivos encerrados en el baño del Rey, gemian otros tres caballeros, relacionados con el gobernador español de Orán, donde tenia CERVÁNTES tambien algunos amigos; y cinco meses despues, juntando las recomendaciones de todos, halló medio para ganar á un moro que se ofreció á llevar las cartas, dirigidas á que se les enviase algunos espías y personas de confianza con quienes pudiesen realizar la fuga. El desgraciado mensajero fué cogido al entrar en el mismo territorio de Orán, y conducido otra vez á Arjel fué empalado sin descubrir cosa alguna. Pero habiéndosele encontrado cartas de letra de CERVÁNTES, Azan llamó á este á su presencia, y mandó darle dos mil palos, sentencia que iba á ejecutarse inmediatamente. Pero alguna gracia como suya debió de decir CERVÁNTES en aquel conflicto, supuesto que el Rey, desarmada su cólera, revocó la órden del castigo, suerte que no tuvieron otros, á quienes en distintas ocasiones se imputaron iguales conatos.

Tantos peligros corridos y milagrosamente esquivados infundieron en el ánimo de CERVÁNTES mayor precaucion; pero no lograron extinguir aquella sed de libertad que de dia y noche le abrasaba. Vino á trabar amistad con un renegado natural de Osuna, llamado Giron, y entre los moros Abdaharramen, que deseaba volver al gremio de la Iglesia. Persuadióle á que adquiriese y armase una fragata bajo el pretexto de hacer el corso, y que en ella se huyese de Arjel llevando consigo una porcion de cautivos de lo mas florido. Para los fondos se acudió á un mercader valenciano establecido en aquella plaza, por nombre Onofre Exarque; y este con efecto aprontó mas de mil trescientas doblas, con las cuales y otros recursos se acudió á lo necesario.

Ya estaba todo dispuesto: sesenta cristianos debian romper sus grillos; pero aun entre ellos hubo un Júdas. Cierto Juan Blanco de Paz, que se titulaba doctor y habia sido religioso dominico, mal sacerdote y hombre perverso, revoltoso y malquisto de todos, supo el proyecto, y cometió la villanía de ir á delatarlo al rey Azan, de quien recibió por todo premio un escudo de oro y una jarra de manteca. El Rey, disimulando, para hacer su venganza mas estrepitosa,

segura y extensiva á muchos conjurados, habia dado ya sus disposiciones para sorprenderlos en el mismo acto. Pero estas mismas disposiciones que no pudieron ser tan secretas, ó algun otro indicio, les hicieron conocer que se hallaban descubiertos, y el terror se apoderó de todos. Onofre Exarque, viendo comprometida no solo su hacienda sino su vida, propuso encarecidamente á CERVÁNTES que él daria desde luego la suma pedida para su rescate, suplicándole con las mayores véras que aceptase el partido, y salvándose á sí mismo le librase de aquella angustiosa situacion. Tentadora era la propuesta; pero no era CERVÁNTES hombre para abandonar á sus amigos, de cuya constancia en la tortura no podia responder como de la suya propia. Tranquilizó al mercader, asegurándole que nada sería capaz de arrancarle una sola palabra: por de pronto y con el fin de ver cómo las cosas se encaminaban huyó del baño, acogiéndose bajo el amparo de un antiguo camarada, el alférez Diego Castellano. Mas pocos dias despues oyó publicar por las calles de Arjel el pregon que declaraba su fuga, é imponia pena de la vida á quien le ocultase; y no queriendo que nadie padeciera por su causa, y mucho ménos su generoso amigo y encubridor, salió al momento de su asilo, y juntándose al paso con Morato Raez, por sobrenombre Maltrapillo, renegado murciano y amigo del Rey, se presentó impávido á este para que dispusiese de su vida. Irritado Azan mandó atarle las manos atras y ponerle un cordel á la garganta, como para ahorcarle, si no confesaba. Nada bastó para que nombrase á persona alguna: echó toda la culpa sobre sí y sobre otros cuatro caballeros que estaban ya en libertad, hasta que cansado Azan de sus inútiles pesquisas, ó vencido á los ruegos de su amigo Morato, ó cediendo á la fascinadora influencia de un esclavo cuya superioridad no podia ménos de reconocer, dispuso qué le encerrasen en la cárcel de moros que estaba en su mismo palacio, y desterró á Giron al reino de Fez. Así terminó esta tentativa desgraciada, que como las anteriores hubiera podido serlo mas, sin una misteriosa disposicion de la Providencia.

Pero los designios de CERVÁNTES no se limitaban á recobrar su propia libertad y la de sus compañeros de infortunio. En el largo tiempo que medió entre la sorpresa de la cueva y la segunda tentativa de escaparse por Orán, meditaba otro proyecto mas grande, que á tener resultado, cambiara sin duda la faz de los negocios del mundo, apresurando la civilizacion del Africa septentrional. Aspiraba nada ménos que á alzarse con Arjel para entregarlo á Felipe II. La muchedumbre de esclavos cristianos amontonados en aquellas mazmorras, que pasaban entónces de veinte y cinco mil, la mayor parte hombres esforzados y embravecidos por la desesperacion; el descontento de los mismos habitantes, oprimidos por Azan, y provocados por sus locuras y crueldades; la escasez y carestía de las vituallas, cuyo monopolio se habia reservado el Rey; las enfermedades epidémicas producidas por el hambre y la falta de aseo, y finalmente, el terror general en vista de los armamentos que preparaba la España con apariencia de intentar un desembarco, eran circunstancias bastantes para disminuir el concepto de temeridad que á tamaña empresa podia atribuirse. De estas complicaciones quiso aprovecharse CERVÁNTES, urdiendo una vasta conspiracion que con la cautela necesaria dirigia, hasta que sabido el objeto de los preparativos de la España, que se destinaron despues á la expedicion de Portugal, calmadas por este lado las inquietudes de los arjelinos, perdidas las esperanzas de apoyo exterior, y mejorada la situacion del pais con alguna mayor abundancia, se desvanecieron todas las probabilidades de buen éxito, y húbo que abandonar el plan. El P. Haedo, autor contemporáneo, en su historia y topografía de Arjel atribuye esta contrariedad á traiciones y abusos de confianza. *Si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la fortuna* (dice hablando de CERVÁNTES), *hoy fuera el dia que Arjel fuera de cristianos, porque no aspiraban á ménos sus intentos.... De su cautiverio y hazañas se pudiera hacer una particular historia.... Y si no le descubrieran y vendieran los que le ayudaban, dichoso hubiera sido su cautiverio, con ser de los peores que en Arjel habia.* Por esto solia decir Azan, que *como él tuviese guardado al estro-*



peado español, tenia seguros sus cristianos, bajeles y aun toda la ciudad : tanto era (añade el mismo escritor) *lo que temia las trazas de* MIGUEL DE CERVÁNTES.

Miéntras en tales proyectos andaba ocupado, sus desvalidos padres, arruinados ya con el rescate de su mayor hermano, continuaban las diligencias para obtener el de MIGUEL. Con este fin buscaron documentos con que hacer constar sus servicios. D. Juan de Austria, que de ellos habia sido testigo y justo apreciador, habia muerto ya; el duque de Sesa dió una certificacion en que muy expresivamente los encarecia, y los declararon judicialmente ante la autoridad muchas personas que habian presenciado sus hazañas en el ejército y en el cautiverio. Entre estos pasos vino á fallecer agoviado por tantas pesadumbres su padre Rodrigo, cuya viuda D.ª Leonor de Cortinas los continuó sin descanso con todo el amor de una madre, hasta que ayudada de su hija D.ª Andrea pudo entregar á los religiosos de la órden de la Trinidad trescientos ducados, cantidad que distaba mucho todavía de la que exigia el codicioso berberisco. Una persona piadosa (y no callemos el nombre de un bienhechor de la humanidad), Francisco Caramanchel, doméstico de un consejero, dió cincuenta doblas; otras cincuenta se le aplicaron de la limosna general de la órden Redentora. Esperaban completar la partida con la gracia que se habia solicitado del Rey, cuyo gobierno, despues de las dilaciones y viciosos trámites que tambien entónces seguian los expedientes, y conforme al ridículo sistema de arbitrios particulares para cada objeto, de que aun ahora nos quedan resabios, concedió por toda merced un permiso para exportar de Valencia á Arjel por valor de dos mil ducados de mercaderías no prohibidas. Se trató de negociar el privilegio, y nadie ofreció por él mas de sesenta ducados: probablemente importarian mas los derechos curiales para la expedicion de la cédula, que por este motivo no se sacó. Nada tuvo CERVÁNTES que agradecer en esta ocasion á los que despues llevaron constantemente la ingratitud hasta la tenacidad.

Por este tiempo, en mayo de 1580, los padres de la Santísima Trinidad, provistos de algunos fondos de la Orden y de particulares, llevaron á Arjel el estandarte de la Redencion. Este sagrado instituto, lo mismo que el de la Merced, prestó por espacio de largos años eminentes servicios á la causa de la humanidad indignamente ultrajada. Cuando los gobiernos no son capaces de satisfacer todas las necesidades de la sociedad que presiden, es indispensable que el celo de los hombres generosos supla esta imperdonable falta; y si se agrega á sus esfuerzos el poderoso estímulo de la religion, suelen conseguir efectos maravillosos hasta que, cesando el objeto que vivifica la obra, viene naturalmente la corrupcion en pos de la indiferencia. Dirigia esta gloriosa expedicion el P. Fr. Juan Gil, procurador general, acompañado del P. Fr. Antonio de la Bella, ministro del convento de Baeza. Así que estos dos buenos religiosos llegaron á su destino, solicitaron el rescate de CERVÁNTES; pero su amo se obstinaba en no querer rebajar el precio de mil escudos en que lo habia tasado para doblar el importe de la compra. Cuatro meses se pasaron en tan odioso regateo: en este intermedio espiró el término del bajalato de Azan, quien habia entregado ya el gobierno á su sucesor Jafer-Bajá. Ya iba á salir del puerto con cuatro buques propios y siete de escolta; ya CERVÁNTES estaba amarrado á su banco y con el remo en la mano. Reflexiones, súplicas, empeños, apoyaron el último esfuerzo. El dia 19 de setiembre de aquel año recibió sus quinientos escudos de oro en oro de España, con mas nueve doblas de derechos para el cómitre y demas oficiales de la galera; mandó desembarcar á CERVÁNTES ya libre, y pocas horas despues navegaba hácia Constantinopla. El dinero destinado á CERVÁNTES no alcanzaba á cubrir la suma exigida: fué preciso buscar entre mercaderes doscientos veinte escudos, bajo la garantía de los religiosos, que nunca pudieron emplear mejor el crédito de su Orden.

Restituido CERVÁNTES á la libertad permaneció todavía en Arjel hasta fines de aquel año, agasajado de cuantos conocian sus bellas prendas. Solo su delator, el mencionado Juan Blanco de la Paz, que como casi todos los perversos aborrecia con preferencia á quienes mas habia

agraviado, puso en juego todas las artes que pudo sugerirle su infernal ingenio para desacreditar y perder á quien no habia podido asesinar. Temia tal vez que de regreso á España Cervántes habia de descubrir su infame proceder, y trató de ganarle por mano á fin de que sus relaciones no fuesen creidas. Con este objeto se dedicó á esparcir voces denigrantes, y á recogerlas despues, seduciendo á varios cautivos y excitándolos á declarar en cierta informacion que intentó. Pero odiado como era, si la crédula docilidad de algunos pudo hacerle concebir alguna esperanza, solo encontró en los mas desprecio y resistencia. Despechado, pero no arrepentido, acudió á un medio de terror que en aquellos tiempos alcanzaba aun á los infelices cristianos que bogaban en las galeras ó trabajaban en las obras públicas en tierra de infieles. Arrogóse el título de comisario del Santo Oficio, con cédula y comision del Rey para ejercer allí sus funciones; presentóse al respetable Dr. Sosa para requerirle á que le reconociese como tal, y fué rechazado; lo mismo exigió de los padres redentores, quienes le pidieron exhibiese sus despachos: no pudo hacerlo, porque no los tenia: todo era falso; la Inquisicion no tuvo la desgracia de valerse de un hombre semejante.

Sin embargo, era preciso rechazar un golpe que hubiera podido repetirse. Con este propósito provocó Cervántes una informacion de testigos, que por fortuna existe original en el archivo general de Indias establecido en Sevilla. En este precioso documento dieron sus declaraciones los cautivos mas autorizados que existian entónces en Arjel, exponiendo los hechos que hemos referido, y justificando la virtuosa conducta de Cervántes en medio de aquellos trabajos. En efecto, no perdió ocasion de alentar á los renegados medianamente predispuestos para que volviesen á sus antiguas creencias tímidamente abandonadas; trataba á todos con una gracia particular, que le conciliaba el afecto de cuantos le conocian; con lo poco que podia recoger socorria liberalmente á los mas necesitados, exhortaba á los pusilánimes, flacos y tibios, cumplia con los deberes de la religion, y componia versos, algunos de ellos sobre asuntos de piedad. Acaso á esta época deben referirse los romances infinitos de que habla él mismo en su *Viaje al Parnaso*.

Con este testimonio, que suplia con ventaja las perdidas cartas de recomendacion, vino Cervántes lleno de seductoras esperanzas á besar las arenas de su patria y abrazar á su desconsolada familia. Su hermano Rodrigo, ascendido al grado de alférez, se hallaba sirviendo en las tropas que invadian el Portugal. Preparábase una expedicion sobre las islas Terceras, que apoyadas por la Francia y la Inglaterra negaban la obediencia á Felipe II y sostenian la pretension de D. Antonio, prior de Ocrato. Cervántes creyó inocentemente que el mejor medio de adelantar en su carrera seria multiplicar servicios buscando ocasiones de distinguirse, y con esta idea se resolvió sin tardanza, no embargante su manquedad, á ofrecer su diestra, que vigorosa todavía y encallecida por los hierros podia muy bien esgrimir la espada.

Sirvió pues en las tres campañas de 1581 hasta 1583, y segun probables indicios concurrió á la accion naval del 25 de julio de 1582 en las aguas de la isla de San Miguel, y al sangriento desembarco verificado en la isla Tercera, en 15 de setiembre del año siguiente, á las órdenes de su antiguo general D. Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz; pero no tenemos noticias positivas de sus aventuras y hechos de armas en estas expediciones: solo sabemos que por aquellos tiempos fué enviado á Mostagan con cartas y avisos del alcaide de aquella fortaleza para Felipe II, quien le mandó pasar á Oran. Tambien con esta época debieron coincidir ciertos amores con una dama portuguesa, de quien hubo una hija natural llamada D.ª Isabel de Saavedra, que formaba despues parte de su familia, como se dirá.

Concluida la guerra con la reduccion de todas las posesiones ultramarinas pertenecientes á la monarquía portuguesa, y desvanecidas las probabilidades de fortuna por este camino, dejó Cervántes el servicio militar y fijó su domicilio, despues de quince años de vicisitudes y adversidades.



O la ociosidad de su nuevo género de vida, ó el deliberado propósito de tomar el ejercicio de escribir como recurso para la subsistencia, fuéron parte á que con mayor ardor se dedicase al culto de las Musas, que habian sido las delicias de su primera juventud y el consuelo de sus quebrantos. Durante su larga ausencia habian hecho grandes progresos las letras castellanas; y en este movimiento de las inteligencias, aunque limitado y como encarrilado en direcciones parciales ó incompletas, era ya mas difícil que la medianía obtuviese alguna tolerancia. Por entónces compondria su *Filena,* produccion de que no conocemos mas que el nombre, por lo que él mismo indicó incidentalmente mucho despues (10), sin que podamos por ello inferir su naturaleza, objeto é importancia. A fines de 1583 tenia ya concluida *La Galatea,* y solicitada la licencia para su impresion, que se verificó pasado el mes de agosto del año inmediato, despues del fallecimiento del insigne caudillo Marco Antonio Colonna, supuesto que en la dedicatoria á su hijo Ascanio, abad de Santa Sofía, se refiere ya á este suceso, dando así un testimonio de las gratas relaciones que habia conservado con sus favorecedores de Italia. Si es que CERVÁNTES escribió esta obra en el breve intervalo que medió entre su licenciamiento y la presentacion á la censura, esto sería una prueba bien relevante de su fecundidad.

Es *La Galatea* una novela pastoral, género que se habia hecho muy de moda en todas las naciones cultas de Europa, desde que la introdujo el napolitano Sannazaro con toda la lozanía de su genio poético. Imitador de este fué en España el portugues Jorje de Montemayor, que ántes del año de 1562 habia publicado su *Diana* con tanto aplauso, que á muy poco salieron á la vez dos continuaciones de su mismo argumento, la una de corto mérito, compuesta por el salmantino Alonso Perez, bajo el título de *Diana segunda,* y la otra llamada *Diana enamorada,* por el valenciano Gil Polo, que compitió honrosamente con su modelo. Otras obras de la misma familia, que sería aquí ocioso enumerar, anduvieron en boga en aquella época, mereciendo sin embargo alguna mencion *El pastor de Fílida,* de Luis Galvez de Montalvo, dado á luz en 1582, no tanto por sus dudosas bellezas, como por la influencia que pudo ejercer el ejemplo del autor sobre la resolucion que tomó su amigo CERVÁNTES de ensayar su pluma en una composicion bucólica.

Pero el público empezaba á fastidiarse por la abundancia de un género que sobre ofrecer limitados recursos, á fuerza de buscar la novedad iba extraviándose por caminos poco acomodados á la naturaleza. Por eso *La Galatea* no excitó grande entusiasmo, y la misma suerte cupo á otros poemas pastorales de fecha posterior, á pesar de la fama y verdadero mérito de sus autores. CERVÁNTES, que no solia despreciar los frutos de su ingenio, se mostró severo con su *Galatea* en el discreto expurgo de la librería de Don Quijote, librándola del fuego solo por misericordia y con la esperanza de enmienda en la segunda parte prometida. Su censor oficial la calificó de provechosa, de mucho ingenio, de galana invencion, de casto estilo y buen lenguaje. El censor tenia razon: la mayor parte de sus defectos consistia en el género, la mas pequeña en el autor que lo habia escogido sin encontrar todavía en estos primeros pasos la senda á que le llamaban las condiciones especiales de su privilegiada fantasía.

Prescindiendo de los resabios bastante frecuentes de afectacion y amaneramiento, el lenguaje es puro, elegante, armonioso mas bien que animado y correcto; algunos caractéres están bien delineados; muchos incidentes inspiran el mas vivo interes, y sobre todo la inventiva, este gran dote de CERVÁNTES, este órgano de su cerebro, como dirian los modernos, resalta allí magníficamente y sobresale entre todo lo demas. Pero esto no es bastante para disimular, ni la enmarañada complicacion de sucesos que siendo inconexos entre sí, embarazan, detienen, interrumpen y debilitan el curso de la accion principal, ni la inferioridad de ciertos versos, ni

(10) Tambien al par de Filis mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Mas de una y otra alegre cantilena.
(*Viaje al Parnaso*, pág. 597.)



la sutil metafísica amorosa explicada como en una cátedra, ni la poca conformidad de las condiciones con las costumbres de los personajes, que desvanece toda la ilusion de la verosimilitud. Por esto convienen casi todos los críticos en que *La Galatea* ocupa el último lugar entre las obras de CERVÁNTES, en el órden de perfeccion literaria.

Otros poetas intentaron disfrazar la sociedad con el traje de los pastores. CERVÁNTES quiso ademas retratar de intento á determinados personajes. Bajo los nombres del ya difunto Meliso quiso celebrar á D. Diego Hurtado de Mendoza; bajo el de Tirsi, Damon, Siralvo, Lauso, Larsileo y Artidoro, puso en escena á sus amigos Francisco de Figueroa, Pedro Lainez, Luis Galvez de Montalvo, Luis Barahona de Soto, D. Alonso de Ercilla, y micer Andres Rey de Artieda; y si el tiempo no hubiera consumido las memorias que se hallaban frescas entónces, aun descifrariamos otras semblanzas, é interpretariamos otras alusiones. Es opinion generalmente recibida que en esta fábula los nombres de sus dos principales actores, el enamorado Elicio y la discreta Galatea, encierran los de MIGUEL DE CERVÁNTES y de D.ª Catalina de Palacios, á quien á la sazon estaba el primero obsequiando con honestos fines.

En efecto, consta que en 12 de diciembre del mismo año 1584 contrajo CERVÁNTES matrimonio con D.ª Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, hija de Hernando de Salazar y Vozmediano, y de Catalina de Palacios, ambos de las mas ilustres casas de Esquivias. Se echa de ver que habia estrechas relaciones entre las familias de los desposados, por cuanto el padre de CERVÁNTES habia nombrado por albacea en su testamento á la D.ª Catalina, viuda ya, y madre de la que vino á ser despues su nuera. El domicilio conyugal se estableció en la misma villa de Esquivias, al parecer muy modestamente, pues ni la dote de la mujer ni los recursos del marido á otra cosa daban lugar. Era preciso aguzar el ingenio para atender á las nuevas cargas, y tanto la falta de ocupacion como la proximidad de aquel punto á la corte de Madrid, daban á CERVÁNTES frecuentes ocasiones para ir á activar sus pretensiones y cultivar sus amistades. Túvolas muy estrechas con los mas afamados ingenios de aquel tiempo, cuya benevolencia se habia ya granjeado por los elogios, á la verdad exagerados en su mayor parte, que acababa de prodigarles en el *Canto de Callope*, inserto en el libro sexto de su *Galatea*. Concurriria probablemente á las academias particulares, donde sus amigos se juntaban á departir las cuestiones literarias del dia y á comunicarse el fruto de sus trabajos; y así fué que á varios autores que publicaron por entónces sus obras, dedicó algunos sonetos y composiciones laudatorias para poner al frente de aquellas, urbana costumbre y tributo recíproco, que él mismo recibió y pagó, pero que con sumo donaire supo despues ridiculizar en el prólogo de la primera parte del *Don Quijote*.

Pero esto no daba medios de subsistir, y aunque generalmente la industria de escribir era entónces aun mas estéril que en nuestros dias, habia ciertos ramos que daban algun mezquino producto, y uno de ellos era el teatro. La escena española estaba entónces aun en mantillas. Ni el artificio de Bartolomé de Torres Naharro, y sus secuaces Cristóbal de Castillejo y Juan de Malara, ni la cómica sencillez del insigne Lope de Rueda y su apasionado Juan de Timoneda, ni los esfuerzos de Fernan Perez de Oliva, Pedro Simon Abril y Fr. Jerónimo Bermudez, para inocular en sus contemporáneos el gusto á las formas clásicas, habian logrado formar un teatro verdaderamente nacional. Las reliquias de aquellos tiempos, preciosísimas para la historia del arte, como que señalan las huellas que dejó el ingenio español en su gloriosa carrera, no podian servir de guia segura. No podemos detenernos mas en el exámen de este punto, que fuera aquí digresion impertinente, y que en otra parte será, Dios mediante, oportuno objeto de investigacion: baste decir que Juan de la Cueva en Sevilla y Cristóbal de Virués en Valencia, tomaban un rumbo nuevo y allanaban el camino al gran Lope de Vega, corrompiendo en su mismo origen la obra que preparaban. El pueblo entusiasmado por la brillante novedad corria en tropel á los corrales de comedias, y CERVÁNTES, que escribia para

la subsistencia y para la gloria, se vió en el caso de contentar al pueblo que pagaba y que aplaudia.

Veinte ó treinta comedias, segun él mismo nos dijo despues, compuso en aquellos años; y por la notable incertidumbre con que se expresa sobre su número puede presumirse que en poco las estimaria. Sin embargo, ellas fuéron bien recibidas por representantes y espectadores, y sin ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza corrieron su carrera libres de silbos, gritas y baraundas. De la mayor parte de estas primeras comedias ignoramos hasta los títulos: conocemos los de *La gran turquesca*, *La batalla naval*, *La Jerusalen*, *La Amaranta ó La del Mayo*, *El bosque amoroso*, *La única y bizarra Arsinda*; que todas se han perdido, así como *La confusa*, que él tenia por la mejor, habiendo llegado únicamente á nosotros *El trato de Arjel* y *La Numancia*. No analizarémos estas producciones: por la relacion que tienen con la vida de nuestro escritor, dirémos únicamente que en ellas erró segunda vez su vocacion.

Ocupaciones de otro género sobrevinieron á Cervántes, que desapareció de la escena literaria por el espacio de cerca de veinte años. Pasemos rápidamente y como sobre ascuas por este período desagradable. Obligado por la negra necesidad aceptó el encargo de temporal comisario ó factor de provisiones para la armada; se trasladó con este motivo á Sevilla en 1588, prestó allí sus fianzas, desempeñó este cometido hasta 1592, y rindió sus cuentas. En el ínterin no descuidaba sus pretensiones, como que en 1590 solicitaba de S. M. un oficio de los que se hallaban vacantes en Indias, señalando particularmente la contaduría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartagena, el gobierno de Soconusco en Goatemala, ó el corregimiento de la ciudad de la Paz, pues con cualquiera de estos destinos se daba por satisfecho, apelando, como dijo él mismo, al *remedio á que se acogian otros muchos perdidos en Sevilla, que era el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España*. El Rey se sirvió decretar que no habia lugar, y que buscase por acá en qué se le hiciese merced. Dando á esta promesa mas valor del que en sí tenia, volvió Cervántes á Madrid en 1594, y todo lo que pudo conseguir fué otra comision del consejo de Contaduría mayor para la cobranza de ciertas cantidades, que procedentes de tercias y alcabalas reales debian varios pueblos del reino de Granada, que recorrió en efecto, realizando estos créditos con suma eficacia, aunque no sin dificultades. En 1595 tuvo que pasar á Sevilla con motivo de haber vuelto protestada una letra sobre Madrid de siete mil cuatrocientos reales, que habia remitido al tesorero general, y de cuyo importe se le hacia responsable; la quiebra del librador le puso en grandes apuros, de que salió sin mas perjuicios que el desagrado. En 1597, segun las cuentas formadas por las oficinas, resultaba contra Cervántes un descubierto de dos mil seiscientos cuarenta y un reales, y por real provision se dió órden á un juez de Sevilla para que le prendiese y á su costa le enviase preso á la corte, á disposicion del tribunal de Contaduría mayor. Verificóse la prision, el encarcelado representó, y por buena composicion se le puso en libertad, bajo fianza de presentarse dentro de treinta dias en Madrid á rendir la cuenta y pagar el alcance.

Corazon muy duro es preciso que tenga quien no se sienta penetrado de lástima al ver á Cervántes condenado á ocupaciones tan ajenas de su carácter, minuciosas, pesadas, capaces de yermar la imaginacion mas fecunda y de abatir los mas altos pensamientos. Léjos de su casa, sin fija residencia, sin los consuelos de su familia, atenido á una mísera retribucion, luchando con la miseria de los contribuyentes, con las reclamaciones de las justicias y con las marrullerias de los arrendadores, sujeto á las caprichosas fórmulas oficinescas y á las estafas de los mercaderes de mala fe, mal agradecido por aquellos á quienes servia con el mayor esfuerzo que puede hacer el hombre, cual es el sacrificio de las propias inclinaciones, expuesto continuamente á ser encausado y perseguido por partidas dudosas, cuya tenuidad nos da vergüenza, Cervántes debió sufrir extremadamente en esta época de su vida. ¡Oh! bien seguros estamos de que en medio de tanto fastidio y tanta humillacion, su ánimo altivo echaba de mé-

nos cada dia las húmedas mazmorras de Arjel, el duro trato de sus amos, el peligro de la vida, y aquella tarea incesante de combinar planes generosos, cuyo acicate era la esperanza y cuyo premio la libertad.

Interpretando ciertas expresiones vertidas en el *Viaje al Parnaso*, han creido algunos que por imprudencia suya ó rareza de genio habia dejado perder ocasiones de medrar que se le venían á la mano. Harto conocemos lo que significan estos amargos desahogos en un hombre que habia manejado negocios de cierta naturaleza. Cervántes era honrado, era amante de su decoro, é incapaz de toda rastrera intriga; era ademas compasivo, dadivoso, maniroto, si se quiere, en su pobreza como lo fué en su cautiverio: estas serían sus culpas; Dios y los hombres se las perdonan.

Terminada su segunda comision, desempeñó algunas agencias de particulares, y en el año de 1598 se hallaba todavía en Sevilla, donde compuso su célebre soneto sobre el túmulo erigido en aquella catedral con ocasion de las exequias de Felipe II, así comó dos años ántes habia escrito otro sobre el tardío socorro con que acudió á Cádiz el duque de Medina, despues del desembarco de los ingleses al mando del conde de Essex. Tambien desde el mismo punto envió á Zaragoza una glosa en alabanza de S. Jacinto, para concurrir al certámen que en celebridad de la canonizacion del Santo propusieron los padres dominicos del convento de dicha ciudad. La glosa de Cervántes obtuvo el primer premio, lo cual nos da á entender que hubo de habérselas con pobres contrincantes. Resulta pues que en el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, se dedicaba á literarios ejercicios, y todos los indicios se reunen para hacernos creer que por entónces escribió sus *Novelas*, las cuales, como composiciones de no muy larga extension, bien pueden caber en la brevedad de sus ocios. A pesar de su subalterna posicion, trató familiarmente con las personas mas distinguidas por su clase y su saber que existian en Sevilla, ciudad culta y poderosa, patria entónces como siempre de clarísimos ingenios. Allí vió morir al divino Herrera, cuya memoria honró con un soneto, y concurrió á las amenas reuniones tenidas frecuentemente en el estudio del amable pintor y poeta Francisco Pacheco, quien sacó su retrato entre los muchos de personas eminentes, que tuvo la laudable curiosidad de recoger.

Desde fines de 1598 hasta principios de 1603 solo nos quedan de Cervántes tradiciones, que si bien generales y constantes, no se apoyan en documentos conocidos: falta tanto mas sensible cuanto mas interesante sería saber las circunstancias que le dieron ocasion é impulso para escribir su libro inmortal: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Sobre que en la Mancha estuvo por aquellos años, todos se hallan acordes; y de que allí recibió algun desaguisado en cierto pueblo, cuyo nombre recordaba con repugnancia, dan testimonio algunos pasajes de su obra. Pudo muy bien haberse trasladado á aquel pais, acogiéndose al amparo de algun pariente, entre los muchos y muy ilustres que por allí tenia; pudo tambien haber ido á desempeñar alguna comision, ya que este modo de vivir habia abrazado. «Unos aseguran (dice Navarrete) que comisionado para ejecutar á los vecinos morosos de Argamasilla á que pagasen los diezmos á la dignidad del gran priorato de San Juan, fué atropellado y puesto en la cárcel; otros suponen que esta prision dimanó del encargo que se le habia confiado relativo á la fábrica de salitres y pólvora en la misma villa, para cuyas elaboraciones echó mano de las aguas del Guadiana, en perjuicio de los vecinos que las aprovechaban para el riego de sus campos; y no falta, en fin, quien crea que este atropellamiento acaeció en el Toboso, por haber dicho Cervántes á una mujer algun chiste picante, de que se ofendieron sus parientes é interesados.» La fama de quisquillosos y linajudos de que gozaban los pueblos de aquel distrito, la tradicion que todavía subsiste en Argamasilla de que en la casa llamada de Medrano estuvo el encierro donde permaneció Cervántes padeciendo largos trabajos, y la expresion del mismo, confirmada por otra de Avellaneda, de que su libro fué engendrado en una cárcel, donde toda inco-



modidad tiene su asiento, dan lugar á una multitud de conjeturas, que en vano se ha pretendido apurar. Si lo que se refiere tiene, segun parece, algun fundamento, es preciso confesar que no se ha visto jamas en el mundo mas graciosa ni mas discreta venganza. Acaso esto mismo habrá contribuido á que creyéndose alguno aludido en su persona ó en su familia por esta ó aquella expresion del *Don Quijote*, haya procurado ocultar los documentos que podian hacerle ridículo ú odioso. Por lo que á nosotros toca, deponemos todo resentimiento por aquella dichosa prision que tanto gusto y entretenimiento ha dado y dará aun al género humano, y el mismo CERVANTES quedaria agradecido á sus molestos perseguidores, en vista de la inmortalidad que inocentemente le granjearon.

Se hallaba establecida la corte en Valladolid desde el año de 1600, y andaba todavía á vueltas el fastidioso expediente del supuesto descubierto de CERVÁNTES por resultas de las cuentas de sus cobranzas. Un informe que accidentalmente dieron en enero de 1603 los contadores de relaciones á la Contaduría mayor, iba á remover el asunto, dando lugar á nuevas vejaciones, cuando CERVÁNTES, sabedor acaso de esta novedad, se presentó en Valladolid á dar sus descargos, que sin duda fuéron satisfactorios, supuesto que habiendo residido en la corte y á vista del tribunal hasta el fin de sus dias, no volvió á ser molestado bajo el concepto de deudor á los caudales públicos. Disponia entónces á su arbitrio de la Monarquía el famoso duque de Lerma, gran valido de Felipe III, que segun las quejas de los contemporáneos y la visible decadencia del poderío, riqueza y cultura de la nacion, usó de su privanza en provecho propio mas que en el comun. En vano se esforzó CERVÁNTES en exponerle sus servicios para conseguir la apetecida recompensa: aquellos eran ya muy antiguos, y esta se guardaba solo para lisonjeros y paniaguados. El Duque, ambicioso de enlazar su familia con las mas esclarecidas del Reino, casó á su hijo segundo D. Diego Gomez de Sandoval con D.ª Luisa de Mendoza que, como inmediata sucesora del título del Infantado, llevaba el de condesa de Saldaña. Al nuevo Conde pues, que, segun parece, era aficionado á la poesía, dirigió CERVÁNTES una oda, que por primera vez sale al público inserta en la presente coleccion; pero ni por este medio alcanzó el merecido favor, y aseguran que fué recibido con despego por aquel orgulloso ministro.

Desalentado CERVÁNTES por este camino, y tratando de publicar la primera parte del *Don Quijote*, que acababa de escribir, se vió en la necesidad de buscar algun Mecénas poderoso, que, segun se decia en la fraseología de la época, amparase la obra y la pusiese á cubierto de los tiros de la envidia. D. Alonso Lopez de Zúñiga y Sotomayor, sétimo duque de Béjar, era uno de los magnates que por aquel tiempo hacian gala de proteger las letras y honrar á los autores, si bien no siempre con buena eleccion y discernimiento. Rehusando el Duque la dedicatoria, ciñóse CERVÁNTES á suplicarle se dignase oir un capítulo, y fué tanto lo que su lectura regocijó á los asistentes, que no le dejaron parar hasta el fin de la obra. Tanto fué menester para aceptar un obsequio que habria llenado de orgullo al mas indiferente. Esta proteccion duró muy poco, siendo de notar que CERVÁNTES no dedicó al mismo Duque, que aun vivia, la segunda parte del *Don Quijote*, ni volvió á mentarle en sus escritos. Atribúyese esto á la influencia de un religioso entremetido que mangoneaba en casa de los duques, y que se empeñó en desacreditar á CERVÁNTES, hasta privarle de una acogida que miraba con los celos de un estúpido.

La primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* salió á luz publicada en Madrid á principios de 1605. ¿Qué dirémos de este esfuerzo del humano ingenio, de este libro asombroso, que ha sido durante mas de dos siglos la admiracion del mundo, la envidia de las naciones extranjeras, el recreo del vulgo, la medicina de los mal humorados, y el repertorio inmenso de todas las gracias de la conversacion? Las prensas no cesan de reproducirle en todas partes, los doctos y los indoctos no se cansan de leerle, los hombres mas eruditos lo analizan y lo comentan, unos entusiasmándose por sus perfecciones hasta la idolatría, otros



rebuscando sus defectos, que los tiene sin duda, y parece que están allí para abonar sus bellezas, supuesto que á pesar de ellos la obra no deja de ser el modelo mas cabal. En hora feliz concibió Cervántes su gran pensamiento, tomó la pluma y la dejó correr libre y sin trabas, arrebatado por el impulso de su impetuosa imaginacion. Nada era capaz de detenerla; si tuviéramos el manuscrito, hallariamos en él pocos borrones. Olvidaba muchas veces lo que habia escrito, y caia en contradicciones y anacronismos; tropezaba con una dificultad de lenguaje, y saltaba por encima, sacrificando la correccion á la enerjía ó á la gracia; le convenía variar el plan, y tomaba otro rumbo con el mas gentil desenfado: así como su héroe, dice Clemencin, erraba por llanos y por montes, sin llevar camino cierto, en busca de las aventuras que la casualidad le deparaba, del propio modo el pintor de sus hazañas iba copiando al acaso y sin premeditacion lo que le dictaba su lozana y regocijada fantasía. Pudiera aplicársele, observa el Sr. Quintana en su *Vida inédita*, el dicho de Mengs al ver el cuadro de las *Hilanderas* de Velazquez: «Esto no está pintado con la mano, sino con la voluntad.»

Es que Cervántes en esta ocasion, habiendo acertado con la horma de su ingenio, estaba lleno de su asunto, y tenia trazada en su mente, con rasgos precisos, firmes é indelebles, la originalísima figura de su héroe, de aquel loco amable é interesante, cuyas manías es necesario perdonar y aun aplaudir, en gracia de su generosa intencion. A su lado presenta el mas bello contraste la peregrina concepcion del buen escudero Sancho Panza, segundo personaje de la fábula; y la diversidad de los caractéres, la amenidad de las descripciones, la viveza del diálogo, la oportuna verdad de los conceptos, la artificiosa naturalidad (si es lícito decirlo así) de la narracion, el inesperado desenlace de los sucesos intrincados, hacen desaparecer *todos* los lunares á los ojos del lector suspenso en la deliciosa lectura de un libro que no tuvo ántes modelo, ni copia despues.

Hemos dicho la causa ocasional de la concepcion del *Don Quijote*; pero esta pudo solo influir en darle patria y lugar para sus hazañas: el fin, la verdadera intencion de la obra *fué* mas alta, fué eminentemente moral. La lectura de los libros llamados de caballerías, epopeyas informes y desatinadas, que traian su orígen de la ruda ignorancia de la edad media, tenian trastornadas muchas cabezas. Era grande en todas las clases la aficion á su lectura, que léjos de elevar los sentimientos é ilustrar á la sociedad, contribuia poderosamente á fomentar la credulidad y la supersticion, á confundir el valor racional con la antojadiza temeridad, á inspirar ideas equívocas sobre los deberes del hombre, y aun á corromper las costumbres, dando lugar á quimeras y locos devaneos, de que se seguian graves daños tanto á las familias como á la república. Todas las representaciones de las cortes del Reino, todas las disposiciones del gobierno, todo el esfuerzo de los hombres eminentes, que como Luis Vives, Alejo Venegas, Benito Arias Montano y otros, habian declamado contra tales libros, no hubieran logrado desterrarlos, si Cervántes, echando mano de la irresistible arma del ridículo, que tan diestramente manejaba, no los hubiese arrojado para siempre á la sima del olvido que merecian. Jamas obra alguna logró triunfo mas completo. Tres años ántes de su aparicion se publicó la *Crónica de Don Policisne Boecia;* despues de este acontecimiento literario, no hay ejemplar de que se imprimiese en España libro alguno de caballerías, hasta que en los tiempos modernos se ha reproducido uno que otro, no como pábulo de lectura entretenida, sino como objeto de curiosidad literaria.

El ingenioso hidalgo fué recibido por el público con el aplauso que merecia, como qué en el primer año salieron cuatro ediciones: dos en Madrid, ambas por Juan de la Cuesta; una en Valencia, por Pedro Patricio Mey, y otra en Lisboa, por Jorje Rodriguez. Un tal Francisco Robles fué, segun parece, quien compró á Cervántes el privilegio; y atendido un éxito tan brillante y la necesidad del autor, es de creer que hizo una pingüe negociacion. Esta popularidad aumenta las improbabilidades de la especie que anduvo muy válida y acreditada en el siglo último, de



que pesaroso CERVÁNTES al ver que su obra no obtenia el despacho que esperaba, hizo imprimir subrepticiamente un papel anónimo con el título de *Buscapié*, en el cual llamó la atencion del público, dando la clave de las misteriosas alusiones esparcidas en su narracion. Segun esto, el objeto del libro variaba de todo punto, supuesto que sus personajes no serian puramente imaginarios, sino caricaturas del emperador Cárlos V y otros sugetos importantes de su córte, en cuyas empresas y regocijos reinaba á la verdad cierto espíritu caballeresco, que podia muy bien prestarse á la sátira. Pero nada confirma semejante hipótesis, y hay muchas razones que la contradicen y destruyen. Siempre CERVÁNTES, especialmente en el *Don Quijote*, habló con sumo respeto y formalidad de aquel gran monarca, hasta darle el nombre de *invictísimo*, pecando contra la gramática por esforzar el epíteto. No pudo pues ridiculizar á quien tanto encomiaba; y faltando conocidamente el motivo que se supone, no es de creer que un hombre tan comedido como CERVÁNTES quisiese exponerse gratuitamente á los peligros de una publicacion que hubiera podido costarle sinsabores de mas de un género. Pero una persona respetable aseguró á D. Vicente de los Rios que habia visto un ejemplar del *Buscapié* en poder del conde de Saceda; hecho que, sin ofensa de la veracidad del aseverante y sin menoscabo de la sana crítica, puede explicarse (observa Clemencin) por el artificio de algun escritor para iludir al Conde, que era rico y goloso en la materia. «Mas difícil era, añade, contrahacer la edicion primitiva de la gramática de Antonio de Lebrija, y se contrahizo en este siglo pasado: el *Buscapié* no tenia que temer comparaciones ni cotejos (*).»

Del entusiasmo público no participaron algunos escritores, ya por los celos del oficio, ya por la creencia de hallarse comprendidos y señalados en las censuras literarias vertidas incidentalmente y como de paso en el *Don Quijote*, ya en fin por efecto de estas malas tentaciones á que nos hallamos propensos sin poderlo remediar los que nos dedicamos á este ejercicio. Entre tales murmuradores deben contarse D. Luis de Góngora, introductor del culteranismo, que empezaba entónces á inficionar nuestra literatura, el Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa, traductor del *Guarini*, autor de la *Plaza universal de ciencias*, hombre excéntrico, como ahora diríamos, en la sociedad donde vivia, y el escritor petulante que algun tiempo despues, segun verémos, se disfrazó bajo el pseudónimo de Alonso Fernandez de Avellaneda. Era este conocidamente uno de los ciegos admiradores del gran Lope de Vega, al cual iban sin duda dirigidas las discretas observaciones del canónigo de Toledo, en el capítulo XLVIII de la primera parte de *Don Quijote*. Del mismo Lope hay indicios de resentimiento, que algunos se empeñan en negar, mas por mucho que nos lastime el ver á dos hombres tan eminentes descender de su altura para confundirse en el campo de las vulgares miserias, es fuerza confesar que hay en ello algo de verdad, y que, si no hubo rompimiento, hubo desvío. ¿En qué punto debieron encontrarse los dos, caminando por distintos senderos hácia la cumbre de la gloria? Es verdad que quisieron recíprocamente invadir el patrimonio que la naturaleza les habia señalado. Quiso CERVÁNTES escribir comedias, y cayó en un punto mas abajo de la medianía; quiso Lope escribir novelas, y apestó. En la vida de este último entrarémos en mas pormenores sobre esta curiosa rivalidad.

Pocos meses despues de publicado el *Don Quijote* ocurrió á CERVÁNTES un disgusto que debió acibarar por algunos dias su existencia. No parece sino que una tenaz fatalidad le andaba persiguiendo sin cesar por todas partes. Permanecia en Valladolid con alguna tranquilidad en el seno de su familia, compuesta de su mujer, de su hija natural, de su hermana viuda doña

(*) Desde que escribimos la presente *Vida* no ha variado nuestra opinion en punto á la existencia del *Buscapié*, á pesar de haberse publicado el año pasado de 1848 en Cádiz un libro de este título, con eruditísimas y abundantes notas, por D. Alfredo de Castro, quien lo encontró, no impreso como se suponia, sino copiado de mano, entre los papeles que adquirió de un curioso. No es este lugar de exponer los fundamentos que tenemos para pensar así, de conformidad con otras personas mas inteligentes. Baste decir que la invencion no corresponde al ingenio de CERVÁNTES, aunque en el lenguaje se trató de remedarle, y que algun descuido cometido por el verdadero autor, colocando la escena, ya en Madrid, ya en Valladolid, descubre la incertidumbre con que escribia.



Andrea, la misma que habia contribuido á su rescate, de una hija de esta, y de una persona allegadiza que se llamaba tambien su hermana y era beata. Por la noche del 27 de junio, estando ya recogido CERVÁNTES y todos los de su familia, hubo en la calle cuchilladas, de que resultó herido gravemente D. Gaspar de Ezpeleta, caballero navarro, de la órden de Santiago, que andaria rondando segun la costumbre de los enamorados en aquellos tiempos. Pidió auxilio; alborotóse la vecindad; bajó CERVÁNTES, y con la ayuda de otro fué colocado el herido en el cuarto de una vecina que se hallaba mas á mano, donde murió en la mañana del 29. La circunstancia de haberse depositado sus vestidos en casa de CERVÁNTES dió lugar á que se le pusiese en la cárcel junto con su hermana, hija y sobrina, segun aquel dichoso método de enjuiciar, que condenaba la compasion como un delito. Dias despues, reconocida su inocencia, fué puesto en libertad; y los chismes de las mujeres sonsacadas por el juez en pesquisas y declaraciones impertinentes, han dado ocasion á la malicia de algunos para atribuir á CERVÁNTES una industria vergonzosa, que es incompatible con la nobleza de su carácter.

Restituida la corte á Madrid, la siguió CERVÁNTES, siempre dedicado á las agencias que se le encomendaban, miéntras su honrada familia le ayudaba con el trabajo de sus manos en cuanto puede ayudar el mezquino producto de las labores mujeriles. En 1608 se reimprimió la primera parte del *Don Quijote* á su vista: hizo algunas enmiendas, supresiones y añadiduras, pero tan á la lijera y con tal descuido, que parece inconcebible cómo pudieron escapársele errores que saltan á la vista de cualquiera. Sirva de ejemplo el olvido de la pérdida del rucio de Sancho Panza, distraccion repetida siete veces en las primeras ediciones, corregida en dos parajes de la de 1608, y dejada sin tocar en los cinco restantes. No disminuia en un punto la boga que obtuvo la obra desde un principio, pues se reimprimió dos veces en Bruselas y una en Milan, y andaba en manos de los mas elevados personajes. Refiérese que hallándose Felipe III en un balcon de su alcázar de Madrid, vió de léjos á un estudiante que sentado á la orilla del Manzanares con un libro en la mano, interrumpia á cada paso su lectura, dándose palmadas en la frente y haciendo grandes extremos de contento. «Aquel estudiante, dijo el Rey, ó está fuera de sí, ó lee la historia de *Don Quijote*.» No faltaron palaciegos que corrieron inmediatamente á saber la verdad del caso, y volvieron ganando albricias, á felicitar á S. M., que habia acertado. Por respeto á la dignidad real, creemos que esta anécdota se refiere á tiempo posterior, cuando hubiese ya muerto CERVÁNTES, pues no podriamos perdonar á Felipe el que, conociendo el mérito del *Don Quijote*, no premiase á su autor por los buenos ratos que habia recibido, ó no le pagase por lo ménos la deuda contraida por su padre. De todas maneras, los cortesanos tampoco le recordarian esta obligacion; siempre han sido lo mismo: esta es herencia que pasa intacta de padres á hijos sin necesidad de vincularse.

Mayor aprecio encontró CERVÁNTES en uno de los magnates que mas honraron en aquellos tiempos la grandeza española. Tal fué D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, generoso protector de los literatos y poetas, poeta él tambien, y no mediano cultivador de las letras, que en el año de 1610 fué nombrado virey de Nápoles. Privado de su secretario Juan Ramirez de Arellano, que acababa de fallecer, ofreció inmediatamente este destino á Lupercio Leonardo de Argensola, rogándole que llevase consigo á su hermano Bartolomé, rector de Villahermosa, y buscase hombres de su genio y aficion para oficiales de aquella secretaría. Argensola, que era tal vez el juez mas competente de su tiempo para graduar esta clase de méritos, escogió con acierto singular entre sus amigos, que formando la mas lucida colonia fuéron á convertir una oficina política en academia de las Musas. Muchos pretendientes de gran valía no cupieron en el arreglo de este personal, y no tuvieron por cierto quedas sus lenguas para quejarse de la forzosa exclusion. CERVÁNTES, á no ser por su edad, que frisaba ya en los sesenta y tres años, y por su familia, que no era leve carga, hubiera probablemente formado parte de esta agradable expedicion. En cambio los Argensolas le hicieron mil promesas, asegurándole que ni la ausencia

ni la distancia menguaria en un punto la proteccion del Conde, que tanta necesidad les hacia. Parece que con el tiempo anduvieron á la verdad sobrado tibios ó desmemoriados, ó mas bien ménos diligentes de lo que conviniera á las apremiadoras necesidades de su amigo, pues al paso que este exhaló algunas reconvenciones en su *Viaje al Parnaso*, bien se descubre el fondo del tierno cariño por entre las rendijas del descontento; y es constante ademas que el buen Conde continuó favoreciendo á CERVÁNTES, y CERVÁNTES dándole pruebas continuas de gratitud hasta el mismo trance de la muerte.

La primera fué dedicarle sus *Novelas ejemplares*, que segun hemos dicho habia ido componiendo en los intervalos que le dejaban libres sus fastidiosas ocupaciones por negocios ajenos. Antes de atreverse á esta publicacion habia tratado de echar la sonda en el gusto del público, injiriendo en la primera parte del *Don Quijote* la novela del *Curioso impertinente*, y anunciando que aun quedaban otras en el cartapacio. La treta produjo su efecto, pues se le toleró fácilmente la caprichosa inoportunidad, en gracia del mérito de una composicion, que en la opinion de los inteligentes, y aun en la pobre nuestra, es la mejor de las novelas de CERVÁNTES, al paso que estas son sus obras mas perfectas despues del *Don Quijote*. Desglosándola de este, la imprimió en Paris en 1608 César Oudin, para el uso de sus discípulos, como modelo de lengua castellana; lo cual debió alentar á su autor para dar á la prensa las demas de su género, como lo verificó en 1613, con licencia obtenida el año anterior.

No se halla en el mismo caso la relacion del capitan cautivo Ruiz Perez de Viedma. CERVÁNTES la consideró como parte integrante, aunque descosida, del *Don Quijote*, ó por lo ménos no la habia compuesto por separado: es de notar que en todas sus novelas el autor es quien refiere los sucesos ajenos, cuando el *Cautivo* cuenta sus aventuras. El objeto que se propuso CERVÁNTES en este episodio es evidente: en la mayor parte de sus obras, bajo uno ú otro pretexto, introduce siempre una descripcion de los trabajos del cautiverio en Arjel, recuerdo de los que él mismo sufrió en los mejores años de su vida, y protesta contra los que tan mal se los recompensaron.

Doce fuéron las novelas que publicó CERVÁNTES: *La Jitanilla*, *La Fuerza de la sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, *La Española inglesa*, *El Amante liberal*, *El licenciado Vidriera*, *El Celoso extremeño*, *Las dos Doncellas*, *La ilustre Fregona*, *La Señora Cornelia*, *El Casamiento engañoso* y *el Coloquio de los perros*, todas de grande ingenio aunque de distintos quilates en cuanto á su mérito respectivo. Aunque no entrarémos en un minucioso exámen y cotejo sobre el valor que á cada una corresponde, ni sobre las circunstancias que pudieron ofrecer materia para su composicion, dirémos en general que las dotes de buen narrador sobresalen, á nuestro modo de ver, en las de asuntos festivos y picarescos mas que en las de acciones serias y graves. CERVÁNTES sentia bien, no hay duda; pero al expresar los sentimientos se echaba unas veces á sutilizar y otras veces á disertar. Conmueve cuando se propone conmover, pero raras veces arranca una lágrima. Dejadle trazar caractéres ridículos, describir costumbres extravagantes, contar travesuras, dialogar chistes y socarronerías, y veréis cómo todo se anima, todo adquiere movimiento y viveza; en vano querréis contener la risa, él la hará estallar. Este era su elemento, esta el arma privativa de su poder intelectual.

Jactóse CERVÁNTES en su prólogo de haber sido el primero que habia novelado en lengua castellana; segun lo cual, la palabra novela tendria entónces una significacion ménos lata que la aplicada en nuestros tiempos á este género de composicion. Novelas se llamarian ahora los libros de caballerías, novelas la numerosa serie de poemas pastoriles que tenian inundado el campo de la literatura, novelas las obras semejantes á la *Celestina*, que aunque bajo formas dramáticas no estaban destinadas á representarse; novelas *El Lazarillo de Tórmes*, de D. Diego Hurtado de Mendoza; *El Pícaro Guzman de Alfarache*, de Mateo Aleman; los varios cuentos incluidos en *El Patrañuelo*, de Juan de Timoneda; *La Pícara Justina*, del P. Fr. Andres Perez; y retroce-

diendo á época mas antigua, novelas se llamarian tambien los preciosos ejemplos morales que el infante D. Juan Manuel nos dejó en su *Conde Lucanor*. Por lo ménos no se podrá negar que mas conviene tal denominacion á estos libros, que al *Coloquio de los perros*, de nuestro autor, quien en este sentido no estaba en lo cierto. Lo indudable es que CERVÁNTES dió á la novela una nueva forma y direccion, que no acertaron á conservar y seguir los imitadores que le sucedieron : nadie en los tiempos inmediatos supo dar aquel color á los cuadros de costumbres, aquel interes á las acciones privadas, aquella soltura en la narracion, aquella elegancia al lenguaje, aquel contraste y amenidad á los varios incidentes. Con esto logró CERVÁNTES desarraigar una preocupacion entónces muy comun entre los extranjeros, que reconociendo la rotundidad y grandilocuencia de la lengua castellana, segun el testimonio de Salas Barbadillo, la culpaban de corta y negaban su fertilidad, juzgándola ménos acomodada á los asuntos de mediana entonacion; idea falsa, que se hallaba mas que suficientemente refutada por la superioridad de nuestra comedia con respecto á los ensayos poco felices á que nuestra musa trágica se habia aventurado.

Llamó CERVÁNTES *ejemplares* á sus novelas para distinguirlas de las poco edificantes de la escuela del Bocacio, que traducidas de idiomas extranjeros andaban en manos de los aficionados á este género de entretenimiento. Ninguna palabra soltó en ellas de que pueda darse por ofendido el pudor : «hasta los requiebros amorosos, dice él mismo, son tan hónestos y tan medidos con el discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere; pues de otro modo, ántes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas al público». Por esta razon sin duda, ó por otros buenos respetos, segun decia, no incluyó en su coleccion la novela de *La Tia fingida*, que consideraria algo libre y desenvuelta al lado de las demas, aunque segun nuestra opinion particular la inmoralidad no consiste en retratar fielmente los vicios de la sociedad, sino en presentarlos bajo un aspecto amable y seductor que estimule el apetito á la torpeza, en vez de descubrir las malas artes para que se precavan los ménos advertidos, ofreciendo el amargo fruto de las pasiones ó hábitos desordenados, y señalando ya el castigo de la maldad, ya la ignominia de que se cubre ante la pública opinion, ya los consuelos del arrepentimiento y las ventajas de la enmienda. Con arreglo á estos principios *La Tia fingida* está muy léjos de desmerécer el ser colocada entre las demas novelas ejemplares. Una casualidad la salvó del olvido : alguna de las copias que se sacaron hubo de caer en manos del licenciado D. Francisco Porras de la Cámara, prebendado de la santa iglesia de Sevilla, quien la incluyó con otras del mismo CERVÁNTES en una miscelanea que formó hácia el año de 1606, de varios opúsculos propios y ajenos, por encargo del arzobispo D. Fernando Niño de Guevara, que queria pasar entretenido con esta lectura las siestas de verano en su quinta de Umbreté. Este manuscrito fué á parar en el archivo del colegio de San Hermenegildo de aquella ciudad, pasó luego al colegio Imperial de Madrid, y allí fué encontrado por D. Isidoro Bosarte : el Sr. Arrieta sacó una copia de aquella novela, que con algunas mutilaciones publicó en nuestros dias.

La manía de versificar contraida desde los primeros años duraba todavía en CERVÁNTES. Por aquella época hizo algunas composiciones sobre varios asuntos, y entre ellas una cancion á los éxtasis de Santa Teresa de Jesus, para concurrir á la par de los mas afamados ingenios al certámen que se celebró en Madrid con motivo de la reciente beatificacion de aquella insigne española. Pero la obra poética de mas consideracion fué la que dió á luz á fines de 1614, con el título de *Viaje al Parnaso*. Quiso en ella imitar á César Caporali, natural de Perusa, poeta superior á él en el artificio de la rima, inferior en invencion, y muy parecido tanto en el buen humor como en la mala suerte. Propúsose por objeto hacer, como en el *Canto de Caliope*, el elogio de los poetas españoles que entónces vivian y él reputaba por buenos, y la censura de los que corrompian el gusto y le guiaban por una senda extraviada, recomendando al mismo tiempo como de paso

los propios méritos en la literatura y en la milicia. El pensamiento es ingenioso : no deja de haber tiradas de tercetos que prohijaria cualquiera sin repugnancia. Los encomios son en general exagerados y propios de su natural indulgencia, la sátira es moderada, sin dejar de ser picante, y mas que una maldicion es un conjuro á la nube de malos poetas que venia á descargar sobre nuestro parnaso. La dedicatoria está dirigida al jóven D. Rodrigo de Tapia, de quien no tenemos mas noticia. Sigue al poema una adjunta en prosa, que es lo mejor por el donaire de la diccion : en ella habló de sus comedias y abrió así el camino para darlas al público, como ardientemente deseaba.

Pero ni los cómicos las querian representar, ni los libreros comprárselas para imprimir : en vano alegaba la buena acogida que habian tenido las primeras que compuso, y aseguraba que no eran tan malas las nuevas que con aquellas no pudiesen competir ventajosamente. Desde entónces habian ya trascurrido treinta años ; y en este intermedio habia aparecido Lope de Vega, alzándose con la monarquía del teatro, hasta granjearse una verdadera idolatría. Acudió al librero Juan de Villaroel, quien le manifestó francamente que le compraria desde luego las comedias, á no haberle dicho un autor de título, que de su prosa podia esperarse mucho, pero de su verso nada : respuesta que le llegó al alma, pero no le convenció. A fuerza de instancias, el librero acabó por tomárselas, mas por condescendencia y amistad, que por otra cosa, y se las pagó razonablemente. Todas estas curiosas circunstancias nos refiere el mismo CERVÁNTES en un discreto prólogo que por su ingenuidad encanta y enamora. No es ménos bella la carta dedicatoria que dirigió al conde de Lemos.

Compónese esta coleccion de ocho comedias : *El Gallardo español*, *La Casa de los celos*, *Los Baños de Argel*, *El Rufian dichoso*, *La Gran Sultana*, *El Laberinto de amor*, *La Entretenida* y *Pedro de Urdemalas*, y de otros tantos entremeses, que son : *El Juez de los divorcios*, *El Rufian viudo*, *La Eleccion de los alcaldes de Daganzo*, *La Guarda cuidadosa*, *El Vizcaino fingido*, *El Retablo de las maravillas*, *La Cueva de Salamanca* y *El viejo celoso*. No incluyó otro entremes titulado *Los dos Habladores*, que despues de su muerte, en 1624, fué representado é impreso en Sevilla : no debió entónces de tenerle á la mano.

Nada podemos decir en elogio de estas comedias, y aunque alguna mencion honorífica merecerian los entremeses, la reservamos para otra ocasion mas oportuna y mas holgada, segun hemos prevenido en la advertencia de este tomo. Las mayores pruebas de la inferioridad de aquellas son los mismos esfuerzos que han hecho en abono de CERVÁNTES sus ciegos admiradores. D. Blas de Nasarre, que las hizo reimprimir en 1749, intentó persuadir que su autor las habia hecho artificiosamente malas para ridiculizar otras igualmente disparatadas que en su tiempo obtenian gran boga. El abate Lampillas atribuyó su publicacion á malicia de impresores que las mutilaron y trasformaron en un todo, tomando el nombre y el prólogo de CERVÁNTES. Uno y otro dictámen se hallan en manifiesta contradiccion con hechos demostrados y constantes : mas cuerdo es reconocer con Horacio que alguna que otra vez dormitaba el buen Homero.

CERVÁNTES escribió indudablemente estas comedias, y con la mejor fe del mundo las dió cuando ménos por pasaderas. Felicitóse en su prólogo de haberse atrevido á reducir las comedias á tres jornadas, y de haber sido el primero en sacar figuras morales al teatro. Si los documentos relativos á tiempos anteriores no son engañosos, estas proposiciones no son exactas. En 1553 Francisco de Avendaño, y en 1579 Cristóbal de Virués, se gloriaban tambien de lo primero ; y con respecto á lo segundo, en el monumento mas antiguo entre cuantos se han conservado de la dramática española, en aquella danza general atribuida al rabí D. Santo de Carrion, y fijada hácia el año de 1356, la Muerte es la que hace el primer papel. Nada quitamos á la gloria de CERVÁNTES con rehusarle la prioridad en estas dos novedades, la una muy indiferente, y la otra de dudoso mérito.

Entre tanto se ocupaba CERVÁNTES en concluir la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*,



cuya próxima publicacion habia anunciado dos años ántes en el prólogo de las *Novelas*; y ahora en la dedicatoria de las comèdias decia nuevamente al conde de Lemos, que su héroe quedaba calzadas las espuelas para ir á besarle los piés. Pero otro se habia anticipado á robarle el pensamiento, atreviéndose á levantar el guante que arrojara CERVÁNTES, cuando al concluir la primera parte dijó lo del Ariosto : *Forse altri canterà con miglior plettro*; y lo hizo con tan poca gracia, que los graves defectos de que adolece esta continuacion resaltan aun mas por el contraste con su bello original. En 1614 en efecto se habia impreso en Tarragona una *Segunda parte del Don Quijote*, por el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de Tordesillas. Nombre y patria eran supuestos, y no ha podido averiguarse hasta ahora quién fuese el verdadero autor. Conjeturas no sin fundamento hacen sospechar que era aragones, y fraile dominico, y tal vez autor de comedias ó por lo ménos entusiasta de las de Lope de Vega.

Es probable que cuando este libro llegó á las manos de CERVÁNTES se hallaba este en el capítulo LIX de su segunda parte, pues allí empieza á hablar de él con el desden que su resentimiento le inspiraba. Porque no se limitó el fingido Avellaneda á seguir el argumento de CERVÁNTES : atacaba ademas no solo su amor propio literario, sino tambien sus servicios militares, su triste situacion y su moralidad, llamándole manco, viejo, pobre, envidioso, mal contentadizo, murmurador, delincuente ó encarcelado, y otras lindezas. No era CERVÁNTES hombre que disimulaba sus defectos personales, y si no es por él mismo ignorariamos que fué tartamudo; pero tocándole el punto de la honra, bien se echa de ver que sufria lo que no es decible. A este libelo infamatorio aludió en su prólogo con una moderacion ejemplar. A la nota de viejo contesta que no estuvo en su mano detener el tiempo, y que no se escribia con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años; á la de manco, que este estropeamiento no nació en ninguna taberna, sino en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperaban ver los venideros, y tal que ántes quisiera haber perecido en aquella faccion prodigiosa, que verse sano despues de sus heridas sin haberse hallado en ella; á la de pobre, que puede tener honra el desvalido, pero no el vicioso, y que la pobreza puede anublar la nobleza, pero no oscurecerla del todo; pero que como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada y favorecida de los altos y nobles espíritus; á la de envidioso, que de los dos géneros que hay de envidia solo conocia á la santa, á la noble y bien intencionada; á la de maldiciente, que á nadie tenia que perseguir, y ménos á un sacerdote, y ménos si tenia por añadidura el ser familiar del Santo Oficio. Aquí paró su defensa, conteniéndose mucho, como expresó él mismo, en los términos de la modestia. Se traslucen en efecto muchas reticencias forzosas : su detractor era, segun se sospecha, sacerdote; pertenecia á la órden de Predicadores, cuya influencia es conocida en aquel tribunal suspicaz, que tan fácilmente se vengaba : harto dijo en su desagravio quien en tales tiempos vivia. A lo de encarcelado nada contestó : para esto debia chocar con poderosos, y correr peligros sin gloria y sin resultado útil, y lo que es peor, con probable perjuicio de la causa de la pobre humanidad, si en odio de una censura determinada se hubieran prohibido las que mas generalmente lanzó sobre los vicios y ridiculeces de su siglo.

Invectivas tan injustas han excitado el interes á favor del agraviado y la odiosidad contra su perseguidor. Por esto su obra, olvidada desde su nacimiento, se miró con cierta prevencion, hasta que aquel espíritu de contradiccion y apego á la rareza, que suelen con frecuencia invadir el campo de la literatura, lograron rehabilitar por un momento la memoria de Avellaneda. El célebre M. Lesage publicó en Paris, el año de 1704, una traduccion de su *Don Quijote*, pero traduccion alterada notablemente, con nuevas galas de estilo, y supresion de todo lo nauseabundo : en fin, como sabia hacer estas cosas aquel habilísimo zurcidor. Apoyados en tal autoridad y en la creencia de que la traduccion era fiel y ajustada, algunos literatos españoles, y entre ellos el Dr. D. Diego de Torres, reclamaron la reimpresion del original : D. Blas de

Nasarre, hombre, segun hemos visto, de ideas algo singulares en semejantes materias, hizo una edicion en 1732, bajo el nombre de D. Isidoro Perales y Torres, que era un clérigo familiar suyo; y D. Agustin de Montiano y Luyando, su amigo, llevado de una condescendencia difícilmente conciliable con sus buenos conocimientos, hubo de cometer, en una aprobacion que firmó, el solemne desatino de decir: «No creo que ningun hombre juicioso sentenciará á favor de Cervántes, si forma el cotejo de las dos segundas partes.» En honor de la verdad no falta en algunos pasajes soltura y gracejo; pero la pesadez de otros, aquellas obscenidades repugnantes al lado de las miserables supersticiones que forman el claroscuro de la época, aquella pobreza de invencion y frecuente grosería de lenguaje, hacen á esta produccion jactanciosa inferior en infinitos grados, no solo á la de Cervántes, sino á las de otros sus contemporáneos. Nuestros lectores podrán juzgarlo con conocimiento de causa, cuando llegue su turno á la publicacion de este bastardo *Don Quijote*, que tiene su lugar señalado en los tomos sucesivos.

Es cosa notable que cuantos han querido tomar esta gran concepcion de Cervántes por asunto de sus composiciones, todos sin excepcion, hasta los mayores ingenios, se han estrellado, sin lograr otra cosa que reproducir pálidos reflejos. Presentaron á *Don Quijote* en la escena D. Guillen de Castro, Lope de Vega, D. Pedro Calderon de la Barca en su mismo siglo; en el siguiente lo hizo entre otros D. Juan Melendez Valdes, el restaurador del buen gusto en nuestra poesía; y así ensayó su talento cómico en estos tiempos D. Ventura de la Vega, sin que ninguno de ellos se pueda gloriar de haber compartido con el autor original una pequeña parte de su triunfo.

La segunda parte del de Cervántes lleva indudablemente grandes ventajas á la primera. Sin dejar de adolecer de los defectos propios de la precipitacion en el componer y de la pereza en el corregir, los descuidos son en menor número: es mas armónico el conjunto de las partes; no hay distracciones de importancia, ni digresiones que entorpezcan la marcha de la fábula hasta su fin; el héroe es consecuente en su locura, y Sancho Panza de cada vez mas gracioso; aparece desde el principio un nuevo personaje de un carácter magníficamente descrito, el bachiller Sanson Carrasco, que contribuye del modo mas decisivo al desenlace. El talento de Cervántes se engrandecia con la edad, y su fogosa imaginacion en nada se resentia de los hielos de la vejez. Parece que Cervántes quiso desmentir la proposicion que habia vertido en boca del cura, de que nunca segundas partes fuéron buenas.

Pidió Cervántes licencia para imprimir esta á principios de 1615: censuróla el licenciado Francisco Marquez de Torres, capellan de pajes del arzobispo de Toledo, quien en su aprobacion, de fecha de 25 de febrero, nos ha conservado un hecho que vamos á trascribir en sus propios términos. «Certifico con verdad, dice el censor, que en 25 de febrero, habiendo ido el Ilmo. Sr. D. Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á S. I. hizo el embajador de Francia, que vino á tratar cosas importantes á los casamientos de sus príncipes con los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al Embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del Cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban mas validos; y tocando acaso en este que yo estaba censurando, apénas oyeron el nombre de Miguel de Cervántes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenian sus obras, *La Galatea*, que alguno dellos tiene casi de memoria la primera parte desta, y las *Novelas*. Fuéron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen al autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre; á que uno respondió estas formales palabras: ¿*Pues á tal hombre no le tiene*

España muy rico y sustentado del erario público? Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza dijo: *Si necesidad ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.* De aquí, á no tener otro dato mas positivo, hubo de sacar D. Antonio Capmany la especie de que CERVÁNTES fué solicitado con muy ventajosos partidos para ir á Paris á enseñar la lengua española, proponiendo sus propias obras por modelo de lenguaje. Si esta noticia fuese cierta, no se hubiera podido elegir mas hábil maestro ni texto mas autorizado para una enseñanza que era entónces comun en toda Europa, y especialmente en Francia, donde segun decia CERVÁNTES, ni varon ni mujer dejaba de aprender la lengua castellana. Pero aun así, ni la edad, ni el estado decadente de su salud, que anunciaba ya el próximo fin de sus dias, le hubiera permitido ir á recibir en pais extranjero el premio que no pudo obtener de sus compatriotas.

En los últimos meses de 1615 salió por fin á luz el complemento de la grande obra que todas las naciones nos envidian. Fué acogida con aplauso por el público, y derramóse por todas partes. Solo la Inquisicion, á pesar del exámen sufrido, quiso revisar la obra; y la minuciosa severidad con que verificó el expurgo puede conocerse por la inocencia de la única frase que tuvo el gusto de tildar. Reprendiendo la duquesa á Sancho Panza en el capítulo XXXVI, por la demasiada blandura con que llevaba el importante negocio de los azotes para el desencanto de Dulcinea, le dijo en hora menguada: *y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito, ni valen nada;* proposicion que en buena teología puede no ser rigurosamente exacta, pero que léjos de ser malsonante, mas bien parece una paráfrasis de aquella enérjica expresion del sagrado texto: *Tepidus es? Vomam te*, y en una obra de este género bien puede permitirse alguna ponderacion. Pero entónces la tibieza solamente era un delito cuando se trataba de delatar, de perseguir, de hacer mal; cuando se trataba de hacer bien, toda indolencia era excusable. Los que habian perseguido á Fr. Luis de Leon. á Benito Arias Montano, al P. Juan de Mariana, debian cebarse en CERVÁNTES en aquello poco á que se pudieron asir, pues no era justo que se librase de la suerte comun á los hombres mas eminentes en letras y en piedad. De esta curiosa noticia no hemos encontrado rastro alguno en los autores que han escrito sobre CERVÁNTES, y la hubiéramos ignorado nosotros, si nuestro eruditísimo amigo D. Luis de Usoz y Rio no hubiese llamado sobre ella nuestra atencion, con presencia del índice expurgatorio publicado en 1619, y de la edicion de 1615. Ateniéndonos en la nuestra á tan indeclinable autoridad, hemos restituido el texto á su pureza original, seguros de que nadie se escandalizará, y ménos despues de esta advertencia.

No en vano se acogió CERVÁNTES á la sombra del cardenal arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, que como inquisidor general harto tendria que hacer con su consumada prudencia en contener á aquellos frenéticos. Este príncipe ilustrado, modelo de sólida virtud y amparo de los sabios honrados y menesterosos, estaba socorriendo hacia algun tiempo á CERVÁNTES con una pension, y con otra igual á Vicente Espinel. Despensero del patrimonio de los pobres y tio del duque de Lerma, quiso á la vez reparar una injusticia social y atenuar hasta cierto punto las faltas de un individuo de su familia.

CERVÁNTES, hombre de religion sincera é ilustrada, se habia alistado en la congregacion que todavía subsiste en el oratorio de la calle del Olivar, y que entónces celebraba sus ejercicios en el convento de la Trinidad, y fué recibido despues en la Orden Tercera de San Francisco. Esta fué la moda de aquellos tiempos, y no era bien mirado quien no la seguia, desde los reyes y grandes señores hasta los artesanos, de quienes decia el licenciado D. Pedro Fernandez de Navarrete, que con tanto número de cofradías andaban la mitad del año atendiendo mas á las emulaciones y disputas, que á la devocion y á los medios de su honesta subsistencia. Esta confraternidad facilitaria á CERVÁNTES el cultivar algunas buenas relaciones, y mitigar las amarguras de una vida apesarada que por momentos se iba acabando.

CERVÁNTES sobrevivió pocos meses á la publicacion de su segunda parte del *Don Quijote;* pero tuvo todavía lugar para dar la última mano á los *Trabajos de Pérsiles y Sigismunda*, novela que, en el prólogo de las *Ejemplares*, tenia anunciada desde 1613, como libro que se atrevia á competir con el de Heliodoro, á no salir por atrevido con las manos en la cabeza. En la dedicatoria de la segunda parte del *Don Quijote* decia al conde de Lemos que dentro de cuatro meses daria fin á este libro, que anticipadamente le ofrecia, el cual habia de ser ó el mas malo ó el mejor que de los de entretenimiento se hubiese compuesto en nuestra lengua, «y digo, añade, que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.» Tal fué la estimacion en que tuvo CERVÁNTES á este reciente parto de su ingenio, juicio que no ha sido confirmado por la posteridad, si se exceptúan algunos pocos que le han preferido al *Don Quijote*, fundándose en consideraciones de órden accesorio y subalterno. Tal es la mayor correccion del lenguaje, que por sí sola no basta á recomendar una obra de este género. La unidad de la accion, la concentracion del interes apénas se traslucen hasta el fin de los trabajos, cuando se ve el objeto de la larga, penosa y por mil accidentes contrariada peregrinacion de aquellos singulares amantes. La narracion se halla interrumpida por continuos y prolongados episodios que distraen la atencion, dividen y aflojan el interes, y hasta borran de la memoria los personajes principales. Las escenas colocadas en paises remotos y poco conocidos, como que no se hallan en el mapa, carecen de verdad; y si bien, cuando el autor conduce á sus viajeros por las tierras que corrió, aparece de nuevo la propiedad en los cuadros de costumbres, hay todavía una gran distancia de aquel movimiento que anima las aventuras de su *Ingenioso Hidalgo*.

Tenia ya concluido el *Pérsiles*, cuando en 2 de abril de 1616, enfermo de hidropesía y sin poder salir de su casa, hizo en ella su profesion de la Orden Tercera. Dió el mal una breve tregua, que le permitió trasladarse á Esquivias, ó para despedirse de sus deudos, ó para buscar algun alivio en la variacion de aires y alimentos, última receta de los médicos que pierden toda esperanza. Pero vista la ineficacia del arbitrio, se restituyó á Madrid á los pocos dias: el encuentro que tuvo en el camino con un estudiante se halla descrito en el prólogo de dicha obra, y prueba la jovialidad que conservó hasta sus últimos momentos, como quien satisfecho de su conducta, tranquilo en su conciencia, y confiado en la divina misericordia iba caminando alegre y animoso á los próximos umbrales de la muerte, que tantas veces arrostró.

Pero donde mas resplandece la entereza del justo, es en la dedicatoria con que acompañó el *Pérsiles y Sigismunda* á su constante protector el conde de Lemos, que relevado de su gobierno de Nápoles estaba próximo á regresar á la corte para tomar posesion de la presidencia de Italia. Deseaba CERVÁNTES besarle las manos ántes de morir; pero fué negado á su gratitud este consuelo. Recibido el sacramento de la Extremauncion el dia anterior, escribió en 19 de abril aquella carta tan festivamente tierna, que no tiene ejemplar en las agonías del mas firme estoico, é hizo su testamento encargando dos misas en sufragio de su alma, que restituyó dulcemente al Criador en 23 de abril de 1616.

En tal dia del mismo año, observa el doctor Bowle, falleció el célebre dramático Guillermo Shakespeare, honra y prez de la nacion británica. Esta coincidencia es solo aparente. El dia 23 de abril en el calendario inglés de aquellos tiempos correspondia al 12 del propio mes en el nuestro: necias prevenciones religiosas habian retardado allí la adopcion de la reforma gregoriana. Pero Shakespeare yace en un soberbio monumento bajo las suntuosas bóvedas de Westminster, entre reyes y poderosos. El cuerpo de CERVÁNTES, conducido humildemente por cuatro hermanos de la Orden Tercera, con la cara descubierta, segun la costumbre de aquella sociedad, fué enterrado en la iglesia de las Monjas Trinitarias, donde habia profesado D.ª Isabel, único fruto de sus amores. Sus despojos, ¿dónde están? Cuando aquellas religiosas diez y siete años despues trasladaron su comunidad de la calle del Humilladero, en que se esta-

blecieron, á la de Cantarranas, donde aun permanecen, recogieron los restos de los que habian elegido aquel recinto para su último descanso, y los depositaron sin distincion en una huesa ignorada. Aun cuando un entendido frenólogo, escudriñando y rebuscando por entre aquellos montones de polvo y huesos descabalados, tomase un cráneo y nos lo presentase diciendo: «aquí pensó MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA», sería dudoso y desconfiado nuestro profundo acatamiento.

En el año inmediato salieron á luz los *Trabajos de Pérsiles y Sigismunda*, en Madrid, Valencia, Barcelona y Bruselas. Se perdieron, probablemente para siempre, la segunda parte de *La Galatea*, *Las Semanas del Jardin* y *El Bernardo*, obras que se proponia concluir, si por un milagro, decia él al conde de Lemos, le restituia el cielo la vida.

Perdiéronse tambien sus retratos originales, que pintaron, segun indicios Francisco Pacheco, y positivamente D. Juan de Jáuregui. De cualquiera de los dos puede ser copia el que posee la Academia, atribuido por unos á Alonso del Arco, y por otros á Vicente Carducho, ó á Eugenio Caxes ó alguno de su escuela. Era CERVÁNTES, segun la descripcion que de sí mismo nos hace, de estatura mediana, de color viva, ántes blanca que morena, rostro aguileño, nariz corva y bien proporcionada, frente lisa y desembarazada, ojos alegres, cabello castaño, barba un tanto mas clara, bigotes grandes, boca pequeña, dientes mal alineados, algo cargado de espaldas y no muy lijero de piés, á la edad en que esto escribia, que era la de sesenta y seis años.

Pero el retrato de su alma privilegiada se encuentra en sus escritos y en sus acciones. Impávido en los peligros, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer, indulgente con los esfuerzos bien intencionados de la medianía, dotado de juicio recto y clarísimo, de imaginacion sin ejemplo en su fecundidad, pasó por el mundo como peregrino cuya lengua no se comprende. Sus contemporáneos no le conocieron, y le miraron con indiferencia; la posteridad le ha dado una compensacion justa, pero tardía; porque ha conocido que hubo un hombre que se adelantó á su siglo, que adivinó el gusto y las tendencias de otra sociedad, y que haciéndose popular con sus gracias inagotables, anunció la aurora de una civilizacion que amaneció mucho despues.

Los soberanos han honrado á porfía su memoria, los magnates amantes y protectores de las letras le han levantado monumentos, los sabios le han colmado de elogios, el pueblo venera su nombre con una especie de culto, las naciones extrañas nos le envidian, las artes todas han reproducido su efigie y las creaciones de su fantasía bajo mil formas, la imprenta multiplica sus escritos todos los años, y los difunde por todo el ámbito del mundo: nosotros no podemos prestarle otro homenaje que el de haber relatado sencillamente sus hechos, y darle este preferente lugar en la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

FIN DE LA VIDA DE CERVÁNTES.

LOS SEIS LIBROS
DE LA GALATEA.

DEDICATORIA

Al Ilmo. Sr. Ascanio Colonna, abad de Santa Sofía.

Ha podido tanto conmigo el valor de V. S. I. que me ha quitado el miedo, que con razon debiera tener, en osar ofrecerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas considerando que el estremado de V. S. I. no solo vino á España para ilustrar las mejores universidades della, sino tambien para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia profesan (especialmente los que en la de poesía se ejercitan), no he querido perder la ocasion de seguir esta guia, pues sé que en ella y por ella todos hallan seguro puerto y favorable acogimiento. Hágale V. S. I. bueno á mi deseo, el cual envío delante para dar algun sér á este mi pequeño servicio; y si por esto no lo mereciere, merézcalo á lo ménos por haber seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dinas della, que fué el excelentisimo padre de V. S. I., juntando á esto el efeto de reverencia que hacian en mi ánimo las cosas, que como en profecía oí muchas veces decir de V. S. I. al cardenal de Aquaviva siendo yo su camarero en Roma; las cuales ahora no solo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, cristiandad, magnificencia y bondad de V. S. I., con que da cada dia señales de la clara y generosa estirpe do desciende: la cual en antigüedad compite con el principio y príncipes de la grandeza de Roma, y en las virtudes y heróicas obras con la mesma virtud y mas encumbradas hazañas, como nos lo certifican mil verdaderas historias, llenas de los famosos hechos del tronco y ramos de la real casa Colonna, debajo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hacer escudo á los murmuradores que ninguna cosa perdonan. Aunque, si V. S. I. perdona este mi atrevimiento, ni tendré que temer ni mas que desear, sino que nuestro Señor guarde la ilustrísima persona de V. S. I. con el acrecentamiento de dignidad y estado que todos sus servidores deseamos.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR,

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

La ocupacion de escribir églogas en tiempo que en general la poesía anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenida por ejercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfaccion á los que siguiendo el diverso gusto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente dél estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas pues á ninguno toca satisfacer á ingenios que se encierran en términos tan limitados, solo quiero responder á los que libres de pasion, con mayor fundamento se mueven á no admitir las diferencias de la poesía vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan de ella se mueven á publicar sus escritos con lijera consideracion, llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones propias suele tener en los autores de ellas. Para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinacion que á la poesía siempre he tenido, y la edad, que habiendo apénas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones: demas de que no puede negarse que los estudios de esta

facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo mas que medianos provechos : como son enriquecer el poeta, considerando su propia lengua, y enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe para empresas mas altas y de mayor importancia, y abri camino para que á su imitacion los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antigu quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana, entiendan que tiene campo abierto fácil y espacioso, por el cual con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, pueden corre con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves y levantados que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja e diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra; de lo cual pued ser yo cierto testigo, que conozco algunos que con justo derecho y sin el empacho que yo llevo pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias y tan diferentes la humanas dificultades, y tan varios los fines y las acciones, que unos con deseo de gloria s aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que una vez descubierto h de sufrir el juicio del vulgo peligroso y casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razon par ser confiado, he dado muestra de atrevido en la publicacion deste libro, sino porque no sabri determinarme destos dos inconvenientes cuál sea el mayor: ó el de quien con lijereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha recibido, temprano se aventura á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria y amigos, ó el que de puro escrupuloso, perezoso y tardío, jama acabando de contentarse de lo que hace y entiende, teniendo solo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina á descubrir y comunicar sus escritos. De manera, que así como l osadía y confianza del uno podria condenarse por la licencia demasiada que con seguridad s concede, asimismo el recelo y la tardanza del otro es vicioso, pues tarde ó nunca aprovech con el fruto de su ingenio y estudio á los que esperan y desean ayudas y ejemplos semejante para pasar adelante sus ejercicios. Huyendo destos dos inconvenientes no he publicado ánte de ahora este libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo mas tiempo guardado, pues par mas que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el príncipe de la poesía latina fué calumniado en algunas de sus églogas por haberse levantado mas que en las otras; y así no temeré mucho que alguno condene haber mezclado razones de filosofía entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan á mas que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendo (como en el discurso de la obra alguna vez se hace), que muchos de los disfrazados pastores della lo eran solo en el hábito, queda llana esta objecion. Las demas que en la intencion y en la disposicion se pudieren poner, discúlpelas la intencion segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del autor, que fué de agradar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó, que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de mas gusto y de mayor artificio.

AL AUTOR, POR VARIOS INGENIOS.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO.

Miéntras del yugo sarracino anduvo
Tu cuello preso y tu cerviz domada,
Y allí tu alma al de la fe amarrada
A mas rigor, mayor firmeza tuvo,
Gozóse el cielo; mas la tierra estuvo
Casi viuda sin ti; y desamparada
De nuestras musas la real morada,
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana y tu garganta suelta,
Dentre las fuerzas bárbaras confusas,
Descubre claro tu valor el cielo;
Gózase el mundo en tu felice vuelta,
Y cobra España las perdidas musas.

DE D. LUIS VARGAS MANRIQUE.

Hicieron muestra en vos de su grandeza,
Gran CERVÁNTES, los dioses soberanos,
Y cual primera, dones inmortales
Sin tasa os repartió naturaleza.
Jove su rayo os dió, que es la viveza
De palabras que mueven pedernales,
Diana en exceder á los mortales
En castidad de estilo con presteza.
Mercurio las historias marañadas,
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve,
Cupido y Vénus todos sus amores,
Apolo las canciones concertadas,
Su ciencia las Hermanas todas nueve,
Y al fin el dios silvestre sus pastores.

DE LOPEZ MALDONADO.

Salen del mar y vuelven á sus senos
Despues de una veloz larga carrera,
Como á su madre universal primera,
Los hijos della largo tiempo ajenos.
Con su partida no la hacen ménos,
Ni con su vuelta mas soberbia y fiera,
Porque tiene quedándose ella entera,
De su humor siempre sus estanques llenos.
La mar sois vos, ó Galatea extremada,
Los rios, los loores premio y fruto
Con que alcanzais la mas ilustre vida
Por mas que déis, jamas seréis menguada,
Y ménos cuando os dén todos tributo:
Con él vendréis á veros mas crecida.

LA GALATEA.

LIBRO PRIMERO.

Mientras que al triste lamentable acento
Del mal acorde son del canto mio,
En eco amargo del cansado aliento
Responde el monte, el prado, el llano, el rio,
Demos al sordo y presuroso viento
Las quejas, que del pecho ardiente y frio
Salen á mi pesar, pidiendo en vano
Ayuda al rio, al monte, al prado, al llano.
Crece el humor de mis cansados ojos
Las aguas de este rio, y de este prado
Las variadas flores son abrojos
Y espinas que en el alma se han entrado:
No escucha el alto monte mis enojos,
Y el llano de escucharlos se ha cansado;
Y así un pequeño alivio al dolor mio
No hallo en monte, en llano, en prado, en rio.
Creí que el fuego, que en el alma enciende
El niño alado, el lazo con que aprieta,
La red sutil con que los dioses prende,
Y la furia y rigor de su saeta,
Que así ofendiera como á mí me ofende,
Al sugeto sin par que me sujeta;
Mas contra una alma que es de mármol hecha,
La red no puede, el fuego, el lazo y flecha.
Yo sí que al fuego me consumo y quemo,
Y al lazo pongo humilde la garganta,
Y á la red invisible poco temo,
Y el rigor de la flecha no me espanta:
Por esto soy llegado á tal extremo,
A tanto daño, á desventura tanta,
Que tengo por mi gloria y mi sosiego
La saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio, pastor, en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, cuanto la fortuna y el amor escasos; aunque los discursos del tiempo, consumidor y renovador de las humanas obras, le trujeron á términos, que tuvo por dichosos los infinitos y desdichados en que se habia visto, y en los que su deseo le habia puesto, por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida; y aunque en el pastoral y rústico ejercicio criada, fué de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo, así en la discrecion como en la hermosura, por los infinitos y ricos dones con que el cielo á Galatea habia adornado. Fué querida y con entrañable ahinco amada de muchos pastores y ganaderos, que por las riberas del Tajo su ganado apacentaban: entre los cuales se atrevió á quererla el gallardo Elicio, con tan puro y sincero amor, cuanto la virtud y honestidad de Galatea permitia. De Galatea no se entiende que aborreciese á Elicio, ni ménos que le amase; porque á veces, casi como convencida y obligada á los muchos servicios de Elicio, con algun honesto favor le subia al cielo; y otras veces sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdeñaba, que el enamorado pastor la suerte de su estado apénas conocia. No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia y bondad de Galatea para no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto á Elicio; por lo otro, Elicio no podia, ni debia, ni queria olvidar á Galatea. Parecíale á Galatea, que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que sería demasiada ingratitud no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginábase Elicio que pues Galatea no desdeñaba sus servicios, que tendrian buen suceso sus deseos; y cuando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallábase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir á Galatea lo que con tanta dificultad encubria. Pero la discrecion de Galatea conocia bien en los movimientos del rostro lo que Elicio en el alma traia; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca, y quedábase solamente con el gusto de aquel primer movimiento, por parecerle que á la honestidad de Galatea se le hacia agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se trasformase. Con estos altibajos de su vida, la pasaba el pastor tan mala, que á veces tuviera por bien el mal de perderla, á trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y así un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallándose en medio de un deleitoso prado, convidado de la soledad y del murmurio de un deleitoso arroyuelo que por el llano corria, sacando de su zurron un polido rabel (al son del cual sus querellas al cielo cantando comunicaba), con voz en extremo buena cantó los versos siguientes:

Amoroso pensamiento,
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto tiento,
Que ni te humille el desvío,
Ni ensoberbezca el contento:
Ten un medio (si se acierta
A tenerle en tal porfía),
No huyas el alegría,
Ni ménos cierres la puerta
Al llanto que amor envía.
Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,
No la lleves tan corrida,
Ni subas do no se espera
Sino muerte en la caida:
Esa vana presuncion
En dos cosas parará,
La una en tu perdicion,
La otra en que pagará
Tus deudas el corazon.
Dél naciste, y en naciendo
Pecaste, y págalo él,
Huyes dél, y si pretendo
Recogerte un poco en él,
Ni te alcanzo, ni te entiendo
Ese vuelo peligroso
Con que te subes al cielo
(Si no fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso y tu reposo.
Dirás que quien bien se emplea
Y se ofrece á la ventura,
Que no es posible que sea
De tal juzgado á locura

El brio de que se arrea;
Y que en tan alta ocasion,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion,
Cuanto mas si le conviene
Al alma y al corazon.

Yo lo tengo así entendido;
Mas quiero desengañarte,
Que es señal ser atrevido,
Tener de amor ménos parte
Que el humilde y encogido:
Subes tras una beldad
Que no puede ser mayor:
No entiendo tu calidad,
Que puedas tener amor
Con tanta desigualdad.

Que si el pensamiento mira
Un sugeto levantado,
Contémplalo, y se retira
Por no ser caso acertado
Poner tan alta la mira:
Cuanto mas que el amor nace
Junto con la confianza,
Y en ella se ceba y pace,
Y en faltando la esperanza
Como niebla se deshace.

Pues tú que ves tan distante
El medio del fin que quieres,
Sin esperanza y constante;
Si en el camino murieres,
Morirás como ignorante:
Pero no te se dé nada,
Que en esta empresa amorosa
Do la causa es sublimada,
El morir es vida honrosa,
La pena gloria extremada.

No dejara tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, si no sonaran á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras hácia el lugar donde estaba se venia. Era Erastro un rústico ganadero; pero no le valió tanto su rústica y selvática suerte, que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesion, haciéndole querer mas que á su vida á la hermosa Galatea, á la cual sus querellas, cuando ocasion se le ofrecia, declaraba. Y aunque rústico, era, como verdadero enamorado, en las cosas del amor tan discreto, que cuando en ellas hablaba parecia que el mismo amor se las mostraba y por su lengua las proferia; pero con todo eso (puesto que de Galatea eran escuchadas), eran en aquella cuenta tenidas en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendia del ingenio de Galatea que á cosas mas altas la inclinaba, ántes tenia lástima y envidia á Erastro; lástima, en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos: envidia, por parecerle que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma á que sintiese los desdenes ó favores de Galatea de suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros lo enloqueciesen. Venía Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejuelas, que debajo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los hambrientos lobos, holgándose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando á cada uno el título que su condicion y ánimo merecia: á quién llamaba Leon, á quién Gavilan, á quién Robusto, á quién Manchado; y ellos como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniéndose para él daban á entender el gusto que de su gusto sentian. De esta manera llegó Erastro adonde de Elicio fué agradablemente recebido y aun rogado, que si en otra parte no habia determinado de pasar el sol de la calurosa siesta, pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello, no le fuese enojoso pasarlo en su compañía. Con nadie, respondió Erastro, la podria yo tener mejor que contigo, Elicio, si ya no fuese con aquella que está tan enrobrecida á mis demandas, cuan hecha encina á tus continuos quejidos. Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerba, dejando andar á sus anchuras el ganado, despuntando con los rumiadores dientes las tiernas yerbezuelas del herboso llano. Y como Erastro por muchas y descubiertas señales conocia claramente que Elicio á Galatea amaba, y que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconocia esta verdad, en medio de sus pláticas entre otras razones le dijo las siguientes:

No sé, gallardo y enamorado Elicio, si habrá sido causa de darte pesadumbre el amor que á Galatea tengo, y si lo ha sido, debes perdonarme, porque jamas imaginé de enojarte; ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabia ó cruda roña consuma ó acabe mis retozadores chivatos y mis ternezuelos corderillos; cuando dejaren las tetas de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse sino amargas tueras y ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria, y si otras tantas no he andado á los médicos y curas del lugar á que me diesen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sé qué bebedizos de paciencia: los otros dicen que me encomiende á Dios, que todo lo cura, ó que todo es locura.

Permiteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro que si tú con tus habilidades y extremadas gracias y razones no la ablandas, mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido, por lo que estoy obligado á tu merecimiento: que puesto que no me la dieses, tan imposible sería dejar de amarla, como hacer que estas aguas no mojasen, ni el sol con sus peinados cabellos no nos alumbrase. No pudo dejar de reirse Elicio de las razones de Erastro, y del comedimiento con que la licencia de amar á Galatea le pedia; y así le respondió: No me pesa á mí, Erastro, que tú ames á Galatea: pésame bien de entender de su condicion, que podrán poco para con ella tus verdaderas razones y no fingidas palabras; déte Dios tan buen suceso en tus deseos, cuanto merece la sinceridad de tus pensamientos: y de aquí adelante no dejes por mi respeto de querer á Galatea, que no soy de tan ruin condicion, que ya que á mí me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan: ántes te ruego, por lo que debes á la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversacion y amistad, pues de la mia puedes estar tan seguro, como te he certificado: anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados: tú al son de tu zampoña publicarás el contento ó pena que el alegre ó triste rostro de Galatea te causare, yo al de mi rabel, en el silencio de las sosegadas noches, ó en el calor de las ardientes siestas, á la fresca sombra de los verdes árboles de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré á llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al cielo de los mios.

Y para señal de nuestro buen propósito y verdadera amistad, en tanto que se hacen mayores las sombras de estos árboles, y el sol hácia el occidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, y demos principio al ejercicio que de aquí adelante hemos de tener. No se hizo de rogar Erastro; ántes con muestras de extraño contento, por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su

zampoña y Elicio su rabel, y comenzando el uno, y replicando el otro, cantaron lo que se sigue :

ELICIO.

Blanda, suave, reposadamente,
Ingrato amor, me sujetaste el dia
Que los cabellos de oro y bella frente
Miré del sol, que al sol oscurecia :
Tu sosiego cruel, cual de serpiente
En las rubias madejas se escondia,
Yo por mirar el sol en los manojos,
Todo vine á beberle por los ojos.

ERASTRO.

Atónito quedé y embelesado,
Como estaba sin voz de piedra dura,
Cuando de Galatea el extremado
Donaire vi, la gracia y hermosura :
Amor me estaba en el siniestro lado,
Con las saetas de oro (¡ay muerte dura!)
Haciéndome una puerta por do entrase
Galatea, y el alma me robase.

ELICIO.

¿Con qué milagro, amor, abres el pecho
Del miserable amante que te sigue,
Y de la llaga interna que le has hecho
Crecida gloria muestra que consigue?
¿Cómo el daño que haces es provecho?
Cómo en tu muerte alegre vida vive
El alma que prueba estos efectos todos?
La causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO.

No se ven tantos rostros figurados
En roto espejo, ó hecho por tal arte,
Que si uno en él se mira, retratados
Se ve una multitud en cada parte;
Cuantos nacen cuidados y cuidados
De un cuidado cruel que no se parte
Del alma mia á su rigor vencida,
Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO.

La blanca nieve y colorada rosa,
Que el verano no gasta, ni el invierno,
El sol de dos luceros, do reposa
El blando amor, y á do estará In eterno
La voz cual la de Orfeo poderosa
De suspender las furias del infierno,
Y otras cosas que vi quedando ciego,
Yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO.

Dos hermosas manzanas coloradas,
Que tales me semejan dos mejillas,
Y el arco de dos cejas levantadas,
Que el de Iris no llegó á sus maravillas,
Dos rayos, dos hileras extremadas
De perlas entre grana, si hay decillas,
Mil gracias, que no tienen par ni cuento
Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO.

Yo ardo y no me abraso, vivo y muero,
Estoy lejos y cerca de mi mismo,
Espero en solo un punto y desespero,
Súbome al cielo, bájome al abismo,
Quiero lo que aborezco : blando y fiero
Me pone el amaros parasismo :
Y con estos contrarios paso á paso
Cerca estoy ya del último traspaso.

ERASTRO.

Yo te prometo, Elicio, que le diera
Todo cuanto en la vida me ha quedado
A Galatea, porque me volviera
El alma y corazon que me ha robado :
Y despues del ganado, le añadiera
Mi perro Gavilan con el Manchado;
Pero como ella debe de ser diosa,
El alma querrá mas que no otra cosa.

ELICIO.

Erastro, el corazon que en alta parte
Es puesto por el hado, suerte ó sino,
Quererle derribar por fuerza ó arte,
O diligencia humana, es desatino :
Debes de su ventura contentarte;
Que aunque mueras sin ella, yo imagino
Que no hay vida en el mundo mas dichosa
Como el morir por causa tan honrosa.

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en su canto, cuando sintieron, por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo y ruido, y levantándose los dos en pie por ver lo que era, vieron que del monte salia un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano, y la color del rostro mudada : y que tras él venía otro lijero pastor, que á pocos pasos alcanzó al primero, y asiéndole por el cabezon del pellico, levantó el brazo en el aire cuanto pudo, y un agudo puñal que sin vaina traia se le escondió dos veces en el cuerpo, diciendo : Recibe, ó mal lograda Leónida, la vida deste traidor, que en venganza de tu muerte sacrifico. Y esto fué con tanta presteza, que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estorbárselo, porque llegaron á tiempo que ya el herido pastor daba el último aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras : Dejárasme, Lisandro, satisfacer al cielo con mas largo arrepentimiento el agravio que te hice, y despues quitárasme la vida, que ahora por la causa que he dicho, mal contenta de estas carnes se aparta; y sin poder decir mas, cerró los ojos en sempiterna noche. Por las cuales palabras imaginaron Elicio y Erastro, que no con pequeña causa habia el otro pastor ejecutado en él tan cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntárselo al pastor homicida; pero él con tirado paso, dejando al pastor muerto, y á los dos admirados, se tornó á entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle, y saber dél lo que deseaba, le vieron tornar á salir del bosque, y estando por buen espacio desviado de ellos, en alta voz les dijo : Perdonadme, comedidos pastores, si yo no lo he sido en haber hecho en vuestra presencia lo que habeis visto, porque la justa y mortal ira que contra ese traidor tenia concebida no me dió lugar á mas moderados discursos : lo que os aviso es, que si no quereis enojar á la deidad que en el alto cielo mora, no hagais las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traidora de aquese cuerpo que delante teneis, ni á él déis sepultura, si ya aquí en vuestra tierra no se acostumbra á darla á los traidores; y diciendo esto, á todo correr se volvió á entrar por el monte, con tanta priesa que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle, aunque le siguiese; y así se volvieron los dos con tiernas entrañas á hacer el piadoso oficio, y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo que tan repentinamente habia acabado el curso de sus cortos dias. Erastro fué á su cabaña, que no léjos estaba, y trayendo suficiente aderezo hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba, y dándole el último vale, le pusieron en ella. Y no sin compasion de su desdichado caso, se volvieron á sus ganados, y recogiéndolos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba á mas andar por las puertas del occidente, se recogieron á sus acostumbrados albergues, donde no su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedian, podian apartar á Elicio de pensar qué causas habian movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haber seguido al pastor homicida, y saber dél, si fuera posible, lo que deseaba. Con este pensamiento, y con los muchos que sus amores le causaban, despues de haber dejado en segura parte su rebaño, se salió de su cabaña, como otras veces solia, y con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el cielo se mostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante, buscando algun solitario lugar adonde en el silencio de la noche con mas quietud pudiese soltar la

rienda á sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que á los tristes imaginativos corazones ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad, despertadora de memorias tristes ó alegres. Y así yéndose poco á poco, gustando de un templado céfiro que en el rostro le heria, lleno de suavísimo olor que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas blandamente robaba envuelto en el aire delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quejaba, y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento, porque el ruido no le estorbase de oir lo que era, sintió que de unas apretadas zarzas, que poco desviadas dél estaban, la entristecida voz salia; y aunque interrota de infinitos suspiros, entendió que estas tristes razones pronunciaba: Cobarde y temeroso brazo, enemigo mortal de lo que á tí mismo debes, mira que ya no queda de quien tomar venganza sino de tí mismo: ¿de qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? Si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado, porque no hay cosa mas fuera de remedio que nuestra desventura; pues quien la pudiera hacer buena la tuvo tan corta, que en los verdes años de su alegre juventud ofreció la vida al carnicero cuchillo que se la quitase por la traicion del malvado Carino, que hoy con perder la suya habrá aplacado en parte á aquella venturosa alma de Leónida, si en la celeste parte donde mora puede haber deseo de venganza alguna. ¡Ah, Carino, Carino! ruego yo á los altos cielos, si dellos las justas plegarias son oidas, que no admitan la disculpa, si alguna dieres, de la traicion que me hiciste, y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura, así como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa y mal lograda Leónida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve, las lágrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas á poco sentimiento el no acabar la vida con el que de tu muerte recibo; pues seria poca recompensa á lo que debo y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase: tú verás, si de las cosas de acá tienes cuenta, cómo este miserable cuerpo quedará un dia consumido del dolor, poco á poco, para mayor pena y sentimiento: bien ansí como la mojada y encendida pólvora, que sin hacer estrépito ni levantar llama en alto, entre sí mesma se consume, sin dejar de sí sino el rastro de las consumidas cenizas. Duéleme cuanto puede dolerme, ó alma del alma mia, que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias y honras que á tu bondad y virtud convenían; pero yo te prometo y juro, que el poco tiempo, que será bien poco, que esta apasionada ánima mia rigiere la pesada carga deste miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes y amargas canciones, que de tus alabanzas y merecimientos. A este punto cesó la voz, por la cual Elicio conoció claramente que aquel era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podria saber dél lo que deseaba: y queriendo llegar mas cerca, hubo de tornarse á parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y quiso escuchar primero si al son dél alguna cosa diria, y no tardó mucho que con suave y acordada voz oyó que desta manera cantaba:

LISANDRO.

¡Oh alma venturosa,
Que del humano velo
Libre al alta region viva volaste,
Dejando en tenebrosa
Cárcel de desconsuelo
Mi vida, aunque contigo la llevaste!
Sin ti, escura dejaste
La luz clara del dia,
Por tierra derribada
La esperanza fundada
En el mas firme asiento de alegría:
En fin, con tu partida
Quedó vivo el dolor, muerta la vida.

Envuelto en tus despojos
La muerte se ha llevado
El mas subido extremo de belleza,
La luz de aquellos ojos
Que en haberte mirado
Tenian encerrada su riqueza:
Con presta lijereza
Del alto pensamiento,
Y enamorado pecho
La gloria se ha deshecho,
Como la cera al sol ó niebla al viento;
Y toda mi ventura
Cierra la piedra de tu sepultura.

¿Cómo pudo la mano
Inexorable y cruda,
Y el intento cruel, facineroso
Del vengativo hermano,
Dejar libre y desnuda
Tu alma del mortal velo hermoso?
¿Por qué turbó el reposo
De nuestros corazones?
Qué si no se acabaran,
En uno se juntaran
Con honestas y santas condiciones.
¡Ay, fiera mano esquiva,
Cómo ordenaste que muriendo viva!

En llanto sempiterno
Mi ánima mezquina
Los años pasará, meses y dias:
La tuya en gozo eterno,
Y edad firme y contina
No temerá del tiempo las porfías:
Con dulces alegrías
Verás firme la gloria
Que tu loable vida
Te tuvo merecida;
Y si puede caber en tu memoria
Del suelo no perderla,
De quien tanto te amó debes tenerla.

Mas ¡oh cuán simple he sido,
Alma bendita y bella!
De pedir que te acuerdes ni aun burlando
De mí que te he querido,
Pues sé que mi querella
Se irá con tal favor eternizando:
Mejor es, que pensando
Que soy de ti olvidado,
Me apriete con mi llaga,
Haga que se deshaga
Con el dolor la vida que ha quedado,
Con tan extraña suerte,
Que no tiene por mal el de la muerte.

Goza en el santo coro
Con otras almas santas,
Alma, de aquel seguro bien eterno,
Alto, rico tesoro,
Mercedes, gracias tantas,
Que goza el que no huye el buen sendero.
Allí gozar espero,
Si por tus pasos guío,
Contigo en paz entera
De eterna primavera
Sin temor, sobresalto ni desvío;
A esto me encamina,
Pues será hazaña de tus obras dina.

Y pues vosotras, celestiales almas,
Veis el bien que deseo,
Creced las alas á tan buen deseo.

Aquí cesó la voz, pero no los suspiros del desdichado que cantado habia, y lo uno y lo otro fué parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quién era. Y rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar mas presto á do la voz salia, salió á un pequeño prado, que todo en redondo á manera de teatro de espesísimas é intrincadas matas estaba ceñido, en el cual vió un pastor que con ex-

tremendo brio estaba con el pié derecho delante y el izquierdo atras, y el diestro brazo levantado, á guisa de quien esperaba hacer algun recio tiro. Y así era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas habia hecho, pensando ser alguna fiera (de la cual convenia defenderse el pastor del bosque), se habia puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenia. Elicio, conociendo por su apostura su intento, ántes que le efectuase, le dijo: Sosiega el pecho, lastimado pastor, que el que aquí viene trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres, y quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lágrimas y turbar el alivio que de estar solo se te podria seguir. Con estas blandas y comedidas palabras de Elicio se sosegó el pastor, y con no ménos blandura le respondió, diciendo: Tu buen ofrecimiento agradezco, cualquiera que tú seas, comedido pastor; pero si ventura quieres saber de mí, que nunca la tuve, mal podrás ser satisfecho. Verdad dices, respondió Elicio, pues por las palabras y quejas que esta noche te he oido, muestras bien claro la poca ó ninguna que tienes; pero no ménos satisfarás mi deseo con decirme tus trabajos, que con declararme tus contentos; y así la fortuna te los dé en lo que deseas, que no me niegues lo que te suplico, si ya el no conocerme no me lo impide; aunque para asegurarte y moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto que es razon las miserias que me contares: esto te digo, porque sé que no hay cosa mas excusada y aun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmado de contentos. Tus buenas razones me obligan, respondió el pastor, á que te satisfaga en lo que me pides, así porque no imagines que de poco y acobardado ánimo nacen las quejas y lamentaciones que dices que de mí has oido, como porque conozcas que aun es muy poco el sentimiento que muestro á la causa que tengo de mostrarlo. Elicio se lo agradeció mucho, y despues de haber pasado entre los dos mas palabras de comedimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos, vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentándose los dos sobre la verde yerba, cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano competir podia, el pastor del bosque, con muestras de un tierno dolor, comenzó á decir desta manera.

En las riberas de Bétis, caudalosísimo rio que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que este es el nombre desdichado mio), y de tan nobles padres, cual pluguiera al soberano Dios que en mas baja fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la nobleza del linaje pone alas y esfuerza el ánimo á levantar los ojos adonde la humilde suerte no osara jamas levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como las que de mí oirás, si con atencion me escuchas. Nació asimismo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leónida, suma de toda la hermosura, que en gran parte de la tierra, segun yo imagino, pudiera hallarse: de no ménos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merecian. De do nació que por ser los parientes de entrambos de los mas principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernacion del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias del gobierno del pueblo vino á poner entre ellos cizaña y mortalísima discordia; de manera, que el pueblo fué dividido en dos parcialidades: la una seguia la de mis parientes, la otra la de los de Leónida, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó pues la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amistad, que yo me enamorase de la hermosa Leónida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario: fué mi amor tan de véras, que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venia á parar á quedar mas vencido y sujeto. Poníaseme delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban, como eran el mucho valor de Leónida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas ó ninguna que se me ofrecian para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, cuando ponia los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leónida, cualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecia poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.

Habiendo pues por muchos dias combatido conmigo mesmo, por ver si podria apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria á considerar con cuál podria dar á entender á Leónida el secreto amor de mi pecho: y como los principios en cualquier negocio sean siempre dificultosos, en los que tratan de amor son por la mayor parte dificultosísimos, hasta que el mesmo amor, cuando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que están mas cerradas, y así se pareció en mí, pues guiado por su pensamiento el mio, vine á imaginar que ningun medio se ofrecia mejor á mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora que era en grande extremo amiga de Leónida, y muchas veces la una á la otra en compañía de sus padres en sus casas se visitaban. Tenia Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leónida, cuya bizarría y aspereza de costumbres le habian dado renombre de cruel, y así de todos los que le conocian el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado: y ni mas ni ménos á Carino el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban, del cual y de Silvia (por parecerme que me convenía) con el medio de muchos presentes y dádivas forjé la amistad, al parecer posible; á lo ménos de parte de Silvia fué mas firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella con limpias entrañas me hacia obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo. Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazon de Crisalvo se movió á amarla: y esto yo no lo supe sino con mi daño, y de allí á muchos dias; y ya que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un dia ofreciéndoseme comodidad, con las mas tiernas palabras que pude, le descubrí la la llaga de mi lastimado pecho, diciéndole que aunque era tan profunda y peligrosa, no lo sentia yo tanto, solo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio de ella, advirtiéndole asimismo el honesto fin á que mis pensamientos se enca-

minaban, que era juntarme por legítimo matrimonio con la bella Leónida: y que pues era causa tan justa y buena, no se habia de desdeñar de tomarla á su cargo. En fin, por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le dijese, que ella vencida de ellas, y mas por la pena que ella como discreta por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio y decir á Leónida lo que yo por ella sentia, prometiendo de hacer por mí todo cuanto su fuerza é industria alcanzase, puesto que se le hacia dificultosa tal empresa, por la inimicicia grande que entre nuestros padres conocia, aunque por otra parte imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias, si Leónida conmigo se casase. Movida pues con esta buena intencion y enternecida con lágrimas que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento; y discurriendo consigo qué entrada tendria para con Leónida, me mandó que le escribiese una carta, la cual ella se ofrecia á darla cuando tiempo le pareciese. Parecióme á mí bien su parecer, y aquel mismo dia le envié una que, por haber sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria, puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste como es el en que ahora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasion de ponerla en las manos de Leónida. No, dijo Elicio, atajando las razones de Lisandro, no es justo que me dejes de decir la carta que á Leónida enviaste, que por ser la primera, y por hallarte tan enamorado en aquella sazon, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria y el gusto que por ella granjeaste, no me lo niegues ahora en no decírmela. Bien dices, amigo, respondió Lisandro, que yo estaba entónces tan enamorado y temeroso, como ahora descontento y desesperado, y por esta razon me parece que no acerté á decir alguna, aunque fué harto acertamiento que Leónida las creyese las que en la carta iban. Ya que tanto deseas saberlas, decia desta manera.

LISANDRO Á LEÓNIDA.

«Miéntras que he podido (aunque con grandísimo dolor mio) resistir con las propias fuerzas á la amorosa llama que por tí, ó hermosa Leónida, me abrasa, jamas he tenido atrevimiento, temeroso del subido valor que en tí conozco, de descubrirte el amor que te tengo; mas ya que es consumida aquella virtud que hasta aquí me ha hecho fuerte, hame sido forzoso, descubriendo la llaga de mi pecho, tentar con escribirte tu primero y último remedio. Que sea el primero, tú lo sabes, y de ser el último está en tu mano, de la cual espero la misericordia que tu hermosura promete y mis honestos deseos merecen. Los cuales y el fin adonde se encaminan, conocerás de Silvia que esta te dará; y pues ella se ha atrevido, con ser quien es, á llevártela, entiende que son tan justos, cuanto á tu merecimiento se deben.»

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro, el cual prosiguiendo la historia de sus amores, dijo: No pasaron muchos dias sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leónida, por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga: la cual, junto con dársela, le dijo tales cosas que con ellas templó en gran parte la ira y alteracion que con mi carta Leónida habia recibido, como fué decirle cuánto bien se seguiria, si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa, y que el fin de tan buena intencion la habia de mover á no desechar mis deseos; cuanto mas que no se debia compadecer con su hermosura, dejar morir sin mas respeto á quien tanto como yo la amaba, añadiendo á estas otras razones que Leónida conoció que lo eran. Pero por no mostrarse al primer encuentro rendida, y á los primeros pasos alcanzada, no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto, por intercesion de Silvia, que á ello le forzó, respondió con esta carta que ahora te diré.

LEÓNIDA Á LISANDRO.

«Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevimiento habia nacido de mi poca honestidad, en mí mesma ejecutara la pena que tu culpa merece; pero por asegurarme de esto lo que yo de mí conozco, vengo á conocer que mas ha procedido tu osadía de pensamientos ociosos, que de enamorados; y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover á mí para remediallos, como á Silvia para creellos, de la cual tengo mas queja por haberme forzado á responderte, que de tí que te atreviste á escribirme, pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener mas cuenta con mi honra que con tus vanidades.»

Esta fué la respuesta de Leónida, la cual junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella parecia algo áspera, me hizo tener por el mas bien afortunado del mundo. Miéntras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalvo de solicitar á Silvia con infinitos mensajes, presentes y servicios; mas era tan fuerte y desabrida la condicion de Crisalvo, que jamas pudo mover á la de Silvia á que un pequeño favor le diese. De lo cual estaba tan desesperado é impaciente, como un agarrochado y vencido toro. Por causa de sus amores habia tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, habiendo los dos sido primero mortales enemigos, porque en cierta lucha que un dia de una grande fiesta delante de todo el pueblo los zagales mas diestros del lugar tuvieron, Carino fué vencido de Crisalvo y maltratado: de manera que concibió en su corazon odio perpetuo contra Crisalvo, y no ménos lo tenia contra otro hermano mio, por haberle sido contrario en unos amores, de los cuales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor y mala voluntad tuvo Carino secreto hasta que el tiempo le descubrió ocasion como á un mesmo punto se vengase de entrambos, por el mas cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenia por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese: Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia; y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leónida venia á casa de Silvia, Carino la acompañaba; por la cual causa le pareció bien á Silvia darle cuenta, pues era mi amigo, de los amores que yo con Leónida trataba, que en aquella sazon andaban ya tan vivos y venturosos, por la buena intercesion de Silvia, que ya no esperábamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos; los cuales sabidos de Carino, me tomó por instrumento para hacer la mayor traicion del mundo. Porque un dia (haciendo del leal con Crisalvo, y dándole á en-

mostrar que tenia en mas su amistad que la honra de su parienta) le dijo, que la principal causa porque Silvia no le amaba ni favorecia, era por estar de mí enamorada, y que ya nuestros amores iban tan al descubierto, que si él no hubiera estado ciego de la pasion amorosa, en mil señales lo hubiera ya reconocido; y que para certificarse mas de la verdad que le decia, que de allí adelante mirase en ello, porque veria claramente cómo sin empacho alguno Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalvo, como pareció por lo que de ellas sucedió. De allí adelante Crisalvo traia espías, por ver lo que yo con Silvia pasaba; y como yo muchas veces procurase hablarle solo con ella para tratar, no de los amores que él pensaba, sino de lo que á los mios convenía, éranle á Crisalvo referidas, con otros favores que de limpia amistad procedidos Silvia á cada paso me hacia. Por lo que vino Crisalvo á términos tan desesperados, que muchas veces procuró matarme, aunque yo no pensaba que era por semejante ocasion, sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser el hermano de Leónida, tenia yo mas cuenta con guardarme, que con ofenderle, teniendo por cierto que si yo con su hermana me casaba, tendrian fin nuestras enemistades, de lo que él estaba bien ajeno; ántes se pensaba que por serle yo enemigo habia procurado tratar amores con Silvia, y no porque yo bien la quisiese; y esto le acrecentaba la cólera y enojo de manera que le sacaba de juicio, aunque él tenia tan poco, que poco era menester para acabársele; y pudo tanto en él este mal pensamiento, que vino á aborrecer á Silvia tanto cuanto la habia querido, solo porque á mí me favorecia no con la voluntad que él pensaba, sino como Carino le decia; y así en cualesquier corrillos y juntas que se hallaba, decia mal de Silvia, dándole títulos ó renombres deshonestos. Pero como todos conocian su terrible condicion y la bondad de Silvia, daban poco ó ningun crédito á sus palabras. En este medio habia concertado Silvia con Leónida, que los dos nos desposásemos, y que para que mas á nuestro salvo se hiciese, sería bien que un dia que con Carino Leónida viniese á su casa, no volviese por aquella noche á la de sus padres, sino que desde allí en compañía de Carino se fuese á una aldea que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes mios vivian, en cuya casa con mas quietud podiamos poner en efecto nuestras intenciones. Porque si del suceso de ellas los padres de Leónida no fuesen contentos, á lo ménos estando ella ausente sería mas facil el concertarse. Tomado pues este apuntamiento, y dando cuenta dél á Carino, le ofreció con muestra de grandísimo ánimo, que llevaria á Leónida á la otra aldea, como ella fuese contenta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dije, los abrazos que le dí, me parece que bastaran á deshacer en un corazon de acero cualquiera mala intencion que contra mí tuviera. Pero el traidor de Carino, eclrando á las espaldas mis palabras, obras y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debia, ordenó la traicion que ahora oirás. Informado Carino de la voluntad de Leónida, y viendo ser conforme á la que Silvia le habia dicho, ordenó que la primera noche que por las muestras del dia entendiesen que habia de ser escura, se pusiese por obra la ida de Leónida, ofreciéndose de nuevo á guardar el secreto y lealtad posible.

Despues de hecho este concierto que has oido, se fué á Crisalvo, segun despues acá he sabido, y le dijo que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traia, que en una cierta noche habia determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra aldea, do mis parientes moraban, donde se le ofrecia coyuntura de vengar su corazon en entrambos: en Silvia, por la poca cuenta que de sus servicios habia hecho; en mí, por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le habia hecho en quitarle á Silvia, pues por solo mi respeto le dejaba. De tal manera le supo encarecer y decir Carino lo que quiso, que con mucho ménos á otro corazon no tan cruel como el suyo moviera á cualquier mal pensamiento. Llegado pues ya el dia que yo pensé que fuera el de mi mayor contento, dejando dicho á Carino, no lo que hizo, sino lo que habia de hacer, me fui á la otra aldea á dar órden cómo recibir á Leónida. Y fué el dejarla encomendada á Carino, como quien deja á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ó la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilan que la despedace. ¡Ay, amigo, que llegando á este paso con la imaginacion, no sé cómo tengo fuerzas para sostener la vida, ni pensamiento para pensarlo, cuanto mas lengua para decirlo! ¡Ay, mal aconsejado Lisandro! ¿cómo, y no sabías tú las condiciones dobladas de Carino? Mas ¿quién no se fiara de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? ¡Ay, mal lograda Leónida! ¡cuán mal supe gozar de la merced que me hiciste en escogerme por tuyo! En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto pastor, que la noche que Carino habia de traer consigo á Leónida á la aldea, donde yo la esperaba, él llamó á otro pastor, que debia de tener por enemigo, aunque él se lo encubria debajo de su falsa acostumbrada disimulacion, el cual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañía, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada, á la aldea que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo y enamorado, con facilidad le ofreció su compañía. Despidióse Leónida de Silvia con estrechos abrazos y amorosas lágrimas, como presagio que habia de ser la última despedida. Debia de considerar entónces la sin ventura la traicion que á sus padres hacia, y no la que á ella Carino le ordenaba, y cuán mala cuenta daba de la buena opinion que della en el pueblo se tenia. Mas pasando de paso por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencia, se entregó á la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la trujese. ¡Cuántas veces se viene á la memoria, llegando á este punto, lo que soñé el dia que le tuviera yo por dichoso, si en él feneciera la cuenta de los de mi vida! Acuérdome que saliendo de la aldea un poco ántes que el sol acabase de quitar sus rayos de nuestro horizonte, me senté al pié de un alto fresno en el mesmo camino por donde Leónida habia de venir, esperando que cerrase algo mas la noche para adelantarme y recibilla, y sin saber cómo y sin yo quererlo me quedé dormido; y apénas hube entregado los ojos al sueño, cuando me pareció que el árbol donde estaba arrimado, rindiéndose á la furia de un recísimo viento que soplaba, desarraigando las hondas raices de la tierra, sobre mi cuerpo se caia, y que procurando yo evadirme del grave peso, á una y otra parte

me revolvia; y estando en ésta pesadumbre, me pareció ver una blanca cierva junto á mí, á la cual yo ahincadamente suplicaba que como mejor pudiese apartase de mis hombros la pesada carga; y que queriendo ella movida de compasion hacerlo, al mismo instante salió un fiero leon del bosque, y cogiéndola entre sus agudas uñas, se metia con ella por el bosque adelante; y que despues que con gran trabajo me habia escapado del grave peso, la iba á buscar al monte, y la hallaba despedazada y herida por mil partes: de lo cual tanto dolor sentia, que el alma se me arrancaba solo por la compasion que ella habia mostrado de mi trabajo; y ansí comencé á llorar entre sueños, de manera que las mismas lágrimas me despertaron, y hallando las mejillas bañadas del llanto, quedé fuera de mí, considerando lo que habia soñado; pero con la alegría que esperaba tener de ver á mi Leónida, no eché de ver entónces que la fortuna entre sueños me mostraba lo que de allí á poco rato despierto me habia de suceder. A la sazon que yo desperté, acababa de cerrar la noche con tanta escuridad, con tan espantosos truenos y relámpagos, como convenía para cometerse con mas facilidad la crueldad que en ella se cometió. Así como Carino salió de casa de Silvia con Leónida, se la entregó á Libeo, diciéndole que se fuese con ella por el camino de la aldea que he dicho; y aunque Leónida se alteró de ver á Libeo, Carino la aseguró que no era menor amigo mio Libeo que él propio, y que con toda seguridad podia ir con él poco á poco, en tanto que él se adelantaba á darme á mí las nuevas de su llegada. Creyó la simple, en fin, como enamorada, las palabras del falso Carino, y con menor recelo del que convenía, guiada del comedido Libeo, tendia los temerosos pasos para venir á buscar el último de su vida, pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos, como ya te he dicho, y vino á dar aviso á Crisalvo de lo que pasaba, el cual con otros cuatro parientes suyos, en el mismo camino por donde habian de pasar, que todo era cerrado de bosque de una y otra parte, escondidos estaban: y díjoles como Silvia venía, y solo yo que la acompañaba, y que se alegrasen de la buena ocasion que la suerte les ponia en las manos para vengarse de la injuria que los dos le habiamos hecho, y que él sería el primero que en Silvia, aunque era parienta suya, probase los filos de su cuchillo. Apercibiéronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos, que tan sin cuidado de traicion semejante por el camino se venían; los cuales llegados á do la celada estaba, al instante fuéron con ellos los pérfidos homicidas, y cerráronlos en medio. Crisalvo se llegó á Leónida, pensando ser Silvia, y con injuriosas y turbadas palabras, con la infernal cólera que le señoreaba, con seis mortales heridas la dejó tendida en el suelo, á tiempo que ya Libeo por los otros cuatro, creyendo que á mí me las daban, con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra. Carino que vió cuán bien habia salido el traidor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitó delante; y los cinco traidores contentísimos, como si hubieran hecho alguna famosa hazaña, se volvieron á su aldea, y Crisalvo se fué á casa de Silvia á dar él mesmo á sus padres la nueva de lo que habia hecho, por acrecentarles el pesar y sentimiento, diciéndoles que fuesen á dar sepultura á su hija Silvia, á quien él habia quitado la vida, por haber hecho mas caudal de la fria voluntad de Lisandro su enemigo, que no de los continuos servicios suyos. Silvia, que sintió lo que Crisalvo decia, dándole el alma lo que habia sido, le dijo como ella estaba viva, y aun libre de todo lo que la imputaba, y que mirase no hubiese muerto á quien le doliese mas su muerte que perder él mismo la vida. Y con esto le dijo, que su hermana Leónida se habia partido aquella noche de su casa en traje no acostumbrado. Atónito quedó Crisalvo de ver á Silvia viva, teniendo él por cierto que la dejaba ya muerta, y con no pequeño sobresalto acudió luego á su casa, y no hallando en ella á su hermana, con grandísima confusion y furia volvió él solo á ver quién era la que habia muerto, pues Silvia estaba viva. Miéntras todas estas cosas pasaban, estaba yo con una ansia extraña esperando á Carino y Leónida; y pareciéndome que ya tardaban mas de lo que debian, quise ir á encontrarlos, ó á saber si por algun caso aquella noche se habian detenido, y no anduve mucho por el camino, cuando oí una lastimada voz que decia: ¡Oh soberano Hacedor del cielo! encoge la mano de tu justicia, y abre la de tu misericordia, para tenerla de esta alma que presto te dará cuenta de las ofensas que te ha hecho. ¡Ay, Lisandro, Lisandro, y cómo la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible que te la acabe el dolor de haberla yo por ti perdido! ¡Ay, cruel hermano! ¿Es posible que sin oir mis disculpas, tan presto me quisiste dar la pena de mi yerro? Cuando estas razones oí, en la voz y en ellas conocí luego ser Leónida la que las decia, y présago de mi desventura, con el sentido turbado fuí á tiento á dar adonde Leónida estaba envuelta en su propia sangre, y habiéndola conocido luego, dejándome caer sobre el herido cuerpo, haciendo los extremos de dolor posible, le dije: ¿Qué desdicha es esta, bien mio? Anima mia, ¿cuál fué la cruel mano que no ha tenido respeto á tanta hermosura? En estas palabras fuí conocido de Leónida; y levantando con gran trabajo los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mia, con flacas y mal pronunciadas razones me dijo solas estas: Mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo está sin vida, la cual te dé Dios á tí, Lisandro mio, largos y felices años, y á mí me deje gozar en la otra del reposo que á mí me ha negado; y juntando mas su boca con la mia, habiendo cerrado los labios para darme el primero y último beso, al abrillos se le salió el alma, y quedó muerta en mis brazos. Cuando yo lo sentí, abandonándome sobre el cuerpo, quedé sin ningun sentido; y si como era yo el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Píramo y Tisbe trujera á la memoria. Mas despues que volví en mí, abriendo ya la boca para llenar el aire de voces y suspiros, sentí que hácia donde yo estaba venía uno con apresurados pasos, y llegando cerca, aunque la noche hacia escura, los ojos del alma me dieron á conocer que el que allí venía era Crisalvo, como era la verdad; él tornaba á certificarse si por ventura era su hermana Leónida la que habia muerto: y como yo le conocí, sin que de mí se guardase, llegué á él como sañudo leon, y dándole dos heridas, dí con él en tierra; y ántes de espirar le lleve arrastrando adonde Leónida estaba, y poniendo en la mano muerta de Leónida el puñal que su hermano traia, que era el mismo con que ella habia muerto, ayudándole yo á ello, tres veces se lo hinqué

por el corazon; y consolado en algo el mio con la muerte de Crisalvo, sin mas detenerme tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leónida, llevéle á la aldea donde mis parientes vivian. Y contándoles el caso les rogue le diesen honrada sepultura, y luego determiné de tomar en Carino la venganza que en Crisalvo; el cual por haberse ausentado de nuestra aldea se ha tardado hasta hoy que le hallé á la salida de este bosque, despues de haber seis meses que ando en su demanda; él ha hecho ya el fin que su traicion merecia, y á mí no me queda ya de quien tomar venganza, si no es de la vida, que tan contra mi voluntad sostengo. Esta es, pastor, la causa de do proceden los lamentos que me has oido. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, á tu buena discrecion dejo que lo considere. Y con esto dió fin á su plática, y principio á tantas lágrimas, que no pudo dejar Elicio de tenerle compañía en ellas; pero despues que por largo espacio habian desfogado con tiernos suspiros el uno la pena que sentia, el otro la compasion que de ella tomaba, Elicio comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo como por el suceso de él habia visto; y entre otras cosas que le dijo, y la que á Lisandro mas le cuadró, fué decirle: Que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno, y que pues de la honestidad y noble condicion de Leónida se podria creer, segun él decia, que de dulce vida gozaba, ántes debia alegrarse del bien que ella habia ganado, que no entristecerse por el que él habia perdido. A lo cual respondió Lisandro: Bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones para hacerme creer que son verdaderas; pero no que la tienen ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere, para darme consuelo alguno: en la muerte de Leónida comenzó mi desventura, la cual se acabará cuando yo la torne á ver; y pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere á procurar la muerte, tendré yo por mas amigo de mi vida. No quiso Elicio darle mas pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenia por tales: solo le rogó que se viniese con él á su cabaña, en la cual estaria todo el tiempo que gusto le diese, ofreciéndole su amistad en todo aquello que podria ser bueno para servirle. Lisandro se lo agradeció cuanto fué posible, y aunque no queria acetar el venir con Elicio, todavía lo hubo de hacer forzado de su importunacion: y así los dos se levantaron y se vinieron á la cabaña de Elicio, donde reposaron lo poco que de la noche quedaba. Pero ya que la blanca aurora dejaba el lecho del celoso marido, y comenzaba á dar muestras del venidero dia, levantándose Erastro comenzó de poner en órden el ganado de Elicio y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado. Elicio convidó á Lisandro á que con él se viniese; y así viniendo los tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, al subir de una ladera oyeron el sonido de una suave zampoña, que luego por los dos enamorados Elicio y Erastro fué conocido, que era Galatea quien la sonaba: y no tardó mucho que por la cumbre de la cuesta se comenzaron á descubrir algunas ovejas, y luego tras ellas Galatea, cuya hermosura era tanta, que sería mejor dejarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venia vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parecia tener envidia, porque hiriéndolos con sus rayos, procuraba quitarles la luz si pudiera; mas la que salia de la vislumbre de ellos, otro nuevo sol semejaba. Estaba Erastro fuera de sí mirándola, y Elicio no podia apartar los ojos de verla. Cuando Galatea vió que el rebaño de Elicio y Erastro con el suyo se juntaba, mostrando no gustar de tenerles aquel dia en su compañía, llamó á la borrega mansa de su manada, á la cual siguieron las demas, y encaminóla á otra parte diferente de la que los pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacia, sin poder sufrir tan notorio desden, llegándose á do la pastora estaba, le dijo: Deja, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro, y si no gustas de nuestra compañía, escoge la que mas te agradare, que no por tu ausencia dejarán tus ovejas de ser bien apacentadas; pues yo, que nací para servirte, tendré mas cuenta de ellas que de las mias propias; y no quieras tan á la clara desdeñarme, pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo, que segun el viaje que traias, á la fuente de las Pizarras te encaminabas, y ahora que me has visto quieres torcer el camino; y si esto es así como pienso, dime adónde quieres hoy y siempre apacentar tu ganado, que yo te juro de no llevar allí jamas el mio. Yo te prometo, Elicio, respondió Galatea, que no por huir de tu compañía ni de la de Erastro he vuelto del camino que tú imaginas que llevaba, porque mi intencion es pasar hoy la siesta en el arroyo de las Palmas en compañía de mi amiga Florisa, que allá me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apacentar hoy allí nuestros ganados; y como yo venía descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomó el camino de las Pizarras como de ella mas acostumbrado: la voluntad que me tienes y ofrecimientos que me haces te agradezco, y no tengas en poco haber dado yo disculpa á tu sospecha. ¡Ay, Galatea! replicó Elicio, ¡y cuán bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer mas de lo que tú quieres! Ora vayas al arroyo de las Palmas, al soto del Concejo, ó á la fuente de las Pizarras, ten por cierto que no has de ir sola, que siempre mi alma te acompaña, y si tú no la ves es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla. Hasta ahora, respondió Galatea, tengo por ver la primera alma, y así no tengo culpa, si no he remediado ninguna. No sé cómo puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas, y no para curarlas. Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir que yo sin armas, pues á mujeres no son concedidas, haya herido á nadie. ¡Ay, discreta Galatea! dijo Elicio, ¡cómo te burlas con lo que de mi alma sientes, á la cual invisiblemente has llagado, y no con otras armas que con las de tu hermosura! Y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que lo tengas en poco. En ménos me tendria yo, respondió Galatea, si en mas le tuviese. A esta sazon llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba y los dejaba, le dijo: ¿Adónde vas ó de quién huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros, que te adoramos, te alejas ¿quién esperará de tí compañía? ¡Ay, enemiga, cuán al desgaire te vas, triunfando de nuestras voluntades! El cielo destruya la buena que tengo si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tú estimas las mias. ¿Ríeste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tú haces. No pudo Galatea responder á Erastro, porque andaba guiando su ganado hácia el arroyo de las Palmas, y aba-

jando desde léjos la cabeza en señal de despedirse, los dejó : y como se vió sola, en tanto que llegaba adonde su amiga Florisa creyó que estaria, con la extremada voz que el cielo plugo darle, fué cantando este soneto.

GALATEA.

Afuera el fuego, el lazo, el hielo y flecha
De amor que abrasa, aprieta, enfría y hiere,
Que tal llama mi alma no la quiere,
Ni queda de tal ñudo satisfecha.
Consuma, ciña, hiele, mate, estrecha
Tenga otra voluntad cuanto quisiere,
Que por dardo, ó por nieve, ó red no espere
Tener la mia en su calor deshecha.
Su fuego enfriará mi casto intento,
El ñudo romperé por fuerza ó arte,
La nieve deshará mi ardiente celo,
La flecha embotará mi pensamiento :
Y así no temeré en segura parte
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el hielo.

Con mas justa causa se pudieran parar los brutos, mover los árboles y juntar las piedras á escuchar el suave canto y dulce armonía de Galatea, que cuando á la cítara de Orfeo, lira de Apolo y música de Anfion los muros de Troya y Tébas por sí mismos se fundaron, sin que artífice alguno pusiese en ellos las manos; y las hermanas, negras moradoras del hondo caos, á la extremada voz del incauto amante se ablandaron. El acabar el canto Galatea y llegar adonde Florisa estaba fué todo á un tiempo, de la cual fué con alegre rostro recebida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba; y despues que las dos dejaron ir á su albedrío sus ganados á que de la verde yerba paciesen, convidadas de la claridad del agua de un arroyo que por allí corria, determinaron de lavarse los hermosos rostros (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas, que en las grandes ciudades se tienen por mas hermosas); tan hermosas quedaron despues de lavadas como ántes lo estaban, excepto que por haber llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron sus mejillas encendidas y sonroseadas, de modo que un no sé qué de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres gracias, á quien los antiguos griegos pintaban desnudas por mostrar entre otros efectos que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intencion de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traian. En este ejercicio andaban ocupadas las dos hermosas pastoras, cuando por el arroyo abajo vieron al improviso venir una pastora de gentil donaire y apostura, de que no poco se admiraron, porque les pareció que no era pastora de su aldea ni de las otras comarcanas á ella, á cuya causa con mas atencion la miraron, y vieron que venía poco á poco hácia donde ellas estaban; y aunque estaban bien cerca, ella venía tan embebida y trasportada en sus pensamientos, que nunca las vió hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y vueltos los ojos al cielo daba unos suspiros tan dolorosos, que de lo mas íntimo de sus entrañas parecian arrancados : torcia asimesmo sus blancas manos, y dejaba correr por sus mejillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejaban. Por los extremos de dolor que la pastora hacia, conocieron Galatea y Florisa que de algun intérno dolor traia el alma ocupada, y por ver en qué parabau sus sentimientos, entrambas se escondiere entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curios ojos miraban lo que la pastora hacia : la cual llegándo al márgen del arroyo, con atentos ojos se paró á mirar agua que por él corria, y dejándose caer á la orilla de é como persona cansada, corvando una de sus hermos manos, cogió en ella del agua clara, con la cual laván dose los húmidos ojos, con voz baja y debilitada dijo ¡Ay, claras y frescas aguas! ¡cuán poca parte es vuest frialdad para templar el fuego que en mis entrañas sie to! Mal podré esperar de vosotras, ni aun de todas l que contiene el gran mar Océano, el remedio que l menester, pues aplicadas todas al ardor que me consu me, haríades el mesmo efeto que suele hacer la pequ ña cantidad en la ardiente fragua, que mas su llam acrecienta. ¡Ay, tristes ojos, causadores de mi perdi cion, y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caíd Ay, fortuna, enemiga de mi descanso, con cuánta v locidad me derribaste de la cumbre de mis contentos abismo de la miseria en que me hallo! ¡Ay, cruda her mana! ¿cómo no aplacó la ira de tu desamorado pech la humilde y amorosa presencia de Artidoro? ¿Qué pa labras te pudo decir él para que le dieses tan aceda cruel respuesta? Bien parece, hermana, que tú no le te nias en la cuenta que yo le tengo, que si así fuera, á f que tú te mostraras tan humilde cuanto él á tí sujeto Todo esto que la pastora decia, mezclaba con tantas lágrimas, que no hubiera corazon que escuchándola n se enterneciera; y despues que por algun espacio hub sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corria, acomodando á su propósito una copla an tigua, con suave y delicada voz cantó esta glosa.

Ya la esperanza es perdida,
Y un solo bien me consuela :
Que el tiempo que pasa y vuela
Llevará presto la vida.

Dos cosas hay en amor,
Con que su gusto se alcanza,
Deseo de lo mejor,
Es la otra la esperanza
Que pone esfuerzo al temor :
Las dos hicieron manida
En mi pecho, y no las veo;
Antes en la alma afligida,
Porque me acabe el deseo,
Ya la esperanza es perdida.

Si el deseo desfallece
Cuando la esperanza mengua,
Al contrario en mí parece,
Pues cuanto ella mas desmengua
Tanto mas él se engrandece :
Y no hay usar de cautela
Con las llagas que me atizan;
Que en esta amorosa escuela
Mil males me martirizan,
Y un solo bien me consuela.

Apénas hubo llegado
El bien á mi pensamiento,
Cuando el cielo, suerte y hado,
Con lijero movimiento
Le han del alma arrebatado :
Y si alguno hay que se duela
De mi mal tan lastimero,
Al mal amaina la vela,
Y al bien pasa mas lijero
Que el tiempo que pasa y vuela.

¿Quién hay que no se consuma
Con estas ansias que tomo,
Pues en ellas se ve en suma
Ser los cuidados de plomo,
Y los placeres de pluma?
Y aunque va tan de caida
Mi dichosa nueva andanza,
En ella este bien se anida :
Que quien llevó la esperanza
Llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la pastora, pero no las lágrimas con que le solemnizaba; de las cuales movidas á compasion Galatea y Florisa, salieron de do escondidas estaban, y con amorosas y corteses palabras á la triste pastora saludaron, diciéndole entre otras razones: Así los cielos, hermosa pastora, se muestren favorables á lo que pedirles quisieres, y dellos alcances lo que deseas, que nos digas, si no te es enojoso, qué ventura ó qué destino te ha traido por esta tierra, que segun la plática que nosotras tenemos della, jamas por estas riberas te habemos visto. Y por haber oido lo que poco ha cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazon el sosiego que ha de menester, y por las lágrimas que has derramado, de que dan indicio tus hermosos ojos, en ley de buen comedimiento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuere posible; y si fuere tu mal de los qué no sufren ser consolados, á lo ménos conocerás en nosotras una buena voluntad de servirte. No sé con qué podré pagaros, respondió la forastera pastora, hermosas zagalas, los corteses ofrecimientos que me haceis, si no es con callar, y agradecellos y estimallos en el punto que merecen, y con no negaros lo que de mí saber quisiéredes, puesto que me sería mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura, que no con decirlos daros indicios para que me tengais por liviana. No muestra tu rostro y gentil postura, respondió Galatea, que el cielo te ha dado tan grosero entendimiento, que con él hicieses cosa que despues hubieses de perder reputacion en decirla; y pues tu vista y palabras en tan poco han hecho esta impresion en nosotras, que ya te tenemos por discreta, muéstranoslo con contarnos tu vida, si llega á tu discrecion tu ventura. A lo que yo creo, respondió la pastora, en un igual andan entrambas, si ya no me ha dado la suerte mas juicio para que sienta mas los dolores que se ofrecen; pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discrecion, cuanto dellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediallos; y porque la experiencia os desengañe si quisiéredes oirme, bellas zagalas, yo os contaré con las mas breves razones que pudiere, cómo del mucho entendimiento que juzgais que tengo ha nacido el mal que le hace ventaja. Con ninguna cosa, discreta zagala, satisfarás mas nuestros deseos, respondió Florisa, que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado. Apartémonos pues, dijo la pastora, de este lugar, y busquemos otro donde sin ser vistas ni estorbadas pueda deciros lo que me pesa de habéroslo prometido, porque adivino que no estará en mas en perderse la buena opinion que con vosotras he cobrado, que cuanto tarde en descubriros mis pensamientos, si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco. Deseosas de que la pastora cumpliese lo que prometia, se levantaron luego las tres, y se fuéron á un lugar secreto y apartado que ya Galatea y Florisa sabian, donde debajo de la agradable sombra de unos copados mirtos, sin ser vistas de alguno, podian todas tres estar sentadas, y luego con extremado donaire y gracia la forastera pastora comenzó á decir desta manera.

En las riberas del famoso Henáres, que al vuestro dorado Tajo, hermosísimas pastoras, da siempre fresco y agradable tributo, fui yo nacida, y criada no en tan baja fortuna que me tuviese por la peor de mi aldea: mis padres son labradores, y á la labranza del campo acostumbrados, en cuyo ejercicio los imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concejiles de nuestra aldea, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me habia puesto, que ninguna cosa me daba mas gusto que ver multiplicar y crecer mi ganado, sin tener cuenta con mas que con procurarle los mas fructíferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese: no tenia ni podia tener mas cuidados que los que podian nacer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces convidada de la suave armonía de los dulces pajarillos, despedia la voz á mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase suspiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. ¡Ay cuántas veces, solo por contentarme á mí mesma y por dar lugar al tiempo que se pasase, andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aquí la blanca azucena, allí el cárdeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odoríferas flores una tejida guirnalda, con que adornaba y recogia mis cabellos, y despues mirándome en las claras y reposadas aguas de alguna fuente, quedaba tan gozosa de haberme visto, que no trocara mi contento por otro alguno! Y ¡cuántas hice burla de algunas zagalas que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasion del mal que los suyos sentian, con abundancia de lágrimas y suspiros los secretos enamorados de su alma me descubrian! Acuérdome ahora, hermosas pastoras, que llegó á mí un dia una zagala amiga mia, y echándome los brazos al cuello, y juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes, me dijo: ¡Ay, hermana Teolinda! que este es el nombre de esta desdichada, y ¡cómo creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecian! Yo entónces, admirada de los extremos que la veia hacer, creyendo que algun gran mal le habia sucedido de pérdida de ganado ó de muerte de padre ó hermano, limpiándole los ojos con la manga de mi camisa, le rogué que me dijese qué mal era el que tanto la aquejaba. Ella, prosiguiendo en sus lágrimas y no dando tregua á sus suspiros, me dijo: ¿Qué mayor mal quieres, ó Teolinda, que me haya sucedido, que el haberse ausentado sin decirme nada el hijo del mayoral de nuestra aldea, á quien yo quiero mas que á los propios ojos de la cara; y haber visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del rabadan Lisalco, una cinta encarnada que yo habia dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenia de los amores que el traidor con ella trataba? Cuando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas y señoras mias, que no pude acabar conmigo de no reirme y decirle: Mia fe, Lidia, que así se llamaba la sin ventura, pensé que de otra mayor llaga venias herida, segun te quejabas. Pero ahora conozco cuán fuera de sentido andais vosotras las que presumis de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerías. Dime por tu vida, Lidia amiga, ¿cuánto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harias de tener cuenta con tu honra y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerías de amor, pues no se saca de ellas, segun veo, sino menoscabo de nuestras honras y sosiego. Cuando Lidia oyó de mí tan contraria res-

puesta de la que esperaba de mi boca y piadosa condicion, no hizo otra cosa sino bajar la cabeza, y acrecentando lágrimas á lágrimas y sollozos á sollozos, se apartó de mí, y volviendo á cabo de poco trecho el rostro, me dijo: Ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, y que el amor te trate de manera que cuentes tu pena á quien la estime y sienta en el grado que tú has hecho la mia; y con esto se fué y yo me quedé riendo de sus desvaríos. Mas ¡ay, desdichada! y ¡cómo á cada paso conozco que me va alcanzando bien su maldicion, pues aun ahora temo que estoy contando mi pena á quien se dolerá poco de haberla sabido! A esto respondió Galatea: Pluguiera á Dios, discreta Teolinda, que así como hallarás en nosotras compasion de tu daño, pudieras hallar el remedio de él, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes. Vuestra hermosa presencia y agradable conversacion, dulces pastoras, respondió Teolinda, me hacen esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro; mas suceda lo que sucediere, que al fin habré de contaros lo que os he prometido.

Con la libertad que os he dicho y en los ejercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre y sosegadamente, que no sabía qué pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenia, y alcanzóme en ella de manera, que con quedar su esclava creo que aun no está pagado ni satisfecho. Acaeció pues que un dia (que fuera para mí el mas venturoso de los de mi vida, si el tiempo y las ocasiones no hubieran traido tal descuento á mis alegrías), viniendo yo con otras pastoras de nuestra aldea á cortar ramos y á coger juncia y flores y verdes espadañas para adornar el templo y calles de nuestro lugar (por ser el siguiente dia solemnísima fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro pueblo por promesa y voto á guardalla), acertamos á pasar todas juntas por un deleitoso bosque que entre el aldea y el rio está puesto, á donde hallamos una junta de agraciados pastores, que á la sombra de los verdes árboles pasaban el ardor de la caliente siesta, los cuales como nos vieron, al punto fuimos de ellos conocidas, por ser todos cuál primo, y cuál hermano, y cuál pariente nuestro; y saliéndonos al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevábamos, con corteses palabras nos persuadieron y forzaron á que adelante no pasásemos, porque algunos de ellos traerian los ramos y flores porque íbamos: y así vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querian, y luego seis de los mas mozos, apercibidos de sus hocinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscábamos. Nosotras, que seis éramos, nos juntamos donde los demas pastores estaban, los cuales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente un pastor forastero que allí estaba, que de ninguna de nosotras fué conocido, el cual era de tan gentil donaire y brío, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada y rendida. No sé qué os diga, pastoras, sino que así como mis ojos le vieron, sentí enternecerme el corazon y comenzó á discurrir por todas mis venas un hielo que me encendia, y sin saber cómo, sentí que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido pastor; y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine á conocer que era amor el que salteado me habia; luego quisiera quejarme de él si el tiempo y la ocasion me dieran lugar á ello. En fin, yo quedé cual ahora estoy vencida y enamorada, aunque con mas confianza de salud que la que ahora tengo. ¡Ay cuántas veces en aquella sazon me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba y decirle: perdóname, Lidia hermana, de la desabrida respuesta que te dí el otro dia, porque te hago saber que ya tengo mas experiencia del mal de que te quejabas, que tú mesma! Una cosa me tiene maravillada, de cómo cuantas allí estaban no conocieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazon; y debiólo de causar que todos los pastores se volvieron al forastero, y le rogaron que acabase de cantar una cancion que habia comenzado ántes que nosotras llegásemos; el cual, sin hacerse de rogar, siguió su comenzado canto con tan extremada y maravillosa voz, que todos los que la escuchaban estaban trasportados en oirla. Entónces acabé yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso, sin quedar en mí mas voluntad que si no la hubiera tenido para cosa alguna en mi vida; y puesto que yo estaba mas suspensa que todos escuchando la suave armonía del pastor, no por eso dejé de poner grandísima atencion á lo que en sus versos cantaba, porque me tenia ya el amor puesta en tal extremo, que me llegara al alma si le oyera cantar cosas de enamorado, que imaginara que ya tenia ocupados sus pensamientos, y quizá en parte que no tuviesen alguna los mios en lo que deseaban; mas lo que entónces cantó no fuéron sino ciertas alabanzas del pastoral estado y de la sosegada vida del campo, y algunos avisos útiles á la conservacion del ganado: de que no poco quedé yo contenta, pareciéndome que si el pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas ó contentos se gasta. Ved, amigas, en cuán poco espacio estaba ya maestra en la escuela de amor. El acabar el pastor su canto, y el descubrir los que con los ramos venian, fué todo á un tiempo: los cuales, á quien de léjos los miraba, no parecian sino un pequeño montecillo que con todos sus árboles se movia, segun venian pomposos y enramados; y llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno y respondiendo todos, con muestras de grandísimo contento, y con muchos placenteros alaridos, dieron principio á un gracioso villancico. Con este contento y alegría llegaron mas presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentia de la vista del pastor. Descargados pues de la verde carga, vimos que traia cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas y agradables flores, las cuales con graciosas palabras á cada una de nosotras la suya presentaron y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldea: mas agradeciéndoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegría queríamos dar la vuelta al lugar, cuando Eleuco, un anciano pastor que allí estaba, nos dijo: Bien será, hermosas pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros zagales han hecho, con dejarnos las guirnaldas, que demasiadas llevais de lo que á buscar veniades; pero ha de ser con condicion que de vuestra mano las deis á quien os pareciere. Si con tan pequeña paga quedareis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta; y tomando la

guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo; las otras, guiadas de este ejemplo, dieron las suyas á diferentes zagales que allí estaban, que todos sus parientes eran. Yo que á lo último quedaba y que allí deudo alguno no tenia, mostrando hacer de la desenvuelta, me llegué al forastero pastor, y poniéndole la guirnalda en la cabeza, le dije: Esta te doy, buen zagal, por dos cosas: la una, por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto; la otra, porque en nuestra aldea se usa honrar á los extranjeros. Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacia: pero ¿qué os diré yo de lo que mi alma sintió viéndome tan cerca de quien me la tenia robada, sino que diera cualquiera otro bien que acertara á desear en aquel punto, fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñí las sienes con la guirnalda? El pastor se me humilló, y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacia, y al despedirse de mí, con voz baja, hurtando la ocasion á los muchos ojos que allí habia, me dijo: Mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa pastora, la guirnalda que me has dado; prenda llevas contigo, que si la sabes estimar conocerás que me quedas deudora. Bien quisiera yo responderle; pero la priesa que mis compañeras me daban era tanta, que no tuve lugar de responderle. De esta manera me volví al aldea, con tan diferente corazon del con que habia salido, que yo misma de mí mesma me maravillaba. La compañía me era enojosa, y cualquiera pensamiento que me viniese, que á pensar en mi pastor no se encaminase, con gran presteza procuraba luego desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estaba lleno. Y no sé cómo en tan pequeño espacio de tiempo me trasformé en otro sér del que tenia; porque yo ya no vivia en mí, sino en Artidoro, que así se llama la mitad de mi alma que ando buscando: do quiera que volvia los ojos me parecia ver su figura, cualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oídos su suave música y armonía: á ninguna parte movia los piés que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera: en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto, ní las manos acertaban á tocar cosa que se le diese. En fin, todos mis sentidos estaban trocados del sér que primero tenian, ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada. En considerar la nueva Teolinda que en mí habia nacido, y en contemplar las gracias del pastor, que impresas en el alma me quedaron, se me pasó todo aquel dia y la noche ántes de la solemne fiesta, la cual venida, fué con grandísimo regocijo y aplauso de todos los moradores de nuestra aldea y de los circunvecinos lugares solemnizada. Y despues de acabadas en el templo las sacras oblaciones y cumplidas las debidas ceremonias, en una ancha plaza que delante del templo se hacia, á la sombra de cuatro antiguos y frondosos álamos que en ella estaban, se juntó casi la mas gente del pueblo, y haciéndose todos un corro, dieron lugar á que los zagales vecinos y forasteros se ejercitasen por honra de la fiesta en algunos pastoriles ejercicios. Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen número de dispuestos y gallardos pastores, los cuales, dando alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principio á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crecida fuerza é industriosa maña en las intricadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus piés en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos que los mayorales del pueblo tenian puestos para los mejores que en tales ejercicios se aventajasen; pero en estos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolija, ninguno de cuantos allí estaban vecinos y comarcanos llegó al punto que mi Artidoro, el cual con su presencia quiso honrar y alegrar nuestra fiesta y llevarse el primero honor y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, pastoras, su destreza y gallardía; las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo me ensoberbecia, y un desusado contento en el pecho me retozaba solo en considerar cuán bien habia sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo eso me daba grandísima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se habia de partir presto de nuestra aldea, y que si él se iba sin saber á lo ménos lo que de mí llevaba, que era el alma, qué vida sería la mia en su ausencia, ó cómo podria yo olvidar mi pena siquiera con quejarme, pues no tenia de quién sino de mí mesma. Estando yo pues en estas imaginaciones, se acabó la fiesta y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que por los dias que habia de durar el octavario de la fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra cosa de mas gusto no se lo impedia. Ninguna me la puede dar á mí mayor, graciosos pastores, respondió Artidoro, que serviros en esto y en todo lo que mas fuere vuestra voluntad, que puesto que la mia era por ahora querer buscar á un hermano mio que pocos dias ha falta de nuestra aldea, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello: todos se lo agradecieron mucho y quedaron contentos de su quedada; pero mas lo quedé yo considerando que en aquellos ocho dias no podia dejar de ofrecérseme ocasion donde le descubriese lo que ya encubrir no podia. Toda aquella noche casi se nos pasó en bailes y juegos, y en contar unas á otras las pruebas que habiamos visto hacer á los pastores aquel dia, diciendo: Fulano bailó mejor que fulano, puesto que el tal sabía mas mudanzas que el tal: Mingo derribó á Bras, pero Bras corrió mas que Mingo; y al fin, fin, todas concluian que Artidoro, el pastor forastero, habia llevado la ventaja á todos, loándole cada una en particular sus particulares gracias: las cuales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundaban. Venida la mañana del dia despues de la fiesta, ántes que la fresca aurora perdiese el rocío aljofarado de sus hermosos cabellos, y que el sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes, nos juntamos hasta una docena de pastoras, de las mas miradas del pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al son de una gaita y de una zampoña, haciendo y deshaciendo intricadas vueltas y bailes, nos salimos de la aldea á un verde prado que no léjos della estaba, dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban; y la ventura, que hasta entónces mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó que en aquel mismo prado hallásemos todos los pastores del lugar y con ellos á Artidoro, los cuales como nos vieron, acordando luego el son de un tamborino suyo con el de nuestras zampoñas, con el mismo compas y baile nos salieron á recibir mezclándonos unos con otros con-

fusa y concertadamente, y mudando los instrumentos el son, mudamos de baile, de manera que fué menester que las pastoras nos desasiésemos y diésemos las manos á los pastores, y quiso mi buena dicha que acerté yo á dar la mia á Artidoro. No sé cómo os encarezca, amigas, lo que en tal punto sentí, si no es deciros que me turbé de manera que no acertaba á dar paso concertado en el baile, tanto que le convenía á Artidoro llevarme con fuerza tras sí, porque no rompiese soltándome el hilo de la concertada danza, y tomando dello ocasion, le dije: ¿En qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que así la aprietas? El me respondió con voz que de ninguno pudo ser oida: ¿Mas qué te ha hecho á tí mi alma, que así la maltratas? Mi ofensa es clara, respondí yo mansamente; mas la tuya ni la veo ni podrá verse. Y aun ahí está el daño, replicó Artidoro, que tengas vista para hacer mal y te falte para sanarle. En esto cesaron nuestras razones, porque los bailes cesaron, quedando yo contenta y pensativa de lo que Artidoro me habia dicho; y aunque consideraba que eran razones enamoradas, no me aseguraban si eran de enamorado. Luego nos sentamos todos los pastores y pastoras sobre la verde yerba, y habiendo reposado un poco del cansancio de los bailes pasados, el viejo Eleuco, acordando su instrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro pastor, rogó á Artidoro que alguna cosa cantase, pues él mas que otro alguno lo debia hacer, por haberle dado el cielo tal gracia, que sería ingrato si encubrirla quisiese. Artidoro, agradeciendo las alabanzas que le daba, comenzó luego á cantar unos versos que, por haberme puesto en mí sospecha aquellas palabras que ántes me habia dicho, los tomé tan en la memoria, que aun hasta ahora no se me han olvidado, los cuales, aunque os dé pesadumbre de oirlos, solo porque hacen al caso para que entendais punto por punto por los que me ha traido el amor á la ocasion en que me hallo, os los habré de decir, que son estos.

En áspera, cerrada, escura noche
Sin ver jamas el esperado dia,
Y en contino crecido amargo llanto,
Ajeno de placer, contento y risa
Merece estar, y en una viva muerte
Aquel que sin amor pasa la vida.

¿Qué puede ser la mas alegre vida,
Sino una sombra de una breve noche,
O natural retrato de la muerte,
Si en todas cuantas horas tiene el dia,
Puesto silencio al congojoso llanto,
No admite del amor la dulce risa?

Do vive el blando amor, vive la risa,
Y adonde muere, muere nuestra vida,
Y el sabroso placer se vuelve en llanto,
Y en tenebrosa sempiterna noche
La clara luz del sosegado dia,
Y es vivir sin él amarga muerte.

Los rigurosos trances de la muerte
No huye el amador; ántes con risa
Desea la ocasion y espera el dia
Donde puede ofrecer la cara vida,
Hasta ver la tranquila última noche,
Al amoroso fuego, al dulce llanto.

No se llama de amor el llanto, llanto,
Ni su muerte llamarse debe muerte,
Ni á su noche dar título de noche,
Ni su risa llamarse debe risa,
Y su vida tener por cierta vida
Y solo festejar su alegre dia.

¡Oh venturoso para mí este dia
Do pudo poner freno al triste llanto,
Y alegrarme de haber dado mi vida
A quien dármela puede, ó darme muerte!
¿Mas qué puede esperarse, sino es risa
De un rostro que al sol vence y vuelve en noche?

Vuelto ha mi escura noche en claro dia
Amor, y en risa mi crecido llanto,
Y mi cercana muerte en larga vida.

Estos fuéron los versos, hermosas pastoras, que con maravillosa gracia y no ménos satisfaccion de los que le escuchaban aquel dia cantó mi Artidoro, de los cuales y de las razones que ántes me habia dicho, tomé yo ocasion de imaginar si por ventura mi vista algun nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro habia causado, y no me salió tan vana mi sospecha, que él mismo no me la certificase al volvernos al aldea. A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda, cuando las pastoras sintieron grandísimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros, que fué causa para que dejasen la comenzada plática, y se parasen á mirar por entre las ramas lo que era; y así vieron que por un verde llano que á su mano derecha estaba atravesaba una multitud de perros, los cuales venían siguiendo una temerosa liebre, que á toda furia á las espesas matas venía á guarecerse; y no tardó mucho, que por el mesmo lugar donde las pastoras estaban, la vieron entrar y irse derecha al lado de Galatea, y allí vencida del cansancio de la larga carrera y casi como segura del cercano peligro, se dejó caer en el suelo con tan cansado aliento, que parecia que faltaba poco para dar el último espíritu. Los perros por el olor y rastro la siguieron hasta entrar donde estaban las pastoras; mas Galatea, tomando la temerosa liebre en los brazos, estorbó su vengativo intento á los codiciosos perros, por parecerle no ser bien si dejaba de defender á quien della habia querido valerse. De allí á poco llegaron algunos pastores, que en seguimiento de los perros y de la liebre venían; entre los cuales venía el padre de Galatea, por cuyo respeto ella, Florisa y Teolinda le salieron á recibir con la debida cortesía. El y los pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda y con deseo de saber quién fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó desta llegada á Galatea y Florisa, por el gusto que les habia quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda, á la cual rogaron fuese servida de no partirse por algunos dias de su compañía, si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. Antes por ver si pueden cumplirse, respondió Teolinda, me conviene estar algun dia en esta ribera: y así por esto, como por no dejar imperfeto mi comenzado cuento, habré de hacer lo que me mandais. Galatea y Florisa la abrazaron y le ofrecieron de nuevo su amistad y de servirla en cuanto sus fuerzas alcanzasen. En este entre tanto habiendo el padre de Galatea y los otros pastores en el márgen del claro arroyo tendido sus gabanes y sacado de sus zurrones algunos rústicos manjares, convidaron á Galatea y sus compañeras á que con ellos comiesen. Acetaron ellas el convite, y sentándose luego, desecharon la hambre, que por ser ya subido el dia comenzaba á fatigarles. En estos y en algunos cuentos que por entretener el tiempo los pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al aldea. Y luego Galatea y Florisa, dando vuelta á sus rebaños, los recogieron, y en compañía de la hermosa Teolinda y de los otros pastores hácia el lugar poco á poco se encaminaron; y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana habian topado á Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el cual era un pastor en cuyo pecho jamas el amor pudo hacer morada, y de esto vivia él tan alegre y satisfecho, que en cualquiera conversacion y junta de pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal de amor y de los enamorados,



y todos sus cantares á este fin se encaminaban; y por esta tan extraña condicion que tenia, era de todos los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimado. Galatea y los que allí venian se pararon á escuchar, por ver si Lenio, como de costumbre tenia, alguna cosa cantaba, y luego vieron que, dando su zampoña á otro compañero suyo, al son della comenzó á cantar lo que se sigue.

LENIO.

Un vano descuidado pensamiento,
Una loca altanera fantasía,
Un no sé qué, que la memoria cria
Sin sér, sin calidad, sin fundamento;
Una esperanza que se lleva el viento,
Un dolor con renombre de alegría,
Una noche confusa do no hay dia,
Un ciego error de nuestro entendimiento;
Son las raices propias de do nace
Esta quimera antigua celebrada,
Que amor tiene por nombre en todo el suelo.
Y el alma que en amor tal se complace,
Merece ser del suelo desterrada,
Y que no la recojan en el cielo.

A la sazon que Lenio cantaba lo que habeis oido, habian ya llegado con sus rebaños Elicio y Erastro en compañía del lastimado Lisandro, y pareciéndole á Elicio que la lengua de Lenio en decir mal del amor á mas de lo que era razon se extendia, quiso mostrarle á la clara su engaño, y aprovechándose del mismo concepto de los versos que él habia cantado, al tiempo que ya llegaba Galatea, Florisa y Teolinda y los demas pastores, al son de la zampoña de Erastro, comenzó á cantar desta manera.

ELICIO.

Merece quien en el suelo
En su pecho á amor encierra,
Que le desechen del cielo,
Y no le sufra la tierra.

Amor, que es virtud entera,
Con otras muchas que alcanza,
De una en otra semejanza
Sube á la causa primera:
Y merece el que su celo
De tal amor le destierra,
Que le desechen del cielo
Y no le acoja la tierra.

Un bello rostro y figura,
Aunque caduca y mortal,
Es un traslado y señal
De la divina hermosura:
Y el que lo hermoso en el suelo
Desama y echa por tierra,
Desechado sea del cielo,
Y no le sufra la tierra.

Amor tomado en sí solo,
Sin mezcla de otro accidente,
Es un sujeto conveniente
Como los rayos de Apolo:
Y el que tuviere recelo
De amor que tal bien encierra,
Merece no ver el cielo
Y que le trague la tierra.

Bien se conoce que amor
Está de mil bienes lleno,
Pues hace del malo bueno,
Y del que es bueno mejor:
Y así el que discrepa un pelo
En limpia amorosa guerra,
Ni merece ver el cielo,
Ni sustentarse en la tierra.

El amor es infinito,
Si se funda en ser honesto,
Y aquel que se acaba presto,
No es amor, sino apetito:
Y al que sin alzar el vuelo
Con su voluntad se cierra,
Mátele rayo del cielo,
Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados pastores de ver cuán bien Elicio su parte defendia; pero no por esto el desamorado Lenio dejó de estar firme en su opinion, ántes queria de nuevo volver á cantar, y á mostrar en lo que cantase, de cuán poco momento eran las razones de Elicio para escurecer la verdad tan clara que él á su parecer sustentaba; mas el padre de Galatea, que Aurelio el venerable se llamaba, le dijo: No te fatigues por agora, discreto Lenio, en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazon sientes, que el camino de aquí á la aldea es breve, y me parece que es menester mas tiempo del que piensas para defenderte de los muchos que tienen el contrario parecer. Guarda tus razones para lugar mas oportuno, que algun dia te juntarás tú y Elicio con otros pastores en la fuente de las Pizarras ó arroyo de las Palmas, donde con mas comodidad y sosiego podais argüir y aclarar vuestras diferentes opiniones. La que Elicio tiene, es opinion, respondió Lenio; que la mia no es sino ciencia averiguada, la cual en breve ó en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligo á sustentarla; pero no faltará tiempo, como dices, mas aparejado para este efeto. Ese procuraré yo, respondió Elicio, porque me pesa que á tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar y subir de punto, como es el limpio y verdadero amor, de quien te muestras enemigo. Engañado estás, Elicio, replicó Lenio, si piensas por afeitadas y sofísticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendria por hombre si me mudase. Tan malo es, dijo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; y siempre he oido decir á mis mayores que es de sabios tomar consejo. No niego yo eso, respondió Lenio; cuando yo entendiese que mi parecer no es justo; pero en tanto que la experiencia y la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aquí me han mostrado, yo creo que mi opinion es tan verdadera, cuanto la tuya falsa. Si se castigasen los herejes de amor, dijo á esta sazon Erastro, desde ahora comenzara yo, amigo Lenio, á cortar leña con que te abrasaran por el mayor hereje y enemigo que el amor tiene. Y aun si yo no viera otra cosa del amor, sino que tú, Erastro, le sigues y eres del bando de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastara á renegar dél con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera. Pues ¿parécete, Lenio, replicó Erastro, que no soy bueno para enamorado? Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condicion y entendimiento, son propios para ser ministros suyos; porque quien es cojo, con el mas mínimo traspié da de ojos, y el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo; y los que siguen la bandera de este vuestro valeroso capitan, yo tengo para mí que no son los mas sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron dejaron de serlo. Grande fué el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dijo, y así le respondió: Paréceme, Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras; mas yo espero que algun dia pagarás lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dijeres. Si yo entendiese de tí, Erastro, respondió Lenio, que fueses tan valiente como enamorado, no dejarian de darme temor tus amenazas; mas como sé que te quedas atras en lo uno, como vas adelante en lo otro, ántes me causan risa que espanto. Aquí acabó de perder la paciencia Erastro, y si no fuera por Lisandro y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera á Lenio con las manos; porque ya su lengua, turbada con la cólera, apénas podia usar su oficio. Grande fué el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los pastores, y mas de la cólera y enojo que Erastro mostraba, que fué menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio y suyas, aunque Erastro, si no fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la cuestion fué acabada, todos con regocijo se encaminaron á la aldea, y en tanto que llegaban, la hermosa Florisa al son de la zampoña de Galatea cantó este soneto.

FLORISA.

Crezcan las simples ovejuelas mias
En el cerrado bosque y verde prado,
Y el caluroso estío é invierno helado
Abunde en yerbas verdes y aguas frias.
Pase en sueños las noches y los dias
En lo que toca al pastoral estado,
Sin que de amor un mínimo cuidado
Sienta, ni sus ancianas niñerías.
Este mil bienes del amor pregona,
Aquel publica dél vanos cuidados,
Yo no sé si los dos andan perdidos,
Ni sabré al vencedor dar la corona:
Sé bien que son de amor los escogidos
Tan pocos, cuanto muchos los llamados.

Breve se les hizo á los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la cual no dejó el canto hasta que estuvieron bien cerca del aldea y de las cabañas de Elicio y Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiéndose primero del venerable Aurelio, de Galatea y Florisa que con Teolinda al aldea se fuéron, y los demas pastores cada cual adonde tenia su cabaña. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para volverse á su tierra, ó adondo pudiese conforme á sus deseos acabar lo poco que á su parecer le quedaba de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle, y con infinitísimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamas pudo acabar con él que en su compañía siquiera algunos dias se quedase; y así el sin ventura pastor abrazando á Elicio con abundantes lágrimas y suspiros se despidió dél, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que él estuviese; y habiéndole acompañado Elicio media legua de su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornándose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos, se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba; y así se volvió á su cabaña á pasar lo mas de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero dia para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba. La cual, despues que llegó á su aldea, deseando saber el suceso de los amores de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella y Florisa y Teolinda; y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento como se verá en el segundo libro.

LIBRO SEGUNDO.

Libres ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados habian de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde sin ser de nadie impedidas, pudiesen oir lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y así se fuéron á un pequeño jardin, que estaba en casa de Galatea, y sentándose las tres debajo de una verde y pomposa parra que intricadamente por unas redes de palo se entretejia, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que ántes habia dicho, prosiguió diciendo: Despues de acabado nuestro baile y el canto de Artidoro, como ya os he dicho, bellas pastoras, á todos nos pareció volvernos al aldea á hacer en el templo los solenes sacrificios, y por parecernos asimesmo que la solenidad de la fiesta daba en alguna manera licencia; pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con mas libertad nos holgásemos, y por esto todos los pastores y pastoras en monton confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien mas gusto le daba. Ordenó pues la suerte y mi diligencia, y aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello los dos nos apartamos de manera que á nuestro salvo pudiéramos hablar en aquel camino mas de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respeto á lo que á sí mesmo y al otro debia. En fin, yo por sacarle á barrera, como decirse suele, le dije: Años se te harán, Artidoro, los dias que en nuestra aldea estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deben de dar mas gusto. Todo el que yo puedo esperar en mi vida, trocara, respondió Artidoro, porque fueran no años, sino siglos los dias que aquí tengo de estar; pues en acabándose, no espero tener otros que mas contento me hagan. ¿Tanto es el que recibes, respondí yo, en mirar nuestras fiestas? No nace de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las pastoras de vuestra aldea. Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya. Verdad es que allá no faltan, respondió el, pero aquí sobran: de manera que una sola que yo he visto, basta para que en su comparacion las de allá se tengan por feas. Tu cortesía te hace decir eso, ó Artidoro, respondí yo; porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se aventaje como dices. Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una y mirado las otras. Quizá la miraste de léjos, y la distancia del lugar, dije yo, te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser. De la mesma manera, respondió él, que á tí te veo y estoy mirando agora, la he mirado y visto á ella, y yo me holgaria de haberme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura. No me pesara á mí ser esa que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada y tenida por hermosa. Harto mas, respondió Artidoro, quisiera yo que tú no fueras. Pues ¿qué perdieras tú, respondí yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé; de lo que he de perder, estoy incierto y temeroso. Bien sabes hacer el enamorado, dije yo, ó Artidoro. Mejor sabes tú enamorar, ó Teolinda, respondió él. A esto le dije: No sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que él respondió: De que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tú desengañarte está en tu mano, todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Esa te pagaré yo con la mesma, repliqué yo, por parecerme que no sería bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazon, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el mayoral, y dijo con voz alta: Ea, gallardos pastores y hermosas pastoras, haced que sientan en el aldea nuestra venida, entonando vosotras, zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo cuánto hacemos al caso los que aquí vamos para alegrar nuestra fiesta. Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba, dejaba de ser obedecido, luego los pastores



dieron á mí la mano para que comenzase, y así sirviéndome de la ocasion y aprovechándome de lo que con Artidoro habia pasado, di principio al villancico.

En los estados de amor
Nadie llega á ser perfeto,
Sino el honesto y secreto.

Sin llegar al suave
Gusto de amor, si se acierta,
Es el secreto la puerta
Y la honestidad la llave;
Y esta entrada no la sabe
Quien presume de discreto,
Sino el honesto y secreto.

Querer humana beldad
Bien puede ser reprehendido,
Mas si el amor no es medido
Con razon y honestidad:
Amor de tal calidad
Luego le alcanza en efeto
El que es honesto y secreto.

Es ya caso averiguado,
Que no se puede negar,
Que á veces pierde el hablar
Lo que el callar ha ganado:
Y el que fuere enamorado
Jamas se vera en aprieto,
Si fuere honesto y secreto.

Cuanto una parlera lengua
Y unos atrevidos ojos
Suelen causar mil enojos
Y poner al alma en mengua,
Tanto este dolor desmengua,
Y se libra de este aprieto
El que es honesto y secreto.

No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que habeis oido; pero sé muy bien que se supo aprovechar della Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra aldea estuvo, puesto que me habló muchas veces, fué con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parleras ni tuvieron ni vieron que decir cosa que nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenia que acabado el término que Artidoro habia prometido de estar en nuestra aldea, se habia de ir á la suya, procuré, aunque á costa de mi vergüenza, que no quedase mi corazon con lástima de haber callado lo que despues fuera excusado decirse estando Artidoro ausente. Y así, despues que mis ojos dieron licencia para que los suyos hermosísimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dejaron de mostrar con palabras lo que hasta entónces por señas los ojos habian bien claramente manifestado. En fin, sabréis, amigas mias, que un dia hallándome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor y comedimiento me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenia; y aunque yo quisiera entónces hacer de la retirada y melindrosa, porque temia, como ya os he dicho, que él se partiese, no quise desdeñarle ni despedirle, y tambien por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen y dejen la comenzada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados; y por esto le dí respuesta tal cual yo deseaba dársela, quedando en resolucion concertados en que él se fuese á su aldea, y que de allí á pocos dias con alguna honrosa tercería me enviase á pedir por esposa á mis padres; de lo que él fué tan contento y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el dia en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocara mi contento por ningun otro que imaginar pudiera, por estar segura que el valor y calidad de Artidoro era tal, que mi padre sería contento de recebirle por yerno. En el dichoso punto que habeis oido, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos ó tres dias á la partida de Artidoro, cuando la fortuna, como aquella que jamas tuvo término en sus cosas, ordenó que una hermana mia de poco ménos edad que yo, á nuestra aldea tornase de otra adonde algunos dias habia estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba; y porque considereis, señoras, cuán extraños y no pensados casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa que creo no os dejará de causar alguna admiracion extraña; y es que esta hermana mia que os he dicho, que hasta entónces habia estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donaire y brio, si alguno tengo, que no solo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos, que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola, á lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fué en las condiciones, por ser la de mi hermana mas áspera de lo que mi contento habia menester, pues por ser ella ménos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió pues que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenia de volver al agradable pastoral ejercicio suyo, madrugó luego otro dia mas de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solia llevar, se fué al prado, y aunque yo quise seguirla por el contento que se me seguia de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasion mi madre me detuvo todo aquel dia en casa, que fué el último de mis alegrías. Porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dijo como en secreto que tenia necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo, que cualquiera otra pudiera pensar de la que me dijo, procuré que presto á solas nos viésemos, adonde ella con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir: No sé, hermana mia, lo que piense de tu honestidad, ni ménos sé si calle lo que no puedo dejar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con mas respeto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto hallarás la disculpa de lo que te dijere. Cuando yo desta manera la oí hablar, no sabía qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su plática. Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado, y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henáres, al pasar por el alameda del concejo salió á mí un pastor, que con verdad osaré jurar que jamas le he visto en estos nuestros contornos; y con una extraña desenvoltura me comenzó á hacer tan amorosas salutaciones, que yo estaba con vergüenza y confusa, sin saber qué responderle; y él, no escarmentado del enojo, que á lo que yo creo en mi rostro mostraba, se llegó á mí diciéndome: ¿Qué silencio es este, hermosa Teolinda, último refugio desta ánima que os adora? Y faltó poco que no me tomó las manos para besármelas, añadiendo á lo que he dicho un catálogo de requiebros que parecia que los traia estudiados. Luego dí yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando: de donde me nació sospecha que si vos, hermana, jamas le hubiérades visto ni familiarmente tratado, no fuera posible tener él atrevimiento de hablaros de aquella manera: de lo cual tomé tanto enojo, que apénas podia formar palabra para responderle; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merecia, y cual á mí me pareció que estábades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara; y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haberme dicho las suyas: y es lo bueno, que nunca le quise decir el engaño

en que estaba, sino que así creyó él que yo era Teolinda, como si con vos mesma estuviera hablando. En fin, él se fué llamándome ingrata, desagradecida y de poco conocimiento; y á lo que yo puedo juzgar del semblante que él llevaba, á fe, hermana, que otra vez no ose hablaros, aunque mas sola os encuentre. Lo que deseo saber es, quién es este pastor, y qué conversacion ha sido la de entrambos, de do nace que con tanta desenvoltura él se atreviese á hablaros. A vuestra mucha discrecion dejo, discretas pastoras, lo que mi alma sentiria oyendo lo que mi hermana me contaba; pero al fin, disimulando lo mejor que pude, le dije: La mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que así se llamaba la turbadora de mi descanso, en haberme quitado con tus ásperas razones el fastidio y desasosiego que me daban las importunas dese pastor que dices: el cual es un forastero, que habrá ocho dias que está en esta nuestra aldea, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia y locura, que do quiera que me ve, me trata de la manera que has visto, dándose á entender que tiene granjeada mi voluntad; y aunque yo le he desengañado quizá con mas ásperas palabras de las que tú le dijiste, no por eso deja él de proseguir en su vano propósito: y á fe, hermana, que deseo que venga ya el nuevo dia para ir á decirle que si no se aparta de su vanidad, que espere el fin della que mis palabras siempre le han significado. Y así era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque ya fuera el alba cuanto pedírseme pudiera, solo por ir á ver á mi Artidoro y desengañarle del error en que habia caido, temerosa que con la aceda y desabrida respuesta que mi hermana le habia dado, él no se desdeñase y hiciese alguna cosa que en perjuicio de nuestro concierto viniese. Las largas noches del escabroso diciembre no dieron mas pesadumbre al amante que del venidero dia algun contento esperase, cuanto á mí me dió disgusto aquella, puesto que era de las escasas del verano, segun deseaba ver la nueva luz para ir á ver la luz por quien mis ojos veian. Y así, ántes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aun en duda si era de noche ó de dia, forzada de mi deseo, con la ocasion de ir á apacentar las ovejas, salí del aldea, y dando mas priesa al ganado de la acostumbrada para que caminase, llegué al lugar adonde otras veces solia hallar á Artidoro; el cual hallé solo y sin ninguno que dél noticia me diese, de que no pocos saltos me dió el corazon, que casi adivinó el mal que le estaba guardado. ¡Cuántas veces, viendo que no le hallaba, quise con mi voz herir el aire, llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: ¡ven, bien mio, que yo soy la verdadera Teolinda, que mas que á sí te quiere y ama! sino que el temor que de otro que de él fuesen mis palabras oidas, me hizo tener mas silencio del que quisiera; y así despues que hube rodeado una y otra vez toda la ribera y el soto del manso Henáres, me senté cansada al pié de un verde salce, esperando que del todo el claro sol con sus rayos por la faz de la tierra extendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura, choza ni cabaña, que de mí mi bien no fuese buscado. Mas apénas habia dado la nueva luz lugar para discernir las colores, cuando luego se me ofreció á los ojos un cortecido álamo blanco, que delante de mi estaba, en el cual y en otros muchos vi escritas unas letras, que luego conocí ser de la mano de Artidoro, allí fijadas; y levantándome con prisa á ver lo que decian, vi, hermosas pastoras, que era esto:

Pastora en quien la belleza
En tanto extremo se halla,
Que no hayá quien comparalla,
Sino á tu mesma crueza:
Mi firmeza y tu mudanza
Han sembrado á mano llena
Tus promesas en la arena,
Y en el viento mi esperanza.

Nunca imaginara yo
Que cupiera en lo que vi,
Tras un dulce alegre sí
Tan amargo y triste no;
Mas yo no fuera engañado,
Si pusiera en mi ventura
Así como en tu hermosura,
Los ojos que te han mirado.

Pues cuanto tu gracia extraña
Promete, alegra y concierta,
Tanto turba y desconcierta
Mi desdicha, y enmaraña:
Unos ojos me engañaron,
Al parecer piadosos
¡Ay, ojos falsos, hermosos!
Los que os ven ¿en qué pecaron?

Dime, pastora crüel:
¿A quién no podrá engañar
Tu sabio honesto mirar
Y tus palabras de miel?
De mí ya está conocido,
Que con ménos que hicieras,
Dias ha que me tuvieras
Preso, engañado y rendido.

Las letras que fijaré
En esta áspera corteza,
Crecerán con mas firmeza
Que no ha crecido tu fe;
La cual pusiste en la boca
Y en vanos prometimientos,
No firme al mar y á los vientos
Como bien fundada roca.

Tan terrible y rigurosa
Como víbora pisada,
Tan cruel como agraciada,
Tan falsa como hermosa:
Lo que manda tu crueldad
Cumpliré sin mas rodeo,
Pues nunca fué mi deseo
Contrario á tu voluntad.

Yo moriré desterrado,
Porque tú vivas contenta;
Mas mira que amor no sienta
Del modo que me has tratado;
Porque en amorosa danza,
Aunque amor ponga estrecheza,
Sobre el compas de firmeza
No se sufre hacer mudanza.

Así como en la belleza
Pasas cualquiera mujer,
Creí yo que en el querer
Fueras de mayor firmeza;
Mas ya sé por mi pasion,
Que quiso pintar natura
Un angel en tu figura,
Y el tiempo en tu condicion.

Si quieres saber do voy
Y el fin de mi triste vida,
La sangre por mí vertida
Te llevará donde estoy;
Y aunque nada no te cale
De nuestro amor y concierto,
No niegues al cuerpo muerto
El triste y último vale.

Que bien serás rigurosa,
Y mas que un diamante dura,
Si el cuerpo y la sepultura
No te vuelven piadosa:
Y en caso tan desdichado
Tendré por dulce partido,
Si fui vivo aborrecido,
Ser muerto y por ti llorado.

¿Qué palabras serán bastantes, pastoras, para daros á entender el extremo de dolor que ocupó mi corazon, cuando claramente entendí que los versos que habia leido eran de mi querido Artidoro? Mas no hay para qué encarecéroslo, pues no llegó al punto que era menester para acabarme la vida, la cual desde entónces acá tengo tan aborrecida, que no sentiria ni me podria venir mayor gusto que perderla. Los suspiros que entónces di, las lágrimas que derramé, las lástimas que hice, fuéron tantas y tales, que ninguno me oyera, que por loca no me juzgara. En fin, yo quedé tal, que sin acordarme de lo que á mi honra debia, propuse de desamparar la cara patria, amados padres y queridos hermanos, y dejar con la guardia de sí mesmo al simple ganado mio: y sin entretenerme en otras cuentas, mas que en aquellas que para mi gusto entendí ser necesarias, aquella mesma mañana, abrazando mil veces la corteza donde las manos de mi Artidoro habian llegado, me partí de aquel lugar con intencion de venir á estas riberas, donde sé que Artidoro tiene y hace su habitacion, por ver si ha sido tan inconsiderado y cruel consigo, que haya puesto en ejecucion lo que en los últimos versos dejó escrito: que si así fuese, desde aquí os prometo, amigas mias, que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte, que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida. Mas ¡ay de mí! ¡y cómo creo que no hay sospecha que en mi daño sea, que no salga verdadera! pues ha ya nueve dias que á estas frescas riberas he llegado, y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que deseo; y quiera Dios que cuando las sepa, no sean las últimas que sospecho.

Veis aquí, discretas zagalas, el lamentable suceso de mi enamorada vida. Ya os he dicho quién soy y lo que

...so, si algunas sabeis de mi contento, así la fortuna os conceda el mayor que deseais, que no me lo negueis. Con tantas lágrimas acompañaba la enamorada pastora las palabras que decia, que bien tuviera corazon de acero quien de ellas no se doliera. Galatea y Florisa, que naturalmente eran de condicion piadosa, no pudieron detener las suyas, ni ménos dejaron con las mas blandas y eficaces razones que pudieron de consolarla, dándole por consejo que se estuviese algunos dias en su compañía: quizá haria la fortuna que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese; pues no permitiria el cielo que por tan extraño engaño acabase un pastor, tan discreto como ella le pintaba, el curso de sus verdes años; y que podria ser que Artidoro, habiendo con el discurso del tiempo reducido á mejor discurso y propósito su pensamiento, volviese á ver la deseada patria y dulces amigos; y que por esto, allí mejor que en otra parte, podia tener esperanza de hallarle. Con estas y otras razones, la pastora algo consolada, holgó de quedarse con ellas, agradeciéndoles la merced que le hacian y el deseo que mostraban de procurar su contento. A esta sazon la serena noche, aguijando por el cielo el estrellado carro, daba señal que el nuevo dia se acercaba; y las pastoras con el deseo y necesidad de reposo se levantaron, y del fresco jardin á sus estancias se fuéron. Mas apénas el claro sol habia con sus calientes rayos deshecho y consumido la congelada niebla que en las frescas mañanas por el aire suele extenderse, cuando las tres pastoras, dejando los ociosos lechos, al usado ejercicio de apacentar su ganado se volvieron, con harto diferentes pensamientos Galatea y Florisa del que la hermosa Teolinda llevaba, la cual iba tan triste y pensativa, que era maravilla. Y á esta causa, Galatea, por ver si podria en algo divertirla, le rogó que, puesta aparte un poco la melancolía, fuese servida de cantar algunos versos al son de la zampoña de Florisa. A esto respondió Teolinda: Si la mucha causa que tengo de llorar, con la poca que de cantar tengo, entendiera que en algo se menguara, bien pudieras, hermosa Galatea, perdonarme, porque no hiciera lo que me mandas; pero por saber ya por experiencia que lo que mi lengua cantando pronuncia, mi corazon llorando lo solemniza, haré lo que quieres, pues en ello, sin ir contra mi deseo, satisfaré el tuyo. Y luego la pastora Florisa tocó su zampoña, á cuyo son Teolinda cantó este soneto.

TEOLINDA.

Sabido he por mi mal adónde llega
La vista fuerza de un notorio engaño,
Y cómo amor procura con mi daño
Dorar la vida, que el temor me niega.
Mi alma de las carnes se despega,
Siguiendo aquella que por hado extraño
La tiene puesta en pena, en mal tamaño
Que el bien la turba y el dolor sosiega.
Si vivo, vivo en fe de la esperanza,
Que aunque es pequeña y débil, se sustenta,
Siendo á la fuerza de mi amor asida.
¡Oh firme comenzar, frágil mudanza,
Amarga suma de una dulce cuenta,
Cómo acabais por términos la vida!

No habia bien acabado de cantar Teolinda el soneto que habeis oido, cuando las tres pastoras sintieron á su mano derecha por la ladera del fresco valle el son de una zampoña, cuya suavidad era de suerte, que todas se suspendieron y pararon para con mas atencion gozar de la suave armonía. Y de allí á poco oyeron que al son de la zampoña el de un pequeño rabel se acordaba con tanta gracia y destreza, que las dos pastoras Galatea y Florisa estaban suspensas, imaginando qué pastores podrian ser los que tan acordadamente sonaban, porque bien vieron que ninguno de los que ellas conocian, si Elicio no, era en la música tan diestro. A esta sazon dijo Teolinda: Si los oídos no me engañan, hermosas pastoras, yo creo que teneis hoy en vuestras riberas á los dos nombrados y famosos pastores Tirsi y Damon, naturales de mi patria; á lo ménos Tirsi, que en la famosa Compluto, villa fundada en las riberas de nuestro Henáres, fué nacido; y Damon, su íntimo y perfeto amigo, si no estoy mal informada, de las montañas de Leon trae su orígen, y en la nombrada Mantua Carpentánea fué criado: tan aventajados los dos en todo género de discrecion, ciencia y loables ejercicios, que no solo en el circuito de nuestra comarca son conocidos, pero por todo el de la tierra conocidos y estimados: y no penseis, pastoras, que el ingenio destos dos pastores solo se extiende en saber lo que al pastoral estado le conviene; porque pasa tan adelante, que lo escondido del cielo y lo no sabido de la tierra por términos y modos concertados enseñan y disputan; y estoy confusa en pensar qué causa les habrá movido á dejar Tirsi su dulce y querida Fili, y á Damon su hermosa y honesta Amarili: Fili de Tirsi, Amarili de Damon, tan amadas, que no hay en nuestra aldea ni en los contornos della persona, ni en la campaña bosque, prado, fuente ó rio, que de sus encendidos y honestos amores no tengan entera noticia. Deja por ahora, Teolinda, dijo Florisa, de alabarnos estos pastores, que mas nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz que en la música de los instrumentos. Pues ¿qué diréis, replicó Teolinda, cuando veais que todo eso sobrepuja la excelencia de su poesía, la cual es de manera, que al uno ya le ha dado renombre de divino, y al otro de mas que humano? Estando en estas razones las pastoras, vieron que por la ladera del valle por donde ellas mesmas iban se descubrian dos pastores de gallarda disposicion y extremado brio, de poco mas edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque pastorilmente, que mas parecian en su talle y apostura bizarros cortesanos, que serranos ganaderos. Traia cada uno un bien tallado pellico de blanca y finísima lana, guarnecidos de leonado y pardo, colores á quien sus pastoras eran mas aficionadas; pendian de sus hombros sendos zurrones, no ménos vistosos y adornados que los pellicos; venían de verde laurel y fresca yedra coronados, con los retorcidos cayados debajo del brazo puestos; no traian compañía alguna, y tan embebecidos en su música venían, que estuvieron gran espacio sin ver á las pastoras, que por la mesma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donaire y gracia de los pastores, los cuales con concertadas voces, comenzando el uno y replicando el otro, esto que se sigue cantaban.

DAMON. — TIRSI.

D. Tirsi, que el solitario cuerpo alejas
Con atrevido paso, aunque forzoso,
De aquella luz con quien el alma dejas:
¿Cómo en son no te dueles doloroso,
Pues hay tanta razon para quejarte
Del fiero turbador de tu reposo?
T. Damon, si el cuerpo miserable parte
Sin la mitad del alma en la partida,
Dejando de ella la mas alta parte,
¿De qué virtud ó sér será movida
Mi lengua, que por muerta ya la cuento,
Pues con el alma se quedó la vida?
Y aunque muestro que veo, oigo y siento,

Fantasma soy por el amor formada,
Que con sola esperanza me sustento.
D. ¡Oh Tirsi venturoso, y qué envidiada
Es tu suerte de mí con causa justa,
Por ser de las de amor mas extremada!
A ti sola la ausencia te disgusta.
Y tienes el arrimo de esperanza,
Con quien el alma en sus desdichas gusta.
Pero ¡ay de mí, que adonde voy me alcanza
La fria mano del temor esquiva,
Y del desden la rigurosa lanza!
Ten la vida por muerte, aunque mas viva
Se te muestre, pastor; que es cual la vela,
Que cuando muere, mas su luz aviva.
Ni con el tiempo que lijero vuela,
Ni con los medios que el ausencia ofrece
Mi alma fatigada se consuela.
T. El firme y puro amor jamas descrece
En el discurso de la ausencia amarga,
Antes en fe de la memoria crece.
Así que en el ausencia corta ó larga,
No ve remedio, el amador perfeto,
De dar alivio á la amorosa carga.
Que la memoria puesta en el objeto
Que amor puso en el alma, representa
La amada ímágen viva al inteleto.
Y allí en blando silencio le da cuenta
De su bien ó su mal, segun la mira
Amorosa, ó de amor libre y exenta.
Y si ves que mi alma no suspira,
Es porque veo á Fili acá en mi pecho,
De modo que á cantar me llama y tira,
D. Si en el hermoso rostro algun despecho
Vieras de Fili cuando te partiste
Del bien que así te tiene satisfecho,
Yo sé, discreto Tirsi, que tan triste
Vinieras como yo cuitado vengo,
Que vi al contrario de lo que tú viste.
T. Damon, con lo que he dicho me entretengo,
Y el extremo del mal de ausencia templo,
Y alegre voy, si voy, si quedo ó vengo.
Que aquella que nació por vivo ejemplo,
De la inmortal belleza acá en el suelo,
Digna de mármol, de corona y templo,
Con su rara virtud y honesto celo
Así los ojos codiciosos ciega,
Que de ningun contrario me recelo.
La estrecha sujecion que no le niega
Mi alma al alma suya, el alto intento,
Que solo en la adorar para y sosiega,
El tener deste amor conocimiento,
Filí, y corresponder á fe tan pura
Destierran el dolor, traen el contento.
D. Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,
De la cual goces siglos prolongados
En amoroso gusto, en paz segura:
Yo, a quien los cortos implacables hados
Trujeron a un estado tan incierto,
Pobre en el merecer, rico en cuidados,
Bien es que muera; pues, estando muerto,
No temeré á Amarili rigurosa,
Ni del ingrato amor el desconcierto.
¡Oh mas que el cielo, oh mas que el sol hermosa,
Y para mí mas dura que un diamante,
Presta á mi mal, y al bien muy perezosa!
¿Cuál ábrego, cuál cierzo, cuál levante,
Te sopló de aspereza que así ordenas,
Que huiga el paso, y no te esté delante?
Yo moriré, pastora, en las ajenas
Tierras, pues tú lo mandas, condenado
A hierros, muertes, yugos y cadenas.
T. Pues con tantas ventajas te ha dotado,
Damon amigo, el piadoso cielo
De un ingenio tan vivo y levantado;
Templa con él el llanto, templa el duelo,
Considerando bien, que no contino
Nos quema el sol, ni nos enfría el hielo.
Quiero decir que no sigue un camino
Siempre con pasos llanos reposados
Para darnos el bien nuestro destino.
Que alguna vez por trances no pensados,
Léjos al parecer de gusto y gloria,
Nos lleva á mil contentos regalados.
Revuelve, dulce amigo, la memoria
Por los honestos gustos que algun tiempo
Amor te dió por prendas de victoria.
Y si es posible, busca un pasatiempo
Que al alma engañe, en tanto que se pasa
Este desamorado airado tiempo.
D. Al hielo que por término me abrasa,
Y al fuego que sin término me hiela,
¿Quién le pondrá, pastor, término ó tasa?
En vano cansa, en vano se desvela
El desfavorecido que procura
A su gusto cortar de amor la tela,
Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aquí cesó el extremado canto de los agraciados pastores; pero no en el gusto que las pastoras habian recibido en escucharle; ántes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos que no todas veces suelen oirse. A esta sazon los dos gallardos pastores encaminaban sus pasos hácia donde las pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser dellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea que de aquel lugar se desviasen: ella lo hizo, y ellos pasaron, y al pasar oyó Galatea que Tirsi á Damon decia: Estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo y particular amigo tuyo, á quien dé la ventura tal suceso en sus amores, cuanto merecen sus honestos y buenos deseos. Yo ha muchos dias que no sé en qué términos le trae su suerte; pero segun he oido decir de la recatada condicion de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que mas aina debe de estar quejoso que satisfecho. No me maravillaria yo desto, respondió Damon, porque con cuantas gracias y particulares dones con que el cielo enriqueció á Galatea, al fin la hizo mujer, en cuyo frágil sugeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo ménos que aventura es la vida. Lo que yo he oido decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea sin salir del término que á su honestidad se debe, y que la discrecion de Galatea es tanta, que no da muestras de querer ni de aborrecer á Elicio, y así debe de andar el desdichado sujeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo y la fortuna medios harto perdidos, que le alarguen ó acorten la vida, de los cuales está mas cierto el acortarla que el entretenerla. Hasta aquí pudo oir Galatea de lo que della y de Elicio los pastores tratando iban, de que no recibió poco contento, por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia intencion se debia; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasion á que la fama no saliese verdadera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo los dos bizarros pastores con vagarosos pasos poco á poco hácia el aldea se encaminaban, con deseo de hallarse á las bodas del venturoso pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y esta fué una de las causas por que ellos habian dejado sus rebaños, y al lugar de Galatea se venian; pero ya que les faltaba poco del camino, á la mano derecha dél sintieron el son de un rabel que acordada y suavemente sonaba, y parándose Damon trabó á Tirsi del brazo, diciéndole: Espera, escucha un poco, Tirsi, que si los oidos no me mienten, el son que á ellos llega es el del rabel de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas y diversas habilidades, cuanto las oirás si le escuchas y conocerás si le tratas. No creas, Damon, respondió Tirsi, que hasta agora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que dias ha que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla agora, y escuchemos si canta alguna cosa que del estado de su vida nos dé algun manifiesto indicio. Bien dices, replicó Damon, mas será menester, para que mejor le oigamos, que nos lleguemos por entre estas ramas, de modo que sin ser vistos dél de mas cerca le escuchemos. Hiciéronlo así y pusiéronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dijo ó cantó, dejó de ser dellos oida y aun notada. Estaba Eli-

en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba por el entretenimiento y gusto que de su buena conversacion recebia, y todos ó los mas ratos del dia en cantar y tañer se les pasaba; y á este punto, tomando su rabel Elicio y su zampoña Erastro, á estos versos dió principio Elicio.

ELICIO.

Rendido á un amoroso pensamiento
Con mi dolor contento,
Sin esperar mas gloria,
Sigo la que persigue mi memoria,
Porque con tino en ella se presenta
De los brazos de amor libre y exenta.
Con los ojos del alma aun no es posible
Ver el rostro apacible
De la enemiga mia,
Gloria y honor de cuanto el cielo cria,
Y los del cuerpo quedan solo en vella
Ciegos, por haber visto el sol en ella.
¡Oh dura servidumbre, aunque gustosa!
Oh mano poderosa
De amor, que así pudiste
Quitarme, ingrato, el bien que prometiste
De hacerme, cuando libre me burlaba
De ti, del arco tuyo y de tu aljaba!
¡Cuánta belleza, cuánta blanca mano
Me mostraste tirano!
¡Cuánto te fatigaste
Primero que á mi cuello el lazo echaste!
Y aun quedaras vencido en la pelea,
Si no hubiera en el mundo Galatea.
Ella fué sola la que sola pudo
Medir el golpe crudo
De corazon exento,
Y avasallar el libre pensamiento,
El cual, si á su querer no se rindiera,
Por de mármol ó acero le tuviera.
¡Qué libertad puede mostrar su fuero
Ante el rostro severo
Y mas que el sol hermoso
De la que turba y cansa mi reposo?
¡Ay rostro, que en el suelo
Descubres cuanto bien encierra el cielo!
¡Cómo pudo juntar naturaleza
Tal rigor y aspereza
Con tanta hermosura,
Tanto valor y condicion tan dura?
Mas mi dicha consiente
En mi daño juntar lo diferente.
Esle tan fácil á mi corta suerte
Ver con la amarga muerte
Junta la dulce vida,
Y estar su mal á do su bien anida,
Que entre contrarios veo
Que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó mas el enamorado pastor, ni quisieron mas detenerse Tirsi y Damon, ántes haciendo gallarda é improvisa muestra, hácia donde estaba Elicio se fuéron, el cual como los vió, conociendo á su amigo Damon, con increible alegría le salió á recebir, diciéndole: ¿Qué ventura ha ordenado, discreto Damon, que la dés tan buena con tu presencia á estas riberas, que grandes tiempos ha que te desean? No puede ser sino buena, respondió Damon, pues me ha traido á verte, ó Elicio, cosa que yo estimo en tanto cuanto es el deseo que de ello tenia, y la larga ausencia y la amistad que te tengo me obligaba; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsi, gloria y honor del castellano suelo. Cuando Elicio oyó decir que aquel era Tirsi, de él solamente por fama conocido, recibiéndole con mucha cortesía, le dijo: Bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsi, con lo que de tu valor y discrecion en las cercanas y apartadas tierras la parlera fama pregona; y así, á mí á quien tus escritos han admirado é inclinado á desear conocerte y servirte, puedes de hoy mas tener y tratar como verdadero amigo. Es tan conocido lo que yo gano en eso, respondió Tirsi, que en vano pregonaría la fama lo que la aficion que me tienes te hace decir que de mi pregona, si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el número de tus amigos; y porque entre los que lo son, las palabras de comedimiento han de ser excusadas, cesen las nuestras en este caso, y dén las obras testimonio de nuestras voluntades.

La mia será contino de servirte, replicó Elicio, como lo verás, ó Tirsi, si el tiempo ó la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello; porque el que agora tengo, puesto que no le trocaria con otro de mayores ventajas, es tal, que apénas me deja con libertad de ofrecer el deseo. Teniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto, dijo Damon, por locura tendria procurar bajarle á cosa que ménos fuese; y así, amigo Elicio, no digas mal del estado en que te hallas, porque yo te prometo, que cuando se comparase con el mio, hallaria yo ocasion de tenerte mas envidia que lástima. Bien parece, Damon, dijo Elicio, que ha muchos dias que faltas destas riberas, pues no sabes lo que en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conocer, ni tener experiencia de la condicion de Galatea, que si della tuvieses noticia, trocarias en lástima la envidia que de mí tendrias. Quien ha gustado de la condicion de Amarili, ¿qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea? respondió Damon. Si la estada tuya en estas riberas, replicó Elicio, fuere tan larga como yo deseo, tú, Damon, conocerás y verás en ellas, y oirás en otras cómo andan en igual balanza su crueldad y gentileza: extremos que acaban la vida al que su desventura truje á términos de adorarla. En las riberas de nuestro Henáres, dijo á esta sazon Tirsi, mas fama tenia Galatea de hermosa que de cruel; pero sobre todo se dice que es discreta; y si esta es la verdad, como lo debe ser, de su discrecion nace el conocerse, y de conocerse estimarse, y de estimarse no querer perderse, y del no querer perderse viene el no querer contentarte; y viendo tú, Elicio, cuán mal corresponde á tus deseos, das nombre de crueldad á lo que debias llamar honroso recato; y no me maravillo, que en fin es condicion propia de los enamorados poco favorecidos. Razon tendrias en lo que has dicho, ó Tirsi, replicó Elicio, cuando mis deseos se desviaran del camino que á su honra y honestidad conviene; pero si van tan medidos como á su valor y crédito se debe, ¿de qué sirve tanto desden, tan amargas y desabridas respuestas, y tan á la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en solo verle? ¡Ay, Tirsi, Tirsi! respondió Elicio, ¡y cómo te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espíritu hablas de sus efectos! No sé yo cómo viene bien lo que tú agora dices, con lo que un tiempo decias cuando cantabas:

¡Ay de cuán ricas esperanzas vengo
Al deseo mas pobre y encogido!

con lo demas que á esto añadiste. Hasta este punto habia estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donaire y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discrecion que tenia. Pero viendo que de lance en lance á razonar de casos de amor se habian reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio, y dijo: Bien creo, discretos pastores, que la larga experiencia os habrá mostrado que no se puede reducir á continuado término la condicion de los enamorados corazones, los cuales como se gobiernan

por voluntad ajena, á mil contrarios accidentes están sujetos; y así tú, famoso Tirsi, no tienes de qué maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por ejemplo aquello que él dice que cantabas, ni ménos lo que yo sé que cantaste cuando dijiste:

La amarillez y la flaqueza mia,

donde claramente mostrabas el afligido estado que entónces poseias, porque de allí á poco llegaron á nuestras cabañas las nuevas de tu contento, solenizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo comenzaban:

Sale el aurora, y de su fértil mano.

Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos, y cómo con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoy se ria el que ayer lloraba, y que mañana llore el que hoy rie. Y por tener yo tan conocida esta su condicion, no puede la aspereza y desden zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero de ella otra cosa, sino es que se contente de que yo la quiera. El que no esperase buen suceso de un tan enamorado y medido deseo como el que has mostrado, ó pastor, respondió Damon, renombre mas que de desesperado merecia: por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes. Pero dime, pastor, así ella te la conceda: ¿es posible que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear mas de lo que has dicho? Bien puedes creerle, amigo Damon, dijo Elicio, porque el valor de Galatea no da lugar á que de ella otra cosa se desee ni se espere, y aun esta es tan difícil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza y á mí se enfría, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte que el cumplimiento della. Mas porque no es razon recebir tan honrados huéspedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quédense ellas aquí, y recojámonos al aldea, donde descansaréis del pesado trabajo del camino, y con mas sosiego, si de ello gustáredes, entenderéis el desasosiego nuestro. Holgaron todos de acomodarse á la voluntad de Elicio, el cual y Erastro, recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas ántes de lo acostumbrado, en compañía de los dos pastores, hablando en diversas cosas, aunque todas enamoradas, hácia el aldea se encaminaron. Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer y cantar, así por esto como por el deseo que tenia de saber si los dos nuevos pastores lo hacian tan bien como de ellos se sonaba, por moverlos y convidarlos á que otro tanto hiciesen, rogó á Elicio que su rabel tocase, al son del cual así comenzó á cantar.

ERASTRO.

Ante la luz de unos serenos ojos
Que al sol dan luz con que da luz al suelo,
Mi alma así se enciende, que recelo
Que presto tendrás, muerte, sus despojos.
Con la luz se conciertan los manojos
De aquellos rayos del señor de Delo:
Tales son los cabellos de quien suelo
Adorar su beldad puesto de hinojos.
¡Oh clara luz, oh rayos del sol claro,
Antes el mismo sol! de vos espero
Solo que consintais que Erastro os quiera.
Si en esto el cielo se me muestra avaro,
Antes que acabe del dolor que muero,
Haced, ó rayos, que de un rayo muera.

No les pareció mal el soneto á los pastores, ni les descontentó la voz de Erastro, que puesto que no era de las muy extremadas, no dejaba de ser de las acordadas, y luego Elicio, movido del ejemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampoña, al son de la cual este soneto dijo.

ELICIO.

¡Ay, que al alto designio que se cria
En mi amoroso firme pensamiento,
Contradicen el cielo, el fuego, el viento,
La agua, la tierra y la enemiga mia!
Contrarios son de quien temer debria,
Y abandonar la empresa y sano intento;
Mas ¿quién podrá estorbar lo que el violento
Hado implacable quiere, amor porfía?
El alto cielo, amor, el viento, el fuego,
La agua, la tierra y mi enemiga bella,
Cada cual con fuerza, y con mi hado,
Mi bien estorbe, esparza, abrase, y luego
Deshaga mi esperanza; que aun sin ella
Imposible es dejar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damon al son de la mesma zampoña de Erastro, desta manera comenzó á cantar.

DAMON.

Mas blando fuí que no la blanda cera,
Cuando imprimí en mi alma la figura
De la bella Amarili, esquiva y dura,
Cual duro mármol ó silvestre fiera.
Amor me puso entónces en la esfera
Mas alta de su bien y su ventura:
Agora temo que la sepultura
Ha de acabar mi presuncion primera.
Arrimóse el amor á la esperanza,
Cual vid al olmo, y fué subiendo apriesa,
Mas faltóle el humor y cesó el vuelo:
No el de mis ojos, que por larga usanza
Fortuna sabe bien, que jamas cesa
De dar tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabó Damon, y comenzó Tirsi al son de los instrumentos de los tres pastores á cantar este soneto.

TIRSI.

Por medio de los filos de la muerte
Rompió mi fe, y á tal punto he llegado,
Que no envidio el mas alto y rico estado
Que encierra humana venturosa suerte.
Todo este bien nació de solo verte,
Hermosa Fili, ó Fili, á quien el hado
Dotó de un sér tan raro y extremado,
Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
Como amansa el rigor de la sentencia,
Si el condenado el rostro del rey mira,
Y es ley que nunca tuerce su derecho;
Así ante tu hermosísima presencia
La muerte huye, el daño se retira,
Y deja en su lugar vida y provecho.

Al acabar Tirsi, todos los instrumentos de los pastores formaron tan agradable música, que causaba grande contento á quien la oia, y mas ayudándoles de entre las espesas ramas mil suertes de pintados pajarillos, que con divina armonía parece que como á coros les iban respondiendo. Desta suerte habian caminado un trecho, cuando llegaron á una antigua ermita que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino, que dejase de oirse el son de una arpa que dentro al parecer tañian, el cual oido por Erastro, dijo: Detenéos, pastores, que segun pienso, hoy oirémos todos lo que ha dias que yo deseo oir, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella ermita habrá doce ó catorce dias se ha venido á vivir una vida mas áspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años, y algunas veces que por aquí he pasado, he sentido tocar un arpa y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandísimo deseo de escucharla; pero siempre he llegado á punto que él le ponia en su canto; y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, ofreciéndole á su servicio todo lo que valgo y puedo, nunca he podido acabar con él que me descubra quién es, y las

..sas que le han movido á venir de tan pocos años á ..verse en tanta soledad y estrecheza. Lo que Erastro ..cia del mozo y nuevo ermitaño, puso en los pastores .. mismo deseo de conocerle que él tenia, y así acorda..ron de llegarse á la ermita de modo que sin ser sentidos ..pudiesen entender lo que cantaba ántes que llegasen á ..hablarle; y haciéndolo así, les sucedió tan bien, que se ..pusieron en parte donde, sin ser vistos ni sentidos, oye..ron que al son de la arpa el que estaba dentro semejan..tes versos decia.

Si han sido el cielo, amor y la fortuna
Sin ser de mí ofendidos,
Contentos de ponerme en tal estado,
En vano al aire envío mis gemidos:
En vano hasta la luna
Se vió mi pensamiento levantado.
¡Oh riguroso hado!
¡Por cuán extrañas desusadas vias
Mis dulces alegrías
Han venido á parar en tal extremo
Que estoy muriendo, y aun la vida temo!
Contra mí mesmo estoy ardiendo en ira,
Por ver que sufro tanto
Sin romper este pecho, y dar al viento
Esta alma, que en mitad del duro llanto
Al corazon retira
Las últimas reliquias del aliento;
Y allí de nuevo siento
Que acude la esperanza á darme fuerza,
Y aunque fingida á mi vivir es fuerza.
Y no es piedad del cielo, porque ordena
A larga vida dar mas larga pena.
Del caro amigo el lastimado pecho
Enterneció este mio,
Y la empresa difícil tomé á cargo.
¡Oh discreto fingir de desvarío!
Oh nunca visto hecho!
Oh caso gustosísimo y amargo!
¡Cuán dadivoso y largo
Amor se me mostró por bien ajeno,
Y cuán avaro y lleno
De temor y lealtad para conmigo!
Pero á mas nos obliga un firme amigo.
Injustas pagas, voluntades justas
A cada paso vemos
Dadas por mano de fortuna esquiva,
Y de tí, falso amor, de quien sabemos
Que te alegras y gustas
De que un firme amador muriendo viva,
Abrasadora y viva
Llama se encienda en tus lijeras alas,
Y las buenas y malas
Saetas en cenizas se resuelvan,
O al dispararlas contra tí se vuelvan
¡Por qué camino, con qué fraude y maña,
Por qué extraño rodeo
Entera posesion de mí tomaste?
Y ¿cómo en mi piadoso alto deseo,
Y en mis limpias entrañas
La sana voluntad, falso, trocaste?
¿Juicio habrá que baste
A llevar en paciencia el ver, perjuro,
Que entré libre y seguro
A tratar de tus glorias y tus penas,
Y agora al cuello sienta tus cadenas?
Mas no de tí, sino de mí seria
Razon que me quejase,
Que á tu fuego no hice resistencia.
Yo me entregué, yo hice que soplase
El viento que dormia
De la ocasion con furia y violencia:
Justísima sentencia
Ha dado el cielo contra mí que muera,
Aunque solo se espera
De mi infelice hado y desventura,
Que no acabe mi mal la sepultura.
¡Oh amigo dulce, oh dulce mi enemiga,
Timbrio, y Nísida bella,
Dichosos juntamente y desdichados!
¿Cuál dura, inicua, inexorable estrella
De mi daño enemiga;
Cuál fuerza injusta de implacables hados
Nos tiene así apartados?
¡Oh miserable, humana, frágil suerte!
Cuán presto se convierte
En súbito pesar una alegría,
Y sigue escura noche al claro dia!
De la instabilidad de la mudanza
De las humanas cosas
¿Cuál será el atrevido que se fie?
Con alas vuela el tiempo presurosas,
Y tras sí la esperanza
Se lleva del que llora y del que rie;
Y ya que el cielo envíe
Su favor, solo sirve al que con celo
Santo levanta al cielo
El alma en fuego de su amor deshecha,
Y al que no mas le daña que aprovecha.
Yo como puedo, buen Señor, levanto
La una y otra palma,
Los ojos, la intencion al cielo santo,
Por quien espera el alma
Ver vuelto en risa su continuo llanto.

Con un profundo suspiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo, que dentro en la ermita estaba; y sintiendo los pastores que adelante no proseguia, sin detenerse mas, todos juntos entraron en ella, donde vieron á un cabo sentado encima de una dura piedra á un dispuesto y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años, vestido de un tosco buriel, con los piés descalzos y una áspera soga ceñida al cuerpo, que de cordon le servia. Estaba con la cabeza inclinada á un lado, y la una mano asida de la parte de la túnica que sobre el corazon caia, y el otro brazo á la otra parte flojamente derribado; y por verle desta manera, y por no haber hecho movimiento al entrar de los pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginacion de sus miserias muchas veces á semejante término le conducia. Llegóse á él Erastro, y trabándole recio del brazo, le hizo volver en sí, aunque tan desacordado, que parecia que de un pesado sueño recordaba, las cuales muestras de dolor, no pequeño le causaron á los que lo veian, y luego Erastro le dijo: ¿Qué es esto, señor, qué es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dejeis de decirlo, que presentes teneis quien no rehusarán fatiga alguna por dar remedio á la vuestra. No son esos, respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos que me has hecho, ni aun serian los últimos que yo acertase á servir si pudiese; pero hame traido la fortuna á términos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos mas de con el deseo. Esto puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo, que no encubre nada, te dirá mas de lo que yo quisiera. Si al tiempo dejas que me satisfaga de lo que me dices, respondió Erastro, poco debe agradecerse tal paga; pues él á pesar nuestro echa en las plazas lo mas secreto de nuestros corazones. A este tiempo todos los demas pastores le rogaron que la ocasion de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió y dió á entender que no hay mal en esta vida que con ella su remedio no se alcanzase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone á ellos; y á esto añadió otras palabras, que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que dél saber deseaban, y así les dijo: Puesto que á mí me fuera mejor, ó agradable compañía, vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y haberme recogido á mayor soledad de la que tengo, todavía por no mostrarme esquivo á la voluntad que me habeis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastará, y los términos por donde la mudable fortuna me ha traido al estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es ya algo tarde, y segun mis desventuras son muchas, seria posible que ántes de contároslas la noche sobreviniese, será bien que todos juntos á la aldea nos vamos, pues á

mí no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenia determinado, y esto me es forzoso, pues de vuestra aldea soy proveido de lo que he menester para mi sustento; y por el camino, como mejor pudiéremos, os haré ciertos de mis desgracias. A todos pareció bien lo que el mozo ermitaño decia, y poniéndole en medio dellos, con vagarosos pasos tornaron á seguir el camino de la aldea, y luego el afligido ermitaño con muestras de mucho dolor desta manera al cuento de sus miserias dió principio.

En la antigua y famosa ciudad de Jerez, cuyos moradores de Minerva y Marte son favorecidos, nació Timbrio, un valeroso caballero, del cual, si sus virtudes y generosidad de ánimo hubiese de contar, á difícil empresa me pondria. Basta saber que, no sé si por la mucha bondad suya, ó por la fuerza de las estrellas que á ello me inclinaban, yo procuré por todas las vias que pude serle particular amigo, y fuéme en esto el cielo tan favorable, que casi olvidándose á los que nos conocian el nombre de Timbrio y el de Silerio, que es el mio, solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra continua conversacion y amigables obras que tal opinion no fuese vana. Desta suerte los dos con increible gusto y contento los mozos años pasábamos, ora en el campo en el ejercicio de la caza, ora en la ciudad en el del honroso Marte entreteniéndonos, hasta que un dia (de los muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho ver) le sucedió á mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso caballero, vecino de la misma ciudad. Llegó á término la cuestion, que el caballeró quedó lastimado en la honra, y á Timbrio le fué forzoso ausentarse, por dar lugar á que la furiosa discordia cesase, que entre las dos parentelas se comenzaba á encender; dejando escrita una carta á su enemigo dándole aviso que le hallaria en Italia en la ciudad de Milan ó en Nápoles, todas las veces que, como caballero, de su agravio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los bandos entre los parientes de entrambos, y ordenóse que á igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, á Timbrio desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla se avisase á Timbrio. Ordenó mas mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucedió yo me hallase tan falto de salud, que apénas del lecho levantarme podia, y por esta ocasion se me pasó la de seguir á mi amigo donde quiera que fuese, el cual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargándome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la ciudad de Nápoles le hallaria, dejándome con mas pena que yo sabré agora significaros. Mas al cabo de pocos dias (pudiendo en mí mas el deseo que de verle tenia, que no la flaqueza que me fatigaba) me puse luego en camino; y para que con mas brevedad y mas seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de cuatro galeras, que en la famosa isla de Cádiz de partida para Italia puestas y aparejadas estaban. Embarquéme en una de ellas, y con próspero viento en tiempo breve las riberas catalanas descubrimos; y habiendo dado fondo en un puerto dellas, yo que algo fatigado de la mar venía, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de allí no partian, me desembarqué con solo un amigo y un criado mio: y no creo que debia de ser la media noche cuando los marineros y los que á cargo las galeras llevaban, viendo que la serenidad del cielo calma ó próspero viento señalaba, por no perder la buena ocasion que se les ofrecia, á la segunda guardia hicieron la señal de partida; y zarpando las áncoras, dieron con mucha presteza los remos al sesgado mar, y las velas al sosegado viento, y fué como digo con tanta diligencia hecho, que por mucha que yo puse para volver á embarcarme, no fui á tiempo, y así me hube de quedar en la marina con el enojo que podrá considerar quien por semejantes y ordinarios casos habrá pasado; porque quedaba mal acomodado de todas las cosas que para seguir mi viaje por tierra eran necesarias; mas considerando que de quedarme allí poco remedio se esperaba, acordé de volverme á Barcelona, adonde como ciudad mas grande podria ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba, correspondiendo á Jerez ó á Sevilla con la paga dello. Amanecióme en estos pensamientos, y con determinacion de ponerlos en efeto aguardaba á que el dia mas se levantase, y estando á punto de partirme, sentí un grande estruendo por la tierra, y que toda la gente corria á la calle mas principal del pueblo; y preguntando á uno qué era aquello, me respondió: Llegáos, señor, á aquella esquina, que á voz de pregonero sabréis lo que deseais. Hícelo así, y lo primero en que puse los ojos fué en un alto crucifijo, y en mucho tumulto de gente, señales que algun sentenciado á muerte entre ellos venía, todo lo que me certificó la voz del pregonero, que declaraba que por haber sido salteador y bandolero, la justicia mandaba ahorcar un hombre, que como á mí llegó, luego conocí que era el mi buen amigo Timbrio, el cual venía á pié con unas esposas á las manos y una soga á la garganta, los ojos enclavados en el crucifijo que delante llevaba, diciendo y protestando á los clérigos que con él iban, que por la cuenta que pensaba dar en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante de los ojos tenia, que nunca, en todo el discurso de su vida, habia cometido cosa por donde públicamente mereciese recebir tan ignominiosa muerte, y que á todos rogaba, rogasen á los jueces le diesen algun término para probar cuán inocente estaba de lo que le acusaban. Considérese aquí, si tanto la consideracion pudo levantarse, cuál quedaria yo al horrendo espectáculo que á los ojos se me ofrecia: no sé qué os diga, señores, sino que quedé tan embelesado y fuera de mí, y de tal modo quedé ajeno de todos mis sentidos, que una estatua de marmol debiera de parecer á quien en aquel punto me miraba. Pero ya que el confuso rumor del pueblo, las levantadas voces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio, y las consoladoras de los sacerdotes, y el verdadero conocimiento de mi buen amigo me hubieron vuelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió á dar ayuda al desmayado corazon, y despertando en él la cólera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponia, sino al de Timbrio, por ver si podia librarle ó seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mia, eché mano á la espada, y con mas que ordinaria furia entré por medio de la confusa turba, hasta que llegué adonde Timbrio iba, el cual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se habian desenvainado, con perplejo y angustiado ánimo estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dije: ¿Adónde está, ó Timbrio, el esfuerzo de tu valeroso pecho? ¿Qué esperas ó

aguardas? ¿Por qué no te favoreces de la ocasion presente? Procura, verdadero amigo, salvar tu vida, en tanto que esta mia hace escudo á la sinrazon que, segun veo, aquí te es hecha. Estas palabras mias y el conocerme Timbrio, fué parte para que, olvidado todo temor, rompiese las ataduras ó esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco si los sacerdotes, de compasion movidos, no ayudaran su deseo; los cuales, tomándole en peso, á pesar de los que estorbarlo querian, se entraron con él en una iglesia que allí junto estaba, quedándome á mí en medio de toda la justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues á tantas fuerzas juntas no fué poderosa la sola mia de resistirlas; y con mas ofensa que á mi parecer mi pecado merecia, á la cárcel pública, herido de dos heridas, me llevaron: el atrevimiento mio, y el haberse escapado Timbrio aumentó mi culpa y el enojo en los jueces, los cuales ponderando bien el exceso por mí cometido, pareciéndoles ser justo que yo muriese, luego la cruel sentencia pronunciaron, y para otro dia guardában la ejecucion. Llegó á Timbrio esta triste nueva á la iglesia donde estaba, y segun yo despues supe, mas alteracion le dió mi sentencia, que le habia dado la de su muerte; y por librarme della, de nuevo se ofrecia á entregarse otra vez en poder de la justicia; pero los sacerdotes le aconsejaron que servia de poco aquello, sino añadir mal á mal, y desgracia á desgracia, pues no sería parte el entregarse él para que yo fuese suelto, pues no lo podia ser sin ser castigado de la culpa cometida. No fuéron menester pocas razones para persuadir á Timbrio no se diese á la justicia; pero sosegóse con proponer en su ánimo de hacer otro dia por mí lo que yo por él habia hecho, por pagarme en la misma moneda, ó morir en la demanda. De toda su intencion fuí avisado por un clérigo que á confesarme vino, con el cual le envié á decir, que el mejor remedio que mi desdicha podia tener, era que él se salvase, y procurase que con toda brevedad el virey de Barcelona supiese todo el suceso, ántes que la justicia de aquel pueblo la ejecutase en él. Supe tambien la causa por que á mi amigo Timbrio llevaba al amargo suplicio, segun me contó el mesmo sacerdote que os he dicho; y fué que viniendo Timbrio caminando por el reino de Cataluña, á la salida de Perpiñan dieron con él una cantidad de bandoleros, los cuales tenian por señor y cabeza á un valeroso caballero catalan, que por ciertas enemistades andaba en la compañía, como es ya antiguo uso de aquel reino, cuando los enemistados son personas de cuenta, salirse á ella y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas, cosa ajena de toda cristiandad, y digna de toda lástima. Sucedió pues que al tiempo que los bandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrio lo que llevaba, llegó en aquella sazon el señor y caudillo dellos, y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrio se hiciese; ántes pareciéndole hombre de valor y prendas, le hizo mil corteses ofrecimientos, rogándole que por aquella noche se quedase con él en un lugar allí cerca, que otro dia por la mañana le daria una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia. No pudo Timbrio dejar de hacer lo que el cortés caballero le pedia, obligado de las buenas obras dél recebidas: fuéronse juntos, y llegaron á un pequeño lugar, donde por los del pueblo alegremente recebidos fuéron. Mas la fortuna que hasta entónces con Timbrio se habia burlado, ordenó que aquella mesma noche diesen con los bandoleros una compañía de soldados, solo para este efeto juntada, y habiéndolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron á otros muchos, y uno de los presos fué Timbrio, á quien tuvieron por un salteador que en aquella compañía andaba; y segun se debe imaginar sin duda le debia de parecer mucho, pues con atestiguar los demas presos que aquel no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces, que sin mas averiguaciones lo sentenciaron á muerte, la cual fuera puesta en efeto, si el cielo, favorecedor de los justos intentos, no ordenara que las galeras se fuesen, y yo en tierra quedase para hacer lo que hasta agora os he contado que hice. Estábase Timbrio en la iglesia y yo en la cárcel, ordenando de partirse aquella noche á Barcelona; y yo que esperando estaba en qué pararia la furia de los ofendidos jueces, con otra mayor desventura suya, Timbrio y yo de la nuestra fuímos librados. Mas ¡ojalá fuera servido el cielo que en mí solo se ejecutara la furia de su ira, con tal que la alzaran de aquel pequeño y desventurado pueblo, que á los filos de mil bárbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello! Poco mas de media noche sería, hora acomodada á facinorosos insultos, y en la cual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, cuando improvisamente por todo el pueblo se levantó una confusa vocería, diciendo: Al arma, al arma, que turcos hay en la tierra. Los ecos destas tristes voces ¿quién duda que no causaron espanto en los mujeriles pechos, y aun pusieron confusion en los fuertes ánimos de los varones? No sé qué os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó á arder con tanta gana, que no parecia sino que las mesmas piedras, con que las casas fabricadas estaban, ofrecian acomodada materia al encendido fuego que todo lo consumia. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los bárbaros alfanjes, y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que encendida con segures ó hachas de duro acero, las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas, de cristianos despojos salian cargados. Cuál llevaba la fatigada madre, y cuál el pequeñuelo hijo, que con cansados y débiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre preguntaba; y alguno sé que hubo que con sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recien desposada vírgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos quizá vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en término breve. La confusion era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponian. La fiera y endiablada canalla, viendo cuán poca resistencia se les hacia, se atrevieron á entrar en los sagrados templos, y poner las descomulgadas manos en las santas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojándolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valia al sacerdote su santimonia, y al fraile su retraimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban el saco

aquellos descreidos perros; los cuales, despues de abrasadas las casas, robados los templos, desflorado las vírgenes, muerto los defensores, mas cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venía, sin impedimento alguno se volvieron á sus bajeles, habiéndolos ya cargado de todo lo mejor que en el pueblo habia, dejándole desolado y sin gente, porque toda la mas gente se llevaban, y la otra á la montaña se habia recogido. ¿Quién en tan triste espectáculo pudiera tener quedas las manos y enjutos los ojos? Mas ¡ay! que está tan llena de miserias nuestra vida, que tan doloroso suceso como el que os he contado, hubo cristianos corazones que se alegraron; y estos fuéron los de aquellos que en la cárcel estaban, que con la desdicha general cobraron la dicha propia, porque en son de ir á defender el pueblo, rompieron las puertas de la prision y en libertad se pusieron, procurando cada uno no de ofender á los contrarios, sino de salvar á sí mesmos; entre los cuales yo gocé de la libertad tan caramente adquirida. Y viendo que no habia quien hiciese rostro á los enemigos, por no venir á su poder ni tornar al de la prision, desamparando el consumido pueblo, con no muy pequeño dolor de lo que habia visto, y con el que mis heridas me cansaban, seguí á un hombre que me dijo, que seguramente me llevaria á un monasterio que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas sería curado, y aun defendido, si de nuevo prender me quisiesen: seguíle en fin, como os he dicho, con deseo de saber qué habria hecho la fortuna de mi amigo Timbrio, el cual, como despues supe, con algunas heridas se habia escapado y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba: vino á parar al puerto de Rosas, donde estuvo algunos dias, procurando saber qué suceso habria sido el mio; y que en fin, sin saber nuevas algunas se partió en una nave, y con próspero viento llegó á la gran ciudad de Nápoles. Yo volví á Barcelona, y allí me acomodé de lo que menester habia, y despues ya sano de mis heridas, torné á seguir mi viaje, y sin sucederme reves alguno llegué á Nápoles, donde hallé enfermo á Timbrio; y fué tal el contento que en vernos los dos recebimos, que no me siento con fuerzas para encarecéroslo por agora. Allí nos dimos cuenta de nuestras vidas, y de todo aquello que hasta aquel momento nos habia sucedido; pero todo este placer mio se aguaba con ver á Timbrio no tan bueno como yo quisiera, ántes tan malo y de una enfermedad tan extraña, que si yo á aquella sazon no llegara, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solenizar las alegrías de su vista. Despues que él hubo sabido de mí todo lo que quiso, con lágrimas en los ojos me dijo: ¡Ay, amigo Silerio! ¡y cómo creo que el cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dándome la salud por la vuestra, quede yo cada dia con mas obligacion de serviros! Palabras fuéron estas de Timbrio que me enternecieron; mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí y lo que él mas replicó, solo os diré, que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una señora principal de aquella ciudad, cuyos padres eran españoles, aunque ella en Nápoles habia nacido: su nombre era Nísida, y su hermosura tanta, que me atrevo á decir que la naturaleza cifró en ella el extremo de sus perfecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad belleza, que lo que la una encendia, la otra enfriaba, los deseos que su gentileza hasta el mas subido cielo l vantaba, su honesta gravedad hasta lo mas bajo de tierra abatia. A esta causa estaba Timbrio tan pobre esperanza, cuan rico de pensamientos, y sobre to falto de salud, y en términos de acabar la vida sin de cubrirlos: tal era el temor y reverencia que habia c brado á la hermosa Nísida. Pero despues que tuve bi conocida su enfermedad, y hube visto á Nísida, y co siderado la calidad y nobleza de sus padres, determi de posponer por él la hacienda, la vida y la honra, mas si mas tuviera y pudiera, y así usé de un artific el mas extraño que hasta hoy se habrá oido ni leido fué que acordé de vestirme como truhan, y con u guitarra entrarme en casa de Nísida, que por ser, co ya he dicho, sus padres de los principales de la ciuda de otros muchos truhanes era continuada. Pareci bien este acuerdo á Timbrio, y resignó luego en las m nos de mi industria todo su contento. Hice yo ha luego muchas y diferentes galas, y en vistiéndome c mencé á ensayarme en el nuevo oficio delante de Ti brio, que no poco reia de verme tan truhanamente ve tido; y por ver si la habilidad correspondia al hábi me dijo que haciendo cuenta que él era un gran prí cipe y que yo de nuevo venía á visitarle, le dijese alg Y si yo no me acuerdo mal, y si vosotros, señores, os cansais de escucharme, diréos lo que entónces canté, con ser la primera vez. Todos dijeron que ni guna cosa les daria mas contento, que saber por exte todo el suceso de su negocio, y que así le rogaban q ninguna cosa, por de poco momento que fuese, deja de contarles. Pues esa licencia me dais, dijo el ern taño, no quiero dejaros de decir cómo comencé á muestras de mi locura, que fué con estos versos qu Timbrio canté, imaginando ser un gran señor á qu los decia.

SILERIO.

De príncipe que en el suelo
Va por tan justo nivel,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del cielo?

No se ve en la edad presente
Ni se vió en la edad pasada
República gobernada
De príncipe tan prudente:
Y del que mide su celo
Por tan cristiano nivel,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

Del que trae por bien ajeno,
Sin codiciar mas despojo,
Misericordia en los ojos,
Y la justicia en el seno:
Del que lo mas deste suelo
Es lo ménos que hay en él,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

La liberal fama vuestra,
Que hasta el cielo se levant
De que teneis alma santa
Nos da indicio y clara muest
Del que no discrepa un pel
De ser al cielo fiel,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo

Del que con cristiano pe
Siempre en el rigor se tard
Y á la justicia le guarda
Con clemencia su derecho
De aquel que levanta el vu
Do ninguno llega á él,
¿Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo

Estas y otras cosas de mas risa y juego canté entón á Timbrio, procurando acomodar el brio y donaire cuerpo á que en todo diese muestras de ejercitado t han; y salí tan bien con ello, que en pocos dias fui nocido de toda la mas gente principal de la ciudad, fama del truhan español por toda ella volaba: hasta ta que ya en casa del padre de Nísida me deseaban ver cual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si industria no aguardara á ser rogado. Mas en fin, no pude excusar que un dia de un banquete allá no fue

que vi mas cerca la justa causa que Timbrio tenia de quererla, y la que el cielo me dió para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Vi á Nísida, Nísida vi para no ver mas, ni hay mas que ver despues de haberla visto. ¡Oh fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras! Y ¿es posible que en un punto, en un momento los reparos y pertrechos de mi lealtad pusieses en términos de dar con todos por tierra? ¡Ay, que si se tardara un poco en ayudarme la consideracion de quien yo era, la amistad que á Timbrio debia, el mucho valor de Nísida, y el honroso hábito en que me hallaba, que todo era impedimento á que con el nuevo y amoroso deseo que en mí habia nacido, no naciese tambien la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina ó vuelve atrás en los enamorados principios! En fin, vi la belleza que os he dicho, y porque me importaba tanto el verla, siempre procuré granjear el amistad de sus padres y de todos los de su casa; y esto con hacer del gracioso y bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discrecion y gracia á mi posible. Y rogándome un caballero que con ellos á la mesa estaba, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nísida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos que muchos dias ántes para ocasion casi semejante yo habia hecho, y sirviéndome para la presente, los dije, que eran estos.

SILERIO.

Nísida, con quien el cielo
Liberal se ha mostrado,
Pues el tanto á vos dió al suelo
Su alegre y traslado
Donde encubre su velo:
Pues no tuvo mas que os dar,
Ni vos mas que desear,
Quien tal beldad se entiende
Que lo imposible pretende
Si os pretende loar.

Vuestra beldad peregrina
Y perfeccion soberana
Al cielo nos encamina,
Pues no es posible la humana
Sin la lengua divina,
Y así bien se conviene,
Pues la que en sí contiene
Un ser alto y milagroso,
Que fuese el velo hermoso
Mas que el mundo tuvo ó tiene.

Tomó del sol los cabellos,
Del sesgo cielo la frente,
La luz de los ojos bellos
De la estrella mas luciente,
Que ya no da luz ante ellos:
Como quien puede y se atreve
A la grana y á la nieve
Robó las colores bellas,
Que lo mas perfeto dellas
A sus mejillas se debe.

De marfil y de coral
Formó los dientes y labios,
Do sale rico caudal
De agudos dichos y sabios,
Y armonía celestial:
De duro mármol ha hecho
El blanco y hermoso pecho,
Y de tal obra ha quedado
Tanto el suelo mejorado,
Cuanto el cielo satisfecho.

Con estas y otras cosas que entónces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nísida, que me ofrecieron todo lo que menester hubiese, y me rogaron que ningun dia dejase de visitarlos: y sin descubrirse ni imaginarse mi industria, vine á salir con mi primer designio, que era facilitar la entrada en casa de Nísida, la cual gustaba en extremo de mis desenvolturas. Pero ya que los muchos dias, y la mucha conversacion mia, y la grande amistad que todos los de aquella casa me mostraban, hubieron quitado algunas sombras al demasiado temor que de descubrir mi intento á Nísida tenia, determiné ver á do llegaba la ventura de Timbrio, que solo de mi solicitud la esperaba. Mas ¡ay triste! que yo estaba entónces mas para pedir medicina para mi llaga, que salud para la ajena; porque el donaire, belleza, discrecion y gravedad de Nísida habian hecho en mi alma tal efeto, que no estaba en ménos extremo de dolor y de amor puesta, que la del lastimado Timbrio. A vuestra consideracion discreta dejo el imaginar lo que podia sentir un corazon á quien de una parte combatian las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido; porque si las unas le obligaban á no salir de lo que ellas y la razon le pedian, las otras le forzaban que tuviese cuenta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud ajena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco y amarillo, que causaba general compasion á todos los que me miraban, y los que mas la mostraban eran los padres de Nísida; y aun ella mesma con limpias y cristianas entrañas me rogó muchas veces que la causa de mi enfermedad le dijese, ofreciéndome todo lo necesario para el remedio della. ¡Ay (decia yo entre mí cuando Nísida tales ofrecimientos me hacia), ay, con cuánta facilidad, hermosa Nísida, podria remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho! Pero préciome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio como le tengo por imposible é incierto, imposible sería que le acetase. Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasía, no acertaba á responder á Nísida cosa alguna, de lo cual ella y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de ménos años, aunque no de ménos discrecion y hermosura que Nísida), estaban maravilladas; y con mas deseo de saber el orígen de mi tristeza, con muchas importunaciones me rogaban que nada de mi dolor les encubriese. Viendo pues yo que la ventura me ofrecia la comodidad de poner en efeto lo que hasta aquel punto mi industria habia fabricado, una vez que acaso la bella Nísida y su hermana á solas se hallaban, tornando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dije: No penseis, señoras, que el silencio que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imaginais que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe que si algun bien mi abatido estado en esta vida tiene, es haber granjeado con él venir á términos de conoceros, y como criado serviros: solo ha sido la causa imaginar que aunque la descubra, no servirá para mas de daros lástima, viendo cuán léjos está el remedio della; pero ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabréis, señoras, que en esta ciudad está un caballero natural de mi mesma patria, á quien tengo por señor, por amparo y por amigo, el mas liberal, discreto y gentil hombre que en gran parte hallarse pueda, el cual está aquí ausente de la amada patria por ciertas cuestiones que allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta ciudad, creyendo que si allá en la suya dejaba enemigos, acá en la ajena no le faltaran amigos; mas hale salido tan al reves su pensamiento, que á un solo enemigo que él mismo sin saber cómo aquí se ha procurado, le tiene puesto en tal extremo, que si el cielo no le socorre, con acabar la vida acabará sus amistades y enemistades; y como yo conozco el valor de Timbrio (que este es el nombre del caballero cuya desgracia os voy contando, y sé lo que perderé si le pierdo), doy las muestras de sentimiento que habeis visto, y aun son pocas segun á lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que desearéis saber, señoras, quién es el enemigo que á tan valeroso caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal extremo; pero tambien sé que en diciéndooslo, no os maravillaréis sino de cómo no le tiene ya consumido y muerto: su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos y bienandanzas: este fiero enemigo tomó posesion de sus entrañas. En entrando en esta ciudad vió Timbrio una hermosa dama de singular valor y hermo-

sura; mas tan principal y honesta, que jamas el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento. A este punto llegaba yo., cuando Nísida me dijo: Por cierto, Astor, que entónces era este el nombre mio, que no sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y discreto como dices, pues tan fácilmente se ha dejado rendir á un mal deseo tan recien nacido, entregándose tan sin ocasion alguna en los brazos de la desesperacion; y aunque á mí se me alcanza poco destos amorosos efetos, todavía me parece que es simplicidad y flaqueza dejar, el que se ve fatigado dellos, de descubrir su pensamiento á quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginarse puede; porque ¿qué afrenta se le puede seguir á ella de saber que es bien querida, ó á él qué mayor mal de su aceda y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando? Y no sería bien que por tener un juez fama de riguroso, dejase alguno de alegar de su derecho; pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado y temeroso como ese tu amigo, dime: ¿llamarias tú cruel á la dama de quien estaba enamorado? No por cierto; que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia, ni cae en su obligacion procurar saberla para remediarla. Así que, Astor, perdóname, que las obras dese tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le das. Cuando yo oí á Nísida semejantes razones, luego quisiera con las mias descubrirle todo el secreto de mi pecho; mas como yo entendia la bondad y llaneza con que ella las hablaba, hube de detenerme, y esperar mas sola y mejor coyuntura, y así le respondí: Cuando los casos de amor, hermosa Nísida, con libres ojos se miran, tantos desatinos se ven en ellos, que no ménos de risa que de compasion son dignos; pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma, allí están los sentidos tan trabados y tan fuera de su propio sér, que la memoria solo sirve de tesorera y guardadora del objeto que los ojos miraron; y el entendimiento de escudriñar y conocer el valor de la que bien ama; y la voluntad de consentir de que la memoria y entendimiento en otra cosa no se ocupen: y así los ojos ven como espejo de alinde, que todas las cosas se les hacen mayores: ora crece la esperanza cuando son favorecidos, ora el temor cuando desechados: y así sucede á muchos lo que á Timbrio ha sucedido, que pareciéndoles á los principios altísimo el objeto á quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle; pero no de manera que no les diga amor allá dentro en el alma: ¿quién sabe? ¿podria ser? y con esto anda la esperanza, como decirse suele, entre dos aguas, la cual si del todo les desamparase, con ella huiria el amor. Y de aquí nace andar entre el temer y osar el corazon del amante afligido, que sin aventurarse á decirla, se recoge y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quién, el remedio de que se ve tan apartado. En este mismo extremo he yo hallado á Timbrio, aunque todavía á persuasiones mias ha escrito una carta á la dama por quien muere, la cual me dió para que la viese y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaria: encargóme asimismo que buscase órden de ponerla en manos de su señora, que creo será imposible, no porque yo no me aventuraré á ello, pues lo ménos que aventuraré será la vida por servirle; mas porque me parece que no he de hallar ocasion para darla. Veámosla, dijo Nísida, porque deseo ver cómo escriben los enamorados discretos. Luego saqué yo una carta d seno, que algunos dias ántes estaba escrita, esperan ocasion de que Nísida la viese, y ofreciéndome la ve tura esta, se la mostré; la cual por haberla yo leido m chas veces se me quedó en la memoria, cuyas razon eran estas.

TIMBRIO Á NÍSIDA.

«Determinado habia, hermosa señora, que el desastrado mio os diese noticia de quién yo era, par ciéndome ser mejor que alabárades mi silencio en muerte, que no que vituperárades mi atrevimiento en vida; mas porque imagino que á mi alma conviene pa tirse deste mundo en gracia vuestra, porque en el ot no le niegue amor el premio de lo que ha padecido, hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad n tiene puesto, qué es tal que á poder significarle, procurara su remedio, pues por pequeñas cosas nad se ha de aventurar á ofender el valor extremado vue tro, del cual y de vuestra honesta liberalidad espe restaurar la vida para serviros, ó alcanzar la muer para nunca mas ofenderos.»

Con mucha atencion estuvo Nísida escuchando es carta, y en acabándola de oir, dijo: no tiene de q agraviarse la dama á quien esta carta se envía, si ya puro grave no da en ser melindrosa, enfermedad quien no se escapa la mayor parte de las damas de es ciudad; pero con todo eso no dejes, Astor, de dársel pues como ya te he dicho no se puede esperar mas m de su respuesta, que no sea peor el que agora dices q tu amigo padece; y para mas animarte te quiero aseg rar, que no hay mujer tan recatada y tan puesta en at laya para mirar por su honra, que le pese mucho de v y saber que es querida; porque entónces conoce ella q no es vana la presuncion que de sí tiene, lo cual sería reves, si viese que de nadie era solicitada. Bien sé, s ñora, que es verdad lo que dices, respondí yo; mas ten temor que el atreverme á darla, por lo ménos me ha costar negarme de allí adelante la entrada en aque casa, de que no menor daño me vendria á mí que á Ti brio. No quieras, Astor, replicó Nísida, confirmar sentencia que aun el juez no tiene dada: muestra bu ánimo, que no es riguroso trance de batalla este á que aventuras. Pluguiera al cielo, hermosa Nísida, respo dí yo, que en ese término me viera, que de mejor ga ofreciera el pecho al peligro y rigor de mil contrapue tas armas, que no la mano á dar esta amorosa carta quien temo que siendo con ella ofendida, ha de arroj sobre mis hombros la pena que la ajena culpa merec pero con todos estos inconvenientes pienso seguir, s ñora, el consejo que me has dado; puesto que aguarda tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis se tidos como agora: y en este entre tanto te suplico q haciendo cuenta que tú eres á quien esta carta se env me dés alguna respuesta que lleve á Timbrio, para q con este engaño, él se entretenga un poco, y á mi tiempo y las ocasiones me descubran lo que tengo hacer. De mal artificio quieres usar, respondió Nísid porque puesto caso que yo agora diese en nombre aje alguna blanda ó esquiva respuesta, ¿no ves que el tie po, descubridor de nuestros fines, aclarará el engañ y Timbrio quedará de tí mas quejoso que satisfech Cuanto mas, que por no haber dado hasta agora re

á semejantes cartas, no querria comenzar á dar-
la mentirosa y fingidamente; mas aunque sepa ir contra lo que á mi mesma debo, si me prometes de decir quien es la dama, yo te diré qué digas á tu amigo, y cosa con que él quede contento por ahora; y puesto que despues las cosas sucedan al reves de lo que él pensare, no por eso se averiguará la mentira. Eso no me lo mandes, Nísida, respondí yo, porque en tanta confusion me pone el decirte yo á ti su nombre, como me pondria el darle á ella la carta: basta saber que es principal, y que, sin hacerte agravio alguno, no te debe nada en la hermosura, que con esto me parece que la encarezco sobre cuantas son nacidas. No me maravillo que digas eso de ti, dijo Nísida, pues los hombres de vuestra condicion tienen, lisonjear es su propio oficio; mas dejando todo esto á una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te aconsejo que le digas que fuiste á dar la carta á su dama, y que has pasado con ella todas las razones que conmigo sin faltar punto, y que leyó tu carta, y el ánimo que te daba para que á su dama la llevases, pensando que no era ella á quien venia, y que aunque no te atreviste á declarar del todo, que has conocido della, que cuando sepa ser ella para quien la carta venia, no le causará el engaño y desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte recibirá él algun alivio en su trabajo, y despues al descubrir tu intencion á su dama, puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiere; pues hasta el punto que ella lo sepa queda en tierra esta mentira, y la verdad de lo que sucediere, sin que haga al caso el engaño de agora. Admirado quedé de la discreta traza de Nísida, y aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio: y así besándole las manos por el buen aviso, y quedando con ella que de cualquiera cosa que en este negocio sucediere, habia de dar particular cuenta, vine á contar á Timbrio todo lo que con Nísida me habia sucedido, que fué parte para que la viese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo á sustentarle, y desterrar de su corazon los nublados del frio temor que hasta entónces le tenian ofuscado; y todo este gusto se le acrecentaba el prometerle yo á cada paso que los mios no serian dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nísida me hallase, sacaria el juego de mano con tan buen suceso como sus pensamientos merecian. Una cosa se me ha olvidado de deciros; que en todo el tiempo que con Nísida y su hermana estuve hablando, jamas la menor hermana habló palabra, sino que con un extraño silencio estuvo siempre colgada de las mias; quiséos decir, señores, que si callaba, no era por no saber hablar con toda discrecion y donaire, porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede y vale, y con todo esto no sé si os diga que holgara que me hubiera negado el cielo la ventura de haberlas conocido, especialmente á Nísida, principio y fin de toda mi desdicha; pero ¿qué puedo hacer, si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse? Yo quise, quiero y querré bien á Nísida, tan sin ofensa de Timbrio, cuanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamas la habló que en favor de Timbrio no fuese, encubriendo siempre, con mas que ordinaria discrecion, la pena propia por remediar la ajena. Sucedió pues que como la belleza de Nísida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener en mi pecho tan rico tesoro encubierto, cuando solo ó apartado alguna vez me hallaba, con algunas amorosas y lamentables canciones le descubria con velo de fingido nombre; y así una noche pensando que ni Timbrio ni otro alguno me escuchaba, por dar alivio un poco al fatigado espíritu, en un retirado aposento, solo de un laud acompañado, canté unos versos, que por haberme puesto en una confusion gravísima, os los habré de decir, que eran estos

SILERIO.

¿Qué laberinto es este, do se encierra
Mi loca levantada fantasía?
¿Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,
Y en tal tristeza toda mi alegría?
¿O cuál hado me trujo á ver la tierra
Que ha de servir de sepultura mia?
¿O quién reducirá mi pensamiento
Al término que pide un sano intento?

Si por romper este mi frágil pecho,
Y despojarme de la dulce vida,
Quedase el suelo y cielo satisfecho
De que á Timbrio guardé la fe debida
Sin que me acordara el crudo hecho,
Yo fuera de mí mesmo el homicida;
Mas si yo acabo, en él acaba luego
La amorosa esperanza y crece el fuego.

Lluevan y caigan las doradas flechas
Del ciego dios, y con rigor insano
Al triste corazon vengan derechas
Disparadas con fiera airada mano;
Que aunque ceniza y polvo queden hechas
Las heridas entrañas, lo que gano
En encubrir su dolorosa llaga
Es rica de mi mal ilustre paga.

Silencio eterno á mi cansada lengua
Pondrá la ley de la amistad sincera,
Por cuya sin igual virtud desmengua
La pena que acabar jamas espera,
Mas aunque nunca acabe y ponga en mengua
La honra y la salud, será cual era
Mi limpia fe, mas firme y contrastada
Que roca en medio de la mar airada.

Del humor que derraman estos ojos,
Y de la lengua el piadoso oficio,
Del bien que se le debe á mis enojos,
Y de la voluntad el sacrificio
Lleve los dulces premios y despojos
El claro amigo, y muéstrese propicio
El cielo á mi deseo, que pretende
El bien ajeno, y á sí mismo ofende.

Socorre, ó blando amor, levanta y guia
Mi bajo ingenio en la ocasion dudosa,
Y al esperado punto esfuerzo envía
Al alma y á la lengua temerosa,
La cual podrá, si lleva su osadía,
Facilitar la mas difícil cosa,
Y romper contra el hado y desventura
Hasta llegar á la mayor ventura.

El estar tan trasportado en mis continuas imaginaciones fué ocasion para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baja voz como debiera, ni el lugar do estaba era tan escondido, que estorbara que de Timbrio no fueran escuchados, el cual así como los oyó, le vino al pensamiento que el mio no estaba libre de amor, y que si yo alguno tenia, era á Nísida, segun se podia colegir de mi canto: y aunque él alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos, ántes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella misma noche é irse adonde de ninguno fuese hallado, solo por dejarme comodidad de que solo á Nísida sirviese. Todo esto supe yo de un paje suyo, sabidor de todos sus secretos, el cual vino á mí muy angustiado, y me dijo: Acudid, señor Silerio, que Timbrio mi señor y vuestro amigo nos quiere dejar, y partirse esta noche, y no me ha dicho dónde, sino que le apareje no sé qué dineros, y que á nadie diga que se parte; principalmente me dijo que á vos no lo dijese; y este pensamiento le vino despues que

estuvo escuchando no sé qué versos que poco ha cantábades, y segun los extremos que le he visto hacer, creo que va á desesperarse; y por parecerme que debo ántes acudir á su remedio que á obedecer su mandado, os lo vengo á decir, como á quien puede ser parte para que no ponga en efeto tan dañado propósito. Con extraño sobresalto escuché lo que el paje me decia, y fuí luego á ver á Timbrio en su aposento; y ántes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacia, el cual estaba tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lágrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baja voz y mal formadas razones, me pareció que estas decia: Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por lo que te parece que debes á mi amistad, dejar de dar gusto á tu deseo, que yo refrenaré el mio, aunque sea con el medio extremo de la muerte; que pues tú della me libraste, cuando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que agora te pague en parte tan buena obra con dar lugar á que sin el impedimento que mi presencia causarte puede, goces de aquella en quien cifró el cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento: de una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es que no puedo despedirme de tí en esta amarga partida; mas admite por disculpa el ser tú la causa della. ¡Oh Nísida, Nísida, y cuán cierto está de tu hermosura, que se ha de pagar la culpa del que se atreve á mirarla, con la pena de morir por ella! Silerio la vió, y si no quedara cual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinion que tiene de discreto; mas pues mi ventura así lo ha querido, sepa el cielo que no soy ménos amigo de Silerio, que él lo es mio; y para muestras desta verdad, apártese Timbrio de su gloria, destiérrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio y de Nísida, dos verdaderas y mejores mitades de su alma: y luego con mucha furia se levantó del lecho y abrió la puerta, y hallándome allí, me dijo: ¿Qué quieres, amigo, á tales horas? ¿Hay por ventura algo de nuevo? Hay tanto, le respondí yo, que aunque hubiera ménos no me pesara. En fin, por no cansaros mas, yo llegué á tales términos con él, que le persuadí y di á entender ser su imaginacion falsa, no en cuanto estaba yo enamorado, sino en el de quién, porque no era Nísida, sino de su hermana Blanca; y súpelo decir esto de manera que él lo tuvo por verdadero; y porque mas crédito á ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos dias ántes yo mesmo habia hecho á otra dama del mismo nombre, y díjele que para la hermana de Nísida las habia compuesto, las cuales vinieron tan á propósito, que aunque sea fuera dél decirlas agora, no las quiero pasar en silencio, que fuéron estas.

SILERIO.

¡Oh Blanca, á quien rendida está la nieve,
Y en condicion mas que la nieve helada!
No presumais ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada:
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,
Se volverá tan negra mi ventura,
Cuanto sois Blanca en nombre y hermosura.

Blanca gentil, en cuyo blanco pecho
El contento de amor se anida y cierra:
Antes que el mio en lágrimas deshecho
Se vuelva polvo y miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho
Del amor y dolor que el mio encierra;
Que esta será tan caudalosa paga,
Que á cuanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar querria
De oro el mas finísimo ducado,
Y por tan alta posesion tendria
Por bien perder la del mas alto estado:
Pues esto conoceis, ó Blanca mia,
Dejad ese desden de enamorado,
Y haced, ó Blanca, que el amor acierte
A sacar, si sois vos, blanca mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallara
Que tan sola una blanca poseyera,
Si ella fuérades vos, no me trocara
Por el mas rico que en el mundo hubiera:
Y si mi sér en aquel sér tornara
De Juan de Espera en Dios, dichoso fuera,
Si al tiempo que las tres Blancas buscase,
A vos, ó Blanca, entre ellas os hallase.

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estorbara el son de muchas zampoñas y acordados caramillos, que á sus espaldas se oia; y volviendo la cabeza, vieron venir hácia ellos hasta una docena de gallardos pastores, puestos en dos hileras, y en medio venia un dispuesto pastor, coronado con una guirnalda de madreselva, y de otras diferentes flores. Traia un baston en la una mano, y con grave paso poco á poco se movia, y los demas pastores con el mesmo aplauso, y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y extraña muestra. Luego que Elicio los vió, conoció ser Daranio el pastor que en medio traian, y los demas ser todos circunvecinos, que á sus bodas querian hallarse, á las cuales asimismo Tirsi y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta del desposorio, y honrar al nuevo desposado, de aquella manera hácia la aldea se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida habia puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde seria servido con la voluntad posible, y haria satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió, y á esta sazon llegó el monton de alegres pastores, los cuales conociendo á Elicio, y Daranio á Tirsi y á Damon sus amigos, con señales de grande alegría se recibieron, y renovando la música, y renovando el contento, tornaron á proseguir el comenzado camino; y ya que llegaban junto al aldea, llegó á sus oidos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocian la extremada condicion suya; y así como Lenio los vió y conoció, sin interromper el suave canto, desta manera cantando hácia ellos se vino.

LENIO.

Por bienaventurada,
Por llena de contento y alegría
Será por mi juzgada
Tan dulce compañía,
Si no siente de amor la tiranía.

Y besaré la tierra
Que pisa aquel que de su pensamiento
El falso amor destierra,
Y tiene el pecho exento
De esta furia cruel, de este tormento.

Y llamaré dichoso
Al rústico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso
Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.

Deste tal las corderas
Antes que venga la sazon madura
Serán ya parideras,
Y en la ocasion mas dura
Hallarán claras aguas y verdura.

Si estando amor airado
Con él pusiere en su salud desvío,
Llevaré su ganado
Con el ganado mio
Al abundoso pasto, al claro rio.

Y en tanto del incienso
El humo santo irá volando al cielo,
A quien decirle pienso
Con pio y justo celo,
Las rodillas postradas por el suelo:

¡Oh cielo santo y justo!
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que por servirte, amor le ofende.

No lleve este tirano
Los despojos á tí solo debidos,
Antes con larga mano
Y premios merecidos
Restituye su fuerza á los sentidos

En acabando de cantar Lenio, fué de todos los pastores cortesanamente recebido; el cual, como oyese nombrar á Damon y á Tirsi, á quien él solo por fama conocia, quedó admirado en ver su extremada presencia, y así les dijo: ¿Qué encarecimientos bastarian, aunque fueran las mejores que en la elocuencia pudieran hallarse, para levantar y encarecer el valor vuestro, famosos pastores, si por ventura las niñerías de amor no se mezclaran con las véras de vuestros celebrados escritos? Pero pues ya estáis éticos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar y alabar vuestra rara discrecion os pague lo que os debe, imposible será que yo deje de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinion que los cubren, vieras luego la claridad de los nuestros, y que por ser amorosos merecen mas gloria y alabanza, que por ninguna otra sutileza ó discrecion que encerrar pudieran. No mas, Tirsi, no mas, replicó Lenio, que bien veo que con tantos y tan obstinados enemigos, poca fuerza tendrían mis razones. Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aquí están, que no burlando la contradijeran, y en esto podrás ver, Lenio, cuán fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues á fe, dijo Lenio, que no te salve á tí la vida, oh Elicio, si no, dígalo el aire, á quien continuo acrecientas con suspiros, y la yerba destos prados que va creciendo con tus lágrimas, y los versos que el otro dia compusiste y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá qué es lo que en tí alabas y en mí vituperas. No quedara Lenio sin respuesta, si no vieran venir hácia donde ellos estaban á la hermosa Galatea con las discretas pastoras Florisa y Teolinda; la cual, por no ser conocida de Damon y Tirsi, se habia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron y fuéron de los pastores con alegre acogimiento recebidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro, que con la vista de Galatea tan extraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal dél, sin mandárselo alguno, hizo señas á Elicio que su zampoña tocase, al son de la cual con alegres y suaves acentos cantó los siguientes versos.

ERASTRO.

Vea yo los ojos bellos
Deste sol que estoy mirando,
Y si se van apartando,
Váyase el alma tras ellos:
Sin ellos no hay claridad,
Ni mi alma no la espere;
Que ausente dellos no quiere
Luz, salud, ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,
Que no es posible alaballos,
Mas ha de dar por mirallos
De la vida los despojos:
Yo los veo, y yo los vi,
Y cada vez que los veo
Les doy un nuevo deseo
Tras el alma que les di.

Ya no tengo mas que dar,
Ni imagino mas que dé,
Si por premio de mi fe
No se admite el desear:
Cierta está mi perdicion,
Si estos ojos do el bien sobra
Los pusieron en la obra,
Y no en la sana intencion.

Aunque durase este dia
Mil siglos como deseo,
A mí que tanto bien veo,
Un punto me parecia:
No hace el tiempo lijero
Curso en alterar mi edad,
Miéntras miro la beldad
De la vida por quien muero.

En esta vista reposa
Mi alma, y halla sosiego,
Y vive en el vivo fuego
De su luz pura y hermosa:
Y hace amor tan alta prueba
Con ella, que en esta llama
A dulce vida la llama,
Y cual fénix la renueva.

Salgo con mi pensamiento
Buscando mi dulce gloria,
Y al fin hallo en mi memoria
Encerrado mi contento:
Allí está, y allí se encierra
No en mandos, no en poderíos,
No en pompas, no en señoríos,
Ni en riquezas de la tierra.

Aquí acabó su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar al aldea, adonde Tirsi, Damon y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasion de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero dia á las bodas de Daranio, dejaron á los pastores, y todos ó los mas con el desposado se quedaron, y ellas á sus casas se fuéron. Y aquella misma noche, solicitado Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver á su ermita, dió fin al suceso de su historia como se verá en el siguiente libro.

LIBRO TERCERO.

El regocijado alboroto que con la ocasion de las bodas de Daranio aquella noche en el aldea habia, no fué parte para que Elicio, Tirsi, Damon y Erastro dejasen de acomodarse en parte, donde sin ser de alguno estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia; el cual, despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera. Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dije, quedó él satisfecho de que mi pena procedia, no de amores de Nísida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiéndome perdon de la falsa imaginacion que de mí habia tenido, me tornó á encargar su remedio; y así yo olvidado del mio no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos dias se pasaron, en los cuales la fortuna no me mostró tan abierta ocasion como yo quisiera para descubrir á Nísida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenia ya alguna noticia dellos. A lo que yo le dije, que todavía el temor de ofenderla no me dejaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo cual Nísida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde y de poca discrecion, añadiendo á esto que pues yo me acobardaba, ó que Timbrio no sentia el dolor que yo dél publicaba, ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decia. Todo esto fué parte para que me determinase, y en la primera ocasion me descubriese, como lo hice un dia que sola estaba; la cual escuchó con extraño silencio todo lo que decirle quise, y yo como mejor pude le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenia, el cual era tan fuerte, que me habia movido á mí á tomar tan abatido ejercicio como era el de truhan, solo por tener lugar de decirle lo que decía, añadiendo á es-

tas otras razones que á Nísida le debió parecer que lo eran; mas no quiso mostrar entónces por palabras lo que despues con obras no pudo tener cubierto, ántes con gravedad y honestidad extraña reprendió mi atrevimiento, acusó mi osadía, afeó mis palabras, y desmayó mi confianza, pero no de manera que me desterrase de su presencia, que era lo que yo mas temia; solo concluyó con decirme que de allí adelante tuviese mas cuenta con lo que á su honestidad era obligado, y procurase que el artificio de mi mentiroso hábito no se descubriese: conclusion fué esta que cerró y acabó la tragedia de mi vida, pues por ella entendí que Nísida daria oidos á las quejas de Timbrio. ¿En qué pecho pudo caber ni puede el extremo de dolor que entónces en el mio se encerraba, pues el fin de su mayor deseo era el remate y fin de su contento? Alegrábame el buen principio que al remedio de Timbrio habia dado, y esta alegría en mi pesar redundaba, por parecerme, como era la verdad, que en viendo á Nísida en poder ajeno, el propio mio se acababa. ¡Oh fuerza poderosa de verdadera amistad, á cuánto te extiendes, y á cuánto me obligaste! pues yo mismo, forzado de tu obligacion, afilé con mi industria el cuchillo que habia de degollar mis esperanzas, las cuales, muriendo en mi alma vivieron y resucitaron en la de Timbrio, cuando de mí supo todo lo que con Nísida pasado habia; pero ella andaba tan recatada con él y conmigo, que nunca de todo punto dió á entender que de la solicitud mia y amor de Timbrio se contentaba, ni ménos se desdeñó de suerte, que sus sinsabores y desvíos hiciesen á los dos abandonar la empresa. Hasta que, habiendo llegado á noticia de Timbrio, cómo su enemigo Pransiles (aquel caballero á quien él habia agraviado en Jerez), deseoso de satisfacer su honra le enviaba á desafiar, señalándole campo franco y seguro en una tierra del Estado del duque de Gravina, dándole término de seis meses desde entónces hasta el dia de la batalla; el cuidado deste aviso no fué parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenia; ántes con nueva solicitud mia y servicios suyos, vino á estar Nísida de manera, que no se mostraba esquiva aunque la mirase Timbrio y en casa de sus padres visitase, guardando en todo tan honesto decoro, cuanto á su valor era obligada. Acercándose ya el término del desafío, y viendo Timbrio serle inexcusable aquella jornada, determinó de partirse, y ántes que lo hiciese escribió á Nísida una carta, tal, que acabó con ella en un punto lo que yo en muchos meses atras y en muchas palabras no habia comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dejaré de decir, que así decia.

TIMBRIO Á NÍSIDA.

Salud te envia aquel que no la tiene,
Nísida, ni la espera en tiempo alguno,
Si por tus manos mismas no le viene.
El nombre aborrecible de importuno
Temo me adquirirán estos renglones,
Escritos con mi sangre de uno en uno.
Mas la furia cruel de mis pasiones
De tal modo me turban, que no puedo
Huir las amorosas sinrazones.
Entre un ardiente osar y un frio miedo
Arrimado á mi fe y al valor tuyo,
Miéntras esta recibes triste quedo:
Por ver que en escribirte me destruyo,
Si tienes á donaire lo que digo,
Y entregas al desden lo que no es suyo.
El cielo verdadero me es testigo
Si no te adoro desde el mismo punto
Que vi ese rostro hermoso y mi enemigo
El verte y adorarte llegó junto,
Porque ¿quién fuera aquel que no adorara
De un ángel bello el sin igual trasunto?
Mi alma tu belleza al mundo rara
Vió tan curiosamente, que no quiso
En el rostro parar la vista clara.
Allá en el alma tuya un paraíso
Fué descubriendo de bellezas tantas,
Que dan de nueva gloria cierto aviso.
Con estas ricas alas te levantas
Hasta llegar al cielo, y en la tierra
Al sabio admiras, y al que es simple espantas.
¡Dichosa el alma que tal bien encierra,
Y no ménos dichoso el que por ella
La suya rinde á la amorosa guerra!
En deuda soy á mi fatal estrella
Que me quiso rendir á quien encubre
En tan hermoso cuerpo alma tan bella.
Tu condicion, señora, me descubre
El desengaño de mi pensamiento,
Y de temor á mi esperanza cubre.
Pero en fe de mi justo honroso intento
Hago buen rostro á la desconfianza,
Y cobro al postrer punto nuevo aliento.
Dicen que no hay amor sin esperanza:
Pienso que es opinion; que yo no espero,
Y del amor la fuerza mas me alcanza.
Por sola tu bondad te adoro y quiero,
Atraido tambien de tu belleza,
Que fué la red que amor tendió primero,
Para atraer con rara sutileza
Al alma descuidada libre mia
Al amoroso ñudo y su estrecheza.
Sustenta amor su mando y tiranía
Con cualquiera belleza en algun pecho,
Pero no en la curiosa fantasía,
Que mira, no de amor el lazo estrecho
Que tiende en los cabellos de oro fino,
Dejando al que los mira satisfecho,
Ni en el pecho, á quien llama alabastrino
Quien del pecho no pasa mas adentro,
Ni en el marfil del cuello peregrino;
Sino del alma el escondido centro
Mira, y contempla mil bellezas puras
Que le acuden y salen al encuentro.
Mortales y caducas hermosuras
No satisfacen á la inmortal alma,
Si de la luz perfeta no anda á escuras.
Tu sin igual virtud lleva la palma,
Y los despojos de mis pensamientos,
Y á los torpes sentidos tiene en calma.
Y en esta sujecion están contentos,
Porque miden su dura amarga pena
Con el valor de tus merecimientos.
Aro en el mar, y siembro en el arena,
Cuando la fuerza extraña del deseo
A mas que á contemplarte me condena.
Tu alteza entiendo, mi bajeza veo,
Y en extremos que son tan diferentes,
Ni hay medio que esperar, ni lo poseo.
Ofrécense por esto inconvenientes
Tantos á mi remedio, cuantas tiene
El cielo estrellas, y la tierra gentes.
Conozco lo que al alma le conviene,
Sé lo mejor, y á lo peor me atengo,
Llevado del amor que me entretiene.
Mas ya, Nísida bella, al paso vengo
De mí con mortal ansia deseado,
Do acabaré la pena que sostengo.
El enemigo brazo levantado
Me espera y la feroz aguda espada,
Contra mí con tu saña conjurado.
Presto será tu voluntad vengada
Del vano atrevimiento de esta mia,
De ti sin causa alguna desechada.
Otro mas duro trance, otra agonía,
Aunque fuera mayor que de la muerte,
No turbara mi triste fantasía.
Si cupiera en mi corta amarga suerte
Verte de mis deseos satisfecha,
Así como al contrario puedo verte:
La senda de mi bien hállola estrecha,
La de mi mal tan ancha y espaciosa,
Cual de mi desventura ha sido hecha.
Por esta corre airada y presurosa
La muerte en tu desden fortalecida,
De triunfar de mi vida deseosa.
Por aquella mi bien va de vencida,
De tu rigor, señora, perseguido,
Que es el que ha de acabar mi corta vida.
A términos tan tristes conducido
Me tiene mi ventura, que ya temo
Al enemigo airado y ofendido,
Solo por ver que el fuego en que me quemo
Es hielo en ese pecho, y esto es parte
Para que yo acobarde al paso extremo.



Que si tú no te muestras de mi parte,
¿A quién no temerá mi flaca mano,
Aunque mas la acompañe esfuerzo y arte?
Pero si me ayudaras, ¿qué romano
O griego capitan me contrastara,
Que al fin su intento no saliera vano?
Por el mayor peligro me arrojara,
Y de las fieras manos de la muerte
Los despojos seguro arrebatara.
Tu sola puedes levantar mi suerte
Sobre la humana pompa, ó derribarla
Al centro, do no hay bien con que se acierte.
Que si como ha podido sublimarla
El puro amor, quisiera la fortuna,
En la difícil cumbre sustentarla,
Subida sobre el cielo de luna
Se viera mi esperanza, que ahora yace
En lugar do no espera en cosa alguna.
Tal estoy ya, que ya me satisface
El mal que tu desden airado esquivo
Por tan extraños términos me hace,
Solo por ver que en tu memoria vivo,
Y que te acuerdas, Nísida, siquiera
De hacerme mal, que yo por bien recibo.
Con mas facilidad contar pudiera
Del mar los granos de la blanca arena,
Y las estrellas de la octava esfera,
Que no las ansias, el dolor, la pena,
A que el fiero rigor de tu aspereza,
Sin haberte ofendido, me condena.
No midas tu valor con mi bajeza;
Que al respeto de tu sér famoso
Por tierra quedará cualquier alteza.
La cual soy te amo, y decir oso
Que me adelanto en firme enamorado
Al mas subido término amoroso.
Por esto no merezco ser tratado
Como enemigo, ántes me parece
Que deberia ser remunerado.
Mal con tanta beldad se compadece
Tamaña crueldad, y mal asienta
Ingratitud do tal valor florece.
Quisiérate pedir, Nísida, cuenta
De un alma que te dí: ¿dónde la echaste?
¿O cómo estando ausente me sustenta?
¿Ser señora de un alma no acetaste?
Pues ¿qué te puede dar quien mas te quiera?
¡Cuán bien tu presuncion aquí mostraste!
Sin alma estoy desde la vez primera
Que te ví por mi mal y por bien mio;
Que todo fuera mal si no te viera.
Allí el freno te dí de mi albedrío;
Tú me gobiernas, por tí sola avivo,
Y aun puede mucho mas tu poderío.
En el fuego de amor puro me vivo
Y me deshago, pues cual fénix luego
De la muerte de amor vida recibo.
En fe desta mi fe te pido y ruego
Solo que creas, Nísida, que es cierto
Que vivo ardiendo en amoroso fuego.
Y que tú puedes ya despues de muerto
Reducirme á la vida, y en un punto
Del mar airado conducirme al puerto.
Que está para conmigo en tí tan junto
El querer y el poder, que es todo uno
Sin discrepar y sin faltar un punto.
Y acabo por no ser mas importuno.

No sé si las razones desta carta, ó las muchas que yo antes á Nísida habia dicho, asegurándole el verdadero amor que Timbrio le tenia, ó los continuos servicios de Timbrio, ó los cielos que así lo tenian ordenado, movieron las entrañas de Nísida para que en el punto que la acabó de leer me llamase, y con lágrimas en los ojos me dijese: ¡Ay, Silerio, Silerio, y cómo creo que á costa de la salud mia has querido granjear la de tu amigo! Hagan los hados, que á este punto me han traido, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; y si las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al cual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga mas encubierto: mas ¡ay, cuán liviano descargo es este para tan pesada culpa! pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que agora quiero decirte, enterrarla á ella, y acabar mi vida. Confuso me tenian estas palabras de Nísida, y mas el sobresalto con que las decia, y queriendo con las mias animarla á que sin temor alguno se declarase, no fué menester importunarla mucho, que al fin me dijo que no solo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzara á descubrirla. Cuál yo quedé, pastores, oyendo lo que Nísida decia, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo: y aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se extiende; no porque me pesase de ver á Timbrio querido, sino de verme á mí imposibilitado de tener jamas contento, pues estaba y está claro que ni podia ni puedo vivir sin Nísida, á la cual, como otras veces he dicho, viéndola en ajenas manos puesta, era enajenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte en este trance me concedia, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, y esto fué parte para que no llegase á un mesmo punto mi muerte y la declaracion de la voluntad de Nísida. Escuchéla como pude, y aseguréla como supe de la entereza del pecho de Timbrio, á lo cual ella me respondió que ya no habia necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera, que no podia ni le convenía dejar de creerme, y que solo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir á Timbrio buscase algun medio honroso para no venir á batalla con su enemigo: y respondiéndole yo ser eso imposible sin quedar deshourado, se sosegó, y quitándose del cuello unas preciosas reliquias, me las dió para que á Timbrio de su parte las diese. Quedó ansimesmo concertado entre los dos, que ella sabia que sus padres habian de ir á ver el combate de Timbrio, y que llevarian á ella y á su hermana consigo; mas porque no le bastaria el ánimo de estar presente al riguroso trance de Timbrio, que ella fingiria estar mal dispuesta, con la cual ocasion se quedaria en una casa de placer donde sus padres habian de posar, que media legua estába de la villa donde se habia de hacer el combate, y que allí esperaria su mala ó buena suerte segun la tuviese Timbrio: mandóme tambien que para acortar el deseo que tendria de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciese, me la atase al brazo, y volviese á darle las nuevas; y si fuese vencido, que no la atase, y así ella sabria por la señal de la toca desde léjos el principio de su contento ó el fin de su vida. Prometíle de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las reliquias y la toca, me despedí della con la mayor tristeza y el mayor contento que jamas tuve: mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegría. El supo de mí lo que de parte de Nísida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenia, pareciéndole que en ser favorecido de su señora, aun la mesma muerte contrastar no le podria. Paso agora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido á lo que á mi solicitud debia, porque fuéron tales, que mostraba estar fuera de seso tratando en ello. Esforzado pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por pa rinos un caballero español y otro napolitano. Y á la fama deste particular duelo se movió á verlo infinita gente del reino, yendo tambien allá los padres de Nísida, llevando con ellos á ella y á su hermana Blanca: y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar que no en la ventaja dellas, sino en la razon que tenia, fun-

daba su derecho, y así las que escogió fuéron espada y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos dias faltaban al término señalado, cuando de la ciudad de Nápoles se partieron con otros muchos caballeros Nísida y su padre, habiendo llegado primero ella, acordándome muchas veces que no me olvidase de nuestro concierto; pero mi cansada memoria, que jamas sirvió sino de acordarme solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condicion, se olvidó tanto de lo que Nísida me habia dicho, cuanto vió que convenía para quitarme la vida, ó á lo ménos para ponerme en el miserable estado en que agora me veo. Con grande atencion estaban los pastores escuchando lo que Silerio contaba, cuando interrompió el hilo de su cuento la voz de un lastimado pastor, que entre unos árboles cantando estaba, y no tan léjos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban, que dejase de oirse todo lo que decia. La voz era de suerte que puso silencio á Silerio, el cual en ninguna manera quiso pasar adelante, ántes rogó á los demas pastores que la escuchasen, pues para lo poco que de su cuento quedaba, tiempo habria de acabarlo. Hiciéraseles de mal esto á Tirsi y Damon, si no les dijera Elicio: Poco se perderá, pastores, en escuchar al desdichado Mireno, que sin duda es el pastor que canta, y á quien ha traido la fortuna á términos, que imagino que no espera él ninguno en su contento. ¿Cómo le ha de esperar, dijo Erastro, si mañana se desposa Daranio con la pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? pero en fin han podido mas con los padres de Silveria las riquezas de Daranio, que las habilidades de Mireno. Verdad dices, replicó Elicio; pero con Silveria mas habia de poder la voluntad que de Mireno tenia conocida, que otro tesoro alguno: cuanto mas, que no es Mireno tan pobre, que aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada. Por estas razones que Elicio y Erastro dijeron, creció el deseo en los pastores de escuchar lo que Mireno cantaba; y así rogó Silerio que mas no se hablase, y todos con atento oído se pararon á escucharle; el cual afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro dia con Daranio se desposaba, con la rabia y dolor que le causaba este hecho se había salido de su casa acompañado de solo su rabel, y convidándole la soledad y silencio de un pequeño pradecillo que junto á las paredes de la aldea estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharia, se sentó al pié de un árbol, y templando su rabel, desta manera cantando estaba:

MIRENO.

¡Cielo sereno, que con tantos ojos
Los dulces amorosos hurtos miras,
Y con tu curso alegras ó entristeces
A aquel que en tu silencio sus enojos
A quien los causa dice, ó al que retiras
De gusto tal, y espacio no le ofreces!
Si acaso no careces
De tu benignidad para conmigo,
Pues ya con solo hablar me satisfago,
Y sabes cuanto hago,
No es mucho que ahora escuches lo que digo;
Que mi voz lastimera
Saldrá con la doliente ánima afuera.

Ya mi cansada voz, ya mis lamentos
Bien poco ofenderán al aire vano,
Pues á término tal soy reducido,
Que ofrece amor á los airados vientos
Mis esperanzas, y en ajena mano
Ha puesto el bien que tuve merecido.
Será el fruto cogido,
Que sembró mi amoroso pensamiento,
Y regaron mis lágrimas cansadas,
Por las afortunadas
Manos, á quien faltó merecimiento
Y sobró la ventura,
Que allana lo difícil y asegura.

Pues el que ve su gloria convertida
En tan amarga dolorosa pena,
Y tomando su bien cualquier camino
¿Por qué no acaba la enojosa vida?
¿Por qué no rompe la vital cadena
Contra todas las fuerzas del destino?
Poco á poco camino
Al dulce trance de la amarga muerte:
Y así, atrevido aunque cansado brazo,
Sufrid el embarazo
Del vivir, pues ensalza nuestra suerte
Saber que á amor le place,
Que el dolor haga lo que el hierro hace.

Cierta mi muerte está, pues no es posible
Que viva aquel que tiene la esperanza
Tan muerta, y tan ajeno está de gloria;
Pero temo que amor haga imposible
Mi muerte, y que una falsa confianza
Dé vida, á mi pesar, á la memoria.
Mas ¡qué! si por la historia
De mis pasados bienes la paseo,
Y miro bien que todos son pasados,
Y los graves cuidados
Que triste agora en su lugar poseo,
Ella será mas parte
Para que della y del vivir me aparte.

¡Ay, bien único y solo al alma mia,
Sol que mi tempestad aserenaste,
Término del valor que se desea!
¿Será posible que se llega el dia
Donde he de conocer que me olvidaste?
¿Y que permita amor que yo le vea?
Primero que esto sea,
Primero que tu blanco hermoso cuello
Esté de ajenos brazos rodeado,
Primero que el dorado,
Oro es mejor decir, de tu cabello
A Daranio enriquezca,
Con fenecer mi vida el mal fenezca.

Nadie por fe te tuve merecida
Mejor que yo, mas veo que es fe muerta
La que con obras no se manifiesta;
Si se estimara el entregar la vida
Al dolor cierto y á la gloria incierta,
Pudiera yo esperar alegre fiesta;
Mas no se admite en esta
Cruda ley que amor usa, el buen deseo
Pues es proverbio antiguo entre amadores,
Que son obras amores,
Y yo que por mi mal solo poseo
La voluntad de hacellas,
¿Qué no me ha de faltar, faltando en ellas?

En ti pensaba yo que se rompiera
Esta ley del avaro amor usada,
Pastora, y que los ojos levantaras
A una alma de la tuya prisionera,
Y á tu propio querer tan ajustada,
Que si la conocieras la estimaras:
Pensé que no trocaras
Una fe que dió muestras de tan buena,
Por una que quilata sus deseos
Con los vanos arreos
De la riqueza de cuidados llena;
Entregástete al oro
Por entregarme á mí continuo al lloro.

Abatida pobreza, causadora
Deste dolor que me atormenta el alma,
Aquel te loa que jamas te mira:
Turbóse en ver tu rostro mi pastora,
A su amor tu aspereza puso en calma,
Y así por no encontrarte, el pié retira.
Mal contigo se aspira
A conseguir intentos amorosos;
Tú derribas las altas esperanzas,
Y siembras mil mudanzas
En mujeriles pechos codiciosos;
Tú jamas perficionas
Con amor el valor de las personas.

Sol es el oro, cuyos rayos ciegan
La vista mas aguda, si se ceba
En la vana apariencia del provecho.
A liberales manos no se niegan
Las que gustan de hacer notoria prueba
De un blando, codicioso, hermoso pecho.
Oro tuerce el derecho
De la limpia intencion y fe sincera,
Y mas que la firmeza de un amante
Acaba un diamante,
Pues su dureza vuelve un pecho cera
Por mas duro que sea,

Pues se le da con él lo que desea.

De tí me pesa, dulce mi enemiga,
Que todas tuyas puras perfeciones
Con una avara muestra has afeado:
Tanto del oro te mostraste amiga,
Que echaste á las espaldas mis pasiones,
Y al olvido entregaste mi cuidado.
En fin, ¡ que te has casado !
¡ Casádote has, pastora ! El cielo haga
Tan buena tu eleccion como querrias,
Y de las penas mias
Injustas, no recibas justa paga.
Mas ¡ ay ! que el cielo amigo
Da premio á la virtud, y al mal castigo.

Aquí dió fin á su canto el lastimado Mireno con muestras de tanto dolor, que le causó á todos los que le escuchaban, principalmente á los que le conocian y sabian sus virtudes, gallarda disposicion y honroso trato. Y despues de haber dicho entre los pastores algunos discursos sobre la extraña condicion de las mujeres, en especial sobre el casamiento de Silveria, que olvidada del amor y bondad de Mireno, á las riquezas de Daranio se habia entregado, deseosos de que Silerio diese fin á su cuento, puesto silencio á todo, sin ser menester pedírselo, él comenzó á seguir, diciendo. Llegando pues el dia del riguroso trance, habiéndose quedado Nísida media legua antes de la villa en unos jardines como conmigo habia concertado, con excusa que dió á sus padres de no hallarse bien dispuesta, al partirme della me encargó la brevedad de mi tornada, con la señal de la toca, porque en traerla ó no, ella entendiese el bueno ó el mal suceso de Timbrio. Tornéselo á prometer agraviándome de que tanto me lo encargase. Y con esto me despedí della y de su hermana, que con ella se quedaba. Y llegado al puesto del combate, y llegada la hora de comenzarle, despues de haber hecho los padrinos de entrambos las ceremonias y amonestaciones que en tal caso se requieren, puestos los dos caballeros en la estacada, al temeroso son de una ronca trompeta se acometieron con tanta destreza y arte, que causaba admiracion en quien los miraba. Pero el amor, ó la razon, que es lo mas cierto, que á Timbrio favorecia, le dió tal esfuerzo, que aunque á costa de algunas heridas, en poco espacio puso á su contrario de suerte, que teniéndole á sus piés herido y desangrado, le importunaba que si queria salvar la vida, se rindiese; pero el desdichado Pransiles le persuadia que le acabase de matar, pues le era mas fácil á él y de menos daño pasar por mil muertes, que rendirse una; mas el generoso ánimo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar á su enemigo, ni ménos que se confesase por rendido: solo se contentó con que dijese y conociese que era tan bueno Timbrio como él: lo cual Pransiles confesó de buena gana, pues hacia en esto tan poco, que sin verse en aquel término pudiera muy bien decirlo. Todos los circunstantes que entendieron lo que Timbrio con su enemigo habia pasado, lo alabaron y estimaron en mucho. Y apénas hube yo visto el feliz suceso de mi amigo, cuando con alegría increible y presta lijereza volví á dar las nuevas á Nísida. Pero ¡ ay de mí ! que el descuido de entónces me ha puesto en el cuidado de ahora. ¡Oh memoria, memoria mia! ¿por qué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura, que el principio de aquella alegría fuese el remate y fin de todos mis contentos. Yo volví á ver á Nísida con la presteza que he dicho, pero volví sin ponerme la blanca toca al brazo. Nísida que con crecido deseo estaba esperando y mirando desde unos altos corredores mi tornada, viéndome volver sin la toca, entendió que algun siniestro reves á Timbrio habia sucedido, y creyólo y sintiólo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltándole todos los espíritus, cayó en el suelo con tan extraño desmayo, que todos por muerta la tuvieron: cuando ya yo llegué, hallé tóda la gente de su casa alborotada, y á su hermana haciendo mil extremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nísida. Cuando yo la vi en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido, temeroso que estando fuera dél no diese ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco á poco volví á dar las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me hubiesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo y alma, no fuéron tan lijeros mis pasos, que no lo hubiesen sido mas otros que la triste nueva á los padres de Nísida llevasen, certificándoles cierto, que de un agudo parasismo habia quedado muerta. Debió de oir esto Timbrio; y debió quedar cuál yo quedé, si no quedó peor: solo sé decir que cuando llegué á do pensaba hallarle, era ya algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro y por la posta se habia partido á Nápoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido y deshonrado salido hubiera. Luego imaginé yo lo que ser podia, y púseme luego en camino para seguirlo: y ántes que á Nápoles llegasé, tuve nuevas ciertas de que Nísida no era muerta, sino que le habia dado un desmayo que le duró veinte y cuatro horas, al cabo de las cuales habia vuelto en sí con muchas lágrimas y suspiros. Con la certidumbre desta nueva me consolé, y con mas contento llegué á Nápoles, pensando hallar allí á Timbrio; pero no fué así, porque el caballero con quien él habia venido me certificó que en llegando á Nápoles se partió sin decir cosa alguna, y que no sabía á qué parte; solo imaginaba que segun le vió triste y melancólico despues de la batalla, que no podia creer sino que á desesperarse hubiese ido. Nuevas fuéron estas que me tornaron á mis primeras lágrimas, y aun no contenta mi ventura con esto, ordenó que al cabo de pocos dias llegasen á Nápoles los padres de Nísida, sin ella y sin su hermana, las cuales, segun supe y segun era pública voz, entrambas á dos se habian ausentado una noche, viniendo con sus padres á Nápoles, sin que se supiese de ellas nueva alguna. Tan confuso quedé con esto que no sabía qué hacerme ni decirme: y estando puesto en esta confusion tan extraña, vine á saber, aunque no muy cierto, que Timbrio en el puerto de Gaeta en una gruesa nave que para España iba se habia embarcado, y pensando que podria ser verdad, me vine luego á España, y en Jerez y en todas las partes que imaginé que podria estar, le he buscado sin hallar dél rastro alguno: finalmente he venido á la ciudad de Toledo, donde están todos los parientes de los padres de Nísida, y lo que he alcanzado á saber es, que ellos se vuelven á Toledo sin haber sabidó nuevas de sus hijas. Viéndome pues yo ausente de Timbrio, ajeno de Nísida, y considerando que ya que los hallase, ha de ser para gusto suyo y perdicion mia; cansado ya y desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento á mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda, en servicio del que estima los deseos y las obras en el punto que merecen; y

así he escogido este hábito que veis, y la ermita que habeis visto, donde en dulce soledad reprima mis deseos y encamine mis obras á mejor paradero: puesto que como viene de tan atras la corrida de las malas inclinaciones que hasta aquí he tenido, no son tan fáciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representándome las pasadas cosas; y cuando en estos puntos me veo, al son de aquella arpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el cielo lo tenga y se acuerde de llamarme á mejor vida.

Este es, pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contárosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dejeis volver á mi ermita, porque aunque vuestra compañía me es agradable, he llegado á términos que ninguna cosa me da mas gusto que la soledad; y de aquí entenderéis la vida que paso, y el mal que sustento. Acabó con esto Silerio su cuento; pero no las lágrimas con que muchas veces le habia acompañado. Los pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon y Tirsi, los cuales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con mas contento que él sabria imaginar, pues no era posible sino que tras tanta fortuna aserenase el cielo, del cual se debia esperar que no consentiria que la falsa nueva de la muerte de Nísida, á noticia de Timbrio con mas verdadera relacion no viniese ántes que la desesperacion le acabase; y que de Nísida se podia creer y conjeturar, que por ver á Timbrio ausente se habria partido en su busca; y que si entónces la fortuna por tan extraños accidentes los habia apartado, agora por otros no ménos extraños sabria juntarlos. Todas estas razones y otras muchas que le dijeron le consolaron algo, pero no de manera que despertasen la esperanza de verse en la vida mas contenta, ni aun él la procuraba, por parecerle que la que habia escogido era la que mas le convenía. Gran parte era ya pasada de la noche, cuando los pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el dia quedaba, en el cual se habian de celebrar las bodas de Daranio y Silveria. Mas apénas habia dejado la blanca aurora el enfadoso lecho del celoso marido, cuando dejaron los suyos todos los mas pastores del aldea, y cada cual como mejor pudo, comenzó por su parte á regocijar la fiesta. Cuál trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y cuál con su tamborino y flauta les daba la madrugada; acullá se oia la regocijada gaita, acá sonaba el acordado rabel, allí el antiguo salterio, aquí los cursados albogues; quién con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bailes, quién pulia y repulia sus rústicos aderezos para mostrarse galan á los ojos de alguna su querida pastorcilla, de modo que por cualquier parte de la aldea que se fuese, todo sabia á contento, placer y fiesta. Solo el triste y desdichado Mireno era aquel á quien todas estas alegrías causaban suma tristeza; el cual habiéndose salido del aldea por no ver hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela que junto al aldea estaba; y allí sentándose al pié de un antiguo fresno, puesta la mano en la mejilla, y la caperuza encajada hasta los ojos, que en el suelo tenia clavados, comenzó á imaginar el desdichado punto en que se hallaba, y cuán sin poderlo estorbar, ante sus ojos habia de ver coger el fruto de sus

deseos; y esta consideracion le tenia de suerte,
lloraba tan tierna y amargamente, que ninguno e
trance le viera que con lágrimas no le acompañar
esta sazon, Damon y Tirsi, Elicio y Erastro, se leva
ron, y asomándose á una ventana que al campo sali
primero en quien pusieron los ojos fué en el lastir
Mireno, y en verle de la suerte que estaba, conoci
bien el dolor que padecia; y movidos á compasion,
terminaron todos de ir á consolarle, como lo hicie
si Elicio no les rogara que le dejaran ir solo, porque
ginaba que por ser Mireno tan amigo suyo, con él,
abiertamente que con otro, su dolor comunicaria.
pastores se lo concedieron, y yendo allá Elicio, hal
tan fuera de sí, y tan en su dolor trasportado, que
conoció Mireno, ni le habló palabra; lo cual visto
Elicio, hizo señal á los demas pastores que viniesen
cuales temiendo algun extraño accidente á Mireno s
dido, pues Elicio con priesa los llamaba, fuéron lu
allá, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fijo
el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno, que
estatua semejaba, pues con la llegada de Elicio, ni
la de Tirsi, Damon y Erastro no volvió de su extr
embelesamiento, sino fué, que á cabo de un buen es
cio de tiempo, casi como entre dientes, comenzó á dec
¿Tú eres, Silveria, Silveria? si tú lo eres, yo no soy M
reno, y si soy Mireno, tú no eres Silveria; porque no
posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silv
ria: pues ¿quién soy yo, desdichado? ó ¿quién eres t
desconocida? Yo bien sé que no soy Mireno, porque
no has querido ser Silveria, á lo ménos la Silveria q
ser debias y yo pensaba que fueras. A esta sazon alzó l
ojos, y como vió al rededor de sí los cuatro pastores,
conoció entre ellos á Elicio, se levantó, y sin dejar
amargo llanto, le echó los brazos al cuello, diciéndol
¡Ay, verdadero amigo mio! y cómo agora no tendr
ocasion de envidiar mi estado, como le envidiabas cua
do de Silveria me veais favorecido: pues si entónces m
llamaste venturoso, agora puedes llamarme desdichad
y trocar todos los títulos alegres que en aquel tiempo m
dabas, en los de pesar que agora puedes darme: yo
que te podré llamar dichoso, Elicio, pues te consuel
mas la esperanza que tienes de ser querido, que no t
fatiga el verdadero temor de ser olvidado. Confuso m
tienes, ó Mireno, respondió Elicio, de ver los extremo
que haces por lo que Silveria ha hecho, sabiendo qu
tiene padres, á quien ha sido justo haber obedecido. S
ella tuviera amor, replicó Mireno, poco inconvenient
era la obligacion de los padres para dejar de cumplir co
lo que al amor debia; de do vengo á considerar, ó Elicio
que si me quiso bien, hizo mal en casarse; y si fué fin-
gido el amor que me mostraba, hizo peor en engañarme
y ofrecerme el desengaño á tiempo que no puede aprovecharme, si no es con dejar en sus manos la vida. No
está en términos la tuya, Mireno, replicó Elicio, que
tengas por remedio el acabarla, pues podria ser que la
mudanza de Silveria no estuviese en la voluntad, sino
en la fuerza de la obediencia de sus padres; y si tú la
quisiste limpia y honestamente doncella, tambien la
puedes querer agora casada, correspondiendo ella agora
como entónces á tus buenos y honestos deseos. Mal conoces á Silveria, Elicio, respondió Mireno, pues imaginas della que ha de hacer cosa de que pueda ser notada.
Esta mesma razon que has dicho te condena, respondió

Elicio, pues si tú, Mireno, sabes de Silveria, que no hará cosa que mal le esté, en la que ha hecho no debe de haber errado. Si no ha errado, respondió Mireno, ha acertado á quitarme todo el buen suceso que de mis buenos pensamientos esperaba: y solo en esto la culpo, que nunca me advirtió deste daño, ántes temiéndome dél, con firme juramento me aseguraba que eran imaginaciones mias, y que nunca á la suya habia llegado pensar con Daranio casarse, ni se casaria, si conmigo no, con él ni con otro alguno, aunque aventurara en ello quedar en perpetua desgracia con sus padres y parientes. Y debajo deste seguro y prometimiento faltar y romper la fe agora de la manera que has visto, ¿qué razon hay que tal consienta, ó qué corazon que tal sufra? Aquí tornó Mireno á renovar su llanto, y aquí de nuevo le tuvieron lástima los pastores. A este instante llegaron dos pastores adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno, y el otro criado de Daranio, que á llamar á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro venia, porque las fiestas del desposorio querian comenzarse. Pesábales á los pastores de dejar solo á Mireno, pero aquel pastor su pariente se ofreció á quedar con él; y aun Mireno dijo á Elicio que se queria ausentar de aquella tierra, por no ver cada dia á los ojos la causa de su desventura. Elicio le alabó su determinacion, y le encargó que do quiera que estuviese, le avisase de cómo le iba. Mireno se lo prometió, y sacando del seno un papel, le rogó que en hallando comodidad se le diese á Silveria. Y con esto se despidió de todos los pastores, no sin muestras de mucho dolor y tristeza: el cual no se hubo bien apartado de su presencia, cuando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venia, viendo que pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y convidando á los otros pastores á escucharle, vió que en él venian escritos estos versos.

MIRENO Á SILVERIA.

El pastor que te ha entregado
Lo mas de cuanto tenia,
Silveria, agora te envia
Lo ménos que le ha quedado,
Que es este pobre papel,
Adonde claro verás
La fe que en ti no hallarás,
Y el dolor que queda en él.

Pero poco acaso hace
Para desto cuenta estrecha,
Si mi fe no me aprovecha,
Y mi mal te satisface:
No pienses que es mi intencion
Quejarme porque me dejas;
Que llegan tarde las quejas
De mi temprana pasion.

Tiempo fué ya que escucharas
El cuento de mis enojos,
Y si lloraran mis ojos,
Las lágrimas enjugaras:
Entónces era Mireno
El que era de tí mirado.
Mas ¡ay, cómo te has trocado,
Tiempo bueno, tiempo bueno!

Si durara aquel engaño,
Templárase mi disgusto,
Pues mas vale un falso gusto,
Que un notorio y cierto daño;
Pero tú, por quien se ordena
Mi terrible mala andanza,
Has hecho con tu mudanza
Falso el bien, cierta la pena.

Tus palabras lisonjeras
Y mis crédulos oidos
Me han dado bienes fingidos,
Y males que son de véras:
Los bienes con su apariencia
Crecieron mi sanidad;
Los males con su verdad
Han doblado mi dolencia.

Por esto juzgo y discierno
Por cosa cierta y notoria,
Que tiene el amor su gloria
A las puertas del infierno:
Y que un desden acarrea
Y un olvido en un momento
Desde la gloria al tormento,
Al que en amar no se emplea.

Con tanta presteza has hecho
Este mudamiento extraño,
Que estoy ya dentro del daño
Y no salgo del provecho:
Porque imagino que ayer
Era cuando me querias,
O à lo ménos lo fingias,
Que es lo que se ha de creer.

Y el agradable sonido
De tus palabras sabrosas
Y razones amorosas
Aun me suena en el oido:
Estas memorias süaves
Al fin me dan mas tormento,
Pues tus palabras el viento
Llevó, y las obras quien sabes.

¿Eras tú la que jurabas
Que se acabasen tus dias,
Si á Mireno no querias
Sobre todo cuanto amabas?
Eras tú, Silveria, quien
Hizo de mi tal caudal,
Que siendo todo tu mal,
Me tenias por tu bien?

¡Oh, qué títulos te diera
De ingrata, como mereces,
Si como tú me aborreces,
Tambien yo te aborreciera!
Mas no puedo aprovecharme
Del medio de aborrecerte,
Que estimo mas el quererte
Que tú has hecho el olvidarme.

Triste gemido á mi canto
Ha dado tu mano fiera,
Invierno á mi primavera,
Y á mi risa amargo llanto:
Mi gasajo ha vuelto en luto,
Y de mis blandos amores
Cambió en abrojos las flores,
Y en veneno el dulce fruto.

Y aun dirás, y esto me daña,
Que es el haberte casado,
Y el haberme así olvidado,
Una honesta honrosa hazaña.
Disculpa fuera admitida,
Si no te fuera notorio
Que estaba en tu desposorio
El fin de mi triste vida.

Mas en fin tu gusto fué
Gusto, pero no fué justo,
Pues con premio tan injusto
Pagó mi inviolable fe:
La cual por ver que se ofrece
De mostrar la fe que alcanza,
Ni la muda tu mudanza,
Ni mi mal la desfallece.

Quien esto vendrá á entender
Cierto estoy que no se asombre,
Viendo al fin que yo soy hombre,
Y tú, Silveria, mujer,
Adonde la lijereza
Hace de contino asiento,
Y adonde en mi el sufrimiento
Es otra naturaleza.

Ya te contemplo casada,
Y de serlo arrepentida,
Porque ya es cosa sabida
Que no estarás firme en nada:
Procura alegre llevallo
El yugo que echaste al cuello,
Que podrás aborrecello,
Y no podrás desechallo.

Mas eres tan inhumana
Y de tan mudable sér,
Que lo que quisiste ayer,
Has de aborrecer mañana:
Y así por extraña cosa
Dirá aquel que de ti hable:
Hermosa, pero mudable;
Mudable, pero hermosa.

No parecieron mal los versos de Mireno á los pastores, sino la ocasion á que se habian hecho, considerando con cuánta presteza la mudanza de Silveria le habia traido á punto de desamparar la amada patria y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mesmo le sucediese. Entrados pues en el aldea, y llegados adonde Daranio y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre y regocijadamente, cuanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se habia visto: que por ser Daranio uno de los mas ricos pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas pastoras de toda la ribera, acudieron á sus bodas toda ó la mas pastoría de aquellos contornos, y así se hizo una célebre junta de discretos pastores y hermosas pastoras; y entre los que á los demas en muchas y diversas habilidades se aventajaron fuéron el triste Orompo y el celoso Orfenio, el ausente Crisio y el desamado Marsilio, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea, y al celoso Orfenio la insufrible rabia de los celos, siendo enamorado de la hermosa pastora Eandra; al ausente Crisio el verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora á quien él por único bien suyo tenia; y al desesperado Marsilio el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba. Eran todos amigos y de una mesma aldea, y la pasion del uno el otro no la ignoraba; ántes en dolorosa competencia muchas veces se habian juntado á encarecer cada cual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podia, que su dolor á cualquier otro se aventajaba, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado; y tenian todos tal ingenio, ó por mejor decir, tal dolor padecian, que como quiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginarse podia: por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en todas las riberas de Tajo, y habian puesto deseo á Tirsi y á Damon de conocerlos; y viéndolos allí juntos, unos á otros se hicieron corteses y agradables recibimientos, principalmente todos con admiracion miraban á los dos pastores Tirsi y Damon hasta allí dellos solamente por fama conocidos. A esta sazon salió el rico pastor Daranio á la serrana vestido; traia camisa alta, de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaragüelles de delgado lienzo, antiparras azules, zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una cuarteada caperuza. No ménos salió bien aderezada su esposa Silveria,

porque venia con saya y cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argentería, invencion de Galatea y Florisa que la vistieron, garbin turquesado con fluecos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que mas que todo la adornaba. Salió tras ella la sin par Galatea, como sol tras el aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas y hermosas pastoras que por honrar las bodas á ellas habian venido, entre las cuales tambien iba Teolinda con cuidado de hurtar el rostro á los ojos de Damon y Tirsi por no ser dellos conocida: y luego las pastoras, siguiendo á los pastores que guiaban, al son de muchos pastoriles instrumentos hácia el templo se encaminaron: en el cual espacio le tuvieron Elicio y Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durara aquel camino mas que la larga peregrinacion de Ulíses; y con el contento de verla iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio, le dijo: ¿Qué miras, pastor, si á Galatea no miras? Pero ¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el mármol de su pecho? Todo eso he podido ver, ó Erastro, respondió Elicio, y ninguna cosa de cuantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condicion, que si no fuera tal como tú sabes, todas las gracias y bellezas que en Galatea conoces, fueran ocasion de mayor gloria nuestra. Bien dices, dijo Erastro; pero todavía no me podrás negar, que á no ser Galatea tan hermosa, no fuera tan deseada; y á no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella nace del deseo. No te puedo yo negar, Erastro, respondió Elicio, que todo cualquier dolor y pesadumbre no nazca de la privacion y falta de aquello que deseamos; mas juntamente te quiero decir que ha perdido conmigo mucho la calidad de amor con que yo pensé que á Galatea querias; porque si solamente la quieres por ser hermosa, muy poco tiene que agradecerte, pues no habrá ningun hombre, por rústico que sea, que la mire, que no la desee, porque la belleza donde quiera que está trae consigo el hacer desear; así que á este simple deseo, por ser tan natural, ningun premio se le debe, porque si se le debiera, con solo desear el cielo, le tuviéramos merecido; mas ya ves, Erastro, ser esto tan al reves, como nuestra verdadera ley nos lo tiene mostrado; y puesto caso que hermosura y belleza sea una principal parte para atraernos á desearla y á procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por último bien suyo; sino que aunque la belleza le acarree este deseo, la ha de querer solamente por ser bueno, sin que otro algun interese le mueva; y este se puede llamar aun en las cosas de acá perfeto y verdadero amor, y es digno de ser agradecido y premiado, como vemos que premia conocida y aventajadamente el Hacedor de todas las cosas aquellos que sin moverles otro interese alguno de temor, de pena ó de esperanza de gloria, le quieren, le aman y le sirven solamente por ser bueno y digno de ser amado; y esta es la última y mayor perfecion que en el amor divino se encierra, y en el humano tambien, cuando no se quiere mas de por ser bueno lo que se ama, sin haber error de entendimiento, porque muchas veces lo malo nos parece bueno, y lo bueno malo, y así amamos lo uno, y aborrecemos lo otro, y este tal amor no merece premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, ó Erastro, que si tú quieres y amas la hermosura de Galatea, con intencion de gozarla, y en esto pára el fin de tu deseo sin pasar adelante á querer su virtud, su acrecentamiento de fama, su salud, su vida y bienes, entiende que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres. Quisiera Erastro replicar á Elicio, y darle á entender como no entendia bien del amor con que á Galatea amaba; pero estorbólo el son de la zampoña del desamorado Lenio, el cual quiso tambien hallarse á las bodas de Daranio, y regocijar la fiesta con su canto; y así puesto delante de los desposados, en tanto que al templo llegaban, al son del rabel de Eugenio estos versos fué cantando.

LENIO.

Desconocido, ingrato Amor, que asombras
A veces los gallardos corazones,
Y con vanas figuras, vanas sombras,
Pones al alma libre mil prisiones:
Si de ser dios te precias, y te nombras
Con tan subido nombre, no perdones
Al que rendido al lazo de himeneo
Rindiere á nuevo ñudo su deseo.

En conservar la ley pura y sincera
Del santo matrimonio pon tu fuerza,
Descoge en este campo tu bandera,
Haz á tu condicion en esto fuerza:
¡Qué bella flor, qué dulce fruto espera
Por pequeño trabajo el que se esfuerza
A llevar este yugo como debe,
Que aunque parece carga, es carga leve!

Tú puedes, si te olvidas de tus hechos
Y de tu condicion tan desabrida,
Hacer alegres tálamos y lechos
Do el yugo conyugal á dos anida:
Enciérrate en sus almas y en sus pechos
Hasta que acabe el curso de su vida,
Y vayan á gozar, como se espera,
De la agradable eterna primavera.

Deja las pastoriles cabañuelas,
Y al libre pastorcillo hacer su oficio,
Vuela mas alto ya, pues tanto vuelas,
Y aspira á mejor grado y ejercicio:
En vano te fatigas y desvelas
En hacer de las almas sacrificio,
Si no las rindes con mejor intento
Al dulce de himeneo ayuntamiento.

Aquí puedes mostrar la poderosa
Mano de tu poder maravilloso,
Haciendo que la nueva tierna esposa
Quiera, y que sea querida de su esposo,
Sin que aquella infernal rabia celosa
Les turbe su contento y su reposo,
Ni el desden sacudido y zahareño
Les prive del sabroso y dulce sueño.

Mas si, pérfido Amor, nunca escuchadas
Fueron de tí plegarias de tu amigo,
Bien serán estas mias desechadas,
Que te soy y seré siempre enemigo:
Tu condicion, tus obras mal miradas,
De quien es todo el mundo buen testigo,
Hacen que yo no espere de tu mano
Contento alegre, venturoso y sano.

Ya se maravillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de ver con cuanta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamándole dios y de mano poderosa; cosa que jamas le habian oido decir: mas habiendo oido los versos con que acabó su canto, no pudieron dejar de reirse, porque ya les pareció que se iba colerizando, y que si adelante en su canto pasara, él pusiera al amor como otras veces solia; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y así llegados al templo y hechas en él por los sacerdotes las acostumbradas ceremonias, Daranio y Silveria quedaron en perpetuo y estrecho ñudo ligados, no sin envidia de muchos que los

contento, ni sin dolor de algunos que la hermosura de Silveria codiciaban; pero á todo dolor sobrepujara el que sintiera el sin ventura Mireno, si á este espectáculo se hallara presente. Vueltos pues los desposados del templo con la misma compañía que habian llevado, llegaron á la plaza de la aldea, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer públicamente demostracion de sus riquezas, haciendo á todo el pueblo un generoso y suntuoso convite. Estaba la plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta parecia, entretejidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas y con mucha diversidad de flores se mostraba. Allí pues con general contento de todos se solemnizó el generoso banquete al son de muchos pastoriles instrumentos, sin que diesen ménos gusto que el que suelen dar las acordadas músicas que en los reales palacios se acostumbran; pero lo que mas autorizó la fiesta, fué ver que en alzándose las mesas, en el mesmo lugar con mucha presteza hicieron un tablado, para efeto de que los cuatro discretos y lastimados pastores Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, que por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi y Damon tenian de escucharles, querian allí en público recitar una égloga, que ellos mesmos de la ocasion de sus mesmos dolores habian compuesto. Acomodados pues en sus asientos todos los pastores y pastoras que allí estaban, despues que la zampoña de Erastro, y la lira de Lenio y los otros instrumentos hicieron prestar á los presentes un sosegado y maravilloso silencio, el primero que se mostró en el humilde teatro, fué el triste Orompo con un pellico negro vestido, y un cayado de amarillo boj en la mano, el remate del cual era una fea figura de la muerte: venía con hojas de funesto cipres coronado, insinias todas de la tristeza que en él reinaba por la inmatura muerte de su querida Listea; y despues que con triste semblante los llorosos ojos á una y á otra parte hubo tendido, con muestras de infinito dolor y amargura rompió el silencio con semejantes razones.

OROMPO.

Salid de lo hondo del pecho cuitado,
Palabras sangrientas con muerte mezcladas,
Y si los suspiros os tienen atadas,
Abrid y romped el siniestro costado;
El aire os impide, que está ya inflamado
Del fiero veneno de vuestros acentos,
Salid, y siquiera os lleven los vientos,
Que todo mi bien tambien me han llevado.

Poco perderéis en veros perdidas,
Pues ya os ha faltado el alto sujeto,
Por quien en estilo grave y perfeto
Hablabades cosas de punto subidas:
Notadas un tiempo y bien conocidas
Fusteis por dulces, alegres, sabrosas,
Agora por tristes, amargas, llorosas,
Seréis de la tierra y del cielo tenidas.

Pero aunque salgais, palabras, temblando,
¿Con cuáles podréis decir lo que siento,
Si es incapaz mi fiero tormento
De irse cual es al vivo pintando?
Mas ¡ay, que me falta el cómo y el cuándo
De significar mi pena y mi mengua!
Aquello que falta y no puede la lengua,
Suplan mis ojos contino llorando.

¡Oh muerte, que atajas y acortas el hilo
De mil pretensiones gustosas humanas,
Y en un volver de ojos las sierras allanas,
Y haces iguales á Henáres y al Nilo!
¿Por qué no templaste, traidora, el estilo
Tuyo cruel? Por qué á mi despecho
Probaste en el blanco y mas lindo pecho,
De tu fiero alfanje la furia y el filo?

¿En qué te ofendian, ó falsa, los años
Tan tiernos y verdes de aquella cordera?
¿Por qué te mostraste con ella tan fiera?
Por qué en el suyo creciste mis daños?
¡Oh mi enemiga y amiga de engaños!
De mí, que te busco, te escondes y ausentas,
Y quieres y trabas razones y cuentas
Con el que mas teme tus males tamaños.

En años maduros tu ley tan injusta
Pudiera mostrar su fuerza crecida,
Y no descargar la dura herida
En quien del vivir há poco que gusta:
Mas esa tu hoz que todo lo ajusta,
Ni mando ni ruego jamas la doblega,
Así con rigor la flor tierna siega
Como la caña ñudosa y robusta.

Cuando á Listea del suelo quitaste,
Tu sér, tu valor, tu fuerza, tu brio,
Tu ira, tu mando y tu señorío
Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando á Listea, tambien te llevaste
La gracia, el donaire, belleza y cordura
Mayor de la tierra, y en su sepultura
Este bien todo con ella encerraste.

Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado
Mi vida penosa, que tanto se alarga,
Que es insufrible á mis hombros su carga,
Que es muerte la vida del que es desdichado:
Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
Ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo,
Ni tengo de quién espere consuelo,
Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.

¡Oh, vos que sentís qué cosa es dolores!
Venid y tomad consuelo en los mios,
Que en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus brios,
Veréis que los vuestros son mucho menores:
¿Dó estáis agora, gallardos pastores?
¿Crisio, Marsilio y Orfenio, qué haceis?
¿Por qué no venís? ¿por qué no teneis,
Por mas que los vuestros, mis daños mayores?

Mas ¿quién es aquel que asoma y que quiebra
Por la encrucijada de aqueste sendero?
Marsilio es sin duda, de amor prisionero,
Belisa es la causa á quien siempre celebra;
A este le roe la fiera culebra
Del crudo desden el pecho y el alma,
Y pasa su vida en tormenta sin calma,
Y aun no es cual la mia su suerte tan negra.

El piensa que el arma, que el alma le aqueja,
Es mas que el dolor de mi desventura.
Aquí será bien que entre esta espesura
Me esconda por ver si acaso se queja.
Mas ¡ay! que á la pena que nunca me deja,
Pensar igualarla es gran desatino,
Pues abre la senda y cierra el camino
Al mal que se acerca, y al bien que se aleja.

MARSILIO.

Pasos que al de la muerte
Me llevais paso á paso,
Forzoso he de acusar vuestra pereza.
Seguid tan dulce suerte,
Que en este amargo paso
Está mi bien. y en vuestra lijereza.
Mirad que la dureza
De la enemiga mia
En el airado pecho
Contrario á mi provecho,
En su entereza está cual ser solia:
Huigamos, si es posible,
Del áspero rigor suyo terrible.

¿A qué apartado clima,
A qué region incierta
Iré á vivir, que pueda asegurarme
Del mal que me lastima,
Del ansia triste y cierta,
Que no se ha de acabar hasta acabarme?
Ni estar quedo, ó mudarme
A la arenosa Libia,
O al lugar donde habita
El fiero y blanco scita,
Un solo punto mi dolor alivia;
Que no está mi contento
En hacer de lugares mudamiento.

Aquí y allí me alcanza
El desden riguroso
De la sin par cruel pastora mia,
Sin que amor ni esperanza
Un término dichoso
Me pueda prometer en tal porfía
Belisa, luz del dia,
Gloria de la edad nuestra,

Si valen ya contigo
Ruegos de un firme amigo,
Templa el rigor airado de tu diestra,
Y el fuego deste mio
Pueda en tu pecho deshacer el frio.

Mas sorda á mi lamento,
Mas implacable y fiera
Que á la voz del cansado marinero
El riguroso viento,
Que el mar turba y altera,
Y amenaza á la vida el fin postrero:
Mármol, diamante, acero,
Alpestre y dura roca,
Robusta antigua encina,
Roble que nunca inclina
La altiva rama al cierzo que le toca,
Todo es blando y süave
Comparado al rigor que en tu alma cabe.

Mi duro amargo hado,
Mi inexorable estrella,
Mi voluntad que todo lo consiente,
Me tienen condenado,
Belisa ingrata y bella,
A que te sirva y ame eternamente:
Aunque tu hermosa frente
Con riguroso ceño,
Y tus serenos ojos
Me anuncien mil enojos,
Serás desta alma conocido dueño,
En tanto que en el suelo
La cubriere mortal corpóreo velo.

¿Hay bien que se le iguale
Al mal que me atormenta?
¿Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
El uno y otro sale
De toda humana cuenta,
Y aun yo sin ella en viva muerte vivo:
En el desden avivo
Mi fe, y allí se enciende
Con el helado frio:
Mirad qué desvarío,
Y el dolor desusado que me ofende,
Y si podrá igualarse
Al mal que mas quisiere aventajarse.

¿Mas quién es el que mueve
Las ramas intricadas
Deste acopado mirto y verde asiento?

Or. Un pastor que se atreve,
Con razones fundadas
En la pura verdad de su tormento,
Mostrar que el sentimiento
De su dolor crecido
Al tuyo se aventaja,
Por mas que tú lo estimes,
Levantes y sublimes.

Mars. Vencido quedarás en tal baraja,
Orompo, fiel amigo,
Y tú mesmo serás dello testigo.
Si de las ansias mias,
Si de mi mal insano,
La mas mínima parte conocieras,
Cesaran tus porfías,
Orompo, viendo llano,
Que tú penas de burla, y yo de véras.

Or. Haz, Marsilio, quimeras
De tu dolor extraño,
Y al mio menoscaba,
Que la vida me acaba:
Que yo espero sacarte deste engaño,
Mostrando al descubierto
Que el tuyo es sombra de mi mal, que es cierto:
Pero la voz sonora
De Crisio oigo que suena,
Pastor que en la opinion se te parece:
Escuchémosle ahora,
Que su cansada pena
No ménos que la tuya le engrandece.

Mars. Hoy el tiempo me ofrece
Lugar y coyuntura,
Donde pueda mostraros
A entrambos, y enteraros
De que sola la mia es desventura.

Or. Atiende ahora, Marsilio,
La voz de Crisio y lamentable estilo.

CRISIO.

¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!
¡Cuán fuera debió estar de conocerte
El que igualó tu fuerza y violencia
Al poder invencible de la muerte!
Que cuando con mayor rigor sentencia,
¿Qué puede mas su limitada suerte
Que deshacer el ñudo y recia liga,
Que á cuerpo y alma estrechamente liga?

Tu duro alfanje á mayor mal se extiende,
Pues un espíritu en dos mitades parte.
¡Oh milagros de amor que nadie entiende,
Ni se alcanza por ciencia ni por arte,
Que deje su mitad con quien la entiende
Allá mi alma, y traiga acá la parte
Mas frágil, con la cual mas mal me siente,
Que estar mil veces de la vida ausente!

Ausente estoy de aquellos ojos bellos
Que serenaban la tormenta mia,
Ojos, vida de aquel que pudo vellos,
Si de allí no pasó la fantasía;
Que verlos y pensar de merecellos
Es loco atrevimiento y demasía:
Yo los vi, desdichado, y no los veo,
Y mátame de verlos el deseo.

Deseo, y con razon, ver dividida
(Por acortar el término á mi daño)
Esta antigua amistad, que tiene unida
Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
Que siendo de las carnes despedida
Con lijereza presta y vuelo extraño
Podrá tornar á ver aquellos ojos,
Que son descanso y gloria á sus enojos.

Enojos son la paga y recompensa
Que amor concede al amador ausente,
En quien se cifra el mayor mal y ofensa,
Que en los males de amor se encierra y siente:
Ni poner discrecion á la defensa,
Ni un querer firme, levantado, ardiente,
Aprovecha á templar deste tormento
La dura pena y el furor violento.

Violento es el rigor desta dolencia,
Pero junto con esto es tan durable,
Que se acaba primero la paciencia
Y aun de la vida el curso miserable:
Muerte, desvíos, celos, inclemencia,
De airado pecho condicion mudable,
No atormentan así, ni dañan tanto
Como este mal, que el nombre pone espanto.

Espanto fuera, si dolor tan fiero
Dolores tan mortales no causara,
Pero todos son flacos, pues no muero
Ausente de mi vida dulce y cara;
Mas cese aquí mi canto lastimero,
Que á compañía tan discreta y rara
Como es la que allí veo, será justo
Que muestre al verla mas sabroso gusto.

Or. Gusto nos da, buen Crisio, tu presencia,
Y mas viniendo á tiempo que podrémos
Acabar nuestra antigua diferencia.
Cris. Orompo, si es tu gusto, comencemos,
Pues que júez de la contienda nuestra
Tan recto aquí, en Marsilio le tendrémos.
Mars. Indicio dais y conocida muestra
Del error en que os trae tan embebidos
Esa vana opinion notoria vuestra;
Pues quereis que á los mios preferidos
Vuestros dolores tan pequeños sean,
Harto llorados, más que conocidos.
Mas porque el suelo y cielo juntos vean
Cuánto vuestro dolor es ménos grave
Que las ansias que el alma me rodean,
La mas pequeña que en mi pecho cabe,
Pienso mostrar en vuestra competencia
Así como mi ingenio torpe sabe.
Y dejaré á vosotros la sentencia,
Y el juzgar si mi mal es muy mas fuerte
Que el riguroso de la larga ausencia:
O el amargo espantoso de la muerte,
De quien entrambos os quejais sin tiento,
Llamando dura y corta á vuestra suerte.
Or. Deso yo soy, Marsilio, muy contento,
Pues la razon que tengo de mi parte
El triunfo le asegura á mi tormento.
Cris. Aunque de exagerar me falta el arte,
Veréis cuando yo os muestre mi tristeza,
Cómo quedan las vuestras á una parte.
Mars. ¿Qué ausencia llega á la inmortal dureza
De mi pastora, que es con ser tan dura,
Señora universal de la belleza?
Or. ¡Oh, á qué buen tiempo llega y coyuntura
Orfenio! ¿Veisle asomado? Estad atentos,
Oiréisle ponderar su desventura.
Celos en la ocasion de sus tormentos,
Celos, cuchillo y ciertos turbadores
De las paces de amor y los contentos.
Cris. Escuchad, que ya canta sus dolores.

ORFENIO.

¡Oh sombra escura, que contino sigues
A mi confusa triste fantasía,



Enfadosa tiniebla, siempre fria,
Que á mi contento y á mi luz persigues!
¿Cuándo será que tu rigor mitigues,
Monstruo cruel y rigorosa arpía?
¿Qué ganas en turbarme el alegría?
O ¿qué bien en quitármela consigues?
Mas si la condicion de que te arreas
Se extiende á pretender quitar la vida
Al que te dió la tuya y te ha engendrado,
No me debe admirar que de mí seas
Y de todo mi bien fiero homicida,
Sino de verme vivo en tal estado.
Or. Si el prado deleitoso,
Orfenio, te es alegre cual solia
En tiempo mas dichoso,
Ven, pasarás el dia
En nuestra lastimada compañía.
Con los tristes el triste
Bien ves que se acomoda fácilmente
Ven, que aquí se resiste
Par desta clara fuente
Del levantado sol el rayo ardiente:
Ven, y el usado estilo
Levanta, y como sueles te defiende
De Crisio y de Marsilio,
Que cada cual pretende
Mostrar que solo es mal el que le ofende.
Yo solo en este caso
Contrario habré de ser á tí y á ellos,
Pues los males que paso
Bien podré encarecellos,
Mas no mostrar la mayor parte dellos.
Orf. No al gusto le es sabrosa
Así á la corderuela deshambrida
La yerba, ni gustosa
Salud restituida
Aquel que ya la tuvo por perdida,
Como es á mí sabroso
Mostrar en la contienda que se ofrece,
Que el dolor riguroso
Que el corazon padece,
Sobre el mayor del suelo se engrandece.
Calle su mal sobrado
Orompo, encubra Crisin su dolencia
Marsilio esté callado:
Muerte, desden ni ausencia,
No tengan con los celos competencia.
Pero si el cielo quiere
Que hoy salga al campo la contienda nuestra,
Comience el que quisiere,
Y dé á los otros muestra
De su dolor con torpe lengua ó diestra.
Que no está en la elegancia,
Y modo de decir el fundamento
Y principal sustancia
Del verdadero cuento,
Que en la pura verdad tiene su asiento.
Cris. Siento, pastor, que tu arrogancia mucha
En esta lucha de pasiones nuestras
Dará mil muestras de tu desvarío.
Orf. Templa ese brio, ó muéstralo á su tiempo,
Que es pasatiempo, Crisio, tu congoja;
Que alma que afloja con volver el paso,
No hay que hacer caso de su sentimiento.
Cris. Es mi tormento tan extraño y fiero,
Que presto espero que tú mesmo digas,
Que á mis fatigas no se iguala alguna.
Mars. Desde la cuna soy yo desdichado.
Or. Aun engendrado pienso que no estaba,
Cuando sobraba en mí la desventura.
Orf. En mí se apura la mayor desdicha.
Cris. Tu mal es dicha, comparado al mio.
Mars. Opuesto al brio de mi mal extraño,
Es gloria el daño que á vosotros daña.
Or. Esta maraña quedará muy clara,
Cuando á la clara mi dolor descubra:
Ninguno encubra agora su tormento,
Que yo del mio doy principio al cuento.

Mis esperanzas, que fuéron
Sembradas en parte buena,
Dulce fruto prometieron,
Y cuando darle quisieron,
Convirtióle el cielo en pena:
Y su flor maravillosa
En mí muestras deseosa
De darme una rica suerte,
Y en aquel punto la muerte
Cortómela de envidiosa.

Yo quedé cual labrador,
Que del trabajo contino
De su espaciosa labor
Fruto amargo de dolor
Le concede su destino:

Y aun le quita la esperanza
De otra buena nueva andanza,
Porque cubrió con la tierra
El cielo donde se encierra
De su bien la confianza.

Pues si á término he llegado
Que de tener gusto ó gloria
Vivo ya desesperado,
De que yo soy mas penado,
Es cosa cierta y notoria:
Que la esperanza asegura
En la mayor desventura
Un dichoso fin que viene;
Mas ¡ay de aquel que la tiene
Cerrada en la sepultura!

MARSILIO.

Yo, que el humor de mis ojos
Siempre derramado ha sido
En lugar donde han nacido
Cien mil espinas y abrojos,
Que el corazon me han herido:
Yo sí soy el desdichado,
Pues con nunca haber mostrado
Un momento el rostro enjuto,
Ni hoja, ni flor, ni fruto
He del trabajo sacado.

Que si alguna muestra viera
De algun pequeño provecho,
Sosegárase mi pecho,
Y aunque nunca se cumpliera,
Quedara al fin satisfecho:

Porque viera que valia
Mi enamorada porfía
Con quien es tan desabrida,
Que á mi hielo está encendida,
Y á mi fuego helada y fria.

Pues si es el trabajo vano
De mi llanto y sospirar,
Y dél no pienso cesar,
¿A mi dolor inhumano
Cuál se le podrá igualar?
Lo que tu dolor concierta
Es, que está la causa muerta,
Orompo, de tu tristeza,
La mia en mas entereza
Cuando mas me desconcierta.

CRISIO.

Yo, que teniendo en sazon
El fruto que se debia
A mi continua pasion,
Una súbita ocasion
De gozarla me desvia;
Muy bien podré ser llamado
Sobre todos desdichado,
Pues que vendré á padecer,
Pues no puedo perecer
Adonde el alma he dejado.

Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo,
En alivio se convierte,
Y un corazon duro y fuerte
El tiempo suele ablandallo:

Mas en ausencia se siente
Con un extraño accidente,
Sin sombra de ningun bien,
Celos, muertes y desden;
Que esto y mas teme el ausente.

Cuando tarda el cumplimiento
De la cercana esperanza,
Aflige mas el tormento,
Y allí llega el sufrimiento
Adonde ella nunca alcanza:
En las ansias desiguales
El remedio de los males
Es el no esperar remedio;
Mas carecen deste medio
Las de ausencia mas mortales

ORFENIO.

El fruto que fué sembrado
Por mi trabajo contino,
A dulce sazon llegado
Fué con próspero destino
En mi poder entregado:
Y apénas pude llegar
A términos tan sin par,
Cuando vine á conocer
La ocasion de aquel placer
Ser para mí de pesar.

Yo tengo el fruto en la mano,
Y el tenerle me fatiga,
Porque en mi mal inhumano
A la mas granada espiga
La roe un fiero gusano:

Aborrezco lo que quiero,
Y por lo que vivo muero,
Y yo me fabrico y pinto
Un revuelto laberinto,
De do salir nunca espero.

Busco la muerte en mi daño,
Que ella es vida á mi dolencia
Con la verdad mas me engaño,
Y en ausencia y en presencia
Va creciendo un mal tamaño.
No hay esperanza que acierte
A remediar mal tan fuerte,
Ni por estar ni alejarme
Es imposible apartarme
Desta triste viva muerte.

OROMPO.

¿No es error conocido
Decir que el daño que la muerte hace
Por ser tan extendido,
En parte satisface,
Pues la esperanza quita
Que el dolor administra y solicita?

Si de la gloria muerta
No se quedara viva la memoria
Que el gusto desconcierta,
Es cosa ya notoria
Que el no esperar tenella
Templa el dolor en parte de perdella.

Pero si está presente la memoria,
La memoria del bien ya fenecido
Mas viva y mas ardiente
Que cuando poseido,
¿Quién duda que esta pena
No está mas que otras de miserias llena?

MARSILIO.

Si á un pobre caminante
Le sucediese por extraña via
Huirsele delante
Al fenecer el dia
El albergue esperado,
Y con vana presteza procurado,

Quedaria sin duda
Confuso del temor que allí le ofrece
La escura noche y muda,
Y mas si no amanece;
Que el cielo á su ventura
No concede la luz serena y pura.

Yo soy el que camino
Para llegar á albergue venturoso,
Y cuando mas vecino
Pienco estar del reposo,
Cual fugitiva sombra
El bien me huye, y el dolor me asombra.

CRISIO.

Cual raudo y hondo rio
Suele impedir al caminante el paso,
Y al viento, nieve y frio
Le tiene en campo raso,
Y el albergue delante
Se le muestra de allí poco distante;

Tal mi contento impide
Esta penosa y tan prolija ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
Y casi ante mis ojos
Veo quien remediára mis enojos.

Y el ver de mis dolores
Tan cerca la salud, tanto me aprieta
Que los hace mayores,
Pues por causa secreta,
Cuanto el bien es cercano,
Tanto mas léjos huye de mi mano.

ORFENIO.

Mostróseme á la vista
Un rico albergue de mil bienes lleno,
Triunfé de su conquista,
Y cuando mas sereno
Se me mostraba el hado,
Vilo en escuridad negra cambiado.

Allí donde consiste
El bien de los amantes bien queridos,
Allí mi mal asiste,
Allí se ven unidos
Los males y desdenes,
Donde suelen estar todos los bienes.

Dentro desta morada
Estoy, de do salir nunca procuro,
Por mi dolor fundada
De tan extraño muro,
Que pienso que le abaten
Cuantos le quieren, miran y combaten.

OROMPO.—CRISIO.—MARSILIO.

Or. Antes el sol acabará el camino
Que es propio suyo, dando vuelta al cielo
Despues de haber tocado en cada sino,
Que la parte menor de nuestro duelo
Podamos declarar como se siente,
Por mas que el bien hablar levante el vuelo.
Tú dices, Crisio, que el que vive ausente,
Muere: yo, que estoy muerto, pues mi vida
A muerte la entregó el hado inclemente.
Y tú, Marsilio, afirmas que perdida
Tienes de gusto y bien toda esperanza,
Pues un fiero desden es tu homicida.
Tú repites, Orfenio, que la lanza
Aguda de los celos te traspasa,
No solo el pecho, que hasta el alma alcanza.
Y como el uno lo que el otro pasa
No siente, su dolor solo exagera,
Y piensa que al rigor del otro pasa.
Y por nuestra contienda lastimera
De tristes argumentos está llena
Del caudaloso Tajo la ribera.
Ni por esto desmengua nuestra pena,
Antes por el tratar la llaga tanto
A mayor sentimiento nos condena.
Cuanto puede decir la lengua, y cuanto
Pueden pensar los tristes pensamientos
Es ocasion de renovar el llanto.
Cesen pues los agudos argumentos,
Que en fin no hay mal que no fatigue y pene,
Ni bien que dé seguros los contentos.
Harto mal tiene quien su vida tiene
Cerrada en una estrecha sepultura,
Y en soledad amarga se mantiene.
¡Desdichado del triste sin ventura
Que padece de celos la dolencia,
Con quien no valen fuerzas ni cordura:
Y aquel que en el rigor de larga ausencia
Pasa los tristes miserables dias,
Llegado al flaco arrimo de paciencia:
Y no ménos aquel que en sus porfías
Siente, cuando mas arde, en su pastora
Entrañas duras é intenciones frias!
Cris. Hágase lo que pide Orompo agora,
Pues ya de recoger nuestro ganado
Se va llegando á mas andar la hora:
Y en tanto que al albergue acostumbrado
Lleguemos, y que el sol claro se aleja,
Escondiendo su faz del verde prado,
Con voz amarga y lamentable queja,
Al son de los acordes instrumentos
Cantemos el dolor que nos aqueja.
Mars. Comienza pues, ó Crisio, y tus acentos
Lleguen á los oidos de Claraura
Llevados mansamente de los vientos,
Como á quien todo su dolor restaura.

CRISIO.

Al que ausencia viene á dar
Su cáliz triste á beber,
No tiene mal que temer,
Ni ningun bien que esperar.

En esta amarga dolencia
No hay mal que no esté cifrado,
Temor de ser olvidado,
Celos de ajena presencia:
Quien la viniere á probar,
Luego vendrá á conocer
Que no hay mal de que temer,
Ni ménos bien que esperar.

MARSILIO.

En mi terrible pesar
Ya faltan por mas enojos
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.

La ingratitud y desden
Me tienen ya de tal suerte,
Que espero y llamo á la mue
Por mas vida y por mas bien
Poco se podrá tardar,
Pues faltan en mis enojos
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.

OROMPO.

Ved si es mal el que me aqueja
Mas que muerte conocida,
Pues forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

Cuando la muerte llevó
Toda mi gloria y contento,
Por darme mayor tormento
Con la vida me dejó:
El mal viene, el bien se aleja
Con tan lijera corrida
Que forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

ORFENIO.

Celos, á fe, si pudiera,
Que yo hiciera por mejor
Que fueran celos amor,
Y que el amor celos fuera.

Deste trueco granjeara
Tanto bien y tanta gloria,
Que la palma y la vitoria
De enamorado llevara:
Y aun fueran de tal manera
Los celos en mi favor,
Que á ser los celos amor,
El amor yo solo fuera.

Con esta última cancion del celoso Orfenio dieron fi á su égloga los discretos pastores, dejando satisfecho de su discrecion á todos los que escuchado los habian especialmente á Damon y á Tirsi, que gran contento en oirlos recibieron, pareciéndoles que de mas de pastoril ingenio parecian las razones y argumentos que para salir con su propósito los cuatro pastores habian propuesto. Pero habiéndose movido contienda entre muchos de los circunstantes sobre cuál de los cuatro habi alegado mejor de su derecho, en fin se vino á conformar el parecer de todos con el que dió el discreto Damon diciéndoles: Que él para sí tenia que entre todos los disgustos y sinsabores que el amor trae consigo, ningun fatiga tanto al enamorado pecho, como la incurable pestilencia de los celos, y que no se podian igualar á ella l pérdida de Orompo, ausencia de Crisio, ni la desconfianza de Marsilio: La causa es, dijo, que no cabe en razo natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la voluntad quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas; porque e que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible, claro está que cuanto mas el deseo le sobrase, tanto mas el entendimiento le faltaria: y por esta mesma razo digo, que la pena que Orompo padece, no es sino un lástima y compasion del bien perdido; y por haberl perdido de manera que no es posible tornarle á cobrar esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor s acabe; que puesto que el humano entendimiento n puede estar tan unido siempre en la razon, que dej de sentir la pérdida del bien que cobrar no se puede, que en efeto ha de dar muestra de su sentimiento co tiernas lágrimas, ardientes sospiros y lastimosas palabras, so pena de que quien esto no hiciese, ántes po bruto que por hombre racional sería tenido: en fin, e discurso del tiempo cura esta dolencia, la razon la mitiga, y las nuevas ocasiones tienen mucha parte par borrarla de la memoria. Todo esto es al reves en el ausencia, como apuntó bien Crisio en sus versos, que como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilacion de la tornada; porqu como no le impide otra cosa el gozar su bien, sino algu

brazo de mar, ó alguna distancia de tierra, parécele que teniendo lo principal, que es la voluntad de la persona amada, que se hace notorio agravio á su gusto, que cosas que son tan ménos como un poco de agua ó tierra, le impidan su felicidad y gloria. Júntase asimesmo á esta pena el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; y en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es extraño el rigor y aspereza con que trata al alma del desdichado ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puédese llevar con algun alivio su tormento; y si sucediere ser la ausencia de manera que sea imposible volver á la presencia deseada, aquella imposibilidad viene á ser el remedio, como el de la muerte. El dolor de que Marsilio se queja, puesto que es como el mesmo que yo padezco, y por esta causa me habia de parecer mayor que otro alguno, no por eso dejara de decir lo que la razon me muestra, ántes que aquello á que la pasion me incita. Confieso que es terrible dolor querer y no ser querido, pero mayor sería amar y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiásemos por lo que la razon y la experiencia nos enseña, veriamos que todos los principios en cualquiera cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepcion en los casos de amor, ántes en ellos mas se confirma y fortalece: así que quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término; porque como el amor sea, y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciéndole que está obligada á amarme, porque yo la amo: que puesto que la persona amada debe en ley de naturaleza y en buena cortesía no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso le ha de ser forzoso y de obligacion que corresponda del todo y por todo á los deseos de su amante; que si esto así fuese, mil enamorados importunos habria que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les debria de derecho; y como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mí la que es de mí bien querida partes tan buenas que la muevan é inclinen á quererme: y así no está obligada, como ya he dicho, á amarme, como yo estaré obligado á adorarla, porque hallé en ella lo que á mí me falta: y por esta razon no debe el desdeñado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover á bien quererle; y así debe procurar con continuos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las ejercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo: que este es tan principal remedio, que estoy para afirmar que será imposible dejar de ser amado el que con tan justos medios procurare granjear la voluntad de su señora; y pues este mal del desden tiene el bien deste remedio, consuélese Marsilio, y tenga lástima al desdichado y celoso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor que en las de amor imaginar se puede. ¡Oh celos turbadores de la sosegada paz amorosa! ¡celos, cuchillo de las mas firmes esperanzas! no sé yo qué pudo saber de linajes el que á vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al reves, que por el mesmo caso dejara el amor de serlo, si tales hijos engendrara. ¡Oh celos, hipócritas y fementidos ladrones! pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho, luego procurais mezclaros con ella, volviéndoos de su color, y aun procurais usurparle el mando y señorío que tiene: y de aquí nace que como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efetos dais á conocer que no sois el mesmo amor, todavía procurais que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nacidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilísimas envidias, sustentados de chismes y mentiras. Y porque se vea la destruicion que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos celos, en siendo el amante celoso, conviene, con paz sea dicho de los celosos enamorados, conviene, digo, que sea como lo es, traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado: y á tanto se extiende la celosa furia que le señorea, que á la persona que mas quiere es á quien mas mal desea. Querria el amante celoso que solo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo: desea que no tenga ojos para ver mas de lo que él quisiere, ni oídos para oir, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada; y aun á veces desea, apretado desta pasion diabólica, que su dama se muera, y que todo se acabe. Todas estas pasiones engendran los celos en los ánimos de los amantes celosos: al reves de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion, valentía, liberalidad, comedimiento y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes. Tiene mas asimismo la fuerza deste crudo veneno, que no hay antídoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le cuadre: todo esto cabe en el enamorado celoso, y mas; cualquiera sombra le espanta, cualquiera niñería le turba, y cualquiera sospecha falsa ó verdadera le deshace. Y á toda esta desventura se le añade otra, que son las disculpas que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los celos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo celoso admitirlas, síguese que esta enfermedad es sin remedio, y que á todas las demas debe anteponerse. Y así es mi parecer, que Orfenio es el mas penado, pero no el mas enamorado; porque no son los celos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta; y así el enamorado celoso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado; y tambien el ser celoso es señal de poca confianza del valor de sí mesmo. Y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el cual sin llegar á la escuridad de los celos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas, que le oscurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito y temeroso: que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendria por soberbio y demasiadamente confiado; porque, como dice un comun proverbio nuestro, quien bien ama, teme; y aun es razon que tema el amante, que como la cosa que ama es en extremo buena, ó á él le pareció serlo, no parezca lo mesmo á los ojos de quien la mirare: y por la mesma

causa se engendra el amor en otro que pueda y venga á turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrian ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza: y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga á la lengua para decirle, ni aun á los ojos para significarle: y hace tan contrarios efetos este temor del que los celos hacen en los pechos enamorados, que cria en ellos nuevos deseos de acrecentar mas el amor si pudiesen, de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrándose liberales, comedidos, galanes, limpios y bien criados: y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y mas es digno que los celos se vituperen. Calló en diciendo esto el famoso Damon, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos que escuchado le habian, dejando á todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza les habia mostrado. Pero no se quedara sin respuesta, si los pastores Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio hubieran estado presentes á su plática; los cuales, cansados de la recitada égloga, se habian ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto, ya que los bailes y danzas querian renovarse, vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores, que luego de todos fuéron conocidos; los cuales eran el gentil Francenio, el libre Lauso y el anciano Arsindo, el cual venía en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos; y atravesando por medio de la plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio y Erastro, y todos los mas principales pastores estaban, á los cuales con corteses palabras saludaron, y con no menor cortesía fuéron dellos recibidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo y verdadero amigo. Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsindo en Damon y en Tirsi, comenzó á hablar desta manera: La fama de vuestra sabiduría, que cerca y léjos se extiende, discretos y gallardos pastores, es la que á estos pastores y á mí nos trae á suplicaros querais ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nacido; y es, que la fiesta pasada Francenio y Lauso, que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas pastoras, entre las cuales por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del dia, entre otros muchos juegos ordenaron el que se llama de los propósitos. Sucedió pues que llegando la vez de proponer y comenzar á uno destos pastores, quiso la suerte que la pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenia, fuese, segun él dice, la tesorera de los secretos de su alma, y la que por mas discreta y mas enamorada en la opinion de todos estaba. Llegándose pues al oído, le dijo:

Huyendo va la esperanza.

La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir despues cada uno en público lo que al otro habia dicho en secreto, hallóse que la pastora habia seguido el propósito, diciendo:

Tenella con el deseo.

Fué celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta, pero el que mas la solenizó fué el pastor Lauso, y no ménos le pareció bien á Francenio: y así cada uno viendo que lo propuesto y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosallos; y despues de haberlo hecho, cada cual procura que su glosa á la del otro se aventaje; y para asegurarse desto, me quisieron hacer juez dello; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsejéles que á vosotros viniesen, de cuya extremada ciencia y sabiduría cuestiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar el trabajo de hacer esta guirnalda, para que sea dada en premio al que vosotros, pastores, viéredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los pastores, que fué agradecerle la buena opinion que dellos tenia, y ofrecerse de ser jueces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó á repetir los versos, y á decir su glosa, que era esta.

Huyendo va la esperanza:
Tenella con el deseo.

GLOSA.

Cuando me pienso salvar
En la fe de mi querer,
Me vienen luego á faltar
Las faltas del merecer
Y las sobras del pesar:
Muérese la confianza,
No tiene pulsos la vida,
Pues se ve en mi mala andanza,
Que del temor perseguida
Huyendo va la esperanza.

Huye, y llévase consigo
Todo el gusto de mi pena,
Dejando por mas castigo
Las llaves de mi cadena
En poder de mi enemigo:
Tanto se aleja, que creo
Que presto se hará invisible
Y en su lijereza veo
Que ni puedo, ni es posible
Tenella con el deseo.

Dicha la glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya, que así decia.

En el punto que os miré,
Como tan hermosa os vi,
Luego temí y esperé;
Pero en un tanto temí,
Que con el temor quedé.
De veras esto se alcanza:
Una flaca confianza
Y un temor acobardado,
Que por no verle á su lado
Huyendo va la esperanza.

Y aunque me deja y se va
Con tan extraña corrida,
Por milagro se verá
Que se acabará mi vida,
Y mi amor no acabará:
Sin esperanza me veo;
Mas por llevar el trofeo
De amador sin interese,
No querria, aunque pudiese
Tenella con el deseo.

En acabando Lauso de decir su glosa, dijo Arsindo: Veis aquí, famosos Damon y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destos pastores: solo resta agora que vosotros deis la guirnalda á quien viéredes que con mas justo título la merece, que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado. No entiendas, Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, en estas discretas glosas: lo que yo sé decir dellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar á la pastora que dió la ocasion á tan curiosa y loable contienda: y si deste parecer quedais satisfechos, pagádnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrándolas con vuestras agradables canciones, y autorizándolas con vuestra honrosa presencia. A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores que á Lauso conocian, se maravillaban de ver la libre condicion suya en la red amorosa envuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua y en la contienda que con Francenio habia tomado, que no estaba su voluntad tan exenta como solia, y andaba entre sí imaginando quién podria ser la pastora que de su libre corazon triunfado habia. Quién

...aba que la discreta Belisa, y quién que la ga... Leandra, y algunos que la sin par Arminda, mo...dles á imaginar esto la ordinaria costumbre que ...tenia de visitar las cabañas destas pastoras, y ser ...una dellas para sujetar con su gracia, valor y her...ra otros tan libres corazones como el de Lauso; y ...duda tardaron muchos dias en certificarse, porque ...enamorado pastor apénas de sí mesmo fiaba el secreto ...s amores. Acabado esto, luego toda la juventud del ...lo renovó las danzas, y los pastoriles instrumentos ...aron una agradable música. Pero viendo que ya el ...apresuraba su carrera hácia el ocaso, cesaron las ...ertadas voces; y todos los que allí estaban determi...n de llevar á los desposados hasta su casa. Y el an... Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi habia prome...o, en el espacio que habia desde la plaza hasta la casa ...ranio, al son de la zampoña de Erastro estos ver... ...cantando.

ARSINDO.

...señales el cielo
...y contento
...venturoso dia:
...todo el suelo
...casamiento
...alegría:
...de hoy mas el llanto
...dulce canto,
...de los pesares
...á millares
...el quebranto.

...el bien suceda en colmo
...desposados tales,
Tan para en uno nacidos:
Peras les ofrezca el olmo,
Cerezas los carrascales,
Guindas los mirtos floridos:
Hallen perlas en los riscos,
Uvas les dén los lentiscos,
Manzanas los algarrobos,
Y sin temor de los lobos
Ensanchen mas sus apriscos.

Y sus machorras ovejas
Vengan á ser parideras,
Con que doblen su ganancia;
Las solícitas abejas
En los surcos de sus eras
Hagan miel en abundancia:
Logren siempre su semilla
En el campo y en la villa
Cogida á tiempo y sazon:
No entre en sus viñas pulgon,
Ni en su trigo la neguilla.

Y dos hijos presto tengan
Tan hechos en paz y amor
Cuanto pueden desear:
Y en siendo crecidos vengan
A ser el uno dotor,
Y otro cura del lugar:
Sean siempre los primeros
En virtudes y en dineros;
Que sí serán, y aun señores,
Si no salen fiadores
De agudos alcabaleros.

Mas años que Sarra vivan
Con salud tan confirmada,
Que dello pese al dotor:
Y ningun pesar reciban
Ni por hija mal casada,
Ni por hijo jugador:
Y cuando los dos estén
Viejos cual Matusalen,
Mueran sin temor de daño,
Y háganles su cabo de año
Por siempre jamas amen.

Con grandísimo gusto fuéron escuchados los rústicos versos de Arsindo, en los cuales mas se alargara, si no lo impidiera el llegar á la casa de Daranio, el cual convidando á todos los que con él venían, se quedó en ella; si no fué que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damon no fuese conocida, no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisieran Elicio y Erastro acompañar á Galatea hasta su casa, pero no fué posible que lo consintiese, y así se hubieron de quedar con sus amigos; y ellas se fuéron cansadas de los bailes de aquel dia, y Teolinda con mas pena que nunca, viendo que en las solenes bodas de Daranio, donde tantos pastores habian acudido, solo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche en compañía de Galatea y Florisa, que con mas libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que en el nuevo venidero dia les sucedió lo que se dirá en el libro que se sigue.

LIBRO CUARTO.

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero dia para despedirse de Galatea y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro, con intencion de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada pues la hora deseada, cuando el sol comenzaba á tender sus rayos por la tierra, ella se levantó, y con lágrimas en sus ojos pidió licencia á las dos pastoras para proseguir su demanda; las cuales con muchas razones le persuadieron que en su compañía algunos dias mas esperase, ofreciéndole Galatea de enviar algun pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por todas las riberas de Tajo, y por donde se imaginase que podria ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedian; ántes despues de haber mostrado con las mejores palabras que supo la obligacion en que quedaba de servir todos los dias de su vida las obras que dellas habia recibido, y abrazándolas con tierno sentimiento, les rogaba que una sola hora no la detuviesen. Viendo pues Galatea y Florisa cuán en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que de cualquiera suceso bueno ó malo que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificándola del gusto que de su contento, ó la pena que de su desgracia recebirian. Teolinda se ofreció ser ella mesma quien las nuevas de su buena dicha trujese, pues las malas no tendria sufrimiento la vida para resistirlas; y así sería excusado que della saberse pudiesen. Con esta promesa de Teolinda se satisficieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algun trecho fuera del lugar. Y así tomando las dos solas sus cayados, y habiendo proveido el zurron de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea, á tiempo que ya los rayos del sol mas derechos y con mas fuerzas comenzaban á herir la tierra. Y habiéndola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querian volverse y dejarla, vieron atravesar por una quebrada, que poco desviada dellas estaba, cuatro hombres de á caballo y algunos de á pié, que luego conocieron ser cazadores en el hábito y en los alcones y perros que llevaban: y estándolos con atencion mirando por ver si los conocian, vieron salir de entre unas espesas matas, que cerca de la quebrada estaban, dos pastoras de gallardo talle y brio: traian los rostros rebozados con dos blancos lienzos; y alzando la una dellas la voz, pidió á los cazadores que se detuviesen, los cuales así lo hicieron, y llegándose entrambas á uno dellos, que en su talle y postura el principal de todos parecia, le asieron las riendas del caballo, y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres pastoras pudiesen oir palabra de las que decian, por la distancia del lugar que lo estorbaba. Solamente vieron que á poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y habiendo, á lo que juzgarse pudo, mandado á los que le acompañaban que se volviesen, quedando solo un mozo con el caballo, trabo á las dos pastoras de las manos, y poco á poco comenzó á entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba: lo cual visto por

los tres pastoras Galatea, Florisa y Teolinda, determinaron de ver, si pudiesen, quién eran las disfrazadas pastoras y el caballero que las llevaba: y así acordaron de rodear por una parte del bosque, y mirar si podian ponerse en alguna que pudiese serlo para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciéndolo así, como pensado lo habian, atajaron al caballero y á las pastoras, y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacian, vió que torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo mas espeso del bosque, y luego por sus mesmas pisadas les fuéron siguiendo hasta que el caballero y las pastoras, pareciéndoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo que de infinitas breñas estaba rodeado, se pararon. Galatea y sus compañeras se llegaron tan cerca, que sin ser vistas ni sentidas veian todo lo que el caballero y las pastoras hacian y decian; las cuales, habiendo mirado á una y otra parte por ver si podrian ser vistas de alguno, aseguradas desto, la una se quitó el rebozo, y apénas se le hubo quitado cuando de Teolinda fué conocida; y llegándose al oido de Galatea, le dijo con la mas baja voz que pudo: Extrañísima aventura es esta, porque si no es que con la pena que traigo he perdido el conocimiento, sin duda alguna aquella pastora que se ha quitado el rebozo es la bella Rosaura, hija de Roselio, señor de una aldea que á la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido á ponerse en tan extraño traje, y á dejar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas ¡ay desdichada! añadió Teolinda, que el caballero que con ella está es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto á esta vuestra aldea tiene otras dos suyas. Verdad dices, Teolinda, respondió Galatea, que yo le conozco; pero calla y sosiégate, que presto verémos con qué intento ha sido aquí su venida. Quietóse con esto Teolinda, y con atencion se puso á mirar lo que Rosaura hacia, la cual, llegándose al caballero, que de edad de veinte años parecia, con voz turbada y airado semblante le comenzó á decir: En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la deseada venganza. Pero aunque yo la tomase de tí tal, que la vida te costase, poca recompensa sería al daño que me tienes hecho. Vesme aquí, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte; ves aquí que ha mudado el traje por buscarte la que nunca mudó la voluntad de quererte. Considera, ingrato y desamorado, que la que apénas en su casa y con sus criadas sabía mover el paso, agora por tu causa anda de valle en valle y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañía. Todas estas razones que la bella Rosaura decia, las escuchaba el caballero con los ojos hincados en el suelo, y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte que en la mano tenia. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su plática: Dime, ¿conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no ha mucho tiempo que enjugó tus lágrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y sobre todo la que creyó tus palabras? ó ¿por suerte entiendes tú que eres aquel á quien parecian cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podian para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú acaso, Grisaldo, aquel cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazon mio? Tú eres, que ya te veo, y yo soy, que ya me conozco. Pero si tú eres Grisaldo, el que yo creo, y yo soy Rosaura, la que tú imaginas, cúmpleme la palabra que me diste, darte he yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan á gusto tuyo, que eres tú mesmo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho por venir á estorbar el cumplimiento della; y si tú la puedes hacer verdadera, á tu conciencia lo dejo. ¿Qué respondes á esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas por ventura callando, lo que por el pensamiento sería justo que no te pasase? Alza los ojos ya, y ponlos en estos que por su mal te miraron; levántalos, y mira á quién engañas, á quién dejas, y á quién olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, á la que siempre te trató verdades; dejas á quien ha dejado á su honra y á sí mesma por seguirte; olvidas á la que jamas te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del ánimo y en la firmeza de la fe. Cúmpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero y no te desprecias de cristiano. Mira que si no correspondes á lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, á la tierra que no te sufra, y á mis parientes que me venguen; mira que si faltas á la obligacion que me tienes, que has de tener en mí una perpetua turbadora de tus gustos en cuanto la vida me durare: y aun despues de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantaré tu fementido espíritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos: advierte que no pido sino lo que es mio, y que tú ganas en darlo lo que en negarlo pierdes; mueve agora tu lengua para desengañarme, de cuantas la has movido para ofenderme. Calló diciendo esto la hermosa dama, y estuvo un poco esperando á ver lo que Grisaldo respondia, el cual levantando el rostro, que hasta allí inclinado habia tenido, encendido con la vergüenza que las razones de Rosaura le habian causado, con sosegada voz le respondió desta manera: Si yo quisiese negar, ó Rosaura, que no te soy deudor de mas de lo que dices, negaria asimesmo que la luz del sol es clara, y aun diria que el fuego es frio y el aire duro. Así que en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado á la paga; pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido y tu riguroso desden imposibilitado; y no quiero en esta verdad poner otro testigo que á tí mesma, como á quien tan bien sabe cuántas veces y con cuántas lágrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te habia dado; y tú, por las causas que te imaginaste, ó por parecerte ser bien corresponder á las vanas promesas de Artandro, jamas quisiste que á tal ejecucion se llegase; ántes de dia en dia me ibas entreteniendo y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto con admitirme por tuyo. Tambien sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenia de ponerme en estado, y la priesa que daba á ello, trayendo los ricos y honrosos casamientos que tú sabes, y cómo yo con mil excusas me apartaba de sus importunaciones, dándotelas siempre á tí para que no dilatases mas lo que tanto á tí convenía y yo deseaba, y que al cabo de todo esto te dije un dia que

la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casase, y tú en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dijiste que mas no te hablase, y que me casase norabuena con Leopersia ó con quien mas gusto me diese. Sabes tambien que te persuadí muchas veces que dejases aquellos celosos devaneos, que yo era tuyo y no de Leopersia, y que jamas quisiste admitir mis disculpas ni condescender con mis ruegos; ántes perseverando en tu obstinacion y dureza, y en favorecer á Artandro, me enviaste á decir que te daria gusto en que jamas te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasion de quebrar tu mandamiento, viendo tambien que cumplia el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, ó á lo ménos desposaréme mañana, que así está concertado entre sus parientes y los mios; porque veas, Rosaura, cuán disculpado estoy de la culpa que me pones, y cuán tarde has tú venido en conocimiento de la sinrazon que conmigo usabas. Mas porque no me juzgues de aquí adelante por tan ingrato como en tu imaginacion me tienes pintado, mira si hay algo en que pueda satisfacer tu voluntad, que como no sea casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida y la honra. En tanto que estas palabras Grisaldo decia, tenia la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lágrimas, que daban bien á entender el dolor que en el alma sentia; pero viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo y doloroso suspiro, le dijo: Como no puede caber en tus verdes años tener, ó Grisaldo, larga y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo que un pequeño desden mio te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tú conocieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo mas te quisiese redundaban; mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasion que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mias, y en tal manera, que me dices que mañana te casas con Leopersia, pero yo te certifico que ántes que á ella lleves al tálamo, me has de llevar á mí á la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo muerto, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto; y porque claro conozcas y veas que la que perdió por tí su honestidad y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo pondrá en efeto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras. Y diciendo esto sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba á pasar el corazon con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo y la rebozada pastora su compañera no aguijara á abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo y la pastora primero que quitasen á Rosaura la daga de las manos, la cual á Grisaldo decia: Déjame, traidor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desden me haga probar la muerte. Esa no gustarás tú por mi ocasion, respondió Grisaldo, pues quiero que mi padre falte ántes á la palabra que por mí á Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto á lo que conozco que te debo: sosiega el pecho, Rosaura, pues yo te aseguro que este mio no sabrá desear otra cosa que la que fuere de tu contento. Con estas enamoradas razones de Grisaldo resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza á la vida de su alegría, y sin cesar de llorar se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiéndole las manos en señal de la merced que le hacia. Grisaldo hizo lo mesmo, y echándole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lágrimas. La pastora arrebozada, viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que habia tomado en ayudar á quitar la daga á Rosaura, no pudiendo mas sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea y Florisa; pero mas lo fué Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo: ¡Oh cielos, y qué es lo que veo! ¿no es por ventura esta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? ella es sin duda alguna. Y sin mas detenerse salió de donde estaba, y con ella Galatea y Florisa; y como la otra pastora viese á Teolinda, luego la conoció, y con abiertos brazos se fuéron la una á la otra, admiradas de haberse hallado en tal lugar, y en tal sazon y coyuntura. Viendo pues Grisaldo y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacia, y que habian sido descubiertos de las pastoras Galatea y Florisa, con no poca vergüenza de que los hubiesen hallado de aquella suerte, se levantaron, y limpiándose las lágrimas, con disimulacion y comedimiento recibieron á las pastoras, que luego de Grisaldo fuéron conocidas. Mas la discreta Galatea, por volver en seguridad el disgusto que quizá de su vista los dos enamorados pastores habian recibido, con aquel donaire con que ella todas las cosas decia, les dijo: No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo y Rosaura, pues solo servirá de acrecentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viésemos, y en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos; y pues el cielo los ha traido á término tan dichoso, en satisfaccion dello asegurad vuestros pechos y perdonad nuestro atrevimiento. Nunca tu presencia, hermosa Galatea, respondió Grisaldo, dejó de dar gusto do quiera que estuviese; y siendo esta verdad tan conocida, ántes quedamos en obligacion á tu vista, que con desabrimiento de tu llegada. Con estas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda y Teolinda pasaban, las cuales, despues de haberse abrazado una y dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lágrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos mirándolas á todos los que allí estaban, porque se parecian tanto, que casi no se podian decir semejantes, sino una mesma cosa; y si no fuera porque el traje de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea y Florisa no supieran diferenciallas: y entónces vieron con cuánta razon Artidoro se habia engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese. Mas viendo Florisa que el sol estaba hácia la mitad del cielo, y que sería bien buscar alguna sombra que de sus rayos las defendiese, ó á lo ménos volverse á la aldea, pues faltándoles la ocasion de apacentar sus ovejas, no debian estarse tanto en el prado, dijo á Teolinda y á Leonarda: Tiempo habrá, pastoras, donde con mas comodidad podais satisfacer nuestros deseos, y daros mas larga cuenta de vuestros pensamientos, y por agora busquemos á dó pasar el rigor de

la siesta que nos amenaza, ó en una fresca fuente que está á la salida del valle que atras dejamos, ó tornándonos á la aldea, donde será Leonarda tratada con la voluntad que tú, Teolinda, de Galatea y de mí conoces. Y si á vosotras, pastoras, hago solo este ofrecimiento, no es porque me olvide de Grisaldo y Rosaura, sino porque me parece que á su valor y merecimiento no puedo ofrecerles mas del deseo. Ese no faltará en mí miéntras la vida me durare, respondió Grisaldo, de hacer, pastora, lo que fuere en tu servicio, pues no se debe pagar con ménos la voluntad que nos muestras; mas por parecerme que será bien hacer lo que dices, y por tener entendido que no ignorais lo que entre mí y Rosaura ha pasado, no quiero deteneros ni detenerme en referirlo: solo os ruego seais servidas de llevar á Rosaura en vuestra compañía á vuestra aldea, en tanto que yo aparejo en la mia algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean; y porque Rosaura quede libre de sospecha, y no la pueda tener jamas de la fe de mi pensamiento, con voluntad considerada mia, siendo vosotras testigos della, le doy la mano de ser su verdadero esposo: y diciendo esto, tendió la suya, y tomó la de la bella Rosaura, y ella quedó tan fuera de sí de ver lo que Grisaldo hacia, que apénas pudo responderle palabra, sino que se dejó tomar la mano, y de allí á un pequeño espacio dijo: A términos me habia traido el amor, Grisaldo, señor mio, que con ménos que por mí hicieras te quedara perpetuamente obligada; pero pues tú has querido corresponder ántes á ser quien eres, que no á mi merecimiento, haré yo lo que en mí es, que es darte de nuevo el alma en recompensa deste beneficio, y despues el cielo de tan agradecida voluntad te dé la paga. No mas, dijo á esta sazon Galatea, no mas, señores, que adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demasiados comedimientos. Lo que resta es, rogar al cielo que traiga á dichoso fin estos principios, y que en larga y saludable paz goceis vuestros amores. Y en lo que dices, Grisaldo, que Rosaura venga á nuestra aldea, es tanta la merced que en ello nos haces, que nosotras mesmas te lo suplicamos. De tan buena gana iré en vuestra compañía, dijo Rosaura, que no sé con qué lo encarezca mas, que con deciros que no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañía. Pues ea, dijo Florisa, que el aldea es léjos, y el sol mucho, y nuestra tardanza de volver á ella notada: vos, señor Grisaldo, podeis ir á hacer lo que os conviniere que en casa de Galatea hallaréis á Rosaura, y á estas, una pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen. Sea como querais, dijo Grisaldo; y tomando á Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos que otro dia enviaria Grisaldo un pastor de los muchos de su padre á avisar á Rosaura de lo que habia de hacer: y que enviando aquel pastor, sin ser notado podria hablar á Galatea ó á Florisa, y dar la órden que mas conviniese. A todos pareció bien este concierto, y habiendo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el caballo, y abrazando de nuevo á Rosaura, y despidiéndose de las pastoras, se fué acompañado de lágrimas y de los ojos de Rosaura, que nunca dél se apartaron hasta que le perdieron de vista. Como las pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda con deseo de saber la causa de su venida.

Y Rosaura así mesmo fué contando á Galatea y á Flori
la ocasion que la habia movido á tomar el hábito de pa
tora, y á venir á buscar á Grisaldo, diciendo: No os ca
sara admiracion, hermosas pastoras, el verme á mí
este traje, si supiérades hasta do se extiende la podero
fuerza de amor, la cual no solo hace mudar el vestid
los que bien quieren, sino la voluntad y el alma, de
manera que mas es de su gusto; y hubiera yo perdi
el mio eternamente, si de la invencion deste traje
me hubiera aprovechado. Porque sabréis, amigas, q
estando yo en el aldea de Leonarda, de quien mi pad
es señor, vino á ella Grisaldo con intencion de estar
allí algunos dias, ocupado en el sabroso ejercicio de
caza; y por ser mi padre muy amigo del suyo, orde
de hospedarle en casa, y de hacerle todos los regalos q
pudiese. Hízolo así: y la venida de Grisaldo á mi ca
fué para sacarme á mí della; porque en efeto, aunq
sea á costa de mi vergüenza, os habré de decir que
vista, la conversacion, el valor de Grisaldo, hicier
tal impresion en mi alma, que sin saber cómo, á poc
dias que él allí estuvo, yo no estuve mas en mí, ni quis
ni pude estar sin hacerle señor de mi libértad. Pero
fué tan arrebatadamente, que primero no estuviese sa
tisfecha que la voluntad de Grisaldo de la mia un punt
no discrepaba, segun él me lo dió á entender con mu
chas y muy verdaderas señales. Enterada pues yo en est
verdad, y viendo cuán bien me estaba tener á Grisald
por esposo, vine á condescender con sus deseos, y á pone
en efeto los mios: y así, con la intercesion de una don
cella mia en un apartado corredor nos vimos Grisaldo
yo muchas veces, sin que nuestra estada solos á mas
extendiese que á vernos, y á darme él la palabra que ho
con mas fuerza delante de vosotras me ha tornado á da
Ordenó pues mi triste ventura que en el tiempo que
de tan dulce estado gozaba, vino asimesmo á visitar
mi padre un valeroso caballero aragonés, que Artand
se decia, el cual vencido, á lo que él mostró, de mi he
mosura, si alguna tengo, con grandísima solicitud pr
curó que yo con él me casase sin que mi padre lo s
piese. Habia en este medio procurado Grisaldo traer
efeto su propósito, y mostrándome yo algo mas dura
lo que fuese menester, le iba entreteniendo con pala
bras con intencion que mi padre saliese al camino d
casarme, y que entónces Grisaldo me pidiese por espos
pero no queria él hacer esto, porque sabia que la volu
tad de su padre era casarle con la rica y hermosa Le
persia, que bien debeis conocerla por la fama de su r
queza y hermosura. Vino esto á mi noticia, y tomé oc
sion de pedirle celos, aunque fingidos, solo por hac
prueba de la entereza de su fe; y fuí tan descuidada,
por mejor decir tan simple, que pensando que granjea
algo en ello, comencé á hacer algunos favores á Arta
dro, lo cual visto por Grisaldo, muchas veces me sign
ficó la pena que recibia de lo que yo con Artandro p
saba, y aun me avisó que si no era mi voluntad de q
él me cumpliese la palabra que me habia dado, que
podia dejar de obedecer á la de sus padres. A todas est
amonestaciones y avisos respondí yo sin ninguno, lle
de soberbia y arrogancia, confiada en que los lazos q
mi hermosura habia echado al alma de Grisaldo, no p
drian tan fácilmente ser rompidos, ni aun tocados
otra cualquiera belleza. Mas salióme tan al reves mi co
fianza, como me lo mostró presto Grisaldo, el cual can

mis necios y esquivos desdenes, tuvo por bien dejarme y venir obediente al mandado de su padre. Apénas se hubo él partido de mi aldea, y apartado de mi presencia, cuando yo conocí el error en que habia caido, y con tanto ahinco me comenzó á fatigar el ausencia de Grisaldo y los celos de Leopersia, que la ausencia dél me acababa, y los celos della me consumian. Considerando pues que si mi remedio se dilataba, habia de dejar en las manos del dolor la vida, determiné de aventurar á perder lo ménos, que á mi parecer era la fama, por ganar lo mas, que es á Grisaldo: y así con excusa que di á mi padre de ir á ver una tia mia, señora de otra aldea á la nuestra cercana, salí de mi casa acompañada de muchos criados de mi padre; y llegada en casa de mi tia, le descubrí todo el secreto de mi pensamiento, y le rogué fuese servida de que yo me pusiese en este hábito, y viniese á hablar á Grisaldo, certificándole que si yo en persona no venía, que tendrian mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió con condicion que trujese á Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba; y enviando por ella á nuestra aldea, y acomodándonos destos vestidos, y advirtiéndonos de algunas cosas que las dos habíamos de hacer, nos despedimos della habrá ocho dias; y habiendo seis que llegamos á la aldea de Grisaldo, jamas hemos podido hallar lugar de hablarle á solas como yo deseaba, hasta esta mañana que supe que venía á caza, y le aguardé en el mesmo lugar donde él se despidió: y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, habeis visto: del cual venturoso suceso quedo tan contenta, cuanto es razon lo quede quien tanto lo deseaba. Esta es, pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en contárosla, echad la culpa al deseo que teníades de saberla, y al mio, que no pudo hacer ménos de satisfaceros. Antes quedamos tan obligadas, respondió Florisa, á la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirte, no saldrémos de la deuda. Yo soy la que quedo en ella, replicó Rosaura, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dejando esto aparte, volved los ojos, pastoras, y veréis los de Teolinda y Leonarda tan llenos de lágrimas, que moverán á los vuestros á no dejar de acompañarlos en ellas. Volvieron Galatea y Florisa á mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decia: y lo que el llanto de las dos hermanas causaba era que, despues de haber dicho Leonarda á su hermana todo lo que Rosaura habia contado á Galatea y á Florisa, le dijo: Sabrás, hermana, que así como tú faltaste de nuestra aldea, se imaginó que te habia llevado el pastor Artidoro, que aquel mesmo dia faltó él tambien, sin que de nadie se despidiera: confirmé yo esta opinion en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro habia pasado en la floresta: con este indicio creció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca y de Artidoro, y en efeto lo pusiera por obra, si de allí á dos dias no viniera á nuestra aldea un pastor, que al momento que fué visto, todos le tuvieron por Artidoro: llegando estas nuevas á mi padre de que allí estaba el robador tuyo, luego vino con la justicia adonde el pastor estaba, al cual le preguntaron si te conocia, ó adónde te habia llevado. El pastor negó con juramento que en toda su vida te habia visto, ni sabía qué era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de ver que el pastor negaba conocerte, habiendo estado diez dias en el pueblo, y hablado y bailado contigo muchas veces, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba, y sin querer admitir disculpa suya, ni escucharle palabra, le llevaron á la prision, donde estuvo algunos dias sin que ninguno le hablase, al cabo de los cuales, yéndole á tomar su confesion, tornó á jurar que no te conocia, y que en toda su vida habia estado mas de aquella vez en nuestra aldea, y que mirasen (y esto otras veces lo habia dicho) que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él, por ventura no fuese un hermano suyo, que le parecia en tanto extremo como descubriria la verdad cuando les mostrase que se habian engañado, teniendo á él por Artidoro; porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural del aldea de Grisaldo; y en efeto, tantas demostraciones dió, y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron mas admirados, y decian que tal maravilla como la de parecernos yo á tí, y Galercio á Artidoro, no se habia visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicaba, me movió á ir á verle muchas veces á do estaba preso; y fué la vista de suerte que quedé sin ella, á lo ménos para mirar cosas que me den gusto, en tanto que á Galercio no viere; pero lo que mas mal hay en esto, hermana, es que él se fué de la aldea sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar de decírselo, y así me quedé con la pena que imaginarse puede, hasta que la tia de Rosaura me envió á pedir á mí por algunos dias, todo á fin de venir á acompañar á Rosaura, de lo que recebí sumo contento por saber que veniamos á la aldea de Galercio, y que allí le podria hacer sabidor de la deuda en que me estaba; pero he sido tan corta de ventura, que ha cuatro dias que estamos en su aldea, y nunca le he visto, aunque he preguntado por él, y me dicen que está en el campo con su ganado. He preguntado tambien por Artidoro, y hanme dicho que de unos dias á esta parte no parece en el aldea; y por no apartarme de Rosaura no he tenido lugar de ir á buscar á Galercio, del cual podria saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que á mí me ha sucedido, y lo demas que has visto con Grisaldo, despues que faltas, hermana, de la aldea. Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero cuando llegó á saber que en el aldea de Artidoro no se sabía dél nueva alguna, no pudo tener las lágrimas, aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabria nuevas de su hermano; y así determinó de ir otro dia á buscar á Galercio do quiera que estuviese, y habiéndole contado con la mas brevedad que pudo Leonarda todo lo que le habia sucedido despues que en busca de Artidoro andaba, abrazándola otra vez, se volvió adonde las pastoras estaban, que un poco desviadas del camino iban, por entre unos árboles que del calor del sol un poco las defendian; y en llegando á ellas Teolinda, les contó todo lo que su hermana le habia dicho, con el suceso de sus amores, y la semejanza de Galercio y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dijo Galatea: Quien ve la semejanza tan extraña que hay entre tí, Teolinda, y tu hermana, no tiene de qué maravillarse aunque otras vea, pues ninguna, á lo que yo creo, á la vuestra iguala. No hay duda, respondió Leonarda, sino que la que hay entre Artidoro y Galercio es tanta, que si á la nuestra no excede, á lo ménos en ninguna cosa se quedará atras. Quiera el cielo, dijo Florisa,

que así como los cuatro os semejais unos á otros, así os acomodeis y parezcais en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna conceda á vuestros deseos, que todo e mundo envidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas. Replicara á estas razones Teolinda, si no lo estorbara la voz que oyeron que dentre los árboles salia, y parándose todas á escucharla, luego conocieron ser la del pastor Lauso, de que Galatea y Florisa grande contento recibieron, porque en extremo deseaban saber de quién andaba Lauso enamorado, y creyeron que desta duda las sacaria lo que el pastor cantase; y por esta ocasion, sin moverse de donde estaban, con grandísimo silencio le escucharon. Estaba el pastor sentado al pié de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos y de un pequeño rabel, al son del cual desta manera cantaba.

LAUSO.

Si yo dijere el bien del pensamiento,
En mal se vuelva cuanto bien poseo,
Que no es para decirse el bien que siento.
De mí mesmo se encubra mi deseo,
Enmudezca la lengua en esta parte,
Y en el silencio ponga su trofeo.
Pare aquí el artificio, cese el arte
De exagerar el gusto, que en una alma
Con mano liberal amor reparte.
Baste decir que en sosegada calma
Paso el mar amoroso, confiado
De honesto triunfo y vencedora palma.
Sin saberse la causa, lo causado
Se sepa; que es un bien tan sin medida,
Que solo para el alma es reservado.
Ya tengo nuevo sér, ya tengo vida,
Ya puedo cobrar nombre en todo el suelo
De ilustre y clara fama conocida.
Que el limpio intento, el amoroso celo
Que encierra el pecho enamorado mio,
Alzarme puede al mas subido cielo.
En ti, Silena, espero, en ti confío,
Silena, gloria de mi pensamiento,
Norte por quien se rige mi albedrío.
Espero que el sin par entendimiento
Tuyo levantes á entender que valgo
Por fe lo que no está en merecimiento.
Confío que tendrás, pastora, en algo
(Despues de hacerte cierta la experiencia)
La sana libertad de un pecho hidalgo.
¿Qué bienes no asegura tu presencia?
Qué males no destierra, y quién sin ella
Sufrirá un punto la terrible ausencia?
¡Oh mas que la belleza misma bella,
Mas que la propia discrecion discreta,
Sol á mis ojos y á mi mar estrella!
No la que fué de la nombrada Creta,
Robada por el falso hermoso toro,
Igualó á tu hermosura tan perfeta.
Ni aquella que en sus faldas granos de oro
Sintió llover, por quien despues no pudo
Guardar el virginal rico tesoro.
Ni aquella que con brazo airado y crudo
En la sangre castísima del pecho
Tiñó el puñal en su limpieza agudo.

No cantó mas el enamorado pastor, ni por lo que cantado habia pudieron las pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban, que puesto que Lauso nombró á Silena en su canto, por este nombre no fué la pastora conocida: y así imaginaron que como Lauso habia andado por muchas partes de España, y aun de toda Asia y Europa, que alguna pastora forastera sería la que habia rendido la libre voluntad suya; mas volviendo á considerar que le habian visto pocos dias atras triunfar de la libertad, y hacer burla de los enamorados, sin duda creyeron que con disfrazado nombre celebraba alguna conocida pastora, á quien habia hecho señora de sus pensamientos: y así sin satisfacerse en su sospecha se fuéron hácia la aldea, dejando al pastor en el mismo lugar donde estaba. Mas no hubieron andado mucho, cuando vieron venir desde léjos algunos pastores que luego fuéron conocidos, porque eran Tirsi, Damon, Eli Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Da nio, Orfenio y Marsilio, con todos los mas princip pastores de la aldea, y entre ellos el desamorado Le con el lastimado Silerio, los cuales salian á ten siesta á la fuente de las Pizarras, á la sombra qu aquel lugar hacian las entricadas ramas de los espes verdes árboles; y ántes que los pastores llegasen, vieron cuidado Teolinda, Leonarda y Rosaura de re zarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tir Damon no fuesen conocidas. Los pastores llegaron ciendo corteses recibimientos á las pastoras, convi dolas á que en su compañia la siesta pasar quisie mas Galatea se excusó con decir que aquellas forast pastoras que con ella venían, tenian necesidad de ir aldea: con esto se despidió dellos, llevando tras sí almas de Elicio y Erastro, y aun las encubiertas pa ras los deseos de conocerlas de cuantos allí estab Ellas se fuéron á la aldea, y los pastores á la fresca fue pero ántes que allá llegasen, Silerio se despidió de dos, pidiendo licencia para volverse á su ermita puesto que Tirsi, Damon, Elicio y Erastro le roga que por aquel dia con ellos se quedase, jamas lo pud ron acabar con él, ántes abrazándolos á todos se des dió, encargando y rogando á Erastro que no dejase verle todas las veces que por su ermita pasase. Eras se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acon pañado de su continua pesadumbre, se volvió á la so dad de su ermita, dejando á los pastores no sin dolor ver la estrecheza de vida que en tan verdes años hal escogido; pero mas se sentia entre aquellos que le c nocian y sabían la calidad y valor de su persona. Lle dos los pastores á la fuente, hallaron en ella á tres ballero y á dos hermosas damas que de camino veni y fatigados del cansancio y convidados del amen fresco lugar, les pareció ser bien dejar el camino q llevaban, y pasar allí las calurosas horas de la sies Venían con ellos algunos criados, de manera que en apariencia mostraban ser personas de calidad. Quisie los pastores, así como los vieron, dejarles el lugar d ocupado; pero uno de los caballeros, que el princi parecia, viendo que los pastores de comedidos se qu rian ir á otra parte, les dijo: Si era por ventura vues contento, gallardos pastores, pasar la siesta en este d leitoso sitio, no os lo estorbe nuestra compañía, án nos haced merced de que con la vuestra aument nuestro contento, pues no promete ménos vuestra ge til disposicion y manera; y siendo el lugar, como lo tan acomodado para mayor cantidad de gente, har agravio á mí y á estas damas, si no venis en lo que en su nombre y el mio os pido. Con hacer, señor, lo q nos mandas, respondió Elicio, cumplirémos nues deseo, que por agora no se extendia á mas que veni este lugar á pasar en él en buena conversacion las en dosas horas de la siesta; y aunque fuera diferente nu tro intento, le torciéramos solo por hacer lo que ped Obligado quedo, respondió el caballero, á muestras tanta voluntad, y para mas certificarme y obligar con ella, sentáos, pastores, al rededor desta fre fuente, donde con algunas cosas que estas damas tra para regalo del camino, podeis despertar la sed, y n tigar en las frescas aguas que esta clara fuente ofrece. Todos lo hicieron así, obligados de su buen

miento. Hasta este punto habian tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces; pero viendo que los pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan extraña, que en gran admiracion puso á todos los que la vieron, pareciéndoles que despues de la de Galatea no podia haber en la tierra otra que se igualase. Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas, que de mas edad parecia, á la mas pequeña en cierto donaire y brio se aventajaba. Sentados pues y acomodados todos, el segundo caballero, que hasta entónces ninguna cosa habia hablado, dijo: Cuando me paro á considerar, agradables pastores, la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral y humilde vuestro, no puedo dejar de tener lástima á mí mesmo, y á vosotros honesta envidia. ¿Por qué dices eso, amigo Darinto? dijo el otro caballero. Dígolo, señor, replicó estotro, porque veo con cuánta solicitud vos y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos, y aumentar las haciendas, y cuán poco viene á lucirnos, pues los rostros están marchitos de los mal digestos manjares comidos á deshoras, y tan costosos como mal gastados: la púrpura, el oro, el brocado, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que mas bien parezcamos á los ojos de quien nos mira: todo lo contrario puedes ver diferente en los que siguen el rústico ejercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los cuales podria ser, y aun es así, que se hubiesen sustentado y sustentan de manjares simples en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros, y con todo eso mira el moreno de sus rostros, que promete mas entera salud que la blancura quebrada de los nuestros, y cuán bien les está á sus robustos y sueltos miembros un pellico de blanca lana, una caperuza parda y unas antiparras de cualquier color que sean; y con todo esto á los ojos de sus pastoras deben de parecer mas hermosos que los bizarros cortesanos á los de las retiradas damas. ¿Qué te diria pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condicion, y de la honestidad de sus amores? No te digo mas, sino que conmigo puede tanto lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocaria la mia con ella. En deuda te estamos todos los pastores, dijo Elicio, por la buena opinion que de nosotros tienes; pero con todo eso te sé decir que hay en la rústica vida nuestra tantos resbaladeros y trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra. No podré yo dejar de venir en lo que dices, replicó Darinto, porque ya se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra; pero en fin, en la pastoral hay ménos que en la ciudadana, por estar mas libre de ocasiones que alteren y desasosieguen el espíritu. Cuán bien se conforma con tu opinion, Darinto, dijo Damon, la de un pastor amigo mio, que Lauso se llama, el cual, despues de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios, y algunos otros en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido á la pobreza de nuestra rústica vida, y ántes que á ella viniese, mostró desearlo mucho, como parece por una cancion que compuso y envió al famoso Larsileo, que en los negocios de la corte tiene larga y ejercitada experiencia, y por haberme á mí parecido bien, la tomé toda en la memoria, y aun os la dijera, si imaginara que á ella me diera lugar el tiempo, y á vosotros no os cansara el escucharla. Ninguna otra cosa nos dará mas gusto que escucharte, discreto Damon, respondió Darinto, llamando á Damon por su nombre, que ya le sabia por haberle oido nombrar á los otros pastores sus amigos; y así yo de mi parte te ruego nos digas la cancion de Lauso, que pues ella es hecha, como dices, á mi propósito, y tú la has tomado de memoria, imposible será que deje de ser buena. Comenzaba Damon á arrepentirse de lo que habia dicho, y procuraba excusarse de lo prometido; mas los caballeros y damas se lo rogaron tanto, y todos los pastores, que él no pudo excusar el decirla. Y así, habiéndose sosegado un poco, con gentil donaire y gracia dijo desta manera.

DAMON.

El vano imaginar de nuestra mente,
De mil contrarios vientos arrojada
Acá y allá con curso presuroso:
La humana condicion flaca, doliente
En caducos placeres ocupada,
Do busca sin hallarle algun reposo:
El mundo mentiroso,
Falso prometedor de alegres gustos:
La voz de sus sirenas
Mal escuchada apénas,
Cuando cambia su gusto en mil disgustos:
La babilonia, el caos que miro y leo
En todo cuanto veo:
El cauteloso trato cortesano
Junto con mi deseo,
Puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo, señor, que allí llegara
Do llega mi deseo, el corto vuelo
De mi grosera mal cortada pluma,
Solo para que luego se ocupara
En levantar al mas subido cielo
Vuestra rara bondad y virtud suma;
Mas ¿quién hay que presuma
Echar sobre sus hombros tanta carga,
Si no es un nuevo Atlante
En fuerzas tan bastante,
Que poco el cielo le fatiga y carga?
Y aun le será forzoso que se ayude,
Y el grave peso mude
Sobre los brazos de otro Alcides nuevo;
Y aunque se encorve y sude,
Yo tal fatiga por descanso apruebo.

Ya que á mis fuerzas esto es imposible,
Y el inútil deseo doy por muestra
De lo que encierra el justo pensamiento,
Veamos si quizá será posible
Mover la flaca mal contenta diestra
A mostrar por enigma algun contento:
Mas tan sin fuerzas siento
Mi fuerza en esto, que será forzoso
Que apliqueis los oidos
A los tristes gemidos
De un desdeñado pecho congojoso,
A quien el fuego, el aire, el mar, la tierra,
Hacen contino guerra,
Todos en su desdicha conjurados,
Que se remata y cierra
Con la corta ventura de sus hados.

Si esto no fuera, fácil cosa fuera
Tender por la region del gusto el paso,
Y reducir cien mil á la memoria
Pintando el monte, el rio y la ribera.
No amor, el hado, la fortuna y caso
Rindieron á un pastor toda su gloria:
Mas desta dulce historia
El tiempo triunfa, y solo queda della
Una pequeña sombra,
Que ahora espanta, asombra
Al pensamiento que mas piensa en ella:
Condicion propia de la humana suerte
Que el gusto nos convierte
En pocas horas en mortal disgusto,
Y nadie habrá que acierte
En muchos años con un firme gusto.

Vuelva y revuelva en alto, suba ó baje
El vano pensamiento al hondo abismo,
Corra en un punto desde Tilo á Batro,
Que él dirá cuantó mas sude y trabaje,
Y del término salga de sí mismo
Puesto en la esfera, ó en el cruel baratro
¡Oh una, y tres, y cuatro,
Cinco, y seis, y mas veces venturoso
El simple ganadero,

Que con un pobre apero
Vive con mas contento y mas reposo
Que el rico Craso, ó el avariento Mida!
Pues con aquella vida
Robusta, pastoral, sencilla y sana,
De todo punto olvida
Esta mísera, falsa cortesana.

En el rigor del erizado invierno
Al tronco entero de robusta encina
De Vulcano abrasada se calienta,
Y allí en sosiego trata del gobierno
Mejor de su ganado, y determina
Dar de sí al cielo no entricada cuenta:
Y cuando ya se ahuyenta
El encogido, estéril, yerto frio,
Y el gran señor de Delo
Abrasa el aire, el suelo,
En el márgen sentado de algun rio
De verdes sauces y álamos cubierto,
Con rústico concierto
Suelta la voz, ó toca el caramillo,
Y á veces se ve cierto
Las aguas detenerse por oillo.

Poco allí le fatiga el rostro grave
Del privado, que muestra en apariencia
Mandar allí do no es obedecido;
Ni el alto exagerar con voz süave
Del falso adulador, que en poca ausencia
Muda opinion, señor, bando y partido;
Ni el desden sacudido
Del sutil secretario le fatiga,
Ni la altivez honrada
De la llave dorada,
Ni de los varios príncipes la liga,
Ni del manto ganado un punto parte,
Porque el furor de Marte
A una y otra parte suene airado,
Regido por tal arte,
Que apénas su secuaz se ve medrado.

Reduce á pocos pasos sus pisadas
Del alto monte al apacible llano,
Desde la fresca fuente al claro rio,
Sin que por ver las tierras apartadas
Las movibles campañas del Océano
Are con loco, antiguo desvarío:
No le levanta el brio
Saber que el gran monarca invicto vive
Bien cerca de su aldea,
Y aunque su bien desea,
Poco disgusto en no verle recibe.
No como el ambicioso entremetido,
Que con seso perdido
Anda tras el favor, tras la privanza,
Sin nunca haber teñido
En turca ó mora sangre, espada ó lanza

No su semblante ó su color se muda
Porque mude color, mude semblante
El señor á quien sirve; pues no tiene
Señor que fuerce á que con lengua muda
Siga cual Clicie á su dorado amante
El dulce ó amargo gusto que le viene:
No le veréis que pene
De temor que un descuido, una nonada
En el ingrato pecho
Del señor el derecho
Borre de sus servicios, y sea dada
De breve despedida la sentencia:
No muestra en apariencia
Otro de lo que encierra el pecho sano;
Que la rústica ciencia
No alcanza el falso trato cortesano.

¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?
Quién no dirá que aquella sola es vida
Que al sosiego del alma se encamina?
El no tenerla el cortesano en precio,
Hace que su bondad sea conocida
De quien aspira al bien y al mal declina.
¡Oh vida do se afina
En soledad el gusto acompañado!
Oh pastoral bajeza,
Mas alta que la alteza
Del cetro mas subido y levantado!
Oh flores olorosas, oh sombrios
Bosques, oh claros rios!
¡Quién gozar os pudiera un breve tiempo
Sin que los males mios
Turbasen tan honesto pasatiempo!

Cancion, á parte vas do serán luego
Conocidas tus faltas y tus sobras:
Mas di, si aliento cobras,
Con rostro humilde enderezado á ruego:
Señor, perdon, porque el que acá me envía,
En vos y en su deseo se confía.

Esta es, señores, la cancion de Lauso, dijo Damon
acabándola: la cual fué tan celebrada de Larsileo, cuai
bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron. C
razon lo puedes decir, respondió Darinto, pues la ve
dad y artificio suyo es digno de justas alabanzas. Es
canciones son las de mi gusto, dijo á este punto el de
morado Lenio; y no aquellas que á cada paso llegar
mis oídos, llenas de mil simples conceptos amorosos, t
mal dispuestos é intricados, que osaré jurar que hay
gunas, que ni las alcanza quien las oye, por discre
que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no mén
fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas á Cupi
y en exagerar su poder, su valor, sus maravillas y m
lagros, haciéndole señor del cielo y de la tierra, dá
dole otros mil atributos de potencia, de mando y seño
río; y lo que mas me cansa á mí de los que las hace
es, que cuando hablan de amor, entienden de un no
quién, que ellos llaman Cupido, que la mesma signif
cacion del nombre nos declara quién es él, que es
apetito sensual y vano, digno de todo vituperio. Hab
el desamorado Lenio, y en fin hubo de parar en dec
mal del amor; pero como todos los mas de los que al
estaban conocian su condicion, no repararon mucho e
sus razones, si no fué Erastro, que le dijo: ¿Piensa
Lenio, por ventura, que siempre estás hablando con
simple Erastro, que no sabe contradecir tus opinione
ni responder á tus argumentos? Pues quiérote adverti
que te será sano callar por ahora, ó á lo ménos tratar d
otras cosas que de decir mal de amor, si ya no gusta
que la discrecion y ciencia de Tirsi y de Damon te alum
bren de la ceguedad en que estás, y te muestren á
clara lo que ellos entienden y lo que tú debes entende
del amor y de sus cosas. ¿Qué me podrán ellos decir qu
yo no sepa? dijo Lenio; ó ¿qué les podré yo replicar qu
ellos no ignoren? Soberbia es esa, Lenio, respond
Elicio, y en ella muestras cuán fuera vas del camino
la verdad de amor, y que te riges mas por el norte de
parecer y antojo, que no por el que debias regirte, qu
es el de la verdad y experiencia. Antes por la mucha qu
yo tengo de sus obras, respondió Lenio, le soy tan con
trario como muestro y mostraré miéntras la vida m
durare. ¿En qué fundas tu razon? dijo Tirsi. ¿En qué
pastor? respondió Lenio: en que por los efetos que ha
cen, conozco cuán mala es la causa que los produce
¿Cuáles son los efetos de amor que tú tienes por ta
malos? replicó Tirsi. Yo te los diré, si con atencion m
escuchas, dijo Lenio; pero no querria que mi pláti
enfadase los oídos de los que están presentes, pudiend
pasar el tiempo en otra conversacion de mas gusto. Ni
guna cosa habrá que sea mas del nuestro, dijo Darint
que oir tratar desta materia, especialmente entre per
sonas que tan bien sabrán defender su opinion; y a
por mi parte, si la destos pastores no lo estorba,
ruego, Lenio, que sigas adelante la comenzada plátic
Eso haré yo de buen grado, respondió Lenio, porqu
pienso mostrar claramente en ella cuánta razon m
fuerza á seguir la opinion que sigo, y á vituperar cua
quiera otra que á la mia se opusiere. Comienza pues,
Lenio, dijo Damon, que no estarás mas en ella de cuan
mi compañero Tirsi descubra la suya. A esta sazon,
que Lenio se preparaba á decir los vituperios de amo
llegaron á la fuente el venerable Aurelio, padre de Ga
latea, con algunos pastores, y con él asimismo venia

Galatea y Florisa, con las tres rebozadas pastoras, Rosaura, Teolinda y Leonarda, á las cuales, habiéndolas topado á la entrada de la aldea, y sabiendo dellas la junta de pastores que en la fuente de las Pizarras quedaba, á ruego suyo las hizo volver, fiadas las forasteras pastoras en que por sus rebozos no serían de alguno conocidas. Levantáronse todos á recibir á Aurelio y á las pastoras, las cuales se sentaron con las damas, y Aurelio y los pastores con los demas pastores. Pero cuando las damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas, que no podian apartar los ojos de mirarla. No lo fué ménos Galatea de la hermosura dellas, especialmente de la que de mayor edad parecia. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cesó cuando supieron lo que entre el discreto Tirsi y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en extremo deseaba ver aquella junta, y oir aquella disputa; y mas entónces, donde tendria Lenio quien tan bien le supiese responder; y así sin mas esperar, sentándose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baja, y despues sonora, desta manera comenzó á decir.

LENIO.

Ya casi adivino, valerosa y discreta compañía, como ya en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido y temerario, pues con el poco ingenio y ménos experiencia que puede prometer la rústica vida en que yo algun tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua como esta con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias, y cuyos bien sabidos estudios no pueden asegurar en mi pretension sino segura pérdida. Pero confiado que á las veces la fuerza del natural ingenio adornado con algun tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas, con que facilitan las ciencias por largos años sabidas, quiero atreverme hoy á mostrar en público las razones que me han movido á ser tan enemigo de amor, que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado; y aunque otra cosa no me moviera á hacer esto sino vuestro mandamiento, no me excusara de hacerlo: cuanto mas, que no será pequeña la gloria que de aquí he de granjear, aunque pierda la empresa, pues al fin dirá la fama que tuve ánimo para competir con el nombrado Tirsi; y así con este presupuesto, sin querer ser favorecido sino es de la razon que tengo, á ella solo invoco y ruego dé tal fuerza á mis palabras y argumentos, que se muestre en ellas y en ellos la que tengo para ser tan enemigo del amor como público.

Es pues amor, segun he oido decir á mis mayores, un deseo de belleza: y esta difinicion le dan entre otras muchas los que en esta cuestion han llegado mas al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder que cual fuere la belleza que se amare, tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras, corpórea é incorpórea, el amor que la belleza corporal amare como último fin suyo, este tal amor no puede ser bueno, y este es el amor de quien yo soy enemigo; pero como la belleza corpórea se divide asimismo en dos partes, que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos, tambien puede haber amor de belleza corporal que sea bueno. Muéstrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones y de hembras, y esta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas, y que todas juntas hagan un todo perfeto, y formen un cuerpo proporcionado de miembros y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva, consiste en pinturas, estatuas, edificios; la cual belleza puede amarse, sin que el amor con que se amare se vitupere. La belleza incorpórea se divide tambien en dos partes: en las virtudes y ciencias del ánima; y el amor que á la virtud se tiene, necesariamente ha de ser bueno, y ni mas ni ménos el que se tiene á las virtuosas ciencias y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos, síguese que en el amar la una ó la otra consista ser el amor bueno ó malo; pero como la belleza incorpórea se considera con los ojos del entendimiento limpios y claros, y la belleza corpórea se mira con los ojos corporales, en comparacion de los incorpóreos, turbios y ciegos; y como sean mas prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente corporal que agrada, que no los del entendimiento á considerar la ausente incorpórea que glorifica, síguese que mas ordinariamente aman los mortales la caduca y mortal belleza que los destruye, que no la singular y divina que los mejora. Pues deste amor, ó desear la corporal belleza han nacido, nacen y nacerán en el mundo asolacion de ciudades, ruina de estados, destruicion de imperios y muertes de amigos: y cuando esto generalmente no suceda, ¿qué desdichas mayores, qué tormentos mas graves, qué incendio, qué celos, qué penas, qué muertes puede imaginar el humano entendimiento, que á las que padece el miserable amante puedan compararse? Y es la causa desto que, como toda la felicidad del amante consista en gozar la belleza que desea, y esta belleza sea imposible poseerse y gozarse enteramente, aquel no poder llegar al fin que se desea, engendra en él los suspiros, las lágrimas, las quejas y desabrimientos. Pues que sea verdad que la belleza de quien hablo no se puede gozar perfeta y enteramente, está manifiesto y claro; porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera dél, y no sea toda suya; porque las extrañas, conocida cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna y caso, y no en poder de nuestro albedrío, y así se concluye que donde hay amor hay dolor: y quien esto negase, negaria asimismo que el sol es claro, y que el fuego abrasa. Mas porque se venga con mas facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del ánimo discurriendo se verá clara la verdad que sigo. Son pues las pasiones del ánimo, como mejor vosotros sabeis, discretos caballeros y pastores, cuatro generales, y no mas. Desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades; las cuales pasiones, por ser como vientos contrarios que la tranquilidad del ánima perturban, con mas propio vocablo perturbaciones son llamadas: y destas perturbaciones la primera es propia del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo: y así es el deseo principio y orígen de todas nuestras pasiones, de do proceden como cualquier arroyo de su fuente. Y de aquí viene que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve á seguirla y á buscarla, y buscándola y siguiéndola, á mil desordenados fi-

nes nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano á procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del alnado, y lo que peor es, el mismo padre de la propia hija: este deseo es el que nuestros pensamientos á dolorosos peligros acarrea. Ni aprovecha que le hagamos obstáculo con la razon, que puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos dél: y no se contenta amor de tenernos á una sola voluntad atentos, ántes como del deseo de las cosas, como ya está dicho, todas las pasiones nacen, así del primer deseo que nace en nosotros, otros mil se derivan, y estos son en los enamorados no ménos diversos que infinitos, y aunque todas las mas de las veces miren á un solo fin, con todo eso, como son diversos los objetos y diversa la fortuna de los amadores de cada uno, sin duda alguna diversamente se desea. Hay algunos que por llegar á alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la cual ¡oh cuántas y cuán duras cosas se encuentran! ¡cuántas veces se cae, y cuántas agudas espinas atormentan sus piés, y cuántas veces primero se pierde la fuerza y el aliento, que dén alcance á lo que procuran! Algunos otros hay que ya de la cosa amada son poseedores, y ninguna otra desean ni piensan, sino en mantenerse en aquel estado, y teniendo en esto solo ocupados sus pensamientos, y en esto solo todas sus obras y tiempo consumido, en la felicidad son míseros, en la riqueza pobres, y en la ventura desventurados. Otros que ya están fuera de la posesion de sus bienes, procuran tornar á ellos, usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil condiciones, infinitas lágrimas, y al cabo en estas miserias ocupándose, se ponen á términos de perder la vida. Mas no se ven estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entónces el engañoso amor nos muestra una senda por do entremos, al parecer ancha y espaciosa, la cual despues poco á poco se va cerrando de manera, que para volver ni pasar adelante ningun camino se ofrece: y así engañados y traidos los míseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal formadas palabras que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrójanse luego á caminar tras ella, aguijados del deseo, y despues á poco trecho y á pocos dias, hallando la senda de su remedio cerrada, y el camino de su gusto impedido, acuden luego á regar su rostro con lágrimas, á turbar el aire con suspiros, fatigar los oídos con lamentables quejas; y lo peor es, que si acaso con las lágrimas, con los suspiros y con las quejas no pueden venir al fin de lo que desean, luego mudan estilo, y procuran alcanzar por malos medios lo que por buenos no pueden. De aquí nacen los odios, las iras, las muertes, así de amigos como de enemigos. Por esta causa se ha visto y se ve á cada paso, que las tiernas y delicadas mujeres se ponen á hacer cosas tan extrañas y temerarias, que aun solo el imaginarlas pone espanto. Por estas se ven los santos y conyugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal advertida esposa, ora del incauto y descuidado marido. Por venir al fin deste deseo es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo, y el amigo al amigo. Este rompe enemistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones y solicita parientas. Mas porque claramente se vea cuánta es la miseria de los enamorados, ya se sabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en nosotros, ni con tanto ím-
petu al objeto propuesto nos lleva, como aquel q
las espuelas de amor es solicitado; y de aquí viene
ninguna alegría ó contento pasa tanto del debido
mino, como aquella del amante cuando viene á c
guir alguna cosa de las que desea; y esto se ve, p
¿qué persona habrá de juicio, si no es el amante,
tenga á suma felicidad un tocar la mano de su an
una sortijuela suya, un breve amoroso volver de oj
otras cosas semejantes de tan poco momento cu
considera un entendimiento desapasionado? Y n
estos gustos tan colmados, que á su parecer los am
consiguen, se ha de decir que son felices y bienave
rados; porque no hay ningun contento suyo, que no v
acompañado de innumerables disgustos y sinsabores
que amor se los agua y turba, y nunca llegó gloria á
rosa adonde llega y alcanza la pena: y es tan mala el
gría de los amantes, que los saca fuera de sí mesmos
nándolos descuidados y locos; porque, como ponen
su intento y fuerzas en mantenerse en aquel gusto
tado que ellos se imaginan, de toda otra cosa se descui
de que no poco daño se les sigue, así de hacienda c
de honra y vida. Pues á trueco de lo que he dicho
hacen ellos mesmos esclavos de mil congojas, y ene
gos de sí propios. Pues ¿qué, cuando sucede que
medio de la carrera de sus gustos, les toca el hierro
de la pesada lanza de los celos? Allí se les escurec
cielo, se les turba el aire, y todos los elementos se
vuelven contrarios. No tienen entónces de quién es
rar contento, pues no se le puede dar el conseguir el
que desean: allí acude el temor contino, la desespe
cion ordinaria, las agudas sospechas, los pensamien
varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa y el v
dadero llanto, con otros mil extraños y terribles accid
tes que le consumen y atierran. Todas las ocasiones d
cosa amada le fatigan, si mira, si rie, si torna, si vuel
si calla, si habla; y finalmente todas las gracias que
movieron á querer bien, son las mesmas que atorme
tan al amante celoso. Y ¿quién no sabe que si la vent
á manos llenas no favorece á los amorosos principios,
con presta diligencia á dulce fin los conduce, cuán co
tosos le son al amante cualesquier otros medios que
desdichado pone para conseguir su intento? ¿Qué de
grimas derrama? Qué de suspiros esparce? ¿Cuánt
cartas escribe? Cuántas noches no duerme? Cuánt
y cuán contrarios pensamientos le combaten? Cuánt
recelos le fatigan, y cuántos temores le sobresaltan? ¿H
por ventura Tántalo que mas fatiga tenga entre las ag
y el manzano puesto, que la que tiene el miserab
amante entre el temor y la esperanza colocado? Son l
servicios del amante no favorecido los cántaros de l
hijas de Dánao, tan sin provecho derramados, que j
mas llegan á conseguir una mínima parte de su intent
¿Hay águila que así destruya las entrañas de Ticio, c
mo destruyen y roen los celos las del amante celoso
Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sísifo, c
mo carga el amor contino los pensamientos de los en
morados? Hay rueda de Ixion que mas presto se vuel
y atormente, que las prestas y varias imaginaciones d
los temerosos amantes? Hay Mínos ni Radamanto qu
así castiguen y apremien las desdichadas condenadas al
mas, como castiga y apremia el amor al enamorado pe
cho que al insufrible mando suyo está sujeto? No ha
cruda Megera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alect

así maltraten el ánima do se encierran, como maldita furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor y se le humillan como vasallos: los cuales por dar alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen, ó á lo ménos dijeron los antiguos gentiles, que este instinto que incita y mueve al enamorado para querer mas que á su propia vida la ajena, era un dios á quien pusieron por nombre Cupido; y que así, forzados de su deidad, no podian dejar de seguir y caminar tras lo que él queria. Moviéles á decir esto, y á dar nombre de dios á este deseo, el ver los efetos sobrenaturales que hace en los enamorados. Sin duda parece que es sobrenatural cosa estar un amante en un instante mesmo temeroso y confiado, arder léjos de su amada, helarse estando mas cerca della: mudo cuando parlero, y parlero cuando mudo. Extraña cosa es asimismo seguir á quien me huye, alabar á quien me vitupera, dar voces á quien no me escucha, servir á una ingrata, y esperar de quien jamas promete ni puede dar cosa que buena sea. ¡Oh amarga dulzura, oh venenosa medecina de los amantes no sanos! Oh triste alegría, oh flor amorosa, que ningun fruto señalas, sino de tardo arrepentimiento! Estos son los efetos deste dios imaginado, estas son sus hazañas y maravillosas obras: y aun tambien puede verse en la pintura, con que figuraban á este su vano dios, cuan vanos ellos andaban: pintábanle niño, desnudo, alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, lijero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento. Decian asimismo que entre las saetas suyas tenia dos, la una de plomo y la otra de oro, con las cuales diferentes efetos hacia, porque la de plomo engendraba odio en los pechos que tocaba, y la de oro crecido amor en los que heria, por solo avisarnos que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y por esta ocasion no en balde cantan los poetas á Atalanta vencida de tres hermosas manzanas de oro; y á la bella Dánae preñada de la dorada lluvia; y al piadoso Enéas descender al infierno con el ramo de oro en la mano: en fin, el oro de la dádiva es una de las mas fuertes saetas que el amor tiene, y con la que mas corazones sujeta: bien al reves de la de plomo, metal bajo y menospreciado, como lo es la pobreza, la cual ántes engendra odio y aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna. Pero si las razones hasta agora por mí dichas, no bastan á persuadiros la que yo tengo de estar mal con este pérfido amor, de quien trato hoy, observad en algunos ejemplos verdaderos y pasados los efetos suyos, y veréis, como yo veo, que no ve ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. Veamos pues ¿quién, sino este de amor, es aquel que al justo Lot hizo romper el casto intento, y violar á las propias hijas suyas? Este es sin duda el que hizo que el escogido David fuese adúltero y homicida; y el que forzó al libidinoso Amon á procurar el torpe ayuntamiento de Tamar, su querida hermana; y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dálida, por do perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo él y otros muchos la vida: este fué el que movió la lengua de Heródes para prometer á la bailadora niña la cabeza del Precursor de la vida: este hace que se dude de la salvacion del mas sabio y rico rey de los reyes, y aun de todos los hombres: este redujo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados á regir la pesada maza, á torcer un pequeñuelo huso, y ejercitarse en mujeriles ejercicios: este hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano: este cortó la lengua á Progne, Aragne y á Hipólito, infamó á Pasífae, destruyó á Troya y mató á Egisto: este hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reina pasase su casto pecho con la aguda espada: este puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba el vaso de mortífero veneno, que la acabó la vida. Este quitó la suya al valiente Turno, y el reino á Tarquino, el mando á Marco Antonio, y la vida y la honra á su amiga. Este en fin entregó nuestras Españas á la bárbara furia agarena, llamada á la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubrirá la noche con su sombra, que yo acabase de traeros á la memoria los ejemplos que se ofrecen á la mia, de las hazañas que el amor ha hecho y cada dia hace en el mundo, no quiero pasar mas adelante en ellos, ni aun en la comenzada plática, por dar lugar á que el famoso Tirsi me responda, rogándoos primero, señores, no os enfade oir una cancion, que algunes dias ha tengo hecha en vituperio deste mi enemigo, la cual, si bien me acuerdo, dice desta manera.

Sin que me pongan miedo el hielo y fuego,
El arco y flechas del amor tirano,
En su deshonra he de mover mi lengua:
Que ¿quién ha de temer á un niño ciego
De vario antojo y de juicio insano,
Aunque mas amenace daño y mengua?
Mi gusto crece, mi valor desmengua
Cuando la voz levanto
Al verdadero canto,
Que en vituperio del amor se forma
Con tal verdad, con tal manera y forma,
Que á todo el mundo su maldad descubre,
Y claramente informa,
Del cierto daño que el amor encubre.

Amor es fuego que consume el alma,
Hielo que hiela, flecha que abre el pecho
Que de sus mañas vive descuidado:
Turbado mar do no se ha visto calma,
Ministro de ira, padre del despecho,
Enemigo de amigo disfrazado,
Dador de escaso bien y mal colmado:
Afable, lisonjero,
Tirano, crudo y fiero,
Y Circe engañadora que nos muda
En varios mostruos, sin que humana ayuda
Pueda al pasado sér nuestro volvernos,
Aunque lijera acuda
La luz de la razon á socorrernos:

Yugo que humilla al mas erguido cuello,
Blanco á do se encaminan los deseos
Del ocio blando sin razon nacidos:
Red engañosa de sutil cabello,
Que cubre y prende en torpes actos feos
Los que del mundo son en mas tenidos:
Sabroso mal de todos los sentidos,
Ponzoña disfrazada
Cual píldora dorada:
Rayo que adonde toca, abrasa y hiende:
Airado brazo que á traicion ofende,
Verdugo del cautivo pensamiento,
Y del que se defiende
Del dulce halago de su falso intento:

Daño que aplace en los principios, cuando
Se regala la vista en el sujeto
Que cual el cielo bello le parece;
Mas tanto cuanto mas pasa mirando,
Tanto mas pena en público y secreto
El corazon que todo lo padece:
Mudo hablador, parlero que enmudece,
Cuerdo que desatina,
Para total ruina

De la mas concertada alegre vida:
Sombra de bien en males convertida,
Vuelo que nos levanta hasta la esfera,
Para que en la caida
Quede vivo el pesar y el gusto muera:

Invisible ladron que nos destruye
Y roba lo mejor de nuestra hacienda,
Llevándonos el alma á cada paso:
Lijereza que alcanza al que mas huye,
Enigma que ninguno hay que la entienda,
Vida que de contino está en traspaso,
Guerra elegida, y que nace acaso:
Tregua que poco dura,
Amada desventura,
Preñez, que por jamas á sazon llega,
Enfermedad que al ánima se pega:
Cobarde que se arroja al mal y atreve,
Deudor que siempre niega
La deuda averiguada que nos debe:

Cercado laberinto, do se anida
Una fiera crüel que se sustenta
De rendidos humanos corazones:
Lazo donde se enlaza nuestra vida,
Señor que al mayordomo pide cuenta
De las obras, palabras é intenciones:
Codicia de mil varias pretensiones,
Gusano que fabrica
Estancia pobre ó rica
Do poco espacio habita, y al fin muere:
Querer que nunca sabe lo que quiere,
Nube que los sentidos escurece,
Cuchillo que nos hiere;
Este es amor: seguidle, si os parece.

Con esta cancion acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella y con él dejó admirados á algunos de los que presentes estaban, especialmente á los caballeros, pareciéndoles que lo que Lenio habia dicho, de mas caudal que de pastoril ingenio parecia, y con gran deseo y atencion estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiéndose todos en su imaginacion, que sin duda alguna á la de Lenio haria ventaja, por la que Tirsi le hacia en la edad y en la experiencia, y en los mas acostumbrados estudios, y asimismo les aseguraba esto, porque deseaban que la opinion desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, y aun la dama que con Darinto y su compañero venía, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio mil puntos de los sucesos de sus amores; y esto fué cuando llegó á tratar de lágrimas y suspiros, y de cuán caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea y la discreta Florisa iban fuera desta cuenta, porque hasta entónces no se la habia tomado amor de sus hermosos y rebeldes pechos, y así estaban atentas no mas de á escuchar la agudeza con que los dos famosos pastores disputaban, sin que de los efetos de amor que oian viesen alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir á mejor término la opinion del desamorado pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los ánimos de los circunstantes, poniéndose frontero de Lenio, con suave y levantado tono desta manera comenzó á decir.

TIRSI.

Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado pastor, no me asegurara que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan léjos agora se halla, ántes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinion, te dejara con ella por castigo de tus sinrazones. Mas porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho, los buenos principios que tienes para poder reducirte á mejor propósito, no quiero dejar con mi silencio á los que nos oyen escandalizados, al amor desfavorecido, y á tí pertinaz y vanaglorioso: y así ayudado del amor, á (llamo, pienso en pocas palabras dar á entender otras son sus obras y efectos, de los que tú dél ha blicado, hablando solo del amor que tú entiend cual tú difiniste, diciendo que era un deseo de be declarando asimismo qué cosa era belleza, y poc pues desmenuzaste todos los efectos que el amo quien hablamos, hacia en los enamorados pechos, firmándolo al cabo con varios y desdichados suces el amor causados. Y aunque la difinicion que del hiciste sea la mas general que se suele dar, todav lo es tanto que no se pueda contradecir, porque a deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo q ama se desea, ni todo lo que se desea se ama. La está clara en todas las cosas que se poseen, que e ces no se podrá decir que se desean, sino que se a como el que tiene salud, no dirá que desea la salud no que la ama; y el que tiene hijos, no podrá deci desea hijos, sino que ama los hijos; ni tampoco la sas que se desean se puede decir que se aman, com muerte de los enemigos, que se desea y no se am así que por esta razon el amor y deseo vienen á se ferentes afectos de la voluntad. Verdad es que amo padre del deseo, y entre otras difiniciones que del a se dan, esta es una. Amor es aquella primera muta que sentimos hacer en nuestra mente, por el ape que nos conmueve y nos tira á sí y nos deleita y apla y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, cual movimiento se llama deseo; y en resolucion, de es movimiento del apetito acerca de lo que se ama un querer de aquello que se posee, y el objeto suyo el bien: y como se hallan diversas especies de dese el amor es una especie de deseo que atiende y mira bien que se llama bello; pero para mas clara difinic y division del amor, se ha de entender que en tres n neras se divide, en amor honesto, en amor útil y amor deleitable. Y á estas tres suertes de amor se red cen cuantas maneras de amar y desear pueden caber nuestra voluntad: porque el amor honesto mira á cosas del cielo, eternas y divinas; el útil á las de tierra, alegres y perecederas, como son las riquez mandos y señoríos; el deleitable á las gustosas y pl centeras, como son las bellezas corporales vivas, que Lenio, dijiste. Y cualquiera suerte destos amores q he dicho, no debe ser de ninguna lengua vituperad porque el amor honesto siempre fué, es y ha de ser lin pio, sencillo, puro y divino, y que solo en Dios pára sosiega. El amor provechoso, por ser como es natur no debe condenarse, ni ménos el deleitable, por s mas natural que el provechoso. Que sean naturales e tas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia n lo muestra, porque luego que el atrevido primer pad nuestro pasó el divino mandamiento, y de señor que hecho siervo, y de libre esclavo; luego conoció la m seria en que habia caido, y la pobreza en que estaba: así tomó en el momento las hojas de los árboles que cubriesen, y sudó y trabajó rompiendo la tierra pa sustentarse y vivir con la ménos incomodidad que pu diese; y tras esto (obedeciendo mejor á su Dios en el que en otra cosa) procuró tener hijos y perpetuar y de leitar en ellos la generacion humana; y así como por s inobediencia entró la muerte en él, y por él en todos su descendientes, así heredamos juntamente todos sus afec

pasiones, como heredamos su mesma naturaleza; y como él procuró remediar su necesidad y pobreza, tambien nosotros no podemos dejar de procurar y desear remediar la nuestra; y de aquí nace el amor que tenemos á las cosas útiles á la vida humana; y tanto cuanto mas alcanzamos dellas, tanto mas nos parece que remediamos nuestra falta; y por el mismo consiguiente heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos, y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza corporal, como solo y verdadero medio que tales deseos á dichoso fin conduce. Así que este amor deleitable, solo y sin mezcla de otro accidente, es digno ántes de alabanza que de vituperio. Y este es el amor que tú, Lenio, tienes por enemigo; y cáusalo que no le entiendes ni conoces, porque nunca le has visto solo y en su misma figura, sino siempre acompañado de deseos viciosos, lascivos y mal colocados; y esto no es culpa del amor, que siempre es bueno, sino de los accidentes que se le llegan, como vemos que acaece en algun caudaloso río, el cual tiene su nacimiento de alguna líquida y clara fuente, que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, y á poco espacio que de la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan. Así que este primer movimiento, amor ó deseo, como llamarlo quisiéres, no puede nacer sino de buen principio; y aun digo es el conocimiento de la belleza, la cual, conocida por tal, casi parece imposible que de amar se deje; y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros ánimos, que ella sola fué parte para que los antiguos filósofos (ciegos y sin lumbre de fe que los encaminase) llevados de la razon natural, y traidos de la belleza que en los estrellados cielos y en la máquina y redondez de la tierra contemplaban, admirados de tanto concierto y hermosura, fuéron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas causas segundas hasta llegar á la primer causa de las causas, y conocieron que habia un solo principio sin principio de todas las cosas; pero lo que mas los admiró y levantó la consideracion, fué ver la compostura del hombre tan ordenada, tan perfeta y tan hermosa, que le vinieron á llamar mundo abreviado: y así es verdad, que en todas las obras hechas por el mayordomo de Dios, naturaleza, ninguna es de tanto primor ni que mas descubra la grandeza y sabiduría de su Hacedor. Porque en la figura y compostura del hombre se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes dél se reparte: y de aquí nace que esta belleza conocida se ama, y como toda ella mas se muestre y resplandezca en el rostro, luego como se ve un hermoso rostro llama y tira la voluntad á amarle. De do se sigue, que como los rostros de las mujeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones, ellas son las que son de nosotros mas queridas, servidas y solicitadas, como á cosa en quien consiste la belleza que naturalmente mas á nuestra vista contenta. Pero viendo el Hacedor y criador nuestro, que es propia naturaleza del ánima nuestra estar contino en perpetuo movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas perecederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío, ponerle encima de sus tres potencias una despierta centinela, que la avisase de los peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguian; la cual fué la razon que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos: y viendo asimesmo que la belleza humana habia de llevar tras sí nuestros afectos é inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, á lo ménos quiso templarle y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del cual al varon y á la hembra los mas de los gustos y contentos amorosos naturales le son lícitos y debidos. Con estos dos remedios puestos por la divina mano, se viene á templar la demasía que puede haber en el amor natural que tú, Lenio, vituperas, el cual amor de sí es tan bueno, que si en nosotros faltase, el mundo y nosotros acabaríamos. En este mesmo amor de quien voy hablando, están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza; que el amante conforme la casta voluntad de la cosa amada la suya templa; es fortaleza, porque el enamorado cualquier adversidad puede sufrir por amor de quien ama; es justicia, porque con ella á la que bien quiere sirve, forzándole la mesma razon á ello; es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado. Mas yo te demando, ó Lenio, tú que has dicho que el amor es causa de ruina de imperios, destruicion de ciudades, de muertes de amigos, de sacrilegios hechos, inventor de traiciones, transgresor de leyes; digo que te demando que me digas, ¿cuál loable cosa hay hoy en el mundo, por buena que sea, que el uso della no pueda en mal ser convertida? Condénese la filosofía, porque muchas veces nuestros defetos descubre, y muchos filósofos han sido malos; abrásense las obras de los heróicos poetas, porque con sus sátiras y versos los vicios reprenden y vituperan; vitupérese la medicina, porque los venenos descubre; llámese inútil la elocuencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante, que ha puesto en duda la verdad conocida; no se forjen armas, porque los ladrones y los homicidas las usan, ni se fabriquen casas, porque pueden caer sobre sus habitadores; prohíbase la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad; ninguno procure tener hijos, porque Edipo, instigado de cruelísima furia, mató á su padre, y Oreste hirió el pecho de la madre propia; téngase por malo el fuego, porque suele abrasar las casas y consumir las ciudades; desdéñese el agua, porque con ella se anegó toda la tierra; condénense en fin los elementos, porque pueden ser de algunos perversos perversamente usados. Y desta manera cualquier cosa buena puede ser en mala convertida, y proceder della efetos malos, si en las manos de aquellos son puestas, que como irracionales, sin mediocridad del apetito gobernarse dejan. Aquella antigua Cartago, émula del imperio romano, la belicosa Numancia, la adornada Corinto, la soberbia Tébas, y la docta Aténas, y la ciudad de Dios, Jerusalen, que fuéron vencidas y asoladas; digamos por eso, que el amor fué causa de su destruicion y ruina. Así que debrian los que tienen por costumbre de decir mal de amor, decirlo dellos mismos, porque los dones de amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza; pues siempre los medios fuéron alabados en todas las cosas, como vituperados los extremos; que si abrazamos la virtud mas de aquello que basta, el sabio granjeará nombre de loco, y el justo de inicuo. Del antiguo Cremo trágico fué opinion, que como el vino mezclado con el agua es bueno, así el amor templado es

provechoso, lo que es al reves en el inmoderado: la generacion de los animales racionales y brutos sería ninguna, si del amor no procediese, y faltando en la tierra, quedaria desierta y vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de los dioses, dada para conservacion y cura de los hombres. Pero viniendo á lo que tú, Lenio, dijiste de los tristes y extraños efetos que el amor en los enamorados pechos hace, teniéndolos siempre en continuas lágrimas, profundos suspiros, desesperadas imaginaciones, sin concederles jamas una hora de reposo; veamos por ventura, qué cosa puede desearse en esta vida, que el alcanzarla no cueste fatiga y trabajo; y tanto cuanto es de valor la cosa, tanto mas se ha de padecer y se padece por ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del ánimo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar y contentarse sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parte dello, y con todo eso se compadece el seguirlos, ¿qué mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer ni contentar al deseo, sino con ello mesmo, se padezca, se llore, se tema y se espere? El que desea señoríos, mandos, honras y riquezas, ya que ve que no puede subir al último grado que quisiera, como llegue á ponerse en algun buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir á mas, le hace parar donde puede, y como mejor puede. Todo lo cual es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga ni otra satisfacion sino el mismo amor, y él propio es su propia y verdadera paga: y por esta razon es imposible que el amante esté contento hasta que á la clara conozca que verdaderamente es amado, certificándole desto las amorosas señales que ellos saben, y así estiman en tanto un regalado volver de ojos, una prenda cualquiera que sea de su amada, un no sé qué de risa, de habla, de burlas que ellos de véras toman, como indicios que les van asegurando la paga que desean, y así todas las veces que ven señales en contrario destas, esle fuerza al amante lamentarse y afligirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, cuando la favorable fortuna y el blando amor se los concede; y como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad ajena á que sea una propia con la mia, y juntar dos diferentes almas en tan indisoluble ñudo y estrecheza, que de las dos sean unos los pensamientos, y unas todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empresa, se padezca mas que por otra cosa alguna, pues despues de conseguida satisface y alegra sobre todas las que en esta vida se desean. Y no todas veces son las lágrimas con razon y causa derramadas, ni esparcidos los suspiros de los enamorados; porque si todas sus lágrimas y suspiros se causaron de ver que no se responde á su voluntad como se debe y con la paga que se requiere, habria de considerar primero adonde levantaron la fantasía; y si la subieron mas arriba de lo que su merecimiento alcanza, no es maravilla que cual nuevos Icaros caigan abrasados en el rio de las miserias, de las cuales no tendrá la culpa amor, sino su locura. Con todo eso yo no niego, sino afirmo, que el deseo de alcanzar lo que se ama, por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razon de la carestía que presupone, como ya otras veces he dicho; pero tambien digo que el conseguirla sea de grandísimo gusto y contento, como lo es al cansado el reposo, y la salud al enfermo. Junto con esto confieso que si los amantes señalasen, como en el uso antiguo, con piedras blancas y negras sus tristes ó dichosos dias, sin duda alguna que serían mas los infelices; mas tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haria ventaja á la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba desta verdad, vemos que los enamorados jamas de serlo se arrepienten; ántes si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como á enemigo le desecharian, porque aun el sufrirla les es suave: y por esto, ó amadores, no os impida ningun temor para dejar de ofreceros y dedicaros á amar lo que mas os pareciere dificultoso, ni os quejeis ni arrepintais si á la grandeza vuestra las cosas bajas habeis levantado, que amor iguala lo pequeño á lo sublime, y lo ménos á lo mas: y con justo acuerdo templa las diversas condiciones de los amantes, cuando con puro afeto la gracia suya en sus corazones recibe. No cedais á los peligros, porque la gloria sea tanta que quite el sentimiento de todo dolor; y como á los antiguos capitanes y emperadores en premio de sus trabajos y fatigas les eran, segun la grandeza de sus vitorias, aparejados triunfos, así á los amantes les están guardados muchedumbre de placeres y contentos: y como á aquellos el glorioso recibimiento les hacia olvidar todos los incómodos y disgustos pasados, así al amante, de la amada amado, los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos dias en suma tranquilidad y alegría se convierten. De manera, Lenio, que si por sus efetos tristes les condenas, por los gustosos y alegres les debes absolver. Y á la interpretacion que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vas tan engañado en ella como casi en las demas cosas que contra el amor has dicho. Porque pintarle niño, ciego, desnudo, con las alas y saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condicion doblada, sino pura y sencilla; ha de ser ciego á todo cualquier otro objeto que se le ofreciere, si no es aquel á quien ya supo mirar y entregarse; ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama; ha de tener alas de lijereza, para estar pronto á todo lo que por su parte se le quiere mandar; píntanle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho ha de ser profunda y secreta, y que apénas se descubra sino á la misma causa que ha de remedialla. Que el amor hiera con dos saetas, las cuales obran en diferentes maneras, es darnos á entender que en el perfeto amor no ha de haber medio de querer y no querer en un mesmo punto, sino que el amante ha de amar enteramente, sin mezcla de alguna tibieza. En fin, Lenio, este amor es el que si consumió á los troyanos, engrandeció á los griegos: si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crecer los edificios de Roma: si quitó el reino á Tarquino, redujo á libertad la república; y aunque pudiera traer aquí muchos ejemplos en contrario de los que truje de los efetos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de sí son tan notorios: solo quiero rogarte te dispongas á creer lo que he mostrado, y que tengas paciencia para oir una cancion mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo; y si por ella y por lo que te he dicho no quisieres reducirte á ser de la parte de amor, y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dél he declarado, si el tiempo de agora lo concede, ó en otro cualquiera

que tú escogieres y señalares, te prometo satisfacer á todas las réplicas y argumentos que en contrario de los mios decir quisieres; y por agora estáme atento y escucha.

Salga del limpio enamorado pecho
La voz sonora, y en süave acento
Canté de amor las altas maravillas,
De modo que contento y satisfecho
Quede el mas libre y suelto pensamiento,
Sin que las sienta con no mas de oillas.
Tú, dulce amor, que puedes referillas
Por mi lengua, si quieres,
Tal gracia le concede,
Que con la palma quede
De gusto y gloria por decir quién eres;
Que si me ayudas, como yo confio,
Veráse en presto vuelo
Subir al cielo tu valor y el mio.

Es el amor principio del bien nuestro,
Medio por do se alcanza y se granjea
El mas dichoso fin que se pretende:
De todas ciencias sin igual maestro,
Fuego, que aunque de hielo un pecho sea,
En claras llamas de virtud le enciende:
Poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende
Raiz de adonde nace
La venturosa planta
Que al cielo nos levanta
Con tal fruto, que al alma satisface,
De bondad, de valor, de honesto celo,
De gusto sin segundo,
Que alegra al mundo y enamora al cielo:

Cortesano, galan, sabio, discreto,
Gallardo, liberal, manso, esforzado,
De aguda vista, aunque de ciegos ojos:
Guardador verdadero del respeto,
Capitan que en la guerra do ha triunfado
Sola la honra quiere por despojos:
Flor que crece entre espinas y entre abrojos
Que á vida y alma adorna:
Del temor enemigo,
De la esperanza amigo:
Huésped que mas alegra cuando torna,
Instrumento de honrosos ricos bienes,
Por quien se mira y medra
La honrosa yedra en las honradas sienes:

Instinto natural, que nos conmueve
A levantar los pensamientos, tanto
Que apénas llega allí la vista humana:
Escala por do sube el que se atreve
A la dulce region del cielo santo:
Sierra, en su cumbre deleitosa y llana
Facilidad que lo intricado allana:
Norte por quien se guia
En este mar insano
El pensamiento sano:
Alivio de la triste fantasía,
Padrino que no quiere nuestra afrenta:
Farol que no se encubre,
Mas nos descubre el puerto en la tormenta:

Pintor, que en nuestras ánimas retrata
Con apacibles sombras y colores
Ora mortal, ora inmortal belleza:
Sol que todo nublado desbarata,
Gusto á quien son sabrosos los dolores,
Espejo en quien se ve naturaleza:
Liberal, que en su punto la franqueza
Pone con justo medio:
Espiritu de fuego
Que alumbra al que es mas ciego:
Del odio y del temor solo remedio:
Argos que nunca puede estar dormido,
Por mas que á sus orejas
Lleguen consejas de algun dios fingido:

Ejército de armada infantería
Que atropella cien mil dificultades,
Y siempre queda con vitoria y palma
Morada adonde asiste el alegría,
Rostro que nunca encubre las verdades,
Mostrando claro lo que está en el alma:
Por donde la tormenta es dulce calma,
Con solo que se espere
Tenerla en tiempo alguno:
Refrigerio oportuno
Que cura el desdeñado cuando muere;
En fin, amor es vida, es gloria, es gusto,
Almo, feliz sosiego:
Seguidle luego, que el seguirle es justo.

El fin del razonamiento y cancion de Tirsi fué principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de discreto tenia, si no fué en el desamorado Lenio, á quien no pareció tan bien su respuesta, que le satisfaciese al entendimiento y le mudase de su primer propósito. Vióse esto claro, porque ya iba dando muestras de querer responder y replicar á Tirsi, si las alabanzas que á los dos daban Darinto y su compañero, y todos los pastores y pastoras presentes, no lo estorbaran, porque tomando la mano el amigo de Darinto, dijo: En este punto acabo de conocer cómo la potencia y sabiduría de amor por todas las partes de la tierra se extiende, y que donde mas se afina y apura es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oido al desamorado Lenio y al discreto Tirsi, cuyas razones y argumentos mas parecen de ingenios entre libros y las aulas criados, que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crecidos. Pero no me maravillaria yo tanto desto, si fuese de aquella opinion del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabían, presuponiendo que todas se crian enseñadas: mas cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa, la cual no tenia ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de ver cómo haya sido posible que en la compañía de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las ciencias, que apénas saben disputarse en las nombradas universidades: si ya no quiero persuadirme á lo que primero dije, que el amor por todo se extiende, y á todos se comunica; al caido levanta, al simple avisa y al avisado perfeciona. Si conocieras, señor, respondió á esta sazon Elicio, cómo la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los árboles y florestas, como tú imaginas, sino en las reales cortes y conocidas escuelas, no te maravillaras de lo que ha dicho, sino de lo que ha dejado por decir: y aunque el desamorado Lenio, por su humildad ha confesado que la rusticidad de su vida pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo eso te aseguro que los mas floridos años de su edad gastó, no en el ejercicio de guardar las cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tórmes en loables estudios y discretas conversaciones. Así que, si la plática que los dos han tenido, de mas que de pastores te parece, contémplalos como fuéron, y no como agora son: cuanto mas, que hallarás pastores en estas nuestras riberas, que no te causarán ménos admiracion si los oyes, que los que ahora has oido; porque en ellas apacientan sus ganados los famosos y conocidos Franio, Siralvo, Filardo, Silvano, Lisardo y los dos Matuntos, padre y hijo, uno en la lira y otro en la poesía sobre todo extremo extremados; y para remate de todo, vuelve los ojos y conoce el conocido Damon, que presente tienes, donde puede parar tu deseo, si desea conocer el extremo de discrecion y sabiduría. Responder queria el caballero á Elicio, cuando una de aquellas damas que con él venían dijo á la otra: Paréceme, señora Nísida, que pues el sol va ya declinando, que sería bien que nos fuésemos, si habemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre. No hubo bien dicho esto la dama, cuando Darinto y su compañero la miraron, mostrando que les habia pesado de que hubiese llamado por su nombre á la otra. Pero así como Elicio oyó el nombre de Nísida, le dió en el alma si era aquella Nísida de quien el ermitaño Silerio tantas cosas habia contado, y el mismo pensamiento les vino á Tirsi, Damon y á Erastro. Y por certificarse Elicio de lo

que sospechaba, dijo: Pocos dias ha, señor Darinto, que yo y algunos de los que aquí estamos oimos nombrar el nombre de Nísida, como aquella dama agora ha hecho, pero de mas lágrimas acompañado y con mas sobresaltos referido. ¿Por ventura, respondió Darinto, hay alguna pastora en estas vuestras riberas, que se llame Nísida? No, respondió Elicio; pero esta que yo digo, en ellas nació, y en las apartadas del famoso Sebeto fué criada. ¿Qué es lo que dices, pastor? replicó el otro caballero. Lo que oyes, respondió Elicio, y lo que mas oirás, si me aseguras una sospecha que tengo. Dímela, dijo el caballero, que podria ser te satisfaciese. A esto replicó Elicio: A dicha, señor, ¿tu propio nombre es Timbrio? No te puedo negar esa verdad, respondió el otro, porque Timbrio me llamo, el cual nombre quisiera encubrir hasta otra sazon mas oportuna; mas la voluntad que tengo de saber por qué sospechaste que así me llamaba, me fuerza á que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres. Segun eso, tampoco me negarás, respondió Elicio, que esta dama que contigo traes se llama Nísida, y aun por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana. En todo has acertado, respondió Timbrio; pero pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tú la causa que te ha movido á preguntármelo. Ella es tan buena y será tan de tu gusto, replicó Elicio, cual lo verás ántes de muchas horas. Todos los que no sabían lo que el ermitaño Silerio á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro habia contado, estaban confusos oyendo lo que entre Timbrio y Elicio pasaba. Mas á este punto dijo Damon volviéndose á Elicio: No entretengas, ó Elicio, las buenas nuevas que puedes dar á Timbrio; y aun yo, dijo Erastro, no me detendré un punto de ir á dársela al lastimado Silerio del hallazgo de Timbrio. ¡Santos cielos, y qué es lo que oigo! dijo Timbrio; y ¿qué es lo que dices, pastor? ¿Es por ventura ese Silerio que has nombrado el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi vida, el que yo deseo ver mas que á otra cosa que me pueda pedir el deseo? Sácame desta duda luego, así crezcan y multipliquen tus rebaños de manera que te tengan envidia todos los vecinos ganaderos. No te fatigues tanto, Timbrio, dijo Damon, que el Silerio que Erastro dice es el mesmo que tú dices, y el que desea saber mas de tu vida que sostener y aumentar la suya propia; porque despues que te partiste de Nápoles, segun él nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia, que la pena della, con la que le causaban otras pérdidas que él nos contó, le ha reducido á términos, que en una pequeña ermita que poco ménos de una legua está de aquí distante, pasa la mas estrecha vida que imaginarse puede, con determinacion de esperar allí la muerte, pues de saber el suceso de tu vida no podia ser satisfecho. Esto sabemos cierto Tirsi, Elicio, Erastro y yo, porque él mesmo nos ha contado la amistad que contigo tenia, con toda la historia de los casos á entrambos sucedidos, hasta que la fortuna por tan extraños accidentes os apartó para apartarle á él á vivir en tan extraña soledad que te causará admiracion cuando le veas. Véale yo, y llegue luego el último remate de mis dias, dijo Timbrio: y así os ruego, famosos pastores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagais este mio con decirme adonde está esa ermita adonde Silerio vive. Adonde muere podrás mejor decir, dijo Erastro; pero de aquí adelante vivirá con las nuevas de tu venida; y pues tant su gusto y el tuyo deseas, levántate y vamos, que ánte que el sol se ponga te pondré con Silerio: mas ha de se con condicion que en el camino nos cuentes todo lo qu te ha sucedido despues que de Nápoles te partiste, qu de todo lo demas hasta aquel punto satisfechos están al gunos de los presentes. Poca paga me pides, respondi Timbrio, para tan gran cosa como me ofreces; porqu no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres y mas; y volviéndose á las damas que co él venían, les dijo: Pues con tan buena ocasion, querid y señora Nísida, se ha rompido el presupuesto que traiamos de no decir nuestros propios nombres, con el alegría que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos á ver á Silerio, á quien vos y yo debemos las vidas y el contento que poseemos. Excusado es, señor Timbrio, respondió Nísida, que vos me rogueis que haga cosa que tanto deseo y que tan bien me está el hacerla: vamos enhorabuena, que ya cada momento que tarda de verle se me hará un siglo. Lo mesmo dijo la otra dama, que era su hermana Blanca, la mesma que Silerio habia dicho, y la que mas muestra dió de contento. Solo Darinto con las nuevas de Silerio se puso tal, que los labios no movia, ántes con un extraño silencio se levantó y mandó á un su criado que le trujese el caballo en que allí habia venido: sin despedirse de ninguno subió en él, y volviendo las riendas, á paso tirado se desvió de todos. Cuando esto vió Timbrio, subió en otro caballo, y con mucha priesa siguió á Darinto hasta que le alcanzó, y trabando por las riendas del caballo, le hizo estar quedo, y allí estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del cual Timbrio se volvió donde los pastores estaban, y Darinto siguió su camino, enviando á disculparse con Timbrio del haberse partido sin despedirse dellos. En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda y Florisa á las hermosas Nísida y Blanca se llegaron; y la discreta Nísida en breves razones les contó la amistad tan grande que entre Timbrio y Silerio habia, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados; pero con la vuelta de Timbrio todos quisieron ponerse en camino para la ermita de Silerio; sino que á la mesma sazon llegó á la fuente una hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurron al hombro y cayado en la mano, la cual como vió tan agradable compañía, con lágrimas en los ojos les dijo: Si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los extraños efetos y casos de amor tenga alguna noticia, y las lágrimas y suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente á ver si es posible remediar y detener las mas amorosas lágrimas y profundos suspiros que jamas de ojos y pechos enamorados salieron: acudid pues, pastores, á lo que os digo, veréis cómo con la experiencia de lo que os muestro hago verdaderas mis palabras; y en diciendo esto volvió las espaldas, y todos cuantos allí estaban la siguieron. Viendo pues la pastora que la seguian, con presuroso paso se entró por entre unos árboles que á un lado de la fuente estaban; y no hubo andado mucho, cuando volviéndose á los que tras ella iban, les dijo: Veis allí, señores, la causa de mis lágrimas, porque aquel pastor que allí parece es un hermano mio, que por aquella pastora ante quien está hincado de hinojos, sin duda alguna él dejará la vida en manos de su

soledad. Volvieron todos los ojos á la parte que la pastora señalaba, y vieron que al pié de un verde sauce estaba arrimada una pastora, vestida como cazadora ninfa, con una rica aljaba que del lado le pendia, y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos y rubios cabellos coronados con una verde guirnalda; el pastor estaba hincado de rodillas con un cordel echado á la garganta y un cuchillo desenvainado en la derecha mano, y con la izquierda tenia asida á la pastora de un blanco cendal que encima de los vestidos traia. Mostraba la pastora tener encendido su rostro, y estar desgustada de que el pastor por fuerza la detuviese; mas cuando ella vió que la estaban mirando, con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado pastor, que con abundancia de lágrimas, tiernas y amorosas palabras, le estaba rogando que siquiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecia; pero la pastora desdeñosa y airada se apartó dél, á tiempo que ya todos los pastores llegaban cerca tanto, que oyeron al enamorado pastor, que en tal manera á la pastora hablaba. ¡Oh ingrata y desconocida Gelasia, y con cuán justo título has alcanzado el renombre de cruel que tienes! Vuelve, enemiga, los ojos á mirar al que por mirarte está en el extremo de dolor que imaginarse puede. ¿Por qué huyes de quien te sigue? Por qué no admites á quien te sirve, y por qué aborreces al que te adora? ¡Oh sin razon enemiga mia, dura cual levantado risco, airada cual ofendida sierpe, sorda cual muda selva, esquiva como rústica, rústica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se ceba! ¿Será posible que mis lágrimas no te ablanden, que mis suspiros no te apiaden y que mis servicios no te muevan? Sí que será posible, pues así lo quiere mi corta y desdichada suerte; y aun será tambien posible que tú no quieras apretar este lazo que á la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio deste corazon que te adora: vuelve, pastora, vuelve y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añudar este cordel á mi garganta, ó ensangrentar este cuchillo en mi pecho. Estas y otras semejantes razones decia el lastimado pastor, acompañadas de tantos sollozos y lágrimas, que movian á compasion á todos cuantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel y desamorada pastora dejaba de seguir su camino, sin querer aun volver los ojos á mirar al pastor que por ella en tal estado quedaba: de que no poco se admiraron todos los que su airado desden conocieron; y fué de manera, que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la pastora: y ansí él con el anciano Arsindo se adelantaron á rogarle tuviese por bien de volver á escuchar las quejas del enamorado mozo, aunque nunca tuviese intencion de remediarlas. Mas no fué posible mudarla de su propósito, ántes les rogó que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo que le mandaban, porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor y de todos los enamorados, por muchas razones que á ello la movian, y una dellas era haberse desde su niñez dedicado á seguir el ejercicio de la casta Diana: añadiendo á estas tantas causas para no hacer el ruego de los pastores, que Arsindo tuvo por bien de dejarla y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el cual como vió que la pastora era tan enemiga del amor, como parecia, y que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformaba, determinó de saber quién era, y de seguir su compañía por algunos dias, y así le declaró como él era el mayor enemigo que el amor y los enamorados tenian, rogándole que pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía, que no sería mas de lo que ella quisiese. La pastora se holgó de saber la intencion de Lenio, y le concedió que con ella viniese hasta su aldea, que dos leguas de la de Lenio era. Con esto se despidió Lenio de Arsindo, rogándole que le disculpase con todos sus amigos, y les dijese la causa que le habia movido á irse con aquella pastora: y sin esperar mas, él y Gelasia alargaron el paso, y en poco rato desaparecieron. Cuando Arsindo volvió á decir lo que con la pastora habia pasado, halló que todos aquellos pastores habian llegado á consolar al enamorado pastor, y que las dos de las tres rebozadas pastoras, la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea, y la otra abrazada con la bella Rosaura, que asimesmo el rostro cubierto tenia. La que con Galatea estaba era Teolinda, y la otra su hermana Leonarda, las cuales así como vieron al desesperado pastor, que con Gelasia hallaron, un celoso y enamorado desmayo les cubrió el corazon, porque Leonarda creyó que el pastor era su querido Galercio, y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro: y como las dos le vieron tan rendido y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno la una en las faldas de Galatea, la otra en los brazos de Rosaura desmayadas cayeron. Pero de allí á poco rato, volviendo en si Leonarda, á Rosaura dijo: ¡Ay, señora mia, y cómo creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la fortuna, pues la voluntad de Galercio está tan ajena de ser mia, como se puede ver por las palabras que aquel pastor ha dicho á la desamorada Gelasia! porque te hago saber, señora, que aquel es el que ha robado mi libertad, y aun el que ha de dar fin á mis dias. Maravillada quedó Rosaura de lo que Leonarda decia: y mas lo fué cuando habiendo tambien vuelto en sí Teolinda, ella y Galatea la llamaron, y juntándose todos con Florisa y Leonarda, Teolinda dijo cómo aquel pastor era el su deseado Artidoro; pero aun no le hubo bien nombrado, cuando su hermana le respondió que se engañaba, que no era sino Galercio su hermano. ¡Ay, traidora Leonarda! respondió Teolinda, y ¿no te basta haberme una vez apartado de mi bien, sino agora que le hallo quieres decir que es tuyo? pues desengáñate, que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga. Sin duda que te engañas, hermana, respondió Leonarda, y no me maravillo, que en ese mismo error cayeron todos los de nuestra aldea, creyendo que este pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron á entender que no era sino su hermano Galercio; que tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una á la otra: y aun si puede haber mayor semejanza, mayor semejanza tienen. No lo quiero creer, respondió Teolinda, porque aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan fácilmente se hallan estos milagros en naturaleza; y así te hago saber que en tanto que la experiencia no me haga mas cierta de la verdad, que tus palabras me hacen, yo no pienso dejar de creer que aquel pastor que allí veo es Artidoro; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condicion y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida se puede esperar ó

temer que tan presto haya hecho mudanza, y me olvide. Sosegáos, pastoras, dijo entónces Rosaura, que yo os sacaré presto desa duda en que estáis; y dejándolas á ellas, se fué adonde el pastor estaba dando á aquellos pastores cuenta de la extraña condicion de Gelasia, y de las sinrazones que con él usaba. A su lado tenia el pastor la hermosa pastorcilla que decia ser su hermano, á la cual llamó Rosaura, y apartándose con ella á un cabo, la importunó y rogó le dijese cómo se llamaba su hermano, y si tenia otro alguno que le pareciese. A lo cual la pastora respondió que se llamaba Galercio, y que tenia otro que se llamaba Artidoro, que le parecia tanto, que apénas se diferenciaban, si no es por alguna señal de los vestidos, ó por el órgano de la voz, que en algo diferia. Preguntóle tambien qué se habia hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de allí apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca habia querido entrar en el aldea, ni tener conversacion con hombre alguno, despues que de las riberas del Henáres habia venido; y con estas le dijo otras particularidades tales, que Rosaura quedó satisfecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda habia dicho y aquella pastora decia, de la cual supo el nombre, que se llamaba Maurisa: y trayéndola consigo adonde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda y Leonarda contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabía, con lo que quedó Teolinda sosegada, y Leonarda descontenta, viendo cuán descuidadas estaban las mentes de Galercio de pensar en cosas suyas. En las pláticas que las pastoras tenian, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyéndolo Maurisa, dijo: Si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aquí mi venida y la de mi hermano. ¿En qué manera? dijo Rosaura. Yo os lo diré, si me dais licencia de que á solas os lo diga, respondió la pastora. De buena gana, replicó Rosaura; y apartándose con ella la pastora, le dijo: Sin duda alguna, hermosa señora, que á vos y á la pastora Galatea, mi hermano y yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos. Así debe ser, respondió Rosaura, y llamando á Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decía, que fué avisarles como de allí á dos dias vendria con dos amigos suyos á llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarian sus bodas, y juntamente con esto dió de parte de Grisaldo á Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura habia mostrado. Rosaura y Galatea agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago dél la discreta Galatea queria partir con ella el presente que Grisaldo le habia enviado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Allí de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza extraña que entre Galercio y Artidoro habia. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar á Maurisa, le entretenian Teolinda y Leonarda en mirar á Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podia apartarlos de mirar; y como los de la enamorada Leonarda sabían lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos. A esta sazon ya los pastores habian consolado á Galercio, aunque para el mal que padecia cualesquier consejos y consuelos tenia por vanos y excusados, todo lo cual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea, viendo que los pastores hácia ellas se venían, despidieron á Maurisa, diciéndole que dijese á Grisaldo como Rosaura estaria en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y llamando á su hermano, en secreto le contó lo que con Rosaura y Galatea pasado habia, y así con buen comedimiento se despidió dellas y de los pastores, y con su hermana dió la vuelta á su aldea; pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos y la vida de su vida, entrambas á dos se llegaron á Galatea y á Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir á Galercio, dando por excusa Teolinda que Galercio le diria adónde Artidoro estaba; y Leonarda, que podria ser que la voluntad de Galercio se trocase viendo la obligacion en que le estaba. Las pastoras se la concedieron, con la condicion que ántes Galatea á Teolinda habia pedido, que era que de todo su bien ó su mal la avisase. Tornóselo á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiéndose, siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban. Lo mismo hicieron luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio, que á la ermita de Silerio con las hermosas hermanas Nísida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despedídose del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura y Florisa, y asimismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dejar de volver con Galatea, ofreciéndose Aurelio que en llegando á su aldea iria luego con Elicio y Erastro á buscarlos á la ermita de Silerio, y llevaria algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huéspedes Silerio tendria: con este prosupuesto unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y echando al despedirse ménos al anciano Arsindo, vieron que sin despedirse de ninguno iba léjos por el mismo camino que Galercio y Maurisa y las rebozadas pastoras llevaban, de que se maravillaron: y viendo que ya el sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas del occidente, no quisieron detenerse allí mas, por llegar á la aldea ántes que las sombras de la noche. Viéndose pues Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podian, y por aligerar el cansancio del camino, y aun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó que en tanto que á la aldea llegaban, algo cantasen, al son de la zampoña de Florisa, desta manera comenzó á cantar Elicio, y á responder Erastro.

El. El que quisiere ver la hermosura
Mayor que tuvo, ó tiene, ó terná el suelo,
El fuego y el crisol, donde se apura
La blanca castidad y el limpio celo,
Todo lo que es valor, sér y cordura,
Y cifrado en la tierra un nuevo cielo,
Juntas en uno alteza y cortesía,
Venga á mirar á la pastora mia.

Er. Venga á mirar á la pastora mia
Quien quisiere contar de gente en gente
Que vió otro sol, que daba luz al dia,
Mas claro, que el que sale del oriente:
Podrá decir cómo su fuego enfría,
Y abrasa al alma que tocar se siente
Del vivo rayo de sus ojos bellos,
Y que no hay mas que ver despues de vellos.

El. Y que no hay mas que ver despues de vellos,
Sábenlo bien estos cansados ojos,
Ojos, que por mi mal fuéron tan bellos,
Ocasion principal de mis enojos:
Vílos, y ví que se abrasaba en ellos
Mi alma, y que entregaban los despojos
De todas sus potencias á su llama,

Que me abrasa y me hiela, arroja y llama.

Er. Que me abrasa y me hiela, arroja y llama,
Esta dulce enemiga de mi gloria,
De cuyo ilustre ser puede la fama
Hacer extraña y verdadera historia:
Solo sus ojos, do el amor derrama
Toda su gracia y fuerza mas notoria,
Daria materia que levante al cielo
La pluma del mas bajo humilde vuelo.

El. La pluma del mas bajo humilde vuelo,
Si quiere levantarse hasta la esfera,
Cante la cortesía y justo celo
Desta fenix sin par, sola y primera:
Gloria de nuestra edad, honra del suelo,
Valor del claro Tajo y su ribera,
Cordura sin igual, rara belleza
Donde mas se extremó naturaleza.

Er. Donde mas se extremó naturaleza,
Donde ha igualado el pensamiento al arte,
Donde juntó el valor y gentileza
Que en diversos sujetos se reparte:
Y adonde la humildad con la grandeza
Ocupan solas una mesma parte,
Y adonde tiene amor su albergue y nido,
La bella ingrata mi enemiga ha sido.

El. La bella ingrata mi enemiga ha sido
Quien quiso, y pudo, y supo en un momento
Tenerme de un sutil cabello asido
El libre vagaroso pensamiento:
Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
Tal gusto y gloria en las prisiones siento,
Que extiendo el pié y el cuello á las cadenas,
Llamando dulces tan amargas penas.

Er. Llamando dulces tan amargas penas
Paso la corta fatigada vida,
Del alma triste sustentada apénas,
Y aun apénas del cuerpo sostenida:
Ofrécele fortuna á manos llenas
A mi breve esperanza fe cumplida;
¿Qué gusto pues, qué gloria ó bien se ofrece
Do mengua la esperanza y la fe crece?

El. Do mengua la esperanza y la fe crece,
Se descubre y parece el alto intento
Del firme pensamiento enamorado,
Que solo confiado en amor puro,
Vive cierto y seguro de una paga
Que al alma satisfaga limpiamente.

Er. El mísero doliente, á quien sujeta
La enfermedad y aprieta, se contenta
Cuando mas le atormenta el dolor fiero,
Con cualquiera lijero breve alivio;
Mas cuando ya mas tibio el daño toca,
A la salud invoca y busca entera;
Así desta manera el tierno pecho
Del amador, deshecho en llanto triste,
Dice que el bien consiste de su pena
En que la luz serena de los ojos,
A quien dió los despojos de su vida,
Le mire con fingida ó cierta muestra;
Mas luego amor le adiestra y le desmanda,
Y mas cosas demanda que primero.

El. Ya traspone el otero el sol hermoso,
Erastro, y á reposo nos convida
La noche denegrida que se acerca.

Er. Y el aldea está cerca, y yo cansado.

El. Pongamos pues silencio al canto usado.

Bien tomaran por partido los que escuchando á Elicio y á Erastro iban, que mas el camino se alargara, por gustar mas del agradable canto de los enamorados pastores; pero el cerrar de la noche, y el llegar á la aldea hizo que dél cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mismo en las suyas, con intencion de irse luego adonde Tirsi y Damon, y los demas pastores estaban, que así quedó concertado entre ellos y el padre de Galatea: solo esperaban á que la blanca luna desterrase la escuridad de la noche; y así como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fuéron á buscar á Aurelio, y todos juntos la vuelta de la ermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.

LIBRO QUINTO.

Fué tanto el deseo que el enamorado Timbrio y las hermosas hermanas Nisida y Blanca llevaban de llegar á la ermita de Silerio, que la lijereza de los pasos, aunque era mucha, no era posible que á la de la voluntad llegase; y por conocer esto, no quisieron Tirsi y Damon importunar á Timbrio cumpliese la palabra que habia dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido despues que se apartó de Silerio; pero todavía, vencidos del deseo que tenian de saberlo, se lo iban ya á preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oídos de todos una voz de un pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes árboles cantando estaba, que luego en el son no muy concertado de la voz y en lo que cantaba, fué de los mas que allí venian conocido, principalmente de su amigo Damon, porque era el pastor Lauso el que al son de un pequeño rabel unos versos decia, y por ser el pastor tan conocido, y saber ya todos la mudanza que de su libre voluntad habia hecho, de comun parecer recogieron el paso, y se pararon á escuchar lo que Lauso cantaba, que era esto.

LAUSO.

¿Quién mi libre pensamiento
Me le vino á sujetar?
¿Quién pudo en flaco cimiento
Tal ventura fabricar
En altas torres de viento?
¿Quién rindió mi libertad
Fundado en seguridad
De mi vida satisfecho?
¿Quién abrió y rompió mi pecho,
Y robó mi voluntad?

¿Donde está la fantasía
De mi esquiva condicion?
Dó el alma que ya fué mia,
Y dónde mi corazon
Que no está donde solia?
Mas yo todo ¿dónde estoy?
Dónde vengo? ¿adónde voy?
¿A dicha sé yo de mí?
¿Soy por ventura el que fuí,
Ó nunca he sido el que soy?

Estrecha cuenta me pido
Sin poder averigualla,
Pues á tal punto he venido
Que aquello que en mí se halla
Es sombra de lo que he sido:
No me entiendo de entenderme
Ni me valgo por valerme;
Y en tan ciega confusion
Cierta está mi perdicion
Y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado
Y el amor que lo consiente
Me tienen en tal estado,
Que adoro el tiempo presente,
Y lloro por el pasado:
Véome en este morir,
Y en el pasado vivir;
Y en este adoro mi muerte,
Y en el pasado la suerte
Que ya no puede venir.

En tan extraña agonía
El sentido tengo ciego,
Pues viendo que amor porfía,
Y que estoy dentro del fuego,
Aborrezco el agua fria:
Que sino es la de mis ojos
Que el fuego aumente y despojos
En esta amorosa fragua,
No quiero, ni busco otra agua,
Ni otro alivio á mis enojos.

Todo mi bien comenzara,
Todo mi mal fenciera,
Si mi ventura ordenara
Que de ser mi fe sincera
Silena se asegurara:
Suspiros, aseguralda,
Ojos mios, enteralda
Llorando en esta verdad:
Pluma, lengua, voluntad,
En tal razon confirmalda.

No pudo ni quiso el presuroso Timbrio aguardar á que mas adelante el pastor Lauso con su canto pasase, porque rogando á los pastores que el camino de la ermita le enseñasen, si ellos quedarse querian, hizo muestras de adelantarse, y así todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dejar de sentirlo y de salirles al encuentro, como lo hizo, con cuya compañía todos se holgaron, especialmente Damon, su verdadero amigo, con el cual se acompañó todo el camino que desde allí á la ermita habia, razonando en diversos acaescimientos que á los dos habian sucedido despues que dejaron de verse, que fué desde el tiempo que el valeroso y nombrado pastor Astraliano habia dejado los cisalpinos pastos, por ir á reducir

aquellos que del famoso hermano y de la verdadera religion se habian rebelado, y al cabo vinieron á reducir su razonamiento á tratar de los amores de Lauso, preguntándole ahincadamente Damon que le dijese quién era la pastora que con tanta facilidad de la libre voluntad le habia rendido; y cuando esto no pudo saber de Lauso, le rogó con grandes véras que á lo ménos le dijese en qué estado se hallaba, si era de temor ó de esperanza, si le fatigaba ingratitud, ó si le atormentaban celos. A todo lo cual satisfizo bien Lauso, contándole algunas cosas que con su pastora le habian sucedido: y entre otras le dijo, como hallándose un dia celoso y desfavorecido, habia llegado á términos de desesperarse ó de dar alguna muestra que en daño de su persona y en el del crédito y honra de su pastora redundase; pero que todo se remedió con haberla hablado, y haberle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenia. Confirmado todo esto con darle un anillo de su mano, que fué parte para volver á mejor discurso su entendimiento, y para solemnizar aquel favor con un soneto, que de algunos que le vieron fué por bueno estimado. Pidió entónces Damon á Lauso que le dijese; y así sin poder excusarse le hubo de decir, que era este.

LAUSO.

Rica y dichosa prenda, que adornaste
El precioso marfil, la nieve pura;
Prenda que de la muerte y sombra escura
A nueva luz y vida me tornaste:
El claro cielo de tu bien trocaste
Con el infierno de mi desventura,
Porque viviese en dulce paz segura
La esperanza que en mí resucitaste.
¿Sabes cuánto me cuestas, dulce prenda?
El alma, y aun no quedo satisfecho,
Pues ménos doy de aquello que recibo.
Mas porque el mundo tu valor entienda,
Sé tú mi alma, enciérrate en mi pecho,
Verán cómo por ti sin alma vivo.

Dijo Lauso el soneto, y Damon le tornó á rogar que si otra alguna cosa á su pastora habia escrito, se la dijese, pues sabia de cuánto gusto le era á él oir sus versos. A esto respondió Lauso: Eso será, Damon, por haberme sido tú maestro en ellos, y el deseo que tienes de ver lo que en mí aprovechaste, te hace desear oirlos: pero sea lo que fuere, que ninguna cosa de las que yo pudiere, te ha de ser negada: y así te digo, que en estos mesmos dias, cuando andaba celoso y mal seguro, envié estos versos á mi pastora.

LAUSO Á SILENA.

En tan notoria simpleza
Nacida de intento sano
El amor rige la mano,
Y la intencion tu belleza:
El amor y tu hermosura,
Silena, en esta ocasion
Juzgarán á discrecion
Lo que tendrás tú á locura.

El me fuerza, y ella mueve
A que te adore y escriba,
Y como en los dos estriba
Mi fe, la mano se atreve:
Y aunque en esta grave culpa
Me amenaza tu rigor,
Mi fe, tu hermosura, amor,
Darán del yerro disculpa.

Pues con un arrimo tal
(Puesto que culpa me dén)
Bien podré decir el bien
Que ha nacido de mi mal:
El cual bien, segun yo siento,
No es otra cosa, Silena,
Sino que tenga en la pena
Un extraño sufrimiento.

Y no lo encarezco poco
Este bien de ser sufrido,
Que si no lo hubiera sido,
Ya el mal me tuviera loco:
Mas mis sentidos de acuerdo
Todos han dado en decir,
Que ya que haya de morir,
Que muera sufrido y cuerdo.

Pero bien considerado,
Mal podré tener paciencia
En la amorosa dolencia
Un celoso desamado;
Que en el mal de mis enojos
Todo mi bien desconcierta
Tener la esperanza muerta,
Y el enemigo á los ojos.

Goces, pastora, mil años
El bien de tu pensamiento,
Que yo no quiero contento
Granjeado con tus daños:
Sigue tu gusto, señora,
Pues te parece tan bueno;
Que yo por el bien ajeno
No pienso llorar agora.

Porque fuera liviandad
Entregar mi alma al alma
Que tiene por gloria y palma
El no tener libertad:
Mas ¡ay! que fortuna quiere,
Y el amor que viene en ello,
Que no pueda huir el cuello
Del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voy
Tras quien ha de condenarme,
Y cuando pienso apartarme,
Mas quedo y mas firme estoy.
¿Qué lazos, qué redes tienen,
Silena, tus ojos bellos,
Que cuanto mas huyo dellos,
Mas me enlazan y detienen?

¡Ay, ojos de quien recelo
Que si soy de vos mirado,
Es por crecerme el cuidado,
Y por menguarme el consuelo!
Ser vuestras vistas fingidas
Conmigo, es pura verdad,
Pues pagan mi voluntad
Con prendas aborrecidas.

¡Qué recelos, qué temore
Persiguen mi pensamiento,
Y qué de contrarios siento
En mis secretos amores!
Déjame, aguda memoria,
Olvídate, no te acuerdes
Del bien ajeno, pues pierd
En ello tu propia gloria.

Con tantas firmas afirmas
El amor que está en tu pech
Silena, que á mi despecho
Siempre mis males confirma
¡Oh pérfido amor crüel!
¿Cuál ley tuya me condena
Que dé yo el alma á Silena,
Y que me niegue un papel?

No mas, Silena, que loco
En puntos de tal porfía,
Que el menor dellos podria
Dejarme sin vida, ó loco:
No pase de aquí mi pluma,
Pues tú la haces sentir,
Que no puedo reducir
Tanto mal á breve suma.

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos, y en alabar la singular hermosura, discrecion, donaire, honestidad y valor de su pastora, á él y á Damon se les alijeró la pesadumbre del camino, y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la ermita de Silerio, en la cual no querian entrar Timbrio, Nísida y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de otra manera, porque habiéndose adelantado Tirsi y Damon á ver lo que Silerio hacia, hallaron la ermita abierta y sin ninguna persona dentro, y estando confusos, sin saber dónde podria estar Silerio á tales horas, llegó á sus oidos el son de su arpa, por do entendieron que él no debia de estar léjos; y saliendo á buscarle guiados por el sonido de la arpa, con el resplandor claro de la luna vieron que estaba sentado en el tronco de un olivo, solo y sin otra compañía que la de su arpa, la cual tan dulcemente tocaba, que por gozar de tan suave armonía no quisieron los pastores llegar á hablarle, y mas cuando oyeron que con extremada voz estos versos comenzó á cantar.

SILERIO.

Lijeras horas del lijero tiempo,
Para mí perezosas y cansadas,
Si no estáis en mi daño conjuradas,
Parézcaos ya que es de acabarme tiempo.
Si agora me acabais, haréislo á tiempo
Que están mis desventuras mas colmadas:
Mirad que menguarán si sois pesadas;
Que el mal se acaba, si da tiempo al tiempo.
No os pido que vengais dulces, sabrosas,
Pues no hallaréis camino, senda ó paso
De reducirme al sér que ya he perdido,
Horas, á cualquier otro venturosas,
Aquella dulce del mortal traspaso,
Aquella de mi muerte sola os pido.

Despues que los pastores escucharon lo que Silerio cantado habia, sin que él los viese, se volvieron á encontrar los demas que allí venian con intencion que Timbrio hiciese lo que agora oiréis. Que fué, que habiéndole dicho de la manera que habian hallado á Silerio, y en el lugar do quedaba, le rogó Tirsi que sin que ninguno dellos se le diese á conocer, se fuesen llegando poco á poco hácia él, ora los viese ó no, porque aunque la noche hacia clara, no por eso seria alguno conocido, y que hiciese ansimismo que Nísida ó él algo cantasen; y todo esto hacia por entretener el gusto que de su venida habia de recibir Silerio. Contentóse Timbrio dello, y diciéndoselo á Nísida, vino en su mesmo parecer, y así cuando á Tirsi le pareció que estaban ya tan cerca, que de Silerio podrian ser oidos, hizo á la bella Nísida

...ase; la cual al son del rabel del celoso Orfe... esta manera comenzó á cantar.

NÍSIDA.

...que es el bien que poseo
...que al alma satisface,
...en parte y deshace
...bien que vi y no veo;
...amor y fortuna escasa,
...de mi vida,
...el bien por medida,
...sin término ó tasa.

...el mereso estado,
...sobre el merecer
...viene el placer
...mal acompañado;
...los males unidos
...momento apartarse,
...bienes por acabarse,
...partes divididos.

...cuesta, si se alcanza,
...algun contento,
...el sufrimiento,
...la esperanza:
...cuesta una gloria,
...mil enojos,
...bien estos ojos,
...cansada memoria:

La cual se acuerda contino
De quien pudo mejoralla,
Y para hallarle, no halla
Alguna senda ó camino.
¡Ay dulce amigo de aquel
Que te tuvo por tan suyo,
Cuanto él se tuvo por tuyo,
Y cuanto yo lo soy dél!

Mejora con tu presencia
Nuestra no pensada dicha,
Y no la vuelva en desdicha
Tu tan larga esquiva ausencia:
A duro mal me provoca
La memoria que me acuerda,
Que fuiste loco, y yo cuerda,
Y eres cuerdo, y yo estoy loca.

Aquel que por buena suerte
Tú mesmo quisiste darme,
No ganó tanto en ganarme
Cuanto ha perdido en perderte:
Mitad de su alma fuiste,
Y medio por quien la mia
Pudo alcanzar la alegría
Que tu ausencia tiene triste.

...estremada gracia con que la hermosa Nísida can... admiracion á los que con ella iban, ¿qué cau... el pecho de Silerio, que sin faltar punto, notó ...todas las circunstancias de su canto? Y como ...en el alma la voz de Nísida, apénas comenzó á ...en sus oidos el acento suyo, cuando él se llegó á ...tar, y á suspender y enajenar de sí mesmo, ele... lo que escuchaba. Y aunque verdaderamente le ...ció que era la voz de Nísida aquella, tenia tan per... la esperanza de verla, y mas en semejante lugar, ...en ninguna manera podia asegurar su sospecha. ...suerte llegaron todos donde él estaba; y en salu... le Tirsi, le dijo: Tan aficionados nos dejaste, ...Silerio, de la condicion y conversacion tuya, que ...los Damon y yo de la experiencia, y toda esta com... de la fama della, dejando el camino que llevába..., te hemos venido á buscar á tu ermita, donde no ...dote, como no te hallamos, quedara sin cumplirse ...tro deseo, si el son de tu arpa y de tu estimado ...aquí no nos hubiera encaminado. Harto mejor ..., señores, respondió Silerio, que no me hallára..., pues en mí no hallaréis sino ocasiones que á tris... os muevan, pues la que yo padezco en el alma, ...cuidado el tiempo cada dia de renovarla, no solo ...la memoria del bien pasado, sino con las sombras ...presente, que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa que bienes fingidos y temo... ciertos. Lástima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocian, principalmente en Timbrio, ... y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisie... darsele á conocer, si no fuera por no salir de lo que Tirsi les habia rogado: el cual hizo que todos sobre la verde yerba se sentasen, y de manera que los rayos de la ...ra luna hiriesen de espaldas los rostros de Nísida y Blanca, porque Silerio no los conociese. Estando pues desta suerte, y despues que Damon á Silerio habia dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se ... todo en tratar en cosas de tristeza, y por dar principio á que la de Silerio feneciese, le rogó que su ... tocase, al son de la cual el mesmo Damon cantó ...e soneto.

DAMON.

Si el áspero furor del mar airado
Por largo tiempo en su rigor durase,
Mal se podria hallar quien entregase
Su flaca nave al piélago alterado.
No permanece siempre en un estado
El bien ni el mal, que el uno y otro vase;
Porque si huyese el bien, y el mal quedase,
Ya seria el mundo á confusion tornado.
La noche al dia, y el calor al frio,
La flor al fruto van en seguimiento,
Formando de contrarios igual tela.
La sujecion se cambia en señorío,
En el placer el pesar, la gloria en viento,
Che per tal variar natura è bella.

Acabó Damon de cantar, y luego hizo de señas á Timbrio que lo mismo hiciese: el cual al son de la arpa de Silerio dió principio á un soneto, que en el tiempo del hervor de sus amores habia hecho, el cual de Silerio era tan sabido, como del mesmo Timbrio.

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento;
Tal fe, tal suerte y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado soneto, porque el oir Silerio su voz, y el conocerle todo fué uno, y sin ser parte á otra cosa, se levantó de do sentado estaba, y se fué á abrazar del cuello de Timbrio con muestras de tan extraño contento y sobresalto, que sin hablar palabra se traspuso y estuvo un rato sin acuerdo, con tanto dolor de los presentes, temerosos de algun mal suceso, que ya condenaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien mas extremos de dolor hacia, era la hermosa Blanca, como aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nísida y su hermana á remediar el desmayo de Silerio, el cual á cabo de poco espacio volvió en sí, diciendo: ¡Oh poderoso cielo! ¿es posible que el que tengo presente es mi verdadero amigo Timbrio? Es Timbrio el que oigo? Es Timbrio el que veo? Sí es, si no me burla mi ventura, y mis ojos no me engañan. Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mio, respondió Timbrio, que yo soy el que sin tí no era, y el que no fuera jamas, si el cielo no permitiera que te hallara. Cesen ya tus lágrimas, Silerio amigo, si por mí las has derramado, pues ya me tienes presente; que yo atajaré las mias, pues te tengo delante, llamándome el mas dichoso de cuantos viven en el mundo, pues mis desventuras y adversidades han traido tal descuento, que goza mi ánima de la posesion de Nísida, y mis ojos de tu presencia. Por estas palabras de Timbrio entendió Silerio que la que cantado habia, y la que allí estaba era Nísida; pero certificóse mas en ello, cuando ella mesma le dijo: ¿Qué es esto, Silerio mio? Qué soledad y qué hábito es este, que tantas muestras dan de tu descontento? Qué falsas sospechas, ó qué engaños te han conducido á tal extremo, para que Timbrio y yo le tuviésemos de dolor toda la vida, ausentes de tí, que nos la diste? Engaños fuéron, hermosa Nísida, respondió Silerio; mas por haber traido tales desengaños, serán celebrados de mi memoria el tiempo que ella me durare. Lo mas deste tiempo tenia Blanca asida una mano de Silerio, mirándole atentamente al rostro, derramando algunas lágrimas, que de la alegría y lástima de su corazon daban manifiesto indicio. Largo seria de contar las palabras de amor y contento que entre Silerio, Timbrio, Nísida y Blanca pasaron, que fuéron tan tiernas y tales, que todos los pastores que las escuchaban tenian los ojos baña-

dos en lágrimas de alegría. Contó luego Silerio brevemente la ocasion que le habia movido á retirarse en aquella ermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la dellos no habia podido saber nueva alguna, y todo lo que dijo fué ocasion de avivar mas en el pecho de Timbrio el amor y amistad que á Silerio tenia; y en el de Blanca, la amistad de su miseria: y así como acabó de contar Silerio lo que despues que partió de Nápoles le habia sucedido, rogó á Timbrio que lo mesmo hiciese, porque en extremo lo deseaba; y que no se recelase de los pastores que estaban presentes, que todos ellos ó los mas sabian ya su mucha amistad, y parte de sus sucesos. Holgóse Timbrio de hacer lo que Silerio pedia; y mas se holgaron los pastores, que ansímesmo lo deseaban: que ya porque Tirsi se lo habia contado, todos sabian los amores de Timbrio y Nísida, y todo aquello que el mesmo Tirsi de Silerio habia oido. Sentados pues todos, como ya he dicho, en la verde yerba, con maravillosa atencion estaban esperando lo que Timbrio diria, el cual dijo: Despues que la fortuna me fué tan favorable y tan adversa, que me dejó vencer á mi enemigo, y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nísida, con el dolor que pensarse puede, en aquel mesmo instante me partí para Nápoles, y confirmándose allí el desdichado suceso de Nísida, por no ver las casas de su padre, donde yo la habia visto, y porque las calles, ventanas y otras partes donde yo la solia ver no me renovasen continuamonte la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino tomase, y sin tener algun discurso mi albedrío, salí de la ciudad, y á cabo de dos dias llegué á la fuerte Gaeta, dónde hallé una nave que ya queria desplegar las velas al viento para partirse á España: embarquéme en ella, no mas de por huir la odiosa tierra donde dejaba mi cielo; mas apénas los diligentes marineros zarparon los ferros y descogieron las velas, y al mar algun tanto se alargaron, cuando se levantó una no pensada y súbita borrasca, y una ráfaga de viento embistió las velas del navío con tanta furia, que rompió el árbol del trinquete, y la vela mesana abrió de arriba abajo: acudieron luego los prestos marineros al remedio, y con dificultad grandísima amainaron todas las velas, porque la borrasca crecia, y la mar comenzaba á alterarse, y el cielo daba señales de durable y espantosa fortuna. No fué volver al puerto posible, porque era maestral el viento que soplaba, y con tan grande violencia, que fué forzoso poner la vela del trinquete al árbol mayor, y amollar, como dicen, en popa, dejándose llevar donde el viento quisiese; y así comenzó la nave llevada de su furia á correr por el levantado mar con tanta ligereza, que en dos dias que duró el maestral, discurrimos por todas las islas de aquel derecho, sin poder en ninguna tomar abrigo, pasando siempre á vista dellas, sin que Estrombalo nos abrigase, ni Lipar nos acogiese, ni el Cimbalo, Lampadosa, ni Pantanalea sirviesen para nuestro remedio: y pasamos tan cerca de Berbería, que los recien derribados muros de la Goleta se descubrian, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban. No fué pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que si el viento algo mas reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra; mas cuando desto estaban mas temerosos, la suerte que mejor nos la tenia guardada, ó el cielo que escuchó los votos y promesas que allí se hicieron, ordenó que el maestral se cambiase en un mediodía tan reforzad que tocaba en la cuarta del jaloque, que en otros dias nos volvió al mesmo puerto de Gaeta, donde h mos partido; con tanto consuelo de todos, que alg se partieron á cumplir las romerías y promesas qu el peligro pasado habian hecho: éstuvo allí la nave cuatro dias reparándose de algunas cosas que le ban, al cabo de los cuales tornó á seguir su viaje mas sosegado mar y próspero viento, llevando á vi hermosa ribera de Génova, llena de adornados jard blancas casas y relumbrantes chapiteles, que herid los rayos del sol, reverberan con tan encendidos que apénas dejan mirarse. Todas estas cosas que d la nave se miraban, pudieran causar contento, con causaban á todos los que en la nave iban, si no á mi me era ocasion de mas pesadumbre: solo el desc que tenia era entretenerme lamentando mis penas, tándolas, ó por mejor decir, llorándolas al son de laud de uno de aquellos marineros: y una noche acuerdo, y aun es bien que me acuerde, pues en comenzó á amanecer mi dia, que estando sosegad mar, quietos los vientos, las velas pegadas á los á les, y los marineros sin cuidado alguno, por difere partes del navío tendidos, y el timonero casi dorm por la bonanza que habia, y por la que el cielo ase raba; en medio deste silencio, y en medio de mis i ginaciones, como mis dolores no me dejaban entre los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tom laud, y comencé á cantar unos versos que habré de petir agora; porque se advierta de qué extremo de t teza, y cuán sin pensarlo me pasó la suerte al mayo alegría que imaginar supiera: era, si no me acue mal, lo que cantaba, esto.

TIMBRIO.

Agora que calla el viento,
Y el sesgo mar está en calma,
No se calle mi tormento,
Salga con la voz el alma
Para mayor sentimiento;
Que para contar mis males,
Mostrando en parte que son
Por fuerza, han de dar señales
El alma y el corazon
De vivas ansias mortales.

Llevóme el amor en vuelo
Por uno y otro dolor
Hasta ponerme en el cielo,
Y agora muerte y amor
Me han derribado en el suelo:
Amor y muerte ordenaron
Una muerte y amor tal,
Cual en Nísida causaron,
Y de mi bien y su mal
Eterna fama ganaron.

Con nueva voz y terrible
De hoy mas, y en son espantoso
Hará la fama creible
Que el amor es poderoso,
Y la muerte es invencible:
De su poder satisfecho
Quedará el mundo, si advierte
Què hazaña los dos han hecho,
Qué vida llevó la muerte,
Qué tal tiene amor mi pecho.

Mas creo, pues no he venido
A morir, ó estar mas loco
Con el daño que he sufrido,
O que muerte puede poco,
O que no tengo sentido;
Que si sentido tuviera,
Segun mis penas crecidas
Me persiguen donde quiera,
Aunque tuviera mil vidas,
Cien mil veces muerto fuera.

Mi vitoria tan subida
Fué con muerte celebrada
De la mas ilustre vida
Que en la presente ó pasada
Edad fué, ni es conocida:
Della llevé por despojos
Dolor en el corazon,
Mil lágrimas en los ojos,
En el alma confusion,
Y en el firme pecho enojos.

¡Oh fiera mano enemiga!
¡Cómo si allí me acabaras,
Te tuviera por amiga,
Pues con matarme estorbar
Las ansias de mi fatiga!
¡Oh cuán amargo descuento
Trujo la vitoria mia,
Pues pagaré, segun siento
El gusto solo de un dia
Con mil siglos de tormento!

Tú, mar, que escuchas mi
Tú, cielo, que lo ordenaste
Amor, por quien lloro tanto
Muerte, que mi bien llevaste
Acabad ya mi quebranto;
Tú, mar, mi cuerpo recibe,
Tú, cielo, acoge mi alma,
Tú, amor, con la fama escri
Que muerte llevó la palma
Desta vida que no vive.

No os descuideis de ayuda
Mar, cielo, amor y la muer
Acabad ya de acabarme,
Que será la mejor suerte
Que yo espero y podréis dar
Pues si no me anega el mar
Y no me recoge el cielo,
Y el amor ha de durar,
Y de no morir recelo,
No sé en qué habré de parar

Acuérdome que llegaba á estos últimos versos qu

dicho, cuando sin poder pasar adelante, interrompido de infinitos suspiros y sollozos que de mi lastimado pecho despedia, aquejado de la memoria de mis desventuras, del puro sentimiento dellas vine á perder el sentido con un parasismo tal, que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo; pero ya despues que el amargo accidente hubo pasado, abrí mis cansados ojos, y halléme puesta la cabeza en las faldas de una mujer vestida en hábito de peregrina, y á mi lado estaba otra con el mesmo traje adornada, la cual estando de mis manos asida, la una y la otra tiernamente lloraban. Cuando yo me vi de aquella manera, quedé admirado y confuso, y estaba dudando si era sueño aquello que veia, porque nunca tales mujeres habia visto jamas en la nave despues que en ella andaba. Pero desta confusion me sacó presto la hermosa Nísida, que aquí está, que era la peregrina que allá estaba, diciéndome. ¡Ay, Timbrio, verdadero señor y amigo mio! ¡qué falsas imaginaciones, ó qué desdichados accidentes han sido parte para ponernos donde agora estáis, y para que yo y mi hermana tuviésemos tan poca cuenta con lo que á nuestras honras debiamos, y que sin mirar en inconveniente alguno hayamos querido dejar nuestros amados padres, y nuestros usados trajes con intencion de buscaros, y desengañaros de tan incierta muerte mia, que pudiera causar la verdadera vuestra! Cuando yo tales razones oí, de todo punto acabé de creer que soñaba, y que era alguna vision aquella que delante de los ojos tenia, y que la continua imaginacion que de Nísida no se apartaba, era la causa que allí á los ojos viva la representase. Mil preguntas les hice, y á todas ellas enteramente me satisficiron primero que pudiese sosegar el entendimiento, y enterarme que ellas eran Nísida y Blanca. Mas cuando yo fui conociendo la verdad, el gozo que sentí fué de manera, que tambien me puso en condicion de perder la vida, como el dolor pasado habia hecho. Allí supe de Nísida cómo el engaño y descuido que tuviste, ó Silerio, en hacer la señal de la toca, fué la causa para que creyendo algun mal suceso mio, le sucediese el parasismo y desmayo tal, que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensé, y tú, Silerio, lo creiste: díjome tambien cómo despues de vuelta en sí supo la verdad de la vitoria mia, junto con mi súbita y arrebatada partida, y la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron en extremo de hacer verdaderas las de su muerte; pero ya que al último término no la llevaron, hicieron con ella y con su hermana, por industria de una ama suya que con ellas venia, que vistiéndose en hábitos de peregrinas, desconocidamente se saliesen de con sus padres una noche que llegaban junto á Gaeta á la vuelta que á Nápoles se volvian; y fué á tiempo que la nave donde yo estaba embarcado, despues de reparada de la pasada tormenta, estaba ya para partirse, y diciendo al capitan que querian pasar en España para ir á Santiago de Galicia, se concertaron con él, y se embarcaron con presupuesto de venir á buscarme á Jerez, do pensaban hallarme, ó saber de mí nueva alguna; y en todo el tiempo que en la nave estuvieron, que serian cuatro dias, no habian salido de un aposento que el capitan en la popa les habia dado, hasta que oyéndome cantar los versos que os he dicho, y conociéndome en la voz, y en lo que en ellos decia, salieron al tiempo que os he contado, donde solemnizando con alegres lágrimas el contento de habernos hallado, estábamos mirándonos los unos á los otros, sin saber con qué palabras engrandecer nuestra nueva y no pensada alegría, la cual se acrecentara mas, y llegara al término y punto que agora llega, si de ti, amigo Silerio, allí supiéramos nueva alguna: pero como no hay placer que venga tan entero, que de todo en todo al corazon satisfaga, en el que entónces teniamos no solo nos faltó tu presencia, pero aun las nuevas della. La claridad de la noche, el fresco y agradable viento (que en aquel instante comenzó á herir las velas próspera y blandamente), el mar tranquilo y desembarazado cielo, parece que todos juntos y cada uno por sí ayudaban á solenizar la alegría de nuestros corazones.

Mas la fortuna variable, de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna, envidiosa de nuestra ventura quiso turbarla con la mayor desventura que imaginarse pudiera, si el tiempo y los prósperos sucesos no la hubieran reducido á mejor término. Sucedió pues que á la sazon que el viento comenzaba á refrescar, los solícitos marineros izaron mas todas las velas, y con general alegría de todos seguro y próspero viaje se aseguraban. Uno de ellos, que á una parte de la proa iba sentado, descubrió con la claridad de los bajos rayos de la luna, que cuatro bajeles de remo á larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa hácia la nave se encaminaban, y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó á gritar: Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren. Esta voz y súbito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que sin saber darse maña en el cercano peligro, unos á otros se miraban; mas el capitan della (que en semejantes ocasiones algunas veces se habia visto) viniéndose á la proa, procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran, y descubrió dos mas que el marinero, y conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir; pero disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artillería, y cargar las velas todo lo mas que se pudiese la vuelta de los contrarios bajeles, por ver si podria entrarse entre ellos, y jugar de todas bandas la artillería. Acudieron luego todos á las armas, y repartidos por sus postas como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban. ¿Quién podrá significaros, señores, la pena que yo en esta sazon tenia, viendo con tanta celeridad turbado mi contento, y tan cerca de poder perderle; y mas cuando vi que Nísida y Blanca se miraban sin hablarse palabra, confusas del estruendo y vocería que en la nave andaba, y viéndome á mí rogarles que en su aposento se encerrasen, y rogasen á Dios que de las enemigas manos nos librase? Paso y punto fué este, que desmaya la imaginacion, cuando dél se acuerda la memoria; sus descubiertas lágrimas, y la fuerza que yo me hacia por no mostrar las mias, me tenian de tal manera, que casi me olvidara de lo que debia hacer, de quién era, y á lo que el peligro obligaba; mas en fin las hice retraer á su estancia casi desmayadas, y cerrándolas por defuera, acudí á ver lo que el capitan ordenaba, el cual con prudente solicitud todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo; y dando cargo á Darinto, que es aquel caballero que hoy se partió de nosotros, de la guarda del castillo de proa, y encomendándome á mí el de popa, él con algunos marineros y pasajeros, por todo el cuerpo de la nave á una y á otra parte discurria. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto mé-

nos en calmar el viento, que fué la total causa de la perdicion nuestra. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el tiempo calmaba, les pareció mejor aguardar el dia para embestirnos. Hiciéronlo así, y el dia venido, aunque ya los habiamos contado, acabamos de ver que eran quince bajeles gruesos los que cercados nos tenian, y entónces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitan ni alguno de los que con él estaban, esperó á ver lo que los contrarios harian, los cuales luego como vino la mañana echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron á decir á nuestro capitan, que se rindiese, pues veia ser imposible defenderse de tantos bajeles, y mas que eran todos los mejores de Argel; amenazándole de parte de Arnaut Mami, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le habia de colgar de una entena en cogiéndole, y añadiendo á estas otras amenazas, el renegado le persuadia que se rindiese: mas no queriéndolo hacer el capitan, respondió al renegado que se alargase de la nave, sino que le echaria á fondo con la artillería. Oyó Arnaut esta respuesta, y luego cebando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde léjos el artillería con tanta priesa, furia y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó á hacer lo mesmo tan venturosamente, que á uno de los bajeles que por la popa le combatian echó á fondo, porque le acertó con una bala junto á la cinta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo, y no con poco nuestro. Mas por no iros cansando contándoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, solo diré que despues de habernos combatido diez y seis horas, y despues de haber muerto nuestro capitan y toda la mas gente del navío, á cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último entraron furiosamente en el navío. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que á mi alma llegó, cuando vi que las amadas prendas mias, que agora tengo delante, habian de ser entónces entregadas y venidas á poder de aquellos crueles carniceros; y así llevado de la ira que este temor y consideracion me causaba, con pecho desarmado me arrojé por medio de las bárbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos, ántes que ver á mis ojos lo que esperaba; pero sucedióme al reves mi pensamiento, porque abrazándose conmigo tres membrudos turcos, y yo, forcejando con ellos, de tropel venimos á dar todos en la puerta de la cámara donde Nísida y Blanca estaban, y con el ímpetu del golpe se rompió y abrió la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que allí estaba encerrado, del cual codiciosos los enemigos, el uno dellos asió á Nísida, y el otro á Blanca; y yo que de los dos me vi libre, al otro que me tenia, hice dejar la vida á mis piés, y de los dos pensaba hacer lo mismo, si ellos advertidos del peligro no dejaran la presa de las damas, y con dos grandes heridas no me derribaran en el suelo. Lo cual visto por Nísida, arrojándose sobre mi herido cuerpo, con lamentables voces pedia á los dos turcos la acabasen. En este instante, atraido de las voces y lamentos de Blanca y Nísida, acudió á aquella estancia Arnaut, el general de los bajeles, é informándose de los soldados de lo que pasaba, hizo llevar á Nísida y á Blanca á su galera, y á ruego de Nísida mandó tambien que á mí me llevasen, pues no estaba aun muerto. Desta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron á la enemiga galera capitana, adonde fuí luego curado con alguna diligencia, porque Nísida habia dicho al capitan, que yo era hombre principal y de gran rescate, con intencion que cebados de la codicia y del dinero que de mí podrian haber, con algo mas recato mirasen por la salud mia. Sucedió pues que estando curándome las heridas, con el dolor dellas volví en mi acuerdo, y volviendo los ojos á una parte y á otra, conocí que estaba en poder de mis enemigos, y en el bajel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fué ver en la popa de la galera á Nísida y á Blanca sentadas á los piés del perro general, derramando por sus ojos infinitas lágrimas, indicios del interno dolor que padecian. No el temor de la afrentosa muerte que esperaba, cuando tú della, buen amigo Silerio, en Cataluña me libraste: no la falsa nueva de la muerte de Nísida, de mí por verdadera creida: no el dolor de mis mortales heridas, ni otra cualquiera afliccion que imaginar pudiera, me causó, ni causará mas sentimiento, que el que me vino de ver á Nísida y Blanca en poder de aquel bárbaro descreido, donde á tan cercano y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor deste sentimiento hizo tal operacion en mi alma, que torné de nuevo á perder los sentidos, y á quitar la esperanza de mi salud y vida al cirujano que me curaba, de tal modo, que creyendo que era muerto, paró en medio de la cura, certificando á todos que ya yo desta vida habia pasado. Oidas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven, que yo solo sé decir, que despues supe que levantándose las dos de do estaban, tirándose de sus rubios cabellos, y arañándose sus hermosos rostros, sin que nadie pudiese detenerlas, vinieron donde yo desmayado estaba, y allí comenzaron á hacer tan lastimero llanto, que los mesmos pechos de los crueles bárbaros enternecieron. Con las lágrimas de Nísida, que en el rostro me caian, ó por las ya frias y enconadas heridas, que gran dolor me causaban, torné á volver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio agora las lastimeras y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí y Nísida pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que agora nos hallamos; ni quiero decir por extenso los trances que ella me contó que con el capitan habia pasado: el cual, vencido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo porque viniese á condescender con la desordenada voluntad suya; pero mostrándose ella con él tan esquiva como honrada, y tan honrada como esquiva, pudo todo aquel dia y la noche siguiente defenderse de las pesadas importunaciones del cosario. Mas como la continua presencia de Nísida iba creciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer, como yo temia, que dejando los ruegos y usando la fuerza, Nísida perdiese su honra, ó la vida, que era lo mas cierto que de su bondad se podia esperar; pero cansada ya la fortuna de habernos puesto en el mas bajo estado de miseria, quiso darnos á entender ser verdad lo que de la instabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en términos de rogar al cielo que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, á trueco de no perder la vida sobre las hinchadas ondas

del mar airado: el cual (á cabo de dos dias que cautivos fuimos, y á la sazon que llevábamos el derecho viaje de Berbería), movido de un furioso jaleque, comenzó á hacer montañas de agua, y azotar con tanta furia la cosaria armada, que sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron y acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al árbol, y á dejarse llevar por donde el viento y mar quisiese: y de tal manera creció la tormenta, que en ménos de media hora esparció y apartó á diferentes partes los bajeles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su capitan; ántes en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bajel á quedar solo, y á ser el que mas peligro amenazaba; porque comenzó á hacer tanta agua por las costuras, que por mucho que por todas las cámaras de popa, proa y mesana le agotaban, siempre en la sentina llegaba el agua á la rodilla; y añadióse á toda esta desgracia sobrevenir la noche, que en semejantes casos mas que en otros algunos el medroso temor acrecienta: y vino con tanta escuridad y nueva borrasca, que de todo en todo, todos desesperamos de remedio. No querais mas saber, señores, sino que los mesmos turcos rogaban á los cristianos que iban al remo cautivos, que invocasen y llamasen á sus santos y á su Cristo, para que de tal desventura los librase; y no fuéron tan en vano las plegarias de los míseros cristianos que allí iban, que movido el alto cielo dellas dejase sosegar el viento, ántes le creció con tanto ímpetu y furia, que al amanecer del dia, que solo pudo conocerse por las horas del reloj de arena por quien se rigen, se halló el mal gobernado bajel en la costa de Cataluña, tan cerca de tierra y tan sin poder apartarse della, que fué forzoso alzar un poco mas la vela, para que con mas furia embistiese en una ancha playa que delante se nos ofrecia; que el amor de la vida les hizo parecer dulce á los turcos la esclavitud que esperaban. Apénas hubo la galera embestido en tierra, cuando luego acudió á la playa mucha gente armada, cuyo traje y lengua dió á entender ser catalanes, y ser de Cataluña aquella costa; y aun aquel mismo lugar donde á riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mia escapaste. ¡Quién pudiera exagerar agora el gozo de los cristianos, que del insufrible y pesado yugo del amargo cautiverio veian libres y desembarazados sus cuellos, y las plegarias y ruegos que los turcos, poco ántes libres, hacian á sus mesmos esclavos, rogándoles fuesen parte para que de los indignados cristianos maltratados no fuesen; los cuales ya en la playa los esperaban con deseo de vengarse de la ofensa que estos mesmos turcos les habian hecho, saqueándoles su lugar, como tú, Silerio, sabes! Y no les salió vano el temor que tenian, porque en entrando los del pueblo en la galera que encallada en la arena estaba, hicieron tan cruel matanza en los cosarios, que muy pocos quedaron con la vida: y si no fuera que les cegó la codicia de robar la galera, todos los turcos en aquel primero ímpetu fueran muertos. Finalmente, los turcos que quedaron, y cristianos cautivos que allí veniamos, todos fuimos saqueados, y si los vestidos que yo traia no estuvieran sangrentados, creo que aun no me los dejaran. Darinto, que tambien allí venia, acudió luego á mirar por Nísida y Blanca, y á procurar que me sacasen á tierra, donde fuese curado. Cuando yo salí y reconocí el lugar donde estaba, y consideré el peligro en que en él me habia visto, no dejó de darme alguna pesadumbre, causada de temor no fuese conocido y castigado por lo que no debia; y así rogué á Darinto que sin poner dilacion alguna procurase que á Barcelona nos fuésemos, diciéndole la causa que me movia á ello; pero no fué posible, porque mis heridas me fatigaban de manera, que me forzaron á que allí algunos dias estuviese, como estuve, sin ser de mas de un cirujano visitado. En este entre tanto fué Darinto á Barcelona, donde proveyéndose de lo que menester habiamos dió la vuelta, y hallándome mejor y con mas fuerza, luego nos pusimos en camino para la ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nísida, que si sabian de sus padres, á quien ya hemos escrito todo el suceso de nuestras vidas, pidiéndole perdon de nuestros pasados yerros. Y todo el contento y dolor de estos buenos y malos sucesos, lo ha acrecentado ó diminuido la ausencia tuya, Silerio. Mas pues el cielo agora con tantas ventajas ha dado remedio á nuestras calamidades, no resta otra cosa sino que, dándole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la tristeza pasada con la ocasion de la alegría presente, y procures darla á quien ha muchos dias que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás cuando mas á solas y contigo las comunique. Otras algunas cosas me quedan por decir, que me han sucedido en el discurso desta mi peregrinacion; pero dejarlas he por agora, por no dar con la prolijidad dellas disgusto á estos pastores, que han sido el instrumento de todo mi placer y gusto. Este es pues, Silerio amigo, y amigos pastores, el suceso de mi vida. Ved si por la que he pasado y por la que agora paso, me puedo llamar el mas lastimado y venturoso hombre de los que hoy viven. Con estas últimas palabras dió fin á su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban se alegraron del felice suceso que sus trabajos habian tenido; pasando el contento de Silerio á todo lo que decirse puede, el cual, tornando de nuevo á abrazar á Timbrio, forzado del deseo de saber quién era la persona que por su causa sin contento vivia, pidiendo licencia á los pastores, se apartó con Timbrio á una parte, donde supo dél que la hermosa Blanca, hermana de Nísida, era la que mas que á sí le amaba, desde el mismo dia y punto que ella supo quién él era, y el valor de su persona; y que jamas, por no ir contra aquello que á su honestidad estaba obligada, habia querido descubrir este pensamiento sino á su hermana, por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Díjole asimismo Timbrio, cómo aquel caballero Darinto, que con él venia, y de quien él habia hecho mencion en la plática pasada, conociendo quién era Blanca, y llevado de su hermosura, se habia enamorado della con tantas véras, que la pidió por su esposa á su hermana Nísida, la cual le desengañó que Blanca no lo haria en manera alguna; y que agraviado desto Darinto, creyendo que por el poco valor suyo le desechaban, y por sacarle desta sospecha, le hubo de decir Nísida cómo Blanca tenia ocupados los pensamientos en Silerio: mas que no por esto Darinto habia desmayado, ni dejado la empresa, porque como supo que de tí, Silerio, no se sabia nueva alguna, imaginó que los servicios que él pensaba hacer á Blanca y el tiempo la apartarian de su intencion primera; y con este presupuesto jamas nos quiso dejar, hasta que ayer, oyendo á los pastores las ciertas nuevas de tu vida, y conociendo el contento que con ellas Blanca habia reci-

bido, y considerando ser imposible que pareciendo Silerio pudiese Darinto alcanzar lo que deseaba, sin despedirse de ninguno se habia con muestras de grandísimo dolor apartado de todos. Junto con esto aconsejó Timbrio á su amigo fuese contento de que Blanca le tuviese, escogiéndola y acetándola por esposa, pues ya la conocia, y no ignoraba su valor y honestidad, encareciéndole el gusto y placer que los dos tendrian viéndose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió que le diese espacio para pensar en aquel hecho, aunque él sabía que al cabo era imposible dejar de hacer lo que él le mandase. A esta sazon comenzaba ya la blanca aurora á dar señales de su nueva venida, y las estrellas poco á poco iban escondiendo la claridad suya: y á este mismo punto llegó á los oidos de todos la voz del enamorado Lauso, el cual como su amigo Damon habia sabido que aquella noche la habian de pasar en la ermita de Silerio, quiso venir á hallarse con él y con los demas pastores: y como todo su gusto y pasatiempo era cantar al son de su rabel los sucesos prósperos ó adversos de sus amores, llevado de la condicion suya, y convidado de la soledad del camino y de la sabrosa armonía de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar el venidero dia, con baja voz semejantes versos venia cantando.

LAUSO.

Alzo la vista á la mas noble parte
Que puede imaginar el pensamiento,
Donde miro el valor, admiro el arte
Que suspende el mas alto entendimiento:
Mas si quereis saber quién fué la parte
Que puso fiero yugo al cuello exento,
Quién me entregó, quién lleva mis despojos,
Mis ojos son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos son, de cuya luz serena
Me viene la que al cielo me encamina,
Luz de cualquiera escuridad ajena,
Segura muestra de la luz divina:
Por ella el fuego, el yugo y la cadena,
Que me consume, carga y desatina,
Es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
Al alma, y vida que te ha dado el alma.

Divinos ojos, bien del alma mia,
Término y fin de todo mi deseo,
Ojos que serenais el turbio dia,
Ojos por quien yo veo, si algo veo:
En vuestra luz mi pena y mi alegría
Ha puesto amor; en vos contemplo y leo
La dulce amarga verdadera historia
Del cierto infierno, de mi incierta gloria.

En ciega escuridad andaba, cuando
Vuestra luz me faltaba, ó bellos ojos,
Acá y allá, sin ver el cielo, errando
Entre agudas espinas y entre abrojos;
Mas luego en el momento que tocando
Fuéron al alma mia los manojos
De vuestros rayos claros, vi á la clara
La senda de mi bien abierta y clara.

Vi que sois y seréis, ojos serenos,
Quien me levanta y puede levantarme
A que entre corto número de buenos
Venga como mejor á señalarme:
Esto podréis hacer no siendo ajenos,
Y con pequeño acuerdo de mirarme;
Que el gusto del mas bien enamorado
Consiste en el mirar y ser mirado.

Si esto es verdad, Silena, ¿quién ha sido
Es, ni será, que con firmeza pura,
Cual yo, te quiera, ni te habrá querido,
Por mas que amor le ayude y la ventura?
La gloria de tu vista he merecido
Por mi inviolable fe; mas es locura
Pensar que pueda merecerse aquello,
Que apénas puede contemplarse en ello.

El canto y el camino acabó á un mismo punto el enamorado Lauso, el cual de todos los que con Silerio estaban fué amorosamente recebido, acrecentando con su presencia el alegría que todos tenian, por el buen s ceso que los trabajos de Silerio habian tenido: y está doselos Damon contando, asomó por junto á la ermita venerable Aurelio, que con algunos de sus pastores tr algunos regalos con que regalar y satisfacer á los que estaban, como lo habia prometido el dia ántes que dell se partió. Maravillados quedaron Tirsi y Damon de ve venir sin Elicio y Erastro, y mas lo fuéron cuando v nieron á entender la causa del haberse quedado. Lle Aurelio, y su llegada aumentara mas el contento de t dos, si no dijera, encaminando su razon á Timbrio: te precias, como es razon que te precies, valeroso Tir brio, de ser verdadero amigo del que lo es tuyo, ago es tiempo de mostrarlo, acudiendo á remediar á Dari to, que no léjos de aquí queda tan triste y apasionado, tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor q padece, que algunos que yo le di, no fuéron pa para que él los tuviese por tales. Hallámosle Elicio, Era tro y yo habrá dos horas en medio de aquel monte que esta mano derecha se descubre, el caballo arrendado un pino, y él en el suelo boca abajo tendido, dando tier nos y dolorosos suspiros, y de cuando en cuando deci algunas palabras, que á maldecir su ventura se encami naban. Al son lastimero de las cuales llegamos á él, con el rayo de la luna, aunque con dificultad, fué d nosotros conocido, é importunado que la causa de su mal nos dijese: díjonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenia. Con todo eso se han quedado con él Elicio y Erastro, y yo he venido á darte las nuevas del término en que le tienen sus pensamientos; y pues á ti te son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, ó acude á consolarlos con palabras. Palabras serán todas, buen Aurelio, respondió Timbrio, las que yo en esto gastare, si ya él no quiere aprovecharse de la ocasion del desengaño, y disponer sus deseos á que el tiempo y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efetos: mas porque no se piense que no correspondo á lo que á su amistad estoy obligado, enséñame, Aurelio, á qué parte le dejaste, que yo quiero ir luego á verle. Yo iré contigo, respondió Aurelio, y luego al momento se levantaron todos los pastores para acompañar á Timbrio, y saber la causa del mal de Darinto, dejando á Silerio con Nísida y Blanca, con tanto contento de los tres, que no se acertaban á hablar palabra. En el camino que habia desde allí adonde Aurelio á Darinto habia dejado, contó Timbrio á los que con él iban la ocasion de la pena de Darinto, y el poco remedio que della se podria esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba, tenia ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio, diciéndoles asimismo, que habia de procurar con toda su industria y fuerzas, que Silerio viniese en lo que Blanca deseaba, suplicándoles que todos fuesen en ayudar y favorecer su intencion, porque en dejando á Darinto, queria que todos á Silerio rogasen diese el sí de recebir á Blanca por su legítima esposa. Los pastores se ofrecieron de hacer lo que les mandaba, y en estas pláticas llegaron adonde creyó Aurelio que Elicio, Darinto y Erastro estarian; pero no hallaron alguno, aunque rodearon y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que allí estaba, de que no poco pesar recibieron todos. Pero estando en esto, oyeron un tan doloroso suspiro que les puso en confusion y deseo de saber quién le habia dado; mas sacóles presto de esta duda otro que oyeron no mé-

triste que el pasado, y acudiendo todos á aquella parte donde el suspiro venía, vieron estar no léjos dellos al pie de un crecido nogal dos pastores, el uno sentado sobre la yerba verde, y el otro tendido en el suelo, y la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estaba el sentado con la cabeza inclinada, derramando lágrimas y mirando atentamente al que en las rodillas tenia; y así por esto, como por estar el otro con color perdida y rostro desmayado, no pudieron luego conocer quién era: mas cuando mas cerca llegaron, luego conocieron que los pastores eran Elicio y Erastro, Elicio el desmayado, y Erastro el lloroso. Grande admiracion y tristeza causó á todos los que allí venian la triste semblanza de los lastimados pastores, por ser grandes amigos suyos, y por ignorar la causa que de tal modo los tenia; pero el que mas se maravilló fué Aurelio, por ver que tan poco ántes los habia dejado en compañía de Darinto, con muestras de todo placer y contento, como si él no hubiera sido la causa de toda su desdicha. Viendo pues Erastro que los pastores á él se llegaban, estremeció á Damon, diciéndole: Vuelve en tí, lastimado pastor, levántate, y busca lugar donde puedas á solas llorar tu desventura, que yo pienso hacer lo mismo hasta acabar la vida; y diciendo esto, cogió con las dos manos la cabeza de Elicio, y quitándola de sus rodillas, la puso en el suelo, sin que el pastor pudiese volver en su acuerdo; y levantándose Erastro, volvia las espaldas para irse, si Tirsi y Damon, y los demas pastores no se lo impidieran. Llegó Damon adonde Elicio estaba, y tomándole entre sus brazos, le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos, y luego que conoció á todos los que allí estaban, tuvo cuenta de que su lengua, movida y forzada del dolor, no dijese cosa que la causa dél manifestase; y aunque esta le fué preguntada por todos los pastores, jamas respondió sino que no sabia otra cosa de sí mismo, sino que estando hablando con Erastro le habia tomado un recio desmayo: lo propio decia Erastro, y á esta causa los pastores dejaron de preguntarle mas la causa de su pasion; ántes le rogaron que con ellos á la ermita de Silerio se volviese, porque desde allí le llevarian á la aldea ó á su cabaña; mas no fué posible que con él esto se acabase, sino que le ayudasen á volver á la aldea. Viendo pues que esta era su voluntad, no quisieron contradecírsela, ántes se ofrecieron de ir con él; pero de ninguno quiso compañía, ni la tuviera, si la porfía de su amigo Damon no le venciera; y así se hubo de partir con él, dejando concertado Damon con Tirsi que se viesen aquella noche en el aldea en casa de Elicio, para dar órden de volverse á la suya. Aurelio y Timbrio preguntaron á Erastro por Darinto, el cual les respondió que así como Aurelio se habia apartado dellos, le tomó el desmayo á Elicio, y que entre tanto que él le socorria, Darinto se habia partido con mucha priesa, y que nunca mas le habian visto. Viendo pues Timbrio, y los que con él venian, que á Darinto no le hallaban, determinaron de volver á la ermita á rogar á Silerio aceptase á la hermosa Blanca por su esposa; y con esta intencion se volvieron todos, excepto Erastro que quiso seguir á su amigo Elicio, y así despidiéndose dellos, acompañado de solo su rabel, se apartó por el mismo camino que Elicio habia ido, el cual habiéndose un rato apartado con su amigo Damon de la demas compañía, con lágrimas en los ojos y con muestras de grandísima tristeza así le comenzó á decir: Bien sé, discreto Damon, que tienes de los efetos de amor tanta experiencia, que no te maravillarás de lo que agora pienso contarte, que son tales, que á la cuenta de mi opinion los estimo y tengo por de los mas desastrados que en el amor se hallan. Damon, que no deseaba otra cosa que saber la causa del desmayo y tristeza suya, le aseguró que ninguna cosa le sería á él nueva, como tocase á los males que el amor suele hacer. Y así Elicio, con este seguro y con el mayor que de su amistad tenia, prosiguió diciendo: Ya sabes, amigo Damon, cómo la buena suerte mia, que este nombre de buena le daré siempre, aunque me cueste la vida el haberla tenido; digo pues, que la buena suerte mia quiso, como todo el cielo y todas estas riberas saben, que yo amase, ¿qué digo amase? que adorase á la sin par Galatea con tan limpio y verdadero amor cual á su merecimiento se debe; juntamente te confieso, amigo, que en todo el tiempo que ha que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido á él con otras muestras que las generales que suele y debe dar un casto y agradecido pecho; y así ha algunos años, que sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre y satisfecho de mis pensamientos, que me juzgaba por el mas dichoso pastor que jamas apacentó ganado, contentándome solo de mirar á Galatea, y de ver que si no me queria, no me aborrecia, y que otro ningun pastor no se podia alabar que aun della fuese mirado; que no era poca satisfaccion de mi deseo tener puestos mis pensamientos en tan segura parte, que de otros algunos no me recelaba: confirmándome en esta verdad la opinion que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no da lugar á que se le atreva el mismo atrevimiento. Contra este bien que tan á poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado hoy irrevocable sentencia, que el bien se acabe, que la gloria fenezca, que el gusto se cambie, y que finalmente se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Damon, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea, á buscaros á la ermita de Silerio, en el camino me dijo cómo tenia concertado de casar á Galatea con un pastor lusitano, que en las riberas del blando Lima gran número de ganado apacienta: pidióme que le dijese qué me parecia, porque de la amistad que me tenia y de mi entendimiento esperaba ser bien aconsejado: lo que yo le respondí, fué que me parecia cosa recia poder acabar con su voluntad privarse de la vista de tan hermosa hija, desterrándola á tan apartadas tierras; y que si lo hacia llevado y cebado de las riquezas del extranjero pastor, que considerase que no carecia él tanto dellas, que no tuviese para vivir en su lugar mejor que cuantos en él de ricos presumian, y que ninguno de los mejores de cuantos habitan las riberas de Tajo dejaria de tenerse por venturoso cuando alcanzase á Galatea por esposa. No fuéron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio; pero en fin se resolvió, diciendo que el rabadan mayor de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo habia concertado y tratado, y que era imposible deshacerse. Preguntéle con qué semblante Galatea habia recibido las nuevas de su destierro. Díjome que se habia conformado con su voluntad, y que disponia la suya á hacer todo lo que él quisiese, como obediente hija. Esto supe de Aurelio, y esta es, Damon, la

causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte; pues de ver á Galatea en poder ajeno, y ajena de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis dias. Acabó su razon el enamorado Elicio, y comenzaron sus lágrimas, derramadas en tanta abundancia, que enternecido el pecho de su amigo Damon no pudo dejar de acompañarle en ellas; mas á cabo de poco espacio comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Elicio; pero todas sus palabras en ser palabras paraban, sin que ningun otro efecto hiciesen. Todavía quedaron de acuerdo que Elicio á Galatea hablase, y supiese della si de su voluntad consentia en el casamiento que su padre le trataba, y que cuando no fuese con el gusto suyo, se le ofreciese de librarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaria ayuda. Parecióle bien á Elicio lo que Damon decia, y determinó de ir á buscar á Galatea para declararle su voluntad, y saber la que ella en su pecho encerraba; y así trocando el camino que de su cabaña llevaban, hácia el aldea se encaminaron, y llegando á una encrucijada que junto á ella cuatro caminos dividia, por uno dellos vieron venir hasta ocho dispuestos pastores, todos con azagayas en las manos, excepto uno dellos que á caballo venía sobre una hermosa yegua, vestido con un gaban morado, y los demas á pié, y todos rebozados los rostros con unos pañizuelos. Damon y Elicio se pararon hasta que los pastores pasasen, los cuales pasando junto á ellos, bajando las cabezas cortesmente les saludaron, sin que alguno alguna palabra hablase. Maravillados quedaron los dos de ver la extrañeza de los ocho, y estuvieron quedos por ver qué camino seguian; pero luego vieron que el de la aldea tomaban, aunque por otro diferente que por el que ellos iban. Dijo Damon á Elicio que los siguiesen, mas no quiso, diciendo que por aquel camino que él queria seguir, junto á una fuente que no léjos dél estaba, solia estar muchas veces Galatea con algunas pastoras del lugar, y que seria bien ver si la dicha se la ofrecia tan buena que allí la hallasen. Contentóse Damon de lo que Elicio queria, y así le dijo que guiase por do quisiese; y sucedióle la suerte como él mismo se habia imaginado, porque no anduvieron mucho cuando llegó á sus oidos la zampoña de Florisa, acompañada de la voz de la hermosa Galatea, que como de los pastores fué oida, quedaron enajenados de sí mesmos. Entónces acabó de conocer Damon cuánta verdad decian todos los que las gracias de Galatea alababan, la cual estaba en compañía de Rosaura y Florisa, y de la hermosa y recien casada Silveria, con otras dos pastoras de la mesma aldea. Y puesto que Galatea vió venir á los pastores, no por eso quiso dejar su comenzado canto, ántes pareció dar muestras de que recebia contento en que los pastores la escuchasen, los cuales ansí lo hicieron con toda la atencion posible: y lo que alcanzaron á oir de lo que la pastora cantaba, fué lo siguiente.

GALATEA.

¿A quién volveré los ojos
En el mal que se apareja,
Si cuanto mi bien se aleja
Se acercan mas mis enojos?
A duro mal me condena
El dolor que me destierra:
Que si me acaba en mi tierra,
¿Qué bien me hará en el ajena?

¡Oh justa amarga obediencia,
Que por cumplirte he de dar
El sí, que ha de confirmar
De mi muerte la sentencia!
Puesta estoy en tanta mengua,
Que por gran bien estimara
Que la vida me faltara,
Ó por lo ménos la lengua.

Breves horas y cansadas
Fuéron las de mi contento,
Eternas las del tormento,
Mas confusas y pesadas:
Gocé de mi libertad
En la temprana sazon,
Pero ya mi sujecion
Anda tras mi voluntad.

Ved si es el combate fiero
Que dan á mi fantasía;
Si al cabo de su porfía
He de querer, y no quiero.
¡Oh fastidioso gobierno!
¡Qué á los respetos humanos
Tengo de cruzar las manos,
Y abajar el cuello tierno!

¡Que tengo de despedirme
De ver el Tajo dorado!
¡Que ha de quedar mi ganado,
Y yo triste he de partirme!
¡Que estos árboles sombríos
Y estos anchos verdes prados
No serán ya mas mirados
De los tristes ojos mios!

Severo padre ¿qué haces?
Mira que es cosa sabida
Que á mí me quitas la vida
Con lo que á tí satisfaces:
Si mis suspiros no valen
A descubrirte mi mengua,
Lo que no puedo mi lengua
Mis ojos te lo señalen.

Ya triste se me figura
El punto de mi partida,
La dulce gloria perdida,
Y la amarga sepultura:
El rostro que no se alegra
Del no conocido esposo,
El camino trabajoso,
La antigua enfadosa suegra

Y otros mil inconveniente[s]
Todos para mí contrarios,
Los gustos extraordinarios
Del esposo y sus parientes
Mas todos estos temores
Que me figura mi suerte,
Se acabarán con la muerte,
Que es el fin de los dolores.

No cantó mas Galatea, porque las lágrimas que der
maba le impidieron la voz, y aun el contento á todos
que escuchado la habian, porque luego supieron cla
mente lo que en confuso imaginaban del casamiento
Galatea con el lusitano pastor, y cuán contra su volu
tad se hacia. Pero á quien mas sus lágrimas y suspi
lastimaron, fué á Elicio, que diera él por remediarl
su vida, si en ella consistiera el remedio dellas; pe
aprovechándose de su discrecion, y disimulando el r
tro el dolor que el alma sentia, él y Damon se llegar
adonde las pastoras estaban, á las cuales cortesmente s
ludaron, y con no ménos cortesía fuéron dellas recel
dos. Preguntó luego Galatea á Damon por su padre,
respondióle que en la ermita de Silerio quedaba en co
pañía de Timbrio y Nísida, y de todos los otros pastor
que á Timbrio acompañaron, y asimismo le dió cuen
del conocimiento de Silerio y Timbrio, y de los amor
de Darinto y Blanca, la hermana de Nísida, con tod
las particularidades que Timbrio habia contado de lo q
en el discurso de sus amores le habia sucedido, á lo cu
Galatea dijo: ¡Dichoso Timbrio y dichosa Nísida, pu
en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aq
padecidos, con la cual pondréis en olvido los pasad
desastres! Antes servirán ellos de acrecentar vues
gloria, pues se suele decir que la memoria de las p
sadas calamidades aumenta el contento en las alegr
presentes. Mas ¡ay del alma desdichada, que se
puesta en términos de acordarse del bien perdido, y c
temor del mal que está por venir, sin que vea ni ha
remedio, ni medio alguno para estorbar la desventu
que le está amenazando! pues tanto mas fatigan los d
lores, cuanto mas se temen. Verdad dices, hermosa G
latea, dijo Damon, que no hay duda sino que el repe
tino y no esperado dolor que viene, no fatiga tanto, an
que sobresalta, como el que con largo discurso de tiem
amenaza y quita todos los caminos de remediarse; pe
con todo eso digo, Galatea, que no da el cielo tan apu
dos los males, que quite de todo en todo el remedio d
llos, principalmente cuando no los deja ver primer
porque parece que entónces quiere dar lugar al discur
de nuestra razon, para que se ejercite y ocupe en ten
plar ó desviar las venideras desdichas, y muchas vec
se contenta de fatigarnos con solo tener ocupados nue
tros ánimos con algun especioso temor, sin que se ven
á la ejecucion del mal que se teme; y cuando á ella
viniese, como no acabe la vida, ninguno por ningu
mal que padezca debe desesperar del remedio. No du
yo deso, replicó Galatea, si fuesen tan ligeros los mal
que se temen ó se padecen, que dejasen libre y desem

turbado el discurso de nuestro entendimiento; pero bien sabes, Damon, que cuando el mal es tal que se le puede dar este nombre, lo primero que hace es añublar nuestro sentido, y aniquilar las fuerzas de nuestro albedrío, descaeciendo nuestra virtud de manera que apénas puede levantarse, aunque mas la solicite la esperanza. No sé yo, Galatea, respondió Damon, cómo en tus verdes años puede caber tanta experiencia de los males, sino es que quieres que entendamos que tu mucha discrecion se extiende á hablar por ciencia de las cosas que por otra manera ninguna noticia dellas tienes. Pluguiera al cielo, discreto Damon, replicó Galatea, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello granjeara dos cosas: quedar en la buena opinion que de mí tienes, y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella. Hasta este punto estuvo callando Elicio; pero no pudiendo sufrir mas ver á Galatea dar muestras del amargo dolor que padecia, le dijo: Si imaginas por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza puede por alguna ser remediada, por lo que debes á la voluntad que para servirte de mí tienes conocida, te ruego me la declares; y si esto no quisieres por cumplir con lo que á la paternal obediencia debes, dame á lo ménos licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos destas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado; y no entiendas, pastora, que presumo yo tanto de mí mesmo, que solo me atreva á cumplir con las obras lo que agora por palabras te ofrezco; que puesto que el amor que te tengo, para mayor empresa me da aliento, desconfío de mi ventura, y así la habré de poner en las manos de la razon, y en las de todos los pastores que por esas riberas de Tajo apacientan sus ganados, los cuales no querrán consentir que se les arrebate y quite delante de sus ojos el sol que los alumbra, y la discrecion que les admira, y la belleza que los incita y anima á mil honrosas competencias. Ansí que, hermosa Galatea, en fe de la razon que he dicho y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrecimiento, el cual te ha de obligar á que tu voluntad me descubras, para que yo no caiga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero considerando que la bondad y honestidad incomparable tuya te ha de mover á que correspondas ántes al querer de tu padre que al tuyo, no quiero, pastora, que me le declares, sino tomar á mi cargo hacer lo que me pareciere, con presupuesto de mirar por tu honra, con el cuidado que tú mesma has mirado siempre por ella. Iba Galatea á responder á Elicio, y agradecerle su buen deseo; mas estorbólo la repentina llegada de los ocho rebozados pastores, que Damon y Elicio habian visto pasar poco ántes hácia el aldea. Llegaron todos donde las pastoras estaban, y sin hablar palabra los seis dellos con increible celeridad arremetieron á abrazarse con Damon y con Elicio, teniéndoles tan fuertemente apretados, que en ninguna manera pudieron desasirse. En este entre tanto, los otros dos (que era el uno el que á caballo venia) se fuéron adonde Rosaura estaba dando gritos por la fuerza que á Damon y á Elicio se les hacia; pero sin aprovecharle defensa alguna, uno de los pastores la tomó en brazos, y púsola sobre la yegua y en los del que en ella venia, el cual quitándose el rebozo se volvió á los pastores y pastoras, diciendo: No os maravilleis, buenos amigos, de la sinrazon que al parecer aquí se os ha hecho, porque la fuerza de amor y la ingratitud desta dama han sido causa della: ruégoos me perdoneis, pues no está mas en mi mano; y si por estas partes llegare (como creo que presto llegará) el conocido Grisaldo, diréisle como Artandro se lleva á Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado della; y que si el amor y esta injuria le movieren á querer vengarse, que ya sabe que Aragon es mi patria y el lugar donde vivo. Estaba Rosaura desmayada sobre el arzon de la silla, y los demas pastores no querian dejar á Elicio ni á Damon hasta que Artandro mandó que los dejasen; los cuales, viéndose libres, con valeroso ánimo sacaron sus cuchillos, y arremetieron contra los siete pastores, los cuales todos juntos les pusieron las azagayas que traian á los pechos, diciéndoles que se tuviesen, pues veian cuán poco podian ganar en la empresa que tomaban. Harto ménos podrá ganar Artandro, les respondió Elicio, en haber cometido tal traicion. No la llames traicion, respondió uno de los otros, porque esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y agora por cumplir con la condicion mudable de mujer, la ha negado, y entregádose á Grisaldo; que es agravio tan manifiesto, y tal que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso sosegáos, pastores, y tenednos en mejor opinion que hasta aquí, pues el servir á nuestro amo en tan justa ocasion nos disculpa: y sin decir mas, volvieron las espaldas, recelándose todavía de los malos semblantes con que Elicio y Damon quedaron, los cuales estaban con tanto enojo por no poder deshacer aquella fuerza, y por hallarse inhabilitados de vengarse de la que á ellos se les hacia, que ni sabian qué decirse ni qué hacerse. Pero los extremos que Galatea y Florisa hacian por ver llevar de aquella manera á Rosaura eran tales, que movieron á Elicio á poner su vida en manifiesto peligro de perderla; porque sacando su honda, y haciendo Damon lo mesmo, á todo correr fué siguiendo á Artandro, y desde léjos con mucho ánimo y destreza comenzaron á tirarles tantas piedras, que les hicieron detener y tornarse á poner en defensa; pero con todo esto no dejara de sucederles mal á los dos atrevidos pastores, si Artandro no mandara á los suyos que se adelantaran y los dejaran, como lo hicieron, hasta entrarse por un espeso montezuelo que á un lado del camino estaba, y con la defensa de los árboles hacian poco efecto las hondas y piedras de los enojados pastores; y con todo esto los siguieran, sino vieran que Galatea y Florisa, y las otras dos pastoras á mas andar hácia donde ellos estaban se venian, y por esto se detuvieron, haciendo fuerza al enojo que los incitaba, y á la deseada venganza que pretendian; y adelantándose á recebir á Galatea, ella les dijo: Templad vuestra ira, gallardos pastores, pues á la ventaja de nuestros enemigos no puede igualar vuestra diligencia, aunque ha sido tal, cual nos la ha mostrado el valor de vuestros ánimos. El ver el tuyo descontento, Galatea, dijo Elicio, creí yo que diera tales fuerzas al mio, que no se alabaran aquellos descomedidos pastores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabe no tenerla en cuanto deseo. El amoroso que Artandro tiene, dijo Galatea, fué el que le movió á tal descomedimiento, y así conmigo en parte queda disculpado: y luego punto por punto les contó la historia de Rosaura, y cómo estaba esperando á Grisaldo para recebirle por esposo, lo cual podria haber llegado á noticia de Artandro, y que la celosa rabia le hubiese movido á hacer lo que habian visto. Si así pasa, como dices, discreta

Galatea, dijo Damon, del descuido de Grisaldo, y atrevimiento de Artandro, y mudable condicion de Rosaura, temo que han de nacer algunas pesadumbres y diferencias. Eso fuera, respondió Galatea, cuando Artandro residiera en Castilla; pero si él se encierra en Aragon, que es su patria, quedarse ha Grisaldo con solo el deseo de vengarse. ¿No hay quien le pueda avisar deste agravio? dijo Elicio. Sí, respondió Florisa, que yo aseguro que ántes que la noche llegue, él tenga dél noticia. Si eso así fuese, respondió Damon, podria ser cobrar su prenda ántes que á Aragon llegasen; porque un pecho enamorado no suele ser perezoso. No creo yo que lo será el de Grisaldo, dijo Florisa; y porque no le falte tiempo y ocasion para mostrarlo, suplícote, Galatea, que á la aldea nos volvamos, porque yo quiero enviar á avisar á Grisaldo de su desdicha. Hágase como lo mandas, amiga, respondió Galatea, que yo te daré un pastor que lleve la nueva: y con esto se querian despedir de Damon y de Elicio, si ellos no porfiaran á querer ir con ellas: y ya que se encaminaban al aldea, á su mano derecha sintieron la zampoña de Erastro, que luego de todos fué conocida, el cual venía en seguimiento de su amigo Elicio. Paráronse á escucharlo, y oyeron que con muestras de tierno dolor esto venía cantando.

ERASTRO.

Por ásperos caminos voy siguiendo
El fin dudoso de mi fantasía,
Siempre en cerrada noche, escura y fria,
Las fuerzas de la vida consumiendo.
Y aunque morir me veo, no pretendo
Salir un paso de la estrecha via,
Que en fe de la alta fe sin igual mia
Mayores miedos contrastar entiendo.
Mi fe es la luz que me señala el puerto
Seguro á mi tormenta, y sola es ella
Quien promete buen fin á mi viaje,
Por mas que el medio se me muestre incierto,
Por mas que el claro rayo de mi estrella
Me encubra amor, y el cielo mas me ultraje.

Con un profundo suspiro acabó el enamorado canto el lastimado pastor, y creyendo que ninguno le oia, soltó la voz á semejantes razones: Amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna á mi alma, fué parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos, ya que tanto bien me hiciste, no quieras mo trarte agora, haciéndome el mal que me amenazas; que es mas mudable tu condicion, que la de la variable fortuna: mira, señor, cuán obediente he estado á tus leyes, cuán pronto á seguir tus mandamientos, y cuán sujeta he tenido mi voluntad á la tuya; págame esta obediencia con hacer lo que á tí tanto importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponia y la daba á sus frescas y menudas yerbas, á sus humildes plantas y levantados árboles: no consientas, señor, que al claro Tajo se le quite le prenda que le enriquece, y por quien él tiene mas fama, que no por las arenas de oro que en su seno cria: no quites á los pastores destos prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos, y el honroso estímulo que á mil honrosas y virtuosas empresas los incitaba: considera bien, que si desta á la ajena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes; pues por Galatea sola le usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido, que todos cuantos en ellos habitan te negarán la obediencia, y no te acudirán con el usado tributo: advierte que lo que te suplico es tan

conforme y llegado á razon, que irias de todo en
fuera della, si no me lo concedieses; porque ¿qué
ordena, ó qué razon consiente, que la hermosura
nosotros criamos, la discrecion que en estas selvas
deas nuestras tuvo principio; el donaire por partic
don del cielo á nuestra patria concedido, agora qu
perábamos coger el honesto fruto de tantos bienes
quezas, se haya de llevar á extraños reinos á ser pos
y tratado de ajenas y no conocidas manos? No quie
cielo piadoso hacernos tan notable daño. ¡Oh verdes
dos, que con su vista os alegrábades! Oh flores oloro
que de sus piés tocadas, de mayor fragancia érades
nas! Oh plantas, oh árboles desta deleitosa selva! ha
todos en la mejor forma que pudiéredes, aunque á v
tra naturaleza no se conceda, algun género de se
miento que mueva al cielo á concederme lo que le su
co. Decia esto derramando tantas lágrimas el enamor
pastor, que no pudo Galatea disimular las suyas, ni
nos ninguno de los que con ella iban, haciendo todo
tan notable sentimiento, como si lloraran las obsequ
de su muerte. Llegó á este punto á ellos Erastro, á qu
recibieron con agradable comedimiento; el cual, co
vió á Galatea con señales de haberle acompañado en
lágrimas, sin apartar los ojos della, la estuvo atento
rando por un rato al cabo del cual dijo: Agora acabo
conocer, Galatea, que ninguno de los humanos se esca
de los golpes de la variable fortuna, pues tú, de qui
yo entendia que por particular privilegio habias de es
exenta dellos, veo que con mayor ímpetu te acom
ten y fatigan: de donde averiguo, que ha querido el ci
con un solo golpe lastimar á todos los que te conocen
á todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pe
con todo eso tengo esperanza que no se ha de extend
tanto su rigor, que lleve adelante la comenzada desgr
cia, viniendo tan en perjuicio de tu contento. Antes p
esa mesma razon, respondió Galatea, estoy yo mén
segura de mi desdicha, pues jamas la tuve en lo que d
sease; mas porque no está bien á la honestidad de q
me precio, que tan á la clara descubra cuán por los c
bellos me lleva tras sí la obediencia que á mis padres d
bo, ruégote, Erastro, que no me dés ocasion de renov
mi sentimiento, ni de tí, ni de otro alguno se trate co
que ántes de tiempo despierte en mí la memoria del di
gusto que temo; y con esto asimesmo os ruego, past
res, me dejeis adelantar á la aldea, porque siendo av
sado Grisaldo, le quede tiempo para satisfacerse d
agravio que Artandro le ha hecho. Ignorante esta
Erastro del suceso de Artandro; pero la pastora Flori
en breves razones se lo contó todo, de que se maravil
Erastro, estimando que no debia de ser poco el valor
Artandro, pues á tan dificultosa empresa se habia pue
to. Querian ya los pastores hacer lo que Galatea les ma
daba, si en aquella sazon no descubrieran toda la com
pañía de caballeros, pastores y damas que la noch
ántes en la ermita de Silerio se quedaron; los cuales c
señal de grandísimo contento á la aldea se venían, y tra
yendo consigo á Silerio con diferente traje y gusto de
que hasta allí habia tenido, porque ya habia dejado el d
ermitaño, mudándole en el de alegre desposado, com
ya lo era de la hermosa Blanca con igual contento y sa
tisfacion de entrambos, y de sus buenos amigos Tim
brio y Nísida, que se lo persuadieron, dando con aque
casamiento fin á todas sus miserias, y quietud y reposo



los pensamientos que por Nísida le fatigaban: y así con el regocijo que tal suceso les causaba, venian todos dando muestras dél, con agradable música y discretas y amorosas canciones, de las cuales cesaron cuando vieron á Galatea y á los demas que con ella estaban, recibiéndose unos á otros con mucho placer y comedimiento, dándole Galatea á Silerio el parabien de su suceso, y á la hermosa Blanca el de su desposorio, y lo mesmo hicieron los pastores Damon, Elicio y Erastro, que en extremo á Silerio estaban aficionados. Luego que cesaron entre ellos los parabienes y cortesías, acordaron de proseguir su camino al aldea; y para entretenerle, rogó Tirsi á Timbrio que acabase el soneto que habia comenzado á decir, cuando de Silerio fué conocido. Y no excusándose Timbrio de hacerlo, al son de la flauta del celoso Orfenio, con extremada y suave voz le cantó y acabó, que era este.

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento:
Tal fe, tal fuerza y tal valor alcanza.
Tan léjos voy de consentir mudanza
En mi firme amoroso pensamiento,
Cuan cerca de acabar en mi tormento
Antes la vida, que la confianza.
Que si al contraste del amor vacila
El pecho enamorado, no merece
Del mesmo amor la dulce paz tranquila:
Por esto el mio, que su fe engrandece,
Rabie Caribdis ó amenace Cila,
Al mar se arroja, y al amor se ofrece.

Pareció bien el soneto de Timbrio á los pa tores, y no ménos la gracia con que cantado le habia, y fué de manera que le rogaron que alguna otra cosa dijese; mas excusóse con decir á su amigo Silerio respondiese por él en aquella causa, como lo habia hecho siempre en otras mas peligrosas. No pudo Silerio dejar de hacer lo que su amigo le mandaba: y así, con el gusto de verse en tan felice estado, al son de la mesma flauta de Orfenio cantó lo que sigue.

SILERIO.

Gracias al cielo doy, pues he escapado
De los peligros deste mar incierto,
Y al recogido favorable puerto
Tan sin saber por dónde he ya llegado.
Recójanse las velas del cuidado,
Repárese el navío pobre abierto,
Cumpla los votos quien con rostro muerto
Hizo promesas en el mar airado.
Beso la tierra, reverencio al cielo,
Mi suerte abrazo mejorada y buena,
Llamo dichoso á mi fatal destino.
Y á la nueva sin par blanda cadena
Con nuevo intento y amoroso celo
El lastimado cuello alegre inclino.

Acabó Silerio, y rogó á Nísida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto; la cual mirando á su querido Timbrio, con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedia, y dándosela él ansimesmo con la vista, ella sin mas esperar, con mucho donaire y gracia, cesando el son de la flauta de Orfenio, al de la zampoña de Orompo cantó este soneto.

NÍSIDA.

Voy contra la opinion de aquel que jura,
Que jamas del amor llegó el contento
A do llega el rigor de su tormento,
Por mas que el bien ayude la ventura.
Yo sé qué es bien, yo sé qué es desventura,
Y sé de sus efetos claro, y siento
Que cuanto mas destruye el pensamiento
El mal de amor, el bien mas lo asegura.
No el verme en brazos de la amarga muerte
Por la mal referida triste nueva,
Ni á los cosarios bárbaros rendida,
Fué dura pena, fué dolor tan fuerte,
Que agora no conozca y haga prueba
Que es mas el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea y Florisa de la extremada voz de la hermosa Nísida, la cual por parecerle que por entónces en cantar Timbrio y los de su parte habian tomado la mano, no quiso que su hermana quedase sin hacerlo; y así sin importunarle mucho, con no ménos gracia que Nísida, haciendo señal á Orfenio que su flauta tocase, al son della cantó desta manera.

BLANCA.

Cual si estuviera en la arenosa Libia,
O en la apartada Citia siempre helada,
Tal vez del frio temor me vi asaltada,
Y tal del fuego que jamas se entibia;
Mas la esperanza que el dolor alivia,
En uno y otro extremo disfrazada,
Tuvo la vida en su poder guardada,
Cuándo con fuerzas, cuándo flaca y tibia.
Pasó la furia del invierno helado,
Y aunque el fuego de amor quedó en su punto,
Llegó la deseada primavera,
Donde en un solo venturoso punto
Gozo del dulce fruto deseado
Con largas pruebas de una fe sincera.

No ménos contentó á los pastores la voz y lo que cantó Blanca, que todas las demas que habian oido. Y ya que ellos querian dar muestras de que no toda la habilidad se encerraba en los cortesanos caballeros, y para esto casi de un mesmo pensamiento movidos Orompo, Crisio, Orfenio y Marsilio comenzaban á templar sus instrumentos, les forzó á volver las cabezas un ruido que á sus espaldas sintieron, el cual causaba un pastor, que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el cual fué de todos conocido, que era el enamorado Lauso, de que se maravilló Tirsi, porque la noche ántes se habia despedido dél, diciendo que iba á un negocio que importaba el acabarle acabar su pesar y comenzar su gusto; y que sin decirle mas, con otro pastor su amigo se habia partido, y que no sabía qué podia haberle sucedido agora que con tanta prisa caminaba. Lo que Tirsi dijo movió á querer llamar á Lauso, y así le dió voces que viniese; mas viendo que no las oia, y que ya á mas andar iba trasponiendo un recuesto, con toda lijereza se adelantó, y desde encima de otro collado le tornó á llamar con mayores voces. Las cuales oidas por Lauso, y conociendo quien le llamaba, no pudo dejar de volver, y en llegando á Damon le abrazó con señales de extraño contento, tanto que admiraron á Damon las muestras que de estar alegre daba, y así le dijo: ¿Qué es esto, amigo Lauso? ¿Has por ventura alcanzado el fin de tus deseos, ó hante desde ayer acá correspondido á ellos de manera, que halles con facilidad lo que pretendes? Mucho mayor es el bien que traigo, Damon, verdadero amigo, respondió Lauso; pues la causa que á otros suele ser de desesperacion y muerte, á mí me ha servido de esperanza y vida, y esta ha sido de un desden y desengaño acompañado de un melindroso donaire que en mi pastora he visto, que me ha restituido á mi sér primero. Ya, ya, pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, ya se han deshecho en mi sentido las encumbradas máquinas de pensamientos que desvanecido me traian, ya tornaré á la perdida conversacion de mis amigos, ya me parecerán lo que son las verdes yerbas y olorosas flores destos apacibles campos, ya tendrán treguas mis suspiros, vado mis lágrimas y quietud mis desasosiegos; porque consideres, Damon, si es causa esta bastante para mostrarme alegre y regocijado. Si es, Lau-

so, respondió Damon; pero temo que alegría tan repentinamente nacida, no ha de ser duradera, y tengo ya experiencia que todas las libertades que de desdenes son engendradas, se deshacen como el humo, y torna luego la enamorada intencion con mayor priesa á seguir sus intentos. Así que, amigo Lauso, plegue al cielo que sea mas firme tu contento de lo que yo imagino, y goces largos tiempos la libertad que pregonas; que no solo me holgaria por lo que debo á nuestra amistad, sino por ver un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos. Como quiera que sea, Damon, respondió Lauso, yo me siento agora libre y señor de mi voluntad; y porque se satisfaga la tuya de ser verdad lo que digo, mira qué quieres que haga en prueba dello: ¿quieres que me ausente? quieres que no visite mas las cabañas donde imaginas que puede estar la causa de mis pasadas penas y presentes alegrías? cualquiera cosa haré por satisfacerte. La importancia está en que tú, Lauso, estés satisfecho, respondió Damon, y veré yo que lo estás cuando de aquí á seis dias te vea en ese mesmo propósito: y por agora no quiero otra cosa de tí, sino que dejes el camino que llevabas, y te vengas conmigo adonde todos aquellos pastores y damas nos esperan, y que la alegría que traes, la solemnices con entretenernos con tu canto miéntras que al aldea llegamos. Fué contento Lauso de hacer lo que Damon le mandaba, y así volvió con él á tiempo que Tirsi estaba haciendo señas á Damon, que se volviese; y en llegando que él y Lauso llegaron, sin gastar palabras de comedimiento, Lauso dijo: No vengo, señores, para ménos que para fiestas y contentos: por eso si le recibiereis de escucharme, suene Marsilio su zampoña, y aparejáos á oir lo que jamas pensé que mi lengua tuviera ocasion de decirlo, ni aun mi pensamiento para imaginarlo. Todos los pastores respondieron á una, que les sería de gran gusto el oirle. Y luego Marsilio con el deseo que tenia de escucharle, tocó su zampoña, al son de la cual Lauso comenzó á cantar desta manera.

LAUSO.

Con las rodillas en el suelo hincadas,
Las manos en humilde modo puestas,
Y el corazon de un justo celo lleno,
Te adoro, desden santo, en quien cifradas
Están las causas de las dulces fiestas
Que gozo en tiempo sosegado y bueno:
Tú del rigor del áspero veneno,
Que el mal de amor encierra,
Fuiste la cierta y presta medicina;
Tú mi total ruina
Volviste en bien, en sana paz mi guerra;
Y así como á mi rico almo tesoro
No una vez sola, mas cien mil te adoro.

Por ti la luz de mis cansados ojos,
Tanto tiempo turbada y aun perdida,
Al sér primero ha vuelto que tenia:
Por ti torno á gozar de los despojos,
Que de mi voluntad y de mi vida
Llevó de amor la antigua tiranía:
Por tí la noche de mi error en dia
De sereno discurso
Se ha vuelto, y la razon que ántes estaba
En posesion de esclava,
Con sosegado y advertido curso,
Siendo agora señora, me conduce
Do el bien eterno mas se muestra y luce.

Mostrásteme, desden, cuán engañosas,
Cuán falsas y fingidas habian sido
Las señales de amor que me mostraban,
Y que aquellas palabras amorosas
Que tanto regalaban el oido,
Y el alma de sí mesma enajenaban,
En falsedad y burla se forjaban,
Y el regalado y tierno
Mirar de aquellos ojos solo era
Porque mi primavera
Se convirtiese en desabrido invierno
Cuando llegase el claro desengaño;
Mas tú, dulce desden, curaste el daño.

Desden, que suele ser espuela aguda
Que hace caminar al pensamiento
Tras la amorosa deseada empresa,
En mí tu efeto y condicion se muda,
Que yo por tí me aparto del intento
Tras quien corria con no vista priesa:
Y aunque contino el fiero amor no cesa
Mal de mí satisfecho
Tender de nuevo el lazo por cogerme,
Y por mas ofenderme
Encarar mil saetas á mi pecho:
Tú, desden, solo, solo tú, bien puedes
Romper sus flechas, y rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
Que pudiera un desden echarle á tierra:
Cien mil han sido menester primero;
Que fué cual suele sin poder sufrillo
Venir al suelo el pino, que le atierra
En virtud de otros golpes el postrero:
Grave desden, dé parecer severo
En desamor fundado
Y en poca estimacion de ajena suerte,
Dulce me ha sido el verte,
El biste y tocarte, y que gustado
Hayas sido del alma, en coyuntura
Que derribas y acabas mi locura.

Derribas mi locura, y das la mano
Al ingenio, desden, que se levante,
Y sacuda de sí el pesado sueño,
Para que con mejor intento sano
Nuevas grandezas, nuevos loores cante
De otros, si le halla agradecido dueño:
Tú has quitado las fuerzas al beleño
Con que el amor ingrato
Adormecia á mi virtud doliente,
Y con la tuya ardiente
Soy reducido á nueva vida y trato;
Que ahora entiendo que yo soy quien puedo
Temer con tasa, y esperar sin miedo.

No cantó mas Lauso, aunque bastó lo que cantado habia para poner admiracion en los presentes, que como todos sabian que el dia ántes estaba tan enamorado y tan contento de estarlo, maravillábales verle en tan pequeño espacio de tiempo tan mudado y tan otro del que solia. Y considerado bien esto, su amigo Tirsi le dijo: No sé si te dé el parabien, amigo Lauso, del bien en tan breves horas alcanzado, porque temo que no debe de ser tan firme y seguro como tú imaginas; pero todavía me huelgo de que goces, aunque sea pequeño espacio, del gusto que acarrea al alma la libertad alcanzada, pues podria ser que conociendo agora en lo que se debe estimar, aunque tornases de nuevo á las rotas cadenas y lazos, hicieses mas fuerza para romperlos, atraido de la dulzura y regalo que goza un libre entendimiento y una voluntad desapasionada. No tengas temor alguno, discreto Tirsi, respondió Lauso, que ninguna otra nueva asechanza sea bastante á que yo torne á poner los piés en el cepo amoroso, ni me tengas por tan liviano y antojadizo, que no me haya costado ponerme en el estado en que estoy infinitas consideraciones, mil averiguadas sospechas, y mil cumplidas promesas hechas al cielo por que á la perdida luz me tornase; y pues en ella veo agora cuán poco ántes veia, yo procuraré conservarla en el mejor modo que pudiere. Ninguno otro será tan bueno, dijo Tirsi, como no volver á mirar lo que atras dejas, porque perderás, si vuelves, la libertad que tanto te ha costado, y quedarás cual quedó aquel incauto amante, con nuevas ocasiones de perpetuo llanto; y ten por cierto, Lauso amigo, que no hay tan enamorado pecho en el mundo, á quien los desdenes y arrogancias excusadas no entibien, y aun le hagan retirar de sus mal colocados pensamientos; y háceme creer mas esta verdad saber yo quién es Silena, aunque tú jamas no me lo has dicho,

y saber asimesmo la mudable condicion suya, sus acelerados ímpetus, y la llaneza, por no darle otro nombre, de sus deseos: cosas que, á no templarlas y disfrazarlas con la sin igual hermosura de que el cielo la ha dotado, fuera por ellas de todo el mundo aborrecida. Verdad dices, Tirsi, respondió Lauso, porque sin duda alguna la singular belleza suya, y las aparencias de la incomparable honestidad de que se arrea, son partes para que no solo sea querida, sino adorada de todos cuantos la miraren; y así no debe maravillarse alguno que la libre voluntad mia se haya rendido á tan fuertes y poderosos contrarios: solo es justo que se maraville de cómo me he podido escapar dellos, que puesto que salgo de sus manos tan mal tratado, estragada la voluntad, turbado el entendimiento, descaecida la memoria, todavía me parece que puedo triunfar de la batalla. No pasaron mas adelante en su plática los dos pastores, porque á este punto vieron que por el mesmo camino que ellos iban, venia una hermosa pastora, y poco desviado della un pastor, que luego fué conocido, que era el anciano Arsindo, y la pastora era la hermana de Galercio, Maurisa. La cual como fué conocida de Galatea y de Florisa, entendieron que con algun recaudo de Grisaldo para Rosaura venia, y adelantándose las dos á recebirla, Maurisa llegó á abrazar á Galatea, y el anciano Arsindo saludó á todos los pastores, y abrazó á su amigo Lauso, el cual estaba con grande deseo de saber lo que Arsindo habia hecho despues que le dijeron que en seguimiento de Maurisa se habia partido. Y viéndole agora volver con ella, luego comenzó á perder con él y con todos el crédito que sus blancas canas le habian adquirido, y aun le acabara de perder, si los que allí venían no supieran tan de experiencia adónde y á cuánto la fuerza del amor se extendia, y asi en los mesmos que le culpaban halló la disculpa de su yerro. Y pareco que adivinando Arsindo lo que los pastores dél adivinaban, como en satisfacion y disculpa de su cuidado, les dijo: Oid, pastores, uno de los mas extraños sucesos amorosos, que por largos años ni en estas nuestras riberas, ni en las ajenas se habrá visto. Bien creo que conoceis, y conocemós todos al nombrado pastor Lenio, aquel cuya desamorada condicion le adquirió renombre de desamorado: aquel que no ha muchos dias que por solo decir mal do amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi, que está presente: aquel, digo, que jamas supo mover la lengua, que para decir mal de amor no fuese: aquel que con tantas véras reprendia á los que de la amorosa dolencia veia lastimados. Este pues tan declarado enemigo del amor, ha venido á término que tengo por cierto, que no tiene el amor quien con mas véras le siga, ni aun él tiene vasallo á quien mas persiga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruel pastora que al hermano desta, señalando á Maurisa, que tanto en la condicion se le parece, tuvo el otro dia, como vistes, con el cordel á la garganta, para fenecer á manos de su crueldad sus cortos y mal logrados dias. Digo en fin, pastores, que Lenio el desamorado muere por la endurecida Gelasia, y por ella llena el aire de sospiros y la tierra de lágrimas; y lo que hay mas malo en esto es, que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazon de Lenio, rindiéndole á la mas dura y esquiva pastora que se ha visto; y conociéndulo él, procura agora en cuanto dice y hace reconciliarse con el amor; y por los mismos términos que ántes le vituperaba, agora le ensalza y honra; y con todo esto, ni el amor se mueve á favorecerle, ni Gelasia se inclina á remediarle, como lo he visto por los ojos; pues no ha muchas horas que viniendo yo en compañía desta pastora, le hallamos en la fuente de las Pizarras tendido en el suelo, cubierto el rostro de sudor frio, y anhelando el pecho con una extraña priesa: llegnéme á él, y conocíle, y con el agua de la fuente le rocié el rostro, con que cobró los perdidos espíritus; y juntándome junto á él le pregunté la causa de su dolor, la cual él me dijo sin faltar punto, contándomela con tan tierno sentimiento, que le puso en esta pastora, en quien creo que jamas cupo señal de compasion alguna: encarecióme la crueldad de Gelasia, y el amor que le tenia, y la sospecha que en él reinaba de que el amor le habia traido á tal estado por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le habia hecho. Consoléle yo lo mejor que supe, y dejándole libre del pasado parasismo, vengo acompañando á esta pastora, y á buscarte á tí, Lauso, para que si fueres servido, volvamos á nuestras cabañas, pues ha ya diez dias que dellas nos partimos, y podrá ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra, mas que nosotros la suya. No sé si te responda, Arsindo, respondió Lauso, que creo que mas por cumplimiento que por otra cosa me convidas á que á nuestras cabañas nos volvamos, teniendo tanto que hacer en las ajenas, cuanto la ausencia que de mí has hecho estos dias, lo ha mostrado. Pero dejando lo mas que en esto te pudiera decir, para mejor sazon y coyuntura, tórname á decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque si es así podré yo afirmar que ha hecho amor en estos dias dos de los mayores milagros, que en todos los de su vida ha hecho: como son, rendir y avasallar el duro corazon de Lenio, y poner en libertad el tan sujeto mio. Mira lo que dices, dijo entónces Orompo, amigo Lauso, que si el amor te tenia sujeto, como hasta aquí has significado, ¿cómo el mesmo amor agora te ha puesto en la libertad que publicas? Si me quieres entender, Orompo, replicó Lauso, verás que en nada me contradigo, porque digo, ó quiero decir, que el amor que reinaba y reina en el pecho de aquella á quien yo tan en extremo queria, como se encamina á diferente intento que el mio, puesto que todo es amor, el efeto que en mí ha hecho, es ponerme en libertad, y á Lenio en servidumbre; y no me hagas, Orompo, que cuente con estos otros milagros: y diciendo esto, volvió los ojos á mirar al anciano Arsindo, y con ellos dijo lo que con la lengua callaba; porque todos entendieron que el tercero milagro que pudiera contar, fuera ver enamoradas las canas de Arsindo de los pocos y verdes años de Maurisa. La cual todo este tiempo estuvo hablando aparte con Galatea y Florisa, diciéndoles como otro dia sería Grisaldo en el aldea en hábito de pastor, y que allí pensaba desposarse con Rosaura en secreto, porque en público no podia, á causa que los parientes de Leopersia, con quien su padre tenia concertado de casarle, habian sabido que Grisaldo queria faltar en la prometida palabra, y en ninguna manera querian que tal agravio se les hiciese; pero que con todo eso estaba Grisaldo determinado de corresponder ántes á lo que á Rosaura debia, que no á la obligacion en que á su padre estaba. Todo esto que os he dicho, pastoras, prosiguió Maurisa, mi hermano Galercio me dijo que os lo dijese, el cuál á vosotras con este

recaudo venía; pero la cruel Gelasia, cuya hermosura lleva siempre tras sí el alma de mi desdichado hermano, fué la causa que él no pudiese venir á deciros lo que he dicho, pues por seguir á ella, dejó de seguir el camino que traia, fiándose de mí, como de hermana. Ya habeis entendido, pastoras, á lo que vengo: ¿dónde está Rosaura para decírselo? ó decídselo vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto, no consiente que un punto mas aquí me detenga. En tanto que la pastora esto decia, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle, y las tristes nuevas que habian de llegar á los oidos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no excusaba de darlas, y que era peor detenerla, luego le contó todo lo que á Rosaura habia sucedido, y cómo Artandro la llevaba, de que quedó maravillada Maurisa; y al instante quisiera dar la vuelta á avisar á Grisaldo, si Galatea no la detuviera, preguntándole qué se habian hecho las dos pastoras que con ella y con Galercio se habian ido. A lo que respondió Maurisa: Cosas te pudiera contar dellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiracion, que no es la en que á mí me ha puesto el suceso de Rosaura; pero el tiempo no me da lugar á ello: solo te digo que la que se llamaba Leonarda, se ha desposado con mi hermano Artidoro por el mas sotil engaño que jamas se ha visto, y Teolinda la otra está en término de acabar la vida, ó de perder el juicio, y solo la entretiene la vista de Galercio, que como se parece tanto á la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañía: cosa que es á Galercio tan pesada y enojosa, cuanto le es dulce y agradable la compañía de la cruel Gelasia: el modo como esto pasó te contaré mas despacio, cuando otra vez nos veamos, porque no será razon que por mi tardanza se impida el remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible; porque si no ha mas que esta mañana que Artandro robó á Rosaura, no se podrá haber alejado tanto destas riberas, que quite la esperanza á Grisaldo de cobrarla, y mas si yo aguijo los piés como pienso. Parecióle bien á Galatea lo que Maurisa decia, y así no quiso mas detenerla: solo le rogó que fuese servida de tornarla á ver lo mas presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda, y lo que habia en el hecho de Rosaura. La pastora se lo prometió, y sin mas detenerse, despidiéndose de los que allí estaban, se volvió á su aldea, dejando á todos satisfechos de su donaire y hermosura. Pero quien mas sintió su partida fué el anciano Arsindo, el cual por no dar claras muestras de su deseo, se hubo de quedar tan solo sin Maurisa, cuanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron tambien las pastoras suspensas de lo que de Teolinda habian oido, y en extremo deseaban saber su suceso; y estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que á su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos á aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores que en medio tenian un antiguo sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Telesio; y habiendo uno de los pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto, y se encaminaron hácia otro que allí junto estaba, donde subidos de nuevo tornaron á tocarla: á cuyo son, de diferentes partes se comenzaron á mover muchos pastores, para venir á ver lo que Telesio queria, porque con aquella señal solia él convocar todos los pastores de aquella ribera, cuando queria hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirl[e] la muerte de algun conocido pastor de aquellos conto[r]nos, ó para traerles á la memoria el dia de alguna solem[ne] fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo pu[es] Aurelio, y casi los mas pastores que allí venian, cono[ci]cida la costumbre y condicion de Telesio, todos se fue[]ron acercando adonde él estaba, y cuando llegaron, y[a] se habian juntado. Pero como Telesio vió venir tant[as] gentes, y conoció cuán principales todos eran, bajand[o] de la cuesta los fué á recebir con mucho amor y corte[]sía, y con la mesma fué de todos recebido. Y llegándo[se] Aurelio á Telesio, le dijo: Cuéntanos, si fueres servid[o] honrado y venerable Telesio, qué nueva causa te muev[e] á querer juntar los pastores destos prados. ¿Es por ven[]tura de alegres fiestas, ó de tristes fúnebres sucesos ¿Quiéresnos mostrar alguna cosa perteneciente al me[]joramiento de nuestras vidas? Dinos, Telesio, lo que t[u] voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestra[s] de todo aquello que la tuya quisiere. Págueos el cielo pastores, respondió Telesio, la sinceridad de vuestra[s] intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel qu[e] solo vuestro bien y provecho pretende. Mas por satisfa[]cer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quiéroo[s] traer á la memoria la que debeis tener perpetuament[e] del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal dia como mañana, en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe á la bondad y valor de Meliso. A lo ménos de mí os sé decir que en tanto que la vida me durare, no dejaré de acordaros á su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso; y así, agora os la acuerdo, y os advierto que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fué perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso: por lo que á la bondad suya debeis, y por lo que á la intencion que tengo de serviros estáis obligados, os ruego, pastores, que mañana al romper del dia os halleis todos en el valle de los Cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos y piadosos sacrificios, procuremos alijerar la pena, si alguna padece, á aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado. Y diciendo esto con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lágrimas, acompañándole en ellas casi los mas de los circunstantes, los cuales todos de una misma conformidad se ofrecieron de acudir otro dia adonde Telesio les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nísida y Blanca, por parecerles que no sería bien dejar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan célebres pastores, como allí imaginaron que se juntarian. Con esto se despidieron de Telesio, y tornaron á seguir el comenzado camino del aldea. Mas no se habian apartado mucho de aquel lugar, cuando vieron venir hácia ellos al desamorado Lenio con semblante tan triste y pensativo, que puso admiracion en todos; y tan trasportado en sus imaginaciones venía, que pasó lado con lado de los pastores, sin que los viese, ántes torciendo el camino á la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos, cuando se arrojó al pié de un verde sauce, y dando un recio y profundo suspiro, levantó la mano, y poniéndola por el

cuello del pellico, tiró tan recio que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zurron del lado, y sacando de él un pulido rabel, con grande atencion y sosiego se le puso á templar; y á cabo de poco espacio, con lastimada y concertada voz comenzó á cantar de manera, que forzó á todos los que le habian visto, á que se parasen á escucharle hasta el fin de su canto, que fué esto.

LENIO.

Dulce amor, ya me arrepiento
De mis pasadas porfías,
Que hoy mas confieso y siento
Que fue sobre burlerías
Fundado su cimiento:
Ya el rebelde cuello erguido,
Humilde pongo y rendido
Al yugo de tu obediencia,
Ya conozco la potencia
De tu valor extendido.

Sé que puedes cuanto quieres
Y que quieres lo imposible,
Sé que muestras bien quién eres
En tu condicion terrible,
En tus penas y placeres:
Y sé en fin que yo soy quien
Trueca siempre á mal tu bien,
Tu engaño por desengaño,
Tus certezas por engaño,
Por caricias tu desden.

Estas cosas bien sabidas
Han ahora descubierto
En mis entrañas rendidas
Que tú solo eres el puerto
De descanso nuestras vidas:
Tú la implacable tormenta
Que al alma mas atormenta
Vuelves en serena calma:
Tú eres gusto y luz del alma,
Y manjar que la sustenta.

Pues esto juzgo y confieso,
Aunque tarde vengo en ello,
Templa tu rigor y exceso,
Amor, y del flaco cuello
Alijera un poco el peso:
Al ya rendido enemigo
No se ha de dar el castigo
Como aquel que se defiende,
Cuanto mas que aquí se ofende
Quien ya quiere ser tu amigo.

Salgo de la pertinacia,
Do me tuvo mi malicia
Y el estar en tu desgracia,
Y apelo de tu justicia
Ante el rostro de tu gracia:
Que si á mi poco valor
No le quilata el favor
De tu gracia conocida,
Presto dejaré la vida
En las manos del dolor.

Las de Gelasia me han puesto
En tan extraña agonía,
Que si mas porfía en esto,
Mi dolor y su porfía,
Sé que acabarán bien presto.
¡Oh dura Gelasia, esquiva,
Zahareña, dura, altiva!
¿Por qué gustas, di, pastora,
Que el corazon que te adora
En tantos tormentos viva?

Poco fué lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fué tanto, que allí quedara deshecho en lágrimas, si los pastores no acudieran á consolarle. Mas como él los vió venir, y conoció entre ellos á Tirsi, sin mas detenerse se levantó, y se fué á arrojar á sus piés, abrazándole estrechamente las rodillas, y sin dejar las lágrimas, le dijo: Agora puedes, famoso pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponia: agora digo que puedes levantar el brazo, y con algun agudo cuchillo traspasar este corazon donde cupo tan notoria simpleza, como era no tener el amor por universal señor del mundo; pero de una cosa te quiero advertir, que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dejes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare. Habia ya Tirsi levantado del suelo al lastimado Lenio, y teniéndole abrazado, con discretas y amorosas palabras procuraba consolarle, diciéndole: La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estar pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos: y asimesmo una de las principales causas que mueve y fuerza á perdonar las ofensas, es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende, y mas cuando está el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues su noble condicion le tira y compele á que lo haga, quedando mas rico y satisfecho con el perdon, que con la venganza: como se ve esto á cada paso en los grandes señores y reyes, que mas gloria granjean en perdonar las injurias que en vengarlas: y pues tú, Lenio, confiesas el error en que has estado, y conoces agora las poderosas fuerzas del amor, y entiendes dél que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento y por el arrepentimiento que tienes, puedes estar confiado y vivir seguro, que el generoso y blando amor te reducirá presto á sosegada y amorosa vida; que si agora te castiga con darte la penosa que tienes, hácelo porque le conozcas, y porque despues tengas y estimes en mas la alegre, que sin duda piensa darte. A estas razones añadieron otras muchas Elicio y los demas pastores que allí estaban, con las cuales pareció que quedó Lenio algo mas consolado. Y luego les contó como moria por la cruel pastora Gelasia, exagerándoles la esquiva y desamorada condicion suya, y cuán libre y exenta estaba de pensar en ningun efeto amoroso: encareciéndoles tambien el insufrible tormento que por ella el gentil pastor Galercio padecia, de quien ella hacia tan poco caso, que mil veces le habia puesto en términos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas hubieron razonado, tornaron á seguir su camino, llevando consigo á Lenio, y sin sucederles otra cosa llegaron al aldea, llevándose consigo Elicio á Tirsi, Damon, Erastro, Lauso y Arsindo. Con Daranio se fuéron Crisio, Orfenio, Marsilio y Orompo. Florisa y las otras pastoras se fuéron con Galatea y con su padre Aurelio, quedando primero concertado, que otro dia al salir del alba se juntasen para ir al valle de los Cipreses, como Telesio les habia mandado, para celebrar las obsequias de Meliso. En las cuales, como ya está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fuéron.

LIBRO SEXTO.

Apenas habian los rayos del dorado Febo comenzado á despuntar por la mas baja línea de nuestro horizonte, cuando el anciano y venerable Telesio hizo llegar á los oidos de todos los que en el aldea estaban el lastimero son de su bocina, señal que movió á los que le escuchaban á dejar el reposo de los pastorales lechos, y acudir á lo que Telesio pedia. Pero los primeros que en esto tomaron la mano, fuéron Elicio, Aurelio, Daranio y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nísida y Blanca, y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras que á ellos se juntaron, y al número de treinta llegarian. Entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recien desposada Silveria, la cual llevaba consigo á la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilio tan amorosas y mortales angustias padecia. Habia venido Belisa á visitar á Silveria, y darle el parabien del nuevo recebido estado, y quiso ansimesmo hallarse en tan célebres obsequias, como esperaba serían las que tantos y tan famosos pastores celebraban. Salieron pues todos juntos de la aldea, fuera de la cual hallaron á Telesio, con otros muchos pastores que le acompañaban, todos vestidos y adornados de manera, que bien mostraban que para triste y lamentable negocio habian sido juntados. Ordenó luego Telesio, porque con intenciones mas puras y pensamientos mas,

reposados se hiciesen aquel dia los solenes sacrificios, que todos los pastores fuesen juntos por su parte, y desviados de las pastoras, y que ellas lo mesmo hiciesen: de que los ménos quedaron contentos, y los mas no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilio, que ya habia visto á la desamorada Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí y tan suspenso, cual lo conocieron bien sus amigos Orompo, Crisio y Orfenio, los cuales viéndole tal se llegaron á él, y Orompo le dijo: Esfuerza, amigo Marsilio, esfuerza, y no dés ocasion con tu desmayo á que se descubra el poco valor de tu pecho: ¿qué sabes si el cielo, movido á compasion de tu pena, ha traido á tal tiempo á estas riberas á la pastora Belisa para que la remedie? Antes para mas acabarme, á lo que yo creo, respondió Marsilio, habrá ella venido á este lugar, que de mi ventura esto y mas se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandas, si acaso puede conmigo en este duro trance mas la razon que mi sentimiento: y con esto volvió algo mas en sí Marsilio, y luego los pastores por una parte, y las pastoras por otra, como de Telesio estaba ordenado, se comenzaron á encaminar al valle de los Cipreses, llevando todos un maravilloso silencio, hasta que admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio, que al lado le venía, le dijo: No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza destas frescas riberas, y no sin razon; porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Bétis, y las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga, y en las apartadas tierras ha paseado las del santo Tíber, y las amenas del Po, celebrado por la caida del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sebeto, grande ocasion habia de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas. No vas tan fuera de camino en lo que dices, segun yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio, que con los ojos no veas la razon que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer que la amenidad y frescura de las riberas deste rio hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Janto, y del conocido Anfriso, y del enamorado Alfeo; porque tiene y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea encima de la mayor parte destas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor parece que convida á regocijo y gusto al corazon que dél está mas ajeno: y si ello es verdad, que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá bajo, creo firmemente que las deste rio sean en gran parte ocasion de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la mesma razon que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo mas de su habitacion: la tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable; y el dorado rio, como en cambio en los abrazos della dulcemente entretejiéndose, forma como de industria mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira, llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve pues los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricas caserías, qué por ellas se ven fundadas. Aquí se ve en cualquiera sazon dél año andar la risu primavera con la hermosa Vénus en hábito sucin amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la madre F delante, esparciendo á manos llenas varias y odorif flores: y la industria de sus moradores ha hecho ta que la naturaleza encorporada con el arte, es hecha tífice y connatural del arte, y de entrambas á dos s hecho una tercia naturaleza, á la cual no sabré dar n bre. De sus cultivados jardines, con quien los hue Hespérides y de Alcinoo pueden callar; de los esp bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y a pados mirtos; de sus abundosos pastos, alegres vall vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ril se hallan, no se espere que yo diga mas, sino que si alguna parte de la tierra las campos Elíseos tienen as to, es sin duda en esta. ¿Qué diré de la industria de altas ruedas, con cuyo continuo movimiento sacan aguas del profundo rio, y humedecen abundosame las eras, que por largo espacio están apartadas? Añád á todo esto criarse en estas riberas las mas hermos discretas pastoras que en la redondez del suelo pue hallarse: para cuyo testimonio, dejando aparte el la experiencia nos muestra, y lo que tú, Timbrio, que estás en ellas y has visto, bastará traer por ejem á aquella pastora que allí ves, ó Timbrio: y diciendo to, señaló con el cayado á Galatea, y sin decir mas, d admirado á Timbrio de ver la discrecion y palabras c que habia alabado las riberas de Tajo, y la hermosura Galatea. Y respondiéndole que no se le podia contrad cir ninguna cosa de las dichas, en aquellas y en otras tretenian la pesadumbre del camino, hasta que llega á vista del valle de los Cipreses, vieron que dél sal casi otros tantos pastores y pastoras, como los que c ellos iban. Juntáronse todos, y con sosegados pasos c menzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio tan extraño y maravilloso, que aun á los mesmos q muchas veces le habian visto, causaba nueva admi cion y gusto. Levántanse en una parte de la ribera famoso Tajo en cuatro diferentes y contrapuestas par cuatro verdes y apacibles collados, como por muro defensores de un hermoso valle que en medio conti nen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es c cedida, los cuales mesmos collados estrechan de mod que vienen á formar cuatro largas y apacibles calles quien hacen pared de todos lados altos é infinitos cip ses, puestos por tal órden y concierto, que hasta l mesmas ramas de los unos y de los otros parece q igualmente van creciendo, y que ninguna se atrev pasar ni salir un punto mas de la otra. Cierran y ocup el espacio que entre cipres y cipres se hace, mil oloros rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretejidos, c mo suelen estar en los vallados de las guardadas viñ las espinosas zarzas y puntosas cambroneras. De trec en trecho destas apacibles entradas se ven correr por e tre la verde y menuda yerba claros y frescos arroyos limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los me mos collados tienen su nacimiento. Es el remate y f destas calles una ancha y redonda plaza, que los recue tos y los cipreses forman, en medio de la cual está pues una artificiosa fuente, de blanco y precioso mármol f bricada, con tanta industria y artificio hecha, que l vistosas del conocido Tíbuli, y las soberbias de la anti gua Tinacria no le pueden ser comparadas. Con el ag

esta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deleitosa plaza, y lo que mas hace á este agradable sitio digno de estimacion y reverencia, es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado, que solo sirve de guardador y tesoro de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos, en el contorno de aquellas riberas se determina y ordena ser digno y merecedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veian entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que habia dellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe, y cuál de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leian los nombres de los que en ellas estaban sepultados. Pero la que mas sobre todas resplandecia, y la que mas á los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual, apartada de las otras á un lado de la ancha plaza, de lisas y negras pizarras, y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecia; y en el mesmo punto que los ojos de Telesio la miraron, volviendo el rostro á toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos les dijo: Veis allí, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras: veis allí, digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas: comenzad pues á levantar al cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lágrimas y profundos suspiros entonad los santos himnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace: en diciendo esto, se llegó á un cipres de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo dellas una funesta guirnalda con que coronó sus blancas y venerables sienes, haciendo señal á los demas que lo mesmo hiciesen. De cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas; y guiados de Telesio llegaron á la sepultura, donde lo primero que Telesio hizo, fué inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todos lo mesmo, y algunos hubo que tiernos con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban. Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento al rededor de la sepultura se hicieron muchas, aunque pequeñas hogueras, en las cuales solas ramas de cipres se quemaban; y el venerable Telesio con graves y sosegados pasos comenzó á rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcia alguna breve y devota oracion á rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la cual levantaba la tremante voz, y todos los circunstantes con triste y piadoso acento respondian, amen, amen, tres veces, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses, y de los otros muchos árboles de que el valle estaba lleno, heridas de un manso céfiro que soplaba, hacian y formaban un sordo y tristísimo susurro casi como en señal de que por su parte ayudaban á la tristeza del funesto sacrificio. Tres veces rodeó Telesio la sepultura, y tres veces dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del amen, que los pastores repetian. Acabada esta ceremonia, el anciano Telesio se arrimó á un subido cipres, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á lo que decir queria: y luego levantando la voz todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años, con maravillosa elocuencia comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática y la excelencia de su poesía; y sobre todo la solicitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religion que profesado habia, juntando á estas otras tantas y tales virtudes de Meliso, que aunque el pastor no fuera tan conocido de todos los que á Telesio escuchaban, solo por lo que él decia, quedaran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto. Concluyó pues el viejo su plática, diciendo: Si á do llegaron, famosos pastores, las bondades de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegara la bajeza de mi corto entendimiento, y las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y cansados años no me acortaran la voz y el aliento, primero este sol que nos alumbra lo viérades bañar una y otra vez en el grande Océano, que yo cesara de la comenzada plática: mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostráos agradecidos á las frias cenizas de Meliso, celebrándolas en la muerte, como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y puesto que á todos en general nos toca y cabe parte desta obligacion, á quien en particular mas obliga es á los famosos Tirsi y Damon, como á tan conocidos, amigos y familiares suyos; y así les ruego cuan encarecidamente puedo, correspondan á esta deuda, supliendo y cantando ellos con mas reposada y sonora voz lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mia. No dijo mas Telesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel, y hizo señal á Damon que lo mesmo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio y Lauso, y todos los pastores que allí instrumentos tenian; y á poco espacio formaron una tan triste y agradable música, que aunque regalaba los oídos, movia los corazones á dar señales de tristeza, con lágrimas que los ojos derramaban. Juntábase á esto la dulce armonía de los pintados pajarillos que por los aires cruzaban, y algunos sollozos que las pastoras, ya tiernas y movidas con el razonamiento de Telesio, y con lo que los pastores hacian, de cuando en cuando de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte, que concordándose el son de la triste música, y el de la triste armonía de los jilguerillos, calandrias y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan extraño y lastimoso concierto, que no hay lengua que encarecerlo pueda. De allí á poco espacio, cesando los demas instrumentos, solos los cuatro de Tirsi, Damon, Elicio y de Lauso se escucharon, los cuales llegándose al sepulcro de Meliso, á los cuatro lados del sepulcro se pusieron: señal por donde todos los presentes entendieron que alguna cosa cantar querian; y así les prestaron un maravilloso y sosegado silencio, y luego el famoso Tirsi con levantada, triste y sonorosa voz, ayudándole Elicio, Damon y Lauso, desta manera comenzó á cantar.

T. Tal cual es la ocasion de nuestro llanto,

No solo nuestro, mas de todo el suelo,
Pastores, entonad el triste canto.
D. El aire rompan, lleguen hasta el cielo
Los suspiros dolientes, fabricados
Entre justa piedad y justo duelo.
E. Serán de tierno humor siempre bañados
Mis ojos, miéntras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.
L. Meliso, digno de inmortal historia,
Digno que goces en el cielo santo
De alegre vida y de perpetua gloria.
T. Miéntras que á las grandezas me levanto
De cantar sus hazañas, como pienso,
Pastores, entonad el triste canto.
D. Como puedo, Meliso, recompenso
A tu amistad, con lágrimas vertidas,
Con ruegos pios, y sagrado incienso.
E. Tu muerte tiene en llanto convertidas
Nuestras dulces pasadas alegrías,
Y á tierno sentimiento reducidas.
L. Aquellos claros, venturosós dias
Donde el mundo gozó de tu presencia,
Se han vuelto en noches miserables, frias.
T. ¡Oh muerte, que con presta violencia
Tal vida en poca tierra reduciste!
¿A quién no alcanzará tu diligencia?
D. Despues, ó muerte, que aquel golpe diste,
Que echó por tierra nuestro fuerte arrimo,
Do yerba el prado, ni de flor se viste.
E. Con la memoria deste mal reprimo
El bien, si alguno llega á mi sentido,
Y con nueva aspereza me lastimo.
L. ¿Cuándo suele cobrarse el bien perdido?
Cuándo el mal sin buscarle no se halla?
Cuándo hay quietud en el mortal ruido?
T. Cuándo de la mortal fiera batalla
Triunfó la vida, y cuándo contra el tiempo
Se opuso ó fuerte arnes, ó dura malla?
D. Es nuestra vida un sueño, un pasatiempo,
Un vano encanto que desaparece
Cuando mas firme pareció en su tiempo.
E. Dia que al medio curso se escurece,
Y le sucede noche tenebrosa,
Envuelta en sombras, que el temor ofrece.
L. Mas tú, pastor famoso, en venturosa
Hora pasaste deste mar insano
A la dulce region maravillosa.
T. Despues que en el aprisco veneciano
Las causas y demandas decidiste
Del gran pastor del ancho suelo hispano...
D. Despues tambien que con valor sufriste
El trance de fortuna acelerado
Que á Italia hizo, y aun á España triste...
E. Y despues que en sosiego reposado
Con las nueve doncellas solamente
Tanto tiempo estuviste retirado...
L. Sin que las fieras armas del Oriente,
Ni la francesa furia inquietase
Tu levantada y sosegada mente...
T. Entónces quiso el cielo que llegase
La fria mano de la muerte airada,
Y en tu vida el bien nuestro arrebatase.
D. Quedó tu suerte entónces mejorada,
Quedó la nuestra á un triste amargo lloro
Perpetua, eternamente condenada.
E. Vióse el sacro virgíneo hermoso coro
De aquellas moradoras del Parnaso,
Romper llorando sus cabellos de oro.
L. A lágrimas movió el doliente caso
Al gran competidor del niño ciego,
Que entónces de dar luz se mostró escaso.
T. No entre las armas y el ardiente fuego
Los tristes teucros tanto se afligieron
Con el engaño del astuto griego,
Como lloraron, como repitieron
El nombre de Meliso los pastores
Cuando informados de su muerte fuéron.
D. No de olorosas variadas flores
Adornaron sus frentes, ni cantaron
Con voz suave algun cantar de amores.
De funesto ciprés se coronaron,
Y en triste repetido amargo llanto
Lamentables canciones entonaron.
E. Y así, pues hoy el áspero quebranto,
Y la memoria amarga se renueva,
Pastores, entonad el triste canto.
Que el duro caso que á doler nos lleva,
Es tal, que será pecho de diamante
El que á llorar en él no se conmueva.
L. El firme pecho, el ánimo constante
Que en las adversidades siempre tuvo
Este pastor, por mil lenguas se cante.
Como al desden que de continuo hubo
En el pecho de Filis indignado
Cual firme roca contra el mar estuvo.
T. Repítanse los versos que ha cantado,
Queden en la memoria de las gentes
Por muestras de su genio levantado.
D. Por tierras de las nuestras diferentes
Lleve su nombre la parlera fama
Con pasos prestos y alas diligentes.
E. Y de su casta y amorosa llama
Ejemplo tome el mas lascivo pecho,
Y el que en ardor ménos cabal se inflama.
L. ¡Venturoso Meliso, que á despecho
De mil contrastes fieros de fortuna
Vives ahora alegre y satisfecho!
T. Poco te cansa, poco te importuna
Esta mortal bajeza que dejaste,
Llena de mas mudanzas que la luna.
D. Por firme alteza la humildad trocaste,
Por bien el mal, la muerte por la vida:
Tan seguro temiste y esperaste.
E. Desta mortal al parecer caida
Quien bien vive al cabo se levanta,
Cual tú, Meliso, á la region florida.
Donde por mas de una inmortal garganta
Se despide la voz que gloria suena,
Gloria repite, dulce gloria canta.
Donde la hermosa clara faz serena
Se ve, en cuya vision se goza y mira
La suma gloria mas perfecta y buena.
Mi flaca voz á tu alabanza aspira,
Y tanto cuanto mas crece el deseo,
Tanto, Meliso, el miedo le retira.
Que aquello que contemplo ahora, y veo
Con el entendimiento levantado
Del sacro tuyo sobrehumano arreo,
Tiene mi entendimiento acobardado,
Y solo paro en levantar las cejas,
Y en recoger los labios de admirado.
L. Con tu partida en triste llanto dejas
Cuantos con tu presencia se alegraban,
Y el mal se acerca, porque tú te alejas.
T. En tu sabiduría se enseñaban
Los rústicos pastores, y en un punto
Con nuevo ingenio y discrecion quedaban.
Pero llegóse aquel forzoso punto
Donde tú te partiste, y do quedamos
Con poco ingenio y corazon difunto.
Esta amarga memoria celebramos
Los que en la vida te quisimos tanto,
Cuanto ahora en la muerte te lloramos.
Por esto al son de tan confuso llanto,
Cobrando de continuo nuevo aliento,
Pastores, entonad el triste canto.
Lleguen do llega el duro sentimiento
Las lágrimas vertidas y sospiros,
Con quien se aumenta el presuroso viento.
Poco os encargo, poco sé pediros:
Más habeis de sentir que cuanto ahora
Puedo mi atada lengua referiros.
Mas pues Febo se ausenta, y descolora
La tierra que se cubre en negro manto
Hasta que venga la esporada aurora,
Pastores, cesad ya del triste canto.

Tirsi, que comenzado habia la triste y dolorosa ele
fué el que le puso fin, sin que le pusiesen por un b
espacio á las lágrimas todos los que el lamentable c
escuchado habian. Mas á esta sazon el venerable T
sio les dijo: Pues habemos cumplido en parte,
llardos y comedidos pastores, con la obligacion qu
venturoso Meliso tenemos, poned por agora silen
vuestras tiernas lágrimas, y dad algun vado á vues
dolientes sospiros, pues ni por ellas ni ellos pode
cobrar la pérdida que lloramos; y puesto que el hum
sentimiento no pueda dejar de mostrarle en los adv
sos acaecimientos, todavía es menester templar la
masía de sus accidentes con la razon que al disc
acompaña; y aunque las lágrimas y sospiros sean se
les del amor que se tiene al que se llora, mas prove
consiguen las almas por quien se derraman, con los
sacrificios y devotas oraciones, que por ellas se hac
que si todo el mar Océano por los ojos de todo el mu
hecho lágrimas se destilase. Y por esta razon y po
que tenemos de dar algun alivio á nuestros cansa
cuerpos, será bien que dejando lo que nos resta de l
cer para el venidero dia, por agora visiteis vuestros z
rones, y cumplais con lo que naturaleza os obliga: y

diciendo esto, dió órden como todas las pastoras estuviesen á una parte del valle junto á la sepultura de Meliso, dejando con ellas seis de los mas ancianos pastores que allí habia, y los demas poco desviados dellas en otra parte se estuvieron, y luego con lo que en los zurrones traian, y con el agua de la clara fuente satisfacieron á la comun necesidad de la hambre; acabando á tiempo que ya la noche vestia de una mesma color todas las cosas debajo de nuestro horizonte contenidas, y la luciente luna mostraba su rostro hermoso y claro en toda la entereza que tiene, cuando mas el rubio hermano sus rayos le comunica. Pero de allí á poco rato, levantándose un alterado viento, se comenzaron á ver algunas negras nubes, que algun tanto la luz de la casta diosa encubrian, haciendo sombras en la tierra: señales por donde algunos pastores que allí estaban, en la rústica astrología maestros, algun venidero turbion y borrasca esperaban; mas todo paró en no mas de quedar la noche escura y serena, y en acomodarse ellos á descansar sobre la fresca yerba, entregando los ojos al dulce y reposado sueño, como lo hicieron todos, si no algunos que repartieron como en centinelas la guarda de las pastoras, y el de algunas antorchas que al rededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedaban. Pero ya que el sosegado silencio se extendió por todo aquel sagrado valle, y ya que el perezoso Morfeo habia con el bañado ramo tocado las sienes y párpados de todos los presentes, á tiempo que la redonda de nuestro polo buena parte las errantes estrellas andado habian, señalando los puntuales cursos de la noche; en aquel instante de la mesma sepultura de Meliso se levantó un grande y maravilloso fuego, tan luciente y claro, que en un momento todo el escuro valle quedó con tanta claridad, como si el mesmo sol le alumbrara: por la cual improvisa maravilla, los pastores que despiertos junto á la sepultura estaban, cayeron atónitos en el suelo deslumbrados y ciegos, con la luz del transparente fuego, el cual hizo contrario efeto en los demas que durmiendo estaban, porque heridos de sus rayos, huyó dellos el pesado sueño, y aunque con dificultad alguna abrieron los dormidos ojos, y viendo la extrañeza de la luz que se les mostraba, confusos y admirados quedaron, y así cuál en pié, cuál recostado, y cuál sobre las rodillas puesto cada uno, con admiracion y espanto el claro fuego miraba. Todo lo cual visto por Telesio, adornándose en un punto de las sacras vestiduras, acompañado de Elicio, Tirsi, Damon, Lauso y de otros animosos pastores, poco á poco se comenzó á llegar al fuego con intencion de con algunos lícitos y acomodados exorcismos procurar deshacer ó entender de do procedia la extraña vision que se les mostraba. Pero ya que llegaban cerca de las encendidas llamas, vieron que dividiéndose en dos partes, en medio dellas parecia una tan hermosa y agraciada ninfa, que en mayor admiracion les puso, que la vista del ardiente fuego: mostraba estar vestida de una rica y sotil tela de plata, recogida y retirada á la cintura de modo, que la mitad de las piernas se descubrian adornadas con unos coturnos ó calzado justo, dorados, llenos de infinitos lazos de listones de diferentes colores: sobre la tela de plata traia otra vestidura de verde y delicado cendal, que llevado á una y otra parte por un vientecillo que mansamente soplaba, extremadamente parecia: por las espaldas traia esparcidos los mas luengos y rubios cabellos que jamas ojos humanos vieron, y sobre ellos una guirnalda solo de verde laurel compuesta: la mano derecha ocupaba con un alto ramo de amarilla y vencedora palma, y la izquierda con otro de verde y pacífica oliva. Con los cuales ornamentos tan hermosa y admirable se mostraba, que á todos los que la miraban tenia colgados de su vista de tal manera, que desechando de sí el temor primero, con seguros pasos al rededor del fuego se llegaron, persuadiéndose que de tan hermosa vision ningun daño podia sucederles. Y estando como se ha dicho todos trasportados en mirarla, la bella ninfa abrió los brazos á una y á otra parte, y hizo que las apartadas llamas mas se apartasen y dividiesen para dar lugar á que mejor pudiese ser mirada; y luego levantando el sereno rostro, con gracia y gravedad extraña, á semejantes razones dió principio: Por los efetos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones, discreta y agradable compañía, podeis considerar que no en virtud de malignos espíritus ha sido formada esta figura mia que aquí se os representa; porque una de las razones por do se conoce ser una vision buena ó mala, es por los efetos que hace en el ánimo de quien la mira; porque la buena, aunque cause en él admiracion y sobresalto, el tal sobresalto y admiracion viene mezclado con un gustoso alborozo que á poco rato le sosiega y satisface, al reves de lo que causa la vision perversa, la cual sobresalta, descontenta, atemoriza, y jamas asegura: esta verdad os aclarará la experiencia cuando me conozcais, y yo os diga quién soy, y la ocasion que me ha movido á venir de mis remotas moradas á visitaros; y porque no quiero teneros colgados del deseo que teneis de saber quién yo sea, sabed, discretos pastores y bellas pastoras, que yo soy una de las nueve doncellas que en las altas y sagradas cumbres del Parnaso tienen su propia y conocida morada: mi nombre es Calíope, mi oficio y condicion es favorecer y ayudar á los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa y jamas como debe alabada ciencia de la poesía: yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo ciego, natural de Esmirna, por él solamente famosa: la que hará vivir el mantuano Títiro por todos los siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe, y la que hace que se tengan en cuenta desde la pasada hasta la edad presente los escritos tan ásperos como discretos del antiquísimo Enio. En fin, soy quien favoreció á Catulo, la que nombró á Horacio, eternizó á Propercio, y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conocido Petrarca, y la que hizo bajar á los escuros infiernos y subir á los claros cielos al famoso Dante: soy la que ayudó á tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso, la que en esta patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscan y con el famoso Garcilaso, con el docto y sabio Castillejo y el artificioso Torres Naharro, con cuyos ingenios y con los frutos dellos quedó vuestra patria enriquecida y yo satisfecha: yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana, y la que no dejó jamas el lado de D. Fernando de Acuña, y la que me precio de la estrecha amistad y conversacion que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace, cuyas obsequias por vosotras celebradas no solo han alegrado su espíritu, que ya por la region eterna se pasea, sino que á mí me han satisfecho de suerte, que forzada he venido á agradeceros tan loable y piadosa costumbre, como es la que

entre vosotros se usa : así os prometo con las véras que de mi virtud pueden esperarse, que en pago del beneficio que á las cenizas de mi querido y amado Meliso habeis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamas falten pastores que en la alegre ciencia de la poesía á todos los de la otra ribera se aventajen : favoreceré ansimesmo siempre vuestros consejos, y guiaré vuestros entendimientos de manera que nunca déis torcido voto, cuando decreteis quién es merecedor de enterrarse en este sagrado valle; porque no será bien que honra tan particular y señalada, y que solo es merecida de los blancos y canoros cisnes, la vengan á gozar los negros y roncos cuervos; y así me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias á ella sujetas, los cuales, si todos ó alguno dellos su buena ventura le trujere á acabar el curso de sus dias en estas riberas, sin duda alguna le podeis conceder sepultura en este famoso sitio : junto con esto os quiero advertir, que no entendais que los primeros que nombrare son dignos de mas honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar órden alguna ; que puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al otro, y los otros á los otros hacen, quiero dejar esta declaracion en duda; porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos tengan en que ejercitarse, de los cuales darán testimonio sus obras; irélos nombrando como se me vinieren á la memoria, sin que ninguno se atribuya á que ha sido favor que yo le he hecho en haberme acordado dél primero que de otro, porque, como digo, á vosotros, discretos pastores, dejo que despues les déis el lugar que os pareciere que de justicia se les debe; y para que con ménos pesadumbre y trabajo á mi larga relacion estéis atentos, haréla de suerte, que solo sintais disgusto por la brevedad della. Calló diciendo esto la bella ninfa, y luego tomó una arpa que junto á sí tenia, que hasta entónces de ninguno habia sido vista, y en comenzándola á tocar, parece que comenzó á esclarecerse el cielo, y que la luna con nuevo y no usado resplandor alumbraba la tierra ; los árboles á despecho de un blando céfiro que soplaba, tuvieron quedas las ramas, y los ojos de todos los que allí estaban no se atrevian á bajar los párpados, porque aquel breve punto que se tardaban en alzarlos no se privasen de la gloria que en mirar la hermosura de la ninfa gozaban, y aun quisieran todos que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oir solamente: con tal extrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad tocaba la arpa la bella musa. La cual despues de haber tañido un poco, con la mas sonora voz que imaginarse puede, en semejantes versos dió principio.

CANTO DE CALÍOPE.

Al dulce son de mi templada lira
Prestad, pastores, el oido atento,
Oiréis cómo en mi voz y en él respira
De mis hermanas el sagrado aliento,
Veréis cómo os suspende y os admira
Y colma vuestras almas de contento,
Cuando os dé relacion aquí en el suelo
De los ingenios que ya son del cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente
A quien la parca el hilo aun no ha cortado,
De aquellos que son dignos justamente
De en tal lugar tenerle señalado ;
Donde á pesar del tiempo diligente,
Por el laudable oficio acostumbrado
Vuestro, vivan mil siglos sus renombres,
Sus claras obras, sus famosos nombres.

Y el que con justo título merece
Gozar de alta y honrosa preeminencia,
Un Don Alonso es, en quien florece,
Del sacro Apolo la divina ciencia ;
Y en quien con alta lumbre resplandece
De Marte el brio y sin igual potencia :
De Leiva tiene el sobrenombre ilustre,
Que á Italia ha dado, y aun España lustre.

Otro del mesmo nombre, que de Arauco
Cantó las guerras, y el valor de España,
El cual los reinos donde habita Glauco
Pasó, y sintió la embravecida saña :
No fué su voz, no fué su acento rauco ;
Que uno y otro fué de gracia extraña,
Y tal que Ercilla en este hermoso asiento
Merece eterno y sacro monumento.

Del famoso Don Juan de Silva os digo
Que toda gloria y todo honor merece,
Así por serle Febo tan amigo,
Como por el valor que en él florece :
Serán desto sus obras buen testigo,
En las cuales su ingenio resplandece,
Con claridad que al ignorante alumbra,
Y al sabio agudo á veces le deslumbra.

Crezca el número rico desta cuenta
Aquel con quien la tiene tal el cielo,
Que con febeo aliento le sustenta,
Y con valor de Marte acá en el suelo ·
A Homero iguala, si escribir intenta,
Y á tanto llega de su pluma el vuelo,
Cuanto es verdad que á todos es notorio
El alto ingenio de Don Diego Osorio.

Por cuantas vias la parlera fama
Puede loar un caballero ilustre,
Por tantas su valor claro derrama
Dando sus hechos á su nombre lustre :
Su vivo ingenio, su virtud inflama
Mas de una lengua á que de lustre en lustre
Sin que cursos de tiempos las espanten,
De Don Francisco de Mendoza canten.

Feliz Don Diego de Sarmiento ilustre,
Y Carvajal famoso, producido
De nuestro coro, y de Hipocrene lustre,
Mozo en la edad, anciano en el sentido :
De siglo en siglo irá, de lustre en lustre
(A pesar de las aguas del olvido)
Tu nombre, con tus obras excelente,
De lengua en lengua, y de gente en gente.

Quiéroos mostrar por cosa soberana
En tierna edad maduro entendimiento,
Destreza y gallardía sobrehumana,
Cortesía, valor, comedimiento :
Y quien puede mostrar en la toscana
Como en su propia lengua, aquel talento
Que mostró el que cantó la casa de Este :
Un Don Gutierre Carvajal es este.

Tú, Don Luis de Vargas, en quien veo
Maduro ingenio en verdes pocos dias,
Procura de alcanzar aquel trofeo
Que te prometen las hermanas mias :
Mas tan cerca estás dél, que á lo que creo
Ya triunfas, pues procuras por mil vias
Virtüosas y sabias, que tu fama
Resplandezca con viva y clara llama.

Del claro Tajo la ribera hermosa
Adornan mil espíritus divinos,
Que hacen nuestra edad mas venturosa
Que aquella de los griegos y latinos.
Dellos pienso decir sola una cosa,
Que son de vuestro valle y honra dinos,
Tanto cuanto sus obras nos lo muestran,
Que al camino del cielo nos adiestran.

Dos famosos dotores, presidentes
En las ciencias de Apolo se me ofrecen,
Que no mas que en la edad son diferentes,
Y el trato é ingenio se parecen :
Admiran los ausentes y presentes,
Y entre unos y otros tanto resplandecen
Con su saber altísimo y profundo,
Que presto han de admirar á todo el mundo.

Y el nombre que me viene mas á mano
Destos dos que á loar aquí me atrevo,
Es del Dotor famoso Campuzano,
A quien podeis llamar segundo Febo :
El alto ingenio suyo, el sobrehumano
Discurso nos descubre un mundo nuevo
De tan mejores Indias y excelencias,
Cuanto mejor que el oro son las ciencias.

Es el Dotor Suarez, que de Sosa
El sobrenombre tiene, el que se sigue,
Que de una y otra lengua artificiosa
Lo mas cendrado, y lo mejor consigue :
Cualquiera que en la fuente milagrosa

Cual él la mitigó, la sed mitigue,
No tendrá que envidiar al docto griego,
Ni á aquel que nos cantó el troyano fuego.

Del Dotor Baza, si decir pudiera
Lo que yo siento dél, sin duda creo
Que cuantos aquí estáis os suspendiera;
Tal es su ciencia, su virtud y arreo:
Yo he sido en ensalzarle la primera
Del sacro coro, y soy la que deseo
Eternizar su nombre en cuanto al suelo
Diere su luz el gran señor de Delo.

Si la fama os trajere á los oidos
De algun famoso ingenio maravillas,
Concetos bien dispuestos y subidos,
Y ciencias que os asombren en oillas,
Cosas que paran solo en los sentidos,
Y la lengua no puede referillas,
El dar salida á todo dubio y traza
Sabed que es el Licenciado Daza.

Del Maestro Garay las dulces obras
Me incitan sobre todos á alabarle:
Tu, fama, que al lijero tiempo sobras,
Ten por heróica empresa el celebrarle:
Verás como en él mas fama cobras,
Fama, que está la tuya en ensalzarle;
Que hablando desta fama, en verdadera
Has de trocar la fama de parlera.

Aquel ingenio, que al mayor humano
Se deja atras, y aspira al que es divino,
Y dejando á una parte el castellano,
Sigue el heróico verso del latino:
El nuevo Homero, el nuevo mantüano
Es el Maestro Córdoba, que es dino
De celebrarse en la dichosa España,
Y en cuanto el sol alumbra y el mar baña.

De tí, el Dotor Francisco Diaz, puedo
Asegurar á estos mis pastores,
Que con seguro corazon y ledo
Pueden aventajarse en tus loores:
Y si en ellos yo agora corta quedo,
Debiéndose á tu ingenio los mayores,
Es porque el tiempo es breve, y no me atrevo
A poderte pagar lo que te debo.

Lujan, que con la toga merecida
Honras el propio y el ajeno suelo,
Y con tu dulce musa conocida
Subes tu fama hasta el mas alto cielo,
Yo te daré despues de muerto vida,
Haciendo que en lijero y presto vuelo
La fama de tu ingenio, único, solo,
Vaya del nuestro hasta el contrario polo.

El alto ingenio y su valor, declara
Un licenciado tan amigo vuestro,
Cuanto ya sabeis que es Juan de Vergara,
Honra del siglo venturoso nuestro:
Por la senda que él sigue abierta y clara,
Yo mesma el paso y el ingenio adiestro,
Y adonde él llega de llegar me pago,
Y en su ingenio y virtud me satisfago.

Otro os quiero nombrar, porque se estime
Y tenga en precio mi atrevido canto,
El cual hará que ahora mas le anime,
Y llegue allí donde el deseo levanto:
Y es este que me fuerza y que me oprime
A decir solo dél y cantar cuanto
Cantó de los ingenios mas cabales
El Licenciado Alonso de Morales.

Por la difícil cumbre va subiendo
Al templo de la fama, y se adelanta
Un generoso mozo, el cual rompiendo
Por la dificultad que mas espanta,
Tan presto ha de llegar allá, que entiendo
Que en profecía ya la fama canta
Del lauro que le tiene aparejado
Al Licenciado Hernando Maldonado.

La sabia frente de laurel honroso
Adornada veréis de aquel que ha sido
En todas ciencias y artes tan famoso,
Que es ya por todo el orbe conocido:
¡Edad dorada, siglo venturoso,
Que gozar de tal hombre has merecido!
¿Cuál siglo, cuál edad ahora te llega,
Si en tí está Marco Antonio de la Vega?

Un Diego se me viene á la memoria,
Que de Mendoza es cierto que se llama,
Digno que solo dél se hiciera historia,
Tal, que llegara allí donde su fama:
Su ciencia y su virtud, que es tan notoria,
Que ya por todo el orbe se derrama,
Admira los ausentes y presentes,
De las remotas y cercanas gentes.

Un conocido el alto Febo tiene,
¿Qué digo un conocido? un verdadero
Amigo, con quien solo se entretiene,
Que es de toda ciencia tesorero:
Y es éste que de industria se detiene
A no comunicar su bien entero,
Diego Duran, en quien de contino dura
Y durará el valor, sér y cordura.

¿Quién pensais que es aquel, que en voz sonora
Sus ansias canta regaladamente;
Aquel, en cuyo pecho Febo mora,
El docto Orfeo, y Arion prudente;
Aquel que de los reinos del aurora
Hasta los apartados de occidente
Es conocido, amado y estimado
Por el famoso Lope Maldonado?

¡Quién pudiera loaros, mis pastores
Un pastor vuestro, amado y conocido,
Pastor mejor de cuantos son mejores,
Que de Filida tiene el apellido!
La habilidad, la ciencia, los primores,
El raro ingenio y el valor subido
De Luis de Montalvo le aseguran
Gloria y honor miéntras los cielos duran.

El sacro ibero de dorado acanto,
De siempre verde yedra y blanca oliva
Su frente adorne, y en alegre canto
Su gloria y fama para siempre viva:
Pues su antiguo valor ensalza tanto,
Que al fértil Nilo de su nombre priva
De Pedro de Liñan la sutil pluma,
De todo el bien de Apolo cifra y suma.

De Alonso de Valdes me está incitando
El raro y alto ingenio á que dél cante,
Y que os vaya, pastores, declarando
Que á los mas raros pasa, y va adelante:
Halo mostrado ya, y lo va mostrando
En el fácil estilo y elegante
Con que descubre el lastimado pecho,
Y alaba el mal que el fiero amor le ha hecho.

Admíreos un ingenio, en quien se encierra
Todo cuanto pedir puede el deseo,
Ingenio que aunque viva acá en la tierra,
Del alto cielo es su caudal y arreo:
Ora trate de paz, ora de guerra,
Todo cuanto yo miro, escucho y leo
Del celebrado Pedro de Padilla,
Me causa nuevo gusto y maravilla.

Tú, famoso Gaspar Alfonso, ordenas,
Segun aspiras á inmortal subida,
Que yo no pueda celebrarte apénas,
Si te he de dar loor á tu medida:
Las plantas fertilísimas, amenas,
Que nuestro celebrado monte anida,
Todas ofrecen ricas laureolas
Para ceñir y honrar tus sienes solas.

De Cristóbal de Mesa os digo cierto
Que puede honrar vuestro sagrado valle,
No solo en vida, mas despues de muerto
Podeis con justo título alaballe:
De sus heróicos versos el concierto,
Su grave y alto estilo pueden dalle
Alto y honroso nombre, aunque callara
La fama dél, y yo no me acordara.

Pues sabeis cuanto adorna y enriquece
Vuestras riberas, Pedro de Ribera,
Dadle el honor, pastores, que merece,
Que yo seré en honrarle la primera:
Su dulce musa, su virtud ofrece
Un sugeto cabal, donde pudiera
La fama y cien mil famas ocuparse,
En solo sus loores extremarse.

Tú, que del uso el singular tesoro
Trujiste en nueva forma á la ribera
Del fértil rio, á quien el lecho de oro
Tan famoso le hace adonde quiera;
Con el debido aplauso y el decoro
Debido á tí, Benito de Caldera,
Y á tu ingenio sin par, prometo honrarte,
Y de lauro y de yedra coronarte.

De aquel que la cristiana poesía
Tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
Haga la fama y la memoria mia
Famosa para siempre su memoria:
De donde nace adonde muere el dia
La ciencia sea y la bondad notoria
Del gran Francisco de Guzman, que el arte
De Febo sabe así como el de Marte.

Del capitan Salcedo está bien claro
Que llega su divino entendimiento
Al punto mas subido, agudo y raro,
Que puede imaginar el pensamiento:
Si le comparo, á él mesmo le comparo,
Que no hay comparacion que llegue á cuento
De tamaño valor; que la medida
Ha de mostrar ser falta, ó ser torcida.

Por la curiosidad y entendimiento

De Tomas de Gracian, dadme licencia
Que yo le escoja en este valle asiento
Igual á su virtud, valor y ciencia:
El cual si llega á su merecimiento,
Será de tanto grado y preeminencia,
Que á lo que creo pocos se le igualen;
Tanto su ingenio y sus virtudes valen.

Agora, hermanas bellas, de improviso
Baptista de Vivar quiere alabaros
Con tanta discrecion, gala y aviso,
Que podais, siendo musas, admiraros:
No cantará desdenes, no, Narciso,
Que á Eco solitaria cuestan caros,
Sino cuidados suyos, que han nacido
Entre alegre esperanza y triste olvido.

Un nuevo espanto, un nuevo asombro y miedo
Me acude y sobresalta en este punto,
Solo por ver que quiero y que no puedo
Subir de honor al mas subido punto
Al grave Baltasar, que de Toledo
El sobrenombre tiene, aunque barrunto
Que de su docta pluma el alto vuelo
Le ha de subir hasta el impíreo cielo.

Muestra en un ingenio la experiencia
Que en años verdes y en edad temprana
Hace su habitacion ansí la ciencia,
Como en la edad madura, antigua y cana:
No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
Y mas si acaso á sus oidos llega,
Que lo digo por vos, Lope de Vega.

De pacífica oliva coronado
Ante mi entendimiento se presenta
Agora el sacro Bétis indignado,
Y de mi inadvertencia se lamenta:
Pide que en el discurso comenzado
De los raros ingenios, os dé cuenta,
Que en sus riberas moran, y yo ahora
Haréłlo con la voz muy mas sonora.

Mas ¿qué haré, que en los primeros pasos
Que doy, descubro mil extrañas cosas,
Otros mil nuevos Pindos y Parnasos,
Otros coros de hermanas mas hermosas,
Con que mis altos brios quedan lasos,
Y mas cuando por causas milagrosas
Oigo cualquier sonido servir de eco,
Cuando se nombra el nombre de Pacheco?

Pacheco es este con quien tiene Febo
Y las hermanas tan discretas mias
Nueva amistad, discreto trato y nuevo
Desde sus tiernos y pequeños dias:
Yo desde entónces hasta agora llevo
Por tan extrañas desusadas vias
Su ingenio y sus escritos, que han llegado
Al título de honor mas encumbrado.

En punto estoy, donde por mas que diga
En alabanza del divino Herrera,
Será de poco fruto mi fatiga,
Aunque le suba hasta la quinta esfera:
Mas si soy sospechosa por amiga,
Sus obras y su fama verdadera
Dirán que en ciencias es Hernando solo
Del Ganje al Nilo, y de uno al otro polo.

De otro Fernando quiero daros cuenta
Que Decangas se nombra, en quien se admira
El suelo, y por quien vive y se sustenta
La ciencia en quien al sacro lauro aspira:
Si al alto cielo algun ingenio intenta
De levantar y de poner la mira,
Póngala en este solo, y dará al punto
En el mas ingenioso y alto punto.

De Don Cristóbal, cuyo sobrenombre
Es de Villarroel, tened creido
Que bien merece que jamas su nombre
Toque las aguas negras del olvido:
Su ingenio admire, su valor asombre,
Y el ingenio y valor sea conocido
Por el mayor extremo que descubre
En cuanto mira el sol, ó el suelo encubre.

Los rios de elocuencia, que del pecho
Del grave antiguo Ciceron manaron,
Los que al pueblo de Aténas satisfecho
Tuvieron, y á Demóstenes honraron:
Los ingenios que el tiempo ha ya deshecho
(Que tanto en los pasados se estimaron)
Humíllense á la ciencia alta y divina
Del Maestro Francisco de Medina.

Puedes, famoso Bétis, dignamente
Al Mincio, al Arno, al Tibre aventajarte,
Y alzar contento la sagrada frente,
Y en nuevos anchos senos dilatarte:
Pues quiso el cielo, que en tu bien consiente,
Tal gloria, tal honor, tal fama darte,
Cual te la adquiere á tus riberas bellas
Baltasar del Alcázar, que está en ellas.

Otro veréis, en quien veréis cifrada
Del sacro Apolo la mas rara ciencia,
Que en otros mil sugetos derramada,
Hace en todos de sí grave aparencia:
Mas en este sugeto mejorada
Asiste en tantos grados de excelencia,
Que bien puede Mosquera el Licenciado
Ser como el mesmo Apolo celebrado.

No se desdeña aquel varon prudente
Que de ciencias adorna y enriquece
Su limpio pecho, de mirar la fuente
Que en nuestro monte en sabias aguas crece:
Antes en la sin par clara corriente
Tanto la sed mitiga, que florece
Por ello el claro nombre acá en la tierra
Del gran Dotor Domingo de Becerra.

Del famoso Espinel cosas diria
Que exceden al humano entendimiento,
De aquellas ciencias que en su pecho cria
El divino de Febo sacro aliento;
Mas pues no puede ya la lengua mia
Decir lo ménos de lo mas que siento,
No digo mas, sino que al cielo aspira,
Ora tome la pluma, ora la lira.

Si quereis ver en una igual balanza
Al rubio Febo y colorado Marte,
Procurad de mirar al gran Carranza,
De quien el uno y otro no se parte:
En él veréis amigas pluma y lanza
Con tanta discrecion, destreza y arte,
Que la destreza en partes dividida,
La tiene á ciencia y arte reducida.

De Lázaro Luis Iranzo, lira
Templada habia de ser mas que la mia,
A cuyo son cantase el bien que inspira
En él el cielo y el valor que cria:
Por las sendas de Marte y Febo aspira
A subir, do la humana fantasía
Apénas llega, y él sin duda alguna
Llegará contra el hado y la fortuna.

Baltasar de Escobar, que agora adorna
Del Tíber las riberas tan famosas,
Y con su larga ausencia desadorna
Las del sagrado Bétis espaciosas,
Fértil ingenio, si por dicha torna
Al patrio amado suelo, á sus honrosas
Y juveniles sienes les ofrezco
El lauro y el honor que yo merezco.

¿Qué título, qué honor, qué palma ó lauro
Se le debe á Juan Sanz que de Zumeta
Se nombra, si del indio al rojo mauro
Cual su musa no hay otra tan perfeta?
Su fama aquí de nuevo le restauro
Con deciros, pastores, cuán aceta
Será de Apolo cualquier honra y lustre
Que á Zumeta hagais que mas le ilustre.

Dad á Juan de las Cuevas el debido
Lugar, cuando se ofrezca en este asiento,
Pastores, pues lo tiene merecido
Su dulce musa y raro entendimiento:
Sé que sus obras del eterno olvido
(A despecho y pesar del violento
Curso del tiempo) librarán su nombre,
Quedando con un claro alto renombre.

Pastores, si le viéredes, honraldo
Al famoso varon que os diré ahora,
Y en graves dulces versos celebraldo
Como á quien tanto en ellos se mejora:
El sobrenombre tiene de Bibaldo,
De Adan el nombre, el cual ilustra y dora
Con su florido ingenio y excelente
La venturosa nuestra edad presente.

Cual suele estar de variadas flores
Ornado y rico el mas florido mayo,
Tal de mil varias ciencias y primores
Está el ingenio de Don Juan Aguayo:
Y aunque mas me detenga en sus loores,
Solo sabré deciros que me ensayo
Agora, y que otra vez os diré cosas
Tales, que las tengais por milagrosas.

De Juan Gutierrez Rufo el claro nombre
Quiero que viva en la inmortal memoria,
Y que al sabio y al simple admire, asombre
La heróica que compuso ilustre historia:
Déle el sagrado Bétis el renombre,
Que su estilo merece, déle gloria
Los que pueden y saben, déle el cielo
Igual la fama á su encumbrado vuelo.

En Don Luis de Góngora os ofrezco
Un vivo raro ingenio sin segundo:
Con sus obras me alegro y enriquezco
No solo yo, mas todo el ancho mundo:
Y si por lo que os quiero algo merezco,

Haced que su saber alto y profundo
En vuestras alabanzas siempre viva
Contra el lijero tiempo y muerte esquiva.
Ciña el verde laurel, la verde yedra,
Y aun la robusta encina aquella frente
De Gonzalo Cervántes Saavedra,
Pues la deben ceñir tan justamente:
Por él la ciencia mas de Apolo medra,
En él Marte nos muestra el brio ardiente
De su furor, con tal razon medido,
Que por él es amado y es temido.
Tú, que de Celidon con dulce plectro
Hiciste resonar el nombre y fama,
Cuyo admirable y bien limado metro
A lauro y triunfo te convida y llama;
Recibe el mando, la corona y cetro,
Gonzalo Gomez, desta que te ama,
En señal que merece tu persona
El justo señorío de Helicona.
Tú, Darro, de oro conocido rio,
Cuán bien agora puedes señalarte,
Y con nueva corriente y nuevo brio
Al apartado Hidaspe aventajarte,
Pues Gonzalo Mateo de Berrio
Tanto procura con su ingenio honrarte,
Que ya tu nombre la parlera fama
Por él por todo el mundo le derrama.
Tejed de verde lauro una corona,
Pastores, para honrar la dina frente
Del Licenciado Soto Barahona,
Varon insigne, sabio y elocuente:
En el santo licor de Helicona,
Si se perdiera en la sagrada fuente,
Se pudiera hallar ¡oh extraño caso!
Como en las altas cumbres de Parnaso.
De la region antártica podria
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cria,
Tambien entendimientos sobrehumanos:
Mostrarlo puedo en muchos este dia,
Y en dos os quiero dar llenas las manos;
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.
Francisco el uno de Terrazas tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido:
La mesma gloria al otro igual le viene,
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera,
Que este es Diego Martinez de Ribera.
Aquí debajo de felice estrella
Un resplandor salió tan señalado,
Que de su lumbre la menor centella
Nombre de oriente al occidente ha dado:
Cuando esta luz nació, nació con ella
Todo el valor, nació Alonso Picado,
Nació mi hermano, y el de Pálas junto,
Que ambos vimos en él vivo trasunto.
Pues si he de dar gloria á ti debida,
Gran Alonso de Estrada, hoy eres dino
Que no se cante así tan de corrida
Tu sér y entendimiento peregrino:
Contigo está la tierra enriquecida,
Que al Bétis mil tesoros de contino,
Y aun no da el cambio igual, que no hay tal paga
Que á tan dichosa deuda satisfaga.
Por prenda rara desta tierra ilustre,
Claro Don Juan, te nos ha dado el cielo,
De Abalos gloria, y de Ribera lustre,
Honra del propio y del ajeno suelo:
Dichosa España, do por mas de un lustre
Muestra serán tus obras, y modelo
De cuanto puede dar naturaleza
De ingenio claro y singular nobleza.
El que en la dulce patria está contento,
Las puras aguas de Limar gozando,
La famosa ribera, el fresco viento
Con sus divinos versos alegrando;
Venga, y veréis por suma deste cuento
Su heróico brio y discrecion mirando,
Que es Sancho de Ribera, en toda parte
Febo primero, y sin segundo Marte.
Este mesmo famoso insigne valle
Un tiempo al Bétis usurpar solia
Un nuevo Homero, á quien podemos dalle
La corona de ingenio y gallardía:
Las Gracias le cortaron á su talle,
Y el cielo en todas lo mejor le envía:
Este ya en vuestro Tajo conocido,
Pedro de Montesdoca es su apellido.
En todo cuanto pedirá el deseo
Un Diego ilustre de Aguilar admira
Un águila real, que en vuelo veo
Alzarse á do llegar ninguno aspira:
Su pluma entre cien mil gana trofeo
Que ante ella la mas alta se retira:
Su estilo y su valor tan celebrado
Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado.
Un Gonzalo Fernandez se me ofrece,
Gran capitan del escuadron de Apolo,
Que hoy de Sotomayor se ensoberbece
El nombre con su nombre heróico y solo:
En verso admira, y en saber florece
En cuanto mira el uno y otro polo,
Y si en la pluma en tanto grado agrada,
No ménos es famoso por la espada.
De un Enrique Garces, que al piruano
Reino enriquece, pues con dulce rima,
Con sutil, ingeniosa y fácil mano
A la mas ardua empresa en él dió cima;
Pues en dulce español al gran toscano
Nuevo lenguaje ha dado y nueva estima,
¿Quién será tal que la mayor le quite,
Aunque el mesmo Petrarca resucite?
Un Rodrigo Fernandez de Pineda,
Cuya vena inmortal, cuya excelente
Y rara habilidad, gran parte hereda
Del licor sacro de la equina fuente;
Pues cuanto quiere dél no se le veda,
Pues de tal gloria goza en occidente,
Tenga tambien aquí tan larga parte
Cual la merecen hoy su ingenio y arte.
Y tú, que al patrio Bétis has tenido
Lleno de envidia, y con razon quejoso
De que otro cielo y otra tierra han sido
Testigos de tu canto numeroso,
Alégrate, que el nombre esclarecido
Tuyo, Juan de Mestanza generoso,
Sin segundo será por todo el suelo
Miéntras diere su luz el cuarto cielo.
Toda la suavidad que en dulce vena
Se puede ver, veréis en uno solo
Que al son sabroso de su musa enfrena
La furia al mar, el curso al dios Eolo:
El nombre deste es Baltasar de Orena,
Cuya fama del uno al otro polo
Corre lijera, y del oriente á ocaso
Por honra verdadera de Parnaso.
Pues de una fértil y preciosa planta
De allá traspuesta en el mayor collado,
Que en toda la Tesalia se levanta,
Planta que ya dichoso fruto ha dado,
¿Callaré yo lo que la fama canta
Del ilustre Don Pedro de Alvarado,
Ilustre, pero ya no ménos claro
Por su divino ingenio al mundo raro?
Tú que con nueva musa extraordinaria,
Cairasco, cantas del amor el ánimo,
Y aquella condicion del vulgo varia
Donde se opone al fuerte al pusilánimo:
Si á este sitio de la gran Canaria
Vinieres con ardor vivo y magnánimo,
Mis pastores ofrecen á tus méritos
Mil lauros, mil loores beneméritos.
¿Quién es, ó anciano Tórmes, el que niega
Que no puedes al Nilo aventajarte?
Si puede solo el Licenciado Vega
Mas que Titiro al Mincio celebrarte:
Bien sé, Damian, que vuestro ingenio llega
Do alcanza deste honor la mayor parte,
Pues sé por muchos años de experiencia
Vuestra tan singular virtud y ciencia.
Aunque el ingenio y la elegancia vuestra,
Francisco Sanchez, se me concediera,
Por torpe me juzgara y poco diestra,
Si á querer alabaros me pusiera:
Lengua del cielo única, y maestra
Tiene de ser la que por la carrera
De vuestras alabanzas se dilate;
Que hacerlo humana lengua es disparate.
Las raras cosas y en estilo nuevas,
Que un espíritu muestran levantado
En cien mil ingeniosas arduas pruebas
Por sabio conocido y estimado,
Hacen que Don Francisco de las Cuevas
Por mí sea dignamente celebrado,
En tanto que la fama pregonera
No detuviere su veloz carrera.
Quisiera rematar mi dulce canto
En tal sazon, pastores, con loaros
Un ingenio que al mundo pone espanto,
Y que pudiera en éxtasis robaros:
En él cifro y recojo todo cuanto
He mostrado hasta aquí y he de mostraros,
Fray Luis de Leon es el que digo,
A quien yo reverencio, adoro y sigo.
¿Qué modos, qué caminos ó qué vias

De alabar buscaré para que el nombre
Viva mil siglos de aquel gran Matías
Que de Zúñiga tiene el sobrenombre?
A él se dén las alabanzas mias,
Que aunque yo soy divina y él es hombre,
Por ser su ingenio como lo es divino,
De mayor honra y alabanza es dino.
Volved el presuroso pensamiento
A las riberas de Pisuerga bellas,
Veréis que aumentan este rico cuento
Claros ingenios con quien se honran ellas.
Ellas no solo, sino el firmamento
Do lucen las clarificas estrellas,
Honrarse puede bien cuando consigo
Tenga allá los varones que aquí digo.
Vos, Damasio de Frias, podeis solo
Loaros á vos mismo, pues no puede
Hacer, aunque os alabe el mismo Apolo,
Que en tan justo loor corto no quede:
Vos sois el cierto y el seguro polo,
Por quien se guia aquel que le sucede
En el mar de las ciencias buen pasaje,
Propicio viento y puerto en su viaje.
Andres Sanz de Portillo, tú me envia
Aquel aliento con que Febo mueve
Tu sabia pluma y alta fantasía,
Porque te dé el loor que se te debe;
Que no podrá la ruda lengua mia,
Por mas caminos que aquí tiente y pruebe
Hallar alguno así, cual le deseo,
Para loar lo que en ti siento y veo.
Felicísimo ingenio, que te encumbras,
Sobre el que mas Apolo ha levantado,
Y con tus claros rayos nos alumbras,
Y sacas del camino mas errado:
Y aunque ahora con ella me deslumbras,
Y tienes á mi ingenio alborotado,
Yo te doy sobre muchos palma y gloria,
Pues á mí me la has dado, Dotor Soria.
Si vuestras obras son tan estimadas,
Famoso Cantoral, en toda parte,
Serán mis alabanzas excusadas,
Si en nuevo modo no os alabo y arte:
Con las palabras mas calificadas,
Con cuanto ingenio el cielo en mí reparte,
Os admiro y alabo aquí callando,
Y llego do llegar no puedo hablando.
Tú, Jerónimo Vaca y de Quiñones,
Si tanto me he tardado en celebrarte,
Mi pasado descuido me perdones
Con la enmienda que ofrezco de mi parte:
De hoy mas en claras voces y pregones,
En la cubierta y descubierta parte
Del ancho mundo, haré con clara llama
Lucir tu nombre y extender tu fama.
Tu verde y rico márgen, no de nebro
Ni de cipres funesto enriquecido,
Claro, abundoso y conocido Ebro,
Sino de lauro y mirto florecido:
Ahora como puedo te celebro,
Celebrando aquel bien que ha concedido
El cielo á tus riberas, pues en ellas
Moran ingenios claros mas que estrellas.
Serán testigo desto dos hermanos,
Dos luceros, dos soles de poesía,
A quien el cielo con abiertas manos
Dió cuanto ingenio y arte dar podia:
Edad temprana, pensamientos canos,
Maduro trato, humilde fantasía
Labran eterna y dina laureola
A Lupercio Leonardo de Argensola.
Con santa envidia y competencia santa
Parece que el menor hermano aspira
A igualar al mayor, pues se adelanta,
Y sube do no llega humana mira:
Por esto escribe, y mil sucesos canta
Con tan sũave y acordada lira,
Que este Bartolomé menor merece,
Lo que al mayor Lupercio se le ofrece.
Si el buen principio y medio da esperanza
Que el fin ha de ser raro y excelente
En cualquier caso, ya mi ingenio alcanza
Que el tuyo has de encumbrar, Cosme Pariente,
Y así puedes con cierta confianza
Prometer á tu sabia honrosa frente
La corona que tiene merecida
Tu claro ingenio, tu inculpable vida.
En soledad del cielo acompañado
Vives, ó gran Morillo, y allí muestras
Que nunca dejan tu cristiano lado
Otras musas mas santas y mas diestras:
De mis hermanas fuiste alimentado,
Y ahora en pago dello nos adiestras
Y enseñas á cantar divinas cosas,
Gratas al cielo, al suelo provechosas.
Turia, tú que otra vez con voz sonora
Cantaste de tus hijos la excelencia,
Si gustas de escuchar la mia ahora
Formada, no en envidia ó competencia,
Oirás cuánto tu fama se mejora
Con los que yo diré, cuya presencia,
Valor, virtud, ingenio, te enriquecen,
Y sobre el Gindo ó Ganje te engrandecen.
O tú, Don Juan Coloma, en cuyo seno
Tanta gracia del cielo se ha encerrado,
Que á la envidia pusiste en duro freno,
Y en la fama mil lenguas has criado,
Con que del gentil Tajo al fértil Reno
Tu nombre y tu valor va levantado:
Tú, Conde de Elda, en todo tan dichoso,
Haces el Turia mas que el Po famoso.
Aquel en cuyo pecho abunda y llueve
Siempre una fuente que es por él divina,
Y á quien el coro de sus lumbres mueve,
Como á señor con gran razon se inclina,
A quien único nombre se le debe
De la etíope hasta la gente austrina,
Don Luis Garceran es sin segundo,
Maestre de Montesa y bien del mundo.
Merece bien en este insigne valle
Lugar ilustre, asiento conocido,
Aquel á quien la fama quiere dalle
El nombre que su ingenio ha merecido:
Tenga cuidado el cielo de loalle,
Pues es del cielo su valor crecido;
El cielo alabe lo que yo no puedo,
Del sabio Don Alonso Rebolledo.
Alzas, Dotor Falcon, tan alto vuelo,
Que al águila caudal atrás te dejas,
Pues te remontas con tu ingenio al cielo,
Y deste valle mísero te alejas:
Por esto temo y con razon recelo
Que aunque te alabe, formarás mil quejas
De mí, porque en tu loa noche y dia
No se ocupa la voz y lengua mia.
Si tuviera, cual tiene la fortuna,
La dulce poesía varia rueda,
Lijera y mas movible que la luna,
Que ni estuvo, ni está, ni estará queda;
En ella sin hacer mudanza alguna
Pusiera solo á Micer Rey de Artieda,
Y el mas alto lugar siempre ocupara,
Por ciencias, por ingenio y virtud rara.
Todas cuantas bien dadas alabanzas
Diste á raros ingenios, ó Gil Polo,
Tú las mereces solo y las alcanzas,
Tú las alcanzas y mereces solo:
Ten ciertas y seguras esperanzas,
Que en este valle un nuevo mauseolo
Te harán estos pastores, do guardadas
Tus cenizas serán y celebradas.
Cristóbal de Virues, pues se adelanta
Tu ciencia y valor tanto á tus años,
Tú mesmo aquel ingenio y virtud canta
Con que huyes del mundo los engaños:
Tierra dichosa, y bien nacida planta,
Yo haré que en propios reinos y en extraños
El fruto de tu ingenio levantado
Se conozca, se admire y sea estimado.
Si conforme al ingenio que nos muestra
Silvestre de Espinosa, así se hubiera
De loar, otra voz mas viva y diestra,
Mas tiempo y mas caudal menester fuera:
Mas pues la mia á su intencion adiestra,
Yo te daré por paga verdadera
Con el bien que del dios de Delo tiene
El mayor de las aguas de Hipocrene.
Entre estos como Apolo venir veo
Hermoseando al mundo con su vista
Al discreto galan García Romero,
Dignísimo de estar en esta lista:
Si la hija del húmido Peneo,
De quien ha sido Ovidio coronista,
En campos de Tesalia le hallara,
En él y no laurel se transformara.
Rompe el silencio y santo encerramiento,
Traspasa el aire, al cielo se levanta
De Fray Pedro de Huete aquel acento
De su divina musa, heróica y santa:
Del alto suyo raro entendimiento
Cantó la fama, ha de cantar y canta,
Llevando para dar al mundo espanto
Sus obras por testigo de su canto.
Tiempo es ya de llegar al fin postrero,
Dando principio á la mayor hazaña
Que jamas emprendí, la cual espero
Que ha de mover al blando Apolo á saña:

Pues con ingenio rústico y grosero
Á dos soles que alumbran nuestra España,
No solo á España, mas al mundo todo,
Pienso loar, aunque me falte el modo.
De Febo la sagrada honrosa ciencia,
La cortesana discrecion madura,
Los bien gastados años, la experiencia
Que mil sanos consejos asegura,
La agudeza de ingenio, el advertencia
En apuntar y en descubrir la escura
Dificultad y duda que se ofrece,
En estos soles dos solo florece.
En ellos un epílogo, pastores,
Del largo canto mio ahora hago,
Y á ellos enderezo los loores,
Cuantos habeis oido, y no los pago:
Que todos los ingenios son deudores
Á estos, de quien yo me satisfago;
Satisfárese dellos todo el suelo,
Y mas los admira, porque son del cielo.
Estos quiero que dén fin á mi canto,
Y á una nueva admiracion comienzo,
Y si pensais que en esto me adelanto,
Cuando os diga quién son, veréis que venzo
Por ellos hasta el cielo me levanto,
Y sin ellos me corro y me avergüenzo,
Tal es Laynez, tal es Figueroa,
Dignos de eterna y de incesable loa.

No habia aun bien acabado la hermosa ninfa los últimos acentos de su sabroso canto, cuando tornándose á juntar las llamas que divididas estaban, la cerraron en medio, y luego poco á poco consumiéndose, en breve espacio desapareció el ardiente fuego, y la discreta musa delante de los ojos de todos, á tiempo que ya la clara aurora comenzaba á descubrir sus frescas y rosadas mejillas por el espacioso cielo, dando alegres muestras del venidero dia. Y luego el venerable Telesio, poniéndose encima de la sepultura de Meliso, y rodeado de toda la agradable compañía que allí estaba, prestándole todos una agradable atencion y extraño silencio, desta manera comenzó á decirles: Lo que esta pasada noche en este mismo lugar, y por vuestros ojos habeis visto, discretos y gallardos pastores, y hermosas pastoras, os habrá dado á entender cuán acepta es al cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos añales sacrificios y honrosas obsequias, por las felices almas de los cuerpos que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merecieron. Dígoos esto, amigos mios, porque de aquí adelante con mas fervor y diligencia acudais á poner en efeto tan santa y famosa obra, pues ya veis de cuán raros y altos espíritus nos ha dado noticia la bella Calíope, que todos son dinos no solo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas: y no penseis que es pequeño el gusto que he recebido en saber por tan verdadera relacion cuán grande es el número de los divinos ingenios que en nuestra España hoy viven; porque siempre ha estado y está en opinion de todas las naciones extranjeras que no son muchos, sino pocos los espíritus que en la ciencia de la poesía, en ella muestran que le tienen levantado; siendo tan al reves como se parece, pues cada uno de los que la ninfa ha nombrado, al mas agudo extranjero se aventaja, y darian claras muestras dello, si en esta nuestra España se estimase en tanto la poesía como en otras provincias se estima; y así por esta causa los insignes y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimacion que dellos los príncipes y el vulgo hacen, con solo sus entendimientos comunican sus altos y extraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo; y tengo para mí que el cielo debe de ordenarlo desta manera, porque no merece el mundo, ni el mal considerado siglo nuestro gozar de manjarés al alma tan gustosos: mas porque me parece, pastores, que el poco sueño desta pasada noche, y las largas ceremonias nuestras os tendrán algun tanto fatigados y deseosos de reposo, será bien que haciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento, cada uno se vuelva á su cabaña ó al aldea, llevando en la memoria lo que la musa nos deja encomendado: y en diciendo esto se abajó de la sepultura, y tornándose á coronar de nuevas y funestas ramas, tornó á rodear la pira tres veces, siguiéndole todos, y acompañándole en él algunas devotas oraciones que decia. Esto acabado, teniéndole todos en medio, volvió el grave rostro á una y otra parte, bajando la cabeza, y mostrando agradecido semblante y amorosos ojos, se despidió de toda la compañía, la cual yéndose, quién por una y quién por otra parte de las cuatro salidas que aquel sitio tenia, en poco espacio se deshizo y dividió toda, quedando solos los del aldea de Aurelio, y con ellos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, con los famosos pastores Elicio, Tirsi, Damon, Lauso, Erastro, Daranio, Arsindo y los cuatro lastimados Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con las pastoras Galatea, Florisa, Silveria y su amiga Belisa, por quien Marsilio moria. Juntos pues todos estos, el venerable Aurelio les dijo que sería bien partirse luego de aquel lugar para llegar á tiempo de pasar la siesta en el arroyo de las Palmas, pues tan acomodado sitio era para ello. A todos pareció bien lo que Aurelio decia, y luego con reposados pasos hácia donde él dijo se encaminaron. Mas como la hermosa vista de la pastora Belisa no dejase reposar los espíritus de Marsilio, quisiera él, si pudiera y le fuera lícito, llegarse á ella, y decirle la sinrazon que con él usaba: mas por no perder el decoro que á la honestidad de Belisa se debia, estábase el triste mas mudo de lo que habia menester su deseo. Los mismos efetos y accidentes hacia amor en las almas de los enamorados Elicio y Erastro, que cada cual por sí quisiera decir á Galatea lo que ya ella bien sabía. A esta sazon dijo Aurelio: No me parece bien, pastores, que os mostreis tan avaros, que no querais corresponder y pagar lo que debeis á las calandrias y ruiseñores, y á los otros pintados pajarillos, que por entre estos árboles con su no aprendida y maravillosa armonía os van entreteniendo y regocijando: tocad vuestros instrumentos, y levantad vuestras sonoras voces, y mostraldes que el arte y destreza vuestra en la música, á la natural suya se aventaja; y con tal entretenimiento sentirémos ménos la pesadumbre del camino y los rayos del sol, que ya parece que van amenazando el rigor con que esta siesta han de herir la tierra. Poco fué menester para ser Aurelio obedecido, porque luego Erastro tocó su zampoña, y Arsindo su rabel, al sen de los cuales instrumentos, dando todos la mano á Elicio, él comenzó á cantar desta manera.

ELICIO.

Por lo imposible peleo,
Y si quiero retirarme,
Ni paso ni senda veo;
Que basta vencer ó acabarme
Tras sí me lleva el deseo:
Y aunque sé que aquí es forzoso
Antes morir que vencer,
Cuando estoy mas peligroso
Entónces vengo á tener
Mayor fe en lo mas dudoso.
El cielo que me condena
A no esperar buena andanza,
Me da siempre á mano llena
Sin las obras de esperanza
Mil certidumbres de pena:
Mas mi pecho valeroso
Que se abrasa y se resuelve
En vivo fuego amoroso,
En contracambio le vuelve
Mayor fe en lo mas dudoso.
Inconstancia firme, duda,
Falsa fe, cierto temor,
Voluntad de amor desnuda,
Nunca turban el amor
Que de firme no se muda:
Vuele el tiempo presuroso,
Suceda ausencia ó desden,
Crezca el mal, mengüe el reposo;
Que yo tendré por mi bien
Mayor fe en lo mas dudoso.

¿No es conocida locura,
Y notable desvarío,
Querer yo lo que ventura
Me niega y el hado mio,
Y la suerte no asegura?
De todo estoy temeroso,
No hay gusto que me entretenga,
Y en trance tan peligroso,
Me hace el amor que tenga
Mayor fe en lo mas dudoso.
Alcanzo de mi dolor
Que está en tal término puesto,
Que llega donde el amor;
Y el imaginar en esto
Templa en parte su rigor:
De pobre y menesteroso
Doy á la imaginacion
Alivio tan congojoso,
Porque tenga el corazon
Mayor fe en lo mas dudoso.
Y mas agora que vienen
De golpe todos los males,
Y para que mas me penen,
Aunque todos son mortales,
En la vida me entretienen:
Mas en fin, un fin hermoso
Nuestra vida en honra sube,
El mio me hará famoso,
Porque en muerte y vida tuve
Mayor fe en lo mas dudoso.

Parecióle á Marsilio que lo que Elicio habia cantado, tan á su propósito hacia, que quiso seguirle en el mesmo concepto, y así sin esperar que otro le tomase la mano, al son de los mesmos instrumentos desta manera comenzó á cantar.

MARSILIO.

¡Cuán fácil cosa es llevarse
El viento las esperanzas,
Que pudieron fabricarse
De las vanas confianzas
Que suelen imaginarse!
Todo concluye y fenece:
Las esperanzas de amor,
Los medios que el tiempo ofrece,
Mas en el buen amador
Sola la fe permanece.
Ella en mi tal fuerza alcanza,
Que á pesar de aquel desden,
Lleno de desconfianza,
Siempre me asegura un bien
Que sustenta la esperanza:
Y aunque el amor desfallece
En el blanco airado pecho
Que tanto mis males crece,
En el mio á su despecho
Sola la fe permanece.
Sabes, amor, tú que cobras
Tributo de mi fe cierta,
Y tanto en cobrar le sobras,
Que mi fe nunca fué muerta,
Pues se aviva con mis obras:
Y sabes bien que descrece
Toda mi gloria y contento
Cuanto mas tu furia crece,
Y que en mi alma de asiento
Sola la fe permanece.
Pero si es cosa notoria,
Y no hay poner duda en ella,
Que la fe no entra en la gloria,
Yo que no estaré sin ella,
¿Qué triunfo espero ó vitoria?
Mi sentido desvanece
Con el mal que se figura,
Todo el bien desaparece,
Y entre tanta desventura
Sola la fe permanece.

Con un profundo sospiro dió fin á su canto el lastimado Marsilio: y luego Erastro dando su zampoña, sin mas detenerse, desta manera comenzó á cantar.

ERASTRO.

En el mal que me lastima,
Y en el bien de mi dolor
Es mi fe de tanta estima,
Que ni huye del temor,
Ni á la esperanza se arrima;
No la turba ó desconcierta
Ver que está mi pena cierta
En su difícil subida,
Ni que consumen la vida
Fe viva, esperanza muerta.
Milagro es este en mi mal,
Mas eslo, porque mi bien,
Si viene, venga á ser tal,
Que entre mil bienes le dén
La palma por principal:
La fama con lengua experta
Dé al mundo noticia cierta,
Que el firme amor se mantiene
En mi pecho, adonde tiene
Fe viva, esperanza muerta.
Vuestro desden riguroso
Y mi humilde merecer
Me tienen tan temeroso,
Que ya que os supe querer,
Ni puedo hablaros, ni oso:
Veo de contino abierta
A mi desdicha la puerta,
Y que acabo poco á poco;
Porque con vos valen poco
Fe viva, esperanza muerta.
No llega á mi fantasía
Un tan loco devaneo,
Como es pensar que podria
El menor bien que deseo
Alcanzar por la fe mia:
Podeis, pastora, estar cierta
Que el alma rendida acierta
A amaros cual mereceis;
Pues siempre en ella hallaréis
Fe viva, esperanza muerta.

Calló Erastro, y luego el ausente Crisio, al son de los mesmos instrumentos, desta suerte comenzó á cantar.

CRISIO.

Si á las veces desespera
Del bien la firme aficion,
Quien desmaya en la carrera
De la amorosa pasion,
¿Qué fruto ó qué premio espera?
Yo no sé quién se asegura
Gloria, gustos y ventura
Por un ímpetu amoroso,
Si en él y en el mas dichoso
No es fe la fe que no dura.
En mil trances ya sabidos
Se han visto, y en los amores
Los soberbios y atrevidos,
Al principio vencedores,
Y á la fin quedar vencidos:
Sabe el que tiene cordura,
Que en la firmeza se apura
El triunfo de la batalla,
Y sabe que aunque se halla,
No es fe la fe que no dura.
En el que quisiere amar
No mas de por su contento,
Es imposible durar
En su vano pensamiento
La fe que se ha de guardar;
Si en la mayor desventura
Mi fe tan firme y segura,
Como en el bien no estuviera,
Yo mismo della dijera,
No es fe la fe que no dura.
El ímpetu y ligereza
De un nuevo amador insano,
Los llantos y la tristeza,
Son nubes que en el verano
Se deshacen con presteza:
No es amor el que le apura,
Sino apetito y locura,
Pues cuando quiere, no quiere;
No es amante el que no muere,
No es fe la fe que no dura.

A todos pareció bien la órden que los pastores en canciones guardaban, y con deseo atendian á que T ó Damon comenzasen; mas presto se lo cumplió Da pues en acabando Crisio, al son de su mesmo rabel c desta manera.

DAMON.

Amarili ingrata y bella,
¿Quien os podrá enternecer,
Si os vienen á endurecer
Las ansias de mi querella,
Y la fe de mi querer?
Bien sabeis, pastora, vos,
Que en el amor que mantengo,
A tan alto extremo vengo,
Que despues de la de Dios,
Sola es fe la fe que os tengo.
Y puesto que subo tanto
En amar cosa mortal,
Tal bien encierra mi mal,
Que al alma por él levanto
A su patria natural:
Por esto conozco y sé
Que tal es mi amor tan luengo,
Como muero y me entretengo,
Y que si en amor hay fe,
Sola es fe la fe que os tengo.
Los muchos años gasta
En amorosos servicios,
Del alma los sacrificios,
De mi fe y de mis cuidad
Dan manifiestos indicios:
Por esto no os pediré
Remedio al mal que sost
Y si á pedíroslé vengo,
Es, Amarili, porqué
Sola es fe la fe que os ten
En el mar de mi tormen
Jamas he visto bonanza,
Y aquella alegre esperanz
Con quien la fe se susten
De la mia no se alcanza:
Del amor y de fortuna
Me quejo, mas no me veng
Pues por ellas á tal vengo,
Que sin esperanza alguna
Sola es fe la fe que os ten

El canto de Damon acabó de confirmar en Timb en Silerio la buena opinion que del raro ingenio d pastores que allí estaban habian concebido, y mas cu á persuasion de Tirsi y de Elicio, el ya libre y desde Lauso al son de la flauta de Arsindo soltó la voz e mejantes versos.

LAUSO.

Rompió el desden tus cadenas,
Falso amor, y á mi memoria
El mesmo ha vuelto la gloria
De la ausencia de tus penas:
Llame mi fe quien quisiere
Antojadiza y no firme,
Y en su opinion me confirme
Como mas le pareciere.
Diga que presto olvidé,
Y que de un sotil cabello,
Que un soplo pudo rompello,
Colgada estaba mi fe;
Diga que fuéron fingidos
Mis llantos y mis sospiros,
Y que del amor los tiros
No pasaron mis vestidos.
Que no el ser llamado vano
Y mudable me atormenta,
A trueco de ver exenta
Mi cerviz del yugo insano:
Sé yo bien quien es Silena
Y su condicion extraña,
Y que asegura y engaña
Su apacible faz serena.
A su extraña gravedad
Y á sus bajos bellos ojos
No es mucho dar los despojos
De cualquiera voluntad:
Esto en la vista primera;
Mas despues de conocida,
Por no verla, dar la vida,
Y mas, si mas se pudiera.
Silena del cielo y mia
Muchas veces la llamaba,
Porque tan hermosa estaba
Que del cielo parecia:
Mas ahora sin recelo,
Mejor la podré llamar
Serena falsa del mar,
Que no Silena del cielo.
Con los ojos, con la plu
Con las véras y los juegos
De amantes vanos y ciegos
Prende innumerable suma:
Siempre es primero el postr
Mas el mas enamorado
Al cabo es tan mal tratado,
Cuanto querido primero.
¡Oh cuánto mas se estin
De Silena la hermosura,
Si el proceder y cordura
A su belleza igualara!
No le falta discrecion;
Mas empléala tan mal,
Que le sirve de dogal
Que ahoga su presuncion.
Y no hablo de corrido,
Pues sería apasionado;
Pero hablo de engañado
Y sin razon ofendido:
Ni me ciega la pasion,
Ni el deseo de su mengua;
Que siempre siguió mi leng
Los términos de razon.
Sus muchos antojos vario
Su mudable pensamiento
Le vuelven cada momento
Los amigos en contrario;
Y pues hay por tantos mod
Enemigos de Silena,
O ella no es toda buena,
O son ellos malos todos.

Acabó Lauso su canto, y aunque él creyó que ning le entendia por ignorar el disfrazado nombre de Sile mas de tres de los que allí iban la conocieron, y aun maravillaron que la modestia de Lauso á ofender alg se extendiese, principalmente á la disfrazada past de quien tan enamorado le habian visto. Pero en la o nion de Damon su amigo quedó bien disculpado, p que conocia el término de Silena, y sabía él que c Lauso habia usado, y de lo que no dijo se maravilla Acabó, como se ha dicho, Lauso; y como Galatea esta informada del extremo de la voz de Nísida, quiso p

obligaria cantar ella primero; y por esto ántes que otro pastor comenzase, haciendo señal á Arsindo que en tañer su flauta procediese, al son della con su extremada voz cantó desta manera.

GALATEA.

Tanto cuanto el amor convida y llama
Al alma con sus gustos de aparencia,
Tanto mas huye su mortal dolencia
Quien sabe el nombre que le da la fama.
Y el pecho opuesto á su amorosa llama
Armado de una honesta resistencia,
Poco puede empecerle su inclemencia,
Poco su fuego y su rigor le inflama.
Segura está quien nunca fué querida
Ni supo querer bien, de aquella lengua
Que en su deshonra se adelgaza y lima.
Mas si el querer y el no querer da mengua,
¿En qué ejercicios pasará la vida
La que mas que el vivir la honra estima?

Bien se echó de ver en el canto de Galatea, que respondia al malicioso de Lauso, y que no estaba mal con las voluntades libres, sino con las lenguas maliciosas y los ánimos dañados, que no alcanzando lo que quieren, convierten el amor, que en un tiempo mostraron, en un odio malicioso y detestable, como en Lauso imaginaba; pero quizá saliera deste engaño, si la buena condicion de Lauso conociera, y la mala de Sirena no ignorara. Luego que Galatea acabó de cantar, con corteses palabras rogó á Nísida que lo mismo hiciese. La cual como era tan comedida como hermosa, sin hacerse de rogar, al son de la zampoña de Florisa cantó desta suerte.

NÍSIDA.

Bien puse yo valor á la defensa
Del duro encuentro y amoroso asalto,
Bien levanté mi presuncion en alto
Contra el rigor de la notoria ofensa.
Mas fué tan reforzada y tan intensa
La batería, y mi poder tan falto,
Que sin cogerme amor de sobresalto
Me dió á entender su potestad inmensa.
Valor, honestidad, recogimiento,
Recato, ocupacion, esquivo pecho,
Amor con poco premio lo conquista.
Ansí que para huir el vencimiento
Consejos jamas fuéron de provecho;
Desta verdad testigo soy de vista.

Cuando Nísida acabó de cantar, y acabó de admirar á Galatea, y á los que escuchado la habian, estaban ya bien cerca del lugar adonde tenian determinado de pasar la siesta. Pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogó, que fué que algo cantase; la cual, acompañándola el son de la flauta de Arsindo, cantó lo que sigue.

BELISA.

Libre voluntad exenta,
Atended á la razon
Que nuestro crédito aumenta,
Dejad la vana aficion
Engendradora de afrenta:
Que cuando el alma se encarga
De alguna amorosa carga,
A su gusto es cualquier cosa
Composicion venenosa
Con jugo de adelfa amarga.
Por la mayor cantidad
De la riqueza subida
En valor y en calidad,
No es bien dada ni vendida
La preciosa libertad:
Pues ¿quién se pondrá á perdella
Por una simple querella
De un amador porfiado,
Si cuanto bien hay criado
No se compara con ella?
Si es insufrible dolor
Tener en prision esquiva
El cuerpo libre de amor,
¿Tener el alma captiva
No será pena mayor?
Sí será, y aun de tal suerte,
Que remedio á mal tan fuerte
No se halla en la paciencia,
En años, valor ó ciencia,
Porque solo está en la muerte.
Vaya pues mi sano intento
Léjos deste desvario,
Huiga tan falso contento,
Rija mi libre albedrío
A su modo el pensamiento:
Mi tierna cerviz exenta
No permita ni consienta
Sobre sí el yugo amoroso,
Por quien se turba el reposo,
Y la libertad se ausenta.

Al alma del lastimado Marsilio llegaron los libres versos de la pastora, por la poca esperanza que sus palabras prometian de ser mejoradas sus obras; pero como era tan firme la fe con que la amaba, no pudieron, las notorias muestras de libertad que habia oido, hacer que él no quedase tan sin ella, como hasta entónces estaba. Acabóse en esto el camino de llegar al arroyo de las Palmas, y aunque no llevaran intencion de pasar allí la siesta, en llegando á él, y en viendo la comodidad del hermoso sitio, él mismo á no pasar adelante les forzara. Llegados pues á él, luego el venerable Aurelio ordenó que todos se sentasen junto al claro y espejado arroyo, que por entre la menuda yerba corria, cuyo nacimiento era al pié de una altísima y antigua palma (que por no haber en todas las riberas del Tajo sino aquella, y otra que junto á ella estaba, aquel lugar y arroyo el de las Palmas era llamado), y despues de sentados, con mas voluntad y llaneza, que de costosos manjares, de los pastores de Aurelio fuéron servidos, satisfaciendo la sed con las claras y frescas aguas que el limpio arroyo les ofrecia; y en acabando la breve y sabrosa comida, algunos de los pastores se dividieron y apartaron á buscar algun apartado y sombrío lugar, donde restaurar pudiesen las no dormidas horas de la pasada noche; y solo se quedaron solos los de la compañía y aldea de Aurelio, con Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, Tirsi y Damon, á quien les pareció ser mejor gustar de la buena conversacion que allí se esperaba, que de cualquier otro gusto que el sueño ofrecerles podia. Adivinada pues y casi conocida esta su intencion, Aurelio les dijo: Bien será, señores, que los que aquí estamos, ya que entregarnos al dulce sueño no habemos querido, que este tiempo que le hurtamos, no dejemos de aprovecharle en cosa que mas de nuestro gusto sea; y la que á mí me parece que no podrá dejar de dárnosle, es que cada cual, como mejor supiere, muestre aquí la agudeza de su ingenio, proponiendo alguna pregunta ó enigma, á quien esté obligado á responder el compañero que á su lado estuviere; pues con este ejercicio se granjearán dos cosas: la una pasar con ménos enfado las horas que aquí estuviéremos, la otra no cansar tanto nuestros oidos con oir siempre lamentaciones de amor y endechas enamoradas. Conformáronse todos luego con la voluntad de Aurelio, y sin mudarse del lugar do estaban, el primero que comenzó á preguntar fué el mesmo Aurelio, diciendo desta manera.

AURELIO.

¿Cuál es aquel poderoso
Que desde oriente á ocidente
Es conocido y famoso?
A veces fuerte y valiente,
Otras flaco y temeroso:
Quita y pone la salud,
Muestra y cubre la virtud
En muchos mas de una vez,
Es mas fuerte en la vejez
Que en la alegre juventud.
Múdase en quien no se muda
Por extraña preeminencia:
Hace temblar al que suda,
Y á la mas rara elocuencia
Suele tornar torpe y muda:
Con diferentes medidas
Mide su sér y su nombre,
Y suele tomar renombre
De mil tierras conocidas.
Sin armas vence al armado,
Y es forzoso que le venza,
Y aquel que mas le ha tratado
Mostrando tener vergüenza,
Es el mas desvergonzado:
Y es cosa de maravilla,
Que en el campo y en la villa,
A capitan de tal prueba
Cualquier hombre se le atreva
Aunque pierda en la rencilla.

Tocó la respuesta desta pregunta al anciano pastor Arsindo, que junto á Aurelio estaba; y habiendo un poco considerado lo que significar podia, al fin le dijo: Paréceme, Aurelio, que la edad nuestra nos fuerza á andar mas enamorados de lo que significa tu pregunta, que no de la mas gallarda pastora que se nos pueda ofrecer; porque si no me engaño, el poderoso y conocido que dices, es el vino; y en él cuadran todos los atributos que le has dado. Verdad dices, Arsindo, respondió

Aurelio, y estoy para decir que me pesa de haber propuesto pregunta que con tanta facilidad haya sido declarada; mas di tú la tuya, que al lado tienes quien te la sabrá desatar por mas añudada que venga. Que me place, dijo Arsindo: luego propuso lo siguiente.

ARSINDO.

¿Quién es quien pierde el color
Donde se suele avivar,
Y luego torna á cobrar
Otro mas vivo y mejor?
Es pardo en su nacimiento,
Y despues negro atezado,
Y al cabo tan colorado
Que su vista da contento:

No guarda fueros ni leyes,
Tiene amistad con las llamas,
Visita á tiempos las camas
De señores y de reyes:
Muerto se llama varon,
Y vivo hembra se nombra,
Tiene el aspecto de sombra,
De fuego la condicion.

Era Damon el que al lado de Arsindo estaba; el cual, apénas habia acabado Arsindo su pregunta, cuando le dijo: Paréceme, Arsindo, que no es tan escura tu demanda como lo que significa, porque si mal no estoy en ella, el carbon es por quien dices que muerto se llama varon, y encendido y vivo brasa, que es nombre de hembra, y todas las demas partes le convienen en todo como esta; y si quedas con la misma pena que Aurelio, por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida, yo os quiero tener compañía en ella; pues Tirsi, á quien toca responderme, nos hará iguales, y luego dijo la suya.

DAMON.

¿Cuál es la dama polida,
Aseada y bien compuesta,
Temerosa y atrevida,
Vergonzosa y deshonesta,
Y gustosa y desabrida?

Si son muchas, porque asombre,
Mudan de mujer el nombre
En varon, y es cierta ley,
Que va con ellas el rey,
Y las lleva cualquier hombre.

Bien es, amigo Damon, dijo luego Tirsi, que salga verdadera tu porfía, y que quedes con la pena de Aurelio y Arsindo, si alguna tienen; porque te hago saber que sé que lo que encubre tu pregunta, es la carta y el pliego de cartas. Concedió Damon lo que Tirsi dijo. Y luego Tirsi propuso desta manera.

TIRSI.

¿Quién es la que es toda ojos
De la cabeza á los pies,
Y á veces sin su interes
Causa amorosos enojos?
Tambien suele aplacar riñas,
Y no le va ni le viene;

Y aunque tantos ojos tiene
Descubre muy pocas niñas:
Tiene nombre de un dolor
Que se tiene por mortal,
Hace bien y hace mal,
Enciende y templa el amor.

En confusion puso á Elicio la pregunta de Tirsi, porque á él tocaba responder á ella, y casi estuvo para darse, como dicen, por vencido; pero á cabo de poco vino á decir, que era la celosía; y concediéndolo Tirsi, luego Elicio preguntó lo siguiente.

ELICIO.

Es muy escura y es clara,
Tiene mil contrariedades,
Encúbrenos las verdades,
Y al cabo nos las declara:
Nace á veces de donaire,
Otras de altas fantasías,
Y suele engendrar porfías,
Aunque trate cosas de aire.

Sabe su nombre cualquiera,
Hasta los niños pequeños;
Son muchas y tienen dueños
De diferente manera:

No hay vieja que no se abrace
Con una destas señoras:
Son de gusto algunas horas,
Cuál cansa, cuál satisface.

Sabios hay que se desvelan
Por sacarles los sentidos,
Y algunos quedan corridos,
Cuanto mas sobre ello velan:
Cuál es necia, cuál curiosa,
Cuál fácil, cuál intricada,
Pero sea ó no sea nada,
Decidme, qué es cosa y cosa.

No podia Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio, y casi comenzó á correrse de ver que mas que otro alguno se tardaba en la respuesta; mas ni aun por eso venía en el sentido della; y tanto se detuvo, que Galatea, que estaba despues de Nísida, dijo: Si vale á romper la órden que está dada, y puede responder el que primero supiere, yo por mí digo que sé lo que significa la propuesta enigma, y estoy por declararla, si el señor Timbrio me da licencia. Por cierto, hermosa Galatea, respondió Timbrio, que conozco yo que así com á mi falta, os sobra á vos ingenio para aclarar mayore dificultades; pero con todo eso quiero que tengais pa ciencia, hasta que Elicio la torne á decir; y si desta ve no la acertare, confirmarse ha con mas véras la opinio que de mi ingenio y del vuestro tengo. Tornó Elicio decir su pregunta, y luego Timbrio declaró lo que er diciendo: Con lo mesmo que yo pensé que tu demanda Elicio, se escurecia, con eso mesmo me parece que s declara, pues el último verso dice: te digan qué es cos y cosa. Y así yo te respondo á lo que me dices, y digo qu tu pregunta es, el que es cosa y cosa; y no te maravill haberme tardado en la respuesta, porque mas me mara villara yo de mi ingenio, si mas presto respondiera: e cual mostrará quién es en el poco artificio de mi pregun ta, que es esta.

TIMBRIO.

¿Quién es el que á su pesar
Mete sus piés por los ojos,
Y sin causarles enojos
Les hace luego cantar?

El sacarlos es de gusto,
Aunque á veces quien los sac
No solo su mal no aplaca,
Mas cobra mayor disgusto.

A Nísida tocaba responder á la pregunta de Timbrio mas no fué posible que la adivinasen ni ella ni Galatea que se le seguian. Y viendo Orompo que las pastoras s fatigaban en pensar lo que significaba, les dijo: No o canseis, señoras, ni fatigueis vuestros entendimientos e la declaracion desta enigma; porque podria ser que ninguna de vosotras en toda su vida hubiese visto la figur que la pregunta encubre, y así no es mucho que no déi en ella; que si de otra suerte fuera, bien seguros estábamos de vuestros entendimientos, que en ménos espaci otras mas dificultosas hubiérades declarado; y por esto, con vuestra licencia, quiero yo responder á Timbrio, y decirle que su demanda significa un hombre con grillos, pues cuando saca los piés de aquellos ojos que él dice, é es para ser libre, ó para llevarle al suplicio: porqu veais, pastoras, si tenia yo razon de imaginar que quiz ninguna de vosotras habia visto en toda su vida cárcele ni prisiones. Yo por mí sé decir, dijo Galatea, que jama hé visto aprisionado alguno. Lo mesmo dijeron Nísida y Blanca, y luego Nísida propuso su pregunta en est forma.

NÍSIDA.

Muerde el fuego, y el bocado
Es daño y bien del mordido,
No pierde sangre el herido,
Aunque se ve acuchillado:

Mas si es profunda la herida,
Y de mano que no acierte,
Causa al herido la muerte,
Y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder á Nísida, porqu luego le dijo: Bien sé que no me engaño, hermosa Nísida, si digo que á ninguna cosa se puede mejor atribui tu enigma que á las tijeras de despabilar, y á la vela ó cirio que despabilan; y si esto es verdad, como lo es, y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha agora la mia, que no con ménos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya, y luego la dijo que fué esta.

GALATEA.

Tres hijos que de una madre
Nacieron con sér perfeto,
Y de un hermano era nieto
El uno, y el otro padre;

Y estos tres tan sin clemencia
A su madre maltrataban,
Que mil puñadas le daban
Mostrando en ello su ciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podia significar la enigma de Galatea, cuando vieron atravesar corriendo por junto al lugar donde estaban dos gallardos pastores, mostrando en la furia con que corrian que alguna cosa



de importancia les forzaba á mover los pasos con tanta lijereza, y luego en el mismo instante oyeron unas dolorosas voces, como de personas que socorro pedian; y con este sobresalto se levantaron todos, y siguieron el tino donde las voces sonaban; y á pocos pasos salieron de aquel deleitoso sitio, y dieron sobre la ribera del fresco Tajo, que por allí cerca mansamente corria; y apénas vieron el rio, cuando se les ofreció á la vista la mas extraña cosa que imaginar pudieran, porque vieron dos pastoras al parecer de gentil donaire, que tenian á un pastor asido de las faldas del pellico con toda la fuerza á ellas posible, porque el triste no se ahogase, porque tenia ya el medio cuerpo en el rio, y la cabeza debajo del agua, forcejando con los piés por desasirse de las pastoras, que su desesperado intento estorbaban; las cuales ya casi querian soltarle, no pudiendo vencer al teson de su porfía con las débiles fuerzas suyas. Mas en esto llegaron los dos pastores que corriendo habian venido, y asiendo al desesperado, le sacaron del agua á tiempo que ya todos los demas llegaban, espantándose del extraño espectáculo; y mas lo fuéron cuando conocieron que el pastor que queria ahogarse era Galercio, el hermano de Artidoro, y las pastoras eran Maurisa su hermana y la hermosa Teolinda, las cuales como vieron á Galatea y á Florisa, con lágrimas en los ojos corrió Teolinda á abrazar á Galatea, diciendo: ¡Ay, Galatea, amiga dulce y señora mia! ¡cómo ha cumplido esta desdichada la palabra que te dió de volver á verte y á decirte las nuevas de su contento! De que le tengas, Teolinda, respondió Galatea, holgaré yo tanto, cuanto te lo asegura la voluntad que de mí para servirte tienes conocida; mas paréceme que no acreditan tus ojos tus palabras, ni aun ellas me satisfacen de modo que imagine buen suceso de tus deseos. En tanto que Galatea con Teolinda esto pasaba, Elicio y Artidoro con los otros pastores habian desnudado á Galercio, y al deseñirle el pellico, que con todo el vestido mojado estaba, se le cayó un papel del seno, el cual alzó Tirsi, y abriéndole, vió que eran versos; y por no poderlos leer por estar mojados, encima de una alta rama le puso al rayo del sol para que se enjugase. Pusieron á Galercio un gaban de Arsindo, y el desdichado mozo estaba como atónito y embelesado, sin hablar palabra alguna, aunque Elicio le preguntaba qué era la causa que á tan extraño término le habia conducido. Mas por él respondió su hermana Maurisa, diciendo: Alzad los ojos, pastores, y veréis quién es la ocasion que al desgraciado de mi hermano en tan extraños y desesperados puntos ha puesto. Por lo que Maurisa dijo, alzaron los pastores los ojos, y vieron encima de una pendiente roca, que sobre el rio caia, una gallarda y dispuesta pastora, sentada sobre la mesma peña, mirando con risueño semblante todo lo que los pastores hacian. La cual fué luego de todos conocida por la cruel Gelasia. Aquella desamorada, aquella desconocida, siguió Maurisa, es, señores, la enemiga mortal deste desventurado hermano mio, el cual, como ya todas estas riberas saben, y vosotros no ignorais, la ama, la quiere y la adora; y en cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho, y de las lágrimas que por ella ha derramado, esta mañana con el mas esquivo y desamorado desden que jamas en la crueldad pudiera hallarse, le mandó que de su presencia se partiese, y que agora ni nunca jamas á ella tornase; y quiso tan de véras mi hermano obedecerla, que procuraba quitarse la vida, por excusar la ocasion de nunca traspasar su mandamiento; y si por dicha estos pastores tan presto no llegaran, llegado fuera ya el fin de mi alegría y el de los dias de mi lastimado hermano. En admiracion puso lo que Maurisa dijo á todos los que la escucharon, y mas admirados quedaron, cuando vieron que la cruel Gelasia, sin moverse del lugar donde estaba, y sin hacer cuenta de toda aquella compañía que los ojos en ella tenia puestos, con un extraño donaire y desdeñoso brio sacó un pequeño rabel de su zurron, y parándosele á templar muy despacio, á cabo de poco rato, con voz en extremo buena, comenzó á cantar de esta manera.

GELASIA.

¿Quién dejará del verde prado umbroso
Las frescas yerbas y las frescas fuentes?
Quién de seguir con pasos diligentes
La suelta liebre ó jabalí cerdoso?
Quién con el son amigo y sonoroso
No detendrá las aves inocentes?
Quién en las horas de la siesta ardientes
No buscará en las selvas el reposo,
Por seguir los incendios, los temores,
Los celos, iras, rabias, muertes, penas
Del falso amor, que tanto aflige al mundo?
Del campo son y han sido mis amores,
Rosas son y jazmines mis cadenas,
Libre nací, y en libertad me fundo.

Cantando estaba Gelasia, y en el movimiento y ademan de su rostro la desamorada condicion suya descubria; mas apénas hubo llegado al último verso de su canto, cuando se levantó con una extraña lijereza, y como si de alguna cosa espantable huyera, así comenzó á correr por la peña abajo, dejando á los pastores admirados de su condicion, y confusos de su corrida. Mas luego vieron qué era la causa della con ver al enamorado Lenio, que con tirante paso por la mesma peña subia con intencion de llegar adonde Gelasia estaba; pero no quiso ella, aguardarle por no faltar de corresponder en un solo punto á la crueldad de su propósito. Llegó el cansado Lenio á lo alto de la peña, cuando ya Gelasia estaba al pié della; y viendo que no detenia el paso, sino que con mas presteza por la espaciosa campaña le tendia, con fatigado aliento y laso espíritu se sentó en el mesmo lugar donde Gelasia habia estado, y allí comenzó con desesperadas razones á maldecir su ventura, y la hora en que alzó la vista á mirar á la cruel pastora Gelasia; y en aquel mismo instante, como arrepentido de lo que decia, tornaba á bendecir sus ojos y á tener por buena la ocasion que en tales términos le ponia; y luego incitado y movido de un furioso accidente, arrojó léjos de sí el cayado, y desnudándose el pellico, le entregó á las aguas del claro Tajo, que junto al pié de la peña corria. Lo cual visto por los pastores que mirándole estaban, sin duda creyeron que la fuerza de la enamorada pasion le sacaba de juicio; y así Elicio y Erastro comenzaron á subir la peña para estorbarle que no hiciese algun otro desatino que le costase mas caro; y puesto que Lenio los vió subir, no hizo otro movimiento alguno, sino fué sacar de su zurron su rabel, y con un nuevo y extraño reposo se tornó á sentar, y vuelto el rostro hácia donde su pastora oia, con voz suave y de lágrimas acompañada, comenzó á cantar desta suerte.

LENIO.

¿Quién te impele, cruel, quién te desvía?
Quién te retira del amado intento?
Quién en tus piés veloces alas cria,
Con que corres lijera mas que el viento?

¿Por qué tienes en poco la fe mia,
Y desprecias el alto pensamiento?
Por qué huyes de mí? Por qué me dejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

¿Soy por ventura de tan bajo estado
Que no merezca ver tus ojos bellos?
Soy pobre, soy avaro? ¿Hasme hallado
En falsedad desde que supe vellos?
¿La condicion primera no he mudado?
¿No pende del menor de tus cabellos
Mi alma? Pues ¿por qué de mí te alejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

Tome escarmiento tu altivez sobrada
De ver mi libre voluntad rendida,
Mira mi antigua presuncion trocada
Y en amoroso intento convertida;
Mira que contra amor no puede nada
La mas exenta descuidada vida;
Deten el paso ya; ¿por qué le aquejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

Víme cual tú te ves, y agora veo
Que como fuí, jamas espero verme:
Tal me tiene la fuerza del deseo,
Tal quiero que se extrema en no quererme.
Tú has ganado la palma, tú el trofeo
De que amor pueda en su prision tenerme;
Tú me rendiste, ¿y tú de mí te alejas?
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

En tanto que el lastimado pastor sus dolorosas quejas entonaba, estaban los demas pastores reprendiendo á Galercio su mal propósito, afeando el dañado intento que habia mostrado. Mas el desesperado mozo á ninguna cosa respondia, de que no poco Maurisa se fatigaba, creyendo que en dejándole solo habia de poner en ejecucion su mal pensamiento. En este medio Galatea y Florisa, apartándose con Teolinda, le preguntaron qué era la causa de su tornada, y si por ventura habia sabido ya de su Artidoro. A lo cual ella respondió llorando: No sé qué os diga, amigas y señoras mias, sino que el cielo quiso que yo hallase á Artidoro para que enteramente le perdiese; porque habréis de saber que aquella mal considerada y traidora hermana mia, que fué el principio de mi desventura, aquella mesma ha sido la ocasion del fin y remáte de mi contento; porque sabiendo ella, así como llegamos con Galercio y Maurisa á su aldea, que Artidoro estaba en una montaña no léjos de allí con su ganado, sin decirme nada se partió á buscarle: hallóle, y fingiendo ser yo (que para solo este daño ordenó el cielo que nos pareciésemos), con poca dificultad le dió á entender que la pastora que en nuestra aldea le habia desdeñado, era una su hermana, que en extremo le parecia; en fin, le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado y los extremos de dolor que he padecido; y como las entrañas del pastor estaban tan tiernas y enamoradas, con harto ménos que la traidora le dijera, fuera de él creida, como la creyó tan en mi perjuicio, que sin aguardar que la fortuna mezclase en su gusto algun nuevo impedimento, luego en el mesmo instante dió la mano á Leonarda de ser su legítimo esposo, creyendo que se la daba á Teolinda. Veis aquí, pastoras, en qué ha parado el fruto de mis lágrimas y sospiros; veis aquí ya arrancada de raiz toda mi esperanza; y lo que mas siento, es que haya sido por la mano que á sustentarla estaba mas obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y puesto que ya él lo sabe, aunque debe de haber sentido la burla, hala disimulado como discreto. Llegaron luego al aldea las nuevas de su casamiento, y con ellas las del fin de mi alegría: súpose tambien el artificio de mi hermana, la cual dió por disculpa ver que Galercio, á quien tanto ella amaba, por la pastora Gelasia se perdia, y que así le pareció mas fácil reducir á su voluntad la enamorada Artidoro, que no la desesperada de Galercio, y que p las dos eran uno solo en cuanto á la apariencia y gent za, que ella se tenia por dichosa y bien afortunada la compañía de Artidoro. Con esto se disculpa, com dicho, la enemiga de mi gloria; y así yo, por no v gozar de la que de derecho se me debia, dejo el alde la presencia de Artidoro, y acompañada de las mas t tes imaginaciones que imaginarse pueden, venía á ros las nuevas de mi desdicha en compañía de Maur que ansimesmo viene con intencion de contaros lo Grisaldo ha hecho despues que supo el hurto de Ros ra; y esta mañana al salir del sol topamos con Galer el cual con tiernas y enamoradas razones estaba pers diendo á Gelasia que bien le quisiese; mas ella con mas extraño desden y esquiveza que decirse puede, mandó que se le quitase delante, y que no no fuese os de jamas hablarla: y el desdichado pastor apretado tan recio mandamiento y de tan extraña crueldad, qu cumplirle, haciendo lo que habeis visto. Todo esto es que por mí ha pasado, amigas mias, despues que vuestra presencia me partí. Ved agora si tengo mas q llorar que ántes; y si se ha aumentado la ocasion p que vosotras os ocupeis en consolarme, si acaso mi m recibiese consuelo. No dijo mas Teolinda, porque la i finidad de lágrimas que le vinieron á los ojos, y los s piros que del alma arrancaba, impidieron el oficio á lengua; y aunque las de Galatea y Florisa quisieron m trarse expertas y elocuentes en consolarla, fué de po efeto su trabajo. Y en el tiempo que entre las pastor estas razones pasaban, se acabó de enjugar el papel q Tirsi á Galercio del seno sacado habia, y deseoso de lee le, le tomó, y vió que desta manera decia.

GALÈRCIO Á GELASIA.

Angel de humana figura,
Furia con rostro de dáma,
Fria y encendida llama
Donde mi alma se apura:
Escucha las sinrazones
De tu desamor causadas,
De mi alma trasladadas
En estos tristes renglones.

No escribo por ablandarte,
Pues con tu dureza extraña
No valen ruegos ni maña,
Ni servicios tienen parte:
Escríbote, porque veas
La sinrazon que me haces,
Y cuán mal que satisfaces
Al valor de que te arreas.

Que alabes la libertad
Es muy justo, y razon tienes;
Mas mira que la mantienes
Solo con la crueldad:
Y no es justo lo que ordenas,
Querer, sin ser ofendida,
Sustentar tu libre vida
Con tantas muertes ajenas.

No imagines que es deshonra
Que te quieran todos bien,
Ni que está en usar desden
Depositada tu honra:
Antes templando el rigor
De los agravios que haces,
Con poco amor satisfaces,
Y cobras nombre mejor.

Tu crueldad me da á entender
Que las fieras te engendraron,
O que los montes formaron
Tu duro indomable sér:
Que en ellos es tu recreo,
Y en los páramos y valles,
Do no es posible que halles
Quien te enamore el deseo.

En una fresca espesura
Una vez te ví sentada,
Y dije: estatua es formada
Aquella de piedra dura:
Y aunque el moverte despues
Contradijo á mi opinion,
En fin en la condicion,
Dije, mas que estatua es.

¡Y ojalá que estatua fueras
De piedra! que yo esperara
Que el cielo por mí cambiara
Tu sér, y en mujer volvieras:
Que Pigmaleon no fué
Tanto á la suya rendido,
Como yo te soy y he sido,
Pastora, y siempre seré.

Con razon y de derecho
Del mal y bien me das pago,
Pena por el mal que hago,
Gloria por el bien que he hecho
En el modo que me tratas
Tal verdad es conocida;
Con la vista me das vida,
Con la condicion me matas.

Dese pecho, que se atreve
A esquivar de amor los tiros,
El fuego de mis sospiros
Deshaga un poco la nieve:
Concédase al llanto mio
Y al nunca admitir descanso,
Que vuelva agradable y manso
Un solo punto tu brio.

Bien sé que habrás de decir
Que me alargo, y yo lo creo,
Pero acorta tú el deseo,
Y acortaré yo el pedir:
Mas segun lo que me das
En cuantas demandas toco,
A tí te importa muy poco,
Que pida ménos ó mas.

Si de tu extraña dureza
Para reprehenderte,
Alguna señal ponerte,
Se muestra nuestra flaqueza,
Pues siendo tu sér,
Y así como se enseña:
Acredítate que eres peña,
En peña te has de volver.

Mas seas peña ó acero,
Duro mármol ó diamante,
De un acero soy amante,
O una peña adoro y quiero:
Si eres ángel disfrazado,
O furia, que todo es cierto,
Por tal ángel vivo muerto,
Y por tal furia penado.

Mejor le parecieron á Tirsi los versos de Galercio, que la condicion de Gelasia; y queriéndolos mostrar á Elicio, vióle tan mudado de color y de semblante, que una imágen de muerto parecia. Llegóse á él, y cuando le quiso preguntar si algun dolor le fatigaba, no fué menester esperar su respuesta para entender la causa de su pena, porque luego oyó publicar entre todos los que allí estaban, como los dos pastores, que á Galercio socorrieron, eran amigos del pastor lusitano, con quien el venerable Aurelio tenia concertado de casar á Galatea; los cuales venian á decirle como de allí á tres dias el venturoso pastor vendria á su aldea á concluir el felicísimo desposorio. Y luego vió Tirsi que estas nuevas mas nuevos y extraños accidentes de los causados habian de causar en el alma de Elicio; pero con todo esto se llegó á él, y le dijo: Agora es menester, buen amigo, que te sepas valer de la discrecion que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos; y asegúrote que no sé quién á mí me asegura, que ha de tener mejor fin este negocio de lo que tú piensas; disimula y calla, que si la voluntad de Galatea no gusta de corresponder de todo en todo á la de su padre, tú satisfarás la tuya, aprovechándote de las nuestras y aun de todo el favor que te puedan ofrecer cuantos pastores hay en las riberas deste rio y en las del manso Henáres; el cual favor yo te ofrezco, que bien imagino que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles, los obligará á hacer que no salga en vano lo que aquí te prometo. Suspenso quedó Elicio, viendo el gallardo y verdadero ofrecimiento de Tirsi, y no supo ni pudo responderle mas que abrazarle estrechamente, y decirle: El cielo te pague, discreto Tirsi, el consuelo que me has dado, con el cual y con la voluntad de Galatea, que á lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda entiendo, que tan notorio agravio como el que se hace á todas estas riberas en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea, no pase adelante: y tornándole á abrazar tornó á su rostro la color perdida. Pero no tornó al de Galatea, á quien fué oir la embajada de los pastores, como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio, y no lo podia disimular Erastro, ni ménos la discreta Florisa, ni aun fué gustosa la nueva á ninguno de cuantos allí estaban. A esta sazon ya el sol declinaba su acostumbrada carrera: y así por esto, como por ver que el enamorado Lenio habia seguido á Gelasia, y que allí no quedaba otra cosa que hacer, trayendo á Galercio y á Maurisa consigo, toda aquella compañía movió los pasos hácia el aldea, y al llegar junto á ella, Elicio y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, Arsindo y Orfenio se quedaron con otros algunos pastores: y de todos ellos con corteses palabras y ofrecimientos se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, diciéndoles que otro dia se pensaban partir á la ciudad de Toledo, donde habia de ser el fin de su viaje; y abrazando á todos los que con Elicio quedaban, se fuéron con Aurelio, con el cual iban Florisa, Teolinda y Maurisa, y la triste Galatea tan congojada y pensativa, que con toda su discrecion nó podia dejar de dar muestras de extraño descontento. Con Daranio se fuéron su esposa Silveria y la hermosa Belisa. Cerró en esto la noche, y parecióle á Elicio que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto; y si no fuera por agasajar con buen semblante á los huéspedes que tenia aquella noche en su cabaña, él la pasara tan mala que desesperara de ver el dia. La mesma pena pasaba el mísero Erastro, aunque con mas alivio, porque sin tener respeto á nadie, con altas voces y lastimeras palabras maldecia su ventura, y la acelerada determinacion de Aurelio. Estando en esto, ya que los pastores habian satisfecho á la hambre con algunos rústicos manjares, y algunos dellos entregádose en los brazos del reposado sueño, llegó á la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa, y hallando á Elicio á la puerta de su cabaña, le apartó, y le dió un papel, diciéndole que era de Galatea, y que le leyese luego, que pues ella á tal hora le traia, entendiese que era de importancia lo que en él debia de venir. Admirado el pastor de la venida de Maurisa, y mas de ver en sus manos papel de su pastora, no pudo sosegar un punto hasta leerle, y entrándose en su cabaña, á la luz de una raja de teoso pino le leyó, y vió que así decia.

GALATEA Á ELICIO.

«En la apresurada determinacion de mi padre está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que á mí mesma me he hecho hasta llegar á este punto: bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo. Mas si el cielo quiere que yo quede con esta deuda, quéjate dél, y no de la voluntad mia. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y así no lo intento. Si algun remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efeto, con el miramiento que á tu crédito debes y á mi honra estás obligado. El que me dan por esposo, y el que me ha de dar sepultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque á mí me queda harto para arrepentirme. No digo mas, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada.»

En extraña confusion pusieron á Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciéndole cosa nueva, ansí el escribirle, pues hasta entónces jamas lo habia hecho, como el mandarle buscar remedio á la sinrazon que se le hacia: mas pasando por todas estas cosas, solo paró en imaginar cómo cumpliria lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera. Y no ofreciéndosele otro algun remedio, sino el que de sus amigos esperaba, confiado en ellos, se atrevió á responder á Galatea con una carta que dió á Maurisa, la cual desta manera decia.

ELICIO Á GALATEA.

«Si las fuerzas de mi poder llegaran al deseo que tengo de serviros, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo fueran parte para ofenderos; pero como quiera que ello sea, vos veréis agora, si la sinrazon pasa adelante, cómo yo no me quedo atras en hacer vuestro mandamiento, por la via mejor que el caso pidiere. Asegúreos esto la fe que de mí teneis conocida, y haced buen rostro á la fortuna presente, confiada en la bonanza venidera; que el cielo

que os ha movido á acordaros de mí y á escribirme, me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me habeis hecho, que como sea obedeceros, ni recelo ni temor serán parte para que yo no ponga en efeto lo que á vuestro gusto conviene, y al mio tanto importa. No mas, pues lo mas que en esto ha de haber sabréis de Maurisa, á quien yo he dado cuenta dello; y si vuestro parecer con el mio no se conforma, sea yo avisado, porque el tiempo no se pase, y con él la sazon de nuestra ventura, la cual os dé el cielo como puede y como vuestro valor merece.»

Dada esta carta á Maurisa, como está dicho, le dijo asimesmo cómo él pensaba juntar todos los mas pastores que pudiese, y que todos juntos irian á hablar al padre de Galatea, pidiéndole por merced señalada, fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya: y cuando esto no bastase, pensaba poner tales inconvenientes y miedos al lusitano pastor, que él mesmo dijese no ser contento de lo concertado: y cuando los ruegos y astucias no fuesen de provecho alguno, determinaba usar la fuerza, y con ella ponerla en su libertad, y esto con el miramiento de su crédito que se podia esperar de quien tanto la amaba. Con esta resolucion se fué Maurisa, y esta mesma tomaron luego todos los pastores que con Elicio estaban, á quien él dió cuenta de sus pensamientos, y pidió favor y consejo en tan arduo caso. Luego Tirsi y Damon se ofrecieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarian. Lauso, Arsindo y Erastro, con los cuatro amigos, Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, prometieron de buscar y juntar para el dia siguiente sus amigos, y poner en obra con ellos cualquiera cosa que por Elicio les fuese mandada. En tratar lo que mas al caso convenía, y en tomar este apuntamiento, se pasó lo mas de aquella noche. Y la mañana venida, todos los pastores se partieron á cumplir lo que prometido habian, si no fuéron Tirsi y Damon, que con Elicio se quedaron. Y aquel mesmo dia tornó á venir Maurisa á decir á Elicio, cómo Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer: despidióla Elicio con nuevas promesas y confianzas, y con alegre semblante y extraño alborozo estaba esperando el siguiente dia, por ver la buena ó mala salida que la fortuna daba á su hecho. Llegó en esto la noche, y recogiéndose con Damon y Tirsi á su cabaña, casi todo el tiempo della pasaron en tantear y advertir las dificultades que en aquel negocio podian suceder, si acaso no movian á Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio, por dar lugar á los pastores que reposasen, se salió de su cabaña, y se subió en una verde cuesta que frontero della se levantaba: y allí con el aparejo de la soledad revolvia en su memoria todo lo que por Galatea habia padecido, y lo que temia padecer si el cielo á sus intentos no favorecia; y sin salir desta imaginacion, al son de un blando céfiro, que mansamente soplaba, con voz suave y baja comenzó á cantar desta manera.

ELICIO.

Si deste herviente mar y golfo insano,
Donde tanto amenaza la tormenta,
Libro la vida de tan dura afrenta,
Y toco el suelo venturoso y sano;
Al aire alzadas una y otra mano
Con alma humilde y voluntad contenta,
Haré que amor conozca, el cielo sienta,
Que el bien les agradezco soberano.
Llamaré venturosos mis suspiros,
Mis lágrimas tendré por agradables,
Por refrigerio el fuego en que me quemo.
Diré que son de amor los recios tiros,
Dulces al alma, al cuerpo saludables,
Y que en su bien no hay medio, sino extremo.

Cuando Elicio acabó su canto, comenzaba á de brirse por las orientales puertas la fresca aurora, sus hermosas y variadas mejillas, alegrando el s aljofarando las yerbas y pintando los prados; cuya seada venida comenzaron luego á saludar las par aves con mil suertes de concertadas cantilenas. Le tóse en esto Elicio, y tendiendo los ojos por la espa campaña, descubrió no léjos dos escuadras de past las cuales segun le pareció hácia su cabaña se encam ban, como era la verdad, porque luego conoció que sus amigos Arsindo y Lauso, con otros que co traian. Y los otros Orompo, Marsilio, Crisio y Orfe con todos los mas amigos que juntar pudieron. Con dos pues de Elicio, bajó de la cuesta para ir á recibi y cuando ellos llegaron junto de la cabaña, ya esta fuera della Tirsi y Damon, que á buscar á Elicio il Llegaron en esto todos los pastores, y con alegre s blante unos á otros se recebieron. Y luego Lauso, viéndose á Elicio, le dijo: En la compañía que traen amigo Elicio, puedes ver si comenzamos á dar muest de querer cumplir la palabra que te dimos: todos que aquí ves, vienen con deseo de servirte, aunque ello aventuren las vidas: lo que falta es, que tú no la gas en lo que mas conviniere. Elicio, con las mej razones que supo, agradeció á Lauso y á los dema merced que le hacian: y luego les contó todo lo que Tirsi y Damon estaba concertado de hacerse para s bien con aquella empresa. Pareciéles bien á los past lo que Elicio decia: y así, sin mas detenerse hácia el dea se encaminaron, yendo delante de Tirsi y Dam siguiéndoles todos los demas, que hasta veinte past serian, los mas gallardos y bien dispuestos que en to las riberas de Tajo hallarse pudieran, y todos lleval ntencion de que si las razones de Tirsi no movian á q Aurelio la hiciese en lo que le pedian, de usar en su gar la fuerza, y no consentir que Galatea al forast pastor se entregase: de que iba tan contento Erast como si el buen suceso de aquella demanda en solo contento de redundar hubiera, porque á trueco de ver á Galatea ausente y descontenta, tenia por bien e pleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, p tanto Galatea le habia de quedar obligada.

El fin deste amoroso cuento y historia, con los suc sos de Galercio, Lenio y Gelasia, Arsindo, Mauri Grisaldo, Artandro y Rosaura, Marsilio y Belisa, otras cosas sucedidas á los pastores hasta aquí nomb dos, en la segunda parte desta historia se prometen. cual, si con apacibles voluntades esta primera viere cabida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad á vista y juzgada de los ojos y entendimientos de las gent

FIN DE LA GALATEA.



NOVELAS EJEMPLARES.

DEDICATORIA

A D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, de Andrade y de Villalba, etc.

En dos errores casi de ordinario caen los que dedican sus obras á algun príncipe. El primero es que en la carta que llaman dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de propósito y espacio, ya llevados de la verdad ó de la lisonja, se dilatan en ella en traerle á la memoria, no solo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos y bienhechores. Es el segundo decirles que las ponen debajo de su proteccion y amparo, porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atrevan á morderlas y lacerarlas. Yo pues huyendo destos dos inconvenientes, paso en silencio aquí las grandezas y títulos de la antigua y real casa de vuestra Excelencia, con sus infinitas virtudes, así naturales como adquiridas, dejándolas á que los nuevos Fidias y Lisipos busquen mármoles y bronces adonde grabarlas y esculpirlas, para que sean iguales á la duracion de los tiempos. Tampoco suplico á vuestra Excelencia reciba en su tutela este libro, porque sé que si él no es bueno, aunque le ponga debajo de las alas del hipógrifo de Astolfo, y á la sombra de la clava de Hércules, no dejarán los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto á nadie. Solo suplico que advierta vuestra Excelencia que le envío, como quien no dice nada, doce cuentos, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los mas pintados. Tales cuales son, allá van, y yo quedo aquí contentísimo por parecerme que voy mostrando en algo el deseo que tengo de servir á vuestra Excelencia, como á mi verdadero señor y bienhechor mio. Guarde nuestro Señor, etc. De Madrid á 13 de julio de 1613.

Criado de vuestra Excelencia.

Miguel de Cervántes Saavedra.

PROLOGO.

Quisiera yo, si fuera posible (lector amantísimo) excusarme de escribr este prólogo, porque no me fué tan bien con el que puse en mi *Don Quijote*, que quedase con gana de segundar con este. De esto tiene la culpa algun amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado ántes con mi condicion que con mi ingenio: el cual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, grabarme y esculpirme en la primera hoja de este libro, pues le diera mi retrato el famoso D. Juan de Jáuregui, y con esto quedara mi ambicion satisfecha, y el deseo de algunos que querrian saber qué rostro y talle tiene quien se atreve á salir con tantas invenciones en la plaza del mundo á los ojos de las gentes, poniendo debajo del retrato: Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fuéron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, ántes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy lijero de piés: este digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* á imitacion del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comunmente Miguel de Cervántes Saavedra: fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la mas memorable y alta ocasion que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria; y cuando á la de este amigo, de quien me quejo, no ocurrieran otras cosas de las dichas que decir de mí, yo me levantara á mí mismo dos docenas de testimonios, y se los dijera en secreto; con que extendiera mi nombre y acreditara mi ingenio; porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios, es disparate, por no tener punto preciso ni

determinado las alabanzas ni los vituperios. En fin, pues ya esta ocasion se pasó, y yo he queda en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será p decir verdades, que dichas por señas suelen ser entendidas. Y así te digo (otra vez lector amab que destas novelas que te ofrezco, en ningun modo podrás hacer pepitoria, porque no tien piés ni cabeza, ni entrañas, ni cosa que les parezca : quiero decir, que los requiebros amoro que en algunas hallarás, son tan honestos y tan medidos con la razon y discurso cristiano, que podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere. Héles dado el nom de *Ejemplares*, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo prov choso; y si no fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que podria sacar, así de todas juntas, como de cada una de por sí. Mi intento ha sido poner en la pl de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar á entretenerse sin da de barras: digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables án aprovechan que dañan. Sí; que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los o torios, no siempre se asiste á los negocios por calificados que sean: horas hay de recreacion, don el afligido espíritu descanse: para este efeto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se al nan las cuestas, y se cultivan con curiosidad los jardines. Una cosa me atreveré á decirte: que por algun modo alcanzara que la leccion de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera á alg mal deseo ó pensamiento, ántes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en públic mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano p nueve mas, y por la mano. A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinacion, y m que me doy á entender (y es así) que yo soy el primero que he novelado en lengua castella que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjer y estas son mias propias, no imitadas ni hurtadas : mi ingenio las engendró y las parió mi plum y van creciendo en los brazos de la estampa. Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los *Tr bajos de Pérsiles*, libro que se atreve á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con l manos en la cabeza: y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de *Don Quijote* y d naires de Sancho Panza; y luego las *Semanas del Jardin*. Mucho prometo con fuerzas tan poc como las mias; pero ¿quién pondrá rienda á los deseos? Solo esto quiero que consideres: q pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran conde de Lemos, algun misterio tien escondido, que las levanta. No mas, sino que Dios te guarde, y á mí me dé paciencia para llev bien el mal que han de decir de mí mas de cuatro sotiles y almidonados. Vale.

AL AUTOR, POR VARIOS INGENIOS.

DEL MARQUES DE ALCAÑICES.

Si en el moral ejemplo y dulce aviso,
Cervántes, de la diestra grave lira,
En docta frásis el concepto mira
El lector retratado un paraiso;

Mira mejor, que con el arte quiso
Vuestro ingenio sacar de la mentira
La verdad, cuya llama solo aspira
A lo que es voluntario hacer preciso.

Al asunto ofrecidas las memorias
Dedica el tiempo, que en tan breve suma
Caben todos sucintos los extremos.

Y es noble calidad de vuestras glorias,
Que el uno se le deba á vuestra pluma,
Y el otro á las grandezas del de Lemos.

DE FERNANDO BERMUDEZ CARBAJAL.

Hizo la memoria clara
De aquel Dédalo ingenioso
El laberinto famoso,
Obra peregrina y rara:
Mas si tu nombre alcanzara
Creta en su monstruo crüel,
Le diera al bronce y pincel,
Cuando en términos distintos
Viera en doce laberintos
Mayor ingenio que en él.
Y si la naturaleza
En la mucha variedad
Enseña mayor beldad,
Mas artificio y belleza:
Celebre con mas presteza
Cervántes raro y sutil,
Aqueste florido abril,
Cuya variedad admira
La fama veloz, que mira
En él variedades mil.

DE DON FERNANDO DE LODEÑA.

Dejad, nereidas, del albergue umbroso
Las piezas de cristales fabricadas,
De la espuma lijera mal techadas,
Si bien guarnidas de coral precioso:

Salid del sitio ameno y deleitoso,
Driades de las selvas no tocadas:
Y vosotras, ó musas celebradas,
Dejad las fuentes del licor copioso:

Todas juntas traed un ramo solo
Del árbol en quien Dafne convertida
Al rubio dios mostró tanta dureza;

Que cuando no lo fuera para Apolo,
Hoy se hiciera laurel por ver ceñida
A Miguel de Cervántes la cabeza.

A LOS LECTORES.

POR JUAN DE SOLIS MEJIA,

GENTIL HOMBRE CORTESANO.

¡Oh tú, que aquestas fábulas leiste!
Si lo secreto dellas contemplaste,
Verás que son de la verdad engaste
Que por tu gusto tal disfraz se viste.

Bien, Cervántes insigne, conociste
La humana inclinacion, cuando mezclaste
Lo dulce con lo honesto, y lo templaste
Tan bien, que plato al cuerpo y alma hiciste.

Rica y pomposa vas, filosofía:
Ya dotrina moral, con este traje
No habrá quien de tí burle ó te desprecie.

Si agora te faltare compañía,
Jamas esperes del mortal linaje
Que tu virtud y tus grandezas precie.

LA JITANILLA.

Parece que los jitanos y jitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte. Una pues de esta nacion, jitana vieja, que podia ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus jitanerías y modos de embelecos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la mas única bailadora que se hallaba en todo el jitanismo, y la mas hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los jitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien mas que otras gentes están sujetos los jitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir sus manos; y lo que es mas, que la crianza tosca en que se criaba, no descubria en ella sino ser nacida de mayores prendas que de jitana, porque era en extremo cortés y bien razonada: y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algun género de deshonestidad; ántes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna jitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas: y finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenia, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho, y enseñarle á vivir por sus uñas. Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire; porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta habian de ser felicísimos atractivos é incentivos para acrecentar su caudal; y ansí se los procuró y buscó por todas las vias que pudo; y no faltó poeta que se los diese; que tambien hay poetas que se acomodan con jitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros, y van á la parte de la ganancia: de todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa. Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la corte y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los jitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid, fué un dia de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho jitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un jitano, gran bailarin, que las guiaba; y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal que poco á poco fué enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el son del tamboril y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecia la belleza y donaire de la Jitanilla, y corrian los muchachos á verla, y los hombres á mirarla; pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, allí fué ello, allí sí que cobró aliento la fama de la Jitanilla, y de comun consentimiento de los diputados de la fiesta desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron á hacerla en la iglesia de Santa María delante de la imágen de la gloriosa Sta. Ana, despues de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las cuales, dando en redondo largas y lijerísimas vueltas, cantó el romance siguiente.

Arbol preciosísimo,
Que tardó en dar fruto
Años que pudieron
Cubrirle de luto,
Y hacer los deseos
Del consorte puros,
Contra su esperanza
No muy bien seguros:
De cuyo tardarse
Nació aquel disgusto,
Que lanzó del templo
Al varon mas justo:
Santa tierra estéril,
Que al cabo produjo
Toda la abundancia
Que sustenta el mundo:
Casa de moneda
Do se forjó el cuño
Que dió á Dios la forma,
Que como hombre tuvo:
Madre de una hija,
En quien quiso y pudo
Mostrar Dios grandezas
Sobre humano curso:
Por vos y por ella
Sois, Ana, el refugio,
Do van por remedio
Nuestros infortunios.
En cierta manera
Teneis, no lo dudo,
Sobre el nieto imperio
Piadoso y justo.
A ser comunera
Del alcázar sumo,
Fueran mil parientes
Con vos de consuno.
¡Qué hija! qué nieto!
Y ¡qué yerno! Al punto,
A ser causa justa,
Cantárades triunfos.
Pero vos humilde
Fuisteis el estudio,
Donde vuestra Hija
Hizo humildes cursos.
Y ahora á su lado
A Dios el mas junto
Gozais del alteza
Que apénas barrunto.

El cantar de Preciosa fué para admirar á cuantos la escuchaban. Unos decian: Dios te bendiga, la muchacha. Otros: Lástima es que esta mozuela sea jitana; en verdad, en verdad que merecia ser hija de un gran señor. Otros habia mas groseros que decian: Dejen crecer á la rapaza, que ella hará de las suyas; á fe que se va añudando en ella gentil barredera para pescar corazones. Otro mas humano, mas basto y mas modorro, viéndola andar tan lijera en el baile, le dijo: A ello, hija, á ello, andad, amores, y pisad el polvito á tan menudito. Y ella respondió sin dejar el baile: Y pisarélo yo á tan menudo. Acabáronse las vísperas y la fiesta de Sta. Ana, y quedó Preciosa algo cansada, pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta y bailadora, que á corrillos se hablaba della en toda la corte. De allí á quince dias volvió á Madrid, como tenia de costumbre, con otras tres muchachas con sonajas y con un baile nuevo, todas apercebidas de romances y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentia Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamas, y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho. Nunca se apartaba della la jitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenia por abuela. Pusiéronse á bailar á la sombra en la calle de Toledo por complacer á los que las miraban, y de los que las venían siguiendo se hizo luego un gran corro; y en tanto que bailaban, la vieja pedia limosna á los circunstantes, y llovian en ella ochavos y cuartos como piedras á tablado; que tambien la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida. Acabado el baile, dijo Preciosa: Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo, que trata de cuando la reina nuestra señora D.ª Margarita salió á misa de parida en Valladolid, y fué á San Llorente: dígoles que es fa-

moso, y compuesto por un poeta de los del número, como capitan del batallon. Apénas hubé dicho esto cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron á voces: Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos; y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos á cogerlos. Hecho pues su agosto y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas, y al tono correntío y loquesco cantó el siguiente romance.

Salió á misa de parida
La mayor reina de Europa,
En el valor y en el nombre
Rica y admirable joya.
Como los ojos se lleva,
Se lleva las almas todas
De cuantos miran y admiran
Su devocion y su pompa.
Y para mostrar que es parte
Del cielo en la tierra toda,
A un lado lleva el sol de Austria,
Al otro la tierna aurora.
A sus espaldas la sigue
Un lucero que á deshora
Salió la noche del dia
Que el cielo y la tierra lloran.
Y si en el cielo hay estrellas
Que lucientes carros forman,
En otros carros su cielo
Vivas estrellas adornan.
Aquí el anciano Saturno
La barba pule y remoza,
Y aunque tardo, va lijero;
Que el placer cura la gota.
El dios parlero va en lenguas
Lisonjeras y amorosas,
Y Cupido en cifras varias,
Que rubíes y perlas bordan.
Allí va el furioso Marte
En la persona curiosa
De mas de un gallardo jóven
Que de su sombra se asombra.
Junto á la casa del sol
Va Júpiter; que no hay cosa
Difícil á la privanza
Fundada en prudentes obras.
Va la luna en las mejillas
De una y otra humana diosa,
Vénus casta en la belleza
De las que este cielo forman.
Pequeñuelos Ganimédes
Cruzan, van, vuelven y tornan
Por el cinto tachonado
Desta esfera milagrosa.
Y para que todo admire
Y todo asombre, no hay cosa
Que de liberal no pase
Hasta el extremo de pródiga.
Milan con sus ricas telas
Allí va en vista curiosa,
Las Indias con sus diamantes,
Y Arabia con sus aromas.
Con los mal intencionados
Va la envidia mordedora,
Y la bondad en los pechos
De la lealtad española.
La alegría universal
Huyendo de la congoja,
Calles y plazas discurre,
Descompuesta y casi loca.
A mil mudas bendiciones
Abre el silencio la boca,
Y repiten los muchachos
Lo que los hombres entonan.
Cuál dice: — Fecunda vid,
Crece, sube, abraza y toca
El olmo felice tuyo,
Que mil siglos te haga sombra,
Para gloria de tí misma,
Para bien de España y honra,
Para arrimo de la Iglesia,
Para asombro de Mahoma.—
Otra lengua clama y dice:
—Vivas, ó blanca paloma,
Que nos has dado por crias
Aguilas de dos coronas,
Para ahuyentar de los aires
Las de rapiña furiosas,
Para cubrir con sus alas
A las virtudes medrosas.—
Otra mas discreta y grave,
Mas aguda y mas curiosa
Dice, vertiendo alegría
Por los ojos y la boca:
—Esta perla que nos diste,
Nácar de Austria, única y sola,
¡Qué de máquinas que rompe!
Qué de designios que corta!
Qué de esperanzas que infunde!
Qué de deseos malogra!
Qué de temores aumenta!
Qué de preñados aborta! —
En esto se llegó al templo
Del fénix santo que en Roma
Fué abrasado, y quedó vivo
En la fama y en la gloria.
A la imágen de la vida,
A la del cielo Señora,
A la que por ser humilde,
Las estrellas pisa ahora:
A la Madre y Virgen junto,
A la Hija y á la Esposa
De Dios, hincada de hinojos
Margarita así razona:
—Lo que me has dado te doy,
Mano siempre dadivosa;
Que á do falta el favor tuyo
Siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
Te ofrezco, Virgen hermosa:
Tales cuales son las mira,
Recibe, ampara y mejora.
A su padre te encomiendo;
Que humano Atlante se encorva
Al peso de tantos reinos
Y de climas tan remotas.
Sé que el corazon del Rey
En las manos de Dios mora,
Y sé que puedes con Dios
Cuánto pidieres piadosa.—
Acabada esta oracion,
Otra semejante entonan
Himnos y voces que muestran
Que está en el suelo su gloria.
Acabados los oficios,
Con reales ceremonias
Volvió á su punto este cielo
Y esfera maravillosa.

Apénas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oia, de muchas se formó una voz sola que dijo: Torna á cantar, Preciosa, que no faltarán cuartos como tierra. Mas de doscientas personas estaban mirando el baile, y escuchando el canto de las jitanas, y en la mayor fuga dél acertó á pasar por allí uno de los tinientes de la villa, y viendo tanta gente junta, preguntó qué era: y fuéle respondido que estaban escuchando á la Jitanilla hermosa que cantaba. Llegóse el tiniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta la fin: y habiéndole parecido por extremo bien la Jitanilla, mandó á un paje suyo dijese á la jitana vieja que al anochecer fuese á su casa con las jitanillas, que queria que las oyese D.ª Clara su mujer. Hízolo así el paje, y la vieja dijo que sí iria. Acabaron el baile y el canto, y mudaron lugar; y en esto llegó un paje muy bien aderezado á Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo: Preciosica, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo. Eso aprenderé yo de muy buena gana, respondió Preciosa; y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condicion que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible. Para papel siquiera que me dé la señora Preciosica, dijo el paje, estaré contento: y mas, que el romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta. A la mia queda el escogerlos, respondió Preciosa: y con esto se fuéron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos caballeros á las jitanas. Asomó Preciosa á la reja, que era baja, y vió en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose, y otros jugando á diversos juegos, se entretenian. ¿Quiérenme dar barato, zeñores? dijo Preciosa, que como jitana hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas que no naturaleza. A la voz de Preciosa y á su rostro dejaron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes: y los unos y los otros acudieron á la reja por verla, que ya tenian noticia della, y dijeron: Entren, entren las jitanillas, que aquí les darémos barato. Caro sería ella, respondió Preciosa, si nos pellizcasen. No, á fe de caballeros, respondió uno; bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará á la vira de tu zapato; no, por el hábito que traigo en el pecho, y púsose la mano sobre uno de Calatrava. Si tú quieres entrar, Preciosa, dijo una de las tres jitanillas que iban con ella, entra enhorabuena, que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres. Mira, Cristina, respondió Preciosa: de lo que te has de guardar es de un hombre solo y á solas, y no de tantos juntos; porque ántes el ser muchos quita el miedo y recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina á ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas y no de las públicas. Entremos, Preciosa, dijo Cristina, que tú sabes mas que un sabio. Animólas la jitana vieja, y entraron: y apénas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vió el papel que traia en el seno, y llegándose á ella, se le tomó, y dijo Preciosa: Y no me le tome, señor, que es un romance que me acaban de dar ahora, que aun no le he leido. Y ¿sabes tú leer, hija? dijo uno. Y escribir, respondió la vieja, que á mi nieta la he criado yo como si fuera hija de un letrado. Abrió el caballero el papel, y vió que venia dentro dél un escudo de oro, y dijo: En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: toma este escudo que en el romance viene. Basta, dijo Preciosa, que me ha tratado de pobre el poeta; pues cierto que es mas milagro darme á mí un poeta un escudo, que yo recebirle: si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el Romancero general, y enviémelos uno á uno, que yo les tentaré el pul-

ra, y si vinieren duros, seré yo blanda en recebillos. Admirados quedaron los que oian á la jitanica, así de su discrecion como del donaire con que hablaba. Lea, señor, dijo ella, y lea alto, verémos si es tan discreto ese poeta, como es liberal. Y el caballero leyó así:

Jitanica, que de hermosa
Te pueden dar parabienes,
Por lo que de piedra tienes
Te llama el mundo Preciosa.
De esta verdad me asegura
Esto, como en ti verás;
Que no se aparta jamas
La esquivez y la hermosura.
Si como en valor subido,
Vas creciendo en arrogancia,
No le arriendo la ganancia
A la edad en que has nacido.
Que un basilisco se cria
En ti que mata mirando,
Y un imperio, que aunque blando,
Nos parezca tiranía.
Entre pobres y aduares
¿Como nació tal belleza?
¿O como crió tal pieza
El humilde Manzanares?
Por esto será famoso
A par del Tajo dorado,
Y por Preciosa preciado
Mas que el Ganges caudaloso.
Dices la buenaventura,
Y dasla mala contino;
Que no van por un camino
Tu intencion y tu hermosura.
Porque en el peligro fuerte
De mirarte ó contemplarte,
Tu intencion va á desculparte,
Y tu hermosura á dar muerte.
Dicen que son hechiceras
Todas las de tu nacion;
Pero tus hechizos son
De mas fuerzas y mas véras;
Pues por llevar los despojos
De todos cuantos te ven,
Haces, ó niña, que estén
Los hechizos en tus ojos.
En sus fuerzas te adelantas,
Pues bailando nos admiras,
Y nos matas, si nos miras,
Y nos encantas, si cantas.
De cien mil modos hechizas;
Hables, calles, cantes, mires,
O te acerques ó retires,
El fuego de amor atizas.
Sobre el mas exento pecho
Tienes mando y señorío;
De lo que es testigo el mio,
De tu imperio satisfecho.
Preciosa joya de amor,
Esto humildemente escribe
El que por tí muere vive
Pobre, aunque humilde amador.

En pobre acaba el último verso, dijo á esta sazon Preciosa, mala señal; nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque á los principios á mi parecer la pobreza es muy enemiga del amor. ¿Quién te enseña eso, rapaza? dijo uno. ¿Quién me lo ha de enseñar? respondió Preciosa; ¿no tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿no tengo ya quince años? No soy manca, ni ronca, ni estropeada del entendimiento: los ingenios de las jitanas van por otro norte que los de las demas gentes; siempre se adelantan á sus años, no hay jitano necio, ni jitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio á cada paso, y no dejan que crie moho en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras, que están callando, y parecen bobas? pues éntrenles el dedo en la boca, y tiéntenlas las cordales, y verán lo que verán: no hay muchacha de doce que no sepa lo que de veinticinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso, que les enseña en una hora lo que habian de aprender en un año. Con esto que la Jitanilla decia, tenia suspensos á los oyentes, y los que jugaban le dieron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y mas rica y mas alegre que una pascua de flores, antecogió sus corderas, y fuése en casa del señor tiniente, quedando que otro dia volveria con su manada á dar contento á aquellos tan liberales señores.

Ya tenia aviso la señora D.ª Clara, mujer del señor tiniente, como habian de ir á su casa las jitanillas, y estábalas esperando como agua de mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver á Preciosa; y apénas hubieron entrado las jitanas, cuando entre las demas resplandeció Preciosa, como la luz de una antorcha entre otras luces menores; y así corrieron todas á ella: unas la abrazaban, otras la miraban, estas la bendecian, aquellas la alababan. D.ª Clara decia: Este sí que se puede decir cabello de oro, estos sí que son ojos de esmeraldas. La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacia pepitoria de todos sus miembros y coyunturas; y llegando á alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenia en la barba, dijo: ¡Ay qué hoyo! en este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miraren. Oyó esto un escudero de brazo de la señora D.ª Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dijo: ¿Ese llama vuesa merced hoyo, señora mia? pues yo sé poco de hoyos, ó ese no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos: por Dios tan linda es la Jitanilla, que hecha de plata ó de alcorza no podria ser mejor. ¿Sabes decir la buenaventura, niña? De tres ó cuatro maneras, respondió Preciosa. ¿Y eso mas? dijo D.ª Clara, por vida del tiniente mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbunclos, y niña del cielo, que es lo mas que puedo decir. Dénle, dénle la palma de la mano á la niña, y con qué haga la cruz, dijo la vieja, y verán qué de cosas les dice; que sabe mas que un dotor de melecina. Echó mano á la faldriquera la señora tinienta, y halló que no tenia blanca: pidió un cuarto á sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco. Lo cual, visto por Preciosa, dijo: Todas las cruces en cuanto cruces son buenas; pero las de plata ó de oro son mejores, y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buenaventura, por lo ménos la mia: y así tengo aficion á hacer la cruz primera con algun escudo de oro, ó con algun real de á ocho, ó á lo ménos de á cuatro; que soy como los sacristanes que cuando hay buena ofrenda se regocijan. Donaire tienes, niña, por tu vida, dijo la señora vecina, y volviéndose al escudero le dijo: Vos, señor Contreras, ¿tendréis á mano algun real de á cuatro? dádmele, que en viniendo el dotor mi marido os le volveré. Sí tengo, respondió Contreras, pero téngole empeñado en veinte y dos maravedís que cené anoche: dénmelos, que yo iré por él en volandas. No tenemos entre todas un cuarto, dijo D.ª Clara, ¿y pedis veinte y dos maravedís? Andad, Contreras, que siempre fuisteis impertinente. Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo á Preciosa: Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata? Antes, respondió Preciosa, se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos. Uno tengo yo, replicó la doncella; si este basta, héle aquí, con condicion que tambien se me ha de decir á mí la buenaventura. ¡Por un dedal tantas buenasventuras! dijo la jitana vieja: nieta, acaba presto, que se hace noche. Tomó Preciosa el dedal, y la mano de la señora tinienta, y dijo:

Hermosita, hermosita,
La de las manos de plata,
Mas te quiere tu marido
Que al rey de las Alpujarras.
Eres paloma sin hiel,
Pero á veces eres brava
Como leona de Oran,
O como tigre de Ocaña.
Pero en un tras, en un tris,
El enojo se te pasa,
Y quedas como alfeñique,
O como cordera mansa.
Riñes mucho, y comes poco;
Algo celosita andas;
Que es jugueton el tiniente,
Y quiere arrimar la vara.
Cuando doncella te quiso
Uno de una buena cara;
Que mal hayan los terceros
Que los gustos desbaratan.
Si á dicha tú fueras monja,
Hoy tu convento mandaras,
Porque tienes de abadesa
Mas de cuatrocientas rayas.
No te lo quiero decir,
Pero poco importa, vaya
Enviudarás otra vez,
Y otras dos serás casada.
No llores, señora mia,
Que no siempre las jitanas
Decimos el Evangelio;
No llores, señora, acaba.
Como te mueras primero
Que el señor tiniente, basta
Para remediar el daño
De la viudez que amenaza.
Has de heredar y muy presto
Hacienda en mucha abundancia;
Tendrás un hijo canónigo,
La iglesia no se señala,
De Toledo no es posible.
Una hija rubia y blanca
Tendrás, que si es religiosa,
Tambien vendrá á ser prelada.

- Si tu esposo no se muere
Dentro de cuatro semanas,
Verásle corregidor
De Búrgos ó Salamanca.
Un lunar tienes: ¡qué lindo,
¡Ay Jesus, qué luna clara!
¡Qué sol, que allá en los antípodas
Escuros valles aclara!
Mas de dos ciegos por verle
Dieran mas de cuatro blancas:
Agora sí es la risica;
¡Ay, que bien haya esa gracia!
Guárdate de las caidas,
Principalmente de espaldas;
Que suelen ser peligrosas
En las principales damas.
Cosas hay mas que decirte:
Si para el viérnes me aguardas,
Las oirás, que son de gusto,
Y algunas hay de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa, y con ella encendió el deseo de todas las circunstantes en querer saber la suya, y así se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viérnes venidero, prometiéndoles que tendrian reales de plata para hacer las cruces. En esto vino el señor tiniente, á quien contaron maravillas de la Jitanilla: él las hizo bailar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que á Preciosa habian dado: y poniendo la mano en la faldriquera, hizo señal de querer darle algo; y habiéndola espulgado y sacudido, y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía, y dijo: Por Dios que no tengo blanca, dadle vos, doña Clara, un real á Preciosica, que os le daré despues. Bueno es eso, señor, por cierto; sí, ahí está el real de manifiesto: no hemos tenido entre todas nosotras un cuarto para hacer la señal de la cruz, ¿y quiere que tengamos un real? Pues dadle alguna valoncica vuestra, ó alguna cosa, que otro dia nos volverá á ver Preciosa, y la regalarémos mejor. A lo cual dijo D.ª Clara: Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora á Preciosa. Antes si no me dan nada, dijo Preciosa, nunca mas volveré acá: mas, sí, volveré á servir á tan principales señores; pero traeré tragado que no me han de dar nada, y ahorraréme la fatiga del esperarlo. Coheche vuesa merced, señor tiniente, coheche y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señor; por ahí he oido decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dineros para pagar las condiciones de las residencias, y para pretender otros cargos. Así lo dicen y lo hacen los desalmados, replicó el tiniente; pero el juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condenacion alguna, y el haber usado bien su oficio, será el valedor para que le dén otro. Habla vuesa merced muy á lo santo, señor tiniente, respondió Preciosa; ándese á eso, y cortarémosle de los harapos para reliquias. Mucho sabes, Preciosa, dijo el tiniente: calla, que yo daré traza que sus Majestades te vean, porque eres pieza de reyes. Querránme para truhana, respondió Preciosa, y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido; si me quisiesen para discreta, aun llevarmeian; pero en algunos palacios mas medran los truhanes que los discretos: yo me hallo bien con ser jitana y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiere. Ea, niña, dijo la jitana vieja, no hables mas, que has hablado mucho, y sabes mas de lo que yo te he enseñado; no te asotiles tanto, que te despuntarás: habla de aquello que tus años permiten, y no te metas en altanerías, que no hay ninguna que no amenace caida. El diablo tienen estas jitanas en el cuerpo, dijo á esta sazon el tiniente. Despidiéronse las jitanas, y al irse dijo la doncella del dedal: Preciosa, dime la buenaventura, ó vuélveme mi dedal, que no me queda con que hacer labor. Señora doncella, respondió Preciosa, haga cuenta que se la he dicho, y provéase de otro dedal, ó no haga vainillas hasta el viérnes, que yo volveré, y le diré mas venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías. Fuéronse, y juntáronse con las muchas lab ras que á la hora de las Avemarías suelen salir de Ma para volverse á sus aldeas, y entre otras vuelven mu con quien siempre se acompañaban las jitanas, y vian seguras; porque la jitana vieja vivia en contin mor no le salteasen á su Preciosa.

Sucedió pues que la mañana de un dia que volvi Madrid á coger la garrama con las demas jitanillas, e valle pequeño que está obra de quinientos pasos á que se llegue á la villa, vieron un mancebo gallar ricamente aderezado de camino: la espada y daga traia eran, como decir se suele, un ascua de oro: s brero con rico cintillo, y con plumas de diversas col adornado. Repararon las jitanas en viéndole, y pusié sele á mirar muy despacio, admiradas de que á tales ras un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar á y solo. El se llegó á ellas, y hablando con la jitana yor, le dijo: Por vida vuestra, amiga, que me ha placer que vos y Preciosa me oyais aquí aparte dos p bras, que serán de vuestro provecho. Como no nos d viemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en bu hora, respondió la vieja; y llamando á Preciosa, se d viaron de las otras obra de veinte pasos, y así en pié mo estaban, el mancebo les dijo: Yo vengo de man rendido á la discrecion y belleza de Preciosa, que de pues de haberme hecho mucha fuerza para excusar ll gar á este punto, al cabo he quedado mas rendido, y m imposibilitado de excusallo. Yo, señoras mias (que sie pre os he dar este nombre, si el cielo mi pretensi favorece), soy caballero, como lo puede mostrar el h bito; y apartando el herreruelo, descubrió en el pec uno de los mas calificados que hay en España: soy hijo fulano (que por buenos respetos aquí no se declara s nombre), estoy debajo de su tutela y amparo: soy hi único, y el que espera un razonable mayorazgo: mi p dre está aquí en la corte pretendiendo un cargo, y está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de sal con él; y con ser de la calidad y nobleza que os he refe rido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciend con todo eso quisiera ser un gran señor para levantar mi grandeza la humildad de Preciosa, haciéndola m igual y mi señora: yo no la pretendo para burlalla, ni e las véras del amor que la tengo puede caber género d burla alguna: solo quiero servirla del modo que ell mas gustare: su voluntad es la mia; pero con ella es d cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere, para conservarlo y guardarlo, no será como impreso e cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza s opone á la duracion de los tiempos: si creeis esta verdad, no admitirá ningun desmayo mi esperanza; per si no me creeis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda: mi nombre es este, y díjoselo: el de mi padre ya os le he dicho: la casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas: vecinos tiene de quien podréis informaros, y aun de los que no son vecinos tambien; que no es tan escura la calidad y el nombre de mi padre, y el mio, que no le sepan en los patios de Palacio, y aun en toda la corte: cien escudos traigo aquí en oro para daros en árras y señal de lo que pienso daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma. En tanto que el caballero esto decia, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le debieron de parecer mal ni sus razones ni su talle; y volviéndose á la vieja, le

jo: Perdóneme, abuela, de que me tome licencia para responder á este tan enamorado señor. Responde lo que quisieres, nieta, respondió la vieja, que yo sé que tienes discrecion para todo. Y Preciosa dijo: Yo, señor caballero, aunque soy jitana, pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espiritillo fantástico acá dentro, que á grandes cosas me lleva: á mí ni me mueven promesas, ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas: y aunque de quince años (que segun la cuenta de mi abuela para este San Miguel los haré), soy ya vieja en los pensamientos, y alcanzo mas de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia; pero con lo uno ó con lo otro sé que las pasiones amorosas en los recien enamorados son como ímpetus indiscretos que hacen salir á la voluntad de sus quicios, la cual atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres: si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesion de la cosa deseada, y quizá abriéndose entónces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aborrezca lo que ántes se adoraba: este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudo: una sola joya tengo, que la estimo en mas que á la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender á precio de promesas ni dádivas, porque en fin será vendida, y si puede ser comprada, será de muy poca estima: ni me la han de llevar trazas ni embelecos, ántes pienso irme con ella á la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan ó manoseen: flor es la de la virginidad que á ser posible aun con la imaginacion no habia de dejar ofenderse: cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Este la toca, aquel la huele, el otro la deshoja, y finalmente, entre las manos rústicas se deshace: si vos, señor, por sola esta prenda venis, no la habeis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser á este santo yugo, que entónces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen: si quisiéredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero: primero tengo de saber si sois el que decis: luego, hallando esta verdad, habeis de dejar la casa de vuestros padres y la habeis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el traje de jitano, habeis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condicion, y vos de la mia: al cabo del cual, si vos os contentades de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entónces tengo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra esclava en serviros: y habeis de considerar que en el tiempo deste noviciado podria ser que cobrásedes la vista, que agora debeis de tener perdida, ó por lo ménos turbada, y viésedes que os convenía huir de lo que agora seguis con tanto ahinco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa: si con estas condiciones quereis entrar á ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna dellas, no habeis de tocar un dedo de la mia.

Pasmóse el mozo á las razones de Preciosa, y púsose como embelesado mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que de responder debia. Viendo lo cual Preciosa, tornó á decirle: No es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse: volvéos, señor, á la villa, y considerad despacio la que viéredes que mas os convenga, y en este mismo lugar me podeis hablar todas las fiestas que quisiéredes, al ir ó venir de Madrid. A lo cual respondió el gentil hombre: Cuando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mia, determiné de hacer por tí cuanto tu voluntad acertase á pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habias de pedir lo que me pides; pero pues es tu gusto, que el mio al tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por jitano desde luego, y haz de mí todas las experiencias que mas quisieres, que siempre me has de hallar el mismo que ahora te sinifico: mira cuándo quieres que mude el traje, que yo queria que fuese luego, que con ocasion de ir á Flándes engañaré á mis padres, y sacaré dineros para gastar algunos dias, y serán hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida: á los que fueren conmigo, yo los sabré engañar de modo que salga con mi determinacion; lo que te pido es, si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo, que si no es hoy donde te puedes informar de mi calidad y de la de mis padres, que no vayas mas á Madrid, porque no querria que algunas de las demasiadas ocasiones que allí pueden ofrecerse, me salteasen la buena ventura que tanto me cuesta. Eso no, señor galan, respondió Preciosa: sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos; y entienda que no la tomaré tan demasiada que no se eche de ver desde bien léjos, que llega mi honestidad á mi desenvoltura; y en el primero cargo en que quiero enteraros, es en el de la confianza que habeis de hacer de mí: y mirad que los amantes que entran pidiendo celos, ó son simples ó confiados. Satanas tienes en tu pecho, muchacha, dijo á esta sazon la jitana vieja: mira que dices cosas, que no las dirá un colegial de Salamanca: tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas: ¿cómo es esto? que me tienes loca, y te estoy escuchando como á una persona espiritada, que habla latin sin saberlo. Calle, abuela, respondió Preciosa, y sepa que todas las cosas que me oye son monadas, y son de burlas para las muchas que de mas véras me quedan en el pecho. Todo cuanto Preciosa decia, y toda la discrecion que mostraba, era añadir leña al fuego que ardia en el pecho del enamorado caballero. Finalmente, quedaron en que de allí a ocho dias se verian en aquel mismo lugar, donde él vendria á dar cuenta del término en que sus negocios estaban, y ellas habrian tenido tiempo de informarse de la verdad que les habia dicho. Sacó el mozo una bolsilla de brocado, donde dijo que iban cien escudos de oro, y dióselos á la vieja; pero no queria Preciosa que los tomase en ninguna manera, á quien la jitana dijo: Calla, niña, que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es haber entregado las armas en señal de rendimiento; y el dar, en cualquiera ocasion que sea, siempre fué indicio de generoso pecho; y acuérdate de aquel refran que dice: al cielo rogando, y con el mazo dando; y mas, que no quiero yo que por mí pierdan las jitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas: ¿cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa, que pueden andar cosidos en el alforza de una saya

que no valga dos reales, y tenerlos allí como quien tiene un juro sobre las yerbas de Extremadura? Si alguno de nuestros hijos, nietos ó parientes cayere por alguna desgracia en manos de la justicia, ¿habrá favor tan bueno que llegue á la oreja del juez y del escribano, como estos escudos, si llegan á sus bolsas? Tres veces por tres delitos diferentes me he visto casi puesta en el asno, para ser azotada; y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra cuarenta reales de á ocho, que habia trocado por cuartos, dando veinte reales mas por el cambio: mira, niña, que andamos en oficio muy peligroso y lleno de tropiezos y de ocasiones forzosas, y no hay defensas que mas presto nos amparen y socorran, como las armas invencibles del gran Filipo: no hay pasar adelante de su *plus ultra*: por un doblon de dos caras se nos muestra alegre la triste del procurador y de todos los ministros de la muerte, que son arpías de nosotras las pobres jitanas, y mas precian pelarnos y desollarnos á nosotras, que á un salteador de caminos: jamas por mas rotas y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres, que dicen que somos como los jubones de los gabachos de Belmonte, rotos y grasientos, y llenos de doblones. Por vida suya, abuela, que no diga mas, que lleva término de alegar tantas leyes en favor de quedarse con el dinero, que agote las de los emperadores: quédese con ellos, y buen provecho le hagan, y plega á Dios que los entierre en sepultura donde jamas tornen á ver la claridad del sol, ni haya necesidad que le vean: á estas nuestras compañeras será forzoso darles algo, que ha mucho que nos esperan, y ya deben estar enfadadas. Así verán ellas, replicó la vieja, moneda destas, como ven al turco agora: ese buen señor verá si le ha quedado alguna moneda de plata, ó cuartos, y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas. Sí traigo, dijo el galan, y sacó de la faldriquera tres reales de á ocho, que repartió entre las tres jitanillas, con que quedaron mas alegres y mas satisfechas, que suele quedar un autor de comedias cuando en competencia de otro le suelen retular por las esquinas, *victor, victor*. En resolucion concertaron, como se ha dicho, la venida de allí á ocho dias, y que se habia de llamar cuando fuese jitano Andres Caballero, porque tambien habia jitanos entre ellos deste apellido. No tuvo atrevimiento Andres, que así le llamarémos de aquí adelante, de abrazar á Preciosa, ántes enviándole con la vista el alma, sin ella, si así decirse puede, las dejó, y se entró en Madrid, y ellas contentísimas hicieron lo mismo. Preciosa, algo aficionada, mas con benevolencia que con amor, de la gallarda disposicion de Andres, ya deseaba informarse si era el que habia dicho: entró en Madrid, y á pocas calles andadas encontró con el paje poeta de las coplas y el escudo: y cuando él la vió, se llegó á ella diciendo: Vengas en buen hora, Preciosa; ¿leiste por ventura las coplas que te dí el otro dia? á lo que Preciosa respondió: Primero que le responda palabra, me ha de decir una verdad, por vida de lo que mas quiere. Conjuro es ese, respondió el paje, que aunque el decirla me costase la vida, no la negaré en ninguna manera. Pues la verdad que quiero que me diga, dijo Preciosa, es, si por ventura es poeta. A serlo, replicó el paje, forzosamente habia de ser por ventura; pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen, y así yo no lo soy, sino un aficionado á la poesía: y para lo

que he menester, no voy á pedir ni buscar versos
los que te di son mios, y estos que te doy agor
bien, mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera
malo es ser poeta? replicó Preciosa. No es malo,
paje; pero el ser poeta á solas no lo tengo por mu
no: hase de usar de la poesía, como de una joya
sísima, cuyo dueño no la trae cada dia, ni la mu
todas gentes, ni á cada paso, sino cuando conv
sea razon que la muestre: la poesía es una be
doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retir
que se contiene en los limites de la discrecion ma
es amiga de la soledad, las fuentes la entretiene
prados la consuelan, los árboles la desenojan, las
la alegran; y finalmente, deleita y enseña á cuant
ella comunican. Con todo eso, respondió Precio
oido decir que es pobrísima, y que tiene algo de
diga. Antes es al reves, dijo el paje, porque n
poeta que no sea rico, pues todos viven content
su estado: filosofía que alcanzan pocos. Pero ¿qué
movido, Preciosa, á hacer esta pregunta? Hame m
respondió Preciosa, porque como yo tengo á tod
los mas poetas por pobres, causóme maravilla aqu
cudo de oro, que me distes entre vuestros verso
vuelto: mas agora que sé que no sois poeta, sino a
nado de la poesía, podria ser que fuésedes rico, au
lo dudo, á causa de que por aquella parte que os to
hacer coplas, se ha de desaguar cuanta hacienda tu
redes; que no hay poeta, segun dicen, que sepa
servar la hacienda que tiene, ni granjear la que no ti
Pues yo no soy desos, replicó el paje; versos hago,
soy rico, ni pobre: y sin sentirlo ni descontarlo, c
hacen los jinoveses sus convites, bien puedo dar
escudo, y dos á quien yo quisiere: tomad, Preciosa
la, este segundo papel, y este escudo segundo que v
él, sin que os pongais á pensar si soy poeta, ó no:
quiero que penseis y creais que quien os da esto, qui
ra tener para daros las riquezas de Midas: y en esto le
un papel, y tentándole Preciosa halló que dentro ven
escudo, y dijo: Este papel ha de vivir muchos años,
que trae dos almas consigo; una la del escudo, y ot
de los versos, que siempre vienen llenos de almas
corazones; pero sepa el señor paje que no quiero
tas almas conmigo, y si no saca la una, no haya mi
que reciba la otra: por poeta le quiero, y no por
voso, y desta manera tendrémos amistad que dure;
mas aina puede faltar un escudo por fuerte que
que la hechura de un romance. Pues así es, r
el paje, que quieres, Preciosa, que yo sea pobr
fuerza, no deseches el alma que en ese papel te e
y vuélveme el escudo, que como le toques con la m
le tendré por reliquia miéntras la vida me durare.
Preciosa el escudo del papel, y quedóse con el pap
no le quiso leer en la calle. El paje se despidió y s
contentísimo, creyendo que ya Preciosa quedaba
dida, pues con tanta afabilidad le habia hablado.
mo ella llevaba puesta la mira en buscar la casa de
dre de Andres, sin querer detenerse á bailar en nin
parte, en poco espacio se puso en la calle do estaba
ella muy bien sabia: y habiendo andado hasta la mi
alzó los ojos á unos balcones de hierro dorados, qu
habian dado por señas, y vió en ella á un caballero de
edad de cincuenta años, con un hábito de cruz colo
en los pechos, de venerable gravedad y presencia

cual apénas tambien hubo visto la Jitanilla, cuando dijo: Sabed, niñas, que aquí os darán limosna. A esta voz acudieron al balcon otros tres caballeros, y entre ellos vino el enamorado Andres, que cuando vió á Preciosa perdió la color, y estuvo á punto de perder los sentidos: tanto fué el sobresalto que recibió con su vista. Subieron las jitanillas todas, sino la grande que se quedó abajo para informarse de los criados de las verdades de Andres. Al entrar las jitanillas en la sala, estaba diciendo el caballero anciano á los demas: Esta debe de ser sin duda la Jitanilla hermosa, que dicen que anda por Madrid. Ella es, replicó Andres, y sin duda es la mas hermosa criatura que se ha visto. Así lo dicen, dijo Preciosa (que lo oyó todo en entrando); pero en verdad que se deben de engañar en la mitad del justo precio: bonita, bien creo que lo soy, pero tan hermosa como dicen, ni por pienso. Por vida de D. Juanico mi hijo, dijo el anciano, que aun sois mas hermosa de lo que dicen, linda jitana. Y ¿quién es D. Juanico su hijo? preguntó Preciosa. Ese galan que está á vuestro lado, respondió el caballero. En verdad que pensé, dijo Preciosa, que juraba vuesa merced por algun niño de dos años: mirad qué D. Juanico, y qué brinco. A mi verdad que pudiera ya estar casado, y que segun tiene unas rayas en la frente, no pasarán tres años sin que lo esté, y muy á su gusto, si es que desde aquí allá no se le pierde, ó se le trueca. Basta, dijo uno de los presentes: ¿qué sabe la Jitanilla de rayas? En esto las jitanillas que iban con Preciosa, todas tres se arrimaron á un rincon de la sala, y cosiéndose las bocas unas con otras, se juntaron por no ser oidas. Dijo la Cristina: Muchachas, este es el caballero que nos dió esta mañana los tres reales de á ocho. Así es la verdad, respondieron ellas; pero no se lo mentemos, ni le digamos nada si él no nos lo mienta: ¿qué sabemos si quiere encubrirse? En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa á lo de las rayas: Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adevino: yo sé del señor D. Juanico, sin rayas, que es algo enamoradizo, impetuoso y acelerado, y gran prometedor de cosas que parecen imposibles; y plegue á Dios que no sea mentirosito, que sería lo peor de todo: un viaje ha de hacer agora muy léjos de aquí, y uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla: el hombre pone, y Dios dispone: quizá pensará que va á Oñez, y dará en Gamboa. A esto respondió D. Juan: En verdad, jitanica, que has acertado en muchas cosas de mi condicion; pero en lo de ser mentiroso vas muy fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento: en lo del viaje largo has acertado, pues sin duda siendo Dios servido, dentro de cuatro ó cinco dias me partiré á Flándes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino y no querria que en él me sucediese algun desman que lo estorbase. Calle, señorito, respondió Preciosa, y encomiéndese á Dios, que todo se hará bien; y sepa que yo no sé nada de lo que digo; y no es maravilla, que como hablo mucho y á bulto, acierte en alguna cosa, y yo querria acertar en persuadirte á que no te partieses, sino que sosegases el pecho, y te estuvieses con tus padres para darles buena vejez, porque no estoy bien con estas idas y venidas á Flándes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya: déjate crecer un poco para que puedas llevar los trabajos de la guerra, cuanto mas que harta guerra tienes en tu casa, hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho: sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que haces primero que te cases, y danos una limosnita por Dios, y por quien tú eres; que en verdad que creo que eres bien nacido; y si á esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en cuanto te he dicho. Otra vez te he dicho, niña, respondió el D. Juan, que habia de ser Andres Caballero, que en todo aciertas, sino en el temor que tienes, que no debo de ser muy verdadero, que en esto te engañas sin alguna duda: la palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad, y adonde quiera, sin serme pedida; pues no se puede preciar de caballero quien toca en el vicio de mentiroso: mi padre te dará limosna por Dios y por mí, que en verdad que esta mañana di cuanto tenia á unas damas, que á ser tan lisonjeras como hermosas, especialmente una dellas, no me arriendo la ganancia. Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez, dijo á las demas jitanas: ¡Ay, niñas! que me maten si no lo dice por los tres reales de á ocho que nos dió esta mañana. No es así, respondió una de las dos, porque dijo que eran damas, y nosotras no lo somos: y siendo él tan verdadero como dice, no habia de mentir en esto. No es mentira de tanta consideracion, respondió Cristina, la que se dice sin perjuicio de nadie y en provecho y crédito del que la dice; pero con todo esto, veo no nos da nada, ni nos manda bailar. Subió en esto la jitana vieja, y dijo: Nieta, acaba, que es tarde, y hay mucho que hacer y mas que decir. Y ¿qué hay, abuela, preguntó Preciosa, hay hijo ó hija? Hijo, y muy lindo, respondió la vieja: ven, Preciosa, y oirás verdaderas maravillas. Plega á Dios que no muera de sobreparto, dijo Preciosa. Todo se mirará muy bien, replicó la vieja, cuanto mas que hasta aquí todo ha sido parto derecho, y el infante es como un oro. ¿Ha parido alguna señora? preguntó el padre de Andres Caballero: Sí, señor, respondió la jitana; pero ha sido el parto tan secreto, que le sabe sino Preciosa, y yo, y otra persona; y así no podemos decir quién es. Ni aquí lo queremos saber, dijo uno de los presentes; pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita su secreto y en vuestra ayuda pone su honra. No todas somos malas, respondió Preciosa: quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta, y de verdadera, tanto cuanto el hombre mas estirado que hay en esta sala: y vámonos, abuela, que aquí nos tienen en poco; pues en verdad que no somos ladronas, ni rogamos á nadie. No os enojeis, Preciosa, dijo el padre, que á lo ménos de vos imagino que no se puede presumir cosa mala; que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras: por vida de Preciosita, que baileis un poco con vuestras compañeras, que aquí tengo un doblon de oro de á dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos reyes. Apénas hubo oido esto la vieja, cuando dijo: Ea, niñas, haldas en cinta, y dad contento á estos señores. Tomó las sonajas Preciosa, y dieron sus vueltas, hicieron y deshicieron todos sus lazos con tanto donaire y desenvoltura, que tras los piés se llevaban los ojos de cuantos las miraban, especialmente los de Andres, que así se iban entre los piés de Preciosa, como si allí tuvieran el centro de su gloria; pero turbósela la suerte de manera que se la volvió en infierno; y fué el caso que en la fuga del baile se le cayó á Preciosa el papel que le habia dado el paje, y apénas hubo caido cuando le alzó

el que no tenia buen concepto de las jitanas, y abriéndole al punto dijo: Bueno, sonetico tenemos, cese el baile, y escúchenle, que segun el primer verso, en verdad que no es nada necio. Pesóle á Preciosa, por no saber lo que en él venía, y rogó que no le leyesen y que se le volviesen, y todo el ahinco que en esto ponia, eran espuelas que apremiaban el deseo de Andres para oirle. Finalmente, el caballero le leyó en alta voz, y era este.

Cuando Preciosa el panderete toca,
Y hiere el dulce son los aires vanos,
Perlas son que derrama con las manos,
Flores son que despide de la boca:
Suspensa el alma, y la cordura loca
Queda á los dulces actos sobrehumanos,
Que de limpios, de honestos y de sanos
Su fama al cielo levantado toca.
Colgadas del menor de sus cabellos
Mil almas lleva, y á sus plantas tiene
Amor rendidas una y otra flecha:
Ciega, y alumbra con sus soles bellos,
Su imperio amor por ellos le mantiene,
Y aun mas grandezas de su sér sospecha.

Por Dios, dijo el que leyó el soneto, que tiene donaire el poeta que le escribió. No es poeta, señor, sino un paje muy galan y muy hombre de bien, dijo Preciosa. Mirad lo que habeis dicho, Preciosa, y lo que vais á decir, que esas no son alabanzas del paje, sino lanzas que traspasan el corazon de Andres que las escucha: ¿quereislo ver, niña? pues volved los ojos y veréisle desmayado encima de la silla con un trasudor de muerte; no penseis, doncella, que os ama tan de burlas Andres, que no le hiera y sobresalte el menor de vuestros descuidos: llegáos á él enhorabuena, y decilde algunas palabras al oido que vayan derechas al corazon, y le vuelvan de su desmayo: no, sino andáos á traer sonetos cada dia en vuestra alabanza, y veréis cuál os le ponen. Todo esto pasó así como se ha dicho, que Andres en oyendo el soneto, mil celosas imaginaciones le sobresaltaron; no se desmayó, pero perdió la color de manera que viéndole su padre, le dijo: ¿Qué tienes, D. Juan, que parece que te vas á desmayar, segun se te ha mudado el color? Espérense, dijo á esta sazon Preciosa, déjenmele decir unas ciertas palabras al oído, y verán cómo no se desmaya: y llegándose á él le dijo casi sin mover los labios: ¡Gentil ánimo para jitano! ¿cómo podréis, Andres, sufrir el tormento de toca, pues no podeis llevar el de un papel? y haciéndole media docena de cruces sobre el corazon, se apartó dél; y entónces Andres respiró un poco, y dió á entender que las palabras de Preciosa le habian aprovechado. Finalmente, el doblon de dos caras se le dieron a Preciosa; y ella dijo á sus compañeras que le trocaria y repartiria con ellas hidalgamente. El padre de Andres le dijo que le dejase por escrito las palabras que habia dicho á D. Juan, que las queria saber en todo caso. Ella dijo que las diria de muy buena gana, y que entendiesen que aunque parecian cosa de burla, tenian gracia especial para preservar del mal el corazon y los vaguidos de cabeza, y que las palabras eran:

Cabecita, cabecita,
Tente en ti, no te resbales,
Y apareja dos puntales
De la paciencia bendita.
Solicita
La bonita
Confiancita,
No te inclines
A pensamientos ruines,
Verás cosas
Que toquen en milagrosas,
Dios delante
Y San Cristóbal gigante.

Con la mitad destas palabras que le digan, y con seis cruces que le hagan sobre el corazon á la persona que tuviere vaguidos de cabeza, dijo Preciosa, quedará como una manzana. Cuando la jitana vieja oyó el ensalmo y el embuste, quedó pasmada, y mas lo quedó Andres que vió que todo era invencion de su agudo ingenio. Quedáronse con el soneto, porque no quiso pedirle Preciosa, por no dar otro tártago á Andres que ya sabia ella sin ser enseñada lo que era dar sustos, martelos y sobresaltos celosos á los rendidos amantes. Despidiéronse las jitanas, y al irse dijo Preciosa á D. Juan: Mire, señor, cualquiera dia de esta semana es próspero para partidas, y ninguno es aciago; apresure el irse lo mas presto que pudiere, que le aguarda una vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere acomodarse á ella. No es tan libre la del soldado, á mi parecer, respondió D. Juan, que no tenga mas de sujecion que de libertad; pero con todo esto haré como viere. Mas veréis de lo que pensais, respondió Preciosa, y Dios os lleve y traiga con bien como vuestra buena presencia merece. Con estas últimas palabras quedó contento Andres, y las jitanas se fuéron contentísimas: trocaron el doblon, repartiéronle entre todas igualmente, aunque la vieja guardiana llevaba siempre parte y media de lo que se juntaba, así por la mayoridad, como por ser ella el aguja por quien se guiaban en el maremagno de sus bailes, donaires, y aun de sus embustes.

Llegóse en fin el dia que Andres Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento sobre una mula de alquiler, sin criado alguno; halló en él á Preciosa y á su abuela, de las cuales conocido, le recibieron con mucho gusto. El les dijo que le guiasen al rancho ántes que entrase el dia, y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen: ellas, que como advertidas vinieron solas, dieron la vuelta, y de allí á poco rato llegaron á sus barracas: entró Andres en una, que era la mayor del rancho, y luego acudieron á verle diez ó doce jitanos, todos mozos y todos gallardos y bien hechos, á quien ya la vieja habia dado cuenta del nuevo compañero que les habia de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto, que como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad nunca vista: echaron luego ojo á la mula, y dijo uno dellos: Esta se podrá vender el juéves en Toledo. Eso no, dijo Andres, porque no hay mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que trajinan por España. Par Dios, señor Andres, dijo uno de los jitanos, que aunque la mula tuviera mas señales que las que han de preceder al dia tremendo, aquí la transformarémos de manera que no la conociera la madre que la parió, ni el dueño que la ha criado. Con todo eso, respondió Andres, por esta vez se ha de seguir y tomar el parecer mio: á esta mula se le ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde aun los huesos no parezcan. Pecado grande, dijo otro jitano: ¿á una inocente se ha de quitar la vida? no diga tal el buen Andres, sino haga una cosa: mírela bien agora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria, y déjenmela llevar á mí, y si de aquí á dos horas la conociere, que me lardeen como á negro fugitivo. En ninguna manera consentiré, dijo Andres, que la mula no muera, aunque mas me aseguren su transformacion; yo temo ser descubierto, si á ella no la cubre la tierra: y si se hace por el provecho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo á esta cofradía que no pueda pagar de entrada mas de lo que valen cuatro mulas. Pues así lo quiere el señor Andres

…llero, dijo otro jitano, muera la sin culpa, y Dios sabe si me pesa así por su mocedad, pues aun no ha cerrado, cosa no usada entre mulas de alquiler, como porque debe ser andariega, pues no tiene costras en las ijadas, ni llagas de la espuela. Dilatóse su muerte hasta la noche, y en lo que quedaba de aquel dia se hicieron las ceremonias de la entrada de Andres á ser jitano, que fueron: desembarazaron luego un rancho de los mejores del aduar, y adornáronle de ramos y juncia, y sentándose Andres sobre un medio alcornoque, pusiéronle en las manos un martillo y unas tenazas, y al son de dos guitarras que dos jitanos tañian, le hicieron dar dos cabriolas: luego le desnudaron un brazo, y con una cinta de seda nueva y un garrote le dieron dos vueltas blandamente. A todo se halló presente Preciosa y otras muchas jitanas viejas y mozas, que las unas con maravilla, otras con amor le miraban: tal era la gallarda disposicion de Andres que hasta los jitanos le quedaron aficionadísimos. Hechas pues las referidas ceremonias, un jitano viejo tomó por la mano á Preciosa, y puesto delante de Andres, dijo: Esta muchacha, que es la flor, y la nata de toda la hermosura de las jitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ya por esposa, ó ya por amiga, que en esto puedes hacer lo que fuere mas de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta á melindres ni á muchas ceremonias: mírala bien, y mira si te agrada, ó si ves en ella alguna cosa que te descontente, y si la ves, escoge entre las doncellas que aquí están la que mas te contentare, que la que escogieres te darémos; pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra, ni te has de empachar ni entremeter ni con las casadas, ni con las doncellas: nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro; libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos: entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningun adulterio; y cuando le hay en la mujer propia, ó alguna bellaquería en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas: con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte: con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya he dicho, vivimos seguros: pocas cosas tenemos que no sean comunes á todos, excepto la mujer ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte: el que quisiere puede dejar la mujer vieja como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años: con estas y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres: somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los rios: los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles frutas, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los rios peces, y los vedados caza, sombras las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas: para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos y hachas los relámpagos: para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas: el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnes impenetrable que nos defiende: á nuestra lijereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes: á nuestro ánimo no le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros: del sí al no, no hacemos diferencia cuando nos conviene; siempre nos preciamos mas de mártires que de confesores: para nosotros se crian las bestias de carga en los campos, y se cortan las faldriqueras en las ciudades: no hay águila, ni ninguna otra ave de rapiña que mas presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algun interes nos señalen: y finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen; porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de dia trabajamos, y de noche hurtamos, y por mejor decir avisamos que nadie viva descuidado de mirar donde pone su hacienda: no nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambicion del acrecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores: por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos: por cuadros y paises de Flándes los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques que á cada paso á los ojos se nos muestran: somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del dia y las que son de la noche: vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra, y luego tras ella el sol, *dorando cumbres* (como dijo el otro poeta) *y rizando montes*: ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca: un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, á la esterilidad que á la abundancia: en conclusion, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refran: iglesia, ó mar, ó casa real, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos: todo esto os he dicho, generoso mancebo, porque no ignoreis la vida á que habeis venido, y el trato que habeis de profesar, el cual os he pintado aquí en borron; que otras muchas é infinitas cosas iréis descubriendo en él con el tiempo, no ménos dignas de consideracion, que la que habeis oido. Calló en diciendo esto el elocuente viejo jitano, y el novicio dijo, que se holgaba mucho de haber sabido tan loables estatutos, y que él pensaba hacer profesion en aquella órden tan puesta en razon y en políticos fundamentos, y que solo le pesaba no haber venido mas presto en conocimiento de tan alegre vida, y que desde aquel punto renunciaba la profesion de caballero y la vanagloria de su ilustre linaje, y lo ponia todo debajo del yugo, ó por mejor decir, debajo de las leyes con que ellos vivian, pues con tan alta recompensa le satisfacian el deseo de servirlos, entregándole á la divina Preciosa, por quien él dejaria coronas é imperios, y solo los desearia para servirla. A lo cual respondió Preciosa: Puesto que estos señores legisladores han hallado por sus leyes que soy tuya, y que por tuya te me han entregado, yo he hallado por la ley de mi voluntad, que es la mas fuerte de todas, que no quiero serlo sino es con las condiciones que ántes que aquí vinieses entre los dos concertamos:

dos años has de vivir en nuestra compañía primero que de la mia goces, porque tú no te arrepientas por lijero, ni yo quede engañada por presurosa: condiciones rompen leyes; las que te he puesto sabes, si las quisieres guardar, podrá ser que sea tuya y tú seas mio; y donde no, aun no es muerta la mula, tus vestidos están enteros, y de tu dinero no te falta un ardite: la ausencia que has hecho no ha sido aun de un dia, que de lo que dél falta te puedes servir y dar lugar que consideres lo que mas te conviene: estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo, pero no mi alma, que es libre, y nació libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere: si te quedas, te estimaré en mucho; si te vuelves, no te tendré en ménos, porque á mi parecer los ímpetus amorosos corren á rienda suelta hasta que encuentran con la razon ó con el desengaño: y no querria yo que fueses tú para conmigo como es el cazador, que en alcanzando la liebre que sigue, la coge, y la deja por correr tras otra que le huye: ojos hay engañados que á la primera vista tan bien les parece el oropel como el oro, pero á poco rato bien conocen la diferencia que hay de lo fino á lo falso: esta mi hermosura, que tú dices que tengo, que la estimas sobre el sol y la encareces sobre el oro, ¿qué sé yo si de cerca te parecerá sombra, y tocada caerás en que es de alquimia? Dos años te doy de tiempo para que tantees y ponderes lo que será bien que escojas, ó qué será justo que deseches: que la prenda que una vez comprada, nadie se puede deshacer de ella sino con la muerte, bien es que haya tiempo y mucho para miralla, y miralla, y ver en ella las faltas ó las virtudes que tiene; que yo no me rijo por la bárbara é insolente licencia que estos mis parientes se han tomado de dejar las mujeres, ó castigarlas cuando se les antoja: y como yo no pienso hacer cosa que llame al castigo, no quiero tomar compañía que por su gusto me deseche. Tienes razon, ó Preciosa, dijo á este punto Andres; y así si quieres que asegure tus temores, y menoscabe tus sospechas jurándote que no saldré un punto de las órdenes que me pusieres, mira qué juramento quieres que haga, ó qué otra seguridad puedo darte; que á todo me hallarás dispuesto. Los juramentos y promesas que hace el cautivo porque le dén libertad, pocas veces se cumplen con ella, dijo Preciosa; y así son segun pienso los del amante, que por conseguir su deseo prometerá las alas de Mercurio, y los rayos de Júpiter, como me prometió á mí un cierto poeta, y juraba por la laguna Estigia: no quiero juramentos, señor Andres, ni quiero promesas; solo quiero remitirlo todo á la experiencia deste noviciado, y á mí se me quedará el cargo de guardarme, cuando vos le tuviéredes de ofenderme. Sea así, respondió Andres: sola una cosa pido á estos señores y compañeros mios, y es que no me fuercen á que hurte ninguna cosa por tiempo de un mes siquiera, porque me parece que no he de acertar á ser ladron, si ántes no preceden muchas liciones. Calla, hijo, dijo el jitano viejo, que aquí te industriarémos de manera que salgas un águila en el oficio, y cuando le sepas has de gustar dél, de modo que te comas las manos tras él: ¿ya es cosa de burla salir de vacío por la mañana, y volver cargado á la noche al rancho? De azotes he visto yo volver algunos deses vacíos, dijo Andres. No se toman truchas, etc., replicó el viejo: todas las cosas desta vida están sujetas á diversos peligros; y las acciones del ladron al de las galeras, azotes y horca; pero no porque corra un navío tormenta ó se anegue, han de dejar los otros de navegar: bueno sería que porque la guerra come los hombres y los caballos, dejase de haber soldados: cuanto mas, que el ser azotado por justicia, entre nosotros es tener un hábito en las espaldas, que le parece mejor que si le trujese en los pechos, y de los buenos el toque está no acabar acoceando el aire en la flor de nuestra juventud, y á los primeros delitos; que el mosqueo de las espaldas, ni el apalear el agua en las galeras no lo estimamos en un cacao. Hijo Andres, reposad ahora en el nido debajo de nuestras alas, que á su tiempo os sacarémos á volar, y en parte donde no volvais sin presa: y lo dicho dicho, que os habeis de lamer los dedos tras cada hurto. Pues para recompensar, dijo Andres, lo que yo podia hurtar en este tiempo que se me da de venia, quiero repartir docientos escudos de oro entre todos los del rancho. Apénas hubo dicho esto, cuando arremetieron á él muchos jitanos, y levantándole en los brazos y sobre los hombros, le cantaban el victor, victor, el grande Andres, añadiendo: Y viva, viva Preciosa, amada prenda suya. Las jitanas hicieron lo mismo con Preciosa, no sin envidia de Cristina y de otras jitanillas que se hallaron presentes; que la envidia tan bien se aloja en los aduares de los bárbaros y en las chozas de los pastores, como en palacios de príncipes; y esto de ver medrar al vecino, que me parece que no tiene mas merecimiento que yo, fatiga. Hecho esto, comieron lautamente, repartióse el dinero prometido con equidad y justicia, renováronse las alabanzas de Andres, y subieron al cielo la hermosura de Preciosa. Llegó la noche, acocotaron la mula, y enterráronla de modo que quedó seguro Andres de ser por ella descubierto: y tambien enterraron con ella sus alhajas, como fuéron silla, freno y cinchas, á uso de los indios que sepultan con ellos sus mas ricas preseas. De todo lo que habia visto y y oido, y de los ingenios de los jitanos quedó admirado Andres, y con propósito de seguir y conseguir su empresa, sin entremeterse nada en sus costumbres, ó á lo ménos excusarlo por todas las vias que pudiese, pensando exentarse de la jurisdiccion de obedecerlos en las cosas injustas que le mandasen, á costa de su dinero. Otro dia les rogó Andres que mudasen de sitio, y se alejasen de Madrid, porque temia ser conocido si allí estaba: ellos dijeron que ya tenian determinado irse á los montes de Toledo, y desde allí correr y garramar toda la tierra circunvecina. Levantaron pues el rancho, y diéronle á Andres una pollina en que fuese; pero él no la quiso, sino irse á pié, sirviendo de lacayo á Preciosa que sobre otra iba: ella contentísima de ver cómo triunfaba de su gallardo escudero, y él ni mas ni ménos de ver junto á sí á la que habia hecho señora de su albedrío. ¡Oh poderosa fuerza deste que llaman dulce dios de la amargura (título que le ha dado la ociosidad y el descaido nuestro), y con qué véras nos avasalla! ¡Y cuán sin respeto nos tratas! Caballero es Andres, y mozo, y de muy buen entendimiento, criado casi toda su vida en la corte, y con el regalo de sus ricos padres: y desde ayer acá ha hecho tal mudanza, que engañó á sus criados y sus amigos, defraudó las esperanzas que sus padres en él tenian, dejó el camino de Flándes donde habia de ejercitar el valor de su persona y acrecentar la honra de su linaje, y se vino á postrar á los piés de una muchacha y á ser su lacayo, que puesto que hermosísima,

vuelto en jitano: privilegio de la hermosura, que trae al redopelo y por la melena á sus piés á la voluntad mas esenta.

De allí á cuatro dias llegaron á una aldea dos leguas de Toledo, donde asentaron su aduar, dando primero algunas prendas de plata al alcalde del pueblo en fianzas de que en él ni en todo su término no hurtarian ninguna cosa. Hecho esto, todas las jitanas viejas, algunas mozas y los jitanos se esparcieron por todos los lugares, ó á lo ménos apartados por cuatro ó cinco leguas de aquel donde habian asentado su real. Fué con ellos Andres á tomar la primera licion de ladron; pero aunque le dieron muchas en aquella salida, ninguna se le asentó, ántes correspondiendo á su buena sangre, con cada hurto que sus maestros hacian se le arrancaba el alma, y tal vez hubo que pagó de su dinero los hurtos que sus compañeros habian hecho, conmovido de las lágrimas de sus dueños: de lo cual los jitanos se desesperaban, diciéndole que era contravenir á sus estatutos y ordenanzas, que prohibian la entrada á la caridad en sus pechos, la cual en tiniéndola, habian de dejar de ser ladrones, cosa que no les estaba bien en ninguna manera. Viendo pues esto Andres, dijo que él queria hurtar por sí solo, sin ir en compañía de nadie; porque para huir del peligro tenia lijereza, y para acometelle no le faltaba el ánimo: así que el premio, ó el castigo de lo que hurtase, queria que fuese solo suyo. Procuraron los jitanos disuadirle deste propósito, diciéndole que le podrian suceder ocasiones, donde fuese necesaria la compañía, así para acometer como para defenderse; y que una persona sola no podia hacer grandes presas. Pero por mas que dijeron, Andres quiso ser ladron solo y señero, con intencion de apartarse de la cuadrilla y comprar por su dinero alguna cosa que pudiese decir que la habia hurtado, y deste modo cargar lo ménos que pudiese sobre su conciencia. Usando pues de esta industria, en ménos de un mes trujo mas provecho á la compañía que trujeron cuatro de los mas estirados ladrones della, de que no poco se holgaba Preciosa viendo á su tierno amante tan lindo y tan despejado ladron; pero con todo eso estaba temerosa de alguna desgracia, que no quisiera ella verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada á tenerle aquella buena voluntad por los muchos servicios y regalos que su Andres le hacia. Poco mas de un mes se estuvieron en los términos de Toledo, donde hicieron su agosto, aunque era por el mes de setiembre, y desde allí se entraron en Extremadura por ser tierra rica y caliente. Pasaba Andres con Preciosa honestos, discretos y enamorados coloquios, y ella poco á poco se iba enamorando de la discrecion y buen trato de su amante, y él del mismo modo; si pudiera crecer su amor, fuera creciendo: tal era la honestidad, discrecion y belleza de su Preciosa. A do quiera que llegaban, él se llevaba el precio y las apuestas de corredor, y de saltar mas que ninguno: jugaba á los bolos y á la pelota extremadamente, tiraba la barra con mucha fuerza y singular destreza: finalmente, en poco tiempo voló su fama por toda Extremadura, y no habia lugar donde no se hablase de la gallarda disposicion del jitano Andres Caballero, y de sus gracias y habilidades, y al par desta fama corria la de la hermosura de la Jitanilla, y no habia villa, lugar ni aldea donde no los llamasen para regocijar las fiestas votivas suyas, ó para otros particulares regocijos: desta manera iba el aduar rico, próspero y contento, y los amantes gozosos con solo mirarse.

Sucedió pues que teniendo el aduar entre unas encinas algo apartado del camino real, oyeron una noche casi á la mitad della ladrar sus perros con mucho ahinco y mas de lo que acostumbraban: salieron algunos jitanos, y con ellos Andres á ver á quién ladraban, y vieron que se defendia dellos un hombre vestido de blanco, á quien tenian dos perros asido de una pierna: llegaron, y quitáronle, y uno de los jitanos le dijo: ¿Quién diablos os trujo por aquí, hombre, á tales horas y tan fuera de camino? ¿venís á hurtar por ventura? porque en verdad que habeis llegado á buen puerto. No vengo á hurtar, respondió el mordido, ni sé si vengo ó no fuera de camino, aunque bien veo que vengo descaminado: pero decidme, señores, ¿está por aquí alguna venta ó lugar donde pueda recogerme esta noche, y curarme de las heridas que vuestros perros me han hecho? No hay lugar ni venta donde podamos encaminaros, respondió Andres; mas para curar vuestras heridas y alojaros esta noche no os faltará comodidad en nuestros ranchos; venios con nosotros, que aunque somos jitanos, no lo parecemos en la caridad. Dios la use con vosotros, respondió el hombre, y llevadme donde quisiéredes, que el dolor desta pierna me fatiga mucho. Llegóse á él Andres y otro jitano caritativo (que aun entre los demonios hay unos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno), y entre los dos le llevaron. Hacia la noche clara con luna, de manera que pudieron ver que el hombre era mozo, de gentil rostro y talle: venia vestido todo de lienzo blanco, y atravesada por las espaldas y ceñida á los pechos una como camisa ó talega de lienzo. Llegaron á la barraca ó toldo de Andres, y con presteza encendieron lumbre y luz, y acudió luego la abuela de Preciosa á curar el herido, de quien ya le habian dado cuenta; tomó algunos pelos de los perros, friólos en aceite y lavando primero con vino dos mordeduras que tenia en la pierna izquierda, le puso los pelos con el aceite en ellas, y encima un poco de romero verde mascado: lióselo muy bien con paños limpios, y santiguóle las heridas, y díjole: Dormid, amigo, que con el ayuda de Dios no será nada. En tanto que curaban al herido, estaba Preciosa delante, y estúvole mirando ahincadamente, y lo mismo hacia él á ella, de modo que Andres echó de ver en la atencion con que el mozo la miraba; pero echólo á que la mucha hermosura de Preciosa se llevaba tras sí los ojos. En resolucion, despues de curado el mozo, le dejaron solo sobre un lecho hecho de heno seco, y por entónces no quisieron preguntarle nada de su camino ni de otra cosa.

Apénas se apartaron dél cuando Preciosa llamó á Andres aparte, y le dijo: ¿Acuérdaste, Andres, de un papel que se me cayó en tu casa cuando bailaba con mis compañeras, que segun creo te dió un mal rato? Si acuerdo, respondió Andres, y era un soneto en tu alabanza, y no malo. Pues has de saber, Andres, replicó Preciosa, que el que hizo aquel soneto es ese mozo mordido que dejamos en la choza, y en ninguna manera me engaño, porque me habló en Madrid dos ó tres veces, y aun me dió un romance muy bueno: allí andaba á mi parecer como paje, mas no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algun príncipe: y en verdad te digo, Andres, que el mozo es discreto y bien razonado, y sobre-

manera honesto, y no sé qué pueda imaginar desta su venida y en tal traje. ¿Que puedes imaginar, Preciosa? respondió Andres; ninguna otra cosa, sino que la misma fuerza que á mí me ha hecho jitano, le ha hecho á él parecer molinero, y venir á buscarte. ¡Ah, Preciosa, Preciosa, y cómo se va descubriendo que te quieres preciar de tener mas de un rendido! y si esto es así, acábame á mi primero, y luego matarás á ese otro, y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño, por no decir de tu belleza. ¡Válame Dios! respondió Preciosa, Andres, y ¡cuán delicado andas, y cuán de un sotil cabello tienes colgadas tus esperanzas y mi crédito, pues con tanta facilidad te ha penetrado el alma la dura espada de los celos. ¡Dime, Andres, si en esto hubiera artificio ó engaño alguno, ¿no supiera yo callar y encubrir quién era este mozo? ¿Soy tan necia por ventura que te habia de dar ocasion de poner en duda mi bondad y buen término? Calla, Andres, por tu vida, y mañana procura sacar del pecho deste tu asombro, adónde va, ó á lo que viene; podria ser que estuviese engañada tu sospecha, como yo no lo estoy de que sea el que he dicho: y para mas satisfaccion tuya, pues ya he llegado á términos de satisfacerte, de cualquiera manera y con cualquiera intencion que ese mozo venga, despídele luego, y haz que se vaya, pues todos los de nuestra parcialidad te obedecen, y no habrá ninguno que contra tu voluntad le quiera dar acogida en su rancho; y cuando esto así no suceda, yo te doy mi palabra de no salir del mio, ni dejarme ver de sus ojos, ni de todos aquellos que tú quisieres que no me vean; y prosiguiendo adelante dijo: Mira, Andres, no me pesa á mi de verte celoso, pero pesarme ha mucho si te veo indiscreto. Como no me veas loco, Preciosa, respondió Andres, cualquiera otra demostracion será poca ó ninguna para dar á entender adónde llega y cuánto fatiga la amarga y dura presuncion de los celos; pero con todo eso, yo haré lo que me mandas, y sabré, si es que es posible, qué es lo que este señor paje poeta quiere, dónde va, ó qué es lo que busca; que podria ser que por algun hilo que sin cuidado muestre, sacase yo todo el ovillo con que temo viene á enredarme. Nunca los celos, á lo que imagino, dijo Preciosa, dejan el entendimiento libre para que pueda juzgar las cosas como ellas son: siempre miran los celosos con antojos de allende, que hacen las cosas pequeñas grandes, los enanos gigantes, y las sospechas verdades: por vida tuya y por la mia, Andres, que procedas en esto y en todo lo que tocare á nuestros conciertos cuerda y discretamente; que si así lo hicieres, sé que me has de conceder la palma de honesta y recatada, y de verdadera en todo extremo. Con esto se despidió de Andres, y él se quedó esperando el dia para tomar la confesion al herido, llena de turbacion el alma y de mil contrarias imaginaciones: no podia creer sino que aquel paje habia venido allí atraido de la hermosura de Preciosa; porque piensa el ladron que todos son de su condicion: por otra parte la satisfaccion que Preciosa le habia dado, le parecia ser de tanta fuerza, que le obligaba á vivir seguro y á dejar en las manos de su bondad toda su ventura.

Llegóse el dia (que á él le pareció haberse tardado mas que otras veces), visitó al mordido, preguntóle cómo se llamaba, y adónde iba, y cómo caminaba tan tarde y tan fuera de camino; aunque primero le preguntó cómo estaba, y si se sentia sin dolor de las mordeduras. A lo cual respondió el mozo, que se hallaba mejor y sin dolor alguno, y de manera que podria ponerse en camino: á lo de decir su nombre, y adónde iba, no dijo otra cosa sino que se llamaba Alonso Hurtado, y que iba á Nuestra Señora de la Peña de Francia á un cierto negocio, y que por llegar con brevedad caminaba de noche, y que la pasada habia perdido el camino, y acaso habia dado con aquel aduar, donde los perros que le guardaban le habian puesto del modo que habia visto. No le pareció á Andres legítima esta declaracion, sino muy bastarda, y de nuevo volvieron á hacerle cosquillas en el alma sus sospechas, y así le dijo: Hermano, si yo fuera juez, y vos hubiérades caido debajo de mi jurisdicion por algun delito, el cual pidiera que se os hicieran las preguntas que yo os he hecho, la respuesta que me habeis dado obligara á que os apretara los cordeles: yo no quiero saber quién sois, cómo os llamais, ó adónde vais; pero adviértoos que si os conviene mentir en este vuestro viaje, mintais con mas apariencia de verdad: decis que vais á la Peña de Francia, y dejaisla á la mano derecha, mas atras deste lugar donde estamos bien treinta leguas: caminais de noche por llegar presto, y vais fuera de camino por entre bosques y encinares que no tienen sendas apénas, cuanto mas caminos: amigo, levantáos y aprended á mentir, y andad enhorabuena; pero por este buen aviso que os doy, ¿no me diréis una verdad? que sí diréis pues tan mal sabeis mentir: decidme, ¿sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la corte entre paje y caballero, que tenia fama de ser gran poeta, uno que hizo un romance y un soneto á una Jitanilla que los dias pasados andaba por Madrid, que era tenida por singular en la belleza? decídmelo, que yo os prometo por la fe de caballero jitano de guardaros todo el secreto que vos viéredes que os conviene: mirad que el negarme la verdad de que no sois el que yo digo, no llevaria camino, porque este rostro que yo veo aquí es el propio que vide en Madrid: sin duda alguna, que la gran fama de vuestro entendimiento me hizo muchas veces que os mirase como á hombre raro é insigne: y así se me quedó tan estampada en la memoria vuestra figura, que os he venido á conocer por ella, aun puesto en el diferente traje en que estáis agora del en que yo os ví entónces: no os turbeis, animáos, y no penseis que habeis llegado á un pueblo de ladrones, sino á un asilo que os sabrá guardar y defender de todo el mundo: mirad, yo imagino una cosa, y si es así como lo imagino, vos habeis topado con vuestra buena suerte en haber encontrado conmigo: lo que imagino es que enamorado de Preciosa (aquella hermosa jitanica á quien hicisteis los versos) habeis venido á buscarla, por lo que yo no os tendré en ménos, sino en mucho mas; que aunque jitano, la experiencia me ha mostrado adónde se extiende la poderosa fuerza de amor y las transformaciones que hace hacer á los que coge debajo de su jurisdicion y mando: si esto es así, como creo que sin duda lo es, aquí está la jitanica. Sí, aquí está, que yo la ví anoche, dijo el mordido: razon con que Andres quedó como difunto, pareciéndole que habia salido al cabo con la confirmacion de sus sospechas: Anoche la vi, tornó á referir el mozo; pero no me atrevia á decirle quién era, porque no me convenia. Desta manera, dijo Andres, ¿vos sois el poeta que yo he dicho? Sí soy, replicó el mancebo, que no lo puedo ni lo quiero negar: quizá podria ser que donde he pensado perderme, hubiese



venido á ganarme, si es que hay fidelidad en las selvas y buen acogimiento en los montes. Haile sin duda, respondió Andres, y entre nosotros los jitanos el mayor secreto del mundo: con esta confianza podeis, señor, descubrirme vuestro pecho, porque hallaréis en el mio lo que veréis sin doblez alguna: la Jitanilla es parienta mia y está sujeta á lo que yo quisiere hacer della: si la quisiéredes por esposa, yo y todos sus parientes gustarémos dello, y lo tendrémos por bien: y si por amiga, no usarémos de ningun melindre con tal que tengais dineros, porque la codicia por jamas sale de nuestros ranchos. Dineros traigo, respondió el mozo; en estas mangas de camisa, que traigo ceñida por el cuerpo, vienen cuatrocientos escudos de oro. Este fué otro susto mortal que recibió Andres, viendo que el traer tanto dinero no era sino para conquistar ó comprar su prenda; y con lengua ya turbada dijo: Buena cantidad es esa, no hay sino descubriros, y manos á la labor, que la muchacha que no es nada boba, verá cuán bien le está ser vuestra. ¡Ay, amigo! dijo á esta sazon el mozo: quiero que sepais que la fuerza que me ha hecho mudar de traje no es la de amor que vos decis, ni de desear á Preciosa; que hermosas tiene Madrid que pueden y saben robar los corazones y rendir las almas tan bien y mejor que las mas hermosas jitanas; puesto que confieso que la hermosura de vuestra parienta á todas las que yo he visto se aventaja: quien me tiene en este traje, á pié y mordido de perros, no es amor, sino desgracia mia. Con estas razones que el mozo iba diciendo, iba Andres cobrando los espíritus perdidos, pareciéndole que se encaminaban á otro paradero del que se imaginaba, y deseoso de salir de aquella confusion, volvió á reforzarle la seguridad con que podia descubrirse, y así él prosiguió diciendo: Yo estaba en Madrid en casa de un título á quien servia, no como á señor, sino como á pariente; este tenia un hijo único heredero suyo, el cual así por el parentesco, como por ser ambos de una edad y de una condicion misma, me trataba con familiaridad y amistad grande: sucedió que este caballero se enamoró de una doncella principal, á quien él escogiera de bonísima gana para su esposa, si no tuviera la voluntad sujeta como buen hijo á la de sus padres, que aspiraban á casarle mas altamente; pero con todo eso la servia á hurto de todos los ojos que pudieran con las lenguas sacar á la plaza sus deseos; solos los mios eran testigos de sus intentos: y una noche que debia de haber escogido la desgracia para el caso que ahora os diré, pasando los dos por la puerta y calle desta señora, vimos arrimados á ella dos hombres al parecer de buen talle: quiso reconocerlos mi pariente, y apénas se encaminó hacia ellos, cuando echaron con mucha lijereza mano á las espadas y á dos broqueles, y se vinieron á nosotros, que hicimos lo mismo, y con iguales armas nos acometímos: duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas que guiaron los celos de mi pariente y la defensa que yo le hacia, las perdieron (caso extraño, y pocas veces visto): triunfando pues de lo que aquí no quisiéramos, volvimos á casa, y secretamente tomando todos los dineros que pudímos, nos fuimos á San Jerónimo, esperando el dia que descubriese lo sucedido y las presunciones que se tenian de los matadores: supimos que de nosotros no habia indicio alguno, y aconsejáronnos los prudentes religiosos que nos volviésemos á casa, y que no diésemos ni despertásemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros: y ya que estábamos determinados de seguir su parecer, nos avisaron que los señores alcaldes de corte habian preso en su casa á los padres de la doncella y á la misma doncella, y que entre otros criados á quien tomaron la confesion, una criada de la señora dijo como mi pariente paseaba á su señora de noche y de dia, y que con este indicio habian acudido á buscarnos, y no hallándonos, sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en toda la corte ser nosotros los matadores de aquellos dos caballeros (que lo eran, y muy principales). Finalmente, con parecer del conde mi pariente, y del de los religiosos, despues de quince dias que estuvimos escondidos en el monesterio, mi camarada en hábito de fraile con otro fraile se fué la vuelta de Aragon, con intencion de pasarse á Italia, y desde allí á Flándes, hasta ver en qué paraba el caso: yo quise dividir y apartar nuestra fortuna, y que no corriese nuestra suerte por una misma derrota: segui otro camino diferente del suyo, y en hábito de mozo de fraile, á pié salí con un religioso que me dejó en Talavera; desde allí á aquí he venido solo y fuera de camino, hasta que anoche llegué á este encinar, donde me ha sucedido lo que habeis visto: y si pregunté por el camino de la Peña de Francia, fué por responder algo á lo que se me preguntaba, que en verdad que no sé dónde cae la Peña de Francia, puesto que sé que está mas arriba de Salamanca. Así es verdad, respondió Andres, y ya la dejais á mano derecha casi veinte leguas de aquí, porque veais cuán derecho camino llevábades, si allá fuérades. El que yo pensaba llevar, replicó el mozo, no es sino á Sevilla, qué allí tengo un caballero jinoves, grande amigo del conde mi pariente, que suele enviar á Jénova gran cantidad de plata, y llevo designio que me acomode con los que la suelen llevar como uno dellos, y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena, y de allí á Italia, porque han de venir dos galeras muy presto á embarcar esta plata. Esta es, buen amigo, mi historia: mirad si puedo decir que nace mas de desgracia pura, que de amores aguados; pero si estos señores jitanos quisiesen llevarme en su compañía hasta Sevilla, si es que van allá, yo se lo pagaria muy bien, que me doy á entender que en su compañía iria mas seguro, y no con el temor que llevo. Sí llevarán, respondió Andres; y si no fuéredes en nuestro aduar, porque hasta ahora no sé si va al Andalucía, iréis en otro que creo que habemos de topar dentro de dos ó tres dias, y con darles algo de lo que llevais, facilitaréis con ellos otros imposibles mayores. Dejóle Andres, y vino á dar cuenta á los demas jitanos de lo que el mozo le habia contado y de lo que pretendia, con el ofrecimiento que hacia de la buena paga y recompensa. Todos fuéron de parecer que se quedase en el aduar; solo Preciosa tuvo el contrario: y la abuela dijo que ella no podia ir á Sevilla ni á sus contornos, á causa que los años pasados habia hecho una burla en Sevilla á un gorrero llamado Triguillos, muy conocido en ella, al cual le habia hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello, desnudo en carnes, y en la cabeza puesta una corona de cipres esperando el filo de la media noche, para salir de la tinaja á cavar y sacar un gran tesoro que ella le habia hecho creer que estaba en cierta parte de su casa: dijo que como oyó el buen gorrero tocar á maitines, por no perder la coyuntura se dió tanta priesa á salir de la tinaja, que

dió con ella y con él en el suelo, y con el golpe y con los cascos se magulló las carnes, derramándose el agua, y él quedó nadando en ella y dando voces, que se anegaba: acudieron al momento su mujer y sus vecinos con luces, y halláronle haciendo efectos de nadador, soplando y arrastrando la barriga por el suelo, y meneando los brazos y las piernas con mucha priesa, y diciendo á grandes voces: Socorro, señores, que me ahogo; tal le tenia el miedo, que verdaderamente pensó que se ahogaba: abrazáronse con él, sacáronle de aquel peligro, volvió en sí, contó la burla de la jitana, y con todo eso cavó en la parte señalada mas de un estado en hondo, á pesar de todos cuantos le decian que era embuste mio; y si no se lo estorbara un vecino suyo, que tocaba ya en los cimientos de su casa, él diera con entrambas en el suelo, si le dejaran cavar todo cuanto él quisiera: súpose este cuento por toda la ciudad, y hasta los muchachos le señalaban con el dedo, y contaban su credulidad y mi embuste: esto contó la jitana vieja, y esto dió por excusa para no ir á Sevilla. Los jitanos, que ya sabian de Andres Caballero que el mozo traia dineros en cantidad, con facilidad le acogieron en su compañía, y se ofrecieron de guardarle y encubrirle todo el tiempo que él quisiese, y determinaron de torcer el camino á mano izquierda, y entrarse en la Mancha, y en el reino de Murcia: llamaron al mozo y diéronle cuenta de lo que pensaban hacer por él; él se lo agradeció, y dió cien escudos de oro para que los repartiesen entre todos. Con esta dádiva quedaron mas blandos que unas martas: solo á Preciosa no contentó mucho la quedada de D. Sancho (que así dijo el mozo que se llamaba), pero los jitanos se lo mudaron en el de Clemente, y así le llamaron desde allí adelante: tambien quedó un poco torcido Andres, y no bien satisfecho de haberse quedado Clemente, por parecerle que con poco fundamento habia dejado sus primeros designios; mas Clemente como si le leyera la intencion, entre otras cosas le dijo se holgaba de ir al reino de Murcia por estar cerca de Cartagena, adonde si viniesen galeras, como él pensaba que habian de venir, pudiese con facilidad pasar á Italia. Finalmente, por traerle mas ante los ojos, y mirar sus acciones, y escudriñar sus pensamientos, quiso Andres que fuese Clemente su camarada, y Clemente tuvo esta amistad por gran favor que se le hacia: andaban siempre juntos, gastaban largo, llovian escudos, corrian, saltaban, bailaban y tiraban la barra mejor que ninguno de los jitanos, y eran de las jitanas mas que medianamente queridos, y de los jitanos en todo extremo respetados.

Dejaron pues á Extremadura, y entráronse en la Mancha, y poco á poco fuéron caminando al reino de Murcia: en todas las aldeas y lugares que pasaban habia desafíos de pelota, de esgrima, de correr, de saltar, de tirar la barra, y de otros ejercicios de fuerza, maña y lijereza, y de todos salian vencedores Andres y Clemente, como de solo Andres queda dicho; y en todo este tiempo, que fué mas de mes y medio, nunca tuvo Clemente ocasion, ni él la procuró, de hablar á Preciosa, hasta que un dia estando juntos Andres y ella, llegó él á la conversacion porque le llamaron, y Preciosa le dijo: Desde la vez primera que llegaste á nuestro aduar te conocí, Clemente, y se me vinieron á la memoria los versos que en Madrid me diste; pero no quise decir nada por no saber con qué intencion venias á nuestras estancias, y cuando supe tu desgracia me pesó en el alma, y se aseguró mi pecho que estaba sobresaltado, pensando que como habia D. Juanes en el mundo que se mudaban en Andreses, así podia haber D. Sanchos que se mudasen en otros nombres: háblote desta manera, porque Andres me ha dicho que te ha dado cuenta de quién es, y de la intencion con que se ha vuelto jitano (y así era la verdad, que Andres le habia hecho sabidor de toda su historia por poder comunicar con él sus pensamientos): y no pienses que te fué de poco provecho el conocerte, pues por mi respeto y por lo que yo de tí dije, se facilitó el acogerte y admitirte en nuestra compañía, donde plega á Dios te suceda todo el bien que acertares á desearte: este buen deseo quiero que me pagues en que no afees á Andres la bajeza de su intento, ni le pintes cuán mal le está perseverar en este estado: que puesto que yo imagino que debajo de los candados de mi voluntad está la suya, todavía me pesaria de verle dar muestras, por mínimas que fuesen, de algun arrepentimiento. A esto respondió Clemente: No pienses, Preciosa única, que D. Juan con lijereza de ánimo me descubrió quién era: primero le conocí yo, y primero me descubrieron sus ojos sus intentos: primero le dije yo quién era, y primero le adiviné la prision de su voluntad que tú señalas, y él dándome el crédito que era razon que me diese, fió de mi secreto el suyo, y él es buen testigo si alabé su determinacion y escogido empleo; que no soy, ó Preciosa, de tan corto ingenio que no alcance hasta dónde se extienden las fuerzas de la hermosura; y la tuya, por pasar de los límites de los mayores extremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que deben llamarse yerros los que se hacen con tan forzosas causas: agradézcote, señora, lo que en mi crédito dijiste, y yo pienso pagártelo en desear que estos enredos amorosos salgan á fines felices, y que tú goces de tu Andres, y Andres de su Preciosa en conformidad y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta veamos en el mundo los mas bellos renuevos que pueda formar la bien intencionada naturaleza: esto desearé yo, Preciosa, y esto le diré siempre á tu Andres, y no cosa alguna que le divierta de sus bien colocados pensamientos. Con tales afectos dijo las razones pasadas Clemente, que estuvo en duda Andres si las habia dicho como enamorado ó como comedido; que la infernal enfermedad celosa es tan delicada y de tal manera, que en los átomos del sol se pega, y de los que tocan á la cosa amada se fatiga el amante y se desespera; pero con todo esto no tuvo celos confirmados, mas fiado de la bondad de Preciosa, que de la ventura suya; que siempre los enamorados se tienen por infelices en tanto que no alcanzan lo que desean. En fin, Andres y Clemente eran camaradas y grandes amigos, asegurándolo todo la buena intencion de Clemente, y el recato y prudencia de Preciosa, que jamas dió ocasion á que Andres tuviese della celos.

Tenia Clemente sus puntas de poeta, como lo mostró en los versos que dió á Preciosa, y Andres se picaba un poco, y entrambos eran aficionados á la música. Sucedió pues que estando el aduar alojado en un valle cuatro leguas de Murcia, una noche por entretenerse, sentados los dos, Andres al pié de un alcornoque, Clemente al de una encina, cada uno con una guitarra, convidados del silencio de la noche, comenzando Andres y respondiendo Clemente, cantaron estos versos.



A. Mira, Clemente, el estrellado velo
Con que esta noche fria
Compite con el dia,
De luces bellas adornado el cielo:
Y en esta semejanza,
Si tanto tu divino ingenio alcanza,
Aquel rostro figura
Donde asiste el extremo de hermosura.
C. Donde asiste el extremo de hermosura,
Y adonde la preciosa
Honestidad hermosa
Con todo extremo de bondad se apura:
En un sujeto cabe,
Que no hay humano ingenio que le alabe,
Si no toca en divino,
En alto, en raro, en grave y peregrino.
A. En alto, en raro, en grave y peregrino
Estilo nunca usado,
Al cielo levantado,
Por dulce al mundo y sin igual camino.
Tu nombre, ¡oh Jitanilla!
Causando asombro, espanto y maravilla,
La fama yo quisiera
Que le llevara hasta la octava esfera.
C. Que le llevara hasta la octava esfera
Fuera decente y justo,
Dando á los cielos gusto
Cuando el son de su nombre allá se oyera;
Y en la tierra causara
Por donde el dulce nombre resonara
Música en los oidos,
Paz en las almas, gloria en los sentidos.
A. Paz en las almas, gloria en los sentidos
Se siente cuando canta
La sirena que encanta,
Y adormece á los mas apercebidos:
Tal es mi Preciosa,
Que es lo ménos que tiene ser hermosa:
Dulce regalo mio,
Corona del donaire, honor del brio.
C. Corona del donaire, honor del brio
Eres, bella Jitana,
Frescor de la mañana,
Céfiro blando en el ardiente estío:
Rayo con que amor ciego
Convierte el pecho mas de nieve en fuego:
Fuerza que ansí la hace
Que blandamente mata y satisface.

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre y el cautivo, si no sonara á sus espaldas la voz de Preciosa que las suyas habia escuchado: suspendiólos el oirla, y sin moverse, prestándola maravillosa atencion, la escucharan: ella (no sé si de improviso, ó si en algun tiempo los versos que cantaba le compusieron) con extremada gracia, como si para responderles fueran hechos, cantó los siguientes.

En esta empresa amorosa
Donde el amor entretengo,
Por mayor ventura tengo
Ser honesta que hermosa.
La que es mas humilde planta,
Si la subida endereza
Por gracia ó naturaleza,
Á los cielos se levanta.
En este mi bajo cobre
Siendo honestidad su esmalte,
No hay buen deseo que falte,
Ni riqueza que no sobre.
No me causa alguna pena
No quererme ó no estimarme;
Que yo pienso fabricarme
Mi suerte y ventura buena.
Haga yo lo que en mí es
Que á ser buena me encamine,
Y haga el cielo y determine
Lo que quisiere despues.
Quiero ver si la belleza
Tiene tal prerogativa,
Que me encumbre tan arriba
Que aspire á mayor alteza.
Si las almas son iguales,
Podrá la de un labrador
Igualarse por valor
Con las que son imperiales.
De la mia lo que siento
Me sube al grado mayor,
Porque majestad y amor
No tienen un mismo asiento.

Aquí dió fin Preciosa á su canto, y Andres y Clemente se levantaron á recebilla: pasaron entre los tres discretas razones, y Preciosa descubrió en las suyas su discrecion, su honestidad y su agudeza, de tal manera que en Clemente halló disculpa la intencion de Andres, que aun hasta entónces no la habia hallado, juzgando mas á mocedad que á cordura su arrojada determinacion.

Aquella mañana se levantó el aduar, y se fuéron á alojar en un lugar de la jurisdicion de Murcia, tres leguas de la ciudad, donde le sucedió á Andres una desgracia que le puso en punto de perder la vida; y fué que despues de haber dado en aquel lugar algunos vasos y prendas de plata en fianzas como tenian de costumbre, Preciosa y su abuela, y Cristina con otras dos jitanillas, y los dos, Clemente y Andres, se alojaron en un meson de una viuda rica, la cual tenia una hija de edad de diez y siete ó diez y ocho años, algo mas desenvuelta que hermosa, y por mas señas se llamaba Juana Carducha: esta habiendo visto bailar á las jitanas y jitanos, la tomó el diablo, y se enamoró de Andres tan fuertemente que propuso de decírselo y tomarle por marido, si él quisiese, aunque á todos sus parientes les pesase; y así buscó coyuntura para decírselo, y hallólo en un corral donde Andres habia entrado á requerir dos pollinos: llegóse á él, y con priesa por no ser vista le dijo: Andres (que ya sabia su nombre), yo soy doncella y rica, que mi madre no tiene otro hijo sino á mí, y este meson es suyo, y amen desto tiene muchos majuelos, y otros dos pares de casas; hasme parecido bien; si me quieres por esposa, á tí te está bien, respóndeme presto, y si eres discreto quédate, y verás qué vida nos damos. Admirado quedó Andres de la resolucion de la Carducha, y con la presteza que ella pedia, le respondió: Señora doncella, yo estoy apalabrado para casarme, y los jitanos no nos casamos sino con jitanas: guárdela Dios por la merced que me queria hacer, de que yo no soy digno. No estuvo en dos dedos de caerse muerta la Carducha con la aceda respuesta de Andres, á quien replicara, si no viera que entraban en el corral otras jitanas: salióse corrida y asendereada, y de buena gana se vengara si pudiera. Andres como discreto determinó de poner tierra en medio, y desviarse de aquella ocasion que el diablo le ofrecia; que bien leyó en los ojos de la Carducha que sin los lazos matrimoniales se le entregara á toda su voluntad, y no quiso verse pié á pié y solo en aquella estacada; y así pidió á todos los jitanos que aquella noche se partiesen de aquel lugar. Ellos, que siempre le obedecian, lo pusieron luego por obra, y cobrando sus fianzas aquella tarde, se fuéron. La Carducha, que vió que en irse Andres se le iba la mitad de su alma, y que no le quedaba tiempo para solicitar el cumplimiento de sus deseos, ordenó de hacer quedar á Andres por fuerza, ya que de grado no podia: y así con la industria, sagacidad y secreto que su mal intento le enseñó, puso entre las alhajas de Andres, que ella conoció por suyas, unos ricos corales, y dos patenas de plata con otros brincos suyos; y apénas habian salido del meson, cuando dió voces diciendo que aquellos jitanos le llevaban robadas sus joyas, á cuyas voces acudió la justicia y toda la gente del pueblo. Los jitanos hicieron alto, y todos juraban que ninguna cosa llevaban hurtada, y que ellos harian patentes todos los sacos y repuestos de su aduar: desto se congojó mucho la jitana vieja, temiendo en aquel escrutinio no se manifestasen los dijes de la Preciosa y los vestidos de Andres, que ella con gran cuidado y recato guardaba; pero la buena de la Carducha lo remedió con mucha brevedad todo, porque al segundo envoltorio que miraron, dijo que preguntasen cuál era el de aquel jitano gran bailador que ella habia visto entrar en su aposento dos veces, y que podria ser que aquel las llevase. Entendió Andres que por él lo decia, y riéndose, dijo: Señora doncella, esta es mi recámara, y este es mi pollino; si vos halláredes en ella ni en él lo que os falta, yo os lo pagaré con las setenas, fuera de sujetarme al

castigo que la ley da á los ladrones. Acudieron luego los ministros de la justicia á desbalijar el pollino, y á pocas vueltas dieron con el hurto, de que quedó tan espantado Andres y tan absorto, que no pareció sino estatua sin voz, de piedra dura. ¿No sospeché yo bien? dijo á esta sazon la Carducha: mirad con qué buena cara se encubre un ladron tan grande. El alcalde, que estaba presente, comenzó á decir mil injurias á Andres y á todos los jitanos, llamándolos de públicos ladrones y salteadores de caminos. A todo callaba Andres, suspenso é imaginativo, y no acababa de caer en la traicion de la Carducha. En esto se llegó á él un soldado bizarro, sobrino del alcalde, diciendo: ¿No veis cuál se ha quedado el jitanico podrido de hurtar? apostaré yo que hace melindres, y que niega el hurto con habérsele cogido en las manos: que bien haya quien no os echa en galeras á todos; mirad si estuviera mejor este bellaco en ellas, sirviendo á su Majestad, que no andarse bailando de lugar en lugar, y hurtando de venta en monte: á fe de soldado, que estoy por darle una bofetada que le derribe á mis piés; y diciendo esto, sin mas ni mas alzó la mano, y le dió un bofeton tal que le hizo volver de su embelesamiento, y le hizo acordar que no era Andres Caballero, sino D. Juan y caballero; y arremetiendo al soldado con mucha presteza y mas cólera le arrancó su misma espada de la vaina, y se la envainó en el cuerpo, dando con él muerto en tierra. Aquí fué el gritar del pueblo: aquí el amohinarse el tio alcalde: aquí el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andres de verla desmayada: aquí el acudir todos á las armas, y dar tras el homicida; creció la confusion, creció la grita, y por acudir Andres al desmayo de Preciosa, dejó de acudir á su defensa; y quiso la suerte que Clemente no se hallase al desastrado suceso, que con los bagajes habia ya salido del pueblo: finalmente, tantos cargaron sobre Andres, que le prendieron y le aherrojaron con dos muy gruesas cadenas: bien quisiera el alcalde ahorcarle luego, si estuviera en su mano; pero hubo de remitirle á Murcia, por ser de su jurisdicion: no le llevaron hasta otro dia, y en el que allí estuvo pasó Andres muchos martirios y vituperios, que el indignado alcalde y sus ministros, y todos los del lugar le hicieron. Prendió el alcalde todos los mas jitanos y jitanas que pudo, porque los mas huyeron, y entre ellos Clemente, que temió ser cogido y descubierto. Finalmente, con la sumaria del caso, y con una gran cáfila de jitanos entraron el alcalde y sus ministros, con otra mucha gente armada, en Murcia, entre los cuales iba Preciosa, y el pobre Andres ceñido de cadenas sobre un macho y con esposas y piédeamigo. Salió toda Murcia á ver los presos, que ya se tenia noticia de la muerte del soldado. Pero la hermosura de Preciosa aquel dia fué tanta, que ninguno la miraba que no la bendecia, y llegó la nueva de su belleza á los oidos de la señora corregidora, que por curiosidad de verla hizo que el corregidor su marido mandase que aquella jitanica no entrase en la cárcel, y todos los demas sí, y á Andres le pusieron en un estrecho calabozo, cuya escuridad y la falta de la luz de Preciosa le trataron de manera, que bien pensó no salir de allí sino para la sepultura. Llevaron á Preciosa con su abuela á que la corregidora la viese, y así como la vió, dijo: Con razon la alaban de hermosa; y llegándola á sí la abrazó tiernamente, y no se hartaba de mirarla; y preguntó á su abuela que qué edad tendria aquella niña. Quince años, respondió la jitana, dos meses mas ó ménos. Esos tuviera agora la desdichada de mi Costanza: ¡ay, amigas! que esta niña me ha renovado mi desventura, dijo la corregidora. Tomó en esto Preciosa las manos de la corregidora, y besándoselas muchas veces se las bañaba con lágrimas, y le decia: Señora mia, el jitano que está preso no tiene culpa, porque fué provocado: llamáronle ladron, y no lo es: diéronle un bofeton en su rostro, que es tal que en él se descubre la bondad de su ánimo: por Dios y por quien vos sois, señora, que le hagais guardar su justicia, y que el señor corregidor no se dé priesa á ejecutar en él el castigo con que las leyes le amenazan: y si algun agrado os ha dado mi hermosura, entretenelda con entretener el preso, porque en el fin de su vida está el de la mia: él ha de ser mi esposo, y justos y honestos impedimentos han estorbado que aun hasta ahora no nos habemos dado las manos: si dineros fueren menester para alcanzar perdon de la parte, todo nuestro aduar se venderá en pública almoneda, y se dará aun mas de lo que pidieren: señora mia, si sabeis qué es amor, y algun tiempo le tuvisteis, y ahora le teneis á vuestro esposo, doléos de mí, que amo tierna y honestamente al mio. En todo el tiempo que esto decia, nunca la dejó las manos ni apartó los ojos de mirarla atentísimamente, derramando amargas y piadosas lágrimas en mucha abundancia: asimismo la corregidora la tenia á ella asida de las suyas, mirándola ni mas ni ménos con no menor ahinco, y con no mas pocas lágrimas. Estando en esto entró el corregidor, y hallando á su mujer y á Preciosa tan llorosas y tan encadenadas, quedó suspensó así de su llanto como de su hermosura: preguntó la causa de aquel sentimiento, y la respuesta que dió Preciosa fué soltar las manos de la corregidora, y asirse de los piés del corregidor, diciéndole: Señor, misericordia, misericordia: si mi esposo muere, yo soy muerta: él no tiene culpa, pero si la tiene, déseme á mí la pena: y si esto no puede ser, á lo ménos entreténgase el pleito en tanto que se procuran y buscan los medios posibles para su libertad; que podrá ser que al que no pecó de malicia le enviase el cielo la salud de gracia. Con nueva suspension quedó el corregidor de oir las discretas razones de la jitanilla, y que ya, si no fuera por no dar indicios de flaqueza, le acompañara en sus lágrimas. En tanto que esto pasaba, estaba la jitana vieja considerando grandes, muchas y diversas cosas, y al cabo de toda esta suspension é imaginacion, dijo: Espérenme vuesas mercedes, señores mios, un poco, que yo haré que estos llantos se conviertan en risa, aunque á mí me cueste la vida; y así con lijero paso se salió de donde estaba, dejando á los presentes confusos con lo que dicho habia. En tanto pues que ella volvia, nunca dejó Preciosa las lágrimas ni los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intencion de avisar á su padre que viniese á entender en ella. Volvió la jitana con un pequeño cofre debajo del brazo, y dijo al corregidor que con su mujer y ella se entrasen en un aposento, que tenia grandes cosas que decirles en secreto. El corregidor, creyendo que algunos hurtos de los jitanos queria descubrirle por tenerle propicio en el pleito del preso, al momento se retiró con ella y con su mujer en su recámara, adonde la jitana, hincándose de rodillas ante los dos, les dijo: Si las buenas nuevas que os quiero dar, señores, no merecieren alcanzar en albricias el

perdon de un gran pecado mio, aquí estoy para recebir el castigo que quisiéredes darme; pero ántes que le confiese, quiero que me digais, señores, primero, si conoceis estas joyas; y descubriendo un cofrecito donde venian las de Preciosa, se le puso en las manos al corregidor, y en abriéndole vió aquellos dijes pueriles; pero no cayó en lo que podian significar: mirólos tambien la corregidora, pero tampoco dió en la cuenta; solo dijo: Estos son adornos de alguna pequeña criatura. Así es la verdad, dijo la jitana, y de qué criatura sean lo dice ese escrito que está en ese papel doblado. Abrióle con priesa el corregidor, y leyó que decia: *Llamábase la niña D.ª Costanza de Acevedo y de Meneses, su madre Doña Guiomar de Meneses, y su padre D. Fernando de Acevedo, caballero del hábito de Calatrava: desparecila dia de la Ascension del Señor, á las ocho de la mañana, del año de mil y quinientos y noventa y cinco: traia la niña puestos estos brincos que en este cofre están guardados.*

Apénas hubo oido la corregidora las razones del papel, cuando reconoció los brincos, se los puso á la boca, y dándoles infinitos besos, se cayó desmayada; acudió el corregidor á ella ántes que á preguntar á la jitana por su hija, y habiendo vuelto en sí, dijo: Mujer buena, ántes ángel que jitana, ¿adónde está el dueño, digo, la criatura cuyos eran estos dijes? ¿Adónde, señora? respondió la jitana: en vuestra casa la teneis, aquella jitanica que os sacó las lágrimas de los ojos es su dueño, y es sin duda alguna vuestra hija, que yo la hurté en Madrid de vuestra casa el dia y hora que ese papel dice. Oyendo esto la turbada señora, soltó los chapines, y desalada y corriendo salió á la sala, adonde habia dejado á Preciosa, y hallóla rodeada de sus doncellas y criadas, todavia llorando; arremetió á ella, y sin decirle nada, con gran priesa le desabrochó el pecho, y miró si tenia debajo de la teta izquierda una señal pequeña á modo de lunar blanco con que habia nacido, y hallóle ya grande, que con el tiempo se habia dilatado: luego con la misma celeridad la descalzó, y descubrió un pié de nieve y de marfil hecho á torno, y vió en él lo que buscaba, que era que los dos dedos últimos del pié derecho se trababan el uno con el otro por medio con un poquito de carne, la cual cuando niña nunca se la habian querido cortar por no darle pesadumbre. El pecho, los dedos, los brincos, el dia señalado del hurto, la confesion de la jitana, y el sobresalto y alegría que habian recebido sus padres cuando la vieron, con toda la verdad confirmaron en el alma de la corregidora ser Preciosa su hija; y así cogiéndola en sus brazos se volvió con ella adonde el corregidor y la jitana estaban. Iba Preciosa confusa, que no sabía á qué efecto se habian hecho con ella aquellas diligencias, y mas viéndose llevar en brazos de la corregidora, y que le daba de un beso hasta ciento. Llegó en fin con la preciosa carga D.ª Guiomar á la presencia de su marido, y trasladándola de sus brazos á los del corregidor, le dijo: Recebid, señor, á vuestra hija Costanza, que esta es sin duda; no lo dudeis, señor, en ningun modo, que la señal de los dedos juntos y la del pecho he visto; y mas que á mí me lo está diciendo el alma desde el instante que mis ojos la vieron. No lo dudo, respondió el corregidor teniendo en sus brazos á Preciosa, que los mismos efectos han pasado por la mia que por la vuestra; y mas que tantas particularidades juntas ¿cómo podian suceder si no fuera por milagro? Toda la gente de casa andaba absorta, preguntando unos á otros qué sería aquello, y todos daban bien léjos del blanco; que ¿quién habia de imaginar que la Jitanilla era hija de sus señores? El corregidor dijo á su mujer, y á su hija, y á la jitana vieja, que aquel caso estuviese secreto hasta que él le descubriese: y asimismo dijo á la vieja que él la perdonaba el agravio que le habia hecho en hurtarle la mitad de su alma, pues la recompensa de habérsela vuelto mayores albricias merecia; y que solo le pesaba que sabiendo ella la calidad de Preciosa, la hubiese desposado con un jitano, y mas con un ladron y homicida. ¡Ay! dijo á esto Preciosa, señor mio, que ni es jitano ni ladron, puesto que es matador; pero fué del que le quitó la honra, y no pudo hacer ménos de mostrar quién era, y matarle. ¿Cómo? ¿qué, no es jitano, hija mia? dijo D.ª Guiomar. Entónces la jitana vieja contó brevemente la historia de Andres Caballero, y que era hijo de D. Francisco de Cárcamo, caballero del hábito de Santiago, y que se llamaba D. Juan de Cárcamo, asimismo del mismo hábito, cuyos vestidos ella tenia cuando los mudó en los de jitano. Contó tambien el concierto que entre Preciosa y D. Juan estaba hecho de guardar dos años de aprobacion para desposarse ó no: puso en su punto la honestidad de entrambos, y la agradable condicion de D. Juan. Tanto se admiraron desto como del hallazgo de su hija, y mandó el corregidor á la jitana que fuese por los vestidos de D. Juan: ella lo hizo ansí, y volvió con otro jitano que los trujo. En tanto que ella iba y volvia, hicieron sus padres á Preciosa cien mil preguntas, á que respondió con tanta discrecion y gracia, que aunque no la hubieran reconocida por hija, los enamorara: preguntáronla si tenia alguna aficion á D. Juan: respondió que no mas de aquella que le obligaba á ser agradecida á quien se habia querido humillar á ser jitano por ella; pero que ya no se extenderia á mas el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen. Calla, hija Preciosa, dijo su padre, que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en memoria de tu pérdida y de tu hallazgo, que yo como tu padre tomo á cargo el ponerte en estado que no desdiga de quien eres. Suspiró oyendo esto Preciosa, y su madre como era discreta entendió que suspiraba de enamorada de D. Juan, y dijo á su marido: Señor, siendo tan principal D. Juan de Cárcamo como lo es, y queriendo tanto á nuestra hija, no nos estaria mal dársela por esposa; y él respondió: Aun apénas hoy la habemos hallado, ¿y ya quereis que la perdamos? Gocémosla algun tiempo, que en casándola no será nuestra, sino de su marido. Razon teneis, señor, respondió ella; pero dad órden de sacar á D. Juan, que debe de estar en algun calabozo metido, pasando las penalidades que se pueden considerar de sus prisiones, las humedades y sabandijas inmundas, que inquietan á los pobres pacientes, que están esperando salga el dia para gozarle, y verse libres de tanta opresion y mala vecindad como padecen. Si estará, dijo Preciosa, que á un ladron matador, y sobre todo jitano, no le habrán dado mejor estancia. Yo quiero ir á verle, como que le voy á tomar la confesion, respondió el corregidor, y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera: y abrazando á Preciosa, fué luego á la cárcel y entró en el calabozo donde D. Juan estaba, y no quiso que nadie

entrase con él: hallóle con entrambos piés en un cepo, y con las esposas á las manos, y que aun no le habian quitado el piedeamigo: era la estancia escura, pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera, por donde entraba luz, aunque muy escasa; y así como le vió, le dijo: ¿Cómo está la buena pieza? que así tuviera yo atraillados cuantos jitanos hay en España para acabar con ellos en un dia, como Neron quisiera en otro con Roma, sin dar mas de un golpe: sabed, ladron puntoso, que yo soy el corregidor desta ciudad, y vengo á saber de mí á vos, si es verdad que es vuestra esposa una Jitanilla que viene con vosotros. Oyendo esto Andres imaginó que el corregidor se debia haber enamorado de Preciosa; que los celos son de cuerpos sutiles y se entran por otros cuerpos sin romperlos, apartarlos ni dividirlos; pero con todo esto respondió: Si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad: y si ha dicho que no lo soy, tambien ha dicho verdad, porque no es posible que Preciosa diga mentira. ¿Tan verdadera es? respondió el corregidor; no es poco serlo para ser jitana: ahora bien, mancebo, ella ha dicho que es vuestra esposa, pero que nunca os ha dado la mano; ha sabido que segun es vuestra culpa habeis de morir por ella, y hame pedido que ántes de vuestra muerte la despose con vos, porque se quiere honrar con quedar viuda de un tan gran ladron como vos. Pues hágalo vuesa merced, señor corregidor, como ella lo suplica, que como yo me despose con ella, iré contento á la otra vida como parta desta con nombre de ser suyo. Mucho la debeis de querer, dijo el corregidor. Tanto, respondió el preso, que á poderlo decir no fuera nada: en efecto, señor corregidor, mi causa se concluya: yo maté al que me quiso quitar la honra: yo adoro á esa jitana, moriré contento si muero en su gracia, y sé que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos habemos guardado honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos. Pues esta noche enviaré por vos, dijo el corregidor, y en mi casa os desposaréis con Preciosica, y mañana á mediodía estaréis en la horca, con lo que yo habré cumplido con lo que pide la justicia y con el deseo de entrambos. Agradeciósela Andres; y el corregidor volvió á su casa y dió cuenta á su mujer de lo que con D. Juan habia pasado, y de otras cosas que pensaba hacer. En el tiempo que él faltó de su casa, dió cuenta Preciosa á su madre de toda el discurso de su vida, y de cómo siempre habia creido ser jitana y ser nieta de aquella vieja; pero que siempre se habia estimado en mucho mas de lo que de ser jitana se esperaba. Preguntóle su madre que le dijese la verdad, si queria bien á D. Juan de Cárcamo. Ella con vergüenza y con los ojos en el suelo le dijo que por haberse considerado jitana, y que mejoraba su suerte con casarse con un caballero de hábito y tan principal como D. Juan de Cárcamo, y por haber visto por experiencia su buena condicion y honesto trato, alguna vez le habia mirado con ojos aficionados; pero que en resolucion ya habia dicho que no tenia otra voluntad de aquella que ellos quisiesen.

Llegóse la noche, y siendo casi las diez sacaron á Andres de la cárcel sin las esposas y el piedeamigo, pero no sin una gran cadena que desde los piés todo el cuerpo le ceñia. Llegó deste modo sin ser visto de nadie sino de los que le traian en casa del corregidor, y con silencio y recato le entraron en un aposento donde le dejaron solo: de allí á un rato entró un clérigo, y le dijo que se confesase, porque habia de morir otro dia. A lo cual respondió Andres: De muy buena gana me confesaré; pero ¿cómo no me desposan primero? Y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el tálamo que me espera. D.ª Guiomar, que todo esto sabia, dijo á su marido que eran demasiados los sustos que á D. Juan daba, que los moderase, porque podria ser perdiese la vida con ellos. Parecióle buen consejo al corregidor, y así entró á llamar al que le confesaba, y díjole que primero habian de desposar al jitano con Preciosa la jitana, y que despues se confesaria, y que se encomendase á Dios de todo corazon, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están mas secas las esperanzas. En efecto, Andres salió á una sala donde estaban solamente D.ª Guiomar, el corregidor, Preciosa y otros dos criados de casa. Pero cuando Preciosa vió á D. Juan ceñido y aherrojado con tan gran cadena, descolorido el rostro y los ojos con muestra de haber llorado, se le cubrió el corazon, y se arrimó al brazo de su madre que junto á ella estaba, la cual abrazándola consigo, le dijo: Vuelve en tí, niña, que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho. Ella, que estaba ignorante de aquello, no sabia cómo consolarse, y la jitana vieja estaba turbada, y los circunstantes colgados del fin de aquel caso. El corregidor dijo: Señor tiniente-cura, este jitano y esta jitana son los que vuesa merced ha de desposar. Eso no podré yo hacer, si no preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieren: ¿dónde se han hecho las amonestaciones? ¿adónde está la licencia de mi superior para que con ellas se haga el desposorio? Inadvertencia ha sido mia, respondió el corregidor; pero yo haré que el vicario la dé. Pues hasta que la vea, respondió el tiniente-cura, estos señores perdonen; y sin replicar mas palabra, porque no sucediese algun escándalo, se salió de casa, y los dejó á todos confusos. El padre ha hecho muy bien, dijo á esta sazon el corregidor, y podria ser fuese providencia del cielo esta para que el suplicio de Andres se dilate, porque en efecto él se ha de desposar con Preciosa, y han de preceder primero las amonestaciones, donde se dará tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida á muchas amargas dificultades: y con todo esto querria saber de Andres, si la suerte encaminase sus sucesos de manera que sin estos sustos y sobresaltos se hallase esposo de Preciosa, ¿si se tendria por dichoso ya siendo Andres Caballero, ó ya D. Juan de Cárcamo? Así como oyó Andres nombrarse por su nombre, dijo: Pues Preciosa no ha querido contenerse en los límites del silencio, y ha descubierto quién soy, aunque esa buena dicha me hallara hecho monarca del mundo, la tuviera en tanto que pusiera término á mis deseos, sin osar desear otro bien sino el del cielo. Pues por ese buen ánimo que habeis mostrado, señor D. Juan de Cárcamo, á su tiempo haré que Preciosa sea vuestra legítima consorte, y agora os la doy y entrego en esperanza por la mas rica joya de mi casa, y de mi vida, y de mi alma, y estimadla en lo que decís, porque en ella os doy á D.ª Costanza de Acevedo y Meneses, mi única hija, la cual si os iguala en el amor, no os desdice nada en el linaje. Atónito quedó Andres viendo el amor que le mostraban, y en breves razones D.ª Guiomar contó la pérdida de su hija y su hallazgo con las certísimas señas que la jitana

vieja habia dado de su hurto, con que acabó D. Juan de quedar atónito y suspenso, pero alegre sobre todo encarecimiento abrazó á sus suegros, llamólos padres y señores suyos, besó las manos á Preciosa, que con lágrimas le pedia las suyas.

Rompióse el secreto, salió la nueva del caso con la salida de los criados que habian estado presentes: el cual sabido por el alcalde, tio del muerto, vió tomados los caminos de su venganza, pues no habia de tener lugar el rigor de la justicia para ejecutarla en el yerno del corregidor. Vistióse D. Juan los vestidos de camino que allí habia traido la jitana; volviéronse las prisiones y cadenas de hierro en libertad y cadenas de oro: la tristeza de los jitanos presos en alegría, pues otro dia los dieron en fiado: recibió el tio del muerto la promesa de dos mil ducados que le hicieron porque bajase de la querella y perdonase á D. Juan, el cual no olvidándose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le hallaron ni supieron dél hasta que desde allí á cuatro dias tuvo nuevas ciertas que se habia embarcado en una de dos galeras de Génova que estaban en el puerto de Cartagena y ya se habian partido. Dijo el corregidor á D. Juan que tenia por nueva cierta que su padre D. Francisco de Cárcamo estaba proveido por corregidor de aquella ciudad, y que sería bien esperalle para que con su beneplácito y consentimiento se hiciesen las bodas. D. Juan dijo que no saldria de lo que él ordenase; pero que ante todas cosas se habia de desposar con Preciosa. Concedió licencia el arzobispo para que con sola una amonestacion se hiciese. Hizo fiestas la ciudad, por ser muy bienquisto el corregidor, con luminarias, toros y cañas el dia del desposorio: quedóse la jitana vieja en casa, que no se quiso apartar de su nieta Preciosa: llegaron las nuevas á la corte del caso y casamiento de la Jitanilla; supo D. Francisco de Cárcamo ser su hijo el jitano, y ser la Preciosa la Jitanilla que él habia visto, cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenia por perdido, por saber que no habia ido á Flándes; y mas porque vió cuán bien le estaba el casarse con hija de tan gran caballero y tan rico como era D. Fernando de Acevedo: dió priesa á su partida por llegar presto á ver á sus hijos, y dentro de veinte dias ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las vidas, y los poetas de la ciudad, que hay algunos y muy buenos, tomaron á cargo celebrar el extraño caso, juntamente con la sin igual belleza de la Jitanilla; y de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de la Preciosa miéntras los siglos duraren. Olvidábaseme de decir cómo la enamorada mesonera descubrió á la justicia no ser verdad lo del hurto de Andres el jitano, y confesó su amor y su culpa, á quien no respondió pena alguna, porque en la alegría del hallazgo de los desposados se enterró la venganza y resucitó la clemencia.

EL AMANTE LIBERAL.

¡Oh lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apénas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como careceis de sentido, le tuviérades ahora, en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntamente nuestras desgracias, y quizá el haber hallado compañía en ellas aliviaria nuestro tormento: esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez, aunque no para tan justa defensa como la en que os derribaron, os podeis ver levantados; mas yo desdichado ¿qué bien podré esperar en la miserable estrecheza en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba ántes deste en que me veo? tal es mi desdicha, que en la libertad fuí sin ventura, y en el cautiverio ni la tengo ni la espero.

Estas razones decia un cautivo cristiano, mirando desde un recuesto las murallas derribadas de la ya perdida Nicosia, y así hablaba con ellas, y hacia comparacion de sus miserias á las suyas, como si ellas fueran capaces de entenderle (propia condicion de afligidos, que llevados de sus imaginaciones hacen y dicen cosas ajenas de toda razon y buen discurso). En esto salió de un pabellon ó tienda, de cuatro que estaban en aquella campaña puestas, un turco mancebo de muy buena disposicion y gallardía, y llegándose al cristiano le dijo: Apostaria yo, Ricardo amigo, que te traen por estos lugares tus continuos pensamientos. Sí traen, respondió Ricardo (que este era el nombre del cautivo); mas ¿qué aprovecha si en ninguna parte á do voy hallo tregua ni descanso en ellos, ántes me los han acrecentado estas ruinas que desde aquí se descubren? Por las de Nicosia dirás, dijo el turco. Pues ¿por cuáles quieres que lo diga, repitió Ricardo, si no hay otras que á los ojos por aquí se ofrezcan? Bien tendrás que llorar, replicó el turco, si en esas contemplaciones entras; porque los que vieron habrá dos años á esta nombrada y rica isla de Chipre en su tranquilidad y sosiego, gozando sus moradores en ella de todo aquello que la felicidad humana puede conceder á los hombres, y ahora los ven, ó contemplan ó desterrados della, ó en ella cautivos y miserables, ¿cómo podrán dejar de no dolerse de su calamidad y desventura? Pero dejemos estas cosas, pues no llevan remedio, y vengamos á las tuyas, que quiero ver si lo tienen; y así te ruego por lo que debes á la buena voluntad que te he mostrado y por lo que te obliga el ser entrambos de una misma patria, y habernos criado en nuestra niñez juntos, que me digas ¿qué es la causa que te trae tan demasiadamente triste? que puesto caso que sola la del cautiverio es bastante para entristecer el corazon mas alegre del mundo, todavía imagino que de mas atras traen la corriente tus desgracias; porque los generosos ánimos como el tuyo no suelen rendirse á las comunes desdichas tanto que dén muestras de extraordinarios sentimientos: y hácame creer esto, el saber yo que no eres tan pobre que te falte para dar cuanto pidieren para tu rescate; ni estás en las torres del mar Negro, como cautivo de consideracion que tarde ó nunca alcanza la deseada libertad: así que no habiéndote quitado la mala suerte las esperanzas de verte libre, y

con todo esto verte rendido á dar miserables muestras de tu desventura, no es mucho que imagine que tu pena procede de otra causa que de la libertad que perdiste, la cual causa te suplico me digas, ofreciéndote cuanto puedo y valgo; quizá para que yo te sirva ha traido la fortuna este rodeo de haberme hecho vestir deste hábito, que aborrezco.

Ya sabes, Ricardo, que es mi amo el cadí desta ciudad (que es lo mismo que ser su obispo); sabes tambien lo mucho que vale y lo mucho que con él puedo: juntamente con esto no ignoras el deseo encendido que tengo de no morir en este estado que parece que profeso, pues cuando mas no pueda tengo de confesar y publicar á voces la fe de Jesucristo, de quien me apartó mi poca edad y ménos entendimiento, puesto que sé que tal confesion me ha de costar la vida, que á trueco de no perder la del alma, daré por bien empleado perder la del cuerpo: de todo lo dicho quiero que infieras y que consideres que te puede ser de algun provecho mi amistad, y que para saber qué remedios ó alivios puede tener tu desdicha, es menester que me la cuentes como ha menester el médico la relacion del enfermo, asegurándote que la depositaré en lo mas escondido del silencio. A todas estas razones estuvo callando Ricardo, y viéndose obligado dellas y de la necesidad le respondió con estas: Si así como has acertado, ó amigo Mahamut (que así se llamaba el turco), en lo que de mi desdicha imaginas, acertaras en su remedio, tuviera por bien perdida mi libertad, y no trocara mi desgracia con la mayor ventura que imaginarse pudiera; mas yo sé que ella es tal que todo el mundo podrá saber bien la causa de donde procede, mas no habrá en él persona que se atreva no solo á hallarle remedio, pero ni aun alivio: y para que quedes satisfecho desta verdad, te la contaré en las ménos razones que pudiere; pero ántes que entre en el confuso laberinto de mis males, quiero que me digas ¿qué es la causa que Azam bajá mi amo ha hecho plantar en esta campaña estas tiendas y pabellones ántes de entrar en Nicosia, adonde viene proveido por virey, ó por bajá como los turcos llaman á los vireyes? Yo te satisfaré brevemente, respondió Mahamut; y así has de saber que es costumbre entre los turcos, que los que van por vireyes de alguna provincia no entran en la ciudad donde su antecesor habita hasta que él salga della y deje hacer libremente al que viene la residencia; y en tanto que el bajá nuevo la hace, el antiguo se está en la campaña esperando lo que resulta de sus cargos, los cuales se le hacen sin que él pueda intervenir á valerse de sobornos y amistades, si ya primero no lo ha hecho: hecha pues la residencia se la dan al que deja el cargo en un pergamino cerrado y sellado, y con ella se presenta á la Puerta del Gran Señor, que es como decir en la corte ante el gran consejo del turco: la cual vista por el visir bajá, y por los otros cuatro bajáes menores (como si dijésemos ante el presidente del real consejo y oidores), ó le premian ó le castigan segun la relacion de la residencia; puesto que si viene culpado, con dineros rescata y excusa el castigo; si no viene culpado y no le premian, como sucede de ordinario, con dádivas y presentes alcanza el cargo que mas se le antoja, porque no se dan allí los cargos y oficios por merecimientos, sino por dineros: todo se vende y todo se compra: los proveedores de los cargos roban á los proveidos en ellos y los desuellan: deste oficio comprado sale la sustancia para comprar otro que mas ganancia promete: todo va como digo, todo este imperio es violento, señal que prometia no ser durable; pero á lo que yo creo, y así debe de ser verdad, le tienen sobre sus hombros nuestros pecados: quiero decir, los de aquellos que descaradamente y á rienda suelta ofenden á Dios como yo hago: él se acuerde de mí por quien es él. Por la causa que he dicho pues, tu amo Hazan bajá ha estado en esta campaña cuatro dias, y si el de Nicosia no ha salido como debia, ha sido por haber estado muy malo; pero ya está mejor y saldrá hoy ó mañana sin duda alguna, y se ha de alojar en unas tiendas que están detras deste recuesto que tú no has visto, y tu amo entrará luego en la ciudad: y esto es lo que hay que saber de lo que me preguntaste.

Escucha pues, dijo Ricardo; mas no sé si podré cumplir lo que ántes dije, que en breves razones te contaria mi desventura, por ser ella tan larga y desmedida, que no se puede medir con razon alguna; con todo eso haré lo que pudiere y lo que el tiempo diere lugar: y así te pregunto primero, si conoces en nuestro lugar de Trápana una doncella á quien la fama daba nombre de la mas hermosa mujer que habia en toda Sicilia: una doncella, digo, por quien decian todas las curiosas lenguas y afirmaban los mas raros entendimientos, que era la de mas perfecta hermosura que tuvo la edad pasada, tiene la presente y espera tener la que está por venir: una por quien los poetas cantaban que tenia los cabellos de oro, y que eran sus ojos dos resplandecientes soles, y sus mejillas purpúreas rosas, sus dientes perlas, sus labios rubíes, su garganta alabastro: y que sus partes con el todo, y el todo con sus partes hacian una maravillosa y concertada armonía, esparciendo naturaleza sobre todo una suavidad de colores tan natural y perfecta, que jamas pudo la envidia hallar cosa en que ponerle tacha. Qué ¿es posible, Mahamut, que ya no me has dicho quién es y cómo se llama? sin duda creo, ó que no me oyes, ó que cuando en Trápana estabas carecias de sentido. En verdad, Ricardo, respondió Mahamut, que si la que has pintado con tantos extremos de hermosura no es Leonisa, la hija de Rodolfo Florencio, no sé quién sea, que esta sola tenia la fama que dices. Esa es, ó Mahamut, respondió Ricardo, esa es, amigo, la causa principal de todo mi bien y de toda mi desventura: esa es, que no la perdida libertad, por quien mis ojos han derramado, derraman y derramarán lágrimas sin cuento, y la por quien mis suspiros encienden el aire cerca y léjos, y la por quien mis razones cansan al cielo que las escucha, y á los oidos que las oyen: esa es por quien tú me has juzgado por loco, ó por lo ménos por de poco valor y ménos ánimo: esta Leonisa, para mí leona, y mansa cordera para otro, es la que me tiene en este miserable estado; porque has de saber que desde mis tiernos años, ó á lo ménos desde que tuve uso de razon no solo la amé, mas la adoré y serví con tanta solicitud como si no tuviera en la tierra ni en el cielo otra deidad á quien sirviese ni adorase: sabian sus deudos y sus padres mis deseos, y jamas dieron muestras de que les pesase, considerando que iban encaminados á fin honesto y virtuoso; y así muchas veces sé yo que se lo dijeron á Leonisa, para disponerle la voluntad á que por su esposo me recebiese, conociendo mi calidad y nobleza: mas ella, que tenia puestos los ojos en Cornelio, el hijo de

Ascanio Rótulo, que tú bien conoces (mancebo galan, atildado, de blancas manos y rizos cabellos, de voz melifua y de amorosas palabras, y finalmente todo hecho de ámbar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornado de brocados), no quiso ponerlos en mi rostro no tan delicado como el de Cornelio, ni quiso agradecer siquiera mis muchos y continuos servicios, pagando mi voluntad con desdeñarme y aborrecerme; y á tanto llegó el extremo de amarla, que tomara por partido dichoso que me acabara á pura fuerza de desdenes y desagradecimientos, con que no diera descubiertos aunque honestos favores á Cornelio: mira pues si llegándose á la angustia del desden y aborrecimiento la mayor y mas cruel rabia de los celos, cuál estaria mi alma de dos tan mortales pestes combatida: disimulaban los padres de Leonisa los favores que á Cornelio hacia, creyendo, como estaba en razon que creyesen, que atraido el mozo de su incomparable y bellísima hermosura, la escogeria por su esposa, y en ello granjearian yerno mas rico que conmigo: y bien pudiera ser, si así fuera; pero no le alcanzaria, sin arrogancia sea dicho, de mejor condicion que la mia, ni de mas altos pensamientos, ni de mas conocido valor que el mio. Sucedió pues que en el discurso de mi pretension alcancé á saber que un dia del mes pasado de mayo, que este de hoy hace un año, tres dias, y cinco horas, Leonisa y sus padres, y Cornelio y los suyos se iban á solazar con toda su parentela y criados al jardin de Ascanio, que está cercano á la marina en el camino de las salinas. Bien lo sé, dijo Mahamut, pasa adelante, Ricardo, que mas de cuatro dias tuve en él, cuando Dios quiso, mas de cuatro buenos ratos. Súpelo, replicó Ricardo, y al mismo instante que lo supe me ocupó el alma una furia, una rabia y un infierno de celos con tanta vehemencia y rigor, que me sacó de mis sentidos, como lo verás por lo que luego hice, que fué irme al jardin donde me dijeron que estaban, y hallé á la mas de la gente solazándose, y debajo de un nogal sentados á Cornelio y á Leonisa, aunque desviados un poco: cuál ellos quedaron de mi vista no lo sé; de mí sé decir que quedé tal con la suya que perdí la de mis ojos, y me quedé como estatua sin voz ni movimiento alguno; pero no tardó mucho en despertar el enojo á la cólera, y la cólera á la sangre del corazon, y la sangre á la ira, y la ira á las manos y la lengua: puesto que las manos se ataron con el respeto á mi parecer debido al hermoso rostro que tenia delante; pero la lengua rompió el silencio con estas razones: Contenta estarás, ó enemiga mortal de mi descanso, en tener con tanto sosiego delante de tus ojos la causa que hará que los mios vivan en perpetuo y doloroso llanto: llégate, llégate, cruel, un poco mas, y enrede tu yedra á ese inútil tronco que te busca: peina ó ensortija aquesos cabellos de ese tu nuevo Ganimédes, que tibiamente te solicita: acaba ya de entregarte á los banderizos años dese mozo en quien contemplas; porque perdiendo yo la esperanza de alcanzarte, acabe con ella la vida que aborrezco: ¿piensas por ventura, soberbia y mal considerada doncella, que contigo sola se han de romper y faltar las leyes y fueros que en semejantes casos en el mundo se usan? ¿Piensas, quiero decir, que ese mozo altivo por su riqueza, arrogante por su gallardía, inexperto por su edad poca, confiado por su linaje, ha de querer, ni poder, ni saber guardar firmeza en sus amores, ni estimar lo inestimable, ni conocer lo que conocen los maduros y experimentados años? No lo pienses, si lo piensas, porque no tiene otra cosa buena el mundo, sino hacer sus acciones siempre de una misma manera, porque no se engañe nadie sino por su propia ignorancia: en los pocos años está la inconstancia mucha, en los ricos la soberbia, la vanidad en los arrogantes, y en los hermosos el desden, y en los que todo esto tienen la necedad, que es madre de todo mal suceso: y tú, ó mozo, que tan á salvo piensas llevar el premio mas debido á mis buenos deseos que á los ociosos tuyos, ¿por qué no te levantas dese estrado de flores donde yaces, y vienes á sacarme el alma que tanto la tuya aborrece? y no porque me ofendas en lo que haces, sino porque no sabes estimar el bien que la ventura te concede: y vese claro que le tienes en poco, en que no quieres moverte á defenderle por no ponerte á riesgo de descomponer la afeitada compostura de tu galan vestido: si esa tu reposada condicion tuviera Aquíles, bien seguro estuviera Ulíses de no salir con su empresa, aunque mas le mostrara resplandecientes armas y acerados alfanjes: vete, vete, y recréate entre las doncellas de tu madre, y allí ten cuidado de tus cabellos y de tus manos, mas dispuestas á devanar blando sirgo, que á empuñar la dura espada. A todas estas razones jamas se levantó Cornelio del lugar donde le hallé sentado; ántes se estuvo quedo, mirándome como embelesado sin moverse: y á las levantadas voces con que le dije lo que has oido, se fué llegando la gente que por la huerta andaba, y se pusieron á escuchar otros mas improperios que á Cornelio le dije, el cual tomando ánimo con la gente que acudió, porque todos ó los mas eran sus parientes, criados ó allegados, dió muestras de levantarse; mas ántes que se pusiese en pié puse mano á mi espada y acometile no solo á él, sino á todos cuantos allí estaban; pero apénas vió Leonisa relucir mi espada cuando le tomó un recio desmayo, cosa que me puso en mayor coraje y mayor despecho; y no te sabré decir, si los muchos que me acometieron atendian no mas de á defenderse, como quien se defiende de un loco furioso, ó si fué mi buena suerte y diligencia, ó el cielo que para mayores males queria guardarme, porque en efecto herí siete ú ocho de los que hallé mas á mano: á Cornelio le valió su buena diligencia, pues fué tanta la que puso en los piés huyendo, que se escapó de mis manos: estando en este tan manifiesto peligro, cercado de mis enemigos, que ya como ofendidos procuraban vengarse, me socorrió la ventura con un remedio, que fuera mejor haber dejado allí la vida, que no restaurándola por tan no pensado camino venir á perderla cada hora mil y mil veces: y fué que de improviso dieron en el jardin mucha cantidad de turcos de dos galeotas de cosarios de Viserta, que en una cala que allí cerca estaba habian desembarcado sin ser sentidos de las centinelas de las torres de la marina, ni descubiertos de los corredores ó atajadores de la costa: cuando mis contrarios los vieron, dejándome solo, con presta celeridad se pusieron en cobro: de cuantos en el jardin estaban, no pudieron los turcos cautivar mas de á tres personas, y á Leonisa que aun se estaba desmayada: á mí me cogieron con cuatro disformes heridas, vengadas ántes por mi mano con cuatro turcos que de otras cuatro dejé sin vida tendidos en el suelo: este asalto hicieron los turcos con su acostumbrada diligencia, y no muy con-

tentos del suceso se fuéron á embarcar, y luego se hiciéron á la mar, y á vela y remo en breve espacio se pusieron en la Fabiana: hiciéron reseña por ver qué gente les faltaba, y viendo que los muertos eran cuatro soldados de aquellos que ellos llaman levantes, y de los mejores y mas estimados que traian, quisieron tomar en mí la venganza, y así mandó el arraez de la capitana bajar la entena para ahorcarme. Todo esto estaba mirando Leonisa, que ya habia vuelto en sí, y viéndose en poder de los cosarios derramaba abundancia de hermosas lágrimas, y torciendo sus manos delicadas, sin hablar palabra estaba atenta á ver si entendia lo que los turcos decian: mas uno de los cristianos del remo le dijo en italiano cómo el arraez mandaba ahorcar aquel cristiano, señalándome á mí, porque habia muerto en su defensa á cuatro de los mejores soldados de las galeotas: lo cual oido y entendido por Leonisa, la vez primera que se mostró para mí piadosa, dijo al cautivo que dijese á los turcos que no me ahorcasen, porque perderian un gran rescate, y que les rogaba volviesen á Trápana, que luego me rescatarian: esta, digo, fué la primera, y aun será la última caridad que usó conmigo Leonisa, y todo para mayor mal mio. Oyendo pues los turcos las razones que el cautivo italiano les decia, le creyeron fácilmente, y mudóles el interes la cólera. Otro dia por la mañana, alzando bandera de paz volvieron á Trápana: aquella noche la pasé con el dolor que imaginarse puede, no tanto por el que mis heridas me causaban, cuanto por imaginar el peligro en que la cruel enemiga mia entre aquellos bárbaros estaba. Llegados pues como digo á la ciudad, entró en el puerto la una galeota, y la otra se quedó fuera: coronóse luego todo el puerto y la ribera toda de cristianos, y el lindo de Cornelio desde léjos estaba mirando lo que en la galeota pasaba: acudió luego un mayordomo mio á tratar de mi rescate, al cual dije que en ninguna manera tratase de mi libertad sino de la de Leonisa, y que diese por ella todo cuanto valía mi hacienda, y mas le ordené que volviese á tierra, y dijese á los padres de Leonisa, que le dejasen á él tratar de la libertad de su hija, y que no se pusiesen en trabajo por ella. Hecho esto, el arraez principal, que era un renegado griego llamado Yzuf, pidió por Leonisa seis mil escudos, y por mí cuatro mil, añadiendo que no daria el uno sin el otro: pidió esta gran suma, segun despues supe, porque estaba enamorado de Leonisa, y no quisiera él rescatarla sino darla al arraez de la otra galeota, con quien habia de partir las presas que se hiciesen por mitad, á mí en precio de cuatro mil escudos, y mil en dinero que hacian cinco mil, y quedarse con Leonisa por otros cinco mil: y esta fué la causa porque nos apreció á los dos en diez mil escudos. Los padres de Leonisa no ofreciéron de su parte nada, atenidos á la promesa que de mi parte mi mayordomo les habia hecho: ni Cornelio movió los labios en su provecho; y así despues de muchas demandas y respuestas, concluyó mi mayordomo en dar por Leonisa cinco mil, y por mí tres mil escudos. Aceptó Yzuf este partido forzado de las persuasiones de su compañero y de lo que todos sus soldados le decian; mas como mi mayordomo no tenia junta tanta cantidad de dineros, pidió tres dias de término para juntarlos, con intencion de malbaratar mi hacienda hasta cumplir el rescate. Holgóse desto Yzuf, pensando hallar en este tiempo ocasion para que el concierto no pasase adelan-

te, y volviéndose á la isla de la Fabiana, dijo que lle
el término de los tres dias volveria por el dinero.
la ingrata fortuna, no cansada de maltratarme, or
que estando desde lo mas alto de la isla puesta á la gu
una centinela de los turcos, bien dentro á la mar d
brió seis velas latinas, y entendió, como fué ver
que debian ser ó la escuadra de Malta, ó algunas d
de Sicilia: bajó corriendo á dar la nueva, y en un
samiento se embarcaron los turcos que estaban en ti
cuál guisando de comer, cuál lavando su ropa; y
pando con no vista presteza dieron al agua los re
al viento las velas, y puestas las proas en Berbería
ménos de dos horas perdieron de vista las galeras;
cubiertos con la isla y con la noche que venia cerc
aseguraron del miedo que habian cobrado. A tu b
consideracion dejo, ó Mahamut amigo, que consid
cuál iria mi ánimo en aquel viaje tan contrario del
yo esperaba; y mas cuando otro dia habiendo lle
las dos galeotas á la isla de la Pantanalea por la parte
mediodía, los turcos saltaron en tierra á hacer le
carne, como ellos dicen, y mas cuando vi que los a
ces saltaron en tierra, y se pusieron á hacer las pa
de todas las presas que habian hecho; cada accion d
tas fué para mí una dilatada muerte: viniendo pues
particion mia y de Leonisa, Yzuf dió á Fetala (que as
llamaba el arraez de la otra galeota) seis cristianos,
cuatro para el remo, y dos muchachos hermosísimos,
nacion corsos, y á mí con ellos, por quedarse con L
nisa, de lo cual se contentó Fetala; y aunque est
presente á todo esto, nunca pude entender lo que deci
aunque sabía lo que hacian, ni entendiera por entón
el modo de la particion, si Fetala no se llegara á m
me dijera en italiano: Cristiano, ya eres mio, en
mil escudos de oro te me han dado; si quieres libert
has de dar cuatro mil, si no acá morir. Preguntéle
era tambien suya la cristiana: díjome que no, sino q
Ysuf se quedaba con ella con intencion de volverla m
y casarse con ella: y así era la verdad, porque me lo d
uno de los cautivos del remo que entendia bien el t
quesco, y se lo habia oido tratar á Yzuf y á Fetala.
jele á mi amo que hiciese de modo como se quedase
la cristiana, y que le daria por su rescate solo diez
escudos de oro en oro. Respondióme no ser posib
pero que haria que Yzuf supiese la gran suma que le o
cia por la cristiana, que quizá llevado del interese, m
daria de intencion y la rescataria. Hízolo así, y man
que todos los de su galeota se embarcasen luego, p
que se queria ir á Trípol de Berbería, de donde él e
Yzuf asimismo determinó irse á Viserta: y así se emb
caron con la misma priesa que suelen cuando descubr
ó galeras de quien temer, ó bajeles á quien robar: mov
les á darse priesa, por parecerles que el tiempo muda
con muestras de borrasca. Estaba Leonisa en tier
pero no en parte que yo la pudiese ver, sino fué que
tiempo del embarcarnos llegamos juntos á la marin
llevábala de la mano su nuevo amo y su mas nuevo ama
te, y al entrar por la escala que estaba puesta des
tierra á la galeota, volvió los ojos á mirarme, y los mi
que no se quitaban della, la miraron con tan tierno se
timiento y dolor, que sin saber cómo, se me puso u
nube ante ellos que me quitó la vista, y sin ella y s
sentido alguno di conmigo en el suelo: lo mismo me d
jeron despues que habia sucedido á Leonisa, porque

vimos caer de la escala á la mar, y que Yzuf se habia echado tras ella y la sacó en brazos: esto me contaron dentro de la galeota de mi amo, donde me habian puesto sin que yo lo sintiese; mas cuando volví de mi desmayo, y me ví solo en la galeota, y que la otra tomando otra derrota, se apartaba de nosotros, llevándose consigo la mitad de mi alma, ó por mejor decir toda ella, cubrióseme el corazon de nuevo, y de nuevo maldije mi ventura, y llamé á la muerte á voces; y eran tales los sentimientos que hacia, que mi amo enfadado de oirme, con un grueso palo me amenazó que si no callaba me maltrataria: reprimí las lágrimas, recogí los suspiros, creyendo que con la fuerza que les hacia reventarian por parte que abriesen puerta al alma, que tanto deseaba desamparar este miserable cuerpo; mas la suerte, aun no contenta de haberme puesto en tan encogido estrecho, ordenó de acabar con todo, quitándome las esperanzas de todo mi remedio, y fué que en un instante se declaró la borrasca que ya se temia, y el viento que de la parte de mediodía soplaba y nos embestia por la proa comenzó á reforzar con tanto brio, que fué forzoso volverle la popa y dejar correr el bajel por donde el viento queria llevarle, con harto riesgo de los que en él llevaban puesta la confianza de sus vidas. Llevaba designio el arraez de despuntar la isla, y tomar abrigo en ella por la banda del norte; mas sucedióle al reves su pensamiento, porque el viento cargó con tanta furia, que todo lo que habiamos navegado en dos dias, en poco mas de catorce horas nos vimos á seis millas ó siete de la propia isla de donde habiamos partido, y sin remedio alguno íbamos á embestir en ella, y no en alguna playa, sino en unas muy levantadas peñas que á la vista se nos ofrecian, amenazando de inevitable muerte nuestras vidas: vimos á nuestro lado la galeota de nuestra conserva, donde estaba Leonisa, y todos sus turcos y cautivos remeros haciendo fuerza con los remos para entretenerse y no dar en las peñas: lo mismo hicieron los de la nuestra con mas ventaja y esfuerzo á lo que pareció, que los de la otra, los cuales cansados del trabajo, y vencidos del teson del viento y de la tormenta, soltando los remos se abandonaron y se dejaron ir á vista de nuestros ojos á embestir en las peñas, donde dió la galeota tan grande golpe, que toda se hizo pedazos: comenzaba á cerrar la noche, y fué tamaña la grita de los que se perdian y el sobresalto de los que en nuestro bajel temian perderse, que ninguna cosa de las que nuestro arraez mandaba se entendia ni se hacia; solo se atendia á no dejar los remos de las manos, tomando por remedio volver la proa al viento y echar dos áncoras á la mar para entretener con esto algun tiempo la muerte que por cierta tenian; y aunque el miedo de morir era general en todos, en mí era muy al contrario, porque con la esperanza engañosa de ver en el otro mundo á la que habia tan poco que deste se habia apartado, cada punto que la galeota tardaba en anegarse ó en embestir en las peñas, era para mí un siglo de mas penosa muerte: las levantadas olas que por encima del bajel y de mi cabeza pasaban, me hacian estar atento á ver si en ellas venía el cuerpo de la desdichada Leonisa: no quiero detenerme ahora, ó Mahamut, en contarte por menudo los sobresaltos, los temores, las ansias, los pensamientos que en aquella luenga y amarga noche tuve y pasé, por no ir contra lo que primero propuse de contarte brevemente mi desventura; basta decirte que fuéron tantos y tales que si la muerte viniera en aquel tiempo, tuviera bien poco que hacer en quitarme la vida: vino el dia con muestras de mayor tormenta que la pasada, y hallamos que el bajel habia virado un gran trecho, habiéndose desviado de las peñas un buen espacio, y llegádose á una punta de la isla; viéndose tan á pique de doblarla turcos y cristianos con nueva esperanza y fuerzas nuevas, al cabo de seis horas doblamos la punta, y hallamos mas blando el mar y mas sosegado, de modo que mas fácilmente nos aprovechamos de los remos, y abrigados con la isla tuvieron lugar los turcos de saltar en tierra para ir á ver si habia quedado alguna reliquia de la galeota, que la noche ántes dió en las peñas; mas aun no quiso el cielo concederme el alivio que esperaba tener de ver en mis brazos el cuerpo de Leonisa, que aunque muerto y despedazado holgara de verle, por romper aquel imposible que mi estrella me puso de juntarme con él como mis buenos deseos merecian; y así rogué á un renegado que queria desembarcarse, que le buscase y viese si la mar lo habia arrojado á la orilla; pero, como ya he dicho, todo esto me negó el cielo, pues al mismo instante tornó á embravecerse el viento de manera que el amparo de la isla no fué de algun provecho: viendo esto Fetala, no quiso contrastar contra la fortuna que tanto le perseguia; y así mandó poner el trinquete al árbol y hacer un poco de vela, volvió la proa á la mar y la popa al viento; y tomando él mismo el cargo del timon, se dejó correr por el ancho mar, seguro que ningun impedimento le estorbaria su camino: iban los remos igualados en la crujía, y toda la gente sentada por los bancos y ballesteras, sin que en toda la galeota se descubriese otra persona que la del cómitre, que por mas seguridad suya se hizo atar fuertemente al estanterol: volaba el bajel con tanta lijereza que en tres dias y tres noches, pasando á la vista de Trápana, de Melazo y de Palermo, embocó por el Faro de Mesina, con maravilloso espanto de los que iban dentro y de aquellos que desde la tierra los miraban. En fin, por no ser tan prolijo en contar la tormenta como ella lo fué en su porfía, digo que cansados, hambrientos y fatigados con tan largo rodeo, como fué bojar casi toda la isla de Sicilia, llegamos á Trípol de Berbería, donde á mi amo (ántes de haber hecho con sus levantes la cuenta del despojo, y dádoles lo que les tocaba, y su quinto al rey, como es costumbre), le dió un dolor de costado tal, que dentro de tres dias dió con él en el infierno: púsose luego el rey de Trípol en toda su hacienda, y el alcaide de los muertos que allí tiene el Gran Turco (que como sabes es heredero de los que no le dejan en su muerte), estos dos tomaron toda la hacienda de Fetala mi amo, y yo cupe á este que entónces era virey de Trípol; y de allí á quince dias le vino la patente de virey de Chipre, con el cual he venido hasta aquí sin intento de rescatarme, porque aunque él me ha dicho muchas veces que me rescate, pues soy hombre principal, como se lo dijeron los soldados de Fetala, jamas he acudido á ello, ántes le he dicho que le engañaron los que le dijeron grandezas de mi posibilidad: y si quieres, Mahamut, que te diga todo mi pensamiento, has de saber que no quiero volver á parte donde por alguna via pueda tener cosa que me consuele, y quiero que juntándose á la vida del cautiverio los pensamientos y memorias que jamas me dejan de la muerte de Leonisa, vengan á ser parte para que

yo no la tenga jamas de gusto alguno: y si es verdad que los continuos dolores forzosamente se han de acabar ó acabar á quien los padece, los mios no podrán dejar de hacerlo, porque pienso darles rienda de manera que á pocos dias dén alcance á la miserable vida que tan contra mi voluntad sostengo. Este es, ó Mahamut hermano, el triste suceso mio: esta es la causa de mis suspiros y de mis lágrimas, mira tú ahora y considera si es bastante para sacarlos de lo profundo de mis entrañas, y para engendrarlos en la sequedad de mi lastimado pecho. Leonisa murió, y con ella mi esperanza; que puesto que la que tenia ella viviendo, se sustentaba de un delgado cabello, todavía, todavía: y en este todavía se le pegó la lengua al paladar, de manera que no pudo hablar mas palabra ni detener las lágrimas que, como suele decirse, hilo á hilo le corrian por el rostro en tanta abundancia que llegaron á humedecer el suelo. Acompañóle en ellas Mahamut; pero pasándose aquel parasismo causado de la memoria renovada en el amargo cuento, quiso Mahamut consolar á Ricardo con las mejores razones que supo; mas él las atajó diciéndole: Lo que has de hacer, amigo, es aconsejarme qué haré yo para caer en desgracia de mi amo y de todos aquellos con quien yo comunicare, para que siendo aborrecido dél y dellos, los unos y los otros me maltraten y persigan de suerte, que añadiendo dolor á dolor y pena á pena, alcance con brevedad lo que deseo, que es acabar la vida. Ahora he hallado ser verdadero, dijo Mahamut, lo que suele decirse, que lo que se sabe sentir se sabe decir, puesto que algunas veces el sentimiento enmudece la lengua; pero como quiera que ello sea, Ricardo (ora llegue tu dolor á tus palabras, ora ellas se le aventajen), siempre has de hallar en mí un verdadero amigo ó para ayuda ó para consejo; que aunque mis pocos años y el desatino que he hecho en vestirme este hábito, están dando voces que de ninguna destas dos cosas que te ofrezco se puede fiar ni esperar cosa alguna, yo procuraré que no salga verdadera esta sospecha, ni pueda tenerse por cierta tal opinion; y puesto que tú no quieras ni ser aconsejado ni favorecido, no por eso dejaré de hacer lo que te conviniere, como suele hacerse con el enfermo que pide lo que no le dan y le dan lo que le conviene: no hay en toda esta ciudad quien pueda ni valga como el cadí mi amo, ni aun el tuyo, que viene por visorey della, ha de poder tanto: y siendo esto así, como lo es, yo puedo decir que soy el que mas puedo en la ciudad, pues puedo con mi patron todo lo que quiero: digo esto, porque podria ser dar traza con él para que vinieses á ser suyo, y estando en mi compañía, el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer, á tí para consolarte si quieres ó pudieres tener consuelo, y á mí para salir desta á mejor vida ó á lo ménos á parte donde la tenga mas segura cuando la deje. Yo te agradezco, contestó Ricardo, Mahamut, la amistad que me ofreces, aunque estoy cierto que con cuanto hicieres no has de poder cosa que en mi provecho resulte; pero dejemos ahora esto, y vamos á las tiendas, porque á lo que veo, sale de la ciudad mucha gente, y sin duda es el antiguo virey que sale á estarse en la campaña por dar lugar á mi amo que entre en la ciudad á hacer la residencia. Así es, dijo Mahamut; ven pues, Ricardo, y verás las ceremonias con que se reciben, que sé que gustarás de verlas. Vamos en buen hora, dijo Ricardo, quizá te habré menester, si acaso el guardian de cautivos de mi amo me ha echado ménos, que es u negado corso de nacion, y de no muy piadosas entr Con esto dejaron la plática, y llegaron á las tien tiempo que llegaba el antiguo bajá, y el nuevo le s recebir á la puerta de la tienda.

Venía acompañado Alí bajá (que así se llamaba e dejaba el gobierno) de todos los genízaros que de nario están de presidio en Nicosia despues que lo cos la ganaron, que serian hasta quinientos: venía dos alas ó hileras, los unos con escopetas, y los otro alfanjes desnudos; llegaron á la puerta del nuevo Hazan, la rodearon todos, y Alí bajá inclinando el po, hizo reverencia á Hazan, y él con ménos inclina le saludó: luego se entró Alí en el pabellon de Haz los turcos le subieron sobre un poderoso caballo mente aderezado, y trayéndole á la redonda de las das y por todo un buen espacio de la campaña, d voces y gritos, diciendo en su lengua: Viva, viva S man sultan, y Hazan bajá en su nombre: repiti esto muchas veces, reforzando las voces y los alar y luego le volvieron á la tienda, donde habia qued Alí bajá, el cual con el cadí y Hazan se encerraro ella por espacio de una hora solos. Dijo Mahamut á cardo, que se habia encerrado á tratar de lo que con nía hacer en la ciudad acerca de las obras que allí jaba comenzadas. De allí á poco tiempo salió el cadí puerta de la tienda, y dijo á voces en lengua turques arábiga y griega, que todos los que quisiesen entr pedir justicia, ó otra cosa contra Alí bajá, podrian trar libremente, que allí estaba Hazan bajá, á quien Gran Señor enviaba por virey de Chipre, que les gu daria toda razon y justicia. Con esta licencia los geníz ros dejaron desocupada la puerta de la tienda, y die lugar á que entrasen los que quisiesen. Mahamut h que entrase con él Ricardo, que por ser esclavo de H zan no se le impidió la entrada. Entraron á pedir jus cia, así griegos cristianos como algunos turcos, y to de cosas de tan poca importancia, que las mas despa el cadí sin dar traslado á la parte, sin autos, deman ni respuestas, que todas las causas (si no son las ma moniales) se despachan en pié y en un punto, má juicio de buen varon que por ley alguna: y entre aq llos bárbaros, si lo son en esto, el cadí es el juez comp tente de todas las causas, que las abrevia en la uña, las sentencia en un soplo, sin que haya apelacion de sentencia para otro tribunal. En esto entró un cha que es como alguacil, y dijo que estaba á la puerta de tienda un judío, que traia á vender una hermosísi cristiana: mandó el cadí que le hiciese entrar: salió chauz, y volvió á entrar luego, y con él un venera judío que traia de la mano á una mujer vestida en bito berberisco, tan bien aderezada y compuesta, q no lo pudiera estar tan bien la mas rica mora de Fez de Marruecos, que en aderezarse llevan la ventaja á das las africanas, aunque entren las de Argel con perlas tantas: venía cubierto el rostro con un tafe carmesí; por las gargantas de los piés que se des brian, parecian dos carcajes (que así se llaman las ma llas en arábigo), al parecer de puro oro; y en los b zos, que asimismo por una camisa de cendal delgado descubrian ó traslucian, traia otros carcajes de oro se brados de muchas perlas: en resolucion, en cuanto traje, ella venía rica y gallardamente aderezada. Ad

rados desta primera vista el cadí y los demás bajáes, ántes que otra cosa dijesen ni preguntasen, mandaron al judío que hiciese que se quitase el antifaz la cristiana: hízolo así, y descubrió un rostro que así deslumbró los ojos y alegró los corazones de los circunstantes, como el sol que por entre cerradas nubes despues de mucha oscuridad se ofrece á los ojos de los que le desean: tal era la belleza de la cautiva cristiana, y tal su brio y su gallardía; pero en quien con mas efecto hizo impresion la maravillosa luz que habia descubierto, fué en el lastimado Ricardo, como en aquel que mejor que otro la conocia, pues era su cruel y amada Leonisa, que tantas veces y con tantas lágrimas por él habia sido tenida y llorada por muerta. Quedó á la improvisa vista de la singular belleza de la cristiana, traspasado el corazon de Alí, y en el mismo grado y con la misma herida se halló el de Hazan, sin quedarse exento de la amorosa llaga el del cadí, que mas suspenso que todos, no sabía quitar los ojos de los hermosos de Leonisa. Y para encarecer las poderosas fuerzas de amor, se ha de saber que en aquel mismo punto nació en los corazones de los tres, una á su parecer firme esperanza de alcanzarla y de gozarla: y así, sin querer saber el cómo, ni el dónde, ni cuándo habia venido á poder del judío, le preguntaron el precio que por ella queria: el codicioso judío respondió que cuatro mil doblas, que vienen á ser dos mil escudos; mas apénas hubo declarado el precio, cuando Alí bajá dijo que él los daba por ella, y que fuese luego á contar el dinero á su tienda: empero Hazan bajá, que estaba de parecer de no dejarla, aunque aventurase en ello la vida, dijo: Yo asimismo doy por ella las cuatro mil doblas que el judío pide, y no las diera ni me pusiera á ser contrario de lo que Alí ha dicho, si no me forzara lo que él mismo dirá que es razon que me obligue y fuerce, y es que esta gentil esclava no pertenece para ninguno de nosotros, sino para el Gran Señor solamente; y así digo que en su nombre la compro: veamos agora quién será el atrevido que me la quite. Yo seré, replicó Alí, porque para el mismo efeto la compro, y estáme á mí mas á cuento hacer al Gran Señor este presente por la comodidad de llevarla luego á Constantinopla, granjeando con él la voluntad del Gran Señor; que como hombre que quedo (Hazan, como tú ves) sin cargo alguno, he de buscar medios de tenerle, de lo que tú estás seguro por tres años, pues hoy comienzas á mandar y á gobernar este riquísimo reino de Chipre: así que por estas razones y por haber sido yo el primero que ofrecí el precio por la cautiva, está puesto en razon, ó Hazan, que me la dejes. Tanto mas es de agradecerme á mí, respondió Hazan, el procurarla y enviarla al Gran Señor, cuanto lo hago sin moverme á ello interes alguno; y en lo de la comodidad de llevarla, una galeota armaré con sola mi chusma y mis esclavos, que la lleve. Azoróse con estas razones Alí, y levantándose en pié, empuñó el alfanje, diciendo: Siendo, ó Hazan, nuestros intentos unos, que es presentar y llevar esta cristiana al Gran Señor, y habiendo sido yo el comprador primero, está puesto en razon y en justicia que me la dejes á mí, y cuando otra cosa pensares, este alfanje que empuño defenderá mi derecho y castigará tu atrevimiento. El cadí, que á todo estaba atento, y que no ménos que los dos ardia, temeroso de quedar sin la cristiana, imaginó cómo poder atajar el gran fuego que se habia encendido, y juntamente quedarse con la cautiva sin dar alguna sospecha de su dañosa intencion y traidoras entrañas; y así, levantándose en pié, se puso entre los dos, que tambien lo estaban, y dijo: Sosiégate, Hazan, y tú, Alí, estáte quedo, que yo estoy aquí, que sabré y podré componer vuestras diferencias de manera que los dos consigais vuestros intentos, y el Gran Señor, como deseais, sea servido, y quede juntamente agradecido y obligado á ambos. A las palabras del cadí obedecieron luego; y aun si otra cosa mas dificultosa les mandara, hicieran lo mismo (tanto es el respeto que tienen á sus canas los de aquella dañada secta); prosiguió pues el cadí, diciendo: Tú dices, Alí, que quieres esta cristiana para el Gran Señor, y Hazan dice lo mismo: tú alegas que por ser el primero en ofrecer el precio, ha de ser tuya: Hazan te lo contradice, y aunque él no sabe fundar su razon, yo hallo que tiene la misma que tú tienes, y es la intencion que sin duda debió de nacer á un mismo tiempo que la tuya, en querer comprar la esclava para el mismo efeto; solo le llevaste tú la ventaja en haberte declarado primero, y esto no ha de ser parte para que de todo en todo quede defraudado su buen deseo; y así me parece será bien concertaros en esta forma: que la esclava sea de entrambos, y pues el uso della ha de quedar á la voluntad del Gran Señor, para quien se compró, á él toca disponer della; y en tanto pagarás tú, Hazan, dos mil doblas, y Alí otras dos mil, y quédese la cautiva en poder mio para que en nombre de entrambos yo la envíe á Constantinopla, porque no quede sin algun premio, siquiera por haberme hallado presente: y así me ofrezco de enviarla á mi costa, con la autoridad y decencia que se debe á quien se envía, escribiendo al Gran Señor todo lo que aquí ha pasado, y la voluntad que los dos habeis mostrado á su servicio. No supieron, ni pudieron, ni quisieron contradecirle los dos enamorados turcos; y aunque vieron que por aquel camino no conseguian su deseo, hubieron de pasar por el parecer del cadí, formando y criando cada uno allá en su ánimo una esperanza que, aunque dudosa, les prometia poder llegar al fin de sus encendidos deseos. Hazan, que se quedaba por virey de Chipre, pensaba dar tantas dádivas al cadí, que vencido y obligado, le diese la cautiva. Alí imaginó de hacer un hecho que le aseguró salir con lo que deseaba, y teniendo por cierto cada cual su designio, vinieron con facilidad en lo que el cadí quiso, y de consentimiento y voluntad de los dos, se la entregaron luego, y pagaron al judío cada uno dos mil doblas: dijo el judío que no la habia de dar con los vestidos que tenia, porque valian otras dos mil doblas; y así era la verdad, á causa que en los cabellos (que parte por las espaldas sueltos traia, y parte atados y enlazados por la frente) se parecian algunas hileras de perlas que con extremada gracia se enredaban con ellos: las manillas de los piés y manos asimismo venian llenas de gruesas perlas: el vestido era una almalafa de raso verde, toda bordada y llena de trencillas de oro: en fin, les pareció á todos que el judío anduvo corto en el precio que pidió por el vestido, y el cadí, por no mostrarse ménos liberal que los dos bajáes, dijo que él queria pagarle, porque de aquella manera se presentase al Gran Señor la cristiana: tuviéronlo por bien los dos competidores, creyendo cada uno que todo habia de venir á su poder. Falta ahora por decir lo que sintió Ricardo de

ver andar en almoneda su alma, y los pensamientos que en aquel punto le vinieron, y los temores que le sobresaltaron viendo que el haber hallado á su querida prenda era para mas perderla: no sabía darse á entender si estaba dormido ó despierto, no dando crédito á sus mismos ojos de lo que veian; porque le parecia cosa imposible ver tan impensadamente delante dellos á la que pensaba que para siempre los habia cerrado: llegóse en esto á su amigo Mahamut, y díjole: ¿No la conoces, amigo? No la conozco, dijo Mahamut. Pues has de saber, replicó Ricardo, que es Leonisa. ¿Qué es lo que dices, Ricardo? dijo Mahamut. Lo que has oido, dijo Ricardo. Pues calla, y no la descubras, dijo Mahamut; que la ventura va ordenando que la tengas buena y próspera, porque ella va á poder de mi amo. ¿Parécete, dijo Ricardo, que será bien ponerme en parte donde pueda ser visto? No, dijo Mahamut, porque no la sobresaltes ó te sobresaltes, y no vengas á dar indicio de que la conoces ni que la has visto; que podria ser que redundase en perjuicio de mi designio. Seguiré tu parecer, respondió Ricardo; y así anduvo huyendo de que sus ojos se encontrasen con los de Leonisa, la cual tenia los suyos en tanto que esto pasaba clavados en el suelo, derramando algunas lágrimas, cuyo valor podria competir con las orientales perlas. Llegóse el cadí á ella, y asiéndola de la mano, se la entregó á Mahamut; mandóle que la llevase á la ciudad y se la entregase á su señora Halima, y le dijese la tratase como esclava del Gran Señor: hízolo así Mahamut, y dejó solo á Ricardo, que con los ojos fué siguiendo á su estrella hasta que se le encubrió con la nube de los muros de Nicosia. Llegóse al judío, y preguntóle que adónde habia comprado, ó en qué modo habia venido á su poder aquella cautiva cristiana. El judío le respondió que en la isla de Pantanalea la habia comprado á unos turcos que allí habian dado al traves; y queriendo proseguir adelante, lo estorbó el venirle á llamar de parte de los bajáes que querian preguntarle lo que Ricardo deseaba saber; y con esto se despidió dél.

En el camino que habia desde las tiendas á la ciudad tuvo lugar Mahamut de preguntar á Leonisa en lengua italiana que de qué lugar era. La cual le respondió que de la ciudad de Trápana; preguntóle asimismo Mahamut, si conocia en aquella ciudad á un caballero rico y noble que se llamaba Ricardo. Oyendo lo cual Leonisa, dió un gran suspiro, y dijo: Sí conozco por mi mal. ¿Cómo por vuestro mal? dijo Mahamut. Porque él me conoció á mí por el suyo y por mi desventura, respondió Leonisa. ¿Y por ventura, preguntó Mahamut, conocisteis tambien en la misma ciudad á otro caballero de gentil disposicion, hijo de padres muy ricos, y él por su persona muy valiente, muy liberal y muy discreto, que se llamaba Cornelio? Tambien lo conozco, respondió Leonisa, y podré decir mas por mi mal que no á Ricardo; mas ¿quién sois vos, señor, que los conoceis y por ellos me preguntais? que sin duda el cielo, condolido de cuantos trabajos y fortunas hasta aquí he pasado, me ha echado á parte donde, ya que no se acaben, halle con quien me consuele en ellos. Soy, dijo Mahamut, natural de Palermo, que por varios accidentes estoy en este traje y vestido diferente del que yo solia traer, y conózcolos porque no ha muchos dias que entrambos estuvieron en mi poder, que á Cornelio le cautivaron unos moros de Trípol de Berbería, y le vendieron á un turco que le trujo á esta isla, donde vino con mercancías, porque es mercader de Ródas, el cual fiaba de Cornelio toda su hacienda. Bien se la sabrá guardar, dijo Leonisa, porque sabe guardar muy bien la suya; pero decidme, señor, ¿cómo ó con quién vino Ricardo á esta isla? Vino, respondió Mahamut, con un cosario que le cautivó estando en un jardin de la marina de Trápana, y con él dijo que habia cautivado una doncella que nunca me quiso decir su nombre: estuvo aquí algunos dias con su amo, que iba á visitar el sepulcro de Mahoma, que está en la ciudad de Almedina, y al tiempo de la partida cayó Ricardo tan enfermo é indispuesto, que su amo me le dejó por ser de mi tierra, para que le curase y tuviese cargo dél hasta su vuelta, ó que si por aquí no volviese, se le enviase á Constantinopla, que él me avisaria cuando allá estuviese; pero el cielo lo ordenó de otra manera, pues el sin ventura Ricardo, sin tener accidente alguno, en pocos dias se acabaron los de su vida, que tanto aborrecia, siempre llamando entre sí á una Leonisa, á quien él me habia dicho que queria mas que á su vida y á su alma; la cual Leonisa, me dijo que en una galeota que habia dado al traves en la isla de Pantanalea se habia ahogado, cuya muerte siempre lloraba y siempre plañia, hasta que le trujo á término de perder la vida, que yo no le sentí enfermedad en el cuerpo, sino muestras de dolor en el alma. Decidme, señor, replicó Leonisa, ese mozo que decis, en las pláticas que trató con vos (que, como de una patria, debieron ser muchas) ¿nombró alguna vez á esa Leonisa, contó el modo con que á ella y á Ricardo cautivaron? Sí nombró, dijo Mahamut, y me preguntó si habia aportado por esta isla una cristiana dese nombre, de tales y tales señas, á la cual holgaria de hallar para rescatarla, si es que su amo se habia ya desengañado de que no era tan rica como él pensaba, aunque podria ser que por haberla gozado la tuviese en ménos; que como no pasasen de trescientos ó cuatrocientos escudos, él los daria de muy buena gana por ella, porque un tiempo la habia tenido alguna aficion. Bien poca debia de ser, dijo Leonisa, pues no pasaba de cuatrocientos escudos: mas liberal era Ricardo, y mas valiente y comedido: Dios perdone á quien fué causa de su muerte, que fui yo, que yo soy la sin ventura que él lloró por muerta; y sabe Dios si holgara de que él fuera vivo para pagarle con el sentimiento que viera que tenia de su desgracia el que él mostró de la mia; yo, señor, como ya os he dicho, soy la poco querida de Cornelio, y la bien llorada de Ricardo, que por muy muchos y varios casos he venido á este miserable estado en que me veo; y aunque es tan peligroso, siempre por favor del cielo he conservado en él la entereza de mi honor, con la cual vivo contenta en mi miseria: ahora ni sé dónde estoy, ni quién es mi dueño, ni adónde han de dar conmigo mis contrarios hados, por lo cual os ruego, señor, siquiera por la sangre que de cristiano teneis, me aconsejeis en mis trabajos; que puesto que el ser muchos me ha hecho algo advertida, sobrevienen cada momento tantos y tales, que no sé cómo me he de avenir con ellos. A lo cual respondió Mahamut que él haria lo que pudiese en servirla, aconsejando y ayudándola con su ingenio y con sus fuerzas; advirtiéndola de la diferencia que por su causa habian tenido los dos bajáes, y cómo quedaba en poder del cadí su amo para llevarla presentada al gran turco Selim, á

Constantinopla; pero que ántes que esto tuviese efeto, su esperanza en el verdadero Dios, en quien él creia, aunque mal cristiano, que lo habia de disponer de otra manera, y que la aconsejaba se hubiese bien con Halima, la mujer del cadí su amo, en cuyo poder habia de estar hasta que la enviasen á Constantinopla, advirtiéndola de la condicion de Halima; y con estas le dijo otras cosas de su provecho, hasta que la dejó en su casa y en poder de Halima, á quien dijo el recado de su amo. Recibióla bien la mora por verla tan bien aderezada y tan hermosa. Mahamut se volvió á las tiendas á contar á Ricardo lo que con Leonisa le habia pasado; y hallándole, se lo contó todo punto por punto, y cuando llegó al del sentimiento que Leonisa habia hecho cuando le dijo que era muerto, casi se le vinieron las lágrimas á los ojos: díjole cómo habia fingido el cuento del cautiverio de Cornelio por ver lo que ella sentia: advirtióle la tibieza y malicia con que de Cornelio habia hablado: todo lo cual fué pictima para el afligido corazon de Ricardo, el cual dijo á Mahamut: Acuérdome, amigo Mahamut, de un cuento que me contó mi padre, que ya sabes cuán famoso fué, y oiste cuánta honra le hizo el Emperador Cárlos V, á quien siempre sirvió en honrosos cargos de la guerra. Digo que me contó que cuando el emperador estuvo sobre Túnez, y la tomó con la fuerza de la Goleta, estando un dia en la campaña y en su tienda, le trujeron á presentar una mora por cosa singular en belleza, y que al tiempo que se la presentaron entraban algunos rayos del sol por unas partes de la tienda y daban en los cabellos de la mora, que con los mismos del sol en ser rubios competian: cosa nueva en las moras, que siempre se precian de tenerlos negros; contaba que en aquella ocasion se hallaron en la tienda, entre otros muchos, dos caballeros españoles; el uno era andaluz, y el otro era catalan, ambos muy discretos, y ambos poetas; y habiéndola visto el andaluz, comenzó con admiracion á decir unos versos que ellos llaman coplas, con unas consonancias ó consonantes dificultosos, y parando en los cinco versos de la copla, se detuvo sin darle fin ni á la copla ni á la sentencia, por no ofrecérsele tan de improviso los consonantes necesarios para acabarla; mas el otro caballero que estaba á su lado y habia oido los versos, viéndole suspenso, como si le hurtara la media copla de la boca, la prosiguió y acabó con las mismas consonancias, de que el Emperador recibió particular contento; y esto mismo se me vino á la memoria cuando vi entrar á la hermosísima Leonisa por la tienda del bajá, no solamente escureciendo los rayos del sol si la tocaran, sino á todo el cielo con sus luces y estrellas. Paso, mas, dijo Mahamut, detente, amigo Ricardo, que á cada paso temo que has de pasar tanto la raya en las alabanzas de tu bella y hermosa Leonisa, que dejando de parecer cristiano, parezcas gentil: dime, si quieres, esos versos ó coplas, ó como tú los llamas, que despues de decirlos hablarémos en otras cosas que sean de mas gusto, y aun quizá de mas provecho. En buen hora, dijo Ricardo, y vuélvote á advertir que los cinco versos dijo el uno, y los otros cinco el otro, todos de improviso, y son estos:

Como cuando el sol asoma
Por una montaña baja,
Y de súpito nos toma,
Y con su vista nos doma
Nuestra vista y la relaja:

Como la piedra balaja
Que no consiente carcoma;
Tal es el tu rostro, Aja,
Dura lanza de Mahoma,
Que las mis entrañas raja.

Bien me suenan al oído, dijo Mahamut, y mejor me suena y me parece que estés para decir versos, Ricardo, porque el decirlos ó el hacerlos requiere ánimos desapasionados: tambien se suelen, respondió Ricardo, llorar endechas, como cantar himnos, y todo es decir versos; pero dejando esto aparte, dime qué piensas hacer en nuestro negocio, que puesto que no entendí lo que los bajáes trataron en la tienda, en tanto que tú llevaste á Leonisa, me lo contó un renegado de mi amo, veneciano, que se halló presente, y entiende bien la lengua turquesca: y lo que es menester ante todas cosas es buscar traza cómo Leonisa no vaya á mano del Gran Señor. Lo primero que se ha de hacer, respondió Mahamut, es que tú vengas á poder de mi amo, que esto hecho, despues nos aconsejarémos en lo que mas nos conviniere: en esto vino el guardian de los cautivos cristianos de Hazan, y llevó consigo á Ricardo: el cadí volvió á la ciudad con Hazan, que en breves dias hizo la residencia de Alí, y se la dió cerrada y sellada, para que se fuese á Constantinopla: él se fué luego, dejando muy encargado al cadí, que con brevedad enviase la cautiva, escribiendo al Gran Señor de modo que le aprovechase para sus pretensiones. Prometióselo el cadí con traidoras entrañas, porque las tenia hechas ceniza por la cautiva: ido Alí lleno de falsas esperanzas, y quedando Hazan no vacío dellas, Mahamut hizo de modo que Ricardo vino á poder de su amo: íbanse los dias, y el deseo de ver á Leonisa apretaba tanto á Ricardo, que no alcanzaba un punto de sosiego; mudóse Ricardo el nombre en el de Mario, porque no llegase el suyo á oídos de Leonisa ántes que él la viese, y el verla era muy dificultoso á causa que los moros son en extremo celosos, y encubren de todos los hombres los rostros de sus mujeres, puesto que en mostrarse ellas á los cristianos no se les hace de mal, quizá debe de ser que por ser cautivos no los tienen por hombres cabales. Avino pues que un dia la señora Halima vió á su esclavo Mario, y tan visto y tan mirado fué, que se le quedó grabado en el corazon y fijo en la memoria: y quizá poco contenta de los abrazos flojos de su anciano marido, con facilidad dió lugar á un mal deseo, y con la misma dió cuenta dél á Leonisa, á quien ya queria mucho por su agradable condicion y proceder discreto, y tratábala con mucho respeto, por ser prenda del Gran Señor: díjole como el cadí habia traido á casa un cautivo cristiano de tan gentil donaire y parecer, que á sus ojos no habia visto mas lindo hombre en toda su vida, y que decian que era chilibí, que quiere decir caballero, y de la misma tierra de Mahamut su renegado, y que no sabía cómo darle á entender su voluntad, sin que el cristiano la tuviese en poco por habérsela declarado: preguntóle Leonisa cómo se llamaba el cautivo, y díjole Halima que se llamaba Mario; á lo cual replicó Leonisa: Si él fuera caballero y del lugar que dicen, yo le conociera; mas dese nombre Mario no hay ninguno en Trápana; pero haz, señora, que yo le vea y hable, que te diré quién es y lo que dél se puede esperar; así será, dijo Halima, porque el viérnes, cuando esté el cadí haciendo la zala en la mezquita, le haré entrar acá dentro, donde le podrás hablar á solas, y si te pareciere darle indicios de mi deseo, haráslo por el mejor modo que pudieres. Esto dijo Halima á Leonisa, y no habian pasado dos horas cuando el cadí llamó á Mahamut y á Mario, y con no ménos eficacia que Halima habia descubierto su pecho á Leonisa, descubrió el ena-

morado viejo el suyo á sus dos esclavos, pidiéndoles consejos en lo que haria para gozar de la cristiana, y cumplir con el Gran Señor, cuya ella era, diciéndoles que ántes pensaba morir mil veces que entregarla al Gran Turco. Con tales afectos decia su pasion el religioso moro, que la puso en los corazones de sus dos esclavos, que todo lo contrario de lo que él pensaba, pensaban. Quedó puesto entre ellos que Mario, como hombre de su tierra, aunque habia dicho que no la conocia, tomase la mano en solicitarla y en declararle la voluntad suya, y cuando por este modo no se pudiese alcanzar, que usaria él de la fuerza, pues estaba en su poder; y esto hecho, con decir que era muerta se excusarian de enviarla á Constantinopla. Contentísimo quedó el cadí con el parecer de sus esclavos, y con la imaginada alegría ofreció desde luego libertad á Mahamut, mandándole la mitad de su hacienda despues de sus dias: asimismo prometió á Mario, si alcanzaba lo que queria, libertad y dineros con que volviese á su tierra rico, honrado y contento: si él fué liberal en prometer, sus cautivos fuéron pródigos, ofreciéndole de alcanzar la luna del cielo, cuanto mas á Leonisa, como él diese comodidad de hablarla: Esa daré yo á Mario cuanta él quisiere, respondió el cadí, porque haré que Halima se vaya en casa de sus padres, que son griegos cristianos, por algunos dias, y estando fuera, mandaré al portero que deje entrar á Mario dentro de casa todas las veces que él quisiere, y diré á Leonisa que bien podrá hablar con su paisano cuando le diere gusto: desta manera comenzó á volver el viento de la ventura de Ricardo, soplando en su favor, sin saber lo que hacian sus mismos amos. Tomando pues entre los tres este apuntamiento, quien primero le puso en plática fué Halima, bien así como mujer, cuya naturaleza es fácil y arrojadiza para todo aquello que es de su gusto. Aquel mismo dia dijo el cadí á Halima que cuando quisiese podria irse á casa de sus padres á holgarse con ellos los dias que gustase; pero como ella estaba alborozada con las esperanzas que Leonisa le habia dado, no solo no se fuera á casa de sus padres, sino al fingido paraíso de Mahoma no quisiera irse; y así le respondió que por entónces no tenia tal voluntad, y que cuando ella la tuviese lo diria, mas que habia de llevar consigo á la cautiva cristiana. Eso no, replicó el cadí, que no es bien que la prenda del Gran Señor sea vista de nadie, y mas que se le ha de quitar que converse con cristianos, pues sabeis que en llegando á poder del Gran Señor la han de encerrar en el serrallo y volverla turca, quiera ó no quiera. Como ella ande conmigo, replicó Halima, no importa que esté en casa de mis padres, ni que comunique con ellos, que mas comunico yo, y no dejo por eso de ser buena turca; y mas que lo mas que pienso estar en su casa serán hasta cuatro ó cinco dias, porque el amor que os tengo no me dará licencia para estar tanto ausente y sin veros. No la quiso replicar el cadí por no darle ocasion de engendrar alguna sospecha de su intencion. Llegóse en esto el viérnes, y él se fué á la mezquita, de la cual no podia salir en casi cuatro horas; y apénas le vió Halima apartado de los umbrales de casa, cuando mandó llamar á Mario; mas no le dejara entrar un cristiano corso que servia de portero en la puerta del patio, si Halima no le diera voces que le dejase, y así entró confuso y temblando como si fuera á pelear con un ejército de enemigos.

Estaba Leonisa del mismo modo y traje que cuando entró en la tienda del bajá, sentada al pié de una escalera grande de mármol, que á los corredores subia: tenia la cabeza inclinada sobre la palma de la mano derecha y el brazo sobre las rodillas, los ojos á la parte contraria de la puerta por donde entró Mario, de manera que aunque él iba hácia la parte donde ella estaba, ella no le veia. Así como entró Ricardo, paseó toda la casa con los ojos, y no vió en toda ella sino un mudo y sosegado silencio, hasta que paró la vista donde Leonisa estaba: en un instante al enamorado Ricardo le sobrevinieron tantos pensamientos, que le suspendieron y alegraron, considerándose veinte pasos á su parecer, ó poco mas, desviado de su felicidad y contento; considerábase cautivo, y á su gloria en poder ajeno: estas cosas revolviendo entre sí mismo, se movia poco á poco, y con temor y sobresalto, alegre y triste, temeroso y esforzado se iba llegando al centro en donde estaba el de su alegría, cuando á deshora volvió el rostro Leonisa, y puso los ojos en los de Ricardo que atentamente la miraba: mas cuando la vista de los dos se encontraron, con diferentes efectos dieron señal de lo que sus almas habian sentido. Ricardo se paró, y no pudo echar pié adelante. Leonisa, que por la relacion de Mahamut tenia á Ricardo por muerto, y el verle vivo tan no esperadamente la llenó de temor y espanto, sin quitar dél los ojos ni volver las espaldas volvió atrás cuatro ó cinco escalones, y sacando una pequeña cruz del seno, la besaba muchas veces, y se santiguó infinitas, como si alguna fantasma ú otra cosa del otro mundo estuviera mirando. Volvió Ricardo de su embelesamiento, y conoció por lo que Leonisa hacia la verdadera causa de su temor, y así la dijo: A mí me pesa, ó hermosa Leonisa, que no hayan sido verdad las nuevas que de mi muerte te dió Mahamut, porque con ella excusara los temores que ahora tengo de pensar si todavía está en su sér y entereza el rigor que contino has usado conmigo. Sosiégate, señora, y baja, y si te atreves á hacer lo que nunca hiciste, que es llegarte á mí, llega y verás que no soy cuerpo fantástico: Ricardo soy, Leonisa, Ricardo, el de tanta ventura cuanta tú quisieres que tenga. Púsose Leonisa en esto el dedo en la boca, por lo cual entendió Ricardo que era señal de que callase ó hablase mas quedo; y tomando algun poco de ánimo, se fué llegando á ella en distancia que pudo oir estas razones: Habla paso, Mario, que así me parece que te llamas ahora, y no trates de otra cosa de la que yo te tratare: y advierte que podria ser que el habernos oido fuese parte para que nunca nos volviésemos á ver: Halima nuestra ama creo que nos escucha, la cual me ha dicho que te adora: hame puesto por intercesora de su deseo: si á él quisieres corresponder, aprovecharte ha mas para el cuerpo que para el alma: y cuando no quieras, es forzoso que lo finjas, siquiera porque yo te lo ruego y por lo que merecen deseos de mujer declarados. A esto respondió Ricardo: Jamas pensé ni pude imaginar, hermosa Leonisa, que cosa que me pidieras trujera consigo imposible de cumplirla; pero la que me pides me ha desengañado: ¿es por ventura la voluntad tan lijera que se pueda mover y llevar donde quisieren llevarla? ¿ó estarle ha bien al varon honrado y verdadero fingir en cosas de tanto peso? Si á tí te parece que alguna destas cosas se debe ó puede hacer, haz lo que mas gustares, pues eres señora de mi

voluntad; mas ya sé que tambien me engañas en esto, pues jamas la has conocido, y así no sabes lo que has de hacer della; pero á trueco que no digas que en la primera cosa que me mandaste dejaste de ser obedecida, yo perderé del derecho que debo á ser quien soy, y satisfaré tu deseo y el de Halima fingidamente como dices, si es que se ha de granjear con esto el bien de verte; y así finge tú las respuestas á tu gusto, que desde aquí las firma y confirma mi fingida voluntad: y en pago desto que por tí hago, que es lo mas que á mi parecer podré hacer aunque de nuevo te dé el alma que tantas veces te he dado, te ruego que brevemente me digas cómo escapaste de las manos de los cosarios, y cómo veniste á las del judío que te vendió. Mas espacio, respondió Leonisa, pide el cuento de mis desgracias; pero con todo eso te quiero satisfacer en algo: sabrás pues que á cabo de un dia que nos apartamos, volvió el bajel de Yzuf con un recio viento á la misma isla de la Pantanalea, donde tambien vimos á vuestra galeota; pero la nuestra sin poderlo remediar embistió en las peñas: viendo pues mi amo tan á los ojos su perdicion, vació con gran presteza dos barriles que estaban llenos de agua, tapólos muy bien, y atólos con cuerdas el uno con el otro, púsome á mí entre ellos, desnudóse luego, y tomando otro barril entre los brazos, se ató con un cordel el cuerpo, y con el mismo cordel dió cabo á mis barriles, y con grande ánimo se arrojó á la mar, llevándome tras sí: yo no tuve ánimo para arrojarme, que otro turco me impelió y me arrojó tras Yzuf, donde caí sin ningun sentido, ni volví en mí hasta que me hallé en tierra en brazos de dos turcos, que vuelta la boca al suelo me tenian, derramando gran cantidad de agua que habia bebido: abrí los ojos atónita y espantada, y vi á Yzuf junto á mí, hecha la cabeza pedazos, que segun despues supe, al llegar á tierra dió con ella en las peñas, donde acabó la vida: los turcos asimismo me dijeron que tirando de la cuerda me sacaron á tierra casi ahogada: solas ocho personas se escaparon de la desdichada galeota: ocho dias estuvimos en la isla, guardándome los turcos el mismo respeto que si fuera su hermana, y aun mas: estábamos escondidos en una cueva, temerosos ellos que no bajasen de una fuerza de cristianos que está en la isla, y los cautivasen: sustentáronse con el bizcocho mojado que la mar echó á la orilla, de lo que llevaban en la galeota, lo cual salian á coger de noche: ordenó la suerte para mayor mal mio, que la fuerza estuviese sin capitan, que pocos dias habia que era muerto, y en la fuerza no habia sino veinte soldados: esto se supo de un muchacho que los turcos cautivaron, que bajó de la fuerza á coger conchas á la marina: á los ocho dias llegó á aquella costa un bajel de moros que ellos llaman caramuzales; viéronle los turcos, y salieron de donde estaban, haciendo señas al bajel que estaba cerca de tierra, tanto que conoció ser turcos los que los llamaban: ellos contaron sus desgracias, y los moros los recibieron en su bajel, en el cual venia un judío, riquísimo mercader, que toda la mercancía del bajel ó la mas era suya; era de barraganes y alquiceles, y de otras cosas que de Berbería se llevan á Levante, en que ordinariamente tratan los judíos: en el mismo bajel los turcos se fuéron á Tripol, y en el camino me vendieron al judío que dió por mí dos mil doblas, precio excesivo, si no le hiciera liberal el amor que el judío me descubrió: dejando pues los turcos en Tripol, tornó el bajel á hacer su viaje, y el judío dió en solicitarme descaradamente: yo le hice la cara que merecian sus torpes deseos: viéndose pues desesperado de alcanzarlos, determinó de deshacerse de mí en la primera ocasion que se le ofreciese; y sabiendo que los dos bajáes Alí y Hazan, estaban en aquella isla, donde podia vender su mercaduría tan bien como en Xio, en quien pensaba venderla, se vino aquí con intencion de venderme á alguno de los bajáes, y por eso me vistió de la manera que ahora me ves, por aficionarles la voluntad á que me comprasen: he sabido que me ha comprado este cadí para llevarme á presentar al Gran Turco, de que estoy no poco temerosa: aquí he sabido de tu fingida muerte, y séte decir, si lo quieres creer, que me pesó en el alma, y que te tuve mas envidia que lástima, y no por quererte mal, que ya que soy desamorada, no soy ingrata ni desconocida, sino porque habias acabado con la tragedia de tu vida. No dices mal, señora, respondió Ricardo, si la muerte no me hubiera estorbado el bien de volver á verte; que ahora en mas estimo este instante de gloria que gozo en mirarte, que otra ventura, como no fuera la eterna, que en la vida ó en la muerte pudiera asegurarme mi deseo: el que tiene mi amo el cadí, á cuyo poder he venido por no ménos varios accidentes que los tuyos, es el mismo para contigo que para conmigo lo es el de Halima: háme puesto á mí por intérprete de sus pensamientos, acepté la empresa no por darle gusto, sino por el que granjeaba en la comodidad de hablarte; porque veas, Leonisa, el término á que nuestras desgracias nos han traido, á tí á ser medianera de un imposible que en lo que me pides conoces: á mí á serlo tambien de la cosa que ménos pensé, y de la que daré por no alcanzarla la vida, que ahora estimo en lo que vale la alta ventura de verte. No sé qué te diga, Ricardo, replicó Leonisa, ni qué salida se tome al laberinto donde, como dices, nuestra corta ventura nos tiene puestos: solo sé decir que es menester usar en esto lo que de nuestra condicion no se puede esperar, que es el fingimiento y engaño, y así digo que de ti daré á Halima algunas razones que ántes la entretengan que desesperen: tú de mí podrás decir al cadí lo que para seguridad de mi honor y de su engaño vieres que mas convenga; y pues yo pongo mi honor en tus manos, bien puedes creer dél que le tengo con la entereza y verdad que podian poner en duda tantos caminos como he andado y tantos combates como he sufrido: el hablarnos será fácil, y á mí será de grandísimo gusto el hacello, con presupuesto que jamas me has de tratar cosa que á tu declarada pretension pertenezca, que en la hora que tal hicieres, en la misma me despediré de verte, porque no quiero que pienses que es de tan pocos quilates mi valor, que ha de hacer con él la cautividad lo que la libertad no pudo: como el oro tengo de ser con el favor del cielo, que miéntras mas se acrisola, queda con mas pureza y mas limpio: conténtate con que he dicho que no me dará como solia fastidio tu vista; porque te hago saber, Ricardo, que siempre te tuve por desabrido y arrogante, y que presumias de tí algo mas de lo que debias: confieso tambien que me engañaba, y que podria ser que hacer ahora la experiencia me pusiese la verdad delante de los ojos el desengaño, y estando desengañada, fuese con ser honesta mas humana: vete con Dios, que temo no nos haya escuchado Halima, la cual entiende algo de la len-

gua cristiana, ó á lo ménos de aquella mezcla de lenguas que se usa, con que todos nos entendemos. Dices muy bien, señora, respondió Ricardo, y agradézcote infinito el desengaño que me has dado, que le estimo en tanto como la merced que me haces en dejarme verte, y como tú dices, quizá la experiencia te dará á entender cuán llana es mi condicion y cuán humilde, especialmente para adorarte, y sin que tú pusieras término ni raya á mi trato, fuera él tan honesto para contigo, que no acertaras á desearle mejor: en lo que toca á entretener al cadí, vive descuidada; haz tú lo mismo con Halima, y entiende, señora, que despues que te he visto ha nacido en mí una esperanza tal, que me asegura que presto hemos de alcanzar la libertad deseada: y con esto quédate á Dios, que otra vez te contaré los rodeos por donde la fortuna me trujo á este estado despues que de tí me aparté, ó por mejor decir, me apartaron. Con esto se despidieron, y quedó Leonisa contenta y satisfecha del llano proceder de Ricardo, y él contentísimo de haber oido una palabra de la boca de Leonisa sin aspereza.

Estaba Halima cerrada en su aposento, rogando á Mahoma trujese Leonisa buen despacho de lo que le habia encomendado: el cadí estaba en la mezquita recompensando con los suyos los deseos de su mujer, teniéndolos solícitos y colgados de la respuesta que esperaba oir de su esclavo, á quien habia dejado encargado hablase á Leonisa, pues para poderlo hacer le daria comodidad Mahamut, aunque Halima estuviese en casa. Leonisa acrecentó en Halima el torpe deseo y deshonesto amor, dándole muy buenas esperanzas que Mario haria todo lo que pudiese, pero que habia de dejar pasar primero dos lunas ántes que concediese con lo que deseaba él mucho mas que ella, y este tiempo y término pedia á causa que hacia una plegaria y oracion á Dios para que le diese libertad. Contentóse Halima de la disculpa y de la relacion de su querido Mario, á quien ella diera libertad ántes del término del voto, como él condescendiera con su deseo: y así rogó á Leonisa le rogase dispensase con el tiempo, y acortase la dilacion, que ella le ofrecia cuanto el cadí pidiese por su rescate. Antes que Ricardo respondiese á su amo, se aconsejó con Mahamut de qué le responderia: y acordaron entre los dos que le desesperase, y le aconsejase que lo mas presto que pudiese la llevase á Constantinopla, y que en el camino ó por grado ó por fuerza alcanzaria su deseo; y que para el inconveniente que se podia ofrecer de cumplir con el Gran Señor, sería bueno comprar otra esclava, y en el viaje fingir ó hacer de modo como Leonisa cayese enferma, y que una noche echarian la cristiana comprada á la mar, diciendo que era Leonisa la cautiva del Gran Señor que se habia muerto; y que esto se podia hacer y se haria en modo que jamas la verdad fuese descubierta, y él quedase sin culpa con el Gran Señor, y con el cumplimiento de su voluntad; y que para la duracion de su gusto despues se daria traza conveniente y mas provechosa. Estaba tan ciego el mísero y anciano cadí, que si otros mil disparates le dijeran, como fueran encaminados á cumplir sus esperanzas, todos los creyera, cuanto mas que le pareció que todo lo que le decian llevaba buen camino y prometia próspero suceso: y así era la verdad, si la intencion de los dos consejeros no fuera levantarse con el bajel y darle á él la muerte en pago de sus locos pensamientos. Ofreciósele al cadí otra dificultad á su parecer mayor de las que en aquel caso se le podian ofrecer; y era pensar que su mujer Halima no le habia de dejar ir á Constantinopla, si no la llevaba consigo; pero presto la facilitó, diciendo que en cambio de la cristiana que habian de comprar para que muriese por Leonisa, serviria Halima, de quien deseaba librarse mas que de la muerte. Con la misma facilidad que él lo pensó, con la misma se lo concedieron Mahamut y Ricardo; y quedando firmes en esto, aquel mismo dia dió cuenta el cadí á Halima del viaje que pensaba hacer á Constantinopla á llevar la cristiana al Gran Señor, de cuya liberalidad esperaba que le hiciese gran cadí del Cairo ó de Constantinopla. Halima le dijo que le parecia muy bien su determinacion, creyendo que se dejaria á Mario en casa; mas cuando el cadí la certificó que le habia de llevar consigo y á Mahamut tambien, tornó á mudar de parecer, y á desaconsejarle lo que primero le habia aconsejado, con las mas eficaces razones que su deseo le supo enseñar. En resolucion concluyó que si no la llevaba consigo, no pensaba dejarle ir en ninguna manera. Contentóse el cadí de hacer lo que ella queria, porque pensaba sacudir presto de su cuello aquella para él tan pesada carga. No se descuidaba en este tiempo Hazan bajá de solicitar al cadí le entregase la esclava, ofreciéndole montes de oro, y habiéndole dado á Ricardo de balde, cuyo rescate apreciaba en dos mil escudos, facilitábale la entrega con la misma industria que él se habia imaginado de hacer muerta la cautiva cuando el Gran Turco enviase por ella. Todas estas dádivas y promesas aprovecharon con el cadí no mas de ponerle en la voluntad que abreviase su partida; y así solicitado de su deseo y de las importunaciones de Hazan, y aun de las de Halima, que tambien fabricaba en el aire vanas esperanzas, dentro de veinte dias aderezó un bergantin de quince bancos, y le armó de buenas boyas, moros y algunos cristianos griegos; embarcó en él toda su riqueza, y Halima no dejó en su casa cosa de momento, y rogó á su marido que la dejase llevar consigo á sus padres para que viesen á Constantinopla: era la intencion de Halima la misma que la de Mahamut, hacer con él y con Ricardo que en el camino se alzasen con el bergantin; pero no les quiso declarar su pensamiento hasta verse embarcada, y esto con voluntad de irse á tierra de cristianos, y volverse á lo que primero habia sido, y casarse con Ricardo, pues era de creer que llevando tantas riquezas consigo, y volviéndose cristiana, no dejaria de tomarla por mujer. En este tiempo habló otra vez Ricardo con Leonisa, y le declaró toda su intencion, y ella le dijo la que tenia Halima, que con ella habia comunicado: encomendáronse los dos el secreto, y encomendándose á Dios, esperaban el dia de la partida: el cual llegado, salió Hazan acompañándolos hasta la marina con todos sus soldados, y no les dejó hasta que se hicieron á la vela, ni aun quitó los ojos del bergantin hasta perderle de vista; y parece que el aire de los suspiros que el enamorado moro arrojaba, impelia con mayor fuerza las velas que le apartaban y llevaban el alma; mas como aquel á quien el amor habia tanto tiempo que sosegar no le dejaba, pensando en lo que habia de hacer para no morir á manos de sus deseos, puso luego por obra lo que con largo discurso y resoluta determinacion tenia pensado: y así en un bajel de diez y siete bancos, que en otro puerto habia hecho armar, puso en él cincuenta

soldados, todos amigos y conocidos suyos, á quien él tenia obligados con muchas dádivas y promesas, y dióles órden que saliesen al camino y tomasen el bajel del cadí y sus riquezas, pasando á cuchillo cuantos en él iban, si no fuese á Leonisa la cautiva; que á ella sola queria por despojo aventajado á los muchos haberes que el bergantin llevaba: ordenóles tambien que le echasen á fondo, de manera que ninguna cosa quedase que pudiese dar indicio de su perdicion. La codicia del saco les puso alas en los piés y esfuerzo en el corazon, aunque bien vieron que poca defensa habian de hallar en los del bergantin, segun iban desarmados y sin sospecha de semejante acontecimiento.

Dos dias habia ya que el bergantin caminaba, que al cadí se le hicieron dos siglos, porque luego en el primero quisiera poner en efecto su determinacion; mas aconsejáronle sus esclavos que convenía primero hacer de suerte que Leonisa cayese mala, para dar color á su muerte, y que esto habia de ser con algunos dias de enfermedad: él no quisiera sino decir que habia muerto de repente, y acabar presto con todo, y despachar á su mujer, y aplacar el fuego que las entrañas poco á poco le iba consumiendo; pero en efecto hubo de condescender con el parecer de los dos.

Ya en esto habia Halima declarado su intento á Mahamut y á Ricardo, y ellos estaban en ponerlo por obra al pasar de las cruces de Alejandría, ó al entrar de los castillos de la Natolia; pero fué tanta la priesa que el cadí les daba, que se ofrecieron de hacerlo en la primera comodidad que se les ofreciese; y un dia, al cabo de seis que navegaban y que ya le parecia al cadí que bastaba el fingimiento de la enfermedad de Leonisa, importunó á sus esclavos que otro dia concluyesen con Halima, y la arrojasen al mar amortajada, diciendo ser la cautiva del Gran Señor. Amaneciendo pues el dia en que segun la intencion de Mahamut y de Ricardo habia de ser el cumplimiento de sus deseos, ó el fin de sus dias, descubrieron un bajel que á vela y remo les venía dando caza: temieron fuese de cosarios cristianos, de los cuales ni los unos ni los otros podian esperar buen suceso; porque de serlo, se temia ser los moros cautivos, y los cristianos, aunque quedasen con libertad, quedarian desnudos y robados; pero Mahamut y Ricardo con la libertad de Leonisa y de la de entrambos se contentaran: con todo esto que se imaginaban, temian la insolencia de la gente cosaria, pues jamas la que se da á tales ejercicios, de cualquiera ley ó nacion que sea, deja de tener un ánimo cruel y una condicion insolente. Pusiéronse en defensa, sin dejar los remos de las manos y hacer todo cuanto pudiesen; pero pocas horas tardaron que vieron que les iban entrando, de modo que en ménos de dos se les pusieron á tiro de cañon: viendo esto, amainaron, soltaron los remos, tomaron las armas, y los esperaron, aunque el cadí dijo que no temiesen, porque el bajel era turquesco, y que no les haria daño alguno: mandó poner luego una bandera blanca de paz en el peñol de la popa, porque le viesen los que ya ciegos y codiciosos venian con gran furia á embestir el mal defendido bergantin. Volvió en esto la cabeza Mahamut, y vió que de la parte de poniente venia una galeota á su parecer de veinte bancos, y díjoselo al cadí, y algunos cristianos que iban al remo dijeron que el bajel que se descubria era de cristianos: todo lo cual les dobló la confusion y el miedo, y estaban suspensos sin saber lo que harian, temiendo y esperando el suceso que Dios quisiese darles. Paréceme que diera el cadí en aquel punto por hallarse en Nicosia toda la esperanza de su gusto: tanta era la confusion en que se hallaba; aunque le quitó presto della el bajel primero, que sin respeto de las banderas de paz ni de lo que á su religion debian, embistieron con el del cadí con tanta furia que estuvo poco en echarle á fondo: luego conoció el cadí los que le acometian, y vió que eran soldados de Nicosia, y adivinó lo que podia ser, y dióse por perdido y muerto; y si no fuera que los soldados se dieron ántes á robar que á matar, ninguno quedara con vida; mas cuando ellos andaban mas encendidos y mas atentos en su robo, dió un turco voces, diciendo: Arma, soldados, que un bajel de cristianos nos embiste; así era la verdad, porque el bajel que descubrió el bergantin del cadí venía con insignias y banderas cristianescas, el cual llegó con toda furia á embestir el bajel de Hazan; pero ántes que llegase, preguntó uno desde la proa en lengua turquesca, que qué bajel era aquel. Respondiéronle que era de Hazan bajá, virey de Chipre. Pues ¿cómo, replicó el turco, siendo vosotros mosolimanes, embestís y robais á ese bajel, que nosotros sabemos que va en él el cadí de Nicosia? A lo cual respondieron que ellos no sabían otra cosa mas de que el bajá les habia ordenado tomasen, y que ellos como sus soldados y obedientes habian hecho su mandamiento. Satisfecho de lo que saber queria el capitan del segundo bajel que venia á la cristianesca, dejó de embestir al de Hazan, y acudió al del cadí, y á la primera rociada mató mas de diez turcos de los que dentro estaban, y luego le entró con grande ánimo y presteza; mas apénas hubieron puesto los piés dentro, cuando el cadí conoció que el que le embestia no era cristiano, sino Alí bajá, el enamorado de Leonisa; el cual con el mismo intento que Hazan, habia estado esperando su venida, y por no ser conocido habia hecho vestidos á sus soldados como cristianos, para que con esta industria fuese mas cubierto su hurto. El cadí que conoció las intenciones de los amantes y traidores, comenzó á grandes voces á decir su maldad, diciendo: ¿Qué es esto, traidor Alí bajá? ¿Cómo, siendo tu mosoliman (que quiere decir turco) me salteas como cristiano? Y vosotros, traidores soldados de Hazan, ¿qué demonio os ha movido á cometer tan grande insulto? ¿Cómo por cumplir el apetito lascivo del que aquí os envía, quereis ir contra vuestro natural señor? A estas palabras suspendieron todos las armas, y unos á otros se miraron y se conocieron, porque todos habian sido soldados de un mismo capitan y militado debajo de una bandera, y confundiéndose con las razones del cadí y con su mismo maleficio, se les embotaron los filos de los alfanjes y se les desmayaron los ánimos: solo Alí cerró los ojos y los oidos á todo, y arremetiendo al cadí, le dió una tal cuchillada en la cabeza, que si no fuera por la defensa que hicieron cien varas de toca con que venía ceñida, sin duda se la partiera por medio; pero con todo le derribó entre los bancos del bajel, y al caer dijo el cadí: ¡ Oh cruel renegado, enemigo de mi divino profeta, ¿y es posible que no ha de haber quien castigue tu crueldad y tu grande insolencia? ¿Cómo, maldito, has osado poner las manos y las armas en tu cadí, y en un ministro de Mahoma? Estas palabras añadieron fuerza á fuerza á las primeras,

las cuales oidas de los soldados de Hazan, y movidos de temor que los soldados de Alí les habian de quitar la presa, que ya ellos por suya tenian, determinaron de ponerlo todo en aventura; y comenzando uno y siguiéndole todos, dieron en los soldados de Alí con tanta priesa, rencor y brio, que en poco espacio los pararon tales, que aunque eran muchos mas que ellos, los redujeron á número pequeño; pero los que quedaron, volviendo sobre sí, vengaron á sus compañeros, no dejando de los de Hazan apénas cuatro con vida, y estos muy mal heridos. Estábanlos mirando Ricardo y Mahamut, que de cuando en cuando sacaban la cabeza por el escotillon de la cámara de popa, por ver en qué paraba aquella grande herrería que sonaba; y viendo como los turcos estaban casi todos muertos, y los vivos mal heridos, y cuán fácilmente se podia dar cabo de todos, llamó Mahamut á dos sobrinos de Halima que ella habia hecho embarcar consigo, para que ayudasen á levantar el bajel, y con ellos y con su padre, tomando alfanjes de los muertos, saltaron en crujía, y apellidando libertad, libertad, y ayudados de las buenas boyas, cristianos griegos, con facilidad y sin recebir herida los degollaron á todos, y pasando sobre la galeota de Alí que sin defensa estaba, fácilmente la rindieron y ganaron con cuanto en ella venia. De los que en el segundo encuentro murieron, fué de los primeros Alí bajá, que un turco en venganza del cadí le mató á cuchilladas: diéronse luego todos por consejo de Ricardo á pasar cuantas cosas habia de precio en su bajel y en el de Hazan á la galeota de Alí, que era bajel mayor y acomodado para cualquier cargo ó viaje, y ser los remeros cristianos, los cuales contentos con la alcanzada libertad y con muchas cosas que Ricardo repartió entre todos, se ofrecieron de llevarle hasta Trápana, y aun hasta el cabo del mundo, si quisiese: y con esto Mahamut y Ricardo llenos de gozo por el buen suceso, se fuéron á la mora Halima, y la dijeron que si queria volverse á Chipre, que con las buenas boyas le armarian su mismo bajel, y le darian la mitad de las riquezas que habia embarcado; mas ella, que en tanta calamidad aun no habia perdido el cariño y amor que á Ricardo tenia, dijo que queria irse con ellos á tierra de cristianos, de lo cual sus padres se holgaron en extremo. El cadí volvió en su acuerdo, y le curaron como la ocasion les dió lugar, á quien tambien dijeron que escogiese una de dos: ó que se dejase llevar á tierra de cristianos, ó volverse en su mismo bajel á Nicosia. El respondió que ya que la fortuna le habia traido á tales términos, les agradecia la libertad que le daban, y que queria ir á Constantinopla á quejarse al Gran Señor del agravio que de Hazan y de Alí habia recebido; mas cuando supo que Halima le dejaba y se queria volver cristiana, estuvo en poco de perder el juicio. En resolucion le armaron su bajel, y le proveyeron de todas las cosas necesarias para su viaje, y aun le dieron algunos cequíes de los que habian sido suyos, y despidiéndose de todos con determinacion de volverse á Nicosia, pidió ántes que se hiciese á la vela, que Leonisa le abrazase, que aquella merced y favor sería bastante para poner en olvido toda su desventura. Todos suplicaron á Leonisa diese aquel favor á quien tanto la queria, pues en ello no iria contra el decoro de su honestidad: hizo Leonisa lo que le rogaron, y el cadí le pidió le pusiese las manos sobre la cabeza, porque él llevase esperanzas de sanar de su herida: en todo le contentó Leonisa. Hecho est y habiendo dado un barreno al bajel de Hazan, favor ciéndoles un levante fresco que parecia que llamaba velas para entregarse en ellas, se las dieron, y en bre horas perdieron de vista al bajel del cadí, el cual con grimas en los ojos estaba mirando cómo se llevaban vientos su hacienda, su gusto, su mujer y su alma. C diferentes pensamientos de los del cadí navegaban R cardo y Mahamut; y así sin querer tocar en tierra ninguna parte, pasaron á la vista de Alejandría de go lanzado, y sin amainar velas, y sin tener necesidad aprovecharse de los remos, llegaron á la fuerte isla Corfú, donde hicieron agua, y luego sin detenerse pa ron por los infamados riscos acroceraunos, y desde lé al segundo dia descubrieron á Paquino, promontorio la fertilísima Tinacria, á vista de la cual y de la insig isla de Malta volaron, que no con ménos lijereza na gaba el dichoso leño: en resolucion, bajando la isla, allí á cuatro dias descubrieron la Lampadosa, y luego isla donde se perdieron, con cuya vista se estreme Leonisa, viniéndole á la memoria el peligro en que e se habia visto: otro dia vieron delante de sí la desead amada patria, renovóse la alegría en sus corazones, borotáronse sus espíritus con el nuevo contento, que uno de los mayores que en esta vida se pueden ten llegar despues de luengo cautiverio salvo y sano á su tria; y al que á este se le puede igualar es el que se r cibe de la victoria alcanzada de los enemigos. Habi hallado en la galeota una caja llena de banderetas y fl mulas de diversas colores de sedas, con las cuales hi Ricardo adornar la galeota: poco despues de amanec sería, cuando se hallaron á ménos de una legua de ciudad, y bogando á cuarteles, y alzando de cuando cuando alegres voces y gritos, se iban llegando al pue to, en el cual en un instante pareció infinita gente pueblo, que habiendo visto cómo aquel bien adorna bajel tan de espacio se llegaba á tierra, no quedó gen en toda la ciudad que dejase de salir á la marina.

En este entre tanto habia Ricardo pedido y suplica á Leonisa, que se adornase y vistiese de la misma m nera que cuando entró en la tienda de los bajáes; po que queria hacer una graciosa burla á sus padres. Hizo así, y añadiendo galas á galas, perlas á perlas, y belle á belleza, que suele acrecentarse con el contento, vistió de modo que de nuevo causó admiracion y mar villa: vistióse asimismo Ricardo á la turquesca, y mismo hizo Mahamut, y todos los cristianos del rem que para todos hubo en los vestidos de los turcos mue tos: cuando llegaron al puerto serían las ocho de la m ñana, que tan serena y clara se mostraba, que parec que estaba atenta mirando aquella alegre entrada. A tes de entrar en el puerto hizo Ricardo disparar las pi zas de la galeota, que eran un cañon de crujía y dos fa conetes: respondió la ciudad con otras tantas. Esta toda la gente confusa, esperando llegase el bizarro b jel; pero cuando vieron de cerca que era turquesc porque se divisaban los blancos turbantes de los q moros parecian, temerosos y con sospecha de algun e gaño, tomaron las armas y acudieron al puerto todos l que en la ciudad son de milicia, y la gente de á cabal se tendió por toda la marina: de todo lo cual recibiero gran contento los que poco á poco se fuéron llegand hasta entrar en el puerto, dando fondo junto á tierra,

arrojando en ella la plancha, soltando á una los remos, todos uno á uno, como en procesion, salieron á tierra, la cual con lágrimas de alegría besaron una y muchas veces, señal clara que dió á entender ser cristianos que con aquel bajel se habian alzado: á la postre de todos salieron el padre y madre de Halima, y sus dos sobrinos, como está dicho, vestidos á la turquesca: hizo fin y remate la hermosa Leonisa, cubierto el rostro con un tafetan carmesí: traíanla en medio Ricardo y Mahamut, cuyo espectáculo llevó tras sí los ojos de toda aquella infinita multitud que los miraba. En llegando á tierra hicieron como los demas, besándola postrados por el suelo. En esto llegó á ellos el capitan y gobernador de la ciudad, que bien conoció que eran los principales de todos; mas apénas hubo llegado, cuando conoció á Ricardo, y corrió con los brazos abiertos y con señales de grandísimo contento á abrazarle. Llegaron con el gobernador, Cornelio y su padre, y los de Leonisa con todos sus parientes y los de Ricardo, que todos eran los mas principales de la ciudad: abrazó Ricardo al gobernador, y respondió á todos los parabienes que le daban: trabó de la mano á Cornelio (el cual como le conoció y se vió asido dél, perdió la color del rostro, y casi comenzó á temblar de miedo), y teniendo asimismo de la mano á Leonisa, dijo: Por cortesía os ruego, señores, que ántes que entremos en la ciudad y en el templo á dar las debidas gracias á nuestro Señor de las grandes mercedes que en nuestra desgracia nos ha hecho, me escucheis ciertas razones que deciros quiero. A lo cual el gobernador respondió que dijese lo que quisiese, que todos le escucharian con gusto y con silencio. Rodeáronle luego todos los mas de los principales, y él alzando un poco la voz, dijo desta manera.

Bien se os debe acordar, señores, de la desgracia que algunos meses ha en el jardin de las Salinas me sucedió con la pérdida de Leonisa: tambien no se os habrá caido de la memoria la diligencia que yo puse en procurar su libertad, pues olvidándome de la mia ofrecí por su rescate toda mi hacienda (aunque esta que al parecer fué liberalidad, no puede ni debe redundar en mi alabanza, pues la daba por el rescate de mi alma); lo que despues acá á los dos ha sucedido requiere para mas tiempo otra sazon y coyuntura, y otra lengua no tan turbada como la mia: basta deciros por ahora, que despues de varios y extraños acaecimientos, y despues de mil perdidas esperanzas de alcanzar remedio de nuestras desdichas, el piadoso cielo sin ningun merecimiento nuestro nos ha vuelto á la deseada patria, cuanto llenos de contento, colmados de riquezas: y no nace dellas ni de la libertad alcanzada el sin igual gusto que tengo, sino del que imagino que tiene esta en paz y en guerra dulce enemiga mia, así por verse libre, como por ver como ve el retrato de su alma: todavía me alegro de la general alegría que tienen los que me han sido compañeros en la miseria; y aunque las desventuras y tristes acontecimentos suelen mudar las condiciones y aniquilar los ánimos valerosos, no ha sido así con el verdugo de mis buenas esperanzas; porque con mas valor y entereza que buenamente decirse puede, ha pasado el naufragio de sus desdichas y los encuentros de mis ardientes cuanto honestas importunaciones: en lo cual se verifica que mudan el cielo y no las costumbres los que en ellas tal vez hicieron asiento. De todo esto que he dicho, quiero inferir que yo le ofrecí mi hacienda en rescate, y le di mi alma en mis deseos: di traza en su libertad y aventuré por ella mas que por la mia la vida, y todos estos que en otro sugeto mas agradecido pudieran ser cargos de algun momento, no quiero yo que lo sean; solo quiero lo sea este en que te pongo ahora; y diciendo esto, alzó la mano y con honesto comedimiento quitó el antifaz del rostro de Leonisa, que fué como quitarse la nube que tal vez cubre la hermosa claridad del sol; y prosiguió diciendo: Ves aquí, ó Cornelio, te entrego la prenda que tú debes de estimar sobre las cosas que son dignas de estimarse; y ves aquí tú, hermosa Leonisa, te doy al que tú siempre has tenido en la memoria: esta sí quiero que se tenga por liberalidad; en cuya comparacion dar la hacienda, la vida y la honra no es nada: recíbela, ó venturoso mancebo, recíbela, y si llega tu conocimiento á tanto que llegue á conocer valor tan grande, estímate por el mas venturoso de la tierra: con ella te daré asimismo todo cuanto me tocare de parte en lo que á todos el cielo nos ha dado, que bien creo que pasará de treinta mil escudos: de todo puedes gozar á tu sabor con libertad, y quietud y descanso; y plega al cielo que sea por luengos y felices años: yo sin ventura, pues quedo sin Leonisa, gusto de quedar pobre; que á quien Leonisa le falta, la vida le sobra: y en diciendo esto calló, como si al paladar se hubiera pegado la lengua; pero desde allí á un poco, ántes que ninguno hablase, dijo: ¡Válame Dios, y cómo los apretados trabajos turban los entendimentos! Yo, señores, con el deseo que tengo de hacer bien, no he mirado lo que he dicho, porque no es posible que nadie pueda demostrarse liberal de lo ajeno: ¿qué jurisdiccion tengo yo en Leonisa para darla á otro? ó ¿cómo puedo ofrecer lo que está tan léjos de ser mio? Leonisa es suya, y tan suya, que á faltarle sus padres, que felices años vivan, ningun opósito tuviera su voluntad; y si se pudieran poner las obligaciones que como discreta debe de pensar que me tiene, desde aquí las borro, las cancelo y doy por ningunas; y así de lo dicho me desdigo, y no doy á Cornelio nada, pues no puedo; solo confirmo la manda de mi hacienda hecha á Leonisa, sin querer otra recompensa sino que tenga por verdaderos mis honestos pensamientos, y que crea dellos que nunca se encaminaron ni miraron á otro punto, que el que pide su incomparable honestidad, su gran valor é infinita hermosura. Calló Ricardo en diciendo esto; á lo cual Leonisa respondió en esta manera: Si algun favor, ó Ricardo, imaginas que yo hice á Cornelio en el tiempo que tú andabas de mí enamorado y celoso, imagina que fué tan honesto, como guiado por la voluntad y órden de mis padres, que atentos á que le moviesen á ser mi esposo, permitian que se los diese: si quedas desto satisfecho, bien lo estarás de lo que de mí te ha mostrado la experiencia cerca de mi honestidad y recato: esto digo por darte á entender, Ricardo, que siempre fuí mia, sin estar sujeta á otro que á mis padres, á quien ahora humildemente, como es razon, suplico me dén licencia y libertad para disponer la que tu mucha valentía y liberalidad me ha dado. Sus padres dijeron que se la daban, porque fiaban de su mucha discrecion que usaria della de modo que siempre redundase en su honra y en su provecho. Pues con esa licencia, prosiguió la discreta Leonisa, quiero que no se me haga de mal mostrarme desenvuelta á trueque de no mostrarme desagradecida: y así, ó valiente Ricardo, mi

voluntad hasta aquí recatada, perpleja y dudosa, se declara en favor tuyo; porque sepan los hombres que no todas las mujeres son ingratas, mostrándome yo siquiera agradecida: tuya soy, Ricardo, y tuya seré hasta la muerte, si otro mejor conocimiento no te mueve á negar la mano que de mi esposo te pido. Quedó como fuera de sí á estas razones Ricardo, y no supo ni pudo responder con otras á Leonisa, que con hincarse de rodillas ante ella y besarle las manos, que le tomó por fuerza muchas veces, bañándoselas en tiernas y amorosas lágrimas: derramólas Cornelio de pesar, y de alegría los padres de Leonisa, y de admiracion y de contento todos los circunstantes: hallóse presente el obispo ó arzobispo de la ciudad, y con su bendicion y licencia los llevó al templo, y dispensando en el tiempo los desposó en el mismo punto. Derramóse la alegría por toda la ciudad, de la cual dieron muestra aquella noche infinitas luminarias, y otros muchos dias la dieron muchos juegos y regocijos que hicieron los parientes de Ricardo y de Leonisa. Reconciliáronse con la Iglesia Mahamut y Halima, la cual imposibilitada de cumplir el deseo de verse esposa de Ricardo, se contentó con serlo de Mahamut. A sus padres y á los sobrinos de Halima dió la liberalidad de Ricardo, de las partes que le cupieron del despojo, suficientemente con que viviesen. Todos en fin quedaron contentos, libres y satisfechos, y la fama de Ricardo, saliéndose de los términos de Sicilia, se extendió por todos los de Italia y de otras muchas partes, debajo del nombre del Amante liberal, y aun hasta hoy dura en los muchos hijos que tuvo en Leonisa, que fué ejemplo raro de discrecion, honestidad, recato y hermosura.

RINCONETE Y CORTADILLO.

En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un dia de los calorosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete: ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados; capa no la tenian, los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates tan traidos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que mas le servían de cormas, que de zapatos: traia el uno montera verde de cazador, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda: á la espalda, y ceñida por los pechos traia uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga: el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecia un gran bulto, que á lo que despues pareció, era un cuello de los que llaman valonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecia hilachas: venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos, se les habian gastado las puntas, y porque durasen mas, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle: estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas, y las manos no muy limpias: el uno tenia una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros: saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de mas edad dijo al mas pequeño: ¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para dónde bueno camina? Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino tampoco. Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuesa merced del cielo, y que este no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante. Así es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella mas de un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como alnado: el camino que llevo es á la ventura, y allí le daria fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida. Y ¿sabe vuesa merced algun oficio? preguntó el grande; y el menor respondió: No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente. Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, dijo el grande, porque habrá sacristan que le dé á vuesa merced la ofrenda de Todos Santos, porque para el Juéves Santo le corte florones de papel para el monumento. No es mi corte desa manera, respondió el menor, sino que mi padre por la misericordia del cielo es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y córtolas tan bien, que en verdad que me podria examinar de maestro, si no que la corta suerte me tiene arrinconado. Todo eso y mas acontece por los buenos, respondió el grande, y siempre he oido decir que las buenas habilidades son las mas perdidas, pero aun edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura: mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar. Sí tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado. A lo cual replicó el grande: Pues yo le sé decir que soy uno de los mas secretos mozos que en grande parte se pueden hallar; y para obligar á vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mio primero, porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, deste hasta el último dia de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de contino pasan: mi nombre es Pedro del Rincon, mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada, quiero decir, que es bulero ó buldero, como los llama el vulgo: algunos dias le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daria ventaja en echar las bulas al que mas presumiese en ello; pero habiéndome un dia aficionado mas al dinero de las bulas, que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y di conmigo y con él en Madrid,



tade con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dejé con mas dobleces que pañizuelo de desposado: vino el que tenia á cargo el dinero tras mí, prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad se contentaron con que me arrimasen al aldabilla, y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte: tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras: tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron mas necesarias, y entre ellas saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traia), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando á la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo, y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa: fuera desto aprendí de un cocinero de un embajador ciertas *tretas* de quínolas y del parar, á quien tambien llaman el andaboba; que así como vuesa merced se puede examinar en la corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca: con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algun pájaro destos arrieros que aquí hay, quiero decir, que juguemos los dos á la veintiuna como si fuese de véras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia. Sea en buen hora, dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mia, que diciéndola mas breve, es esta: Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: mi padre es sastre, enseñóme su oficio, y de corte de tijera con mi buen ingenio salté á cortar bolsas: enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra: dejé mi pueblo, vine á Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faldriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos: y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningun cañuto; bien es verdad que habrá ocho dias que una espía doble dió noticia de mi habilidad al corregidor, el cual aficionado á mis buenas partes quisiera verme; mas yo que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algun coche de retorno, ó por lo ménos de un carro. Eso se borre, dijo Rincon, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces: confesemos llanamente que no tenemos blanca ni aun zapatos. Sea así, respondió Diego Cortado (que así dijo el menor que se llamaba), y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincon, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias; y levantándose Diego Cortado abrazó á Rincon, y Rincon á él tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos á jugar á la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia: y á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincon su maestro. Salió en esto un arriero á refrescarse al portal, y pidió que queria hacer tercio: acogiéronle de buena gana, y en ménos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedises, que fué darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres: y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero; mas ellos poniendo el uno mano á su media espada, y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal. A esta sazon pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestear á la venta del Alcalde, que está media legua mas adelante, los cuales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron y les dijeron que si acaso iban á Sevilla que se viniesen con ellos. Allá vamos, dijo Rincon, y servirémos á vuesas mercedes en todo cuanto nos mandaren: y sin mas detenerse saltaron delante de las mulas, y se fuéron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les habia estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les habia oido decir que los naipes que traian eran falsos, se pelaba las barbas, y queria ir á la venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decia que era grandísima afrenta y caso de ménos valer, que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él: sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin tales razones le dijeron, que aunque no le consolaron, le obligaron á quedarse.

En esto Cortado y Rincon se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo mas del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecian algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron por no perder la ocasion tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenian grande deseo de verse: con todo esto á la entrada de la ciudad, que fué á la oracion y por la puerta de la Aduana á causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traia un frances de la camarada, y así con el de sus cachas le dió tan larga y profunda herida, que se parecian patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol, y un libro de memoria, cosas que cuando las vieron, no les dieron mucho gusto; y pensando que pues el frances llevaba á las ancas aquella maleta, no la habia de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenian aquellas preseas, quisieran volver á darle otro tiento; pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrian echado ménos, y puesto en recaudo lo que quedaba. Habíanse despedido ántes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habian sustentado; y otro dia vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto se fuéron á ver la ciudad, y

admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del rio, porque era en tiempo de cargazon de flota, y habia en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar y aun temer el dia que sus culpas les habian de traer á morar en ellas de por vida: echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno dellos qué oficio era aquel, y si era de mucho trabajo y de qué ganancia. Un muchacho asturiano, que fué á quien hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos dias salia con cinco y con seis reales de ganancia, con que comia y bebia, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el mas mínimo bodegon de toda la ciudad, en la cual habia tantos y tan buenos. No les pareció mal á los dos amigos la relacion del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecia de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usalle, pues lo podian usar sin exámen: y preguntándole al asturiano qué habian de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios, ó nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartia la carne, pescado y fruta, en el costal el pan, y él les guió donde lo vendian, y ellos del dinero de la galima del frances lo compraron todo; y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio segun les ensayaban las esportillas, y asentaban los costales; avisóles su adalid de los puestos donde habian de acudir: por las mañanas á la carnicería y á la plaza de San Salvador, los dias de pescado á la Pescadería y á la Costanilla, todas las tardes al rio, los juéves á la feria.

Toda esta leccion tomaron bien de memoria, y otro dia bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apénas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y á todas respondian con discrecion y mesura: en esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecia estudiante llamó á Cortado, y el soldado á Rincon. En nombre sea de Dios, dijeron ambos. Para bien se comience el oficio, dijo Rincon, que vuesa merced me estrena, señor mio. A lo cual respondió el soldado: la estrena no será mala, porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora. Pues cargue vuesa merced á su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude á guisallo, lo haré de muy buena voluntad. Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si queria servir, que él le sacaria de aquel abatido oficio: á lo cual respondió Rincon que por ser aquel el dia primero que le usaba, no le queria dejar tan presto hasta ver á lo ménos lo que tenia de malo ó bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle á él, y ántes que á un canónigo: rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante, y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincon prometió fidelidad y buen trato: dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió á la plaza por no perder coyuntura; porque tambien desta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene á saber, albures, ó sardinas, ó acedías, bien podian tomar algunas, y hacerlas la salva, siquiera para el gasto de aquel dia; pero que esto habia de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito, que era lo que mas importaba en aquel ejercicio. Por presto que volvió Rincon, ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincon, y preguntóle que cómo le habia ido. Rincon abrió la mano, y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada, y dijo: Con esta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos mas; tomadla vos, Rincon, por lo que puede suceder: y habiéndosela ya dado secretamente, veís aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado le dijo si acaso habia visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos le faltaba, y que le dijese si la habia tomado en el entre tanto que con él habia andado comprando. A lo cual con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado: Lo que yo sabré decir desta bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso á mal recaudo. Eso es ello, pecador de mí, respondió el estudiante, que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron. Lo mismo digo yo, dijo Cortado: pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es lo primero y principal tener paciencia, que de ménos nos hizo Dios, y un dia viene tras otro dia, y donde las dan las toman, y podria ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir, y se la volviese á vuestra merced sahumada. El sahumerio le perdonaríamos, respondió el estudiante, y Cortado prosiguió diciendo: Cuanto mas que cartas de descomunion hay paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buenaventura, aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna órden sacra, parecermeia á mí que habia cometido algun grande incesto ó sacrilegio. Y ¿cómo que ha cometido sacrilegio? dijo á esto adolorido el estudiante; que puesto caso que yo no soy sacerdote sino sacristan de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mio, y es dinero sagrado y bendito. Con su pan se lo coma, dijo Rincon á este punto, no le arriendo la ganancia, dia de juicio hay donde todo saldrá, como dicen, en la colada, y entónces se verá quién fué Callejas, y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía: y ¿cuánto renta cada año, dígame, señor sacristan, por su vida? Renta la puta que me parió; y ¡estoy yo agora para decir lo que renta! respondió el sacristan con algun tanto de demasiada cólera: decidme, hermano, si sabeis algo, sino quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar. No me parece mal remedio ese, dijo Cortado, pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un



...nte, no parecerá en dias del mundo, y esto le doy por ...do. No hay que temer deso, respondió el sacristan, que lo tengo mas en la memoria que el tocar de las campanas: no me erraré en un átomo; sacó en esto de la faldriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor que llovia de su rostro como de alquitara; y apénas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo: y habiéndose ido el sacristan, Cortado le siguió y le alcanzó en las gradas, donde le llamó y le retiró á una parte, y allí le comenzó á decir tantos disparates al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamas razon que comenzase, que el pobre sacristan estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decia, hacia que le repitiese la razon dos y tres veces. Estábale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos: el sacristan le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras: este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera, y despidiéndose dél, le dijo que á la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traia entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le habia tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ó de muchos dias. Con esto se consoló algo el sacristan, y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincon, que todo lo habia visto un poco apartado dél, y mas abajo estaba otro mozo de la esportilla que vió todo lo que habia pasado, y cómo Cortado daba el pañuelo á Rincon; y llegándose á ellos les dijo: Díganme, señores galanes, ¿voacedes son de mala entrada, ó no? No entendemos esa razon, señor galan, respondió Rincon. ¿Qué, no entrevan, señores murcios? respondió el otro: No somos de Teba ni de Murcia, dijo Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios. ¿No lo entienden? dijo el mozo, pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara de plata: quiero decir, señores ¿si son vuesas mercedes ladrones? mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme, ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio? ¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galan? dijo Rincon. Si no se paga, respondió el mozo, á lo ménos registranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les aconsejo que vengan conmigo á darle la obediencia, ó si no no se atrevan á hurtar sin su señal, que les costará caro. Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que por ser la mas principal del mundo, será el mas acertado de todo él; y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, segun lo que he oido decir, que es muy calificado y generoso, y ademas hábil en el oficio. Y ¿cómo que es calificado, hábil y suficiente? respondió el mozo: eslo tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el finibusterre, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos en gurapas. En verdad, señor, dijo Rincon, que así entendemos esos nombres como volar. Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos que así les conviene saberlos como el pan de la boca: y así les fué diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos ó de la germanía, en el discurso de su plática, que no fué corta, porque el camino era largo, en el cual dijo Rincon á su guia: ¿Es vuesa merced por ventura ladron? Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado. A lo cual respondió Cortado: Cosa nueva es para mí, que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente. A lo cual respondió el mozo: Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y mas con la órden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados. Sin duda, dijo Rincon, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios. Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. El tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna para el aceite de la lámpara de una imágen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los dias pasados dieron tres ansias á un cuatrero que habia murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así los sufrió sin cantar, como si fueran nada; y esto atribuimos los del arte á su buena devocion, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo: y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo ántes que me lo pregunten: sepan voacedes que cuatrero es ladron de bestias: ansia es el tormento; roznos los asnos, hablando con perdon: primer desconcierto es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo: tenemos mas, que rezamos nuestro rosario repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el dia del viérnes, ni tenemos conversacion con mujer que se llame María, el dia del sábado. De perlas me parece todo eso, dijo Cortado; pero dígame vuesa merced, ¿hácese otra restitucion, ó otra penitencia mas de la dicha? En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, porque es cosa imposible por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y así el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto mas, que no hay quien nos mande hacer esta diligencia á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de descomunion, jamas llegan á nuestra noticia, porque jamas vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino es los dias de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente. ¿Y con solo eso qué hacen, dicen esos señores, dijo Cortado, que su vida es santa y buena? Pues ¿qué tiene de mala? replicó el mozo: ¿no es peor ser hereje, ó renegado, ó matar á su padre y madre, ó ser solomico? Sodomita querrá decir vuesa merced, respondió Rincon. Eso digo, dijo el mozo. Todo es malo, replicó Cortado; pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan. Presto se les cumplirá su deseo, dijo el mozo, que ya desde aquí se descubre su casa: vuesas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar audiencia. En buena

sea, dijo Rincon; y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia; y los dos se quedaron esperando á la puerta: él salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guia les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljofifado parecia que vertia carmin de lo mas fino: al un lado estaba un banco de tres piés, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima no ménos falto que el cántaro: á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta de albahaca. Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincon á entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo: en la pared frontera estaba pegada á la pared una imágen de nuestra Señora, destas de mala estampa, y mas abajo pendia una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofia blanca, por do coligió Rincon que la esportilla servia de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y así era la verdad. Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzaron á pasear por el patio: no tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta con antojos que los hacian graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos: tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fué á la sala, y habiendo tomado agua bendita con grandísima devocion, se puso de rodillas ante la imágen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demas al patio. En resolucion en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios: llegaron tambien de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de mas de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina: los cuales así como entraron, pusieron los ojos al traves en Rincon y Cortado á modo de que los extrañaban y no conocian, y llegándose á ellos les preguntaron si eran de la cofradía. Rincon respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazon y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía: parecia de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos: venía en camisa, y por la abertura de delante descubria un bosque, tanto era el vello que tenia en el pecho: traia cubierta una capa de bayeta casi hasta los piés, en los cuales traia unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos, el sombrero era de los de la ampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecian, pero los piés eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el mas rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guia de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole: Estos son los dos buenos mancebos que á vuesa merced dije, mi señor Monipodio; vuesa merced los desamine y verá como son dignos de entrar en nuestra congregacion. Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio. Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban, le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron á su paseo. Por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres. A lo cual Rincon respondió: El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer informacion para recebir algun hábito honroso. A lo cual respondió Monipodio: Vos, hijo mio, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decis, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas: fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte, tal dia le ahorcaron, ó le azotaron, ó otra cosa semejante, que por lo ménos suena mal á los buenos oídos; y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y solo ahora quiero saber los nombres de los dos. Rincon dijo el suyo, y Cortado tambien. Pues de aquí adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincon, os llameis Rinconete, y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad y á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por via de naufragio: y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle, y detras le van dando voces: al ladron, al ladron, deténganle, deténganle, uno se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva, allá se lo haya, castíguele su pecado; son tambien bienhechoras nuestras las socorridas, que de su sudor nos socorren así en la trena como en las guras; y tambien lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo, y el escribano que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos. Por cierto, dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre) que es obra digna del altí-

ime y profundísimo ingenio que hemos oido decir que uesa merced, señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aun gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, darémos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesa merced dice, con la solenidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace con popa y soledad, como tambien apuntó uesa merced en sus razones. Así se hará, ó no quedará en mí pedazo, replicó Monipodio; y llamando á la guia, le dijo: Ven acá, Ganchuelo, ¿están puestas las postas? Sí, dijo la guia, que Ganchuelo era su nombre, tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto. Volviendo pues á nuestro propósito, dijo Monipodio, querria saber, hijos, lo que sabeis, para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinacion y habilidad. Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de villano; entiéndeseme el reten: tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por piés el raspadillo, berrugueta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al mas pintado, mejor que dos reales prestados. Principios son, dijo Monipodio; pero todas esas son flores de cantueso, viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y solo sirven para alguno que sea tan blanco que se deje matar de media noche abajo; pero andará el tiempo, y vernos hemos, que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habeis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro. Todo se hará para servir á vuesa merced y á los señores cofrades, respondió Rinconete. Y vos, Cortadillo, ¿qué sabeis? preguntó Monipodio. Yo, respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faldriquera con mucha puntualidad y destreza. ¿Sabeis mas? dijo Monipodio. No, por mis grandes pecados, respondió Cortadillo. No os aflijais, hijo, replicó Monipodio, que á puerto y á escuela habeis llegado, donde ni os anegaréis, ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que mas os conviniere; y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos? ¿Cómo nos ha de ir, respondió Rinconete, sino muy bien? ánimo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren á nuestro arte y ejercicio. Está bien, replicó Monipodio; pero querria yo que tambien le tuviésedes para sufrir si fuese menester media docena de ansias, sin desplegar los labios, y sin decir esta boca es mia. Ya sabemos aquí, dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimos, porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese mas letras un no que un sí. Alto, no es menester mas, dijo á esta sazon Monipodio: digo que sola esta razon me convence, me obliga, me persuade y me fuerza á que desde luego asenteis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado. Yo soy dese parecer, dijo uno de los bravos, y á una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habian estado escuchando, y pidieron á Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecia todo: él respondió que por darlos contento á todos desde aquel punto se las concedia, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, conviene á saber, no llevar recaudo de ningun hermano mayor á la cárcel ni á la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuándo, cómo y adónde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno dellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y los demas con palabras muy comedidas las agradecieron mucho. Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo: El alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada. Nadie se alborote, dijo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño: sosiéguense, que yo le saldré á hablar. Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió á la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó: ¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador? á mí, dijo el de la guia. Pues ¿cómo, dijo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar, que esta mañana en aquel mismo paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos, y no sé cuántos cuartos? Verdad es, dijo la guia, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase. No hay levas conmigo, replicó Monipodio, la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo, y nos hace mil placeres al año: tornó á jurar el mozo que no sabia della: comenzóse á encolerizar Monipodio de manera, que parecia que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo: Nadie se burle con quebrantar la mas mínima cosa de nuestra órden, que le costará la vida: manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demas de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil: tornó de nuevo á jurar el mozo, y á maldecirse, diciendo que él no habia tomado tal bolsa, ni vístola de sus ojos: todo lo cual fué poner mas fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasion á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompian sus estatutos y buenas ordenanzas. Viendo Rinconete pues tanta disension y alboroto, parecióle que sería bien sosegalle y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia, y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristan, y dijo: Cese toda cuestion, mis señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura: luego sacó Cortadillo el pañizuelo y lo puso de manifiesto. Viendo lo cual Monipodio, dijo: Cortadillo el bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se queda la satisfaccion deste servicio, y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristan pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refran que dice: no es mucho que á quien te da la gallina entera, tú dés una pierna della; mas disimula este buen

alguacil en un dia, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento. De comun consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de bueno, bien como si fuera D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde en viéndolas Rinconete y Cortadillo conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron se fuéron con los brazos abiertos la una á Chiquiznaque y la otra á Maniferro, que estos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traia una mano de hierro en lugar de otra que le habian cortado por justicia: ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traian algo con que mojar la canal maestra. Pues ¿habia de faltar, diestro mio? respondió la una, que se llamaba la Gananciosa: no tardará mucho á venir Silbatillo tu trainel con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido; y así fué verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana. Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio; y ordenó asimismo que todos se sentasen á la redonda; porque en cortando la cólera se trataria de lo que mas conviniese. A esto dijo la vieja que habia rezado á la imágen: Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos dias ha que me trae loca, y mas, que ántes que sea mediodía tengo de ir á cumplir mis devociones, y poner mis candelicas á nuestra Señora de las Aguas, y al santo Crucifijo de santo Agustin, que no lo dejaria de hacer, si nevase y ventiscase: á lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron á mi casa una canasta de colar algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venia con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla, y venian sudando la gota tan gorda, que era una compasion verlos entrar jadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecian unos angelicos: dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que habia pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podian dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba: no desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre á tódos de poder de justicia, que no he tocado la canasta, y que se está tan entera como cuando nació. Todo se le cree, señora madre, respondió Monipodio, y estése así la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre. Sea como vos lo ordenáredes, hijo, respondió la vieja, y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si teneis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de contino. Y ¿qué tal lo beberéis, madre mia? dijo á esta sazon la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa: y descubriendo la canasta, se manifestó una bota á modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podria caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo: Mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo; y aplicándosele á los labios, de un tiron y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo: De Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el señorico; Dios te consuele, hija, que así me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado: no hará, madre, respondió Monipodio, porque es trasañejo. Así lo espero yo en la Vírgen, respondió la vieja, y añadió: mirad, niñas, si teneis acaso algun cuarto para comprar las candelicas de mi devocion, porque con la priesa y gana que tenia de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela. Yo sí tengo, señora Pipota, que este era el nombre de la buena vieja, respondió la Gananciosa, tome, ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor S. Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor S. Blas, que son mis abogados: quisiera que pusiera otra á la señora Sta. Lucía (que por lo de los ojos tambien la tengo devocion), pero no tengo trocado, mas otro dia habrá donde se cumpla con todo. Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí ántes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas. Bien dice la madre Pipota, dijo la Escalanta, y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciesen que eran de los mas aprovechados y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles: Holgáos, hijos, ahora que teneis tiempo; que vendrá la vejez y lloraréis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad como yo los lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de justicia; y con esto se fué. Ida la vieja, se sentaron todos al rededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito: manifestó luego medio queso de Flándes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Gandul: serian los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, si no fue Rinconete, que sacó su media espada: á los dos viejos de bayeta y á la guia tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas apénas habian comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á todos gran sobresalto los golpes que dieron á la puerta: mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó: ¿Quién llama? Respondieron de fuera: Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio: Tagarote soy, centinela desta mañana, y vengo

decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece haberle sucedido algun desastre. En esto llegó la que decia, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarote que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese, con ménos estruendo y ruido: él dijo que así lo haria. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio: venía descabellada, y la cara llena de tolondrones, y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada: acudieron á socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo á voces: La justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladron desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro lendroso, que le he quitado mas veces de la horca que tiene pelos en las barbas: desdichada de mí, mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facinoroso é incorregible. Sosiégate, Cariharta, dijo á esta sazon Monipodio, que aquí estoy yo que te haré justicia; cuéntanos tu agravio, que mas estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respeto; que si así es, y quieres venganza, no has menester mas que boquear. ¿Qué respeto? respondió Juliana: respetada me vea yo en los infiernos, si mas lo fuere de aquel leon con las ovejas, y cordero con los hombres: ¿con aquel habia yo de comer mas pan á manteles, ni yacer en uno? primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis; y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla y aun un poco mas, las descubrió llenas de cardenales: desta manera, prosiguió, me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome mas que á la madre que le parió: y ¿por qué pensais que lo ha hecho? montas que le dí yo ocasion para ello: no por cierto, no lo hizo mas sino porque estando jugando y perdiendo, me envió á pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié mas de veinte y cuatro, que el trabajo y afan con que yo los habia ganado, ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginacion habia hecho de lo que yo podria tener, esta mañana me sacó al campo detras de la huerta del Rey, y allí entre unos olivares me desnudó, y con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta: de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais: aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban. La Gananciosa tomó la mano á consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenia, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido; porque quiero, dijo, que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan, y azotan y acocean, entónces nos adoran; si no, confiésame una verdad por tu vida: despues que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia? ¿Cómo una? respondió la llorosa, cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él á su posada, y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos despues de haberme molido. No hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraria él de pena de ver cuál te habia puesto, que en estos tales hombres y en tales casos no han cometido la culpa, cuando les viene el arrepentimiento: y tú verás, hermana, si no viene á buscarte ántes que de aquí nos vamos, y á pedirte perdon de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero. En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde embesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito: ¿las manos habia él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo mas encarecer? ¡Ay! dijo á esta sazon la Juliana, no diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con cuan malo es, le quiero mas que á las telas de mi corazon, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle. Eso no harás tú por mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en tí como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que ántes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas que le amargue. Eso sí, dijo la Cariharta, que tengo mil cosas que escribirle. Yo seré el secretario cuando sea menester, dijo Monipodio; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos millares de coplas en daca las pajas, y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos hinchirá las medidas á todas horas, y en la de agora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que despues todo se andará. Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor, y así todos volvieron á su *gaudeamus*, y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero: los viejos bebieron *sine fine*, los mozos adunia, las señoras los quiries: los viejos pidieron licencia para irse, diósela luego Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad: respondieron que ellos se lo tenian bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdon y licencia, preguntó á Monipodio que ¿de qué servian en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados? á lo cual respondió Monipodio que aquellos en su germanía y manera de hablar se llamaban abispones, y que servian de andar de dia por toda la ciudad, abispando en qué casa se podia dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratacion ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponian; y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y deseñaban el lugar mas conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada: en resolucion dijo que era la gente de mas ó de tanto provecho que habia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su Majestad de los tesoros, y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada dia oian misa con extraña devocion: y hay dellos

tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van agora, que se contentan con mucho ménos de lo que por nuestros aranceles les toca: otros dos hay, que son palanquines, los cuales como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles no. Todo me parece de perlas, dijo Rinconete, y querria ser de algun provecho á tan famosa cofradía. Siempre favorece el cielo á los buenos deseos, dijo Monipodio.

Estando en esta plática llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quién era, y preguntándolo, respondieron: Abra voacé, señor Monipodio, que el Repolido soy. Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo: No le abra vuesa merced, señor Monipodio, no le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña. No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abria, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decia: Quítenmelo de delante á ese gesto de por demas, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas. Maniferro y Chiquiznaque tenian á Repolido, que en todas maneras queria entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decia desde afuera: No haya mas, enojada mia; por tu vida que te sosiegues, ansí te veas casada. ¿Casada yo, malino? respondió la Cariharta; mira en qué tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y ántes lo sería yo con una notomia de muerte, que contigo. Ea, boba, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido, porque vive el dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaida que la caida; humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo. Y aun de cenar le daria yo, dijo la Cariharta, porque te llevase donde nunca mas mis ojos te viesen. ¿No os digo yo? dijo Repolido; por Dios, que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda. A esto dijo Monipodio: En mi presencia no ha de haber demasías: la Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mio, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces: ¡ah, Juliana, ah niña, ah Cariharta mia, sal acá fuera por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdon de rodillas. Como él eso haga, dijo la Escalanta, todas serémos en su favor y en rogar á Juliana salga acá fuera. Si esto ha de ir por via de rendimiento que güela á menoscabo de la persona, dijo el Repolido, no me rendiré á un ejército formado de esguízaros; mas si es por via de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio. Riéronse desto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacian burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera: Cualquiera que se riere ó se pensase reir de lo que la Cariharta contra mí, ó yo contra ella, hemos dicho ó dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya he dicho. Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararia en un gran mal, si no lo remediaba; y así poniéndose luego en medio dellos, dijo: No pasen mas adelante, caballeros, cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí. Bien seguros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decian, en manos estaba el pandero que lo supieran bien tañer. Tambien tenemos acá pandero, seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y tambien si fuere menester sabrémos tocar los cascabeles, y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada ménos hará el hombre que sea lo dicho dicho; y diciendo esto, se iba á salir por la puerta afuera. Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo: Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas: ¿no ven que va enojado, y es un Júdas Macarelo en esto de la valentía? vuelve acá, valenton del mundo y de mis ojos; y cerrando con él le asió fuertemente de la capa, y acudiendo tambien Monipodio le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro no sabian si enojarse, ó si no, y estuviéronse quedos esperando lo que Repolido haria; el cual viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo: Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y mas cuando ven que se enojan los amigos. No hay aquí amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dénse las manos los amigos. A esto dijo Monipodio: Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se dén las manos de amigos. Diéronselas luego; y la Escalanta quitándose un chapin comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un son, que aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapin. Monipodio rompió un plato, y hizo dos tejoletas que puestas entre dos dedos y repicadas con gran lijereza, llevaba el contrapunto al chapin y á la escoba. Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invencion de la escoba, porque hasta entónces nunca la habian visto. Conociólo Maniferro, y díjoles: ¿Admíranse de la escoba? pues bien hacen: pues música mas presta y mas sin pesadumbre, ni mas barata, no se ha inventado en el mundo: en verdad que oí decir el otro dia á un estudiante, que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del infierno, ni Marion, que subió sobre el delfin, y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenia cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse, y aun voto á tal, que dice que la inventó un galan desta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música. Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete, pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar: y así era la verdad, porque Monipodio le habia rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo á lo valon,
Tengo socarrado todo el corazon.

Siguió la Gananciosa cantando:

> Por un morenico de color verde
> ¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

> Riñen dos amantes, hácese la paz,
> Si el enojo es grande, es el gusto mas.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapin, se metió en danza, y acompañó á las demas, diciendo:

> Detente, enojado, no me azotes mas,
> Que si bien lo miras, á tus carnes das.

Cántese á lo llano, dijo á esta sazon Repolido, y no se toquen hestorias pasadas, que no hay para qué: lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta. Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo como al cabo de la calle habia asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venian el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al reves: dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música: enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido, y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos á otra calle. Nunca disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó así á banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia y su corchetada: los dos novicios Rinconete y Cortadillo no sabian qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en mas de volver la centinela á decir que el alcalde se habia pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio: Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro y al Repolido, y que de los demas no bajase alguno: como se habian quedado en el patio Rinconete y Cortadillo pudieron oir toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recien venido, el cual dijo á Monipodio, que por qué se habia hecho tan mal lo que le habia encomendado. Monipodio respondió que aun no sabia lo que se habia hecho, pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daria muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si habia cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce. ¿Cuál, respondió Chiquiznaque: es la de aquel mercader de la encrucijada? Esa es, dijo el caballero. Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y él vino ántes de la oracion: lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenia tan pequeño que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prómetido, y de hacer lo que llevaba en mi destruicion. Instruccion querrá vuesa merced decir, dijo el caballero, que no destruicion. Eso quise decir, respondió Chiquiznaque: digo que viendo que en la estrecheza y poca cantidad de aquel rostro no cabian los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca. Mas quisiera, dijo el caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete, que al criado la de catorce: en efeto conmigo no se ha cumplido, como era razon, pero no importa; poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal: beso á vuesas mercedes las manos; y diciendo esto, se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traia puesta, diciéndole: Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan. Pues ¿á esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra, respondió el caballero, dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo? ¡Qué bien está en la cuenta el señor! dijo Chiquiznaque; bien parece que no se acuerda de aquel refran que dice: Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can. Pues ¿en qué modo puede venir aquí á propósito este refran? replicó el caballero. ¿Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: quien mal quiere á Beltran, mal quiere á su can? y así Beltran es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da á Beltran, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecucion: por eso no hay mas sino pagar luego sin apercebimiento de remate. Eso juro yo bien, añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho: y así voacé, señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la está curando. Como eso sea, respondió el galan, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero. No dude en esto, dijo Monipodio, mas que en ser cristiano, que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació. Pues con esa seguridad y promesa, respondió el caballero, recíbase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podria ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos ántes de mucho: quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósela á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recebió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado: la ejecucion quedó á cargo de Chiquiznaque, que solo tomó término de aquella noche. Fuése muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados: bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traia en la capilla de la capa, y dióselo á Rinconete que leyese, porque él no sabia leer. Abriólo Rinconete, y en la primera hoja vió que decia:

MEMORIA DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR ESTA SEMANA.

La primera al mercader de la encrucijada: vale cin-



cuenta escudos: están recebidos treinta á buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.

No creo que hay otra, hijo, dijo Monipodio: pasa adelante, y mira donde dice: *Memoria de palos*. Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *Memoria de palos*. Y mas abajo decia:

Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantía, á escudo cada uno: están dados á buena cuenta ocho: el término seis dias. Secutor, Maniferro.

Bien podia borrarse esa partida, dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito della. ¿Hay mas, hijo? dijo Monipodio. Sí, otra, respondió Rinconete, que dice así:

Al sastre corcobado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.

Maravillado estoy, dijo Monipodio, cómo todavía está esa partida en ser; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra. Yo le topé ayer, dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el corcobado, no habia cumplido con su débito. Eso creo yo bien, dijo Monipodio, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay mas, mocito? No, señor, respondió Rinconete. Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes*. Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes, conviene á saber: redomazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicacion de nibelos, etc.

¿Qué dice mas abajo? dijo Monipodio. Dice, dijo Rinconete, *unto de miera en la casa*... No se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el tuautem y esecutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho. Así es la verdad, dijo Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y aun mas abajo dice: *clavazon de cuernos*. Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa, ni adónde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo ménos mas querria yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo sola una vez, aunque fuese á la madre que me parió. El esecutor desto es, dijo Rinconete, el Narigueta. Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay mas, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el esecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pié de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte: dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay mas, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer mas de lo que quisiéremos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza; cuanto mas, que cada uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos. Así es, dijo á esto el Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde, y va entrando el calor mas que de paso. Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntarémos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caido, sin agraviar á nadie. A Rinconete el bueno y á Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo, desde la torre del Oro por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores: que yo he visto á otros de ménos habilidad que ellos salir cada dia con mas de veinte reales en menudos, amen de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes ménos: este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendais hasta San Sebastian y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mista, que nadie se entre en pertenencia de nadie. Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacia, y ofreciéronse á hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato. Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: Rinconete y Cortadillo cofrades: noviciado ninguno: Rinconete floreo, Cortadillo bajon, y el dia, mes y año, callando padres y patria. Estando en esto entró uno de los viejos abispones, y dijo: Vengo á decir á vuesas mercedes como agora topé en Gradas á Lobillo el de Málaga, y díceme que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanas, y que por venir maltratado no viene luego á registrarse, y á dar la sólita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta. Siempre se me asentó á mí, dijo Monipodio, que este Lobillo habia de ser único en su arte, porque tiene las mejores y mas acomodadas manos para ello, que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende. Tambien topé, dijo el viejo, en una casa de posadas en la calle de Tintores, al judío en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querria ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podria venir á mucha: dice tambien que el domingo no faltará de la junta y dará cuenta de su persona. Ese judío tambien, dijo Monipodio, es gran sacre, y tiene gran conocimiento; dias ha que no le he visto, y no lo hace bien; pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene mas órdenes el ladron, que las que tiene el turco, ni sabe mas latin que mi madre: ¿hay mas de nuevo? No, dijo el viejo, á lo ménos que yo sepa. Pues sea en buen hora, dijo Monipodio; voacedes tomen esta miseria, y repartió entre todos hasta cuarenta reales, y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido. Todos le volvieron las gracias: tornáronse á abrazar Repolido y la Cariharta: la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando

lla noche despues de haber alzado de obra en e viesen en la de la Pipota, donde tambien dijo Monipodio al registro de la canasta de colar, y no habia de ir á cumplir y borrar la partida de : abrazó á Rinconete y á Cortadillo, y echán- bendicion los despidió, encargándoles que no jamas posada cierta, ni de asiento, porque asi á la salud de todos. Acompañólos Gancłoso señarles sus puestos, acordándoles que no fal- domingo, porque á lo que creia y pensaba, Mo- habia de leer una licion de oposicion acerca de concernientes á su arte. Con esto se fué, de- os dos compañeros admirados de lo que habian Rinconete, aunque muchacho, de muy buen miento, y tenia un buen natural, y como habia on su padre en el ejercicio de las bulas, sabía buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los que habia oido á Monipodio y á los demas de añía y bendita comunidad; y mas cuando por r *modum sufragii*, habia dicho por modo de o; y que sacaban el estupendo, por decir esti- de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta que era Repolido como un marinero de Tarpeya un tigre de Ocaña, por decir Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia cuando que el trabajo que habia pasado en ganar los veinte y cuatro reales, lo recebiese el cielo en descuento de sus pecados; y sobre todo le admiraba la seguridad que tenian y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios y ofensas de Dios: y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida: no ménos le suspendia la obediencia y respeto que todos tenian á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado: consideraba lo que habia leido en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban: finalmente, exageraba cuán descuidada justicia habia en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivia en ella gente tan perniciosa y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta; pero con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden mas larga escritura, y así se deja para otra ocasion contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideracion, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.

LA ESPAÑOLA INGLESA.

Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz, Clotaldo, un caballero inglés, capitan de una escuadra de navíos, llevó á Lóndres una niña de edad de siete años, poco mas ó ménos, y esto contra la voluntad y sabiduría del conde de Essex, que con gran diligencia hizo buscar la niña para volvérsela á sus padres, que ante él se quejaron de la falta de su hija, pidiéndole que pues se contentaba con las haciendas y dejaba libres las personas, no fuesen ellos tan desdichados, que ya que quedaban pobres quedasen sin su hija, que era la lumbre de sus ojos, y la mas hermosa criatura que habia en toda la ciudad. Mandó el conde echar bando por toda su armada, que so pena de la vida volviese la niña, cualquiera que la tuviese; mas ningunas penas ni temores fuéron bastantes á que Clotaldo la obedeciese, que la tenia escondida en su nave, aficionado, aunque cristianamente, á la incomparable hermosura de Isabela, que así se llamaba la niña. Finalmente, sus padres se quedaron sin ella, tristes y desconsolados, y Clotaldo alegre sobre modo llegó á Lóndres, y entregó por riquísimo despojo á su mujer á la hermosa niña. Quiso la buena suerte que todos los de la casa de Clotaldo eran católicos secretos, aunque en lo público mostraban seguir la opinion de su reina. Tenia Clotaldo un hijo llamado Ricaredo, de edad de doce años, enseñado de sus padres á amar y temer á Dios, y á estar muy entero en las verdades de la fe católica. Catalina, la mujer de Clotaldo, noble, cristiana y prudente señora, tomó tanto amor á Isabela, que como si fuera su hija la criaba, regalaba é industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendia todo cuanto le enseñaban: con el tiempo y con los regalos fué olvidando los que sus padres verdaderos le habian hecho; pero no tanto que dejase de acordarse y de suspirar por ellos muchas veces; y aunque iba aprendiendo la lengua inglesa, no perdia la española, porque Clotaldo tenia cuidado de traerle á casa secretamente españoles que hablasen con ella; desta manera, sin olvidar la suya, como está dicho, hablaba la lengua inglesa como si hubiera nacido en Lóndres: despues de haberle enseñado todas las cosas de labor, que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñaron á leer y escribir mas que medianamente; pero en lo que tuvo extremo fué en tañer todos los instrumentos que á una mujer son lícitos, y esto con toda perfeccion de música, acompañándola con una voz que le dió el cielo tan extremada, que encantaba cuando cantaba. Todas estas gracias, adquiridas y puestas sobre la natural suya, poco á poco fuéron encendiendo el pecho de Ricaredo, á quien ella como á hijo de su señor queria y servia: al principio le salteó amor con un modo de agradarse y complacerse de ver la singular belleza de Isabela, y de considerar sus infinitas virtudes y gracias, amándola como si fuera su hermana, sin que sus deseos saliesen de los términos honrados y virtuosos. Pero como fué creciendo Isabela, que ya cuando Ricaredo ardia, tenia doce años, aquella benevolencia primera, y aquella complacencia y agrado de mirarla, se volvió en ardentísimos deseos de gozarla y

de poseerla: no porque aspirase á esto por otros medios que por los de ser su esposo, pues de la incomparable honestidad de Isabela (que así la llamaban ellos) no se podia esperar otra cosa, ni aun él quisiera esperarla aunque pudiera; porque la noble condicion suya y la estimacion en que á Isabela tenia, no consentian que ningun mal pensamiento echase raices en su alma: mil veces determinó manifestar su voluntad á sus padres, y otras tantas no aprobó su determinacion, porque él sabía que le tenian dedicado para ser esposo de una muy rica y principal doncella escocesa, asimismo secreta cristiana como ellos; y estaba claro, segun él decia, que no habian de querer dar á una esclava (si este nombre se podia dar á Isabela) lo que ya tenian concertado de dar á una señora: y así perplejo y pensativo, sin saber qué camino tomar para venir al fin de su buen deseo, pasaba una vida tal, que le puso á punto de perderla; pero pareciéndole ser gran cobardía dejarse morir sin intentar algun género de remedio á su dolencia, se animó y esforzó á declarar su intento á Isabela. Andaban todos los de su casa tristes y alborotados por la enfermedad de Ricaredo, que de todos era querido, y de sus padres con el extremo posible, así por no tener otro, como porque lo merecia su mucha virtud y su gran valor y entendimiento: no le acertaban los médicos la enfermedad, ni él osaba ni queria descubrírsela. En fin, puesto en romper por las dificultades que él se imaginaba, un dia que entró Isabela á servirle, viéndola sola, con desmayada voz y lengua turbada le dijo: Hermosa Isabela, tu valor, tu mucha virtud y grande hermosura me tienen como me ves; si no quieres que deje la vida en manos de las mayores penas que pueden imaginarse, responda el tuyo á mi buen deseo, que no es otro que el de recebirte por mi esposa á hurto de mis padres, de los cuales temo que, por no conocer lo que yo conozco que mereces, me han de negar el bien que tanto me importa: si me das la palabra de ser mia, yo te la doy desde luego como verdadero y católico cristiano de ser tuyo; que puesto que no llegue á gozarte, como no llegaré hasta que con bendicion de la Iglesia y de mis padres sea, aquel imaginar que con seguridad eres mia, será bastante á darme salud y á mantenerme alegre y contento hasta que llegue el feliz punto que deseo. En tanto que esto dijo Ricaredo, estuvo escuchándole Isabela los ojos bajos, mostrando en aquel punto que su honestidad se igualaba á su hermosura, y á su mucha discrecion su recato; y así viendo que Ricaredo callaba, honesta, hermosa y discreta le respondió desta suerte: Despues que quiso el rigor ó la clemencia del cielo (que no sé á cuál destos extremos lo atribuya) quitarme á mis padres, señor Ricaredo, y darme á los vuestros, agradecida á las infinitas mercedes que me han hecho, determiné que jamas mi voluntad saliese de la suya, y así sin ella tendria no por buena, sino por mala fortuna la inestimable merced que quereis hacerme; si con su sabiduría fuere yo tan venturosa que os merezca, desde aquí os ofrezco la voluntad que ellos me dieren, y en tanto que esto se dilate, ó no fuere, entretengan vuestros deseos saber que los mios serán eternos y limpios en desearos el bien que el cielo puede daros. Aquí puso silencio Isabela á sus honestas y discretas razones, y allí comenzó la salud de Ricaredo, y comenzaron á revivir las esperanzas de sus padres, que en su enfermedad muertas estaban. Despidiéronse los dos cortesmente: él con lágrimas en los ojos, ella con admiracion en el alma de ver tan rendida á su amor la de Ricaredo; el cual levantado del lecho, al parecer de sus padres por milagro, no quiso tenerles mas tiempo ocultos sus pensamientos: y así un dia se los manifestó á su madre, diciéndole en el fin de su plática, que fué larga, que si no le casaban con Isabela, que el negársela y darle la muerte era todo una misma cosa: con tales encarecimientos subió al cielo las virtudes de Isabela Ricaredo, que le pareció á su madre que Isabela era la engañada en llevar á su hijo por esposo. Dió buenas esperanzas á su hijo de disponer á su padre á que con gusto viniese en lo que ya ella tambien venia; y así fué, que diciendo á su marido las mismas razones que á ella habia dicho su hijo, con facilidad le movió á querer lo que tanto su hijo deseaba, fabricando excusas que impidiesen el casamiento que casi tenia concertado con la doncella de Escocia. A esta sazon tenia Isabela catorce, y Ricaredo veinte años, y en esta tan verde y tan florida edad su mucha discrecion y conocida prudencia los hacia ancianos.

Cuatro dias faltaban para llegarse aquel en el cual los padres de Ricaredo querian que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniéndose por prudentes y dichosísimos de haber escogido á su prisionera por su hija, teniendo en mas la dote de sus virtudes que la mucha riqueza que con la escocesa se les ofrecia: las galas estaban ya á punto, los parientes y los amigos convidados, y no faltaba otra cosa sino hacer á la reina sabedora de aquel concierto, porque sin su voluntad y consentimiento entre los de ilustre sangre no se efectúa casamiento alguno; pero no dudaron de la licencia, y así se detuvieron en pedirla. Digo pues que estando todo en este estado, cuando faltaban los cuatro dias hasta el de la boda, una tarde turbó todo su regocijo un ministro de la reina, que dió un recado á Clotaldo, que su Majestad mandaba que otro dia por la mañana llevasen á su presencia á su prisionera la española de Cádiz. Respondióle Clotaldo que de muy buena gana haria lo que su Majestad le mandaba. Fuése el ministro, y dejó llenos los pechos de todos de turbacion, de sobresalto y miedo. ¡Ay, decia la señora Catalina, si sabe la reina que yo he criado á esta niña á lo católico, de aquí viene á inferir que todos los desta casa somos cristianos! pues si la reina le pregunta qué es lo que ha aprendido en ocho años que ha que es prisionera, ¿qué ha de responder la cuitada que no nos condene, por mas discrecion que tenga? Oyendo lo cual Isabela, le dijo: No le dé pena alguna, señora mia, ese temor, que yo confío en el cielo, que me ha de dar palabras en aquel instante por su divina misericordia, que no solo no os condenen, sino que redunden en provecho vuestro. Temblaba Ricaredo, casi como adivino de algun mal suceso. Clotaldo buscaba modos que pudiesen dar ánimo á su mucho temor, y no los hallaba sino en la mucha confianza que en Dios tenia y en la prudencia de Isabela, á quien encomendó mucho que por todas las vias que pudiese excusase el condenallos por católicos; que puesto que estaban prontos con el espíritu á recebir martirio, todavía la carne enferma rehusaba su amarga carrera. Una y muchas veces les aseguró Isabela estuviesen seguros que por su causa no sucedería lo que temian y sospechaban; porque aunque ella entónces no sabia lo que habia de

responder á las preguntas que en tal caso le hiciesen, tenia viva y cierta esperanza que habia de responder de modo que, como otra vez habia dicho, sus respuestas les sirviesen de abono. Discurrieron aquella noche en muchas cosas, especialmente en que si la reina supiera que eran católicos, no les enviaria recaudo tan manso, por donde se podia inferir que solo queria ver á Isabela, cuya sin igual hermosura y habilidades habrian llegado á sus oidos como á todos los de la ciudad; pero ya en no habérsela presentado se hallaban culpados, de la cual culpa hallaron seria bien disculparse con decir, que desde el punto que entró en su poder la escogieron y señalaron para esposa de su hijo Ricaredo; pero tambien en esto se culpaban, por haber hecho el casamiento sin licencia de la reina, aunque esta culpa no les pareció digna de gran castigo. Con esto se consolaron, y acordaron que Isabela no fuese vestida humildemente como prisionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo. Resueltos en esto, otro dia vistieron á Isabela á la española, con una saya entera de raso verde acuchillada, y forrada en rica tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de riquísimas perlas: collar y cintura de diamantes, y con abanico á modo de las señoras damas españolas: sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le servian de tocado. Con este adorno riquísimo, y con su gallarda disposicion y milagrosa belleza, se mostró aquel dia á Lóndres sobre una hermosa carroza, llevando colgados de su vista las almas y los ojos de cuantos la miraban. Iban con ella Clotaldo y su mujer, y Ricaredo en la carroza, y á caballo muchos ilustres parientes suyos. Toda esta honra quiso hacer Clotaldo á su prisionera, por obligar á la reina la tratase como á esposa de su hijo. Llegados pues á palacio, y á una gran sala donde la reina estaba, entró por ella Isabela, dando de sí la mas hermosa muestra que pudo caber en humana imaginacion. Era la sala grande y espaciosa, y á dos pasos se quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela, y como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella ó exhalacion que por la region del fuego en serena y sosegada noche suele moverse, ó bien ansí como rayos del sol que al salir el dia, por entre dos montañas se descubre: todo esto pareció, y aun cometa que pronosticó el incendio de mas de una alma de los que allí estaban, á quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela. La cual, llena de humildad y cortesía, se fué á poner de hinojos ante la reina, y en lengua inglesa le dijo: Dé vuestra Majestad las manos á esta su sierva, que desde hoy mas se tendrá por señora, pues ha sido tan venturosa que ha llegado á ver la grandeza vuestra. Estúvola la reina mirando por un buen espacio, sin hablarle palabra, pareciéndole, como despues dijo á su camarera, que tenia delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traia, su bello rostro y sus ojos el sol y la luna, y toda ella una nueva maravilla de hermosura. Las damas que estaban con la reina quisieran hacerse todas ojos, porque no les quedase cosa por mirar en Isabela: cuál alababa la viveza de sus ojos, cuál la color del rostro, cuál la gallardía del cuerpo y cuál la dulzura de la habla, y tal hubo que de pura invidia, dijo: Buena es la española, pero no me contenta el traje. Despues que pasó algun tanto la suspension de la reina, haciendo levantar á Isabela, le dijo: Habladme en español, doncella, que yo le entiendo bien, y gustaré dello; y volviéndose á Clotaldo, dijo: Clotaldo, agravio me habeis hecho en tenerme este tesoro tantos años ha encubierto; mas él es tal que os habrá movido á codicia: obligado estáis á restituírmele, porque de derecho es mio. Señora, respondió Clotaldo, mucha verdad es lo que vuestra Majestad dice: confieso mi culpa, si lo es haber guardado este tesoro á que estuviese en la perfeccion que convenia para parecer ante los ojos de vuestra Majestad; y ahora que lo está, pensaba traerle mejorado, pidiendo licencia á vuestra Majestad, para que Isabela fuese esposa de mi hijo Ricaredo, y daros, alta Majestad, en los dos todo cuanto puedo daros. Hasta el nombre me contenta, respondió la reina; no le faltaba mas sino llamarse Isabela la española, para que no me quedase nada de perfeccion que desear en ella; pero advertid, Clotaldo, que sé que sin mi licencia la teníades prometida á vuestro hijo. Así es verdad, señora, respondió Clotaldo; pero fué en confianza que los muchos y relevados servicios que yo y mis pasados tenemos hechos á esta corona, alcanzarian de vuestra Majestad otras mercedes mas dificultosas que las desta licencia: cuanto mas que aun no está desposado mi hijo. Ni lo estará, dijo la reina, con Isabela hasta que por sí mismo lo merezca; quiero decir, que no quiero que para esto le aprovechen vuestros servicios, ni de sus pasados: él por sí mismo se ha de disponer á servirme, y á merecer por sí esta prenda, que yo la estimo como si fuese mi hija. Apénas oyó esta última palabra Isabela, cuando se volvió á hincar de rodillas ante la reina, diciéndole en lengua castellana: Las desgracias que tales descuentos traen, serenísima señora, ántes se han de tener por dichas que por desventuras: ya vuestra Majestad me ha dado nombre de hija: sobre tal prenda ¿qué males podré temer, ó qué bienes no podré esperar? Con tanta gracia y donaire decia cuanto decia Isabela, que la reina se le aficionó en extremo, y mandó que se quedase en su servicio, y se la entregó á una gran señora, su camarera mayor, para que la enseñase el modo de vivir suyo. Ricaredo, que se vió quitar la vida en quitarle á Isabela, estuvo á pique de perder el juicio; y así temblando y con sobresalto se fué á poner de rodillas ante la reina, á quien dijo: Para servir yo á vuestra Majestad no es menester incitarme con otros premios que con aquellos que mis padres y mis pasados han alcanzado por haber servido á sus reyes; pero pues vuestra Majestad gusta que yo la sirva con nuevos deseos y pretensiones, querria saber en qué modo, en qué ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligacion en que vuestra Majestad me pone. Dos navíos, respondió la Reina, están para partirse en corso, de los cuales he hecho general al varon de Lansac: del uno dellos os hago á vos capitan; porque la sangre de do venis me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años; y advertid á la merced que os hago, pues os doy ocasion en ella á que correspondiendo á quien sois, sirviendo á vuestra reina, mostreis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona, y alcanceis el mejor premio que á mi parecer vos mismo podeis acertar á desearos: yo misma os seré guarda de Isabela, aunque ella da muestras que su honestidad será su mas verdadera guarda: id con Dios, que pues vais ena-

morado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas: felice fuera el rey batallador que tuviera en su ejército diez mil soldados amantes, que esperaran que el premio de sus victorias habia de ser gozar de sus amadas. Levantáos, Ricaredo, y mirad si teneis ó quereis decir algo á Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida. Besó las manos Ricaredo á la reina, estimando en mucho la merced que le hacia, y luego se fué á hincar de rodillas ante Isabela, y queriéndola hablar no pudo, porque se le puso un nudo en la garganta, que le ató la lengua, y las lágrimas acudieron á los ojos, y él acudió á disimularlas lo mas que le fué posible; pero con todo eso no se pudieron encubrir á los ojos de la reina, pues dijo: No os afrenteis, Ricaredo, de llorar, ni os tengais en ménos por haber dado en este trance tan tiernas muestras de vuestro corazon, que una cosa es pelear con los enemigos, y otra despedirse de quien bien se quiere: abrazad, Isabela, á Ricaredo, y dadle vuestra bendicion, que bien lo merece su sentimiento. Isabela, que estaba suspensa y atónita de ver la humildad y dolor de Ricaredo, que como á su esposo le amaba, no entendió lo que la reina le mandaba, ántes comenzó á derramar lágrimas tan sin pensar lo que hacia, y tan ciega y tan sin movimiento alguno, que no parecia sino que lloraba una estatua de alabastro. Estos afectos de los dos amantes, tan tiernos y tan enamorados, hicieron verter lágrimas á muchos de los circunstantes, y sin hablar mas palabra Ricaredo y sin haberle hablado alguna á Isabela, haciendo Clotaldo y los que con él venian reverencia á la reina, se salieron de la sala, llenos de compasion, de despecho y de lágrimas. Quedó Isabela como huérfana que acaba de enterrar sus padres, y con temor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la habia criado. En fin, se quedó, y de allí á dos dias Ricaredo se hizo á la vela, combatido entre otros muchos de dos pensamientos que le tenian fuera de sí: era el uno considerar que le convenía hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela, y el otro que no podia hacer ninguna, si habia de responder á su católico intento, que le impedia no desenvainar la espada contra católicos, y si no la desenvainaba, habia de ser notado de cristiano, ó de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida y en obstáculo de su pretension. Pero en fin, determinó de posponer al gusto de enamorado el que tenia de ser católico, y en su corazon pedia al cielo le deparase ocasiones, donde con ser valiente cumpliese con ser cristiano, dejando á su reina satisfecha y á Isabela merecida. Seis dias navegaron los dos navíos con próspero viento, siguiendo la derrota de las islas Terceras, paraje donde nunca faltan ó naves portuguesas de las Indias orientales, ó algunas derrotadas de las occidentales. Y al cabo de los seis dias les dió de costado un recísimo viento que en el mar Océano tiene otro nombre que en el Mediterráneo, donde se llama mediodía, el cual viento fué tan durable y tan recio, que sin dejarles tomar las islas, les fué forzoso correr á España; y junto á su costa, á la boca del estrecho de Gibraltar, descubrieron tres navíos, uno poderoso y grande, y los dos pequeños: arribó la nave de Ricaredo á su capitana por saber de su general si queria embestir á los tres navíos que se descubrian; y ántes que á ella llegase, vió poner sobre la gavia mayor un estandarte negro, y llegándose mas cerca, oyó que tocaban en la nave clarines y trompetas roncas, señales claras ó que el general era muerto, ó alguna otra principal persona de la nave. Con este sobresalto llegaron á poderse hablar, que no lo habian hecho despues que salieron del puerto; dieron voces de la nave capitana diciendo que el capitan Ricaredo pasase á ella, porque el general la noche ántes habia muerto de una apoplejía. Todos se entristecieron, si no fué Ricaredo que se alegró, no por el daño de su general, sino por ver que quedaba él libre para mandar en los dos navíos; que así fué la órden de la reina, que faltando el general, lo fuese Ricaredo, el cual con presteza se pasó á la capitana, donde halló que unos lloraban por el general muerto, y otros se alegraban con el vivo: finalmente los unos y los otros le dieron luego la obediencia, y le aclamaron por su general con breves ceremonias, no dando lugar á otra cosa dos de los tres navíos que habian descubierto, los cuales desviándose del grande, á las dos naves se venian. Luego conocieron ser galeras y turquescas, por las medias lunas que en las banderas traian, de que recibió gran gusto Ricaredo, pareciéndole que aquella presa, si el cielo se la concediese, sería de consideracion, sin haber ofendido á ningun católico. Las dos galeras turquescas llegaron á reconocer los navíos ingleses, los cuales no traian insignias de Ingalaterra, sino de España, por desmentir á quien llegase á reconocellos, y no los tuviesen por navíos de cosarios. Creyeron los turcos ser naves derrotadas de las Indias, y que con facilidad las rendirian. Fuéronse entrando poco á poco, y de industria los dejó llegar Ricaredo hasta tenerlos á gusto de su artillería, la cual mandó disparar á tan buen tiempo, que con cinco balas dió en la mitad de una de las galeras con tanta furia, que la abrió por medio toda; dió luego á la banda, y comenzó á irse á pique sin poderse remediar. La otra galera, viendo tan mal suceso, con mucha priesa le dió cabo, y le llevó á poner debajo del costado del gran navío; pero Ricaredo que tenia los suyos prestos y lijeros, que salian y entraban como si tuvieran remos, mandando cargar de nuevo la artillería, los fué siguiendo hasta la nave, lloviendo sobre ellos infinidad de balas. Los de la galera abierta así como llegaron á la nave la desampararon, y con priesa y celeridad procuraban acogerse á la nave. Lo cual visto por Ricaredo, y que la galera sana se ocupaba con la rendida, cargó sobre ella con sus dos navíos, y sin dejarla rodear ni valerse de los remos, la puso en estrecho, que los turcos se aprovecharon ansimismo del refugio de acogerse á la nave, no para defenderse en ella, sino por escapar las vidas por entónces. Los cristianos, de quien venian armadas las galeras, arrancando las branzas y rompiendo las cadenas, mezclados con los turcos, tambien se recogieron á la nave, y como iban subiendo por su costado, con la arcabucería de los navíos los iban tirando como al blanco; á los turcos no mas, que á los cristianos mandó Ricaredo que nadie los tirase. Desta manera casi todos los mas turcos fuéron muertos, y los que en la nave entraron, por los cristianos que con ellos se mezclaron aprovechándose de sus mismas armas, fuéron hechos pedazos; que la fuerza de los valientes cuando caen, se pasa á la flaqueza de los que se levantan: y así con el calor que les daba á los cristianos pensar que los navíos ingleses eran españoles, hicieron por su libertad maravillas. Finalmente, habiendo muerto casi todos los turcos, algunos españo-

les se pusieron á bordo del navío, y á grandes voces llamaron á los que pensaban ser españoles, entrasen á gozar el premio del vencimiento. Preguntándoles Ricaredo en español que ¿qué navío era aquel? respondieron que era una nave que venía de la India de Portugal, cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valia mas de un millon de oro, y que con tormenta habia arribado á aquella parte, toda destruida y sin artillería, por haberla echado á la mar la gente enferma y casi muerta de sed y de hambre, y que aquellas dos galeras, que eran del cosario Arnaute Mamí, el dia ántes la habian rendido, sin haberse puesto en defensa, y que á lo que habian oido decir, por no poder pasar tanta riqueza á sus dos bajeles, la llevaban á jorro para meterla en el rio de Larache, que estaba allí cerca. Ricaredo les respondió que si ellos pensaban que aquellos dos navíos eran españoles, se engañaban, que no eran sino de la señora reina de Ingalaterra, cuya nueva dió que pensar y que temer á los que la oyeron, pensando, como era razon que pensasen, que de un lazo habian caido en otro. Pero Ricaredo les dijo que no temiesen algun daño, y que estuviesen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiesen en defensa. Ni es posible ponernos en ella, respondieron; porque, como se ha dicho, este navío no tiene artillería, ni nosotros armas: así que nos es forzoso acudir á la gentileza y liberalidad de vuestro general; pues será justo que quien nos ha librado del insufrible cautiverio de los turcos, lleve adelante tan gran merced y beneficio, pues le podrá hacer famoso en todas las partes, que serán infinitas, donde llegare la nueva desta memorable vitoria y de su liberalidad, más de nosotros esperada que temida. No le parecieron mal á Ricaredo las razones del español, y llamando á consejo los de su navío, les preguntó cómo haria para enviar todos los cristianos á España, sin ponerse á peligro de algun siniestro suceso, si el ser tantos les daba ánimo para levantarse. Pareceres hubo, que los hiciese pasar uno á uno á su navío, y así como fuesen entrando debajo de cubierta, matarles, y desta manera matarlos á todos, y llevar la gran nave á Lóndres sin temor ni cuidado alguno. A esto respondió Ricaredo: Pues que Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponderle con ánimo cruel y desagradecido, ni es bien que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada; y así soy de parecer que ningun cristiano católico muera, no porque los quiero bien, sino porque me quiero á mí muy bien, y querria que esta hazaña de hoy ni á mí ni á vosotros, que en ella me habeis sido compañeros, nos diese, mezclado con el nombre de valientes, el renombre de crueles, porque nunca dijo bien la crueldad con la valentía: lo que se ha de hacer es que toda la artillería de un navío destos se ha de pasar á la gran nave portuguesa, sin dejar en el navío otras armas ni otra cosa mas del bastimento, y no dejando la nave de nuestra gente, la llevarémos á Ingalaterra, y los españoles se irán á España. Nadie osó contradecir lo que Ricaredo habia propuesto, y algunos le tuvieron por valiente y magnánimo y de buen entendimiento; otros le juzgaron en sus corazones por mas católico que debia. Resuelto pues en esto Ricaredo, pasó con cincuenta arcabuceros á la nave portuguesa, todos alerta y con las cuerdas encendidas: halló en la nave casi trecientas personas, de las que habian escapado de las galeras: pidió luego el registro de la nave, y respondióle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera, que el registro le habia tomado el cosario de los bajeles, que con ellos se habia ahogado. Al instante puso el torno en órden, y acostando su segundo bajel á la gran nave, con maravillosa presteza y con fuerza de fortísimos cabestrantes, pasaron la artillería del pequeño bajel á la mayor nave: luego haciendo una breve plática á los cristianos, les mandó pasar al bajel desembarazado, donde hallaron bastimento en abundancia para mas de un mes y para mas gente; y así como se iban embarcando, dió á cada uno cuatro escudos de oro españoles, que hizo traer de su navío, para remediar en parte su necesidad cuando llegasen á tierra, que estaba tan cerca, que las altas montañas de Avila y Calpe desde allí se parecian. Todos le dieron infinitas gracias por la merced que les hacia, y el último que se iba á embarcar fué aquel que por los demas habia hablado, el cual le dijo: Por mas ventura tuviera, valeroso caballero, que me llevaras contigo á Ingalaterra, que no que me enviaras á España, porque aunque es mi patria, y no habrá sino seis dias que della partí, no he de hallar en ella otra cosa que no sea de ocasiones de tristezas y soledades mias: sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz, que sucedió habrá quince años, perdí una hija que los ingleses debieron de llevar á Ingalaterra, y con ella perdí el descanso de mi vejez y la luz de mis ojos, que despues que no la vieron, nunca han visto cosa que de su gusto sea: el grave descontento en que me dejó su pérdida y la de la hacienda, que tambien me faltó, me pusieron de manera, que ni mas quise, ni mas pude ejercitar la mercancía, cuyo trato me habia puesto en opinion de ser el mas rico mercader de toda la ciudad: y así era la verdad, pues fuera del crédito, que pasaba de muchos centenares de millares de escudos, valia mi hacienda dentro de las puertas de mi casa mas de cincuenta mil ducados: todo lo perdí, y no hubiera perdido nada, como no hubiera perdido á mi hija: tras esta general desgracia, y tan particular mia, acudió la necesidad á fatigarme hasta tanto que no pudiéndola resistir, mi mujer y yo, que es aquella triste que allí está sentada, determinamos irnos á las Indias, comun refugio de los pobres generosos; y habiéndonos embarcado en un navío de aviso seis dias ha, á la salida de Cádiz dieron con el navío estos dos bajeles de cosarios, y nos cautivaron, donde se renovó nuestra desgracia y se confirmó nuestra desventura; y fuera mayor si los cosarios no hubieran tomado aquella nave portuguesa, que los entretuvo hasta haber sucedido lo que él habia visto. Preguntóle Ricaredo cómo se llamaba su hija. Respondióle que Isabel. Con esto acabó de confirmarse Ricaredo en lo que ya habia sospechado, que era, que el que se lo contaba era el padre de su querida Isabela; y sin darle algunas nuevas della, le dijo que de muy buena gana llevaria á él y á su mujer á Lóndres, donde podria ser hallasen nuevas de la que deseaban: hízolos pasar luego á su capitana, poniendo marineros y guardas bastantes en la nao portuguesa. Aquella noche alzaron velas, y se dieron priesa á apartarse de las costas de España, porque el navío de los cautivos libres (entre los cuales tambien iban hasta veinte turcos, á quien tambien Ricaredo dió libertad, por mostrar que mas por su buena condicion y generoso ánimo se mostraba liberal, que por forzarle

amor que á los católicos tuviese) rogó á los españoles que en la primera ocasion que se ofreciese, diesen entera libertad á los turcos, que ansimismo se le mostraron agradecidos. El viento, que daba señales de ser próspero y largo, comenzó á calmar un tanto, cuya calma levantó gran tormenta de temor en los ingleses, que culpaban á Ricaredo y á su liberalidad, diciéndole que los libres podian dar aviso en España de aquel suceso, y que si acaso habia galeones de armada en el puerto, podian salir en su busca, y ponerlos en aprieto, y en término de perderse. Bien conocia Ricaredo que tenian razon; pero venciéndoles á todos con buenas razones, los sosegó; pero mas los quietó el viento que volvió á refrescar de modo, que dándole en todas las velas, sin tener necesidad de amainallas ni aun de templallas, dentro de nueve dias se hallaron á la vista de Lóndres, y cuando en él victoriosos volvieron, habria treinta que dél faltaban. No quiso Ricaredo entrar en el puerto con muestras de alegría, por la muerte de su general, y así mezcló las señales alegres con las tristes: unas veces sonaban clarines regocijados, otras trompetas roncas: unas tocaban los atambores alegres y sobresaltadas armas, á quien con señas tristes y lamentables respondian los pífanos: de una gavia colgada puesta al reves una bandera de medias lunas sembrada: en otra se veia un luengo estandarte de tafetan negro, cuyas puntas besaban el agua. Finalmente, con estos tan contrarios extremos entró en el rio de Lóndres con su navío, porque la nave no tuvo fondo en él que la sufriese; y así se quedó en la mar á lo largo. Estas tan contrarias muestras y señales tenian suspenso el infinito pueblo que desde la ribera les miraba: bien conocieron por algunas insignias que aquel navío menor era la capitana del baron de Lansac, mas no podian alcanzar cómo el otro navío se hubiese cambiado con aquella poderosa nave, que en la mar se quedaba; pero sacólos desta duda haber saltado en el esquife, armado de todas armas, ricas y resplandecientes, el valeroso Ricaredo, que á pié, sin esperar otro acompañamiento que aquel de un innumerable vulgo que le seguia, se fué á palacio, donde ya la reina puesta á unos corredores estaba esperando le trujesen la nueva de los navíos: estaba con la reina y con las otras damas Isabela vestida á la inglesa, y parecia tan bien como á la castellana: ántes que Ricaredo llegase, llegó otro que dió las nuevas á la reina de como Ricaredo venia. Alborotóse Isabela, oyendo el nombre de Ricaredo, y en aquel instante temió y esperó malos y buenos sucesos de su venida. Era Ricaredo alto de cuerpo, gentil hombre y bien proporcionado; y como venía armado de peto, espaldar, gola y brazaletes, escarcelas, con unas armas milanesas de once vistas, grabadas y doradas, parecia en extremo bien á cuantos le miraban: no le cubria la cabeza morrion alguno, sino un sombrero de gran falda, de color leonado, con mucha diversidad de plumas terciadas á la valona: la espada ancha, los tiros ricos, las calzas á la esguízara. Con este adorno, y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon á Marte, dios de las batallas, y otros llevados de la hermosura de su rostro dicen que le compararon á Vénus, que para hacer alguna burla á Marte de aquel modo se habia disfrazado. En fin él llegó ante la reina. Puesto de rodillas le dijo: Alta Majestad, en fuerza de vuestra ventura y en consecucion de mi deseo, despues de haber muerto de una apoplejía el general de Lansac, quedando yo en su lugar, merced á la liberalidad vuestra, me deparó la suerte dos galeras turquescas que llevaban remolcando aquella gran nave que allí se parece: acometíla, pelearon vuestros soldados como siempre: echáronse á fondo los bajeles de los cosarios: en el uno de los nuestros en vuestro real nombre dí libertad á los cristianos que del poder de los turcos escaparon: solo truje conmigo á un hombre y á una mujer, españoles, que por su gusto quisieron venir á ver la grandeza vuestra: aquella nave es de las que vienen de la India de Portugal, la cual por tormenta vino á dar en poder de los turcos, que con poco trabajo, por mejor decir sin ninguno, la rindieron, y segun dijeron algunos portugueses de los que en ella venian, pasa de un millon de oro el valor de la especería y otras mercancías de perlas y diamantes que en ella vienen: á ninguna cosa se ha tocado, ni los turcos habian llegado á ella; porque todo lo dedicó el cielo, y lo mandé guardar para vuestra Majestad, que con una joya sola que se me dé, quedaré en deuda de otras diez naves; la cual joya ya vuestra Majestad me la tiene prometida, que es á mi buena Isabela: con ella quedaré rico y premiado, no solo deste servicio, cual él sea, que á vuestra Majestad he hecho, sino de otros muchos que pienso hacer por pagar alguna parte del todo casi infinito que en esta joya vuestra Majestad me ofrece. Levantáos, Ricaredo, respondió la reina, y creedme que si por precio os hubiera de dar á Isabela, segun yo la estimo, no la pudiérades pagar ni con lo que trae esa nave, ni con lo que queda en las Indias: dóyosla porque os la prometí, y porque ella es digna de vos, y vos lo sois della: vuestro valor solo la merece; si vos habeis guardado las joyas de la nave para mí, yo os he guardado la joya vuestra para vos; y aunque os parezca que no hago mucho en volveros lo que es vuestro, yo sé que os hago mucha merced en ello; que las prendas que se compran á deseos y tienen su estimacion en el alma del comprador, aquello valen que vale una alma, que no hay precio en la tierra con que aprecialla: Isabela es vuestra, véisla allí; cuando quisiéredes podeis tomar su entera posesion, y creo será con su gusto, porque es discreta, y sabrá ponderar la amistad que le haceis, que no la quiero llamar merced, sino amistad; porque me quiero alzar con el nombre de que yo sola puedo hacerle mercedes: idos á descansar, y venidme á ver mañana, que quiero mas particularmente oir vuestras hazañas; y traedme esos dos que dices, que de su voluntad han querido venir á verme, que se lo quiero agradecer. Besóle las manos Ricaredo por las muchas mercedes que le hacia. Entróse la reina en una sala, y las damas rodearon á Ricaredo, y una dellas que habia tomado grande amistad con Isabela, llamada la señora Tansi, tenida por la mas discreta, desenvuelta y graciosa de todas, dijo á Ricaredo: ¿Qué es esto, señor Ricaredo, qué armas son estas? Pensábades por ventura que veníades á pelear con vuestros enemigos? Pues en verdad que aquí todas somos vuestras amigas, si no es la señora Isabela, que como española está obligada á no teneros buena voluntad. Acuérdese ella, señora Tansi, de tenerme alguna, que como yo esté en su memoria, dijo Ricaredo, yo sé que la voluntad será buena, pues no puede caber en su mucho valor y entendimiento y rara hermosura la fealdad de ser desagradecida. A lo

cual respondió Isabela: Señor Ricaredo, pues he de ser vuestra, á vos está tomar de mí toda la satisfacion que quisiéredes para recompensaros de las alabanzas que me habeis dado, y de las mercedes que pensais hacerme. Estas y otras honestas razones pasó Ricaredo con Isabela y con las damas, entre las cuales habia una doncella de pequeña edad, la cual no hizo sino mirar á Ricaredo miéntras allí estuvo; alzábale las escarcelas, por ver qué traia debajo dellas, tentábale la espada, y con simplicidad de niña queria que las armas le sirviesen de espejo, llegándose á mirar de muy cerca en ellas; y cuando se hubo ido, volviéndose á las damas, dijo: Ahora, señoras, yo imagino que debe de ser cosa hermosísima la guerra, pues aun entre mujeres parecen bien los hombres armados. Y ¿cómo si parecen? respondió la señora Tansi; si no, mirad á Ricaredo, que no parece sino que el sol se ha bajado á la tierra, y en aquel hábito va caminando por la calle. Rieron todas del dicho de la doncella y de la disparatada semejanza de Tansi; y no faltaron murmuradores que tuvieron por impertinencia el haber venido armado Ricaredo á palacio, puesto que halló disculpa en otros, que dijeron que como soldado lo pudo hacer para mostrar su gallarda bizarría. Fué Ricaredo de sus padres, amigos, parientes y conocidos con muestras de entrañable amor recebido. Aquella noche se hicieron generales alegrías en Lóndres por su buen suceso. Ya los padres de Isabela estaban en casa de Clotaldo, á quien Ricaredo habia dicho quién eran; pero que no les diesen nueva ninguna de Isabela hasta que él mismo se la diese. Este aviso tuvo la señora Catalina, su madre, y todos los criados y criadas de su casa. Aquella misma noche, con muchos bajeles, lanchas y barcos, y con no ménos ojos que lo miraban, se comenzó á descargar la gran nave, que en ocho dias no acabó de dar la mucha pimienta y otras riquísimas mercaderías que en su vientre encerradas tenía.

El dia que siguió á esta noche fué Ricaredo á palacio, llevando consigo al padre y madre de Isabela, vestidos de nuevo á la inglesa, diciéndoles que la reina queria verlos. Llegando todos donde la reina estaba en medio de sus damas, esperando á Ricaredo, á quien quiso lisonjear y favorecer con tener junto á sí á Isabela, vestida con aquel mismo vestido que llevó la vez primera, mostrándose no ménos hermosa ahora que entónces. Los padres de Isabela quedaron admirados y suspensos de ver tanta grandeza y bizarría junta. Pusieron los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el corazon, présago del bien que tan cerca tenian, les comenzó á saltar en el pecho, no con sobresalto que les entristeciese, sino con un no sé qué de gusto, que ellos no acertaban á entendelle. No consintió la reina que Ricaredo estuviese de rodillas ante ella: ántes le hizo levantar y sentar en una silla rasa, que para solo esto allí puesta tenian, inusitada merced para la altiva condicion de la reina, y alguno dijo á otro: Ricaredo no se sienta hoy sobre la silla que le han dado, sino sobre la pimienta que él trujo. Otro acudió, y dijo: Ahora se verifica lo que comunmente se dice, que dádivas quebrantan peñas; pues las que ha traido Ricaredo han ablandado el duro corazon de nuestra reina. Otro acudió, y dijo: Ahora que está tan bien ensillado, mas de dos se atreverán á correrle. En efecto, de aquella nueva honra que la reina hizo á Ricaredo, tomó ocasion la envidia para nacer en muchos pechos de aquellos que mirándole estaban; porque no hay merced que el príncipe haga á su privado, que no sea una lanza que atraviese el corazon del envidioso. Quiso la reina saber de Ricaredo menudamente cómo habia pasado la batalla con los bajeles de los cosarios: él la contó de nuevo, atribuyendo la victoria á Dios y á los brazos valerosos de sus soldados, encareciéndoles á todos juntos, y particularizando algunos hechos de algunos que mas que los otros se habian señalado, con que obligó á la reina á hacer á todos merced, y en particular á los particulares; y cuando llegó á decir la libertad que en nombre de su Majestad habia dado á los turcos y cristianos, dijo: Aquella mujer y aquel hombre que allí están (señalando á los padres de Isabela) son los que dije ayer á vuestra Majestad, que con deseo de ver vuestra grandeza, encarecidamente me pidieron los trujese conmigo: ellos son de Cádiz, y de lo qué ellos me han contado, y de lo que en ellos he visto y notado, sé que son gente principal y de valor. Mandóles la reina que se llegasen cerca: alzó los ojos Isabela á mirar los que decian ser españoles, y mas de Cádiz, con deseo de saber si por ventura conocian á sus padres. Ansí como Isabela alzó los ojos, los puso en ella su madre y detuvo el paso para mirarla mas atentamente, y en la memoria de Isabela se comenzaron á despertar unas confusas noticias, que le querian dar á entender que en otro tiempo ella habia visto aquella mujer que delante tenia. Su padre estaba en la misma confusion, sin osar determinarse á dar crédito á la verdad que sus ojos le mostraban. Ricaredo estaba atentísimo á ver los afectos y movimientos que hacian las tres dudosas y perplejas almas, que tan confusas estaban entre el sí y el no de conocerse. Conoció la reina la suspension de entrambos, y aun el desasosiego de Isabela, porque la vió trasudar, y levantar la mano muchas veces á componerse el cabello. En esto deseaba Isabela que hablase la que pensaba ser su madre: quizá los oídos la sacarian de la duda en que sus ojos la habian puesto. La reina dijo á Isabela que en lengua española dijese á aquella mujer y á aquel hombre le dijesen qué causa les habia movido á no querer gozar de la libertad que Ricaredo les habia dado, siendo la libertad la cosa mas amada, no solo de la gente de razon, mas aun de los animales que carecen della. Todo esto preguntó Isabela á su madre, la cual sin responderle palabra, desatentadamente y medio tropezando se llegó á Isabela, y sin mirar á respeto, temores ni miramientos cortesanos, alzó la mano á la oreja derecha de Isabela, y descubrió un lunar negro que allí tenia, la cual señal acabó de certificar su sospecha; y viendo claramente ser Isabela su hija, abrazándose con ella dió una gran voz, diciendo: ¡Oh hija de mi corazon! Oh prenda cara del alma mia! y sin poder pasar adelante, se cayó desmayada en los brazos de Isabela. Su padre, no ménos tierno que prudente, dió muestras de su sentimiento, no con otras palabras que con derramar lágrimas, que sesgamente su venerable rostro y barbas le bañaron. Juntó Isabel su rostro con el de su madre, y volviendo los ojos á su padre, de tal manera le miró, que le dió á entender el gusto y el descontento que de verlos allí su alma tenia. La reina, admirada de tal suceso, dijo á Ricaredo: Yo pienso, Ricaredo, que con vuestra discrecion se han ordenado estas vistas, y no sé si os diga que han sido acertadas, pues sabemos que así suele matar una súbita alegría como

mata una tristeza; y diciendo esto, se volvió á Isabela, y la apartó de su madre, la cual, habiéndole echado agua en el rostro, volvió en sí, y estando un poco mas en su acuerdo, puesta de rodillas delante de la reina, le dijo: Perdone vuestra Majestad mi atrevimiento, que no es mucho perder los sentidos con la alegría del hallazgo desta amada prenda. Respondióle la reina que tenia razon, sirviéndole de intérprete, para que lo entendiese, Isabela, la cual de la manera que se ha contado conoció á sus padres, y sus padres á ella, á los cuales mandó la reina quedar en palacio, para que despacio pudiesen ver y hablar á su hija, y regocijarse con ella; de lo cual Ricaredo se holgó mucho, y de nuevo pidió á la reina le cumpliese la palabra que le habia dado de dársela, si es que acaso la merecia; y de no merecerla, le suplicaba desde luego le mandase ocupar en cosas que le hiciesen digno de alcanzar lo que deseaba. Bien entendió la reina que estaba Ricaredo satisfecho de sí mismo y de su mucho valor, que no habia necesidad de nuevas pruebas para calificarle; y así le dijo que de allí á cuatro dias le entregaría á Isabela, haciendo á los dos la honra que á ella fuese posible. Con esto se despidió Ricaredo contentísimo con la esperanza propincua que llevaba de tener en su poder á Isabela, sin sobresalto de perderla, que es el último deseo de los amantes. Corrió el tiempo, y no con la lijereza que él quisiera; que los que viven con esperanzas de promesas venideras, siempre imaginan que no vuela el tiempo, sino que anda sobre los piés de la pereza misma. Pero en fin llegó el dia, no donde pensó Ricaredo poner fin á sus deseos, sino de hallar en Isabela gracias nuevas que le moviesen á quererla mas, si mas pudiese. Mas en aquel breve tiempo, donde él pensaba que la nave de su buena fortuna corria con próspero viento hácia el deseado puerto, la contraria suerte levantó en su mar tal tormenta, que mil veces temió anegarse.

Es pues el caso que la camarera mayor de la reina, á cuyo cargo estaba Isabela, tenia un hijo de edad de veinte y dos años, llamado el conde Arnesto. Hacíanle la grandeza de su estado, la alteza de su sangre, el mucho favor que su madre con la reina tenia; hacíanle, digo, estas cosas mas de lo justo arrogante, altivo y confiado. Este Arnesto pues se enamoró de Isabela tan encendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenia abrasada el alma; y aunque en el tiempo que Ricaredo habia estado ausente, con algunas señales le habia descubierto su deseo, nunca de Isabela fué admitido; y puesto que la repugnancia y los desdenes en los principios de los amores suelen hacer desistir de la empresa á los enamorados, en Arnesto obraron lo contrario los muchos y conocidos desdenes que le dió Isabela, porque con sus celos ardia y con su honestidad se abrasaba: y como vió que Ricaredo, segun el parecer de la reina, tenia merecida á Isabela, y que en tan poco tiempo se le habia de entregar por mujer, quiso desesperarse; pero ántes que llegase á tan infame y tan cobarde remedio, habló á su madre, diciéndole pidiese á la reina le diese á Isabela por esposa, donde no, que pensase que la muerte estaba llamando á las puertas de su vida. Quedó la camarera admirada de las razones de su hijo, y como conocia la aspereza de su arrojada condicion, y la tenacidad con que se le pegaban los deseos en el alma, temió que sus amores habian de parar en algun infelice suceso. Con todo eso, como madre á quien es natural desear y procurar el bien de sus hijos, prometió al suyo de hablar á la reina, no con esperanza de alcanzar della el imposible de romper su palabra, sino por no dejar de intentar cómo no salir desahuciada de los últimos remedios. Y estando aquella mañana Isabela vestida por órden de la reina tan ricamente, que no se atreve la pluma á contarlo, y habiéndole echado la misma reina al cuello una sarta de perlas de las mejores que traia la nave, que las apreciaron en veinte mil ducados, y púestole un anillo de un diamante, que se apreció en seis mil escudos, y estando alborozadas las damas por la fiesta que esperaban del cercano desposorio, entró la camarera mayor á la reina, y de rodillas le suplicó suspendiese el desposorio de Isabela por otros dos dias, que con esta merced sola que su Majestad le hiciese, se tendria por satisfecha y pagada de todas las mercedes que por sus servicios merecia y esperaba. Quiso saber la reina primero por qué le pedia con tanto ahinco aquella suspension, que tan derechamente iba contra la palabra que tenia dada á Ricaredo; pero no se la quiso dar la camarera hasta que le hubo otorgado que haria lo que le pedia: tanto deseo tenia la reina de saber la causa de aquella demanda. Y así despues que la camarera alcanzó lo que por entónces deseaba, contó á la reina los amores de su hijo, y cómo temia que si no le daban por mujer á Isabela, ó se habia de desesperar, ó hacer algun hecho escandaloso; y que si habia pedido aquellos dos dias, era por dar lugar á que su Majestad pensase qué medio seria á propósito y conveniente para dar á su hijo remedio. La reina respondió que si su real palabra no estuviera de por medio, que ella hallara salida á tan cerrado laberinto, pero que no la quebrantaria ni defraudaria las esperanzas de Ricaredo por todo el interes del mundo. Esta respuesta dió la camarera á su hijo, el cual sin detenerse un punto, ardiendo en amor y en celos, se armó de todas armas, y sobre un fuerte y hermoso caballo se presentó ante la casa de Clotaldo, y á grandes voces pidió que se asomase Ricaredo á la ventana, el cual á aquella sazon estaba vestido de galas de desposado, y á punto para ir á palacio con el acompañamiento que tal acto requeria; mas habiendo oido las voces, y siéndole dicho quién las daba, y del modo que venia, con algun sobresalto se asomó a una ventana, y como le vió Arnesto, dijo: Ricaredo, estáme atento á lo que decirte quiero: la reina mi señora te mandó fueses á servirla, y á hacer hazañas que te hiciesen merecedor de la sin par Isabela: tú fuiste, y volvistes cargadas las naves de oro, con el cual piensas haber comprado y merecido á Isabela; y aunque la reina mi señora te la ha prometido, ha sido creyendo que no hay ninguno en su corte que mejor que tú la sirva, ni quien con mejor título merezca á Isabela, y en esto bien podrá ser se haya engañado: y así llegándome á esta opinion que yo tengo por verdad averiguada, digo que ni tú has hecho cosas tales que te hagan merecer á Isabela, ni ninguna podrás hacer que á tanto bien te levante; y en razon de que no la mereces, si quisieres contradecirme, te desafío á todo trance de muerte. Calló el conde, y desta manera le respondió Ricaredo: En ninguna manera me toca salir á vuestro desafío, señor conde, porque yo confieso, no solo que no merezcó á Isabela, sino que no la merece ninguno de los que hoy viven en el mundo; así que con-



lando yo lo que vos decis, ótra vez digo que no me toca vuestro desafío; pero yo le acepto por el atrevimiento que habeis tenido en desafiarme. Con esto se quitó de la ventana, y pidió apriesa sus armas. Alborotáronse sus parientes, y todos aquellos que para ir á palacio habian venido á acompañarle. De la mucha gente que habia visto al conde Arnesto armado, y le habia oido las voces del desafío, no faltó quien lo fué á contar á la reina, la cual mandó al capitan de su guarda que fuese á prender al conde. El capitan se dió tanta priesa, que llegó á tiempo que ya Ricaredo salia de su casa, armado con las armas con que se habia desembarcado, puesto sobre un hermoso caballo. Cuando el conde vió al capitan, luego imaginó á lo que venia, y determinó de no dejar prenderse, y alzando la voz contra Ricaredo, dijo: Ya ves, Ricaredo, el impedimento que nos viene; si tuvieres ganas de castigarme, tú me buscarás; y por la que yo tengo de castigarte, tambien te buscaré; y pues dos que se buscan fácilmente se hallan, dejemos para entónces la ejecucion de nuestros deseos. Soy contento, respondió Ricaredo. En esto llegó el capitan con toda su guarda, y dijo al conde que fuese preso en nombre de su Majestad. Respondió el conde que sí quedaba; pero no para que lo llevasen á otra parte que á la presencia de la reina. Contentóse con esto el capitan, y cogiéndole en medio de la guarda le llevó á palacio ante la reina, la cual ya de su camarera estaba informada del amor grande que su hijo tenia á Isabela, y con lágrimas habia suplicado á la reina perdonase al conde, que como mozo y enamorado á mayores yerros estaba sujeto. Llegó Arnesto ante la reina, la cual sin entrar con él en razones, le mandó quitar la espada, y llevar preso á una torre. Todas estas cosas atormentaban el corazon de Isabela y de sus padres, que tan presto veian turbado el mar de su sosiego. Aconsejó la camarera á la reina que para sosegar el mal que podia suceder entre su parentela y la de Ricaredo, que se quitase la causa de por medio, que era Isabela, enviándola á España, y así cesarian los efectos que debian de temerse: añadiendo á estas razones decir que Isabela era católica, y tan cristiana que ninguna de sus persuasiones, que habian sido muchas, la habian podido torcer en nada de su católico intento. A lo cual respondió la reina que por eso la estimaba en mas, pues tan bien sabía guardar la ley que sus padres la habian enseñado, y que en lo de enviarla á España no tratase, porque su hermosa presencia y sus muchas gracias y virtudes le daban mucho gusto, y que sin duda, si no aquel dia, otro se la habia de dar por esposa á Ricaredo, como se lo tenia prometido. Con esta resolucion de la reina quedó la camarera tan desconsolada, que no le replicó palabra, y pareciéndole lo que ya le habia parecido, que si no era quitando á Isabela de por medio, no habia de haber medio alguno que la rigurosa condicion de su hijo ablandase ni redujese á tener paz con Ricaredo, determinó de hacer una de las mayores crueldades que pudo caber jamas en pensamiento de mujer principal, y tanto como ella lo era; y fué su determinacion matar con tósigo á Isabela: y como por la mayor parte sea la condicion de las mujeres ser prestas y determinadas, aquella misma tarde atosigó á Isabela en una conserva que le dió, forzándola que la tomase por ser buena contra las ansias de corazon que sentia. Poco espacio pasó despues de haberla tomado, cuando á Isabela se le comenzó á hinchar la lengua y la garganta, y á ponérsele denegridos los labios, y á enronquecérsele la voz, turbársele los ojos y apretársele el pecho: todas conocidas señales de haberle dado veneno. Acudieron las damas á la reina, contándole lo que pasaba, y certificando que la camarera habia hecho aquel mal recaudo. No fué menester mucho para que la reina lo creyese, y así fué á ver á Isabela, que ya casi estaba espirando. Mandó llamar la reina con priesa á sus médicos, y en tanto que tardaban, la hizo dar cantidad de polvos de unicornio, con otros muchos antídotos que los grandes príncipes suelen tener prevenidos para semejantes necesidades. Vinieron los médicos, y esforzaron los remedios, y pidieron á la reina hiciese decir á la camarera qué género de veneno le habia dado; porque no se dudaba que otra persona alguna sino ella la hubiese envenenado. Ella lo descubrió, y con esta noticia los médicos aplicaron tantos remedios y tan eficaces, que con ellos y con el ayuda de Dios quedó Isabela con vida, ó á lo ménos con esperanza de tenerla. Mandó la reina prender á su camarera, y encerrarla en un aposento estrecho de palacio, con intencion de castigarla como su delito merecia, puesto que ella se disculpaba diciendo que en matar á Isabela hacia sacrificio al cielo, quitando de la tierra á una católica, y con ella la ocasion de las pendencias de su hijo. Estas tristes nuevas oidas de Ricaredo, le pusieron en términos de perder el juicio: tales eran las cosas que hacia y las lastimeras razones con que se quejaba. Finalmente, Isabela no perdió la vida, que el quedar con ella la naturaleza lo conmutó en dejarla sin cejas, pestañas y sin cabello, el rostro hinchado, la tez perdida, los cueros levantados y los ojos lagrimosos. Finalmente quedó tan fea, que como hasta allí habia parecido un milagro de hermosura, entónces parecia un monstruo de fealdad. Por mayor desgracia tenian los que la conocian haber quedado de aquella manera, que si la hubiera muerto el veneno. Con todo esto, Ricaredo se la pidió á la reina, y le suplicó se la dejase llevar á su casa, porque el amor que la tenia pasaba del cuerpo al alma, y que si Isabela habia perdido su belleza, no podia haber perdido sus infinitas virtudes. Así es, dijo la reina, lleváosla, Ricaredo, y haced cuenta que llevais una riquísima joya encerrada en una caja de madera tosca: Dios sabe si quisiera dárosla como me la entregastes, pero pues no es posible, perdonadme; quizá el castigo que diere á la cometedora de tal delito satisfará en algo el deseo de la venganza. Muchas cosas dijo Ricaredo á la reina disculpando á la camarera, y suplicándola la perdonase, pues las disculpas que daba eran bastantes para perdonar mayores insultos. Finalmente, le entregaron á Isabela y á sus padres, y Ricaredo los llevó á su casa, digo, á la de sus padres: á las ricas perlas y al diamante añadió otras joyas la reina y otros vestidos tales, que descubrieron el mucho amor que á Isabela tenia, la cual duró dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reducirse á su primera hermosura; pero al cabo deste tiempo comenzó á caérsele el cuero, y á descubrírsele su hermosa tez.

En este tiempo los padres de Ricaredo, pareciéndoles no ser posible que Isabela en sí volviese, determinaron enviar por la doncella de Escocia, con quien primero que con Isabela tenian concertado de casar á Ricaredo, y esto sin que él lo supiese, no dudando que la hermo-

sura presente de la nueva esposa hiciese olvidar á su hijo la ya pasada de Isabela: á la cual pensaban enviar á España con sus padres, dándoles tanto haber y riquezas que recompensasen sus pasadas pérdidas. No pasó mes y medio, cuando sin sabiduría de Ricaredo la nueva esposa se le entró por las puertas, acompañada como quien ella era, y tan hermosa que despues de la Isabela, que solia ser, no habia otra tan bella en todo Lóndres. Sobresaltóse Ricaredo con la improvisa vista de la doncella, y temió que el sobresalto de su venida habia de acabar la vida á Isabela; y así para templar este temor se fué al lecho donde Isabela estaba, y hallóla en compañía de sus padres, delante de los cuales dijo: Isabela de mi alma, mis padres con el grande amor que me tienen, aun no bien enterados del mucho que yo te tengo, han traido á casa una doncella escocesa, con quien ellos tenian concertado de casarme ántes que yo conociese lo que vales; y esto á lo que creo con intencion que la mucha belleza desta doncella borre de mi alma la tuya, que en ella estampada tengo: yo, Isabela, desde el punto que te quise, fué con otro amor de aquel que tiene su fin y paradero en el cumplimiento del sensual apetito; que puesto que tu corporal hermosura me cautivó los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma, de manera que si hermosa te quise, fea te adoro, y para confirmar esta verdad, dame esa mano; y dándole ella la derecha y asiéndola él con la suya, prosiguió diciendo: Por la fe católica que mis cristianos padres me enseñaron, la cual si no está en la entereza que se requiere, por aquella juro que guarda el Pontífice romano, que es la que yo en mi corazon confieso, creo y tengo; y por el verdadero Dios que nos está oyendo, te prometo (¡oh Isabela, mitad de mi alma!) de ser tu esposo, y lo soy desde luego, si tú quieres levantarme á la alteza de ser tuyo. Quedó suspensa Isabela con las razones de Ricaredo, y sus padres atónitos y pasmados. Ella no supo qué decir ni hacer otra cosa que besar muchas veces la mano de Ricaredo, y decirle con voz mezclada con lágrimas, que ella le aceptaba por suyo y se entregaba por su esclava. Besóla Ricaredo en el rostro feo, no habiendo tenido jamas atrevimiento de llegarse á él cuando hermoso: los padres de Isabela solemnizaron con tiernas y muchas lágrimas las fiestas del desposorio: Ricaredo les dijo que él dilataria el casamiento de la escocesa que ya estaba en casa, del modo que despues verian, y cuando su padre los quisiese enviar á España á todos tres, no lo rehusasen, sino que se fuesen y le aguardasen en Cádiz ó en Sevilla dos años, dentro de los cuales les daba su palabra de ser con ellos, si el cielo tanto tiempo le concedia de vida, y que si deste término pasase, tuviesen por cosa certísima que algun grande impedimento, ó la muerte, que era lo mas cierto, se habia opuesto á su camino. Isabela le respondió que no solos dos años le aguardaria, sino todos aquellos de su vida hasta estar enterada que él no la tenia; porque en el punto que esto supiese, seria el mismo de su muerte. Con estas tiernas palabras se renovaron las lágrimas en todos, y Ricaredo salió á decir á sus padres como en ninguna manera no se casaria, ni daria la mano á su esposa la escocesa, sin haber primero ido á Roma á asegurar su conciencia. Tales razones supo decir á ellos, y á los parientes que habian venido con Clisterna, que así se llamaba la escocesa, que como todos eran católicos fácilmente las creyeron; y Clisterna se contentó de quedar en casa de su suegro hasta que Ricaredo volviese, el cual pidió de término un año. Esto ansí puesto y concertado, Clotaldo dijo á Ricaredo como determinaba enviar á España á Isabela y á sus padres, si la reina les daba licencia: quizá los aires de la patria apresurarian y facilitarian la salud que ya comenzaba á tener. Ricaredo, por no dar indicio de sus designios, respondió tibiamente á su padre que hiciese lo que mejor le pareciese; solo le suplicó que no quitase á Isabela ninguna cosa de las riquezas que la reina le habia dado. Prometióselo Clotaldo, y aquel mismo dia fué á pedir licencia á la reina, así para casar á su hijo con Clisterna, como para enviar á Isabela y á sus padres á España. De todo se contentó la reina, y tuvo por acertada la determinacion de Clotaldo: y aquel mismo dia sin acuerdo de letrados y sin poner á su camarera en tela de juicio, la condenó en que no sirviese mas su oficio, y en diez mil escudos de oro para Isabela; y al conde Arnesto por el desafío le desterró por seis años de Ingalaterra. No pasaron cuatro dias, cuando ya Arnesto se puso á punto de salir á cumplir su destierro, y los dineros estuvieron juntos. La reina llamó á un mercader rico que habitaba en Lóndres, y era frances, el cual tenia correspondencia en Francia, Italia y España, al cual entregó los diez mil escudos y le pidió cédula para que se los entregasen al padre de Isabela en Sevilla ó en otra plaza de España. El mercader, descontados sus intereses y ganancias, dijo á la reina que las daria ciertas y seguras para Sevilla sobre otro mercader frances, su correspondiente, en esta forma: que él escribiria á Paris, para que allí se hiciesen las cédulas por otro correspondiente suyo, á causa que rezasen las fechas de Francia, y no de Ingalaterra, por el contrabando de la comunicacion de los dos reinos, y que bastaba llevar una letra de aviso suya sin fecha con sus contraseñas, para que luego diese el dinero el mercader de Sevilla, que ya estaria avisado del de Paris. En resolucion la reina tomó tales seguridades del mercader, que no dudó de ser cierta la paga; y no contenta con esto, mandó llamar á un patron de una nave flamenca, que estaba para partirse otro dia á Francia á solo tomar en algun puerto della testimonio para poder entrar en España á título de partir de Francia, y no de Ingalaterra, al cual pidió encarecidamente llevase en su nave á Isabela y á sus padres, y con toda seguridad y buen tratamiento los pusiese en un puerto de España, el primero á do llegase. El patron, que deseaba contentar á la reina, dijo que sí haria, y que los pondria en Lisboa, Cádiz ó Sevilla. Tomados pues los recaudos del mercader, envió la reina á decir á Clotaldo no quitase á Isabela todo lo que ella le habia dado, así de joyas como de vestidos. Otro dia vinieron Isabela y sus padres á despedirse de la reina, que los recebió con mucho amor. Dióles la reina la carta del mercader, y otras muchas dádivas, así de dineros como de otras cosas de regalo para el viaje. Con tales razones se lo agradeció Isabela, que de nuevo dejó obligada á la reina para hacerle siempre mercedes: despidióse de las damas, las cuales como ya estaba fea, no quisieran que se partiese, viéndose libres de la envidia que á su hermosura tenian, y contentas de gozar de sus gracias y discreciones. Abrazó la reina á los tres, y encomendándolos á la buena ventura y al patron de la nave, y pidiendo á Isabela la avisase de su buena llegada á España, y siempre

de su salud por la via del mercader frances, se despidió de Isabela y de sus padres, los cuales aquella misma tarde se embarcaron, no sin lágrimas de Clotaldo y de su mujer, y de todos los de su casa, de quien era en todo extremo bien querida. No se halló á esta despedida presente Ricaredo, que por no dar muestras de tiernos sentimientos aquel dia hizo que unos amigos suyos le llevasen á caza. Los regalos que la señora Catalina dió á Isabela para el viaje fuéron muchos, los abrazos infinitos, las lágrimas en abundancia, las encomiendas de que la escribiese sin número, y los agradecimientos de Isabela y de sus padres correspondieron á todo; de suerte que aunque llorando, los dejaron satisfechos.

Aquella noche se hizo el bajel á la vela, y habiendo con próspero viento tocado en Francia, y tomado en ella los recaudos necesarios para poder entrar en España, de allí á treinta dias entró por la barra de Cádiz, donde desembarcaron Isabela y sus padres, y siendo conocidos de todos los de la ciudad, los recebieron con muestras de mucho contento. Recebieron mil parabienes del hallazgo de Isabela, y de la libertad que habian alcanzado así de los moros que los habian cautivado (habiendo sabido todo su suceso de los cautivos á que dió libertad la liberalidad de Ricaredo), como de la que habian alcanzado de los ingleses. Ya Isabela en este tiempo comenzaba á dar grandes esperanzas de volver á cobrar su primera hermosura. Poco mas de un mes estuvieron en Cádiz, restaurando los trabajos de la navegacion, y luego se fuéron á Sevilla por ver si salia cierta la paga de los diez mil escudos, que librados sobre el mercader frances traian. Dos dias despues de llegar á Sevilla le buscaron, y le hallaron, y le dieron la carta del mercader frances de la ciudad de Lóndres: él la reconoció, y dijo que hasta que de Paris le viniesen las letras y carta de aviso, no podia dar el dinero; pero que por momentos aguardaba el aviso. Los padres de Isabela alquilaron una casa principal frontero de Santa Paula, por ocasion que estaba monja en aquel santo monasterio una sobrina suya, única y extremada en la voz; y así por tenerlas cerca, como por haber dicho Isabela á Ricaredo que si viniese á buscarla la hallaria en Sevilla, y le diria su casa su prima la monja de Santa Paula, y que para conocella no habia menester mas de preguntar por la monja que tenia la mejor voz en el monasterio, porque estas señas no se le podian olvidar. Otros cuarenta dias tardaron de venir los avisos de Paris; y á dos que llegaron el mercader frances entregó los diez mil escudos á Isabela, y ella á sus padres, y con ellos, y con algunos mas que hicieron vendiendo algunas de las muchas joyas de Isabela, volvió su padre á ejercitar su oficio de mercader, no sin admiracion de los que sabian sus grandes pérdidas. En fin, en pocos meses fué restaurando su perdido crédito, y la belleza de Isabela volvió á su sér primero, de tal manera que en hablando de hermosas, todos daban el lauro á la Española inglesa, que tanto por este nombre, como por su hermosura, era de toda la ciudad conocida. Por la órden del mercader frances de Sevilla escribieron Isabela y sus padres á la reina de Ingalaterra su llegada, con los agradecimientos y sumisiones que requerian las muchas mercedes della recebidas: asimismo escribieron á Clotaldo y á su señora Catalina, llamándolos Isabela padres, y sus padres señores. De la reina no tuvieron respuesta; pero de Clotaldo y de su mujer sí, donde les daban el parabien de la llegada á salvo, y los avisaban como su hijo Ricaredo otro dia despues que ellos se hicieron á la vela se habia partido á Francia, y de allí á otras partes, donde le convenia ir para seguridad de su conciencia, añadiendo á estas otras razones y cosas de mucho amor y de muchos ofrecimientos. A la cual carta respondieron con otra no ménos cortés y amorosa que agradecida. Luego imaginó Isabela que el haber dejado Ricaredo á Ingalaterra, sería para venirla á buscar á España; y alentada con esta esperanza vivia la mas contenta del mundo, y procuraba vivir de manera que cuando Ricaredo llegase á Sevilla, ántes le diese en los oídos la fama de sus virtudes, que el conocimiento de su casa. Pocas ó ninguna vez salia de su casa sino para el monasterio: no ganaba otros jubileos que aquellos que en el monasterio se ganaban. Desde su casa y desde su oratorio andaba con el pensamiento los viérnes de cuaresma la santísima estacion de la cruz, y los siete venideros del Espíritu Santo: jamas visitó el rio, ni pasó á Triana, ni vió el comun regocijo en el campo de Tablada y puerta de Jerez el dia, si le hace claro, de San Sebastian, celebrado de tanta gente que apénas se puede reducir á número: finalmente, no vió regocijo público, ni otra fiesta en Sevilla: todo lo libraba en su recogimiento, y en sus oraciones y buenos deseos, esperando á Ricaredo. Este su grande retraimiento tenia abrasados y encendidos los deseos, no solo de los pisaverdes del barrio, sino de todos aquellos que una vez la hubiesen visto: de aquí nacieron músicas de noche en su calle, y carreras de dia. Deste no dejar verse y desearlo muchos, crecieron las alhajas de las terceras, que prometieron mostrarse primas y únicas en solicitar á Isabela, y no faltó quien se quiso aprovechar de lo que llaman hechizos, que no son sino embustes y disparates; pero á todo esto estaba Isabela como roca en mitad de la mar, que la tocan, pero no la mueven las olas ni los vientos. Año y medio era ya pasado, cuando la esperanza propincua de los dos años por Ricaredo prometidos, comenzó con mas ahinco que hasta allí á fatigar el corazon de Isabela; y cuando ya le parecia que su esposo llegaba, y que le tenia ante los ojos, y le preguntaba qué impedimentos le habian detenido tanto; cuando ya llegaban á sus oídos las disculpas de su esposo, y cuando ya ella le perdonaba y le abrazaba, y como á mitad de su alma le recebia, llegó á sus manos una carta de la señora Catalina, fecha en Lóndres cincuenta dias habia: venía en lengua inglesa; pero leyéndola en español, vió que así decia:

«Hija de mi alma: Bien conociste á Guillarte el paje de Ricaredo: este se fué con él al viaje, que por otra te avisé que Ricaredo á Francia y á otras partes habia hecho el segundo dia de tu partida; pues este mismo Guillarte, á cabo de diez y seis meses que no habiamos sabido de mi hijo, entró ayer por nuestra puerta con nuevas que el conde Arnesto habia muerto á traicion en Francia á Ricaredo. Considera, hija, cual quedariamos su padre y yo, y su esposa con tales nuevas: tales digo, que aun no nos dejaron poner en duda nuestra desventura. Lo que Clotaldo y yo te rogamos otra vez, hija de mi alma, es que encomiendes muy de véras á Dios la de Ricaredo, que bien merece este beneficio el que tanto te quiso como tú sabes: tambien pedirás á nuestro Señor nos dé á nosotros paciencia y buena muerte, á quien

nosotros tambien pedirémos y suplicarémos te dé á tí y á tus padres largos años de vida.»

Por la letra y por la firma no le quedó que dudar á Isabela para no creer la muerte de su esposo: conocia muy bien al paje Guillarte, y sabia que era verdadero, y que de suyo no habria querido ni tenia para qué fingir aquella muerte, ni ménos su madre la señora Catalina la habria fingido, por no importarle nada enviarle nuevas de tanta tristeza: finalmente, ningun discurso que hizo, ninguna cosa que imaginó le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueva de su desventura. Acabada de leer la carta, sin derramar lágrimas, ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro y al parecer con sosegado pecho se levantó de un estrado donde estaba sentada, y se entró en un oratorio, y hincándose de rodillas ante la imágen de un devoto crucifijo, hizo voto de ser monja, pues lo podia ser teniéndose por viuda. Sus padres disimularon y encubrieron con discrecion la pena que les habia dado la triste nueva, por poder consolar á Isabela en la amarga que sentia; la cual, casi como satisfecha de su dolor, templándole con la santa y cristiana resolucion que habia tomado, ella consolaba á sus padres, á los cuales descubrió su intento, y ellos le aconsejaron que no le pusiese en ejecucion hasta que pasasen los dos años que Ricaredo habia puesto por término á su venida, que con esto se confirmaria la verdad de la muerte de Ricaredo, y ella con mas seguridad podia mudar de estado. Ansí lo hizo Isabela, y los seis meses y medio que quedaban para cumplirse los dos años, los pasó en ejercicios de religiosa, y en concertar la entrada del monasterio, habiendo elegido el de Santa Paula, donde estaba su prima. Pasóse el término de los dos años, y llegóse el dia de tomar el hábito, cuya nueva se extendió por la ciudad, y de los que conocian de vista á Isabela, y de aquellos que por sola su fama, se llenó el monasterio y la poca distancia que dél á la casa de Isabela habia; y convidando su padre á sus amigos, y aquellos á otros, hicieron á Isabela uno de los mas honrados acompañamientos que en semejantes actos se habian visto en Sevilla. Hallóse en él el asistente, y el provisor de la Iglesia, y vicario del arzobispo, con todas las señoras y señores de título que habia en la ciudad: tal era el deseo que en todos habia de ver el sol de la hermosura de Isabela, que tantos meses se les habia eclipsado: y como es costumbre de las doncellas que van á tomar el hábito ir lo posible galanas y bien compuestas, como quien en aquel punto echa el resto de la bizarría y se descarta della, quiso Isabela ponerse lo mas bizarra que fué posible; y así se vistió con aquel vestido mismo que llevó cuando fué á ver á la reina de Ingalaterra, que ya se ha dicho cuán rico y cuán vistoso era: salieron á luz las perlas y el famoso diamante, con el collar y cintura, que asimismo era de mucho valor. Con este adorno y con su gallardía, dando ocasion para que todos alabasen á Dios en ella, salió Isabela de su casa á pié, que el estar tan cerca el monasterio excusó los coches y carrozas: el concurso de la gente fué tanto, que les pesó de no haber entrado en los coches, porque no les daban lugar de llegar al monasterio: unos bendecian á sus padres, otros al cielo que de tanta hermosura la habia dotado: unos se empinaban por verla; otros, habiéndola visto una vez, corrian adelante por verla otra: y el que mas solícito se mostró en esto, y tanto que muchos echaron de ver en ello, fué un hombre vestido en hábito de los que vienen rescatados de cautivos, con una insignia de la Trinidad en el pecho en señal que han sido rescatados por la limosna de sus redentores. Este cautivo pues, al tiempo que ya Isabela tenia un pié dentro de la portería del convento, donde habian salido á recebirla, como es uso, la priora y las monjas con la cruz, á grandes voces dijo: Detente, Isabela, detente, que miéntras yo fuere vivo no puedes tú ser religiosa. A estas voces Isabela y sus padres volvieron los ojos, y vieron que hendiendo por toda la gente hácia ellos venia aquel cautivo, que habiéndosele caido un bonete azul redondo que en la cabeza traia, descubrió una confusa madeja de cabellos de oro ensortijados, y un rostro como el carmin y como la nieve, colorado y blanco, señales que luego le hicieron conocer y juzgar por extranjero de todos. En efecto, cayendo y levantando llegó donde Isabela estaba, y asiéndola de la mano, le dijo: ¿Conóceme, Isabela? mira que yo soy Ricaredo, tu esposo. Si conozco, dijo Isabela, si ya no eres fantasma que viene á turbar mi reposo. Sus padres le asieron y atentamente le miraron, y en resolucion conocieron ser Ricaredo el cautivo: el cual con lágrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicó que no impidiese la extrañeza del traje en que estaba su buen conocimiento, ni estorbase su baja fortuna, que ella no correspondiese á la palabra que entre los dos se habian dado. Isabela, á pesar de la impresion que en su memoria habia hecho la carta de la madre de Ricaredo, dándole nuevas de su muerte, quiso dar mas crédito á sus ojos y á la verdad que presente tenia; y así abrazándose con el cautivo, le dijo: Vos sin duda, señor mio, sois aquel que solo podrá impedir mi cristiana determinacion: vos, señor, sois sin duda la mitad de mi alma, pues sois mi verdadero esposo: estampado os tengo en mi memoria, y guardado en mi alma: las nuevas que de vuestra muerte me escribió mi señora y vuestra madre, ya que no me quitaron la vida, me hicieron escoger la de la religion, que en este punto queria entrar á vivir en ella; mas pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos ni conviene que por mi parte se impida: venid, señor, á la casa de mis padres, que es vuestra, y allí os entregaré mi posesion por los términos que pide nuestra santa fe católica. Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el asistente, y vicario, y provisor del arzobispo, y de oirlas se admiraron y suspendieron, y quisieron que luego se les dijese qué historia era aquella, qué extranjero aquel, y de qué casamiento trataban. A todo lo cual respondió el padre de Isabela, diciendo que aquella historia pedia otro lugar y algun término para decirse; y así suplicaba á todos aquellos que quisiesen saberla, diesen la vuelta á su casa, pues estaba tan cerca, que allí se la contarian de modo que con la verdad quedasen satisfechos, y con la grandeza y extrañeza de aquel suceso admirados. En esto, uno de los presentes alzó la voz, diciendo: Señores, este mancebo es un gran cosario ingles, que yo le conozco, y es aquel que habrá poco mas de dos años tomó á los cosarios de Arjel la nave de Portugal que venia de las Indias: no hay duda sino que es él, que yo le conozco; porque él me dió libertad y dineros para venir á España, y no solo á mí, sino á otros trescientos cautivos. Con estas razones se alborotó la gente, y se avivó el deseo que to-

de tenian de saber y ver la claridad de tan intricadas cosas. Finalmente, la gente mas principal con el asistente y aquellos dos señores eclesiásticos volvieron á acompañar á Isabela á su casa, dejando á las monjas tristes, confusas y llorando por lo que perdian en no tener en su compañía á la hermosa Isabela, la cual estando en su casa, en una gran sala della hizo que aquellos señores se sentasen; y aunque Ricaredo quiso tomar la mano en contar su historia, todavía le pareció que era mejor fiarlo de la lengua y discrecion de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaba la lengua castellana. Callaron todos los presentes, y teniendo las almas pendientes de las razones de Isabela, ella así comenzó su cuento: el cual le reduzco yo á que dijo todo aquello que, desde el dia que Clotaldo la robó de Cádiz hasta que entró y volvió á él, le habia sucedido, contando asimismo la batalla que Ricaredo habia tenido con los turcos: la liberalidad que habia usado con los cristianos: la palabra que entrambos á dos se habian dado de ser marido y mujer: la promesa de los dos años: las nuevas que habia tenido de su muerte, tan ciertas á su parecer, que la pusieron en el término que habian visto de ser religiosa: engrandeció la liberalidad de la reina: la cristiandad de Ricaredo y de sus padres; y acabó con decir que dijese Ricaredo lo que le habia sucedido despues que salió de Léndres hasta el punto presente, donde le veian con hábito de cautivo, y con una señal de haber sido rescatado por limosna. Así es, dijo Ricaredo, y en breves razones sumaré los inmensos trabajos mios.

Despues que me partí de Léndres por excusar el casamiento que no podia hacer con Clisterna, aquella doncella escocesa católica con quien ha dicho Isabela que mis padres me querian casar, llevando en mi compañía á Guillarte, aquel paje que mi madre escribe que llevó á Léndres las nuevas de mi muerte, atravesando por Francia llegué á Roma, donde se alegró mi alma y se fortaleció mi fe: besé los piés al Sumo Pontífice, confesé mis pecados con el mayor penitenciero, absolvióme dellos, y dióme los recaudos necesarios que diesen fe de mi confesion y penitencia, y de la reduccion que habia hecho á nuestra universal madre la Iglesia. Hecho esto, visité los lugares tan santos como innumerables que hay en aquella ciudad santa, y de dos mil escudos que tenia en oro, di los mil y seiscientos á un cambio, que me los libró en esta ciudad sobre un tal Roqui, florentin: con los cuatrocientos que me quedaron, con intencion de venir á España me partí para Génova, donde habia tenido nuevas que estaban dos galeras de aquella señoría, de partida para España. Llegué con Guillarte mi criado á un lugar que se llama Aquapendente, que viniendo de Roma á Florencia es el último que tiene el Papa, y en una hostería ó posada donde me apeé, hallé al conde Arnesto, mi mortal enemigo, que con cuatro criados disfrazados, y encubierto, más por ser curioso que por ser católico, entendí que iba á Roma; creí sin duda que no me habia conocido; encerréme en un aposento con mi criado, y estuve con cuidado y con determinacion de mudarme á otra posada en cerrando la noche: no lo hice así, porque el descuido grande que noté que tenian el conde y sus criados, me aseguró que no me habian conocido; cené en mi aposento, cerré la puerta, apercebí mi espada, encomendéme á Dios y no quise acostarme; durmióse mi criado, y yo sobre una silla me quedé medio dormido; mas poco despues de la media noche me despertaron para hacerme dormir el eterno sueño cuatro pistoletes que, como despues supe, dispararon contra mí el conde y sus criados, y dejándome por muerto, teniendo ya á punto los caballos se fuéron, diciendo al huésped de la posada que me enterrase, porque era hombre principal. Mi criado, segun dijo despues el huésped, despertó al ruido, y con el miedo se arrojó por una ventana que caia á un patio, y diciendo: ¡desventurado de mí, que han muerto á mi señor! se salió del meson; y debió de ser con tal miedo, que no debió de parar hasta Léndres, pues él fué el que llevó las nuevas de mi muerte. Subieron los de la hostería, y halláronme atravesado con cuatro balas, y con muchos perdigones; pero todos por partes, que de ninguna fué mortal la herida. Pedí confesion, y todos los sacramentos como católico cristiano; diéronmelos, curáronme, y no estuve para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los cuales vine á Génova, donde no hallé otro pasaje, sino en dos falucas que fletamos yo y otros dos principales españoles, la una para que fuese delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuésemos: con esta seguridad nos embarcamos, navegando tierra á tierra con intencion de no engolfarnos; pero llegando á un paraje que llaman las Tres Marías, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera faluca descubriendo, á deshora salieron de una cala dos galeotas turquescas, y tomándonos la una la mar y la otra la tierra, cuando íbamos á embestir en ella nos cortaron el camino, y nos cautivaron: en entrando en la galeota nos desnudaron hasta dejarnos en carnes: despojaron las falucas de cuanto llevaban, y dejáronlas embestir en tierra sin echarlas á fondo, diciendo que aquellas les servirian otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos á los despojos que de los cristianos toman: bien se me podrá creer, si digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja de lata los traia, con la cédula de los mil y seiscientos ducados; mas la buena suerte quiso que viniese á manos de un cristiano cautivo español, que los guardó; que si viniera á poder de los turcos, por lo ménos habia de dar por mi rescate lo que rezaba la cédula, que ellos averiguarian cúya era. Trujéronnos á Argel, donde hallé que estaban rescatando los padres de la Santísima Trinidad: habléles, díjeles quién era, y movidos de caridad, aunque yo era extranjero, me rescataron en esta forma: que dieron por mí trescientos ducados, los ciento luego, y los doscientos cuando volviese el bajel de la limosna á rescatar al padre de la redencion, que se quedaba en Argel empeñado en cuatro mil ducados, que habia gastado mas de los que traia; porque á toda esta misericordia y liberalidad se extiende la caridad destos padres, que dan su libertad por la ajena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos. Por añadidura del bien de mi libertad hallé la caja perdida, con los recaudos y la cédula: mostrésela al bendito padre que me habia rescatado, y ofrecíle quinientos ducados mas de los de mi rescate para ayuda de su empeño. Casi un año se tardó en volver la nave de la limosna; y lo que en este año me pasó, á poderlo contar ahora, fuera otra nueva historia: solo diré que fuí conocido de uno de los veinte turcos, que di libertad con los demas cristianos ya referidos, y fué tan agradecido

y tan hombre de bien, que no quiso descubrirme; porque á conocerme los turcos por aquel que habia echado á fondo sus dos bajeles, y quitádoles de las manos la gran nave de la India, ó me presentaran al Gran Turco, ó me quitaran la vida; y de presentarme al Gran Señor redundara no tener libertad en mi vida. Finalmente, el padre redentor vino á España conmigo, y con otros cincuenta cristianos rescatados. En Valencia hicimos la procesion general, y desde allí cada uno se partió donde mas le plugo, con las insignias de su libertad, que son estos hábitos: hoy llegué á esta ciudad con tanto deseo de ver á Isabela mi esposa, que sin detenerme á otra cosa, pregunté por este monasterio, donde me habian de dar nuevas de mi esposa: lo que en él me ha sucedido ya se ha visto: lo que queda por ver son estos recaudos, para que se pueda tener por verdadera mi historia, que tiene tanto de milagrosa como de verdadera: y luego en diciendo esto, sacó de una caja de lata los recaudos que decia, y se los puso en las manos del provisor, que los vió junto con el señor asistente, y no halló en ellos cosa que le hiciese dudar de la verdad que Ricaredo habia contado. Y para mas confirmacion della, ordenó el cielo que se hallase presente á todo esto el mercader florentin, sobre quien venia la cédula de los mil y seiscientos ducados, el cual pidió que le mostrasen la cédula, y mostrándosela la reconoció, y la aceptó para luego, porque él muchos meses habia que tenia aviso desta partida: todo esto fué añadir admiracion á admiracion y espanto á espanto. Ricaredo dijo que de nuevo ofrecia los quinientos ducados que habia prometido. Abrazó el asistente á Ricaredo y á los padres de Isabela, y á ella, ofreciéndoseles á todos con corteses razones. Lo mismo hicieron los dos señores eclesiásticos, y rogaron á Isabela que pusiese toda aquella historia por escrito, para que la leyese su señor el arzobispo, y ella lo prometió. El grande silencio que todos los circunstantes habian tenido, escuchando el extraño caso, se rompió en dar alabanzas á Dios por sus grandes maravillas, y dando desde el mayor hasta el mas pequeño el parabien á Isabela, á Ricaredo y á sus padres, los dejaron: y ellos suplicaron al asistente honrase sus bodas, que de allí á ocho dias pensaban hacerlas. Holgó de hacerlo así el asistente, y de allí á ocho dias, acompañado de los mas principales de la ciudad, se halló en ellas. Por estos rodeos y por estas circunstancias, los padres de Isabela cobraron su hija y restauraron su hacienda, y ella favorecida del cielo y ayudada de sus muchas virtudes, á despecho de tantos inconvenientes halló marido tan principal como Ricaredo, en cuya compañía se piensa que aun hoy vive en las casas que alquilaron frontero de Santa Paula, que despues las compraron de los herederos de un hidalgo burgales, que se llamaba Hernando de Cifuentes.

Esta novela nos podria enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastante juntas y cada una de por sí á enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos.

EL LICENCIADO VIDRIERA.

Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas del Tórmes, hallaron en ellas debajo de un árbol durmiendo á un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador: mandaron á un criado que le despertase: despertó, y preguntáronle de dónde era y qué hacia durmiendo en aquella soledad; á lo cual el muchacho respondió, que el nombre de su tierra se le habia olvidado, y que iba á la ciudad de Salamanca á buscar un amo á quien servir, por solo que le diese estudio. Preguntáronle si sabia leer; respondió que sí, y escribir tambien. Desa manera, dijo uno de los caballeros, no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria. Sea por lo que fuere, respondió el muchacho, que ni el della, ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos á ellos y á ella. Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? preguntó el caballero. Con mis estudios, respondió el muchacho, siendo famoso por ellos; porque yo he oido decir que de los hombres se hacen los obispos. Esta respuesta movió á los dos caballeros á que le recebiesen y llevasen consigo, como lo hicieron; dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella universidad á los criados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomas Rodaja, de donde infirieron sus amos por el nombre y por el vestido, que debia de ser hijo de algun labrador pobre. A pocos dias le vistieron de negro, y á pocas semanas dió Tomas muestras de tener raro ingenio, sirviendo á sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia, que con no faltar un punto á sus estudios, parecia que solo se ocupaba en servirlos; y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor á tratarle bien, ya Tomas no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos se hizo tan famoso en la universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fué de leyes; pero en lo que mas se mostraba era en letras humanas: y tenia tan felice memoria, que era cosa de espanto, é ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era ménos famoso por él que por ella. Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios, y se fuéron á su lugar, que era una de las mejores ciudades de Andalucía: lleváronse consigo á Tomas, y estuvo con ellos algunos dias; pero como le fatigasen los deseos de volver á sus estudios y á Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió á sus amos licencia para volverse. Ellos corteses y liberales se la dieron, acomodándole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

Despidióse dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga (que esta era la patria de sus señores), y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentil hombre, á caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados tambien á caballo. Juntóse con él, y supo como llevaba



su mismo viaje: hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y á pocos lances dió Tomas muestras de su raro ingenio, y el caballero le dió de su bizarría y cortesano trato; y dijo que era capitan de infantería por su Majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca: alabó la vida de la soldadesca, pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milan, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías: dibujóle dulce y puntualmente el aconcha patron, pasa acá manigoldo, venga la macarela, li polastri, é li macarroni: puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia; pero no le dijo nada del frio de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolucion tantas cosas le dijo, y tan bien dichas, que la discrecion de nuestro Tomas Rodaja comenzó á titubear, y la voluntad á aficionarse á aquella vida que tan cerca tiene la muerte. El capitan, que D. Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomas, le rogó que se fuese con él á Italia, siquiera por curiosidad de verla, que él le ofrecia su mesa, y aun si fuese necesario su bandera, porque su alférez la habia de dejar presto. Poco fué menester para que Tomas aceptase el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso, de que sería bueno ver á Italia y Flándes, y otras diversas tierras y paises, pues las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos, y que en esto á lo mas largo podia gastar tres ó cuatro años, que añadidos á los pocos que él tenia, no serian tantos que impidiesen volver á sus estudios: y como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto, dijo al capitan que era contento de irse con él á Italia; pero habia de ser con condicion que no se habia de sentar debajo de bandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarse á seguir su bandera. Y aunque el capitan le dijo que no importaba ponerse en lista, que ansí gozaría de los socorros y pagas que á la compañía se diesen, porque él le daria licencia todas las veces que se la pidiese. Eso sería, dijo Tomas, ir contra mi conciencia y contra la del señor capitan, y así mas quiero ir suelto que obligado. Conciencia tan escrupulosa, dijo D. Diego, mas es de religioso que de soldado; pero como quiera que sea, ya somos camaradas. Llegaron aquella noche á Antequera, y en pocos dias y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba á marchar la vuelta de Cartagena, alojándose ella y otras cuatro por los lugares que les venian á mano. Allí notó Tomas la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes mas de los necesarios, y finalmente la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecia. Habíase vestido Tomas de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose á lo de Dios es Cristo, como se suele decir. Los muchos libros que tenia los redujo á unas Horas de Nuestra Señora, y un Garcilaso sin comento, que en las dos faldriqueras llevaba. Llegaron mas presto de lo que quisieran á Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia, y cada dia se topan cosas nuevas y gustosas. Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó tambien Tomas Rodaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo mas del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de Leon, que tuvieron dos: que la una les echó en Córcega, y la otra los volvió á Tolon, en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojeras llegaron á la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido mandrache, despues de haber visitado una iglesia, dió el capitan con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas, con el presente gaudeamus. Allí conocieron la suavidad del treviano, el valor del monte frascon, la ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la rusticidad de la chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, á Madrigal, Coca, Alaejos, y á la imperial mas que real ciudad, recámara del dios de la risa: ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Ribadavia y de Descargamaría. Finalmente, mas vinos nombró el huésped, y mas les dió que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. Admiráronle tambien al buen Tomas los rubios cabellos de las genovesas, y la gentileza y gallarda disposicion de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro. Otro dia se desembarcaron todas las compañías que habian de ir al Piamonte; pero no quiso Tomas hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra á Roma y á Nápoles, como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia, y por Loreto á Milan y al Piamonte, donde dijo D. Diego de Valdivia que le hallaría, si ya no los hubiesen llevado á Flándes, segun se decia. Despidióse Tomas del capitan de allí á dos dias, y en cinco llegó á Florencia, habiendo visto primero á Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos y agasajados los españoles. Contentóle Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco rio y apacibles calles: estuvo en ella cuatro dias, y luego se partió á Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del leon se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo rio, que siempre llena sus márgenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura: por sus puentes, que parece que se están mirando unas á otras, y por sus calles que con solo el nombre cobran autoridad sobre

todas las de las otras ciudades del mundo: la via Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba ménos la division de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó tambien la autoridad del colegio de los cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró, y notó, y puso en su punto. Y habiendo andado la estacion de las siete iglesias, y confesádose con un penitenciero y besado el pié á su Santidad, lleno de *agnusdei* y cuentas determinó irse á Nápoles, y por ser tiempo de mutacion, malo y dañoso para todos los que en él entran ó salen de Roma como hayan caminado por tierra, se fué por mar á Nápoles, donde á la admiracion que traia de haber visto á Roma, añadió la que le causó ver á Nápoles, ciudad á su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo. Desde allí se fué á Sicilia, y vió á Palermo, y despues á Mesina: de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Mesina el puerto, y de toda la isla la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse á Nápoles y á Roma, y de allí fué á Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera, y de pinturas y retratos que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habian recebido de la mano de Dios por intercesion de su divina Madre, que aquella sacrosanta imágen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devocion que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la mas alta embajada y de mas importancia, que vieron y no entendieron todos los cielos, y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas. Desde allí, embarcándose en Ancona, fué á Venecia, ciudad, que á no haber nacido Colon en el mundo, no tuviera en él semejante; merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa admiracion del mundo antiguo, la de América espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y finalmente toda ella en sí y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar mas esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número. Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso viajero en Venecia, pues casi le hacian olvidar de su primer intento. Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió á Milan, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad en fin de quien se dice, que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas á la vida humana necesarias. Desde allí se fué á Aste, y llegó á tiempo que otro dia marchaba el

tercio á Flándes. Fué muy bien recebido de su amigo el
capitan, y en su compañía y camarada pasó á Flándes,
y llegó á Ambéres, ciudad no ménos para maravillar que
las que habia visto en Italia. Vió á Gante y á Bruselas,
vió que todo el pais se disponia á tomar las armas par
salir en campaña el verano siguiente; y habiendo cum-
plido con el deseo que le movió á ver lo que habia visto
determinó volverse á España y á Salamanca á acabar su
estudios; y como lo pensó lo puso luego por obra, co
pesar grandísimo de su camarada, que le rogó al tiemp
del despedirse le avisase de su salud, llegada y suces
Prometióselo ansí como lo pedia, y por Francia volvió
España sin haber visto á Paris, por estar puesta en a
mas. En fin llegó á Salamanca, donde fué bien recebid
de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicie
ron, prosiguió sus estudios hasta graduarse de licen
ciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó á aquella ciudad u
dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luego á
añagaza y reclamo todos los pájaros del lugar, sin que
dar *vademecum* que no la visitase. Dijéronle á Tomas q
aquella dama decia que habia estado en Italia y en Flá
des, y por ver si la conocia fué á visitarla, de cuya visi
y vista quedó ella enamorada de Tomas; y él sin ech
de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otr
no queria entrar en su casa. Finalmente, ella le desc
brió su voluntad y le ofreció su hacienda. Pero como
atendia mas á sus libros que á otros pasatiempos, en ni
guna manera respondia al gusto de la señora, la cu
viéndose desdeñada y á su parecer aborrecida, y que p
medios ordinarios y comunes no podia conquistar la ro
de la voluntad de Tomas, acordó de buscar otros mod
á su parecer mas eficaces, y bastantes para salir con
cumplimiento de sus deseos; y así aconsejada de u
morisca, en un membrillo toledano dió á Tomas un
destos que llaman hechizos, creyendo que le daba co
que le forzase la voluntad á quererla, como si hubie
en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes
forzar el libre albedrío; y así, las que dan estas bebid
ó comidas amatorias se llaman beneficas, porque no
otra cosa lo que hacen sino dar veneno á quien las tom
como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y d
versas ocasiones. Comió en tan mal punto Tomas
membrillo, que al momento comenzó á herir de pié
de mano como si tuviera alferecía, y sin volver en sí e
tuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió com
atontado, y dijo con lengua turbada y tartamuda, q
un membrillo que habia comido le habia muerto, y d
claró quién se lo habia dado. La justicia, que tuvo no
ticia del caso, fué á buscar la malhechora; pero ya ell
viendo el mal suceso, se habia puesto en cobro, y no p
reció jamas. Seis meses estuvo en la cama Tomas,
los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en l
huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos;
aunque le hicieron los remedios posibles, solo le san
ron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entend
miento, porque quedó sano, y loco de la mas extraña l
cura que entre las locuras hasta entónces se habia vist
Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidri
y con esta imaginacion, cuando alguno se llegaba á é
daba terribles voces, pidiendo y suplicando con palabr
y razones concertadas que no se le acercasen porque
quebrarian, que real y verdaderamente él no era com

los otros hombres, que todo era de vidrio de piés á cabeza. Para sacarle desta extraña imaginacion, muchos, sin atender á sus voces y rogativas, arremetieron á él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del cual no volvia en sí en cuatro horas, y cuando volvia era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen. Decia que le hablasen desde léjos y le preguntasen lo que quisiesen, porque á todo les responderia con mas entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio por ser de materia sutil y delicada, obra por ella el alma con mas prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo, pesada y terrestre. Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decia, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, á las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, cosa que causó admiracion á los mas letrados de la universidad y á los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sugeto donde se contenia tan extraordinaria locura como el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento, que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza. Pidió Tomas le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algun vestido estrecho no se quebrase; y así le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodon: no quiso zapatos en ninguna manera, y el órden que tuvo para que le diesen de comer sin que á él llegasen, fué poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponian alguna cosa de fruta de las que la sazon del tiempo les ofrecia: carne ni pescado no lo queria; no bebia sino en fuente ó en rio, y esto con las manos: cuando andaba por las calles, iba por la mitad dellas, mirando á los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase: los veranos dormia en el campo á cielo abierto, y los inviernos se metia en algun meson, y en el pajar se enterraba hasta la garganganta, diciendo que aquella era la mas propia y mas segura cama que podian tener los hombres de vidrio: cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salia al campo y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad; tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo, pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedia, que era le dejasen andar libre, y así le dejaron, y él salió por la ciudad causando admiracion y lástima á todos los que le conocian. Cercáronle luego los muchachos; pero él con la vara los detenia y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase, que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la mas traviesa generacion del mundo, á despecho de sus ruegos y voces le comenzaron á tirar trapos y aun piedras, por ver si era de vidrio como él decia; pero él daba tantas voces y hacia tales extremos, que movia á los hombres á que riñesen y castigasen á los muchachos porque no le tirasen. Mas un dia, que le fatigaron mucho, se volvió á ellos diciendo: ¿Que me quereis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo por ventura el monte Testacho de Roma para que me tireis tantos tiestos y tejas? Por oirle reñir y responder á todos, le seguian siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido ántes oille que tiralle. Pasando pues una vez por la ropería de Salamanca, le dijo una ropera: En mi ánima, señor Licenciado, que me pesa de su desgracia; pero ¿qué haré que no puedo llorar? El se volvió á ella, y muy mesurado le dijo: *Filiæ Hierusalem, plorate super vos, et super filios vestros.* Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho, y díjole: Hermano licenciado Vidriera (que así decia él que se llamaba), mas teneis de bellaco que de loco. No se me da un ardite, respondió él, como no tenga nada de necio. Pasando un dia por la casa llana y venta comun (1), vió que estaban á la puerta della muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanas, que estaban alojados en el meson del infierno. Preguntóle uno, que qué consejo ó consuelo daria á un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le habia ido con otro. A lo cual respondió: Dile que dé gracias á Dios por haber permitido le llevasen de casa á su enemigo. Luego ¿no irá á buscarla? dijo el otro. Ni por pienso, replicó Vidriera, porque sería el hallarla hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra. Ya que eso sea así, dijo el mismo, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer? Respondióle: Dale lo que hubiere menester; déjala que mande á todos los de tu casa, pero no sufras que ella te mande á tí. Díjole un muchacho: Señor licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me azota muchas veces. Y respondióle: Advierte, niño, que los azotes que los padres dan á los hijos honran, y los del verdugo afrentan. Estando á la puerta de una iglesia, vió que entraba un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detras venia uno que no estaba en tan buena opinion como el primero, y el Licenciado dió grandes voces al labrador, diciendo: Esperad, Domingo, á que pase el sábado. De los maestros de escuela decia que eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles dichosísimos, si los angelitos no fueran mocosos. Otro le preguntó, que qué le parecia de las alcahuetas. Respondió que no lo eran las apartadas, sino las vecinas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos, se extendieron por toda Castilla, y llegando á noticia de un príncipe ó señor que estaba en la corte, quiso enviar por él, y encargóselo á un caballero amigo suyo que estaba en Salamanca, que se lo enviase, y topándole el caballero un dia, le dijo: Sepa el señor licenciado Vidriera, que un gran personaje de la corte le quiere ver y envía por él. A lo cual respondió: Vuesa mercé me excuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear. Con todo esto, el caballero le envió á la corte, y para traerle usaron con él desta invencion: pusiéronle en unas argueñas de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese á entender que como vaso de vidrio le llevaban. Llegó á Valladolid, donde en aquel tiempo estaba la corte; entró de noche y desembanastáronle en la casa del señor que habia enviado por él, de quien fué muy bien recebido, diciéndole: Sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera: ¿cómo ha ido en el camino? Cómo va de salud? A lo cual respondió: Ningun camino hay malo como se acabe, sino es el que va á la horca: de

(1) La casa donde habitaban las prostitutas.

salud estoy neutra, porque están encontrados mis pulsos con mi celebro. Otro dia, habiendo visto en muchas alcándaras muchos neblíes y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores; pero que advirtiesen, que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho á mas de dos mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y mas cuando se cazaba con galgos prestados. El caballero gustó de su locura, y dejóle salir por la ciudad debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los cuales y de toda la corte fué conocido en seis dias, y á cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina, respondia á todas las preguntas que le hacian, entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecia que tenia ingenio para todo. A lo cual respondió: Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso. No entiendo eso de necio y venturoso, dijo el estudiante; y respondió Vidriera: No he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno. Preguntóle otro estudiante que en qué estimacion tenia á los poetas. Respondió que á la ciencia en mucha, pero que á los poetas en ninguna. Replicáronle que por qué decia aquello. Respondió que del infinito número de poetas que habia, eran tan pocos los buenos, que casi no hacian número; y así como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las ciencias; porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule, y saca á luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla. Añadió mas: Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio, que dicen:

Cura ducum fuerunt olim Regumque poetæ:
Præmiaque antiqui magna tulere chori.
Sanctaque majestas, et erat venerabile nomen
Vatibus: et largæ sæpe dabantur opes.

Y ménos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platon intérpretes de los dioses, y de ellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

Y tambien dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir sino que son la idiotez y la ignorancia del mundo? y añadió mas: ¿Qué es ver á un poeta destos de la primera impresion, cuando quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: vuesas mercedes escuchen un sonetillo que anoche á cierta ocasion hice, que á mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito? Y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas, se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono melífluo y alfeñicado: si acaso los que le escuchan, de socarrones ó de ignorantes no se le alaban, dice: ó vuesas mercedes no han entendido el soneto, ó yo no le he sabido decir, y así será bien recitarle otra vez, y que vuesas mercedes le presten mas atencion, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece; y vuelve como primero á recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues ¿qué es verlos censurar los unos á los otros? ¿qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos á los mastinazos antiguos y graves? y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sugetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar del circunspecto ignorante, que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende? ¿y del que quiere que se estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima á los sitiales? Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas por la mayor parte eran pobres. Respondió que porque ellos querian, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasion que por momentos traian entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenian los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral, y la garganta de cristal trasparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas, y mas que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producia jazmines y rosas, que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza. Estas y otras cosas decia de los malos poetas; que de los buenos siempre dijo bien, y les levantó sobre el cuerno de la luna. Vió un dia en la acera de San Francisco unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban la naturaleza, pero que los malos la vomitaban. Arrimóse un dia, con grandísimo tiento porque no se quebrase, á la tienda de un librero, y díjole: Este oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta que tiene. Preguntóle el librero se la dijese. Respondióle: Los melindres que hacen, cuando compran el privilegio de un libro, y la burla que hacen á su autor si acaso le imprime á su costa, pues en lugar de mil y quinientos imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos. Acaeció este mismo dia que pasaron por la plaza seis azotados, y diciendo el pregon: Al primero por ladron; dió grandes voces á los que estaban delante dél, diciéndoles: Apartáos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros: y cuando el pregonero llegó á decir: al trasero, dijo: Aquel por ventura debe de ser el fiador de los muchachos. Un muchacho le dijo: Hermano Vidriera, mañana sacan á azotar á una alcahueta. Respondióle: Si dijeras que sacaban á azotar á un alcahuete, entendiera que sacaban á azotar un coche. Hallóse allí uno destos que llevan sillas de manos, y díjole: De nosotros, Licenciado, ¿no teneis que decir? No, respondió Vidriera, sino que sabe cada uno de vosotros mas pecados que un confesor; mas es con esta diferencia, que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas. Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino, y díjole: De nosotros, señor Redoma, poco ó nada hay que decir, porque somos gente de bien y necesaria en la república. A lo cual respondió Vidriera: La honra del amo descubre la del criado; se-

ga esto: mira á quién sirves, y verás cuán honrado eres: mozos sois vosotros de la mas ruin canalla que sustenta la tierra: una vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula de alquiler, tal que le conté ciento y veinte y una tachas, todas capitales y enemigas del género humano: todos los mozos de mulas tienen su punta de rufianes, su punta de cacos, y su es no es de truhanes: si sus amos (que así llaman ellos á los que llevan en sus mulas) son boquimuelles, hacen mas suertes en ellos que las que echaron en esta ciudad los años pasados: sin son extranjeros, les roban; si estudiantes, los maldicen; si religiosos, los reniegan; y si soldados, los tiemblan: estos, y los marineros, y carreteros, y arrieros, tienen un modo de vivir extraordinario, y solo para ellos: el carretero pasa lo mas de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco mas debe de haber del yugo de las mulas á la boca del carro; canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega; y en decir, háganse á zaga, se les pasa otra muy gran parte; y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algun atolladero, mas se ayudan de dos pésetes que de tres mulas. Los marineros son gente gentil é inurbana, que no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos: en la bonanza son diligentes, y en la borrasca perezosos; en la tormenta mandan muchos y obedecen pocos; su Dios es su arca y su rancho, y su pasatiempo ver mareados á los pasajeros. Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas y se ha casado con las enjalmas; son tan diligentes y presurosos, que á trueco de no perder la jornada, perderán el alma; su música es la del mortero; su salsa la hambre; sus maitines levantarse á dar sus piensos, y sus misas no oir ninguna. Cuando esto decia estaba á la puerta de un boticario, y volviéndose al dueño, le dijo: Vuesa merced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles. ¿En qué modo soy enemigo de mis candiles? preguntó el boticario: y respondió Vidriera: Esto digo, porque en faltando cualquiera aceite, lo suple el del candil que está mas á mano; y aun tiene otra cosa este oficio, bastante á quitar el crédito al mas acertado médico del mundo. Preguntándole por qué, respondió que habia boticario que por no atreverse ni osar decir que faltaba en su botica lo que recetaba el médico, por las cosas que le faltaban ponia otras, que á su parecer tenian la misma virtud y calidad, no siendo así; y con esto la medicina mal compuesta obraba al reves de lo que habia de obrar la bien ordenada. Preguntóle entónces que qué sentia de los médicos, y respondió esto: *Honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus: à Deo enim est omnis medela, et à Rege accipiet donationem: disciplina medici exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum collaudavitur: Altissimus de terra creavit medicinam, et vir prudens non abhorrevit illam.* Esto dice, dijo, el Eclesiástico, de la medicina y de los buenos médicos, y de los malos se podria decir todo al reves, porque no hay gente mas dañosa á la república que ellos. El juez nos puede torcer ó dilatar la justicia; el letrado sustentar por su interes nuestra injusta demanda; el mercader chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos, nos pueden hacer algun daño; pero quitarnos la vida sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno: solo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y á pié quedo, sin desenvainar otra espada que la de un récipe; y no hay descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debajo de la tierra: acuérdaseme que cuando yo era hombre de carne, y no de vidrio como agora soy, que á un médico destos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro, y el primero de allí á cuatro dias acertó á pasar por la botica donde recetaba el segundo, y preguntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él habia dejado, y que si le habia recetado alguna purga el otro médico. El boticario le respondió que allí tenia una receta de purga que el dia siguiente habia de tomar el enfermo; dijo que se la mostrase, y vió que al fin della estaba escrito: *sumat diluculo*, y dijo: Todo lo que lleva esta purga me contenta, sino es este *diluculo*, porque es húmido demasiadamente. Por estas y otras cosas que decia de todos los oficios se andaban tras él sin hacerle mal y sin dejarle sosegar; pero con todo esto no se pudiera defender de los muchachos, si su guardian no le defendiera. Preguntóle uno qué haria para no tener envidia á nadie. Respondióle: Duerme; que todo el tiempo que durmieres, serás igual al que envidias. Otro le preguntó qué remedio tendria para salir con una comision que habia dos años que la pretendia. Y díjole: Parte á caballo y á la mira de quien la lleva, y acompáñale hasta salir de la ciudad, y así saldrás con ella. Pasó acaso una vez por delante donde él estaba un juez de comision, que iba de camino á una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles; preguntó quién era, y como se lo dijeron, dijo: Yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes en la tinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comision. Yo me acuerdo haber tenido un amigo que en una comision criminal que tuvo dió una sentencia tan exorbitante, que excedia en muchos quilates á la culpa de los delincuentes: preguntéle que por qué habia dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondióme que pensaba otorgar la apelacion, y que con esto dejaba campo abierto á los señores del consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporcion. Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de aquel trabajo, pues con esto le tuvieran á él por juez recto y acertado. En la rueda de la mucha gente, que como se ha dicho siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó señor licenciado, y sabiendo Vidriera que el tal á quien llamaron licenciado no tenia ni aun título de bachiller, le dijo: Guardáos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redencion de cautivos, que os le llevarán por mostrenco. A lo cual dijo el amigo: Tratémonos bien, señor Vidriera, pues ya sabeis vos que soy hombre de altas y de profundas letras. Respondióle Vidriera: Ya yo sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas, y no las alcanzais de profundas. Estando una vez arrimado á la tienda de un sastre, vióle que estaba mano sobre mano, y díjole: Sin duda, señor maese, que estáis en camino de salvacion. ¿En qué lo veis? preguntó el sastre. ¿En qué lo veo? respondió Vidriera: véolo en que pues no teneis qué hacer, no tendréis ocasion de mentir; y añadió: desdichado del sastre que no miente, y cose las fiestas: cosa maravillosa es, que casi en todos los deste oficio apénas se hallará uno que haga un ves-

tido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores. De los zapateros decia que jamas hacian conforme á su parecer zapato malo; porque si al que se le calzaba venía estrecho y apretado, le decian que así habia de ser por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndolos dos horas, vendrian mas anchos que alpargates; y si le venían anchos, decian que así habian de venir por amor de la gota. Un muchacho agudo, que escribia en un oficio de provincia, le apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traia nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba, y á todo respondia. Este le dijo una vez: Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco que estaba condenado á ahorcar. A lo cual respondió: El hizo bien á darse priesa á morir ántes que el verdugo se sentara sobre él. En la acera de San Francisco estaba un corro de genoveses, y pasando por allí, uno dellos le llamó, diciéndole: Lléguese acá el señor Vidriera, y cuéntenos un cuento. El respondió: No quiero, porque no me le paseis á Génova (1). Topó una vez á una tendera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas, y díjole á la madre: Muy bien habeis hecho en empedralla, porque se pueda pasear. De los pasteleros dijo que habia muchos años que jugaban á la dobladilla, sin que les llevasen la pena porque habian hecho el pastel de á dos (*maravedises*) de á cuatro, el de á cuatro de á ocho, y el de á ocho de á medio real, por solo su albedrío y beneplácito. De los titereros decia mil males: decia que era gente vagamunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retratos, volvian la devocion en risa, y que les acontecia envasar en un costal todas ó las mas figuras del Testamento viejo y nuevo, y sentarse sobre él á comer y beber en los bodegones y tabernas: en resolucion, decia que se maravillaba de cómo quien podia no les ponia perpetuo silencio en sus retablos, ó los desterraba del reino. Acertó á pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe; y en viéndole dijo: Yo me acuerdo haber visto á este salir al teatro enharinado el rostro y vestido un zamarro del reves, y con todo esto á cada paso fuera del tablado jura á fe de hijodalgo. Débelo de ser, respondió uno, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijosdalgo. Así será verdad, replicó Vidriera; pero lo que ménos ha menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentiles hombres y de expeditas lenguas: tambien sé decir dellos que en el sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando contínuo de memoria, hechos perpetuos jitanos de lugar en lugar, y de meson en venta, desvelándose en contentar á otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio: tienen mas, que con su oficio no engañan á nadie, pues por momentos sacan su mercaduría á pública plaza, al juicio y á la vista de todos: el trabajo de los autores es increible, y su cuidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados, que les sea forzoso hacer pleito de acreedores; y con todo esto son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean: decia que habia sido opinion de un amigo suyo, que el que servia á una comedianta, en solo una servia á muchas damas juntas, como era á una reina, á una ninfa, á una diosa, á una fregona, á una pastora, y muchas veces caia la suerte en que sirviese en ella á un paje y á un lacayo, que todas estas y mas figuras suele hacer una farsanta. Preguntóle uno que cuál habia sido el mas dichoso del mundo. Respondió que *nemo*; porque *nemo novit patrem: nemo sine crimine vivit: nemo sua sorte contentus: nemo ascendit in cœlum*. De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia ó arte, que cuando la habian menester no la sabían, y que tocaban algo en presuntuosos, pues querian reducir á demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios. Con los que se teñian las barbas tenia particular enemistad; y riñendo una ve[z] delante dél dos hombres, que el uno era portuges, est[e] dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que teni[a] muy teñidas: Por istas barbas que teño no rostro: á l[o] cual acudió Vidriera, y dijo: Olhay, homen, naon digai[s] teño, sino tiño. Otro traia las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta, á quien dijo Vidriera, que tenia las barbas de muladar overo. A otr[o] que traia las barbas por mitad blancas y negras por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo qu[e] procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estab[a] aparejado á que le dijesen que mentia por la mitad de l[a] barba. Una vez contó que una doncella discreta y bie[n] entendida, por acudir á la voluntad de sus padres, di[o] el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual la noch[e] ántes del dia del desposorio se fué, no al rio Jordan com[o] dicen las viejas, sino á la redomilla del agua fuerte [y] plata, con que renovó de manera su barba, que la acost[ó] de nieve y la levantó de pez. Llegóse la hora de darse la[s] manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tint[a] la figura, y dijo á sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habian mostrado, que no queria otr[o]. Ellos le dijeron que aquel que tenia delante era el mismo que le habian mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y trujo testigos como el que sus padre[s] le dieron era un hombre grave y lleno de canas, y qu[e] pues el presente no las tenia, no era él, y se llamaba engaño: atúvose á esto, corrióse el teñido, y deshízos[e] el casamiento. Con las dueñas tenia la misma ojeriza qu[e] con los escabechados: decia maravillas de su permafo[y], de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindre[s], de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria: am[o]hinábanle sus flaquezas de estómago, sus vaguidos d[e] cabeza, su modo de hablar con mas repulgos que s[us] tocas, y finalmente su inutilidad y sus vainillas. Uno [le] dijo: ¿Qué es esto, señor Licenciado, que os he oido decir mal de muchos oficios, y jamas lo habeis dicho [de] los escribanos, habiendo tanto que decir? A lo cual respondió: Aunque de vidrio, no soy tan frágil que me de[je] ir con la corriente del vulgo, las mas veces engañad[o]. Paréceme á mí que la gramática de los murmuradore[s] y el la, la, la, de los que cantan, son los escribanos; po[r]que así como no se puede pasar á otras ciencias, si no [es] por la puerta de la gramática, y como el músico, prime[ro] murmura que canta, así los maldicientes por donde c[o]mienzan á mostrar la malignidad de sus lenguas, es p[or] decir mal de los escribanos y alguaciles, y de los otr[os] ministros de la justicia, siendo un oficio el del escrib[a]no, sin el cual andaria la verdad por el mundo á somb[ra] de tejados, corrida y maltratada; y así dice el Eclesiá[stico]

(1) Llevábanse á Génova muchos cuentos ó millones de reales.

tico: *In manum Dei potestas hominis est, et super faciem scribæ imponet honorem*. Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres, y no esclavos, ni hijos de esclavos; legítimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos: juran secreto, fidelidad, y que no harán escritura usuraria: que ni amistad ni enemistad, provecho ó daño les moverá á no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, ¿por qué se ha de pensar que de mas de veinte mil escribanos que hay en España, se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo? No lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea; porque finalmente digo que es la gente mas necesaria que habia en las repúblicas bien ordenadas; y que si llevaban demasiados derechos, tambien hacian demasiados tuertos, y que destos dos extremos podia resultar un medio que les hiciese mirar por él..... De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio ó prenderte, ó sacarte la hacienda de casa, ó tenerte en la suya en guarda, y comer á tu costa. Tachaba la negligencia é ignorancia de los procuradores y solicitadores, comparándolos á los médicos, los cuales, que sane ó no sane el enfermo, ellos llevan su propina: y los procuradores y solicitadores lo mismo, salgan ó no salgan con el pleito que ayudan. Preguntóle uno cuál era la mejor tierra: Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro: No pregunto eso, sino que ¿cuál es mejor lugar, Valladolid ó Madrid? Y respondió: De Madrid los extremos, de Valladolid los medios. No lo entiendo, repitió el que se lo preguntaba; y dijo: De Madrid cielo y suelo; de Valladolid los entresuelos. Oyó Vidriera que dijo un hombre á otro, que así como habia entrado en Valladolid habia caido su mujer muy enferma, porque la habia probado la tierra. A lo cual dijo Vidriera: Mejor fuera que se la hubiera comido, si acaso es celosa. De los músicos y de los correos de á pié, decia que tenian las esperanzas y las suertes limitadas; porque los unos la acaban con llegar á serlo de á caballo, y los otros con alcanzar á ser músicos del rey. De las damas que llaman cortesanas, decia que todas ó las mas tenian mas de corteses que de sanas. Estando un dia en una iglesia vió que traian á enterrar á un viejo, á bautizar á un niño, y á velar á una mujer, todo á un mismo tiempo, y dijo, que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mujeres triunfan. Picábale una vez una avispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero con todo eso se quejaba. Preguntóle uno que cómo sentia aquella avispa si era su cuerpo de vidrio. Y respondió que aquella avispa debia de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes á desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio. Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes: De ético no se puede mover el padre. Enojóse Vidriera, y dijo: Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Nolite tangere christos meos*; y subiéndose mas en cólera, dijo: que mirasen en ello, y verian que de muchos santos, que de pocos años á esta parte habia canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitan don fulano, ni el secretario don tal de don tales, ni el conde, marques ó duque de tal parte; sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Decia que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila, que roen y menoscaban todas las de las otras aves que á ellas se juntan. De los gariteros y tahures decia milagros: decia que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese, y pasase el naipe adelante, porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahur, que estaba toda una noche jugando y perdiendo; y con ser de condicion colérico y endemoniado, á trueco de que su contrario no se alzase, no descosia la boca, y sufria lo que un mártir de Barrabas. Alababa tambien las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginacion consentian que en su casa se jugase otros juegos, que polla y cientos; y con esto á fuego lento, sin temor y nota de malsines sacaban al cabo del mes mas barato que los que consentian los juegos de estocada, del reparólo, siete y llevar, y pinta en la del punto. En resolucion, él decia tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban ó á él se arrimaban, por el hábito que traia, por la estrecheza de su comida, por el modo con que bebia, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los pajares, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los mas cuerdos del mundo. Dos años ó poco mas duró en esta enfermedad, porque un religioso de la órden de San Jerónimo, que tenia gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó á su cargo de curar á Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió á su primer juicio, entendimiento y discurso; y así como le vió sano, le vistió como á letrado, y le hizo volver á la corte, adonde con dar tantas muestras de cuerdo, como las habia dado de loco, podia usar su oficio, y hacerse famoso por él. Hízolo así, y llamándose el licenciado Rueda, no Rodaja, volvió á la corte, donde apénas hubo entrado, cuando fué conocido de los muchachos; mas cuando le vieron en tan diferente hábito del que solia, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decian unos á otros: ¿Este no es el loco Vidriera? á fe que es él: ya viene cuerdo, pero tambien puede ser loco bien vestido como mal vestido: preguntémosle algo, y salgamos desta confusion. Todo esto oia el Licenciado, y callaba, y iba mas confuso y mas corrido que cuando estaba sin juicio. Pasó el conocimiento de los muchachos á los hombres, y ántes que el Licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras de sí mas de doscientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era mas que el de un catedrático, llegó al patio donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban. El viéndose con tanta turba á la redonda, alzó la voz, y dijo: Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solia: soy ahora el licenciado Rueda: sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permision del cielo me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto: por las cosas que dicen que dije cuando loco, podeis considerar las que diré cuando cuerdo: yo soy graduado en leyes por Salaman-

ca, adonde estudié con pobreza, y adonde llevé segundo en licencias, de do se puede inferir que mas la virtud que el favor me dió el grado que tengo: aquí he venido á este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida, pero si no me dejais, habré venido á bogar y granjear la muerte: por amor de Dios, que no hagais que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo: lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis que el que os respondia bien de improviso, os responderá mejor de pensado. Escucháronle todos, y dejáronle algunos. Volvióse á su posada con poco ménos acompañamiento que habia llevado. Salió otro dia, y fué lo mismo: hizo otro sermon, y no sirvió de nada. Perdia mucho, y no ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse á Flándes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podia valer de las de su ingenio; y poniéndolo en efecto, dijo al salir de la corte: ¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos; sustentas abundantemente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos! Esto dijo, y se fué á Flándes, donde la vida que habia comenzado á eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas en compañía de su buen amigo el capitan Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.

LA FUERZA DE LA SANGRE.

Una noche de las calorosas del verano volvian de recrearse del rio, en Toledo, un anciano hidalgo, con su mujer, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años, y una criada. La noche era clara, la hora las once, el camino solo, y el paso tardo, por no pagar con cansancio la pension que traen consigo las holguras que en el rio ó en la vega se toman en Toledo. Con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella ciudad, venia el buen hidalgo con su honrada familia léjos de pensar en desastre que sucederles pudiese; pero como las mas de las desdichas que vienen no se piensan, contra todo su pensamiento les sucedió una que les turbó la holgura, y les dió que llorar muchos años. Hasta veinte y dos tendria un caballero de aquella ciudad, á quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinacion torcida, la libertad demasiada, y las compañías libres le hacian hacer cosas y tener atrevimientos que desdecian de su calidad, y le daban renombre de atrevido. Este caballero pues (que por ahora por buenos respetos encubriendo su nombre le llamarémos con el de Rodolfo), con otros cuatro amigos suyos, todos mozos, todos alegres y todos insolentes, bajaba por la misma cuesta que el hidalgo subia. Encontráronse los dos escuadrones, el de las ovejas con el de los lobos; y con deshonesta desenvoltura Rodolfo y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre, y de la hija, y de la criada. Alborotóse el viejo, y reprochóles y afeóles su atrevimiento: ellos le respondieron con muecas y burla, y sin desmandarse á mas pasaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro que habia visto Rodolfo, que era de Leocadia, que así quieren que se llamase la hija del hidalgo, comenzó de tal manera á imprimírsele en la memoria, que le llevó tras sí la voluntad, y despertó en él un deseo de gozarla á pesar de todos los inconvenientes que sucederle pudiesen; y en un instante comunicó su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolvieron de volver y robarla, por dar gusto á Rodolfo; que siempre los ricos que dan en liberales, hallan quien canonice sus desafueros, y califique por buenos sus malos gustos; y así el nacer el mal propósito, el comunicarle, y el aprobarle, y el determinarse de robar á Leocadia, y el robarla, casi todo fué en un punto. Pusiéronse los pañizuelos en los rostros, y desenvainadas las espadas, volvieron, y á pocos pasos alcanzaron á los que no habian acabado de dar gracias á Dios, que de las manos de aquellos atrevidos les habia librado. Arremetió Rodolfo con Leocadia, y cogiéndola en brazos, dió á huir con ella, la cual no tuvo fuerzas para defenderse, y el sobresalto le quitó la voz para quejarse, y aun la luz de los ojos, pues desmayada y sin sentido ni vió quién la llevaba, ni adónde la llevaban. Dió voces su padre, gritó su madre, lloró su hermanico, arañóse la criada; pero ni las voces fuéron oidas, ni los gritos escuchados, ni movió á compasion el llanto, ni los araños fuéron de provecho alguno; porque todo lo cubria la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, y las crueles entrañas de los malhechores. Finalmente, alegres se fuéron los unos, y tristes se quedaron los otros. Rodolfo llegó á su casa sin impedimento alguno, y los padres de Leocadia llegaron á la suya lastimados, afligidos y desesperados: ciegos, sin los ojos de su hija, que eran la lumbre de los suyos: solos, porque Leocadia era su dulce y agradable compañía: confusos, sin saber si sería bien dar noticia de su desgracia á la justicia, temerosos no fuesen ellos el principal instrumento de publicar su deshonra. Veíanse necesitados de favor, como hidalgos pobres; no sabian de quién quejarse, sino de su corta ventura. Rodolfo en tanto, sagaz y astuto, tenia ya en su casa y en su aposento á Leocadia, á la cual, puesto que sintió que iba desmayada cuando la llevaba, la habia cubierto los ojos con un pañuelo, porque no viese las calles por donde la llevaba, ni la casa, ni el aposento donde estaba, en el cual sin ser visto de nadie, á causa que él tenia un cuarto aparte en la casa de su padre, que aun vivia, y tenia de su estancia la llave y las de todo el cuarto (inadvertencia de padres que quieren tener sus hijos recogidos), ántes que de su desmayo volviese Leocadia, habia cumplido su deseo Rodolfo; que los ímpetus no castos de la mocedad, pocas veces ó ninguna reparan en comodidades y requisitos que mas los inciten y levanten. Ciego de la luz del entendimiento, á escuras robó la mejor prenda de Leocadia; y como los pecados de la sensualidad por la mayor parte no tiran mas allá la barra del término del cumplimiento dellos, quisiera luego Rodolfo que de allí se desapareciera Leocadia, y le vino á la imaginacion de ponella en la calle así des-

mayada como estaba; y yéndolo á poner en obra, sintió que volvia en sí, diciendo: ¿Adónde estoy, desdichada? ¿Qué escuridad es esta, qué tinieblas me rodean? ¿Estoy en el limbo de mi inocencia, ó en el infierno de mis culpas? ¡Jesus! ¿quién me toca? ¿Yo en cama, yo lastimada? ¿Escúchasme, madre y señora mia? ¿Oyesme, querido padre? ¡Ay sin ventura de mí! que bien advierto que mis padres no me escuchan, y que mis enemigos me tocan: venturosa sería yo, si esta escuridad durase para siempre, sin que mis ojos volviesen á ver la luz del mundo, y que este lugar donde ahora estoy, cualquiera que él se fuese, sirviese de sepultura á mi honra, pues es mejor la deshonra que se ignora, que la honra que está puesta en opinion de las gentes: ya me acuerdo (¡que yo nunca me acordara!) que ha poco que venía en la compañía de mis padres: ya me acuerdo que me saltearon: ya me imagino y veo que no es bien que me vean las gentes: ó tú, cualquiera que seas, que aquí estás conmigo (y en esto tenia asido de las manos á Rodolfo), si es que tu alma admite género de ruego alguno, te ruego que ya que has triunfado de mi fama, triunfes tambien de mi vida: quítamela al momento, que no es bien que la tenga la que no tiene honra: mira que el rigor de la crueldad que has usado conmigo en ofenderme, se templará con la piedad que usarás en matarme; y así en un mismo punto vendrás á ser cruel y piadoso.

Confuso dejaron las razones de Leocadia á Rodolfo, y como mozo póco experimentado, ni sabía qué decir, ni qué hacer, cuyo silencio admiraba mas á Leocadia, la cual con las manos procuraba desengañarse si era fantasma ó sombra el que con ella estaba; pero como tocaba cuerpo y se le acordaba de la fuerza que se le habia hecho viniendo con sus padres, caia en la verdad del cuento de su desgracia; y con este pensamiento tornó á añudar las razones que los muchos sollozos y suspiros habian interrumpido, diciendo: Atrevido mancebo, que de poca edad hacen tus hechos que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hecho, con solo que me prometas y jures que como la has cubierto con esta escuridad, la cubrirás con perpetuo silencio sin decirla á nadie: poca recompensa te pido de tan grande agravio; pero para mí será la mayor que yo sabré pedirte, ni tú querrás darme: advierte en que yo nunca he visto tu rostro, ni quiero verle, porque ya que se me acuerde de mi ofensa, no quiero acordarme de mi ofensor, ni guardar en la memoria la imágen del autor de mi daño: entre mí y el cielo pasarán mis quejas, sin querer que las oiga el mundo, el cual no juzga por los sucesos las cosas, sino conforme á él se le asienta en la estimacion: no sé cómo te digo estas verdades, que se suelen fundar en la experiencia de muchos casos y en el discurso de muchos años, no llegando los mios á diez y siete; por do me doy á entender que el dolor de una misma manera ata y desata la lengua del afligido, unas veces exagerando su mal para que se le crean, otras veces no diciéndole porque no se le remedien: de cualquier manera, que yo calle ó hable, creo que he de moverte á que me creas, ó que me remedies, pues el no creerme será ignorancia, y el remediarme imposible de tener algun alivio: no quiero desesperarme, porque te costará poco el dármele, y es este: mira, no aguardes ni confíes que el discurso del tiempo temple la justa saña que contra ti tengo, ni quieras amontonar los agravios: miéntras ménos me gozares, y habiéndome ya gozado, ménos se encenderán tus malos deseos: haz cuenta que me ofendiste por accidente, sin dar lugar á ningun buen discurso; yo la haré de que no nací en el mundo, ó que si nací fué para ser desdichada: ponme luego en la calle, ó á lo ménos junto á la iglesia mayor, porque desde allí bien sabré volverme á mi casa; pero tambien has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntarme el nombre de mis padres, ni el mio, ni el de mis parientes; que á ser tan ricos como nobles, no fueran en mí tan desdichados: respóndeme á esto, y si temes que te pueda conocer con la habla, hágote saber, que fuera de mi padre y de mi confesor, no he hablado con hombre alguno en mi vida, y á pocos he oido hablar en tanta comunicacion, que pueda distinguirles por el sonido de la habla. La respuesta que dió Rodolfo á las discretas razones de la lastimada Leocadia, no fué otra que abrazarla, dando muestras que queria volver á confirmar en él su gusto, y en ella su deshonra. Lo cual visto por Leocadia, con mas fuerzas de las que su tierna edad prometia, se defendió con los piés, con las manos, con los dientes y con la lengua, diciéndole: Haz cuenta, traidor y desalmado hombre, quien quiera que seas, que los despojos que de mí has llevado, son los que pudiste tomar de un tronco ó de una coluna sin sentido, cuyo vencimiento y triunfo ha de redundar en tu infamia y menosprecio; pero el que ahora pretendes no le has de alcanzar sino con mi muerte: desmayada me pisaste y aniquilaste, mas ahora que tengo brios, ántes podrás matarme, que vencerme; que si ahora despierta sin resistencia concediese con tan abominable gusto, podrías imaginar que mi desmayo fué fingido, cuando te atreviste á destruirme. Finalmente, tan gallarda y porfiadamente se resistió Leocadia, que las fuerzas y los deseos de Rodolfo se enflaquecieron; y como la insolencia que con Leocadia habia usado no tuvo otro principio que de un ímpetu lascivo, del cual nunca nace el verdadero amor que permanece, en lugar del ímpetu que se pasa, queda, si no el arrepentimiento, á lo ménos una tibia voluntad de segundalle. Frio pues y cansado Rodolfo, sin hablar palabra alguna, dejó á Leocadia en su cama, en su casa, y cerrando el aposento, se fué á buscar á sus camaradas para aconsejarse con ellos de lo que hacer debia. Sintió Leocadia que quedaba sola y encerrada, y levantándose del lecho, anduvo todo el aposento, tentando las paredes con las manos, por ver si hallaba puerta por do irse, ó ventana por do arrojarse: halló la puerta, pero bien cerrada, y topó una ventana que pudo abrir, por donde entró el resplandor de la luna, tan clara, que pudo distinguir Leocadia las colores de unos damascos que el aposento adornaban: vió que era dorada la cama, y tan ricamente compuesta, que mas parecia lecho de príncipe, que de algun particular caballero: contó las sillas y los escritorios: notó la parte donde la puerta estaba, y aunque vió pendientes de las paredes algunas tablas, no pudo alcanzar á ver las pinturas que contenian: la ventana era grande, guarnecida y guardada de una gruesa reja; la vista caia á un jardin que tambien se cerraba con paredes altas: dificultades que se opusieron á la intencion que de arrojarse á la calle tenia: todo lo que vió y notó de la capacidad y ricos adornos de aquella estancia, le dió á entender que el dueño della debia de ser hombre principal y rico, y no como quiera, sino aventajadamente: en un escritorio

que estaba junto á la ventana, vió un crucifijo pequeño todo de plata, el cual tomó, y se le puso en la manga de la ropa, no por devocion ni por hurto, sino llevada de un discreto designio suyo: hecho esto, cerró la ventana como ántes estaba, y volvióse al lecho, esperando qué fin tendria el mal principio de su suceso.

No habria pasado á su parecer media hora, cuando sintió abrir la puerta del aposento, y que á ella se llegó una persona, y sin hablar palabra, con un pañuelo le vendó los ojos, y tomándola del brazo la sacó fuera de la estancia, y sintió que volvia á cerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el cual, aunque habia ido á buscar á sus camaradas, no quiso hallarlos, pareciéndole que no le estaba bien hacerlos testigos de lo que con aquella doncella habia pasado; ántes se resolvió en decirles que arrepentido del mal hecho y movido de sus lágrimas, la habia dejado en la mitad del camino. Con este acuerdo volvió tan presto á poner á Leocadia junto á la iglesia mayor, como ella se lo habia pedido, ántes que amaneciese y el dia le estorbase de echalla y le forzase á tenerla en su aposento hasta la noche venidera, en el cual espacio de tiempo, ni él queria volver á usar de sus fuerzas, ni dar ocasion á ser conocido. Llevóla pues hasta la plaza que llaman de Ayuntamiento, y allí en voz trocada y en lengua medio portuguesa y castellana, le dijo que seguramente podia irse á su casa, porque de nadie sería seguida; y ántes que ella tuviese lugar de quitarse el pañuelo, ya él se habia puesto en parte donde no pudiese ser visto. Quedó sola Leocadia, quitóse la venda, reconoció el lugar donde la dejaron, miró á todas partes, no vió á persona; pero sospechosa que desde léjos la siguiesen, á cada paso se detenia, dándolos hácia su casa, que no muy léjos de allí estaba: y por desmentir las espías, si acaso la seguian, se entró en una casa que halló àbierta, y de allí á poco se fué á la suya, donde halló á sus padres atónitos y sin desnudarse, y aun sin tener pensamiento de tomar descanso alguno. Cuando la vieron corrieron á ella con los brazos abiertos, y con lágrimas en los ojos la recebieron. Leocadia, llena de sobresalto y alborozo, hizo á sus padres que se retirasen con ella aparte, como lo hicieron, y allí en breves palabras les dió cuenta de todo su desastrado suceso, con todas las circunstancias dél, y de la ninguna noticia que traia del salteador y robador de su honra: díjoles lo que habia visto en el teatro donde se representó la tragedia de su desventura: la ventana, el jardin, la reja, los escritorios, la cama, los damascos, y á lo último les mostró el crucifijo que habia traido, ante cuya imágen se renovaron las lágrimas, se hicieron deprecaciones, se pidieron venganzas y desearon milagrosos castigos: dijo ansimismo, que aunque ella no deseaba venir en conocimiento de su ofensor, que si á sus padres les parecia ser bien conocelle, que por medio de aquella imágen podrian, haciendo que los sacristanes dijesen en los púlpitos de todas las parroquias de la ciudad, que el que hubiese perdido tal imágen la hallaria en poder del religioso que ellos señalasen; y que ansí, sabiendo el dueño de la imágen, se sabria la casa y aun la persona de su enemigo. A esto replicó el padre: Bien habias dicho, hija, si la malicia ordinaria no se opusiera á tu discreto discurso, pues está claro que esta imágen hoy en este dia se ha de echar ménos en el aposento que dices, y el dueño della ha de tener por cierto que la persona que con él estuvo se la llevó, y de llegar á su noticia que la tiene algun religioso, ántes ha de servir de conocer quién se la dió al tal que la tiene, que no de declarar el dueño que la perdió; porque puede hacer que venga por ella otra á quien el dueño haya dado las señas; y siendo esto ansí, ántes quedarémos confusos que informados, puesto que podamos usar del mismo artificio que sospechamos, dándola al religioso por tercera persona: lo que has de hacer, hija, es guardarla y encomendarte á ella, que pues ella fué testigo de tu desgracia, permitirá que haya juez que vuelva por tu justicia; y advierte, hija, que mas lastima una onza de deshonra pública, que una arroba de infamia secreta; y pues puedes vivir honrada con Dios en público, no te pene de estar deshonrada contigo en secreto: la verdadera deshonra está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud: con el dicho, con el deseo y con la obra se ofende á Dios; y pues tú ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamas te mire sino como verdadero padre tuyo. Con estas prudentes razones consoló su padre á Leocadia; y abrazándola de nuevo su madre, procuró tambien consolarla: ella gimió y lloró de nuevo, y se redujo á cubrir la cabeza, como dicen, y á vivir recogidamente debajo del amparo de sus padres, con vestido tan honesto como pobre.

Rodolfo en tanto vuelto á su casa, echando ménos la imágen del crucifijo, imaginó quién podia haberla llevado; pero no se le dió nada, y como rico no hizo cuenta dello, ni sus padres se la pidieron, cuando de allí á tres dias que él partió á Italia, entregó por cuenta á una camarera de su madre todo lo que en el aposento dejaba. Muchos dias habia que tenia Rodolfo determinado de pasar á Italia, y su padre, que habia estado en ella, se lo persuadia, diciéndole que no eran caballeros los que solamente lo eran en su patria, que era menester serlo tambien en las ajenas. Por estas y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dió crédito de muchos dineros para Barcelona, Génova, Roma y Nápoles; y él con dos de sus camaradas se partió luego, goloso de lo que habia oido decir á algunos soldados de la abundancia de las hosterías de Italia y Francia, y de la libertad que en los alojamientos tenian los españoles. Sonábale bien aquel: *Eco li buoni polastri picioni, presuto et salcicie*, con otros nombres deste jaez, de quien los soldados se acuerdan cuando de aquellas partes vienen á estas, y pasan por la estrecheza é incomodidades de las ventas y mesones de España. Finalmente, él se fué con tan poca memoria de lo que con Leocadia le habia sucedido, como si nunca hubiera pasado.

Ella en este entre tanto pasaba la vida en casa de sus padres con el recogimiento posible, sin dejar verse de persona alguna, temerosa que su desgracia se la habian de leer en la frente. Pero á pocos meses vió serle forzoso hacer por fuerza lo que hasta allí de grado hacia: vió que le convenia vivir retirada y escondida, porque se sintió preñada; suceso por el cual las en algun tanto olvidadas lágrimas volvieron á sus ojos, y los suspiros y lamentos comenzaron de nuevo á herir los vientos, sin ser parte la discrecion de su buena madre á consolalla. Voló el tiempo, y llegóse el punto del parto, y con tanto secreto, que aun no se osó fiar de la partera; usurpando

este oficio la madre, dió á la luz del mundo un niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato y secreto que habia nacido le llevaron á una aldea, donde se crió cuatro años, al cabo de los cuales, con nombre de sobrino le trujo su abuelo á su casa, donde se criaba, si no muy rica, á lo ménos muy virtuosamente. Era el niño (á quien pusieron nombre Luis, por llamarse así su abuelo) de rostro hermoso, de condicion mansa, de ingenio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podia hacer, daba señales de ser de algun noble padre engendrado; y de tal manera su gracia, belleza y discrecion enamoraron á sus abuelos, que vinieron á tener por dicha la desdicha de su hija por haberles dado tal nieto. Cuando iba por la calle llovian sobre él millares de bendiciones: unos bendecian su hermosura, otros la madre que le habia parido, estos el padre que le engendró, aquellos á quien tan bien criado le criaba. Con este aplauso de los que le conocian y no conocian, llegó el niño á la edad de siete años, en la cual ya sabia leer latin y romance, y escribir formada y muy buena letra; porque la intencion de sus abuelos era hacerle virtuoso y sabio, ya que no le podian hacer rico: como si la sabiduría y la virtud no fuesen las riquezas sobre quien no tienen jurisdiccion los ladrones ni la que llaman fortuna. Sucedió pues que un dia que el niño fué con un recaudo de su abuela á una parienta suya, acertó á pasar por una calle donde habia carrera de caballeros: púsose á mirar, y por mejorarse de puesto pasó de una parte á otra á tiempo que no pudo huir de ser atropellado de un caballo, á cuyo dueño no fué posible detenerle en la furia de su carrera: pasó por encima dél, y dejóle como muerto tendido en el suelo, derramando mucha sangre de la cabeza. Apénas esto hubo sucedido, cuando un caballero anciano que estaba mirando la carrera, con no vista lijereza se arrojó de su caballo, y fué donde estaba el niño, y quitándole de los brazos de uno que ya le tenia, le puso en los suyos, y sin tener cuenta con sus canas ni con su autoridad, que era mucha, á paso largo se fué á su casa, ordenando á sus criados que le dejasen y fuesen á buscar un cirujano que al niño curase. Muchos caballeros le siguieron lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, porque luego salió la voz que el atropellado era Luisico, el sobrino del tal caballero, nombrando á su abuelo. Esta voz corrió de boca en boca hasta que llegó á los oidos de sus abuelos y de su encubierta madre, los cuales, certificados bien del caso, como desatinados y locos salieron á buscar á su querido; y por ser tan conocido y tan principal el caballero que le habia llevado, muchos de los que encontraron les dijeron su casa, á la cual llegaron á tiempo que ya estaba el niño en poder del cirujano. El caballero y su mujer, dueños de la casa, pidieron á los que pensaron ser sus padres que no llorasen ni alzasen la voz á quejarse, porque no le sería al niño de ningun provecho. El cirujano, que era famoso, habiéndole curado con grandísimo tiento y maestría, dijo que no era tan mortal la herida como él al principio habia temido. En la mitad de la cura volvió Luis en su acuerdo, que hasta allí habia estado sin él, y alegróse en ver á sus tios, los cuales le preguntaron llorando que cómo se sentia. Respondió que bueno, sino que le dolia mucho el cuerpo y la cabeza. Mandó el médico que no hablasen con él, sino que le dejasen reposar: hízose assí, y su abuelo comenzó á agradecer al señor de la casa la gran caridad que con su sobrino habia usado. A lo cual respondió el caballero que no tenia que agradecelle; porque le hacia saber que cuando vió al niño caido y atropellado, le pareció que habia visto el rostro de un hijo suyo, á quien él queria tiernamente, y que esto le movió á tomarle en sus brazos y traerle á su casa, donde estaria todo el tiempo que la cura durase, con el regalo que fuese posible y necesario. Su mujer, que era una noble señora, dijo lo mismo, y hizo aun mas encarecidas promesas. Admirados quedaron de tanta cristiandad los abuelos; pero la madre quedó mas admirada, porque habiendo con las nuevas del cirujano sosegádose algun tanto su alborotado espíritu, miró atentamente el aposento donde su hijo estaba, y claramente por muchas señales conoció que aquella era la estancia donde se habia dado fin á su honra y principio á su desventura; y aunque no estaba adornada de los damascos que entónces tenia, conoció la disposicion della, vió la ventana de la reja que caia al jardin, y por estar cerrada á causa del herido, preguntó si aquella ventana respondia á algun jardin. Y fuéle respondido que sí; pero lo que mas conoció fué que aquella era la misma cama que tenia por tumba de su sepultura; y mas que el propio escritorio, sobre el cual estaba la imágen que habia traido, se estaba en el mismo lugar. Finalmente, sacaron á luz la verdad de todas sus sospechas, los escalones que ella habia contado cuando la sacaron del aposento tapados los ojos, digo, los escalones que habia desde allí á la calle, que con advertencia discreta contó; y cuando volvió á su casa, dejando á su hijo, los volvió á contar y halló cabal el número; y confiriendo unas señales con otras, de todo punto certificó por verdadera su imaginacion, de lo cual dió por extenso cuenta á su madre, que como discreta se informó si el caballero donde su nieto estaba, habia tenido ó tenia algun hijo; y halló que el que llamamos Rodolfo lo era, y que estaba en Itália; tanteando el tiempo que le dijeron que habia faltado de España, vió que eran los mismos siete años que el nieto tenia. Dió aviso de todo esto á su marido, y entre los dos y su hija acordaron de esperar lo que Dios hacia del herido, el cual dentro de quince dias estuvo fuera de peligro, y á los treinta se levantó, en todo el cual tiempo fué visitado de la madre y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa como si fuera su mismo hijo; y algunas veces hablando con Leocadia D.ª Estafania, que así se llamaba la mujer del caballero, le decia que aquel niño se parecia tanto á un hijo suyo que estaba en Italia, que ninguna vez le miraba que no le pareciese ver á su hijo delante. Destas razones tomó ocasion de decirle una vez que se halló sola con ella, las que con acuerdo de sus padres habia determinado de decille, que fuéron estas ú otras semejantes: El dia, señora, que mis padres oyeron decir que su sobrino estaba tan mal parado, creyeron y pensaron que se les habia cerrado el cielo y caido todo el mundo á cuestas: imaginaron que ya les faltaba la lumbre de sus ojos y el báculo de su vejez, faltándoles este sobrino á quien ellos quieren con amor de tal manera, que con muchas ventajas excede al que suelen tener otros padres á sus hijos; mas como decirse suele, que cuando Dios da la llaga da la medicina, la halló el niño en esta casa, y yo en ella el acuerdo de unas memorias que no las podré olvidar miéntras la vida me durare: yo, señora, soy noble, por-

que mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepasados, que con una medianía de los bienes de fortuna han sustentado su honra felizmente donde quiera que han vivido.

Admirada y suspensa estaba D.ª Estefanía escuchando las razones de Leocadia, y no podia creer, aunque lo veia, que tanta discrecion pudiese encerrarse en tan pocos años, puesto que á su parecer la juzgaba por de veinte, poco mas ó ménos; y sin decirle ni replicarle palabra, esperó todas las que quiso decirle, que fuéron aquellas que bastaron para contarle la travesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el cubrirle los ojos, el traerla á aquel aposento, las señales en que habia conocido ser aquel mismo que sospechaba; para cuya confirmacion sacó del pecho la imágen del crucifijo, que habia llevado, á quien dijo: Tú, Señor, que fuiste testigo de la fuerza que se me hizo, sé juez de la enmienda que se me debe hacer: de encima de aquel escritorio te llevé con propósito de acordarte siempre mi agravio, no para pedirte venganza dél, que no la pretendo, sino para rogarte me dieses algun consuelo con que llevar en paciencia mi desgracia. Este niño, señora, con quien habeis mostrado el extremo de vuestra caridad, es vuestro verdadero nieto: permision fué del cielo el haberlo atropellado, para que trayéndole á vuestra casa, hallase yo en ella, como espero que he de hallar, si no el remedio que mejor convenga con mi desventura, á lo ménos el medio con que pueda sobrellevarla. Diciendo esto, abrazada con el crucifijo, cayó desmayada en los brazos de Estefanía, la cual en fin, como mujer y noble, en quien la compasion y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre, apénas vió el desmayo de Leocadia, cuando juntó su rostro con el suyo, derramando sobre él tantas lágrimas, que no fué menester esparcirle otra agua encima para que Leocadia en sí volviese. Estando las dos desta manera, acertó á entrar el caballero, marido de Estefanía, que traia á Luisico de la mano, y viendo el llanto de Estefanía y el desmayo de Leocadia, preguntó á gran priesa le dijesen la causa de do procedia. El niño abrazaba á su madre por su prima y á su abuela por su bienhechora, y asimismo preguntaba por qué lloraban. Grandes cosas, señor, hay que deciros, respondió Estefanía á su marido, cuyo remate se acabará con deciros, que hagais cuenta que esta desmayada es hija vuestra y este niño vuestro nieto. Esta verdad que os digo me ha dicho esta niña, y la ha confirmado y confirma el rostro deste niño, en el cual entrambos habemos visto el de nuestro hijo. Si mas no os declarais, señora, yo no os entiendo, replicó el caballero. En esto volvió en sí Leocadia, y abrazada del crucifijo, parecia estar convertida en un mar de llanto. Todo lo cual tenia puesto en gran confusion al caballero, de la cual salió contándole su mujer todo aquello que Leocadia le habia contado; y él lo creyó por divina permision del cielo, como si con muchos y verdaderos testigos se lo hubieran probado. Consoló y abrazó á Leocadia, besó á su nieto, y aquel mismo dia despacharon un correo á Nápoles, avisando á su hijo se viniese luego, porque le tenian concertado casamiento con una mujer hermosa sobremanera, y tal cual para él convenia. No consintieron que Leocadia ni su hijo volviesen mas á la casa de sus padres, los cuales contentísimos del buen suceso de su hija, daban infinitas gracias á Dios por ello. Llegó el correo á Nápoles, y Rodolfo con la golosina de gozar tan hermosa mujer como su padre le significaba, de allí á dos dias que recebió la carta, ofreciéndosele ocasion de cuatro galeras que estaban á punto de venir á España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas, que aun no le habian dejado, y con próspero suceso en doce dias llegó á Barcelona, y de allí por la posta en otros siete se puso en Toledo, y entró en casa de su padre, tan galan y tan bizarro, que los extremos de la gala y de la bizarría estaban en él todos juntos. Alegráronse sus padres con la salud y bienvenida de su hijo. Suspendióse Leocadia, que de parte escondida le miraba por no salir de la traza y órden que D.ª Estefanía le habia dado. Los camaradas de Rodolfo quisieran irse á sus casas luego, pero no lo consintió Estefanía por haberlos menester para su designio. Estaba cerca la noche cuando Rodolfo llegó, y en tanto que se aderezaba la cena, Estefanía llamó aparte los camaradas de su hijo, creyendo sin duda alguna que ellos debian de ser los dos de los tres que Leocadia habia dicho que iban con Rodolfo la noche que la robaron, y con grandes ruegos les pidió le dijesen si se acordaban que su hijo habia robado á una mujer tal noche, tantos años habia; porque el saber la verdad desto importaba la honra y el sosiego de todos sus parientes: y con tales y tantos encarecimientos se lo supo rogar, y de tal manera les asegurar que de descubrir este robo no les podia suceder daño alguno, que ellos tuvieron por bien de confesar ser verdad que una noche de verano, yendo ellos dos y otro amigo con Rodolfo, robaron en la misma que ella señalaba á una muchacha, y que Rodolfo se habia venido con ella miéntras ellos detenian á la gente de su familia, que con voces la querian defender, y que otro dia les habia dicho Rodolfo que la habia llevado á su casa, y solo esto era lo que podian responder á lo que les preguntaban. La confesion destos dos fué echar la llave á todas las dudas que en tal caso se podian ofrecer; y así determinó de llevar al cabo su buen pensamiento, que fué este. Poco ántes que se sentasen á cenar, se entró en un aposento á solas su madre con Rodolfo, y poniéndole un retrato en las manos, le dijo: Yo quiero, Rodolfo hijo, darte una gustosa cena con mostrarte á tu esposa; este es su verdadero retrato; pero quiérote advertir que lo que le falta de belleza le sobra de virtud: es noble y discreta, y medianamente rica, y pues tu padre y yo te la hemos escogido, asegúrote que es la que te conviene. Atentamente miró Rodolfo el retrato, y dijo: Si los pintores que ordinariamente suelen ser pródigos de la hermosura con los rostros que retratan, lo han sido tambien con este, sin duda creo que el original debe de ser la misma fealdad; á la fe, señora y madre mia, justo es y bueno que los hijos obedezcan á sus padres en cuanto les mandaren, pero tambien es conveniente y mejor que los padres dén á sus hijos el estado de que mas gustaren; y pues el del matrimonio es ñudo que no le desata sino la muerte, bien será que sus lazos sean iguales y de unos mismos hilos fabricados: la virtud, la nobleza, la discrecion y los bienes de la fortuna bien pueden alegrar el entendimiento de aquel á quien le cupieron en suerte con su esposa; pero que la fealdad della alegre los ojos del esposo, paréceme imposible: mozo soy, pero bien se me entiende que se compadece con el sacramento del matrimonio el justo y debido deleite que los casados gozan; que si él falta, cojea el matrimo-

no y desdice de su segunda intencion; pues pensar que un rostro feo, que se ha de tener á todas horas delante de los ojos, en la sala, en la mesa y en la cama, pueda deleitar, otra vez digo que lo tengo por casi imposible: por vida de vuesa merced, madre mia, que me dé compañera que me entretenga y no enfade; porque sin torcer á una ó á otra parte, igualmente y por camino derecho llevemos ambos á dos el yugo donde el cielo nos pusiere; si esta señora es noble, discreta y rica, como vuesa merced dice, no le faltará esposo que sea de diferente humor que el mio: unos hay que buscan nobleza, otros discrecion, otros dineros, y otros hermosura, y yo soy destos últimos; porque nobleza, gracias al cielo y á mis pasados, y á mis padres, ellos me la dejaron por herencia; discrecion, como una mujer no sea necia, tonta ó boba, bástale que ni por aguda despunte ni por boba no aproveche; de las riquezas, tambien las de mis padres me hacen no estar temeroso de venir á ser pobre: la hermosura busco, la belleza quiero, no con otra dote que con la de la honestidad y buenas costumbres, que si esto trae mi esposa, yo serviré á Dios con gusto y daré buena vejez á mis padres. Contentísima quedó su madre de las razones de Rodolfo, por haber conocido por ellas que iba saliendo bien con su designio: respondióle que ella procuraria casarle conforme su deseo, que no tuviese pena alguna, que era fácil deshacerse los conciertos que de casarle con aquella señora estaban hechos. Agradecióselo Rodolfo, y por ser llegada la hora de cenar se fuéron á la mesa; y habiéndose ya sentado á ella el padre y la madre, Rodolfo y sus dos camaradas, dijo doña Estefanía al descuido; ¡pecadora de mí, y qué bien que trato á mi huéspeda! andad vos, dijo á un criado, decid á la señora D.ª Leocadia que sin entrar en cuentas con su mucha honestidad, nos venga á honrar esta mesa, que los que á ella están todos son mis hijos y sus servidores. Todo esto era traza suya, y de todo lo que habia de hacer estaba avisada y advertida Leocadia. Poco tardó en salir Leocadia, y dar de sí la improvisa y mas hermosa muestra que pudo dar jamas compuesta y natural hermosura. Venía vestida, por ser invierno, de una saya entera de terciopelo negro, llovida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes; sus mismos cabellos, que eran luengos y no demasiadamente rubios, le servian de adorno y tocas, cuya invencion de lazos, y rizos, y vislumbres de diamantes que con ellos se entretejian, turbaban la luz de los ojos que los miraban. Era Leocadia de gentil disposicion y brio; traía de la mano á su hijo, y delante della venían dos doncellas, alumbrándola con dos velas de cera en dos candeleros de plata. Levantáronse todos á hacerla reverencia, como si fuera alguna cosa del cielo que allí milagrosamente se habia aparecido. Ninguno de los que allí estaban embebecidos mirándola, parece que de atónitos no acertaron á decirle palabra. Leocadia con airosa gracia y discreta crianza se humilló á todos, y tomándola de la mano Estefanía, la sentó junto á sí frontero de Rodolfo. Al niño sentaron junto á su abuelo. Rodolfo, que desde mas cerca miraba la incomparable belleza de Leocadia, decia entre sí: si la mitad desta hermosura tuviera la que mi madre me tiene escogida por esposa, tuviérame yo por el mas dichoso hombre del mundo. ¡Válame Dios! ¿qué es esto que veo? ¿es por ventura algun ángel humano el que estoy mirando? Y en esto se le iba entrando por los ojos á tomar posesion de su alma la hermosa imágen de Leocadia, la cual, en tanto que la cena venía, viendo tambien tan cerca de sí al que ya queria mas que á la luz de los ojos con que alguna vez á hurto le miraba, comenzó á revolver en su imaginacion lo que con Rodolfo habia pasado: comenzaron á enflaquecerse en su alma las esperanzas que de ser su esposo su madre le habia dado, temiendo que á la cortedad de su ventura habian de corresponder las promesas de su madre; consideraba cuán cerca estaba de ser dichosa ó sin dicha para siempre; y fué la consideracion tan intensa y los pensamientos tan revueltos, que le apretaron el corazon de manera, que comenzó á sudar y á perderse de color en un punto, sobreviniéndole un desmayo, que le forzo á reclinar la cabeza en los brazos de D.ª Estefanía, que como ansí la vió, con turbacion la recebió en ellos. Sobresaltáronse todos, y dejando la mesa, acudieron á remediarla. Pero el que dió mas muestras de sentirlo, fué Rodolfo, pues por llegar presto á ella tropezó y cayó dos veces. Ni por desabrocharla ni echarla agua en el rostro volvia en sí, ántes el levantado pecho y el pulso, que no se le hallaban, iban dando precisas señales de su muerte; y las criadas y criados de casa, como ménos considerados, dieron voces y la publicaron por muerta. Estas amargas nuevas llegaron á los oidos de los padres de Leocadia, que para mas gustosa ocasion los tenia D.ª Estefanía escondidos. Los cuales con el cura de la parroquia, que ansimismo con ellos estaba, rompiendo el órden de Estefanía, salieron á la sala. Llegó el cura presto, por ver si por algunas señales daba indicios de arrepentirse de sus pecados para absolverla dellos; y donde pensó hallar un desmayado, halló dos, porque ya estaba Rodolfo puesto el rostro sobre el pecho de Leocadia. Dióle su madre lugar que á ella llegáse como á cosa que habia de ser suya; pero cuando vió que tambien estaba sin sentido, estuvo á pique de perder el suyo, y le perdiera, si no viera que Rodolfo tornaba en sí, como volvió, corrido de que le hubiesen visto hacer tan extremados extremos; pero su madre, casi como adivina de lo que su hijo sentía, le dijo: No te corras, hijo, de los extremos que has hecho, sino córrete de los que no hicieres, cuando sepas lo que no quiero tenerte mas encubierto, puesto que pensaba dejarlo hasta mas alegre coyuntura: has de saber, hijo de mi alma, que esta desmayada que en los brazos tengo, es tu verdadera esposa; llamo verdadera, porque yo y tu padre te la teniamos escogida, que la del retrato es falsa. Cuando esto oyó Rodolfo, llevado de su amoroso y encendido deseo, y quitándole el nombre de esposo todos los estorbos que la honestidad y decencia del lugar le podian poner, se abalanzó al rostro de Leocadia, y juntando su boca con la della, estaba como esperando que se le saliese el alma para darle acogida en la suya. Pero cuando mas las lágrimas de todos por lástima crecian, y por dolor las voces se aumentaban, y los cabellos y barbas de la madre y padre de Leocadia arrancados venian á ménos, y los gritos de su hijo penetraban los cielos, volvió en sí Leocadia, y con su vuelta volvió la alegría y el contento que de los pechos de los circunstantes se habia ausentado. Hallóse Leocadia entre los brazos de Rodolfo, y quisiera con honesta fuerza desasirse dellos; pero él le dijo: No, señora, no ha de ser ansí, no es bien que pugneis por apartaros de los brazos de aquel que os tiene en el alma. A esta razon

acabó de todo en todo de cobrar Leocadia sus sentidos, y acabó D.ª Estefanía de no llevar mas adelante su determinacion primera, diciendo al cura que luego desposase á su hijo con Leocadia; él lo hizo ansí, que por haber sucedido este caso en tiempo cuando con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias y prevenciones justas y santas que ahora se usan, quedaba hecho el matrimonio, no hubo dificultad que impidiese el desposorio. El cual hecho, déjese á otra pluma y á otro ingenio mas delicado que el mio el contar la alegría universal de todos los que en él se hallaron; los abrazos que los padres de Leocadia dieron á Rodolfo; las gracias que dieron al cielo y á sus padres; los ofrecimientos de las partes; la admiracion de los camaradas de Rodolfo, que tan impensadamente vieron la misma noche de su llegada tan hermoso desposorio, y mas cuando supieron, por contarlo delante de todos D.ª Estefanía, que Leocadia era la doncella que en su compañía su hijo habia robado, de que no ménos suspenso quedó Rodolfo; y por certificarse mas de aquella verdad, preguntó á Leocadia le dijese alguna señal por donde viniese en conocimiento entero de lo que no dudaba, por parecerle que sus padres lo tendrian bien averiguado. Ella respondió: Cuando yo recordé y volví en mí de otro desmayo, me hallé, señor, en vuestros brazos sin honra; pero yo lo doy por bien empleado, pues al volver del que ahora he tenido, ansimismo me hallé en los brazos del de entónces, pero honrada; y si esta señal no basta, baste la de una imágen de un crucifijo, que nadie os la pudo hurtar sino yo: si es que por la mañana le echastes ménos, y si es el mismo que tiene mi señora..... Vos lo sois de mi alma, y lo seréis los años que Dios ordenare, bien mio; y abrazándola de nuevo, de nuevo volvieron las bendiciones y parabienes que les dieron. Vino la cena, y vinieron músicos que para esto estaban prevenidos. Vióse Rodolfo á sí mismo en el espejo del rostro de su hijo; lloraron sus cuatro abuelos de gusto; no quedó rincon en toda la casa que no fuese visitado del júbilo, del contento y de la alegría; y aunque la noche volaba con sus lijeras y negras alas, le parecia á Rodolfo que iba y caminaba no con alas, sino con muletas: tan grande era el deseo de verse á solas con su querida esposa. Llegóse en fin la hora deseada, porque no hay fin que no le tenga. Fuéronse á acostar todos, quedó toda la casa sepultada en silencio, en el cual no quedará la verdad deste cuento, pues no lo consentirán los muchos hijos y la ilustre descendencia que en Toledo dejaron, y agora viven, estos dos venturosos desposados, que muchos y felices años gozaron de sí mismos, de sus hijos y de sus nietos, permitido todo por el cielo y por *La Fuerza de la Sangre*, que vió derramada en el suelo el valeroso, ilustre y cristiano abuelo de Luisico.

EL CELOSO EXTREMEÑO.

No ha muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual como un otro pródigo, por diversas partes de España, Italia y Flándes anduvo gastando así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres y gastado su patrimonio) vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasion muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose pues tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño comun de muchos y remedio particular de pocos. En fin, llegado el tiempo en que una flota partia para Tierrafirme, acomodándose con el almirante della, aderezó su matalotaje y su mortaja de esparto, y embarcándose en Cádiz, echando la bendicion á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplaba; el cual en pocas horas les encubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Océano. Iba nuestro pasajero pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinacion habia pasado, y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida habia tenido; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando, una firme resolucion de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de proceder con mas recato que hasta allí con las mujeres. La flota estaba como en calma, cuando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales, que este es el nombre del que ha dado materia á nuestra novela. Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navíos, que no dejó nadie en sus asientos, y así le fué forzoso á Carrizales dejar sus imaginaciones, y dejarse llevar de solos los cuidados que el viaje le ofrecia, el cual viaje fué tan próspero, que sin recebir algun reves ni contraste, llegaron al puerto de Cartagena; y por concluir con todo lo que no hace á nuestro propósito, digo que la edad que tenia Felipe, cuando pasó á las Indias, sería de cuarenta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia, alcanzó á tener mas de ciento y cincuenta mil pesos ensayados. Viéndose pues rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecian, dejando el Perú, donde habia granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes, se volvió á España: desembarcó en Sanlúcar; llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas; sacó sus partidas sin zozobras; buscó sus amigos, hallólos todos muertos; quiso partirse á su tierra, aunque ya habia tenido nuevas que ningun pariente le habia dejado la muerte: y si cuando iba á Indias pobre y menesteroso le iban combatiendo muchos pensamientos sin dejarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar, no ménos ahora en el sosiego de la tierra le combatian, aunque por diferente causa; que si entónces no dormia por pobre, ahora no podia sosegar de rico: que tan pesada carga es la ri-

queza al que no está usado á tenerla ni saber usar della, como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro, y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan miéntras mas parte se alcanza. Contemplaba Carrizales en sus barras, no por miserable, porque en algunos años que fué soldado aprendió á ser liberal, sino en lo que habia de hacer dellas, á causa que tenerlas en sér, era cosa infructuosa; y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones. Habiase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancías, y pareciale que conforme á los años que tenia, le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra, y dar en ella su hacienda á tributo, pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando á Dios lo que podia, pues habia dado al mundo mas de lo que debia: por otra parte consideraba que la estrecheza de su patria era mucha, y la gente muy pobre, y que el irse á vivir á ella, era ponerse por blanco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y mas cuando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus miserias: quisiera tener á quien dejar sus bienes despues de sus dias, y con este deseo tomaba el pulso á su fortaleza, y pareciale que aun podia llevar la carga del matrimonio; y en viniéndole este pensamiento, le sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacia, como hace á la niebla el viento, porque de su natural condicion era el mas celoso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con solo la imaginacion de serlo, le comenzaban á ofender los celos, á fatigar las sospechas y á sobresaltar las imaginaciones, y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que habia de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un dia por una calle, alzase los ojos y viese á una ventana puesta una doncella al parecer de edad de trece á catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindió la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella; y luego sin mas detenerse, comenzó á hacer un gran monton de dircursos, y hablando consigo mismo decia: Esta muchacha es hermosa, y á lo que muestra la presencia desta casa, no debe de ser rica, y ella es niña; sus pocos años pueden asegurar mis sospechas: casarme he con ella, encerraréla, haréla á mis mañas, y con esto no tendrá otra condicion que aquella que yo le enseñare: yo no soy tan viejo que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden: de que tenga dote ó no, no hay para qué hacer caso, pues el cielo me dió para todo, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto, que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan: alto pues; echada está la suerte, y esta es la que el cielo quiere que yo tenga. Y así hecho este soliloquio, no una vez sino ciento, al cabo de algunos dias habló con los padres de Leonora, y supo cómo, aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su intencion y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por mujer á su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decia, y que él tambien le tendria para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habian dicho. Despidiéronse, informáronse las partes, y hallaron ser ansí lo que entrambos dijeron; y finalmente, Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados: tal estaba de abrasado el pecho del celoso viejo. El cual apénas dió el sí de esposo, cuando de golpe le embistió un tropel de rabiosos celos, y comenzó sin causa alguna á temblar, y á tener mayores cuidados que jamas habia tenido: y la primera muestra que dió de su condicion celosa, fué no querer que sastre alguno tomase la medida á su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y así anduvo mirando cuál otra mujer tendria poco mas ó ménos el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre á cuya medida hizo hacer una ropa, y probándosela su esposa, halló que le venía bien, y por aquella medida hizo los demas vestidos, que fuéron tantos y tan ricos, que los padres de la desposada se tuvieron por mas que dichosos en haber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija. La niña estaba asombrada de ver tantas galas, á causa que las que ella en su vida se habia puesto, no pasaban de una saya de raja y una ropilla de tafetan. La segunda señal que dió Felipe, fué no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa aparte, la cual aderezó en esta forma. Compró una en doce mil ducados en un barrio principal de la ciudad, que tenia agua de pié y jardin con muchos naranjos: cerró todas las ventanas que miraban á la calle, y dióles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa: en el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo una caballeriza para una mula, y encima della un pajar y apartamiento, donde estuviese el que habia de curar della, que fué un negro viejo y eunuco: levantó las paredes de las azoteas de tal manera, que el que entraba en la casa habia de mirar al cielo por línea recta, sin que pudiese ver otra cosa: hizo torno que de la casapuerta respondia al patio: compró un rico menaje para adornar la casa, de modo que por tapicerías, estrados y doseles ricos, mostraba ser de un gran señor: compró asimismo cuatro esclavas blancas, y herrólas en el rostro, y otras dos negras bozales: concertóse con un despensero que le trujese y comprase de comer, con condicion que no durmiese en casa, ni entrase en ella, sino hasta el torno, por el cual habia de dar lo que trujese: hecho esto, dió parte de su hacienda á censo, situada en diversas y buenas partes: otra puso en el Banco, y quedóse con alguna para lo que se le ofreciese: hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que suele comprarse en junto y en sus sazones para la provision de todo el año; y teniéndolo todo así aderezado y compuesto, se fué á casa de sus suegros, y pidió á su mujer, que se la entregaron no con pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban á la sepultura. La tierna Leonora aun no sabía lo que la habia acontecido, y así llorando con sus padres, les pidió su bendicion, y despidiéndose dellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido, se vino á su casa, y entrando en ella les hizo Carrizales un sermon á todas, encargándoles la guarda de Leonora, y que por ninguna via ni en ningun modo dejasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese el negro eunuco: y á quien mas encargó la guarda y regalo de Leonora, fué á una dueña de mucha pruden-

cia y gravedad, que recibió como para aya de Leonora, y para que fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese, y para que mandase á las esclavas y á otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, que para que se entretuviese con las de sus mismos años asimismo habia recebido: prometióles que las trataria y regalaria á todas de manera que no sintiesen su encerramiento, y que los dias de fiesta todos, sin faltar ninguno, irian á oir misa, pero tan de mañana, que apénas tuviese la luz lugar de verlas. Prometiéronle las criadas y esclavas de hacer todo aquello que les mandaba, sin pesadumbre, con pronta voluntad y buen ánimo: y la nueva esposa, encogiendo los hombros, bajó la cabeza, y dijo que ella no tenia otra voluntad que la de su esposo y señor, á quien estaba siempre obediente. Hecha esta prevencion, y recogido el buen extremeño en su casa, comenzó á gozar como pudo los frutos del matrimonio, los cuales á Leonora, como no tenia experiencia de otros, ni eran gustosos ni desabridos, y así pasaba el tiempo con su dueña, doncellas y esclavas; y ellas por pasarle mejor dieron en ser golosas, y pocos dias se pasaban sin hacer mil cosas, á quien la miel y el azúcar hacen sabrosas. Sobrábales para esto en grande abundancia lo que habian menester, y no ménos sobraba en su amo la voluntad de dárselo, pareciéndole que con ello las tenia entretenidas y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse á pensar en su encerramiento. Leonora andaba á lo igual con sus criadas, y se entretenia en lo mismo que ellas, y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas, y en otras niñerías que mostraban la llaneza de su condicion y la terneza de sus años: todo lo cual era de grandísima satisfacion para el celoso marido, pareciéndole que habia acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna via la industria ni la malicia humana podia perturbar su sosiego; y así solo se desvelaba en traer regalos á su esposa, y en acordarle le pidiese todos cuantos le viniesen al pensamiento, que de todos sería servida. Los dias que iba á misa, que como está dicho era entre dos luces, venian sus padres, y en la iglesia hablaban á su hija delante de su marido, el cual les daba tantas dádivas, que aunque tenian lástima de su hija por la estrecheza en que vivia, la templaban con las muchas dádivas que Carrizales, su liberal yerno, les daba. Levantábase de mañana, y aguardaba á que el despensero viniese, á quien de la noche ántes por una cédula que ponian en el torno, le avisaban lo que habia de traer otro dia, y en viniendo el despensero, salia de casa Carrizales las mas veces á pié, dejando cerradas las dos puertas, la de la calle y la de en medio, y entre las dos quedaba el negro. Ibase á sus negocios, que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, y encerrándose, se entretenia en regalar á su esposa y acariciar á sus criadas, que todas la querian bien por ser de condicion llana y agradable; y sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera pasaron un año de noviciado, y hicieron profesion en aquella vida, determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y así fuera, si el sagaz perturbador del género humano no lo estorbara, como ahora oiréis.

Dígame ahora el que se tuviere por mas discreto y recatado: ¿qué mas prevenciones para su seguridad podia haber hecho el anciano Felipe, pues aun no consintió que dentro de su casa hubiese algun animal que fuese varon? A los ratones della jamas los persiguió gato, ni en ella se oyó ladrido de perro, todos eran del género femenino: de dia pensaba, y de noche no dormia: él era la ronda y centinela de su casa, y el Argos de lo que bien queria: jamas entró hombre de la puerta adentro del patio: con sus amigos negociaba en la calle: las figuras de los paños que sus salas y cuadros adornaban, todas eran hembras, flores y boscajes: toda su casa olia á honestidad, recogimiento y recato, aun hasta en las consejas, que en las largas noches del invierno en la chimenea sus criadas contaban; por estar él presente en ninguna ningun género de lascivia se descubria: la plata de las canas del viejo á los ojos de Leonora parecian cabellos de oro puro, porque el amor primero que las doncellas tienen se les imprime en el alma, como el sello en la cera: su demasiada guarda le parecia advertido recato: pensaba y creia que lo que ella pasaba, pasaban todas las recien casadas: no se desmandaban sus pensamientos á salir de las paredes de su casa, ni su voluntad deseaba otra cosa mas de aquella que la de su marido queria: solo los dias que iba á misa veia las calles, y esto era tan de mañana, que si no era al volver de la iglesia, no habia luz para mirallas: no se vió monasterio tan cerrado, ni monjas mas recogidas, ni manzanas de oro tan guardadas; y con todo esto, no pudo en ninguna manera prevenir ni excusar de caer en lo que recelaba: á lo ménos en pensar que habia caido.

Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana, á quien comunmente suelen llamar gente de barrio: estos son los hijos de vecino de cada collacion y de los mas ricos della, gente baldía, atildada y melíflua; de la cual, y de su traje y manera de vivir, de su condicion y de las leyes que guardan entre sí, habia mucho que decir; pero por buenos respetos se deja. Uno destos galanes pues, que entre ellos es llamado virote, mozo soltero (que á los recien casados llaman matones), acertó á mirar la casa del recatado Carrizales; y viéndola siempre cerrada, le tomó gana de saber quién vivia dentro; y con tanto ahinco y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino á saber lo que deseaba: supo la condicion del viejo, la hermosura de su esposa, y el modo que tenia en guardarla: todo lo cual le encendió el deseo de ver si sería posible expugnar por fuerza ó por industria fortaleza tan guardada: y comunicándolo con dos virotes y un maton, sus amigos, acordaron que se pusiese por obra; que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores. Dificultaban el modo que se tendria para intentar tan dificultosa hazaña; y habiendo entrado en bureo muchas veces, convinieron en esto: que fingiendo Loaysa, que así se llamaba el virote, que iba fuera de la ciudad por algunos dias, se quitase de los ojos de sus amigos, como lo hizo; y hecho esto, se puso unos calzones de lienzo limpio, y camisa limpia, pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningun pobre en toda la ciudad los traia tan astrosos: quitóse un poco de barba que tenia, cubrióse un ojo con un parche, vendóse una pierna estrechamente, y arrimándose á dos muletas, se convirtió en un pobre tullido, tal que el mas verdadero estropeado no se le igualaba. Con este talle se ponia cada noche á la oracion á la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaba cerrada, quedando el negro, que Luis se llamaba, cerrado entre las dos puertas. Puesto allí Loaysa, sacaba una

guitarrilla algo grasienta y falta de algunas cuerdas, y como él era algo músico, comenzaba á tañer algunos sones alegres y regocijados, mudando la voz por no ser conocido. Con esto se daba priesa á cantar romances de moros y moras á la loquesca, con tanta gracia, que cuantos pasaban por la calle se ponian á escucharle, y siempre en tanto que cantaba, estaba rodeado de muchachos, y Luis, el negro, poniendo los oídos por entre las puertas, estaba colgado de la música del virote, y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle mas á su placer: tal es la inclinacion que los negros tienen á ser músicos. Y cuando Loaysa queria que los que le escuchaban le dejasen, dejaba de cantar, y recogia su guitarra, y acogiéndose á sus muletas, se iba. Cuatro ó cinco veces habia dado música al negro (que por solo él la daba), pareciéndole que por donde se habia de comenzar á desmoronar aquel edificio, habia y debia ser por el negro, y no le salió vano su pensamiento; porque llegándose una noche como solia á la puerta, comenzó á templar su guitarra, y sintió que el negro estaba ya atento, y llegándose al quicio de la puerta, con voz baja dijo: ¿Será posible, Luis, darme un poco de agua, que perezco de sed, y no puedo cantar? No, dijo el negro, porque no tengo la llave desta puerta, ni hay agujero por donde pueda dárosla. Pues ¿quién tiene la llave? preguntó Loaysa. Mi amo, respondió el negro, que es el mas celoso hombre del mundo, y si él supiese que yo estoy ahora aquí hablando con nadie, no sería mas mi vida; pero ¿quién sois vos, que me pedis el agua? Yo, respondió Loaysa, soy un pobre estropeado de una pierna, que gano mi vida pidiendo por Dios á la buena gente, y juntamente con esto enseño á tañer á algunos morenos, y á otra gente pobre, y ya tengo tres negros esclavos de tres veinticuatros, á quien he enseñado de modo, que pueden cantar y tañer en cualquier baile y en cualquier taberna, y me lo han pagado muy rebien. Harto mejor os lo pagara yo, dijo Luis, á tener lugar de tomar licion; pero no es posible, á causa que mi amo en saliendo por la mañana cierra la puerta de la calle, y cuando vuelve hace lo mismo, dejándome emparedado entre dos puertas. Por Dios, Luis, replicó Loaysa (que ya sabía el nombre del negro), que si vos diésedes traza á que yo entrase algunas noches á daros licion, en ménos de quince dias os sacaria tan diestro en la guitarra, que pudiésedes tañer sin vergüenza alguna en cualquiera esquina; porque os hago saber que tengo grandísima gracia en el enseñar, y mas que he oido decir que vos teneis muy buena habilidad, y á lo que siento y puedo juzgar por el órgano de la voz, que es atiplada, debeis de cantar muy bien. No canto mal, respondió el negro; pero ¿qué aprovecha? pues no sé tonada alguna, sino es la de la estrella de Vénus, y la de

Por un verde prado,

Y aquella que ahora se usa, que dice:

A los hierros de una reja
La turbada mano asida.

Todas esas son aire, dijo Loaysa, para las que yo os podria enseñar; porque sé todas las del moro Abindarraez, con las de su dama Jarifa, y todas las que se cantan de la historia del gran Sofí Tomunibeyo, con las de la zarabanda á lo divino, que son tales, que hacen pasmar á los mismos portugueses; y esto enseño con tales modos y con tanta facilidad, que aunque no os deis priesa á aprender, apénas habréis comido tres ó cuatro moyos de sal, cuando ya os veais músico corriente y moliente en todo género de guitarra. A esto suspiró el negro, y dijo: ¿Qué aprovecha todo eso, si no sé cómo meteros en casa? Buen remedio, dijo Loaysa; procurad vos tomar las llaves á vuestro amo, y yo os daré un pedazo de cera, donde las imprimiréis de manera que queden señaladas las guardas en la cera, que por la aficion que os he tomado, yo haré que un cerrajero, amigo mio, haga las llaves, y así podré entrar dentro de noche y enseñaros mejor que al Preste Juan de las Indias; porque veo ser gran lástima que se pierda una tal voz como la vuestra, faltándole el arrimo de la guitarra: que quiero que sepais, hermano Luis, que la mejor voz del mundo pierde de sus quilates, cuando no se acompaña con el instrumento, ahora sea de guitarra, ó clavicímbano, de órganos ó de arpa; pero el que mas á vuestra voz le conviene, es el instrumento de la guitarra, por ser el mas mañero y ménos costoso de los instrumentos. Bien me parece eso, replicó el negro; pero no puede ser, pues jamas entran las llaves en mi poder, ni mi amo las suelta de la mano: de dia y de noche duermen debajo de su almohada. Pues haced otra cosa, Luis, dijo Loaysa, si es que teneis gana de ser músico consumado; que si no la teneis, no hay para qué cansarme en aconsejaros. Y ¿cómo si tengo gana? replicó Luis, y tanta que ninguna cosa dejaré de hacer, como sea posible salir con ella, á trueco de salir con ser músico. Pues ansí es, dijo el virote, yo os daré por entre estas puertas, haciendo vos lugar, quitando alguna tierra del quicio, digo que os daré unas tenazas y un martillo, con que podais de noche quitar los clavos de la cerradura de loba con mucha facilidad, y con la misma volverémos á poner la chapa, de modo que no se eche de ver que ha sido desclavada; y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ó donde dormís, me daré tal priesa á lo que tengo de hacer, que vos veais aun mas de lo que os he dicho, con aprovechamiento de mi persona y aumento de vuestra suficiencia; y de lo que hubiéremos de comer no tengais cuidado, que yo llevaré matalotaje para entrambos y para mas de ocho dias, que discípulos tengo yo y amigos que no me dejarán mal pasar. De la comida, replicó el negro, no habrá que temer, que con la racion que me da mi amo, y con los relieves que me dan las esclavas, sobrará comida para otros dos: venga ese martillo que decis y tenazas, que yo haré por junto á este quicio lugar por donde quepa, y le volveré á cubrir y tapar con barro, que puesto que dé algunos golpes en quitar la chapa, mi amo duerme tan léjos desta puerta, que será milagro ó gran desgracia nuestra si los oye. Pues á la mano de Dios, dijo Loaysa, que de aquí á dos dias tendréis, Luis, todo lo necesario para poner en ejecucion vuestro virtuoso propósito: y advertid en no comer cosas flemosas, porque no hacen ningun provecho, sino mucho daño á la voz. Ninguna cosa me enronquece tanto, respondió el negro, como el vino; pero no me lo quitaré yo por cuantas voces tiene el suelo. No digo tal, dijo Loaysa, ni Dios tal permita: bebed, hijo Luis, bebed, y buen provecho os haga; que el vino que se bebe con medida jamas fué causa de daño alguno. Con medida lo bebo, replicó el negro; aquí tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal, este me lle-

nan las esclavas sin que mi amo lo sepa, y el despensero á solapo me trae una botilla, que tambien cabe dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro. Digo, dijo Loaysa, que tal sea mi vida como eso me parece, porque la seca garganta ni gruñe ni canta. Andad con Dios, dijo el negro; pero mirad que no dejeis de venir á cantar aquí las noches que tardáredes en traer lo que habeis de hacer para entrar acá dentro, que ya me como los dedos por verlos puestos en la guitarra. Y cómo si vendré, replicó Loaysa, y aun con tonadicas nuevas. Eso pido, dijo Luis, y ahora no me dejeis de cantar algo, porque me vaya á acostar con gusto, y en lo de la paga entienda el señor pobre que le he de pagar mejor que un rico. No reparo en eso, dijo Loaysa, que segun yo os enseñare, así me pagaréis; y por ahora escuchad esta tonadilla, que cuando esté dentro veréis milagros. Sea en buen hora, respondió el negro; y acabado este largo coloquio, cantó Loaysa un romancito agudo, con que dejó al negro tan contento y satisfecho, que ya no veia la hora de abrir la puerta. Apénas se quitó Loaysa de la puerta, cuando con mas lijereza que el traer de sus muletas prometia, se fué á dar cuenta á sus consejeros de su buen comienzo, adivino del buen fin que por él esperaba: hallólos, y contó lo que con el negro dejaba concertado, y otro dia hallaron los instrumentos, tales que rompian cuaquier clavo como si fuera de palo. No se descuidó el virote de volver á dar música al negro, ni ménos tuvo descuido el negro en hacer el agujero por donde cupiese lo que su maestro le diese, cubriéndolo de manera, que á no ser mirado con malicia y sospechosamente, no se podia caer en el agujero. La segunda noche le dió los instrumentos Loaysa, y Luis probó sus fuerzas, y casi sin poner alguna se halló rompidos los clavos y con la chapa de la cerradura en las manos: abrió la puerta, y recogió dentro á su Orfeo y maestro; y cuando le vió con sus dos muletas y tan andrajoso, y tan fajada su pierna quedó admirado. No llevaba Loaysa el parche en el ojo, por no ser necesario, y así como entró, abrazó á su buen discípulo, y le besó en el rostro, y luego le puso una gran bota de vino en las manos, y una caja de conserva y otras cosas dulces, de que llevaba unas alforjas bien proveidas: y dejando las muletas, como si no tuviera mal alguno, comenzó á hacer cabriolas; de lo cual se admiró mas el negro, á quien Loaysa, dijo: Sabed, hermano Luis, que mi cojera y estropeamiento no nace de enfermedad, sino de industria, con la cual gano de comer pidiendo por amor de Dios, y ayudándome della y de mi música paso la mejor vida del mundo, en el cual todos aquellos que no fuesen industriosos y tracistas morirán de hambre, y esto lo veréis en el discurso de nuestra amistad. Ello dirá, respondió el negro; pero demos órden de volver esta chapa á su lugar, de modo que no se eche de ver su mudanza. En buen hora, dijo Loaysa; y sacando clavos de sus alforjas asentaron la cerradura de suerte, que estaba tan bien como de ántes: de lo cual quedó contentísimo el negro, y subiéndose Loaysa al aposento que en el pajar tenia el negro, se acomodó lo mejor que pudo. Encendió luego Luis un torzal de cera, y sin mas aguardar sacó su guitarra Loaysa, y tocándola baja y suavemente, suspendió al pobre negro de manera, que estaba fuera de sí escuchándole. Habiendo tañido un poco, sacó de nuevo colacion, y dióla á su discípulo, y aunque con dulce, bebió con tan buen talante de la bota, que le dejó mas fuera de sentido que la música. Pasado esto, ordenó que luego tomase licion Luis, y como el pobre negro tenia cuatro dedos de vino sobre los sesos, no acertaba traste, y con todo eso le hizo creer Loaysa que ya sabia por lo ménos dos tonadas; y era lo bueno que el negro se lo creia, y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer con la guitarra destemplada y sin las cuerdas necesarias. Durmieron lo poco que de la noche les quedaba; y á obra de las seis de la mañana bajó Carrizales, y abrió la puerta de en medio, y tambien la de la calle, y estuvo esperando al despensero, el cual vino de allí á un poco, y dando por el torno la comida, se volvió á ir, y llamó al negro que bajase á tomar cebada para la mula y su racion; y en tomándola se fué el viejo Carrizales, dejando cerradas ambas puertas, sin echar de ver lo que en la de la calle se habia hecho, de que no poco se alegraron maestro y discípulo. Apénas salió el amo de casa, cuando el negro arrebató la guitarra, y comenzó á tocar de tal manera, que todas las criadas le oyeron, y por el torno le preguntaron: ¿Qué es esto, Luis, de cuándo acá tienes tú guitarra, ó quién te la ha dado? ¿Quién me la ha dado? respondió Luis, el mejor músico que hay en el mundo, y el que me ha de enseñar en ménos de seis dias mas de seis mil sones. Y ¿dónde está ese músico? preguntó la dueña. No está muy léjos de aquí, respondió el negro, y si no fuera por vergüenza y por el temor que tengo á mi señor, quizá os le enseñara luego, y á fe que os holgásedes de verle. Y ¿adónde puede él estar que nosotras no le podamos ver, replicó la dueña, si en esta casa jamas entró otro hombre que nuestro dueño? Ahora bien, dijo el negro, no os quiero decir nada hasta que veais lo que yo sé y él me ha enseñado en el breve tiempo que he dicho. Por cierto, dijo la dueña, que si no es algun demonio el que te ha de enseñar, que yo no sé quién te pueda sacar músico con tanta brevedad. Andad, dijo el negro, que lo oiréis y lo veréis algun dia. No puede ser eso, dijo otra doncella, porque no tenemos ventanas á la calle para poder ver ni oir á nadie. Bien está, dijo el negro, que para todo hay remedio, si no es para excusar la muerte; y mas si vosotras sabeis ó quereis callar. Y ¿cómo que callarémos? hermano Luis, dijo una de las esclavas: callarémos mas que si fuésemos mudas, porque te prometo, amigo, que me muero por oir una buena voz, que despues que aquí nos emparedaron, ni aun el canto de los pájaros habemos oido. Todas estas pláticas estaba escuchando Loaysa con grandísimo contento, pareciéndole que todas se encaminaban á la consecucion de su gusto, y que la buena suerte habia tomado la mano en guiarlas á la medida de su voluntad. Despidiéronse las criadas con prometerles el negro que cuando ménos se pensasen las llamaria á oir una muy buena voz; y con temor que su amo volviese y le hallase hablando con ellas, las dejo y se recogió á su estancia y clausura. Quisiera tomar licion, pero no se atrevió á tocar de dia, porque su amo no le oyese; el cual vino de allí á poco espacio, y cerrando las puertas, segun su costumbre, se encerró en casa. Y al dar aquel dia de comer por el torno al negro, dijo Luis á una negra que se lo daba, que aquella noche despues de dormido su amo bajasen todas al torno á oir la voz que les habia prometido, sin falta alguna: verdad es que ántes que dijese esto habia pedido con muchos ruegos á su

maestro fuese contento de cantar y tañer aquella noche al torno, porque él pudiese cumplir la palabra que habia dado de hacer oir á las criadas una voz extremada, asegurándole que sería en extremo regalado de todas ellas. Algo se hizo de rogar el maestro de hacer lo que él mas deseaba; pero al fin dijo que haria lo que su buen discípulo pedia, solo por darle gusto, sin otro interes alguno. Abrazóle el negro, y dióle un beso en el carrillo en señal del contento que le habia causado la merced prometida, y aquel dia dió de comer á Loaysa tan bien como si comiera en su casa, y aun quizá mejor, pues pudiera ser que en su casa le faltara. Llegóse la noche, y en la mitad della ó poco ménos comenzaron á cecear en el torno, y luego entendió Luis que era la cáfila que habia llegado; y llamando á su maestro, bajaron del pajar con la guitarra bien encordada y mejor templada. Preguntó Luis quién y cuántas eran las que escuchaban. Respondiéronle que todas, si no su señora, que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó á Loaysa; pero con todo eso quiso dar principio á su designio y contentar á su discípulo, y tocando mansamente la guitarra, tales sones hizo que dejó admirado al negro, y suspenso el rebaño de las mujeres que le escuchaba. Pues ¿qué diré de lo que ellas sintieron, cuando le oyeron tocar el *Pésame de ello*, y acabar con el endemoniado son de la zarabanda, nuevo entónces en España? No quedó vieja por bailar, ni moza que no se hiciese pedazos, todo con silencio extraño, poniendo centinelas y espías que avisasen si el viejo despertaba. Cantó asimismo Loaysa coplillas de la *Seguida*, con que acabó de echar el sello al gusto de las escuchantes, que ahincadamente pidieron al negro les dijese quién era tan milagroso músico. El negro les dijo que era un pobre mendigante, el mas galan y gentil hombre que habia en toda la pobrería de Sevilla. Rogáronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dejase ir en quince dias de casa, que ellas le regalarian muy bien, y darian cuanto hubiese menester. Preguntáronle qué modo habia tenido para meterle en casa. A esto no les respondió palabra: á lo demas dijo que para poderle ver hiciesen un agujero pequeño en el torno, que despues lo taparian con cera, y que á lo de tenerle en casa, que él lo procuraria.

Hablólas tambien Loaysa, ofreciéndoseles á su servicio con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salian de ingenio de pobre mendigante: rogáronle que otra noche viniese al mismo puesto, que ellas harian con su señora que bajase á escucharle á pesar del lijero sueño de su señor, cuya lijereza no nacia de sus años, sino de sus muchos celos. A lo cual dijo Loaysa, que si ellas gustaban de oirle sin sobresalto del viejo, que él les daria unos polvos que le echasen en el vino, que le harian dormir con pesado sueño mas tiempo del ordinario. ¡Jesus, valme, dijo una de las doncellas; y si eso fuese verdad, qué buenaventura se nos habia entrado por las puertas sin sentillo y sin merecello! No serian ellos polvos de sueño para él, sino polvos de vida para todas nosotras y para la pobre de mi señora Leonora, su mujer, que no la deja á sol ni á sombra, ni la pierde de vista un solo momento: ¡ay, señor mio de mi alma! traiga esos polvos, así Dios le dé todo el bien que desea: vaya, y no tarde, tráigalos, señor mio, que yo me ofrezco á mezclarlos en el vino y á ser la escanciadora; y pluguiese á Dios que durmiese el viejo tres dias con sus noches, que otros tantos tendríamos nosotras de gloria. Pues yo los traeré, dijo Loaysa, y son tales que no hacen otro mal ni daño á quien los toma, sino es provocarle á sueño pesadísimo. Todas le rogaron que los trujese con brevedad, y quedando de hacer otra noche con una barrena el agujero en el torno, y de traer á su señora para que le viese y oyese, se despidieron; y el negro, aunque era casi el alba, quiso tomar licion, la cual le dió Loaysa, y le hizo entender que no habia mejor oído que el suyo en cuantos discípulos tenia, y no sabía el pobre negro ni lo supo jamas hacer un cruzado.

Tenian los amigos de Loaysa cuidado de venir de noche á escuchar por entre las puertas de la calle, y ver si su amigo les decia algo ó si habia menester alguna cosa, y haciendo una señal que dejaron concertada, conoció Loaysa que estaban á la puerta, y por el agujero del quicio les dió breve cuenta del buen término en que estaba su negocio, pidiéndoles encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase á sueño para dárselo á Carrizales, que él habia oido decir que habia unos polvos para este efeto: dijéronle que tenian un médico amigo que les daria el mejor remedio que supiese, si es que le habia, y animándole á proseguir la empresa, y prometiéndole de volver la noche siguiente con todo recaudo, apriesa se despidieron. Vino la noche, y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra: con ellas vino la simple Leonora, temerosa y temblando de que no despertase su marido, que aunque ella vencida deste temor no habia querido venir, tantas cosas le dijeron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la música y de la gallarda disposicion del músico pobre, que sin haberle visto le alababa y le subia sobre Absalon y sobre Orfeo, que la pobre señora convencida y persuadida dellas, hubo de hacer lo que no tenia ni tuviera jamas en voluntad. Lo primero que hicieron fué barrenar el torno para ver al músico, el cual no estaba ya en hábitos de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetan leonado, anchos á la marineresca, un jubon de lo mismo con trencillas de oro, y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas y encaje, que de todo vino proveido en las alforjas, imaginando que se habia de ver en ocasion que le conviniese mudar de traje. Era mozo y de gentil disposicion y buen parecer, y como habia tanto tiempo que todas tenian hecha la vista á mirar al viejo de su amo, parecióles que miraban á un angel. Poniase una al agujero para verle, y luego otra; y porque le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba abajo con el torzal de cera encendido: y despues que todas le hubieron visto, hasta las negras bozales, tomó Loaysa la guitarra, y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dejar suspensas y atónitas á todas, así á la vieja como á las mozas, y todas rogaron á Luis diese órden y traza como el señor su maestro entrase allá dentro, para oirle y verle de mas cerca, y no tan por brújula como por el agujero, y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su señor, que podia cogerlas de sobresalto y con el hurto en las manos, lo cual no sucederia ansí, si le tuviesen escondido dentro. A esto contradijo su señora con muchas véras, diciendo que no se hiciese la tal cosa ni la tal entrada, porque le pesaria en el alma, pues desde allí le podian ver y oir á su salvo, y sin peligro de su honra. ¿Qué honra? dijo la dueña: el

rey tiene harta: estése vuesa merced encerrada con su Matusalen, y déjenos á nosotras holgar como pudiéremos: cuanto mas, que parece este señor tan honrado, que no querrá otra cosa de nosotras mas de lo que nosotras quisiéremos. Yo, señoras mias, dijo á esto Loaysa, no vine aquí sino con intencion de servir á todas vuesas mercedes con el alma y con la vida, condolido de su no vista clausura, y de los ratos que en este estrecho género de vida se pierden: hombre soy yo, por vida de mi padre, tan sencillo, tan manso y de tan buena condicion y tan obediente, que no haré mas de aquello que se me mandare; y si cualquiera de vuesas mercedes dijere: maestro, siéntese aquí, maestro, pásese allí, echáos acá, pasáos acullá, así lo haré, como el mas doméstico y enseñado perro que salta por el rey de Francia. Si eso ha de ser así, dijo la ignorante Leonora, ¿qué medio se dará para que entre acá dentro el señor maese? Bueno, dijo Loaysa: vuesas mercedes pugnen por sacar en cera la llave de esta puerta de en medio, que yo haré que mañana en la noche venga hecha otra, tal que nos pueda servir. En sacar esa llave, dijo una doncella, se sacan las de toda la casa, porque es llave maestra. No por eso será peor, replicó Loaysa. Así es verdad, dijo Leonora; pero ha de jurar este señor primero, que no ha de hacer otra cosa cuando esté acá dentro, sino cantar y tañer cuando se lo mandaren, y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusiéremos. Sí juro, dijo Loaysa. No vale nada ese juramento, respondió Leonora; que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz, y besalla, que lo veamos todas. Por vida de mi padre juro, dijo Loaysa, y por esta señal de cruz que la beso con mi boca sucia; y haciendo la cruz con dos dedos, la besó tres veces. Esto hecho, dijo otra de las doncellas: Mire, señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el tuautem de todo. Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte, que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas, que eran dos despues de la media noche, por la calle á sus amigos, los cuales haciendo la señal acostumbrada, que era tocar una trompa de Paris, Loaysa les habló, y les dió cuenta del término en que estaba su pretension, y les pidió si traian los polvos, ó otra cosa como se la habia pedido, para que Carrizales durmiese; díjoles asimismo lo de la llave maestra. Ellos le dijeron que los polvos, ó un ungüento, vendria la siguiente noche, de tal virtud, que untados los pulsos y las sienes con él, causaba un sueño profundo, sin que dél se pudiese despertar en dos dias, si no era lavándose con vinagre todas las partes que se habian untado; y que se les diese la llave en cera, que asimismo la harian hacer con facilidad. Con esto se despidieron, y Loaysa y su discípulo durmieron lo poco que de la noche les quedaba, esperando Loaysa con gran deseo la venidera, por ver si se le cumplia la palabra prometida de la llave. Y puesto que el tiempo parece tardío y perezoso á los que en él esperan, en fin corre á las parejas con el mismo pensamiento, y llega el término que quieren, porque nunca pára ni sosiega.

Vino pues la noche, y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa, grandes y chicas, negras y blancas, porque todas estaban deseosas de ver dentro de su serrallo al señor músico; pero no vino Leonora, y preguntando Loaysa por ella, le respondieron que estaba acostada con su velado, el cual tenia cerrada la puerta del aposento donde dormia con llave, y despues de haber cerrado, se la ponia debajo de la almohada, y que su señora les habia dicho que en durmiéndose el viejo, haria por tomarle la llave maestra, y sacarla en cera, que ya llevaba preparada y blanda, y que de allí á un poco habian de ir á requerirla por una gatera. Maravillado quedó Loaysa del recato del viejo; pero no por esto se le desmayó el deseo, y estando en esto oyó la trompa de Paris: acudió al puesto, halló á sus amigos que le dieron un botecico de ungüento de la propiedad que le habian significado: tomólo Loaysa y díjoles que esperasen un poco, que les daria la muestra de la llave: volvióse al torno, y dijo á la dueña, que era la que con mas ahinco mostraba desear su entrada, que se lo llevase á la señora Leonora, diciéndole la propiedad que tenia, y que procurase untar á su marido con tal tiento que no lo sintiese, y que veria maravillas. Hízolo así la dueña, y llegándose á la gatera, halló que estaba Leonora esperando tendida en el suelo de largo á largo, puesto el rostro en la gatera. Llegó la dueña, y tendiéndose de la misma manera, puso la boca en el oído de su señora, y con voz baja le dijo que traia el ungüento, y de la manera que habia de probar su virtud. Ella tomó el ungüento, y respondió á la dueña como en ninguna manera podia tomar la llave á su marido, porque no la tenia debajo de la almohada como solia, sino entre los dos colchones y casi debajo de la mitad de su cuerpo; pero que dijese al maese que si el ungüento obraba como él decia, con facilidad sacarian la llave todas las veces que quisiesen, y ansí no sería necesario sacarla en cera: dijo que fuese á decirlo luego, y volviese á ver lo que el ungüento obraba, porque luego luego le pensaba untar á su velado. Bajó la dueña á decirlo al maese Loaysa, y él despidió á sus amigos que esperando la llave estaban. Temblando y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora á untar los pulsos del celoso marido, y asimismo le untó las ventanas de las narices, y cuando á ellas le llegó, le parecia que se estremecia, y ella quedó mortal, pareciéndole que la habia cogido en el hurto. En efeto, como mejor pudo le acabó de untar todos los lugares que le dijeron ser necesarios, que fué lo mismo que haberle embalsamado para la sepultura. Poco espacio tardó el alopiado ungüento en dar manifiestas señales de su virtud, porque luego comenzó á dar el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oir en la calle: música á los oidos de su esposa mas acordada que la del maese de su negro; y aun mal segura de lo que veia, se llegó á él, y le estremeció un poco, y luego mas, y luego otro poquito mas por ver si despertaba; y á tanto se atrevió que le volvió de una parte á otra sin que despertase: como vió esto, se fué á la gatera de la puerta, y con voz tan baja como la primera llamó á la dueña que allí la estaba esperando, y le dijo: Dame albricias, hermana, que Carrizales duerme mas que un muerto. Pues ¿á qué aguardas á tomar la llave, señora? dijo la dueña; mira que está el músico aguardándola mas ha de una hora. Espera, hermana, que ya voy por ella, respondió Leonora; y volviendo á la cama, metió la mano por entre los colchones, y sacó la llave de en medio dellos, sin que el viejo lo sintiese; y tomándola en sus manos, comenzó á dar brincos de contento, y sin mas esperar abrió la puerta, y la presentó á la dueña, que la rece-

bió con la mayor alegría del mundo. Mandó Leonora que fuese á abrir al músico, y que le trujese á los corredores, porque ella no osaba quitarse de allí por lo que podia suceder; pero que ante todas cosas hiciese que de nuevo ratificase el juramento que habia hecho de no hacer mas de lo que ellas le ordenasen, y que si no le quisiese confirmar y hacer de nuevo, en ninguna manera le abriesen. Así será, dijo la dueña, y á fe que no ha de entrar si primero no jura y rejura, y besa la cruz seis veces. No le pongas tasa, dijo Leonora, bésela él, y sean las veces que quisiere; pero mira que jure por la vida de sus padres, y por todo aquello que bien quiere, porque con esto estarémos seguras, y nos hartarémos de oir cantar y tañer, que en mi ánima que lo hace delicadamente; y anda, no te detengas mas, porque no se nos pase la noche en pláticas. Alzóse las faldas la buena dueña, y con no vista lijereza se puso en el torno, donde estaba toda la gente de la casa esperando, y habiéndoles mostrado la llave que traia, fué tanto el contento de todas, que la alzaron en peso como á catedrático, diciendo: viva, viva; y mas cuando les dijo que no habia necesidad de contrahacer la llave, porque segun el untado viejo dormia, bien se podian aprovechar de la de casa todas las veces que la quisiesen. Ea pues, amiga, dijo una de las doncellas, ábrase esa puerta, y entre este señor, que ha mucho que aguarda, y démonos un verde de música, que no haya mas que ver. Más ha de haber que ver, replicó la dueña, que le hemos de tomar juramento como la otra noche. El es tan bueno, dijo una de las esclavas, que no reparará en juramentos. Abrió en esto la dueña la puerta, y teniéndola entreabierta, llamó a Loaysa que todo lo habia estado escuchando por el agujero del torno, el cual llegándose á la puerta, quiso entrarse de golpe; mas poniéndole la dueña la mano en el pecho, le dijo: Sabrá vuesa merced, señor mio, que en Dios y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas desta casa somos doncellas como las madres que nos parieron, excepto mi señora, y aunque yo debo de parecer de cuarenta años, no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, tambien lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero á los años, y á veces dos, segun se les antoja: y siendo esto ansi, como lo es, no sería razon que á trueco de oir dos, ó tres, ó cuatro cantares, nos pusiésemos á perder tanta virginidad como aquí se encierra; porque hasta esta negra, que se llama Guiomar, es doncella. Así que, señor de mi corazon, vuesa merced nos ha de hacer, primero que entre en nuestro reino, un muy solene juramento de que no ha de hacer mas de lo que nosotras le ordenáremos, y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho mas lo que se aventura: y si es que vuesa merced viene con buena intencion, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le duelen prendas. Bien y rebien ha dicho la señora Marialonso, dijo una de las doncellas, en fin como persona discreta y que está en las cosas como se debe, y si es que el señor no quiere jurar, no entre acá dentro. A esto dijo Guiomar la negra, que no era muy ladina: Por mí, mas que nunca jura, entre con todo diablo, que aunque mas jura, si acá estás todo olvida. Oyó con gran sosiego Loaysa la arenga de la señora Marialonso, y con grave reposo y autoridad respondió: Por cierto, señoras hermanas y compañeras mias, que nunca mi intento fué, es, ni será otro que daros gusto y contento en cuanto mis fuerzas alcanzaren; y así no se me hará cuesta arriba este juramento que me piden; pero quisiera yo que se fiara algo de mi palabra, porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligacion cuarentigia; y quiero hacer saber á vuesa merced que debajo del sayal hay al, y que debajo de mala capa suele estar un buen bebedor; mas para que todas estén seguras de mi buen deseo, determino de jurar como católico y buen varon: y así juro por la intemerata eficacia donde mas santa y y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del santo Líbano monte, y por todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlomagno, con la muerte del gigante Fierabras, de no salir ni pasar del juramento hecho, y del mandamiento de la mas mínima y desechada destas señoras, so pena que si otra cosa hiciere ó quisiere hacer, desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora lo doy por nulo, y no hecho ni valedero. Aquí llegaba con su juramento el buen Loaysa, cuando una de las doncellas que con atencion le habia estado escuchando, dió una gran voz, diciendo: Este sí que es juramento para enternecer las piedras; mal haya yo, si mas quiero que jures, pues con solo lo jurado podias entrar en la misma sima de Cabra: y asiéndole de los gregüescos le metió dentro, y luego todas las demas se le pusieron á la redonda. Luego fué una á dar las nuevas á su señora, la cual estaba haciendo centinela al sueño de su esposo, y cuando la mensajera le dijo que ya subia el músico, se alegró y se turbó en un punto, y preguntó si habia jurado. Respondióle que sí, y con la mas nueva forma de juramento que en su vida habia visto. Pues si ha jurado, dijo Leonora, asido le tenemos: ¡oh qué avisada que anduve en hacelle que jurase! En esto llegó toda la caterva junta, y el músico en medio, alumbrándolos el negro y Guiomar la negra. Y viendo Loaysa á Leonora, hizo muestras de arrojársele á los piés para besarle las manos. Ella, callando y por señas, le hizo levantar, y todas estaban como mudas sin osar hablar, temerosas que su señor las oyese: lo cual considerado por Loaysa, les dijo que bien podian hablar alto, porque el ungüento con que estaba untado su señor tenia tal virtud, que fuera de quitar la vida, ponia á un hombre como muerto. Así lo creo yo, dijo Leonora; que si así no fuera, ya él hubiera despertado veinte veces, segun le hacen de sueño lijero sus muchas indisposiciones; pero despues que le unté, ronca como un animal. Pues eso es así, dijo la dueña, vámonos á aquella sala frontera, donde podrémos oir cantar aquí al señor, y regocijarnos un poco. Vamos, dijo Leonora; pero quédese aquí Guiomar por guarda, que nos avise si Carrizales despierta. A lo cual respondió Guiomar: Yo, negra, quedo, blancas van, Dios perdone á todas. Quedóse la negra, fuéronse á la sala, donde habia un rico estrado, y cogiendo al señor en medio, se sentaron todas. Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó á mirar de arriba abajo al bueno del músico, y una decia: ¡Ay qué copete que tiene tan lindo y tan rizado! otra: ¡Ay que blancura de dientes! ¡mal año para piñones mondados, que mas blancos ni mas lindos sean! otra: ¡Ay que ojos tan grandes y tan rasgados; y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parecen sino que son de esmeraldas! Esta alababa la boca, aquella los piés, y todas

juntas hicieron dél una menuda anatomía y pepitoria. Sola Leonora callaba, y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado. En esto la dueña tomó la guitarra que tenia el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, rogándole que la tocase, y que cantase unas coplillas que entónces andaban muy validas en Sevilla, que decian:

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis.

Cumplióle Loaysa su deseo. Levantáronse todas, y se comenzaron á hacer pedazos bailando. Sabia la dueña las coplas, y cantólas con mas gusto que buena voz, y fuéron estas:

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis;
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.

Dicen que está escrito,
Y con gran razon,
Ser la privacion
Causa de apetito:
Crece en infinito
Encerrado amor,
Por eso es mejor
Que no me encerreis:
Que si yo, etc.

Si la voluntad
Por sí no se guarda,
No la harán la guarda
Miedo ó calidad:
Romperá en verdad
Por la misma muerte,
Hasta hallar la suerte
Que vos no entendeis.
Que si yo, etc.

Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa
Se irá tras su lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan,
Y aunque mas propongan
De hacer lo que haceis
Que si yo, etc.

Es de tal manera
La fuerza amorosa,
Que á la mas hermosa
La vuelve en quimera:
El pecho de cera,
De fuego la gana,
Las manos de lana,
De fieltro los piés.
Que si yo no me guardo,
Mal me guardaréis.

Al fin llegaban de su canto y baile el corro de las mozas, guiado por la buena dueña, cuando llegó Guiomar la centinela, toda turbada, hiriendo de pié y de mano como si tuviera alferecía, y con voz entre ronca y bajo, dijo: Despierto señor, señora; y señora, despierto señor, y levantas y viene. Quien ha visto banda de palomas estar comiendo en el campo sin miedo lo que ajenas manos sembraron, que al furioso estrépito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto, confusa y atónita cruza por los aires: tal se imagine que quedó la banda y corro de las bailadoras pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar habia traido; y procurando cada una su disculpa y todas juntas su remedio, cuál por una, y cuál por otra parte, se fuéron á esconder por los desvanes y rincones de la casa, dejando solo al músico, el cual dejando la guitarra y el canto, lleno de turbacion no sabia qué hacerse. Torcia Leonora sus hermosas manos: abofeteábase el rostro, aunque blandamente, la señora Marialonso. En fin, todo era confusion, sobresalto y miedo. Pero la dueña, como mas astuta y reportada, dió órden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su señora se quedarian en la sala, que no faltaria excusa que dar á su señor, si allí las hallase. Escondióse luego Loaysa, y la dueña se puso atenta á escuchar si su amo venia, y no sintiendo rumor alguno, cobró ánimo, y poco á poco, paso ante paso se fué llegando al aposento donde su señor dormia, y oyó que roncaba como primero, y asegurada de que dormia, alzó las faldas y volvió corriendo á pedir albricias á su señora del sueño de su amo, la cual se las mandó de muy entera voluntad. No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecia de gozar primero que todas las gracias que ella se imaginaba que debia tener el músico; y así, diciéndole á Leonora que esperase en la sala en tanto que iba á llamarlo, la dejó y se entró donde él estab
no ménos confuso que pensativo, esperando las nueva
de lo que hacia el viejo untado: maldecia la falsedad de
ungüento, y quejábase de la credulidad de sus amigos
del poco advertimiento que habia tenido en no hace
primero la experiencia en otro, ántes de hacerla en Ca
rizales. En esto llegó la dueña, y le aseguró que el viej
dormia á mas y mejor: sosegó el pecho, y estuvo atent
á muchas palabras amorosas que Marialonso le dijo, d
las cuales coligió la mala intencion suya, y propuso e
sí de ponerla por anzuelo para pescar á su señora. Y es
tando los dos en sus pláticas, las demas criadas que es
taban escondidas por diversas partes de la casa, una d
aquí otra de allí, volvieron á ver si era verdad que s
amo habia despertado, y viendo que todo estaba sepul
tado en silencio, llegaron á la sala donde habian dejado
su señora, de la cual supieron el sueño de su amo,
preguntándole por el músico y por la dueña, les dij
dónde estaban, y todas con el mismo silencio que habia
traido, se llegaron á escuchar por entre las puertas l
que entrambos trataban: no faltó de la junta Guiomar l
negra; el negro sí, porque así como oyó que su amo ha
bia despertado, se abrazó con su guitarra, y se fué á es
conder en su pajar, y cubierto con la manta de su po
bre cama sudaba y trasudaba de miedo; y con todo es
no dejaba de tentar las cuerdas de la guitarra: tanta er
(encomendado él sea á Satanas) la aficion que tenia á l
música. Entreoyeron las mozas los requiebros de la vie
ja, y cada una le dijo el nombre de las pascuas: ningun
la llamó vieja, que no fuese con su epíteto y adjetivo d
hechicera y de barbuda, de antojadiza, y de otros qu
por buen respeto se callan; pero lo que mas risa causar
á quien entónces las oyera, eran las razones de Guioma
la negra, que por ser portuguesa, y no muy ladina, er
extraña la gracia con que la vituperaba. En efeto, la con
clusion de la plática de los dos fué que él condescenderi
con la voluntad della, cuando ella primero le entregas
á toda su voluntad á su señora. Cuesta arriba se le hizo
la dueña ofrecer lo que el músico pedia; pero á truec
de cumplir el deseo que ya se le habia apoderado del a
ma, y de los huesos y médulas del cuerpo, le prometier
los imposibles que pudieran imaginarse: dejóle, y sali
á hablar á su señora; y como vió su puerta rodeada d
todas las criadas, les dijo que se recogiesen á sus apo
sentos, que otra noche habria lugar para gozar con mé
nos ó con ningun sobresalto del músico, que ya aquell
noche el alboroto les habia aguado el gusto. Bien enten
dieron todas que la vieja se queria quedar sola; pero n
pudieron dejar de obedecerla, porque las mandaba á to
das. Fuéronse las criadas, y ella acudió á la sala á per
suadir á Leonora acudiese á la voluntad de Loaysa, co
una larga y tan concertada arenga, que pareció que d
muchos dias la tenia estudiada: encarecióle su gentile
za, su valor, su donaire y sus muchas gracias: pintól
de cuánto mas gusto le serían los abrazos del amant
mozo, que los del marido viejo, asegurándole el secret
y la duracion del deleite, con otras cosas semejantes
estas, que el demonio le puso en la lengua, llenas d
colores retóricos, tan demostrativos y eficaces, que mo
vieran, no solo el corazon tierno y poco advertido d
la simple é incauta Leonora, sino el de un endurecid
mármol. ¡Oh dueñas, nacidas y usadas en el mundo par
perdicion de mil recatadas y buenas intenciones! ¡O

luengas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales, y cuán al reves de lo que debíades usais de vuestro casi ya forzoso oficio! En fin, tanto dijo la dueña, tanto persuadió la dueña, que Leonora se rindió, Leonora se engañó, y Leonora se perdió, dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales, que dormia el sueño de la muerte de su honra. Tomó Marialonso por la mano á su señora, y casi por fuerza, preñados de lágrimas los ojos, la llevó donde Loaysa estaba, y echándoles la bendicion con una risa falsa de demonio, cerrando tras sí la puerta, los dejó encerrados, y ella se puso á dormir en el estrado, ó por mejor decir á esperar su contento de recudida. Pero como el desvelo de las pasadas noches la venciese, se quedó dormida en el estrado.

Bueno fuera en esta sazon preguntar á Carrizales, á no saber que dormia, que ¿adónde estaban sus advertidos recatos, sus recelos, sus advertimientos, sus persuasiones, los altos muros de su casa, el no haber entrado en ella ni aun en sombra álguien que tuviese nombre de varon, el torno estrecho, las gruesas paredes, las ventanas sin luz, el encerramiento notable, la gran dote en que á Leonora habia dotado, los regalos continuos que la hacia, el buen tratamiento de sus criadas y esclavas, el no faltar un punto á todo aquello que él imaginaba que habian menester y que podian desear? Pero ya queda dicho que no habia para qué preguntárselo, porque dormia mas de aquello que fuera menester: y si él lo oyera, y acaso respondiera, no podia dar mejor respuesta que encoger los hombros, enarcar las cejas y decir: todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia, á lo que yo creo, de un mozo holgazan y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia de una muchacha rogada y persuadida: libre Dios á cada uno de tales enemigos, contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda, ni espada de recato que corte. Pero con todo esto, el valor de Leonora fué tal, que en el tiempo que mas le convenía, le mostró contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fuéron bastantes á vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora, y entrambos dormidos. Y en esto ordenó el cielo que á pesar del ungüento Carrizales despertase, y como tenia de costumbre, tentó la cama por todas partes, y no hallando en ella á su querida esposa, saltó de la cama despavorido y atónito, con mas lijereza y denuedo que sus muchos años prometian; y cuando en el aposento no halló á su esposa, y le vió abierto, y que le faltaba la llave de entre los colchones, pensó perder el juicio; pero reportándose un poco salió al corredor, y de allí andando pié ante pié por no ser sentido, llegó á la sala donde la dueña dormia, y viéndola sola sin Leonora, fué al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo, vió lo que nunca quisiera haber visto: vió lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo: vió á Leonora en brazos de Loaysa, durmiendo tan á sueño suelto, como si en ellos obrara la virtud del ungüento y no en el celoso anciano. Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba, la voz se le pegó á la garganta, los brazos se le cayeron de desmayo, y quedó hecho una estatua de mármol frio; y aunque la cólera hizo su natural oficio, avivándole los casi muertos espíritus, pudo tanto el dolor, que no le dejó tomar aliento; y con todo eso tomara la venganza que aquella grande maldad requeria, si se hallara con armas para poder tomarla: y así determinó volverse á su aposento á tomar una daga, y volver á sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos, y aun con toda aquella de toda la gente de su casa. Con esta determinacion honrosa y necesaria volvió, con el mismo silencio y recato que habia venido, á su estancia, donde le apretó el corazon tanto el dolor y la angustia, que sin ser poderoso á otra cosa, se dejó caer desmayado sobre el lecho.

Llegóse en esto el dia, y cogió á los nuevos adúlteros enlazados en la red de sus brazos. Despertó Marialonso, y quiso acudir por lo que á su parecer le tocaba, pero viendo que era tarde, quiso dejarlo para la venidera noche. Alborotóse Leonora viendo tan entrado el dia, y maldijo su descuido y el de la maldita dueña, y las dos con sobresaltados pasos fuéron donde estaba su esposo, rogando entre dientes al cielo que le hallasen todavía roncando; y cuando le vieron encima de la cama callando, creyeron que todavía obraba la untura, pues dormia, y con gran regocijo se abrazaron la una á la otra. Llegóse Leonora á su marido, y asiéndole de un brazo, le volvió de un lado á otro por ver si despertaba sin ponerles en necesidad de lavarle con vinagre, como decian era menester para que en sí volviese. Pero volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro, con una voz lamentable y desmayada dijo: ¡Desdichado de mí, y á qué tristes términos me ha traido mi fortuna! No entendió bien Leonora lo que dijo su esposo, mas como le vió despierto y que hablaba, admirada de ver que la virtud del ungüento no duraba tanto como habian significado, se llegó á él, y poniendo su rostro con el suyo, teniéndolo estrechamente abrazado, le dijo: ¿Qué teneis, señor mio, que me parece que os estáis quejando? Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencajadamente, como atónito y embelesado, los puso en ella, y con grande ahínco, sin mover pestaña la estuvo mirando una gran pieza, al cabo de la cual le dijo: Hacedme placer, señora, que luego luego envieis á llamar á vuestros padres de mi parte, porque siento no sé qué en el corazon, que me da grandísima fatiga, y temo que brevemente me ha de quitar la vida, y querríalos ver ántes que me muriese. Sin duda creyó Leonora ser verdad lo que su marido le decia, pensando ántes que la fortaleza del ungüento, y no lo que habia visto, le tenia en aquel trance; y respondiéndole que haria lo que la mandaba, mandó al negro que luego al punto fuese á llamar á sus padres; y abrazándose con su esposo, le hacia las mayores caricias que jamas le habia hecho, preguntándole qué era lo que sentia, con tan tiernas y amorosas palabras, como si fuera la cosa del mundo que mas amaba. El la miraba con el embelesamiento que se ha dicho, siéndole cada palabra ó caricia que le hacia, una lanzada que le atravesaba el alma. Ya la dueña habia dicho á la gente de casa y á Loaysa la enfermedad de su amo, encareciéndoles que debia de ser de momento, pues se le habia olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle cuando el negro salió á llamar á los padres de su señora: de la cual embajada asimismo se admiraron, por no haber entrado ninguno dellos en aquella casa despues que casaron á su hija. En fin, todos andaban callados y suspensos, no dando en la verdad de la causa de la indisposicion de su amo, el cual de rato en rato tan profunda y dolorosamente suspiraba, que

con cada suspiro parecia arrancársele el alma. Lloraba Leonora por verle de aquella suerte, y reíase él con una risa de persona que estaba fuera de sí, considerando la falsedad de sus lágrimas. En esto llegaron los padres de Leonora, y como hallaron la puerta de la calle y la del patio abiertas, y la casa sepultada en silencio y sola, quedaron admirados y con no pequeño sobresalto. Fuéron al aposento de su yerno, y halláronle, como se ha dicho, siempre clavados los ojos en su esposa, á la cual tenia asida de las manos, derramando los dos muchas lágrimas, ella con no mas ocasion de verlas derramar á su esposo: él por ver cuán fingidamente ella las derramaba. Así como sus padres entraron, habló Carrizales, y dijo: Siéntense aquí vuesas mercedes, y todos los demas dejen desocupado el aposento, y solo quede la señora Marialonso. Hiciéronlo así, y quedando solos los cinco, sin esperar que otro hablase, con sosegada voz, limpiándose los ojos, desta manera dijo Carrizales: Bien seguro estoy, padres y señores mios, que no será menester traeros testigos para que me creais una verdad que quiero deciros: bien se os debe acordar (que no es posible se os haya caido de la memoria) con cuánto amor, con cuán buenas entrañas hace hoy un año, un mes, cinco dias y nueve horas, que me entregasteis á vuestra querida hija por legítima mujer mia: tambien sabeis con cuánta liberalidad la doté, pues fué tal la dote, que mas de tres de su misma calidad pudieran casar con opinion de ricas: asimismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó á desear y yo alcancé á saber que le convenía: ni mas ni ménos habeis visto, señores, cómo llevado de mi natural condicion, y temeroso del mal de que sin duda he de morir, y experimentado por mi mucha edad en los extraños y varios acaecimientos del mundo, quise guardar esta joya que yo escogí y vosotros me disteis, con el mayor recato que me fué posible; alcé las murallas desta casa, quité la vista á las ventanas de la calle, doblé las cerraduras de las puertas, púsele torno como á monasterio de monjas, desterré perpetuamente della todo aquello que sombra ó nombre de varon tuviese; dile criadas y esclavas que la sirviesen, ni les negué á ellas ni á ella cuanto quisieron pedirme; hícela mi igual, comuniquéle mis mas secretos pensamientos, y entreguéla toda mi hacienda: todas estas eran obras para que, si bien lo considerara, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me habia costado, y ella procurara no darme ocasion á que ningun género de temor celoso entrara en mi pensamiento; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar á los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mias, y que yo mismo haya sido el fabricador del veneno que me va quitando la vida; pero porque veo la suspensión en que todos estáis, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preámbulos desta plática con deciros en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas: digo pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho ha parado en que esta madrugada hallé á esta, nacida en el mundo para perdicion de mi sosiego y fin de mi vida (y esto señalando á su esposa) en los brazos de un gallardo mancebo, que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado. Apénas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando á Leonora se le cubrió el corazon, y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada. Perdió la color Marialonso, y á las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un ñudo que no les dejaba hablar palabra. Pero prosiguiendo adelante Carrizales, dijo: La venganza que pienso tomar desta afrenta no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse; pues quiero que así como yo fui extremado en lo que hice, así sea la venganza que tomare, tomándola de mi mismo como del mas culpado en este delito, que debiera considerar que mal podian estar ni compadecerse en uno los quince años desta muchacha con los casi ochenta mios, y yo fui el que como el gusano de seda me fabriqué la casa donde muriese; y á tí no te culpo, ¡oh niña mal aconsejada! (Y diciendo esto se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora.) No te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taimadas, y requiebros de mozos enamorados, fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran; mas porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo de modo que quede en el mundo por ejemplo, si no de bondad, al ménos de simplicidad jamas oida ni vista: y así quiero que se traiga luego aquí un escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote á Leonora, y le rogaré que despues de mis dias, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo, á quien nunca ofendieron las canas deste lastimado viejo; y así verá que si viviendo jamas salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto: la demas hacienda mandaré á otras obras pías, y á vosotros, señores mios, dejaré con que podais vivir honradamente lo que de la vida os queda: la venida del escribano sea luego, porque la pasion que tengo me aprieta de manera, que á mas andar me va acortando los pasos de la vida. Esto dicho, le sobrevino un terrible desmayo, y se dejó caer tan junto de Leonora, que se juntaron los rostros: ¡extraño y triste espectáculo para los padres, que á su querida hija y á su amado yerno miraban! No quiso la mala dueña esperar á las reprensiones que pensó le darian los padres de su señora; y así se salió del aposento, y fué á decir á Loaysa todo lo que pasaba, aconsejándole que luego al punto se fuese de aquella casa, que ella tendria cuidado de avisarle con el negro lo que sucediese, pues ya no habia puertas ni llaves que lo impidiesen. Admiróse Loaysa con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió á vestirse como pobre, y fuese á dar cuenta á sus amigos del extraño y nunca visto suceso de sus amores. En tanto pues que los dos estaban transportados, el padre de Leonora envió á llamar á un escribano amigo suyo, el cual vino á tiempo que ya habian vuelto hija y yerno en su acuerdo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que habia dicho, sin declarar el yerro de Leonora, mas de que por buenos respetos le pedia y rogaba se casase, si acaso él muriese, con aquel mancebo que él la habia dicho en secreto. Cuando esto oyó Leonora se arrojó á los piés de su marido, y saltándole el corazon en el pecho, le dijo: Vivid vos muchos años, mi señor y mi bien todo, que puesto caso que no estáis obligado

i creerme ninguna cosa de la que os dijere, sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento; y comenzando á disculparse y á contar por extenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua, y volvió á desmayarse. Abrazóla así desmayada el lastimado viejo, abrazáronla sus padres, lloraron todos tan amargamente, que obligaron y aun forzaron á que en ellas les acompañase el escribano que hacia el testamento, en el cual dejó de comer á todas las criadas de casa, horras las esclavas y negro, y á la falsa de Marialonso no le mandó otra cosa que la paga de su salario; mas sea lo que fuere, el dolor le apretó de manera, que al seteno dia le llevaron á la sepultura. Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabia que su marido en su testamento dejaba mandado, vió que dentro de una semana se entró monja en uno de los mas recogidos monasterios de la ciudad: él despechado y casi corrido se pasó á las Indias. Quedaron los padres de Leonora tristísimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les habia dejado y mandado por su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclavas y esclavo con la libertad, y la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos; y yo quedé con el deseo de llegar al fin deste suceso, ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre; y de lo ménos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oido exhortaciones destas dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas. Solo no sé qué fué la causa que Leonora no puso mas ahinco en disculparse y dar á entender á su celoso marido cuán limpia y sin ofensa habia quedado en aquel suceso; pero la turbacion le ató la lengua, y la priesa que se dió á morir su marido no dió lugar á su disculpa.

LA ILUSTRE FREGONA.

En Búrgos, ciudad ilustre y famosa, no ha muchos años que en ella vivian dos caballeros principales y ricos: el uno se llamaba D. Diego de Carriazo, y el otro D. Juan de Avendaño. El D. Diego tuvo un hijo á quien llamó de su mismo nombre, y el D. Juan otro á quien puso D. Tomas de Avendaño. A estos dos caballeros mozos, como quien han de ser las principales personas deste cuento, por excusar y ahorrar letras, les llamarémos con solos los nombres de Carriazo y de Avendaño. Trece años ó poco mas tendria Carriazo, cuando llevado de una inclinacion picaresca, sin forzarle á ello algun mal tratamiento que sus padres le hiciesen, solo por su gusto y antojo se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fué por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo, no echaba ménos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar á pié le cansaba, ni el frio le ofendia, ni el calor le enfadaba: para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera: tan bien dormia en parvas, como en colchones: con tanto gusto se soterraba en un pajar de un meson, como si se acostara entre dos sábanas de Holanda: finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache. En tres años que tardó en parecer y volver á su casa aprendió á jugar á la taba en Madrid, y al rentoy en las ventillas de Toledo, y á presa y pinta en pié en las barbacanas de Sevilla; pero con serle anejo á este género de vida la miseria y estrecheza, mostraba Carriazo ser un príncipe en sus obras: á tiro de escopeta en mil señales descubria ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas; visitaba pocas veces las ermitas de Baco; y aunque bebia vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beban demasiado, luego se les pone el rostro como si se le hubiesen jalbegado con bermellon y almagre. En fin, en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado, y mas que medianamente discreto: pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el finibusterre de la picaresca. ¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios: pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre pícaro! Bajad el toldo, amainad el brio, no os llameis pícaros si no habeis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes: allí, allí está en su centro el trabajo junto con la poltronería: allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas á cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin acciones: aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta: allí campea la libertad y luce el trabajo: allí van ó envían muchos padres principales á buscar á sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarles de aquella vida, como si los llevaran á dar la muerte. Pero toda esta dulzura que he pintado, tiene un amargo acíbar que la amarga; y es no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladen de Zahara á Berbería: por esto las noches se recogen á unas torres de la marina, y tienen sus atajadores y centinelas, en confianza de cuyos ojos cierran ellos los suyos; puesto que tal vez ha sucedido que centinelas y atajadores, pícaros, mayorales, barcos y redes, con toda la turbamulta que allí se ocupa, han anochecido en España y amanecido en Tetuan. Pero no fué parte este temor para que nuestro Carriazo dejase de acudir allí tres veranos á darse buen tiempo: el último verano le dijo tan bien la suerte, que ganó á los naipes cerca de setecientos reales, con los cuales quiso vestirse, y volverse á Búrgos, y á los ojos de su madre, que habia derramado por él muchas lágrimas: despidióse de sus amigos, que los tenia muchos y muy buenos: prometióles que el verano siguiente seria con ellos, si enfermedad ó muerte no lo estorbase: dejó con ellos la mitad de su alma, y todos sus deseos

entregó á aquellas secas arenas, que á él parecian mas frescas y verdes que los campos Elíseos: y por estar ya acostumbrado á caminar á pié, tomó el camino en la mano, y sobre dos alpargates se llegó desde Zahara hasta Valladolid, cantando las tres ánades, madre: estúvose allí quince dias para reformar la color del rostro, sacándola de mulata á flamenca, y para trastejarse y sacarse del borrador de pícaro, y ponerse en limpio de caballero. Todo esto hizo segun y como le dieron comodidad quinientos reales con que llegó á Valladolid, y aun dellos reservó ciento para alquilar una mula y un mozo, con que se presentó á sus padres honrado y contento. Ellos le recebieron con mucha alegría, y todos su amigos y parientes vinieron á darle el parabien de la buena venida del señor D. Diego de Carriazo su hijo. Es de advertir que en su peregrinacion D. Diego, mudó el nombre de Carriazo en el de Urdiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabían.

Entre los que vinieron á ver el recien llegado fuéron D. Juan de Avendaño y su hijo D. Tomas, con quien Carriazo, por ser ambos de una misma edad y vecinos, trabó y confirmó una amistad estrechísima. Contó Carriazo á sus padres y á todos mil magníficas y luengas mentiras de cosas que le habian sucedido en los tres años de su ausencia; pero nunca tocó ni por pienso en las almadrabas, puesto que en ellas tenia de contino puesta la imaginacion, especialmente cuando vió que se llegaba el tiempo donde habia prometido á sus amigos la vuelta: ni le entretenia la caza en que su padre le ocupaba, ni los muchos, honestos y gustosos convites que en aquella ciudad se usan, le daban gusto; todo pasatiempo le cansaba, y á todos los mayores que se le ofrecian anteponia el que habia recebido en las almadrabas. Avendaño, su amigo, viéndole muchas veces melancólico é imaginativo, fiado en su amistad se atrevió á preguntarle la causa, y se obligó á remediarla, si pudiese y fuese menester, con su sangre misma. No quiso Carriazo tenérsela encubierta, por no agraviar á la grande amistad que le profesaba; y así le contó punto por punto la vida de la jábega, y cómo todas sus tristezas y pensamientos nacian del deseo que tenía de volver á ella: pintósela de modo, que Avendaño, cuando le acabó de oir, ántes alabó que vituperó su gusto. En fin, el de la plática fué disponer Carriazo la voluntad de Avendaño de manera, que determinó de irse con él á gozar un verano de aquella felicísima vida que le habia descrito, de lo cual quedó sobre modo contento Carriazo, por parecerle que habia ganado un testigo de abono que calificase su baja determinacion: trazaron ansimismo de juntar todo el dinero que pudiesen, y el mejor modo que hallaron fué que de allí á dos meses habia de ir Avendaño á Salamanca, donde por su gusto tres años habia estado estudiando las lenguas griega y latina, y su padre queria que pasase adelante y estudiase la facultad que él quisiese; y que del dinero que le diese habria para lo que deseaban. En este tiempo propuso Carriazo á su padre que tenia voluntad de irse con Avendaño á estudiar á Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, que hablando al de Avendaño, ordenaron de ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedian ser hijos suyos. Llegóse el tiempo de la partida: proveyéronles de dinero, y enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenia mas de hombre de bien que de discreto. Los padres dieron documentos á sus hijos de lo que habian de hacer, y de cómo se habian de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigilias, principalmente los bien nacidos. Mostráronse los hijos humildes y obedientes, lloraron las madres, recebieron la bendicion de todos, pusiéronse en camino con mulas propias y con dos criados de casa, amen del ayo, que se habia dejado crecer la barba porque diese autoridad á su cargo. En llegando á la ciudad de Valladolid, dijeron al ayo que querian estarse en aquel lugar dos dias para verle, porque nunca le habian visto ni estado en él. Reprendióles mucho el ayo severa y ásperamente la estada, diciéndoles que los que iban á estudiar con tanta priesa como ellos, no se habian de detener una hora á mirar niñerías, cuanto mas dos dias, y que él formaria escrúpulo si los dejaba detener un solo punto, y que se partiesen luego, y si no, que sobre eso morena. Hasta aquí se extendia la habilidad del señor ayo ó mayordomo, como mas nos diere gusto llamarle. Los mancebitos, que tenian ya hecho su agosto y su vendimia, pues habian ya sacado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su mayordomo, dijeron que solos los dejase aquel dia, en el cual querian ir á ver la fuente de Argales, que la comenzaban á conducir á la ciudad por grandes y espaciosos acueductos. En efecto, aunque con dolor de su ánima, les dió licencia, porque él quisiera excusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas á Salamanca en dos dias, y no las veinte y dos que hay desde Valladolid; pero como uno piensa el bayo y otro el que le ensilla, todo le sucedió al reves de lo que él quisiera. Los mancebos, con solo un criado, y á caballo en dos muy buenas y caseras mulas, salieron á ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas, á despecho del caño dorado y de la reverenda priora, con paz sea dicho, de Leganitos, y de la extremadísima fuente Castellana, en cuya competencia pueden callar Corpa y la Pizarra de la Mancha. Llegaron á Argales, y cuando creyó el criado que sacaba Avendaño de las bolsas del cojin alguna cosa con que beber, vió que sacó una carta cerrada, diciéndole que luego al punto volviese á la ciudad, y se la diese á su ayo, y que en dándola les esperase en la puerta del Campo. Obedeció el criado, tomó la carta, volvió á la ciudad, y ellos volvieron las riendas, y aquella noche durmieron en Mojados, y de allí á dos dias en Madrid, y en otros cuatro se vendieron las mulas en pública plaza, y hubo quien les fiase por seis escudos de prometido, y aun quien les diese el dinero en oro por sus cabales. Vistiéronse á lo payo, con capotillos de dos haldas, zahones ó zaragüelles y medias de paño pardo. Ropero hubo que por la mañana les compró sus vestidos, y á la noche los habia mudado de manera, que no los conociera la propia madre que los habia parido. Puestos pues á la lijera y del modo que Avendaño quiso y supo, se pusieron en camino de Toledo *ad pedem litteræ* y sin espadas, que tambien el ropero, aunque no atañian á su menester, se las habia comprado.

Dejémoslos ir por ahora, pues van contentos y alegres, y volvamos á contar lo que el ayo hizo cuando abrió la carta que el criado le llevó, y halló que decia desta manera: «Vuesa merced será servido, señor Pedro



lonso, de tener paciencia y dar la vuelta á Búrgos, donde dirá á nuestros padres que habiendo nosotros sus hijos con madura consideracion considerado cuán mas propias son de los caballeros las armas que las letras, habemos determinado de trocar á Salamanca por Bruselas y á España por Flándes; los cuatrocientos escudos llevamos, las mulas pensamos vender; nuestra hidalga intencion y el largo camino es bastante disculpa de nuestro yerro, aunque nadie le juzgará por tal, si no es cobarde; nuestra partida es ahora, la vuelta será cuando Dios fuere servido, el cual guarde á vuesa merced como puede y estos sus menores discípulos deseamos. De la fuente de Argales, puesto ya el pié en el estribo para caminar á Flándes.—Carriazo y Avendaño.» Quedó Pedro Alonso suspenso en leyendo la epístola, y acudió presto á su balija, y el hallarla vacía le acabó de confirmar la verdad de la carta, y luego al punto en la mula que le habia quedado se partió á Búrgos á dar las nuevas á sus amos con toda presteza, porque con ella pusiesen remedio y diesen traza de alcanzar á sus hijos; pero destas cosas no dice nada el autor desta novela, porque asi como dejó puesto á caballo á Pedro Alonso, volvió á contar lo que les sucedió á Avendaño y á Carriazo á la entrada de Illescas, diciendo: que al entrar de la puerta de la villa encontraron dos mozos de mulas, al parecer andaluces, en calzones de lienzo anchos, jubones acuchillados de anjeo, sus coletos de ante, dagas de gancho y espadas sin tiros; al parecer el uno venia de Sevilla, y el otro iba á ella: el que iba estaba diciendo al otro: Si no fueran mis amos tan adelante, todavía me detuviera algo mas á preguntar mil cosas que deseo saber, porque me has maravillado mucho con lo que has contado de que el conde ha ahorcado á Alonso Genes y á Ribera, sin querer otorgarles la apelacion. ¡Oh pecador de mí! replicó el sevillano, armóles el conde zancadilla, y cogiólos debajo de su jurisdicion, que eran soldados, y por contrabando se aprovechó dellos, sin que la audiencia se los pudiese quitar: sábete, amigo, que tiene un Bercebú en el cuerpo este conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma: barrida está Sevilla y diez leguas á la redonda de jácaros: no para ladron en sus contornos: todos le temen como al fuego, aunque ya se suena que dejará presto el cargo de asistente, porque no tiene condicion para verse á cada paso en dimes ni dirétes con los señores de la audiencia. Vivan ellos mil años, dijo el que iba á Sevilla, que son padres de los miserables y amparo de los desdichados: ¡cuántos pobretes están mascando barro, no mas de por la cólera de un juez absoluto, de un corregidor ó mal informado ó bien apasionado! Más ven muchos ojos que dos: no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos corazones, como se apodera de uno solo. Predicador te has vuelto, dijo el de Sevilla, y segun llevas la retahila, no acabarás tan presto, y yo no te puedo aguardar; y esta noche no vayas á posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la mas hermosa fregona que se sabe: Marinilla la de la venta Tejada es asco en su comparacion; no te digo mas sino que hay fama que el hijo del corregidor bebe los vientos por ella: uno desos mis amos que allá van, jura que al volver que vuelva al Andalucía, se ha de estar dos meses en Toledo y en la misma posada solo por hartarse de mirarla: ya le dejo yo en señal un pellizco, y me llevo en contracambio un gran torniscon; es dura como un mármol y zahareña como villana de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año: en una mejilla tiene el sol y en la otra la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y en entrambas hay tambien azucenas y jazmines; no te digo mas sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, segun lo que te pudiera decir acerca de su hermosura: en las dos mulas rucias que sabes que tengo mias, la dotara de buena gana, si me la quisieran dar por mujer; pero yo sé que no me la darán, que es joya para un arcipreste ó para un conde; y otra vez torno á decir que allá lo verás, y adios, que me mudo. Con esto se despidiéron los dos mozos de mulas, cuya plática y conversacion dejó mudos á los dos amigos que escuchado la habian, especialmente Avendaño, en quien la simple relacion que el mozo de mulas habia hecho de la hermosura de la fregona, despertó en él un intenso deseo de verla: tambien le despertó en Carriazo; pero no de manera que no desease mas llegar á sus almadrabas, que detenerse á ver las pirámides de Egipto, ó otra de las siete maravillas, ó todas juntas. En repetir las palabras de los mozos y en remedar y contrahacer el modo y los ademanes con que las decian, entretuviéron el camino hasta Toledo, y luego siendo la guia Carriazo, que ya otra vez habia estado en aquella ciudad, bajando por la Sangre de Cristo, diéron con la posada del Sevillano; pero no se atreviéron á pedirla allí, porque su traje no lo pedia. Era ya anochecido, y aunque Carriazo importunaba á Avendaño que fuesen á otra parte á buscar posada, no le pudo quitar de la puerta de la del Sevillano, esperando si acaso parecia la tan celebrada fregona. Entrábase la noche, y la fregona no salia: desesperábase Carriazo, y Avendaño se estaba quedo, el cual por salir con su intencion, con excusa de preguntar por unos caballeros de Búrgos que iban á la ciudad de Sevilla, se entró hasta el patio de la posada, y apénas hubo entrado, cuando de una sala que en el patio estaba vió salir una moza, al parecer de quince años poco mas ó ménos, vestida como labradora, con una vela encendida en un candelero. No puso Avendaño los ojos en el vestido y traje de la moza, sino en su rostro, que le parecia ver en él los que suelen pintar de los ángeles: quedó suspenso y atónito de su hermosura, y no acertó á preguntarle nada: tal era su suspension y embelesamiento. La moza, viendo aquel hombre delante de sí, le dijo: ¿Qué busca, hermano? ¿es por ventura criado de alguno de los huéspedes de casa? No soy criado de ninguno, sino vuestro, respondió Avendaño todo lleno de turbacion y sobresalto. La moza, que de aquel modo le vió responder, dijo: Vaya, hermano, norabuena, que las que servimos no hemos menester criados; y llamando á su señor, le dijo: Mire, señor, lo que busca este mancebo. Salió su amo, y preguntóle qué buscaba. El respondió que á unos caballeros de Búrgos que iban á Sevilla, uno de los cuales era su señor, el cual le habia enviado delante por Alcalá de Henáres, donde habia de hacer un negocio que les importaba, y que junto con esto le mandó que se viniese á Toledo y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendria á apearse, y que pensaba que llegaria aquella noche ó otro dia á mas tardar. Tan buen color dió Avendaño á su mentira, que á la cuenta del huésped pasó por verdad, pues le dijo: Quédese, amigo, en la posada,

que aquí podrá esperar á su señor hasta que venga. Muchas mercedes, señor huésped, respondió Avendaño, y mande vuesa merced que se me dé un aposento para mí y un compañero que viene conmigo, que está allí fuera, que dinero traemos para pagarlo tan bien como otro. En buen hora, respondió el huésped, y volviéndose á la moza, dijo: Costancica, di á la Argüello que lleve á estos dos galanes al aposento del rincon, y que les eche sábanas limpias. Sí haré, señor, respondió Costanza, que así se llamaba la doncella; y haciendo una reverencia á su amo, se les quitó delante, cuya ausencia fué para Avendaño lo que suele ser al caminante ponerse el sol y sobrevenir la noche lóbrega y escura: con todo esto salió á dar cuenta á Carriazo de lo que habia visto y de lo que dejaba negociado. El cual por mil señales conoció cómo su amigo venia herido de la amorosa pestilencia; pero no le quiso decir nada por entónces, hasta ver si lo merecia la causa de quien nacian las extraordinarias alabanzas y grandes hipérboles con que la belleza de Costanza sobre los mismos cielos levantaba. Entraron en fin en la posada, y la Argüello, que era una mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos, los llevó á uno que ni era de caballeros ni de criados, sino de gente que podia hacer medio entre los dos extremos. Pidieron de cenar, respondióles la Argüello que en aquella posada no daban de comer á nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huéspedes traian de fuera comprado; pero que bodegones y casas de estado habia cerca, donde sin escrúpulo de conciencia podian ir á cenar lo que quisiesen. Tomaron los dos el consejo de la Argüello, y dieron con sus cuerpos en un bodegon, donde Carriazo cenó lo que le dieron, y Avendaño lo que con él llevaba, que fuéron pensamientos y imaginaciones. Lo poco ó nada que Avendaño comia admiraba á Carriazo. Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse á la posada, le dijo: Conviene que mañana madruguemos, porque ántes que entre la calor estemos ya en Orgaz. No estoy en eso, respondió Avendaño, porque pienso, ántes que desta ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las vistillas de San Agustin, la huerta del Rey y la Vega. Norabuena, respondió Carriazo, eso en dos dias se podrá ver. En verdad que lo he de tomar despacio, que no vamos á Roma á alcanzar alguna vacante. Ta, ta, replicó Carriazo, á mí me maten, amigo, si no estáis vos con mas deseo de quedaros en Toledo que de seguir nuestra comenzada romería. Así es la verdad, respondió Avendaño, y aun tan imposible será apartarme de ver el rostro desta doncella, como no es posible ir al cielo sin buenas obras. ¡Gallardo encarecimiento, dijo Carriazo, y determinacion digna de un tan generoso pecho como el vuestro! ¡Bien cuadra un D. Tomas de Avendaño, hijo de D. Juan de Avendaño, caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el meson del Sevillano! Lo mismo me parece á mí que es, respondió Avendaño, considerar un D. Diego de Carriazo, hijo del mismo, caballero del hábito de Alcántara el padre, y el hijo á pique de heredarle con su mayorazgo, no ménos gentil en el cuerpo que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos verle enamorado, ¿de quién, si pensais? ¿De la reina Ginebra? nó por cierto, sino de la almadraba de Zahara, que es mas fea á lo que creo que un miedo de Santo Anton. Pata es la traviesa, amigo, respondió Carriazo, por los filos que te herí me has muerto, quédese aquí nuestra pendencia, y vamos á dormir, y amanecerá Dios y medrarémos. Mira, Carriazo, hasta ahora no has visto á Costanza; en viéndola te doy licencia para que me digas todas las injurias ó reprensiones que quisieres. Ya sé yo en qué ha de parar esto, dijo Carriazo. ¿En qué? replicó Avendaño. En que yo me iré con mi almadraba, y tú te quedarás con tu fregona, dijo Carriazo. No seré yo tan venturoso, dijo Avendaño. Ni yo tan necio, respondió Carriazo, que por seguir tu mal gusto deje de conseguir el bueno mio. En estas pláticas llegaron á la posada, y aun se les pasó en otras semejantes la mitad de la noche; y habiendo dormido á su parecer poco mas de una hora, los despertó el son de muchas chirimías que en la calle sonaban. Sentáronse en la cama, y estuvieron atentos, y dijo Carriazo: Apostaré que es ya de dia, y que debe hacerse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Cármen que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías. No es eso, respondió Avendaño, porque no ha tanto que dormimos que pueda ser ya de dia. Estando en esto sintieron llamar á la puerta de su aposento, y preguntando quién llamaba, respondieron de fuera, diciendo: Mancebos, si quereis oir una brava música, levantáos y asomáos á una reja que sale á la calle, que está en aquella sala frontera, que no hay nadie en ella. Levantáronse los dos, y cuando abrieron no hallaron persona ni supieron quién les habia dado el aviso; mas porque oyeron el son de una arpa, creyeron ser verdad la música, y así en camisa como se hallaron, se fuéron á la sala donde ya estaban otros tres ó cuatro huéspedes puestos á las rejas; hallaron lugar, y de allí á poco, al son de la arpa y de una vihuela, con maravillosa voz oyeron cantar este soneto, que no se le pasó de la memoria á Avendaño.

Raro humilde sugeto, que levantas
A tan excelsa cumbre la belleza,
Que en ella se excedió naturaleza
A sí misma, y al cielo la adelantas.
Si hablas, ó si ries, ó si cantas,
Si muestras mansedumbre ó aspereza
(Efeto solo de tu gentileza)
Las potencias del alma nos encantas:
Para que pueda ser mas conocida
La sin par hermosura que contienes,
Y la alta honestidad de que blasonas,
Deja el servir, pues debes ser servida
De cuantos ven tus manos, y tus sienes
Resplandecer con cetros y coronas.

No fué menester que nadie les dijese á los dos que aquella música se daba por Costanza, pues bien claro lo habia descubierto el soneto, que sonó de tal manera en los oidos de Avendaño, que diera por bien empleado por no haberle oido haber nacido sordo y estarlo todos los dias de la vida que le quedaba, á causa que desde aquel punto la comenzó á tener tan mala, como quien se halló traspasado el corazon de la rigurosa lanza de los celos, y era lo peor que no sabia de quién debia ó podia tenerlos. Pero presto le sacó deste cuidado uno de los que á la reja estaban, diciendo: ¡Que tan simple sea este hijo del corregidor, que se ande dando músicas á una fregona! Verdad es que ella es de las mas hermosas muchachas que yo he visto, y he visto muchas, mas no por esto habia de solicitarla con tanta publicidad. A lo cual añadió otro de los de la reja: Pues en verdad que he oido

que aun son y que ya no veremos.

y decir por cosa muy cierta que así nace ella cuenta dél, como si no fuese nadie: apostaré que se está ella agora durmiendo á sueño suelto detras de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordársele de músicas ni canciones. Así es la verdad, replicó el otro, porque es la mas honesta doncella que se sabe, y es maravilla que con estar en esta casa de tanto tráfago, y donde hay cada dia gente nueva, y andar por todos los aposentos, no se sabe della el menor desman del mundo. Con esto que oyó Avendaño tornó á revivir y á cobrar aliento para poder escuchar otras muchas cosas que al son de diversos instrumentos los músicos cantaron, todas encaminadas á Costanza, la cual, como dijo el huésped, se estaba durmiendo sin ningun cuidado. Por venir el dia se fuéron los músicos, despidiéndose con las chirimías. Avendaño y Carriazo se volvieron á su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana. La cual venida, se levantaron los dos, entrambos con deseo de ver á Costanza; pero el deseo del uno era deseo curioso, y el del otro deseo enamorado. Pero á entrambos se los cumplió Costanza, saliendo de la sala de su amo tan hermosa, que á los dos les pareció que todas cuantas alabanzas le habia dado el mozo de mulas, eran cortas y de ningun encarecimiento. Su vestido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran bajos, pero la camisa alta, plegado el cuello con un cabezon labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de una coluna de alabastro, que no era ménos blanca su garganta: ceñida con un cordon de S. Francisco, y de una cinta pendiente al lado derecho un gran manojo de llaves: no traia chinelas, sino zapatos de dos suelas, colorados, con unas calzas que no se le parecian, sino cuanto por un perfil mostraban tambien ser coloradas: traia trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo, pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura: el color salia de castaño, y tocaba en rubio; pero al parecer tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar: pendíanle de las orejas dos calabacillas de vidrio que parecian perlas; los mismos cabellos le servian de garbin y de tocas. Cuando salió de la sala, se persignó y santiguó, y con mucha devocion y sosiego hizo una profunda reverencia á una imágen de nuestra Señora que en una de las paredes del patio estaba colgada; y alzando los ojos vió á los dos que mirándola estaban, y apénas los hubo visto, cuando se retiró y volvió á entrar en la sala, desde la cual dió voces á la Argüello, que se levantase. Resta ahora por decir qué es lo que le pareció á Carriazo de la hermosura de Costanza, que de lo que le pareció á Avendaño, ya está dicho, cuando la vió la vez primera. No digo mas sino que á Carriazo le pareció tan bien como á su compañero; pero enamoróle mucho ménos, y tan ménos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luego para sus almadrabas. En esto á las voces de Costanza salió á los corredores la Argüello, con otras dos mocetonas tambien criadas de casa, de quien se dice que eran gallegas, y el haber tantas lo requeria la mucha gente que acude á la posada del Sevillano, que es una de las mejores y mas frecuentadas que hay en Toledo. Acudieron tambien los mozos de los huéspedes á pedir cebada: salió el huésped de casa á dársela, maldiciendo á sus mozas, que por ellas se le habia ido un mozo que la solia dar con muy buena cuenta y razon, sin que le hubiese hecho ménos á su parecer un solo grano. Avendaño que oyó esto, dijo: No se fatigue, señor huésped, déme el libro de la cuenta, que los dias que hubiere de estar aquí yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche ménos al mozo que dice que se le ha ido. En verdad que os lo agradezca, mancebo, respondió el huésped, porque yo no puedo atender á esto, porque tengo otras muchas cosas á que acudir fuera de casa: bajad, daros he el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo, y hacen trampantojos un celemin de cebada con ménos conciencia que si fuese de paja. Bajó al patio Avendaño, y entregóse en el libro, y comenzó á despachar celemines como agua, y asentarlos por tan buena órden, que el huésped, que lo estaba mirando, quedó contento, y tanto, que dijo: Pluguiese á Dios que vuestro amo no viniese, y que á vos os diese gana de quedaros en casa, que á fe que otro gallo os cantase, porque el mozo que se me fué vino á mi casa habrá ocho meses roto y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos muy buenos y va gordo como una nutria; porque quiero que sepais, hijo, que en esta casa hay muchos provechos, amen de los salarios. Si yo me quedase, replicó Avendaño, no repararia mucho en la ganancia, que con cualquiera cosa me contentaria á trueco de estar en esta ciudad, que me dicen que es la mejor de España. A lo ménos, respondió el huésped, es de las mejores y mas abundantes que hay en ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al rio, que tambien se me fué otro mozo, que con un asno que tengo famoso me tenia rebosando las tinajas y hecha un lago de agua la casa; y una de las causas porque los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos á mi posada, es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella, porque no llevan su ganado al rio, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños. Todo esto estaba oyendo Carriazo, el cual viendo que ya Avendaño estaba acomodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse á buenas noches, y mas que consideró el gran gusto que haria á Avendaño si le seguia el humor; y así dijo al huésped: Venga el asno, señor huésped, que tambien sabré yo cinchalle y cargalle, como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancía. Sí, dijo Avendaño, mi compañero Lope, asturiano, servirá de traer agua como un príncipe, y yo le fio. La Argüello, que estaba atenta desde el corredor á todas estas pláticas, oyendo decir á Avendaño, que él fiaba á su compañero, dijo: Dígame, gentilhombre, y ¿quién le ha de fiar á él? que en verdad que me parece que mas necesidad tiene de ser fiado que de ser fiador. Calla, Argüello, dijo el huésped, no te metas donde no te llaman, yo los fio á entrambos, y por vida de vosotras, que no tengais dares ni tomares con los mozos de casa, que por vosotras se me van todos. Pues ¿qué? dijo otra moza ¿ya se quedan en casa estos mancebos? Para mi santiguada, que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota. Déjese de chocarrerías, señora gallega, respondió el huésped, y haga su hacienda, y no se entremeta con los mozos, que la moleré á palos. Por cierto sí, replicó la gallega, ¡mirad qué joyas para codiciallas! Pues en verdad que no me ha hallado el señor mi amo tan juguetona con los mozos de

casa ni de fuera para tenerme en la mala piñon que me tiene: ellos son bellacos, y se van cuando se les antoja, sin que nosotras les demos ocasion alguna: bonica gente es ella por cierto, para tener necesidad de apetites que les inciten á dar un madrugon á sus amos cuando ménos se percatan. Mucho hablais, gallega hermana, respondió su amo: punto en boca, y atended á lo que teneis á vuestro cargo. Ya en esto tenia Carriazo enjaezado el asno, y subiendo en él de un brinco, se encaminó al rio, dejando á Avendaño muy alegre de haber visto su gallarda resolucion.

Hé aquí tenemos ya (en buen hora se cuente) á Avendaño hecho mozo de meson, con nombre de Tomas Pedro, que así dijo que se llamaba, y á Carriazo, con el de Lope asturiano, hecho aguador: transformaciones dignas de anteponerse á las del narigudo poeta. A malas penas acabó de entender la Argüello que los dos se quedaban en casa, cuando hizo designio sobre el asturiano, y le marcó por suyo, determinándose á regalarle de suerte, que aunque él fuese de condicion esquiva y retirada, le volviese mas blando que un guante. El mismo discurso hizo la gallega melindrosa sobre Avendaño, y como las dos por trato y conversacion y por dormir juntas fuesen grandes amigas, al punto declaró la una á la otra su determinacion amorosa, y desde aquella noche determinaron de dar principio á la conquista de sus dos desapasionados amantes; pero lo primero que advirtieron fué en que les habian de pedir que no les habian de pedir celos por cosas que las viesen hacer de sus personas, porque mal pueden regalar las mozas á los de dentro, si no hacen tributarios á los de fuera de casa: callad hermanos, decian ellas (como si los tuvieran presentes y fueran ya sus verdaderos mancebos ó amancebados), callad y tapáos los ojos, y dejad tocar el pandero á quien sabe, y que guie la danza quien la entiende, y no habrá par de canónigos mas regalados que vosotros lo seréis destas tributarias vuestras. Estas y otras razones desta sustancia y jaez dijeron la gallega y la Argüello. Y en tanto caminaba nuestro buen Lope asturiano la vuelta del rio por la cuesta del Cármen, puestos los pensamientos en sus almadrabas y en la súbita mutacion de su estado: ó ya fuese por esto ó porque la suerte así lo ordenase, en un paso estrecho al bajar de la cuesta encontró con un asno de un aguador que subia cargado, y como él descendia y su asno era gallardo, bien dispuesto y poco trabajado, tal encuentro dió al cansado y flaco que subia, que dió con él en el suelo, y por haberse quebrado los cántaros se derramó tambien el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo despechado y lleno de cólera arremetió al aguador moderno, que aun se estaba caballero, y ántes que se desenvolviese y apease, le habia pegado y asentado una docena de palos tales, que no le supieron bien al asturiano. Apeóse en fin, pero con tan malas entrañas, que arremetió á su enemigo, y asiéndole con ambas manos por la garganta dió con él en el suelo, y tal golpe dió con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre que pensó que le habia muerto. Otros muchos aguadores que allí venian, como vieron á su compañero tan mal parado, arremetieron á Lope, y tuviéronle asido fuertemente, gritando: Justicia, justicia, que este aguador ha muerto un hombre; y á vuelta destas razones y gritos le molian á mojicones y á palos. Otros acudieron al caido, y vieron que tenia hendida la cabeza, y que casi estaba espirando. Subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Cármen dieron en los oídos de un alguacil, el cual con dos corchetes, con mas lijereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia á tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de mas de veinte aguadores que no le dejaban menear, ántes le brumaban las costillas de manera que mas se pudiera temer de su vida que de la del herido, segun menudeaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la ajena injuria. Llegó el alguacil, apartó la gente, entregó á sus corchetes al asturiano, y antecogiendo á su asno, y al herido sobre el suyo, dió con ellos en la cárcel, acompañado de tanta gente y de tantos muchachos que le seguian, que apénas podia hender por las calles. Al rumor de la gente salió Tomas Pedro y su amo á la puerta de casa á ver de qué procedia tanta grita, y descubrieron á Lope entre los dos corchetes, lleno de sangre el rostro y la boca: miró luego por su asno el huésped, y vióle en poder de otro corchete que ya se les habia juntado: preguntó la causa de aquellas prisiones, fuéle respondida la verdad del suceso, pesóle por su asno, temiendo que le habia de perder ó á lo ménos de hacer mas costas por cobrarle que él valia. Tomas Pedro siguió á su compañero, sin que le dejasen llegar á hablarle una palabra: tanta era la gente que lo impedia y el recato de los corchetes y del alguacil que le llevaba. Finalmente, no le dejó hasta verle poner en la cárcel y en un calabozo con dos pares de grillos, y al herido en la enfermería, donde se halló á verle curar, y vió que la herida era peligrosa y mucho, y lo mismo dijo el cirujano El alguacil se llevó á su casa los dos asnos, y mas cinco reales de á ocho, que los corchetes habian quitado á Lope. Volvióse á la posada lleno de confusion y de tristeza, halló al que ya tenia por amo con no ménos pesadumbre que él traia, á quien dijo de la manera que quedaba su compañero, y del peligro de muerte en que estaba el herido, y del suceso de su asno: díjole mas, que á su desgracia se le habia añadido otra de no menor fastidio, y era que un grande amigo de su señor le habia encontrado en el camino, y le habia dicho que su señor por ir muy de priesa y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid habia pasado por la barca de Aceca, y que aquella noche dormia en Orgaz, y que le habia dado doce escudos que le diese, con órden de que se fuese á Sevilla, donde le esperaba; pero no puede ser así, añadió Tomas, pues no será razon que yo deje á mi amigo y camarada en la cárcel y en tanto peligro: mi amo me podrá perdonar por ahora, cuanto mas que él es tan bueno y honrado, que dará por bien cualquier falta que le hiciere, á trueco que no la haga á mi camarada: vuesa merced, señor amo, me la haga de tomar este dinero, y acudir á este negocio; y en tanto que este se gasta, yo escribiré á mi señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que basten á sacarnos de cualquier peligro. Abrió los ojos de un palmo el huésped, alegre de ver que en parte iba saneando la pérdida de su asno: tomó el dinero y consoló á Tomas, diciéndole que él tenia personas en Toledo de tal calidad, que valian mucho con la justicia, especialmente una señora monja, parienta del corregidor, que le mandaba con el pié, y que una lavandera del monasterio de la tal monja tenia

una hija que era grandísima amiga de una hermana de un fraile muy familiar y conocido del confesor de la dicha monja: la cual lavandera lavaba la ropa en casa, y como esta pida á su hija, que sí pedirá, hable á la hermana del fraile, que hable á su hermano que hable al confesor, y el confesor á la monja, y la monja guste de dar un billete (que será cosa fácil) para el corregidor, donde le pida encarecidamente mire por el negocio de Tomas, sin duda alguna se podrá esperar buen suceso: y esto ha de ser con tal que el aguador no muera, y con que no falte ungüento para untar á todos los ministros de la justicia, porque si no están untados, gruñen mas que carretas de bueyes. En gracia le cayó á Tomas los ofrecimientos del favor que su amo le habia hecho, y los infinitos y revueltos arcaduces por donde le habia derivado; y aunque conoció que ántes lo habia dicho de socarron, que de inocente, con todo eso le agradeció su buen ánimo, y le entregó el dinero con promesa que no faltaria mucho mas, segun él tenia la confianza en su señor, como ya le habia dicho. La Argüello, que vió atraillado á su nuevo cuyo, acudió luego á la cárcel á llevarle de comer; mas no se le dejaron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta, pero no por esto desistió de su buen propósito. En resolucion, dentro de quince dias estuvo fuera de peligro el herido, y á los veinte declaró el cirujano que estaba de todo sano: y ya en este tiempo habia dado traza Tomas como le viniesen cincuenta escudos de Sevilla, y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y cédula fingida de su amo; y como al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogia el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho. Por seis ducados se apartó de la querella el herido; en diez y en el asno y las costas sentenciaron al asturiano. Salió de la cárcel, pero no quiso volver á estar con su compañero, dándole por disculpa que en los dias que habia estado preso le habia visitado la Argüello y requerídole de amores, cosa para él de tanta molestia y enfado, que ántes se dejara ahorcar que corresponder con el deseo de tan mala hembra; que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado de seguir y pasar adelante con su propósito, comprar un asno y usar el oficio de aguador en tanto que estuviesen en Toledo, que con aquella cubierta no sería juzgado ni preso por vagamundo, y sin eso era oficio que con mucho descanso y comodidad suya podia usar, pues que con sola una carga de agua se podía andar todo el día por la ciudad á sus anchuras mirando bobas. Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las mas discretas mujeres de España, y que andan á una su discrecion con su hermosura; y si no, míralo por Costancica, de cuyas sobras de belleza puede enriquecer no solo á las hermosas desta ciudad, sino á las de todo el mundo. Paso, señor Tomas, replicó Lope, vamos poquito á poquito en esto de las alabanzas de la señora fregona, si no quiere que como le tengo por loco, le tenga por hereje. ¿Fregona has llamado á Costanza, hermano Lope? Respondió Tomas: Dios te lo perdone y te traiga á verdadero conocimiento de tu yerro. Pues ¿no es fregona? replicó el asturiano. Hasta ahora la tengo por ver fregar el primer plato. No importa, dijo Lope, no haberle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el centésimo. Yo te digo, hermano, replicó Tomas, que ella no friega ni entiende en otra cosa que en su labor, y en ser guarda de la plata labrada que hay en casa, que es mucha. Pues ¿cómo la llaman por toda la ciudad, dijo Lope, la Fregona ilustre, si es que no friega? mas sin duda debe de ser que como friega plata y no loza, le dan nombre de lustre. Pero dejando esto aparte, dime, Tomas, ¿en qué estado están tus esperanzas? En el de perdicion, respondió Tomas, porque en todos estos dias que has estado preso, nunca la he podido hablar una palabra, y á muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna otra cosa responde que con bajar los ojos y no desplegar los labios; tal es su honestidad y su recato, que no ménos enamora con su recogimiento que con su hermosura: lo que me trae alcanzado de paciencia, es saber que el hijo del corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella, y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierto, que en lo que cantan la nombran, la alaban y la solenizan; pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no deja que me pase el corazon la dura saeta de los celos. Pues ¿qué piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista desta Porcia, desta Minerva y desta nueva Penélope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda y te desvanece? Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope, que yo sé que estoy enamorado del mas hermoso rostro que pudo formar naturaleza, y de la mas incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva ó Penélope: en un meson sirve, que no lo puedo negar; pero ¿qué puedo yo hacer, si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina, y la eleccion con claro discurso me mueve á que la adore? Mira, amigo, no sé como te diga, prosiguió Tomas, de la manera con que amor el bajo sugeto desta fregona (que tú llamas) me le encumbra y levanta tan alto, que viéndole no le vea, y conociéndole le desconozca: no es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar, si así se puede decir, en la bajeza de su estado, porque luego acuden á borrarme este pensamiento su belleza, su donaire, su sosiego, su honestidad y recogimiento, y me dan á entender que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de merecimiento grande: finalmente, sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que á otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se extiende á mas que á servir y á procurar que ella me quiera, pagándome con honesta voluntad lo que á la mia tambien honesta se debe. A este punto dió una gran voz el asturiano, y como exclamando dijo: ¡Oh amor platónico! Oh fregona ilustre! Oh felicísimos tiempos los nuestros, donde vemos que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que abrase, el donaire da gusto sin que incite, y la bajeza del estado humilde obliga y fuerza á que le suban sobre la rueda de la que llaman fortuna! Oh pobres atunes mios, que os pasais este año sin ser visitados deste tan enamorado y aficionado vuestro! pero el que viene, yo haré la enmienda de manera que no se quejen de mí los mayorales de las mis deseadas almadrabas. A esto dijo Tomas: Ya veo, asturiano, cuán al descubierto te burlas de mí; lo que podias hacer es irte norabuena á

tu pesquería, que yo me quedaré en mi casa, y aquí me hallarás á la vuelta; si quisieres llevarte contigo el dinero que te toca, luego te lo daré, y ve en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guiare. Por mas discreto te tenia, replicó Lope; y ¿tú no ves que lo que digo es burlando? pero ya que sé que tú hablas de véras, de véras te serviré en todo aquello que fuere de tu gusto: una cosa sola te pido en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasion de que la Argüello me requiebre ni solicite, porque ántes romperé con tu amistad, que ponerme á peligro de tener la suya: vive Dios, amigo, que habla mas que un relator, y que le huele el aliento á rasuras desde una legua: todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera, y para adobar y suplir estas faltas, despues que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y así se jalbega el rostro, que no parece sino mascaron de yeso puro. Todo eso es verdad, replicó Tomas, y no es tan mala la gallega que á mí me martiriza: lo que se podrá hacer es, que esta noche sola estés en la posada, y mañana comprarás el asno que dices y buscarás donde estar, y así huirás los encuentros de la Argüello, y yo quedaré sujeto á los de la gallega y á los irreparables de los rayos de la vista de mi Costanza.

En esto se convinieron los dos amigos, y se fuéron á la posada, adonde de la Argüello fué con muestra de mucho amor recebido el asturiano. Aquella noche hubo un baile á la puerta de la posada de muchos mozos de múlas, que en ella y en las convecinas habia. El que tocó la guitarra fué el asturiano: las bailadoras, amen de las dos gallegas y de la Argüello, fuéron otras tres mozas de otra posada: juntáronse muchos embozados con mas deseo de ver á Costanza que el baile; pero ella no pareció ni salió á verle, con que dejó burlados muchos deseos. De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decian que la hacia hablar. Pidiéronle las mozas, y con mas ahinco la Argüello, que cantase algun romance: él dijo que como ellas le bailasen al modo como se canta y baila en las comedias, que le cantaria, y que para que no lo errasen, que hiciesen todo aquello que él dijese cantando, y no otra cosa. Habia entre los mozos de mulas bailarines, y entre las mozas ni mas ni ménos. Mondó el pecho Lope escupiendo dos veces, en el cual tiempo pensó lo que diria, y como era de presto, fácil y lindo ingenio, con una felicísima corriente, de improviso comenzó á cantar desta manera.

Salga la hermosa Argüello
Moza, una vez y no mas,
Y haciendo una reverencia
Dé dos pasos hácia atras.
De la mano la arrebate
El que llaman Barrabas,
Andaluz mozo de mulas,
Canónigo del compas.
De las dos mozas gallegas
Que en esta posada están,
Salga la mas carigorda,
En cuerpo y sin devantal.
Engarráfela Torote,
Y todos cuatro á la par
Con mudanzas y meneos
Dén principio á un contrapas.

Todo lo que iba cantando el asturiano hicieron al pié de la letra ellos y ellas; mas cuando llegó á decir que diesen principio á un contrapas, respondió Barrabas, que así le llamaban por mal nombre al bailarin mozo de mulas: Hermano músico, mire lo que canta, y no moteje á naide de mal vestido, porque aquí no hay naide con trapos, y cada uno se viste como Dios le ayuda. El huésped que oyó la ignorancia del mozo, le dijo: Hermano mozo, contrapas es un baile extranjero, y no motejo de mal vestidos. Si eso es, replicó el mozo, no hay para qué nos metan en dibujos: toquen sus zarabandas, chaconas y folías al uso, y escudillen como quisiren, que aquí hay personas que le sabrán llenar las medidas hasta el gollete. El asturiano sin replicar palab prosiguió su canto, diciendo:

Entren pues todas las ninfas
Y los ninfos que han de entrar,
Que el baile de la Chacona
Es mas ancho que la mar.
Requieran las castañetas,
Y bájense á refregar
Las manos por esa arena,
O tierra del muladar.
Todos lo han hecho muy bien,
No tengo que les retar:
Santigüense, y dén al diablo
Dos higas de su higueral.
Escupan al hideputa,
Porque nos deje holgar,
Puesto que de la Chacona
Nunca se suele apartar.
Cambio el son, divina Argüello,
Mas bella que un hospital,
Pues eres mi nueva musa,
Tu favor me quieres dar.
El baile de la Chacona
Encierra la vida bona.
Hállase allí el ejercicio
Que la salud acomoda,
Sacudiendo de los miembros
A la pereza poltrona.
Bulle la risa en el pecho
De quien baila y de quien toca,
Del que mira y del que escucha
Baile y música sonora.
Vierten azogue los piés,
Derrítese la persona,
Y con gusto de sus dueños
Las mulillas se descorchan.
El brio y la lijereza
En los viejos se remoza,
Y en los mancebos se ensalza
Y sobre modo se entona.
El baile de la Chacona
Encierra la vida bona.
¡Qué de veces ha intentado
Aquesta noble señora
Con la alegre zarabanda,
El pésame, y perra mora,
Entrarse por los resquicios
De las casas religiosas,
A inquietar la honestidad
Que en las santas celdas mor
¡Cuántas fué vituperada
De los mismos que la adora
Porque imagina el lascivo,
Y al que es necio se le antoja
Que *el baile de la Chacona*
Encierra la vida bona.
Esta indiana amulatada,
De quien la fama pregona
Que ha hecho mas sacrilegio
E insultos, que hizo Aroba:
Esta, á quien es tributaria
La turba de las fregonas,
La caterva de los pajes,
Y de lacayos las tropas,
Dice, jura, y no revienta,
Que á pesar de la persona
Del soberbio zambapalo,
Ella es la flor de la olla;
Y que sola la Chacona
Encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaba, se hacian rajas bailan la turbamulta de los mulantes y fregatrices del bail que llegaban á doce; y en tanto que Lope se acomodal á pasar adelante cantando otras cosas de mas tomo, su tancia y consideracion de las cantadas, uno de los m chos embozados que el baile miraban, dijo sin quitar el embozo: Calla, borracho, calla cuero, calla odrin poeta de viejo, músico falso. Tras esto acudieron otr diciéndole tantas injurias y muecas, que Lope tuvo p bien de callar; pero los mozos de mulas lo tuvieron ta á mal, que si no fuera por el huésped que con buen razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos, y aun co todo eso no dejaran de menear las manos, si á aquel ins tante no llegara la justicia y los hiciera recoger á todo

Apénas se habian retirado, cuando llegó á los oído de todos los que en el barrio despiertos estaban, una vo de un hombre que sentado sobre una piedra frontero d la posada del Sevillano, cantaba con tan maravillosa suave armonía, que los dejó suspensos, y les obligó que le escuchasen hasta el fin. Pero el que mas atent estuvo fué Tomas Pedro, como aquel á quien mas le to caba, no solo el oir la música, sino entender la letra, qu para él no fué oir canciones, sino cartas de excomunio que le congojaban el alma, porque lo que el músico can tó, fué este romance.

¿Dónde estás que no pareces,
Esfera de la hermosura,
Belleza á la vida humana
De divina compostura?
Cielo impíreo, donde amor
Tiene su estancia segura;
Primer moble que arrebata
Tras sí todas las venturas:
Lugar cristalino, donde
Transparentes aguas puras
Enfrian de amor las llamas,
Las acrecientan y apuran:
Nuevo hermoso firmamento
Donde dos estrellas juntas
Sin tomar la luz prestada
Al cielo y al suelo alumbran:
Alegría, que se opone
A las tristezas confusas
Del padre que da á sus hijos
En su vientre sepultura.
Humildad, que se resiste
De la alteza con que encumbra
El gran Jove, á quien influye
Su benignidad, que es mucha:

Red invisible y sutil,
Que pone en prisiones duras
Al adúltero guerrero
Que de las batallas triunfa:
Cuarto cielo y sol segundo,
Que el primero deja á escuras
Cuando acaso deja verse,
Que el verle es caso y ventura:
Grave embajador, que hablas
Con tan extraña cordura,
Que persuades callando
Aun mas de lo que procuras:
Del segundo cielo tienes
No mas que la hermosura,
Y del primero no mas
Que el resplandor de la luna:
Esta esfera sois, Costanza,
Puesta por corta fortuna
En lugar que por indigno
Vuestras venturas deslumbra.
Fabricad vos vuestra suerte,
Consintiendo se reduzga
La entereza á trato al uso,
La esquividad á blandura.
Con esto veréis, señora,
Que envidian vuestra fortuna
Las soberbias por linaje,
Las grandes por hermosura.
Si quereis ahorrar camino,
La mas rica y la mas pura
Voluntad en mí os ofrezco,
Que vió amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos, fué todo uno, que si como dieron junto á los piés del músico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacaran de los cascos la música y la poesía. Asombróse el pobre, y dió á correr por aquella cuesta arriba con tanta priesa, que no le alcanzara un galgo: ¡infelice estado de los músicos, murciélagos y lechuzos, siempre sujetos á semejantes lluvias y desmanes! A todos los que escuchado habian la voz del apedreado, les pareció bien; pero á quien mejor, fué á Tomas Pedro, que admiró la voz y el romance: mas quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasion de tantas músicas, puesto que á sus oidos jamas llegó ninguna. Contrario deste parecer fué Barrabas, el mozo de mulas, que tambien estuvo atento á la música, porque así como vió huir al músico, dijo: Allá irás, mentecato, trovador de Júdas, que pulgas te coman los ojos; y ¿quién diablos te enseñó á cantar á una fregona cosas de esferas y de cielos, llamándola lúnes, mártes y ruedas de fortuna? Dijérasla, noramala para tí y para quien le hubiera parecido bien tu trova, que es tiesa como un espárrago, entonada como un plumaje, blanca como una leche, honesta como un fraile novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler, y mas dura que un pedazo de argamasa; que como esto le dijeras, ella lo entendiera, y se holgara; pero llamarla embajador, y red, y moble, y alteza, y bajeza, mas es para decirlo á un niño de la doctrina, que á una fregona: verdaderamente que hay poetas en el mundo, que escriben trovas que no hay diablo que las entienda; yo á lo ménos aunque soy Barrabas, estas que ha cantado este músico, de ninguna manera las entiendo: miren qué hará Constancica; pero ella lo hace mejor, que se está en su cama haciendo burla del mismo Preste Juan de las Indias: este músico á lo ménos no es de los del hijo del corregidor, que aquellos son muchos, y una vez que otra se dejan entender; pero este, voto á tal, que me deja mohino. Todos los que escucharon á Barrabas recebieron gran gusto, y tuvieron su censura y parecer por muy acertado. Con esto se acostaron todos, y apénas estaba sosegada la gente, cuando sintió Lope que llamaban á la puerta de su aposento muy paso; y preguntando quién llama, fuéle respondido con voz baja: La Argüello y la gallega somos, ábrannos, que nos morimos de frio. Pues en verdad, respondió Lope, que estamos en la mitad de los caniculares. Déjate de gracias, Lope, replicó la gallega, levántate y abre, que venimos hechas unas archiduquesas. ¿Archiduquesas, y á tal hora? respondió Lope: no creo en ellas, ántes entiendo que sois brujas, ó unas grandísimas bellacas: idos de ahí luego, si no, por vida de... hago juramento, que si me levanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas. Ellas que se vieron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero se imaginaron, temieron la furia del asturiano, y defraudadas sus esperanzas y borrados sus designios se volvieron tristes y malaventuradas á sus lechos: aunque ántes de apartarse de la puerta, dijo la Argüello, poniendo los hocicos por el agujero de la llave: No es la miel para la boca del asno; y con esto, como si hubiera dicho una gran sentencia, y tomado una justa venganza, se volvió como se ha dicho á su triste cama. Lope, que sintió qué se habian vuelto, dijo á Tomas Pedro que estaba despierto: Mirad, Tomas, ponedme vos á pelear con dos gigantes, y en ocasion que me sea forzoso desquijarar por vuestro servicio media docena ó una de leones, que yo lo haré con mas facilidad que beber una taza de vino; pero que me pongais en necesidad, que me tome á brazo partido con la Argüello, no lo consentiré si me asaeteasen: mirad qué doncellas de Dinamarca nos habia ofrecido la suerte esta noche. Ahora bien, amanecerá Dios, y medraremos. Ya te he dicho, amigo, respondió Tomas, que puedes hacer tu gusto, ó ya en irte á tu romería, ó ya en comprar el asno, y hacerte aguador como tienes determinado. En lo de ser aguador me afirmo, respondió Lope, y durmamos lo poco que queda hasta venir el dia, que tengo esta cabeza mayor que una cuba, y no estoy para ponerme ahora á departir contigo. Durmiéronse, vino el dia, levantáronse, y acudió Tomas á dar cebada, y Lope se fué al mercado de las bestias, que es allí junto, á comprar un asno que fuese tal como bueno.

Sucedió pues que Tomas, llevado de sus pensamientos, y de la comodidad que le daba la soledad de las fiestas, habia compuesto en algunas unos versos amorosos, y escrítolos en el mismo libro do tenia la cuenta de la cebada, con intencion de sacarlos aparte en limpio, y romper ó borrar aquellas hojas; pero ántes que esto hiciese, estando él fuera de casa, habiéndose dejado el libro sobre el cajon de la cebada, le tomó su amo, y abriéndole para ver cómo estaba la cuenta, dió con los versos, que leidos le turbaron y sobresaltaron. Fuése con ellos á su mujer, y ántes que se los leyese, llamó á Costanza, y con grandes encarecimientos mezclados con amenazas, le dijo le dijese si Tomas Pedro el mozo de la cebada le habia dicho algun requiebro, ó alguna palabra descompuesta ó que diese indicio de tenerla aficion. Costanza juró que la primera palabra en aquella ó en otra materia alguna estaba aun por hablarla, y que jamas ni aun con los ojos le habia dado muestras de pensamiento malo alguno. Creyéronla sus amos por estar acostumbrados á oirla siempre decir verdad en todo cuanto le preguntaban. Dijéronla que se fuese de allí, y el huésped dijo á su mujer: No sé qué me diga desto; habréis de saber, señora, que Tomas tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas, que me ponen mala espina que está enamorado de Costancica. Veamos las coplas, respondió la mujer, que yo os diré lo que en eso debe de haber. Así será, sin duda alguna, replicó su marido, que como sois poeta, luego daréis en su sentido. No soy poeta, respondió la mujer, pero ya sabeis vos que tengo buen entendimiento, y que sé rezar en latin las cuatro oraciones. Mejor haríades de rezallas en romance, que ya os dijo vuestro tio el clérigo que deciades mil gazafatones cuando rezábades en latin, y que no rezábades nada. Esa flecha, de la aljaba de su sobrina

ha salido, que está envidiosa de verme tomar las horas de latin en la mano, y irme por ellas como por viña vendimiada. Sea como vos quisiéredes, respondió el huésped, estad atenta, que las coplas son estas.

¿Quién de amor venturas halla?
El que calla.
¿Quién triunfa de su aspereza?
La firmeza.
¿Quién da alcance á su alegría?
La porfía.
Dese modo bien podria
Esperar dichosa palma,
Si en esta empresa mi alma
Calla, está firme, y porfía.

¿Con qué se sustenta amor?
Con favor.
¿Y con qué mengua su furia?
Con la injuria.
¿Antes con desdenes crece?
Desfallece.
Claro en esto se parece
Que mi amor será inmortal;
Pues la causa de mi mal
Ni injuria ni favorece.

Quien desespera ¿qué espera?
Muerte entera.
Pues ¿qué muerte el mal remedia?
La que es media.
Luego ¿bien será morir?
Mejor sufrir;
Porque se suele decir,
(Y esta verdad se reciba):
Que tras la tormenta esquiva
Suele la calma venir.

¿Descubriré mi pasion?
En ocasion.
¿Y si jamas me la da?
Sí hará.
Llegará la muerte en tanto.
Llegue á tanto
Tu limpia fé y esperanza,
Que en sabiéndolo Costanza
Convierta en risa tu llanto.

¿Hay mas? dijo la huéspeda. No, respondió el marido; pero ¿qué os parece destos versos? Lo primero, dijo ella, es menester averiguar si son de Tomas. En eso no hay que poner duda, replicó el marido, porque la letra de la cuenta de la cebada y la de las coplas, toda es una, sin que se pueda negar. Mirad, marido, dijo la huéspeda, á lo que yo veo, puesto que las coplas nombran á Costancica, por donde se puede pensar que se hicieron para ella, no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se los viéramos escribir: cuanto mas, que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo; pero ya que sea por esta, ahí no le dice nada que la deshonre, ni la pide cosa que le importe. Estemos á la mira, y avisemos á la muchacha, que si él está enamorado della, á buen seguro que él haga mas coplas y que procure dárselas. ¿No sería mejor, dijo el marido, quitarnos desos cuidados, y echarle de casa? Eso, respondió la huéspeda, en vuestra mano está; pero en verdad que segun vos decis, el mozo sirve de manera, que sería conciencia el despedille por tan liviana ocasion. Ahora bien, dijo el marido, estarémos alerta, como vos decis, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer. Quedaron en eso, y tornó á poner el huésped el libro donde lo habia hallado. Volvió Tomas ansioso á buscar su libro, hallóle, y porque no le diese otro sobresalto, trasladó las coplas, rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse á descubrir su deseo á Costanza en la primera ocasion que se le ofreciese. Pero como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato, á ninguno daba lugar de miralla, cuanto mas de ponerse á pláticas con ella; y como habia tanta gente y tantos ojos de ordinario en la posada, se aumentaba mas la dificultad de hablalla, de que se desesperaba el pobre enamorado. Mas habiendo salido aquel dia Costanza con una toca ceñida por las mejillas, y dicho á quien se lo preguntó que por qué se la habia puesto, que tenia un gran dolor de muelas, Tomas, á quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que sería bueno que hiciese, y dijo: Señora Costanza, yo le daré una oracion en escrito que á dos veces que la rece, se le quitará como con la mano su dolor. Norabuena, respondió Costanza, que yo la rezaré, porque sé leer. Ha de ser con condicion, dijo Tomas, que no la ha de mostrar á nadie, porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla muchos se menosprecie. Yo le prometo, dijo Costanza, Tomas, que no la dé á nadie, y démela luego, porque me fatiga mucho el dolor. Yo la trasladaré de la memoria, respondio Tomas, y luego se la daré. Estas fuéron las primeras razones que Tomas dijo á Costanza, y Costanza á Tomas en todo el tiempo que habia que estaba en casa, que ya pasaban de veinte y cuatro dias. Retiróse Tomas, y escribió la oracion, y tuvo lugar de dársela á Costanza sin que nadie lo viese, y ella con mucho gusto y mas devocion se entró en un aposento á solas, y abriendo el papel, vió que decia desta manera.

«Señora de mi alma: Yo soy un caballero natural de Búrgos: si alcanzo de dias á mi padre, heredo un mayorazgo de seis mil ducados de renta: á la fama de vuestra hermosura, que por muchas leguas se extiende, dejé mi patria, mudé vestido, y en el traje que me veis, vine á servir á vuestro dueño: si vos lo quisiéredes ser mio, por los medios que mas á vuestra honestidad convengan, mirad qué pruebas quereis que haga para enteraros desta verdad; y enterada en ella, siendo gusto vuestro, seré vuestro esposo, y me tendré por el mas bien afortunado del mundo: solo por ahora os pido que no echeis tan enamorados y limpios pensamientos como los mios en la calle; que si vuestro dueño lo sabe, y no los cree, me condenará á destierro de vuestra presencia, que sería lo mismo que condenarme á muerte: dejadme, señora, que os vea, hasta que me creais, considerando que no merece el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros: con los ojos podréis responderme á hurto de los muchos que siempre os están mirando; que ellos son tales que airados matan, y piadosos resucitan.»

En tanto que Tomas entendió que Costanza se habia ido á leer su papel, le estuvo palpitando el corazon, temiendo y esperando ó ya la sentencia de su muerte, ó la restauracion de su vida. Salió en esto Costanza tan hermosa, aunque rebozada, que si pudiera recebir aumento su hermosura con algun accidente, se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomas otra cosa tan léjos de la que pensaba, habia acrecentado su belleza. Salió con el papel entre las manos hecho menudas piezas, y dijo á Tomas, que apénas se podia tener en pié: Hermano Tomas, esta tu oracion mas parece hechicería y embuste, que oracion santa, y así yo no la quiero creer ni usar, y por eso la he rasgado, porque no la vea nadie que sea mas crédula que yo: aprende otras oraciones mas fáciles, porque esta será imposible que te sea de provecho. En diciendo esto se entró con su ama, y Tomas quedó suspenso; pero algo consolado, viendo que en solo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo, pareciéndole que pues no habia dado cuenta dél á su amo, por lo ménos no estaba en peligro de que le echasen de casa. Parecióle que en el primero paso que habia dado en su pretension, habia atropellado por mil montes de inconvenientes, y que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

En tanto que esto sucedió en la posada, andaba el asturiano comprando el asno donde los vendian: y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un jitano anduvo muy solícito por encajalle uno que mas caminaba por el azogue que le habia echado en los oidos, que por lijereza suya; pero lo que contentaba con el paso,

desagradaba con el cuerpo, que era muy pequeño, y no del grandor y talle que Lope queria, que le buscaba suficiente para llevarle á él por añadidura, ora fuesen vacíos ó llenos los cántaros. Llegóse á él en esto un mozo, y díjole al oido: Galan, si busca bestia cómoda para el oficio de aguador, yo tengo un asno aquí cerca en un prado, que no le hay mejor ni mayor en la ciudad, y aconséjole que no compre bestia de jitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolamas; si quiere comprar la que le conviene, véngase conmigo y calle la boca. Creyóle el asturiano, y díjole que guiase adonde estaba el asno que tanto encarecia. Fuéronse los dos mano á mano, como dicen, hasta que llegaron á la huerta del Rey, donde á la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacian en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, tal, que le hinchó el ojo al asturiano, y de todos los que allí estaban fué alabado el asno de fuerte, de caminador y comedor sobremanera. Hicieron su concierto, y sin otra seguridad ni informacion, siendo corredores y medianeros los demas aguadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio. Hizo la paga real en escudos de oro. Diéronle el parabien de la compra y de la entrada en el oficio, y certificáronle que habia comprado un asno dichosísimo, porque el dueño que le dejaba, sin que se le mancase ni matase, habia ganado con él en ménos tiempo de un año, despues de haberse sustentado á él y al asno honradamente, dos pares de vestidos, y mas aquellos diez y seis ducados con que pensaba volver á su tierra, donde le tenian concertado un casamiento con una medio parienta suya. Amen de los corredores del asno, estaban otros cuatro aguadores jugando á la primera, tendidos en el suelo, sirviéndoles de bufete la tierra y de sobremesa sus capas. Púsose el asturiano á mirarlos, y vió que no jugaban como aguadores, sino como arcedianos, porque tenia de resto cada uno mas de cien reales en cuartos y en plata. Llegó una mano de echar todos el resto; y si uno no diera partido á otro, él hiciera mesa gallega. Finalmente, á los dos en aquel resto se les acabó el dinero y se levantaron. Viendo lo cual el vendedor del asno, dijo que si hubiera cuatro, que él jugara, porque era enemigo de jugar en tercio. El asturiano, que era de propiedad del azúcar, que jamas gastó menestra, como dice el italiano, dijo que él haria cuarto. Sentáronse luego, anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar ántes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenia; y viéndose sin blanca, dijo que si le querian jugar el asno, que él le jugaria. Acetaron el envite, y hizo de resto un cuarto del asno, diciendo que por cuartos queria jugarle. Dióle tan mal, que en cuatro restos consecutivamente perdió los cuatro cuartos del asno, y ganóselos el mismo que se le habia vendido; y levantándose para volverse á entregarse en él, dijo el asturiano que advirtiesen que él solamente habia jugado los cuatro cuartos del asno, pero la cola que se la diesen, y se le llevasen norabuena. Causóles risa á todos la demanda de la cola; y hubo letrados que fuéron de parecer que no tenia razon en lo que pedia, diciendo que cuando se vende un carnero ó otra res alguna, no se saca ni quita la cola, que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente. A lo cual replicó Lope que los carneros de Berberia ordinariamente tienen cinco cuartos, y que el quinto es de la cola; y cuando los tales carneros se cuartean, tanto vale la cola como cualquier cuarto; y que á lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no se cuartea, que lo concedia; pero que la suya no fué vendida, sino jugada, y que nunca su intencion fué jugar la cola, y que al punto se la volviesen luego con todo lo á ella anejo y concerniente, que era desde la punta del celebro, con toda la osamenta del espinazo, donde ella tomaba principio y decendia, hasta parar en los últimos pelos della. Dadme vos, dijo uno, que ello sea así como decís, y que os la dén como la pedis, y sentáos junto á lo que del asno queda. Pues así es, replicó Lope, venga mi cola; si no, por Dios que no me lleven el asno, si bien viniesen por él cuantos aguadores hay en el mundo; y no piensen que por ser tantos los que aquí están, me han de hacer superchería, porque soy yo un hombre que me sabré llegar á otro hombre, y meterle dos palmos de daga por las tripas, sin que sepa de quién, por dónde ó cómo le vino; y mas, que no quiero que me paguen la cola rata por cantidad, sino que quiero que me la dén en sér, y la corten del asno, como tengo dicho. Al gananciosoy á los demas les pareció no ser bien llevar aquel negocio por fuerza, porque juzgaron ser de tal brio el asturiano, que no consentiria que se la hiciesen; el cual, como estaba hecho al trato de las almadrabas, donde se ejercita todo género de rumbo y jácara, y de extraordinarios juramentos y votos, voleó allí el capelo y empuñó un puñal que debajo del capotillo traia, y púsose en tal postura, que infundió temor y respeto en toda aquella aguadera compañía. Finalmente, uno dellos, que parecia de mas razon y discurso, los concertó en que se echase la cola contra un cuarto del asno á una quinola, ó á dos y pasante. Fuéron contentos, ganó la quinola Lope, picóse el otro, echó el otro cuarto, y á otras tres manos quedó sin asno. Quiso jugar el dinero, no queria Lope, pero tanto le porfiaron todos, que le hubo de hacer, con que hizo el viaje del desposado, dejándole sin un solo maravedí; y fué tanta la pesádumbre que desto recebió el perdidoso, que se arrojó en el suelo, y comenzó á darse de calabazadas por la tierra. Lope, como bien nacido, y como liberal y compasivo, le levantó, y le volvió todo el dinero que le habia ganado, y los diez y seis ducados del asno, y aun de los que él tenia repartió con los circunstantes, cuya extraña liberalidad pasmó á todos: y si fueran los tiempos y las ocasiones del Tamorlan, le alzaran por rey de los aguadores. Con grande acompañamiento volvió Lope á la ciudad, donde contó á Tomas lo sucedido, y Tomas asimismo le dió cuenta de sus buenos sucesos. No quedó taberna, ni bodegon, ni junta de pícaros donde no se supiese el juego del asno, el desquite por la cola, y el brio y la liberalidad del asturiano; pero como la mala bestia del vulgo por la mayor parte es mala, maldita y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brio y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola; y así apénas hubo andado dos dias por la ciudad echando agua, cuando se vió señalar de muchos con el dedo que decian: Este es el aguador de la cola. Estuvieron los muchachos atentos, supieron el caso, y no habia asomado Lope por la entrada de cualquiera calle, cuando por toda ella le gritaban, quién de aquí, y quién de allí: Asturiano, daca la cola, daca la cola, asturiano. Lope, que se vió asaetear de tantas lenguas y con tantas voces, dió en

callar, creyendo que en su mucho silencio se anegaria tanta insolencia; mas ni por esas, pues miéntras mas callaba, mas los muchachos gritaban; y así probó á mudar su paciencia en cólera, y apeándose del asno, dió á palos tras los muchachos, que fué afinar el polvorin y ponerle fuego, y fué otro cortar las cabezas de la serpiente, pues en lugar de una que quitaba, apaleando á algun muchacho, nacian en el mismo instante no otras siete sino setecientas, que con mayor ahínco y menudeo le pedian la cola. Finalmente, tuvo por bien de retirarse á una posada, que habia tomado fuera de la de su compañero, por huir de la Argüello, y de estarse en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase, y se borrase de la memoria de los muchachos aquella demanda mala de la cola, que le pedian. Seis dias se pasaron sin que saliese de casa, sino era de noche, que iba á ver á Tomas, y á preguntarle del estado en que se hallaba, el cual le contó que despues que habia dado el papel á Costanza, nunca mas habia podido hablarla una sola palabra, y que le parecia que andaba mas recatada que solia, puesto que una vez tuvo lugar de llegar á hablarla, y viéndolo ella le habia dicho ántes que llegase: Tomas, no me duele nada, y así ni tengo necesidad de tus palabras, ni de tus oraciones: conténtate, que no te acuso á la Inquisicion, y no te canses; pero que estas razones las dijo sin mostrar ira en los ojos, ni otro desabrimiento que pudiera dar indicio de riguridad alguna. Lope le contó á él la priesa que le daban los muchachos pidiéndole la cola, porque él habia pedido la de su asno, con que hizo el famoso desquite. Aconsejóle Tomas que no saliese de casa, á lo ménos sobre el asno, y que si saliese, fuese por las calles solas y apartadas, y que cuando esto no bastase, bastaria dejar el oficio, último remedio de poner fin á tan poco honesta demanda. Preguntóle Lope si habia acudido mas la gallega. Tomas dijo que no; pero que no dejaba de sobornarle la voluntad con regalos y presentes de lo que hurtaba en la cocina á los huéspedes. Retiróse con esto á su posada Lope con determinacion de no salir della en otros seis dias, á lo ménos con el asno.

Las once serian de la noche, cuando de improviso y sin pensarlo vieron entrar en la posada muchas varas de justicia, y al cabo el corregidor. Alborotóse el huésped, y aun los huéspedes; porque así como los cometas cuando se muestran, siempre causan temores de desgracias é infortunios, ni mas ni ménos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Entróse el corregidor en una sala, llamó al huésped de casa, el cual vino temblando á ver lo que el señor corregidor queria. Y así como le vió el corregidor le preguntó con mucha gravedad: ¿Sois vos el huésped? Sí, señor, respondió él, para lo que vuesa merced me quisiere mandar. Mandó el corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban, y que le dejasen solo con el huésped. Hiciéronlo así, y quedándose solos, dijo el corregidor al huésped: Huésped, ¿qué gente de servicio teneis en esta vuestra posada? Señor, respondió él, tengo dos mozas gallegas, y una ama y un mozo que tiene cuenta con dar la cebada y paja. ¿No mas? replicó el corregidor. No, señor, respondió el huésped. Pues decidme, huésped, dijo el corregidor, ¿dónde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa, que por toda la ciudad la llaman la ilustre Fregona, y aun me han llegado á decir que mi hijo D. Periquito es su enamorado, y que no hay noche que no le dé músicas? Señor, respondió el huésped, esa Fregona ilustre que dicen, es verdad que está en esta casa; pero ni es mi criada, ni deja de serlo. No entiendo lo que dices, huésped, en eso de ser y no ser vuestra criada la Fregona. Yo he dicho bien, añadió el huésped, y si vuesa merced me da licencia, le diré lo que hay en esto, lo cual jamas he dicho á persona alguna. Primero quiero ver á la Fregona que saber otra cosa: llamadla acá, dijo el corregidor. Asomóse el huésped á la puerta de la sala, y dijo: ¿Oíslo, señora? haced que entre aquí Costancica. Cuando la huéspeda oyó que el corregidor llamaba á Costanza, turbóse y comenzó á torcerse las manos, diciendo: ¡Ay, desdichada de mí, el corregidor á Costanza y á solas! algun gran mal debe de haber sucedido, que la hermosura desta muchacha trae encantados los hombres. Costanza, que lo oia, dijo: Señora, no se congoje, que yo iré á ver lo que el señor corregidor quiere, y si algun mal hubiere sucedido, esté segura vuesa merced que no tendré yo la culpa; y en esto sin aguardar que otra vez la llamasen, tomó una vela encendida sobre un candelero de plata, y con mas vergüenza que temor, fué donde el corregidor estaba. Así como el corregidor la vió, mandó al huésped que cerrase la puerta de la sala, lo cual hecho, el corregidor se levantó, y tomando el candelero que Costanza traia, llegándole la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba abajo; y como Costanza estaba con sobresalto, habíasele encendido la color del rostro, y estaba tan hermosa y tan honesta, que al corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel en la tierra; y despues de haberla bien mirado, dijo: Huésped, esta no es joya para estar en el bajo engaste de un meson; desde aquí digo que mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos: digo, doncella, que no solamente os pueden y deben llamar ilustre, sino ilustrísima; pero estos títulos no habian de caer sobre el nombre de Fregona, sino sobre el de una duquesa. No es fregona, señor, dijo el huésped; que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata, que por la bondad de Dios tengo alguna, con que se sirven los huéspedes honrados que á esta posada vienen. Con todo eso, dijo el corregidor, digo, huésped, que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un meson: ¿es parienta vuestra, por ventura? Ni es mi parienta, ni es mi criada; y si vuesa merced gustare de saber quién es, como ella no esté delante, oirá vuesa merced cosas que juntamente con darle gusto le admiren. Sí gustaré, dijo el corregidor, y salgase Costancica allá fuera, y prométase de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerse, que su mucha honestidad y hermosura obligan á que todos los que la vieren se ofrezcan á su servicio. No respondió palabra Costanza, sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al corregidor, y salióse de la sala, y halló á su ama desalada esperándola para saber della qué era lo que el corregidor la queria. Ella le contó lo que habia pasado, y cómo su señor quedaba con él para contalle no sé qué cosas que no queria que ella las oyese. No acabó de sosegarse la huéspeda, y siempre estuvo rezando hasta que se fué el corregidor, y vió salir libre á su marido, el cual en tanto que estuvo con el corregidor, le dijo:

Hoy hacen, señor, segun mi cuenta quince años, un mes y cuatro dias que llegó á esta posada una señora en hábito de peregrina, en una litera, acompañada de cuatro criados de á caballo y de dos dueñas y una doncella, que en un coche venian: traia asimismo dos acémilas cubiertas con dos ricos reposteros, y cargadas con una rica cama y con aderezos de cocina: finalmente, el aparato era principal, y la peregrina representaba ser una gran señora; y aunque en la edad mostraba ser de cuarenta ó pocos mas años, no por eso dejaba de parecer hermosa en todo extremo: venía enferma y descolorida, y tan fatigada, que mandó que luego luego le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criados. Preguntáronme cuál era el médico de mas fama desta ciudad. Díjeles que el doctor de la Fuente. Fuéron luego por él, y él vino luego: comunicó á solas con él su enfermedad; y lo que de su plática resultó fué que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte, y en lugar donde no le diesen ningun ruido. Al momento la mudaron á otro aposento, que está aquí arriba apartado y con la comodidad que el doctor pedia. Ninguno de los criados entraba donde su señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servian. Yo y mi mujer preguntamos á los criados quién era la tal señora y cómo se llamaba, y de dónde venía y dónde iba, si era casada, viuda ó doncella, y por qué causa se vestia aquel hábito de peregrina. A todas estas preguntas que les hicimos una y muchas veces, no hubo alguno que nos respondiese otra cosa, sino que aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, y que no tenia hijos que la heredasen; y que porque habia algunos meses que estaba enferma de hidropesía, habia ofrecido de ir á Nuestra Señora de Guadalupe en romería, por la cual promesa iba en aquel hábito. En cuanto á decir su nombre, traian órden de no llamarla sino la señora peregrina. Esto supimos por entónces; pero á cabo de tres dias que por enferma la señora peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó á mí y á mi mujer de su parte: fuímos á ver lo que queria, y á puerta cerrada y delante de sus criadas, casi con lágrimas en los ojos nos dijo creo que estas mismas razones: Señores mios, los cielos me son testigos que sin culpa mia me hallo en el riguroso trance que ahora os diré; yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van apretando: ninguno de los criados que vienen conmigo saben mi necesidad y desgracia: á estas mis mujeres, ni he podido, ni he querido encubrírselo: por huir de los maliciosos ojos de mi tierra, y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir á Nuestra Señora de Guadalupe: ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto: á vosotros está ahora el remediarme y acudirme con el secreto que merece la que su honra pone en vuestras manos: la paga de la merced que me hiciéredes, que así quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero, responderá á lo ménos á dar muestra de una voluntad muy agradecida, y quiero que comiencen á dar muestras de mi voluntad estos doscientos escudos de oro que van en este bolsillo; y sacando debajo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja de oro y verde, se le puso en las manos de mi mujer, la cual como simple, y sin mirar lo que hacia, porque estaba suspensa y colgada de la peregrina, tomó el bolsillo sin responderle palabra de agradecimiento ni de comedimiento alguno: yo me acuerdo que le dije que no era menester nada de aquello, que no éramos personas que por interes mas que por caridad nos moviamos á hacer bien cuando se ofrecia. Ella prosiguió diciendo: Es menester, amigos, que busqueis donde llevar lo que pariere luego luego, buscando tambien mentiras que decir á quien lo entregáredes, que por ahora será en la ciudad, y despues quiero que se lleve á una aldea: de lo que despues se hubiere de hacer, siendo Dios servido de alumbrarme y de llevarme á cumplir mi voto, cuando de Guadalupe vuelva, lo sabréis, porque el tiempo me habrá dado lugar de que piense y escoja lo mejor que me convenga: partera no la he menester ni la quiero, que otros partos mas honrados que he tenido, me aseguran que con sola la ayuda destas mis criadas facilitaré sus dificultades, y ahorraré un testigo mas de mis sucesos. Aquí dió fin á su razonamiento la lastimada peregrina, y principio á un copioso llanto, que en parte fué consolado por las muchas y buenas razones que mi mujer, ya vuelta en mas acuerdo, le dijo: finalmente, yo salí luego á buscar donde llevar lo que pariese á cualquier hora que fuese; y entre las doce y la una de aquella misma noche, cuando toda la gente de casa estaba entregada al sueño, la buena señora parió una niña, la mas hermosa que mis ojos hasta entónces habian visto, que es esta misma que vuesa merced acaba de ver ahora: ni la madre se quejó en el parto, ni la hija nació llorando: en todos habia sosiego y silencio maravilloso, y tal, cual convenía para el secreto de aquel extraño caso. Otros seis dias estuvo en la cama, y en todos ellos venía el médico á visitarla; pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedia su mal; y las medicinas que le ordenaba, nunca las puso en ejecucion, porque solo pretendió engañar á sus criados con la visita del médico. Todo esto me dijo ella misma despues que se vió fuera de peligro, y á los ocho dias se levantó con el mismo bulto, ó con otro que se parecia á aquel con que se habia echado. Fué á su romería, y volvió de allí á veinte dias ya casi sana, porque poco á poco se iba quitando del artificio, con que despues de parida se mostraba hidrópica. Cuando volvió estaba ya la niña dada á criar por mi órden con nombre de mi sobrina, en una aldea dos leguas de aquí: en el bautismo se le puso por nombre Costanza, que así lo dejó ordenado su madre, la cual contenta de lo que yo habia hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena de oro que hasta ahora tengo, de la cual quitó seis trozos, los cuales dijo que traeria la persona que por la niña viniese: tambien cortó un blanco pergamino á vueltas y á ondas, á la traza y manera como cuando se enclavijan las manos, y en los dedos se escribe alguna cosa, que estando enclavijados los dedos se puede leer, y despues de apartadas las manos queda dividida la razon, porque se dividen las letras, que en volviendo á enclavijar los dedos se juntan y corresponden de manera que se pueden leer continuadamente: digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y encajados se leerán, y divididos no es posible, si no es adivinando la mitad del pergamino; y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando el contraseño hasta ahora; puesto que ella me dijo que dentro de dos años enviaria por su hija, encargándome que la criase no como quien

ella era, sino del modo que se suele criar una labradora. Encargóme tambien que si por algun suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase á tener entendimiento, no la dijese del modo que habia nacido; y que la perdonase el no decirme su nombre, ni quién era; que lo guardaba para otra ocasion mas importante. En resolucion, dándome otros cuatrocientos escudos de oro, y abrazando á mi mujer con tiernas lágrimas, se partió, dejándonos admirados de su discrecion, valor, hermosura y recato. Costanza se crió en el aldea dos años, y luego la truje conmigo, y siempre la he traido en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado. Quince años, un mes y cuatro dias ha que aguardo á quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida, y si en este año en que estamos no vienen, tengo determinado de prohijalla, y darle toda mi hacienda, que vale mas de seis mil ducados, Dios sea bendito. Resta ahora, señor corregidor, decir á vuesa merced, si es posible que yo sepa decir las bondades y las virtudes de Costancica. Ella, lo primero y principal es devotísima de Nuestra Señora: confiesa y comulga cada mes; sabe escribir y leer; no hay mayor randera en Toledo; canta á la almohadilla como unos ángeles; en ser honesta no hay quien la iguale, pues en lo que toca á ser hermosa, ya vuesa merced lo ha visto. El señor D. Pedro, hijo de vuesa merced, en su vida la ha hablado; bien es verdad que de cuando en cuando le da alguna música, que ella jamas escucha. Muchos señores, y de título, han posado en esta posada, y aposta por hartarse de verla han detenido su camino muchos dias; pero yo sé bien que no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra sola, ni acompañada. Esta es, señor, la verdadera historia de la Ilustre Fregona, que no friega, en la cual no he salido de la verdad un punto. Calló el huésped, y tardó un gran rato el corregidor en hablarle: tan suspenso le tenia el suceso que el huésped le habia contado; en fin, le dijo que le trujese allí la cadena y el pergamino, que queria verlo. Fué el huésped por ello, y trayéndoselo, vió que era así como le habia dicho: la cadena era de trozos, curiosamente labrada: en el pergamino estaban escritas, una debajo de otra, en el espacio que habia de henchir el vacío de la otra mitad, estas letras: E. T. E. L. S. N. V. D. D. R. Por las cuales letras vió ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino, para poder ser entendidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juzgó por muy rica á la señora peregrina, que tal cadena habia dejado al huésped; y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada á la hermosa muchacha, cuando hubiese concertado un monasterio donde llevarla, por entónces se contentó de llevar solo el pergamino, encargando al huésped que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y diese noticia de quién era el que por ella venia, ántes que le mostrase la cadena, que dejaba en su poder. Con esto se fué, tan admirado del cuento y suceso de la Ilustre Fregona, como de su incomparable hermosura. Todo el tiempo que gastó el huésped en estar con el corregidor, y el que ocupó Costanza cuando la llamaron, estuvo Tomas fuera de sí, combatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamas con ninguno de su gusto; pero cuando vió que el corregidor se iba y que Costanza se quedaba, respiró su espíritu, volviéronle los pulsos, que ya casi desamparado le tenian: no osó preguntar al huésped lo que el corregidor queria, ni el huésped lo dijo á nadie, sino á su mujer, con que ella tambien volvió en sí, dando gracias á Dios, que de tan grande sobresalto la habia librado.

El dia siguiente, cerca de la una, entraron en la posada, con cuatro hombres de á caballo, dos caballeros ancianos de venerables presencias, habiendo primero preguntado uno de dos mozos que á pié con ellos venian si era aquella la posada del Sevillano; y habiéndole respondido que sí, se entraron todos en ella. Apeáronse los cuatro, y fuéron á apear los dos ancianos, señal por do se conoció que aquellos dos eran señores de los seis. Salió Costanza con su acostumbrada gentileza á ver los nuevos huéspedes; y apénas la hubo visto uno de los dos ancianos, cuando dijo al otro: Yo creo, señor don Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos á buscar. Tomas, que acudió á dar recado á las cabalgaduras, conoció luego á dos criados de su padre, y luego conoció á su padre y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos á quien los demas respetaban; y aunque se admiró de su venida, consideró que debian de ir á buscar á él y á Carriazo á las almadrabas, que no habria faltado quien les hubiese dicho que en ellas, y no en Flándes, los hallarian; pero no se atrevió á dejarse conocer en aquel traje, ántes, aventurándolo todo, puesta la mano en el rostro pasó por delante dellos, y fué á buscar á Costanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola, y apriesa y con lengua turbada, temeroso que ella no le daria lugar para decirle nada, le dijo: Costanza, uno destos dos caballeros ancianos que aquí han llegado ahora es mi padre, que es aquel que oyeres llamar D. Juan de Avendaño; infórmate de sus criados si tiene un hijo que se llama D. Tomas de Avendaño, que soy yo, y de aquí podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en cuanto á la calidad de mi persona, y que te la diré en cuanto de mi parte te tengo ofrecido; y quédate adios, que hasta que ellos se vayan no pienso volver á esta casa. No le respondió nada Costanza, ni él aguardó á que le respondiese, sino volviéndose á salir cubierto como habia entrado, se fué á dar cuenta á Carriazo de cómo sus padres estaban en la posada. Dió voces el huésped á Tomas que viniese á dar cebada; pero como no pareció, dióla él mismo. Uno de los dos ancianos llamó aparte á una de las dos mozas gallegas, y preguntóle cómo se llamaba aquella muchacha hermosa que habian visto, y que si era hija ó parienta del huésped ó huéspeda de casa. La gallega le respondió: La moza se llama Costanza, ni es parienta del huésped ni de la huéspeda, ni sé lo que es: solo digo que la doy á la mala landre, que no sé qué tiene, que no deja hacer baza á ninguna de las mozas que estamos en esta casa, pues en verdad que tenemos nuestras faiciones como Dios nos las puso: no entra huésped que no pregunte luego quién es la hermosa, y que no diga: bonita es, bien parece, á fe que no es mala, mal año para las mas pintadas, nunca peor me la depare la fortuna; y á nosotras no hay quien nos diga: ¿qué teneis ahí, diablos, ó mujeres, ó lo que sois? Luego esta niña á esa cuenta, replicó el caballero, debe de dejarse manosear y requebrar de los huéspedes. Sí,

respondió la gallega, tenedle el pié al herrar, bonita es la niña para eso: par Dios, señor, si ella se dejara mirar siquiera, manara en oro: es mas áspera que un erizo: es una traga avemarías, labrando está todo el dia y rezando: para el dia que ha de hacer milagros, quisiera yo tener un cuento de renta: mi ama dice que trae un silicio pegado á las carnes, y que es una santa. Contentísimo el caballero de lo que habia oido á la gallega, sin esperar á que le quitasen las espuelas, llamó al huésped, y retirándose con él aparte en una sala, le dijo: Yo, señor huésped, vengo á quitaros una prenda mia, que ha algunos años que teneis en vuestro poder; para quitárosla os traigo mil escudos de oro y estos trozos de cadena, y este pergamino. Diciendo esto, sacó los seis de la señal de la cadena que él tenia: asimismo conoció el pergamino, y alegre sobremanera con el ofrecimiento de los mil escudos, respondió: Señor, la prenda que quereis quitar está en casa; pero nó están en ella la cadena ni el pergamino con que se ha de hacer la prueba de la verdad, que yo creo que vuesa merced trata; y así le suplico tenga paciencia, que yo vuelvo luego; y al momento fué á avisar al corregidor de lo que pasaba, y de cómo estaban dos caballeros en su posada, que venian por Costanza. Acababa de comer el corregidor, y con el deseo que tenia de ver el fin de aquella historia, subió luego á caballo, y vino á la posada del Sevillano, llevando consigo el pergamino de la muestra; y apénas hubo visto á los dos caballeros, cuando abiertos los brazos fué á abrazar al uno, diciendo: ¡Válame Dios! ¡qué buena venida es esta, señor D. Juan de Avendaño, primo y señor mio! El caballero le abrazó asimismo, diciéndole: Sin duda, señor primo, habrá sido buena mi venida, pues os veo, y con la salud que siempre os deseo: abrazad, primo, á este caballero, que es el señor D. Diego de Carriazo, gran señor, y amigo mio. Ya conozco al señor D. Diego, respondió el corregidor, y le soy muy servidor; y abrazándose los dos, despues de haberse recebido con grande amor y grandes cortesías, se entraron en una sala, donde se quedaron solos con el huésped, el cual ya tenia consigo la cadena, y dijo: Ya el señor corregidor sabe á lo que vuesa merced viene, señor D. Diego de Carriazo: vuesa merced saque los trozos que faltan á esta cadena, y el señor corregidor sacará el pergamino que está en su poder, y hagamos la prueba que ha tantos años que espero á que se haga. Desa manera, respondió D. Diego, no habrá necesidad de dar cuenta de nuevo al señor corregidor de nuestra venida, pues bien se verá que ha sido á lo que vos, señor huésped, habréis dichó. Algo me ha dicho, pero mucho me quedó por saber: el pergamino héle aquí. Sacó D. Diego el otro, y juntando las dos partes, se hicieron una, y á las letras del que tenia el huésped, que como se ha dicho eran E. T. E. L. S. N. V. D. D. R. respondian en el otro pergamino estas: S. A. S. A. E. A. L. E. R. A. E. A., que todas juntas decian: *Esta es la señal verdadera.* Cotejáronse luego los trozos de la cadena, y hallaron ser las señas verdaderas. Esto está hecho, dijo el corregidor: resta ahora saber, si es posible, quiénes son los padres desta hermosisima prenda. El padre, respondió D. Diego, yo lo soy, la madre ya no vive; basta saber que fué tan principal, que pudiera yo ser su criado; y porque como se encubre su nombre, no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error y culpa conocida, se ha dè saber que la madre desta prenda, siendo viuda de un gran caballero, se retiró á una aldea suya, y allí con recato y con honestidad grandisima pasaba con sus criados y vasallos una vida sosegada y quieta: ordenó la suerte que un dia, yendo yo á caza por el término de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta: cuando llegué á su alcázar, que así se puede llamar su gran casa, dejé el caballo á un criado mio; subí sin topar á nadie hasta el mismo aposento donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro: era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasion, despertaron en mí un deseo mas atrevido que honesto, y sin ponerme á hacer discretos discursos, cerré tras mí la puerta, y llegándome á ella, la desperté, y teniéndola asida fuertemente, le dije: vuesa merced, señora mia, no grite, que las voces que diere serán pregoneras de su deshonra: nadie me ha visto entrar en este aposento, que mi suerte, porque la tengo bonísima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados, y cuando ellos acudan á vuestras voces, no podrán mas que quitarme la vida: y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dejará de quedar en opinion vuestra fama. Finalmente yo la gocé contra su voluntad y á pura fuerza mia: ella cansada, rendida y turbada, ó no pudo ó no quiso hablarme palabra, y yo dejándola como atontada y suspensa, me volví á salir por los mismos pasos donde habia entrado, y me vine á la aldea de otro amigo mio, que estaba dos leguas de la suya. Esta señora se mudó de aquel lugar á otro, y sin que yo jamas la viese, ni lo procurase, se pasaron dos años, al cabo de los cuales supe que era muerta; y podrá haber veinte dias, que con grandes encarecimientos, escribiéndome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra, me envió á llamar un mayordomo desta señora; fuí á ver lo que me queria, bien léjós de pensar en lo que me dijo: halléle á punto de muerte, y por abreviar razones, en muy breves me dijo cómo al tiempo que murió su señora le dijo todo lo que conmigo le habia sucedido, y cómo habia quedado preñada de aquella fuerza, y que por encubrir el bulto habia venido en romería á Nuestra Señora de Guadalupe, y cómo habia parido en esta casa una niña que se habia de llamar Costanza: dióme las señas con que la hallaria, que fuéron las que habeis visto de la cadena y pergamino; y dióme ansimismo treinta mil escudos de oro, que su señora dejó para casar á su hija: díjome ansimismo que el no habérmelos dado luego como su señora habia muerto, ni declarádome lo que ella encomendó á su confianza y secreto, habia sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero; pero que ya que estaba á punto de ir á dar cuenta á Dios, por descargo de su conciencia me daba el dinero, y me avisaba adónde y cómo habia de hallar mi hija. Recebí el dinero y las señales, y dando cuenta desto al señor D. Juan de Avendaño, nos pusimos en camino desta ciudad.

A estas razones llegaba D. Diego, cuando oyeron que en la puerta de la calle decian á grandes voces: Díganle á Tomas Pedro, el mozo de la cebada, cómo llevan á su amigo el asturiano preso; que acuda á la cárcel, que allí le espera. A la voz de cárcel y de preso, dijo el corregidor que entrase el preso y el alguacil que le llevaba. Dijeron al alguacil que el corregidor, que estaba allí, le

mandaba entrar con el preso, y así lo hubo de hacer. Venía el asturiano todos los dientes bañados en sangre, y muy mal parado, y muy bien asido del alguacil; y así como entró en la sala, conoció á su padre y al de Avendaño: turbóse, y por no ser conocido, con un paño como que se limpiaba la sangre se cubrió el rostro. Preguntó el corregidor que qué habia hecho aquel mozo, que tan mal parado le llevaban. Respondió el alguacil que aquel mozo era un aguador, que le llamaban el asturiano, á quien los muchachos por las calles decian: daca la cola, asturiano, daca la cola; y luego en breves palabras contó la causa por qué le pedian la tal cola, de que no riyeron poco todos. Dijo mas: que saliendo por la puerta de Alcántara, dándole los muchachos priesa con la demanda de la cola, se habia apeado del asno, y dando tras todos, alcanzó á uno, á quien dejaba medio muerto á palos, y que queriéndole prender, se habia resistido, y que por eso iba tan mal parado. Mandó el corregidor que se descubriese el rostro, y porfiando á no querer descubrirse, llegó el alguacil, y quitóle el pañuelo, y al punto le conoció su padre, y dijo todo alterado: Hijo D. Diego, ¿cómo estás desta manera? ¿qué traje es este? ¿aun no se te han olvidado tus picardías? Hincó las rodillas Carriazo, y fuese á poner á los piés de su padre, que con lágrimas en los ojos le tuvo abrazado un buen espacio. Don Juan de Avendaño, como sabia que D. Diego habia venido con D. Tomas su hijo, preguntóle por él: á lo cual respondió que D. Tomas de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el asturiano dijo, se acabó de apoderar la admiracion en todos los presentes, y mandó el corregidor al huésped que trujese allí al mozo de la cebada. Yo creo que no está en casa, respondió el huésped, pero yo le buscaré; y así fué á buscalle. Preguntó D. Diego á Carriazo que qué transformaciones eran aquellas, y qué les habia movido á ser él aguador, y D. Tomas mozo de meson. A lo cual respondió Carriazo que no podia satisfacer á aquellas preguntas tan en público, que él responderia á solas. Estaba Tomas Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí sin ser visto lo que hacian su padre y el de Carriazo: teníale suspenso la venida del corregidor, y el alboroto que en toda la casa andaba. No faltó quien le dijese al huésped cómo estaba allí escondido; subió por él, y mas por fuerza que por grado le hizo bajar; y aun no bajara, si el mismo corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre, diciendo: Baje vuesa merced, señor pariente, que aquí no le aguardan osos ni leones. Bajó Tomas, y con los ojos bajos y sumision grande se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento, á fuer del que tuvo el padre del hijo pródigo cuando le cobró de perdido. Ya en esto habia venido un coche del corregidor para volver en él, pues la gran fiesta no permitia volver á caballo. Hizo llamar á Constanza, y tomándola de la mano, se la presentó á su padre, diciendo: Recebid, señor don Diego, esta prenda, y estimadla por la mas rica que acertárades á desear; y vos, hermosa doncella, besad la mano á vuestro padre, y dad gracias á Dios, que con tan honrado suceso ha enmendado, subido y mejorado la bajeza de vuestro estado. Costanza, que no sabía ni imaginaba lo que le habia acontecido, toda turbada y temblando no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos, se las comenzó á besar tiernamente, bañándoselas con infinitas lágrimas, que por sus hermosísimos ojos derramaba. En tanto que esto pasaba, habia persuadido el corregidor á su primo D. Juan que se viniesen todos con él á su casa; y aunque D. Juan lo rehusaba, fuéron tantas las persuasiones del corregidor, que lo hubo de conceder; y así entraron en el coche todos; pero cuando dijo el corregidor á Costanza que entrase tambien en el coche, se le anubló el corazon, y ella y la huéspeda se asieron una á otra, y comenzaron á hacer tan amargo llanto, que quebraba los corazones de cuantos le escuchaban. Decia la huéspeda: ¿Cómo es esto, hija de mi corazon, que te vas y me dejas? Cómo tienes ánimo de dejar á esta madre, que con tanto amor te ha criado? Costanza lloraba, y la respondia con no ménos tiernas palabras. Pero el corregidor enternecido, mandó que asimismo la huéspeda entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenia, hasta que saliese de Toledo. Así la huéspeda y todos entraron en el coche, y fuéron á casa del corregidor, donde fuéron bien recebidos de su mujer, que era una principal señora. Comieron regalada y suntuosamente, y despues de comer contó Carriazo á su padre cómo por amores de Costanza D. Tomas se habia puesto á servir en el meson, y que estaba enamorado de tal manera della, que sin que le hubiera descubierto ser tan principal como era, siendo su hija, la tomara por mujer en el estado de fregona. Vistió luego la mujer del corregidor á Costanza con unos vestidos de una hija que tenia de la misma edad y cuerpo de Costanza; y si parecia hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecia cosa del cielo: tan bien la cuadraban, que daba á entender que desde que nació habia sido señora, y usado los mejores trajes que el uso trae consigo. Pero entre tantos alegres, no pudo faltar un triste, que fué D. Pedro, el hijo del corregidor, que luego se imaginó que Costanza no habia de ser suya, y así fué la verdad; porque entre el corregidor, y D. Diego de Carriazo, y D. Juan de Avendaño se concertaron en que D. Tomas se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le habia dejado, y el aguador D. Diego de Carriazo casase con la hija del corregidor, y D. Pedro, el hijo del corregidor, con una hija de D. Juan de Avendaño, que su padre se ofrecia á traer dispensacion del parentesco. Desta manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos; y la nueva de los casamientos y de la ventura de la Fregona ilustre se extendió por la ciudad, y acudia infinita gente á ver á Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho. Vieron al mozo de la cebada Tomas Pedro vuelto en D. Tomas de Avendaño, y vestido como señor: notaron que Lope asturiano era muy gentilhombre despues que habia mudado vestido, y dejado el asno y las aguaderas; pero con todo eso no faltaba quien en el medio de su pompa, cuando iba por la calle no le pidiese la cola. Un mes se estuvieron en Toledo, al cabo del cual se volvieron á Búrgos D. Diego de Carriazo y su mujer, su padre y Costanza con su marido D. Tomas, y el hijo del corregidor, que quiso ir á ver á su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas que Costanza dió á su señora, que siempre con este nombre llamaba á la que la habia criado. Dió ocasion la historia de la Fregona ilustre, á que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas en so-

lenizar y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aun vive en compañía de su buen mozo de meson; y Carriazo ni mas ni ménos, con tres hijos, que sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca, y su padre apénas ve algun asno de aguador, cuando se le representa y viene á la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando ménos se cate ha de remanecer en alguna sátira el daca la cola, asturiano; asturiano, daca la cola.

LAS DOS DONCELLAS.

Cinco leguas de la ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, á la hora que anochecia entró un caminante sobre un hermoso cuartago extranjero: no traia criado alguno, y sin esperar que le tuviesen el estribo, se arrojó de la silla con gran lijereza. Acudió luego el huésped (que era hombre diligente y de recato), mas no fué tan presto que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal habia, desabrochándose muy apriesa los botones del pecho, y luego dejó caer los brazos á una y á otra parte, dando manifiesto indicio de desmayarse. La huéspeda, que era caritativa, se llegó á él, y rociándole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo; y él dando muestras que le habia pesado de que así le hubiesen visto, se volvió á abrochar, pidiendo que le diesen luego un aposento donde se recogiese, y que si fuese posible, fuese solo. Díjole la huéspeda que no habia mas de uno en toda la casa, y que tenia dos camas, y que era forzoso si algun huésped acudiese, acomodarle en la una. A lo cual respondió el caminante que él pagaria los dos lechos, viniese ó no huésped alguno; y sacando un escudo de oro, se le dió a la huéspeda con condicion que á nadie diese el lecho vacío. No se descontentó la huéspeda de la paga, ántes se ofreció de hacer lo que le pedia, aunque el mismo dean de Sevilla llegase aquella noche á su casa. Preguntóle si queria cenar, y respondió que no; mas que solo queria que se tuviese gran cuidado con su cuartago: pidió la llave del aposento, y llevando consigo unas bolsas grandes de cuero, se entró en él y cerró tras sí la puerta con llave, y aun á lo que despues pareció arrimó á ella dos sillas. Apénas se hubo encerrado, cuando se juntaron á consejo el huésped, y el mozo que daba la cebada, y otros dos vecinos que acaso allí se hallaron, y todos trataron de la grande hermosura y gallarda disposicion del nuevo huésped, concluyendo que jamas tal belleza habian visto: tanteáronle la edad, y se resolvieron que tendria de diez y seis á diez y siete años: fuéron y vinieron, y dieron y tomaron, como suele decirse, sobre qué podia haber sido la causa del desmayo que le dió; pero como no la alcanzaron, quedáronse con la admiracion de su gentileza. Fuéronse los vecinos á sus casas, y el huésped á pensar el cuartago, y la huéspeda á aderezar algo de cenar por si otros huéspedes viniesen. Y no tardó mucho cuando entró otro de poca mas edad que el primero, y no de ménos gallardía; y apénas le hubo oido la huéspeda, cuando dijo: ¡Válame Dios, y qué es esto! ¿vienen por ventura esta noche á posar ángeles á mi casa? ¿Por qué dice eso la señora huéspeda? dijo el caballero. No lo digo por nada, señor, respondió la mesonera, solo digo que vuesa merced no se apee, porque no tengo cama que darle, que dos que tenia las ha tomado un caballero que está en aquel aposento, y me las ha pagado entrambas, aunque no habia menester mas de la una sola, porque nadie le entre en el aposento, y es que debe de gustar de la soledad; y en Dios y en mi ánima que no sé yo por qué, que no tiene él cara ni disposicion para esconderse, sino para que todo el mundo le vea y le bendiga. ¿Tan lindo es, señora huéspeda? replicó el caballero. Y ¡cómo si es lindo! dijo ella, y aun mas que relindo. Ten aquí, mozo, dijo á esta razon el caballero, que aunque duerma en el suelo, tengo de ver hombre tan alabado; y dando el estribo á un mozo de mulas que con él venia, se apeó, y hizo que le diese luego de cenar, y así fué hecho. Y estando cenando, entró un alguacil del pueblo (como de ordinario en los lugares pequeños se usa), y sentóse á conversacion con el caballero en tanto que cenaba, y no dejó entre razon y razon de echar abajo tres cubiletes de vino, y de roer una pechuga y una cadera de perdiz que le dió el caballero, y todo se lo pagó el alguacil con preguntarles nuevas de la corte, y de las guerras de Flándes y bajada del turco, no olvidándose de los sucesos del transilvano, que nuestro Señor guarde. El caballero cenaba y callaba, porque no venia de parte que le pudiese satisfacer á sus preguntas. Ya en esto habia acabado el mesonero de dar recado al cuartago, y sentóse á hacer tercio en la conversacion, y á probar de su mismo vino no ménos tragos que el alguacil; y á cada trago que envasaba, volvia y derribaba la cabeza sobre el hombro izquierdo, y alababa el vino, que le ponia en las nubes, aunque no se atrevia á dejarle mucho en ellas, porque no se aguase. De lance en lance volvieron á las alabanzas del huésped encerrado, y contaron de su desmayo y encerramiento, y de que no habia querido cenar cosa alguna: ponderaron el aparato de las bolsas, y la bondad del cuartago y del vestido vistoso que de camino traia: todo lo cual requeria no venir sin mozo que le sirviese. Todas estas exageraciones pusieron nuevo deseo de verle, y rogó al mesonero hiciese de modo como él entrase á dormir en la otra cama, y le daria un escudo de oro; y puesto que la codicia del dinero acabó con la voluntad del mesonero de dársela, halló ser imposible á causa que estaba cerrado por de dentro, y no se atrevia á despertar al que dentro dormia, y que tan bien tenia pagados los dos lechos. Todo lo cual facilitó el alguacil, diciendo: Lo que se podrá hacer, es que yo llamare á la puerta, diciendo que soy la justicia, que por mandado del señor alcalde traigo á aposentar á este caballero á este meson, y que no habiendo otra cama, se le manda dar aquella: á lo cual ha de replicar el huésped que se le hace agravio, porque ya está alquilada, y no es razon quitarla al que la tiene: con esto quedará el mesonero disculpado, y vuesa merced conseguirá su intento. A todos les pareció bien la traza del alguacil,

y por ella le dió el deseoso cuatro reales. Púsose luego por obra: y en resolucion, mostrando gran sentimiento el primer huésped abrió á la justicia, y el segundo pidiéndole perdon del agravio que al parecer se le habia hecho, se fué á acostar en el lecho desocupado; pero ni el otro le respondió palabra, ni ménos se dejó ver el rostro, porque apénas hubo abierto, cuando se fué á su cama, y vuelta la cara á la pared, por no responder hizo que dormia. El otro se acostó, esperando cumplir por la mañana su deseo, cuando se levantasen. Eran las noches de las perezosas y largas de diciembre, y el frio y el cansancio del camino forzaban á procurar pasarlas con reposo: pero como no le tenia el huésped primero, á poco mas de la media noche comenzó á suspirar tan amargamente, que con cada suspiro parecia despedírsele el alma; y fué de tal manera, que aunque el segundo dormia, hubo de despertar al lastimero son del que se quejaba, y admirado de los sollozos, con que acompañaba los suspiros, atentamente se puso á escuchar lo que al parecer entre sí murmuraba. Estaba la sala escura, y las camas bien desviadas; pero no por esto dejó de oir entre otras razones, estas, que con voz debilitada y flaca, el lastimado huésped primero decia: ¡Ay sin ventura! ¿adónde me lleva la fuerza incontrastable de mis hados? ¿Qué camino es el mio, ó qué salida espero tener del intricado laberinto donde me hallo? ¡Ay pocos y mal experimentados años, incapaces de toda buena consideracion y consejo! ¿Qué fin ha de tener esta no sabida peregrinacion mia? ¡Ay honra menospreciada, ay amor mal agradecido, ay respetos de honrados padres y parientes atropellados, y ay de mí una y mil veces, que tan á rienda suelta me dejé llevar de mis deseos! ¡Oh palabras fingidas, que tan de véras me obligastes á que con obras os respondiese! Pero ¿de quién me quejo, cuitada? ¿Yo no soy la que quise engañarme? ¿No soy yo la que tomó el cuchillo en sus mismas manos, con que corté y eché por tierra mi crédito, con el que de mi valor tenian mis ancianos padres? ¡Oh fementido Marco Antonio! ¿Cómo es posible que en las dulces palabras que me decias, viniese mezclada la hiel de tus descortesías y desdenes? ¿Adónde estás, ingrato, adónde te fuiste, desconocido? Respóndeme, que te hablo: espérame, que te sigo: susténtame, que descaezco: págame lo que me debes: socórreme, pues por tantas vias te tengo obligado. Calló en diciendo esto, dando muestra en los ayes y suspiros que no dejaban los ojos de derramar tiernas lágrimas. Todo lo cual con sosegado silencio estuvo escuchando el segundo huésped, coligiendo por las razones que habia oido, que sin duda alguna era mujer la que se quejaba, cosa que le avivó mas el deseo de conocella, y estuvo muchas veces determinado de irse á la cama de la que creia ser mujer; y hubiéralo hecho, si en aquella sazon no le sintiera levantar, y abriendo la puerta de la sala dió voces al huésped de casa que le ensillase el cuartago, porque queria partirse. A lo cual, al cabo de un buen rato que el mesonero se dejó llamar, le respondió que se sosegase, porque aun no era pasada la media noche, y que la escuridad era tanta, que sería temeridad ponerse en camino. Quietóse con esto, y volviendo á cerrar la puerta se arrojó en la cama de golpe, dando un recio suspiro. Parecióle al que escuchaba que sería bien hablarle, y ofrecerle para su remedio lo que de su parte podia, por obligarle con esto á que se descubriese, y su lastimera historia le contase, y así le dijo: Por cierto, señor gentilhombre, que si los suspiros que habeis dado y las palabras que habeis dicho no me hubieran movido á condolerme del mal de que os quejais, entendiera que carecia de natural sentimiento, ó que mi alma era de piedra, y mi pecho de bronce duro; y si esta compasion que os tengo, y el presupuesto que en mí ha nacido de poner mi vida por vuestro remedio (si es que vuestro mal le tiene) merece alguna cortesía, en recompensa ruégoos que la useis conmigo, declarándome, sin encubrirme cosa, la causa de vuestro dolor. Si él no me hubiera sacado de sentido, respondió el que se quejaba, bien debiera yo de acordarme que no estaba sola en este aposento, y así hubiera puesto mas freno á mi lengua y mas tregua á mis suspiros; pero en pago de haberme faltado la memoria en parte donde tanto me importaba tenerla, quiero hacer lo que me pedis, porque renovando la amarga historia de mis desgracias, podria ser que el nuevo sentimiento me acabase; mas si quereis que haga lo que me pedis, habeisme de prometer por la fe que me habeis mostrado en el ofrecimiento que me habeis hecho, y por quien vos sois (que á lo que en vuestras palabras mostrais, prometeis mucho) que por cosas que de mí oigais en lo que os dijere, no os habeis de mover de vuestro lecho, ni venir al mio, ni preguntarme mas de aquello que yo quisiere deciros; porque si al contrario desto hiciéredes, en el punto que os sienta mover, con una espada que á la cabecera tengo, me pasaré el pecho. Esotro (que mil imposibles prometiera por saber lo que tanto deseaba) le respondió que no saldria un punto de lo que le habia pedido, afirmándoselo con mil juramentos. Con ese seguro pues, dijo el primero, yo haré lo que hasta agora no he hecho, que es dar cuenta de mi vida á nadie, y así escuchad.

Habeis de saber, señor, que yo que en esta posada entré, como sin duda os habrán dicho, en traje de varon, soy una desdichada doncella, á lo ménos una que lo fué no ha ocho dias, y lo dejé de ser por inadvertida y loca, y por creerse de palabras compuestas y afeitadas de fementidos hombres: mi nombre es Teodosia, mi patria un principal lugar desta Andalucía, cuyo nombre callo (porque no os importa á vos tanto el saberlo, como á mi el encubrirlo): mis padres son nobles y mas que medianamente ricos, los cuales tuvieron un hijo y una hija, él para descanso y honra suya, y ella para todo lo contrario: á él enviaron á estudiar á Salamanca: á mí me tenian en su casa, adonde me criaban con el recogimiento y recato que su virtud y nobleza pedian, y yo sin pesadumbre alguna siempre les fuí obediente, ajustando mi voluntad á la suya sin discrepar un solo punto, hasta que mi suerte menguada ó mi mucha demasía me ofreció á los ojos un hijo de un vecino nuestro mas rico que mis padres, y tan noble como ellos: la primera vez que le miré no sentí otra cosa que fuese mas de una complacencia de haberle visto; y no fué mucho, porque su gala, gentileza, rostro y costumbres eran de los alabados y estimados del pueblo, con su rara discrecion y cortesía; pero ¿de qué me sirve alabar á mi enemigo ni ir alargando con razones el suceso tan desgraciado mio, ó por mejor decir, el principio de mi locura? Digo en fin, que él me vió una y muchas veces desde una ventana que frontero de otra mia estaba; desde allí, á lo

que me pareció, me envió el alma por los ojos, y los mios con otra manera de contento que el primero gustaron de miralle, y aun me forzaron á que creyese que eran puras verdades cuanto en sus ademanes y en su rostro leia: fué la vista la intercesora y medianera de la habla, la habla de declarar su deseo, su deseo de encender el mio y de dar fe al suyo: llegóse á todo esto las promesas, los juramentos, las lágrimas, los suspiros, y todo aquello que á mi parecer puede hacer un firme amador, para dar á entender la entereza de su voluntad y la firmeza de su pecho, y en mí, desdichada (que jamas en semejantes ocasiones y trances me habia visto) cada palabra era un tiro de artillería que derribaba parte de la fortaleza de mi honra: cada lágrima era un fuego en que se abrasaba mi honestidad: cada suspiro un furioso viento que el incendio aumentaba de tal suerte, que acabó de consumir la virtud que hasta entónces aun no habia sido tocada; y finalmente, con la promesa de ser mi esposo á pesar de sus padres (que para otra le guardaban), di con todo mi recogimiento en tierra, y sin saber cómo me entregué en su poder á hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi desatino, que un paje de Marco Antonio (que este es el nombre del inquietador de mi sosiego); y apénas hubo tomado de mí la posesion que quiso, cuando de allí á dos dias desapareció del pueblo, sin que sus padres ni otra persona alguna supiesen decir ni imaginar dónde habia ido. Cuál yo quedé, dígalo quien tuviere poder para decirlo, que yo no sé ni supe mas de sentillo: castigué mis cabellos, como si ellos tuvieran la culpa de mi yerro; martiricé mi rostro, por parecerme que él habia dado toda la ocasion á mi desventura; maldije mi suerte, acusé mi presta determinacion, derramé muchas é infinitas lágrimas, víme casi ahogada entre ellas y entre los suspiros que de mi lastimado pecho salian, quejéme en silencio al cielo, discurrí con la imaginacion, por ver si descubria algun camino ó senda á mi remedio, y la que hallé fué vestirme en hábito de hombre, y ausentarme de la casa de mis padres, y irme á buscar á este segundo engañador Enéas, á este cruel y fementido Vireno, á este defraudador de mis buenos pensamientos y legítimas y bien fundadas esperanzas; y así sin ahondar mucho en mis discursos, ofreciéndome la ocasion un vestido de camino de mi hermano, y un cuartago de mi padre que yo ensillé, una noche escurísima salí de casa con intencion de ir á Salamanca, donde, segun despues se dijo, creian que Marco Antonio podia haber venido; porque tambien es estudiante, y camarada del hermano mio que os he dicho: no dejé asimismo de sacar cantidad de dineros en oro, para todo aquello que en mi impensado viaje pueda sucederme; lo que mas me fatiga es que mis padres me han de seguir y hallar por las señas del vestido y del cuartago que traigo, y cuando esto no tema, temo á mi hermano que está en Salamanca, del cual si soy conocida, ya se puede entender el peligro en que está puesta mi vida; porque aunque él escuche mis disculpas, el menor punto de su honor pasa á cuantas yo pudiere darle: con todo esto, mi principal determinacion es, aunque pierda la vida, buscar al desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo sin que le desmientan las prendas que dejó en mi poder, que son una sortija de diamantes, con unas cifras que dicen: Es Marco Antonio esposo de Teodosia. Si le hallo, sabré dél qué halló en mí que tan presto le movió á dejarme; y en resolucion haré que me cumpla la palabra y fe prometida, ó le quitaré la vida, mostrándome tan presta á la venganza, como fui fácil al dejar agraviarme; porque la nobleza de la sangre que mis padres me han dado, va despertando en mí brios que me prometen ó ya remedio, ó ya venganza de mi agravio. Esta es, señor caballero, la verdadera y desdichada historia que deseábades saber, la cual será bastante disculpa de los suspiros y palabras que os despertaron: lo que os ruego y suplico es, que ya que no podais darme remedio, á lo ménos me déis consejo con que pueda huir los peligros que me contrastan, y templar el temor que tengo de ser hallada, y facilitar los modos que he de usar para conseguir lo que tanto deseo y he menester.

Un gran espacio de tiempo estuvo sin responder palabra el que habia estado escuchando la historia de la enamorada Teodosia, y tanto, que ella pensó que estaba dormido y que ninguna cosa le habia oido; y para certificarse de lo que sospechaba, le dijo: ¿Dormis, señor? y no sería malo que durmiésedes, porque el apasionado que cuenta sus desdichas á quien no las siente, bien es que causen en quien las escucha mas sueño que lástima. No duermo, respondió el caballero, ántes estoy tan despierto, y siento tanto vuestra desventura, que no sé si diga que en el mismo grado me aprieta y duele que á vos misma, y por esta causa el consejo que me pedis, no solo ha de parar en aconsejaros, sino en ayudaros con todo aquello que mis fuerzas alcanzaren; que puesto que en el modo que habeis tenido en contarme vuestro suceso, se ha mostrado el raro entendimiento de que sois dotada, y que conforme á esto os debió de engañar mas vuestra voluntad rendida que las persuasiones de Marco Antonio, todavía quiero tomar por disculpa de vuestro yerro vuestros pocos años, en los cuales no cabe tener experiencia de los muchos engaños de los hombres: sosegad, señora, y dormid, si podeis, lo poco que debe de quedar de la noche; que en viniendo el dia nos aconsejarémos los dos y verémos qué salida se podrá dar á vuestro remedio. Agradecióselo Teodosia lo mejor que supo, y procuró reposar un rato por dar lugar á que el caballero durmiese, el cual no fué posible sosegar un punto, ántes comenzó á volcarse por la cama y á suspirar de manera que le fué forzoso á Teodosia preguntarle qué era lo que sentia, que si era alguna pasion á quien ella pudiese remediar, lo haría con la voluntad misma que él á ella se le habia ofrecido. A esto respondió el caballero: Puesto que sois vos, señora, la que causa el desasosiego que en mí habeis sentido, no sois vos la que podais remedialle, que á serlo, no tuviera yo pena alguna. No pudo entender Teodosia adónde se encaminaban aquellas confusas razones; pero todavía sospechó que alguna pasion amorosa le fatigaba, y aun pensó ser ella la causa, y era de sospechar y de pensar, pues la comodidad del aposento, la soledad y la escuridad, y el saber que era mujer, no fuera mucho haber despertado en él algun mal pensamiento, y temerosa desto se vistió con grande priesa y con mucho silencio, y se ciñó su espada y daga, y de aquella manera, sentada sobre la cama estuvo esperando el dia, que de allí á poco espacio dió señal de su venida con la luz que entraba por los muchos lugares y entradas que tienen los aposentos de los mesones y ventas: y lo mismo que Teodosia habia hecho

el caballero, y apénas vió estrellado el aposento con la luz del dia, cuando se levantó de la cama, diciendo: Levantáos, señora Teodosia, que yo quiero acompañaros en esta jornada, y no dejaros de mi lado hasta que como legítimo esposo tengais en el vuestro á Marco Antonio, ó que él ó yo perdamos las vidas; y aquí veréis la obligacion y voluntad en que me ha puesto vuestra desgracia; y diciendo esto, abrió las ventanas y puertas del aposento. Estaba Teodosia deseando ver la claridad, para ver con la luz qué talle y parecer tenia aquel con quien habia estado hablando toda la noche; mas cuando le miró y le conoció, quisiera que jamas hubiera amanecido, sino que allí en perpetua noche se le hubieran cerrado los ojos; porque apénas hubo el caballero vuelto los ojos á mirarla (que tambien deseaba verla), cuando ella conoció que era su hermano, de quien tanto se temia, á cuya vista casi perdió la de sus ojos, y quedó suspensa, y muda, y sin color en el rostro; pero sacando del temor esfuerzos, y del peligro discrecion, echando mano á la daga, la tomó por la punta, y se fué á hincar de rodillas delante de su hermano, diciendo con voz turbada y temerosa: Toma, señor y querido hermano mio, y haz con este hierro el castigo del que he cometido, satisfaciendo tu enojo, que para tan grande culpa como la mia no es bien que ninguna misericordia me valga: yo confieso mi pecado, y no quiero que me sirva de disculpa mi arrepentimiento: solo te suplico que la pena sea de suerte, que se extienda á quitarme la vida, y no la honra, que puesto que yo la he puesto en manifiesto peligro, ausentándome de casa de mis padres, todavía quedará en opinion, si el castigo que me dieres fuere secreto. Mirábala su hermano, y aunque la soltura de su atrevimiento le incitaba á la venganza, las palabras tan tiernas y tan eficaces con que manifestaba su culpa le ablandaron de tal suerte las entrañas, que con rostro agradable y semblante pacífico la levantó del suelo, y la consoló lo mejor que pudo y supo, diciéndole entre otras razones, que por no hallar castigo igual á su locura, le suspendia por entónces; y así por esto, como por parecerle que aun no habia cerrado la fortuna de todo en todo las puertas á su remedio, queria ántes procurársele por todas las vias posibles, que no tomar venganza del agravio que de su mucha liviandad en él redundaba. Con estas razones volvió Teodosia á cobrar los perdidos espíritus, tornó la color á su rostro, y revivieron sus casi muertas esperanzas. No quiso mas D. Rafael (que así se llamaba su hermano) tratarle de su suceso: solo le dijo que mudase el nombre de Teodosia en Teodoro, que diesen luego la vuelta á Salamanca los dos juntos á buscar á Marco Antonio, puesto que él imaginaba que no estaba en ella, porque siendo su camarada, le hubiera hablado, aunque podia ser que el agravio que le habia hecho le enmudeciese y le quitase la gana de verle. Remitióse el nuevo Teodoro á lo que su hermano quiso. Entró en esto el huésped, al cual ordenaron que les diese algo de almorzar, porque querian partirse luego.

Entre tanto que el mozo de mulas ensillaba, y el almuerzo venia, entró en el meson un hidalgo que venia de camino, que de D. Rafael fué conocido luego. Conocíale tambien Teodoro, y no osó salir del aposento por no ser visto. Abrazáronse los dos, y preguntó D. Rafael al recien venido qué nuevas habia en su lugar. A lo cual respondió, que él venia del Puerto de Santa María, adonde dejaba cuatro galeras de partida para Nápoles, y que en ellas habia visto embarcado á Marco Antonio Adorno, el hijo de D. Leonardo Adorno. Con las cuales nuevas se holgó D. Rafael, pareciéndole que pues tan sin pensar habia sabido nuevas de lo que tanto le importaba, era señal que tendria buen fin su suceso: rogóle á su amigo que trocase con el cuartago de su padre (que él muy bien conocia) la mula que él traia, no diciéndole que venia, sino que iba á Salamanca, y que no queria llevar tan buen cuartago en tan largo camino. El otro, que era comedido y amigo suyo, se contentó del trueco, y se encargó de dar el cuartago á su padre. Almorzaron juntos, y Teodoro solo, y llegado el punto de partirse el amigo, tomó el camino de Cazalla, donde tenia una rica heredad. No partió D. Rafael con él, que por hurtarle el cuerpo le dijo que le convenia volver aquel dia á Sevilla; y así como le vió ido, estando en órden las cabalgaduras, hecha la cuenta y pagado al huésped, diciendo adios, se salieron de la posada, dejando admirados á cuantos en ella quedaban de su hermosura y gentil disposicion, que no tenia para hombre menor gracia, brio y compostura D. Rafael, que su hermana belleza y donaire. Luego en saliendo contó don Rafael á su hermana las nuevas que de Marco Antonio le habian dado, y que le parecia que con la diligencia posible caminasen la vuelta de Barcelona, donde de ordinario suelen parar algun dia las galeras que pasan á Italia ó vienen á España, y que si no hubiesen llegado podian esperarlas, y allí sin duda hallarian á Marco Antonio. Su hermana le dijo que hiciese todo aquello que mejor le pareciese, porque ella no tenia mas voluntad que la suya. Dijo D. Rafael al mozo de mulas que consigo llevaba, que tuviese paciencia, porque le convenia pasar á Barcelona, asegurándole la paga á todo su contento del tiempo que con él anduviese. El mozo, que era de los alegres del oficio, y que conocia que D. Rafael era liberal, respondió que hasta el cabo del mundo le acompañaria y serviria. Preguntó D. Rafael á su hermana qué dineros llevaba. Respondió que no los tenia contados, y que no sabia mas de que en el escritorio de su padre habia metido la mano siete ó ocho veces, y sacádola llena de escudos de oro, y segun aquello imaginó D. Rafael que podia llevar hasta quinientos escudos, que con otros docientos que él tenia, y una cadena de oro que llevaba, le pareció no ir muy desacomodado; y mas persuadiéndose que habia de hallar en Barcelona á Marco Antonio. Con esto se dieron priesa á caminar sin perder jornada, y sin acaecerles desman ó impedimento alguno, llegaron á dos leguas de un lugar que está nueve de Barcelona, que se llama Igualada. Habian sabido en el camino como un caballero, que pasaba por embajador á Roma, estaba en Barcelona esperando las galeras, que aun no habian llegado: nueva que les dió mucho contento. Con este gusto caminaron hasta entrar en un bosquecillo que en el camino estaba, del cual vieron salir un hombre corriendo y mirando atras como espantado. Púsosele D. Rafael delante diciéndole: ¿Por qué huis, buen hombre, ó qué caso os ha acontecido, que con muestras de tanto miedo os hace parecer tan lijero? ¿No quereis que corra apriesa y con miedo, respondió el hombre, si por milagro me he escapado de una compañía de bandoleros que queda en ese bosque? Malo, dijo el mozo de mulas, malo, vive Dios: ¿bandoleritos á estas horas? para mi

antiguada que ellos nos pongan como nuevos. No os congojeis, hermano, replicó el del bosque, que ya los bandoleros se han ido, y han dejado atados á los árboles deste bosque mas de treinta pasajeros, dejándoles en camisa: á solo un hombre dejaron libre para que desatase á los demas despues que ellos hubiesen traspuesto una montañuela que le dieron por señal. Si eso es, dijo Calvete (que así se llamaba el mozo de mulas), seguros podemos pasar, á causa que al lugar donde los bandoleros hacen el salto no vuelven por algunos dias, y puedo asegurar esto como aquel que ha dado dos veces en sus manos, y sabe de molde su usanza y costumbres. Así es, dijo el hombre, lo cual oido por D. Rafael, determinó pasar adelante; y no anduvieron mucho, cuando dieron en los atados, que pasaban de cuarenta, que los estaba desatando el que dejaron suelto. Era extraño espectáculo el verlos: unos desnudos del todo: otros vestidos con los vestidos astrosos de los bandoleros: unos llorando de verse robados, otros riendo de ver los extraños trajes de los otros: este contaba por menudo lo que le llevaban: aquel decia que le pesaba mas de una caja de *agnus* que de Roma traia, que de otras infinitas cosas que llevaba. En fin, todo cuanto allí pasaba eran llantos y gemidos de los miserables despojados. Todo lo cual miraban, no sin mucho dolor, los dos hermanos, dando gracias al cielo que de tan grande y tan cercano peligro los habia librado. Pero lo que mas compasion les puso, especialmente á Teodoro, fué ver al tronco de una encina atado un muchacho de edad, al parecer, de diez y seis años, con sola la camisa y unos calzones de lienzo; pero tan hermoso de rostro, que forzaba y movia á todos que le mirasen. Apeóse Teodoro á desatarle, y él le agradeció con muy corteses razones el beneficio; y por hacérsele mayor, pidió á Calvete, el mozo de mulas, le prestase su capa hasta que en el primer lugar comprasen otra para aquel gentil mancebo. Dióla Calvete, y Teodoro cubrió con ella al mozo, preguntándole de dónde era, de dónde venía y adónde caminaba. A todo esto estaba presente D. Rafael, y el mozo respondió que era del Andalucía, y de un lugar, que en nombrándole, vieron que no distaba del suyo sino dos leguas: dijo que venía de Sevilla, y que su designio era pasar á Italia á probar ventura en el ejercicio de las armas, como otros muchos españoles acostumbraban; pero que la suerte suya habia salido azar con el mal encuentro de los bandoleros, que le llevaban una buena cantidad de dineros, y tales vestidos, que no se compraran tan buenos con trecientos escudos; pero que con todo eso pensaba proseguir su camino, porque no venía de casta que se le habia de helar al primer mal suceso el calor de su fervoroso deseo. Las buenas razones del mozo (junto con haber oido que era tan cerca de su lugar, y mas con la carta de recomendacion que en su hermosura traia) pusieron voluntad en los dos hermanos de favorecerle en cuanto pudiesen, y repartiendo entre los que mas necesidad á su parecer tenian, algunos dineros, especialmente entre frailes y clérigos, que habia mas de ocho, hicieron que subiese el mancebo en la mula de Calvete, y sin detenerse mas, en poco espacio se pusieron en Igualada, donde supieron que las galeras, el dia ántes, habian llegado á Barcelona, y que de allí á dos dias se partirian, si ántes no les forzaba la poca seguridad de la playa. Estas nuevas hicieron que la mañana siguiente madrugasen ántes que el sol, puesto que aquella noche no la durmieron toda, sino con mas sobresalto de los dos hermanos que ellos se pensaron, causado de que estando á la mesa, y con ellos el mancebo que habian desatado, Teodoro puso ahincadamente los ojos en su rostro, y mirándole algo curiosamente, le pareció que tenia las orejas horadadas, y en esto y en un mirar vergonzoso que tenia, sospechó que debia de ser mujer, y deseaba acabar de cenar para certificarse á solas de su sospecha; y entre la cena le preguntó D. Rafael que cúyo hijo era, porque él conocia toda la gente principal de su lugar, si era aquel que habia dicho. A lo cual respondió el mancebo que era hijo de D. Enrique de Cárdenas, caballero bien conocido. A esto dijo D. Rafael que él conocia bien á D. Enrique de Cárdenas; pero que sabía y tenia por cierto que no tenia hijo alguno; mas que si lo habia dicho por no descubrir sus padres, que no importaba, y que nunca mas se lo preguntaria. Verdad es, replicó el mozo, que D. Enrique no tiene hijos; pero tiénelos un hermano suyo, que se llama don Sancho. Ese tampoco, respondió D. Rafael, tiene hijos, sino una hija sola, y aun dicen que es de las mas hermosas doncellas que hay en la Andalucía, y esto no lo sé mas de por fama; que aunque muchas voces he estado en su lugar, jamas la he visto. Todo lo que, señor, decis, es verdad, respondió el mancebo, que D. Sancho no tiene mas de una hija, pero no tan hermosa como su fama dice; y si yo dije que era hijo de D. Enrique, fué porque me tuviésedes, señores, en algo, pues no lo soy sino de un mayordomo de D. Sancho, que ha muchos años que le sirve, y yo nací en su casa, y por cierto enojo que di á mi padre, habiéndole tomado buena cantidad de dineros, quise venirme á Italia, como os he dicho, y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, segun he visto, á hacerse ilustres aun los de oscuro linaje. Todas estas razones y el modo con que las decia, notaba atentamente Teodoro, y siempre se iba confirmando en su sospecha. Acabóse la cena, alzáronse los manteles, y en tanto que D. Rafael se desnudaba, habiéndole dicho lo que del mancebo sospechaba, con su parecer y licencia se apartó con el mancebo á un balcon de una ancha ventana que á la calle salia, y en él puestos los dos de pechos, Teodoro así comenzó á hablar con el mozo.

Quisiera, señor Francisco (que así habia dicho él que se llamaba), haberos hecho tantas buenas obras, que os obligara á no negarme cualquiera cosa que pudiera ó quisiera pediros; pero el poco tiempo que há que os conozco, no ha dado lugar á ello: podria ser que en el que está por venir conociésedes lo que merece mi deseo; y si al que ahora tengo no gustáredes de satisfacer, no por eso dejaré de ser vuestro servidor, como lo soy tambien ántes que os le descubra. Quiero tambien que sepais que aunque tengo tan pocos años como los vuestros, tengo mas experiencia de las cosas de mundo que ellos prometen, pues con ella he venido á sospechar que vos no sois varon como vuestro traje lo muestra, sino mujer, y tan bien nacida como vuestra hermosura publica, y quizá tan desdichada como lo da á entender la mudanza del traje; pues jamas tales mudanzas son por bien de quien las hace: si es verdad lo que sospecho, decídmelo, que os juro por la fe de caballero que profeso, de ayudaros y serviros en todo aquello que pudiere. De que seais mujer, no me lo podeis negar, pues por las ventanas de

vuestras orejas se vé está verdad bien clara, y habeis andado descuidada en no cerrar y disimular esos agujeros con alguna cera encarnada, que pudiera ser que otro tan curioso como yo y no tan honrado, sacara á luz lo que vos tan mal habeis sabido encubrir: digo que no dudeis de decirme quién sois, con presupuesto que os ofrezco mi ayuda, y os aseguro el secreto que quisiéredes que tenga. Con grande atencion estaba el mancebo escuchando lo que Teodoro le decia, y viendo que ya callaba, ántes que le respondiese palabra, le tomó las manos, y llegándoselas á la boca, se las besó por fuerza, y aun se las bañó con gran cantidad de lágrimas que de sus hermosos ojos derramaba, cuyo extraño sentimiento le causó en Teodoro de manera, que no pudo dejar de acompañarle en ellas (propia y natural condicion de mujeres principales enternecerse de los sentimientos y trabajos ajenos); pero despues que con dificultad retiró sus manos de la boca del mancebo, estuvo atenta á ver lo que le respondia, el cual dando un profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dijo: No quiero ni puedo negaros, señor, que vuestra sospecha no haya sido verdadera: mujer soy, y la mas desdichada que echaron al mundo las mujeres; y pues las obras que me habeis hecho y los ofrecimientos que me haceis, me obligan á obedeceros en cuanto me mandáredes, escuchad, que yo os diré quién soy (si ya no os cansa oir ajenas desventuras). En ellas viva yo siempre, replicó Teodoro, si no llegue el gusto de saberlas á la pena que me darán el ser vuestras, que ya las voy sintiendo como propias mias; y tornándole á abrazar, y á hacer nuevos y verdaderos ofrecimientos, el mancebo algo mas sosegado comenzó á decir estas razones.

En lo que toca á mi patria, la verdad he dicho: en lo que toca á mis padres, no la dije; porque D. Enrique no lo es, sino mi tio, y su hermano D. Sancho mi padre, que yo soy la hija desventurada que vuestro hermano dice que D. Sancho tiene tan celebrada de hermosa, cuyo engaño y desengaño se echa de ver en la ninguna hermosura que tengo: mi nombre es Leocadia: la ocasion de la mudanza de mi traje oiréis ahora. Dos leguas de mi lugar está otro de los mas ricos y nobles de la Andalucía, en el cual vive un principal caballero que trae su orígen de los nobles y antiguos Adornos de Génova: este tiene un hijo, que si no es que la fama se adelanta en sus alabanzas, como en las mias, es de los gentiles-hombres que desearse puede. Este pues, así por la vecindad de los lugares, como por ser aficionado al ejercicio de la caza como mi padre, algunas veces venía á mi casa, y en ella se estaba cinco ó seis dias, que todos y aun parte de las noches él y mi padre las pasaban en el campo: desta ocasion tomó la fortuna, ó el amor, ó mi poca advertencia la que fué bastante para derribarme de la alteza de mis buenos pensamientos, á la bajeza del estado en que me veo; pues habiendo mirado, mas de aquello que fuera lícito á una recatada doncella, la gentileza y discrecion de Marco Antonio, y considerado la calidad de su linaje y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna, que su padre tenia, me pareció que si le alcanzaba por esposo, era toda la felicidad que podia caber en mi deseo: con este pensamiento le comencé á mirar con mas cuidado, y debió de ser sin duda con mas descuido, pues él vino á caer en que yo le miraba; y no quiso ni le fué menester al traidor otra entrada para en-
trarse en el secreto de mi pecho, y robarme las mejore
prendas de mi alma. Mas no sé para qué me pongo
contaros, señor, punto por punto las menudencias d
mis amores, pues hacen tan poco al caso, sino deciro
de una vez lo que él con muchas de solicitud granje
conmigo, que fué que habiéndome dado su fe y palabra
debajo de grandes, á mi parecer, firmes y cristianos ju
ramentos de ser mi esposo, me ofrecí á que hiciese d
mí todo lo que quisiese; pero aun no bien satisfecha d
sus juramentos y palabras, porque no se las llevase
viento, hice que las escribiese en una cédula que él m
dió firmada de su nombre, con tantas circunstancias
fuerzas escrita, que me satisfizo. Recebida la cédula,
traza como una noche viniese de su lugar al mio, y en
trase por las paredes de un jardin á mi aposento, dond
sin sobresalto alguno podia coger el fruto que para
solo estaba destinado. Llegóse en fin la noche por mí ta
deseada. Hasta este punto habia estado callando Teodo
ro, teniendo pendiente el alma de las palabras de Leo
cadia, que con cada una dellas le traspasaba el alm
especialmente cuando oyó el nombre de Marco Antoni
y vió la peregrina hermosura de Leocadia, y conside
la grandeza de su valor con la de su rara discrecion, q
bien lo mostraba en el modo de contar su historia. M
cuando llegó á decir: llegó la noche por mí tan desead
estuvo por perder la paciencia, y sin poder hacer ot
cosa le salteó la razon, diciendo: ¿Y bien? así como lleg
esa felicísima noche, ¿qué hizo? ¿entró por dicha? ¿g
zásteisle? ¿confirmó de nuevo la cédula? ¿quedó conten
en haber alcanzado de vos lo que decis que era suyo
¿súpolo vuestro padre, ó en qué pararon tan honestos
sabios principios? Pararon, dijo Leocadia, en ponerm
de la manera que veis, porque no le gocé, ni me goz
ni vine al concierto señalado. Respiró con estas razon
Teodosia, detuvo los espíritus que poco á poco la iba
dejando, estimulados y apretados de la rabiosa pestilen
cia de los celos, que á mas andar se le iban entrando p
los huesos y médulas, para tomar entera posesion de
paciencia; mas no la dejó tan libre, que no volviese
escuchar con sobresalto lo que Leocadia prosiguió, di
ciendo: No solamente no vino, pero de allí á ocho di
supe por nueva cierta que se habia ausentado de su pu
blo y llevado de casa de sus padres á una doncella de
lugar, hija de un principal caballero, llamada Teodosi
doncella de extremada hermosura y de rara discrecio
y por ser de tan nobles padres, se supo en mi pueblo
robo, y luego llegó á mis oidos, y con él la fria y temi
lanza de los celos que me pasó el corazon, y me abra
el alma en fuego tal, que en él se hizo ceniza mi hon
y se consumió mi crédito, se secó mi paciencia y
acabó mi cordura. ¡Ay de mí, desdichada! que lue
se me figuró en la imaginacion Teodosia mas hermo
que el sol, y mas discreta que la discrecion misma,
sobre todo mas venturosa que yo sin ventura. Leí lue
las razones de la cédula, vilas firmes y valederas, y q
no podian faltar en la fe que publicaban; y aunque á ell
como á cosa sagrada se acogiera mi esperanza, en c
yendo en la cuenta de la sospechosa compañía que Mar
Antonio llevaba consigo, daba con todas ellas en el su
lo: maltraté mi rostro, arranqué mis cabellos, maldi
mi suerte, y lo que mas sentia era no poder hacer est
sacrificios á todas horas, por la forzosa presencia de
padre: en fin, por acabar de quejarme sin impedimen

ó por acabar la vida, que es lo mas cierto, determiné dejar la casa de mi padre; y como para poner por obra un mal pensamiento parece que la ocasion facilita y allana todos los inconvenientes, sin temor alguno hurté á un paje de mi padre sus vestidos, y á mi padre mucha cantidad de dineros, y una noche, cubierta con su negra capa, salí de casa, y á pié caminé algunas leguas, y llegué á un lugar que se llama Osuna, y acomodándome en un carro, de allí á dos dias entré en Sevilla, que fué haber entrado en la seguridad posible para no ser hallada, aunque me buscasen: allí compré otros vestidos y una mula, y con unos caballeros que venían á Barcelona con priesa por no perder la comodidad de unas galeras que pasaban á Italia, caminé hasta ayer, que me sucedió lo que ya habréis sabido de los bandoleros que me quitaron cuanto traia, y entre otras cosas la joya que sustentaba mi salud y aliviaba la carga de mis trabajos, que fué la cédula de Marco Antonio, que pensaba con ella pasar á Italia, y hallando á Marco Antonio presentársela por testigo de su poca fe, y á mí por abono de mi mucha firmeza, y hacer de suerte que me cumpliese la promesa; pero juntamente con esto he considerado que con facilidad negará las palabras que en un papel están escritas, el que niega las obligaciones que debian estar grabadas en el alma: que claro está, que si él tiene en su compañía á la sin par Teodosia, no ha de querer mirar á la desdichada Leocadia: aunque con todo esto pienso morir, ó ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista los turbe su sosiego: no piense aquella enemiga de mi descanso gozar tan á poca costa lo que es mio: yo la buscaré, yo la hallaré y yo la quitaré la vida, si puedo. ¿Pues qué culpa tiene Teodosia, dijo Teodoro, si ella quizá tambien fué engañada de Marco Antonio, como vos, señora Leocadia, lo habeis sido? ¿Puede ser eso así, dijo Leocadia, si se la llevó consigo? Y estando juntos los que bien se quieren, ¿qué engaño puede haber? Ninguno por cierto: ellos están contentos, pues están juntos, ora estén como suele decirse en los remotos y abrasados desiertos de Libia, ó en los solos y apartados de la helada Escitia: ella le goza sin duda, sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido hasta que le halle. Podia ser que os engañásedes, replicó Teodosia, que yo conozco muy bien á esa enemiga vuestra que decis, y sé de su condicion y recogimiento que nunca ella se aventuraria á dejar la casa de sus padres ni acudir á la voluntad de Marco Antonio; y cuando lo hubiese hecho, no conociéndoos, ni sabiendo cosa alguna de lo que con él teniades, no os agravió en nada, y donde no hay agravio, no viene bien la venganza. Del recogimiento, dijo Leocadia, no hay que tratarme, que tan recogida y tan honesta era yo como cuantas doncellas hallarse pudieran, y con todo eso hice lo que habeis oido: de que él la llevase, no hay duda; y de que ella no me haya agraviado, mirándolo sin pasion, yo lo confieso; mas el dolor que siento de los celos, me la representa en la memoria, bien así como espada que atravesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho que como á instrumento que tanto me lastima, le procure arrancar dellas y hacerle pedazos: cuanto mas, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal y aquellas que nos estorban el bien. Sea como vos decis, señora Leocadia, respondió Teodosia, que así como veo que la pasion que sentis no os deja hacer mas acertados discursos, veo que no estáis en tiempo de admitir consejos saludables: de mí os sé decir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar y favorecer en todo aquello que fuere justo y yo pudiere; y lo mismo os prometo de mi hermano, que su natural condicion y nobleza no le dejarán hacer otra cosa: nuestro camino es á Italia; si gustáredes venir con nosotros, ya poco mas ó ménos sabeis el trato de nuestra compañía: lo que os ruego es, me déis licencia que diga á mi hermano lo que sé de vuestra hacienda, para que os trate con el comedimiento y respeto que se os debe, y para que se obligue á mirar por vos como es razon: junto con esto me parece no ser bien qué mudeis de traje; y si en este pueblo hay comodidad de vestiros, por la mañana os compraré los vestidos mejores que hubiere, y que mas os convengan, y en lo demas de vuestras pretensiones, dejad el cuidado al tiempo, que es gran maestro de dar y hallar remedio á los casos mas desesperados. Agradeció Leocadia á Teodosia, que ella pensaba ser Teodoro, sus muchos ofrecimientos, y dióle licencia de decir á su hermano todo lo que quisiese, suplicándole que no la desamparase, pues veia á cuántos peligros estaba puesta, si por mujer fuese conocida.

Con esto se despidieron y se fuéron á acostar, Teodósia al aposento de su hermano, y Leocadia á otro que junto dél estaba. No se habia aun dormido D. Rafael, esperando á su hermana por saber lo que le habia pasado con el que pensaba ser mujer; y en entrando, ántes que se acostase, se lo preguntó: la cual punto por punto le contó todo cuanto Leocadia le habia dicho, cúya hija era, sus amores, la cédula de Marco Antonio, y la intencion que llevaba. Admiróse D. Rafael, y dijo á su hermana: Si ella es la que dice, séos decir, hermana, que es de las mas principales de su lugar, y una de las mas nobles señoras de toda la Andalucía: su padre es bien conocido del nuestro, y la fama que ella tenia de hermosa corresponde muy bien á lo que ahora vemos en su rostro; y lo que desto me parece es que debemos andar con recato, de manera, que ella no hable primero con Marco Antonio que nosotros, que me da algun cuidado la cédula que dice que le hizo, puesto que la haya perdido; pero sosegáos y acostáos, hermana, que para todo se buscará remedio. Hizo Teodosia lo que su hermano la mandaba, en cuanto al acostarse, mas en lo de sosegarse no fué en su mano, que ya tenia tomada posesion de su alma la rabiosa enfermedad de los celos. ¡Oh cuánto mas de lo que ella era se le representaba en la imaginacion la hermosura de Leocadia, y la deslealtad de Marco Antonio! Oh cuántas veces leia ó fingia leer la cédula que la habia dado! ¡Qué de palabras y razones la añadia, que la hacian cierta y de mucho efecto! ¡Cuántas veces no creyó que se le habia perdido, y cuántas imaginó que sin ella Marco Antonio no dejara de cumplir su promesa, sin acordarse de lo que á ella estaba obligado! Pasósele en esto la mayor parte de la noche sin dormir sueño. Y no la pasó con mas descanso D. Rafael su hermano; porque así como oyó decir quién era Leocadia, así se le abrasó el corazon en sus amores, como si de mucho ántes para el mismo efeto la hubiera comunicado; que esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento lleva tras sí el deseo de quien la mira y la conoce· y cuando descubre ó promete alguna

via de alcanzarse y gozarse, enciende con poderosa vehemencia el alma de quien la contempla, bien así del modo y facilidad con que se enciende la seca y dispuesta pólvora con cualquiera centella que la toca: no la imaginaba atada al árbol, ni vestida en el roto traje de varon, sino en el suyo de mujer, y en casa de sus padres, ricos y de tan principal y rico linaje como ellos eran: no detenia ni queria detener el pensamiento en la causa que la habia traído á que la conociese: deseaba que el dia llegase para proseguir su jornada, y buscar á Marco Antonio, no tanto para hacerle su cuñado, como para estorbar que no fuese marido de Leocadia; y ya le tenian el amor y el celo de manera, que tomara por buen partido ver á su hermana sin el remedio que le procuraba, y á Marco Antonio sin vida á trueco de no verse sin esperanza de alcanzar á Leocadia: la cual esperanza ya le iba prometiendo felice suceso en su deseo, ó ya por el camino de la fuerza, ó por el de los regalos y buenas obras, pues para todo le daba lugar el tiempo y la ocasion. Con esto que él á sí mismo se prometia, se sosegó algun tanto, y de allí á poco se dejó venir el dia, y ellos dejaron las camas, y llamando D. Rafael al huésped le preguntó si habia comodidad en aquel pueblo para vestir á un paje á quien los bandoleros habian desnudado. El huésped dijo que él tenia un vestido razonable que vender: trújole, y vínole bien á Leocadia. Pagóle D. Rafael, y ella se le vistió, y se ciñó una espada y una daga con tanto donaire y brio, que en aquel mismo traje suspendió los sentidos de D. Rafael, y dobló los celos en Teodosia. Ensilló Calvete, y á las ocho del dia partieron para Barcelona, sin querer subir por entónces al famoso monasterio de Monserrate, dejándolo para cuando Dios fuese servido de volverlos con mas sosiego á su patria. No se podrá contar buenamente los pensamientos que los dos hermanos llevaban, ni con cuán diferentes ánimos los dos iban mirando á Leocadia, deseándola Teodosia la muerte, D. Rafael la vida, entrambos celosos y apasionados: Teodosia buscando tachas que ponerla, por no desmayar en su esperanza; D. Rafael hallándole perfecciones, que de punto en punto le obligaban mas á amarla. Con todo esto no se descuidaron de darse priesa, de modo que llegaron á Barcelona poco ántes que el sol se pusiese. Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacion de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo. En entrando en ella, oyeron grandísimo ruido, y vieron correr gran tropel de gente con grande alboroto, y preguntando la causa de aquel ruido y movimiento, les respondieron que la gente de las galeras que estaban en la playa, se habia revuelto y trabado con la de la ciudad. Oyendo lo cual D. Rafael, quiso ir á ver lo que pasaba, aunque Calvete le dijo que no lo hiciese, por no ser cordura irse á meter en un manifiesto peligro, que él sabia bien cuán mal libraban los que en tales pendencias se metian, que eran ordinarias en aquella ciudad, cuando á ella llegaban galeras. No fué bastante el buen consejo de Calvete para estorbar á D. Rafael la ida, y así le siguieron todos: y en allegando á la marina, vieron muchas espadas fuera de las vainas, y mucha gente acuchillándose sin piedad alguna: con todo esto, sin apearse llegaron tan cerca, que distintamente veían los rostros de los que peleaban, porque aun no era puesto el sol. Era infinita la gente que de la ciudad acudia, y mucha la que de las galeras se desembarcaba, puesto que el que las traia á cargo, que era un caballero valenciano, llamado D. Pedro Vique, desde la popa de la galera capitana amenazaba á los que se habian embarcado en los esquifes para ir á socorrer á los suyos; mas viendo que no aprovechaban sus voces ni sus amenazas, hizo volver las proas de las galeras á la ciudad, y disparar una pieza sin bala, señal de que si no se apartasen, otra no iria sin ella. En esto estaba D. Rafael atentamente mirando la cruel y bien trabada riña, y vió y notó que de parte de los que mas se señalaban de las galeras, lo hacia gallardamente un mancebo de hasta veintidos ó poco mas años, vestido de verde, con un sombrero de la misma color adornado con un rico trencillo al parecer de diamantes: la destreza con que el mozo se combatia, y la bizarría del vestido, hacian que volviesen á mirarle todos cuantos la pendencia miraban; y de tal manera le miraron los ojos de Teodosia y de Leocadia, que ambas á un mismo punto y tiempo dijeron: ¡Válame Dios! O yo no tengo ojos, ó aquel de lo verde es Marco Antonio: y en diciendo esto, con gran lijereza saltaron de las mulas, y poniendo mano á sus dagas y espadas, sin temor alguno se entraron por mitad de la turba, y se pusieron la una á un lado, y la otra al otro de Marco Antonio (que él era el mancebo de lo verde que se ha dicho). No temais, dijo así como llegó Leocadia, señor Marco Antonio, que á vuestro lado teneis quien os hará escudo con su propia vida, por defender la vuestra. ¿Quién lo duda, replicó Teodosia, estando yo aquí? D. Rafael que vió y oyó lo que pasaba, las siguió asimismo, y se puso de su parte. Marco Antonio ocupado en ofender y defenderse, no advirtió en las razones que las dos le dijeron: ántes cebado en la pelea, hacia cosas al parecer increibles. Pero como la gente de la ciudad por momentos crecia, fuéles forzoso á los de las galeras retirarse hasta meterse en el agua. Retirábase Marco Antonio de mala gana, y á su mismo compas se iban retirando á sus lados las dos valientes y nuevas Bradamante y Marfisa, ó Hipólita y Pantasilea. En esto vino un caballero catalan de la famosa familia de los Cardonas, sobre un poderoso caballo, y poniéndose en medio de las dos partes, hacia retirar los de la ciudad, los cuales le tuvieron respeto en conociéndole. Pero algunos desde léjos tiraban piedras á los que ya se iban acogiendo al agua; y quiso la mala suerte que una acertase en la sien á Marco Antonio con tanta furia, que dió con él en el agua, que ya le daba á la rodilla; y apénas Leocadia le vió caido, cuando se abrazó con él y le sostuvo en sus brazos, y lo mismo hizo Teodosia. Estaba D. Rafael un poco desviado, defendiéndose de las infinitas piedras que sobre él llovian; y queriendo acudir al remedio de su dama, y al de su hermana y cuñado, el caballero catalan se le puso delante, diciéndole: Sosegáos, señor, por lo que debeis á un buen soldado, y hacedme merced de poneros á mi lado, que yo os libraré de la insolencia y demasía deste desmandado vulgo. ¡Ah señor! respondió D. Rafael, dejadme pasar, que veo en gran peligro puestas las cosas que en esta vida mas quiero. Dejóle pasar el caballero, mas no llegó tan á tiempo, que ya no

hubiesen recogido en el esquife de la galera capitana á Marco Antonio y á Leocadia, que jamas le dejó de los brazos, y queriéndose embarcar con ellos Teodosia, ó ya fuese por estar cansada, ó por la pena de haber visto herido á Marco Antonio, ó por ver que se iba con él su mayor enemiga, no tuvo fuerza para subir en el esquife, y sin duda cayera desmayada en el agua, si su hermano no llegara á tiempo de socorrerla, el cual no sintió menor pena de ver que con Marco Antonio se iba Leocadia, que su hermana habia sentido (que ya tambien él habia conocido á Marco Antonio). El caballero catalan, aficionado de la gentil presencia de D. Rafael y de su hermana (que por hombre tenia), los llamó desde la orilla, y les rogó que con él se viniesen; y ellos forzados de la necesidad, y temerosos de que la gente, que aun no estaba pacífica, les hiciese algun agravio, hubieron de aceptar la oferta que se les hacia. El caballero se apeó, y tomándolos á su lado, con la espada desnuda pasó por medió de la turba alborotada, rogándoles que se retirasen, y así lo hicieron. Miró D. Rafael á todas partes por ver si veria á Calvete con las mulas, y no le vió á causa que él así como ellos se apearon, las antecogió y se fué á un meson donde solia posar otras veces. Llegó el caballero á su casa, que era una de las principales de la ciudad, y preguntando á D. Rafael en cuál galera venia, le respondió que en ninguna, pues habia llegado á la ciudad al mismo punto que se comenzaba la pendencia, y que por haber conocido en ella al caballero que llevaron herido de la pedrada en el esquife, se habia puesto en aquel peligro, y que le suplicaba diese órden como sacasen á tierra al herido, que en ello le importaba el contento y la vida. Eso haré yo de buena, dijo el caballero, y sé que me le dará seguramente el general, que es principal caballero y pariente mio: y sin detenerse mas, volvió á la galera, y halló que estaban curando á Marco Antonio, y la herida que tenia era peligrosa, por ser en la sien izquierda y decir el cirujano ser de peligro: alcanzó con el general se le diese para curarle en tierra, y puesto con gran tiento en el esquife, le sacaron, sin quererle dejar Leocadia, que se embarcó con él como en seguimiento del norte de su esperanza. En llegando á tierra, hizo el caballero traer de su casa una silla de manos, donde le llevasen. En tanto que esto pasaba, habia enviado D. Rafael á buscar á Calvete, que en el meson estaba con cuidado de saber lo que la suerte habia hecho de sus amos, y cuando supo que estaban buenos, se alegró en extremo, y vino adonde D. Rafael estaba.

En esto llegaron el señor de la casa, Marco Antonio y Leocadia, y á todos alojó en ella con mucho amor y magnificencia: ordenó luego como se llamase un cirujano famoso de la ciudad para que de nuevo curase á Marco Antonio: vino, pero no quiso curarle hasta otro dia, diciendo que siempre los cirujanos de los ejércitos y armadas eran muy experimentados, por los muchos heridos que á cada paso tenian entre las manos, y así no convenia curarle hasta otro dia: lo que ordenó fué le pusiesen en un aposento abrigado, donde le dejasen sosegar. Llegó en aquel instante el cirujano de las galeras, y dió cuenta al de la ciudad de la herida, y de cómo le habia curado, y del peligro que de la vida á su parecer tenia el herido; con lo cual se acabó de enterar el de la ciudad, que estaba bien curado; y ansimismo (segun la relacion que se le habia hecho) exageró el peligro de Marco Antonio.

Oyeron esto Leocadia y Teodosia con aquel sentimiento que si oyeran la sentencia de su muerte; mas por no dar muestras de su dolor, le reprimieron y callaron, y Leocadia determinó de hacer lo que le pareció convenir para satisfacion de su honra: y fué que así como se fuéron los cirujanos, se entró en el aposento de Marco Antonio, y delante del señor de la casa, de D. Rafael, Teodosia y de otras personas, se llegó á la cabecera del herido, y asiéndole de la mano, le dijo estas razones: No estáis en tiempo, señor Marco Antonio Adorno, en que se puedan ni deban gastar con vos muchas palabras; y así solo querria que me oyésedes algunas que convienen, si no para la salud de vuestro cuerpo, convendrán para la de vuestra alma, y para decíroslas es menester que me déis licencia, y me advirtais si estáis con sujeto de escucharme: que no sería razon, que habiendo yo procurado desde el punto que os conocí, no salir de vuestro gusto, en este instante que le tengo por el postrero, seros causa de pesadumbre. A estas razones abrió Marco Antonio los ojos, y los puso atentamente en Leocadia, y habiéndola casi conocido, mas por el órgano de la voz, que por la vista, con voz debilitada y doliente le dijo: Decid, señor, lo que quisiéredes, que no estoy tan al cabo que no pueda escucharos, ni esa voz me es tan desagradable, que me cause fastidio el oirla. Atentísima estaba á todo este coloquio Teodosia, y cada palabra que Leocadia decia, era una aguda saeta que le atravesaba el corazon, y aun el alma de D. Rafael, que asimismo la escuchaba. Y prosiguiendo Leocadia, dijo: Si el golpe de la cabeza, ó por mejor decir, el que á mí me han dado en el alma, no os ha llevado, señor Marco Antonio, de la memoria la imágen de aquella, que poco tiempo ha que vos deciades ser vuestra gloria y vuestro cielo, bien os debeis acordar quién fué Leocadia, y cuál fué la palabra que le distes firmada en una cédula de vuestra mano y letra, ni se os habrá olvidado el valor de sus padres, la entereza de su recato y honestidad, y la obligacion en que le estáis, por haber acudido á vuestro gusto en todo lo que quisistes: si esto no se os ha olvidado, aunque me veais en este traje tan diferente, conoceréis con facilidad que yo soy Leocadia, que temerosa que nuevos accidentes y nuevas ocasiones no me quitasen lo que tan justamente es mio, así como supe que de vuestro lugar os habiades partido, atropellando por infinitos inconvenientes, determiné seguiros en este hábito, con intencion de buscaros por todas las partes de la tierra hasta hallaros: de lo cual no os debeis maravillar, si es que alguna vez habeis sentido hasta dónde llegan las fuerzas de un amor verdadero, y la rabia de una mujer engañada. Algunos trabajos he pasado en esta mi demanda, todos los cuales los juzgo y tengo por descanso, con el descuento que han traido de veros; que puesto que estéis de la manera que estáis, si fuere Dios servido de llevaros desta á mejor vida, con hacer lo que debeis á quien sois ántes de la partida, me juzgaré por mas que dichosa, prometiéndoos, como os prometo, de darme tal vida despues de vuestra muerte, que bien poco tiempo se pase sin que os siga en esta última y forzosa jornada: y así os ruego primeramente por Dios, á quien mis deseos y intentos van encaminados, y luego por vos, que debeis mucho á ser quien sois, últimamente por mí, á quien debeis mas que á otra persona del mundo, que aquí luego me recibais por vuestra legítima esposa, no

permitiendo haga la justicia lo que con tantas véras y obligaciones la razon os persuade. No dijo mas Leocadia, y todos los que en la sala estaban guardaron un maravilloso silencio en tanto que estuvo hablando, y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Marco Antonio, que fué esta : No puedo negar, señora, el conoceros, y que vuestra voz y vuestro rostro no consentirán que lo niegue : tampoco puedo negar lo mucho que os debo, ni el gran valor de vuestros padres junto con vuestra incomparable honestidad y recogimiento; ni os tengo ni os tendré en ménos por lo que habeis hecho en venirme á buscar en traje tan diferente del vuestro; ántes por esto os estimo y estimaré en el mayor grado que ser pueda; pero pues mi corta suerte me ha traido á término, como vos decis, que creo que será el postrero de mi vida, y son los semejantes trances los apuraderos de las verdades, quiero deciros una verdad, que si no os fuere ahora de gusto, podria ser que despues os fuese de provecho. Confieso, hermosa Leocadia, que os quise bien y que me quisistes, y juntamente con esto confieso que la cédula que os hice, fué mas por cumplir con vuestro deseo que con el mio; porque ántes que la firmase, con muchos dias, tenia entregada mi voluntad y mi alma á otra doncella de mi mismo lugar, que vos bien conoceis, llamada Teodosia, hija de tan nobles padres como los vuestros; y si á vos os di cédula firmada de mi mano, á ella le di la mano firmada y acreditada con tales obras y testigos, que quedé imposibilitado de dar mi libertad á otra persona en el mundo. Los amores que con vos tuve fuéron de pasatiempo, sin que dellos alcanzase otra cosa sino las flores que vos sabeis, las cuales no os ofendieron, ni pueden ofender en cosa alguna: lo que con Teodosia me pasó, fué alcanzar el fruto que ella pudo darme, y yo quise que me diese, con fe y seguro de ser su esposo, como lo soy; y si á ella y á vos os dejé en un mismo tiempo, á vos suspensa y engañada, y á ella temerosa y á su parecer sin honra, hícelo con poco discurso y con juicio de mozo, como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas eran de poca importancia, y que las podia hacer sin escrúpulo alguno, con otros pensamientos que entónces me vinieron y solicitaron lo que queria hacer, que fué venirme á Italia, y emplear en ella algunos de los años de mi juventud, y despues volver á ver lo que Dios habia hecho de vos y de mi verdadera esposa; mas doliéndose de mí el cielo, sin duda creo que ha permitido ponerme de la manera que me veis, para que confesando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que debo, y vos quedeis desengañada y libre para hacer lo que mejor os pareciere; y si en algun tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrá de vos y de los que están presentes, como en la muerte le cumplí la palabra que le di en la vida; y si en el poco tiempo que della me queda, señora Leocadia, os puedo servir en algo, decídmelo, que como no sea recebiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dejaré de hacer que á mí sea posible, por daros gusto.

En tanto que Marco Antonio decia estas razones, tenia la cabeza sobre el codo, y en acabándolas dejó caer el brazo, dando muestras que se desmayaba. Acudió luego D. Rafael, y abrazándole estrechamente, le dijo : Volved en vos, señor mio, y abrazad á vuestro amigo y á vuestro hermano, pues vos quereis que lo sea : conoced á D. Rafael, vuestro camarada, que será el verdadero testigo de vuestra voluntad, y de la merced que á su hermana quereis hacer con admitirla por vuestra. Volvió en sí Marco Antonio, y al momento conoció á D. Rafael, y abrazándole estrechamente y besándole en el rostro, le dijo : Ahora digo, hermano y señor mio, que la suma alegría que he recebido en veros, no puede traer ménos descuento que un pesar grandísimo, pues se dice que tras el gusto se sigue la tristeza; pero yo daré por bien empleada cualquiera que me viniere, á trueco de haber gustado del contento de veros. Pues yo os le quiero hacer mas cumplido, replicó D. Rafael, con presentaros esta joya, que es vuestra amada esposa; y buscando á Teodosia la halló llorando detras de toda la gente, suspensa y atónita entre el pesar y la alegría por lo que veia, y por lo que habia oido decir. Asióla su hermano de la mano, y ella sin hacer resistencia se dejó llevar dónde él quiso, que fué ante Marco Antonio, que la conoció y se abrazó con ella, llorando los dos tiernas y amorosas lágrimas. Admirados quedaron cuantos en la sala estaban, viendo tan extraño acontecimiento: mirábanse unos á otros, sin hablar palabra, esperando en qué habian de parar aquellas cosas. Mas la desengañada y sin ventura Leocadia, que vió por sus ojos lo que Marco Antonio hacia, y vió al que pensaba ser hermano de D. Rafael en brazos del que tenia por su esposo, viendo junto con esto burlados sus deseos y perdidas sus esperanzas, se hurtó de los ojos de todos (que atentos estaban mirando lo que el enfermo hacia con el paje que abrazado tenia), y se salió de la sala ó aposento, y en un instante se puso en la calle con intencion de irse desesperada por el mundo, ó adonde gentes no la viesen; mas apénas habia llegado á la calle, cuando D. Rafael la echó ménos, y como si le faltara el alma, preguntó por ella, y nadie le supo dar razon dónde se habia ido; y así sin esperar mas, desesperado salió á buscarla, y acudió adonde le dijeron que posaba Calvete, por si habia ido allá á procurar alguna cabalgadura en que irse; y no hallándola allí, andaba como loco por las calles, buscándola de unas partes á otras; y pensando si por ventura se habia vuelto á las galeras, llegó á la marina, y un poco ántes que llegase, oyó que á grandes voces llamaban desde tierra el esquife de la capitana, y conoció que quien las daba era la hermosa Leocadia, la cual recelosa de algun desman, sintiendo pasos á sus espaldas, empuñó la espada, y esperó apercebida que llegase D. Rafael, á quien ella luego conoció, y le pesó de que la hubiese hallado, y mas en parte tan sola, que ya ella habia entendido, por mas de una muestra que D. Rafael le habia dado, que no la queria mal, sino tan bien que tomara por buen partido que Marco Antonio la quisiera otro tanto. ¿Con qué razones podré yo decir ahora las que D. Rafael dijo á Leocadia, declarándole su alma, que fuéron tantas y tales, que no me atrevo á escribirlas? Mas pues es forzoso decir algunas, las que entre otras le dijo, fuéron estas : Si con la ventura que me falta, me faltase ahora ¡oh hermosa Leocadia! el atrevimiento de descubriros los secretos de mi alma, quedaria enterrada en los senos del perpetuo olvido la mas enamorada y honesta voluntad, que ha nacido ni puede nacer en un enamorado pecho. Pero por no hacer este agravio á mi justo deseo, véngame lo que viniere, quiero, señora, que advirtais, si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiento, que en ninguna cosa se me

ventaja Marco Antonio, sino es en el bien de ser de vos querido: mi linaje es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna, no me hace mucha ventaja; en los de naturaleza no conviene que me alabe, y mas si á los ojos vuestros no son de estima: todo esto digo, apasionada señora, porque tomeis el remedio y el medio que la suerte os ofrece en el extremo de vuestra desgracia: ya veis que Marco Antonio no puede ser vuestro, porque el cielo le hizo de mi hermana, y el mismo cielo, que hoy os ha quitado á Marco Antonio, os quiere hacer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida que entregarme por esposo vuestro: mirad que el buen suceso está llamando á las puertas que hasta ahora habeis tenido del malo, y no penseis que el atrevimiento que habeis mostrado en buscar á Marco Antonio, ha de ser parte para que no os estime y tenga en lo que mereciérades, si nunca le hubiérades tenido, que en la hora que quiero y determino igualarme con vos, eligiéndoos por perpetua señora mia, en aquella misma se me ha de olvidar, y ya se me ha olvidado todo cuanto en esto he sabido y visto; que bien sé que las fuerzas que á mí me han forzado á que tan de rondon y á rienda suelta me disponga á adoraros y á entregarme por vuestro, estas mismas os han traido á vos al estado en que estáis, y así no habrá necesidad de buscar disculpa, donde no ha habido yerro alguno. Callando estuvo Leocadia á todo cuanto D. Rafael le dijo, sino que de cuando en cuando daba unos profundos suspiros, salidos de lo íntimo de sus entrañas: tuvo atrevimiento D. Rafael de tomarle una mano, y ella no tuvo esfuerzo para estorbárselo, y allí besándosela muchas veces, le decia: Acabad, señora de mi alma, de serlo del todo á vista destos estrellados cielos que nos cubren, y deste sosegado mar que nos escucha, y destas bañadas arenas que nos sustentan: dadme ya el sí, que sin duda conviene tanto á vuestra honra, como á mi contento: vuélvoos á decir que soy caballero, como vos sabeis, y rico, y que os quiero bien, que es lo que mas habeis de estimar, y que en cambio de hallaros sola y en traje que desdice mucho del de vuestra honra, léjos de la casa de vuestros padres y parientes, sin persona que os acuda á lo que menester hubiéredes, y sin esperanza de alcanzar lo que buscábades, podeis volver á vuestra patria en vuestro propio, honrado y verdadero traje, acompañada de tan buen esposo como el que vos suspistes escogeros; rica, contenta, estimada y servida, y aun loada de todos aquellos á cuya noticia llegaren los sucesos de vuestra historia: si esto es así, como lo es, no sé en qué estáis dudando: acabad (que otra vez os lo digo) de levantarme del suelo de mi miseria al cielo de mereceros, que en ello haréis por vos misma, y cumpliréis con las leyes de la cortesía y del buen conocimiento, mostrándoos en un mismo punto agradecida y discreta. Ea pues, dijo á esta sazon la dudosa Leocadia, pues así lo ha ordenado el cielo, y no es en mi mano ni en la de viviente alguno oponerse á lo que él determinado tiene, hágase lo que él quiere y vos quereis, señor mio; y sabe el mismo cielo con la vergüenza que vengo á condescender con vuestra voluntad, no porque no entienda lo mucho que en obedeceros gano, sino porque temo que en cumpliendo vuestro gusto me habeis de mirar con otros ojos de los que quizá hasta agora, mirándome, os han engañado; mas sea como fuere, que en fin el nombre de ser mujer legítima de D. Rafael de Villavicencio no le podré perder, y con este título solo viviré contenta; y si las costumbres que en mí viéredes, despues de ser vuestra, fueren parte para que me estimeis en algo, daré al cielo las gracias de haberme traido por tan extraños rodeos y por tantos males á los bienes de ser vuestra: dadme, señor D. Rafael, la mano de ser mio, y veis aquí os la doy de ser vuestra, y sirvan de testigos los que vos decis, el cielo, la mar, las arenas y este silencio, solo interrumpido de mis suspiros y de vuestros ruegos. Diciendo esto se dejó abrazar, y le dió la mano, y D. Rafael le dió la suya, celebrando el nocturno y nuevo desposorio solas las lágrimas que el contento, á pesar de la pasada tristeza, sacaba de sus ojos. Luego se volvieron á casa del caballero, que estaba con grandísima pena de su falta, y la misma tenian Marco Antonio y Teodosia: los cuales ya por mano de clérigo estaban desposados, que á persuasion de Teodosia (temerosa que algun contrario accidente no le turbase el bien que habia hallado) el caballero envió luego por quien los desposase, de modo que cuando D. Rafael y Leocadia entraron, y D. Rafael contó lo que con Leocadia le habia sucedido, ansí les aumentó el gozo, como si ellos fueran sus cercanos parientes; que es condicion natural y propia de la nobleza catalana saber ser amigos, y favorecer á los extranjeros que dellos tienen necesidad alguna. El sacerdote que presente estaba ordenó que Leocadia mudase el hábito, y se vistiese en el suyo; y el caballero acudió á ello con presteza, vistiendo á las dos de dos ricos vestidos de su mujer, que era una principal señora, del linaje de los Granolleques, famoso y antiguo en aquel reino. Avisó al cirujano, quien por caridad se dolia del herido, cómo hablaba mucho, y no le dejaban solo, el cual vino y ordenó lo primero que le dejasen en silencio. Pero Dios, que así lo tenia ordenado, tomando por medio é instrumento de sus obras (cuando á nuestros ojos quiere hacer alguna maravilla) lo que la misma naturaleza no alcanza, ordenó que el alegría y poco silencio que Marco Antonio habia guardado, fuese parte para mejorarle, de manera, que otro dia cuando le curaron le hallaron fuera de peligro, y de allí á catorce se levantó tan sano, que sin temor alguno se pudo poner en camino.

Es de saber que en el tiempo que Marco Antonio estuvo en el lecho, hizo voto, si Dios le sanase, de ir en romería á pié á Santiago de Galicia, en cuya promesa le acompañaron D. Rafael, Leocadia y Teodosia, y aun Calvete el mozo de mulas (obra pocas veces usada de los de oficios semejantes); pero la bondad y llaneza que habia conocido en D. Rafael, le obligó á no dejarle hasta que volviese á su tierra; y viendo que habian de ir á pié como peregrinos, envió las mulas á Salamanca con la que era de D. Rafael, que no faltó con quien enviarlas. Llegóse pues el dia de la partida, y acomodados de sus esclavinas y de todo lo necesario, se despidieron del liberal caballero, que tanto les habia favorecido y agasajado, cuyo nombre era D. Sancho de Cardona, ilustrísimo por sangre, y famoso por su persona: ofreciéronsele todos de guardar perpetuamente ellos y sus descendientes, á quien se lo dejarian mandado, la memoria de las mercedes tan singulares dél recebidas, para agradecellas siquiera, ya que no pudiesen servirles. Don Sancho los abrazó á todos, diciéndoles que de su natural condicion nacia hacer aquellas obras, ó otras que fuesen buenas á

todos los que conocia ó imaginaba ser hidalgos castellanos. Reiteráronse dos veces los abrazos, y con alegría mezclada con algun sentimiento triste se despidieron, y caminando con la comodidad que permitia la delicadeza de las dos nuevas peregrinas, en tres dias llegaron á Monserrate, y estando allí otros tantos, haciendo lo que á buenos y católicos cristianos debian, con el mismo espacio volvieron á su camino, y sin sucederles reves ni desman alguno llegaron á Santiago. Y despues de cumplir su voto con la mayor devocion que pudieron, no quisieron dejar el hábito de peregrinos hasta entrar en sus casas, á las cuales llegaron poco á poco, descansados y contentos; mas ántes que llegasen, estando á vista del lugar de Leocadia (que como se ha dicho era á una legua del de Teodosia), desde encima de un recuesto los descubrieron á entrambos, sin poder encubrir las lágrimas, que el contento de verlos les trujo á los ojos, á lo ménos á las dos desposadas, que con su vista renovaron la memoria de los pasados sucesos.

Descubriase desde la parte donde estaban un ancho valle, que los dos pueblos dividia, en el cual vieron á la sombra do un olivo un dispuesto caballero, sobre un poderoso caballo, con una blanquísima adarga en el brazo izquierdo, una gruesa y larga lanza terciada en el derecho; y mirándole con atencion, vieron que asimismo por entre unos olivares venían otros dos caballeros con las mismas armas y con el mismo donaire y apostura, y de allí á poco vieron que se juntaron todos tres, y habiendo estado un pequeño espacio juntos se apartaron, y uno de los que á lo último habian venido se apartó con el que estaba primero debajo del olivo: los cuales, poniendo las espuelas á los caballos, arremetieron el uno al otro, con muestras de ser mortales enemigos, comenzando á tirarse bravos y diestros botes de lanza, ya hurtando los golpes, ya recogiéndolos con tanta destreza, que daban bien á entender ser maestros en aquel ejercicio: el tercero los estaba mirando, sin moverse de un lugar: mas no pudiendo D. Rafael sufrir estar tan léjos, mirando aquella tan reñida y singular batalla, á todo correr bajó del recuesto, siguiéndole su hermana y su esposa, y en poco espacio se puso junto á los dos combatientes, á tiempo que ya los dos caballeros andaban algo heridos; y habiéndosele caido al uno el sombrero, y con él un casco de acero, al volver el rostro conoció D. Rafael ser su padre, y Marco Antonio conoció que el otro era el suyo. Leocadia, que con atencion habia mirado al que no se combatia, conoció que era el padre que la habia engendrado, de cuya vista todos cuatro suspensos, atónitos y fuera de sí quedaron; pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razon, los dos cuñados, sin detenerse, se pusieron en medio de los que peleaban, diciendo á voces: No mas, caballeros, no mas, que los que esto os piden y suplican son vuestros propios hijos: Yo soy Marco Antonio, padre y señor mio, decia Marco Antonio: yo soy aquel por quien, á lo que imagino, están vuestras canas venerables puestas en este riguroso trance: templad la furia y arrojad la lanza; ó volvedla contra otro enemigo, que el que teneis delante ya de hoy mas ha de ser vuestro hermano. Casi estas mismas razones decia D. Rafael á su padre, á las cuales se detuvieron los caballeros, y atentamente se pusieron á mirar á los que se las decian, y volviendo la cabeza, vieron que D. Enrique, el padre de Leocadia,

se habia apeado, y estaba abrazado con el que pensab
ser peregrino; y era que Leocadia se habia llegado á
y dándosele á conocer, le rogó que pusiese en paz á
que se combatian, contándole en breves razones, có
D. Rafael era su esposo, y Marco Antonio lo era de Te
dosia. Oyendo esto su padre, se apeó, y la tenia abra
da, como se ha dicho; pero dejándola, acudió á pon
los en paz, aunque no fué menester, pues ya los
habian conocido á sus hijos, y estaban en el suelo,
niéndolos abrazados, llorando todos lágrimas de am
y de contento nacidas. Juntáronse todos, y volviero
mirar á sus hijos, y no sabían qué decirse: atentában
los cuerpos, por ver si eran fantásticos, que su impr
visa llegada esta y otras sospechas engendraba; p
desengañados algun tanto, volvieron á las lágrimas
los abrazos. Y en esto asomó por el mismo valle g
cantidad de gente armada, de á pié y de á caballo,
cuales venían á defender al caballero de su lugar; p
como llegaron, y los vieron abrazados de aquellos pe
grinos, y preñados los ojos de lágrimas, se apearo
admiraron, estando suspensos, hasta tanto que D. E
rique les dijo brevemente lo que Leocadia su hija
habia contado. Todos fuéron á abrazar á los peregri
con muestras de contento tales, que no se pueden e
carecer. D. Rafael de nuevo contó á todos, con la b
vedad que el tiempo requeria, todo el suceso de s
amores, y de cómo venía casado con Leocadia, y su h
mana Teodosia con Marco Antonio: nuevas, que
nuevo causaron nueva alegría. Luego de los mismos c
ballos de la gente que llegó al socorro, tomaron los q
hubieron menester para los cinco peregrinos, y acord
ron de irse al lugar de Marco Antonio, ofreciéndole
padre de hacer allí las bodas de todos, y con este par
cer se partieron; y algunos de los que se habian halla
presentes se adelantaron á pedir albricias á los parie
tes y amigos de los desposados. En el camino supier
D. Rafael y Marco Antonio la causa de aquella pende
cia, que fué que el padre de Teodosia y el de Leocad
habian desafiado al padre de Marco Antonio en razon
que él habia sido sabidor de los engaños de su hijo,
habiendo venido los dos, y hallándole solo, no quisi
ron combatirse con alguna ventaja, sino uno á uno co
caballeros, cuya pendencia parara en la muerte de u
ó en la de entrambos, si ellos no hubieran llegado. D
ron gracias á Dios los cuatro peregrinos del suceso fel
Y otro dia, despues que llegaron, con real y espléndi
magnificencia y suntuoso gasto, hizo celebrar el pad
de Marco Antonio las bodas de su hijo y Teodosia, y
de D. Rafael y Leocadia. Los cuales luengos y feli
años vivieron en compañía de sus esposas, dejando
sí ilustre generacion y descendencia, que hasta hoy d
en estos dos lugares, que son de los mejores de la A
dalucía; y si no se nombran, es por guardar el decor
las dos doncellas, á quien quizá las lenguas maldicie
tes, ó neciamente escrupulosas, les harán cargo de
lijereza de sus deseos, y del súbito mudar de trajes
los cuales ruego que no se arrojen á vituperar semeja
tes libertades, hasta que miren en sí, si alguna vez h
sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, q
en efeto es una fuerza, si así se puede llamar, inco
trastable, que hace el apetito á la razon. Calvete,
mozo de mulas, se quedó con la que de D. Rafael hal
enviado á Salamanca, y con otras muchas dádivas q



los dos desposados le dieron; y los poetas de aquel tiempo tuvieron ocasion donde emplear sus plumas, exagerando la hermosura y los sucesos de las dos tan atrevidas cuanto honestas doncellas, sujeto principal deste extraño suceso.

LA SEÑORA CORNELIA.

Don Antonio de Isunza y D. Juan de Gamboa, caballeros principales, de una edad, muy discretos y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca determinaron de dejar sus estudios por irse á Flándes, llevados del hervor de la sangre moza y del deseo, como decirse suele, de ver mundo, y por parecerles que el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre. Llegaron pues á Flándes á tiempo que estaban las cosas en paz, ó en conciertos y tratos de tenerla presto. Recebieron en Ambéres cartas de sus padres, donde les escribieron el grande enojo que habian recebido, por haber dejado sus estudios sin avisárselo, para que hubieran venido con la comodidad que pedia el ser quien eran. Finalmente, conociendo la pesadumbre de sus padres, acordaron de volverse á España, pues no habia que hacer en Flándes; pero ántes de volverse quisieron ver todas las mas famosas ciudades de Italia; y habiéndolas visto todas pararon en Bolonia, y admirados de los estudios de aquella insigne universidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Dieron noticia de su intento á sus padres, de que se holgaron infinito, y lo mostraron con proveerles magnificamente, y de modo, que mostrasen en su tratamiento quiénes eran y qué padres tenian: y desde el primero dia que salieron á las escuelas, fuéron conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados. Tendria D. Antonio hasta veinte y cuatro años, y D. Juan no pasaba de veinte y seis; y adornaban esta buena edad con ser muy gentileshombres, músicos, poetas, diestros y valientes: partes que los hacian amables y bien queridos de cuantos los comunicaban. Tuvieron luego muchos amigos asi estudiantes españoles, de los muchos que en aquella universidad cursaban, como de los mismos de la ciudad y de los extranjeros: mostrábanse con todos liberales y comedidos, y muy ajenos de la arrogancia que dicen que suelen tener los españoles; y como eran mozos y alegres, no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad; y aunque habia muchas señoras doncellas y casadas con gran fama de ser honestas y hermosas, á todas se aventajaba la señora Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que un tiempo fuéron señores de Bolonia. Era Cornelia hermosisima en extremo, y estaba debajo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli, su hermano, honradisimo y valiente caballero, huérfanos de padre y madre: que aunque los dejaron solos, los dejaron ricos, y la riqueza es grande alivio de orfandad. Era el recato de Cornelia tanto, y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dejaba ver, ni su hermano consentia que la viesen. Esta fama traia deseosos á D. Juan y á D. Antonio de verla, aunque fuera en la iglesia; pero el trabajo que en ello pusieron fué en balde, y el deseo, por la imposibilidad cuchillo, de la esperanza, fué menguando; y así con solo el amor de sus estudios y el entretenimiento de algunas honestas mocedades, pasaban una vida tan alegre como honrada; pocas veces salian de noche, y si salian, iban juntos y bien armados.

Sucedió pues que habiendo de salir una noche, dijo D. Antonio á D. Juan, que él se queria quedar á rezar ciertas devociones, que se fuese, que luego le seguiria. No hay para qué, dijo D. Juan, que yo os aguardaré, y si no saliéremos esta noche, importa poco. No, por vida vuestra, replicó D. Antonio, salid á coger el aire, que yo seré luego con vos, si es que vais por donde solemos ir. Haced vuestro gusto, dijo D. Juan, quedáos en buenhora, y si saliéredes, las mismas estaciones andaré esta noche que las pasadas. Fuése D. Juan, y quedóse D. Antonio. Era la noche entre escura, y la hora las once; y habiendo andado dos ó tres calles, y viéndose solo, y que no tenia con quién hablar, determinó volverse á su casa, y poniéndolo en efeto, al pasar por una calle que tenia portales sustentados en mármoles, oyó que de una puerta le ceceaban. La escuridad de la noche, y la que causaban los portales, no le dejaban atinar al ceceo. Detúvose un poco, estuvo atento, y vió entreabrir una puerta: llegóse á ella, y oyó una voz baja, que dijo: ¿Sois por ventura Fabio? D. Juan, por sí ó por no, respondió que sí. Pues tomad, respondieron de dentro, y ponedlo en cobro, y volved luego, que importa. Alargó la mano D. Juan, y topó un bulto, y queriéndolo tomar, vió que eran menester las dos manos, y así le hubo de asir con entrambas; y apénas se le dejaron en ellas, cuando le cerraron la puerta, y él se halló cargado en la calle, y sin saber de qué. Pero casi luego comenzó á llorar una criatura, al parecer recien nacida, á cuyo lloro quedó D. Juan confuso y suspenso, sin saber qué hacerse, ni qué corte dar en aquel caso; porque en volver á llamar á la puerta, le pareció que podia correr algun peligro cúya era la criatura, y en dejarla allí, la criatura misma; pues el llevarla á su casa, no tenia en ella quien la remediase, ni él conocia en toda la ciudad persona adonde poder llevarla, pero viendo que le habian dicho que la pusiese en cobro, y que volviese luego, determinó de traerla á su casa, y dejarla en poder de una ama que los servia, y volver luego á ver si era menester su favor en alguna cosa, puesto que bien habia visto que le habian tenido por otro, y que habia sido error darle á él la criatura. Finalmente, sin hacer mas discursos se vino á casa con ella, á tiempo que ya D. Antonio no estaba en ella: entróse en un aposento, y llamó al ama, descubrió la criatura, y vió que era la mas hermosa que jamas hubiese visto: los paños en que venia envuelta mostraban ser de ricos padres nacida: desenvolvióla el ama, y hallaron que era varon. Menester es, dijo D. Juan, dar de mamar á este niño, y ha de ser desta manera: que vos, ama, le habeis de quitar estas ricas mantillas, y ponerle

otras mas humildes, y sin decir que yo le he traido, le habeis de llevar en casa de una partera, que las tales siempre suelen dar recado y remedio á semejantes necesidades: llevaréis dineros con que la dejeis satisfecha, y daréisle los padres que quisiéredes, para encubrir la verdad de haberlo yo traido. Respondió el ama que así lo haria, y D. Juan con la priesa que pudo volvió á ver si le ceceaban otra vez; pero un poco ántes que llegase á la casa adonde le habian llamado, oyó gran ruido de espadas, como de mucha gente que se acuchillaba. Estuvo atento y no sintió palabra alguna: la herrería era á la sorda; y á la luz de las centellas que las piedras heridas de las espadas levantaban, casi pudo ver que eran muchos los que á uno solo acometian; confirmóse en esta verdad oyendo decir: ¡Ah traidores, que sois muchos, y yo solo! pero con todo eso, no os ha de valer vuestra superchería. Oyendo y viendo lo cual D. Juan, llevado de su valeroso corazon, en dos brincos se puso á su lado, y metiendo mano á la espada, y á un broquel que llevaba, dijo al que se defendia, en lengua italiana por no ser conocido por español: No temais, que socorro os ha venido que no os faltará hasta perder la vida; menead los puños, que traidores pueden poco, aunque sean muchos. A estas razones respondió uno de los contrarios: Mientes, que aquí no hay ningun traidor, que el querer cobrar la honra perdida, á toda demasía da licencia. No le habló mas palabras, porque no les daba lugar á ello la priesa que se daban á herirse los enemigos, que al parecer de D. Juan debian de ser seis. Apretaron tanto á su compañero, que de dos estocadas que le diéron á un tiempo en los pechos, diéron con él en tierra. D. Juan creyó que le habian muerto, y con lijereza y valor extraño se puso delante de todos, y los hizo arredrar á fuerza de una lluvia de cuchilladas y estocadas; pero no fuera bastante su diligencia para ofender y defender, si no le ayudara la buena suerte con hacer que los vecinos de la calle sacasen lumbres á las ventanas, y á grandes voces llamasen á la justicia; lo cual visto por los contrarios, dejaron la calle y á espaldas vueltas se ausentaron. Ya en esto se habia levantado el caido, porque las estocadas hallaron un peto como de diamante en que toparon. Habíasele caido á D. Juan el sombrero en la refriega, y buscándole, halló otro, que se puso acaso, sin mirar si era el suyo ó no. El caido se llegó á él, y le dijo: Señor caballero, quien quiera que seais, yo confieso que os debo la vida que tengo, la cual con lo que valgo y puedo gastaré á vuestro servicio: hacedme merced de decirme quién sois y vuestro nombre, para que yo sepa á quién tengo de mostrarme agradecido. A lo cual respondió D. Juan: No quiero ser descortés, ya que soy desinteresado: por hacer, señor, lo que me pedis y por daros gusto, solamente os digo que soy un caballero español, y estudiante en esta ciudad: si el nombre os importara saberlo, os lo dijera; mas por si acaso os quisiéredes servir de mí en otra cosa, sabed que me llamo D. Juan de Gamboa. Mucha merced me habeis hecho, respondió el caido; pero yo, señor D. Juan de Gamboa, no quiero deciros quién soy ni mi nombre, porque he de gustar mucho de que lo sepais de otro que de mí, y yo tendré cuidado de que os hagan sabidor dello. Habíale preguntado primero D. Juan si estaba herido, porque le habia visto dar dos grandes estocadas; y habíale respondido, que un famoso peto que traia puesto, despues de Dios, le habia defendido; pero que con todo esto sus enemigos le acabaran, si él no se hallara á su lado. En esto vieron venir hácia ellos un bulto de gente, y D. Juan dijo: Si estos son los enemigos que vuelven, apercebidos, señor, y haced como quien sois. A lo que yo creo no son enemigos, sino amigos los que aquí vienen; y así fué la verdad, porque los que llegaron, que fuéron ocho hombres, rodearon al caido, y hablaron con él pocas palabras, pero tan calladas y secretas, que D. Juan no las pudo oir. Volvió luego el defendido á D. Juan, y díjole: A no haber venido estos amigos, en ninguna manera, señor D. Juan, os dejara hasta que acabáredes de ponerme en salvo; pero ahora os suplico con todo encarecimiento, que os vais, y me dejeis, que me importa. Hablando esto, se tentó la cabeza, y vió que estaba sin sombrero, y volviéndose á los que habian venido, pidió que le diesen un sombrero, que se le habia caido el suyo. Apénas lo hubo dicho, cuando D. Juan le puso el que habia hallado en la calle. Tentóle el caido, y volviéndosele á D. Juan, dijo: Este sombrero no es mio: por vida del señor D. Juan, que se le lleve por trofeo desta refriega, y guárdele, que creo que es conocido. Diéronle otro sombrero al defendido, y D. Juan, por cumplir lo que le habia pedido, pasando algunos aunque breves comedimentos, le dejó sin saber quién era, y se vino á su casa, sin querer llegar á la puerta donde le habian dado la criatura, por parecerle que todo el barrio estaba despierto y alborotado con la pendencia.

Sucedió pues que volviéndose á su posada, en la mitad del camino encontró con D. Antonio de Isunza, su camarada, y conociéndose, dijo D. Antonio: Volved conmigo, D. Juan, hasta aquí arriba, y en el camino os contaré un extraño cuento que me ha sucedido, que no le habréis oido tal vez en toda vuestra vida. Como esos cuentos os podré contar yo, respondió D. Juan; pero vamos dónde quereis, y contadme el vuestro. Guió D. Antonio, y dijo: Habeis de saber, que poco mas de una hora despues que salisteis de casa, salí á buscaros, y no treinta pasos de aquí vi venir casi á encontrarme un bulto negro de persona, que venia muy aguijando, y llegándose cerca, conocí ser mujer en el hábito largo, la cual con voz interrumpida de sollozos y de suspiros me dijo: Por ventura, señor, ¿sois extranjero, ó de la ciudad? Extranjero soy, y español, respondí yo. Y ella: Gracias al cielo, que no quiere que muera sin sacramentos. ¿Venis herida, señora, repliqué yo, ó traeis algun mal de muerte? Podria ser que el que traigo lo fuese, si presto no se me da remedio: por la cortesía que siempre suele reinar en los de vuestra nacion, os suplico, señor español, que me saqueis destas calles, y me lleveis á vuestra posada con la mayor priesa que pudiéredes, que allá si gustáredes dello, sabréis el mal que llevo, y quién soy, aunque sea á costa de mi crédito. Oyendo lo cual, pareciéndome que tenia necesidad de lo que pedia, sin replicarla mas, la así de la mano, y por calles desusadas la llevé á la posada. Abrióme Santistéban el paje, hícele que se retirase, y sin que él la viese, la llevé á mi estancia, y ella en entrando, se arrojó encima de mi lecho desmayada. Lleguéme á ella, y descubríla el rostro, que con el manto traia cubierto, y descubrí en él la mayor belleza que humanos ojos han visto: será á mi parecer de edad de diez y ocho años, ántes ménos que mas:

quedé suspenso de ver tal extremo de belleza: acudí á echarle un poco de agua en el rostro, con que volvió en sí, suspirando tiernamente; y lo primero que me dijo, fué: ¿Conoceisme, señor? No, respondí yo, ni es bien que yo haya tenido ventura de haber conocido tanta hermosura. ¡Desdichada de aquella, respondió ella, á quien se la da el cielo para mayor desgracia suya; pero, señor, no es tiempo este de alabar hermosuras, sino de remediar desdichas: por quien sois que me dejeis aquí encerrada, y no permitais que ninguno me vea, y volved luego al mismo lugar que me topastes, y mirad si riñe alguna gente, y no favorezcais á ninguno de los que riñeren, sino poned paz, que cualquier daño de las partes ha de resultar en acrecentar el mio. Déjola encerrada, y vengo á poner en paz esta pendencia. ¿Teneis mas que decir, D. Antonio? preguntó D. Juan. Pues ¿no os parece que he dicho harto, respondió D. Antonio, pues he dicho que tengo debajo de llave y en mi aposento la mayor belleza que humanos ojos han visto? El caso es extraño sin duda, dijo D. Juan; pero oid el mio: y luego le contó todo lo que le habia sucedido, y cómo la criatura que le habian dado estaba en casa en poder de su ama, y la órden que le habia dejado de mudarle las ricas mantillas en pobres, y de llevarla adonde la criasen, ó á lo ménos socorriesen la presente necesidad; y dijo mas, que la pendencia que él venia á buscar ya era acabada y puesta en paz, que él se habia hallado en ella, y que á lo que él imaginaba, todos los de la riña debian de ser gentes de prendas y de gran valor. Quedaron entrambos admirados del suceso de cada uno, y con priesa se volvieron á la posada, por ver lo que habia menester la encerrada. En el camino dijo D. Antonio á D. Juan que él habia prometido á aquella señora que no la dejaria ver de nadie, ni entraria en aquel aposento sino él solo, en tanto que ella no gustase de otra cosa. No importa nada, respondió D. Juan, que no faltará órden para verla, que ya lo deseo en extremo, segun me la habeis alabado de hermosa. Llegaron en esto, y á la luz que sacó uno de tres pajes que tenian, alzó los ojos D. Antonio al sombrero que D. Juan traia, y vióle resplandeciente de diamantes; quitóselo, y vió que las luces salian de muchos que en un cintillo riquísimo traia. Miráronle entrambos; y concluyeron que si todos eran finos como parecian, valia mas de doce mil ducados. Aquí acabaron ser gente principal la de la pendencia, especialmente el socorrido de D. Juan, de quien se acordó haberle dicho que trujese el sombrero y le guardase, porque era conocido. Mandaron retirar los pajes, y D. Antonio abrió su aposento, y halló á la señora sentada en la cama, con la mano en la mejilla, derramando tiernas lágrimas. D. Juan, con el deseo que tenia de verla, se asomó á la puerta tanto, cuanto pudo entrar la cabeza, y al punto la lumbre de los diamantes dió en los ojos de la que lloraba, y alzándolos, dijo: Entrad, señor duque, entrad; ¿para qué me quereis dar con tanta escaseza el bien de vuestra visita? A esto dijo D. Antonio: Aquí, señora, no hay ningun duque que se excuse de veros. ¿Cómo no? replicó ella; el que allí se asomó ahora es el duque de Ferrara, que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero. En verdad, señora, que el sombrero que vistes no le trae ningun duque; y si quereis desengañaros con ver quién le trae, dadle licencia que entre. Entre enhorabuena, dijo ella, aunque si no fuese el duque, mis desdichas serían mayores. Todas estas razones habia oido D. Juan, y viendo que tenia licencia para entrar, con el sombrero en la mano entró en el aposento, y así como se le puso delante, y ella conoció no ser quien decia el del rico sombrero, con voz turbada y lengua presurosa dijo: ¡Ay desdichada de mí! Señor mio, decidme luego, sin tenerme mas suspensa: ¿conoceis el dueño dese sombrero? ¿Dónde le dejastes, ó cómo vino á vuestro poder? ¿Es vivo por ventura, ó son esas las nuevas que me envía de su muerte? ¡Ay bien mio, qué sucesos son estos! ¡Aquí veo tus prendas, aquí me veo sin tí encerrada, y en poder que, á no saber que es de gentileshombres españoles, el temor de perder mi honestidad me hubiera quitado la vida! Sosegáos, señora, dijo D. Juan, que ni el dueño deste sombrero es muerto, ni estáis en parte donde se os ha de hacer agravio alguno, sino serviros con cuanto las fuerzas nuestras alcanzaren, hasta poner las vidas por defenderos y ampararos; que no es bien que os salga vana la fe que teneis de la bondad de los españoles; y pues nosotros lo somos, y principales (que aquí viene bien esta que parece arrogancia), estad segura que se os guardará el decoro que vuestra presencia merece. Así lo creo yo, respondió ella; pero con todo eso, decidme, señor, ¿cómo vino á vuestro poder ese rico sombrero, ó adónde está su dueño, que por lo ménos es Alfonso de Este, duque de Ferrara? Entónces D. Juan, por no tenerla mas suspensa, le contó cómo le habia hallado en una pendencia, y en ella habia favorecido y ayudado á un caballero, que por lo que ella decia, sin duda debia de ser el duque de Ferrara, y que en la pendencia habia perdido el sombrero y hallado aquel, y que aquel caballero le habia dicho que le guardase, que era conocido, y que la refriega se habia concluido sin quedar herido el caballero, ni él tampoco, y que despues de acabada habia llegado gente, que al parecer debian de ser criados ó amigos del que él pensaba ser el duque, el cual le habia pedido le dejase y se viniese, mostrándose muy agradecido al favor que yo le habia dado: de manera, señora mia, que este rico sombrero vino á mi poder por la manera que os he dicho, y su dueño, si es el duque, como vos decis, no ha una hora que le dejé bueno, sano y salvo: sea esta verdad parte para vuestro consuelo, si es que le tendréis con saber del buen estado del duque. Para que sepais, señores, si tengo razon y causa para preguntar por él, estadme atentos, y escuchad la no sé si diga mi desdichada historia.

Todo el tiempo en que esto pasó le entretuvo el ama en paladear al niño con miel, y en mudarle las mantillas de ricas en pobres; y ya que lo tuvo todo aderezado, quiso llevarle en casa de una partera, como D. Juan se lo dejó ordenado, y al pasar con él por junto á la estancia donde estaba la que queria comenzar su historia, lloró la criatura de modo que lo sintió la señora, y levantándose en pié, púsose atentamente á escuchar, y oyó mas distintamente el llanto de la criatura, y dijo: Señores mios, ¿qué criatura es aquella que parece recien nacida? D. Juan respondió: Es un niño que esta noche nos han echado á la puerta de casa, y va el ama á buscar quien le dé de mamar. Tráiganmele aquí, por amor de Dios, dijo la señora, que yo haré esa caridad á los hijos ajenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios. Llamó D. Juan al ama, y tomóle el niño, y entro-

sele á la que le pedia, y púsosele en los brazos, diciendo: Veis aquí, señora, el presente que nos han hecho esta noche, y no ha sido este el primero, que pocos meses se pasan que no hallemos á los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos. Tomóle ella en los brazos, y miróle atentamente así el rostro como los pobres aunque limpios paños en que venía envuelto, y luego sin poder tener las lágrimas, se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar á la criatura, y aplicándosela á ellos, juntó su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaba, y con las lágrimas le bañaba el rostro; y desta manera estuvo sin levantar el suyo tanto espacio, cuanto el niño no quiso dejar el pecho. En este espacio guardaban todos cuatro silencio: el niño mamaba; pero no era ansí, porque las recien paridas no pueden dar el pecho, y así cayendo en la cuenta la que se lo daba, se volvió á D. Juan, diciendo: En balde me he mostrado caritativa; bien parezco nueva en estos casos: haced, señor, que á este niño le paladeen con un poco de miel, y no consintais que á estas horas le lleven por las calles: dejad llegar el dia, y ántes que le lleven, vuélvanmele á traer, que me consuelo en verle. Volvió el niño Don Juan á la ama, y ordenóle le entretuviese hasta el dia, y que le pusiese las ricas mantillas con que le habia traido, y que no le llevase sin primero decírselo. Y volviendo á entrar, y estando los tres solos, la hermosa Cornelia dijo: Sí quereis que hable, dadme primero algo que coma, que me desmayo, y tengo bastante ocasion para ello. Acudió prestamente D. Antonio á un escritorio, y sacó dél muchas conservas, y de algunas comió la desmayada, y bebió un vidrio de agua fria, con que volvió en sí, y algo sosegada, dijo: Sentáos, señores, y escuchadme. Hiciéronlo ansí, y ella recogiéndose encima del lecho, y abrigándose bien con las faldas del vestido, dejó descolgar por las espaldas un velo que en la cabeza traia, dejando el rostro exento y descubierto, mostrando en él el mismo de la luna, ó por mejor decir, del mismo sol, cuando mas hermoso y mas claro se muestra: llovíanle líquidas perlas de los ojos, y limpiábaselas con un lienzo blanquísimo, y con unas manos tales, que entre ellas y el lienzo fuera de buen juicio el que supiera diferenciar la blancura. Finalmente, despues de haber dado muchos suspiros, y despues de haber procurado sosegar algun tanto el pecho, con voz algo doliente y turbada dijo:

Yo, señores, soy aquella que muchas veces habréis sin duda alguna oido nombrar por ahí, porque la fama de mi belleza, tal cual ella es, pocas lenguas hay que no la publiquen; soy en efeto Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenzo Bentibolli, que con deciros esto, quizá habré dicho dos verdades: la una de mi nobleza, la otra de mi hermosura. De pequeña edad quedé huérfana de padre y madre, en poder de mi hermano, el cual desde niña puso en mí guarda el recato mismo, puesto que mas confiaba de mi honrada condicion, que de la solicitud que ponia en guardarme. Finalmente, entre paredes y entre soledades, acompañada no mas que de mis criadas, fuí creciendo, y juntamente conmigo crecia la fama de mi gentileza, sacada en público de los criados y de aquellos que en secreto me trataban, y de un retrato que mi hermano mandó hacer á un famoso pintor, para que, como él decia, no quedase sin mí el

mundo, ya que el cielo á mejor vida me llevase; pe
todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdicio
si no sucediera venir el duque de Ferrara á ser padri
de unas bodas de una prima mia, donde me llevó
hermano con sana intencion y por honra de mi parien
allí miré y fuí vista; allí, segun creo, rendí corazon
avasallé voluntades; allí sentí que daban gusto las a
banzas, aunque fuesen dadas por lisonjeras lengu
allí, finalmente, vi al duque y él me vió á mí, de c
vista ha resultado verme ahora como me veo. No
quiero decir, señores, porque sería proceder en i
nito, los términos, las trazas y los medos por dond
duque y yo vinimos á conseguir al cabo de dos años
deseos que en aquellas bodas nacieron; porque ni gu
das, ni recatos, ni honrosas amonestaciones, ni
humana diligencia fué bastante para estorbar el jun
nos, que en fin hubo de ser debajo de la palabra,
él me dió, de ser mi esposo, porque sin ella fuera i
posible rendir la roca de la valerosa presuncion m
mil veces le dije que públicamente me pidiese á mi
mano, pues no era posible que me negase, y que no
bia que dar disculpas al vulgo de la culpa que le p
drian de la desigualdad de nuestro casamiento, pue
desmentia en nada la nobleza del linaje Bentibolli
suya Estense. A esto me respondió con excusas que
las tuve por bastantes y necesarias, y confiada c
rendida, creí como enamorada, y entreguéme de
mi voluntad á la suya por intercesion de una criada
mas blanda á las dádivas y promesas del duque, qu
que debia á la confianza que de su fidelidad mi herm
hacia. En resolucion, al cabo de pocos dias me s
preñada, y ántes que mis vestidos manifestasen mi
bertades (por no darles otro nombre), me fingí enfe
y melancólica, y hice que mi hermano me trujese
casa de aquella mi prima, de quien habia sido padi
el duque: allí le hice saber en el término en que es
y el peligro que me amenazaba, y la poca seguridad
tenia de mi vida, por tener barruntos de que mi
mano sospechaba mi desenvoltura: quedó de acu
entre los dos que en entrando en el mes mayor se lo
sase, que él vendria por mí con otros amigos suyo
me llevaria á Ferrara, donde en la sazon que espe
se casaria públicamente conmigo: esta noche en qu
tamos fué la del concierto de su venida, y esta mi
noche, estándole esperando, sentí pasar á mi herm
con otros muchos hombres al parecer armados, se
les crujian las armas, de cuyo sobresalto de impro
me sobrevino el parto, y en un instante parí un herm
niño. Aquella criada mia, sabidora y medianera de
hechos, que estaba ya prevenida para el caso, enve
la criatura en otros paños, que no los que tiene la q
vuestra puerta echaron; y saliendo á la puerta d
calle, la dió, á lo que ella dijo, á un criado del du
Yo desde allí á un poco, acomodándome lo mejor
pude (segun la presente necesidad), salí de la casa,
yendo que estaba en la calle el duque, y no le deb
hacer hasta que él llegara á la puerta; mas el miedo
me habia puesto la cuadrilla armada de mi herm
creyendo que ya esgrimia su espada sobre mi cuello
me dejó hacer otro mejor discurso; y así desatenta
loca salí donde me sucedió lo que habeis visto: y
que me veo sin hijo y sin esposo, y con temor de pe
sucesos, doy gracias al cielo, que me ha traido á v



tro poder, de quien me prometo todo aquello que de la cortesía española puedo prometerme, y mas de la vuestra, que la sabréis realzar por ser tan nobles como pareceis. Diciendo esto, se dejó caer del todo encima del lecho, y acudiendo los dos á ver si se desmayaba, vieron que no, sino que amargamente lloraba, y díjole D. Juan: Si hasta aquí, hermosa señora, yo y D. Antonio, mi camarada, os teníamos compasion y lástima por ser mujer, ahora que sabemos vuestra calidad, la lástima y compasion pasa á ser obligacion precisa de serviros: cobrad ánimo y no desmayeis, y aunque no acostumbrada á semejantes casos, tanto mas mostraréis quién sois, cuanto mas con paciencia supiéredes llevarlos: creed, señora, que imagino que estos tan extraños sucesos han de tener un feliz fin, que no han de permitir los cielos que tanta belleza se goce mal, y tan honestos pensamientos se malogren: acostáos, señora, y curad de vuestra persona, que lo habeis menester, que aquí entrará una criada nuestra que os sirva, de quien podéis hacer la misma confianza que de nuestras personas: tan bien sabrá tener en silencio vuestras desgracias, como acudir á vuestras necesidades. Tal es la que tengo, que á cosas mas dificultosas me obliga, respondió ella; entre, señor, quien vos quisiéredes, que encaminada por vuestra parte, no puedo dejar de tenerla muy buena en la que menester hubiere; pero con todo eso os suplico que no me vean mas que vuestra criada. Así será, respondió D. Antonio, y dejándola sola se salieron, y D. Juan dijo al ama que entrase dentro, y llevase la criatura con los ricos paños, si se los habia puesto. El ama dijo que sí, y que ya estaba de la misma manera que él la habia traido. Entró el ama advertida de lo que habia de responder á lo que acerca de aquella criatura la señora que hallaria allí dentro le preguntase. En viéndola Cornelia, le dijo: Vengais en buen hora, amiga mia, dadme esa criatura, y llegadme aquí esa vela. Hízolo así el ama, y tomando el niño Cornelia en sus brazos, se turbó toda, y le miró ahincadamente, y dijo al ama: Decidme, señora, ¿este niño y el que me trujisteis, ó me trujeron poco há, es todo uno? Sí, señora, respondió el ama. Pues ¿cómo trae tan trocadas las mantillas? replicó Cornelia: en verdad, amiga, que me parece ó que estas son otras mantillas, ó que esta no es la misma criatura. Todo podia ser, respondió el ama. Pecadora de mí, dijo Cornelia, ¿cómo todo podia ser? ¿cómo es esto, ama mia? que el corazon me revienta en el pecho hasta saber este trueco: decídmelo, amiga, por todo aquello que bien quereis: digo que me digais de dónde habeis habido estas tan ricas mantillas? porque os hago saber que son mias, si la vista no me miente ó la memoria no se acuerda: con estas mismas ó otras semejantes entregué yo á mi doncella la prenda querida de mi alma: ¿quién se las quitó? ¡ay desdichada! y ¿quién las trujo aquí? ¡ay sin ventura! D. Juan y D. Antonio, que todas estas quejas escuchaban, no quisieron que mas adelante pasase en ellas, ni permitieron que el engaño de las trocadas mantillas mas la tuviese en pena, y así entraron, y D. Juan le dijo: Esas mantillas y ese niño son cosa vuestra, señora Cornelia; y luego le contó punto por punto cómo él habia sido la persona á quien su doncella habia dado el niño, y de cómo le habia traido á casa, con el órden que habia dado al ama del trueco de las mantillas, y la ocasion por qué lo habia hecho; aunque despues que le contó su parto, siempre tuvo por cierto que aquel era su hijo, y que si no se lo habia dicho, habia sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreviniese la alegría de haberle conocido. Allí fuéron infinitas las lágrimas de alegría de Cornelia, infinitos los besos que dió á su hijo, infinitas las gracias que rindió á sus favorecedores, llamándolos ángeles humanos de su guarda, y otros títulos que de su agradecimiento daban notoria muestra. Dejáronla con el ama, encomendándole mirase por ella, y la sirviese cuanto fuese posible, advirtiéndola en el término en que estaba, para que acudiese á su remedio, pues ella por ser mujer sabía mas de aquel menester que no ellos. Con esto se fuéron á reposar lo que faltaba de la noche con intencion de no entrar en el aposento de Cornelia, si no fuese ó que ella los llamase, ó la necesidad precisa. Vino el dia, y el ama trujo á quien secretamente y á escuras diese de mamar al niño, y ellos preguntaron por Cornelia. Dijo el ama que reposaba un poco. Fuéronse á las escuelas, y pasaron por la calle de la pendencia y por la casa de donde habia salido Cornelia, por ver si era ya pública su falta, ó si hacian corrillos della; pero en ningun modo sintieron ni oyeron cosa ni de la riña, ni de la ausencia de Cornelia. Con esto, oidas sus lecciones, se volvieron á su posada. Llamólos Cornelia con el ama, á quien respondieron que tenian determinado de no poner los piés en su aposento, para que con mas decoro se guardase el que á su honestidad se debia; pero ella replicó con lágrimas y con ruegos que entrasen á verla, que aquel era el decoro mas conveniente, si no para su remedio, á lo ménos para su consuelo. Hiciéronlo así, y ella los recebió con rostro alegre, y con mucha cortesía: pidióles le hiciesen merced de salir por la ciudad, y ver si oian algunas nuevas de su atrevimiento: respondiéronle que ya estaba hecha aquella diligencia con toda curiosidad, pero que no se decia nada.

En esto llegó un paje, de tres que tenian, á la puerta del aposento, y desde fuera dijo: A la puerta está un caballero con dos criados, que dice se llama Lorenzo Bentibolli, y busca á mi señor D. Juan de Gamboa. A este recado cerró Cornelia ambos puños, y se los puso en la boca, y por entre ellos salió la voz baja y temerosa, y dijo: Mi hermano, señores, mi hermano es ese: sin duda debe haber sabido que estoy aquí, y viene á quitarme la vida: socorro, señores, y amparo. Sosegáos, señora, le dijo D. Antonio, que en parte estáis y en poder de quien no os dejará hacer el menor agravio del mundo. Acudid vos, señor D. Juan, y mirad lo que quiere ese caballero, y yo me quedaré aquí á defender, si menester fuere, á Cornelia. D. Juan sin mudar semblante bajó abajo, y luego D. Antonio hizo traer dos pistoletes armados, y mandó á los pajes que tomasen sus espadas, y estuviesen apercebidos. El ama viendo aquellas prevenciones, temblaba: Cornelia temerosa de algun mal suceso, temia: solos D. Antonio y D. Juan estaban en sí, y muy bien puestos en lo que habian de hacer. En la puerta de la calle halló D. Juan á D. Lorenzo, el cual en viendo á D. Juan, le dijo: Suplico á V. S. (que esta es la manera de Italia) me haga merced de venirse conmigo á aquella iglesia que está allí frontero, que tengo un negocio que comunicar con V. S. en que me va la vida y la honra. De muy buena gana, respondió D. Juan; vamos, señor, donde quisiéredes. Dicho esto, mano á

mano se fuéron á la iglesia, sentándose en un escaño, y en parte donde no pudiesen ser oidos. Lorenzo habló primero, y dijo: Yo, señor español, soy Lorenzo Bentibolli, si no de los mas ricos, de los mas principales desta ciudad; ser esta verdad tan notoria servirá de disculpa de alabarme yo propio: quedé huérfano algunos años ha, y quedó en mi poder una mi hermana, tan hermosa, que á no tocarme tanto, quizá os la alabara de manera, que me faltaran encarecimientos por no poder ningunos corresponder del todo á su belleza: ser yo honrado, y ella muchacha y hermosa, me hacian andar solícito en guardarla; pero todas mis prevenciones y diligencias las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, que este es su nombre: finalmente por acortar, por no cansaros este que pudiera ser cuento largo, digo que el duque de Ferrara, Alfonso de Este, con ojos de lince venció á los de Argos, derribó y triunfó de mi industria, venciendo á mi hermana, y anoche me la llevó y sacó de casa de una parienta nuestra, y aun dicen que recien parida: anoche lo supe, y anoche le salí á buscar, y creo que le hallé y acuchillé; pero fué socorrido de algun ángel, que no consintió que con su sangre sacase la mancha de mi agravio: háme dicho mi parienta, que es la que todo esto me ha dicho, que el duque engañó á mi hermana debajo de palabra de recebirla por mujer: esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio en cuanto á los bienes de fortuna, que en los de naturaleza el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia: lo que creo es que él se atuvo á lo que se atienen los poderosos, que quieren atropellar una doncella temerosa y recatada, poniéndole á la vista el dulce nombre de esposo, haciéndola creer que por ciertos respetos no se desposaba luego: mentiras aparentes de verdades, pero falsas y mal intencionadas. Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana y sin honra, puesto que todo esto hasta agora, por mi parte lo tengo puesto debajo de la llave del silencio, y no he querido contar á nadie este agravio, hasta ver si le puedo remediar y satisfacer en alguna manera; que las infamias mejor es que se presuman y sospechen, que no que se sepan de cierto y distintamente, que entre el sí y el no de la duda, cada uno puede inclinarse á la parte que mas quisiere, y cada una tendrá sus valedores. Finalmente, yo tengo determinado de ir á Ferrara, y pedir al mismo duque la satisfacion de mi ofensa, y si la negare, desafiarle sobre el caso; y esto no ha de ser con escuadrones de gente, pues no los puedo ni formar ni sustentar, sino de persona á persona; para lo cual queria el ayuda de la vuestra, y que me acompañásedes en este camino, confiado en que lo haréis por ser español y caballero, como ya estoy informado; y por no dar cuenta á ningun pariente ni amigo mio, de quien no espero sino consejos y disuasiones, y de vos puedo esperar los que sean buenos y honrosos, aunque rompan por cualquier peligro: vos, señor, me habeis de hacer merced de venir conmigo, que llevando un español á mi lado, y tal como vos me pareceis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jerjes: mucho os pido, pero á mas obliga la deuda de responder á lo que la fama de vuestra nacion pregona. No mas, señor Lorenzo, dijo á esta sazon don Juan (que hasta allí sin interrumpirle palabra le habia estado escuchando), no mas, que desde aquí me constituyo por vuestro defensor y consejero, y tomo á mi

cargo la satisfacion ó venganza de vuestro agravio;
esto no solo por ser español, sino por ser caballero,
serlo vos tan principal como habeis dicho, y como yo s
y como todo el mundo sabe: mirad cuándo quereis q
sea nuestra partida, y sería mejor que fuese luego, p
que el hierro se ha de labrar miéntras estuviere ence
dido, y el ardor de la cólera acrecienta el ánimo, y
injuria reciente despierta la venganza. Levantése L
renzo y abrazó apretadamente á D. Juan, y dijo: A
generoso pecho como el vuestro, señor D. Juan, no
menester moverle con ponerle otro interes delante q
el de la honra que ha de ganar en este hecho, la c
desde aquí os la doy, si salimos felízmente deste ca
y por añadidura os ofrezco cuanto tengo, puedo y val
la ida quiero que sea mañana, porque hoy pueda p
venir lo necesario para ella. Bien me parece, dijo d
Juan, y dadme licencia, señor Lorenzo, que yo pue
dar cuenta deste hecho á un caballero, camarada m
de cuyo valor y silencio os podeis prometer harto m
que del mio. Pues vos, señor D. Juan, segun decis, h
beis tomado mi honra á vuestro cargo, disponed de
como quisiéredes, y decid della lo que quisiéredes y
quien quisiéredes; cuanto mas, que camarada vues
¿quién puede ser que muy bueno no sea? Con esto
abrazaron y despidieron, quedando que otro dia por
mañana le enviaria á llamar, para que fuera de la ciud
se pusiesen á caballo, y siguiesen disfrazados su jorna

Volvió D. Juan, y dió cuenta á D. Antonio y á Corn
lia de lo que con Lorenzo habia pasado, y el concie
que quedaba hecho. ¡Válame Dios! dijo Cornelia, gran
es, señor, vuestra cortesía, y grande vuestra confian
¿cómo? y ¿tan presto os habeis arrojado á emprender u
hazaña llena de inconvenientes? y ¿qué sabeis vos, señ
si os lleva mi hermano á Ferrara, ó á otra parte? p
donde quiera que os llevare, bien podeis hacer cuen
que va con vos la fidelidad misma, aunque yo como d
dichada en los átomos del sol tropiezo, de cualqui
sombra temo; y ¿no quereis que tema, si está puesta
la respuesta del duque mi vida ó mi muerte, y qué
yo, si responderá tan atentamente, que la cólera de
hermano se contenga en los límites de su discrecion
cuando así no salga, ¿paréceos que tiene flaco enemig
y ¿no os parece que los dias que tardáredes he de qu
dar colgada, temerosa y suspensa, esperando las dul
ó amargas nuevas del suceso? ¿Quiero yo tan poco
duque, ó á mi hermano, que de cualquiera de los d
no tema las desgracias y las sienta en el alma? Muc
discurris, y mucho temeis, señora Cornelia, dijo d
Juan; pero dad lugar entre tantos miedos á la esperanz
y fiad en Dios, en mi industria y buen deseo, que h
beis de ver con toda felicidad cumplido el vuestro: la i
de Ferrara no se excusa, ni el dejar de ayudar yo á vue
tro hermano, tampoco: hasta agora no sabemos la i
tencion del duque, ni tampoco si él sabe vuestra fal
y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo p
drá preguntar como yo: entended, señora Cornelia, q
la salud y contento de vuestro hermano y el del duq
llevo puestos en las niñas de mis ojos: yo miraré p
ellos como por ellas. Si así os da el cielo, señor D. Jua
respondió Cornelia, poder para remediar, como grac
para consolar, en medio destos mis trabajos me cuen
por bien afortunada; ya querria veros ir y volver, p
más que el temor me aflija en vuestra ausencia, ó la e

persona me suspenda. D. Antonio aprobó la determinacion de D. Juan, y le alabó la buena correspondencia que en él habia hallado la confianza de Lorenzo Bentibolli: díjole mas, que él querria ir á acompañarlos, por lo que podia suceder. Eso no, dijo D. Juan, asi porque no será bien que la señora Cornelia quede sola, como porque no piense el señor Lorenzo, que me quiero valer de esfuerzos ajenos. El mio es el vuestro mismo, replicó D. Antonio, y así, aunque sea desconocido y desde léjos, os tengo de seguir, que la señora Cornelia sé que gustará dello, y no queda tan sola que le falte quien la sirva, la guarde y acompañe. A lo cual Cornelia dijo: Gran consuelo será para mí, señores, si sé que vais juntos, ó á lo ménos de modo que os favorezcais el uno á otro, si el caso lo pidiere; y pues al que vais á mí se me semeja ser de peligro, hacedme merced, señores, de llevar estas reliquias con vosotros; y diciendo esto, sacó del seno una cruz de diamantes de inestimable valor, y un agnus de oro tan rico como la cruz. Miraron los dos las ricas joyas, y apreciáronlas aun mas que lo que habian apreciado el cintillo; pero volviéronselas, no queriéndo tomarlas en ninguna manera, diciendo que ellos llevarian reliquias consigo, si no tan bien adornadas, á lo ménos en su calidad tan buenas. Pesóle á Cornelia el no aceptarlas, pero al fin hubo de estar á lo que ellos querian. El ama tenia gran cuidado de regalar á Cornelia, y sabiendo la partida de sus amos, de que le dieron cuenta, pero no á lo que iban ni adónde iban, se encargó de mirar por la señora (cuyo nombre aun no sabia), de manera que sus mercedes no hiciesen falta. Otro dia bien de mañana ya estaba Lorenzo á la puerta, y D. Juan de camino con el sombrero del cintillo, á quien adornó de plumas negras y amarillas, y cubrió el cintillo con una toquilla negra. Despidiéronse de Cornelia, la cual imaginando que tenia á su hermano tan cerca, estaba tan temerosa, que no acertó á decir palabra á los dos que della se despidieron. Salió primero Don Juan, y con Lorenzo se fué fuera de la ciudad, y en una huerta algo desviada hallaron dos muy buenos caballos, con dos mozos que del diestro los tenian. Subieron en ellos, y los mozos delante, por sendas y caminos desusados caminaron á Ferrara: D. Antonio sobre un cuartago suyo, y otro vestido y disimulado los seguia; pero parecióle que se recataban dél, especialmente Lorenzo, y así acordó de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad que allí los encontraria.

Apénas hubieron salido de la ciudad, cuando Cornelia dió cuenta al ama de todos sus sucesos, y de cómo aquel niño era suyo y del duque de Ferrara, con todos los puntos que hasta aquí se han contado, tocantes á su historia, no encubriéndole como el viaje que llevaban sus señores era á Ferrara, acompañando á su hermano, que iba á desafiar al duque Alfonso. Oyendo lo cual el ama (como si el demonio se lo mandara, para intricar, estorbar ó dilatar el remedio de Cornelia), dijo: ¡Ay, señora de mi alma! ¿y todas esas cosas han pasado por vos, y estáis aquí descuidada y á pierna tendida? O no teneis alma, ó teneisla tan desmazalada que no siente. ¿Cómo, y pensais vos por ventura, que vuestro hermano va á Ferrara? No lo penseis, sino pensad y creed que ha querido llevar á mis amos de aquí, y ausentarlos desta casa, para volver á ella y quitaros la vida, que lo podrá hacer, como quien bebe un jarro de agua; mirad debajo de qué guarda y amparo quedámos, sino en la de tres pajes, que harto tienen ellos que hacer en rascarse la sarna de que están llenos, que en meterse en dibujos: á lo ménos de mí sé decir, que no tendré ánimo para esperar el suceso y ruina que á esta casa amenaza: ¡el señor Lorenzo, italiano, y que se fie de españoles, y les pida favor y ayuda! para mi ojo, si tal crea (y dióse ella misma una higa); si vos, hija mia, quisiéredes tomar mi consejo, yo os le daria tal que os luciese. Pasmada, atónita y confusa estaba Cornelia, oyendo las razones del ama, que las decia con tanto ahinco, y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que le decia, y quizá estaban muertos D. Juan y D. Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas, y la cosia á puñaladas; y así le dijo: Y ¿qué consejo me dariades vos, amiga, que fuese saludable, y que previniese la sobrestante desventura? Y como que le daré tal y tan bueno, que no pueda mejorarse, dijo el ama: yo, señora, he servido á un piovano, á un cura, digo, de una aldea, que está dos millas de Ferrara: es una persona santa y buena, y que hará por mí todo lo que yo le pidiere, porque me tiene obligacion mas que de amo: vámonos allá, que yo buscaré quien nos lleve luego, y la que viene á dar de mamar al niño es mujer pobre, y se irá con nosotras al cabo del mundo; y ya, señora, que presupongamos que has de ser hallada, mejor será que te hallen en casa de un sacerdote de misa, viejo y honrado, que en poder de dos estudiantes, mozos y españoles, que los tales, como soy yo buen testigo, no desechan ripio, y agora, señora, como estás mala, te han guardado respeto; pero si sanas y convaleces en su poder, Dios lo podrá remediar, porque en verdad, que si á mí no me hubieran guardado mis repulsas, desdenes y enterezas, ya hubieran dado conmigo y con mi honra al traste; porque no es todo oro lo que en ellos reluce: uno dicen, y otro piensan; pero hanlo habido conmigo, que soy taimada, y sé do me aprieta el zapato, y sobre todo soy bien nacida, que soy de los Cribelos de Milan, y tengo el punto de la honra diez millas mas allá de las nubes; y en esto se podrá echar de ver, señora mia, las calamidades que por mí han pasado, pues con ser quien soy, he venido á ser masara de españoles, á quien ellos llaman ama; aunque á la verdad no tengo de qué quejarme de mis amos, porque son unos benditos, como no estén enojados, y en esto parecen vizcaínos, como ellos dicen que lo son; pero quizá para contigo serán gallegos, que es otra nacion, segun es fama, algo ménos puntual y bien mirada que la vizcaína. En efeto, tantas y tales razones le dijo, que la pobre Cornelia se dispuso á seguir su parecer; y así en ménos de cuatro horas, disponiéndolo el ama, y consintiéndolo ella, se vieron dentro de una carroza las dos y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pajes, se pusieron en camino para la aldea del cura; y todo esto se hizo á persuasion del ama, y con sus dineros, porque la habian pagado sus señores un año de su sueldo, y así no fué menester empeñar una joya que Cornelia le daba; y como habian oido decir á D. Juan que él y su hermano no habian de seguir el camino derecho de Ferrara, sino por sendas apartadas, quisieron ellas seguir el derecho, y poco á poco por no encontrarse con ellos, y el dueño de la carroza se acomodó al paso de la voluntad dellas, porque le pagaron al gusto de la suya.

Dejémoslas ir, que ellas van tan atrevidas como bien encaminadas, y sepamos qué les sucedió á D. Juan de Gamboa y al señor Lorenzo Bentibolli: de los cuales se dice que en el camino supieron que el duque no estaba en Ferrara, sino en Bolonia; y así dejando el rodeo que llevaban, se vinieron al camino real, ó á la estrada maestra, como allá se dice, considerando que aquella habia de traer el duque, cuando de Bolonia volviese. Y á poco espacio que en ella habian entrado, habiendo tendido la vista hácia Bolonia por ver si por él alguno venía, vieron un tropel de gente de á caballo, y entónces dijo D. Juan á Lorenzo que se desviase del camino, porque si acaso entre aquella gente viniese el duque, le queria hablar allí ántes que se encerrase en Ferrara, que estaba poco distante. Hízolo así Lorenzo, y aprobó el parecer de D. Juan. Así como se apartó Lorenzo quitó D. Juan la toquilla que encubria el rico cintillo, y esto no con falta de discreto discurso, como él despues lo dijo. En esto llegó la tropa de los caminantes, y entre ellos venía una mujer sobre una pia, vestida de camino, y el rostro cubierto con una mascarilla, ó por mejor encubrirse, ó por guardarse del sol y del aire. Paró el caballo D. Juan en medio del camino, y estuvo con el rostro descubierto á que llegasen los caminantes, y en llegando cerca, el talle, el brio, el poderoso caballo, la bizarría del vestido y las luces de los diamantes, llevaron tras sí los ojos de cuantos allí venian, especialmente los del duque de Ferrara, que era uno dellos, el cual como puso los ojos en el cintillo, luego se dió á entender que el que le traia era D. Juan de Gamboa, el que le habia librado en la pendencia; y tan de véras aprendió esta verdad, que sin hacer otro discurso, arremetió su caballo hácia D. Juan, diciendo: No creo que me engañaré en nada, señor caballero, si os llamo D. Juan de Gamboa, que vuestra gallarda disposicion y el adorno dese capelo me lo están diciendo. Así es la verdad, respondió D. Juan, porque jamas supe ni quise encubrir mi nombre: pero decidme, señor, quién sois, porque yo no caiga en alguna descortesía. Eso será imposible, respondió el duque, que para mí tengo que no podeis ser descortés en ningun caso: con todo eso os digo, señor D. Juan, que yo soy el duque de Ferrara, y el que está obligado á serviros todos los dias de su vida, pues no ha cuatro noches que vos se la disteis. No acabó de decir esto el duque, cuando D. Juan, con extraña ligereza, saltó del caballo, y acudió á besar los piés del duque; pero por presto que llegó, ya el duque estaba fuera de la silla, de modo que se acabó de apear en brazos de D. Juan. El señor Lorenzo, que desde algo léjos miraba estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesía, sino de cólera, arremetió su caballo; pero en la mitad del repelon le detuvo, porque vió abrazados muy estrechamente al duque y á D. Juan, que ya habia conocido al duque El duque, por cima de los hombros de don Juan, miró á Lorenzo, y conocióle, de cuyo conocimiento algun tanto se sobresaltó, y así como estaba abrazado preguntó á D. Juan si Lorenzo Bentibolli, que allí estaba, venía con él ó no. A lo cual D. Juan respondió: Apartémonos algo de aquí, y contaréle á vuestra Excelencia grandes cosas. Hízolo así el duque, y D. Juan le dijo: Señor, Lorenzo Bentibolli, que allí veis, tiene una queja de vos, no pequeña: dice que habrá cuatro noches que sacastes á su hermana, la señora Cornelia, de casa de una prima suya, y que la habeis engañado y deshonrado, y quiere saber de vos qué satisfacion le pensais hacer, para que él vea lo que le conviene: pidióme que fuese su valedor y medianero: yo se lo ofrecí, porque por los barruntos que él me dió de la pendencia, conocí que vos, señor, érades el dueño deste cintillo, que por liberalidad y cortesía vuestra quisistes que fuese mio, y viendo que ninguno podia hacer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecí mi ayuda: querria yo agora, señor, me dijésedes lo que sabeis acerca deste caso, y si es verdad lo que Lorenzo dice. ¡Ay, amigo! respondió el duque; es tan verdad, que no me atreveria á negarla aunque quisiese: yo no he engañado ni sacado á Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice: no la he engañado, porque la tengo por mi esposa: no la he sacado, porque no sé della: si públicamente no celebré mis desposorios, fué porque aguardaba que mi madre (que está ya en lo último) pasase desta á mejor vida, que tiene deseo que sea mi esposa la señora Livia, hija del duque de Mantua, y por otros inconvenientes quizá mas eficaces que los dichos, y no conviene que ahora se digan: lo que pasa es que la noche que me socorristes, la habia de traer á Ferrara, porque estaba ya en el mes de dar á la luz la prenda que ordenó el cielo que en ella depositase; ó ya fuese por la riña, ó ya por mi descuido, cuando llegué á su casa hallé que salia la secretaria de nuestros conciertos: preguntéle por Cornelia, díjome que ya habia salido, y que aquella noche habia parido un niño, el mas bello del mundo, y que se le habia dado á un Fabio mi criado: la doncella es aquella que allí viene: el Fabio está aquí, y el niño ni Cornelia no parecen: y yo he estado estos dos dias en Bolonia, esperando y escudriñando oir algunas nuevas de Cornelia, pero no he sentido nada. De modo, señor, dijo D. Juan, que cuando Cornelia y vuestro hijo pareciesen ¿no negaréis ser vuestra esposa y él vuestro hijo? No por cierto; porque aunque me precio de caballero, mas me precio de cristiano; y mas que Cornelia es tal, que merece ser señora de un reino: pareciese ella, y viva ó muera mi madre, que el mundo sabrá, que si supe ser amante, supe la fe que di en secreto guardarla en público. Luego ¿bien diréis, dijo D. Juan, lo que á mí me habeis dicho, á vuestro hermano el señor Lorenzo? Antes me pesa, respondió el duque, de que tarde tanto en saberlo. Al instante hizo D. Juan señas á Lorenzo que se apease y viniese donde ellos estaban, como lo hizo, bien ajeno de pensar la buena nueva que le esperaba. Adelantóse el duque á recebirle con los brazos abiertos, y la primera palabra que le dijo fué llamarle hermano. Apénas supo Lorenzo responder á salutacion tan amorosa, ni á tan cortés recebimiento; y estando así suspenso, ántes que hablase palabra, D. Juan le dijo: El duque señor Lorenzo, confiesa la conversacion secreta que ha tenido con vuestra hermana la señora Cornelia: confiesa asimismo que es su legítima esposa, y que como lo dice aquí lo dirá públicamente cuando se ofreciere: concede asimismo que fué ha cuatro noches á sacarla de casa de su prima para traerla á Ferrara, y aguardar coyuntura de celebrar sus bodas, que las ha dilatado por justísimas causas que me ha dicho: dice asimismo la pendencia que con vos tuvo, y que cuando fué por Cornelia encontró con Sulpicia, su doncella, que es aquella mujer que allí viene, de quien supo que Cornelia no habia una

bora que habia parido, y que ella dió la criatura á un criado del duque, y que luego Cornelia, creyendo que estaba allí el duque, habia salido de casa medrosa, porque imaginaba que ya vos, señor Lorenzo, sabíades sus tratos: Sulpicia no dió el niño al criado del duque, sino á otro en su cambio: Cornelia no parece, él se culpa de todo, y dice que cada y cuando que la señora Cornelia parezca, la recebirá como á su verdadera esposa: mirad, señor Lorenzo, si hay mas que decir, ni mas que desear, sino es el hallazgo de las dos tan ricas como desgraciadas prendas. A esto respondió el señor Lorenzo, arrojándose á los piés del duque, que porfiaba por levantarlo: De vuestra cristiandad y grandeza, serenísimo señor y hermano mio, no podiamos mi hermana y yo esperar menor bien del que á entrambos nos haceis: á ella en igualarla con vos, y á mí en ponerme en el número de vuestros criados. Ya en esto se le arrasaban los ojos de lágrimas, y al duque lo mismo, enternecidos, el uno con la pérdida de su esposa, y el otro con el hallazgo de tan buen cuñado; pero considerando que pareceria flaqueza dar muestras con lágrimas de tanto sentimiento, las reprimieron y volvieron á encerrar en los ojos; y los de D. Juan alegres casi les pedian las albricias de haber parecido Cornelia y su hijo, pues los dejaba en su misma casa.

En esto estaban, cuando se descubrió D. Antonio de Isunza, que fué conocido de D. Juan en el cuartago desde algo léjos, pero cuando llegó cerca se paró, y vió los caballos de D. Juan y de Lorenzo, que los mozos tenian del diestro y acullá desviados: conoció á D. Juan y á Lorenzo, pero no al duque, y no sabia qué hacerse, si llegaria ó no adonde D. Juan estaba: y llegándose á los criados del duque, les preguntó si conocian á aquel caballero que con los otros dos estaba, señalando al duque. Fuéle respondido, ser el duque de Ferrara: con que quedó mas confuso y ménos sin saber qué hacerse; pero sacóle de su perplejidad D. Juan llamándole por su nombre. Apeóse D. Antonio, viendo que todos estaban á pié, y llegóse á ellos: recebióle el duque con mucha cortesía, porque D. Juan le dijo que era su camarada. Finalmente, D. Juan contó á D. Antonio todo lo que con el duque le habia sucedido hasta que él llegó. Alegróse en extremo D. Antonio, y dijo á D. Juan: ¿Por qué, señor D. Juan, no acabais de poner la alegría y el contento destos señores en su punto, pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo? Si vos no llegárades, señor D. Antonio, yo las pidiera, pero pedidlas vos, que yo aseguro que os las dén de muy buena gana. Como el duque y Lorenzo oyeron tratar del hallazgo de Cornelia y de albricias, preguntaron qué era aquello ¿Qué ha de ser, respondió D. Antonio, sino que yo quiero hacer un personaje en esta trágica comedia, y ha de ser el que pide las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo, que quedan en mi casa? y luego les contó punto por punto todo lo que hasta aquí se ha dicho: de lo cual el duque y el señor Lorenzo recebieron tanto placer y gusto, que D. Lorenzo se abrazó con D. Juan, y el duque con D. Antonio: el duque prometiendo todo su Estado en albricias, y el señor Lorenzo su hacienda, su vida y su alma. Llamaron á la doncella, que entregó á D. Juan la criatura, la cual habiendo conocido á Lorenzo, estaba temblando: preguntáronle si conoceria al hombre á quien habia dado el niño. Dijo que no, sino que ella le habia preguntado si era Fabio, y él habia respondido que sí, y con esta buena fe se le habia entregado. Así es la verdad, respondió D. Juan; y vos, señora, cerrastes la puerta luego, y me dijistes que la pusiese en cobro y diese luego la vuelta. Así es, señor, respondió la doncella llorando. Y el duque dijo: Ya no son menester lágrimas aquí, sino júbilos y fiestas: el caso es, que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar la vuelta luego á Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra hasta que los haga verdaderos la vista de Cornelia. Y sin mas decir, de comun consentimiento dieron la vuelta a Bolonia.

Adelantóse D. Antonio para apercebir á Cornelia, por no sobresaltarla con la improvisa llegada del duque y de su hermano; pero como no la halló, ni los pajes le supieron decir nuevas della, quedó el mas triste y confuso hombre del mundo; y como vió que faltaba el ama, imaginó que por su industria faltaba Cornelia. Los pajes le dijeron que faltó el ama el mismo dia que ellos habian faltado, y que la Cornelia por quien preguntaba, nunca ellos la vieron. Fuera de sí quedó D. Antonio con el no pensado caso, temiendo que quizá el duque los tendria por mentirosos ó embusteros, ó quizá imaginaria otras peores cosas, que redundasen en perjuicio de su honra y del buen crédito de Cornelia. En esta imaginacion estaba, cuando entraron el duque, y D. Juan y Lorenzo, que por calles desusadas y encubiertas, dejando la demas gente fuera de la ciudad, llegaron á la casa de D. Juan, y hallaron á D. Antonio sentado en una silla, con la mano en la mejilla, y con una color de muerto. Preguntóle D. Juan qué mal tenia y dónde estaba Cornelia. Respondió D. Antonio: ¿Qué mal quereis que no tenga? pues Cornelia no parece, que con el ama que la dejamos para su compañía, el mismo dia que de aquí faltamos, faltó ella. Poco le faltó al duque para espirar, y á Lorenzo para desesperarse, oyendo tales nuevas. Finalmente, todos quedaron turbados, suspensos é imaginativos. En esto se llegó un paje á D. Antonio, y al oido le dijo: Señor, Santisteban, el paje del señor don Juan, desde el dia que vuesas mercedes se fuéron, tiene una mujer muy bonita encerrada en su aposento, y yo creo que se llama Cornelia, que así la he oido llamar. Alborótose de nuevo D. Antonio, y mas quisiera que no hubiera parecido Cornelia, que sin duda pensó que era la que el paje tenia escondida, que no que la hallaran en tal lugar. Con todo eso no dijo nada, sino callando se fué al aposento del paje, y halló cerrada la puerta, y que el paje no estaba en casa: llegóse á la puerta, y dijo con voz baja: Abrid, señora Cornelia, y salid á recebir á vuestro hermano y al duque vuestro esposo, que vienen á buscaros. Respondiéronle de dentro: ¿Hacen burla de mí? pues en verdad que no soy tan fea ni tan desdichada que no podian buscarme duques y condes, y eso se merece la persona que trata con pajes. Por las cuales palabras entendió D. Antonio que no era Cornelia la que respondia. Estando en esto vino Santisteban el paje, y acudió luego á su aposento, y hallando allí á D. Antonio, que pedia que le trujesen las llaves que habia en casa, por ver si alguna hacia á la puerta, el paje hincado de rodillas, y con la llave en la mano le dijo: El ausencia de vuesas mercedes, y mi bellaquería, por mejor decir, me hizo traer una mujer estas tres noches á estar conmigo: suplico á vuesa merced, señor D. Antonio de Isunza,

así oiga buenas nuevas de España, que si no lo sabe mi señor D. Juan de Gamboa, que no se lo diga, que yo la echaré al momento. Y ¿cómo se llama la tal mujer? preguntó D. Antonio. Llámase Cornelia, respondió el paje. El paje que habia descubierto la colada, que no era muy amigo de Santisteban, ni se sabe si simplemente ó con malicia bajó donde estaban el duque, D. Juan y Lorenzo, diciendo: Tómame el paje, por Dios, que le han hecho gormar á la señora Cornelia: escondidita la tenia: á buen seguro que no quisiera él que hubieran venido los señores para alargar el *gaudeamus* tres ó cuatro dias mas. Oyó esto Lorenzo, y preguntóle: ¿Qué es lo que decís, gentil-hombre? ¿Dónde está Cornelia? Arriba, respondió el paje. Apénas oyó esto el duque, cuando como un rayo subió la escalera arriba á ver á Cornelia, que imaginó que habia parecido, y dió luego en el aposento donde estaba D. Antonio, y entrando dijo: ¿Dónde está Cornelia, dónde está la vida de la vida mia? Aquí está Cornelia, respondió una mujer que estaba envuelta en una sábana de la cama, y cubierto el rostro, y prosiguio diciendo: ¡Válanos Dios! ¿es este algun buey de hurto? ¿Es cosa nueva dormir una mujer con un paje, para hacer tantos milagrones? Lorenzo que estaba presente, con despecho y cólera tiró de un cabo de la sábana, y descubrió una mujer moza y no de mal parecer, la cual de vergüenza se puso las manos delante del rostro y acudió á tomar sus vestidos, que le servian de almohada, porque la cama no la tenia, y en ellos vieron que debia de ser alguna pícara de las perdidas del mundo. Preguntóle el duque que si era verdad que se llamaba Cornelia: respondió que sí, y que tenia muy honrados parientes en la ciudad, y nadie dijese desta agua no beberé. Quedó tan corrido el duque, que casi estuvo por pensar si hacian los españoles burla dél; pero por no dar lugar á tan mala sospecha, volvió las espaldas, y sin hablar palabra, siguiéndole Lorenzo, subieron en sus caballos y se fuéron, dejando á D. Juan y á D. Antonio harto mas corridos que ellos iban, y determinaron de hacer las diligencias posibles y aun imposibles en buscar á Cornelia y satisfacer al duque de su verdad y buen deseo. Despidieron á Santisteban por atrevido, y echaron á la pícara Cornelia, y en aquel punto se les vino á la memoria que se les habia olvidado de decir al duque las joyas del *agnus* y la cruz de diamantes que Cornelia les habia ofrecido, pues con estas señas creeria que Cornelia habia estado en su poder, y que si faltaba no habia estado en su mano. Salieron á decirle esto, pero no le hallaron en casa de Lorenzo, donde creyeron que estaria: á Lorenzo sí, el cual les dijo que sin detenerse un punto se habia vuelto á Ferrara, dejándole órden de buscar á su hermana. Dijéronle lo que iban á decirle, pero Lorenzo les dijo que el duque iba muy satisfecho de su buen proceder, y que entrambos habian echado la falta de Cornelia á su mucho miedo, y que Dios sería servido de que pareciese, pues no habia de haber tragado la tierra al niño, y al ama, y á ella. Con esto se consolaron todos, y no quisieron hacer la inquisicion de buscalla por bandos públicos, sino por diligencias secretas, pues de nadie sino de su prima se sabia su falta; y entre los que no sabian la intencion del duque, correria riesgo el crédito de su hermana, si la pregonasen, y ser gran trabajo andar satisfaciendo á cada uno de las sospechas que una vehemente presuncion les infunde.

Siguió su viaje el duque, y la buena suerte, que iba disponiendo su ventura, hizo que llegase á la aldea del cura, donde ya estaban Cornelia, y el niño, y su ama y la consejera; y ellas le habian dado cuenta de su vida, y pedídole consejo de lo que harian. Era el cura grande amigo del duque, en cuya casa, acomodada á lo de clérigo rico y curioso, solia el duque venirse desde Ferrara muchas veces, y desde allí salia á caza, porque gustaba mucho así de la curiosidad del cura, como de su donaire, que le tenia en cuanto decia y hacia. No se alborotó por ver al duque en su casa, porque como se ha dicho no era la vez primera; pero descontentóle verle venir triste, porque luego echó de ver que con alguna pasion traia ocupado el ánimo. Entreoyó Cornelia que el duque de Ferrara estaba allí, y turbóse en extremo, por no saber con qué intencion venia: torcíase las manos, y andaba de una parte á otra, como persona fuera de sentido: quisiera hablar Cornelia al cura, pero estaba entreteniendo al duque, y no tenia lugar de hablarle. El duque le dijo: Yo vengo, padre mio, tristísimo, y no quiero hoy entrar en Ferrara, sino ser vuestro huésped; decid á los que vienen conmigo, que pasen á Ferrara, y que solo se quede Fabio. Hízolo así el buen cura, y luego fué á dar órden como regalar y servir al duque, y con esta ocasion le pudo hablar Cornelia, la cual tomándole de las manos le dijo: ¡Ay, padre y señor mio! y ¿qué es lo que quiere el duque? por amor de Dios, señor, que le dé algun toque en mi negocio, y procure descubrir y tomar algun indicio de su intencion; en efeto, guíelo como mejor le pareciere y su mucha discrecion le aconsejare. A esto le respondió el cura: El duque viene triste, hasta ahora no me ha dicho la causa: lo que se ha de hacer es, que luego se aderece ese niño muy bien, y ponedle, señora, las joyas todas que tuviéredes, principalmente las que os hubiere dado el duque, y dejadme hacer, que yo espero en el cielo, que hemos de tener hoy un buen dia. Abrazóle Cornelia, y besóle la mano, y retiróse á aderezar y componer el niño. El cura salió á entretener al duque en tanto que se hacia hora de comer, y en el discurso de su plática preguntó el cura al duque, si era posible saberse la causa de su melancolía, porque sin duda de una legua se echaba de ver que estaba triste. Padre, respondió el duque, claro está que las tristezas del corazon salen al rostro; en los ojos se lee la relacion de lo que está en el alma; y lo peor es, que por ahora no puedo comunicar mi tristeza con nadie. Pues en verdad, señor, respondió el cura, que si estuviérades para ver cosas de gusto, que os enseñara yo una, que tengo para mí que os le causara y grande. Simple sería, respondió el duque, aquel que ofreciéndole el alivio de su mal, no quisiese recebirle; por vida mia, padre, que me mostreis eso que decís, que debe de ser alguna de vuestras curiosidades, que para mí son todas de grandísimo gusto. Levantóse el cura, y fué donde estaba Cornelia, que ya tenia adornado á su hijo, y púestole las ricas joyas de la cruz y del *agnus*, con otras tres piezas preciosísimas, todas dadas del duque á Cornelia, y tomando al niño entre sus brazos, salió adonde el duque estaba, y diciéndole que se levantase, y se llegase á la claridad de una ventana, quitó al niño de sus brazos, y le puso en los del duque, el cual cuando miró y reconoció las joyas, y vió que eran las mismas que él habia dado á Cornelia, quedó atónito; y mirando ahincadamente al niño, le pareció que

miraba su mismo retrato; y lleno de admiracion preguntó al cura cúya era aquella criatura, que en su adorno y aderezo parecia hijo de algun príncipe. No sé, respondió el cura, solo sé que habrá no sé cuántas noches, que aquí me le trujo un caballero de Bolonia, y me encargó mirase por él, y le criase, que era hijo de un valeroso padre, y de una principal y hermosísima madre: tambien vino con el caballero una mujer para dar leche al niño, á quien yo he preguntado si sabe algo de los padres desta criatura, y responde que no sabe palabra; y en verdad que si la madre es tan hermosa como el ama, que debe ser la mas hermosa mujer de Italia. ¿No la veriamos? preguntó el duque. Sí por cierto, respondió el cura; venios, señor, conmigo, que si os suspende el adorno y la belleza desa criatura, como creo que os ha suspendido, el mismo efeto entiendo que ha de hacer la vista de su ama. Quísole tomar la criatura el cura al duque, pero él no la quiso dejar, ántes la apretó en sus brazos, y le dió muchos besos. Adelantóse el cura un poco, y dijo á Cornelia que saliese sin turbacion alguna á recebir al duque. Hízolo así Cornelia, y con el sobresalto le salieron tales colores al rostro, que sobre el modo mortal la hermosearon. Pasmóse el duque cuando la vió, y ella arrojándose á sus piés, se los quiso besar. El duque sin hablar palabra dió el niño al cura, y volviendo las espaldas se salió con gran priesa del aposento. Lo cual visto por Cornelia, volviéndose al cura, dijo: ¡Ay, señor mio! ¿si se ha espantado el duque de verme? ¿si me tiene aborrecida? ¿si le he parecido fea? ¿si se le han olvidado las obligaciones que me tiene? ¿no me hablará siquiera una palabra? ¿tanto le cansaba ya su hijo, que así le arrojó de sus brazos? A todo lo cual no respondia palabra el cura, admirado de la huida del duque, que así le pareció que fuese huida, ántes que otra cosa, y no fué sino que salió á llamar á Fabio, y decirle: Corre, Fabio amigo, y á toda diligencia vuelve á Bolonia, y di que al momento Lorenzo Bentibolli, y los dos caballeros españoles, D. Juan de Gamboa y D. Antonio de Isunza, sin poner excusa alguna, vengan luego á esta aldea: mira, amigo, que vuelvas, y no te vengas sin ellos, que me importa la vida el verlos. No fué perezoso Fabio, que luego puso en efeto el mandamiento de su señor. El duque volvió luego adonde Cornelia estaba derramando hermosas y cristalinas lágrimas: cogióla el duque en sus brazos, y añadiendo lágrimas á lágrimas, mil veces le bebió el aliento de la boca, teniéndoles el contento atadas las lenguas; y así en silencio honesto y amoroso se gozaban los dos felices amantes y esposos verdaderos. El ama del niño y la Crivela por lo ménos, como ella decia, que por entre las puertas de otro aposento habian estado mirando lo que entre el duque y Cornelia pasaba, de gozo se daban de calabazadas por las paredes, que no parecia sino que habian perdido el juicio. El cura daba mil besos al niño, que tenia en sus brazos, y con la mano derecha, que desocupó, no se hartaba de echar bendiciones á los dos abrazados señores. El ama del cura, que no se habia hallado presente al grave caso, por estar ocupada aderezando la comida, cuando la tuvo en su punto, entró á llamarlos que se sentasen á la mesa. Esto apartó los estrechos abrazos, y el duque desembarazó al cura del niño, y le tomó en sus brazos, y en ellos le tuvo todo el tiempo que duró la limpia y bien sazonada, mas que suntuosa comida: y en tanto que comian, dió cuenta Cornelia de todo lo que le habia sucedido hasta venir á aquella casa por consejo de la ama de los dos caballeros españoles, que la habian servido, amparado y guardado con el mas honesto y puntual decoro que pudiera imaginarse. El duque le contó asimismo á ella todo lo que por él habia pasado hasta aquel punto. Halláronse presentes las dos amas, y hallaron en el duque grandes ofrecimientos y promesas. En todos se renovó el gusto con el felice fin de su suceso, y solo esperaban á colmarle y á ponerle en el estado mejor que acertara á desearse con la venida de Lorenzo, de D. Juan y D. Antonio, los cuales de allí á tres dias vinieron desalados y deseosos por saber si alguna nueva sabía el duque de Cornelia, que Fabio, que los fué á llamar, no les pudo decir ninguna cosa de su hallazgo, pues no la sabía.

Saliólos á recebir el duque á una sala ántes de donde estaba Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno, de que los recien venidos se entristecieron. Hízolos sentar el duque, y él se sentó con ellos, y encaminando su plática á Lorenzo, le dijo: Bien sabeis, señor Lorenzo Bentibolli, que yo jamas engañé á vuestra hermana, de lo que es buen testigo el cielo y mi conciencia: sabeis asimismo la diligencia con que la hé buscado, y el deseo que he tenido de hallarla para casarme con ella, como se lo tengo prometido: ella no parece, y mi palabra no ha de ser eterna: yo soy mozo, y no tan experto en las cosas del mundo, que no me deje llevar de las que me ofrece el deleite á cada paso: la misma aficion que me hizo prometer ser esposo de Cornelia, me llevó tambien á dar ántes que á ella palabra de matrimonio á una labradora desta aldea, á quien pensaba dejar burlada por acudir al valor de Cornelia, aunque no acudiera á lo que la conciencia me pedia, que no fuera pequeña muestra de amor; pero pues nadie se casa con mujer que no parece, ni es cosa puesta en razon, que nadie busque la mujer que le deja por no hallar la prenda que le aborrece: digo que veais, señor Lorenzo, qué satisfacion puedo daros del agravio que no os hice, pues jamas tuve intencion de hacérosle, y luego quiero que me déis licencia para cumplir mi primera palabra, y desposarme con la labradora, que ya está dentro desta casa. En tanto que el duque esto decia, el rostro de Lorenzo se iba mudando de mil colores, y no acertaba á estar sentado de una manera en la silla, señales claras que la cólera le iba tomando posesion de todos sus sentidos. Lo mismo pasaba por D. Juan y por D. Antonio, que luego propusieron de no dejar salir al duque con su intencion, aunque le quitasen la vida. Leyendo pues el duque en sus rostros sus intenciones, dijo: Sosegáos, señor Lorenzo, que ántes que me respondais palabra, quiero que la hermosura que veréis en la que quiero recebir por mi esposa, os obligue á darme la licencia que os pedí; porque es tal y tan extremada, que de mayores yerros será disculpa. Esto dicho, se levantó donde Cornelia estaba riquísimamente adornada, con todas las joyas que el niño tenia, y muchas mas. Cuando el duque volvió las espaldas, se levantó D. Juan, y puestas ambas manos en los dos brazos de la silla donde estaba sentado Lorenzo, al oido le dijo: Por Santiago de Galicia, señor Lorenzo, y por la fe de cristiano y de caballero que tengo, que así deje yo salir con su intencion al duque como volverme moro. aquí, aquí y en mis manos ha de dejar la vida, ó ha de

cumplir la palabra que á la señora Cornelia vuestra hermana tiene dada, ó lo ménos nos ha de dar tiempo de buscarla, y hasta que de cierto se sepa que es muerta, él no ha de casarse. Yo estoy dese parecer mismo, respondió Lorenzo. Pues del mismo estará mi camarada D. Antonio, replicó D. Juan. En esto entró por la sala adelante Cornelia en medio del cura y del duque, que la traia de la mano, detras de los cuales venían Sulpicia la doncella de Cornelia, que el duque habia enviado por ella á Ferrara, y las dos amas, la del niño y la de los caballeros. Cuando Lorenzo vió á su hermana, y la acabó de refigurar y conocer, que al principio la imposibilidad á su parecer de tal suceso no le dejaba enterar en la verdad, tropezando en sus mismos piés, fué á arrojarse á los del duque, que le levantó, y le puso en los brazos de su hermana: quiero decir, que su hermana le abrazó con las muestras de alegría posibles. D. Juan y D. Antonio dijeron al duque, que habia sido la mas discreta y mas sabrosa burla del mundo. El duque tomó al niño, que Sulpicia traia, y dándosele á Lorenzo, le dijo: Recebid, señor hermano, á vuestro sobrino y mi hijo, y ved si quereis darme licencia que me case con esta labradora, que es la primera á quien he dado palabra de casamiento. Sería nunca acabar contar lo que respondió Lorenzo, lo que preguntó D. Juan, lo que sintió D. Antonio, el regocijo del cura, la alegría de Sulpicia, el contento de la consejera, el júbilo del ama, la admiracion de Fabio, y finalmente el general contento de todos. Luego el cura los desposó, siendo su padrino don Juan de Gamboa: y entre todos se dió traza que aquellos desposorios estuviesen secretos hasta ver en qué paraba la enfermedad, que tenia muy al cabo á la duquesa su madre, y que en tanto la señora Cornelia se volviese á Bolonia con su hermano. Todo se hizo así: la duquesa murió, Cornelia entró en Ferrara alegrando al mundo con su vista, los lutos se volvieron en galas, las amas quedaron ricas, Sulpicia por mujer de Fabio, D. Antonio y D. Juan contentísimos de haber servido en algo al duque, el cual les ofreció dos primas suyas por mujeres con riquísima dote. Ellos dijeron que los caballeros de la nacion vizcaína por la mayor parte se casaban en su patria; y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres, que ya los debian de tener casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento. El duque admitió su disculpa, y por modos honestos y honrosos, y buscando ocasiones lícitas, les envió muchos presentes á Bolonia, y algunos tan ricos y enviados á tan buena sazon y coyuntura, que aunque pudieran no admitirse por no parecer que recebian paga, el tiempo en que llegaban lo facilitaba todo: especialmente los que les envió al tiempo de su partida para España, y los que les dió cuando fuéron á Ferrara á despedirse dél, y hallaron á Cornelia con otras dos criaturas hembras, y al duque mas enamorado que nunca. La duquesa dió la cruz de diamantes á D. Juan, y el *agnus* á D. Antonio, que sin ser poderosos á hacer otra cosa, las recebieron. Llegaron á España y á su tierra, adonde se casaron con ricas, principales y hermosas mujeres, y siempre tuvieron correspondencia con el duque y la duquesa, y con el señor Lorenzo Bentibolli con grandísimo gusto de todos.

EL CASAMIENTO ENGAÑOSO.

Salia del hospital de la Resurreccion, que está en Valladolid, fuera de la puerta del Campo, un soldado que por servirle su espada de báculo, y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su rostro, mostraba bien claro que, aunque no era tiempo muy caluroso, debia de haber sudado en veinte dias todo el humor que quizá granjeó en una hora: iba haciendo pinitos, y dando traspiés como convaleciente; y al entrar por la puerta de la ciudad, vió que hácia él venía un su amigo, á quien no habia visto en mas de seis meses, el cual santiguándose, como si viera alguna mala vision, llegándose á él le dijo: ¿Qué es esto, señor alférez Campuzano? ¿Es posible que está vuesa merced en esta tierra? ¡Como quien soy, que le hacia en Flándes, ántes terciando allá la pica, que arrastrando aquí la espada! ¿Qué color, qué flaqueza es esa? A lo cual respondió Campuzano: A lo si estoy en esta tierra, ó no, señor licenciado Peralta, el verme en ella le responde: á las demas preguntas no tengo que decir, sino que salgo de aquel hospital de sudar catorce cargas de bubas que me echó á cuestas una mujer que escogí por mia, que no debiera. Luego ¿casóse vuesa merced? replicó Peralta. Sí, señor, respondió Campuzano. Sería por amores, dijo Peralta, y tales casamientos traen consigo aparejada la ejecucion del arrepentimiento. No sabré decir si fué por amores, respondió el alférez, aunque sabré afirmar que fué por dolores, pues de mi casamiento ó cansamiento, saqué tantos en el cuerpo y en el alma, que los del cuerpo para entretenerlos me cuestan cuarenta sudores, y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera; pero porque no estoy para tener largas pláticas en la calle, vuesa merced me perdone, que otro dia con mas comodidad le daré cuenta de mis sucesos, que son los mas nuevos y peregrinos que vuesa merced habrá oido en todos los dias de su vida. No ha de ser así, dijo el licenciado, sino que quiero que venga conmigo á mi posada, y allí harémos penitencia juntos, que la olla es muy de enfermo; y aunque está tasada para dos, un pastel suplirá con mi criado, y si la convalecencia lo sufre, unas lonjas de jamon de Rute nos harán la salva, y sobre todo la buena voluntad con que lo ofrezco, no solo esta vez, sino todas las que vuesa merced quisiere. Agradecióselo Campuzano, y aceptó el convite y los ofrecimientos. Fuéron á San Lorente, oyeron misa, llevóle Peralta á su casa, dióle lo prometido, y ofrecióselo de nuevo, y pidióle en acabando de comer, le contase los sucesos que tanto le habia encarecido. No se hizo de rogar Campuzano, ántes comenzó á decir desta manera.

Bien se acordará vuesa merced, señor licenciado Peralta, cómo yo hacia en esta ciudad camarada con el capitan Pedro de Herrera, que ahora está en Flándes. Bien me acuerdo, respondió Peralta. Pues un dia, pro-



siguió Campuzano, que acabamos de comer en aquella posada de la Solana, donde viviamos, entraron dos mujeres de gentil parecer con dos criadas: la una se puso á hablar con el capitan en pié, arrimados á una ventana; y la otra se sentó en una silla junto á mí, derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver el rostro mas de aquello que concedia la raridad del manto; y aunque le supliqué por cortesía me hiciese merced de descubrirse, no fué posible acabarlo con ella, cosa que me encendió mas el deseo de verle; y para acrecentarle mas, ó ya fuese de industria, ó acaso, sacó la señora una blanca mano, con muy buenas sortijas: estaba yo entónces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores á fuer de soldado, y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podia matar en el aire: con todo esto le rogué que se descubriese. A lo que ella me respondió: No seais importuno, casa tengo, haced á un paje que me siga, que aunque soy mas honrada de lo que me promete esta respuesta, todavía á trueco de ver si responde vuestra discrecion á vuestra gallardía, holgaré de que me veais mas despacio. Beséle las manos por la grande merced que me hacia, en pago de la cual le prometí montes de oro. Acabó el capitan su plática. Ellas se fuéron: siguiólas un criado mio. Díjome el capitan que lo que la dama le queria era que le llevase unas cartas á Flándes á otro capitan, que decia ser su primo; aunque él sabía que no era, sino su galan. Yo quedé abrasado con las manos de nieve que habia visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y así otro dia, guiándome mi criado, dióseme libre entrada. Hallé una casa muy bien aderezada, y una mujer de hasta treinta años, á quien conocí por las manos: no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podia enamorar comunicada, porque tenia un tono de habla tan suave, que se entraba por los oídos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios: blasoné, hendí, rajé, ofrecí, prometí y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bienquisto con ella; pero como ella estaba hecha á oir semejantes ó mayores ofrecimientos y razones, parecia que les daba atento oido, ántes que crédito alguno. Finalmente, nuestra plática se pasó en flores cuatro dias que continué en visitalla, sin que llegase á coger el fruto que deseaba: en el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos: servíala una moza mas taimada que simple: finalmente, tratando mis amores como soldado, que está víspera de mudar, apuré á mi señora D.ª Estefanía de Caicedo (que este es el nombre de la que así me tiene), y respondióme: Señor alférez Campuzano, simplicidad sería, si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa; pecadora he sido, y aun ahora lo soy; pero no de manera que los vecinos me murmuren, ni los apartados me noten: ni de mis padres ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto vale el menaje de mi casa bien validos, dos mil y quinientos ducados; y estos en cosas, que puestas en almoneda, lo que se tardare en ponellas, se tardará en convertirse en dineros: con esta hacienda busco marido á quien entregarme, y á quien tener obediencia; á quien juntamente con la enmienda de mi vida, le entregaré una increible solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene príncipe cocinero mas goloso, ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que le sé dar yo, cuando mostrando ser casera, me quiero poner á ello: sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala: en efecto sé mandar, y sé hacer que me obedezcan: no desperdicio nada, y allego mucho: mi real no vale ménos, sino mucho mas, cuando se gasta por mi órden: la ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros; estos pulgares y los de mis criadas la hilaron, y si pudiera tejerse en casa, se tejiera: digo estas alabanzas mias, porque no acarrean vituperio, cuando es forzosa la necesidad de decirlas: finalmente quiero decir, que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galan que me sirva y me vitupere: si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente, sujeta á todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes. Yo, que tenia entónces el juicio no en la cabeza, sino en los carcañales, haciéndoseme el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginacion le pintaba, y ofreciéndoseme tan á la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto que me tenia echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo casi por milagro tal compañera para hacerla señora de mi voluntad y de mi hacienda, que no era tan poca, que no valiese con aquella cadena que traia al cuello, y con otras joyuelas que tenia en casa, y con deshacerme de algunas galas de soldado, mas de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural, y adonde tenia algunas raices, hacienda tal, que sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podia dar una vida alegre y descansada: en resolucion, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió traza como los dos hiciésemos informacion de solteros, y en los tres dias de fiesta, que vinieron luego juntos en una pascua, se hicieron las amonestaciones, y al cuarto dia nos desposamos, hallándose presentes al desposorio dos amigos mios, y un mancebo que ella dijo ser primo suyo, á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habian sido todas las que hasta entónces á mi nueva esposa habia dado, con intencion tan torcida y traidora que la quiero callar, porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesion, que no pueden dejar de decirse: mudó mi criado el baul de la posada á casa de mi mujer: encerré en él delante della mi magnífica cadena: mostréle otras tres ó cuatro, si no tan grandes, de mejor hechura, con otros tres ó cuatro cintillos de diversas suertes: hícele patentes mis galas y mis plumas, y entreguéle para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenia. Seis dias gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico: pisé ricas alfombras, ajé sábanas de Holanda, alumbréme con candeleros de plata, almorzaba en la cama, levantábame á las once, comia á las doce, y á las dos sesteaba en el estrado; bailábanme D.ª Estefanía y la moza el agua delante; mi

mozo, que hasta allí le habia conocido perezoso y lerdo, se habia vuelto un corzo; el rato que D.ª Estefanía faltaba de mi lado, la habian de hallar en la cocina toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito; mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, segun olian, bañados en la agua de ángeles y de azahar, que sobre ellos se derramaba.

Pasáronse estos dias volando, como se pasan los años que están debajo de la jurisdicion del tiempo; en los cuales dias por verme tan regalado y tan bien servido, iba mudando en buena la mala intencion con que aquel negocio habia comenzado; al cabo de los cuales, una mañana (que aun estaba con D.ª Estefanía en la cama) llamaron con grandes golpes á la puerta de la calle. Asomóse la moza á la ventana, y quitándose al momento, dijo: ¡Oh, que sea ella la bien venida! ¿Han visto y cómo ha venido mas presto de lo que escribió el otro dia? ¿Quién es la que ha venido, moza? le pregunté. ¿Quién? respondió ella, es mi señora D.ª Clementa Bueso, y viene con ella el señor D. Lope Melendez de Almendarez, con otros dos criados, y Hortigosa, la dueña que llevó consigo. Corre, moza, bien haya yo, y ábreles, dijo á este punto D.ª Estefanía; y vos, señor, por mi amor, que no os alboroteis ni respondais por mí á ninguna cosa que contra mí oyéredes. Pues ¿quién ha de decir cosa que os ofenda, y mas estando yo delante? decidme qué gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida. No tengo lugar de responderos, dijo D.ª Estefanía; solo sabed que todo lo que aquí pasare es fingido, y que tira á cierto designio y efecto que despues sabréis. Y aunque quisiera replicarle á esto, no me dió lugar la señora D.ª Clementa Bueso, que se entró en la sala, vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo y con la misma guarnicion, sombrero con plumas verdes, blancas y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del rostro. Entró con ella el señor D. Lope Melendez de Almendarez, no ménos bizarro, que ricamente vestido de camino. La dueña Hortigosa fué la primera que habló, diciendo: ¡Jesus! ¿Qué es esto? ¡Ocupado el lecho de mi señora D.ª Clementa, y mas con ocupacion de hombre! milagros veo hoy en esta casa: á fe que se ha ido bien del pié á la mano la señora D.ª Estefanía, fiada en la amistad de mi señora. Yo te lo prometo, Hortigosa, replicó D.ª Clementa; pero yo, yo me tengo la culpa: ¡que jamas escarmiente yo en tomar amigas, que no lo saben ser sino es cuando les viene á cuento! A todo lo cual respondió D.ª Estefanía: No reciba vuesa merced pesadumbre, mi señora D.ª Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio ve lo que ve en esta su casa, que cuando lo sepa, yo sé que quedaré disculpada y vuesa merced sin ninguna queja. En esto ya me habia puesto yo en calzas y en jubon, y tomándome D.ª Estefanía por la mano, me llevó á otro aposento, y allí me dijo, que aquella su amiga queria hacer una burla á aquel D. Lope que venía con ella, con quien pretendia casarse, y que la burla era darle á entender que aquella casa y cuanto estaba en ella era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote; y que hecho el casamiento, se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el D. Lope la tenia, y luego se me volverá lo que es mio, y no se le tendrá á mal á ella ni á otra mujer alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste. Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que queria hacer, y que primero se mirase bien en ello, porque despues podria ser tener necesidad de valerse de la justicia para cobrar su hacienda. Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á D.ª Clementa, aun en cosas de mas importancia, que mal de mi grado y con remordimiento de mi juicio hube de condescender con el gusto de D.ª Estefanía; asegurándome ella que solos ocho dias podia durar el embuste, los cuales estaríamos en casa de otra amiga suya. Acabámonos de vestir ella y yo, y luego entrándose á despedir de la señora D.ª Clementa Bueso y del señor D. Lope Melendez de Almendarez, hizo á mi criado que se cargase el baul, y que la siguiese, á quien yo tambien seguí, sin despedirme de nadie.

Paró D.ª Estefanía en casa de una amiga suya, y ántes que entrásemos dentro, estuvo un buen espacio hablando con ella, al cabo del cual salió una moza, y dijo que entrásemos yo y mi criado. Llevónos á un aposento estrecho, en el cual habia dos camas tan juntas que parecian una, á causa que no habia espacio que las dividiese, y las sábanas de entrambas se besaban. En efecto, allí estuvimos seis dias, y en todos ellos no se pasó hora que no tuviésemos pendencia, diciéndole la necedad que habia hecho en haber dejado su casa y su hacienda, aunque fuera á su misma madre. En esto iba yo y venia por momentos, tanto, que la huéspeda de casa un dia que D.ª Estefanía dijo que iba á ver en qué término estaba su negocio, quiso saber de mí qué era la causa que me movia á reñir tanto con ella, y qué cosa habia hecho que tanto se la afeaba, diciéndole que habia sido necedad notoria, mas que amistad perfecta. Contéle todo el cuento, y cuando llegué á decir que me habia casado con D.ª Estefanía, y la dote que trujo, y la simplicidad que habia hecho en dejar su casa y hacienda á D.ª Clementa, aunque fuese con tan sana intencion, como era alcanzar tan principal marido como D. Lope, se comenzó á santiguar y hacerse cruces con tanta priesa, y con tanto ¡Jesus, Jesus, de la mala hembra! que me puso en gran turbacion, y al fin me dijo: Señor alférez, no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que tambien la cargaria, si lo callase; pero á Dios y á ventura, sea lo que fuere, viva la verdad, y muera la mentira. La verdad es, que D.ª Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa y de la hacienda de que os hicieron la dote: la mentira es todo cuanto os ha dicho D.ª Estefanía, que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto; y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste, fué que D.ª Clementa fué á visitar unos parientes suyos á la ciudad de Plasencia, y de allí fué á tener novenas en Nuestra Señora de Guadalupe, y en este entre tanto dejó en su casa á doña Estefanía que mirase por ella, porque en efecto son grandes amigas; aunque bien mirado, no hay que culpar á la pobre señora, pues ha sabido granjear á una tal persona, como la del señor alférez por marido. Aquí dió fin á su plática, y yo di principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera, si tantico se descuidara el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazon que mirase que era cristiano, y que el mayor pe-

cado de los hombres era el de la desesperacion, por ser pecado de demonios. Esta consideracion, ó buena inspiracion, me confortó algo; pero no tanto que dejase de tomar mi capa y espada, y salir á buscar á D.ª Estefanía, con presupuesto de hacer en ella un ejemplar castigo; pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que en ninguna parte donde pensé hallar á D.ª Estefanía, la hallase: fuíme á San Lorente, encomendéme á Nuestra Señora, sentéme sobre un escaño, y con la pesadumbre me tomó un sueño tan pesado, que no despertara tan presto, si no me despertaran: fuí lleno de pensamientos y congojas á casa de D.ª Clementa, y halléla con tanto reposo como señora de su casa; no le osé decir nada, porque estaba el señor D. Lope delante: volví en casa de mi huéspeda, que me dijo haber contado á D.ª Estefanía, cómo yo sabia toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante habia yo mostrado con tal nueva, y que le habia respondido que muy malo, y que á su parecer habia salido yo con mala intencion y con peor determinacion á buscarla: díjome finalmente, que D.ª Estefanía se habia llevado cuanto en el baul tenia, sin dejarme en él sino un solo vestido de camino. Aquí fué ello, aquí me tuvo de nuevo Dios de su mano: fuí á ver mi baul, y halléle abierto, y como sepultura que esperaba cuerpo difunto, y á buena razon habia de ser el mio, si yo tuviera entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia. Bien grande fué, dijo á esta sazon el licenciado Peralta, haberse llevado D.ª Estefanía tanta cadena y tanto cintillo; que como suele decirse, todos los duelos, etc. Ninguna pena me dió esa falta, respondió el alférez, pues tambien podré decir: Pensóse D. Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dio, contrecho soy de un lado. No sé á qué propósito puede vuesa merced decir eso, respondió Peralta. El propósito es, respondió el alférez, de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos y brincos, podia valer hasta diez ó doce escudos. Eso no es posible, replicó el licenciado, porque la que el señor alférez traia al cuello, mostraba pesar mas de docientos ducados. Así fuera, respondió el alférez, si la verdad respondiera al parecer; pero como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas, brincos, con solo ser de alquimia se contentaron, pero estaban tan bien hechas, que solo el toque ó el fuego podia descubrir su malicia. Desa manera, dijo el licenciado, entre vuesa merced y la señora D.ª Estefanía, pata es la traviesa. Y tan pata, respondió el alférez, que podemos volver á barajar; pero el daño está, señor licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsía de su término; y en efecto, mal que me pese es prenda mia. Dad gracias á Dios, señor Campuzano, dijo Peralta, que fué prenda con piés, y que se os ha ido, y que no estáis obligado á buscarla. Así es, respondió el alférez; pero con todo esto, sin que la busque la hallo siempre en la imaginacion, y adonde quiera que estoy tengo mi afrenta presente. No sé qué responderos, dijo Peralta, sino es traeros á la memoria dos versos de Petrarca, que dicen:

Che chi prende diletto di far frode,
Non s'ha di lamentar s'altro l'inganna.

Que responden en nuestro castellano: Que el que tiene costumbre y gusto de engañar á otro, no se debe quejar cuando es engañado. Yo no me quejo, respondió el alférez, sino lastímome: que el culpado, no por conocer su culpa, deja de sentir la pena del castigo: bien veo que quise engañar y fuí engañado, porque me hirieron por mis propios filos; pero no puedo tener tan á raya el sentimiento, que no me queje de mí mismo. Finalmente, por venir á lo que hace mas al caso á mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucesos), digo que supe que se habia llevado á D.ª Estefanía el primo que dije que se halló á nuestros desposorios, el cual de luengos tiempos atras era su amigo á todo ruedo: no quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba: mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos dias; porque comenzaron á pelárseme las cejas y las pestañas, y poco á poco me dejaron los cabellos, y ántes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre mas claro la pelarela: halléme verdaderamente hecho pelon; porque ni tenia barbas que peinar, ni dineros que gastar: fué la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella á la honra, y á unos lleva á la horca, y á otros al hospital, y á otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que puede suceder á un desdichado, por no gastar en curarme los vestidos que me habian de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurreccion, me entré en él, donde he tomado cuarenta sudores: dicen que quedaré sano, si me guardo: espada tengo, lo demas Dios lo remedie. Ofreciósele de nuevo el licenciado, admirándose de las cosas que le habia contado. Pues de poco se maravilla vuesa merced, señor Peralta, dijo el alférez, que otros sucesos me quedan por decir que exceden á toda imaginacion, pues van fuera de todos los términos de naturaleza: no quiera vuesa merced saber mas, sino que son de suerte que doy por bien empleadas todas mis desgracias, por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde vi lo que ahora diré, que es lo que ahora ni nunca vuesa merced podrá creer, ni habrá persona en el mundo que lo crea. Todos estos preámbulos y encarecimientos, que el alférez hacia ántes de contar lo que habia visto, encendian el deseo de Peralta, de manera que con no menores encarecimientos le pidió que luego luego le dijese las maravillas que le quedaban por decir.

Ya vuesa merced habrá visto, dijo el alférez, dos perros que con dos linternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna. Sí he visto, respondió Peralta. Tambien habrá visto ó oido vuesa merced, dijo el alférez, lo que dellos se cuenta, que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo, ellos acuden luego á alumbrar, á buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas, donde saben que tienen costumbre de darles limosna, y con ir allí con tanta mansedumbre, que mas parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones, guardando la casa con grande cuidado y vigilancia. Yo he oido decir, dijo Peralta, que todo es así; pero eso no me puede ni debe causar maravilla. Pues lo que ahora diré dellos, dijo el alférez, es razon que la cause, y que sin hacerse cruces, ni alegar imposibles ni dificultades, vuesa merced se acomode á creerlo; y es que yo oí y casi vi con mis ojos á estos dos perros, que el uno se llamaba Cipion, el otro Berganza, estar

una noche, que fué la penúltima que acabé de sudar, echados detras de mi cama en unas esteras viejas, y á la mitad de aquella noche, estando á escuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oído escuchando, por ver si podia venir en conocimiento de los que hablaban, y de lo que hablaban, y á poco rato vine á conocer, por lo que hablaban, los que hablaban, que eran los dos perros Cipion y Berganza. Apénas acabó de decir esto Campuzano, cuando levantándose el licenciado, dijo: Vuesa merced quede mucho en buen hora, señor Campuzano, que hasta aquí estaba en duda si creeria ó no lo que de su casamiento me habia contado; y esto que ahora me cuenta de que oyó hablar los perros, me ha hecho declarar por la parte de no creelle ninguna cosa: por amor de Dios, señor alférez, que no cuente estos disparates á persona alguna, si ya no fuere á quien sea tan su amigo como yo. No me tenga vuesa merced por tan ignorante, replicó Campuzano, que no entienda que, si no es por milagro, no pueden hablar los animales: que bien sé que si los tordos, picazas y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales cómoda para poder pronunciarlas; mas no por esto pueden hablar y responder con discurso concertado, como estos perros hablaban; y así muchas veces despues que los oí, yo mismo no he querido dar crédito á mí mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales cuales nuestro Señor fué servido dármelos, oí, escuché, noté, y finalmente escribí sin faltar palabra por su concierto, de donde se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada á creer esta verdad que digo: las cosas de que trataron fuéron grandes y diferentes, y mas para ser tratadas por varones sabios, que para ser dichas de bocas de perros: así que, pues yo no las pude inventar de mio, á mi pesar y contra mi opinion vengo á creer que no soñaba, y que los perros hablaban. ¡Cuerpo de mí, replicó el licenciado, si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, ó el de Esopo, cuando departia el gallo con la zorra y unos animales con otros! Uno dellos sería yo y el mayor, replicó el alférez, si creyese que ese tiempo ha vuelto, y aun tambien lo sería, si dejase de creer lo que oí y lo que vi, y lo que me atreveré á jurar con juramento que obligue y aun fuerce á que lo crea la misma incredulidad; pero puesto caso que me haya engañado y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate, ¿no se holgara vuesa merced, señor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, ó sean quien fueren, hablaron? Como vuesa merced, replicó el licenciado, no se canse mas en persuadirme que oyó hablar á los perros, de muy buena gana oiré ese coloquio, que por ser escrito y notado del buen ingenio del señor alférez, ya le juzgo por bueno. Pues hay en esto otra cosa, dijo el alférez, que como yo estaba tan atento y tenia delicado el juicio, delicada, sotil y desocupada la memoria (merced á las muchas pasas y almendras que habia comido), todo lo tomé de coro, y casi por las mismas palabras que habia oido, lo escribí otro dia, sin buscar colores retóricas para adornarlo, ni que añadir ni quitar, para hacerle gustoso. No fué una noche sola la plática, que fuéron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita mas de una, que es la vida de Berganza; y la del compañero Cipion pienso escribir (que fué la que se contó la noche segunda) cuando viere ó que esta se crea, ó á lo ménos no se desprecie: el coloquio traigo en el seno; púselo en forma de coloquio, por ahorrar de *dijo Cipion*, *respondió Berganza*, que suele alargar la escritura. Y en diciendo esto, sacó del pecho un cartapacio, y le puso en las manos del licenciado, el cual le tomó riyéndose, y como haciendo burla de todo lo que habia oido, y de lo que pensaba leer. Yo me recuesto, dijo el alférez, en esta silla, en tanto que vuesa merced lee si quiere esos sueños ó disparates, que no tienen otra cosa de bueno, sino es el poderlos dejar cuando enfaden. Haga vuesa merced su gusto, dijo Peralta, que yo con brevedad me despediré desta letura. Recostóse el alférez, abrió el licenciado el cartapacio, y en el principio vió que estaba puesto este título.

COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE CIPION Y BERGANZA,

PERROS DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCION,

QUE ESTÁ EN LA CIUDAD DE VALLADOLID, FUERA DE LA PUERTA DEL CAMPO, Á QUIEN COMUNMENTE LLAMAN LOS PERROS DE MAHUDES.

Cipion. Berganza amigo, dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retirémonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podrémos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

Berganza. Cipion hermano, óyote hablar, y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

Cip. Así es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor este milagro, en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razon, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre, es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

Berg. Todo lo que dices, Cipion, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo, me causa nueva admiracion y nueva maravilla; bien es verdad, que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oido decir grandes prerogativas nuestras, tanto que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

Cip. Lo que yo he oido alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, á los piés, una figura

de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

Berg. Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura: otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta que se les acababa la vida: sé tambien que despues del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento: luego el caballo, y el último la jimia.

Cip. Ansí es; pero bien confesarás que ni has visto ni oido decir jamas que haya hablado ningun elefante, perro, caballo ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso, cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.

Berg. Desa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los dias pasados á un estudiante, pasando por Alcalá de Henáres.

Cip. ¿Qué le oiste decir?

Berg. Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la universidad, los dos mil oian medicina.

Cip. Pues ¿qué vienes á inferir deso?

Berg. Infiero, ó que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), ó ellos se han de morir de hambre.

Cip. Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento ó no, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir: y así no hay para qué ponernos á disputar nosotros cómo ó por qué hablamos: mejor será que este buen dia ó buena noche la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

Berg. Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí de antiguas y muchas, ó se enmohecian, ó se me olvidaban; empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso gozarlo y aprovecharme dél lo mas que pudiere, dándome priesa á decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán á pedir este bien, que por prestado tengo.

Cip. Sea esta la manera, Berganza amigo, que esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas; y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mia, porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las ajenas vidas.

Berg. Siempre, Cipion, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora mas que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los mios, y como discreto has repartido el tiempo, donde podamos manifestallos; pero advierte primero, si nos oye alguno.

Cip. Ninguno, á lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazon mas estará para dormir que para ponerse á escuchar á nadie.

Berg. Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha, y si te cansare lo que te fuere diciendo, ó me reprende, ó manda que calle.

Cip. Habla hasta que amanezca, ó hasta que seamos sentidos, que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte, sino cuando viere ser necesario.

Berg. Paréceme que la primera vez que vi el sol, fué en Sevilla, y en su matadero, que está fuera de la puerta de la Carne; por donde imaginara (si no fuera por lo que despues diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confusion, á quien llaman jiferos: el primero que conocí por amo, fué uno llamado Nicolas el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería: este tal Nicolas me enseñaba á mí y á otros cachorros, á que en compañía de alanos viejos arremetiésemos á los toros, y les hiciésemos presa de las orejas: con mucha facilidad salí un águila en esto.

Cip. No me maravillo, Berganza, que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

Berg. ¿Qué te diria, Cipion hermano, de lo que vi en aquel matadero, y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero has de presuponer, que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni á su justicia: los mas amancebados: son aves de rapiña carniceras: mantiénense ellos y sus amigas de lo que hurtan: todas las mañanas que son dias de carne, ántes que amanezca están en el matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medio enteros: no hay res alguna que se mate, de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo mas sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata ó es la mejor, ó la de mas baja postura; y con este concierto hay siempre mucha abundancia: los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan, como si fuesen sauces ó parras; pero ninguna cosa me admiraba mas ni me parecia peor, que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan á un hombre, que á una vaca; por quítame allá esa paja, á dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro: por maravilla se pasa dia sin pendencias y sin heridas, y á veces sin muertes: todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes: no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca: finalmente, oí decir á un hombre discreto, que tres cosas tenia el rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.

Cip. Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios, te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que al paso que llevas, no llegarás á la mitad de tu historia: y quiérote advertir de una cosa, de la

cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos: quiero decir, que algunos hay, que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento; otros hay, que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos, y con mudar la voz se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

Berg. Yo lo haré así, si pudiere, y si me da lugar la grande tentacion que tengo de hablar, aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir á la mano.

Cip. Vete á la lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

Berg. Digo pues que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca, y á defenderla de quien quitármela quisiese: enseñóme tambien la casa de su amiga, y con esto se excusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él habia hurtado las noches: y un dia, que entre dos luces iba yo diligente á llevarle la porcion, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana; alcé los ojos, y vi una moza hermosa en extremo; detúveme un poco, y ella bajó á la puerta de la calle, y me tornó á llamar: lleguéme á ella como si fuera á ver lo que me queria, que no fué otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta, y ponerme en su lugar un chapin viejo: entónces dije entre mí: la carne se ha ido á la carne. Díjome la moza en habiéndome quitado la carne: Andad, Gavilan, ó como os llamais, y decid á Nicolas el Romo, vuestro amo, que no se fie de animales, y que del lobo un pelo, y ese de la espuerta. Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

Cip. Hiciste muy bien, por ser prerogativa de la hermosura, que siempre se le tenga respeto.

Berg. Así lo hice yo, y así me volví á mi amo sin la porcion, y con el chapin: parecióle que volví presto, vió el chapin, imaginó la burla, sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse piés en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los piés por detras de San Bernardo, me fuí por aquellos campos de Dios, adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro dia me deparó la suerte un hato ó rebaño de ovejas y carneros: así como le vi, creí que habia hallado en él el centro del reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apénas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando diciendo, to to, me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, bajando la cabeza y meneando la cola: trújome la mano por el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad, y dijo á otros pastores, que yo tenia todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia á la gineta, con lanza y adarga, que mas parecia atajador de la costa, que señor d ganado: preguntó al pastor: ¿Qué perro es este, qu tiene señales de ser bueno? Bien lo puede vuesa merce creer, respondió el pastor, que yo le he cotejado bien, no hay señal en él que no muestre y prometa que ha d ser un gran perro: agora se llegó aquí, y no sé cúyo sea aunque sé que no es de los rebaños de la redonda. Pue así es, respondió el señor, pónle luego el collar de Leon cillo, el perro que se murió, y dénle la racion que á lo demas, y acaríciale todo cuanto pudieres, porque tom cariño al hato, y se quede de hoy adelante en él. E diciendo esto se fué, y el pastor me puso luego al cuell unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndom dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas e leche, y asimismo me puso nombre, y me llamó Barci no. Vime harto y contento con el segundo amo, y con e nuevo oficio: mostréme solícito y diligente en la guard del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas que m iba á pasarlas ó ya á la sombra de algun árbol, ó de algun ribazo, ó peña, ó á la de alguna mata, ó á la márgen de algun arroyo de los muchos que por allí corrian y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que habia tenido en el matadero, y en la que tenia mi amo, y todos los que como él están sujetos á cumplir los gustos impertinentes de sus amigas: ¡oh qué de cosas te pudiera decir ahora, de las que aprendí en la escuela de aquella jifera dama de mi amo! pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

Cip. Por haber oido decir que dijo un gran poeta de los antiguos, que era difícil cosa el escribir sátiras, consentiré que murmures un poco de luz y no de sangre; quiero decir, que señales, y no hieras ni dés mate á ninguno en cosa señalada: que no es buena la murmuracion, aunque haga reir mucho, si mata á uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

Berg. Yo tomaré tu consejo y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defectos que tengo en contar los mios, bien se puede esperar que contará los suyos de manera que enseñen y deleiten á un mismo punto. Pero anudando el roto hilo de mi cuento, digo, que en aquel silencio y soledad de mis siestas entre otras cosas consideraba que no debia de ser verdad lo que habia oido contar de la vida de los pastores á lo ménos de aquellos que la dama de mi amo leia unos libros cuando yo iba á su casa, que todos tratab de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba to la vida cantando y tañendo con gaitas, zampoñas, rabe les y churumbelas, y con otros instrumentos extraor narios: deteníame á oirla leer, y leia cómo el pastor Anfriso cantaba extremada y divinamente, alabando la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes Arcadia árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado cantar desde que salia el sol en los brazos del Auro hasta que se ponia en los de Tétis; y aun despues de ber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus gras y escuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas mejor lloradas quejas: no se le quedaba entre renglo el pastor Elicio, mas enamorado que atrevido, de qui decia que sin atender á sus amores ni á su ganado, entraba en los cuidados ajenos: decia tambien que

gran pastor de Fílida, único pintor de un retrato, habia sido mas confiado que dichoso: de los desmayos de Sireno y arrepentimiento de Diana, decia que daba gracias á Dios y á la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos, y aclaró aquel laberinto de dificultades: acordábame de otros muchos libros que de este jaez le habia oido leer, pero no eran dignos dè traerlos á la memoria.

Cip. Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso; murmura, pica, y pasa, y sea tu intencion limpia, aunque la lengua no lo parezca.

Berg. En estas materias nunca tropieza la lengua, si no cae primero la intencion; pero si acaso por descuido ó por malicia murmurare, responderé á quien me reprendiere, lo que respondió Mauleon, poeta tonto, y académico de burla de la academia de los Imitadores, á uno que le preguntó qué queria decir *Deum de Deo*, y respondió que: dé donde diere.

Cip. Esta fué respuesta de un simple; pero tú, si eres discreto ó lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa: di adelante.

Berg. Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos mas, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demas de aquella marina tenian, de aquellos que habia oido leer que tenian los pastores de los libros; porque si los mios cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo, do va Juanica*, y otras cosas semejantes, y esto no al son de chirumbelas, rabeles ó gaitas, sino al que hacia el dar un cayado con otro ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que solas ó juntas parecia, no que cantaban, sino que gritaban ó gruñian: lo mas del dia se les pasaba espulgándose ó remendándose sus abarcas: ni entre ellos se nombraban Amarilis, Fílidas, Galateas y Dianas, ni habia Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos ó Llorentes; por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna: que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.

Cip. Basta, Berganza, vuelve á tu senda, y camina.

Berg. Agradézcotelo, Cipion amigo, porque si no me avisaras, de manera se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destos que me tenian engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.

Cip. Mírate á los piés, y desharás la rueda, Berganza: quiero decir que mires que eres un animal que carece de razon, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamas vista.

Berg. Eso fuera así, si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora que me ha venido á la memoria lo que te habia de haber dicho al principio de nuestra plática, no solo no me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar.

Cip. Pues ahora ¿no puedes decir lo que ahora se te acuerda?

Berg. Es una cierta historia que me pasó con una grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla.

Cip. Digo que me la cuentes ántes que pases mas adelante en el cuento de tu vida.

Berg. Eso no haré yo por cierto hasta su tiempo; ten paciencia, y escucha por su órden mis sucesos, que así te darán mas gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios ántes de los principios.

Cip. Sé breve, y cuenta lo que quisieres y como quisieres.

Berg. Digo pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comia el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raiz y madre de todos los vicios, no tenia que ver conmigo, á causa que si los dias holgaba, las noches no dormia, dándonos asaltos á menudo, y tocándonos al arma los lobos; y apénas me habian dicho los pastores, al lobo, Barcino, cuando acudia primero que los otros perros á la parte que me señalaban que estaba el lobo: corria los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos, y á la mañana volvia al hato, sin haber hallado lobo ni rastro dél, anhelando, cansado, hecho pedazos y los piés abiertos de los garranchos, y hallaba en el hato, ó ya una oveja muerta, ó un carnero degollado y medio comido del lobo: desesperábame de ver de cuán poco servia mi mucho cuidado y diligencia; venía el señor del ganado, salian los pastores á recebirle con las pieles de la res muerta: culpaba á los pastores por negligentes, y mandaba castigar á los perros por perezosos: llovian sobre nosotros palos, y sobre ellos reprensiones; y así viéndome un dia castigado sin culpa, y que mi cuidado, lijereza y braveza no eran de provecho para coger el lobo, determiné de mudar estilo, no desviándome á buscarle, como tenia de costumbre, léjos del rebaño, sino estarme junto á él, que pues el lobo allí venia, allí sería mas cierta la presa: cada semana nos tocaban á rebato, y en una escurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase: agachéme detras de una mata, pasaron los perros mis compañeros adelante, y desde allí oteé y vi que dos pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco, y le mataron de manera que verdaderamente pareció á la mañana que habia sido su verdugo el lobo: pasméme, quedé suspenso cuando vi que los pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los mismos que le habian de guardar. Al punto hacian saber á su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo y parte de la carne, y comíanse ellos lo mas y lo mejor: volvia á reñirles el señor, y volvia tambien el castigo de los perros: no habia lobos, menguaba el rebaño: quisiera yo descubrillo, hallábame mudo: todo lo cual me traia lleno de admiracion y de congoja: ¡Válame Dios! decia entre mí, ¿quién podrá remediar esta maldad? ¿quién será poderoso á dar á entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y que el que os guarda os mata?

Cip. Y deciais muy bien, Berganza, porque no hay mayor ni mas sutil ladron que el doméstico, y así mueren muchos mas de los confiados que de los recatados;



pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo, si no se fia y se confía; mas quédese aquí esto, que no quiero que parezcamos predicadores : pasa adelante.

Berg. Paso adelante, y digo que determiné dejar aquel oficio, aunque parecia tan bueno, y escoger otro, donde por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado : volvíme á Sevilla, y entré á servir á un mercader muy rico.

Cip. ¿Qué modo tenias para entrar con amo? porque segun lo que se usa, con gran dificultad el dia de hoy halla un hombre de bien señor á quien servir : muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo : aquellos para recebir un criado primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene; pero para entrar á servir á Dios, el mas pobre es mas rico, el mas humilde de mejor linaje, y con solo que se disponga con limpieza de corazon á querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gajes, señalándoselos tan aventajados, que de muchos y grandes apénas pueden caber en su deseo.

Berg. Todo eso es predicar, Cipion amigo.

Cip. Así me lo parece á mí, y así callo.

Berg. A lo que me preguntaste del órden que tenia para entrar con amo, digo que ya tú sabes que la humildad es la basa y fundamento de todas virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea : ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que siempre á gloriosos fines nos conduce; de los enemigos hace amigos, templa la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios : es madre de la modestia y hermana de la templanza : en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho los vicios; porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados : desta pues me aprovechaba yo, cuando queria entrar á servir en alguna casa, habiendo primero considerado y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener, y donde pudiese entrar un perro grande : luego arrimábame á la puerta, y cuando á mi parecer entraba algun forastero, le ladraba, y cuando venía el señor, bajaba la cabeza, y moviendo la cola me iba á él, y con la lengua le limpiaba los zapatos : si me echaban á palos, sufríalos, y con la misma mansedumbre volvia á hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno segundaba, viendo mi porfía y mi noble término : desta manera á dos porfías me quedaba en casa : servia bien, queríanme luego bien, y nadie me despidió, sino era que yo me despidiese, ó por mejor decir, me fuese; y tal vez hallé amo, que este fuera el dia que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no me hubiera perseguido.

Cip. De la misma manera que has contado, entraba yo con los amos que tuve, y parece que nos leimos los pensamientos.

Berg. Como en esas cosas nos hemos encontrado, si no me engaño, y yo te las diré á su tiempo, como tengo prometido, y ahora escucha lo que me sucedió despues que dejé el ganado en poder de aquellos perdidos. Volvíme á Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes : arriméme á la puerta de una gran casa de un mercader, hice mis acostumbradas diligencias, y á pocos lances me quedé en ella; recebiéronme para tenerme atado detras de la puerta de dia, y suelto de noche : servia con gran cuidado y diligencia, ladraba á los forasteros y gruñia á los que no eran muy conocidos : no dormia de noche, visitando los corrales, subiendo á los terrados, hecho universal centinela de la mia y de las casas ajenas : agradóse tanto mi amo de mi buen servicio, que mandó que me tratasen bien, y me diesen racion de pan y los huesos que se levantasen ó arrojasen de su mesa, con las sobras de la cocina, á lo que yo me mostraba agradecido, dando infinitos saltos cuando veia á mi amo, especialmente cuando venía de fuera, que eran tantas las muestras de regocijo que daba, y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen y me dejasen andar suelto de dia y de noche : como me vi suelto, corrí á él, rodeéle todo, sin osar llegarle con las manos, acordándome de la fábula de Esopo, cuando aquel asno tan asno, que quiso hacer á su señor las mismas caricias que le hacia una perrilla regalada suya, que le granjearon ser molido á palos : parecióme que en esta fábula se nos dió á entender que las gracias y donaires de algunos no están bien en otros : apode el truhan, juegue de manos y voltee el istrion, rebuzne el pícaro, imite el canto de los pájaros, y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre bajo que se hubiere dado á ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, á quien ningúna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso.

Cip. Basta; adelante, Berganza, que ya estás entendido.

Berg. ¡Ojalá que como tú me entiendes, me entendiesen aquellos por quien lo digo! que no sé qué tengo de buen natural, que me pesa infinito cuando veo que un caballero se hace chocarrero y se precia que sabe jugar los cubiletes y las agallas, y que no hay quien como él sepa bailar la chacona : un caballero conozco yo que se alababa que á ruegos de un sacristan habia cortado de papel treinta y dos flores para poner en un monumento sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal, que así llevaba á sus amigos á verlas, como si los llevara á ver las banderas y despojos de enemigos, que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas. Este mercader pues tenia dos hijos, el uno de doce, y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban gramática en el estudio de la Compañía de Jesus : iban con autoridad, con ayo y con pajes que les llevaban los libros, y aquel que llaman *vade mecum* : el verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacia sol, en coche si llovia, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba á la lonja á negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado que un negro, y algunas veces se desmandaba á ir en un machuelo aun no bien aderezado.

Cip. Has de saber, Berganza, que es costumbre y condicion de los mercaderes de Sevilla, y aun de las otras ciudades, mostrar su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra que en sí mismos, y como ellos por maravilla atienden á otra cosa que á sus tratos y contratos, trátanse modestamente; y como la ambicion y la riqueza muere por manifestarse, revienta por sus hijos, y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algun príncipe; y algunos hay que los procuran



títulos, y ponerles en el pecho la marca que tanto distingue la gente principal de la plebeya.

Berg. Ambicion es, pero ambicion generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero.

Cip. Pocas ó ninguna vez se cumple con la ambicion, que no sea con daño de tercero.

Berg. Ya hemos dicho que no hemos de murmurar.

Cip. Sí, que yo no murmuro de nadie.

Berg. Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oido decir. Acaba un maldiciente murmurador de echar á perder diez linajes, y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto, y que si pensara que alguno se habia de agraviar, no lo dijera: á la fe, Cipion, mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversacion sin tocar los límites de la murmuracion; porque yo veo en mí, que con ser un animal como soy, á cuatro razones que digo, me acuden palabras á la lengua como mosquitos al vino, y todas maliciosas y murmurantes: por lo cual vuelvo á decir lo que otra vez he dicho, que el hacer y decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche: vese claro en que apénas ha sacado el niño el brazo de las fajas, cuando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien á su parecer le ofende: y casi la primera palabra articulada que habla, es llamar puta á su ama ó á su madre.

Cip. Así es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos: echemos pelillos á la mar (como dicen los muchachos), y no murmuremos de aquí adelante, y sigue tu cuento, que le dejaste en la autoridad con que los hijos del mercader tu amo iban al estudio de la Compañía de Jesus.

Berg. A él me encomiendo en todo acontecimiento; y aunque el dejar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio, que oí decir que usaba un gran jurador, el cual arrepentido de su mala costumbre, cada vez que despues de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo ó besaba la tierra en pena de su culpa; pero con todo esto juraba: así yo cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no murmure, y contra la intencion que tengo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua, de modo que me duela, y me acuerde de mi culpa para no volver á ella.

Cip. Tal es ese remedio, que si usas dél, espero que te has de morder tantas veces, que has de quedar sin lengua, y así quedarás imposibilitado de murmurar.

Berg. A lo ménos yo haré de mi parte mis diligencias, y supla las faltas el cielo. Y así digo que los hijos de mi amo se dejaron un dia un cartapacio en el patio, donde yo á la sazon estaba; y como estaba enseñado á llevar la esportilla del jifero mi amo, así del *vade mecum* y fuíme tras ellos con intencion de no soltalle hasta el estudio: sucedióme todo como lo deseaba, que mis amos que me vieron venir con el *vade mecum* en la boca, asido sotilmente de las cintas, mandaron á un paje me le quitase; mas yo no lo consentí, ni le solté hasta que entré en el aula, cosa que causó risa á todos los estudiantes: lleguéme al mayor de mis amos, y á mi parecer con mucha crianza se le puse en las manos, y quedéme sentado en cuclillas á la puerta del aula, mirando de hito en hito al maestro que en la cátedra leia. No sé qué tiene la virtud, que con alcanzárseme á mí tan poco ó nada della, luego recebí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban: consideraba cómo los reñian con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios, y los sobrellevaban con cordura; y finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos y amadas ellas consiguiesen el fin para que fuéron criados.

Cip. Muy bien dices, Berganza, porque yo he oido decir desa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan: son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.

Berg. Todo es así como lo dices. Y siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les llevase siempre el *vade mecum*, lo que hice de muy buena voluntad, con lo cual tenia una vida de rey, y aun mejor, porque era descansada, á causa que los estudiantes dieron en burlarse conmigo, y domestiquéme con ellos de tal manera, que me metian la mano en la boca, y los mas chiquillos subian sobre mí: arrojaban los bonetes ó sombreros, y yo se los volvia á la mano limpiamente y con muestras de grande regocijo: dieron en darme de comer cuanto ellos podian, y gustaban de ver que cuando me daban nueces ó avellanas, las partia como mona, dejando las cáscaras y comiendo lo tierno: tal hubo, que por hacer prueba de mi habilidad, me trujo en un pañuelo gran cantidad de ensalada, la cual comí como si fuera persona. Era tiempo de invierno, cuando campean en Sevilla los molletes y mantequillas, de quien era tan bien servido, que mas de dos Antonios se empeñaron ó vendieron para que yo almorzase. Finalmente, yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo mas que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habria otra de mas gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose: desta gloria y desta quietud me vino á quitar una señora, que á mi parecer llaman por ahí razon de estado, que cuando con ella se cumple se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso, que á aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de licion á licion, la ocupaban los estudiantes no en repasar las liciones, sino en holgarse conmigo; y así ordenaron á mis amos que no me llevasen mas al estudio: obedecieron, volviéronme á casa, y á la antigua guarda de la puerta, y sin acordarse el señor viejo de la merced que me habia hecho, de que de dia y de noche anduviese suelto, volví á entregar el cuello á la cadena y el cuerpo á una esterilla, que detras de la puerta me pusieron. ¡Ay, amigo Cipion, si supieses

cuán dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice á un desdichado! Mira: cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte, ó la continuacion dellas hace un hábito y costumbre en padecellas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas cuando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso se sale á gozar de otra suerte próspera, venturosa y alegre, y de allí á poco se vuelve á padecer la suerte primera, y á los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso, que si no acaba la vida, es por atormentarla mas viviendo. Digo en fin, que volví á mi racion perruna, y á los huesos que una negra de casa me arrojaba, y aun estos me diezmaban dos gatos romanos, que como sueltos y lijeros, érales fácil quitarme lo que no caia debajo del distrito que alcanzaba mi cadena. Cipion hermano, así el cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades me dejes ahora filosofar un poco, porque si dejase de decir las cosas que en este instante me han venido á la memoria de aquellas que entónces me ocurrieron, me parece que no sería mi historia cabal ni de fruto alguno.

Cip. Advierte, Berganza, no sea tentacion del demonio esa gana de filosofar que dices te ha venido; porque no tiene la murmuracion mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse á entender el murmurador, que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprension, y el descubrir los defectos ajenos buen celo, y no hay vida de ningun murmurante, que si la consideras y escudriñas, no la halles llena de vicios y de insolencias; y debajo de saber esto, filosofea ahora cuanto quisieres.

Berg. Seguro puedes estar, Cipion, de que mas murmure, porque así lo tengo propuesto. Es pues el caso, que como me estaba todo el dia ocioso, y la ociosidad sea madre de los pensamientos, dí en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella de muchos que oí cuando fuí con mis amos al estudio, con que á mi parecer me hallé algo mas mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algun latin breve y compendioso, dando á entender á los que no lo entienden, que son grandes latinos, y apénas saben declinar un nombre, ni conjugar un verbo.

Cip. Por menor daño tengo ese que el que hacen los que verdaderamente saben latin, de los cuales hay algunos tan imprudentes, que hablando con un zapatero ó con un sastre, arrojan latines como agua.

Berg. Deso podrémos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

Cip. Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos, de ser asnos.

Berg. Pues ¿quién lo duda? La razon está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latin, como lengua materna suya, algun majadero habria entre ellos, á quien no excusaria el hablar latin dejar de ser necio.

Cip. Para sabér callar en romance y hablar en latin, discrecion es menester, hermano Berganza.

Berg. Así es, porque tambien se puede decir una necedad en latin como en romance, y yo he visto letrados tontos y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latin, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no una, sino muchas veces.

Cip. Dejemos esto, y comienza á decir tus filosofías.

Berg. Ya las he dicho: estas son que acabo de decir.

Cip. ¿Cuáles?

Berg. Estas de los latines y romances, que yo comencé y tú acabaste.

Cip. ¿Al murmurar llamas filosofar? así va ello: canoniza, canoniza, Berganza, á la maldita plaga de la murmuracion, y dale el nombre que quisieres, que ella dará á nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores; y por tu vida que calles ya, y sigas tu historia.

Berg. ¿Cómo la tengo de seguir si callo?

Cip. Quiero decir que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo, segun la vas añadiendo colas.

Berg. Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo.

Cip. Ese es el error que tuvo el que dijo que no era torpedad ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres: las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.

Berg. Quiero creerte, y digo que no contenta mi fortuna de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenia: mira, Cipion, ten por cierto y averiguado, como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra: dígolo porque la negra de casa estaba enamorada de un negro, asimismo esclavo de casa, el cual negro dormia en el zaguan que es entre la puerta de la calle y la de en medio, detras de la cual yo estaba, y no se podian juntar sino de noche, y para esto habian hurtado ó contrahecho las llaves; y así las mas de las noches bajaba la negra, y tapándome la boca con algun pedazo de carne ó queso, abria al negro con quien se daba buen tiempo, facilitándolo mi silencio, y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba: algunos dias me estragaron la conciencia las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarian las ijadas, y daria de mastin en galgo; pero en efecto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que á mi amo debia, pues tiraba sus gajes y comia su pan, como lo deben hacer no solo los perros honrados, á quienes se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven.

Cip. Esto sí, Berganza, quiero que pase por filosofía, porque son razones que consisten en buena verdad y en buen entendimiento; y adelante, y no hagas sóga, por no decir cola, de tu historia.

Berg. Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir filosofía; que aunque yo la nombro, no sé lo que es; solo me doy á entender que es cosa buena.

Cip. Con brevedad te lo diré. Este nombre se com-

pone de dos nombres griegos, que son: *filos* y *sofia*: *filos* quiere decir amor, y *sofia* la ciencia: así que *filosofia* significa amor de la ciencia, y filósofo, amador de la ciencia.

Berg. Mucho sabes, Cipion, ¿quién diablos te enseñó á tí nombres griegos?

Cip. Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso; porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y tambien hay quien presuma saber la lengua griega sin saberla, como la latina ignorándola.

Berg. Eso es lo que yo digo, y quisiera que á estos tales los pusieran en una prensa, y á fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando al mundo con el oropel de sus gregüescos rotos y sus latines falsos, como hacen los portugueses con los negros de Guinea.

Cip. Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazármela yo, porque todo cuanto decimos es murmurar.

Berg. Sí, que no estoy obligado á hacer lo que he oido decir que hizo un llamado Corondas, tirio, el cual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas, so pena de la vida: descuidóse desto, y otro dia entró en el cabildo ceñida la espada: advirtiéronselo, y acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvainó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fué el primero que puso y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que yo dije no fué poner ley, sino prometer que me morderia la lengua cuando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas: hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que así sea: ahora promete uno de enmendarse de sus vicios, y de allí á un momento cae en otros mayores: una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella; y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho: muérdase el diablo, que yo no quiero morderme, ni hacer finezas detras de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinacion.

Cip. Segun eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras, fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, solo por que te alabaran, como todos los hipócritas hacen.

Berg. No sé lo que entónces hiciera: esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir, que no sé cómo ni cuándo podré acabarlas, y mas estando temeroso, que al salir del sol nos hemos de quedar á escuras, faltándonos la habla.

Cip. Mejor lo hará el cielo, sigue tu historia, y no te desvies del camino carretero con impertinentes digresiones; y así por larga que sea, la acabarás presto.

Berg. Digo pues, que habiendo visto la insolencia, latrocinio y deshonestidad de los negros, determiné, como buen criado, estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que salí con mi intento. Bajaba la negra, como has oido, á refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecian los pedazos de carne, pan ó queso que me arrojaba: mucho pueden las dádivas, Cipion.

Cip. Mucho: no te diviertas, pasa adelante.

Berg. Acuérdome que cuando estudiaba oí decir al preceptor un refran latino, que ellos llaman adagio, que decia: *habet bovém in lingua.*

Cip. ¡Oh! que en hora mala hayais encajado vuestro latin. ¿Tan presto se te ha olvidado lo que poco ha dijimos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romances?

Berg. Este latin viene aquí de molde: que has de saber que los atenienses usaban entre otras de una moneda sellada con la figura de un buey, y cuando algun juez dejaba de decir ó hacer lo que era razon y justicia por estar cohechado, decian: este tiene el buey en la lengua.

Cip. La aplicacion falta.

Berg. ¿No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos dias mudo, que ni queria ni osaba ladrar cuando bajaba á verse con su negro enamorado? por lo que vuelvo á decir que pueden mucho las dádivas.

Cip. Ya te he respondido que pueden mucho; y si no fuera por no hacer ahora una larga digresion, con mil ejemplos probara lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar y habla para contarte mi vida.

Berg. Dios te dé lo que deseas, y escucha. Finalmente, mi buena intencion rompió por las malas dádivas de la negra, á la cual bajando una noche muy escura á su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de muslo: burla que fué bastante á tenerla de véras mas de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad. Sanó, volvió otra noche, y yo volví á la pelea con ella, y sin morderla la arañé todo el cuerpo como si la hubiera cardado como manta: nuestras batallas eran á la sorda, de las cuales salia siempre vencedor, y la negra mal parada, y peor contenta; pero sus enojos se parecian bien en mi pelo y en mi salud: alzóseme con la racion y los huesos, y los mios poco á poco iban señalando los ñudos del espinazo: con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra, por acabarme de una vez, me trujo una esponja frita con manteca: conocí la maldad, vi que era peor que comer zarazas; porque á quien la come se le hincha el estómago, y no sale dél sin llevarse tras sí la vida; y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos: halléme un dia suelto, y sin decir adios á ninguno de casa, me puse en la calle, y á ménos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil, que dije al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo Nicolas el Romo, el cual apénas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre: tambien le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias: asióme del cuello, y dijo á los corchetes suyos: Este es famoso perro de ayuda, que fué de un grande amigo mio, llevémosle á casa. Holgáronse los corchetes, y dijeron que si era de ayuda, á todos sería de provecho: quisieron asirme para llevarme, y mi amo dijo que no era menester asirme que yo me iria, porque le conocia. Háseme olvidado decirte que las carlancas con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un jitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin ellas; pero el alguacil

me puso un collar tachonado todo de laton morisco. Considera, Cipion, ahora esta rueda variable de la fortuna mia: ayer me vi estudiante, y hoy me ves corchete.

Cip. Así va el mundo, y no hay para qué te pongas ahora á exagerar los vaivenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un jifero á serlo de un corchete: no puedo sufrir ni llevar en paciencia oir las quejas que dan de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvieron, fué tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos; ¡con qué maldiciones la maldicen! ¡con cuántos improperios la deshonran! y no por mas de que porque piense el que los oye, que de alta, próspera y buena ventura han venido á la desdichada y baja en que los miran.

Berg. Tienes razon; y has de saber que este alguacil tenia amistad con un escribano con quien se acompañaba: estaban los dos amancebados con dos mujercillas, no de poco mas ó ménos, sino de ménos en todo: verdad es que tenian algo de buenas caras, pero mucho de desenfado y de taimería putesca: estas les servian de red y de anzuelo para pescar en seco, en esta forma: vestíanse de suerte que por la pinta descubrian la figura, y á tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre: andaban siempre á caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja á Cádiz y á Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando breton con quien no embistiesen: y en cayendo el grasiento con alguna destas limpias, avisaban al alguacil y al escribano adónde y á qué posada iban, y en estando juntos les daban asalto y los prendian por amancebados; pero nunca los llevaban á la cárcel, á causa que los extranjeros siempre redimian la vejacion con dineros. Sucedió pues que la Colindres, que así se llamaba la amiga del alguacil, pescó un breton, unto y bisunto: concertó con él cena y noche en su posada; dió el cañuto á su amigo, y apénas se habian desnudado, cuando el alguacil, el escribano, dos corchetes y yo dimos con ellos. Alborotáronse los amantes, exageró el alguacil el delito, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la cárcel, afligióse el breton, terció movido de caridad el escribano, y á puros ruegos redujo la pena á solo cien reales. Pidió el breton unos folludos de camuza, que habia puesto en una silla á los piés de la cama, donde tenia dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados ni podian parecer; porque así como yo entré en el aposento, llegó á mis narices un olor de tocino que me consoló todo, descubrile con el olfato, y halléle en una faldriquera de los follados: digo que hallé en ella un pedazo de jamon famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados á la calle, y allí me entregué en el jamon á toda mi voluntad, y cuándo volví al aposento, hallé que el breton daba voces, diciendo en lenguaje adúltero y bastardo, aunque se entendia, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenia cincuenta *escuti* de oro *in oro:* imaginó el escribano ó que la Colindres ó los corchetes se los habian robado: el alguacil pensó lo mismo: llamóles aparte, no confesó ninguno, y diéronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á la calle donde habia dejado los follados para volverlos, pues á mí no me aprovechaba nada el dinero: no los hallé, porque ya algun venturoso que pasó se los habia llevado. Como el alguacil vió que el breton no tenia dinero para el cohecho, se desesperaba, y pensó sacar de la huéspeda de casa lo que el breton no tenia: llamóla, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del breton, y á la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera, y al escribano enojado, y á los corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho: mandó el alguacil que se cubriese y se viniese con él á la cárcel, porque consentia en su casa hombres y mujeres de mal vivir. Aquí fué ello: aquí sí que fué cuando se aumentaron las voces y creció la confusion, porque dijo la huéspeda: Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entreveo toda costura: no conmigo dijes ni poleos, callen la boca, y váyanse con Dios; si no, por mi santiguada que arroje el bodegon por la ventana, y que saque á plaza toda la chirinola desta historia, que bien conozco á la señora Colindres, y sé que há muchos meses que es su cobertor el señor alguacil, y no hagan que me aclare mas, sino vuélvase el dinero á este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada, y tengo un marido con su carta de ejecutoria, y con *á perpenan rei de memoria*, con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente y sin daño de barras: el arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea, y no conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme: bonita soy yo, para que por mi órden entren mujeres con los huéspedes: ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince, que tengo de ver tras siete paredes. Pasmados quedaron mis amos de haber oido la arenga de la huéspeda, y de ver cómo les leia la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenian de quien sacar dinero, si della no, porfiaban en llevarla á la cárcel. Quejábase ella al cielo de la sinrazon y injusticia que la hacian, estando su marido ausente y siendo tan principal hidalgo. El breton bramaba por sus cincuenta *escuti*. Los corchetes porfiaban que ellos no habian visto los follados, ni Dios permitiese tal. El escribano por lo callado insistia al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debia de tener los cincuenta *escuti*, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvian. Ella decia que el breton estaba borracho, y que debia de mentir en lo del dinero. En efeto, todo era confusion, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaran si al instante no entrara en el aposento el teniente de asistente, que viniendo á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita: preguntó la causa de aquellas voces: la huéspeda se la dió muy por menudo: dijo quién era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida: publicó la pública amistad suya y del alguacil, echó en la calle sus tretas y modo de robar, disculpóse á sí misma de que con su consentimiento jamas habia entrado en su casa mujer de mala sospecha: canonizóse por santa y á su marido por un bendito, y dió voces á una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta ejecutoria de su marido, para que la viese el señor teniente, diciéndole que por ella echaria de ver, que mujer de tan honrado marido no podia hacer cosa mala, y que si tenia aquel oficio de casa de camas, era á no poder mas, que Dios sabia lo que le pesaba, y si quisiera ella mas tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida, que tener aquel ejercicio. El teniente enfadado de su mucho hablar y presumir de ejecutoria, le dijo: Hermana ca-

mera, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía, con que vos me confeseis que es hidalgo mesonero. Y con mucha honra, respondió la huéspeda, y ¿qué linaje hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algun dime y diréte? Lo que yo os digo, hermana, es que os cubrais, que habeis de venir á la cárcel: la cual nueva dió con ella en el suelo, arañóse el rostro, alzó el grito; pero con todo eso, el teniente demasiadamente severo, los llevó á todos á la cárcel: conviene á saber, al breton, á la Colindres y á la huéspeda. Despues supe que el breton perdió sus cincuenta *escuti*, y mas dicen, que le condenaron en las costas: la huéspeda pagó otro tanto, y la Colindres salió libre por la puerta afuera; y el mismo dia que la soltaron, pescó á un marinero que pagó por el breton con el mismo embuste del soplo; porque veas, Cipion, cuántos y cuán grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.

Cip. Mejor dijeras de la bellaquería de tu amo.

Berg. Pues escucha, que aun mas adelante tiraba la barra, puesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

Cip. Sí, que decir mal de uno, no es decirlo de todos: sí, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles y legales, y amigos de hacer placer sin daño de tercero: sí, que no todos entretienen los pleitos, ni avisan á las partes, ni todos llevan mas de sus derechos, ni todos van buscando é inquiriendo las vidas ajenas para ponerlas en tela de juicio, ni todos se aunan con el juez para hazme la barba, y hacerte he el copete, ni todos los alguaciles se conciertan con los vagamundos y fulleros, ni tienen todos las amigas como la de tu amo para sus embustes: muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones: muchos no son arrojados, insolentes ni mal criados, ni rateros como los que andan por los mesones midiendo las espadas á los extranjeros, y hallándolas un pelo mas de la marca, destruyen á sus dueños: sí, que no todos como prenden sueltan, y son jueces y abogados cuando quieren.

Berg. Mas alto picaba mi amo, otro camino era el suyo: presumia de valiente y de hacer prisiones famosas; sustentaba la valientía sin peligro de su persona, pero á costa de su bolsa: un dia acometió en la puerta de Jerez él solo á seis famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca (que así me traia de dia, y de noche me le quitaba): quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brio y su denuedo: así se entraba y salia por las seis espadas de los rufos, como si fueran varas de mimbre: era cosa maravillosa ver la lijereza con que acometia, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no le tomasen las espaldas. Finalmente, él quedó, en mi opinion y en la de todos cuantos la pendencia miraron y supieron, por un nuevo Radamonte, habiendo llevado á sus enemigos desde la puerta de Jerez hasta los mármoles del colegio de maese Rodrigo, que hay mas de cien pasos: dejólos encerrados, y volvió á coger los trofeos de la batalla, que fuéron tres vainas, y luego se las fué á mostrar al asistente, que si mal no me acuerdo, lo era entónces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destruicion de la Sauceda. Miraban á mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo, como si dijeran: aquel es el valiente que se atrevió á reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía. En dar vueltas á la ciudad para dejarse ver, se pasó lo que quedaba del dia; y la noche nos halló en Triana en una calle junto al molino de la pólvora, y habiendo mi amo avizorado (como en la jácara se dice) si álguien le veia, se entró en una casa, y yo tras él, y hallamos en un patio á todos los jayanes de la pendencia sin capas ni espadas, y todos desabrochados; y uno que debia de ser el huésped, tenia un gran jarro de vino en la una mano, y en la otra una copa grande de taberna, la cual colmándola de vino generoso y espumante, brindaba á toda la compañía: apénas hubieron visto á mi amo, cuando todos se fuéron á él con los brazos abiertos, y todos le brindaron, y él hizo la razon á todos, y aun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condicion afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron, y las que se reprobaron, las alabanzas que los unos á los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en mitad de la cena á poner en práctica las tretas que se les ofrecian, esgrimiendo con las manos los vocablos tan exquisitos de que usaban, y finalmente el talle de la persona del huésped, á quien todos respetaban como á señor y padre, sería meterme en un laberinto donde no me fuese posible salir cuando quisiese. Finalmente, vine á entender con toda certeza, que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes, y que la gran pendencia de mi amo habia sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dejar las vainas, las cuales pagó mi amo allí luego de contado, con todo cuanto Monipodio dijo que habia costado la cena, que se concluyó casi al amanecer con mucho gusto de todos; y fué su postre dar soplo á mi amo de un rufian forastero que nuevo y flamente habia llegado á la ciudad: debia de ser mas valiente que ellos, y de envidia le soplaron: prendióle mi amo la siguiente noche, desnudo en la cama, que si vestido estuviera, yo vi en su talle que no se dejara prender tan á mansalva. Con esta prision, que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde, que lo era mi amo más que una liebre, y á fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo cuanto con su oficio y con sus inteligencias granjeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentía. Pero ten paciencia, y escucha ahora un cuento que le sucedió, sin añadir ni quitar de la verdad una tilde. Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno: trujéronle á Sevilla, y para venderle sin peligro usaron de un ardid, que á mi parecer tiene del agudo y del discreto: fuéronse á posadas diferentes, y el uno se fué á la justicia, y pidió por una peticion que Pedro de Losada le debia cuatrocientos reales prestados, como parecia por una cédula firmada de su nombre, de la cual hacia presentacion. Mandó el teniente que el tal Losada reconociese la cédula, y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad, ó le pusiesen en la cárcel: tocó hacer esta diligencia á mi amo y al escribano su amigo: llevóles el ladron á la posada del otro, y al punto reconoció su firma, y confesó la deuda, y señaló por

prenda de la ejecucion el caballo, el cual visto por mi amo, le creció el ojo y le marcó por suyo, si acaso se vendiese. Dió el ladron por pasados los términos de la ley, y el caballo se puso en venta, y se remató en quinientos reales en un tercero que mi amo echó de manga, para que se le comprase: valia el caballo tanto y medio mas de lo que dieron por él; pero como el bien del vendedor estaba en la brevedad de la venta, á la primer mer postura remató su mercaduría. Cobró el un ladron la deuda que no le debian, y el otro la carta de pago que no habia menester, y mi amo se quedó con el caballo, que para él fué peor que el Seyano lo fué para sus dueños. Mondaron luego la haza los ladrones, y de allí á dos dias, despues de haber trastejado mi amo las guarniciones y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco, mas hueco y pomposo que aldeano vestido de fiesta: diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valia ciento y cincuenta ducados, como un huevo un maravedí, y él volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos, llegaron dos hombres de buen talle y de mejor ropaje, y el uno dijo: ¡Vive Dios, que este es Piedehierro, mi caballo, que ha pocos dias que me le hurtaron en Antequera! Todos los que venian con él, que eran cuatro criados, dijeron que así era la verdad, que aquel era Piedehierro, el caballo que le habian hurtado. Pasmóse mi amo, querellóse el dueño, hubo pruebas, y fuéron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sentencia en su favor, y mi amo fué desposeido del caballo. Súpose la burla y la industria de los ladrones, que por manos é intervencion de la misma justicia vendieron lo que habian hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese rompido el saco: y no paró en esto su desgracia, que aquella noche saliendo á rondar el mismo asistente, por haberle dado noticia que hácia los barrios de San Julian andaban ladrones, al pasar de una encrucijada vieron pasar un hombre corriendo, y dijo á este punto el asistente, asiéndome por el collar y zuzándome: Al ladron, Gavilan, ea, Gavilan hijo, al ladron. Yo, á quien ya tenian cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor asistente me mandaba sin discrepar en nada, arremetí con mi propio amo, y sin que pudiese valerse, dí con él en el suelo, y si no me le quitaran, yo hiciera á mas de cuatro vengados; quitáronme con mucha pesadumbre de entrambos. Quisieran los corchetes castigarme, y aun matarme á palos, y lo hicieran si el asistente no les dijera: No le toque nadie, que el perro hizo lo que yo le mandé. Entendióse la malicia, y yo sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo, y ántes que amaneciese me puse en Mairena, que es un lugar que está cuatro leguas de Sevilla. Quiso mi buena suerte, que hallé allí una compañía de soldados, que segun oí decir se iban á embarcar á Cartagena: estaban en ella cuatro rufianes de los amigos de mi amo, y el atambor era uno que habia sido corchete y gran chocarrero, como lo suelen ser los mas atambores: conociéronme todos, y todos me hablaron, y así me preguntaban por mi amo, como si les hubiera de responder; pero el que mas aficion me mostró fué el atambor, y así determiné de acomodarme con él, si él quisiese, y seguir aquella jornada, aunque me llevase á Italia ó á Flándes; porque me parece á mí, y aun á tí te debe parecer lo mismo, que puesto que dice el refran: Quien necio es en su villa, necio es en Castilla, el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace á los hombres discretos.

Cip. Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oido decir á un amo que tuve de bonísimo ingenio, que al famoso griego, llamado Ulises, le dieron renombre de prudente, por solo haber andado muchas tierras, y comunicado con diversas gentes y varias naciones; y así alabo la intencion que tuviste de irte donde te llevasen.

Berg. Es pues el caso, que el atambor, por tener con que mostrar mas sus chocarrerías, comenzó á enseñarme á bailar al son del atambor, y hacer otras monerías tan ajenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oirás cuando te las diga: por acabarse el distrito de la comision se marchaba poco á poco: no habia comisario que nos limitase: el capitan era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano: el alférez no habia muchos meses que habia dejado la corte y el tinelo: el sargento era mohatrero y sagaz, y grande arriero de compañías, desde donde se levantan hasta el embarcadero: iba la compañía llena de rufianes churrulleros, los cuales hacian algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir á quien no lo merecia: ¡infelicidad del buen príncipe! ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, á causa que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor, pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las mas cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia. En fin, en ménos de quince dias, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que habia escogido por patron, supe saltar por el rey de Francia, y no saltar por la mala tabernera: enseñóme á hacer corvetas como caballo napolitano, y andar á la redonda como mula de tahona, con otras cosas, que si yo no tuviera cuenta en no adelantarme á mostrarlas, pusiera en duda si era algun demonio en figura de perro el que las hacia: púsome nombre el perro sabio, y no habiamos llegado al alojamiento, cuando tocando su atambor, andaba por todo el lugar, pregonando que todas las personas que quisiesen venir á ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa, ó en tal hospital las mostraban á ocho ó á cuatro maravedís, segun era el pueblo grande ó chico. Con estos encarecimientos no quedaba persona en todo el lugar, que no me fuese á ver, y ninguno habia que no saliese admirado y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia, y sustentaba seis camaradas como unos reyes. La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme, y andaban buscando ocasion para ello; que esto del ganar de comer holgando, tiene muchos aficionados y golosos: por esto hay tantos titereros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque le vendiesen todo, no llega á poderse sustentar un dia; y con esto los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año, por do me doy á entender que de otra parte, que de la de sus oficios, sale la corriente de sus borracheras: toda esta gente vagamunda, inútil y sin provecho, esponjas del vino y gorgojos del pan.

Cip. No mas, Berganza, no volvamos á lo pasado; si-

que, que se va la noche, y no querria que al salir del sol quedásemos á la sombra del silencio.

Berg. Tenle, y escucha. Como sea cosa fácil añadir á lo ya inventado, viendo mi amo cuán bien sabia imitar el corcel napolitano, hízome unas cubiertas de guadamacil, y una silla pequeña que me acomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija, y enseñóme á correr derechamente á una sortija que entre dos palos ponia; y el dia que habia de correrla pregonaba que aquel dia corria sortija el perro sabio, y hacia otras nuevas y nunca vistas galanterías, las cuales de mi santiscario, como dicen, las hacia, por no sacar mentiroso á mi amo. Llegamos pues por nuestras jornadas contadas á Montilla, villa del famoso y gran cristiano marques de Priego, señor de la casa de Aguilar y de Montilla. Alojaron á mi amo, porque él lo procuró, en un hospital: echó luego el ordinario bando, y como ya la fama se habia adelantado á llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en ménos de una hora se llenó el patio de gente. Alegróse mi amo viendo que la cosecha iba de guilla, y mostróse aquel dia chocarrero en demasía. Lo primero en que comenzaba la fiesta, era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo que parecia de cuba: conjurábame por las ordinarias preguntas, y cuando él bajaba una varilla de mimbre que en la mano tenia, era señal del salto, y cuando la tenia alta, de que me estuviese quedo. El primero conjuro deste dia (memorable entre todos los de mi vida) fué decirme: Ea, Gavilan amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces, que se escabecha las barbas, y si no quieres, salta por la pompa y aparato de D.ª Pimpinela de Plafagonia, que fué compañera de la moza gallega que servia en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilan? pues salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno. ¡Oh! perezoso estás; ¿por qué no saltas? pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad-Real, San Martin y Ribadavia. Bajó la varilla, y salté yo, y noté sus malas entrañas. Volvióse luego al pueblo, y en voz alta dijo: No piense vuesa merced, senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe: veinte y cuatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas volaria un gavilan: quiero decir, que por ver la menor se puede caminar treinta leguas: sabe bailar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma: bébese una azumbre de vino sin dejar gota: entona un sol, fa, mi, re, tan bien como un sacristan: todas estas cosas y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuesas mercedes en los dias que estuviere aquí la compañía, y por ahora dé otro salto nuestro sabio, y luego entrarémos en lo grueso. Con esto suspendió al auditorio, que habia llamado senado, y les encendió el deseo de no dejar de ver todo lo que yo sabia. Volvióse á mí mi amo, y dijo: Volved, hijo Gavilan, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habeis hecho; pero ha de ser á devocion de la famosa hechicera, que dicen que hubo en este lugar. Apénas hubo dicho esto, cuando alzó la voz la hospitalera, que era una vieja, al parecer, de mas de sesenta años, diciendo: Bellaco, charlatan, embaidor y hijo de puta, aquí no hay hechicera alguna: si lo decis por la Camacha, ya ella pagó su pecado, y está donde Dios se sabe: si lo decis por mí, chocarrero, ni yo soy ni he sido hechicera en mi vida; y si he tenido fama de haberlo sido, merced á los testigos falsos y á la ley del encaje, y al juez arrojadizo y mal informado: ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia, no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados, ó otros que como pecadora he cometido: así que, socarron tamborilero, salid del hospital; si no, por vida de mi santiguada que os haga salir mas que de paso: y con esto comenzó á dar tantos gritos, y á decir tantas y tan atropelladas injúrias á mi amo, que le puso en confusion y sobresalto: finalmente, no dejó que pasase adelante la fiesta en ningun modo. No le pesó á mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro dia y en otro hospital lo que en aquel habia faltado. Fuése la gente maldiciendo á la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruja, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto, nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo: ¿Eres tú, hijo, Montiel? ¿eres tú, por ventura, hijo? Alcé la cabeza, y miréla muy despacio: lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino á mí, y me echó los brazos al cuello, y si la dejara, me besara en la boca; pero tuve asco, y no lo consentí.

Cip. Bien hiciste, porque no es regalo, sino tormento el besar ni dejar besarse de una vieja.

Berg. Esto que ahora te quiero contar, te lo habia de haber dicho al principio de mi cuento, y así excusáramos la admiracion que nos causó el vernos con habla; porque has de saber que la vieja me dijo: Hijo Montiel, vente tras mí, y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos á solas en él, que yo dejaré abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho. Bajé yo la cabeza en señal de obedecerla, por lo cual ella se acabó de enterar en que yo era el perro Montiel que buscaba, segun despues me lo dijo. Quedé atónito y confuso, esperando la noche, por ver en lo que paraba aquel misterio ó prodigio de haberme hablado la vieja; y como habia oido llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegóse en fin el punto de verme con ella en su aposento, que era escuro, estrecho y bajo, y solamente claro con la débil luz de un candil de barro, que en él estaba: atizóle la vieja, y sentóse sobre una arquilla, y llegóme junto á sí, y sin hablar palabra me volvió á abrazar, y yo volví á tener cuenta con que no me besase. Lo primero que me dijo, fué: Bien esperaba yo en el cielo que ántes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño te habia de ver, hijo mio, y ya que te he visto, venga la muerte, y lléveme desta cansada vida: has de saber, hijo, que en esta villa vivió la mas famosa hechicera que hubo en el mundo, á quien llamaron la Camacha de Montilla: fué tan única en su oficio, que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oido decir que están las historias llenas, no la igualaron: ella congelaba las nubes cuando queria, cubriendo con ellas la faz del sol; y cuando se le antojaba, volvia sereno el mas turbado cielo: traia los hombres en un instante de lejas tierras: remediaba maravillosamente las doncellas que habian tenido algun descuido en guardar su entereza: cubria á las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas: descasaba las casadas, y casaba las que ella queria: por diciembre tenia rosas frescas en su

jardin, y por enero segaba trigo; esto de hacer nacer berros en una artesa, era lo ménos que ella hacia, ni el hacer ver en un espejo, ó en la uña de una criatura, los vivos ó los muertos que le pedian que mostrase: tuvo fama que convertia los hombres en animales, y que se habia servido de un sacristan seis años en forma de asno real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga; porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertian los hombres en bestias, dicen los que mas saben, que no era otra cosa sino que ellas con su mucha hermosura y con sus halagos atraian los hombres de manera á que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte sirviéndose dellos en todo cuanto querian, que parecian bestias; pero en tí, hijo mio, la experiencia me muestra lo contrario, que sé que eres persona racional, y te veo en semejanza de perro, si ya no es que esto se hace con aquella ciencia que llaman tropelía, que hace parecer una cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es que yo ni tu madre, que fuimos discípulas de la buena Camacha, nunca llegamos á saber tanto como ella, y no por falta de ingenio, ni de habilidad, ni de ánimo, que ántes nos sobraba que faltaba, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reservaba para ella. Tu madre, hijo, se llamó la Montiela, que despues de la Camacha, fué famosa: yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, á lo ménos de tan buenos deseos como cualquiera dellas: verdad es, que al ánimo que tu madre tenia de hacer y entrar en un cerco, y encerrarse en él con una legion de demonios, no le hacia ventaja la misma Camacha: yo fuí siempre algo medrosilla; con conjurar media legion me contentaba; pero con paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las unturas con que las brujas nos untamos, á ninguna de las dos diera ventaja, ni la daré á cuantas hoy siguen y guardan nuestras reglas: que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida que corre sobre las lijeras alas del tiempo se acaba, he querido dejar todos los vicios de la hechicería en que estaba engolfada muchos años habia, y solo me he quedado con la curiosidad de ser bruja, que es un vicio dificultosísimo de dejar: tu madre hizo lo mismo: de muchos vicios se apartó, muchas buenas obras hizo en esta vida; pero al fin murió bruja, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha su maestra, de envidia que la tuvo porque se le iba subiendo á las barbas en saber tanto como ella, ó por otra pendenzuela de celos que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada, y llegándose la hora del parto, fué su comadre la Camacha, la cual recebió en sus manos lo que tu madre parió, y mostróle que habia parido dos perritos; y así como los vió, dijo: Aquí hay maldad, aquí hay bellaquería; pero, hermana Montiela, tu amiga soy, yo encubriré este parto, y atiende tú á estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio: no te dé pena alguna este suceso, que ya sabes tú que puedo yo saber que si no es con Rodriguez el ganapan, tu amigo, dias há que no tratas con otro; así que este perruno parto de otra parte viene, y algun misterio contiene. Admiradas quedamos tu madre y yo, que me hallé presente á todo, del extraño suceso. La Camacha se fué y se llevó los cachorros: yo me quedé con tu madre para asistir á su regalo la cual no podia creer lo que le habia sucedido. Llegóse el fin de la Camacha, y estando en la última hora de su vida, llamó á tu madre, y le dijo cómo ella habia convertido á sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo; pero que no tuviese pena, que ellos volverian á su sér cuando ménos lo pensasen; mas que no podia ser primero que ellos por sus mismos ojos viesen lo siguiente:

> Volverán en su forma verdadera,
> Cuando vieren con presta diligencia
> Derribar los soberbios levantados,
> Y alzar á los humildes abatidos
> Con poderosa mano para hacello.

Esto dijo la Camacha á tu madre al tiempo de su muerte, como ya te he dicho: tomólo tu madre por escrito y de memoria, y yo lo fijé en la mia para si sucediese tiempo de poderlo decir á alguno de vosotros; y para poder conoceros, á todos los perros que veo de tu color los llamó con el nombre de tu madre, no por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver si respondian á ser llamados tan diferentemente como se llaman los otros perros; y esta tarde como te vi hacer tantas cosas, y que te llaman el perro sabio, y tambien como alzaste la cabeza á mirarme cuando te llamé en el corral, he creido que tú eres hijo de la Montiela, á quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera; el cual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de Apuleyo en *el Asno de oro*, que consistia en solo comer una rosa; pero este tuyo va fundado en acciones ajenas, y no en tu diligencia. Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte á Dios allá en tu corazon, y espera á que estas, que no quiero llamarlas profecías, sino adivinanzas, han de suceder presto y prósperamente: que pues la buena de la Camacha las dijo, sucederán sin duda alguna, y tú y tu hermano, si es vivo, os veréis como deseais: de lo que á mí me pesa es, que estoy tan cerca de mi acabamiento, que no tendré lugar de verlo: muchas veces he querido preguntar á mi cabron qué fin tendrá vuestro suceso; pero no me he atrevido, porque nunca á lo que le preguntamos responde á derechas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos: así que, á este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras, y á lo que he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo por venir ciertamente, sino por conjeturas: con todo esto, nos trae tan engañadas á las que somos brujas, que con hacernos mil burlas, no le podemos dejar: vamos á verle muy léjos de aquí á un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas, que en verdad, y en Dios y en mi ánima, que no me atrevo á contarlas segun son de sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas: hay opinion que no vamos á estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que despues contamos que nos han sucedido: otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima, y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de de una ó de otra manera; porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente, que no hay diferenciarlo de cuándo vamos real y verdaderamente: algunas experiencias desto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso

que han hallado ser verdad lo que digo: quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias: héme acogido á ser hospitalera, curo á los pobres, y algunos se mueren que me dan á mí la vida con lo que me mandan, ó con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos; rezo poco y en público, murmuro mucho y en secreto; vame mejor con ser hipócrita, que con ser pecadora declarada: las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras pasadas. En efeto, la santidad fingida no hace daño á ningun tercero, sino al que la usa. Mira, hijo Montiel, este consejo te doy, que seas bueno en todo cuanto pudieres, y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo cuanto pudieres: bruja soy, no te lo niego, bruja y hechicera fué tu madre, que tampoco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos podian acreditarnos en todo el mundo: tres dias ántes que muriese habiamos estado las dos en un valle de los montes Pirineos en una gran jira; y con todo eso, cuando murió fué con tal sosiego y reposo, que si no fuéron algunos visajes que hizo un cuarto de hora ántes que rindiese el alma, no parecia sino que estaba en aquella cama como en un tálamo de flores: llevaba atravesados en el corazon sus dos hijos, y nunca quiso, aun en el artículo de la muerte, perdonar á la Camacha: tal era ella de entera y firme en sus cosas: yo le cerré los ojos, y fuí con ella hasta la sepultura: allí la dejé para no verla mas, aunque no tengo perdida la esperanza de verla ántes que muera, porque se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los cimenterios y encrucijadas en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia. Cada cosa destas que la vieja me decia en alabanza de la que decia ser mi madre, era una lanzada que me atravesaba el corazon, y quisiera arremeter á ella y hacerla pedazos entre los dientes; y si lo dejé de hacer fué porque no le tomase la muerte en tan mal estado. Finalmente, me dijo que aquella noche pensaba untarse para ir á uno de sus usados convites, y que cuando allá estuviese pensaba preguntar á su dueño algo de lo que estaba por sucederme. Quisiérale yo preguntar qué unturas eran aquellas que decia, y parece que me leyó el deseo, pues respondió á mi intencion como si se lo hubiera preguntado, pues dijo: Este ungüento con que las brujas nos untamos, es compuesto de jugos de yerbas en todo extremo frios, y no es como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aquí pudieras tambien preguntarme qué gusto ó provecho saca el demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizadas, como inocentes y sin pecado se van al cielo, y él recibe pena particular con cada alma cristiana que se le escapa: á lo que no te sabré responder otra cosa, sino lo que dice el refran; que tal hay que se quiebra dos ojos, porque su enemigo se quiebre uno, y por la pesadumbre que da á sus padres, matándoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar; y lo que mas le importa es hacer que nosotras cometamos á cada paso tan cruel y perverso pecado: y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permision yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo á una hormiga; y es tan verdad esto, que rogándole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondió que ni aun tocar á una hoja della no podia, porque Dios no queria; por lo cual podrás venir á entender, cuando seas hombre, que todas las desgracias que vienen á las gentes, á los reinos, á las ciudades y á los pueblos, las muertes repentinas, los naufragios, las caidas; en fin, todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del Altísimo y de su voluntad permitente: y los daños y males que llaman de culpa, vienen y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable, de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, formándole en la intencion, en la palabra y en la obra: todo permitiéndolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho. Dirás tú ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que ¿quién me hizo á mí teóloga? y aun quizá entre tí: ¡cuerpo de tal con la puta vieja! ¿por qué no deja de ser bruja, pues sabe tanto, y se vuelve á Dios, pues sabe que está mas pronto á perdonar pecados, que á permitirlos? A esto te respondo como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza, y este de ser brujas se convierte en sangre y carne, y en medio de su ardor, que es mucho, trae un frio que pone el alma tal, que la resfria y entorpece aun en la fe, de donde nace un olvido de sí misma, y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la convida; y en efeto, como es pecado de carne y de deleites, es fuerza que amortigüe todos los sentidos, y los embelese y absorte, sin dejarlos usar sus oficios como deben; y así quedando el alma inútil, floja y desmazalada, no puede levantar la consideracion siquiera á tener algun buen pensamiento; y así dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano á la de Dios, que se la está dando por sola su misericordia, para que se levante: yo tengo una destas almas que te he pintado, todo lo veo y todo lo entiendo; y como el deleite me tiene echados grillos á la voluntad, siempre he sido y seré mala. Pero dejemos esto, y volvamos á lo de las unturas, y digo, que son tan frias, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entónces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces acabadas de untar, á nuestro parecer mudamos forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y allí cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleites, que te dejo de decir por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y así la lengua huye de contarlos; y con todo esto soy bruja, y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas: verdad es que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen no dos dedos del oido el nombre de las fiestas, que es el que nos imprimió la furia de un juez colérico, que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo, que por no estar sobornado usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas; pero esto ya pasó, y todas las cosas se pasan, las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados: hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis unturas, no soy tan vieja que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco: y ya que no

puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerías por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna porque soy pobre, ni pensar en bien porque soy amiga de murmurar, y para haberlo de hacer es forzoso pensarlo primero; así que siempre mis pensamientos han de ser malos: con todo esto, sé que Dios es bueno y misericordioso, y que él sabe lo que ha de ser de mí, y basta, y quédese aquí esta plática, que verdaderamente me entristece: ven, hijo, y verásme untar, que todos los duelos con pan son ménos: el buen dia meterle en casa, pues miéntras se rie, no se llora: quiero decir, que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleite mucho mayor es imaginado, que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario. Levantóse en diciendo esta larga arenga, y tomando el candil, se entró en otro aposentillo mas estrecho: seguíla, combatido de mil varios pensamientos, y admirado de lo que habia oido y de lo que esperaba ver. Colgó la Cañizares el candil en la pared, y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa, y sacando de un rincon una olla vidriada, metió en ella la mano, y murmurando entre dientes, se untó desde los piés á la cabeza, que tenia sin toca: ántes que se acabase de untar me dijo, que ora se quedase su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciese dél, que no me espantase, ni dejase de aguardar allí hasta la mañana, porque sabria las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Díjele bajando la cabeza, que sí haria, y con esto acabó su untura, y se tendió en el suelo como muerta: llegué mi boca á la suya, y vi que no respiraba poco ni mucho. Una verdad te quiero confesar, Cipion amigo, que me dió gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la cual te la pintaré como mejor supiere. Ella era larga de mas de siete piés; toda era notomía de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; con la barriga, que era de badana, se cubria las partes deshonestas, y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos: las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas, denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgreñada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos: finalmente, toda era flaca y endemoniada. Púseme despacio á mirarla, y apriesa comenzó á apoderarse de mí el miedo, considerando la mala vision de su cuerpo y la peor ocupacion de su alma: quise morderla por ver si volvia en sí, y no hallé parte en toda ella, que el asco no me lo estorbase; pero con todo eso, la así de un carcaño, y la saqué arrastrando al patio, mas ni por esto dió muestras de tener sentido. Allí con mirar el cielo y verme en parte ancha se me quitó el temor, á lo ménos se templó de manera, que tuve ánimo de esperar á ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra, y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo á mí mismo: ¿quién hizo á esta mala vieja tan discreta y tan mala? ¿De dónde sabe ella cuáles son males de daño y cuáles de culpa? ¿Cómo entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo? Cómo peca tan de malicia, no excusándose con ignorancia? En estas consideraciones se pasó la noche, y se vino el dia, que nos halló á los dos en mitad del patio: ella no vuelta en sí, y á mí junto á ella en cuclillas atento mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decian: Ya la bendita Cañizares es muerta, mirad cuán disfigurada y flaca la tenia la penitencia: otros mas considerados la tomaron el pulso, y vieron que le tenia, y que no era muerta, por do se dieron á entender que estaba en éxtasis y arrobada de puro buena: otros hubo que dijeron: Esta puta vieja sin duda debe de ser bruja, y debe de estar untada, que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora, entre los que la conocemos, mas fama tiene de bruja que de santa: curiosos hubo, que se llegaron á hincarle alfileres por las carnes desde la punta hasta la cabeza; ni por eso recordaba la dormilona, ni volvió en sí hasta las siete del dia, y como se sintió acribada de los alfileres y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento, y á vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad, que yo habia sido el autor de su deshonra; y así arremetió á mí y echándome ambas manos á la garganta, procuraba ahogarme, diciendo: Oh bellaco, desagradecido, ignorante y malicioso, y ¿es este el pago que merecen las buenas obras que á tu madre hice, y de las que te pensaba hacer á ti? Yo que me vi en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacudíme, y asiéndola de las luengas faldas de su vientre, la zamarreé y arrastré por todo el patio, y ella daba voces, que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu. Con estas razones de la mala vieja, creyeron los mas que yo debia de ser algun demonio de los que tienen ojeriza continua con los buenos cristianos, y unos acudieron á echarme agua bendita, otros no osaban llegar á quitarme, otros daban voces que me conjurasen, la vieja gruñia, yo apretaba los dientes, crecia la confusion, y mi amo, que ya habia llegado al ruido, se desesperaba, oyendo decir que yo era demonio: otros, que no sabian de exorcismos, acudieron á tres ó cuatro garrotes, con los cuales comenzaron á santiguarme los lomos: escocióme la burla, solté la vieja, y en tres saltos me puse en la calle; y en pocos mas salí de la villa perseguido de una infinidad de muchachos que iban á grandes voces diciendo: Apártense, que rabia el perro sabio. Otros decian: No rabia, sino que es demonio en figura de perro. Con este molimiento á campana herida salí del pueblo, siguiéndome muchos que indubitablemente creyeron que era demonio, así por las cosas que me habian visto hacer, como por las palabras que la vieja dijo cuando despertó de su maldito sueño: dime tanta priesa á huir y á quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me habia desparecido como demonio: en seis horas anduve doce leguas, y llegué á un rancho de jitanos, que estaba en un campo junto á Granada: allí me reparé un poco, porque algunos de los jitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen si fuese buscado, con intencion, á lo que despues entendí, de ganar conmigo, como lo hacia el atambor mi amo. Veinte dias estuve con ellos, en los cuales supe y noté su vida y costumbres, que por ser notables, es forzoso que te las cuente.

Cip. Antes, Berganza, que pases adelante, es bien que reparemos en lo que te dijo la bruja, y averigüemos si puede ser verdad la grande mentira á quien das crédito. Mira, Berganza: grandísimo disparate sería creer

que la Camacha mudase los hombres en bestias, y que el sacristan en forma de jumento la sirviese los años que dicen que la sirvió: todas estas cosas y las semejantes son embelecos, mentiras ó apariencias del demonio; y si á nosotros nos parece ahora que tenemos algun entendimiento y razon, pues hablamos siendo verdaderamente perros, ó estando en su figura, ya hemos dicho que este es caso portentoso y jamas visto, y que aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar crédito hasta tanto que el suceso dél nos muestre lo que conviene que creamos. ¿Quiéreslo ver mas claro? Considera en qué vanas cosas y en cuán tontos puntos dijo la Camacha que consistia nuestra restauracion, y aquellas que á tí te deben parecer profecías no son sino palabras de consejas ó cuentos de viejas, como aquellos del caballo sin cabeza, y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno, porque á ser otra cosa ya estaban cumplidas; si no es que sus palabras se han de tomar en un sentido, que he oido decir se llama alegórico, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa, que aunque diferente, le haga semejanza, y asi, decir:

> Volverán en su forma verdadera,
> Cuando vieren con presta diligencia
> Derribar los soberbios levantados,
> Y alzar á los humildes abatidos
> Con poderosa mano para hacello:

Tomándolo en el sentido que he dicho, paréceme que quiere decir que cobrarémos nuestra forma, cuando viéremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de fortuna, hoy están hollados y abatidos á los piés de la desgracia y tenidos en poco de aquellos que mas los estimaban: y asimismo cuando viéremos que otros que no há dos horas que no tenian deste mundo otra parte que servir en él de número que acrecentase el de las gentes, y ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha, que los perdemos de vista; y si primero no parecian por pequeños y encogidos, ahora no los podemos alcanzar por grandes y levantados: y si en esto consistiera volver nosotros á la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos á cada paso, por do me doy á entender que no en el sentido alegórico, sino en el literal se han de tomar los versos de la Camacha; ni tampoco en este consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen, y nos estamos tan perros como ves: así que, la Camacha fué burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiela tonta, maliciosa y bellaca, con perdon sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrambos, ó tuya, que yo no la quiero tener por madre. Digo pues que el verdadero sentido es un juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que están en pié, y vuelven á alzar los caidos, y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira pues si en el discurso de nuestra vida habrémos visto jugar á los bolos, y si hemos visto por esto haber vuelto á ser hombres, si es que lo somos.

Berg. Digo que tienes razon, Cipion hermano, y que eres mas discreto de lo que pensaba; y de lo que has dicho vengo á pensar y creer que todo lo que hasta aquí hemos pasado, y lo que estamos pasando, es sueño, y que somos perros; pero no por esto dejemos de gozar deste bien de la habla que tenemos y de la excelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudiéremos; y así no te canse el oirme contar lo que me pasó con los jitanos que me escondieron en la cueva.

Cip. De buena gana te escucho por obligarte á que me escuches, cuando te cuente, si el cielo fuere servido, los sucesos de mi vida.

Berg. La que tuve con los jitanos fué considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaimientos y embustes, los hurtos en que se ejercitan así jitanas como jitanos desde el punto casi que salen de las mantillas y saben andar: ¿ves la multitud que hay dellos esparcida por España? pues todos se conocen y tienen noticia los unos de los otros, y trasiegan y trasponen los hurtos destos en aquellos, y los de aquellos en estos: dan la obediencia mejor que á su rey, á uno que llaman conde, el cual y todos los que dél suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado; y no porque vengan del apellido deste noble linaje, sino porque un paje de un caballero deste nombre se enamoró de una jitana muy hermosa, la cual no le quiso conceder su amor si no se hacia jitano y la tomaba por mujer: hízolo así el paje, y agradó tanto á los demas jitanos, que le alzaron por señor, y le dieron la obediencia; y como en señal de vasallaje le acuden con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia. Ocúpanse por dar color á su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y así los verás siempre traer á vender por las calles, tenazas, barrenas, martillos, y ellas trébedes y badiles: todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja á las nuestras, porque sin costa ni adherentes sacan sus partos á luz y lavan las criaturas con agua fria en naciendo; y desde que nacen hasta que mueren se curten y muestran á sufrir las inclemencias y rigores del cielo; y así verás que todos son alentados, volteadores, corredores y bailadores: cásanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres á ser conocidas de otros: ellas guardan el decoro á sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generacion: cuando piden limosna, mas la sacan con invenciones y chocarrerías que con devociones, y á título que no hay quien se fie dellas, no sirven, y dan en ser holgazanas; y pocas ó ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna jitana al pié del altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias: son sus pensamientos imaginar cómo han de engañar y dónde han de hurtar: confieren sus hurtos y el modo que tuvieron en hacellos; y así un dia contó un jitano delante de mí á otros un engaño y hurto que un dia habia hecho á un labrador: y fué que el jitano tenia un asno rabon, y en el pedazo de la cola que tenia sin cerdas le ingirió otra peluda, que parecia ser suya natural: sacóle al mercado, comprósele un labrador por diez ducados, y en habiéndosele vendido y cobrado el dinero, le dijo que si queria comprarle otro asno hermano del mismo, y tan bueno como el que llevaba, que se le venderia por mas buen precio. Respondióle el labrador que fuese por él y le trujese, que él se le compraria, y que en tanto que volviese llevaria el comprado á su posada. Fuése el labrador, siguióle el jitano, y sea como sea, el jitano tuvo maña de hurtar al labrador el asno que le habia vendido, y al mismo instante le quitó la cola postiza y quedó con la suya pelada: mudóle la albarda y jáquima, y atrevióse á ir á buscar al labrador para que se le comprase: hallóle ántes que hubiese echado ménos el asno primero; y á pocos lances compró el segundo: fuésele á pagar á la posada, donde halló ménos la bestia

á la bestia; y aunque lo era mucho, sospechó que el jitano se le habia hurtado, y no queria pagarle: acudió el jitano por testigos, y trujo á los que habian cobrado la alcabala del primer jumento, y juraron que el jitano habia vendido al labrador un asno con una cola muy larga y muy diferente del asno segundo que vendia. A todo esto se halló presente un alguacil, que hizo las partes del jitano con tantas véras, que el labrador hubo de pagar el asno dos veces. Otros muchos hurtos contaron, y todos ó los mas de bestias, en quien son ellos graduados, y en lo que mas se ejercitan. Finalmente, ella es mala gente, y aunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan. Al cabo de veinte dias me quisieron llevar á Murcia: pasé por Granada, donde ya estaba el capitan, cuyo atambor era mi amo: como los jitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del meson donde vivian: oíles decir la causa, no me pareció bien el viaje que llevaban, y así determiné soltarme como lo hice, y saliéndome de Granada, dí en una huerta de un morisco que me acogió de buena voluntad, y yo quedé con mejor, pareciéndome que no me querria para mas de para guardarle la huerta, oficio á mi cuenta de ménos trabajo que el de guardar ganado; y como no habia allí altercar sobre tanto mas cuanto al salario, fué cosa facil hallar el morisco criado á quien mandar, y yo amo á quien servir. Estuve con él mas de un mes, no por el gusto de la vida que tenia, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos cuantos moriscos viven en España. ¡Oh cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipion amigo, desta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas en efeto habré de decir algo, y así oye en general lo que yo vi y noté en particular desta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana: todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen: en entrando el real en su poder, como no sea sencillo le condenan á cárcel perpétua y á escuridad eterna: de modo que ganando siempre, y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España: ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus comadrejas: todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan: considérese que ellos son muchos y que cada dia ganan y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta acaba la vida como la de un tabardillo, y como van creciendo se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra: entre ellos no hay castidad ni entran en religion ellos ni ellas: todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generacion; no los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje; róbannos á pié quedo, y con los frutos de nuestras heredades que nos revenden se hacen ricos; no tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos: de los doce hijos de Jacob que he oido decir que entraron en Egipto, cuando los sacó Moysen de aquel cautiverio, salieron seiscientos mil varones sin niños y mujeres: de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las destos, que sin comparacion son en mayor número.

Cip. Buscado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra, que bien sé que son mas y mayores los que callas, que los que cuentas, y hasta ahora no se ha dado con el que conviene; pero celadores prudentísimos tiene nuestra república, que considerando que España cria y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán á tanto daño cierta, presta y segura salida: di adelante.

Berg. Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentábame con pan de mijo, y con algunas sobras de zahinas, comun sustento suyo; pero esta miseria me ayudó á llevar el cielo por un modo tan extraño, como el que ahora oirás. Cada mañana juntamente con el alba amanecia sentado al pié de un granado, de muchos que en la huerta habia, un mancebo al parecer estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda, que no pareciese parda y tundida: ocupábase en escribir en un cartapacio, y de cuando en cuando se daba palmadas en la frente, y se mordia las uñas, estando mirando al cielo: y otras veces se ponia tan imaginativo, que no movia pié ni mano, ni aun las pestañas: tal era su embelesamiento. Una vez me llegué junto á él sin que me echase de ver: oíle murmurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dió una gran voz, diciendo: Vive el Señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los dias de mi vida; y escribiendo á priesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento: todo lo cual me dió á entender que el desdichado era poeta: hícele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre: echéme á sus piés, y él con esta seguridad prosiguió en sus pensamientos, y tornó á rascarse la cabeza, y á sus arrobos, y á volver á escribir lo que habia pensado. Estando en esto entró en la huerta otro mancebo galan y bien aderezado, con unos papeles en la mano, en los cuales de cuando en cuando leia: llegó donde estaba el primero, y díjole: ¿Habeis acabado la primera jornada? Ahora le di fin, respondió el poeta, lo mas gallardamente que imaginarse puede. ¿De qué manera? preguntó el segundo. Desta, respondió el primero. Sale su Santidad el papa vestido de pontifical, con doce cardenales, todos vestidos de morado, porque cuando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiempo de *mutatio caparum*, en el cual los cardenales no se visten de rojo, sino de morado; y así en todas maneras conviene para guardar la propiedad, que estos mis cardenales salgan de morado, y este es un punto que hace mucho al caso para la comedia, y á buen seguro dieran en él, y así hacen á cada paso mil impertinencias y disparates: yo no he podido errar en esto, porque he leido todo el ceremonial romano por solo acertar en estos vestidos. ¿Pues de dónde quereis vos, replicó el otro, que tenga mi autor vestidos morados para doce cardenales? Pues si me quita uno tan solo, respondió el poeta, así le daré yo mi comedia, como volar: ¡cuerpo de tal! ¿esta apariencia tan grandiosa se ha de perder? Imaginad vos desde aquí lo que parecerá en un teatro un sumo pontífice con doce graves cardenales, y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente han de traer consigo: ¡vive el cielo que sea uno de los mayores y mas altos espectáculos, que se haya visto en comedia, aunque sea la del *Ramillete de Darajá*! Aquí acabé de entender que el uno era poeta, y el otro comediante. El comediante aconsejó al poeta que cercenase algo de los

cardenales, si no queria imposibilitar al autor el hacer la comedia. A lo que dijo el poeta, que le agradeciesen que no habia puesto todo el cónclave que se halló junto al acto memorable que pretendia traer á la memoria de las gentes en su felicísima comedia. Riyóse el recitante, y dejóle en su ocupacion, por irse á la suya, que era estudiar un papel de una comedia nueva. El poeta, despues de haber escrito algunas coplas de su magnífica comedia, con mucho sosiego y espacio sacó de la faldriquera algunos mendrugos de pan, y obra de veinte pasas, que á mi parecer entiendo que se las conté, y aun estoy en duda si eran tantas, porque juntamente con ellas hacian bulto ciertas migajas de pan, que las acompañaban: sopló y apartó las migajas, y una á una se comió las pasas y los palillos, porque no le vi arrojar ninguno, ayudándolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faldriquera, parecian mohosos, y eran tan duros de condicion, que aunque él procuró enternecerlos, paseándolos por la boca una y muchas veces, no fué posible moverlos de su terquedad: todo lo cual redundó en mi provecho, porque me los arrojó diciendo: To to, toma, que buen provecho te hagan. Mirad, dije entre mí, que néctar ó ambrosía me da este poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los dioses y su Apolo allá en el cielo: enfin, por la mayor parte grande es la miseria de los poetas; pero mayor era mi necesidad, pues me obligó á comer lo que él desechaba. En tanto que duró la composicion de su comedia, no dejó de venir á la huerta, ni á mi me faltaron mendrugos, porque los repartia conmigo con mucha liberalidad, y luego nos íbamos á la noria, donde yo de bruces y él con un cangilon satisfaciamos la sed, como unos monarcas. Pero faltó el poeta, y sobró en mí la hambre tanto, que determiné dejar al morisco, y entrarme en la ciudad á buscar ventura, que la halla el que se muda. Al entrar en la ciudad vi que salia del famoso monasterio de San Jerónimo mi poeta, que como me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, y yo me fuí á él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado: luego al instante comenzó á desembaular pedazos de pan mas tiernos de los que solia llevar a la huerta, y á entregarlos á mis dientes, sin repasarlos por los suyos, merced que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y el haber visto salir á mi poeta del monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenia las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen. Encaminóse á la ciudad, y yo le seguí con determinacion de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podia mantener mi real, porque no hay mayor ni mejor bolsa que la caridad, cuyas liberales manos jamas están pobres; y así no estoy bien con aquel refran, que dice: Mas da el duro que el desnudo, como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que en efeto da el buen deseo, cuando mas no tiene. De lance en lance paramos en la casa de un autor de comedias, que á lo que me acuerdo se llamaba Angulo el Malo, por distinguirle de otro Angulo, no autor sino representante, el mas gracioso que entónces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntóse toda la compañía á oir la comedia de mi amo, que ya por tal le tenia; y á la mitad de la jornada primera, uno á uno, y dos á dos se fuéron saliendo todos, excepto el autor y yo que serviamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que la habia compuesto el mismo Satanas para total ruina y perdicion del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le habia dejado; y no era mucho, si el alma présaga le decia allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fué volver todos los recitantes, que pasaban de doce, y sin hablar palabra, asieron de mi poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor llena de ruegos y voces se puso de por medio, sin duda le mantearan. Quedé yo del caso como pasmado, el autor desabrido, los farsantes alegres, y el poeta mohino, el cual con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia, y encerrándosela en el seno, medio murmurando dijo: No es bien echar las margaritas á los puercos, y sin decir mas palabra, se fué con mucho sosiego: yo de corrido ni pude ni quise seguirle, y acertélo, á causa que el autor me hizo tantas caricias, que me obligaron á que con él me quedase, y en ménos de un mes salí grande entremesista y gran farsante de figuras mudas: pusiéronme un freno de orillos, y enseñáronme á que arremetiese en el teatro á quien ellos querian, de modo que como los entremeses solian acabar por la mayor parte en palos, en la compañía de mi amo acababan en zuzarme, y yo derribaba y atropellaba á todos, con que daba que reir á los ignorantes, y mucha ganancia á mi dueño. ¡Oh Cipion, quién te pudiera contar lo que vi en esta y en otras dos compañías de comediantes en que anduve! mas por no ser posible reducirlo á narracion sucinta y breve, lo habré de dejar para otro dia, si es que ha de haber otro dia en que nos comuniquemos. ¿Ves cuán larga ha sido mi plática? ¿ves mis muchos y diversos sucesos? ¿consideras mis caminos y mis amos tantos como han sido? pues todo lo que has oido es nada comparado á lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé y vi desta gente, su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza, con otras infinitas cosas, unas para decirse al oido, otras para aclamallas en público, y todas para hacer memoria dellas, y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas, y en bellezas de artificio y de transformacion.

Cip. Bien se me trasluce, Berganza, el largo campo que se te descubria para dilatar tu plática, y soy de parecer que la dejes para cuento particular, y para sosiego no sobresaltado.

Berg. Sea así, y escúchame ahora un poco. Con una compañía llegué á esta ciudad de Valladolid, donde en un entremes me dieron una herida, que me llevó casi al fin de la vida: no pude vengarme por estar enfrenado entónces, y despues á sangre fria no quise; que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo: cansóme aquel ejercicio, no por ser trabajo, sino porque veia en él cosas que juntamente pedian enmienda y castigo, y como á mí estaba mas el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo, y así me acogí á sagrado, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos, aunque mas vale tarde que nunca. Digo pues que viéndote una noche llevar la linterna con el buen cristiano Mahudes, te consideré contento y justa y santamente ocupado, y lleno de buena envidia quise seguir tus pasos, y con esta loable intencion me puse delante de Mahudes, que luego me eligió para tu compañero, y me trujo á este hospital: lo que en él me ha sucedido no

es tan poco, que no haya menester espacio para contallo, especialmente lo que oí á cuatro enfermos que la suerte y la necesidad trujo á este hospital y á estar todos cuatro juntos en cuatro camas apareadas: perdóname, porque el cuento es breve y no sufre dilacion, y viene aquí de molde.

Cip. Sí perdono: concluye presto, que á lo que creo, no debe estar muy léjos el dia.

Berg. Digo que en las cuatro camas que están al cabo desta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático, y en la otra uno de los que llaman arbitristas.

Cip. Ya me acuerdo haber visto á esa buena gente.

Berg. Digo pues que una siesta de las del verano pasado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el aire debajo de la cama del uno dellos, el poeta se comenzó á quejar lastimosamente de su fortuna; y preguntándole el matemático de qué se quejaba, respondió que de su corta suerte. ¿Cómo, y no será razon que me queje, prosiguió, que habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su *Poética*, que no salga á luz la obra que despues de compuesta no hayan pasado diez años por ella, y que tenga yo una de veinte años de ocupacion y doce de pasante: grande en el sujeto, admirable y nueva en la invencion, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la division, porque el principio responde al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heróico, deleitable y sustancioso, y que con todo esto no hallo un príncipe á quien dirigirle? ¡Príncipe, digo, que sea inteligente, liberal y magnánimo! ¡Mísera edad y depravado siglo nuestro! ¿De qué trata el libro? preguntó el alquimista. Respondió el poeta: Trata de lo que dejó de escribir el arzobispo Turpin del rey Artus de Ingalaterra, con otro suplemento de la historia de la demanda del santo Grial, y todo en verso heróico, parte en octava y parte en verso suelto; pero todo esdrújulamente, digo, en esdrújulos de nombres sustantivos, sin admitir verbo alguno. A mí, respondió el alquimista, poco se me entiende de poesía; y así no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesa merced se queja, puesto que, aunque fuera mayor, no se igualaba á la mia, que es que por faltarme instrumento ó un príncipe que me apoye, y me dé á la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no estoy ahora manando en oro, y con mas riquezas que los Midas, que los Crasos y Cresos. ¿Ha hecho vuesa merced, dijo á esta sazon el matemático, señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales? Yo, respondió el alquimista, no la he sacado hasta ahora; pero realmente sé que se saca, y á mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras. Bien han exagerado vuesas mercedes sus desgracias, dijo á esta sazon el matemático; pero al fin, el uno tiene libro que dirigir, y el otro está en potencia propincua de sacar la piedra filosofal, con que quedará tan rico como lo han quedado todos aquellos que han seguido este rumbo; mas ¿qué diré yo de la mia, que es tan sola, que no tiene dónde arrimarse? Veinte y dos años ha que ando tras hallar el punto fijo, y aquí lo dejo, y allí lo tomo, y pareciéndome que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, cuando no me cato me halló tan léjos dél, que me admiro: lo mismo me acaece con la cuadratura del círculo, que he llegado tan al remate de hallarla, que no sé ni puedo pensar cómo no la tengo ya en la faldriquera; y así es mi pena semejante á las de Tántalo, que está cerca del fruto, y muere de hambre; y propincuo al agua, y perece de sed: por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan léjos della, que vuelvo á subir el monte que acabé de bajar con el canto de mi trabajo á cuestas, como otro nuevo Sísifo. Habia hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió diciendo: Cuatro quejosos, tales que lo pueden ser del Gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer á sus dueños: yo, señores, soy arbitrista, y he dado á su Majestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino, y ahora tengo hecho un memorial donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauracion de sus empeños; pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que este tambien ha de parar en el carnero: mas, porque vuesas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir, que es este. Hase de pedir en Córtes que todos los vasallos de su Majestad, desde la edad de catorce á sesenta años, sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el dia que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres, se han de gastar aquel dia, se reduzga á dinero, y se dé á su Majestad sin defraudalle un ardite, so cargo de juramento; y con esto en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado, porque si se hace la cuenta, como yo la tengo hecha, bien hay en España mas de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, mas viejos ó mas muchachos, y ninguno destos dejará de gastar, y esto contado al menorete, cada dia real y medio, y yo quiero que sea no mas de un real, que no puede ser ménos, aunque coma alholvas. Pues ¿paréceles á vuesas mercedes que sería barro tener cada mes tres millones de reales como ahechados? Y esto ántes sería provecho que daño á los ayunantes, porque con el ayuno agradarian al cielo y servirian á su rey, y tal podria ayunar que le fuese conveniente para su salud. Este es el arbitrio limpio de polvo y de paja, y podríase coger por parroquias sin costa de comisarios, que destruyen la república. Riyéronse todos del arbitrio y del arbitrante, y él tambien se riyó de sus disparates, y yo quedé admirado de haberlos oido, y de ver que por la mayor parte los de semejantes humores venian á morir en los hospitales.

Cip. Tienes razon, Berganza: mira si te queda mas que decir.

Berg. Dos cosas no mas, con que daré fin á mi plática, que ya me parece que viene el dia. Yendo una noche mi mayor á pedir limosna en casa del corregidor desta ciudad, que es un gran caballero y muy gran cristiano, hallámosle solo, y parecióme á mí tomar ocasion de aquella soledad para decille ciertos advertimientos que habia oido decir á un viejo enfermo deste hospital acerca de cómo se podia remediar la perdicion tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas, y tan malas, que pueblan los hospitales; de

los perdidos que las siguen, plaga intolerable y que pedia presto y eficaz remedio: digo que queriendo decírselo, alcé la voz, pensando que tenia habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladré con tanta priesa y con tan levantado tono, que enfadado el corregidor, dió voces á sus criados que me echasen de la sala á palos, y un lacayo que acudió á la voz de su señor, que fuera mejor que por entónces estuviera sordo, asió de una cantimplora de cobre que le vino á la mano, y diómela tal en mis costillas, que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes.

Cip. ¿Y quéjaste deso, Berganza?

Berg. Pues ¿no me tengo de quejar, si hasta ahora me duele, como he dicho, y si me parece que no merecia tal castigo mi buena intencion?

Cip. Mira, Berganza, nadie se ha de meter donde no lo llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningun caso le toca: y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido, ni el pobre humilde ha de tener presuncion de aconsejar á los grandes y á los que piensan que se lo saben todo: la sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la escurecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad, y la tratan con menosprecio.

Berg. Tienes razon, y escarmentando en mi cabeza, de aquí adelante seguiré tus consejos. Entré asimismo otra noche en casa de una señora principal, la cual tenia en los brazos una perrita destas que llaman de falda, tan pequeña que se pudiera esconder en el seno, la cual cuando me vió, saltó de los brazos de su señora, y arremetió á mí ladrando, y con tan gran denuedo, que no paró hasta morderme de una pierna. Volvíla á mirar con respeto y con enojo, y dije entre mí: si yo os cogiera, animalejo ruin, en la calle, ó no hiciera caso de vos, ó os hiciera pedazos entre los dientes. Consideré en ella que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen mas que ellos.

Cip. Una muestra y señal desa verdad que dices, nos dan algunos hombrecillos que á la sombra de sus amos se atreven á ser insolentes; y si acaso la muerte ó otro accidente de fortuna derriba el árbol donde se arriman, luego se descubre y manifiesta su poco valor, porque en efecto no son de mas quilates sus prendas que los que les dan sus dueños y valedores: la virtud y el buen entendimiento siempre es una, y siempre es uno; desnudo ó vestido, solo ó acompañado no ha menester apoyos ni necesita de amparos; por sí solo vale, sin que las grandes dichas le ensoberbezcan, ni las adversidades les desanimen; bien es verdad que puede padecer acerca de la estimacion de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y con esto pongamos fin á esta plática, que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el dia, y esta noche que viene, si no nos ha dejado este grande beneficio de la habla, será la mia para contarte mi vida.

Berg. Sea así, y mira que acudas á este mismo puesto, que yo fío en el cielo que nos ha de conservar el habla para decir las muchas verdades que ahora se nos quedan por falta de tiempo. El acabar el coloquio el licenciado, y el despertar el alférez, fué todo á un tiempo, y el licenciado dijo: Aunque este coloquio sea fingido, y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto, que puede el señor alférez pasar adelante con el segundo. Con ese parecer, respondió el alférez, me animaré y dispondré á escribille, sin ponerme mas en disputas con vuesa merced, si hablaron los perros ó no. A lo que dijo el licenciado: Señor alférez, no volvámos mas á esa disputa; yo alcanzo el artificio del coloquio y la invencion, y basta: vámonos al Espolon á recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento. Vamos en buen hora, dijo el alférez, y con esto se fuéron.

LA TIA FINGIDA.

Pasando por cierta calle de Salamanca dos estudiantes, manchegos y mancebos, mas amigos del baldeo y rodancho (1) que de Bartolo y Baldo, vieron en una ventana de una casa y tienda de carne (2) una celosía, y pareciéndoles novedad, porque la gente de la tal casa si no se descubria y apregonaba no se vendia, queriéndose informar del caso, deparóles su diligencia un oficial vecino, pared en medio, el cual les dijo: Señores, habrá ocho dias que vive en esta casa una señora forastera, medio beata y de mucha austeridad: tiene consigo una doncella de extremado parecer y brio, que dicen ser su sobrina: sale con un escudero y dos dueñas; y segun he juzgado, es gente granada y de gran recogimiento. Hasta ahora no he visto entrar persona alguna de la ciudad ni de fuera á visitallas, ni sabré decir de dónde vinieron á Salamanca; mas lo que sé es que la moza es hermosa y honesta al parecer, y que el fausto y la autoridad de la tia no es de gente pobre.

La relacion que dió el vecino oficial á los estudiantes les puso codicia de dar cima á aquella aventura; porque siendo pláticos en la ciudad, y deshollinadores de cuantas ventanas tenian albahacas con tocas, en toda ella no sabian que tal tia y sobrina hubiese, que hospedaran cursantes en su universidad, principalmente que viniesen á vivir á semejante calle, en la cual, por ser de tan buen peaje, siempre se habia vendido tinta aunque no de la fina; que hay casas, así en Salamanca como en otras ciudades, que llevan de suelo vivir siempre en ellas mujeres cortesanas, ó por otro nombre trabajadoras ó enamoradas.

Eran ya casi las doce del dia, y la dicha casa estaba cerrada por fuera, de lo que coligieron, ó que no comian en ella sus moradoras, ó que vendrian con brevedad; y no les salió vana su presuncion, porque á poco rato vieron venir una reverenda matrona, con unas tocas blancas como la nieve, mas largas que sobrepelliz de canónigo portugues, plegadas sobre la frente con su ventosa, y con un gran rosario al cuello de cuentas sonadoras, tan grandes como las de Santiuflo, que á la cintura le llegaba: manto de seda y lana, guantes blancos y nue-

(1) Florete y broquel.

(2) Donde solian vivir las mujeres públicas.

vos sin vuelta, y un báculo ó junco de las Indias, con su remate de plata. De la mano izquierda la traia un escudero de los del tiempo de Fernan Gonzalez, con su sayo de velludo, ya sin vello, su martingala de escarlata, sus borceguíes bejeranos, capa de fajas, gorra de Milan, con su bonete de aguja, porque era enfermo de vaguidos, y sus guantes peludos, con su tahalí y espada navarrisca. Delante venía su sobrina, moza al parecer de diez y ocho años, de rostro mesurado y grave, mas aguileño que redondo, los ojos negros, rasgados y al descuido adormecidos, cejas tiradas y bien compuestas, pestañas largas, y encarnada la color del rostro: los cabellos rubios y crespos por artificio, segun se descubrian por las sienes; saya de burriel fino, ropa justa de contray ó frisado, los chapines de terciopelo negro, con sus clavetes y rapacejos de plata bruñida; guantes olorosos, y no de polvillo, sino de ámbar. El ademan era grave, el mirar honesto, el paso airoso y de garza. Mirada por partes parecia muy bien, y en el todo mucho mejor; y aunque la condicion é inclinacion de los dos manchegos era la misma que la de los cuervos nuevos, que á cualquier carne se abaten, vista la de la nueva garza, se abatieron á ella con todos sus cinco sentidos, quedando suspensos y enamorados de tal donaire y belleza; que esta prerogativa tiene la hermosura, aunque sea cubierta de sayal. Venían detras dos dueñas de honor, vestidas á la traza del escudero. Con todo este estruendo llegó la buena señora á su casa, y abriendo el buen escudero la puerta, se entraron en ella: bien es verdad que al entrar, los estudiantes derribaron sus bonetes, con extraordinario modo de crianza y respeto mezclado de aficion, plegando sus rodillas é inclinando sus ojos, como si fueran los mas benditos y corteses hombres del mundo. Atracáronse las señoras: quedáronse los señores en la calle, pensativos y medio enamorados, dando y tomando brevemente en lo que hacer debian, creyendo sin duda que pues aquella gente era forastera, no habria venido á Salamanca á aprender leyes, sino á quebrantarlas. Acordáronse pues en darle una música la noche siguiente; que este es el primer servicio que á sus damas hacen los estudiantes pobres. Fuéronse luego á dar finiquito á su pobreza, que era una tenue porcion, y comidos que fuéron, convocaron á sus amigos, juntaron guitarras é instrumentos, previnieron músicos, y fuéronse á un poeta de los que sobran en aquella ciudad, al cual rogaron que sobre el nombre de Esperanza, que así se llamaba la de sus vidas, pues ya por tal la tenian, fuese servido de componerles alguna letra para cantar aquella noche; mas que en todo caso incluyese en la composicion el nombre de Esperanza. Encargóse deste cuidado el poeta, y en poco rato, mordiéndose los labios y las uñas, y rascándose las sienes y la frente, forjó un soneto, como le pudiera hacer un cardador ó peraile. Diósele á los amantes; contentóles, y acordáron que el mismo autor se le fuese diciendo á los músicos, porque no habia lugar de tomallo de memoria.

Llegóse en esto la noche; y en la hora acomodada para la solemne fiesta juntáronse nueve matantes de la Mancha y cuatro músicos de voz y guitarra, un salterio, una árpa, una bandurria, doce cencerros y una gaita zamorana, treinta broqueles y otras tantas cotas, todo repartido entre una tropa de paniaguados, ó por mejor decir, de panivinajes. Con toda esta procesion y estruendo llegaron á la calle y casa de la señora, y en entrando por ella sonaron los crueles cencerros con tal ruido, que puesto que la noche habia ya pasado el filo, y todos los vecinos y moradores estaban de dos dormidas, como gusanos de seda, no les fué posible dormir mas sueño, ni quedó persona en toda la vecindad que no despertase y á las ventanas se pusiese. Sonó luego la gaita zamorana las gambetas, y acabó con el esturdion, ya debajo de las ventanas de la dama. Luego al son de la arpa, dictándolo el poeta su artífice, cantó el soneto un músico de los que no se hacen de rogar, en voz acordada y suave, el cual decia desta manera:

En esta calle yace mi Esperanza,
A quien yo con el alma y cuerpo adoro,
Esperanza de vida y de tesoro,
Pues no le tiene aquel que no la alcanza.
Si yo la alcanzo, tal será mi andanza
Que no invidie al frances, al indio, al moro:
Por tanto tu favor gallardo imploro,
Cupido, dios de toda dulce holganza:
Que aunque es esta Esperanza tan pequeña,
Que apénas tiene años diez y nueve,
Será quien la alcanzare un gran gigante.
Crezca el incendio, añádase la leña,
¡Oh Esperanza gentil! y quien se atreve
A no ser en servicios vigilante.

Apénas se habia acabado de cantar este descomulgado soneto, cuando un bellacon de los circunstantes, graduado *in utroque*, dijo á otro que al lado tenia, con voz levantada y sonora: ¡Voto á tal, que no he oido mejor estrambote en los dias de mi vida! ¡Ha visto usted aquel concordar de versos, aquel jugar del vocablo con el nombre de la dama, y aquella invocacion de Cupido, y aquel *gallardo* tan bien encajado, y los años de la niña tan bien engeridos, con aquella comparacion tan bien contrapuesta y traida de *pequeña* á *gigante!* ¡Pues ya la maldicion ó imprecacion me digan, con aquel admirable y sonoro vocablo de *leña!* ¡Juro á tal, que si conociera al poeta que tal soneto compuso, que le habia de enviar mañana media docena de chorizos que me trajo esta mañana el recuero de mi tierra! Por sola la palabra chorizos se persuadieron los oyentes ser el que las alabanzas decia extremeño sin duda, y no se engañaron; porque se supo despues que era de un lugar de Extremadura que está junto á Jaraicejo; y de allí adelante quedó en opinion de todos por hombre docto y versado en el arte poética, solo por haberle oido desmenuzar tan en particular el cantado y descomunal soneto.

A todo lo cual se estaban las ventanas de la casa muy cerradas como su madre las parió, de lo que no poco se desesperaban los dos esperantes manchegos; pero con todo eso, al son de las guitarras segundaron á tres voces con el siguiente romance, asimismo hecho aposta y por la posta para el propósito.

Salid, Esperanza mia,
A favorecer el alma
Que sin vos agonizando
Casi el cuerpo desampara.
Las nubes del temor frio
No cubran vuestra luz clara,
Que es mengua de vuestros soles
No rendir quien los contrasta.
En el mar de mis enojos
Tened tranquilas las aguas,
Si no quereis que el deseo
Dé al traves con la esperanza.
Por vos espero la vida
Cuando la muerte me mata,
Y la gloria en el infierno,
Y en el desamor la gracia.

A este punto llegaban los músicos con el romance, cuando sintieron abrir la ventana y ponerse á ella una de las dueñas que aquel dia habian visto, la cual les dijo con una voz afilada y pulida: Señores, mi señora doña Claudia de Astudillo y Quiñones, suplica á vuesas mercedes la reciba tan señalada, que se vayan á otra parte á dar esa música, por excusar el escándalo y mal ejem-

pto que se da á la vecindad, respeto de tener en su casa una sobrina doncella, que es mi señora D.ª Esperanza de Torralva, Menéses y Pacheco, y no le estar bien á su profesion y estado que semejantes cosas se hagan á su puerta y á tales horas, que de otra suerte y por otro estilo y con ménos escándalo la podrá recebir de ustedes. A lo cual respondió uno de los dos pretendientes: Hacedme regalo y merced, señora dueña, de decir á mi señora D.ª Esperanza de Torralva, Meneses y Pacheco, que se ponga en esa ventana, que la quiero decir solas dos palabras, que son de su manifiesta utilidad y servicio. ¡Huy! ¡huy! dijo la dueña: ¡en eso por cierto está mi señora D.ª Esperanza! Sepa, señor mio, que no es de las que piensa; porque es mi señora muy principal, muy honesta, muy recogida, muy discreta, muy leida y muy escribida; y no hará lo que usted la suplica, aunque la cubriese de perlas.

Estando en este deporte y conversacion con la repulgada dueña del *huy* y de las *perlas*, venía por la calle gran tropel de gentes, y creyendo los músicos y acompañamiento que era la justicia de la ciudad, se hicieron todos una rueda, y recogieron en medio del escuadron el bagaje de los músicos; y como llegase la justicia, empezaron á repicar los broqueles y crujir las mallas, á cuyo son no quiso la justicia danzar la danza de espadas de los hortelanos de la fiesta del Corpus de Sevilla, sino que pasó adelante, por no parecer á sus ministros, corchetes y porquerones aquella feria de ganancia. Quedaron ufanos los bravos, y quisieron proseguir su comenzada música, mas uno de los dueños de la máquina no quiso se prosiguiera, si la señora D.ª Esperanza no se asomase á la ventana, á la cual ni aun la dueña se asomó por mas que la volvieron á llamar; de lo que enfadados y corridos todos, quisieron apedrealle la casa y quebralle la celosía, y darle una matraca ó cantaleta: condicion propia de mozos en casos semejantes. Mas aunque enojados, volvieron á hacer la refaccion de la música con algunos villancicos; volvió á sonar la gaita y el enfadoso y brutal son de los cencerros, con el cual ruido acabaron su serenata.

Casi al alba sería cuando el escuadron se deshizo, mas no el enojo que los manchegos tenian, viendo lo poco que habia aprovechado su música; con el cual se fuéron á casa de cierto caballero amigo suyo, de los que llaman generosos en Salamanca, y se sientan en cabecera de banco, el cual era mozo, rico, gastador, músico, enamorado, y sobre todo amigo de valientes, al cual le contaron muy por extenso su suceso sobre la belleza, donaire, brio y gracia de la doncella, juntamente con la gravedad y fausto de la tia, y el poco ó ningun remedio que esperaban para gozarla; pues el de la música, que era el primero y el postrer servicio que ellos podian hacerla, no les habia aprovechado ni servido de mas que indignarla, con el disfame de la vecindad. El caballero pues, que era de los de campo traves, no tardó mucho en ofrecerles que él la conquistaria para ellos, costase lo que costase; y luego aquel mismo dia envió un recado, tan largo como comedido, á la señora D.ª Claudia, ofreciendo á su servicio la persona, la vida, la hacienda y su favor. Informóse del paje la astuta Claudia de la calidad y condiciones de su señor, de su renta, de su inclinacion y de sus entretenimientos y ejercicios, como si le hubiera de tomar por verdadero yerno; y el paje, diciendo la verdad, le retrató de suerte que ella quedó medianamente satisfecha, y envió con él la dueña del *huy* con la respuesta, no ménos larga y comedida que habia sido la embajada.

Entró la dueña, recebióla el caballero cortesmente, sentóla junto á sí en una silla, y dióla un lenzuelo de encajes con que se quitase el sudor, porque venia algo fatigadilla del camino; y ántes que le dijese palabra del recado que traia, hizo que la sacasen una caja de mermelada, y él por su mano le cortó dos buenas postas della, haciéndola enjugar los dientes con dos buenos pares de tragos de vino del santo, con lo cual quedó hecha una amapola, y mas contenta que si la hubiesen dado una canongía. Propuso luego su embajada con sus torcidos, repulgados y acostumbrados vocablos, y concluyó con una muy forjada mentira, cual fué que su señora D.ª Esperanza de Torralva, Menéses y Pacheco estaba tan pulcela como su madre la parió; mas que con todo eso no habria para su merced puerta de su señora cerrada. Respondióla el caballero que todo cuanto le habia dicho del merecimiento, valor, hermosura, recogimiento y principalidad, por hablar á su modo, de su ama lo creia; pero que aquello del pulcelaje se le hacia algo durillo; por lo cual le rogaba que en este punto le declarase la verdad de lo que sabia, y que la juraba á fe de caballero, que si le desengañaba, le daria un manto de seda de los de cinco en pua. No fué menester con esta promesa dar otra vuelta al cordel del ruego, ni atezarle los garrotes para que la melindrosa dueña confesase la verdad, la cual era, por el paso en que estaba y por el de la hora de su postrimería, que su señora D.ª Esperanza de Torralva, Menéses y Pacheco estaba de tres mercados, ó por mejor decir, de tres ventas, añadiendo el cómo y en cuánto, el con quién y en dónde, con otras mil circunstancias, con que quedó D. Félix, que así se llamaba el caballero, satisfecho de todo cuanto saber queria; y acabó con ella que aquella misma noche le encerrase en casa, donde queria hablar á solas con la Esperanza, sin que lo supiese la tia. Despidióla con buenas palabras y ofrecimientos que llevase á sus amas, y dióla en dinero cuanto pudiese costar el negro manto. Tomó la órden que tendria para entrar aquella noche en la casa, con lo cual la dueña se fué loca de contenta, y él quedó pensando en su idea y aguardando la noche, que le pareció tardaba mil años, segun deseaba verse con aquellas compuestas fantasmas.

Llegó el plazo, que ninguno hay que no llegue, y hecho un S. Jorge, sin amigo ni criado, se fué D. Félix donde halló que la dueña le esperaba, y abriendo la puerta, le entró en casa con mucho tino y silencio, y le puso en el aposento de su señora Esperanza, tras las cortinas de su cama, encargándole no hiciese ningun ruido, porque ya la señora D.ª Esperanza sabía que estaba allí, y que sin que su tia lo supiese, á persuasion suya queria darle todo contento; y apretándole la mano en señal de palabra de que así lo haria, se salió la dueña y D. Félix se quedó tras la cama de su Esperanza, esperando en qué habia de parar aquel embuste ó enredo. Serían las nueve de la noche cuando entró á esconderse D. Félix, y en una sala conjunta á este aposento estaba la tia sentada en una silla baja de espaldas, la sobrina en un estrado frontero, y en medio un gran brasero de lumbre. La casa puesta ya en silencio, el escudero acostado,

la otra dueña retirada y dormida, sola la sabedora del negocio estaba en pié y solicitando que su señora la vieja se acostase, afirmando que las nueve que el reloj habia dado eran las diez, muy deseosa de que sus conciertos viniesen á efecto, segun su señora la moza y ella lo tenian ordenado, cuales eran: que sin que la Claudia lo supiese, todo aquello que D. Félix diese fuese para ellas solas, sin que tuviese que ver ni haber en ello la vieja, la cual era tan mezquina y avara, y tan señora de lo que la sobrina ganaba y adquiria, que jamas le daba un solo real para comprar lo que extraordinariamente hubiese menester; pensando sisalle este contribuyente, de los muchos que esperaban tener andando el tiempo. Pero aunque sabía la dicha Esperanza que D. Félix estaba en casa, no sabía la parte secreta donde estaba escondido. Convidada pues del mucho silencio de la noche y de la comodidad del tiempo, dióle gana de hablar á Claudia, y así en medio tono comenzó á decir á la sobrina en esta guisa.

Muchas veces te he dicho, Esperanza mia, que no se te pasen de la memoria los consejos, documentos y advertencias que te he dado siempre, los cuales, si los guardas, como debes y me has prometido, te servirán de tanta utilidad y provecho cuanto la mesma experiencia y tiempo, que es maestro de todas las cosas, te lo darán á entender. No pienses que estámos en Placencia, de donde eres natural; ni en Zamora, donde comenzaste á saber qué cosa es mundo; ni ménos estámos en Toro, donde diste el tercer esquilmo de tu fertilidad, las cuales tierras son habitadas de gente buena y llana, sin malicia ni recelo, y no tan intricada ni versada en bellaquerías y diabluras como en la que hoy estámos. Advierte, hija mia, que estás en Salamanca, que es llamada en todo el mundo madre de las ciencias, y que de ordinario cursan en ella y habitan diez ó doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, libre, aficionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor. Esto es en lo general; pero en lo particular, como todos por la mayor parte son forasteros y de diferentes partes y provincias, no todos tienen unas mesmas condiciones. Porque los vizcaínos, aunque son pocos, es gente corta de razones; pero si se pican de una mujer, son largos de bolsa. Los manchegos son gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor á mojicones. Hay aquí tambien una masa de aragoneses, valencianos y catalanes: ténlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada; mas no los pidas mas, y si mas quieres saber, sábete, hija, que no saben de burlas: porque son, cuando se enojan con una mujer, algo crueles y no de buenos hígados. A los castellanos nuevos ténlos por nobles de pensamientos, y que si tienen dan, y por lo ménos, si no dan no piden. Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega á plata lo es, y si á cobre, cobre se queda. Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco; porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces, y no nada miserables. Los gallegos no se colocan en predicamento, porque no son álguien. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen á casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses es cosa larga de pintarse sus condiciones y propiedades; porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema; mas la de casi todos es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en lacerí[a]. Mira pues, Esperanza, con qué variedad de gentes ha[s] de tratar, y si será necesario, habiéndote de engolfar e[n] un mar de tantos bajíos, que te señale yo y enseñe u[n] norte por donde te guies y rijas, porque no dé al trav[és] el navío de nuestra intencion y pretensa, y echemos [al] agua la mercadería de mi nave, que es tu gentil y ga[l]lardo cuerpo, tan dotado de gracia, donaire y garaba[to] para cuantos dél toman envidia. Advierte, niña, que n[o] hay maestro en toda esta universidad que sepa tan bie[n] leer en su facultad, como yo sé y puedo enseñarte e[n] esta arte mundanal que profesamos; pues así por l[os] muchos años que he vivido en ella y por ella, como p[or] las muchas experiencias que he hecho, puedo ser jub[i]lada. Y aunque lo que ahora te quiero decir es parte d[e] todo que otras muchas veces te he dicho, con todo es[o] quiero que me estés atenta y me dés grato oido; porqu[e] no todas veces lleva el marinero tendidas las velas de s[u] navío, ni todas las lleva cogidas, pues segun el vient[o] tal es el tiento.

Estaba á todo lo dicho la dicha niña Esperanza baj[os] los ojos y escarbando el brasero con un cuchillo, incli[]nada la cabeza, y al parecer muy contenta y obedient[e] á cuanto le iba diciendo; pero no contenta Claudia co[n] esto, le dijo: Alza, niña, la cabeza, y deja de escarba[r] el fuego; clava y fija en mí los ojos, no te duermas; qu[e] para lo que te quiero decir otros cinco sentidos mas d[e] los que tienes debieras tener para aprenderlo y perce[]birlo. A lo cual replicó Esperanza: Señora tia, no s[e] canse ni me canse en alargar y proseguir su arenga, qu[e] ya me tiene quebrada la cabeza con las muchas vece[s] que me ha predicado y advertido de lo que me convien[e] y tengo de hacer; no quiera ahora de nuevo volvérmel[a] á quebrar. Mire ahora ¡qué mas tienen los hombres d[e] Salamanca que los de las otras tierras! ¿Todos no son de carne y hueso? Todos no tienen alma, con tres potencias y cinco sentidos? ¿Qué importa que tengan algunos mas letras y estudios que los otros? Antes imagino yo que los tales se ciegan y caen mas presto que los otros, porque tienen mas entendimiento para conocer y estimar cuánto vale la hermosura. ¿Hay mas que hacer que incitar al tibio, provocar al casto, negarse al carnal, animar al cobarde, alentar al corto, refrenar al presumido, despertar al dormido, convidar al descuidado, escribir al ausente, alabar al necio, celebrar al discreto, acariciar al rico, desengañar al pobre, ser ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa y demonio en la cama? Todas estas cosas, señora tia, ya me las sé yo de coro: tráigame otras nuevas que avisarme y advertirme, y déjelas para otra coyuntura, porque le hago saber que toda me duermo, y no estoy para poderla escuchar. Mas una sola cosa le quiero decir y le aseguro, para que dello esté muy cierta y enterada, y es: que no me dejaré mas martirizar de su mano por toda la ganancia que se me pueda ofrecer. Tres flores he dado ya, y otras tantas las ha usted vendido, y tres veces he pasado insufrible martirio. ¿Soy yo por ventura de bronce? ¿No tienen sensibilidad mis carnes? No hay mas sino dar puntadas en ellas como ropa descosida? ¡Por el siglo de mi madre, que no conocí, que no lo tengo mas de consentir! Deje, señora tia, ya rebuscar mi viña: que á veces es mas sabroso el rebusco que el esquilmo principal; y si todavía

está determinada que mi jardin se venda por entero y jamas tocado, busque otro modo mas suave de cerradura para su postigo; porque el del sirgo y aguja no hay pensar que llegue mas á mis carnes.

¡Ay boba, boba, replicó la vieja Claudia, y qué poco sabes destos achaques! No hay cosa que se iguale para este menester á la de la aguja y sirgo encarnado; que todo lo demas es andar por las ramas. No vale nada el zumaque y vidrio molido; vale mucho ménos la sanguijuela; la mirra no es de algun provecho, ni la cebolla albarrana, ni el papo de palomino, ni otros impertinentes menjurjes que hay, que todo es aire: porque no hay rústico ya, que si tantico quiere estar en lo que hace, no caiga en la cuenta de la moneda falsa. Vívame mi dedal y mi aguja, y vívame juntamente tu paciencia y buen sufrimiento, y venga á embestirme todo el género humano, que ellos quedarán engañados, tú con honra y yo con hacienda y mas ganancia que la ordinaria. Yo confieso ser así, señora, lo que dice, replicó Esperanza, pero con todo, estoy resuelta en mi determinacion, aunque se menoscabe mi provecho. Cuanto y mas que en la tardanza de la venta está el perder la ganancia que se puede adquirir abriendo tienda desde luego; que si, como dice, hemos de ir á Sevilla para la venida de la flota, no será razon que se nos pase el tiempo en flores, aguardando á vender la mia cuarta vez, que ya está negra de puro marchita. Váyase á dormir, señora, por mi vida, y piense en esto; y mañana habrá de tomar la resolucion que mejor le pareciere, pues al cabo al cabo, habré de seguir sus consejos, pues la tengo por madre y mas que madre.

Aquí llegaban en su plática la tia y la sobrina, la cual plática toda la habia oido D. Félix, no poco admirado, cuando, sin ser poderoso para excusarlo, comenzó á estornudar con tanta fuerza y ruido que se pudiera oir en la calle. Al cual se levantó D.ª Claudia, toda alborotada y confusa, y tomando la vela entró en el aposento donde estaba la cama de Esperanza, y como si se lo hubieran dicho, se fué derecha á la cama, y alzando las cortinas, halló al señor caballero, empuñada la espada, calado el sombrero, muy aferruzado el semblante y puesto á punto de guerra. Asi como le vió la vieja comenzó á santiguarse, diciendo: ¡Jesus, válme! ¿Qué gran desventura y desdicha es esta? ¡Hombres en mi casa, y en tal lugar y á tales horas! ¡Desdichada de mí! ¡Desventurada fui yo! ¿Qué dirá quien lo supiese? Sosiéguese usted, mi señora D.ª Claudia, dijo D. Félix, que yo no he venido aquí por su deshonra y menoscabo, sino por su honor y provecho. Soy caballero, rico y callado, y sobre todo enamorado de mi señora D.ª Esperanza; y para alcanzar lo que merecen mis deseos y aficion, he procurado, por cierta negociacion secreta que usted sabrá algun dia, ponerme en este lugar, no con otra intencion sino de ver y gozar desde cerca de la que de léjos me ha hecho quedar sin vida. Y si esta culpa merece alguna pena, en parte estoy y á tiempo somos donde y cuando se me pueda dar: pues ninguna me vendrá de sus manos que yo no estime por muy crecida gloria, ni podrá ser mas rigurosa para mí que la que padezco de mis deseos. ¡Ay sin ventura de mí, volvió á replicar Claudia, y á cuántos peligros estamos expuestas las mujeres que vivimos sin maridos y sin hombres que nos defiendan y amparen! Ahora sí que te echo de ménos, malogrado de tí, D. Juan de Bracamonte, mal desdichado consorte mio; que si tú fueras vivo, ni yo me viera en esta ciudad, ni en la confusion y afrenta en que me veo. Usted, señor mio, sea servido luego al punto de volverse por donde entró; y si algo quiere en esta casa de mí ó de mi sobrina, desde afuera se podrá negociar con mas despacio, con mas honra y con mas provecho y gusto. Para lo que yo quiero en la casa, replicó D. Félix, lo mejor que ello tiene, señora mia, es estar dentro della; que la honra por mí no se perderá; la ganancia está en la mano, que es el provecho; y por lo que hace al gusto sé decir que no puede faltar. Y para que no sea todo palabras, y que sean verdaderas estas mias, esta cadena de oro doy para fiador dellas; y quitándose una buena cadena de oro del cuello, que pesaba cien ducados, se la ponia en el suyo. A este punto, luego que vió tal oferta y tan cumplida parte de paga la dueña del concierto, ántes que su ama respondiese ni la tomase, dijo: ¿Hay príncipe en la tierra como este, ni papa, ni emperador, ni cajero de mercader, ni perulo, ni aun canónigo, que haga tal generosidad y largueza? Señora D.ª Claudia, por vida mia, que no se trate mas deste negocio, sino que se le eche tierra y haga luego todo cuanto este señor quisiere. ¿Estás en tu seso, Grijalva, que así se llamaba la dueña, estás en tu seso, loca, desatinada? dijo D.ª Claudia. ¿Y la limpieza de Esperanza, su flor cándida, su pureza, su doncellez no tocada, así la habia yo de aventurar y vender, sin mas ni mas, cebada de esa cadenilla? ¿Estoy yo tan sin juicio que me tengo de encandilar de sus resplandores, ni atar con sus eslabones, ni prender con sus ligamentos? ¡Por el siglo del que pudre, que tal no será! Usted se vuelva á poner su cadena, señor caballero, y mírenos con mejores ojos; y entienda que, aunque mujeres solas, somos principales, y que esta niña está como su madre la parió, sin que haya persona alguna en el mundo que pueda decir otra cosa; y si contra esta verdad le hubiesen dicho alguna mentira, todo el mundo se engaña, y al tiempo y la experiencia doy por testigos. Calle, señora, dijo á esta sazon la Grijalva, que, ó yo sé poco, ó que me maten si este señor no sabe toda la verdad del hecho de mi señora la moza. ¿Qué ha de saber, desvergonzada, qué ha de saber? replicó Claudia. ¿No sabeis vos la limpieza de mi sobrina? Por cierto bien limpia estoy, dijo entónces Esperanza, que estaba en medio del aposento, medio embobada y suspensa, viendo lo que pasaba sobre su cuerpo; y tan limpia que no ha una hora que con todo este frio me vestí una camisa limpia. Esté usted como estuviere, dijo D. Félix, que solo por la muestra del paño que he visto no saldré de la tienda sin comprar toda la pieza; y porque no se me deje de vender por melindre ó ignorancia, sepa, señora Claudia, que he oido toda la plática ó sermon que acaba de hacer á la niña, y que quisiera yo ser el primero que esquilmara este majuelo, ó vendimiára esta viña, aunque se añadieran á esta cadena unos zarcillos de oro y unas esposas de diamantes. Y pues estoy tan al cabo de esta verdad, y tengo tan buena prenda, ya que no se estima la que doy ni la que tiene mi persona, úsese de mejor término conmigo, que será justo, con protestacion y juramento que por mí nadie sabrá en el mundo el rompimiento desta muralla, sino que yo seré el pregonero de su entereza y bondad. Ea, dijo entónces la

Grijalva, buen pro, buen pro le haga, para en uno son, yo los junto y los bendigo; y tomando de la mano de la niña, se la acomodaba á D. Félix: de lo cual se encolerizó tanto la vieja, que quitándose un chapin, comenzó á dar á la Grijalva como en real de enemigos; la cual viéndose maltratar, echó mano de las tocas de Claudia, y no la dejó pedazo en la cabeza, descubriendo la buena señora una calva mas lucia que la de un fraile, y un pedazo de cabellera postiza que le colgaba por un lado, con que quedó la mas fea y abominable catadura del mundo. Viéndose maltratar así de su criada, comenzó á dar grandes alaridos y voces, apellidando á la justicia; y al primer grito, como si fuera cosa de encantamento, entró por la sala el corregidor de la ciudad, con mas de veinte personas, entre acompañados y corchetes: el cual, habiendo tenido soplo de las personas que en aquella casa vivian, determinó visitallas aquella noche, y habiendo llamado á la puerta, no le oyeron, como estaban embebecidas en sus pláticas, y los corchetes con dos palancas, de que de noche andan cargados para semejantes efectos, desquiciaron la puerta, y subieron tan queditos, que no fuéron sentidos; y desde el principio de los documentos de la tia, hasta la pendencia de la Grijalva estuvo oyendo el corregidor sin perder un punto; y así, cuando entró dijo: Descomedida andais con vuestra ama, señora criada. ¡Y como si anda descomedida esta bellaca, señor corregidor, dijo Claudia, pues se ha atrevido á poner las manos do jamas han llegado otras algunas desde que Dios me arrojó á este mundo! Bien decis que os arrojó, dijo el corregidor, porque vos no sois buena sino para arrojada. Cubríos, honrada, y cúbranse todas, y vénganse á la cárcel. ¡A la cárcel, señor! ¿Por qué? dijo Claudia. ¿A las personas de mi calidad y estofa úsase en esta tierra tratallas desta manera? No déis mas voces, señora, que habeis de venir sin duda, mal que os pese, y con vos esta señora colegial trilingüe en el desfrute de su heredad. Que me maten, dijo la Grijalva, si el señor corregidor no lo ha oido todo; que aquello de las tres pringües, por lo de Esperanza lo ha dicho. Llegóse en esto D. Félix y habló aparte al corregidor, suplicándole no las llevase, que él las tomaba en fiado. mas no pudieron aprovechar con él los ruegos, ni ménos las promesas.

Empero quiso la suerte que entre la gente que acompañaba al corregidor venian los dos estudiantes manchegos, y se hallaron presentes á toda esta historia; y viendo lo que pasaba, y que en todas maneras habian de ir á la cárcel Esperanza, Claudia y la Grijalva, en un instante se concertaron entre sí en lo que habian de hacer; y sin ser sentidos se salieron de la casa, y se pusieron en cierta calle tras canton por donde habian de pasar las presas, con seis amigos de su traza y que luego les deparó su buena ventura, á quienes rogaron les ayudasen en un hecho de importancia contra la justicia del lugar, para cuyo efecto los hallaron mas prontos y listos que si fuera para ir á algun solemne banquete. De allí á poco asomó la justicia con las prisioneras, y ántes que llegasen, pusieron mano los estudiantes con tal brio y denuedo, que á poco rato no les esperó porquero en la calle, si bien no pudieron librar mas que á la Esperanza: porque así como los corchetes vieron trabada la pelea, los que llevaban á Claudia y á la Grijalva se fuéron con ellas por otra calle, y las pusieron en la cárcel. El corregidor, corrido y afrentado, se fué á su casa, D. Félix á la suya, y los estudiantes á su posada. Y queriendo el que habia quitado á Esperanza á la justicia gozarla aquella noche, el otro no lo quiso consentir, ántes le amenazó de muerte si tal hiciese.

¡Oh milagros del amor! Oh fuerzas poderosas del deseo! Digo esto, porque viendo el estudiante de la presa que el otro su compañero con tanto ahinco y véras le prohibia el gozalla, sin hacer otro discurso, y sin mirar cuál le estaba lo que queria hacer, dijo: Ahora pues, ya que vos no consentis que yo goce á la que tanto me ha costado, y no quereis que por amiga me entregue en ella, á lo ménos no me podréis negar que como á mujer legítima no me la habeis, ni podeis, ni debeis quitar; y volviendo á la moza, á quien de la mano no habia dejado, le dijo: Esta mano, que hasta aquí os he dado, señora de mi alma, como defensor vuestro, ahora, si vos quereis, os la doy como legítimo esposo y marido. La Esperanza, que de mas bajo partido fuera contenta, al punto que vió el que se la ofrecia, dijo que sí y que resí, no una, sino muchas veces, y abrazóle como á su señor y marido. El compañero, admirado de ver tan extraña resolucion, sin decirles nada se quitó de delante y se fué á su aposento. El desposado, temeroso de que sus amigos y conocidos le estorbasen el fin de su deseo y le impidiesen el casamiento, que aun no estaba hecho con las debidas circunstancias, aquella misma noche se fué al meson donde posaba el arriero de su tierra. Quiso la buena suerte de Esperanza que el tal arriero se partia al otro dia por la mañana, con el cual se fuéron; y segun se dijo, llegó á casa de su padre, donde le dió á entender que aquella señora que allí traia era hija de un caballero principal; y que la habia sacado de casa de su padre, dándole palabra de casamiento. Era el padre viejo, y creyó fácilmente cuanto le decia el hijo; y viendo la buena cara de la nuera, se tuvo por mas que satisfecho, y alabó como mejor supo la buena determinacion de su hijo,

No le sucedió así á Claudia, porque se le averiguó por su misma confesion, que la Esperanza no era su sobrina ni parienta, sino una niña á quien habia tomado de la puerta de una iglesia, y que á ella y á otras, que en su poder habia tenido, las habia vendido por doncellas muchas veces á diferentes personas, y que desto se mantenia y esto tenia por oficio y ejercicio. Averiguósele tambien tener sus puntas de hechicera, por cuyos delitos el corregidor la sentenció á cuatrocientos azotes y á estar en una escalera, con una jaula y coroza en medio de la plaza; que fué el mejor dia que aquel año tuvieron los muchachos de Salamanca.

Súpose luego el casamiento del estudiante; y aunque algunos escribieron á su padre la verdad del caso y la calidad de la nuera, ella se habia dado con su astucia y discrecion tan buena maña en contentar y servir al viejo suegro, que aunque mayores males le dijeran della, no quisiera haber dejado de alcanzarla por hija: tal fuerza tienen la discrecion y la hermosura. Y tal fin y paradero tuvo la señora Claudia de Astudillo y Quiñones, y tal le tengan todas cuantas su vida y proceder tuvieren.

FIN DE LAS NOVELAS EJEMPLARES.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

DEDICATORIA

Al duque de Béjar, marques de Gibraleon, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos.

En fe del buen acogimiento y honra que hace vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz el *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* al abrigo del clarísimo nombre de vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor y ménos justicia los trabajos ajenos: que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

Desocupado lector: Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿qué podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno; bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de *Don Quijote*, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres, pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el mas pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epígramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiria; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que

había de hacer á la historia de *Don Quijote*, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerl
ni ménos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿cómo quereis vos que n
me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cab
de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis año
a cuestas con una leyenda seca como un esparto, ajena de invencion, menguada de estilo, po
bre de concetos, y falta de toda erudicion y dotrina, sin acotaciones en las márgenes y si
anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos
profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofo
que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuente
¡Pues qué cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otro
doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pin
tado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento
un regalo oirle ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el már
gen, ni qué anotar en el fin, ni ménos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, com
hacen todos por las letras del A, B, C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte,
en Zóilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer m
libro de sonetos al principio, á lo ménos de sonetos cuyos autores sean duques, marquese
condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiale
amigos, yo sé que me los darian, y tales, que no los igualasen los de aquellos que tienen ma
nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor *Don Quijote* se quede sepul
tado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosa
como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letra
y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores que digan lo qu
yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes : bas
tante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido. Oyendo lo cual mi amigo, dándos
una palmada en la frente y disparando en una larga risa, me dijo : Por Dios, hermano, qu
ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha
que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestra
acciones. Peró ahora veo que estáis tan léjos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Cómo que es posible, que cosas de tan poco momento, y tan fáciles de remediar, puedan
tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á
romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad,
sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues
estadme atento, y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y
remedio todas las faltas que decis que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz
del mundo la historia de vuestro famoso *Don Quijote*, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de qué modo pensais llenar el vacío
de mi temor, y reducir á claridad el cáos de mi confusion? A lo cual él dijo : Lo primero en
que reparais de los sonetos, epígramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de
personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo tomeís algun trabajo en
hacerlos, y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al
preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que
fuéron famosos poetas : y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres
que por detras os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya
que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos
que pusiéredes en vuesta historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencais ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo menos que os cuesten poco trabajo
el buscallos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio :

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte,
acudid luego con :

Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entráos luego al punto por la
Escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo
ménos del mismo Dios : *Ego autem dico vobis : Diligite inimicos vestros.* Si tratáredes de malos
pensamientos, acudid con el Evangelio. *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad
de los amigos, ahí está Caton que os dará su dístico :

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombrais algun gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golias, y con solo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner : *El gigante Golias ó Goliat fué un filisteo á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.*

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo : *El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Españas : tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro*, etc. Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro : si de mujeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito : si de crueles, Ovidio os entregará á Medea : si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe : si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, toparéis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas; y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca, *Del Amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion, no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decis. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro ; que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto mas, que si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decis que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada S. Basilio, ni alcanzó Ciceron ; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oracion y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion; dando á entender vuestros concetos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas; que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y dellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso *Don Quijote de la Mancha*, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fué el mas casto enamorado y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. *Vale.*

AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-
Libro, fueres con letu-
No te dirá el boquiru-
Que no pones bien los de-
Mas si el pan no se te cue-
Por ir á manos de idio-
Verás de manos á bo-
Aun no dar una en el cla-
Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio-
Y pués la experiencia ense-
Que el que á buen árbol se arri-
Buena sombra le cobi-
En Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
Que da príncipes por fru-
En el cual florece un du-
Que es nuevo Alejandro Ma-
Llega á su sombra, que á osa-
Favorece la fortu-
De un noble hidalgo manche-
Contarás las aventu-
A quien ociosas letu-
Trastornaron la cabe-

Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo-
Que cual Orlando furio-
Templado á lo enamora-
Alcanzó á fuerza de bra-
A Dulcinea del Tobo-
No indiscretos hierogli-
Estampes en el escu-
Que, cuando es todo figu-
Con ruines puntos se embi-
Si en la direccion te humi-
No dirá mofante algu-
Que Don Alvaro de Lu-
Que Aníbal el de Carta-
Que el rey Francisco en Espa-
Se queja de la fortu-
Pues al cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan lati-
Hablar latines rehu-
No me despuntes de agu-
Ni me alegues con filo-
Porque torciendo la bo-
Dirá el que entiende la le-

No un palmo de las ore-
¿Para qué conmigo flo-
No te metas en dibu-
Ni en saber vidas aje-
Que en lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu-
Que suelen en caperu-
Darles á los que grace-
Mas tú quémate las ce-
Solo en cobrar buena fa-
Que el que imprime neceda-
Dalas á censo perpe-
Advierte que es desati-
Siendo de vidrio el teja-
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci-
Deja que el hombre de jui-
En las obras que compo-
Se vaya con piés de plo-
Que el que saca á luz pape-
Para entretener donce-
Escribe á tontas y á lo-

—

AMADIS DE GAULA Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida
Que tuve ausente y desdeñado sobre
El gran ribazo de la Peña Pobre,
De alegre á penitencia reducida:
Tú, á quien los ojos dieron la bebida
De abundante licor, aunque salobre,
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida:
Vive seguro de que eternamente,
En tanto al ménos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

DON BELIANIS DE GRECIA Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice
Mas que en el orbe caballero andante;
Fuí diestro, fuí valiente y arrogante,
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas dí á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve á mis piés postrada la fortuna;
Y trajo del copete mi cordura
A la calva ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ó gran Quijote.

LA SEÑORA ORIANA A DULCINEA DEL TOBOSO.

SONETO.

¡Oh quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso.
Y trocara su Lóndres con tu aldea!
Oh quién de tus deseos y librea
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
Oh quién tan castamente se escapara
Del señor Amadís, como tú hiciste
Del comedido hidalgo Don Quijote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN, ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA, A SANCHO PANZA, ESCUDERO DE D. QUIJOTE.

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada ó la hoz poco repuna
Al andante ejercicio, ya está en uso
La llaneza escudera con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español Ovidio
Con buzcorona te hace reverencia.

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO, A SANCHO PANZA Y ROCINANTE.

Soy Sancho Panza escude-
Del manchego Don Quijo-
Puse piés en polvoro-
Por vivir á lo discre-
Que el Tácito Villadie-
Toda su razon de esta-
Cifró en una retira-
Segun siente Celesti-
Libro en mi opinion divi-
Si encubriera mas lo huma-

Soy rocinante el famo-
Bisnieto del gran Babie-
Por pecados de flaque-
Fuí á poder de un Don Quijo-
Parejas corrí á lo flo-
Mas por uña de caba-
No se me escapó ceba-
Que esto saqué á Lazari-
Cuando para hurtar el vi-
Al ciego le dí la pa-

ORLANDO FURIOSO A D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Si no eres par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy, Quijote, que perdido
Por Angélica vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberbio moro
Y cita fiero domas, que hoy nos llama
Iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO A D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

A vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el dia.
Imperios desprecié, y la monarquía
Que me ofreció el Oriente rojo en vano,
Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mia.
Améla por milagro único y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sabia.

DE SOLISDAN A D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Magüer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
Por hombre de obras viles y soeces.
Serán vuesas fazañas los jöeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
Siendo vegadas mil apaleado
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desman vueso conhorte sea
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIALOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE.

SONETO.

B. ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. ¿Pues qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Andá, señor, que estáis muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno sé es de la cuna á la mortaja.
¿Queréislo ver? miraldo enamorado.
B. ¿Es necedad amar? *R.* No es gran prudencia.
B. Metafísico estáis. *R.* Es que no como.
B. Quejáos del escudero. *R.* No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero ó mayordomo,
Son tan rocines como Rocinante?

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viérnes, algun palomino de añadidura los domingos, consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijano. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías, con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos, y de todos ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecian de perlas, y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafío, donde en muchas partes hallaba escrito: *La razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y tambien cuando leia: *Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que D. Belianis daba y recebia, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pié de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Ingalaterra ó Amadís de Gaula: mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar era D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo; que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolucion, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él que el Cid Ruy Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteon, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reinaldos de Montalban, y mas cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia y aun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamas dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado, por el valor de su brazo, por lo ménos del imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa á poner en

efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habian sido de sus bisabuelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro, la tornó á hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia mas cuartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria; porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodárselo de manera, que declarase quién habia sido ántes que fuese de caballero andante, y lo que era entónces; pues estaba muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía á la nueva órden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar Rocinante, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin, ántes de lo que ahora era, que era ántes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar Don Quijote: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse Don Quijote de la Mancha, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmádose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: Si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas, como se debe, alabado caballero D. Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡Oh cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora, de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque segun se entiende, ella jamas lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino y significativo, como todos los demas que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPITULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso D. Quijote.

Hechas pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana ántes del dia (que era uno de los calurosos del mes de julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con quánta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apénas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fué que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á la ley de caballería, ni podia ni debia tomar armas con ningun caballero; y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: ¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apénas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz

de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apénas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba); y añadió diciendo: Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fué la del Puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no léjos del camino por donde iba una venta, que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion, le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veia ó imaginaba le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatros torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa para llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraidas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á D. Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida. Y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero D. Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca á la órden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera que D. Quijote vino á correrse, y á decirles: Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mio non es de al que de serviros. El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaban en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo D. Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta), respondió: Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc. Pensó el huésped que el haberle llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no ménos ladron que Caco, ni ménos maleante que estudiante ó paje. Y así le respondió: Segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto mas en una noche. Y diciendo esto fué á tener del estribo á D. Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dijo luego al huésped, que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como D. Quijote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado

el peto y el espaldar, jamas supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y D. Quijote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepais mi nombre ántes de toda sazon; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra; solo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Cualquiera yantaria yo, respondió D. Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. A dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió D. Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me dén ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Cuanto mas que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponia, y así una de aquellas señoras servia deste menester. Mas el darle de beber no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recebia en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces: con lo cual acabó de confirmar D. Quijote que estaba en algun famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candial, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recebir la órden de caballería.

CAPITULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo D. Quijote en armarse caballero.

Y así fatigado deste pensamiento abrió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciéndole: No me levantaré jamas de donde estoy, valeroso caballero, fasta que vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero, qué vió á su huésped á sus piés, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamas quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo ménos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió D. Quijote; y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho era un poco socarron y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oir semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba, y que tal propuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia y como su gallarda presencia mostraba; y que él ansimismo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, islas de Riaran, Compas de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde habia ejercitado la lijereza de sus piés y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España: y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díjole tambien, que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser mas en el mundo. Preguntóle si traia dineros: respondió D. Quijote que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido. A esto dijo el ventero que se engañaba;

que puesto caso que en las historias no se escribia por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trujeron; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian y salian heridos, habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno no hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse: y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia; porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes: y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que veria cuán bien se hallaba con ellas, cuando ménos se pensase. Prometióle D. Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba; y recogiéndolas D. Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazon de caballería que esperaba. Admirándose de tan extraño género de locura, fuéronselo á mirar desde léjos, y vieron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de D. Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo: O tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), ántes trabando de las correas las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por D. Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: Acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo: y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el arriero) llegó otro con la misma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar D. Quijote palabra y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza; y sin hacerla pedazos hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto D. Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: ¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio: ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña ventura está atendiendo! Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pié atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde léjos á llover piedras sobre D. Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria aunque los matase á todos. Tambien D. Quijote las daba mayores llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recebido la órden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno; tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar, y darle la negra órden de caballería luego, ántes que otra desgracia sucediese: y así llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole, como ya le habia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer; y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto mas que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó D. Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese

otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria. Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde D. Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un gran golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenian la risa á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides. D. Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese, le serviria y le tendria por señor. D. Quijote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la cual tambien rogó D. Quijote que se pusiese don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora D. Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped le dijo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.

CAPITULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba sería cuando D. Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, en especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el cual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los piés en el suelo. No habia andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba, y apénas las hubo oido, cuando dijo: Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda: y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprension y consejo, porque decia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el hato. Y viendo D. Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua), que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: Señor caballero, este muchacho que estoy castigando, es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente delante de mí, ruin villano? dijo D. Quijote: por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desataldo luego. El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó D. Quijote que cuánto le debia su amo. El dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta D. Quijote, y halló que montaba sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no queria morir por ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó D. Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado; así que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros. Véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dijo el muchacho, mas? ¡Mal año! no, señor, ni por pienso, porque en viéndose

solo, me desollará como á un S. Bartolomé. No hará tal, replicó D. Quijote, basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que he recebido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recebido órden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió D. Quijote, que Haldudos puede haber caballeros, cuanto mas que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dijo Andres; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho un real sobre otro, y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dijo D. Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quién os manda esto, para quedar con mas véras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso D. Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y díjole: Venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Eso juro yo, dijo Andres, y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo. Tambien lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios, veréis cómo no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades: pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso D. Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas; pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo; y desta manera deshizo el agravio el valeroso D. Quijote. El cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será D. Quijote de la Mancha, el cual como todo el mundo sabe, ayer recebió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo; y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió D. Quijote un grande tropel de gente, que, como despues se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pié. Apénas los divisó D. Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer: y así con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba); y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oir, levantó D. Quijote la voz, y con ademan arrogante dijo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son destas razones, y á ver la extraña figura del que las decia; y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño: mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia; y uno de ellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo: Señor caballero, nosotros no conocemos quién es esa buena señora que decis; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesarémos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó D. Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ahora vengais uno á uno como pide la órden de caballería, ora todos juntos como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida, y mas siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato desa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedarémos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado. Y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced dirémos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió D. Qui-

jote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, si no mas derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamas pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podia, estaba diciendo: Non fuyais, gente cobarde, gente cautiva; atended, que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro D. Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto, y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovia, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual despues que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPITULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo pues que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su locura á la memoria aquel de Baldovinos y del marques de Mantua cuando Carloto le dejó herido en la montiña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él que le venía de molde para el paso en que se hallaba; y así con muestras de grande sentimiento se comenzó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿Donde estás, señora mia,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora;
O eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen:

O noble marques de Mantua,
Mi tio y señor carnal.

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venía de llevar una carga de trigo al molino; el cual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia que tan tristemente se quejaba. D. Quijote creyó sin duda que aquel era el marques de Mantua, su tio, y así no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del emperante, con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba echa pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo, y apénas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: Señor Quijada (que así se debia de llamar cuando él tenia juicio y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte? Pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sosega. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomo de la rienda y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo bien pensativo de oir los disparates que D. Quijote decia; y no ménos iba D. Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dijese qué mal sentia: y no parece sino que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos; porque en aquel punto, olvidándose de Baldovinos, se acordó del moro Abindarraez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narvaez, le prendió y llevó preso á su alcaidía. De suerte, que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narvaez, del mismo modo que él habia leido la historia en *La Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábase priesa á llegar al pueblo por excusar el enfado que D. Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de la cual dijo: Sepa vuestra merced, señor D. Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Jarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballería que se han visto, vean ni verán en el mundo. A esto respondió el labrador: Mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí! que yo no soy D. Rodrigo de Narvaez, ni el marques de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino, ni vuestra merced es Baldovinos ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quijada. Yo sé quién soy, respondió D. Quijote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese

algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo y en casa de D. Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de D. Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces: ¿Qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Perez (que así se llamaba el cura), de la desgracia de mi señor? Seis dias há que no parecen él ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio, que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces hablando entre sí que queria hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y aun decia mas: Sepa, señor maese Nicolas (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansacio decia que era sangre de las feridas que habia recebido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traido el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran ántes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes. Esto digo yo tambien, dijo el cura, y á fe que no se pase el dia de mañana sin que dellos no se haga auto público, y sean condenados al fuego, por que no dén ocasion á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y D. Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: Abran vuestras mercedes al señor Baldovinos y al señor marques de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. El dijo: Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese si fuere posible á la sabia Urganda que cure y cate mis feridas. Mirá en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decia á mí bien mi corazon, del pié que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda le sabrémos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole las feridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caida con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los mas desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los queme mañana ántes que llegue la noche. Hiciéronle á D. Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy á la larga del labrador del modo que habia hallado á D. Quijote. El se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolas, con el cual se vino á casa de D. Quijote.

CAPITULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aun todavía dormia. Pidió las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: Tome vuestra merced, señor licenciado, rocie este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarlos fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolas le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadís de Gaula*, y dijo el cura: Parece cosa de misterio esta, porque, segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y orígen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una seta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No, señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dijo el barbero, *Las Sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadís de Gaula. Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dijo el cura. Este que viene, dijo el barbero, es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo

que creo, son del mismo linaje de Amadís. Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel, y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante. Dese parecer soy yo, dijo el barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues así es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo. ¿Quién es ese tonel? dijo el cura. Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Laura.* El autor dese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardin de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor ménos mentiroso: solo sé decir, que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue es *Florismarte de Hircania,* dijo el barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura: pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo: al corral con él y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondió ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es *El caballero Platir,* dijo el barbero. Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia; acompañe á los demas sin réplica, y así fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título *El caballero de la Cruz.* Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir tras la cruz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dijo: este es *Espejo de Caballerías.* Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalban, con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto: al cual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el cura; y aquí le perdonáramos al señor capitan que no le hubiera traido á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, exceptuando á un *Bernardo del Carpio,* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles,* que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Ingalaterra,* lo cual visto por el licenciado, dijo: Esa *Oliva* se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa *Palma* de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolas, que este y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianis.* Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia; para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejeis leer á ninguno. Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los piés del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decia: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.* Válame Dios, dijo el cura dando una gran voz, ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempo. Aquí está D. Quirieleison de Montalban, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalban, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen, y mueren en sus camas y hacen testamento ántes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso os digo, que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevadle á casa y leelde, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho. Así será, respondió el barbero; pero ¿qué harémos destos pequeños libros que quedan? Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballería, sino de poesía; y abriendo uno vió que era *La Diana*, de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mismo género): Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero. ¡Ay, señor! dijo la sobrina, bien

los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas; porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que segun dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino*; y estotro, que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero abriendo otro: *Los diez libros de Fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo. Por las órdenes que recebí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo; y el que no le ha leido, puede hacer cuenta que no ha leido jamas cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son *El pastor de Iberia, Ninfas de Henáres* y *Desengaño de celos*. Pues no hay mas que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar. Este que viene es *El pastor de Fílida*. No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero: *Tesoro de varias poesías*. Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heróicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero, *El cancionero* de Lopez Maldonado. Tambien el autor dese libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fué mucho; guárdese con los escogidos. ¿Pero qué libro es ese que está junto á él? *La Galatea* de Miguel de Cervántes, dijo el barbero. Muchos años há que es grande amigo mio ese Cervántes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el barbero, y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana*, de D. Alonso de Ercilla; *La Austriada*, de Juan Rufo, jurado de Córdoba; y *el Monserrate*, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano. Todos estos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen, pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*. Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

CAPITULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha.

Estando en esto, comenzó á dar voces Don Quijote diciendo: Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y así se cree que fuéron al fuego sin ser vistos ni oidos *La Carolea* y *Leon de España*, con los hechos del emperador, compuestos por D. Luis de Avila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á D. Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura, le dijo: Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin mas ni mas llevar la vitoria de este torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está malferido. Ferido no, dijo D. Quijote; pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de D. Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías. Mas no me llamaria yo Reinaldo de Montalban, si en levantándome deste lecho, no me lo pagare á pesar de todos sus encantamentos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refran en ellos de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entónces para el mal de su amigo,

fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase, no los hallase (quizá quitando la causa cesaria el efecto), y que dijesen que un encantador se los habia llevado y el aposento y todo; y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó D. Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo: ¿Qué aposento ó qué anda buscando vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama, que al tiempo de partirse aquel mal viejo dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo tambien que se llamaba el sabio Duñaton. Freston diria, dijo D. Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Friston ó Friton; solo sé que acabó en *ton* su nombre. Así es, dijo D. Quijote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado. ¿Quién duda eso? dijo la sobrina; ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados? ¡Oh sobrina mia, respondió D. Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta! primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos; en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decia que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó D. Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se le puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas D. Quijote que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego D. Quijote órden en buscar dineros, y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. El dijo que sí llevaria, y que ansimismo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba ducho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco D. Quijote, imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traido escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo eso determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni D. Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese: en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó D. Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia tomado en su primer viaje, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con ménos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo: Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual le respondió D. Quijote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, ántes pienso aventajarme en ella, porque ellos, algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo ménos de marques de algun valle ó provincia de poco mas ó ménos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que ántes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que vues-

tra merced dice, por lo ménos Juana Gutierrez, mi oislo, vendria á ser reina y mis hijos infantes. ¿Pues quién lo duda? respondió D. Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió D. Quijote, que él le dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con ménos que con ser adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPITULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso D. Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como D. Quijote los vió, dijo á su escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzarémos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen, no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió D. Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, ántes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por D. Quijote, dijo: Pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras están sujetas á continua mudanza: cuanto mas que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decia D. Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: Yo me acuerdo haber leido que un caballero español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Héte dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apénas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caida. Así es la verdad, respondió D. Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir D. Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse cómo y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entónces no habia leido cosa en contrario en la órden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entónces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detras de su amo muy de espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo sino por mucho descanso andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles,

y del uno dellos desgajó D. Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió D. Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche ántes, y afligiósele el corazon por parecerle que no llevaba camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse D. Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descubrieron. Aquí, dijo en viéndole D. Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quiere agraviarle. No digo yo ménos, respondió D. Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el dia del domingo. Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venía un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venía en el coche, como despues se supo, una señora vizcaina que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apénas los divisó D. Quijote, cuando dijo á su escudero: O yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió D. Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo: Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas; si no, aparejáos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de D. Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo D. Quijote; y sin esperar mas respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas lijero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose lijeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor D. Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya D. Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido. Y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro, y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. D. Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: La vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo. Y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo D. Quijote de la Mancha, caballero andante, y cautivo de la sin par y hermosa D.ª Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habeis recebido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad lo fecho. Todo esto que D. Quijote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaino; el cual viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para D. Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaina, desta manera: Anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así *te matas* como estás ahí vizcaino. Entendióle muy bien D. Qui-



jote, y con mucho sosiego le respondió: Si fueras caballero como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el vizcaíno: ¿Yo no caballero? juro á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa. Ahora lo veredes, dijo Agrages, respondió Don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno con determinacion de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fuéron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de allí algun poco, y desde léjos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á D. Quijote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. D. Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: ¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que D. Quijote; y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías, no podia dar un paso. Venía pues, como se ha dicho, D. Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto con determinacion de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimismo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló mas escrito destas hazañas de D. Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen: y así con esta imaginacion no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

CAPITULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso D. Quijote con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban, por lo ménos se dividirian y fenderian de arriba abajo, y abririan como una granada; y en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías, por mas escondidas que fuesen; y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como *Desengaño de celos*, y *Ninfas y Pastores de Henáres*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español D. Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algun follon ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mí no se me debe negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia: aunque bien sé, que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó pues el hallarlo en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcaná de Toledo, llegó un

muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero; y como soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vilo con caractéres que conocí ser arábigos, y puesto que aunque los conocia, no los sabía leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado que los leyese; y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir: preguntéle que de qué se reia, y respondióme que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion. Díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa, dijo: Está, como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: *Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha*. Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de D. Quijote. Con esta imaginacion le dí priesa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decia: *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recebí cuando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el cláustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de D. Quijote, en lengua castellana sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere. Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de D. Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenia á los piés escrito el vizcaíno un título que decia: *D. Sancho de Azpeitia*, que sin duda debia de ser su nombre, y á los piés de Rocinante estaba otro que decia: *D. Quijote*. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los piés del cual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos; aunque por ser tan nuestros enemigos, ántes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado; y así me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interes ni el miedo, el rencor ni la aficion no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor, ántes que por falta del sugeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traduccion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. ¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando D. Quijote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha lijereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, si no, que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado que no podia responder palabra, y él lo pasara muy mal, segun estaba ciego D. Quijote, si las señoras del coche, que hasta entónces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho en-

carecimiento les hiciese tan grande merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero. A lo cual D. Quijote respondió con mucho entono y gravedad: Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par D.ª Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que D. Quijote pedia, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe desa palabra, yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPITULO X.

De los graciosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero.

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor D. Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y ántes que subiese, se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano, se la besó y le dijo: Sea vuestra merced servido, señor D. Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. A lo cual respondió D. Quijote: Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja ménos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante; y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: Paréceme, señor, que sería acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que segun quedó mal trecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que dén noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dijo D. Quijote: ¿y dónde has visto tú ó leido jamas que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió D. Quijote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, ¿hás tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leido en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que se le va mucha sangre desa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien excusado, respondió D. Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas. ¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió D. Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna; y así cuando yo le haga y te le dé, no tienes mas que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sotileza, ántes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajalla igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta dese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora, si tiene mucha costa el hacelle. Con ménos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió don Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñármele? Calla, amigo, respondió D. Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento, mas cuando D. Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo, dijo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los santos cuatro evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marques de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldovinos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dijo: Advierta vuestra merced, señor D. Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió D. Quijote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confir-

mole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero. Y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mismo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dó al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si no, dígame ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marques de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engáñaste en eso, dijo D. Quijote, porque no habrémos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la bella. Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas, que por ser en tierra firme, te debes mas alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aquí trayo una cebolla y un poco de queso, y no sé cuántos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. ¡Qué mal lo entiendes! respondió D. Quijote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leido tantas historias como yo; que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé, ni he caido en las reglas de la profesion caballeresca, y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero; y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó D. Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar dese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que traia, comieron los dos en buena paz y compaña. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí; que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo que facilitabá la prueba de su caballería.

CAPITULO XI.

De lo que le sucedió á D. Quijote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban. Y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á D. Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del reves le pusieron. Sentóse D. Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo: Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dijo Sancho, pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pié y á mis solas, como sentado á par de un emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho; que estas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio para desde

aquí al fin del mundo. Con todo eso, te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza; y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que D. Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y trasparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interes alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias de cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entónces la poseian. Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin mas vestido de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra: y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del intereso, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entónces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Más tardó en hablar D. Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo: Para que con mas véras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear. Apénas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiendo que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dijo: Desa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo; y sin hacerse mas de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.
Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo;
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches
Y honestísimos desvíos
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesía,
De la que tienes coligo
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.
Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Mas de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lúnes
Lo que me honraba el domingo.
Como el amor y la gala
Andan un mismo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quise mostrarme polido.
Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto,
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas
Que de tu belleza he dicho,
Que, aunque verdaderas, hacen
Ser yò de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabándote, me dijo:
Tal piensa que adora un ángel,
Y viene á adorar á un jimio;
Merced á los muchos dijes
Y á los cabellos postizos,
Y á hipócritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.
Desmentíla, y enojóse;
Volvió por ella su primo:
Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hice, y él hizo.
No te quiero yo á monton,
Ni te pretendo y te sirvo
Por lo de barragania,
Que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo:
Pon tu cuello en la gamella,
Verás cómo pongo el mio.
Donde no, desde aquí juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque D. Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oir canciones. Y así dijo á su amo: Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió D. Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó D. Quijote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPITULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con D. Quijote.

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dijo: ¿Sabeis lo que pasa en el lugar, compañeros? ¿Cómo lo podemos saber? respondió uno dellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dijo uno. Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pié de la peña donde está la fuente del Alcornoque, porque segun es fama (y él dicen que lo dijo), aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; á lo ménos yo no dejaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al lugar. Todos harémos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echarémos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dijo uno dellos, aunque no será menester usar desa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro dia me pasó este pié. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y D. Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquel, y qué pastora aquella: á lo cual Pedro respondió, que lo que sabía era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo D. Quijote. Mas Pedro no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo: Asimesmo adevinaba cuándo habia de ser el año abundante ó estil. Estéril quereis decir, amigo, dijo D. Quijote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decia se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba diciéndoles: Sembrad este año cebada, no trigo, en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite, los tres siguientes no se cogerá gota. Esa ciencia se llama *astrologia*, dijo D. Quijote. No sé yo cómo se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabía y aun mas. Finalmente, no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traia, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredero en mucha cantidad de hacienda, ansí en muebles como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto; y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender, que el haberse mudado de traje no habia sido por otra cosa que por andarse por estos des-

poblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denántes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quién es esta rapaza; quizá y aun sin quizá no habréis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que Sarna. Decid Sarra, replicó D. Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabarémos en un año. Perdonad, amigo, dijo D. Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada mujer que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aquella cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tio suyo, sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija: y así fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecia á Dios, que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por mujer. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la vió de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y granjería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fe que se dijo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata y de todo se murmura: y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dijo D. Quijote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con muy buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demas sabréis que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por mujer la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas, dejaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; ántes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia; porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviéredes, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy léjos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mesmo árbol, como si mas claramente dijera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos embebecido y trasportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana; y cuál hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estámos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es lo que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo; y así os aconsejo, señor, que no

dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar, á aquel donde manda enterrarse, media legua. En cuidado me lo tengo, dijo D. Quijote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. ¡Oh! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dijese: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo mas de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPITULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

Mas apénas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fuéron á despertar á D. Quijote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. D. Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimismo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero, le dijo: Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor como de la pastora homicida. Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles D. Quijote qué era lo que habian oido de Marcela de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera: que uno dellos se la contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á D. Quijote habia contado. Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á D. Quijote qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió Don Quijote: La profesion de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas, solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apénas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo mas y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué queria decir caballeros andantes. ¿No han vuestras mercedes leido, respondió D. Quijote, los anales é historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que comunmente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos, ha de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro; á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste buen rey, fué instituida aquella famosa órden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de D. Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzaroto
Cuando de Bretaña vino:

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entónces de mano en mano fué aquella órden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fuéron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felismarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vimos y comunicamos y oimos al invencible y valeroso caballero D. Belianís de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la órden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo, y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me depare en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era D. Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recebieron la misma admiracion que recebian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y así le dijo: Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para

así que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro D. Quijote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad, no hace ménos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mismo capitan que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron, les faltaran encantadores y sabios que les ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas. Dese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; ántes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion como si ellas fueran su dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió D. Quijote, eso no puede ser ménos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacello en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leido que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo: y luego sin mas ni mas, á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso desta tan acelerada obra: mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano: cuanto mas, que yo tengo para mí, que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió D. Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas; y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladron. Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leido que D. Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero. A lo cual respondió nuestro D. Quijote: Señor, una golondrina sola no hace verano, cuanto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecian, era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como D. Galaor, con las véras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro D. Quijote, y dijo: Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo ménos ha ser de princesa, pues es reina y señora mia; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas. El linaje, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Vivaldo. A lo cual respondió D. Quijote: no es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos,

ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña: ni ménos de los Rebellas y Villanovas de Valencia: Palafojes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastres, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pié del trofeo de las armas de Orlando, que decia:

Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldan á prueba.

Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Como eso no habrá llegado, replicó D. Quijote. Con gran atencion iban escuchando todos los demas la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro D. Quijote. Solo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento, y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamas á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que á lo que despues pareció, eran cuál de tejo y cuál de cipres. Entre seis dellos traian unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pié de aquella montaña es el lugar donde él mandó que lo enterrasen. Por esto se dieron priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recebiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego D. Quijote y los que con él venían se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor dél tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados; y así los que esto miraban, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron, dijo á otro: Mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida, y aquí en memoria de tantas desdichas quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á D. Quijote y á los caminantes, prosiguió diciendo: Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes; cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiéndo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena, va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que déis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; ántes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistád vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así de curiosidad y de lástima dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oillo; y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo ménos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban; viendo lo cual Ambrosio, dijo: Por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada.* Oyólo Ambrosio, y dijo: Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leelde de modo que seais oido, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenian



el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que asi decia:

CAPITULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha pues, y presta atento oido,
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale y tu despecho.
El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable;
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar; el triste canto
Del invidiado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contalla pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas;
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas;
O ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas desiertas de contrato humano,
O adonde el sol jamas mostró su lumbre,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el libio llano;
Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desden; atierra la paciencia,
O verdadera ó falsa, una sospecha;
Matan los celos con rigor mas fuerte;
Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta inevitable muerte;
Mas yo; ¡milagro nunca visto! vivo
Celoso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el olvido en quien mi fuego avivo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,
Ni yo desesperado la procuro;
Antes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
¿Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
¿Tengo, si el duro celo esta delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
A la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas,
¡Oh amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Oh en el reino de amor fieros tiranos
Celos! ponedme un hierro en estas manos,
Dame, desden, una torcida soga:
¡Mas ay de mí! que con cruel victoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin; y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida,
Y la de amor antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que en fe de los males que nos hace,
Amor su imperio en justa paz mantiene;
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerado el miserable plazo
A que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon que me mueve á que la haga
A la cansada vida que aborrezco;
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De cómo alegre á tu rigor me ofrezco,
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre que el fin mio fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil mostros
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
Cancion desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó, dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabía bien los mas escondidos pensamientos de su amigo: Para que, señor, os satisfagais desa duda, es bien que sepais que cuando este desdichado escribió esta cancion, estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavava la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron ménos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apénas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le

dijo: ¿Vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija el de su padre Tarquino? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así ruego á todos los que aquí estáis, me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais, decis y aun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso, á amar á quien le ama; y mas que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habrian de parar; porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos; y sugun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto mas que habeis de considerar, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado ó como la espada aguda, que ni él que quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin los cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso: pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta léjos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras: y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno el fin de ninguno dellos, bien se puede decir que ántes le mató su porfía que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y presupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confiese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por eleccion, es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan, de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar celos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito á aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados tanto de su discreccion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual visto por D. Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é intelegibles voces dijo:

Ninguna persona, de cualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con tan claras razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, á cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. O ya que fuese por las amenazas de D. Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera:

Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.

Murió á manos del rigor
De una esquiva hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. D. Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entónces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornándole á despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de D. Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse D. Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse D. Quijote, era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo así como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció debian de tener mas gana de pacer que de ál, recebiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto D. Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo D. Quijote á Sancho: A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea: dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó D. Quijote, y sin hacer mas discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió D. Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á D. Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante, que aun no se habia levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: Señor D. Quijote, ¡ah señor D. Quijote! ¿Qué quieres, Sancho hermano, respondió D. Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? respondió D. Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que ántes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo

de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podrémos mover los piés? replicó Sancho Panza. De mí sé decir, dijo el molido caballero D. Quijote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta dónde se extiende el valor deste mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar: así que séale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condicion alguna. Lo cual oido por su amo, le respondió: Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué sería de tí, si ganándola yo te hiciese señor della, pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío? Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que mas estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudarémos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento: jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan des cuchilladas como vuestra merced dió á aquel d chado caballero andante, habia de venir por la p en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun l yas, Sancho, replicó D. Quijote, deben de estar h á semejantes nublados; pero las mias, criadas ent nabafas y holandas, claro está que sentirán mas el desta desgracia: y sino fuese porque imagino, ¿qu imagino? sé muy cierto que todas estas incomodi son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí m jaria morir de puro enojo. A esto replicó el escu Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha caballería, dígame vuestra merced si suceden muy nudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que aca porque me parece á mí que á dos cosechas queda inútiles para la tercera, si Dios por su infinita m cordia no nos socorre. Sábete, amigo Sancho, resp D. Quijote, que la vida de los caballeros andante sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni n está en potencia propincua de ser los caballeros an tes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la riencia en muchos y diversos caballeros de cuyas h rias yo tengo entera noticia; y pudiérate contar ah el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el de su brazo han subido á los altos grados que he tado, y estos mismos se vieron ántes y despues en d sas calamidades y miserias; porque el valeroso Am de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo A laus, el encantador, de quien se tiene por averiguad le dió, teniéndole preso, mas de doscientos azote las riendas de su caballo, atado á una coluna de un p y aun hay un autor secreto y de no poco crédito dice, que habiendo cogido al caballero del Febo con cierta trampa que se le hundió debajo de los piés e cierto castillo, al caer se halló en una honda sima de de tierra, atado de piés y manos, y allí le echaron destas que llaman melecinas de agua de nieve y ar de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrid aquella gran cuita de un sabio grande amigo suy pasara muy mal el pobre caballero. Así que, bien p yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afre son las que estos pasaron, que no las que ahora nos pasamos; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, no afrentan las heridas que se dan con los instrume que acaso se hallan en las manos, y esto está en l del duelo escrito por palabras expresas: que si el za tero da á otro con la horma que tiene en la mano, pu que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo e porque no pienses que puesto que quedamos desta p dencia molidos, quedamos afrentados, porque las mas que aquellos hombres traian, con que nos mac caron, no eran otras que sus estacas, y ninguno del á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni pu No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mi en tanto, porque apénas puse mano á mi tizona, cua me santiguaron los hombres con sus pinos, de mar que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de piés, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que han de quedar tan impresos en la memoria como en

spaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, re-
licó D. Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo
no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues
qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aque-
la que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte
que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas
que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo;
ero voy viendo, que no han de bastar todos los emplas-
os de un hospital para ponerlas en buen término si-
quiera. Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho,
espondió D. Quijote, que así haré yo, y veamos cómo
stá Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido
l pobre la menor parte desta desgracia. No hay de qué
maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien
aballero andante; de lo que yo me maravillo es de
que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde
nosotros salimos sin costillas. Siempre deja la ventura
una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á
ellas, dijo D. Quijote: dígolo, porque esa bestezuela po-
drá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí
desde aquí á algun castillo, donde sea curado de mis fe-
ridas. Y mas que no tendré á deshonra la tal caballería,
porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo
Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando
entró en la ciudad de las cien puertas iba muy á su pla-
cer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será
que él debia de ir caballero como vuestra merced dice,
respondió Sancho; pero hay gran diferencia del ir ca-
ballero al ir atravesado como costal de basura. A lo cual
respondió D. Quijote: Las feridas que se reciben en las
batallas, ántes dan honra que la quitan; así que, Panza
amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho,
levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera
que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de
aquí ántes que la noche venga, y nos saltee en este des-
poblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo
Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir
en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tie-
nen á mucha ventura. Eso es, dijo D. Quijote, cuando
no pueden mas, ó cuando están enamorados; y es tan
verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado
sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias
del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno
destos fué Amadís, cuando llamándose Beltenebros se
alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años ó ocho meses,
que no estoy muy bien en la cuenta; basta que él estuvo
allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le
hizo la señora Oriana: pero dejemos ya esto, Sancho, y
acaba ántes que suceda otra desgracia al jumento como
á Rocinante. Aun ahí sería el diablo, dijo Sancho; y despi-
diendo treinta ayes y sesenta sospiros, y ciento y veinte
pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levan-
tó, quedándose agobiado en la mitad del camino como
arco turquesco sin poder acabar de enderezarse; y con
todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia an-
dado algo distraido con la demasiada libertad de aquel
dia: levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua
con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo
no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á
D. Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y
llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas ó
ménos hácia donde le pareció que podia estar el camino
real; y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guian-
do, aun no hubo andado una pequeña legua, cuando le
deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que
á pesar suyo y gusto de D. Quijote habia de ser castillo.
Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no sino
castillo, y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar sin
acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin
mas averiguacion con toda su recua.

CAPITULO XVI.

De lo que sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por mujer á una no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus prójimos; y así acudió luego á curar á D. Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplia las demas faltas: no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á D. Quijote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro D. Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de D. Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon, que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó D. Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á D. Quijote, dijo que aquello mas parecian golpes, que caida. No fuéron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal; y tambien le dijo: Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podria ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con

pocos ménos cardenales que mi señor D. Quijote. ¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. D. Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. ¿Pues cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no há sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es, que si mi señor D. Quijote sana desta herida ó caída, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento D. Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: Creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: solo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo miéntras la vida me durare: y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no ménos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza, que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decia ella que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de D. Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea y una manta que ántes mostraba ser de anjeo tundido que de lana. Sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta

historia, que deste arriero hace particular mencion, p
que le conocia muy bien, y aun quieren decir que
algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benen
fué historiador muy curioso y muy puntual en todas
cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan ref
das, con ser tan mínimas y tan raras, no las quiso p
en silencio, de donde podrán tomar ejemplo los
toriadores graves, que nos cuentan las acciones
corta y sucintamente, que apénas nos llegan á los lal
dejándose en el tintero ya por descuido, por mali
ignorancia lo mas sustancial de la obra. Bien haya
veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del
libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomi*
y ¡con qué puntualidad lo describen todo! Digo p
que despues de haber visitado el arriero á su rec
dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalm
se dió á esperar á su puntualísima Maritornes. Ya es
Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dor
no lo consentia el dolor de sus costillas, y D. Quijot
el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como lie
Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no h
otra luz que la que daba una lámpara que colgad
medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud,
pensamientos que siempre nuestro caballero traia d
sucesos que á cada paso se cuentan en los libros a
res de sus desgracias, le trujo á la imaginacion un
las extrañas locuras que buenamente imaginarse
den; y fué que él se imaginó haber llegado á un fa
castillo (que como se ha dicho, castillos eran á su par
todas la ventas donde alojaba), y que la hija del ven
lo era del señor del castillo, la cual vencida de su ge
leza se habia enamorado dél, y prometido que aq
noche á furto de sus padres vendria á yacer con él
buena pieza: y teniendo toda esta quimera que é
habia fabricado, por firme y valedera, se comenzó á a
tar y á pensar en el peligroso trance en que su hon
dad se habia de ver, y propuso en su corazon de no
meter alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, au
la misma reina Ginebra con su dueña Quintañona
pusiesen delante. Pensando pues en estos disparate
llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada
la venida de la asturiana, la cual en camisa y desca
cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con
tos y atentados pasos entró en el aposento donde los
alojaban, en busca del arriero; pero apénas llegó
puerta cuando D. Quijote la sintió, y sentándose e
cama á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costi
tendió los brazos para recebir á su fermosa doncell
asturiana, que toda recogida y callando iba con las
nos delante buscando á su querido. Topó con los br
de D. Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñ
y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabr
hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camis
aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de f
símo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cu
tas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de pre
sas perlas orientales: los cabellos que en alguna ma
tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidis
oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol esc
cia; y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fi
bre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su
ca un olor suave y aromático; y finalmente él la pint
su imaginacion de la misma traza y modo que lo ha

leido en sus libros de la otra princesa que vino á ver al malferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; ántes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó á decir: Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible, y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadisima y trasudando de verse tan asida de D. Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió, y estuvo atentamente escuchando todo lo que D. Quijote decia, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando mas al lecho de D. Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y D. Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los piés mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces, no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza viendo que su amo venía, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y á allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aque bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y á otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuantas á Maritornes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño; el cual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero cuál andaba su dama, dejando á D. Quijote acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á escuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento diciendo: Ténganse á la justicia, ténganse á la Santa Hermandad; y el primero con quien topó, fué con el apuñeado de D. Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas no cesaba de decir: Favor á la justicia; pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz, diciendo: Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los dos desventurados D. Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de D. Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPITULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo D. Quijote, y con el mismo tono de voz con que el dia ántes habia llamado á su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ¿Sancho amigo, duermes? ¿Duermes, amigo Sancho? ¿Qué tengo de dormir, pesia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer así sin duda, respondió D. Quijote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber... mas esto que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro, respondió Sancho. Dígolo, replicó D. Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió D. Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guarda-

das. Sea por lo que fuere, dijo D. Quijote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía; y así has de saber que esta noche me ha sucedido una de las mas extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás que poco há que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podria decir del adorno de su persona! Qué de su gallardo entendimiento! Qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Solo te quiero decir, que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de cuatrocientos moros me han aporreado, de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿cómo llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced ménos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte! ¿Luego tambien estás tú aporreado? respondió D. Quijote. ¿No le he dicho que sí, pese á mi linaje? dijo Sancho. No tengas pena, amigo, dijo D. Quijote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanarémos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: Señor, ¿si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dejó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió D. Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: si no, díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió D. Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que aun D. Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: Pues ¿cómo va, buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió D. Quijote, si fuera que vos: ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite, dió á D. Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó á escuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo: Sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió D. Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallarémos de quién vengarnos aunque mas lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á escuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: Señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á D. Quijote, que estaba con la manos en la cabeza quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion; y luego dijo sobre la alcuza mas de ochenta pater-nostres y otras tantas ave-marías, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion: á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se habia cocido, casi media azumbre, y apénas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar de manera, que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo D. Quijote, y él tomándola á dos manos, con

buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco ménos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado. Viéndole así D. Quijote, le dijo: Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí, que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabía vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de anjeo con que se cubria, fuéron mas de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podia tener: pero D. Quijote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitárselo al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta, asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas: mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecia que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser de dolor que sentia en las costillas, á lo ménos pensábanlo aquellos que la noche ántes le habian visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo: Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías: recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recebí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego: Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen: solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. ¿Luego venta es esta? replicó D. Quijote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió D. Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es, que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamas pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pié y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero; pagueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hostalero, respondió D. Quijote, y poniendo piernas á Rocinante y terciando su lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recebido, no pagaria un solo cornado aun que le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral que tenia por límite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fuéron tantas, que llegaron á los oidos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible

acertar á escrebillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le trujo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo: Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves, aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dijo con otras mayores: ¿Por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí: y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se lo trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice della, que aunque estaba en aquel trato, tenia unas sombras y léjos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia, mas Sancho no las echó ménos segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque D. Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda no le estimaran en dos ardites.

CAPITULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Cuando así le vió D. Quijote, le dijo: Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni ménos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado; que te juró por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál estuvo que en encantamentos: y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pié derecho; y lo que sería mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen. ¡Qué poco sabes, Sancho, respondió D. Quijote, de achaque de caballería! Calla, y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio: si no, dime ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamas hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada ménos; que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió D. Quijote: pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos, y aun podria ser que me deparase la aventura aquella de Amadis, cuando se llamaba el caballero de la Ardiente Espada, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo; porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechará los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dijo D. Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban D. Quijote y su escudero, cuando vió D. Quijote que por el camino que iban, venía hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho, y le dijo: Este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra seme-

jante polvareda. Volvió á mirarlo D. Quijote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba D. Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer, y á decirle: Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo D. Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió D. Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dijo D. Quijote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿pero dónde pondrémos á este asno, que estémos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora. Así es verdad, dijo D. Quijote: lo que puedes hacer dél, es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendrémos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas que á D. Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina, hija del duque de Alfeñiquen del Algarbe. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique. El otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y lijera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano, que dice así: Rastrea mi suerte. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron, que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura. Y sin parar prosiguió diciendo: A este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los numidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Jenil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dijo: Señor, encomiendo al diablo, hombre ni gigante ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto: á lo ménos yo no los veo, quizá todo debe de ser

encantamento, como las fantasmas de anoche. ¿Cómo dices eso? respondió D. Quijote, ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo D. Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte, y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda; y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: Vuélvase vuestra merced, señor D. Quijote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir, vuélvase. ¡Desdichado del padre que me engendró! qué locura es esta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados: ¿qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió D. Quijote, ántes en altas voces iba diciendo: Ea, caballeros, los que seguis y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de véras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oídos con piedras como el puño. D. Quijote no se curaba de las piedras, ántes discurriendo á todas partes, decia: ¿Adónde estás, soberbio Alifanfaron? Vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó malferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza, y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas ántes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto; y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fuéron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer: viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: ¿No le decia yo, señor D. Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábe Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos pa cer lo que quieren, y este maligno que me persig envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcan desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo q te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y rás cómo en alejándose de aquí algun poco, se vuel en su sér primero, y dejando de ser carneros, son ho bres hechos y derechos como yo te los pinté prime Pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayu llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me falt que me parece que no me ha quedado ninguno en boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado bálsamo en el estómago de D. Quijote, y al tiempo q Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas re que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con to ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa M ría! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedid Sin duda este pecador está herido de muerte, pu vomita sangre por la boca; pero reparando un poco m en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que era sangre, sino el bálsamo del alcuza que él le hab visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revo viéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mi mo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acu dió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con q limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las h lló, estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose d nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo, volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo se vido y las esperanzas del gobierno de la prometida ins la. Levantóse en esto D. Quijote, y puesta la mano iz quierda en la boca, porque no se le acabasen de salir l dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, qu nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de le y bien acondicionado), y fuése adonde su escudero es taba de pechos sobre su asno con la mano en la mejill en guisa de hombre pensativo ademas. Y viéndole D. Qu jote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, dijo: Sábete, Sancho, que no es un hombre mas qu otro, si no hace mas que otro: todas estas borrascas qu nos suceden, son señales de que presto ha de serenar e tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque n es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aqu se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bie está ya cerca: así que, no debes congojarte por las des gracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe part dellas. ¿Cómo no? respondió Sancho, ¿por ventura que ayer mantearon, era otro que el hijo de mi padre ¿Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhaj son de otro que del mismo? ¿Qué, te faltan las alforj Sancho? dijo D. Quijote. Sí que me faltan, respond Sancho. Dese modo no tenemos que comer hoy, repli D. Quijote. Eso fuera, respondió Sancho, cuando falt ran por estos prados las yerbas que vuestra merced di que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas tan mal aventurados caballeros andantes como vuest merced es. Con todo eso, respondió D. Quijote, toma yo ahora mas aina un cuartel de pan, ó una hogaza y d cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas de

cribe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo D. Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la universidad de Paris; de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios, hijo, dijo D. Quijote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: ¿Cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió D. Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro, si no eran cinco, respondió D. Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo D. Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de la caballería: sube, amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho; y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quijadas de D. Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo D. Quijote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo, por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo D. Quijote: basta, que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá le volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen, y lo que no habia de bueno en ello, era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban, venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y D. Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello; y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y miéntras mas se llegaban, mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á D. Quijote, el cual animándose un poco dijo: Esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí, respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo! ¿adónde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dijo D. Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó D. Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser; y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene

frio de cuartana, y creció mas el batir y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta vieute encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo, enlutados hasta los piés de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo, y así fuera en cuanto D. Quijote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y cuando los vió cerca, alzó la voz, y dijo: Detenéos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venis, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais; que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, que está la venta léjos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis; y picando la mula, pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente D. Quijote, y trabando del freno, dijo: Detenéos y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no, conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzándose en los piés, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pié, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á D. Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y malferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de lijero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas no se podian mover; así que, muy á su salvo D. Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver D. Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro, diciéndole que se rindiese, si no, que le mataria. A lo cual respondió el caido: Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablos os ha traido aquí, dijo D. Quijote, siendo hombre de Iglesia? ¿Quién, señor? replicó el caido, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo D. Quijote, si no me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá vuestra merced, que aunque denántes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcobendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. ¿Quién le mató? preguntó D. Quijote. Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. De esa suerte, dijo D. Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera, si á mí mismo me matara: y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado D. Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida; y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió D. Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dijo D. Quijote, ¿y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha, y D. Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio,



que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: Si acaso quisieran saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, dirásles vuestra merced que es el famoso D. Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *el Caballero de la Triste Figura.* Con esto se fué el bachiller, y D. Quijote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura* mas entónces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá que jamas he visto: y débelo de haber causado ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió D. Quijote, sino que al sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *el de la Ardiente Espada,* cuál *el del Unicornio*, aquel el *de las Doncellas*, aqueste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grifo,* estotro *el de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo, que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua, y en el pensamiento ahora, que me llamases *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante: y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imágen ni escudo le llamarán *el de la Triste Figura*; y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse D. Quijote del donaire de Sancho; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y díjole: Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *iuxta illud: si quis suadente diabolo*, etc., aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon; cuanto mas que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo. Y cuando eso así fuese, en memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Diaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera D. Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender: el jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga; no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de piés, y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza; y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió; y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian. Mas sucediôles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XX.

De la jamas vista ni oida aventura, que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que á estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparémos donde podrémos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á D. Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba, á tiento, porque la escuridad de la noche no les deja ver cosa alguna; mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegrólos el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compas, y con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquiera otro corazon que no fuera el de D. Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero D. Quijote acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzon, y dijo: Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la

Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra. Así que, aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate adios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: agora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, ménos habrá quien nos note de cobardes. Cuanto mas, que yo he oido muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que, no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y bastan los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apénas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra, y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no ménos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que no se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo ménos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. ¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo D. Quijote, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare, respondió D. Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero, y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia, si pudiese: y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante, de manera que cuando D. Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: Ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto D. Quijote, y por mas que ponia las piernas al caballo, ménos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo: Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿A qué llamas apear, ó á que dormir? dijo D. Quijote. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole D. Quijote que contase algun cuento para entretenerle, como se lo habia prometido: á lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oia; pero con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo. Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar; y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino, ro-

mano, que dice: *y el mal para quien le fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dijo D. Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva, era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico... Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo D. Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Di como quisieres, respondió D. Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tú? dijo D. Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien cuando lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo: así que, yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en homecillo y mala voluntad, y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra é irse donde sus ojos no la viesen jamas: la Torralva, que se vió desdeñada de Lope, luego le quiso bien, más que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mujeres, dijo D. Quijote, desdeñar á quien las quiere y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva que lo supo, se fué tras él, y seguíale á pié y descalza desde léjos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé que botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venía ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas: mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él, que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél. Sigo pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso; y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dijo D. Quijote, no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho. Yo ¿qué diablos sé? respondió D. Quijote. Hé ahí lo que yo dije que tuviese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Cómo puede ser eso? respondió D. Quijote; ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número, no puedes seguir adelante con la historia? No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habian pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dijo D. Quijote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho. Dígote de verdad, respondió D. Quijote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dijo D. Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante; tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana, que ya venía, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz, fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia; pero con todas estas diligencias fué tan

desdichado, que al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyólo D. Quijote, y dijo. ¿Qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado. Mas como D. Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apénas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Sí tengo, respondió Sancho; ¿mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió D. Quijote. Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo D. Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió D. Quijote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante, y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabía hacer. Viendo pues D. Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió D. Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura: sintió tambien que el golpear no cesaba, pero no vió quién lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento ántes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. (Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido, y por lo ménos cristiano viejo.) Cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza : guna, ántes disimulando lo mejor que pudo, comenz caminar hácia la parte por donde le pareció que el rui del agua y del golpear venía. Seguíale Sancho á pié, l vando, como tenia de costumbre, del cabestro á su j mento, perpetuo compañero de sus prósperas y adv sas fortunas; y habiendo andado una buena pieza p entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en pradecillo, que al pié de unas altas peñas se hacia, de cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua; pié de las peñas estaban unas casas mal hechas, que m parecian ruinas de edificios, que casas, de entre las c les advirtieron que salia el ruido y estruendo de aq golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante c el estruendo del agua y de los golpes, y sosegánd D. Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, enc mendándose de todo corazon á su señora, suplicánd que en aquella temerosa jornada y empresa le favor ciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios q no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cu alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre l piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan su penso y medroso le tenia. Otros cien pasos serían los q anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció de cubierta y patente la misma causa, sin que pudiese s otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruid que tan suspensos y medrosos toda la dicha noche l habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesa dumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus al ternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuand D. Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arrib abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinad sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tam bien D. Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillo hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señale de querer reventar con ella, y no pudo su melancolí tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar d reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa, con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo D. Quijote, y mas cuando le oyó decir como por modo de fisga: Has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues D. Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos tales, que si como los recebió en las espaldas los recebiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas véras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais no me burlo yo, respondió D. Quijote. Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos, que si como estos fuéron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado,

á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batanes ó no? Y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habeis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía: pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? A lo ménos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto. No niego yo, respondió D. Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. A lo ménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya, que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar; y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dijo D. Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre; y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en cuantos libros de caballerías he leido, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya en que me estimas en poco; mia en que no me dejo estimar en mas: sí, que Gandalin, escudero de Amadís de Gaula, conde fué de la Ínsula Firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblando el cuerpo *more turquesco*. ¿Pues qué dirémos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero; así que, desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro: las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo ménos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias como peones de albañir. No creo yo, respondió D. Quijote, que jamás los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podria suceder; que aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo: porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dijo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desa manera, replicó D. Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPITULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento D. Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habian llevado el dia de ántes. De allí á poco descubrió D. Quijote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apénas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo: Paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todas son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: Donde una puerta se cierra otra se abre. Dígolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche: digo esto, porque si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó D. Quijote, ¿qué va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. ¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo D. Quijote: dime, ¿no ves aquel caballero que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo D. Quijote: apártate á una parte, y déjame con él á solas, verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano

sea y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso mas eso de los batanes, dijo D. Quijote, que voto... y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso que el yelmo y el caballo y caballero que D. Quijote veia, era esto : que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él sí, y así el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero, y traia una bacía de azófar : y quiso la suerte, que al tiempo que venia comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion que á D. Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro; que todas las cosas que veia con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos : y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con él lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte : mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: Defiéndete, cautiva criatura, ó entrégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó mas lijero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó D. Quijote, y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos, dijo : Por Dios, que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho, como un maravedí; y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba, dijo : Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa, mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De qué te ries, Sancho? dijo D. Quijote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas : y en este entre tanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, cuanto mas, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas y le rompieron el alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo D. Quijote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aquí sea mi hora : cuanto mas, que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto D. Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho : pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pié sacaste cojo, qué costilla quebraba, qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo, que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena, la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene : y aquí dió un suspiro, y le puso en las nubes. Y dijo Sancho : pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en véras; pero yo sé de qué calidad fuéron las véras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué harémos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los piés en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas que si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo D. Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié : si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita : así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno : verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió D. Quijote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester mas; y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio capparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron; bebieron del

agua del arroyo de los batanes sin volver la cara á miralos, tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto; y cortada la cólera y aun la melancolía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba, en buen amor y compañía: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno. Yendo pues así caminando, dijo Sancho á su amo: Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querria que se malograse. Dila, dijo D. Quijote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intencion de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y así me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien servirémos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir, que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió D. Quijote; mas ántes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la corte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apénas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces diciendo: Este es el caballero del Sol ó de la Serpiente, ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas: este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Broca Bruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran mameluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecientos años: así que, de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: Ea sus, salgan mis caballeros cuantos en mi corte están, á recebir á la flor de la caballería que allí viene; á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar. Sucederá tras esto luego encontinente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa mas divina que humana, y sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manton de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detrás del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face; y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fia. Suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente, la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo ménos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida. Vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase á despedir del rey y de la reina y de la infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recebir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir a su señora, la cual la recibe con lá-

grimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene, es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes ó no : asegura la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sugeto real y grave : consuélase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas : vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer en pago de sus servicios; no se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa : muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado : casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pié de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *el caballero de la Triste Figura*. No lo dudes Sancho, replicó D. Quijote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores : solo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte. Tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo cómo se podia hallar que yo sea de linaje de reyes, ó por lo ménos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por mujer, si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos : así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia, deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo : unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámides; otros tuvieron pincipio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores; de manera, que está la diferencia en que unos fuéron que ya no no son, y otros son que ya no fuéron, y podria ser yo destos, que despues de averiguado hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser; y cuando no, la infanta me ha de querer de manera que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo : y si no, aquí entra el roballa y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen : No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza; aunque mejor cuadra decir : Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos : dígolo, porque si el señor rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella; pero está el daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer, se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Eso no hay quien lo quite, dijo D. Quijote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió D. Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dijo D. Quijote, y cuando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde, cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese. Y montas, que no sabria yo autorizar el litado, dijo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza : digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fuí mullidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de mullidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. ¿ Pues qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dijo D. Quijote; pero será menester que te rapes las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo ménos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. ¿ Qué hay mas, dijo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa? y aun si fuere menester, le haré que ande tras mí como caballerizo de grande. ¿ Pues cómo sabes tú, preguntó D. Quijote, que los grandes llevan detras de sí á sus caballerizos? Yo se lo diré, respondió Sancho : los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo. Pregunté, que como aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, sino que siempre andaba tras dél : respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales : desde entónces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dijo D. Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero; que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey y el hacerme conde. Así será, respondió D. Qui-

jote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXII.

De la libertad que dió D. Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso D. Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo xxi quedan referidas, que D. Quijote alzó los ojos, y vió que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres á pié, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venían asimismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pié: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pié con dardos y espadas, y así como Sancho Panza los vido, dijo: Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras. ¿Cómo gente forzada? preguntó D. Quijote: ¿es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó D. Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad. Así es, dijo Sancho. Pues de esa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecucion de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y D. Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su Majestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó D. Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia: añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenernos á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue, y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia, que D. Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. El respondió que por enamorado. ¿Por eso no mas? replicó D. Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, días há que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los mios fuéron que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra. ¿Qué son gurapas? preguntó D. Quijote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó D. Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico: mas respondió por él el primero, y dijo: Este, señor, va por canario: digo que por músico y cantor. ¿Pues cómo? repitió D. Quijote, ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Sí, señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dijo D. Quijote, que quien canta sus males espanta. Acá es al reves, dijo el galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dijo D. Quijote; mas una de las guardas le dijo: Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aquí van, le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones: porque dicen ellos, que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió D. Quijote, el cual pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió, y dijo: Yo voy por cinco años á las señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo D. Quijote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia, y basta. Pasó D. Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual oyéndose preguntar la causa por que allí venía, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo: Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote, y la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo; en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo D. Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecia él ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sino gente muy bien nacida, y aun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, y como corredores de

lonja. Y desta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco mas ó ménos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la mas necesaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones por qué convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello: algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar. Solo digo ahora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dijo el buen viejo; y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante D. Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no ménos, sino con mucha mas gallardía que el pasado: Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, víme á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendrémos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced; que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas, que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro; un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pié, tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pié de amigo, de la cual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en las cuales se asian dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó D. Quijote, que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda: Porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir. ¿Qué delitos puede tener, dijo D. Quijote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber mas sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dijo entónces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con ménos tono, replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman así, embustero? dijo la guarda. Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mia quiere saber, sepa que soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso quitar, dijo Gines, si quedara en doscientos ducados. ¿Tan bueno es? dijo D. Quijote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tórmes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren: lo que le sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se les igualen. ¿Y cómo se intitula el libro? preguntó D. Quijote. La vida de Gines de Pasamonte, respondió él mismo. ¿Y está acabado? preguntó D. Quijote. ¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dijo D. Quijote. Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dijo D. Quijote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dijo el comisario. Ya le he dicho, señor comisiario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su Majestad manda: si no, por vida de… basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle, y viva bien y hable mejor,

y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas D. Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algun tanto suelta la lengua. Y volviéndose á todos los de la cadena, dijo: De todo cuanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores. Pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: cuanto mas, señores guardas, añadió D. Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato. Vos sois el gato y el rato y el bellaco, respondió D. Quijote; y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada; y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á D. Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba, y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á D. Quijote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fuéron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual á campana herida saldria á buscar los delincuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dijo D. Quijote, pero yo sé lo que ahora conviene que se haga; y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende, es la ingratitud. Dígolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experienca, el que de mí habeis recebido; en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados desa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero, el de la Triste Figura, se le envía á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la deseada libertad; y hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura. Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dijo: Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros dirémos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dijo D. Quijote (ya puesto en cólera), don hijo de la puta, D. Ginesillo de Paropillo, ó como os llameis, que habeis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que D. Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad), viéndose tratar mal y de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre D. Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien D. Quijote, que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apénas hubo caido, cuando fué sobre él el es-

tudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos: quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querrian quitar, si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gaban, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fuéron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y D. Quijote, el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oídos; Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; D. Quijote mohinísimo de verse tan malparado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPITULO XXIII.

De lo que aconteció al famoso D. Quijote en Sierra-Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

Viéndose tan malparado D. Quijote, dijo á su escudero: Siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido, se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se excusará otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo D. Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de las doce tribus de Israel, y á los siete Mancebos, y á Cástor y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa, que aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los piés que las manos. Subió D. Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra-Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados, si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venía, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra-Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos dias, á lo ménos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena por virtud y locura de D. Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á D. Quijote Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir; Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y ántes que amaneciese, se halló bien léjos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló ménos su rucio; el cuál viéndose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que D. Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganabas cada dia, mediaba yo mi despensa! D. Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio, para que le diesen tres en su casa, de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á D. Quijote la merced que le hacia; al cual como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo cargado con todo aquello que habia de llevar el rucio, sacando de un costal y embaulando en su panza;

y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle si fuese menester; y cuando llegó, fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaban tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venía. Hízolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo, no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió, dijo: ¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho! Y buscando mas halló un librillo de memoria ricamente guarnecido; este le pidió D. Quijote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por D. Quijote, dijo: Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero. Verdad dices, dijo D. Quijote, y así no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, verémos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto, porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género mas duro de tormento.
Pero si Amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un dios no sea cruel: ¿pues quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Que hilo está aquí? dijo D. Quijote. Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí *hilo*. No dije sino Fili, respondió D. Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. ¿Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió D. Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja D. Quijote, y dijo: Esto es prosa, y parece carta. ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió D. Quijote. Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dijo D. Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera.

«Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á »parte, donde ántes volverán á tus oidos las nuevas de »mi muerte, que las razones de mis quejas. Desechás»teme, ¡oh ingrata! por quien tiene mas, no por quien »vale mas que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se »estimara, no envidiara yo dichas ajenas, ni llorara des»dichas propias. Lo que levantó tu hermosura, han der»ribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y »por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, cau»sadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños »de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no »quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome ven»ganza de lo que no deseo.»

Acabando de leer la carta, dijo D. Quijote: Ménos por esta que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos y llorados los otros. En tanto que D. Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincon en toda ella ni en el cojin que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con estraña lijereza: figuróseie que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los piés

descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la lijereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó D. Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscalle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas, hasta hallarle; y así mandó á Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo; y vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearémos esta serrezuela, quizá toparémos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra via ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entónces el rey me hacia franco. Engáñaste en eso, Sancho, respondió D. Quijote, que ya que hemos caido en sospecha de quién es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos: y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo. Y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pié y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte; y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caida, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces D. Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos, que quién les habia traido por aquel lugar pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde D. Quijote estaba, dijo: Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que há ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á su dueño? No hemos topado á nadie, respondió D. Quijote, sino á un cojin y á una maletilla que no léjos deste lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sotil, y debajo de los piés se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dijo D. Quijote, ¿sabeis vos quién sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pié de seis meses, poco mas á ménos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojin y maleta que decis que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuál parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dijímosle, que era esta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entrais media legua mas adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entónces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traia, y con extraña lijereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apénas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedímosle tambien, que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallariamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevariamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo ménos saliese á pedirlo y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habiamos, si en él no le acompañáramos, considerándole cómo le habiamos visto

la vez primera, y cual le veíamos entónces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona. Que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido. Mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia diciendo: ¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me heciste: estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño; y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámoselo pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos, que la locura le venía á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido. Todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le dén de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curarémos, si es que su mal tiene cura, ó sabrémos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado; y entended, que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes pasar con tanta lijereza como desnudez (que ya le habia dicho D. Quijote cómo habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra): el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle. Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venía hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto mas de léjos. Su traje era cual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió D. Quijote que un coleto hecho pedazos que sobre sí traia era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traia no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la mala figura*, como á D. Quijote el de la *Triste*, despues de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de D. Quijote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de D. Quijote, que D. Quijote lo estaba de verle á él. En resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento, fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPITULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de Sierra-Morena.

Dice la historia que era grandísima la atencion con que D. Quijote escuchaba al astroso caballero de la *Sierra*, el cual prosiguiendo su plática dijo: Por cierto, señor, quien quiera que seais (que yo no os conozco), yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió D. Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quién sois, y la causa que os ha traido á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona: y juro, añadió D. Quijote, por la órden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, si en esto, señor, me complaceis, de serviros con las véras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido. El caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacia sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le hubo bien mirado, le dijo: Si tienen algo

que darme á comer, por amor de Dios que me lo dén, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia que tragaba; y en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo, que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: Si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron á la memoria á D. Quijote el cuento que le habia contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: Esta prevencion que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y miéntras ménos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. D. Quijote se lo prometió en nombre de los demas, y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucia, mi linaje noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia. A esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian que cuando pasaran delante, no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo; porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales, con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y cuántos billetes la escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dijese: y con este intento luego en aquel mismo instante fuí á decirle á mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, ántes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su Estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mí mismo me pareció mal, si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas cuando oí que mi padre me decia: De aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque; y da gracias á Dios que te vá abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida, fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentilhombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que D. Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con D. Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia,



se determinaba en cuál de estas cosas tuviese mas excelencia, ni mas aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de D. Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, á darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirlo el caso al duque Ricardo su padre; mas D. Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venía; y así por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses; y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque que venía á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apénas le oí yo decir esto, cuando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver cuán buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los mas firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria cuando supiese su disparate. Sucedió pues que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor; quiero decir, que así como D. Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos, y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de véras procuraba irse por no ponerlos en ejecucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recebiólo mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta por mi mal á D. Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada: alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada. Cumpliselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos: vióla en sayo, tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle mas el deseo (que á mí me celaba, y al cielo á solas descubria) quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demas mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con cuán justas causas D. Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razon á recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática aunque la trujese por los cabellos: cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo esó me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de *Amadis de Gaula*... No hubo bien oido D. Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sobrosa leyenda. Así que, para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta mujer del mundo; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de *Don Rugel de Grecia*, que yo se que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no dura mas en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced de haber contravenido á lo que prometímos de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna: así qué, perdon, y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que D. Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo; y puesto que dos veces le dijo D. Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: No se me puede quitar del pensamiento ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Eli-

sabad estaba amancebado con la reina Madásima. Eso no, votò á tal, respondió con mucha cólera D. Quijote (y arrojóle, como tenia de costumbre), y esa es una muy grande malicia, ó bellaquería por mejor decir: la reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con un sacapotras: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco D. Quijote se la oyera, segun le habia disgustado lo que de Madásima le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentis y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á D. Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recebió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro; y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura; que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si D. Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho asido con el cabrero: Déjeme vuestra merced, señor caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado. Así es, dijo D. Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y D. Quijote volvió á preguntar al cabrero, si sería posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

CAPITULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra-Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.

Despidióse del cabrero D. Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado. Mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: Señor D. Quijote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió D. Quijote; tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar dese salvoconducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ¿ó qué hacia al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. A fe, Sancho, respondió D. Quijote, que si tú supieras como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabad, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo, ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda; pues montas, que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madásima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, ademas fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabad le fué y le fuéron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras doscientas todos lo que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho,



allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fuéron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada; no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: cuanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; ¿mas quién puede poner puertas al campo, cuanto mas que de Dios dijeron. ¡Válame Dios, dijo D. Quijote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, al cual despues de hallado quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo D. Quijote, porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra, y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dijo Sancho. Sí, dijo D. Quijote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfetos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno, fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para D. Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo asimismo, que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintándolos y describiéndolos como ellos fuéron, sino como habian de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería; y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: así que, me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? ¿Ya no te he dicho, respondió D. Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente D. Roldan, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales; y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron fuéron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano? Ahí está el punto, respondió D. Quijote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado. Cuanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso; que como ya oiste decir á aquel pastor de marras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea; y si fuere tal, cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de véras, y siéndolo, no sentiré nada. Así qué, de cualquiera manera que responda, saldré del conflito y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos; pero no pudo, donde se puede echar de

ver la fineza de su temple. A lo cual respondió Sancho: Vive Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamáremos; porque quien oyere decir á vuestra merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de cuatro dias, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma, debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi mujer y hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denántes juraste te juro, dijo D. Quijote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: qué ¿es posible que en cuanto há que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al reves? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadís. Llegaron en estas pláticas al pié de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: Este es el lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto: este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la contínua las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. ¡Oh vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada; oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura! Oh vosotras, Napeas y Dríadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes; así los lijeros y lascivos sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo ménos no os canseis de oilla! Oh dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura; así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe! Oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad; dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia! Oh tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos; toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello! Y diciendo esto se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla; y dándole una palmada en las ancas, le dijo: Libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte; vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dijo: Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado; pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria; y en verdad, señor caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de véras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar el tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pié, no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió D. Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues qué mas tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió D. Quijote; ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia; y sería yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió D. Quijote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de véras, porque de otra manera sería contravenir á las órdenes de caballería, que

nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relapsos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: así que, mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico: y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo; y ruégole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto y mas el estómago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo D. Quijote: mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla est retentio*, segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir *retentio*, dijo D. Quijote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede, lo cual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los piés, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque: con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura: ¿pero qué harémos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dijo D. Quijote; y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos como hacian los antiguos en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria donde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristan te la trasladará: y no se la dés á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. ¿Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de Amadís se firmaron, respondió D. Quijote. Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma. *vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso que vaya de mano agena, porque á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que há que la quiero mas que á la lumbre destos ojos que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dijo Sancho, ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo D. Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra como el mas forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora. ¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir, que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pié de la torre: y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querría ya verme en camino solo por vella, que há muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso á vuestra merced una verdad, señor D. Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo, á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envía y ha de enviar? Porque podria ser, que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho ántes de ahora muchas veces, Sancho, dijo D. Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber, que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dijo á la buena viuda por via de fraternal reprension: Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan

bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: Vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y mas que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fuéron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y lo del linaje importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina; y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y adios, que me mudo. Sacó el libro de memoria D. Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho, y le dijo que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo cual respondió Sancho: Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo; pero con todo eso, digamela, que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dijo D. Quijote.

CARTA DE D. QUIJOTE Á DULCINEA DEL TOBOSO.

«Soberana y alta señora:

»El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las »telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te »envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me des»precia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son »en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de suf[...] »do, mal podré sostenerme en esta cuita, que aden[...] »de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sa[...] »cho te dará entera relacion, ó bella ingrata, am[...] »enemiga mia, del modo que por tu causa quedo[...] »gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo qu[...] »viniere en gusto, que con acabar mi vida habré sati[...] »cho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la ca[...] que es la mas alta cosa que jamas he oido: pesia á m[...] cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quier[...] qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Tri[...] Figura*. Digo de verdad, que es vuestra merced el mes[...] diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es me[...] ter, respondió D. Quijote, para el oficio que yo trai[...] Ea pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en es[...] vuelta la cédula de los tres pollinos, y firmela con m[...] cha claridad, porque la conozcan en viéndola. Que[...] place, dijo D. Quijote, y habiéndola escrito se la le[...] que decia así:

«Mandará vuestra merced por esta primera de po[...] »nos, señora sobrina, dar á Sancho Panza mi escude[...] »tres de los cinco que dejé en casa y están á cargo »vuestra merced: los cuales tres pollinos se los ma[...] »librar y pagar por otros tantos aquí recebidos de co[...] »do, que con esta y con su carta de pago serán bien[...] »dos. Fecha en las entrañas de Sierra-Morena á veí[...] »dos de agosto deste presente año.»

Buena está, dijo Sancho; fírmela vuestra merced. [...] es menester firmarla, dijo D. Quijote, sino solam[...] poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y [...] tres asnos y aun para trecientos fuera bastante. Yo me[...] fío de vuestra merced, respondió Sancho: déjeme[...] á ensillar á Rocinante, y aparéjese á echarme su be[...] cion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi h[...] tantas, que no quiera mas. Por lo ménos quiero, San[...] y porque es menester así, quiero digo, que me vea[...] cueros y hacer una ó dos docenas de locuras, que las [...] en ménos de media hora, porque habiéndolas tú viste[...] tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que qu[...] res añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuanta[...] pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que[...] vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mu[...] lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la ca[...] del llanto que anoche hice por el rucio, que no[...] toy para meterme en nuevos lloros: y si es que v[...] tra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hág[...] vestido, breves, y las que le vinieren mas á cue[...] Cuanto mas, que para mí no era menester nada de[...] como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi v[...] ta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merce[...] sea y merece: y si no aparéjese la señora Dulcinea, q[...] no responde como es razon, voto hago solene á q[...] puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del e[...] mago á coces y á bofetones. Porque ¿dónde se ha de s[...] que un caballero andante tan famoso como vuestra [...] ced se vuelva loco sin qué ni para qué por una?... [...]

lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso: mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase. A fe, Sancho, dijo D. Quijote, que á lo que parece no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico; pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió D. Quijote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. A esto dijo Sancho: ¿Sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo D. Quijote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas; cuanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Perseo. Así lo haré, respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, á quien D. Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama, como su amo se lo habia aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba D. Quijote, que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo: Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. ¿No te lo decia yo? dijo D. Quijote: espérate, Sancho, que en un credo las haré: y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los piés en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco. Y así le dejarémos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPITULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo D. Quijote en Sierra-Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia, que así como D. Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que cuál sería mejor y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las malencólicas; y hablando entre sí mismo decia: Si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie si no era metiéndole un alfiler de á blanca por la planta del pié, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados y paje de Agramante; y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo, ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? Porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, así como él es en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió; y hariale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas; porque lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de D. Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere: del cuál se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria, cosas de Amadis, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros: mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y así lo haré yó: y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho, era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse; y así se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algnnos en alabanza de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él allí le hallaron, no fuéron mas que estos que aquí se siguen:

Arboles, yerbas y plantas,
Que en aqueste sitio estáis,
Tan altos, verdes y tantas,
Si de mi mal no os holgais,
Escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea;
Pues por pagaros escote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo ó por dónde
Tráele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea;
Y así hasta henchir un pipote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras,
Que entre riscos y entre breñas
Halle el triste desventuras,
Hirióle amor con su azote,
No con su blanda correa,
Y en tocándole al cogote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar D. Quijote, que si en nombrando á Dulcinea no decia tambien el *Toboso*, no se podria entender la copla: y así fué la verdad, como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros mas destas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvia; que si como tardó tres dias, tardara tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió. Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandaderia; y fué que en saliendo al camino real, se puso en busca del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraria ó no; y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: Dígame, señor licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro D. Quijote; y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros: los cuales así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de D. Quijote se fuéron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole: Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y así les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis dónde queda, imaginarémos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo; en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy á su sabor; y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabian la locura de D. Quijote, y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo: pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase: á lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librillo, pero no le halló, ni le podia hallar, si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado D. Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedírsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que qué le habia sucedido que tan mal se paraba. ¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo? ¿Cómo es eso? replicó el barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venía la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa; y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el cura, y díjole que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar dónde y cuándo quisiesen. Decidla, Sancho, pues, dijo el barbero, que despues la trasladarémos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pié y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora*. No dirá, dijo el barbero, sobajada, sino sobrehumana ó soberana señora. Así es, dijo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa*; y no sé qué decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura*. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos ansimismo la tomasen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo tambien como su señor, en trayendo que le trujese buen

despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar cómo ser emperador ó por lo ménos monarca, que así lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndolo, le habia de casar á él, porque ya sería viudo, que no podia ser ménos, y le habia de dar por mujer á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las queria. Decia este Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente habia sido la locura de D. Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que pues que no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les sería de mas gusto oir sus necedades; y así le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decia, ó por lo ménos arzobispo ó otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho: Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos. Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo ménos; y si esto es así, ¡desdichado yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A, B, C! ¡Qué será de mí, si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogarémos á vuestro amo, y se lo aconsejarémos, y aun se lo pondrémos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será mas fácil á causa de que él es mas valiente que estudiante. Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decís como discreto, dijo el cura, y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer, es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decis que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenía entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimesmo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Despues, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de D. Quijote, y para lo que ellos querian; y fué que dijo al barbero que lo que habia pensado era que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irian adonde D. Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho; y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda, que D. Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera lo sacarian de allí, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPITULO XXVII.

De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al barbero la invencion del cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedian aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de D. Quijote, y como convenía aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver: púsole una saya de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio, como era el que habian emprendido. Mas apénas hubo salido de la venta, cuando le vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero le rogó que trocasen trajes, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba ménos su dignidad, y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á D. Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efecto, el barbero vino en

todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion, el cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á D. Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió, que sin que le diese licion, él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entónces hasta que estuviesen junto de donde D. Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que le aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venía, que magüer que tonto era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor; y en reconociéndole, les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habian dicho ántes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia; y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer le habia respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenia para sí, que para hacer mercedes á sus escuderos mas podian los emperadores que los arzobispos andantes. Tambien les dijo, que sería bien que él fuese delante á buscarle y darle la respuesta de su señora, que ya sería ella bastante á sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle, hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el dia que allí llegaron era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oidos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase; porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces estremadas, mas son encarecimientos de poetas que verdades, y mas cuando advirtieron, que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quien menoscaba mis bienes?
Desdenes.
¿Y quién aumenta mis duelos?
Los celos.
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
Dese modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza,
Desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
¿Y quién mi gloria repuna?
Fortuna.
¿Y quién consiente mi duelo?
El cielo.
Dese modo yo recelo
Morir deste mal extraño.
Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte
Y el bien de amor ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males ¿quién los cura?
Locura.
Dese modo no es cordura
Querer curar la pasion,
Cuando los remedios son
Muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efecto, hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oídos, cantando este soneto:

SONETO.

Santa amistad, que con lijeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impíreas salas.
Desde allá, cuando quieres, nos señalas
La justa paz cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el celo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Deja el cielo, ó amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera:
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si mas se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido), se llegó á él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió, que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entónces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de si mismo: y así viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo, así lo dieron á entender; y así respondió desta manera: Bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas ve-

ces, sin yo merecerlo me envía en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones, cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte. Pero como no saben que sé yo, que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor sería, por de ningun juicio; y no sería maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo á caer en la cuenta desta verdad, cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren; porque viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, á lo ménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, ántes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido, ahorraréis del trabajo que tomaréis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo; y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á D. Quijote y al cabrero pocos dias atras, cuando por ocasion del maestro Elisabad y puntualidad de D. Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin; y así llegando al paso del billete que habia hallado D. Fernando entre el libro de *Amadís de Gaula*, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

«Cada dia descubro en vos valores que me obligan y »fuerzan á que en mas os estime; así, si quisiéredes sa»carme desta deuda sin ejecutarme en la honra, lo po»dréis muy bien hacer. Padre tengo que os conoce y »que me quiere bien, el cual sin forzar mi voluntad, »cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que »me estimais como decis y como yo creo.»

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de D. Fernando por una de las mas discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efectuase. Díjele yo á D. Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendia dél, que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion, le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecia que lo que yo desease jamas habia de tener efecto. A todo esto me respondió D. Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Oh Mario ambicioso! Oh Catilina cruel! Oh Sila facineroso! Oh Galalon embustero! Oh Bellido traidor! Oh Julian vengativo! Oh Júdas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te habia echo este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? Qué ofensa te hice, qué palabras te dije ó qué consejos te dí, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo, ¡desventurado de mí! pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¿Quién pudiera imaginar que D. Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese, donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseia? Pero quédense estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añudemos él roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á D. Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, ántes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con D. Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traicion de D. Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fué, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia, con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora: exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento; volviame ella el recambio, alabando en mí lo que como

á enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia mi desenvoltura, era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda: pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, dí las cartas al hermano de D. Fernando, fuí bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduría: y todo fué invencion del falso D. Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que le habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre, ántes de leerla, quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino. Díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: Hermano, si sois cristiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo; y diciendo esto, me arrojo por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado. Y luego sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba. Y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dárosla; y en diez y seis horas que há que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apénas podia sostenerme. En efecto, abrí la carta, vi que contenia estas razones:

«La palabra que D. Fernando os dió de hablar á vue
»tro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mu
»cho mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabe
»señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padr
»llevado de la ventaja que él piensa que D. Fernando
»hace, ha venido en lo que quiere, con tantas véra
»que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, t
»secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos l
»cielos y alguna gente de casa. Cuál yo quedo, imag
»naldo: si os cumple venir, veldo; y si os quiero bie
»no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. A Di
»plega que esta llegue á vuestras manos, ántes que la m
»se vea en condicion de juntarse con la de quien tan m
»sabe guardar la fe que promete.»

Estas en suma fuéron las razones que la carta cont
nia, y las que me hicieron poner luego en camino sin e
perar otra respuesta ni otros dineros: que bien cla
conocí entónces que no la compra de los caballos, si
la de su gusto, habia movido á D. Fernando á enviarn
á su hermano. El enojo que contra D. Fernando conce
junto con el temor de perder la prenda que con tant
años de servicios y deseos tenia granjeada, me pusier
alas, pues casi como en vuelo otro dia me puse en
lugar al punto y hora que convenía para ir á habla
Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que ven
en casa del buen hombre que me habia llevado la car
y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena, q
hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros am
res. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas
como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿qui
hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetra
y sabido el confuso pensamiento y condicion mudab
de una mujer? Ninguno por cierto. Digo pues, que
como Luscinda me vió, me dijo: Cardenio, de bo
estoy vestida, ya me están aguardando en la sala D. Fe
nando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros te
tigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desp
sorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presen
á este sacrificio, el cual, si no pudiere ser estorbado
mis razones, una daga llevo escondida, que podrá esto
bar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida,
principio á que conozcas la voluntad que te he tenido
tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso
me faltase lugar para responderla: Hagan, señora, t
obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga pa
acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte c
ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contrari
No creo que pudo oir todas estas razones, porque sen
que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardab
Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme
sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discur
en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa,
podia moverme á parte alguna; pero considerando cuán
importaba mi presencia para lo que suceder pudiese e
aquel caso, me animé lo mas que pude, y entré en s
casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y sa
lidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella an
daba, nadie me echó de ver: así que, sin ser visto tu
lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana d
la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapi
ces se cubria, por entre las cuales podia yo ver sin se

visto todo cuanto en la sala se hacia. ¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon miéntras allí estuve, los pensamientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice? Que fuéron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido; solo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entónces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo ménos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura que no solo no se cansaban en oirle, sino que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿Quereis, señora Luscinda, al señor D. Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡Oh, quién se atreviera á salir entónces, diciendo á voces: Luscinda, ah Luscinda, mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tú *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor D. Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿qué quieres, qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y léjos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello como le tengo para quejarme: en fin, pues fuí entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *Sí quiero*; y lo mismo dijo D. Fernando, y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo viendo en el *sí* que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera, que todo ardia de rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que D. Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion que si me viesen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso D. Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado: y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio, fuera fácil tomarla), quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian, y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara, si entónces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula; hice que me la ensillase: sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar como otro Lot volver el rostro á miralla; y cuando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de D. Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida: pero sobre todo de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condecender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhombre, que á no querer recebirle, se podia pensar ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo, que

puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion que no la disculparan, pues ántes de ofrecérseles D. Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia; que yo viniera y condescendiera con todo cuanto ella acertara fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hácia dónde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hácia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quién me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entónces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apénas puedo moverme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo dén de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda, y del agravio de D. Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal que pueda celebrarse con ménos sentimientos que los que en mí habeis visto: y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser ajena, siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta parte desta narracion: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

CAPITULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra.

Felicísimos y venturosos fuéron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia. La cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oidos, que con tristes acentos decia desta manera:

¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y cuán mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detras de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entónces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fuéron sentidos; ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales, que no parecian sino dos

pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así viendo que no habian sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí habia: así lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el cual traia puesto un capotillo pardo, de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una tohalla blanca: traia ansimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabóse de lavar los hermosos piés, y luego con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dijo al cura con voz baja: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecia labrador, era mujer, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entónces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo dellos, que si no eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que si los piés en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual en mas admiracion y en mas deseo de saber quién era, ponia á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian; y apénas los hubo visto, cuando se levantó en pié, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto, mas no hubo dado seis pasos, cuando no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el cura fué el primero que le dijo: Deteneós, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis solo tienen intencion de serviros: no hay para qué os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiéndola por la mano el cura, prosiguió diciendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo ménos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, miéntras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos ó en cada uno hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde sería fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyese, sería mas por cortesía que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dijo sin parar, la que tan hermosa mujer parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes de España: este tiene dos hijos; el mayor, heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Bellido y de los embustes de Galalon. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza malsonante, y como suele decirse cristianos viejos rancios, pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija; y

así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos; de los cuales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, ansí lo era de su hacienda: por mí se recebian y despedian los criados; la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano; de los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban, despues de haber dado lo que convenía á los mayorales ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna por recrear el ánimo estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que tenia yo en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apénas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los piés; con todo esto, los del amor ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de D. Fernando, que es este el nombre del hijo menor del Duque que os he contado. No hubo bien nombrado á D. Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venía: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quién ella era: la cual sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia diciendo: Y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores, cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que D. Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes, los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes, que sin saber cómo á mis manos venían, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos. Todo lo cual, no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrario; no porque á mí me pareciese mal la gentileza de D. Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas; que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas. Pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de D. Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decianme mis padres, que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y D. Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, así de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á D. Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy léjos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba; la cual si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decirosla. Finalmente, D. Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo ménos porque yo tuviese mas guardas para guardarme; y esta nueva sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis, y fué que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua; y así no fui poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejará dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacia el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comencé no sé en qué modo á tener por verdaderas tantas falsedades, pero no de suerte que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros: y así pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo

del que pensé que pudiera tener, le dije : Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla como es posible dejar de haber sido lo que fué : así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava : ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tú señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme : si alguna de todas estas cosas que he dicho, viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera : de modo que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entrégara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras : todo esto he dicho, porque no es pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes. Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento, por ver en qué venía á parar lo que él ya casi sabía; solo dijo : Qué, ¿ Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oido yo decir del mismo, que quizá corre parejas con tus desdichas : pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabía, se la dijese luego, porque si algo le habia dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenia para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar, que el que tenia acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando D. Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio : con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que ántes que acabase de decirlas, le dije que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recebir de verle casado con una villana vasalla suya; que no le cegase mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad pedia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fuéron parte para que él dejase de seguir su intento, bien ansí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí misma : Sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será D. Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega aficion, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza, pues si no hago ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios seré su esposa, y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuán sin ella he venido á este punto : porque ¿ qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros, que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi perdicion, los juramentos de D. Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo : tornó D. Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros, nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los cuales jamas me habia dejado : y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia, se venía aun no tan apriesa como yo pienso que D. Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto, porque D. Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, ántes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto, él se fué, y yo quedé no sé si triste ó alegre : esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo, ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á D. Fernando en mi aposento, porque aun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á D. Fernando, que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que cuando él quisiese aquel hecho se publicase, pero no vino otra alguna, si no fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitallo, puesto que supe que estaba en la villa, y que los mas dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado.

Estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fuéron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de D. Fernando, y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras que en reprension de su atrevimiento ántes no habia oido: y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles. Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos: y esto fué porque de allí á pocos dias se dijo en el lugar, como en una ciudad allí cerca se habia casado D. Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: Llegó esta triste nueva á mis oídos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho. Mas templóse esta furia por entónces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad, donde entendí que mi enemigo estaba. El, despues que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer y algunas joyas y dineros por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pié, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo ménos á decir á D. Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y el primero á quien hice la pregunta me respondió mas de lo que yo quisiera oir. Díjome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella: díjome que la noche que D. Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el *sí* de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de D. Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dijo era un caballero muy principal de la misma ciudad, y que si habia dado el *sí* á D. Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se habia quitado la vida; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por D. Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que la hallaron le quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron mas, que luego se ausentó D. Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta, donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de como él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y mas hablaron, cuando supieron que Luscinda habia faltado de en casa de su padre y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabían qué medio tomar para hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á D. Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á D. Fernando no hallaba, llegó á mis oídos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traia, y oí decir que se decia, que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quién, siendo sugeto tan bajo, y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí, porque mi buen criado, hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su misma bellaquería ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y ménos temor de Dios ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos, de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza: pero el justo cielo, que pocas ó ningunas

veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo; y luego con mas lijereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo há no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo como le hallé para el criado, y así tuve por menor inconveniente dejalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, qué probar con él mis fuerzas ó mis disculpas. Digo pues que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que della se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

CAPITULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora, si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Sólo os ruego (lo que con facilidad podréis y debeis hacer) que me aconsejeis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan: que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo al pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de su vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ajeno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian, tanta lástima como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: En fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dijo: ¿Y quién sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estáis, me ha traido á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de D. Fernando, y el que aguardó á oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y así dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y vineme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia. Mas nó ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con D. Fernando por ser mia, ni D. Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enajenado ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desampararos hasta veros en poder de D. Fernando, y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los piés para besárselos, mas no lo consintió Cardenio; y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden como buscar á D. Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimismo con brevedad la causa que allí los habia traido, con la extrañeza de la locura de D. Quijote, y como

aguardaban á su escudero, que habia ido á buscalle. Vinosele á la memoria á Cardenio como por sueños la pendencia que con D. Quijote habia tenido, y contóla á los demas; mas no supo decir por qué causa fué su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces: saliéronle al encuentro, y preguntándole por D. Quijote, les dijo como le habia hallado desnudo, en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea: y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante, corria peligro de no venir á ser emperador como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo ménos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarian de allí, mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de D. Quijote, á lo ménos para llevarle á su casa; á lo cual dijo Dorotea, que ella haria la doncella menesterosa mejor que el barbero, y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas, cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dijo el cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó, de manera que una rica y gran señora parecia. Todo aquello y mas dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entónces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á D. Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que mas se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura; y así preguntó al cura con grande ahinco le dijese quién era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dijo á esta sazon Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice, que sí matara si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es que por que á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recebir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo mujer y hijos, sería nunca acabar: así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos. Así debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos: con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde D. Quijote estaba; al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo, puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordase á D. Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura porque no era menester por entónces su presencia, y así los dejaron ir delante, y ellos los fuéron siguiendo á pié poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado, cuando descubrieron á D. Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido aunque no armado; y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era D. Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de D. Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: De aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, fermosa señora,

respondió D. Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió D. Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño ni en mengua de los que decis, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella; y estando en esto se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y muy pasito le dijo. Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada; solo es matar á un gigantazo y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió D. Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme á lo que profesado tengo; y volviéndose á la doncella, dijo: La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino. Digo que así lo otorgo, respondió D. Quijote; y así podeis, señora, desde hoy mas desechar la malencolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas D. Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamas lo consintió, ántes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante, y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado, dijo: Vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer á esta gran señora. Estábase el barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quiza quedaran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que D. Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió D. Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entónces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador, porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa y ser por lo ménos rey de Micomicon. Solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habian de ser todos negros: á lo cual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y díjose á sí mismo: ¿Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: llegáos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué que con unas tijeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que ántes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad saliéron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pié. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della D. Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él abiertos los brazos y diciendo á voces: Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota D. Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes; y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á D. Quijote, el cual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso a mirar con atencion, y al fin le conoció y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual D. Quijote decia: Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié. Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo; y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque; que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caia yo en tanto, mi señor licenciado, respondió D. Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano, que no consentirá que una persona

eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo. Así es, respondió el barbero, y apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal, que al subir á las ancas el barbero, la mula que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolas ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por D. Quijote. Con todo eso le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron, y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. D. Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre léjos del rostro del escudero caido, dijo: Vive Dios, que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran aposta. El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuése con ellas donde yacia maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de ántes, de que se admiró D. Quijote sobremanera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro, que de donde las barbas se quitasen, habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Así es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entónces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, D. Quijote, la princesa y el cura, y los tres á pié, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, D. Quijote dijo á la doncella: Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere; y antes que ella respondiese, dijo el licenciado: ¿Hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dijo: Sí, señor, hácia ese reino es mi camino. Si así es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no há dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor D. Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos así como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazon D. Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion; y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas; lo que yo sé decir, señora mia, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga, qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. A eso yo responderé con brevedad, respondió el cura, porque sabrá vuestra merced, señor D. Quijote, que yo y maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mio, que há muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habiales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia D. Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dijo el cura, fuéron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPITULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: Pues mia fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le dije ántes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dijo á esta sazon D. Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuéntran por los caminos, van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido,

y esto le haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de D. Quijote, y que todos hacian burla dél, si no Sancho Panza, no quiso ser para ménos, y viéndole tan enojado le dijo: Señor caballero, miémbresele á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera, que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, ántes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dijo D. Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió D. Quijote; á lo que respondió Dorotea: Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera:

Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman... y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia. La cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre. Pero decia él, que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reves como si fuese vizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira), digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él: mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si queria excusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los mios me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, D. Azote ó D. Jigote. D. Quijote diria, señora, dijo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre el caballero de la Triste Figura. Así es la verdad, dijo Dorotea: dijo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto D. Quijote, dijo á su escudero: Ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado. ¿Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió D. Quijote. No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo, importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor D. Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no solo en España, pero en toda la Mancha; pues apénas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar. ¿Pues como se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó D. Quijote, si no es puerto de mar? Mas ántes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano y dijo: Debe de querer decir la señora princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna. Eso quise decir, dijo Dorotea. Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra majestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al

señor D. Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabido, mi buen padre. El cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi reino junto con la de mi persona. ¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto D. Quijote, ¿no oyes lo que pasa? no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar. Eso juro yo, dijo Sancho; para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado: pues monta que es mala la reina, así se me vuelvan las pulgas de la cama. Y diciendo esto, dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recebia por su reina y señora. ¿Quién no habia de reir de los circunstantes viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia: solo resta por deciros, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto; y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado: y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitarán á mí, ó alta y valerosa señora, dijo D. Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada, merced á Gines de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: Y despues de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque miéntras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella... y no digo mas, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo: Voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor D. Quijote, cabal juicio: pues cómo ¿es posible que pone

vuestra merced en duda el casarse con tan alta princes
como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tra
cada cantillo semejante ventura como la que ahora se l
ofrece? ¿Es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea
no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por de
cir que no llega á su zapato de la que está delante. A
noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestr
merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cá
sese luego, encomiéndole yo á Satanas, y tome ese rein
que se le viene á las manos de bobis bobis, y en siend
rey hágame marques ó adelantado, y luego siquiera
lo lleve el diablo todo. D. Quijote, que tales blasfemi
oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufri
y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y s
decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que d
con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dió v
ces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vid
¿Pensais, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha d
haber lugar siempre para ponerme la mano en la horc
jadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros y
Pues no lo penseis, bellaco descomulgado, que sin du
lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcine
¿y no sabeis vos, faquin, belitre, que si no fuese por
valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria
para matar una pulga? Decid, socarron de lengua vip
rina, ¿y quién pensais que ha ganado este reino y co
tado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marqu
(que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en co
juzgada), sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi bra
por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, ven
en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y sér. ¡O
hideputa bellaco, y como sois desagradecido, que
veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de t
tulo, y correspondeis á tan buena obra con decir mal
quien os la hizo! No estaba tan maltrecho Sancho, q
no oyese todo cuanto su amo le decia, y levantándo
con un poco de presteza, se fué á poner detras del p
lafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: Digam
señor, si vuestra merced tiene determinado de no c
sarse con esta gran princesa, claro está que no será
reino suyo, y no siéndolo, ¿qué mercedes me pue
hacer? Esto es de lo que yo me quejo; cásese vues
merced una por una con esta reina, ahora que la te
mos aquí como llovida del cielo, y despues puede v
verse con mi señora Dulcinea; que reyes debe de hab
habido en el mundo que hayan sido amancebados. En
de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si
á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto q
yo nunca he visto á la señora Dulcinea. ¿Cómo que
la has visto, traidor blasfemo? dijo D. Quijote; pues ¿
acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo q
no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda h
ber notado particularmente su hermosura y sus buen
partes punto por punto: pero así á bulto me parece bie
Ahora te disculpo, dijo D. Quijote, y perdóname el en
que te he dado, que los primeros movimientos no son
manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sanc
y así en mí la gana de hablar siempre es primero mo
miento, y no puedo dejar de decir por una vez siqui
lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dijo D. Q
jote, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas ve
va el cantarillo á la fuente... y no te digo mas. Ah
bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve

trampas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. No haya mas, dijo Dorotea; corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquesa señora Toboso, á quien yo no conozco si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un príncipe. Fué Sancho cabizbajo y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole D. Quijote: Despues que veniste, no he he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada: pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. ¿Por qué lo dices, Sancho? dijo D. Quijote. Dígolo, respondió, porque estos palos de agora mas fuéron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo D. Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entónces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Miéntras esto posaba, vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre, caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era jitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apénas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Gines de Pasamonte, y per el hilo del jitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia: el cual por no ser conocido y por vender el asno, se habia puesto en traje de jitano, cuya lengua y otras muchas sabía muy bien hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apénas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo. ¡Ah ladron Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye, puto, auséntate, ladron, y desampara lo que no es tuyo! No fuéron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le dijo: ¿Cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente D. Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura á Dorotea, que habia andado muy discreta así en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabía ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dijo el cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Sí es, dijo Cardenio; y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió D. Quijote con la suya, y dijo á Sancho: Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿Qué hacia? qué le dijiste? qué te respondió? qué rostro hizo cuando leia mi carta? quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dijo D. Quijote, porque el librillo de memoria, donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer, cuando te vieses sin carta; y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras ménos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella. ¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo D. Quijote. No, señor, respondió Sancho, porque despues que la dí, como vi que no habia de ser de mas provecho, dí en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura*; y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas y vidas y ojos mios.

CAPITULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dijo D. Quijote. Llegaste, ¿y qué hacia aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo D. Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de

sus manos: y si miraste, amigo, ¿el trigo era candeal ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dijo D. Quijote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó qué hizo? Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díjome: Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está. Discreta señora, dijo D. Quijote, eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho; y en tanto que estaba en su menester ¿qué coloquios pasó contigo? qué te preguntó de mí? ¿Y tú qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba, haciendo penitencia desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, y sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo D. Quijote, porque ántes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí mas de un coto. ¿Pues cómo, Sancho? dijo D. Quijote, ¿haste medido tú con ella? Medíme en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó D. Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó un tufo como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decir, dijo Sancho, es que senti un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. No seria eso, respondió D. Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo; porque yo sé bien á lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor que entónces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió D. Quijote, hé aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino: ¿qué hizo cuando leyó la carta? La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir, ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos: y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente me dijo, que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle; y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced el caballero de la Triste Figura: preguntéle si habia ido allá el vizcaino de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien; tambien le pregunté por los galeotes; mas díjome que no habia visto hasta entónces alguno. Todo va bien hasta agora, dijo D. Quijote; pero dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, cuando della me despedí, y aun por mas señas, era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dijo D. Quijote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua; yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas. Por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció. Y si no fuese por esto no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte; y cuando no os me cato, asoma por acullá encima de una nube ó sobre un carro de fuego otro caballero amigo suyo, que poco ántes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros. Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas, sin que tú lo sintieses. Así sería, dijo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de jitano con azogue en los oidos. Y cómo si llevaba azogue, dijo D. Quijote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero dejando esto aparte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? Que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la

princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra ántes que mi gusto. Por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer, será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra: á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. ¡Ay! dijo Sancho, ¡y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor, ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura, y si no ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga. Mira, Sancho, respondió D. Quijote, si el consejo que me das de que me case, es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala ántes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé sino á ti? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dijo D. Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir ántes con la princesa que á ver á Dulcinea: y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firmar de su nombre, que la quiere bien y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? ¡Oh, qué necio y qué simple que eres! dijo D. Quijote; ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dijo D. Quijote, ¡y qué de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mia que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese Nicolas, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose D. Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta, satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á D. Quijote, y abrazándole por las piernas comenzó á llorar muy de propósito, diciendo: ¡Ay señor mio! ¿no me conoce vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andres que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle D. Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo: Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes, que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas como de persona afligida y menesterosa. Acudí luego llevado de mi obligacion hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encima, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo; y así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio, que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia, nacian mas de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario. El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales aunque de mí fuéron oidas, no fuéron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andres? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, di lo que pasó

á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al reves de lo que vuestra merced se imagina. ¿Cómo al reves? replicó D. Quijote, ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un S. Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entónces me hizo. De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia. Mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dijo D. Quijote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado, porque bien debia yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dijo Andres; pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dijo D. Quijote; y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria. El le respondió, que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió, que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino. Así es verdad, respondió D. Quijote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decis, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dijo Andres, más quisiera tener agora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: Toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á D. Quijote: Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Ibase á levantar D. Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo D. Quijote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.

CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote.

Acabóse la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á D. Quijote y á Sancho, le salieron á recebir con muestras de mucha alegría, y él las recebió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daria de príncipes. D. Quijote dijo que sí haria, y así le aderezaron uno razonable, en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba, dijo: Para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza: digo el peine, que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á D. Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino, como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de D. Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia D. Quijote, y fuéron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entónces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de D. Quijote y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él

y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recebieron: y como el cura dijese que los libros de caballerías que D. Quijote habia leido, le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: á lo ménos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni ménos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado, que no os acordais de reñir por entónces. Así es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y mas cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el cura hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella; tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias: y ¡Jesus! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo preguntaba esta señora, respondió ella, no pude dejar de respondelle. Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él; y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro *Félix Marte de Hircania*, y el otro la *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes*. Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo: Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No mas, dijo el cura, que estos dos, el de *Don Cirongilio* y el de *Félix Marte*. ¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos quereis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan, y dese Diego García, que ántes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él de sí mismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes. Tomáos con mi padre, dijo el dicho ventero: mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino; por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Hircania, que de un reves solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay mas que oir. Calle, señor, que si oyese esto, se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de D. Quijote. Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni ménos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Hircania, ni D. Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto

que vos decis de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caballeros fuéron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. A otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del consejo real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos, que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remedialIo; y en este entre tanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeeis del pié que cojea vuestro huésped D. Quijote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo: Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenia un título grande, que decia: *Novela del curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: Pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas véras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo; y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he volver, que aunque ventero, todavía soy cristiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura; mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Miéntras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Sí leyera, dijo el cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razon. Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo cual, visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recebiria, dijo: Pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera:

CAPITULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian *los dos amigos* eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecia, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado reloj que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en ejecucion; y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible: pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, cuanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena

correspondencia que los dos tenian miéntras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados los *Dos amigos*, que no permitiese por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con cuántas véras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana y las fiestas fuese Lotario á comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenía á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su mujer conversaba, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hubiese, porque suele acontecer, que con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no le sería de honra ó de vituperio; de lo cual siendo del amigo advertido, fácilmente pondria remedio en todo. ¿Pero dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto; solo Lotario era este, que con tanta solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables: así que, en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones:

Pensarás, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fuéron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido, y sobre todo al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé de qué dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos; y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decillo á todo el mundo. Y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabía en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo: y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy léjos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél, ó ya consejos para entretenellos, ó ya remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga, es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, si no es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una mujer mas buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las continuas importunidades de los solícitos amantes. Porque ¿qué hay que agradecer, decia él, que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Ansí que, la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento; de modo, que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo el vacío de mis deseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre

aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada. Y muéveme entre otras cosas á fiar de ti esta tan árdua empresa, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto; y así no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte. Así que, si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fuéron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que si no fuéron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dijo: No me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho; que á pensar que de véras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga. Sin duda imagino ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces; porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habia de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil, de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y cuando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas lijeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo, ¿cuál de estas dos cosas tienes en peligro para que yo me aventure á complacerte, y á hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto; ántes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, yo vengo á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida. Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dijo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: Paréceme, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que se les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: *Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales*; y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de nuestra sacra religion: y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo malgastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime, Anselmo, ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? persuadir á una honesta? ofrecer á una desinteresada? servir á una prudente? Sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ¿ó qué será mas despues de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices, ¿para qué quieres probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que, es razon concluyente que el intentar las cosas, de las cuales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy léjos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apénas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertencia al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, ni bienes de la fortuna, ni fama

con los hombres, porque puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entónces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido; porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mismo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de las *Lágrimas de San Pedro*, que dice así:

Crece el dolor, y crece la vergüenza
En Pedro, cuando el dia se ha mostrado,
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado:
Que á un magnánimo pecho, á haber vergüenza,
No solo ha de moverle el ser mirado,
Que de sí se avergüenza cuando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así que no excusarás con el secreto tu dolor, ántes tendrás que llorar contino, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor, que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reinaldos: que puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos y entendidos é imitados: cuanto mas, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el cielo ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen, que todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así sin saber otra cosa en contrario, ¿sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas, si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria mas valor ni mas fama; y si se rompiese, cosa que podria ser, ¿no se perdia todo? Sí por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la ajena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cuál quedaria sin ella, y con cuánta razon te podrias quejar de tí mismo por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra lijera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio: que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeándole le encaminan hácia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la mujer buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde léjos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragrancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase; y entre otras razones le dijo estas:

Es de vidro la mujer;
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar,
Porque todo podria ser.
Y es mas fácil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse
Lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion estén
Todos, y en razon la fundo,
Que si hay Danaes en el mundo,
Hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á tí te toca; y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí, está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello á que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí, no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada, te toca á tí como á cosa suya su misma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que al marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran los que la maldad de su mujer saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desven-

tura. Pero quiérote decir la causa por qué con justa razon es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte ni dado ocasion para que ella lo sea; y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el paraíso terrenal, dice la divina Escritura, que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo, le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva; y así como Adan despertó y la miró, dijo: Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dijo: Por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma; y entónces fué instituido el divino sacramento del Matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas no tienen mas de una voluntad; y de aquí viene, que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño: porque así como el dolor del pié ó de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer por ser una misma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte, que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo: Con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de verdadera amistad que alcanzas; y asimismo veo y confieso, que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto mas para comerse: así que, es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra. Y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al sér primero. Y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas ejemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal, determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila quedase Anselmo satisfecho: y así le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimismo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mismo los haria. A todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila: y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recebido de Camila, la cual le recebia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, ántes importunó á Lotario, que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo tambien á Camila, que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efecto él supo tan bien fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su

hermosura á un escuadron de caballeros armados. Mirad si era razon que le temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual como halló á Camila en su aposento y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase, para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues que se pasaron muchos dias, que sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza, ántes decia, que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dijo Anselmo, hasta aquí ha resistido Camila á las palabras; es menester ver cómo resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais y aun se los déis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla, que las mujeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esta tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué decirse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle, que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dejado Anselmo solos á Lotorio y á Camila como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era ansí, salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas habia y de qué temple estaba Camila. Lotario respondió que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de tí confío! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dijo mas Anselmo, pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria si con curiosidad lo espiaba: cuanto mas, que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad mas segura y ménos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo que estaba en una aldea no léjos de la ciudad; con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas véras, para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo, ¿qué es lo que haces? qué es lo que trazas? qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo; pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que al que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta diciendo:

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traidor lealtad.

Pero mi suerte, de quien
Jamas espero algun bien,
Con el cielo ha estatuido
Que pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me dén.

Fuése otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la órden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia cómo para mayores cui-

dados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que así lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila; y aun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas las veces el mandamiento de su señora, ántes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no un corazon de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada; y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Haciase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino, llámabase mal amigo y aun mal cristiano; hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo, que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios, como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento, sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor, ántes tuvo en mas á Camila; la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia qué hacerse, y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

CAPITULO XXXIV.

Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente.

«Así como suele decirse que parece mal el ejército si »su general y el castillo sin su castellano, digo yo qu »parece muy peor la mujer casada y moza sin su marido »cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hall »tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder su »frir esta ausencia, que si presto no venis, me habré d »ir á entretener en casa de mis padres, aunque deje si »guarda la vuestra; porque la que me dejaste, si es qu »quedó con tal título, creo que mira mas por su gus »que por lo que á vos os toca; y pues sois discreto, n »tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas »diga.»

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella qu Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camil debia de haber respondido como él deseaba; y alegre s bremanera de tales nuevas, respondió á Camila de pal bra, que no hiciese mudamiento de su casa en mod ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Ad mirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, qu la puso en mas confusion que primero, porque ni se atre via á estar en su casa, ni ménos irse á la de sus padre porque en la quedada corria peligro su honestidad, y e la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fi se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el que darse, con determinacion de no huir la presencia de Lo tario por no dar que decir á sus criados; y ya le pesab de haber escrito lo que escribió á su esposo, temeros de que no pensase que Lotario habia visto en ella algun desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle decoro que debia. Pero fiada en su bondad se fió en Dio y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir ca llando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, si dar mas cuenta á su marido por no ponerle en algun pendencia y trabajo; y aun andaba buscando mane cómo disculpar á Lotario con Anselmo, cuando le pre guntase la ocasion que le habia movido á escribirle aqu papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acer tados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lo tario, el cual cargó la mano de manera, que comenzó titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo hart que hacer en acudir á los ojos, para que no diese muestras de alguna amorosa compasion que las lágri mas y las razones de Lotario en su pecho habian despe tado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Fi nalmente, á él le pareció que era menester en el espaci y lugar que daba la ausencia de Anselmo apretar el cerc á aquella fortaleza; y así acometió á su presuncion co las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa qu mas presto rinda y allane las encastilladas torres de l vanidad de las hermosas, que la misma vanidad pues en las lenguas de la adulacion. En efecto, él con toda di ligencia minó la roca de su entereza con tales pertrecho que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotari con tantos sentimientos, con muestras de tantas véra que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triun far de lo que ménos se pensaba y mas deseaba. Rindiós Camila, Camila se rindió; ¿pero qué mucho, si la amis

tad de Lotario no quedó en pié? Ejemplo claro que nos muestra que solo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que así acaso, y sin pensar y no de propósito, la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenia y mas estimaba. Fuése luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa; abrazáronse los dos, y él uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas. Las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues á pié enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que en él pases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo eso le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entónces; y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza, debajo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila, que andaba enamorado de una dama á quien le habia puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, y si no tan buenos como el sugeto merece, serán por lo ménos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y vuelto Anselmo á su casa preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasion por qué le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió, que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que cuando él estaba en casa, pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera, no habia que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos; y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; mas por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice ansí:

SONETO.

En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando.
Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puértas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envía,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfía
Al cielo sordo, á Clori sin oidos.

Bien le pareció el soneto á Camila; pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. A lo que dijo Camila: ¿Luego todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad? En cuanto poetas, no la dicen, respondió Lotario, mas en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario; y así con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ó otros versos sabia, los dijese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir ménos malo, y podréislo bien juzgar, pues es este:

SONETO.

Yo sé que muero; y si no soy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus piés, ó bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Cómo tú rostro hermoso está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando mas Lotario le deshonraba, entónces le decia que estaba mas honrado; y con esto todos los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella, le dijo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó lijereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta ni es causa para menguar la estimacion darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno y ello por sí digno de estimarse; y aun suele decirse que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco, se estima en ménos. No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda, con este corre y con aquel va despacio, á unos entibia y á otros abrasa, á unos hiere y á otros mata; en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista. Y siendo así ¿de qué te espantas, ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros, la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea, que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: cuanto mas, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario, toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansí, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima; y que no solo tiene las cuatro SS que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A B C entero: si no, escúchame, y verás cómo te lo digo de coro. El es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido*, *bueno*, *caballero*, *dadivoso*, *enamorado*, *firme*, *gallardo*, *honrado*, *ilustre*, *leal*, *mozo*, *noble*, *onesto*, *principal*, *cuantioso*, *rico*, y las *SS* que dicen, y luego *tácito*, *verdadero*: la *X* no le cuadra, porque es letra áspera: la *Y* ya está dicha: la *Z* *zelador* de tu honra. Rióse Camila del A, B, C de su doncella, y túvola por mas plática en las cosas de amor que ella decia; y así lo confesó ella, descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido, de la misma ciudad, de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió que sí pasaban; porque es cosa ya cierta, que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales cuando ven á las amas echar traspiés, no se les da nada á ellas de cojear ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; mas cumpliólo de manera, que hizo cierto el temor de Camila de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese, no habia de osar descubrille: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido. Pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el cual sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y lijera con él, lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fuéron de la memoria todos sus advertidos discursos; pues sin hacer alguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, ántes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la celosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo, y le dijo: Sábete, Anselmo, que há muchos dias que he andado peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que mas te encubra. Sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Creí ansimismo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que cuando otra vez hagas au-

sencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila): y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser, que deste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y así ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y otras cosas con que te puedas encubrir te ofrecen mucha comodidad, y entónces verás por tus mismos ojos y yo por los mios lo que Camila quiere; y si fuere la maldad, que se puede temer ántes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde ménos las esperaba oir, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose dél, se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuán neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su lijera determinacion, y no sabía qué medio tomarse para deshacer lo hecho ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella así como vió que le podia hablar, le dijo: Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretaria de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Díjole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los celos habia dicho á Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recámara para ver desde allí á las claras la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remediallo y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo, y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal mas que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo á Lotario, que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase, y que á cuanto ella le dijese, le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dijo Camila, que no hay mas que guardar, si no fuere responderme como yo os preguntare, no queriendo Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, íbase á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apénas hubo puesto los piés en ella Camila, cuando dando un grande suspiro dijo: ¡Ay Leonela amiga! ¿no sería mejor que ántes que llegase á poner en ejecucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efecto su mala intencion, pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia. ¡Ay señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, ¿y qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿Quieres por ventura quitarte la vida, ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no dés lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas; mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá ántes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa; y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué

hemos de hacer del despues de muerto? ¿Qué, amiga? respondió Camila: dejarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tan gallarda y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente, y á decir: ¡Ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí, dijo: ¿Por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Vé segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia; yo moriré, si muero, pero he de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entre tanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: ¡Válame Dios! ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendello. Mas con todo, creo que fuera mejor dar cuenta deste á Anselmo; pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto, que las manifiestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues, traidores; aquí, venganzas: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo; y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le pareciera que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas: y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso. Y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano, y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo, y ántes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad; y así respondió á Camila desta manera: No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo. Si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas léjos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, cuanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A tí te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene, que á no ser así, por ménos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasion le

agravias? Pero ya caigo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿cuando, ó traidor, respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? Cuándo tus amorosas palabras no fuéron deshechas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? Cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fuéron de mí creidas ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido de huir la ocasion, si alguna te dí, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir, que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo, quizá seria mas pública mi culpa; pero ántes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y lijereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese. La cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dijo: Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo ménos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga; y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario le tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, á sacar la daga, y al ver la pequeña herida salió del temor que hasta entónces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y tristo lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término; y como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos, y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase; pedíale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese ántes que estuviese sana. El respondió que dijesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese: solo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba donde gentes no le viesen; y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuán enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella, si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso, convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dejar de ver: á lo que Leonela respondia, que ella ni aun burlando no sabía mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora; de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es, se podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demas déjalo á mi cargo, y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habian trasformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir á verse con su buen amigo Lo-

tario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perdella salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila. Todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ya ser la causa por haber dejado á Camila herida y haber él sido la causa; y así entre otras razones le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era lijera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él; y que segun esto, no habia de qué temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que el hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recebiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad, con tanto artificio hasta allí encubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPITULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que D. Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente.

Poco mas quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba D. Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen, como si fuera un nabo. ¿Qué dices, hermano? dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba; ¿estáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decis, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que D. Quijote decia á voces: Tente, ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho: No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si D. Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre; y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á D. Quijote en el mas extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabía bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante. Y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con D. Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó D. Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo: Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mesmos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero; ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fuéron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á D. Quijote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy mas segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura, y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os dí, pues con la ayuda del alto

Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido. ¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho : sí, que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está de molde. ¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian, sino el ventero que se daba á Satanas; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con D. Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora por su respeto vino estotro señor, y me lleva mi cola, y hámela vuelto con mas de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre : pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre si no me la han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni sería hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole, que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que así lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien, y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase : él, que á todos quiso dar gusto y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia :

Sucedió pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves de la voluntad que le tenia; y para mas confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse calificada en sus amores llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco recelo pudiese ponerle en ejecucion. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quién los daba, sintió que le detenian la puerta : cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él diciéndole : Sosiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, ántes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no, que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo : No me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dijo Anselmo, si no, muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada; déjame hasta mañana, que entónces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo; porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer), que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabía de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no : y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fué tal, que no le sabía responder palabra, ni ménos sabía resolverse en lo que haria. En fin acordó de llevar á Camila á un monasterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fué adonde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la

cama ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella; pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos, y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y ansí como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario. Mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabía qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin á cabo de una gran pieza de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apénas hubo andado la mitad, cuando acosado de sus pensamientos le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros; y allí se estuvo hasta casi que anochecia, y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: Las mas extrañas que muchos dias há se han oido en ella; porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no sé puntualmente cómo pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban los *Dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. Adios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabía su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venía fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso; y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció por las premisas mortales que en sí sentia, que se le iba acabando la vida; y así ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él, y habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congójose en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida, y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones:

«Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si »las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, »sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada »á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que »ella los hiciese; y pues yo fuí el fabricador de mi des»honra, no hay para que...»

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del monasterio, ni ménos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dijo el cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar; pero entre marido y mujer algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPITULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

Estando en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos. ¿Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la jineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillon, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié ¿Vienen muy cerca? preguntó el cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de D. Quijote; y casi no habian tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy

gentil talle y disposicion eran, fuéron á apear la mujer que en el sillon venia; y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento, donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna, solo que al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió: Par diez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto; y esto dígolo porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de lo que él ordena y manda. ¿Y la señora quién es? preguntó el cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma; y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no há mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va; y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste como parece. Todo podria ser, dijo el cura; y dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la cual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella, y le dijo: ¿Qué mal sentis, señora mia? Mirad si es alguno de quien la mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, al que dijo el mozo que los demas obedecian, y dijo á Dorotea: No os canseis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamas la dije, dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando, ántes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de D. Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo: ¡Válgame Dios! ¿qué es esto que oigo? Qué voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quién los daba, se levantó en pié y fuése á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero, la detuvo sin dejarla mover un paso. A ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecia persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimismo la tenia, era su esposo D. Fernando; y apénas le hubo conocido, cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dejó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció D. Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á D. Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien D. Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos. Dorotea á D. Fernando, D. Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á D. Fernando desta manera: Dejadme, señor D. Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas: notad cómo el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis por mil costosas experiencias que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entre tanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que D. Fernando aun no la dejaba de sus brazos ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo, se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus piés

está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad ó por tu gusto quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traido solo los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que, aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dejas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo ménos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y afortunada. No permitas con dejarme y desampararme que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no dés tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que poca ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto mas que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á tí te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras ó no quieras yo soy tu esposa; testigos son tus palabras que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á D. Fernando y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla D. Fernando sin replicalle palabra hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de D. Fernando que apretada la tenian. El cual lleno de confusion y de espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda, dijo: Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó D. Fernando, iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de D. Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor y aventurándose á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos le dijo: Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: Vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para D. Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que D. Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decia: ¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus piés á tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igualar á tí mismo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañando de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de D. Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazon acudieron los amigos de D. Fernando, y el cura y el barbero, que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á D. Fernando, supli-

diándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimismo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se le podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las leyes fuertes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de D. Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: Levantáos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo qué digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amáis, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro. Y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros: y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea; y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio y los otros del ajeno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fuéron á poner de rodillas ante D. Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que D. Fernando no sabía qué responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea, le dijese cómo habia venido á aquel lugar tan léjos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que ántes habia contado á Cardenio: de lo cual gustó tanto D. Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo D. Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad; y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se habia ido; y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio: y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la cual no habia querido hablar, temeroso que en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el monasterio; y así aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la cual hallaron en el cláustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí, no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar sin hablar palabra alguna; y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en D. Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. D. Fernando daba gracias al cielo por la merced recebida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien

mas jubilaba y se contentaba era la ventera por la promesa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de D. Quijote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así con malencólico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió D. Quijote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanas. Y ¿qué es lo que dices, loco? replicó D. Quijote, ¿estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada deso, replicó D. Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no sería mucho que ahora fuese lo mismo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente: y ví yo que el ventero, que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta, y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dijo D. Quijote; dame de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y trasformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entre tanto que se vestia, contó el cura á D. Fernando y á los demas que allí estaban, las locuras de D. Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles, lo que á todos parecia, ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo mas el cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria suficientemente la persona de Dorotea. No, dijo D. Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy léjos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto D. Quijote armado de todos sus pertrechos con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á D. Fernando y á los demas la extraña presencia de D. Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual con mucha gravedad y reposo, puesto los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro sér se ha deshecho, porque de reina y gran señora que soliades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por órden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas; porque si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndole mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no há muchas horas que yo me vi con él, y... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando ménos lo pensemos. Vísteos vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazon el ventero, al cual mandó D. Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de D. Quijote en ninguna manera; y D. Quijote prosiguió diciendo: Digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo mas D. Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese; la cual como ya sabia la determinacion de D. Fernando, de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á D. Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: Quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi sér, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí, me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que ántes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia; que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo D. Quijote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo,

¿no me acabaste de decir ahora, que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante, era la puta que *te* parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podrá ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo ménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino. Ahora yo *te* digo, Sancho, dijo D. Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dijo D. Fernando, y no se hable mas en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podrémos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañarémos al señor D. Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió D. Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre D. Quijote y D. Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazon entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros, porque venía vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traia unos borceguíes datilados, y un alfanje morisco puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los hombros á los piés la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes, y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recebir pesadumbre, y llegándose á la que en el traje parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, le dijo: No os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de posar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabía hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entónces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venía, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: Señoras mias, esta doncella apénas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dijo Dorotea, ¿esta señora es cristiana, ó mora? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. ¿Luego no es bautizada? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, despues que salió de Arjel, su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á bautizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban, de saber quién fuese la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces, por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano, y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian, y lo que ella haria. El en lengua arábiga le dijo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese; y así se lo quitó, y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron, que si alguno se podria igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que la aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó D. Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela Zoraida; y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha pris-

sa, llena de congoja y donaire: *No, no Zoraida*: *María*, *María*, dando á entender que se llamaba María, y no Zoraida. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: Sí, sí, María, María: á lo cual respondió la mora: *Sí, sí, María: Zoraida macange*, que quiere decir *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venían con D. Fernando habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á D. Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas D. Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero; y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas viendo que dejando de comer D. Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la Triste Figura, que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero, que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansí que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este, ninguno otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fuéron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro dia, cuando cantaron en los aires: *Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres, de buena voluntad*; y la salutacion que el mejor Maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles, que cuando entrasen en alguna casa dijesen: *Paz sea en esta casa*: y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros*; bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática D. Quijote, que obligó á que por entónces ninguno de los que escuchándole estaban, le tuviesen por loco; ántes como todos los mas eran caballeros, á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: Digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su malaventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta, que no coma aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman *andar á la sopa*, y no les falta algun ajeno brasero ó chimenea, que si no calienta, á lo ménos entibie su frio, y en fin la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, trepezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Escilas y Caríbdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

CAPITULO XXXVIII.

Que trata del curioso discurso que hizo D. Quijote, de las armas y las letras.

Prosiguiendo D. Quijote, dijo: Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recebir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿cuán ménos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse; así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premia con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se puede premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razon averiguada que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apénas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante, en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he

puesto que se pusiéron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dijo D. Quijote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian, sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería. El cura le dijo, que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchon de D. Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, D. Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia de ser tal que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecello, le contaria. El cura y todos los demas se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron, y él viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza; y así estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada, comenzó á decir desta manera.

CAPITULO XXXIX.

Donde el captivo cuenta su vida y sucesos.

En un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linaje, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco, pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el sér. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; y así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré: Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos; y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que há muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estáis ya en edad de tomar estado, ó á lo ménos de elegir ejercicio tal, que cuando mayores os honre y aproveche; y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida: pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo, dice: Iglesia, ó mar, ó casa real, como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga ó la Iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: Mas vale migaja de rey, que merced de señor. Digo esto, porque querria y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso á entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí, por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo el mas discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo puso por obra cuanto nos habia prometido; y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda, fuéron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa, en un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil ducados en dineros, y mas tres mil que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio, que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hi-



ciésemos saber, tódas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometímoselo, y abrazándonos y echándones su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave jinovesa que cargaba allí lana para Jénova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél, y ni de mis hermanos, nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Jénova, fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemon y de Hornos, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flándes, se tuvo nueva de la liga que la santidad del papa Pio V, de felice recordacion, habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el turco, el cual en aquel mismo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por general desta liga el serenísimo D. Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey D. Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi premisas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese sería promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte, que el señor D. Juan de Austria acababa de llegar á Jénova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos; y aquel dia, que fué para la Cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron, que los que vivos y vencedores quedaron) yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los piés y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchalí, rey de Arjel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía; y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos; en fin, me rindieron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fuéron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el gran turco Selim hizo general de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los levantes y jenízaros que en ella venian, tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regía, sino por los pecados de la Cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto y estúvose quedo hasta que el señor D. Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la *Presa*, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barbareja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada la *Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido capitan D. Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la *Presa*. Era tan cruel el hijo de Barbareja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella como el señor D. Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con los venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta, y el fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor D. Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, y sin esperanza de libertad alguna: á lo ménos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la Africa mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tan-

tos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entónces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas; y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirandoles á caballero, ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen, hablan de léjos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apénas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña y quedar en las fuerzas, contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados y en su misma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Cárlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian, pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño, á cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á D. Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto le fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanes, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de unos alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los jinoveses que se ejercitan en la pesquería del coral; los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece; y así se dice, que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los cristia[nos] que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado D. Ped[ro] de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía, [el] cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de muc[ha] cuenta y de raro entendimiento; especialmente te[nia] particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo, porq[ue] su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser escla[vo] de mi mismo patron; y ántes que nos partiésemos [de] aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á man[era] de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y [en] verdad que los tengo de decir, porque los sé de memori[a], y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En [el] punto que el cautivo nombró á D. Pedro de Aguil[ar], D. Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se so[n]rieron, y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el un[o]: Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico [me] diga qué se hizo ese D. Pedro de Aguilar, que ha dich[o]. Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de d[os] años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje [de] arnaute con un griego espía, y no sé si vino en liberta[d], puesto que creo que sí, porque de allí á un año vi yo [al] griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el s[u]ceso de aquel viaje. Pues así fué, respondió el caballer[o], porque ese D. Pedro es mi hermano, y está ahora e[n] nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gr[a]cias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mer[]cedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conform[e á] mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libert[ad] perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sone[]tos que mi hermano hizo. Dígalos pues vuesa merce[d], dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que m[e] place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia as[í]:

CAPITULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
A lo mas alto y lo mejor del cielo,
Y ardiendo en ira y en honroso celo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Que en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino y arenoso suelo:
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal triste caida,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

Desa misma manera le sé yo, dijo el cautivo. Pue[s] el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballer[o], dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos terrones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada;
Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes;
Mas no mas justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegr[ó]

con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento dijo: Rendidos pues la Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y ménos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que habia quedado en pié de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es, porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que descienden de la casa otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dejó su fe: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabres de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azan Agá, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España, no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperansa que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautives cristianes, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del *almacen*, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace, y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgades y segures hasta qué venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es cuando se tarda su rescate, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar é ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues era uno de los de rescate, que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate: y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamas vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues que un dia, estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar), alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero así como llegó alzaron la caña, y la movieron á los dos lados como si dijeran no con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte, y así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis piés, dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro dél venian diez *cianiis*, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo, pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar de dónde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí,

claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano que la abria y cerraba muy apriesa. Con eso entendimos ó imaginamos que alguna mujer que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradeciamos hicimos zalemas á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy léjos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agi Morato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido; y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos, pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleve deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan sacan sus firmas, y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demas turcos. Con esto se

escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con l
Iglesia sin que se les haga daño: y cuando ven la sa
se vuelven á Berbería á ser lo que ántes eran. Otros h
que usan destos papeles y los procuran con buen inten
y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los r
negados que he dicho era este amigo, el cual tenia fi
mas de todas nuestras camaradas, donde le acreditáb
mos cuanto era posible; y si los moros le hallaran es
papeles, le quemaran vivo. Supe que sabía muy bi
arábigo, y no solamente hablarlo sino escribirlo; p
ántes que del todo me declarase con él, le dije que
leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en
agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen esp
cio mirándole y construyéndole, murmurando entre l
dientes. Preguntéle si lo entendia: díjome que m
bien, y que si queria que me lo declarase palabra p
palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo h
ciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco
fué traduciendo, y en acabando dijo: Todo lo que va a
en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este p
pel morisco, y háse de advertir que adonde dice: *L*
Márien, quiere decir: *nuestra Señora la Virgen Mar*
Leimos el papel, y decia así:

«Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava,
»cual en mi lengua me mostró la zala cristianesca, y
»dijo muchas cosas de Lela Márien. La cristiana mur
»y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque de
»pues la vi dos veces, y me dijo que me fuese á tierra
»cristianos á ver á Lela Márien, que me queria muc
»No sé yo cómo vaya: muchos cristianos he visto p
»esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero si
»tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muc
»dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes ha
»cómo nos vamos, y serás allá mi marido, si quisier
»y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Már
»me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira á qui
»lo das á leer, no te fies de ningun moro, porque son
»dos marfuces. Desto tengo mucha pena, que quisi
»que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre
»sabe, me echará luego en un pozo, y me cubrirá
»piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la respues
»y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por
»ñas, que Lela Márien hará que te entienda. Ella y A
»te guarden, y esa cruz que yo beso muchas veces, q
»así me lo mandó la cautiva.»

Mirad, señores, si era razon que las razones deste p
pel nos admirasen y alegrasen; y así lo uno y lo otro f
de manera, que el renegado entendió que no acaso
habia hallado aquel papel, sino que realmente á algu
de nosotros se habia escrito; y así nos rogó, que si e
verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél, y se
dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libe
tad. Y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de m
tal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aque
imágen representaba, en quien él, aunque pecado
malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad
secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porq
le parecia y casi adevinaba que por medio de aquella q
aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros
tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, q
era reducirse al gremio de la santa Iglesia su madre,

quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer consentímos y venimos en declararle la verdad del caso, y así le dímos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecía la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos ansimismo que sería bien responder al billete de la mora, y como teniamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fui notando, que puntualmente fuéron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto, lo que á la mora se le respondió fué esto:

«El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella »bendita Márien, que es la verdadera madre de Dios, y es »la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de »cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se »sirva de darte á entender cómo podrás poner por obra »lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De »mi parte y de la de todos estos cristianos que están con»migo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos »hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que »pensares hacer, que yo te responderé siempre: que el »grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe »hablar y escribir tu lengua, tan bien como lo verás por »este papel. Así que, sin tener miedo nos puedes avi»sar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fue»res á tierra de cristianos, que has de ser mi mujer, yo te »lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristia»nos cumplen lo que prometen, mejor que los moros. Alá »y Márien su madre sean en tu guarda, señora mia.»

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que estuviese el baño solo como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podia ver quién la ponia, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venía puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella, con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mismo moro que á nosotros nos habian dicho, que se llamaba Agi Morato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa mujer de la Berbería; y que muchos de los vireyes que allí venian, la habian pedido por mujer, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venía en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué órden se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entónces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos, que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perdería la vida ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decia:

«Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos vamos »á España, ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se »lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os »daré por esta ventana muchísimos dineros de oro; res»catáos vos con ellos y vuestros amigos, y vaya uno en »tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva »por los demas; y á mí me hallará en el jardin de mi »padre, que está á la puerta de Babazon, junto á la ma»rina, donde tengo de estar todo este verano con mi pa»dre y con mis criados: de allí de noche me podréis sa»car sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has »de ser mi marido, porque si no, yo pediré á Márien que »te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, »rescátate tú y vé, que yo sé que volverás mejor que »otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el »jardin, y cuando te pasees por ahí, sabré que está solo »el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor »mio.»

Esto decia y contenía el segundo papel, lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla les borraban de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto, él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Arjel una barca con achaque de hacerse mercador y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Cuanto mas, que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la

mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, sino es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no haciamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que hariamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer *jumá*, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que ántes que se fuese nos daria mas dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos que no lo echaria ménos, cuanto mas que ella tenia las llaves de todo. Dímos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Arjel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaria mi rescate, porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey, que habia muchos dias que mi rescate estaba en Arjel, y que el mercader por sus granjerías lo habia callado. Finalmente mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El juéves ántes del viérnes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase, supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras, que así lo haría, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dieron órden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar deste temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto por el peligro que habia.

CAPITULO XLI.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.

No se pasaron quince dias, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de mas de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está veinte leguas de Arjel hácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudéjares*; y en el reino de Fez llaman á los mudéjares *elches*, los cuales son la gente de quien aquel rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba, y allí muy de propósito se ponia el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayar de burlas á lo que pensaba hacer de véras, y así se iba al jardin de Zoraida y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle. Y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él despues me dijo, y decille que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, si no es que su marido ó su padre se lo manden: de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun mas de aquello que sería razonable; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia; el cual viendo cuán seguramente iba y venía á Sargel, y que daba fondo cuándo y cómo y adónde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles queria traer conmigo fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso, á acabar una galeota que tenia en astillero: á los cuales no les dije otra cosa sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agi Morato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuesé. A cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenía, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos ántes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver. Y así determiné de ir al jardin y ver si podria hablarla; y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia, ántes de mi

partida, fuí allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos; digo pues que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle que era esclavo de Arnaute Mamí (y esto porque sabía yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo), y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba, ántes luego cuando su padre vió que venía y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa sería decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los piés, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los piés en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar; y así hay mas perlas y aljófar entre los moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Arjel habia, y de tener asimismo mas de doscientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar cuál debia de ser en las prosperidades; porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin, que entónces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo ménos á mí me pareció serlo la mas que hasta entónces habia visto; y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venía á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondi que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos *zoltanis*: á lo cual ella respondió: En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentis en cuanto decis, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trató y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. ¿Y cuándo te vas? dijo Zoraida. Mañana creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer? No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quién se la diste? dijo Zoraida: Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad se parece á tí mucho. Desto se rió mucho de véras su padre, y dijo: Gualá, cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino; si no, mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zoraida, como mas ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho allí se usa, mas declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mismo hizo Zoraida, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues, que dijo su padre á Zoraida: Hija, retírate á la casa, y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y véte en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le habia mandado; pero apénas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: ¿*Tameji*, cristiano, *tameji?* que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? Yo la respondí: Señora, sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primer jumá me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna irémos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, ántes se llegó mas á mí y puso su cabeza sobre mi pecho doblando

un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo dí á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: Sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado; y quitándola del mio la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: *Ameji*, cristiano, *ameji*: véte, cristiano, véte. A lo que su padre respondió: No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré, si fuere menester, por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agi Morato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine y dí cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el órden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habiamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron, se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado diciéndonos, que en qué nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podiamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dijo en morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez, quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron sin hablar alguna palabra maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros, que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos ansimismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agi Morato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos *nizarani*, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi, le tomé una mano, y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros haciamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconociamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin. Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dijo ella, á mi padre no se ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos; y esperáos un poco, y lo veréis; y diciendo esto, se volvió á entrar diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apénas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el interin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin; y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: Cristianos, cristianos, ladrones, ladrones; por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa ántes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agi Morato estaba, y juntamente con él fuéron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion, los que

supieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agi Morato trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces siendo mas necesarios los piés, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado, nos esperaban temerosos de algun mal suceso nuestro. Apénas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. Él como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y mas cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, ni quejarse, ni esquivarse se estaba queda; pero con todo esto callaba, porque no se pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zoraida ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque ántes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento, pero él respondió que no convenía, á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscarnos con algunas fragatas lijeras, y nos tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podria hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoraida, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo; y luego con regocijado silencio y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sesenta millas de Arjel; y asimismo temiamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí y por todos juntos presumiamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderiamos, mas que tomariamos bajel donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habriamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuímos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comiamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á izar luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó cristianos; mas el darme libertad no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo y el interese que se os puede seguir de dármela; el cual interese si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no, por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto, comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos le acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: ¿Qué es esto, hija, que ayer al anochecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabía él bien que le habia dejado en Arjel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venía dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió: No te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas; y así quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice, hija? dijo el moro. Así es, respondió Zoraida. ¿Qué, en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zoraida: La que es cristiana yo soy; pero no la que,

te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien. ¿Y qué bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que yo. Apénas hubo oido esto el moro, cuando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacasen, y así acudimos luego todos, y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recebió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, torno en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado el de la Cava rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala mujer cristiana; y es tradicion entre los moros, que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque cava en su lengua quiere decir mujer mala, y rumia, cristiana; y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudasen y favoreciesen para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden, á suplicacion de Zoraida, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas ver delante de sus ojos atado á su padre y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado. No fuéron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto, desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: ¿Por qué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me déis libertad? ¿Pensais que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia, cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra; y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dijo: Oh infame moza y mal aconsejada muchacha, ¿adónde vas ciega y desatinada en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa á ponelle tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldicior y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos d truyese, confundiese y acabase; y cuando por haberr hecho á la vela no podimos oir sus palabras, vimos s obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cal llos y arrastrarse por el suelo: mas una vez esforzó voz de tal manera, que podimos entender que deci Vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo p dono; entrega á esos hombres ese dinero, que ya es su y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en e desierta arena dejará la vida, si tú le dejas. Todo lo c escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no su decirle ni respondelle palabra, sino: Plega á Alá, pad mio, que Lela Márien, que ha sido la causa de que sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sa bien, que no pude hacer otra cosa de la que he hech y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pu aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en casa, me fuera imposible, segun la priesa que me da mi alma á poner por obra esta que á mí me parece t buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Es dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya veiamos; y así consolando yo á Zoraida, atendimos tod á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio vient de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vern otro dia al amanecer en las riberas de España. Mas com pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo sin s acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó so bresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldicione que el moro á su hija habia echado, que siempre se ha de temer de cualquier padre que sean, quiso digo, qu estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres ho ras de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo frenillados los remos, porque el próspero viento nos qui taba del trabajo de haberlos menester, con la luz de l luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas llevando un poco á orza el timon, delante de nosotro atravesaba, y esto tan cerca que nos fué forzoso amaina por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza d timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puest al bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos, y de dónde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entónces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro: y viendo cuán pocos éramos, y cómo el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no

respondelles, nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion, todos pasamos con los franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teniamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que mas valía y ella mas estimaba. Pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la cual entónces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de alguno provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serían castigados, siendo descubierto su hurto; mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego á camino y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta la Rochela, de donde habia salido. Y así tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España; con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de mediodía podria ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo, siguiendo la derrota del estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dímos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche; pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor, que de razon se debia tener, que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco ántes de la media noche sería, cuando llegamos al pié de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salímos todos á tierra, y besamos el suelo, y con lágrimas de alegrísimo contento dímos todos gracias á Dios, Señor nuestro, por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viaje. Sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podiamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde á mi parecer de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser ménos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della. Pero lo que á mí mas me fatigaba, era el ver ir á pié á Zoraida por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un cuarto de legua debiamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dímos voces, y él alzando la cabeza se puso lijeramente en pié, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fuéron el renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña lijereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: Moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabiamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de turco, y se vistiese un jileco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y así encomendándonos á Dios, fuímos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa. Y no nos engañó nuestro pensamiento; porque aun no habrian pasado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran lijereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y así como los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion por qué un pastor habia apellidado arma. Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veniamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al jinete que nos habia hecho la pregunta, y dijo sin dejarme á mí decir mas palabra: Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Málaga; si ya

los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio. Apénas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo diciéndole: Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabíamos que estabas en Arjel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y los de todos los desta compañía comprendo que habeis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Velez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habiamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse; y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la aficion entónces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo ménos que yo la hubiese visto. Fuímos derechos á la iglesia á dar gracias á Dios por la merced recebida, y así como en ella entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Dijímosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo, le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fueran cada una dellas la misma Lela Márien que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, á Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros, en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Velez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenía, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la Santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia; los demas cristianos libertados se fuéron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoraida y yo con solo los escudos que la cortesía del frances le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apénas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPITULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

Calló en diciendo esto el cautivo, á quien D. Fernando dijo: Por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara. Y en diciendo esto, D. Antonio y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció D. Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él por su parte le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene. A este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: Señor, lo que en ello hay es, que no tengo camas; si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldrémos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella dificilmente pudiera hallarse. Hallóse D. Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y así como le vió, dijo: Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y

letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraíso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de D. Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no ménos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoraida, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recebirla; pero D. Fernando, Cardenio y el cura le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, así de lo que veia como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y la postura de D. Quijote le desatinaban; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que ántes estaba ordenado, que todas las mujeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera como en su guarda: y así fué contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al oidor, le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, cómo se llamaba, y si sabía de qué tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre; y alborozado y contento, llamando aparte á don Fernando, á Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habiale dicho tambien el criado, como iba proveido por oidor á las Indias en la audiencia de Méjico: supo tambien como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaria, ó le receberia con buenas entrañas. Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el cura; cuanto mas, que no hay pensar sino que vos, señor capitan, seréis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dijo el capitan, yo querria no de improviso sino por rodeos dármele á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trataré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura: Del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería española; pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado. ¿Y cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el oidor. Llamábase, respondió el cura, Ruy Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego; porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton. Y sé yo decir, que el que él escogió de venir á la guerra le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido. A todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entónces. Solo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado, de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia. Todo lo que el cura decia, estaba escuchando algo de allí desviado el capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia: el cual, viendo que ya el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándosele los ojos de agua, dijo: ¡Oh señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado, y cómo me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese capitan tan valeroso que decis, es mi mayor hermano, el cual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestra camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oisteis. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural, y yo ansimismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con conti-

suas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo: del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo ahora me temo, es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Oh buen hermano mio, y quién supiera ahora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! Oh, quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en la mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias! Oh Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el cura, que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demas caballeros estaban, y dijo: Cesen, señor oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis, es el capitan Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije, los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo mas apartado; mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apénas creo que pueden pensarse, cuanto mas escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el oidor á Zoraida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí D. Quijote estaba atento sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitan y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que della les quedaba. D. Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de D. Quijote, de que no poco gusto recebió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodándose como ménos mal pudieron, D. Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, á cuyo lado dormia D.ª Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dijo: Quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta. Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea, y con esto se fué Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPITULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
Y en su piélago profundo
Navego sin esperanza
De llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella
Que desde léjos descubro,
Mas bella y resplandeciente
Que cuantas vió Palinuro.
Yo no sé adónde me guia,
Y así navego confuso,
El alma á mirarla atenta,
Cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encubren,
Cuando mas verla procuro.
¡Oh clara y luciente estrella,
En cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
Será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no sería bien que dejase Clara de oir una tan buena voz, y así moviéndola á una y á otra parte, la despertó diciéndole: Perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz que quizá habrás oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar, ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara: pero apénas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo: ¡Ay, señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oidos para no ver ni oir á ese desdichado músico. ¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo

de mulas. No es sino señor de lugares, respondió Clara, y del que él tiene en mi alma con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dijo: Hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaráos mas, y decidme ¿qué es lo que decis de alma y de lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oille se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que tambien se admiró Dorotea, la cual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian desta manera:

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via
Que tú misma te finges y aderezas:
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.
No alcanzan perezosos
Honrados triunfos ni vitoria alguna:
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo:
Pues no hay mas rica prenda
Que la que se quilata por su gusto;
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfías
Tal vez alcanzan imposibles cosas;
Y así, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso recelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dio fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar, qué era lo que le queria decir denántes. Entónces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo: Este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte. Y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente, él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que ansí fuera, como sola y sin madre no sabia con quién comunicallo, y así lo dejé estar sin dalle otro favor sino era, cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así el dia que nos partimos, nunca pude verlo para despedirme dél siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada en un lugar una jornada de aquí, le vi á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde, cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos: y como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene á pié y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los piés, pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy grande estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echaréis bien de ver que no es mozo de mulas como decis, sino señor de almas y lugares, como ya os he dicho. No digais mas, señora D.ª Clara, dijo á esta sazon Dorotea, y esto besándola mil veces: no digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay, señora! dijo D.ª Clara, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dejase; quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco. No sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo. No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuán como niña hablaba D.ª Clara, á quien dijo: Reposemos, señora, lo poco que creo que queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritornes su criada, las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba D. Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo haciendo la guardia, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo ménos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que D. Quijote

estaba á caballo recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma. Y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! ¿y qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ¡oh lu minaria de las tres caras! quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente qué vida á mi muerte, y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le dés paz en el rostro, que tendré mas celos de tí que tú los tuviste de aquella lijera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste entónces celoso y enamorado. A este punto llegaba entónces D. Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: Señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz volvió D. Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entónces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta. Y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion, que otra vez como la pasada la doncella fermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle; y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo: Lástima os tengo, fermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza; de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogéos en vuestro aposento, y no querais con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido; y si del amor que me teneis, hallais en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla encontinente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritornes. ¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió D. Quijote. Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero le ha traido tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió D. Quijote; pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritornes que sin duda D. Quijote daria la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero, á tiempo que D. Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano dijo: Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo verémos, dijo Maritornes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. D. Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: Más parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de D. Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritornes le ató, ella y la otra se fuéron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué imposible soltarse. Estaba pues, como se ha dicho, de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro, habia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose D. Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento, como la vez pasada cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que cuando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fuéron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pié ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadís, contra quien

no tenia fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese; y finalmente allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna, teniéndose por encantado: y haciale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte, sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase. Pero engañóse mucho en su creencia, porque apénas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por D. Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: Caballeros ó escuderos ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo; desviáos afuera, y esperad que aclare el dia, y entónces verémos, si será justo ó no que os abran. ¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió D. Quijote. No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decis disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó D. Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decis, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó D. Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros que con el preguntante venían del coloquio que con D. Quijote pasaba, y así tornaron á llamar con grande furia; y fué de modo, que el ventero despertó y aun todos cuantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y así no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de D. Quijote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se lo arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio; porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo; bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco mas que se estiren, llegarán al suelo.

CAPITULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efecto, fuéron tantas las voces que D. Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á D. Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él, le preguntaron qué tenia, que tales voces daba. El sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope diciendo: Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de D. Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion diciéndoles quién era D. Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venía vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traia el amante de D.ª Clara. El ventero respondió que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el oidor, dijo: Aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle; y aun sería bien que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Así se hará, respondió uno dellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta, y el otro se fué á rodear la venta: todo lo cual veia el ventero, y no sabía atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia, y así por esto, como por el ruido que D. Quijote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente D.ª Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. D. Quijote, que vió que ninguno de los cuatro

caminantes hacia caso dél, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder, mal de su grado; pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dijo: Por cierto, señor D. Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recebió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio; y el criado prosiguió diciendo: Aquí no hay que hacer otra cosa, señor D. Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo; porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues cómo supo mi padre dijo D. Luis, que yo venía este camino y en este traje? Un estudiante, respondió el criado, á quien diste cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos; y así despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornarémos llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere ó como el cielo ordenare, respondió D. Luis. ¿Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien D. Luis estaba, y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á D. Fernando y á Cardenio y á los demas, que ya vestido se habian, á los cuales dijo como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria. Y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quién era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer; y así se fuéron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella D.ª Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de D.ª Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre: y no se lo dijo tan callando, que lo dejase de oir D.ª Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á D. Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego, sin detenerse un punto, volviese á consolar á su padre. El respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entónces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese ó no quisiese. Esto no haréis vosotros, replicó D. Luis, sino es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, D. Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y D. Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabía la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian, que qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho. Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. A esto dijo D. Luis: No hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas; yo soy libre, y volveré si me diere gusto; y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre; y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados. Sepamos qué es esto de raiz, dijo á este tiempo el oidor; pero el hombre, que le conoció como vecino de su casa, respondió: ¿No conoce vuestra merced, señor oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entónces el oidor mas atentamente, y conocióle, y abrazándole dijo: ¿Qué niñerías son estas, señor D. Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera, y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al oidor, el cual dijo á los cuatro que se sosegasen, que todo se haria bien; y tomando por la mano á D. Luis, le apartó á una parte, y le preguntó qué venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños: y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle que á D. Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. A lo cual respondió D. Quijote muy de espacio y con mucha flema: Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura, en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto. Mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: corred, y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la prin-

cesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. ¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritornes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió D. Quijote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga; ó por lo ménos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechas. Y sin decir mas, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego embrazando su adarga y poniendo mano á su espada acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á maltraer al ventero: pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decian que en qué se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dijo D. Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de D. Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si no, sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le permiten, y volvámonos atras cincuenta pasos á ver qué fué lo que D. Luis respondió al oidor, que le dejamos aparte, preguntándole la causa de su venida á pié y de tan vil traje vestido. A lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: Señor mio, yo no sé deciros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestra vecindad que yo viese á mi señora D.ª Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueña de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que desde léjos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que D. Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabía el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio: y así no respondió otra cosa sino que se sosegase por entónces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza D. Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del oidor, que como discreto ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que si fuera posible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de D. Luis, del cual sabía que pretendia hacer de título á su hijo. Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de D. Quijote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de D. Luis aguardaban el fin de la plática del oidor y la resolucion de su amo; cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien D. Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: ¡Ah don ladron, que aquí os tengo! venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes! Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mojicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, ántes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: Aquí del rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor D. Quijote estos despojos. Ya estaba D. Quijote delante con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la órden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: Señores, así esta albarda es mia, como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame. Y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener D. Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: Porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion. En lo del albarda no me entremeto, que en lo que en ello sabré decir es, que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo: yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabré dar otra razon sino es la ordinaria, que como esas trasformaciones

se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó D. Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la trujo, y así como D. Quijote la vió, la tomó en las manos, y dijo: Miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora, no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPITULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfían que esta no es bacía, sino yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo D. Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de D. Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero: Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas há de veinte años carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno, y ni mas ni ménos fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan léjos de serlo, como está léjos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira: tambien digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dijo D. Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dijo el cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, D. Fernando y sus camaradas; y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de D. Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las véras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo á esta sazon el barbero burlado, ¿que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía sino yelmo? Cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una universidad, por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mí albarda me parece, dijo D. Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en mas de decirlo el señor D. Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dijo D. Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo, ni cómo no, vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia difinitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecian. No hay duda, respondió á esto D. Fernando, sino que el señor D. Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinicion deste caso; y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de D. Quijote era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de D. Luis, y á D. Luis ni mas ni ménos, y á otros tres pasajeros que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran. Pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver cómo andaba D. Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á D. Quijote conocian, dijo en alta voz: El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No ménos causaban risa las necedades que decia el barbero que los disparates de D. Quijote, el cual á esta sazon dijo: Aquí no hay mas que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió S. Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que



hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo), que no me dén á mí entender cuantos hoy viven en el mundo al reves de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado dijo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe de estar hecho uva. Mentis como bellaco villano, respondió D. Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de D. Luis rodearon á D. Luis, porque con el alboroto no se les fuese: el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: D. Quijote puso mano á su espada, y arremetió á los cuadrilleros: D. Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á D. Quijote y á Cardenio y á D. Fernando, que todos favorecian á D. Quijote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y D.ª Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molia al barbero, D. Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendia, D. Fernando tenia debajo de sus piés á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusion de sangre. Y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á D. Quijote que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legion de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual, quiero que veais por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante y el otro de rey Sobrino, y pónganos en paz; porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendian el frásis de D. Quijote, y se veian malparados de D. Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y el albarda: Sancho, á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de D. Luis tambien se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo: solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entónces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de D. Quijote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del oidor y del cura, volvieron los criados de D. Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenía, el oidor comunicó con D. Fernando, Cardenio y el cura, qué debia hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que D. Luis le habia dicho. En fin, fué acordado que D. Fernando dijese á los criados de D. Luis quién él era, y cómo era su gusto que D. Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marques sería estimado como el valor de D. Luis merecia, porque desta manera se sabía de la intencion de D. Luis que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de D. Fernando y la intencion de D. Luis, determinaron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á D. Luis y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino: pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar lo peor de la batalla; pero á uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por D. Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delincuentes, traia uno contra D. Quijote, á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho, con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de D. Quijote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia ponia los ojos en D. Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de D. Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba. Y apénas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á D. Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: Favor á la Santa Hermandad; y para que se vea que lo pido de véras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este sal-

teador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y como convenía con las señas con D. Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto, y crugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros allí dejara la vida ántes que D. Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba: Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. D. Fernando despartió al cuadrillero y á D. Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones D. Quijote, y con mucho sosiego dijo: Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto mas la existencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme, ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo, ni barca? Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? Qué rey no le asentó á su mesa? Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el muddo, que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero D. Quijote.

En tanto que D. Quijote esto decia, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como D. Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de D. Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trescientas. Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejara llevarse, á lo que yo entiendo. En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo D. Quijote hacer, que mas locos fueran que no él los cuadrilleros, sino conocieran la falta de D. Quijote; y así tuvieron por bien de apaciguarse y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rencor á su pendencia. Finalmente, ellos como miembros de justicia mediaron la causa y fuéron árbitros della, de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo ménos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á so capa y sin que D. Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de D. Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde D. Fernando le queria llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto D. Luis queria, de que recebió tanto contento D.ª Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos y traia colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura habia hecho al barbero, pidió el escote de D. Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó D. Fernando, puesto que el oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga: y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como D. Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano; de todo lo cual fué comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de D. Fernando. Viéndose pues D. Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y así con resoluta determinacion se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pié y le dijo: Es comun proverbio, fermosa señora, que



la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria ántes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dándole lugar el tiempo se fortificase en algun inexpugnable castillo y fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está demas de tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo mas D. Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la formosa infanta, la cual con ademan señoril y acomodado al estilo de D. Quijote, le respondió desta manera: Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer á los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo. Y en lo de mi partida sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dijo D. Quijote; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra: ¡Ay señor, señor, y cómo hay mas mal en el aldehuela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas! ¿Qué mal puede haber en ninguna aldea ni en todas las ciudades del mundo, qué pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Di lo que quisieres, replicó D. Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo: que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fui yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda, á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo D. Fernando alguna vez á hurto de otros ojos habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de reina de tan gran reino; y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafren, pues será mejor que nos estémos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡Oh, válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recebió D. Quijote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: ¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Véte de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas: véte, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira; y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de D. Quijote, dijo para templarle la ira: No os despecheis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon D. Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es y así será, dijo D. Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor D. Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia, *sicut erat in principio*, ántes que las tales visiones le sacasen de juicio. D. Quijote respondió que él le perdonaba; y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar, le echó la bendicion diciendo: Ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad

lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió D. Quijote, que si así fuera, yo te vengara entónces y aun ahora; pero ni entónces ni ahora pude ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no ménos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta, y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron órden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y D. Fernando con D. Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente D. Quijote, y luego D. Fernando y sus camaradas, con los criados de D. Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á D. Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los piés, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes, y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el cura trazador desta máquina. Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia: que fué que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda sino el otro, que decia: «¡Oh »caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la »prision en que vas, porque así conviene para acabar »mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: »la cual se acabará cuando el furibundo leon man»chego, con la blanca paloma tobosina yacieren en uno, »ya despues de humilladas las altas cervices al blando »yugo matrimoñesco. De cuyo inaudito consorcio sal»drán á la luz del orbe los bravos cachorros que imita»rán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será »ántes que el seguidor de la fugitiva ninfa faga dos ve»gadas la visita de las lucientes imágines con su rápido »y natural curso. Y tú, ¡oh el mas noble y obediente »escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y »olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver »llevar así delante de tus ojos mismos á la flor de la ca»ballería andante; que presto si al plasmador del mundo »le place, te verás tan alto y tan sublimado que no te »conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que »te ha fecho tu buen señor! Y asegúrote de parte de la »sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como »lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y »encantado caballero, que conviene que vayas donde »pareis entrambos; y porque no me es lícito decir otra »cosa, adios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me »sé.» Y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedó D. Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion della, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo: ¡Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza, mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder, que no me dejará en buena ni en mala suerte; porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la ínsula ó otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado D. Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

Cuando D. Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: Muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamas he leido, ni visto ni oido que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos

perezosos y tardíos animales, porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña lijereza, encerrados en alguna parda y escura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipógrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion. Pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan que no son del todo católicas. ¿Católicas? ¡mi padre! respondió D. Quijote: ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire, y cómo no consisten mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios, porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero este huele á ámbar de media legua. Decia esto Sancho por D. Fernando, que como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió D. Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos, donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices, huele á ámbar, ó tú te engañas, ó el quiere engañarte, con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo D. Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus escopetas; pero ántes que se moviese el carro, salió la ventera, su hija y Maritornes á despedirse de D. Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien D. Quijote dijo: No lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamas le dí á nadie; y rogad á Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con D. Quijote, el cura y el barbero se despidieron de D. Fernando y sus camaradas, y del capitan y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo D. Fernando al cura dónde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba D. Quijote, asegurándole que no habria cosa que mas gusto le diese que saberlo, y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida, y suceso de D. Luis y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del *Curioso impertinente*, y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabía leer no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego, vió que al principio del escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*; por donde entendió ser alguna novela, y coligió que pues la del *Curioso impertinente* habia sido buena, que tambien lo sería aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y así la guardó con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo y tambien su amigo el barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de D. Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro. Y la órden que llevaban era esta: iba primero el carro guiándole su dueño, á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda á Rocinante; detras de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. D. Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y así con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes, y comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminasen un poco mas, porque él sabía que detras de un recuesto

que cerca de allí se mostraba, habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y así tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venían hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fuéron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que ménos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente; y uno de los que venían, que en resolucion era canónigo de Toledo y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y mas á D. Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facinoroso salteador ó otro delincuente, cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: Señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó D. Quijote la plática, y dijo: ¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para qué me canse en decirlas; y á este tiempo ya habian llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con D. Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El canónigo, á lo que D. Quijote dijo, respondió: En verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías, que de las Súmulas de Villalpando; así que, si no está mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. A la mano de Dios, replicó D. Quijote; pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamas la fama se acordó, para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopía, han de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor D. Quijote de la Mancha, dijo á esta sazon el cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada y la valentía enoja. Este es, señor, el caballero de la Triste Figura, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en escurecerlos y la malicia en ocultarlos. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venían. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dijo: Ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso dello es, que así va encantado mi señor D. Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacia ayer ántes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme á mi entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo si no le van á la mano, hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura, prosiguió diciendo: ¡Ah señor cura, señor cura! ¿Pensará vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamentos? Pues sepa que le conozco por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por mas que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza la liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo ménos, pues no se podia esperar otra cosa así de la bondad de mi señor el de la Triste Figura, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encaracer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor D. Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. Adóbame esos candiles, dijo á este punto el barbero, ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? Vive el Señor que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto mas gobernador de una ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor meneallo. No quiso responder el barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir, y por este mismo temor habia el cura dicho al canónigo que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el canónigo, y adelantóse con sus criados y con

él: estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de D. Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oir la peregrina historia de D. Quijote, y en acabándola de oir dijo: Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, cuál mas, cuál ménos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene mas este que aquel ni estotro que el otro. Y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes? Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿qué dirémos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese, que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto mas parece verdadera; y tanto mas agrada, cuanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil. El cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto decia; y así le dijo, que por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos los de D. Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarron; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de Estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulíses, la piedad de Enéas, la valentía de Aquíles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos. Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho; porque la escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica tambien puede escrebirse en prosa como en verso.

CAPITULO XLVIII.

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballería, con otras cosas dignas de su ingenio.

Así es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el cura; y por esta causa son mas dignos de reprension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina. Yo á lo ménos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion: pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesion, como por ver que es mas el número de los simples, que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que mas me le quitó de las manos y aun del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan léjos de serlo; y los autores que las componen, y los autores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio; y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos; deste modo vendrá á ser mi libro al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del Cantillo. Y aunque algunas veces he procurado persuadir á los autores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdome que un dia dije á uno destos pertinaces: decidme, ¿no os acordais que há pocos años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta destos reinos, las cuales fuéron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros á los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? ¿Sin duda, respondió el autor que digo, que debe de decir vuestra merced por la *Isabela*, la *Fílis* y la *Alejandra?* Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: así que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí que no fué disparate *La ingratitud vengada*, ni le tuvo la *Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni ménos en *La enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado; y otras cosas añadí á estas con que á mi parecer le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo á esta sazon el cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imágen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades, é imágenes de lascivia. Porque ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapan y una princesa fregona? ¿Qué diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlomagno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurías. ¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¡Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin mas respeto ni consideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos. Y no sería bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos

humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues esto se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan, á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las véras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez; y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linajes; y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias ántes que se representasen; no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna, y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende. Y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicísamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos. Y si se diese cargo á otro ó á este mismo que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura, cuando adelantándose el barbero, llegó á ellos, y dijo al cura: Aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí, respondió el cura, y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia. Y así por gozar dél como de la conversacion del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de D. Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no léjos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo cual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. Pues así es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del cura y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: Señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento; y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros, son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera, de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado, sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió D. Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros, son el cura y el barbero nuestros compatriotos y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos, para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la soga de Teseo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo he leido en todas las histo-

rias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos, como yo soy turco; y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo te responderé aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho dando una gran voz; ¿y es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si no, dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea, cuando ménos piense. Acaba de conjurarme, dijo D. Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió D. Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo, que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso despues que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas si quieres que te responda derechamente. ¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa? Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

CAPITULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor D. Quijote.

¡Ah! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como á la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene á sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió D. Quijote: pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian; de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfaccion sería bien que vuestra merced probase á salir de esta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula, en la cual prometo á ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó D. Quijote, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como D. Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero, el cual rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir, no iria tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia, si no temiera que en viéndose su señor en libertad, habia de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todo, dijo el canónigo, y mas si él me da la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió D. Quijote, que todo lo estaba escuchando; cuanto mas que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido, le hará volver en volandas; y que pues esto era así, bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato, si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: Aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo encima de tí ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo: y diciendo esto D. Quijote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto ha-



blaba y respondia mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías. Y así movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, le dijo: ¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio, de modo que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan léjos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir, que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él, dejando que le vean. Ea, señor D. Quijote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra. Y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alejandro Grecia, un conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucía, un Diego García de Paredes Extremadura, un Garci Perez de Vargas Jerez, un Garcilaso Toledo, un D. Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí sería letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor D. Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do segun he sabido, trae vuestra merced su principio y origen. Atentísimamente estuvo D. Quijote escuchando las razones del canónigo; y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender, que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas. Todo es al pié de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta sazon el canónigo. A lo cual respondió D. Quijote: Añadió tambien vuestra merced diciendo, que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos y que mejor deleitan y enseñan. Así es, dijo el canónigo. Pues yo, replicó D. Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan: porque querer dar á entender á nadie, que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta: porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro, que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlomagno? Que voto á tal, que es tanta verdad como es ahora de dia; y si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Héctor ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Artus de Ingalaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos; y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la Demanda del Santo Grial, y que son apócrifos los amores de D. Tristan y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo ménos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? Y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga: de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo

Cides, y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no, díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado mosen Pierres, y despues en la ciudad de Basilea con mosen Enrique de Romestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba, y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon), venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo que no fué á buscar las aventuras á Alemania D. Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorje, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fuéron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso; las empresas de mosen Luis de Falces contra D. Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir, que el que las negase careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el canónigo de oir la mezcla que D. Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería; y así le respondió: No puedo yo negar, señor D. Quijote, que no sea verdad algo delo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles; y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos escribe: porque la verdad dello es que fuéron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía: á lo ménos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan, han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fuéron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni ménos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó D. Quijote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el canónigo, pero por las órdenes que recebí, que no me acuerdo haberla visto; mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPITULO L.

De las discretas altercaciones que D. Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.

Bueno está eso, respondió D. Quijote: los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y dia por dia, que el caballero hizo, ó caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame: ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: «Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso »lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que de»bajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor »de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y »encendido licor; porque si así no lo haces, no serás »digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y »contienen los siete castillos de las siete Fadas que de»bajo desta negregura yacen?» ¿Y que apénas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando á la naturaleza parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no ménos que de diamantes, de car-

bancos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura; y ¿hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manton sobre los hombros, que por lo ménos, ménos dicen que suele valer una ciudad, y aun mas? ¿Qué es ver pues cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? Qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores distilada? Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? Qué verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano? ¿Cuál será oir la música, que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adónde suena? ¿Y despues de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir, que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque há tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias há prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: Trabaje vuestra merced, señor D. Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto mas cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de entender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar; que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear acabóse, y el estado venga, y adios y veámonos, como dijo un ciego á otro. No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, dijo el canónigo; pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. A lo cual replicó D. Quijote: Yo no sé qué haya mas que decir, solo me guio por muchos y diversos ejemplos que podria traer á este propósito, de caballeros de mi profesion, que correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habian recebido, les hicieron notables mercedes, haciéndoles señores absolutos de ciudades y ínsulas: y cuál hubo que llegaron sus merecimientos á tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadís de Gaula, que hizo á su escudero conde de la ínsula Firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido? Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que D. Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del Lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban sonaba, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese ó al rebaño

volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: Ah cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿y cómo andais vos estos dias de pié cojo? ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? ¿Mas qué puede ser? sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada; que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, á lo ménos estaréis segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras; que si vos que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: Por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño; que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto por mas que vos os opongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra; y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradeciólo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: No querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dijo el cura, que ya yo sé de experiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos. A lo ménos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oído atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al cura) ha dicho, y la mia. A esto respondió D. Quijote: Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharémos. Saco la mia, dijo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor D. Quijote, que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se le suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada, que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo D. Quijote; véte adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. Así la darémos todos á las nuestras, dijo el canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: Recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera.

CAPITULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á D. Quijote.

Tres leguas de este valle está una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la cual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenía, que por la riqueza que alcanzaba. Mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas; ¿qué digo yo por las circunvecinas no mas, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara ó como á imágen de milagros de todas partes á verla venian? Guardábala su padre y guardábase ella; que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso sin saber determinarse á quien la entregaria de los infinitos que le importunaban; y entre los muchos que tan buen deseo tenian fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no ménos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusion, determinó decírselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto), advirtiendo que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias y de

otras diversas partes de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitan que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y ménos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellos, que si no se los contaran, hubiera quien jurara que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y de mas de veinte plumas: y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto mas moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafíos, segun él decia, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes recuentros y facciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así de cada niñería que pasaba en el pueblo componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues que aquí he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galan, este músico, este poeta fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados; llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido; y finalmente, que así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél ántes que en él naciese presuncion de solicitarla. Y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentándose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los cuadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la habia engañado, y debajo de palabra de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas viciosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella mal advertida y peor engañada le habia creido, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien cómo el soldado sin quitarle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Difícil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas véras, que fuéron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado á su hija con la joya que si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamas se cobre. El mismo dia que pareció Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo ménos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada ó mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo ménos sin tener cosa que mirar que contento les diese; los mios en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminase. Con la ausencia de Leandra crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldeciamos las galas del soldado, y abomináhamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos y á solas, comunicando con el cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquel la condena por fácil y lijera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y vitupera; uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion; y en fin, todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamas hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamas dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, ántes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor

que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento cantando se queja. Yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la lijereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones: y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros. Si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no ménos á la vista que al gusto agradables.

CAPITULO LII.

De la pendencia que D. Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quién dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian. Especialmente le recebió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto fué D. Quijote, que le dijo: Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante; guardando pero las leyes de caballería, que mandan que á ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entónces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á D. Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al barbero que cerca de sí tenia: Señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla? ¿Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso D. Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas? Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que deste hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon D. Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió: y diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra ni á los manteles ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre D. Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. D. Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte, que el cabrero cogió debajo de sí á D. Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados: solo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del canónigo que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oirle fué D. Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo: Hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oídos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y D. Quijote se puso en pié volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. D. Quijote, que vió los extraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba como á caballero andante el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imágen que traian cubierta de luto, fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines. Y como esto le cayó en las mientes, con gran lijereza arremetió á Rocinante que



paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó; y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: Ahora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: ahora digo, que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes: bien que fuéron el cura y el canónigo y barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni ménos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: ¿Adónde va, señor D. Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana, es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera, no volviera si el rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fuéron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de D. Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstacias de risa que notó y descubrió en D. Quijote, le respondió diciendo: Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó D. Quijote, y es esta: que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho: y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron que D. Quijote debia ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de D. Quijote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de D. Quijote, enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recebiendo en ella una gran cuchillada que le tiró D. Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano, dió tal golpe á D. Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada que no pudo cubrir la adarga contra la villana fuerza, que el pobre D. Quijote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida. Mas lo que detuvo al villano, no fuéron las voces de Sancho, sino el ver que D. Quijote no bullia pié ni mano; y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de D. Quijote adonde él estaba; mas los de la procesion que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse y y aun ofender, si pudiesen, á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era D. Quijote; y así él como toda la turba de los diciplinantes fuéron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡Oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrerra de tus tan bien gastados años! Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él quedara lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decirse puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió D. Quijote, y la primera palabra que dijo fué: El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía destos señores que su bien desean, y allí darémos órden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien dices, Sancho, respondió D. Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre. El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia, y así habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á D. Quijote en el carro como ántes venía; la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debia; el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de D. Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin todos se dividieron y partieron, quedando solos el cura y barbero, D. Quijote y Panza, y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y

acomodó á D. Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de D. Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de D. Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venía, y cuando conocieron á su compatrioto, quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina de que su tio y su señor venía flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á D. Quijote por sus puertas. A las nuevas de esta venida de D. Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venía bueno el asno; Sancho respondió que venía mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? Qué saboyana me traeis á mí? Qué zapaticos á vuestros hijos? No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza, y por ahora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me veréis presto conde ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos. ¿Qué es lo que decis, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Juana Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos. No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad, y cose la boca: solo te sabré decir así de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan, no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion, sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su mujer, en tanto que el ama y sobrina de D. Quijote le recebieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedaron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta hitoria, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que D. Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, á lo ménos por escrituras auténticas: solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que D. Quijote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun él dijo se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo D. Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio, fuéron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jámas vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le dén el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo ménos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo, eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, Á LA SEPULTURA DE D. QUIJOTE.

EPITAFIO.

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta;
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha;
El brazo que su fuerza tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta;
La musa mas horrenda y mas discreta
Que grabó versos en broncínea plancha;
El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría;
El que hizo callar los Belianisis;
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, IN LAUDEM DULCINEÆ DEL TOBOSO.

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra-Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pié y cansado :
Culpa de Rocinante. ¡ Oh dura estrella !
Que esta manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años,
Ella dejó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.
Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte :
¡ Nuevas proezas ! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos brazos descendientes Grecia
Triunfó mil veces y su fama ensancha,
Hoy á Quijote le corona el aula
Do Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESCO, Á SANCHO PANZA.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
Pero grande en valor : ¡ milagro extraño !
Escudero el mas simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante, y tras su dueño.
¡ Oh vanas esperanzas de la gente,
Cómo pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE D. QUIJOTE.

EPITAFIO.

Aquí yace el caballero
Bien molido y mal andante,
A quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
Yace tambien junto á él,
Escudero el mas fiel,
Que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La volvió en polvo y ceniza
La muerte espantable y fea.
Fué de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama;
Del gran Quijote fué llama,
Y fué gloria de su aldea.

Estos fuéron los versos que se pudieron leer: los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con la esperanza de la tercera salida de D. Quijote.

Forse altri canterá con miglior plettro.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

DEDICATORIA AL CONDE DE LEMOS.

ENVIANDO á vuestra Excelencia los dias pasados mis comedias, ántes impresas que representadas, si bien me acuerdo, dije, que *Don Quijote* quedaba calzadas las espuelas para ir á besar las manos á vuestra Excelencia; y ahora digo, que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega me parece que habré hecho algun servicio á vuestra Excelencia, porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para quitar el amago y la náusea que ha causado otro *Don Quijote*, que con nombre de Segunda Parte se ha disfrazado y corrido por el orbe; y el que mas ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque queria fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la *Historia de Don Quijote*: juntamente con esto me decia que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su Majestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; ademas que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías me sustenta, me ampara y hace mas merced que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á vuestra Excelencia *Los Trabajos de Pérsiles y Sigismunda*, libro á quien daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente;* el cual ha de ser, ó el mas malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto: quiero decir, de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga vuestra Excelencia con la salud que es deseado, que ya estará *Pérsiles* para besarle las manos, y yo los piés, como criado que soy de vuestra Excelencia. De Madrid último de octubre de mil seiscientos y quince. — Criado de vuestra Excelencia.

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

VÁLAME Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote*: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo ménos en la estimacion de los que saben dónde se cobraron: que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y

facilitaran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demas al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido tambien que me llame invidioso, y que como á ignorante me describa qué cosa sea la invidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son mas satíricas que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecerá campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama, y para confirmacion desto quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento.

Habia en Sevilla un loco, que dió en el mas gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fué, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algun perro en la calle, ó en cualquiera otra parte, con el un pié le cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole, le ponia redondo como una pelota, y en teniéndolo de esta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo á los circunstantes (que siempre eran muchos): Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, este, que tambien es de loco y de perro.

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un canto no muy liviano, y en topando algun perro descuidado se le ponia junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Sucedió pues, que entre los perros que descargó la carga fué uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, vióla y sintiólo su amo: asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba decia: Perro ladron, ¿á mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro? Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho un alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer, ni atreverse á descargar la piedra, decia: Este es podenco, ¡guarda! En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia que eran podencos, y así no soltó mas el canto. Quizá desta suerte le podrá acontecer á este historiador, que no se atreverá á soltar mas la presa de su ingenio en libros, que en siendo malos son mas duros que las peñas. Dile tambien que de la amenaza que me hace que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremes famoso de la Perendenga, le respondo que me viva el veinticuatro mi señor, y Cristo con todos: viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pié; y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que lo solicite adulacion mia, ni otro género de aplauso, por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por mas dichoso y mas rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida; y no le digas mas, ni yo quiero decirte mas á ti, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote* que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en ella te doy á *Don Quijote* dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta tambien que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas: que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte, que esperes el *Pérsiles*, que ya estoy acabando, y la segunda parte de *Galatea*.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

De lo que el cura y el barbero pasaron con D. Quijote cérca de su enfermedad.

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de D. Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por eso dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el celebro, de donde procedia segun buen discurso toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recebieron los dos gran contento por parecerles que habian acertado en haberle traido encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en su último capítulo; y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballería, por no ponerse á peligro de descoser los de la herida que tan tiernos estaban. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fuéron dél muy bien recebidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno ó un Solon flamante, y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieron; y habló D. Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de D. Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habian venido de la corte, y entre otras dijo que se tenia por cierto que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio ni adónde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la Cristiandad, y su Majestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió D. Quijote: Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevencion, de la cual su Majestad la hora de ahora debe de estar muy ajeno de pensar en ella. Apénas oyó esto el cura, cuando dijo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre D. Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el barbero, que ya habia dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó á D. Quijote cuál era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese; quizá podria ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes. El mio, señor rapador, dijo D. Quijote, no será impertinente sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los mas arbitrios que se dan á su Majestad, ó son imposibles ó disparatados, ó en daño del rey ó del reino. Pues el mio, respondió D. Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el mas fácil, el mas justo y el mas mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vuesa merced, señor D. Quijote, dijo el cura. No querria, dijo D. Quijote, que le dijese yo aquí ahora y amaneciese mañana en los oidos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mí, dijo el barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á rey ni á Roque ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega. No sé historias, dijo D. Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fe de que sé que es hombre de bien el señor barbero. Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. Y á vuesa merced, ¿quién le fia, señor cura? dijo D. Quijote. Mi profesion, respondió el cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dijo á esta sazon D. Quijote, ¿hay mas sino mandar su Majestad por público pregon que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del turco? Esténme vuesas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme, ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Habia, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso D. Belianis ó alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula, que si alguno destos hoy viviera, y con el turco se afrontara, á

fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo ménos no le será inferior en el ánimo; y Dios me entiende y no digo mas. ¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante. A lo que dijo D. Quijote: Caballero andante he de morir, y bajeó suba el turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. A esta sazon dijo el barbero: Suplico á vuesas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle. Dió la licencia D. Quijote, y el cura y los demas le prestaron atencion, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habian puesto allí por falta de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes por gozar de la parte de su hacienda le tenian allí, y á pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del retor de la casa, si era verdad lo que aquel licenciado le escribia, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellan, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndole con el loco habló con él una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dijo razon torcida ni disparatada, ántes habló tan atentadamente, que el capellan fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dijo fué que el retor le tenia ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacian, porque dijese que aun estaba loco y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponian dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellan se determinó á llevársele consigo á que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el licenciado: volvió á decir el retor que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellan las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle: obedeció el retor viendo ser órden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dijo que él le queria acompañar y ver los locos que en la casa habia. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entónces sosegado y quieto, le dijo: Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él si en él confía: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decis, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pié, y estáos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones. ¿Vos bueno? dijo el loco: ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme. A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan y asiéndole de las manos, le dijo: No tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respondió el capellan: Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro dia, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volverémos por vuesa merced. Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudaron al licenciado, quedóse en casa y acabóse el cuento.

¿Pues este es el cuento, señor barbero, dijo D. Quijote, que por venir aquí como de molde no podia dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recebidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la órden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que ahora se usan, ántes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los piés á la cabeza, y ya no hay quien sin sacar los piés de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando ménos se cata se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos sino en bronces; mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no, díganme, ¿quién mas honesto y mas valiente que el famoso Amadis de Gaula? Quién mas discreto que Palmerin de Ingalaterra? Quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? Quien mas galan que Lisuarte de Grecia? Quién mas acuchillado ni acuchillador que D. Belianis? Quién mas intrépido que Perion de Gaula, ó quién mas acometedor de peligros que Felixmarte de Hircanía, ó quién mas sincero que Esplandian, quién mas arrojado que D. Cirongilio de Tracia, quién mas bravo que Rodamonte, quién mas prudente que el rey Sobrino, quién mas atrevido que Reinaldos, quién mas invencible que Roldan, y quién mas gallardo y mas cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrara, segun Turpin en su cosmografía? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fuéron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan della; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo. En verdad, señor D. Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intencion, y que no debe vuesa merced sentirse. Si puedo sentirme ó no, respondió D. Quijote, yo me lo sé. A esto dijo el cura: Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo, que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor D. Quijote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió D. Quijote, tiene licencia el señor cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes que vuesa merced, señor D. Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; ántes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira, y sueños contados por los hombres despiertos, ó por mejor decir medio dormidos. Ese es otro error, respondió D. Quijote, en que han caido muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí sustentándola sobre los hombros de la verdad: la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadis pudiera á mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprension que tengo de que fuéron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas. ¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor D. Quijote, preguntó el barbero, debia de ser el gigante Morgante? En esto de gigantes, respondió D. Quijote, hay diferentes opiniones, si los ha habido ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fuéron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dijo el cura, el cual gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reinaldos de Montalvan y de D. Roldan, y de los demas doce Pares de Francia, pues todos ha-

bian sido caballeros andantes. De Reinaldos, respondió D. Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fué Roldan mas gentilhombre que vuestra merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdeñase y dejase por la gala, brio y donaire que debia tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar ántes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió D. Quijote, señor cura, fué una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y como del Catay recebió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas tambien se llaman vates, que quiere decir adivinos. Vese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.

Dígame, señor D. Quijote, dijo á esta sazon el barbero, ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió D. Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas, ó fingidas en efecto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo. Milagro, dijo el cura; y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAPITULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de D. Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia que las voces que oyeron D. Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á D. Quijote, y ellas le defendian la puerta: ¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. A lo que Sancho respondió: Ama de Satanas, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que hasta ahora la espero. Malas ínsulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito: ¿y qué son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de corte. Con todo eso, dijo el ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias: id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejáos de pretender ínsulas ni ínsulos. Grande gusto recebian el cura y el barbero de oir el coloquio de los tres; pero D. Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton de maliciosas necedades y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de D. Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías, y así dijo el cura al barbero: Vos veréis, compadre, cómo cuando ménos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero, que tan creido tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dijo el cura, y estémos á la mira, verémos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Así es, dijo el barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos. Yo aseguro, respondió el cura, que la sobrina ó el ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dejarán de escucharlo. En tanto D. Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo: Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salímos, juntos fuímos y juntos peregrinamos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, segun vuesa merced dice, mas anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. Engáñaste, Sancho, dijo D. Quijote, segun aquello: *quando caput dolet*, etc. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dijo D. Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon el mal que á mí me toca ó tocare, á tí te ha de doler, y á mí el tuyo. Así habia de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detras de las bardas, mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos. ¿Querrás tú decir ahora, Sancho, respondió D. Quijote, que no me dolia yo cuando á tí te manteaban? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entónces en mi espíritu,

que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinion me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada órden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oídos; y esto me has de decir sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su sér y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió D. Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no ménos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atras y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dijo D. Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamas remendado: roto bien podria ser, y el roto mas de las armas que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano. Mira, Sancho, dijo D. Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitan, fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fué mas que demasiadamente rijoso, y de su hermano que fué lloron. Así que, ó Sancho, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. ¿Pues hay mas? preguntó D. Quijote. Aun la cola falta por desollar; dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado, mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la *historia* de vuesa merced, con nombre *del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*: y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dijo D. Quijote, que debe de ser algun sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues segun dice el bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de moro, respondió D. Quijote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dijo D. Quijote, errarte en el sobrenombre dese Cide, que en arábigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicó Sancho, mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas. Harásme mucho placer, amigo, dijo D. Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPITULO III.

Del ridículo razonamiento que pasó entre D. Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco.

Pensativo ademas quedó D. Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante: si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las mas viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escudero se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de Cide, y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas

calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos, y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien D. Quijote recebió con mucha cortesía. Era el bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron, de color macilento, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y cuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condicion maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á D. Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: Déme vuestra grandeza las manos, señor D. Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los mas famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerla traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar D. Quijote, y dijo: Desa manera, ¿verdad es que hay historia mia, y que fué moro y sabio el que la compuso? Es tan verdad, señor, dijo Sanson, que tengo para mí que el dia de hoy están impresos mas de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nacion ni lengua donde no se traduzca. Una de las cosas, dijo á esta sazon D. Quijote, que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara. Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el bachiller, solo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento así en las desgracias, como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora D.ª Dulcinea del Toboso. Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con Don á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia, respondió Carrasco. No por cierto, respondió D. Quijote; pero dígame vuesa merced, señor bachiller, ¿qué hazañas mias son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el bachiller, hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento que á vuesa merced le parecieron briaréos y gigantes; otros á la de los batanes: este á la descripcion de los dos ejércitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaino. Dígame, señor bachiller, dijo á esta sazon Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo? No se le quedó nada, respondió Sanson, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dijo D. Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajes, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leido la historia, que se holgaran se les hubieran olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor D. Quijote. Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dijo D. Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Enéas como Virgilio le pintó, ni tan prudente Ulíses como le describe Homero. Así es, replicó Sanson; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas no como fuéron, sino como debian ser, y el historiador las ha de escribir no como debian ser, sino como fuéron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor, se hallen los mios, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo: pero no hay de qué maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron sois, Sancho, respondió D. Quijote, á fe que no os falta memoria cuando vos quereis tenerla. Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dijo D. Quijote, y no interrumpais al señor bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dijo Sancho, que tambien dicen que soy yo uno de los principales presonajes della. Personajes, que no presonajes, Sancho amigo, dijo Sanson. ¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dijo Sancho, pues ándense á eso, y no acabarémos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella, puesto que tambien hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor D. Quijote, que está presente. Aun hay sol en las bardas, dijo D. Quijote; y miéntras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará mas idóneo y mas hábil para ser gobernador, que no está ahora. Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé dónde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla. Encomendadllo á Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dijo Sanson, que si Dios quiere no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, cuanto mas una. Gobernadores he visto por ahí, dijo San-

cho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman señoría, y se sirven con plata. Esos no son gobernadores de ínsulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas manuales; que los que gobiernan ínsulas, por lo ménos han de saber gramática. Con la grama bien me avendria yo, dijo Sancho, pero con la tica ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde mas de mí se sirva, digo, señor bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan; que á fe de buen escudero que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habian de oir los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson. Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire cómo habla ó cómo escribe de las presonas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magín. Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el bachiller, es que su autor puso en ella una novela intitulada *El curioso impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor D. Quijote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con capachos. Ahora digo, dijo D. Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, si no algun ignorante hablador, que á tiento y sin algun discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacia Orbaneja el pintor de Ubeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió : Lo que saliere; tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él *este es gallo*; y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sanson, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella : los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apénas han visto algun rocin flaco, cuando dicen, allí va Rocinante, y los que mas se han dado á su letura son los pajes : no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote* : unos le toman si otros le dejan; estos le embisten y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del mas gustoso y ménos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta, ni un pensamiento ménos que católico. A escribir de otra suerte, dijo D. Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habian de ser quemados como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los mios; sin duda se debió de atener al refran : De paja y de heno, etc. Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacer un volúmen mayor ó tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efecto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento : decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad; pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos. No hay libro tan malo, dijo el bachiller, que no tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó D. Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenian méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo. La causa deso es, dijo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre ó las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dijo D. Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predican. Todo esto es así, señor D. Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos y ménos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto por dar la luz de su obra con la ménos sombra que pudiese; y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dijo D. Quijote, á pocos habrá contentado.—Antes es al reves, que como *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fué el ladron que hurtó el rucio á Sancho, que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento sin haber parecido : tambien dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra-Morena, que nunca mas los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió : Yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía : en casa lo tengo, mi óislo me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta ni decir otra palabra se fué á su casa. D. Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

CAPITULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

Volvió Sancho á casa de D. Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo: A lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber quién, ó cómo ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiendo digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra-Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio, sin que yo lo sintiese. Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucedió á Sacripante cuando estando en el cerco de Albraca, con esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladron llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y apénas me hube estremecido, cuando faltando las estacas dí conmigo en el suelo una gran caida, miré por el jumento y no le vi: acudiéronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos dias, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venía sobre él en hábito de jitano aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó Sanson, sino en que ántes de haber parecido el jumento, dice el autor, que iba á caballo Sancho en el mismo rucio. A eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor. Así es, sin duda, dijo Sanson; pero ¿qué se hicieron los cien escudos? Deshiciéronse, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor D. Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay mas que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en persona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó D. Quijote. Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y por ventura, dijo D. Quijote, promete el autor segunda parte? Sí promete, respondió Sanson: pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fuéron buenas; y otros, de las cosas de D. Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte, aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: vengan mas quijotadas, embista D. Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á qué se atiene el autor? dijo D. Quijote. ¿A qué? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho: ¿Al dinero y al interes mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar como sastre en vísperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le darémos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos el pié al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo ya habiamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros. No habia bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oidos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó D. Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro dias otra salida; y declarando su intento al bachiller le pidió consejo por qué parte comenzaria su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde de allí á pocos dias se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de san Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor bachiller: sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y mas que yo he oido decir, y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que entre los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasía pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada aunque sea contra villanos malandri-



nes de bacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante: y si mi señor D. Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recebiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios; y mas que tan bien y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho naci, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna ínsula, ó otra cosa semejante no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; y, Cuando viene el bien, mételo en tu casa. Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor D. Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula. Tanto es lo de mas como lo de ménos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador no conociésedes á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegáos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dijo D. Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto, rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyese Dulcinea del Toboso. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llaman décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dijo D. Quijote, que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto y en que la partida sería de allí á ocho dias. Encargó D. Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolas y á su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á D. Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en órden lo necesario para su jornada.

CAPITULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

Llegando á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debia, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: ¿Qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venís? A lo que él respondió: Mujer mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué quereis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerlo. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo D. Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pié enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa y con no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte: así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicisteis miembro de caballero andante habiais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silbos, rugidos, bramidos y baladros, y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caeria muerto. Eso no, marido mio, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis ó os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo, que viven sin gobierno, y

no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvideis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela, si es que su tio el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Marisancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno; y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada. A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mia, á Marisancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría. Eso no, Sancho, respondio Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos la sacais á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doña tal y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? séase ella señoría, y venga lo que viniere. Medíos, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os querais alzar á mayores, y advertid al refran que dice: Al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas; no en mis dias, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con este que es nuestro igual estará bien casada, y le tendrémos siempre á nuestros ojos, y serémos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros, y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia y mujer de Barrabas, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora sin qué ni para qué estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pié del lodo, y casase á Marisancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman á ti D.ª Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No, sino estáos siempre en un sér, sin crecer ni menguar, como figura de paramento; y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú mas me digas. ¿Veis cuanto decis, marido? respondió Teresa; pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: Mirad qué entonada va la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo, y entonáos á vuestro gusto, que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro D. Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quién le puso á él Don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos. Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta D.ª Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un Don y una señoría á cuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron moros en su linaje los Almohades de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero. ¿Sabeis por qué, marido? respondió Teresa, por el refran que dice: Quien te cubre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida; y yo ahora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con mas vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el tradutor que

tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo). De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es, y solo es lo que vemos presente: y si este, á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estáis revuelto en hacer lo que decis... Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto. No os pongais á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde ahora le enseñeis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija. El dia que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de véras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á D. Quijote, para dar órden en su partida.

CAPITULO VI.

De lo que le pasó á D. Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de D. Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tio y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron, le dijo el ama: En verdad, señor mio, que si vuesa merced no afirma el pié llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita á Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió D. Quijote: Ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad tampoco; y solo sé que si yo fuera rey me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada dia le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, y así no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama: Díganos, señor, ¿en la corte de su Majestad no hay caballeros? Sí, respondió D. Quijote, y muchos; y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostentacion de la Majestad real. ¿Pues no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pié quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la corte? Mira, amiga, respondió D. Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa sin costarles blanca, ni padecer calor ni frio, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pié y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos piés; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sér, y en todo trance y en toda ocasion los acometemos sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva mas corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí; y has de saber mas, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no solo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; ántes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir; y si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y sería razon que no hubiese príncipe que no estimase en mas esta segunda, ó por mejor decir primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no solo de un reino, sino de muchos. ¡Ah, señor mio! dijo á esta sazon la sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dijo

D. Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo qué? ¿es posible que una rapaza, que apénas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadis, si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el mas humilde y cortés caballero de su tiempo, y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido que no te fuera bien dello, que no todos son corteses ni bien mirados, algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que aposta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan ó con la ambicion ó con la virtud; estos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio: y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡Válame Dios! dijo la sobrina, ¿que sepa vuesa merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad podria subir en un púlpito ó irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres? Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió D. Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas: á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fuéron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fuéron conservando, y los conservan y mantienen en el sér que comenzaron; otros que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiéndose disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los mas, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que ahoran conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni disminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar ahora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos sería en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal, será un avaro mendigo: que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca deje de juzgarle y tenerle por de buena casta; y el no serlo sería milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados: el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, segun me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte; así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran Poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

¡Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que tambien mi señor es poeta; todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondió D. Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era, y apénas le hubo conocido el ama cuando corrió á esconderse por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió á recebirle con los brazos abiertos su señor D. Quijote, y en-

cerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.

CAPITULO VII.

De lo que pasó D. Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

Apénas vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre se fué á buscar al bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor le podria persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole se dejó caer ante sus piés trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo: ¿Qué es esto, señora ama? Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. ¿Y por dónde se sale, señora? preguntó Sanson; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado; y venía tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro, que para haberle de volver algun tanto en sí gasté mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor D. Quijote? No, señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almozar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replicó el ama: ¿la oracion de Sta. Apolonia dice vuesa merced que rece? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los cascos. Yo sé lo que digo, señora ama; váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay mas que bachillear, respondió Carrasco: y con esto se fué el ama, y el bachiller fué luego á buscar al cura á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados D. Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo: Señor, ya yo tengo relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dijo D. Quijote, que no relucida. Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda diga: Sancho ó diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entónces podrá enmendarme, que yo soy tan fócil. No te entiendo, Sancho, dijo luego D. Quijote, pues no sé qué quiere decir soy tan fócil. Tan fócil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Ménos te entiendo ahora, replicó D. Quijote. Pues sino me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga, no sé mas, y Dios sea conmigo. Ya, ya caigo, respondió D. Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare. Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras docientas patochadas. Podrá ser, replicó D. Quijote; y en efecto, ¿qué dice Teresa? Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma que dos te daré: y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondió D. Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante, que hablais hoy de perlas. Es el caso, replicó Sancho, que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos. Todo eso es verdad, dijo D. Quijote; pero no sé dónde vas á parar. Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde ó mal ó nunca; con lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y miéntras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondió D. Quijote, á las veces tan buena suele ser una gata como una rata. Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que habia de decir rata y no gata; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido. Y tan entendido, respondió D. Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio qué es lo que solian ganar cada mes ó cada año; pero yo he leido todas ó las mas de sus historias, y no me acuerdo haber leido que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero; solo sé que todos servian á merced, y que cuando ménos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula ó con otra cosa equivalente, y por lo ménos que-

daban con título y señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado: así que, Sancho mio, volvéos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustare y vos gustáderes de estar á merced conmigo, *bene quidem*, y si no, tan amigos como de ántes, que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente quiero decir, y os digo, que si no quereis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos. Cuando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazon: porque tenia creido que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo; y así estando suspenso y pensativo, entró Sanson Carrasco, y el ama y la sobrina, deseosas de oir con qué razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole como la vez primera, con voz levantada le dijo: ¡Oh flor de la andante caballería! Oh luz resplandeciente de las armas! Oh honor y espejo de la nacion española! plega á Dios todopoderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que mal desearen; y volviéndose al ama le dijo: Bien puede la señora ama no rezar mas la oracion de Sta. Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas, que el señor D. Quijote vuelva á ejecutar sus altos y nuevos pensamientos: y yo encargaria mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese á este caballero que no tenga mas tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la órden de la caballería andante. Ea, señor D. Quijote mio, hermoso y bravo, ántes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. A esta sazon dijo D. Quijote volviéndose á Sancho: ¿No te dije yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece á serlo, sino el inaudito bachiller Sanson Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Sí digno, respondió Sancho enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: No se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha; sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fuéron los Panzas de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto mas cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así no hay mas que hacer sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el bachiller de oir el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leido la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolcar, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leido, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre sí, que tales dos locos como amo y mozo no se habrian visto en el mundo. Finalmente, D. Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entónces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo D. Quijote, que la habia de llevar. Ofreciósela Sanson, porque sabía no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba mas escura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, ama y sobrina echaron al bachiller, no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él ántes lo habia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias D. Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y D. Quijote á su sobrina y á su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el bachiller que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, D. Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucó-

lica, y la bolsa de dineros que le dió D. Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo D. Quijote; dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPITULO VIII.

Donde se cuenta lo que le sucedió á D. Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.

Bendito sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á D. Quijote y á Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de D. Quijote y de su escudero: persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel: y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron D. Quijote y Sancho, y apénas se hubo apartado Sanson cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero: aunque si se ha de contar la verdad, mas fuéron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caia se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas, y aunque tonto no andaba en esto muy fuera de camino. Díjole D. Quijote: Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar, y con mas escuridad de la que habiamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir ántes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella en parte á lo ménos que pueda recebir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra-Morena. ¿Bardas de corral se te antojáron aquellas, Sancho, dijo D. Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sino galerías ó corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó D. Quijote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon de modo, que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentía. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba aechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció. ¿Qué, todavía das, Sancho, dijo D. Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea aechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á tí, ó Sancho, aquellos versos de nuestro Poeta, donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas: y desta manera debia de ser lo de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y así temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divertiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias. Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho, y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra á coche acá chinchado, y como dicen, al estricote, aquí y allí barriendo las calles: pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia, siempre natural y nunca artificiosa: y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debian los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren. Eso se parece, Sancho, dijo D. Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta destos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama que se podia dudar si lo era ó no, la cual viendo que no estaba en la lista de las damas, se quejó al poeta diciéndole que qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche, si no, que mirase para lo que habia na-

cido. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quédase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase ni hiciese por palabra ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. Tambien alude á esto lo que sucedió al grande emperador Cárlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de Todos los Dioses, y ahora con mejor vocacion se llama de Todos los Santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima, desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitetura, y habiéndose quitado de la claraboya dijo al Emperador: Mil veces, sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra Majestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo por dejar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamas me hableis ni estéis donde yo estuviere; y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas en la profundidad del Tibre? Quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á César? Y, con ejemplos mas modernos, ¿quien barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fuéron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros mas habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: así, ó Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanza que consigo trae la buena fama. Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querria que vuesa merced me sorbiese una duda que ahora en este punto me ha venido á la memoria. Asolviese quieres decir, Sancho, dijo D. Quijote: di en buen hora, que yo responderé lo que supiere. Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho que ya son muertos, ¿dónde están ahora? Los gentiles, respondió D. Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fuéron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo. Está bien, dijo Sancho; pero sepamos ahora: esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos ¿tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y si desto no, ¿de qué están adornadas? A lo que respondió D. Quijote: Los sepulcros de los gentiles fuéron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Hadriani*, que ahora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los gentiles se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. A eso voy, replicó Sancho; y dígame ahora, ¿cuál es mas, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? La respuesta está en la mano, respondió D. Quijote; mas es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dijo Sancho; luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. Tambien confieso esa verdad, respondió D. Quijote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobacion y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares. ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo D. Quijote. Quiero decir, dijo Sancho, que nos démos á ser santos, y alcanzarémos mas brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó ántes de ayer (que segun há poco, se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian y atormentaban sus cuerpos se

tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en mas veneracion que está, segun dije, la espada de Roldan en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, mas vale ser humilde frailecito de cualquier órden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas que dos mil lanzadas, ora las dén á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos. Todo eso es así, respondió D. Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballería, caballeros santos hay en la gloria. Sí, respondió Sancho; pero yo he oido decir que hay mas frailes en el cielo, que caballeros andantes. Eso es, respondió D. Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros. Muchos son los andantes, dijo Sancho. Muchos, respondió D. Quijote; pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á D. Quijote. En fin, otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á D. Quijote, y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó D. Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.

CAPITULO IX.

Donde se cuenta lo que en él se verá.

Media noche era por filo poco mas á ménos, cuando D. Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de D. Quijote y turbaban el corazon de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. ¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo vi á su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debia de estar retirada entónces, respondió D. Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas. Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que démos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran á cualquier hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el alcázar, replicó D. Quijote, que entónces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de dia. Guió D. Quijote, y habiendo andado como docientos pasos dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: Con la iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no démos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimenterios á tales horas, y mas habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dijo D. Quijote: ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrécen, podria ser que en algun rincon topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo D. Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar, Sancho, dijo D. Quijote: ven acá, hereje, ¿no te he dicho mil veces que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, que por lo ménos ya me has dicho tú que la viste aechando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo. No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber que tambien fué de oidas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió D. Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado ni visto, siendo tan al réves como sabes. Estando los dos en estas pláticas vieron que venia á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo, juzgaron que debia de ser labrador, que habria madrugado ántes del dia á ir á su labranza; y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubistes, franceses,
La caza de Roncesvalles.

Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole D. Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo

que viene cantando ese villano? Sí oigo, respondió Sancho; ¿pero qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calainos, que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien D. Quijote preguntó: ¿Sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa D.ª Dulcinea del Toboso? Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y há pocos dias que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico, en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del lugar, entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razon desa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna, muchas señoras sí principales, que cada una en su casa puede ser princesa. Pues entre esas, dijo D. Quijote, debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto. Podria ser, respondió el mozo, y adios, que ya viene el alba; y dando á sus mulas no atendió á mas preguntas. Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo: Señor, ya se viene á mas andar el dia, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora: y asaz seria de desdichado si no le hallase, y hallándole hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa merced esperando que le dé órden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho, Sancho, dijo D. Quijote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volverás como dices á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesía espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra-Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego, y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque donde D. Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo crédito.

CAPITULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

Llegando el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creido, porque las locuras de D. Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso: y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua; y así prosiguiendo su historia dice, que así como D. Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera. Anda, hijo, replicó D. Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pié, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pié, si te repite la respuesta que te diere dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para componerle aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus aciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fuéron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mio, ese corazoncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana: y considere que se suele decir, que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas, y tambien se dice, donde no se piensa salta la liebre: dígolo, porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de dia los pienso hallar cuando ménos lo piense, y hallados déjenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dijo D. Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y D. Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejarémos yéndonos con Sanzo Panza, que no ménos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apénas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que D. Quijote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pié de un árbol comenzó á hablar consigo mismo, y á decirse: Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero D. Quijote de la Mancha, que desface los



tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habeisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamas. ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon cuando no considerasen que soy mandado, y que mensajero sois, amigo, no mereceis culpa, non. No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura. Oste, puto, allá darás, rayo: no sino ándeme yo buscando tres piés al gato por el gusto ajeno; y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á Marica por Ravena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué que volvió á decirse: Ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: Dime con quién andas, decirte he quién eres, y el otro de no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador destos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde por dar lugar á que D. Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hácia donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor D. Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como D. Quijote le vió le dijo: ¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este dia con piedra blanca, ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. Dese modo, replicó D. Quijote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced. ¡Santo Dios! ¿qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo D. Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaria yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de mas de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió D. Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió D. Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad. ¿Cómo fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á medio dia? Yo no veo, Sancho, dijo D. Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy D. Quijote y tú Sancho Panza: á lo ménos á mí tales me parecen. Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recebir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulso de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el asendereado caballero D. Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el caballero de la Triste Figura. A esta sazon ya se habia puesto D. Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba

con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: Apártense nora en tal del camino, y déjenmos pasar, que vamos de priesa. A lo que respondió Sancho: ¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿cómo vuestro magnánimo corazon no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo cual otra de las dos dijo: Mas xo que te estrego, burra de mi suegro: mirad con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos: vayan su camino, é déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dijo á este punto D. Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ó extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento, que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oir resquebrajos. Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apénas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por D. Quijote acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo D. Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algun tanto atras tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo mas lijero que un halcon sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entónces dijo Sancho: Vive Roque, que es la señora nuestra ama mas lijera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la jineta al mas diestro cordobes ó mejicano: el arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento: y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atras por espacio de mas de media legua. Siguiólas D. Quijote con la vista, y cuando vió que no parecian, volviéndose á Sancho, le dijo: Sancho, ¿qué te parece? ¡Cuán malquisto soy de encantadores! Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna: y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado á mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tú dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma. ¡Oh canalla! gritó á esta sazon Sancho; ¡oh encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera á todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha! Mucho sabeis, mucho podeis y mucho mal haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la cual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. A este lunar, dijo D. Quijote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó D. Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa, ó sillon? No era, respondió Sancho, sino silla á la jineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino, segun es de rica. ¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! dijo D. Quijote; ahora torno á decir y diré mil veces que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero ántes que allá llegasen les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.

CAPITULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.

Pensativo ademas iba D. Quijote por su camino adelante considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla á su sér primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas á Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenia á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza diciéndole: Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? Qué descaecimiento es este? ¿Estamos aquí ó en Francia? Mas que se lleve Satanas á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y trasformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió D. Quijote con voz no muy desmayada, calla, digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora, ¿cuál es el corazon que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó D. Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caido, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dijiste que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas ántes son de besugo que de dama; y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas; y esas perlas quítalas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbó á mí su hermosura como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apénas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mio, mas que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algun gigante ó otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea: ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que á mi padre. Quizá, Sancho, respondió D. Quijote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, harémos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido. Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese artificia vendrémos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella á solo vuesa merced se encubre, la desgracia mas será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendrémos y lo pasarémos lo mejor que pudiéremos buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades. Responder queria D. Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta que salió al traves del camino, cargada de los mas diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de D. Quijote fué la de la misma muerte con rostro humano; junto á ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona al parecer de oro en la cabeza; á los piés de la muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venía tambien un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traia morrion ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venían otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó á D. Quijote y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegró D. Quijote creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á do vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar que está detras de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de las Cortes de la muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel, aquella mujer, que es la del autor, va de reina, el otro de soldado, aquel de emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante, respondió D. Quijote, que así como vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la

farándula. Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venía vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vejigas de vaca hinchadas, el cual moharracho llegándose á D. Quijote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle D. Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con mas lijereza que jamas prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle, pero cuando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apénas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á D. Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido mas que el dolor de los golpes le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caida de su amo, y no sabia á cuál de las dos necesidades acudiria primero: pero en efecto, como buen escudero y como buen criado pudo mas con él el amor de su señor que el cariño de su jumento; puesto que cada vez que veia levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y ántes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba D. Quijote harto mas maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante le dijo: Señor, el diablo se ha llevado el rucio. ¿Qué diablo? preguntó D. Quijote. El de las vejigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó D. Quijote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y escuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio. No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho; vuesa merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve á la querencia; y así era la verdad, porque habiendo caido el diablo con el rucio por imitar á D. Quijote y á Rocinante, el diablo se fué á pié al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dijo D. Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo emperador. Quítesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los mas en sus trajes y compostura parecen unos príncipes. Pues con todo, respondió D. Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano; y diciendo esto volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de D. Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el emperador, el diablo carretero y el ángel, sin quedarse la reina ni el dios Cupido; y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recebir á D. Quijote en las puntas de sus guijarros. D. Quijote, que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados, con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometeria con ménos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron, le dijo: Asaz de locura sería intentar tal empresa; considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar que es mas temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante. Ahora sí, dijo D. Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto mas que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó D. Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su escuadron volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero, de no ménos suspension que la pasada.

CAPITULO XII.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el bravo caballero de los Espejos.

La noche que siguió al dia del rencuentro de la muerte la pasaron D. Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo á persuasion de Sancho comido D. Quijote de lo que venía en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho á su señor: Señor, qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced

acabara, ántes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto, mas vale pájaro en mano que buitre volando. Todavía, respondió D. Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo ménos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fuéron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata. Así es verdad, replicó D. Quijote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que debemos ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Sí he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dijo D. Quijote, acontece en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dijo Sancho, aunque no tan nueva que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que miéntras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dijo D. Quijote, te vas haciendo ménos simple y mas discreto. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuesa merced, respondió Sancho; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivacion el tiempo que há que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse D. Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba mas elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decia cuando queria dormir, y desaliñando al rucio le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heróica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudian á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte mas de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo se solian estar de aquella manera tres dias, á lo ménos todo el tiempo que les dejaba ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dicen, que dejó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Euríalo, y Pílades y Orestes: y si esto es así se podia echar de ver, para universal admiracion, cuán firme debió ser la amistad destos dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo:

> No hay amigo para amigo:
> Las cañas se vuelven lanzas,

y el otro que cantó:

> De amigo á amigo la chinche, etc.

y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destos animales á la de los hombres; que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y D. Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto se puso á mirar y á escuchar de dónde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dejándose derribar de la silla dijo al otro: Apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venia armado: manifiesta señal por donde conoció D. Quijote que debia de ser caballero andante; y llegándose á Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: Hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho, ¿y adónde está, señor mio, su merced desa señora aventura? ¿Adónde, Sancho? replicó D. Qui-

jote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas. ¿Pues en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió D. Quijote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece templando está un laud ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe prepararse para cantar algo. A buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe ser caballero enamorado. No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo D. Quijote, y escuchémosle, que por el hilo sacarémos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á su amo, pero la voz del caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó; y estando los dos atentos oyeron que lo que cantó fué este

SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamas un punto dél desdiga.
Si gustais que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado;
Si quereis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.
A prueba de contrarios estoy hecho
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es, ó fuerte, ofrezco el pecho:
Entallad, ó imprimid lo que os dé gusto,
Que de guardarlo eternamente juro.

Con un ay, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el caballero del Bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dijo: ¡Oh la mas hermosa y la mas ingrata mujer del orbe! Cómo qué, ¿será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? Eso no, dijo á esta sazon D. Quijote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora; y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará mas. Sí hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo. Pero no fué así, porque habiendo entreoido el caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion se puso en pié, y dijo con voz sonora y comedida: ¿Quién va allá? Qué gente? ¿Es por ventura de la del número de los contentos, ó la del de los afligidos? De los afligidos, respondió D. Quijote. Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la afliccion mesma. D. Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni ménos. El caballero lamentador asió á D. Quijote del brazo, diciendo: Sentáos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. A lo que respondió D. Quijote: Caballero soy de la profesion que decis; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantastes poco há colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que teneis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya cuando esto pasaba estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas. Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á D. Quijote, ¿sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió D. Quijote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, ántes se deben tener por gracias que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió D. Quijote. No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. ¿Es vuestro escudero este, preguntó el del Bosque. Sí es, respondió D. Quijote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo ménos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo y puedo hablar delante de otro tan, y aun... quédese aquí, que es peor menealle. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole: Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á estos señores amos nuestros que se den de las astas contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPITULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

Divididos estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos: y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho: Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes; en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos, porque ¿quién mas calor y mas frio que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun ménos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son ménos; pero tal vez hay que se nos pasa un dia y dos sin desayunarnos, si no es el viento que sopla. Todo eso se

puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo ménos á pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de cualque ínsula, ó con un condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula: y él es tan noble y tan liberal que me le ha prometido muchas y diversas veces. Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. ¿Y qué tal? Debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego: aun yo me acuerdo cuando le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entónces temblando si le venía en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella, porque le hago saber á vuesa merced, que aunque parezco hombre, soy un bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencólicos, y finalmente el mas erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios mas suaves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo á quien le falte un rocin y un par de galgos y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea? A mí no me falta nada deso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocin, pero tengo un asno que vale dos veces mas que el caballo de mi amo: mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima: á burla tendrá vuesa merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento: pues galgos no me habian de faltar habiéndolos sobrados en mi pueblo, y mas que entónces es la caza mas gustosa cuando se hace á costa ajena. Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías destos caballeros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una muchacha á quien crio para condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. ¿Y qué edad tiene esa señora que se cria para condesa? preguntó el del Bosque. Quince años, dos mas ó ménos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas, respondió el del Bosque, no solo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh hideputa puta, y qué rejo debe de tener la bellaca! A lo que respondió Sancho algo mohino: Ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, miéntras yo viviere; y háblese mas comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. ¡Oh qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero! Cómo, ¿y no sabe que cuando algun caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: ¡Oh hideputa puto, y qué bien que lo ha hecho! y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable? y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les dén á sus padres loores semejantes. Sí reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa mesma razon podia echar vuesa merced á mí y á mis hijos y á mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverlos á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un dia en el corazon de Sierra-Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le tocó con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe, y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de caballero. Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco, y si va á tratar dellos no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: Cuidados ajenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los hocicos. ¿Y es enamorado, por dicha? Sí, dijo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse: pero no cojea del pié de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá ántes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco: en otras casas cuecen habas y en la mia á calderadas: más acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; ántes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia; y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazon, y no me amaño á dejarle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de piés, y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho á menudo al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo: Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pe-

gan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno: y levantándose volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar, tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo: ¿Y esto trae vuesa merced consigo, señor? Pues ¿qué se pensaba, respondió el otro, soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á escuras bocados de nudos de suelta, y dijo: Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo ménos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrecheza de mi dueño, y á la opinion que tiene y órden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo. Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas ni á piruétanos ni á raíces de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren: fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla por sí ó por no, y es tan devota mia, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos; y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el cual empinándola puesta á la boca estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro dijo: ¡Oh hideputa bellaco, y cómo es católico! ¿Veis ahí, dijo el del Bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, cómo habeis alabado este vino llamándole hideputa? Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que mas quiere, ¿este vino es de Ciudad-Real? ¡Bravo mojon! respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mí con eso, dijo Sancho, no tomeis ménos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje, por parte de mi padre, los dos mas excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha; para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabía á hierro, el segundo dijo que mas sabía á cordoban. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordoban. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordoban: porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causa. Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderémos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y así asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejarémos por ahora por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPITULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron D. Quijote y el caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á D. Quijote: finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila, y vencíla, y hícela estar queda y á raya (porque en mas de una semana no soplaron sino vientos nortes). Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando: empresa mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra: ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo mas me precio y ufano es de haber ven-

cido en singular batalla á aquel tan famoso caballero D. Quijote de la Mancha, y hécholo confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal D. Quijote que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se han transferido y pasado á mi persona,

> Y tanto el vencedor es mas honrado
> Cuanto mas el vencido es reputado:

así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido D. Quijote. Admirado quedó D. Quijote de oir al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á D. Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Cómo no? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cubre, que peleé con D. Quijote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos: campea debajo del nombre del caballero de la Triste Figura, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad. Sosegáos, señor caballero, dijo D. Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber, que ese D. Quijote que decis es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra: y para confirmacion desto quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios há mas de dos dias que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán trasformado á D. Quijote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo D. Quijote, que la sustentará con sus armas, á pié ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pié, y se empuñó en la espada esperando qué resolucion tomaria el caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió, y dijo: Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor D. Quijote, pudo venceros trasformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras como los salteadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desa condicion y convenencia, respondió Don Quijote; y en diciendo esto se fuéron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño. Despertáronles, y mandáronlos que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fuéron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque á Sancho: Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque esté advertido que miéntras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo ménos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto mas, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán ménos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay mas, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo aquí traigo dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño: tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñirémos á talegazos con armas iguales. Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque ántes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos. No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podrémos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad, ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, qué martas cebollinas ó qué copos de algodon cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascos, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos para que se acaben ántes de llegar su sazon y término, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortés

ni tan desagradecido que con quien he comido y he bebido trabe cuestion alguna, por mínima que sea; cuanto mas que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que ántes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuesa merced, y le daré tres ó cuatro bofetadas que dé con él á mis piés, con las cuales le haré despertar la cólera aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y ántes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote, aunque lo mas acertado seria dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en leon, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó el del Bosque: amanecerá Dios y medrarémos. En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar, los sáuces destilaban maná sabroso, reianse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecianse los prados con su venida. Mas apénas dió lubar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad, y toda llena de verrugas, de color amoratado como de berengena; bajábale dos dedos mas abajo de la boca, cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pié y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dejarse dar docientas bofetadas ántes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. D. Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza que tenia arrimada á un árbol era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó D. Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que ya el dicho caballero debia de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza: ántes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposicion. O vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago á vuestro deseo es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, dijo D. Quijote, bien podeis decirme si soy yo aquel D. Quijote que dijistes haber vencido. A ese vos respondemos, dijo el de los Espejos, que pareceis, como se parecen un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero segun vos decis, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no. Eso me basta á mí, respondió D. Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto vengan nuestros caballos, que en ménos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido D. Quijote que pensais. Con esto acortando razones, subieron á caballo, y D. Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado D. Quijote veinte pasos cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: Advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé, respondió D. Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería. Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de D. Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró ménos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algun monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése tras su amo asido á una acion de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese le dijo: Suplico á vuesa merced, señor mio, que ántes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero. Antes creo, Sancho, dijo D. Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dijo D. Quijote, que á no ser yo quien soy, tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices. En lo que se detuvo D. Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mismo habria hecho D. Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas lijero ni de mejor parecer que Roci-

nante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo á causa que ya no podia moverse. D. Quijote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fuéron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló D. Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. D. Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salva mano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto. Apénas le vió caido Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... ¿quién podrá decir lo que vió sin causar admiracion, maravilla y espanto á los que lo oyeren? Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del bachiller Sanson Carrasco, y así como la vió, en altas voces dijo: Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á D. Quijote: Soy de parecer, señor mio, que por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á este que parece el bachiller Sanson Carrasco, quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dijo D. Quijote, porque de los enemigos los ménos; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo: Mire vuesa merced lo que hace, señor D. Quijote, que ese que tiene á los piés es el bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero; y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera le dijo: ¿Y las narices? A lo que él respondió: Aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano á la derecha sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas, y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande, dijo: ¡Santa María, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y cómo si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al caballero de los Espejos, que á sus piés tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el bachiller Sanson Carrasco nuestro compatrioto. En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por D. Quijote le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo: Muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia; y demas de esto habeis de prometer, si desta contienda y caida quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á las que pusimos ántes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería. Confieso, dijo el caido caballero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas aunque limpias de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien habeis de confesar y creer, añadió D. Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser D. Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque pareceis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creeis, juzgais y sentis, respondió el derrengado caballero: dejádme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que asaz mal trecho me tiene. Ayudóle á levantar D. Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia: mas la aprension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se apartaron de D. Quijote y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde bizmarle y entablarle las costillas. D. Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta y da noticia de quién era el caballero de los Espejos, y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba D. Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba D. Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia,

que cuando el bachiller Sanson Carrasco aconsejó á D. Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el cura y el barbero sobre qué medio se podria tomar para reducir á D. Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos, y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á D. Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto qué el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido D. Quijote le habia de mandar el bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandada otra cosa, lo cual era claro que D. Quijote vencido cumpliria indubitablemente por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y así siguieron el mismo viaje que llevaba D. Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leido; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de D. Quijote, que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal habia logrado sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su camino, dijo al bachiller: Por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: D. Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora cuál es mas loco, ¿el que lo es por no poder ménos, ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanson: La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere. Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á D. Quijote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con D. Quijote.

CAPITULO XVI.

De lo que sucedió á D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguia D. Quijote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser el caballero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses: finalmente, decia entre sí que si él hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcínea, no envidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: ¿No es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé qué me diga á eso, respondió Sancho; solo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer y hijos no me las podria dar otro que él mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estémos á razon, Sancho, replicó D. Quijote: ven acá, ¿en qué consideracion puede caber que el bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas, para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues qué dirémos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió D. Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual ya sabes, ó Sancho, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no há dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcínea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y mas que el perverso encantador que se atrevió á hacer una trasformacion tan mala no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre por quitarme

la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en cualquiera figura que haya sido he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho; y como él sabía que la trasformacion de Dulcinea habia sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde; traia un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido parecian mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero D. Quijote le dijo: Señor galan, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced receberia en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazon Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo; jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastamos mi señor y yo con las setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la dén entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de D. Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo Verde á D. Quijote, mucho mas miraba D. Quijote al de lo Verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de D. Quijote de la Mancha el de lo Verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notó bien D. Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, ántes que le preguntase nada le salió al camino, diciéndole: Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y há muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy D. Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el caballero de la Triste Figura; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesion que hago. Calló en diciendo esto D. Quijote, y el de lo Verde, segun se tardaba en responderle, parecia que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: Acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decis que el saber ya quien sois me la podria quitar, no ha sido así, ántes ahora que lo sé quedo mas suspenso y maravillado. Cómo, ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió D. Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quién dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió D. Quijote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta última razon de D. Quijote tomó barruntos el caminante de que D. Quijote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero ántes que se divirtiesen en otros razonamientos, D. Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gaban: Yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde irémos á comer hoy, si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre D. Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos, y de devocion otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puer-

tas: hojeo mas los que son profanos que los devótos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazon á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos: soy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazon y casi lágrimas le besó los piés una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó: ¿Qué haceis, hermano? Qué besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la jineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiracion á D. Diego. Preguntóle D. Quijote que cuántos hijos tenia, y díjole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor D. Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle, quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras; porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la *Iliada*, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epígrama, si se han de entender de una manera ó otra tales y tales versos de Virgilio: en fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo cual respondió D. Quijote: Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso: y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que mas le vieren inclinado; y aunque la de la poesía es ménos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar á quien las posee. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decis, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doime á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta: el grande Homero no escribió en latin, porque era griego; ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolucion todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fuéron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razon sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaino que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*, etc. Tambien digo, que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor, y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta. Sea pues la conclusion

de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes ó príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de D. Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas: y en esto ya volvia á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de D. Quijote, cuando alzando D. Quijote la cabeza vió que por el camino por donde ellos iban, venía un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada: el cual Sancho, oyéndose llamar, dejó á los pastores, y á toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPITULO XVII.

Donde se declara el último punto y extremo donde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de D. Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Cuenta la historia, que cuando D. Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria, el cual en llegando le dijo: Dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar, y me necesita á tomar mis armas. El del Verde Gaban, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hácia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debia de traer moneda de su Majestad, y así se lo dijo á D. Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras y mas aventuras, y así respondió al hidalgo: Hombre apercebido, medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y volviéndose á Sancho le pidió la celada, al cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla D. Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de D. Quijote, de lo que recebió tal susto que dijo á Sancho: ¿Qué será esto, Sancho, que me parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los piés á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dame si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caido en el caso. Limpióse D. Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas, dijo: Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con gran flema y disimulacion respondió Sancho: Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? Halládole habeis el atrevido. A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confío en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, ántes la pusiera en mi estómago que en la celada. Todo puede ser, dijo D. Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando despues de haberse limpiado D. Quijote cabeza, rostro y barbas, y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo: Ahora venga lo que viniere, que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanas en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose D. Quijote delante, y dijo: ¿Adónde vais, hermanos? ¿Qué carro es este, qué llevais en él y qué banderas son aquestas? A lo que respondió el carretero: El carro es mio, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Oran envia á la corte, presentados á su Majestad; las banderas son del Rey nuestro señor en señal que aquí va cosa suya. ¿Y son grandes los leones? preguntó D. Quijote. Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de África á España jamas; y yo soy el leonero, y he pasado

otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atras, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así vuesa merced se desvíe, que es menester llegar presto donde los démos de comer. A lo que dijo D. Quijote, sonriéndose un poco: ¿Leoncitos á mí? ¿A mí leoncitos, y á tales horas? Pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeáos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daréá conocer quién es D. Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envían. Ta, ta, dijo á esta sazon entre sí el hidalgo: dado ha señal de quién es nuestro buen caballero; los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho, y díjole: Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi señor D. Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creeis que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo; y llegándose á D. Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la juridicion de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza; cuanto mas que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan: van presentados á su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje. Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió D. Quijote, á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mio, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones; y volviéndose al leonero, le dijo: Voto á tal, don bellaco, que si no abris luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dijo: Señor mio, vuesa merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas ántes que se desenvainen los leones, porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. ¡Oh hombre de poca fe! respondió D. Quijote: apéate y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: Séanme testigos cuantos aquí están, como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro ántes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió D. Quijote, que él sabía lo que hacia. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Ahora, señor, replicó D. Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo. Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo á lo ménos, respondió D. Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame, y si aquí muriere ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás á Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no habia de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele, pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo habia parecido de todo punto D. Quijote, el cual volviendo á dar priesa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen, ántes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creia que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á D. Quijote lo que ya le habia requerido é intimado, el cual respondió que lo oia, y que no se curase de mas intimaciones y requerimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando D. Quijote si sería bien hacer la batalla ántes á pié que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pié, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazon valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazon, y luego á su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando á este paso el autor desta verdadera historia exclama y dice: ¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso D. Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo D. Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creible á los siglos venideros, ó qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? Tú á pié, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del Perrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos mas fieros leones que jamas criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamacion del autor, y pasó adelante anudando el hilo de la historia y diciendo, que habiendo

visto el leonero ya puesto en postura á D. Quijote, y que no podia dejar de soltar al leon macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el leon, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venia echado, y tender la garra, y desperezarse todo: abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro: hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo D. Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamas vista locura; pero el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, despues de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á D. Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula: viendo lo cual D. Quijote mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el leon tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia: la grandeza del corazon de vuesa merced ya está bien declarada: ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á mas que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió D. Quijote: cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, cómo tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo mas, y encantos afuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad, y á la verdadera caballería, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña. Hízolo así el leonero, y D. Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dijo: Que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era D. Quijote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de D. Quijote, que los llamaba. Finalmente, volvieron al carro, y en llegando dijo D. Quijote al carretero: Volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿Son muertos ó vivos? Entónces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo y supo, el valor de D. Quijote, de cuya vista el leon acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritase, mal de su grado, y contra toda su voluntad habia permitido que la puerta se cerrase. ¿Qué te parece desto, Sancho, dijo D. Quijote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á D. Quijote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey cuando en la corte se viese. Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle que el *Caballero de los Leones*: que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del caballero de la Triste Figura; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querian ó cuando les venia á cuento. Siguió su camino el carro, y D. Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra D. Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de D. Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aun llegado á su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leido, cesara la admiracion en que lo ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia disparatado, temerario y tonto; y decia entre sí: ¿Qué mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿Y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones? Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó D. Quijote, diciéndole: ¿Quién duda, señor D. Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco? Y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa: pues con todo esto, quiero que vuesa merced advierta, que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su rey en la mitad de una gran plaza dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes; pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cor-

tesano, autorice la corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobretodo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los mas intricados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos, que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la juridicion de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero ménos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde: que así como es mas fácil venir el pródigo á ser liberal, que el avaro, así es mas fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor D. Diego, que ántes se ha de perder por carta de mas que de ménos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: el tal caballero es temerario y atrevido, que no: el tal caballero es tímido y cobarde. Digo, señor D. Quijote, respondió D. Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho, va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo; y dómonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldéa y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor D. Diego, respondió D. Quijote; y picando mas de lo que hasta entónces, serian como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de D. Diego, á quien D. Quijote llamaba el caballero del Verde Gaban.

CAPITULO XVIII.

De lo que sucedió á D. Quijote en el castillo ó casa del caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes.

Halló D. Quijote ser la casa de D. Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y trasformada Dulcinea; y sospirando sin mirar lo que decia, ni delante de quién estaba, dijo:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria!

¡Oh tobosescas tinajas, que me habeis traido á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de D. Diego, que con su madre habia salido á recebirle, y madre y hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de D. Quijote, el cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y D. Diego dijo: Recebid, señora, con vuestro sólito agrado al señor D. Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero, y el mas valiente y el mas discreto que tiene el mundo. La señora, que D.ª Cristina se llamaba, le recebió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y D. Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar D. Quijote le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de D. Diego, pintándonos en ella lo que contiene una casa de un caballero labrador rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual mas tiene su fuerza en la verdad, que en las frias digresiones. Entraron á D. Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubon de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil, sin almidon y sin randas; los borceguíes eran datilados y encerados los zapatos. Ciñése su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos; que es opinion que muchos años fué enfermo de los riñones: cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero ántes de todo, con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero: merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavíos y con gentil donaire y gallardía salió D. Quijote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian, que por la venida de tan noble huésped queria la señora D.ª Cristina mostrar que sabía y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que D. Quijote se estuvo desarmando, tuvo lugar D. Lorenzo (que así se llamaba el hijo de D. Diego) de decir á su padre: ¿Quién dirémos, señor, que es este caballero que vuestra merced nos ha traido á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió D. Diego: solo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto juzga de su discrecion ó tontería lo que mas puesto en razon estuviere, aunque para decir verdad, ántes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué D. Lorenzo á entretener á D. Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron dijo D. Quijote á D. Lorenzo: El señor D. Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo que es vuesa merced un gran poeta. Poeta bien podrá ser, respondió D. Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento: verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió D. Quijote, porque

no hay poeta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor poeta del mundo. No hay regla sin excepcion, respondió D. Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense. Pocos, respondió D. Quijote; pero dígame vuesa merced, ¿qué versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero con todo esto, gran personaje es el nombre de primero. Hasta ahora, dijo entre sí D. Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díjole: Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas; ¿qué ciencias ha oido? La de la caballería andante, respondió D. Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos mas. No sé qué ciencia sea esa, replicó D. Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó D. Quijote, que encierra en sí todas ó las mas ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo, para saber dar razon de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolás ó Nicolao: ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno; y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea vuesa merced, señor D. Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan. Si eso es así, replicó D. Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. ¿Cómo si es así? respondió D. Quijote. Lo que yo quiero decir, dijo D. Lorenzo, es que dudo que haya habido ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió D. Quijote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazon entre sí D. Lorenzo: pero con todo eso él es loco bizarro, y yo sería mentecato flojo si así no lo creyese. Aquí dieron fin á su plática porque los llamaron á comer. Preguntó D. Diego á su hijo qué habia sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió: No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lucidos intervalos. Fuéronse á comer, y la comida fué tal como D. Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que mas se contentó D. Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejaba un monasterio de cartujos. Levantados pues los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, D. Quijote pidió ahincadamente á D. Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. A lo que él respondió: Por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno, que solo por ejercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y discreto, respondió D. Quijote, era de parecer que no se habia de cansar nadie en glosar versos, y la razon, decia él, era, que jamas la glosa podia llegar al texto, y que muchas ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba; y mas que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrian interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber. Verdaderamente, señor D. Quijote, dijo D. Lorenzo, qué deseo coger á vuesa merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió D. Quijote, lo que vuesa merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme. Yo me daré á entender, respondió D. Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera:

Si mi fué tornase á es,
Sin esperar mas será,
O viniese el tiempo ya
De lo que será despues.

GLOSA.

Al fin como todo pasa,
Se pasó el bien que me dió
Fortuna un tiempo no escasa,
Y nunca me le volvió,
Ni abundante, ni por tasa.
Siglos há ya que me ves,
Fortuna, puesto á tus piés;
Vuélveme á ser venturoso,
Que será mi sér dichoso
Si mi fué tornase á es.

No quiero otro gusto ó gloria,
Otra palma ó vencimiento,
Otro triunfo, otra victoria,
Sino volver al contento,
Que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
Fortuna, templado está
Todo el rigor de mi fuego,
Y mas si este bien es luego,
Sin esperar mas será.

Cosas imposibles pido,
Pues volver el tiempo á ser
Despues que una vez ha sido,
No hay en la tierra poder
Que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
Lijero, y no volverá,
Y erraria el que pidiese,
O que el tiempo ya se fuese,
O viniese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
Ya esperando, ya temiendo,
Es muerte muy conocida,
Y es mucho mejor muriendo
Buscar al dolor salida.

A mí me fuera interes
Acabar, mas no lo es,
Pues con discurso mejor,
Me da la vida el temor
De lo que será despues.

En acabando de decir su glosa D. Lorenzo se levantó en pié D. Quijote, y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de D. Lorenzo, dijo: Viven los cielos donde mas altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Aténas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca. Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaetee, y las musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen que se holgó D. Lorenzo de verse alabar de D. Quijote, aunque le tenia por loco? ¡Oh fuerza de la adulacion, á cuanto te extiendes, y cuán dilatados límites son los de tu jurisdicion agradable! Esta verdad acreditó D. Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de D. Quijote, diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe:

SONETO.

El muro rompe la doncella hermosa
Que de Píramo abrió el gallardo pecho;
Parte el amor de Chipre, y va derecho
A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.
Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas sí, que amor suele de hecho
Facilitar la mas difícil cosa.
Salió el deseo de compas, y el paso
De la imprudente vírgen solicita
Por su gusto su muerte: ved qué historia.
Que á entrambos en un punto, ¡oh extraño caso!
Los mata, los encubre y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito sea Dios, dijo D. Quijote habiendo oido el soneto á D. Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mio, que así me lo da á entender el artificio deste soneto. Cuatro dias estuvo D. Quijote regaladísimo en la casa de D. Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recebido: pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se dén muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. D. Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirian con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para D. Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de D. Diego, y rebu- saba de volver á la hambre que se usa en las florestas despoblados, y á la estrecheza de sus mal proveidas al- forjas: con todo esto las llenó y colmó de lo mas necesa- rio que le pareció, y al despedirse dijo D. Quijote D. Lorenzo: No sé si he dicho á vuesa merced otra ve y si lo he dicho lo vuelvo á decir, que cuando vue merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llega á la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tien que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de poesía algo estrecha, y tomar la estrechísima de la an dante caballería, bastante para hacerle emperador e daca las pajas. Con estas razones acabó D. Quijote d cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadi diciendo: Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al seño D. Lorenzo para enseñarle cómo se han de perdonar lo sugetos, y supeditar y acocear los soberbios, virtude anejas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pid su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejerc cios, solo me contento con advertirle á vuesa merce que siendo poeta podrá ser famoso si se guia mas por parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que son del entendimiento corre mas este engaño. De nuev se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones d D. Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busc de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos comedimientos, y con la buena licencia de la señora d castillo, D. Quijote y Sancho sobre Rocinante y el ruc se partieron.

CAPITULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se habia alongado D. Quijote del lugar d D. Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó com estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuat bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudia tes traia como en portamanteo, en un lienzo de boca verde, envuelto al parecer un poco de grana blanca dos pares de medias de cordellate; el otro no traia ot cosa que dos espadas negras, de esgrima, nuevas y con s zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daba indicio y señal que venian de alguna villa grande dond las habian comprado, y las llevaban á su aldea: y así e tudiantes como labradores cayeron en la misma admira cion en que caian todos aquellos que la vez prime veian á D. Quijote, y morian por saber qué hombre fue aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludól D. Quijote, y despues de saber el camino que llevaba que era el mismo que él hacia, les ofreció su compañí y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban ma sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en brev razones les dijo quién era, y su oficio y profesion, q era de caballero andante, que iba á buscar las aventura por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba d nombre propio D. Quijote de la Mancha, y por el apela tivo el caballero de los Leones. Todo esto para los labra dores era hablarles en griego ó en jerigonza; pero no pa los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza de celebro de D. Quijote, pero con todo eso le miraban co admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo: Si vues

merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle D. Quijote si eran de algun príncipe, que así las ponderaba. No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de diez y ocho años, y él de veinte y dos: ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer mas memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza: pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el mas ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota: corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por esa sola gracia, dijo á esta sazon D. Quijote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Jinebra, si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran. A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entónces habia ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: Cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al reves) los que estorban que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo D. Quijote, quitaríase la eleccion y juridicion á los padres de casar sus hijos con quién y cuando deben: y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin: que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarlo. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, ántes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que una vez comprada se vuelve, ó se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: es un lazo, que si una vez le echais al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda mas que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado, como le llamó D. Quijote: De todo no me queda mas que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reir ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto: mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dar el *sí* mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios, que da la llaga da la medicina: nadie sabe lo que está por venir: de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento se cae la casa: y yo he visto llover y hacer sol, todo á un mismo punto: tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia. Y díganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto, y entre sí y el no de la mujer no me atreveria yo á poner una punta de alfiler, porque no cabria: dénme á mí que Quiteria quiera de buen corazon y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor segun yo he oido decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. ¿Adónde vas á parar, Sancho, que seas maldito? dijo D. Quijote; que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Júdas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? ¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por dispa-

rales; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, dijo D. Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda. No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí que, válgame Dios, no hay para qué obligar al sayagüés á que hable como el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido. Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado cánones en Salamanca, y picome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes. Si no os picárades mas de saber mas menear las negras que llevais que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevárades el primero en licencias, como llevastes cola. Mirad, bachiller, respondió el licenciado, vos estais en la mas errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada teniéndola por vana. Para mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si quereis que os lo muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeáos, y usad de vuestro compás de piés, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas á medio dia con mi destreza moderna y zafia, en quien espero despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eso de volver ó no las espaldas no me meto, replicó el diestro, aunque podria ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pié, allí os abriesen la sepultura; quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo. No ha de ser así, dijo á este instante D. Quijote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestion; y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza se puso en la mitad del camino á tiempo que ya el licenciado con gentil donaire de cuerpo y compas de piés se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas sirvieron de aspetatores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número, mas espesas que hígado, y mas menudas que granizo. Arremetia como un leon irritado, pero saliale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deben y suelen besárse. Finalmente, el licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traia vestida, haciéndole tiras los faldamentos como colas de pulpo: derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera, que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió despues por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartas de legua, el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho le dijo: Mia fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros he oido decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan léjos estaba: y levantándose abrazó al licenciado, y quedaron mas amigos que de ántes, y no quisieron esperar al escribano, que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho, y así determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fué contando el licenciado las excelencias de la espada con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido, pero ántes que llegasen les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada, que á mano habian puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entónces no soplaba sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habian de hacer en aquel lugar, dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar D. Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas ántes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que habia tenido en el castillo ó casa de D. Diego.

CAPITULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

Apénas la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando D. Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pié y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba: lo cual visto por D. Quijote, ántes que le despertase, le dijo: ¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á mas que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia, ni despertara tan presto si D. Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes, dijo: De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto mas de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas. Acaba, gloton, dijo D. Quijote: ven, irémos á ver estos desposorios por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay mas sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazon D. Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto ántes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me habia de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió D. Quijote, de tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio, subiéron los dos, y paso ante paso se fuéron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne: así embebian y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número: los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despues pareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zambullian en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones que cosidos por encima servian de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante que podia sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautiváron y rindiéron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionáron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas; y así sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió: Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene juridicion la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y mirad si hay por ahí un cucharon, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y que melindroso y para poco debeis de ser! y diciendo esto asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: Comed, amigo, y desayunáos con esta espuma

en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en qué echarla, respondió Sancho. Pues llevádos, dijo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto pues que esto pasaba Sancho, estaba D. Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron no una sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita, diciendo: Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo cual D. Quijote dijo entre sí: bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria. De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venia una de espadas, de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un lijero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se habia herido alguno de los danzantes. Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos; y luego comenzó á enredarse con los demas compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque D. Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los cuales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona; pero mas lijeros y sueltos que sus años prometian. Haciales el son una gaita zamorana, y ellas llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad y en los piés á la lijereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo. Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guia el dios Cupido, y de la otra el Interes; aquel adornado de alas, arco, aljaba y saetas; este vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguian traian á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de la primera; el de la segunda *Discrecion*; el de la tercera *Buen linaje*; el de la cuarta *Valentía*. Del modo mismo venian señaladas las que al Interes seguian. Decia *Liberalidad* el título de la primera; *Dádiva* el de la segunda; *Tesoro* el de la tercera, y el de la cuarta *Posesion pacífica*. Delante de todos venia un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural que por poco espantaran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traia escrito: *Castillo del buen recato*. Haciánles el son cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponia entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

Yo soy el dios poderoso
En el aire y en la tierra
Y en el ancho mar undoso,
Y en cuanto el abismo encierra
En su báratro espantoso.
Nunca conocí qué es miedo;
Todo cuanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible;
Y en todo lo que es posible
Mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interes, y hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos, y él dijo:

Soy quien puede mas que Amor,
Y es amor el que me guia;
Soy de la estirpe mejor
Que el cielo y la tierra cria,
Mas conocida y mayor.
Soy el Interes, en quien
Pocos suelen obrar bien,
Y obrar sin mí es gran milagro;
Y cual soy te me consagro
Por siempre jamas amen.

Retiróse el Interes, y hízose adelante la Poesía, la cual despues de haber hecho sus mudanzas como los demas, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

En dulcísimos concetos
La dulcísima Poesía,
Altos, graves y discretos,
Señora, el alma te envía
Envuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna
Mi porfía, tu fortuna,
De otras muchas invidiada,
Será por mí levantada
Sobre el cerco de la luna.

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas, dijo:

Llaman liberalidad
Al dar que el extremo huye
De la prodigalidad,
Y del contrario que arguye
Tibia y floja voluntad.
Mas yo por te engrandecer,
De hoy mas pródiga he de ser,
Que aunque es vicio, es vicio honrado,
Y de pecho enamorado
Que en el dar se echa de ver.

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y solo tomó de memoria D. Quijote (que la tenia grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenveltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo disparaba por alto sus flechas, pero el Interes quebraba en él alcancías doradas. Finalmente despues de haber bailado un buen espacio, el Interes sacó un bolson, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interes con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla: lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademan de quitársela, y todas las demostraciones que hacian eran al son de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales con mucha presteza volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban. Preguntó D. Quijote á una de las ninfas que quién la habia compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dijo D. Quijote, que debe de ser mas amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller ó beneficiado, y que debe de tener mas de satírico que de vísperas: bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo: El rey es mi gallo, á Camacho me atengo. En fin, dijo D. Quijote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho, y

enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas; y asiendo de una comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dijo: A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decia una agüela mia, que son el tener y el no tener, aunque ella al del tener se atenia; y el dia de hoy, mi señor D. Quijote, ántes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que, vuelvo á decir, que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pié, aguachirle. ¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo D. Quijote. Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuesa merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra habia cortada para tres dias. Plega á Dios, Sancho, replicó D. Quijote, que yo te vea mudo ántes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, ántes que vuesa merced se muera estaré yo mascando barro, y entónces podrá ser que esté tan mudo que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo ménos hasta el dia del juicio. Aunque eso así suceda, ó Sancho, respondió D. Quijote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y mas que está muy puesto en razon natural que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya; y así jamas pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y á nuestro cura he oido decir, que con igual pié pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder que de melindre, no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que á todas horas siega y corta así la seca como la verde yerba, y no parece que masca sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dijo á este punto D. Quijote: tente en buenas, y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías. Ni las has menester, dijo D. Quijote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes mas á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar esta espuma, que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida: y diciendo esto comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero, con tan buenos alientos que despertó los de D. Quijote, y sin duda le ayudára si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPITULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

Cuando estaban D. Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanlo los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recebir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venian acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo: A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Par diez que segun diviso, que las patenas que habia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro, y empedrados con pelras blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh hideputa, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos ni mas rubios en toda mi vida! No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles; que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flándes. Rióse D. Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto mujer mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazon que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia: Esperáos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa. A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro jironado de carmesí á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés, en las manos traia un baston grande. En llegando mas cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habian de parar sus voces y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo: Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen

deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que pueda estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con lijero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando D. Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle, y le tomó en sus brazos, y halló que aun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen ántes de confesarle, porque el sacárselo y el espirar sería todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual le dijo que atendiese á la salud del alma ántes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de véras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaria si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad y le daria aliento para confesarse. En oyendo D. Quijote la peticion del herido, en altas voces dijo que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon, y ademas muy hacedera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado recebiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recebiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fuéron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperado desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadian que diese la mano al pobre Basilio; y ella mas dura que un mármol, y mas sesga que una estatua, mostraba que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones. Entónces la hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente le dijo: ¡Oh Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ó fatal estrella mia, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el cual así como recibió la bendicion, con presta lijereza se levantó en pié, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: ¡Milagro, milagro! Pero Basilio replicó: No milagro, milagro, sino industria, industria. El cura desatentado y atónito acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, ántes oyendo decir que aquel casamiento por haber sido engañoso no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á ca-

llo D. Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamas pluguiéron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió á las tinajas donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. D. Quijote á grandes voces decia: Tenéos, señores, tenéos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace; y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuándo, dónde y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza; y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian; y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado. Consolado pues y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni sus secuaces, y así se fuéron á la aldea de Basilio: que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á D. Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atras las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdia; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.

CAPITULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso D. Quijote de la Mancha.

Grandes fuéron y muchos los regalos que los desposados hicieron á D. Quijote, obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se habia visto: bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño. No se pueden ni deben llamar engaños, dijo D. Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama no le daban dineros, y que atendiese á granjear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió D. Quijote, opinion fué de no sé qué sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria que mirase mas á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho mas dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa seria conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso. Oia todo esto Sancho, y dijo entre sí: Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podria yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres boca. Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que solo podia saber aquello que tocaba á sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada. Mur-

murmuraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: ¿Qué murmuras, Sancho? No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oido lo que vuesa merced aquí ha dicho ántes que me casara, que quizá dijera yo ahora el buey suelto bien se lame. ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo D. Quijote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo ménos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dijo D. Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entónces súfrala el mismo Satanas. Finalmente, tres dias estuvieron con los novios, donde fuéron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió D. Quijote al diestro licenciado le diese una guia que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que della se decian por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daria á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondria á la boca de la misma cueva, y le enseñaria las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda la Mancha y aun en toda España: y díjole que llevaria con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensilló Sancho á Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo asimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos. En el camino preguntó D. Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios. A lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no ménos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba *el de las Libreas*, donde pintaba setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones: porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar *Metamorfóseos, ó Ovidio español*, de invencion nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el ángel de la Madalena, quién el caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra-Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo: Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, ¿sabriame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan. Sí seria, respondió el primo, porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo le estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Teneis razon, amigo, dijo el primo; y dijo D. Quijote: Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oido decir. Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí; que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo D. Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que despues de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria. En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á D. Quijote que desde allí á la cueva de Montesinos no habia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. D. Quijote dijo, que aunque llegase al abismo habia de ver dónde paraba, y así compraron casi cien brazas de soga, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola, se apearon el primo, Sancho y D. Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñian, le dijo Sancho: Mire vuesa merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo: sí; que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra. Ata y calla, respondió D. Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. Y entónces dijo la guia: Suplico á vuesa merced, señor D. Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis trasformaciones. En manos está el pandero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de D. Quijote (que no fué sobre el

arnes, sino sobre el jubon de armar), dijo D. Quijote: inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guie; y luego se hincó de rodillas, y hizo una oracion en voz baja al cielo pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: ¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tú me favoreces, no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe: y en diciendo esto, se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con D. Quijote en el suelo, y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal y excusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente, se levantó, y viendo que no salian mas cuervos ni otras aves nocturnas, como fuéron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole soga el primo y Sancho, le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dijo: Dios te guie y la peña de Francia junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce: Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba D. Quijote dando voces que le diesen soga y mas soga, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salian, dejaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de soga. Fuéron de parecer de volver á subir á D. Quijote, pues no le podian dar mas cuerda: con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que D. Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, á su parecer, á poco mas de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, á las diez vieron distintamente á D. Quijote, á quien dió voces Sancho diciéndole: Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta; pero no respondia palabra D. Quijote, y sacándole del todo vieron que traia cerrados los ojos con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte como espantado dijo: Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! Oh mal ferido Durandarte! Oh sin ventura Belerma! Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha, hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de D. Quijote, que las decía como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. ¿Infierno le llamais? dijo D. Quijote; pues no le llameis ansí, porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compaña, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo D. Quijote de la Mancha: No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAPITULO XXIII.

De las admirables cosas que el extremado D. Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serian cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á D. Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto, y comenzó en el modo siguiente.

A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que léjos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la soga caminar por aquella escura region abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces pidiéndoos que no descolgásedes mas soga hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la soga que enviábades, y haciendo della una rosca ó rimero me senté sobre él, pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando ménos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no desperté dél, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia, me certificaron que yo era allí entónces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cu-

yos muros y paredes parecian de trasparente y claro cristal fabricados, del cual abriéndose dos grandes puertas vi que por ellas salia y hácia mí se venía un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba: ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde: cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traia arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos há, valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apénas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad sino en la daga, porque no fué daga, ni pequeña, sino un puñal buido, mas agudo que una lezna. Debia de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió D. Quijote; pero no sería dese puñalero, porque Ramon de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. Así es, respondió el primo: prosiga vuesa merced, señor D. Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió D. Quijote, y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual ví á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y ántes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado, como me tiene á mí y á otros muchos y muchas, Merlin, aquel frances encantador, que dicen que fué hijo del diablo, y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy léjes, segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos; y en verdad que debia de pesar dos libras, porque segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si estuviese vivo? Esto dicho, el mísero Durandarte dando una gran voz dijo:

Oh mi primo Montesinos;
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto,
Y mi ánima arrancada,
Que lleveis mi corazon
Adonde Belerma estaba,
Sacándomele del pecho,
Ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: Ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago dia de nuestra pérdida; yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho, yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fuéron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal y fuese, si no fresco, á lo ménos amojamado á la presencia de la señora Belerma, á la cual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin há muchos años, y aunque pasan de quinientos no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasion que debió de tener Merlin dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una órden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimesmo vuestra desgracia fué convertido en un rio llamado de su mesmo nombre, el cual cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis imagino que no me dais crédito ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel D. Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores

ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas. Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, ó primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de algunas de las otras: era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Díjome Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traia el corazon entre el lienzo, y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro dias en la semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo: y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque há muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazon por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apénas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dije yo entónces, señor D. Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y así no hay para qué comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora D.ª Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí. A lo que él me respondió: Señor D. Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apénas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua ántes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazon del sobresalto que recibí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió D. Quijote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. A esta sazon dijo el primo: Yo no sé, señor D. Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como há que está allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Cuánto há que bajé? preguntó D. Quijote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió D. Quijote. ¿Y ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo. No me he desayunado de bocado, respondió D. Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dijo el primo. No comen, respondió D. Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió D. Quijote, á lo ménos en estos tres dias que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaja bien el refran, dijo Sancho, de dime con quién andas, decirte he quién eres: ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma miéntras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. ¿Cómo no? dijo el primo, ¿pues habia de mentir el señor D. Quijote, que aunque quisiera no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho. Si no, ¿qué crees? le preguntó D. Quijote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó D. Quijote, pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apénas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos á la salida del Toboso? Pregunté á Montesinos si las conocia: respondióme que no; pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas se-

ñoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocia él á la reina Jinebra y su dueña Quintañona escanciando el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino. Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio ó morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea; de quien él habia sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: En mala coyuntura y en peor sazon y en aciago dia bajó vuesa merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondió D. Quijote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió? Conocíla, respondió D. Quijote, en que trae los mismos vestidos que traia cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra, ántes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenía volver á salir de la sima. Díjome asimismo que andando el tiempo se me daria aviso cómo habian de ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí vi y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz me dijo: Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que por estar en una gran necesidad asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin que aquí traigo de cotonía nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté: ¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: Creame vuesa merced, señor D. Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa, y por todos se extiende y á todos alcanza, y aun hasta á los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena, segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni ménos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le dí (que fuéron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dije: Decid, amiga mia, á vuestra señora que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle tambien que cuando ménos se lo piense oirá decir cómo yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marques de Mantua de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montiña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el infante D. Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y mas debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire. ¡Oh santo Dios! dijo á este tiempo dando una gran voz Sancho: ¡es posible que tal haya en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡Oh señor, señor, por quien Dios es, que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido! Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo D. Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

CAPITULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

Dice el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el márgen dél estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones:

«No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir »que al valeroso D. Quijote le pasase puntualmente todo »lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La »razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero esta »desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por »verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que D. Quijote mintiese, siendo »el mas verdadero hidalgo, y el mas noble caballero »de sus tiempos, no es posible, que no dijera él una »mentira si le asaetearan. Por otra parte considero »que él la contó y la dijo con todas las circunstancias »dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio »tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así sin afirmarla »por falsa ó verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres »prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, »ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto que al »tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y »dijo que él la habia inventado por parecerle que conve-

»nía y cuadraba bien con las aventuras que habia leido »en sus historias.» Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entónces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecian molerle á palos, porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo: Yo, señor D. Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español*, que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo ménos ya se usaban en tiempo del emperador Carlomagno, segun puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: Paciencia y barajar. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido emperador Carlomagno. Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidorio en la invencion de las antigüedades*; y creo qué en el suyo no se acordó de poner la de los náipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor de Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes. Vuesa merced tiene razon, dijo D. Quijote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quién piensa dirigirlos. Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo. No muchos, respondió D. Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse á la satisfaccion que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demas, con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la invidia en mas de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo mas cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche. No léjos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recebir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. Pocos ermitaños están sin ellas, respondió D. Quijote, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raices de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrecheza de entónces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dejan de ser todos buenos, á lo ménos yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, ménos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador. Estando en esto, vieron que hácia donde ellos estaban venía un hombre á pié, caminando apriesa, y dando varazos á un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos los saludó, y pasó de largo. D. Quijote le dijo: Buen hombre, detenéos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y adios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alójar esta noche; y si es que haceis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas, y adios otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar D. Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran. Hizose así, subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la cual llegaron un poco ántes de anochecer. Dijo el primo á D. Quijote, qué llegasen á la ermita á beber un trago. Apénas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el rucio á ella, y lo mismo hicieron D. Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenia; pero si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de D. Diego, y cuántas veces os tengo de echar ménos! Con esto dejaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio al parecer de sus vestidos, que al parecer debian de ser los calzones ó gregüescos y herreruelo, y alguna camisa, porque traia puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de corte: la edad llegaria á diez y ocho ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decia:

A la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros,
No fuera en verdad.

El primero que le habló fué D. Quijote, diciéndole: Muy á la lijera camina vuesa merced, señor galan: ¿y adónde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. A lo que el mozo respondió: El caminar tan á la lijera lo causa el calor y la pobreza, y el adónde voy es á la guerra. ¿Cómo la pobreza? preguntó D. Quijote; que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla; si los gasto en el camino no me podré hon-

rar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros: y así por esto como por orearme, voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y mas quiero tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no á un pelon en la corte. ¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura? preguntó el primo. Si yo hubiera servido á algun grande de España, ó algun principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser alférez ó capitanes, ó con algun buen entretenimiento; pero yo, desventurado, serví siempre á catariberas y á gente advenediza, de racion y quitacion tan misera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della, y sería tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura. Y dígame por su vida, amigo, preguntó D. Quijote, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el paje; pero así como el que se sale de alguna religion, ántes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los mios mis amos, que acabados los negocios á que venian á la corte se volvian á sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentacion habian dado. Notable espilorchería, como dice el italiano, dijo D. Quijote; pero con todo eso tenga á felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intencion como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra mas honrada ni de mas provecho que servir á Dios primeramente, y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no mas riquezas, á lo ménos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos, y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista: y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artillería, ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y segun Terencio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandar le pueden: y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo ménos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza: cuanto mas que ya se va dando órden cómo se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte: y por ahora no os quiero decir mas, sino que subais á las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen. El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y á esta sazon dicen que dijo Sancho entre sí: Válate Dios por señor: ¿y es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá; y en esto llegaron á la venta á tiempo que anochecia, y no sin gusto de Sancho por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No hubieron bien entrado, cuando D. Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPITULO XXV.

Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.

No se le cocia el pan á D. Quijote, como suele decirse, hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le habia de decir despues acerca de lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: Mas despacio y no en pié se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren. No quede por eso, respondió D. Quijote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo aechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentándose en un poyo, y D. Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera: Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince dias serían pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasion miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo, y se entró en lo mas escondido del monte: si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la mesma

moneda. Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolucion, los dos regidores á pié y mano á mano se fuéron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo pues que no parecia, dijo el regidor que le habia visto, al otro: Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podrémos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decis, compadre? dijo el otro: por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mesmos asnos. Ahora lo verémos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos, y rebuznaré yo, y no podrá ser ménos sino que el asno nos oya, y nos responda si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio; y dividiéndose los dos segun el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: ¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos, que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compas, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en mas de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decis. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plegá á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: Ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncos se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar; todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos, y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana, ó esotro dia han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto. Y estas son las maravillas que dije que os habia de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras; y con esto dió fin á su plática el buen hombre; y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dijo: Señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aquí está el señor maese Pedro; buena noche se nos apareja. Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo, y el ventero prosiguió diciendo: Sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro: ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo? Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada. Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió á salir de la venta. Preguntó luego D. Quijote al ventero qué maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traia. A lo que respondió el ventero: Este es un famoso titerero, que há muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso D. Gaiferos, que es una de las mejores y mas bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este Reino se han visto; trae asimismo consigo un mono de la mas rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento á lo que

le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándose al oido le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho mas que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él despues de haberle hablado al oido; y así se cree que el tal maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y bon compaño, y dase la mejor vida del mundo: habla mas que seis, y bebe mas que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo. En esto volvió el maese Pedro, y en una carreta venía el retablo, y el mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apénas le vió D. Quijote cuando le preguntó: Dígame vuesa merced, señor adivino, ¿qué peje pillamo? qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales; y mandó á Sancho que se los diese á maese Pedro, el cual respondió por el mono, y dijo: Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto arrus, dijo Sancho, no dé yo un ardite por que me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, hé aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo, qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene. No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo: No quiero recebir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oido daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademan por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fué maese Pedro á poner de rodillas ante D. Quijote, y abrazándole las piernas dijo: Estas piernas abrazo bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! oh no jamas como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, báculo y consuelo de todos los desdichados! Quedó pasmado D. Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: Y tú, oh buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por mas señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona, que segun mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos. Ahora digo, dijo á esta sazon D. Quijote, que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto, porque ¿qué persuasion fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinan, como lo he visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mismo D. Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algun tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. A lo que respondió maese Pedro (que ya se habia levantado de los piés de D. Quijote): Ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo por venir, que si respondiera no importara no haber dineros, que por servicio del señor D. Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora porque se lo debo, y por darle gusto quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos están en la venta sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fué hecho. D. Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de porvenir ni las pasadas cosas; y así en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró D. Quijote con Sancho á un rincon de la caballeriza, donde sin ser oidos de nadie le dijo: Mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio: ¿pero de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios? No me entiendes, Sancho: no quiero decir, sino que debe de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer, y despues que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y hácemе creer esto el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á mas: que las por venir no las sabe sino es por conjeturas, y no todas veces, que á solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir, que todo es presente y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó á uno de estos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenia, si se empreñaria y pariria, y cuántos y de qué color serian los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, despues de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaria, y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condicion que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia ó de la noche, y que fuese en lúnes ó en sábado; y lo que sucedió fué que de allí á dos dias se murió la perra de ahita, y el señor

levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos ó los mas levantadores. Con todo eso querria, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á maese Pedro, preguntase á su mono si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdon de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo ménos cosas soñadas. Todo podria ser, respondió D. Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo. Estando en esto llegó maese Pedro á buscar á D. Quijote y decirle que ya estaba en órden el retablo, que su merced viniese á verle, porque lo merecia. D. Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dijese si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesinos habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. A lo que maese Pedro sin responder palabra volvió á traer el mono, y puesto delante de D. Quijote y de Sancho, dijo: Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fuéron falsas ó verdaderas; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oido, dijo luego maese Pedro: El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisímiles: y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber mas, que el viérnes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viérnes, como dicho tiene. ¿No lo decia yo, dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad? Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió D. Quijote; que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra: y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad. ¿Cómo alguna? respondió maese Pedro, sesenta mil encierra en sí este mi retablo: dígole á vuesa merced, mi señor D. Quijote, que es una de las cosas mas de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis*, y manos á la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar. Obedeciéronle D. Quijote y Sancho, y viniéron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso y resplandeciente. En llegando se metió maese Pedro dentro dél, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian. Puestos pues todos cuantos habia en la venta, y algunos en pié frontero del retablo, y acomodados D. Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujaman comenzó á decir lo que oirá y verá el que le oyere, ó viere el capítulo siguiente.

CAPITULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.

Callaron todos, tirios y troyanos: quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: Esta verdadera historia que aquí á vuesas mercedes se representa, es sacada al pié de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor D. Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entónces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vuesas mercedes allí cómo está jugando á las tablas D. Gaiferos, segun aquello que se canta:

Jugando está á las tablas Don Gaiferos,
Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir: y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuesas mercedes tambien cómo el Emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á D. Gaiferos, el cual ya ven cómo arroja impaciente de la cólera léjos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á D. Roldan su primo pide prestada su espada Durindana, y cómo D. Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; ántes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida á lo moro es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponia á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamas. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien cómo aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender,

y que le dén docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detras; y veis aquí dónde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apénas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros. Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazon D. Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metais en las curvas ó trasversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. Tambien dijo maese Pedro desde dentro: Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles. Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo: Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de D. Gaiferos, á quien su esposa esperaba, y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dice:

Caballero, si á Francia ides;
Por Gaiferos preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio: basta ver cómo D. Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega D. Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis tambien cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, ó par sin par de verdaderos amantes; llegueis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo: Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el intérprete, ántes prosiguió diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan. Eso no, dijo á esta sazon D. Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual oido por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: No mire vuesa merced en niñerías, señor D. Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se presentan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue, muchacho, y deja de decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente mas impropiedades que tiene átomos el sol. Así es la verdad, replicó D. Quijote; y el muchacho dijo: Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes; cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo D. Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huian, y levantándose en pié, en voz alta dijo: No consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga supercheria á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como D. Gaiferos: detenéos, mal nacida canalla, no le sigais ni persigais; si no, conmigo sois en la batalla; y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces maese Pedro, diciendo: Deténgase vuesa merced, señor D. Quijote; y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta; mire, ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear D. Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en ménos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlomagno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco D. Quijote, y dijo: Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen D. Gaiferos y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra. Viva enhorabuena, dijo á esta sazon con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey D. Rodrigo:



Ayer fuí señor de España,
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mia.

No há media hora ni aun un mediano momento que me ví señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa, que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen mas levantados sus asientos. En fin, el caballero de la Triste Figura habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias. Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole: No llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazon; porque te hago saber que es mi señor D. Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor D. Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho quedaria contento; y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dijo D. Quijote, pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro. ¿Cómo no? respondió maese Pedro; y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿Y cúyos eran sus cuerpos, sino mios? ¿Y con quién me sustentaba yo, sino con ellos? Ahora acabo de creer, dijo á este punto D. Quijote, lo que otras muchas veces he creido, que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pié de la letra, que Melisendra era Melisendra, D. Gaiferos D. Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlomagno Carlomagno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante quise dar ayuda y favor á los que huian, y con este buen propósito hice lo que habeis visto: si me ha salido al revés, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinósele maese Pedro, diciéndole: No esperaba yo ménos de la inaudita cristiandad del valeroso D. Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que así lo harian, y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza ménos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: Ya se ve cuán imposible es volver á este rey á su sér primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. Adelante, dijo D. Quijote. Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlomagno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. No es poco, dijo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiese la partida, y señálensele cinco reales. Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo D. Quijote, que no está en un cuartillo mas á ménos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo ménos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís. Aun ahí sería el diablo, dijo D. Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo ménos en la raya de Francia; porque el caballo en que iban á mí me pareció que ántes volaba que corria, y así no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pié llano y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que D. Quijote izquierdeaba, y que volvia á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo: Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y así con sesenta maravedís que me dén por ella quedaré contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos jueces árbitros con satisfacion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos, y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselo, Sancho, dijo D. Quijote, no para tomar el mono, sino la mona, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora D.ª Melisendra y el señor D. Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de D. Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya despues de amanecido se vinieron á despedir de D. Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió D. Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas dimes ni dirétes con D. Quijote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó ántes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á D. Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por órden de su señor; y despidiéndose dél casi á las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejarémos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII.

Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que D. Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano*: á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decia como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de D. Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro, y quién el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice pues, que bien se acordará el que hubiere leido la primera parte desta historia, de aquel Gines de Pasamonte, á quien entre otros galeotes dió libertad D. Quijote en Sierra-Morena, beneficio que despues le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Pasamonte, á quien D. Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero en resolucion Gines le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando estando Sacripante sobre Albraca le sacó el caballo de entre las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha contado. Este Gines pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fuéron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volúmen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabía hacer por extremo. Sucedió pues, que de unos cristianos ya libres que venían de Berbería compró aquel mono á quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. Hecho esto, ántes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar mas cercano, ó de quien él mejor podia, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra proponia las habilidades de su mono diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacia la seña al mono, y luego decia que le habia dicho tal y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que
dijese cómo adevinaba su mono, á todos hacia monas,
llenaba sus escueros. Así como entró en la venta cono
ció á D. Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento
fué fácil poner en admiracion á D. Quijote y á Sanch
Panza, y á todos los que en ella estaban; pero hubiéra
de costar caro si D. Quijote bajara un poco mas la ma
cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda
caballería, como queda dicho en el antecedente cap
tulo. Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y d
su mono. Y volviendo á D. Quijote de la Mancha, di
que despues de haber salido de la venta determinó d
ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos co
tornos ántes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues
daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí
las justas. Con esta intencion siguió su camino, por
cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de p
nerse en escritura, hasta que al tercero al subir de u
loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas
arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de so
dados pasaba por aquella parte, y por verlos picó á R
cinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en
cumbre vió al pié della, á su parecer, mas de docient
hombres armados de diferentes suertes de armas, com
si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabard
y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó d
recuesto, y acercóse al escuadron, tanto que distinta
mente vió las banderas, juzgó de las colores, y notó l
empresas que en ellas traian, especialmente una que e
un estandarte ó jiron de raso blanco venía, en el cu
estaba pintado muy al vivo un asno como un peque
sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la len
gua de fuera en acto y postura como si estuviera rebu
nando: al rededor dél estaban escritos de letras grand
estos dos versos:

No rebuznaron en balde
El uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó D. Quijote que aquella gente de
bia de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sa
cho, declarándole lo que en el estandarte venía escrit
Díjole tambien que el que les habia dado noticia de aqu
caso se habia errado en decir que dos regidores habi
sido los que rebuznaron, porque segun los versos d
estandarte no habian sido sino alcaldes. A lo que re
pondió Sancho Panza: Señor, en eso no hay que repara
que bien puede ser que los regidores que entónces r
buznaron viniesen con el tiempo á ser alcaldes de
pueblo, y así se pueden llamar con entrambos titulos
cuanto mas que no hace al caso á la verdad de la hist
ria ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ell
una por una hayan rebuznado, porque tan á pique es
de rebuznar un alcalde como un regidor. Finalmen
conocieron y supieron como el pueblo corrido sali
pelear con otro que le corria mas de lo justo y de lo q
se debia á la buena vecindad. Fuése llegando á ell
D. Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, q
nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. L
del escuadron le recogieron en medio, creyendo que e
alguno de los de su parcialidad. D. Quijote, alzando
visera con gentil brio y continente, llegó hasta el esta
darte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos l
mas principales del ejército por verle, admirados con
admiracion acostumbrada en que caian todos aquell
que la vez primera le miraban. D. Quijote, que los v

tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo:

Buenos señores, cuán encarecidamente puedo os suplico, que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la mas mínima señal que me hagais pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharian. D. Quijote con esta licencia prosiguió diciendo: Yo, señores mios, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias há que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo segun las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, sino es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traicion por que le reta. Ejemplo desto tenemos en D. Diego Ordoñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que solo Vellido Dolfos habia cometido la traicion de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor D. Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para qué retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija. Siendo pues esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno sería que se matasen á cada paso los del pueblo de la reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berenjeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco mas á ménos: bueno seria por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita ó quiera: los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y haciendas. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. A estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas que ántes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen ménos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu: porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo, que su yugo era suave y su carga liviana; y así no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse. El diablo me lleve, dijo á esta sazon Sancho entre sí, si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, que lo parece como un huevo á otro. Tomó un poco de aliento D. Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio quiso pasar adelante en su plática, como pasara, si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual viendo que su amo se detenia, tomó la mano por él diciendo: Mi señor D. Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el caballero de la Triste Figura, y ahora se llama el caballero de los Leones, es un hidalgo muy atentado, que sabe latin y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no hay mas que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren: cuanto mas que ello se está dicho que es necedad correrse por solo oir un rebuzno, que yo me acuerdo cuando muchacho que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era invidiado de mas de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida: y luego puesta la mano en las narices comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacia burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenia, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa dió con Sancho Panza en el suelo. D. Quijote que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le habia dado con la lanza sobre mano, pero fuéron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; ántes viendo que llovia sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no ménos cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazon á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y á cada punto recogia el aliento por ver si le faltaba; pero los del escuadron se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento apénas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado pues D. Quijote buen trecho volvió la cabeza, y vió que Sancho venia, y atendióle viendo que ninguno le seguia. Los del escuadron se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y ale-

gres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo.

CAPITULO XXVIII.

De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.

Cuando el valiente huye, la superchería está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en D. Quijote, el cual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indiguado escuadron, puso piés en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio á los piés de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse D. Quijote para catarle las feridas; pero como le hallase sano de los piés á la cabeza, con asaz cólera le dijo: Tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho; ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos ¿qué contrapunto se habia de llevar sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió D. Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen á la buena fortuna que á su ánimo; y así yo confieso que me he retirado, pero no huido, y en esto he imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales por no serte á tí de provecho ni á mí de gusto, no te las refiero ahora. En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de D. Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fuéron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecia. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole D. Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro le dolia de manera que le sacaba de sentido. La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo D. Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos. Cuerpo de mí, ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno, de pelo cuelga; y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volverémos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido á las espaldas, despues me saldrán á los ojos. Harto mejor haria yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida), harto mejor haria yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir: contad, hermano escudero, siete piés de tierra, y si quisiéredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendéos á todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo ménos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto mas que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa. Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo D. Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseais volveros á vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis mios; mirad cuánto há que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes, y pagáos de vuestra mano. Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sanson Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida: con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador; que en resolucion los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido despues que há que sirvo á vuesa merced, sino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de D. Diego de Miranda, y la jira que hube con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso, dijo D. Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuánto parece que os debo dar mas de lo que os daba Tomé Carrasco? A mi parecer, dijo Sancho, con dos reales mas que vuesa merced añadiese cada mes me tendria por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Está muy bien, replicó D. Quijote, y conforme al salario que vos os habeis señalado, veinte y cinco dias há que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os

debo, y pagaós, como os tengo dicho, de vuestra mano. ¡Oh cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la ínsula se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. Pues ¿qué tanto há, Sancho, que os la prometí? dijo D. Quijote. Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber mas de veinte años, tres dias mas á ménos. Dióse D. Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo: Pues no anduve yo en Sierra-Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apénas, ¿y dices, Sancho, que há veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú ó leido que ningun escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en cuanto mas tanto me habeis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, éntrate, malandrin, follon y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias; y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar mas adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! Oh promesas mal colocadas! Oh hombre que tiene mas de bestia que de persona! ¡Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que á pesar de tu mujer te llamarán señoría, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que ántes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á D. Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decia; y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: Señor mio, yo confieso que para ser del todo asno no me falta mas de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que sí haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y D. Quijote se acomodó al pié de un olmo, y Sancho al de una haya; que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen piés y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. D. Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPITULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda llegaron D. Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á D. Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales; cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al reves de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo pues desta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró D. Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió D. Quijote: Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos le llevan ó por los aires ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: así que, ó Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de dia, y ántes que este se pase ata juntos al rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza atendiendo al refran: Haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto decia miéntras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. D. Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria á ellos por tan *longincuos caminos* y re-

 30

giones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longincuos, respondió D. Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran. Ya están atados, replicó Sancho, ¿que hemos de hacer ahora? ¿Qué? respondió D. Quijote: santiguarnos y levar ferro, quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio comenzó á temblar temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió mas pena que el oir roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Oh carísimos amigos, quedáos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente que D. Quijote mohino y colérico le dijo: ¿De qué temes, cobarde criatura? De qué lloras, corazon de mantequillas? ¿Quién te persigue, ó quién te acosa, ánimo de raton casero? ¿O qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Por dicha vas caminando á pié y descalzo por las montañas Rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque por el sesgo curso deste agradable rio, de donde en breve espacio saldrémos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo ménos setecientas ó ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasarémos presto por la línea equinocial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habrémos caminado? Mucho, replicó D. Quijote, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habrémos caminado llegando á la línea que he dicho. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meon, ó meo, ó no sé cómo. Rióse D. Quijote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole: Sabrás, Sancho, que los españoles y los que se embarcan en Cádiz par ir á las Indias orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldrémos desta duda; y si no, pasado habemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atras y vamos dejando ahora. Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, miró á su amo y dijo: O la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice ni con muchas leguas. ¿Pues qué, preguntó D. Quijote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua blando entónces y suave. En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban; y apénas las hubo visto D. Quijote cuando con voz alta dijo á Sancho: Ves allí, ó amigo, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traido. ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dijo D. Quijote, que aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su sér natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la trasformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salian enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: Demonios de hombres, ¿dónde vais? Venís desesperados? ¿Qué, quereis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? ¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazon D. Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á dó llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestiglos se me oponen; mira cuántas feas catáduras nos hacen cocos: pues ahora lo veréis, bellacos; y puesto en pié en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros diciéndoles: Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy D. Quijote de la Mancha, llamado el caballero de los *Leones* por otro nombre, á quien está reservado por órden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el

aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con D. Quijote y con Sancho al traves en el agua: pero vínole bien á D. Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí habia sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra, mas mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y viéndole roto acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á D. Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores que él pagaria el barco de bonísima gana con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Qué personas ó qué castillo dices, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas? Basta, dijo entre sí D. Quijote: aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: Amigos, cualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que les dió Sancho de muy mala gana, diciendo: A dos barcadas como estas darémos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que D. Quijote les decia, y teniéndolos por locos les dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias D. Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPITULO XXX.

De lo que le avino á D. Quijote con una bella cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso rio, D. Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entónces le parecia que estaba bien léjos de tenerle, porque maguer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las mas eran disparates, y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temia. Sucedió pues que otro dia, al poner del sol y al salir de una selva tendió D. Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillon de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía trasformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió á entender á D. Quijote ser aquella alguna gran señora que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dijo á Sancho: corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafren y del azor, que yo, el caballero de los Leones, beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su Alteza me mandare: y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algun refran de los tuyos en tu embajada. Hallado os le habeis el encajador, respondió Sancho: á mí con eso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó D. Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo ménos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho, pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay qué decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dijo D. Quijote; vé en buena hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos le dijo: Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal caballero de los Leones, que no há mucho que se llamaba el de la Triste Figura, envia por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recebirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden; levantáos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la Triste Figura, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantáos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho enhorabuena á servirse de mí y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y mas de lo que le habia dicho, que

tenia noticia de su señor el caballero de la Triste Figura: y que si no le habia llamado el de los Leones debia de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo título aun no se sabe): Decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia que se llama del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía. D. Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la cual haciendo llamar al Duque su marido, le contó en tanto que D. Quijote llegaba toda la embajada suya; y los dos por haber leido la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de D. Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendian con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habian leido, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó D. Quijote alzada la visera, y dando muestras de apearse acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pié en una soga del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, ántes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. D. Quijote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado á tenérsele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenia el pié en la corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á D. Quijote maltrecho de la caida, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, ántes apeándose de su caballo fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole: A mí me pesa, señor caballero de la Triste Figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió D. Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caida no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caido ó levantado, á pié ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía. Pasito, mi señor D. Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que adonde está mi señora D.ª Dulcinea del Toboso no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazon libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, ántes que su amo respondiese dijo: No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde ménos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir que esto que llaman naturaleza es como un alcaller que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la Duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse D. Quijote á la Duquesa, y dijo: Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. A lo que respondió la Duquesa: De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor D. Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes: y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, añadió D. Quijote. Tanto que mejor, dijo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran caballero de la Triste Figura... De los Leones ha de decir vuestra Alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste figura: el figuro sea el de los Leones. Prosiguió el Duque: Digo que venga el señor caballero de los Leones á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan. Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante, y subiendo en él D. Quijote, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPITULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de D. Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta pues la historia que ántes que á la casa de placer ó castillo llegasen se adelantó el Duque, y dió órden á todos sus criados del modo que habian de tratar á D. Quijote, el cual como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta en piés de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á D. Qui-

jote en brazos, sin ser oido ni visto, le dijeron: Vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la Duquesa. D. Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la Duquesa, y no quiso descender ó bajar del palafren sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombres á D. Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes; y todos ó los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre D. Quijote y sobre los Duques, de todo lo cual se admiraba D. Quijote; y aquel fué el primer dia que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él habia leido se trataban los tales caballeros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la Duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña que con otras á recebir á la Duquesa habia salido, y con voz baja le dijo: Señora Gonzalez, ó como es su gracia de vuesa merced. D.ª Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña, ¿qué es lo que mandais, hermano? A lo que respondió Sancho: Querria que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio: vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo; tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *Que damas curaban dél, y dueñas de su rocino*; y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocin del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llavar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto ménos. Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos; y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las habia. Aquí las hé, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que cuantas pudieran decirme; y hablando con Sancho le dijo: Advertid, Sancho amigo, que D.ª Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; solo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podia encomendarle á persona mas caritativa que á la señora D.ª Rodriguez. D. Quijote, que todo lo oia, le dijo: ¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere; aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé de él, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. A lo que dijo el Duque: Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona. Con estos razonamientos gustosos á todos, si no á D. Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á D. Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habian de hacer, y de cómo habian de tratar á D. Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó D. Quijote despues de desarmado en sus estrechos greguescos y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado), reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes como la valentía. Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho, y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho, le dijo: Dime, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿Tiempos eran aquellos para acordarte del rucio, ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de tí, que en tanto mas es tenido el señor, cuanto tiene mas honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demas hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de tí, y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que soy yo algun echacuervos, ó algun caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo: huye, huye destos inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhan desgraciado: enfrena la lengua, considera y rumia las palabras ántes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas véras de coserse la boca ó morderse la lengua ántes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriria quién ellos eran. Vistiése D. Quijote, púsose

su tahalí con su espada, echóse el manton de escarlata á cuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala, tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sala á recebirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo que debia de ser el grave religioso, que con los Duques salió á recebir á D. Quijote. Hiciéronse mil corteses comedimientos, y finalmente cogiendo á D. Quijote en medio se fuéron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á D. Quijote con la cabecera de la mesa; y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fuéron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacian; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y D. Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: Si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apénas hubo dicho esto Sancho, cuando D. Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que habia de decir alguna necedad. Miróle Sancho, y entendióle, y dijo: No tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco há vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió D. Quijote; di lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor D. Quijote, que está presente, no me dejará mentir. Por mí, replicó D. Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dijo D. Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del Duque dijo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque es muy discreto. Discretos dias, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mi tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este: Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venía de los Alamos de Medina del Campo, que casó con D.ª Mencía de Quiñones, que fué hija de D. Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor D. Quijote se halló en ella, donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad; pasa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer, ántes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores mios, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazon el religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A ménos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca... Gran gusto recebian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento, y D. Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza diciéndole: Sentáos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera: y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traido fuera de propósito. Púsose D. Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecian. Los señores disimularon la risa porque D. Quijote no acabase de correrse habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á D. Quijote, que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos. A lo que D. Quijote respondió: Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; ¿pero adónde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en la mas fea labradora que imaginarse puede? No sé, dijo Sancho Panza: á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo; á lo ménos en la lijereza y en el brincar bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fe, señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un

galo. ¿Habeisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el Duque. Y cómo si la he visto, respondió Sancho; ¿pues quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre. El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debia de ser D. Quijote de la Mancha, cuya historia leia el Duque de ordinario, y él se lo habia reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo: Vuestra Excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este D. Quijote, ó D. Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra Excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á D. Quijote, le dijo: Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante, y que venceis gigantes, y prendeis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volvéos á vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde nora tal habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo D. Quijote á las razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pié, y dijo... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.

CAPITULO XXXII.

De la respuesta que dió D. Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.

Levantado pues en pié D. Quijote, temblando de los piés á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuesa merced, de quien se debia esperar ántes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo ménos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin mas ni mas mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced, ¿por cuál de las mentecaterías que en mi ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay mas sino á troche moche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algun pupilaje, sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambicion soberbia, otros por el de la adulacion servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religion; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestigles: yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes. Bien por Dios, dijo Sancho, no diga mas vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula? Si soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntate á los buenos, y serás uno dellos; y soy yo de aquellos no con quien naces, sino con quien paces; y de los quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y há muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mi ínsulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazon el Duque, que yo en nombre del señor D. Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad. Hincate de rodillas, Sancho, dijo D. Quijote, y besa los piés á su Excelencia por la merced que te ha hecho. Hízolo así Sancho; lo cual visto por el eclesiástico se levantó de la mesa mohino ademas, diciendo: Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra Excelencia como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mia, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar: y sin decir mas ni comer mas se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado. Acabó de reir, y dijo á D. Quijote: Vuesa merced, señor caballero de los Leones, ha respondido por sí tan alta-

mente que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe. Así es, respondió D. Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: Está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intencion, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dándoselos huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recebió los palos recebió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron á traicion; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que habia hecho sin volver las espaldas y á pié quedo: y así segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituidos en la sacra religion; porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie: y aunque poco há dije que yo podia estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recebir afrenta, ménos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: solo quisiera que esperara algun poco para darle á entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced. Eso juro yo bien, dijo Sancho; cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melon muy maduro; bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalvan hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara mas en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos. Perecia de risa la Duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso y por mas loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fuéron deste mismo parecer. Finalmente, D. Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de D. Quijote, el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran ménos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor D. Quijote esperaria. Hízolo así, y quedó D. Quijote con la mas extraña figura, y mas para hacer reir, que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veian con media vara de cuello mas que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenian los ojos bajos sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á qué acudir: ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recebian de ver á D. Quijote de aquella suerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á D. Quijote, y luego la que traia las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque D. Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: Venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al Duque como á D. Quijote, y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fuéron. Despues se supo que habia jurado el Duque que si á él no le lavaran como á D. Quijote, habia de castigar su desenvoltura, la cual habian enmendado discretamente con haberle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: Válame Dios, ¡si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros! porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aun que si me las rapasen á navaja lo tendria mas á beneficio. ¿Qué decis entre vos, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oido decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero no legía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque tambien dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio destos ántes es gusto que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dijo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo ménos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será. Mirad, maestresala, dijo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra. El maestresala respondió que en todo seria servido el señor

Sancho; y con esto se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y D. Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería. La Duquesa rogó á D. Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la mas bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Sospiró D. Quijote oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo: Si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apénas se puede pensar, porque vuestra Excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los mios, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timántes y de Apéles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla? ¿Qué quiere decir demostina, señor D. Quijote? preguntó la Duquesa; que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. Retórica demostina, respondió D. Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Ciceron, que fuéron los dos mayores retóricos del mundo. Así es, dijo el Duque, y habeis andado deslumbrado en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daria gran gusto el señor D. Quijote si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal que la tengan invidia las mas hermosas. Sí hiciera por cierto, respondió D. Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco há que le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recebir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. ¡Válame Dios! dando una gran voz dijo á este instante el Duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba? ¿Quién? respondió D. Quijote, ¿quién puede ser sino algun maligno encantador de los muchos invidiosos que me presiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguídome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que mas lo siento: porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No hay mas que decir, dijo la Duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor D. Quijote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea: y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfeciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió D. Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica, y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfecion que en las hermosas humildemente nacidas. Así es, dijo el Duque; pero hame de dar licencia el señor D. Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leido, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias que vuesa merced bien sabe. A eso puedo decir, respondió D. Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto mas, que Dulcinea tiene un jiron que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se extiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor D. Quijote, dijo la Duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pié de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor D. Quijote la sirva, que es lo mas que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, aechando un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje. A lo que respondió D. Quijote: Señora mia, sabrá la vuestra grandeza, que todas ó las mas cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso; y como es cosa ya averiguada que todos ó los mas caballeros andantes y

famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce Pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser ferido sino por la planta del pié izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna: y así cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podia llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entónces de la muerte que dió Hércules á Anteon, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podria ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerzas de encantamentos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca: y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo: y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales; y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes, como viniendo poco há por el Toboso jamas pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro dia habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su prístino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías, que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamas sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaria con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se
saldria con cualquiera gobierno como el rey con sus a
cabalas: y mas que ya por muchas experiencias sabem
que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letr
para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento q
apénas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes:
toque está en que tengan buena intencion y deseen ace
tar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje
encamine en lo que han de hacer, como los gobernad
res caballeros y no letrados, que sentencian con aseso
Aconsejariale yo que ni tome cohecho ni pierda der
cho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, q
saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho
la insula que gobernare. A este punto llegaban de su c
loquio el Duque, la Duquesa y D. Quijote, cuando oy
ron muchas voces y gran rumor de gente en el palaci
y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, c
un cernadero por babador, y tras él muchos mozos,
por mejor decir pícaros de cocina y otra gente menud
y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la col
y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguíale y pe
seguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicit
ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro p
caro mostraba querérselas lavar. ¿Qué es esto, herma
nos? preguntó la Duquesa; ¿qué es esto? ¿qué querei
hacer á ese buen hombre? ¿cómo? ¿y no considerai
que está electo gobernador? A lo que respondió el pí-
caro barbero: No quiere este señor dejarse lavar com
es usanza, y como se lavó el Duque mi señor y el seño
su amo. Si quiero, respondió Sancho con mucha cólera,
pero querria que fuese con toallas mas limpias, con le-
jía mas clara y con manos no tan sucias, que no hay tant
diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agu
de ángeles, y á mí con lejía de diablos: las usanzas de
las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son
buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre
del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinan-
tes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de
semejantes refrigerios; y el que se llegare á lavarme ni
á tocarme un pelo de la cabeza, digo de mi barba, ha-
blando con el debido acatamiento, le daré tal puñada
que le deje el puño engastado en los cascos: que estas
tales cirimonias y jabonaduras mas parecen burlas que
gasajos de huéspedes. Perecida de risa estaba la Duquesa
viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho, pero
no dió mucho gusto á D. Quijote verle tan mal adeliñado
con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entrete-
nidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia
á los Duques, como que les pedía licencia para hablar,
con voz reposada dijo á la canalla: Hola, señores caballe-
ros, vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse
por donde vinieron, ó por otra parte si se les antojare,
que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas arte-
sillas son para él estrechas y penantes búcaros: tomen
mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de
achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho,
y prosiguió diciendo: No sino lléguense á hacer burla
del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de no-
che. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almo-
hacenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que
ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces. A esta
sazon, sin dejar la risa, dijo la Duquesa: Sancho Panza
tiene razon en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo
cuanto dijere: él es limpio, y como él dice, no tiene ne-

cuidad de lavárse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto mas que vosotros, ministros de la limpieza, habeis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero en fin, sois malos y mal nacidos, y no podeis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venia con ellos, que la Duquesa hablaba de véras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fuéron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel á su parecer sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo: De grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho, no puede pagarse con ménos sino es con desear verme armado caballero andante para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora: labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, ménos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que habeis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os habeis criado á los pechos del señor D. Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias como vos decis: bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad: levantáos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque mi señor, lo mas presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno. Con esto cesó la plática, y D. Quijote se fué á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho que si no tenia mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente á su mandado, y fuése. El Duque dió nuevas órdenes como se tratase á D. Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

CAPITULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta pues la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la Duquesa, la cual con el gusto que tenia de oirle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la Duquesa fué la que habló primero diciendo: Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me absolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran D. Quijote anda ya impresa: una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo, á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor D. Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra-Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló ahechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos? A estas razones, sin responder con alguna se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar, y dijo: Ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto, responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor D. Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanas no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva piés ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ó ocho dias, que aun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora D.ª Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que habia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la Duquesa: De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oidos, que me dice: pues D. Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él mas loco y tonto que su amo: y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí ¿cómo sabrá gobernar á otros? Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias há que habia de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo mas, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon: y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de ménos me hizo Dios, y podria ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que magüera tonto, se me entiende aquel refran de por su mal le nacieron alas á la hormiga; y aun podria ser que se fuese mas aina Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador: tan buen pan hacen aquí como en Francia: y de noche todos los gatos

son pridos : y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado : y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno : y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero : y mas calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia : y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero : y no ocupa mas piés de tierra el cuerpo del papa que el del sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro; que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger, mal que nos pese, y á buenas noches : y torno á decir, que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto; y yo he oido decir, que detras de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas de los romances antiguos no mienten). Y cómo que no mienten, dijo á esta sazon D.ª Rodriguez la dueña, que era una de las escuchantes, que un romance hay que dice, que metieron al rey Rodrigo vivo, vivo, en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos dias dijo el Rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja :

Ya me comen, ya me comen
Por do mas pecado habia.

Y segun esto, mucha razon tiene este señor en decir que quiere ser mas labrador que rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oir las razones y refranes de Sancho, á quien dijo: Ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El Duque, mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero, y así cumplirá la palabra de la prometida ínsula á pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que cuando ménos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche : lo que yo le encargo es que mire cómo gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres; y á quien cuece y amasa no le hurtes hogaza : y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tus tus, y se despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé dónde me aprieta el zapato : dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pié ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podria ser que á quince dias de gobernador me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas dél que de la labor del campo en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dijo la Duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poca há tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender q la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la co cia debia de ser por estar encantada, toda fué invenci de alguno de los encantadores que al señor D. Quij persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de bu parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho, pensan ser el engañador, es el engañado; y no hay poner n duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimo y sepa el señor Sancho Panza que tambien tenemos encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo q pasa por el mundo pura y sencillamente sin enredos máquinas; y créame Sancho, que la villana brincad era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada co la madre que la parió; y cuando ménos nos pensem la habemos de ver en su propia figura, y entónces sald Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo e dijo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi a cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, don dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mis traje y hábito que yo dije que la habia visto cuando encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al rev como vuesa merced, señora mia, dice; porque de ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabrica en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que amo es tan loco que con tan flaca y magra persuasi como la mia creyese una cosa tan fuera de todo términ pero, señora, no por esto será bien que vuestra bonda me tenga por malévolo, pues no está obligado un por como yo á taladrar los pensamientos y malicias de l pésimos encantadores : yo fingí aquello por escapar de las riñas de mi señor D. Quijote, y no con intencio de ofenderle; y si ha salido al reves, Dios está en cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dijo Duquesa; pero dígame ahora Sancho, qué es esto qu dice de la cueva de Montesinos, que gustaria saberlo Entónces Sancho Panza le contó punto por punto lo qu queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cua la Duquesa dijo : Deste suceso se puede inferir que pue el gran D. Quijote dice que vió allí á la misma labrador que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listo y demasiadamente curiosos. Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos : verdad sea que la que yo vi fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó sobre ello morena. No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y diréte, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y Sancho volvió, como si Sancho fuese algun quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza el que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que por lo ménos es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir sino es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento : así que, no hay para qué nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun oí decir á mi señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encájenme ese gobierno, y verán maravillas; que quien ha sido buen escudero será buen gobernador. Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho

dijo la Duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo ménos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor. En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado, que á un bríndis de un amigo, ¿qué corazon ha de haber tan de mármol que no haga la razon? Pero aunque las calzo no las ensucio: cuanto mas que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dan por ella un ojo. Yo lo creo así, respondió la Duquesa; y por ahora váyase Sancho á reposar, que despues hablarémos mas largo, y darémos órden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos. ¿Qué rucio es este? preguntó la Duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio, y á esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser mas propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡Oh válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar! Sería algun villano, dijo D.ª Rodriguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido él las pusiera sobre el cuerno de la luna. Ahora bien, dijo la Duquesa, no haya mas, calle D.ª Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas: que aunque dice mi señor que en las cortesías ántes se ha de perder por carta de mas que de ménos, en las jumentiles y asininas se ha ir con el compas en la mano y con medido término. Llévele, dijo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mio no sería cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al Duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza y órden de hacer una burla á D. Quijote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAPITULO XXXIV.

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.

Grande era el gusto que recebian el Duque y la Duquesa de la conversacion de D. Quijote y de la de Sancho Panza: y confirmándose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que D. Quijote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que mas la Duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio: y así habiendo dado órden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á D. Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero D. Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado pues el esperado dia armóse D. Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y D. Quijote de puro cortés y comedido tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente llegaron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabía que solian venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque y D. Quijote, y pusiéronse á sus lados: Sancho se puso detras de todos sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar porque no le sucediese algun desman; y apénas habian sentado el pié y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores vieron que hácia ellos venía un desmesurado jabalí, crujiendo dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recebirle D. Quijote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa si el Duque no se lo estorbara. Solo Sancho en viendo al valiente animal desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; ántes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oian y no le veian creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza D. Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, víole pendiente de la encina y la cabeza abajo, y el rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice

Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó D. Quijote y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron el jabalí poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto le llevaron como en señal de vitoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en órden, y la comida aderezada, tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la Duquesa de su roto vestido, dijo: Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,
Como Favila el nombrado.

Ese fué un rey godo, dijo D. Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á trueco de un gusto, que parece que no le habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais, Sancho, respondió el Duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario para los reyes y príncipes, que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo: padécense en ella frios grandísimos y calores intolerables: menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolucion es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que tambien es solo para reyes y grandes señores. Así que, ó Sancho, mudad de opinion, y cuando seais gobernador ocupáos en la caza, y veréis cómo os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así enhoramala andaria el gobierno. Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos mas han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay grande trecho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y mas vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan piés, que no piés á tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no. Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito, dijo D. Quijote; y cuándo será el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada. Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores mios, que les molerá las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traidos tan á sazon y tan á tiempo cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dijo la Duquesa, puesto que son mas que los del Comendador griego, no por eso son ménos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traidos y con mas sazon acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el dia, y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazon del tiempo pedia, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro escuro que trujo consigo ayudó mucho á la intencion de los Duques, y así como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oidos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilíes al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos á un tiempo, tan contino y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse D. Quijote, tembló Sancho Panza, y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedia. Hola, hermano correo, dijo el Duque, ¿quién sois, adónde vais, y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? A lo que respondió el correo con voz horrísona y desenfadada: Yo soy el diablo, voy á buscar á D. Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo frances Montesinos á dar órden á D. Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuérades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero D. Quijote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba. Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurara en Dios y en mi conciencia: ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente. Luego el demonio sin apearse, encaminando la vista á D. Quijote, dijo: A tí, el caballero de los Leones (que entre las garras dellos te vea yo), me envia el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con órden de darte la que es menes-

ter para desencantarla; y por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores: y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fuése sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y D. Quijote: en Sancho, en ver que á despecho de la verdad querian que estuviese encantada Dulcinea: en D. Quijote, por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesinos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo: ¿Piensa vuesa merced esperar, señor D. Quijote? ¿Pues no? respondió él: aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flándes, dijo Sancho. En esto se cerró mas la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, léjos se reiteraban los lelílies agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que D. Quijote se valiese de todo su corazon para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traian atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobre el cual venía sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venía. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pié, dando una gran voz dijo: Yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante sin hablar mas palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no ménos grave que el otro, dijo: Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demas, sino hombron robusto y de mala catadura, el cual al llegar, levantándose en pié como los otros, dijo con voz mas ronca y mas endiablada: Yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal, y así dijo á la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: Señora, donde hay música no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la Duquesa. A lo que replicó Sancho: Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dijo D. Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compas de la agradable música vieron que hácia ellos venía un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, á lo ménos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete: junto á ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los piés, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de D. Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laudes que en el carro sonaban, y levantándose en pié la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que D. Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

Yo soy Merlin, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo
(Mentira autorizada de los tiempos),
Príncipe de la mágica, y monarca
Y archivo de la ciencia zoroástrica,
Emulo á las edades y á los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos caballeros,
A quien yo tuve y tengo gran cariño.
Y puesto que es de encantadores,
De los magos ó mágicos, contino
Dura la condicion, áspera y fuerte,
La mia es tierna, blanda y amorosa,

Y amiga de hacer bien á todas gentes.
En las cavernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rombos y carácteres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamento y su desgracia,
Y su trasformacion de gentil dama
En rústica aldeana: condolíme,
Y encerrando mi espíritu en el hueco
Desta espantosa y fiera notomía,
Despues de haber revuelto cien mil libros
Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
Vengo á dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, á mal tamaño.
Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
Las túnicas de acero y de diamante,
Luz y farol, sendero, norte y guia
De aquellos que dejando el torpe sueño
Y las ociosas plumas, se acomodan
A usar el ejercicio intolerable
De las sangrientas y pesadas armas:
A tí digo, ó varon, como se debe
Por jamas alabado: á tí, valiente
Juntamente y discreto Don Quijote,
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho tu escudero
Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al aire descubiertas, y de modo
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden,
Y en estos se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores.
Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazon Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera cómo desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros he yo, dijo D. Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil y trecientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual, Merlin dijo: No ha de ser así, porque los azotes que ha de recebir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada. Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abernuncio. Apénas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pié la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlin venía, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que á todos pareció mas que demasiadamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo: Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandaran, ladron, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algun truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon, oh miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados á rutilantes estrellas, y verás los llorar hilo á hilo, y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarron y mal intencionado monstro, que la edad tan florida mia, que aun se está todavía en el diez y... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron ese brio, que á solo comer y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta D. Quijote, y dijo volviéndose al Duque: Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta. ¿Qué decis vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abernuncio. Abrenuncio habeis de decir, Sancho, y no como decis, dijo el Duque. Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sotilezas ni en letras mas ó ménos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora mi señora D.ª Dulcinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce, ó vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí: que un asno cargado de oro sube lijero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodon cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes; y habian de considerar estos lastimados señores, que no

solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice, bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como de volverme cacique. Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el Duque, que si no os ablandais mas que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno sería que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolucion, Sancho, ó vos habeis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habeis de ser gobernador. Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dijo Merlin, aquí en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su prístino estado de labradora, ó ya en el sér que está será llevada á los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo. Ea, buen Sancho, dijo la Duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor D. Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion, y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin, le preguntó: Dígame vuesa merced, señor Merlin, cuando llegó aquí el diablo correo dió á mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venía á dar órden de que la señora D.ª Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta ahora no hemos visto á Montesinos ni á sus semejas. A lo cual respondió Merlin: El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos mas quisiéredes: y por ahora acabad de dar el sí desta diciplina, y creedme, que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos médicos hay en el mundo; hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora D.ª Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al reves de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que, no hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apénas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y D. Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recebido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en esto se venía á mas andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que los esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales que el dia, que á la aurora venía pisando las faldas, habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia véras que mas gusto les diesen.

CAPITULO XXXVI.

Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.

Tenia un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente, con intervencion de sus señores ordenó otra del mas gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la Duquesa á Sancho otro dia si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la Duquesa que con qué se los habia dado. Respondió que con la mano. Eso, replicó la Duquesa, mas es darse de palmadas, que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos ó de las de canelones, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea, por tan poco precio; y advierta, Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada. A lo que respondió Sancho: Déme vuestra señoría alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado; porque hago sa-

berá vuesa merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen mas de algodon que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ajeno. Sea en buen hora, respondió la Duquesa: yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dijo Sancho: Sepa vuestra Alteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté della: aquí la tengo en el seno, que no le falta mas de ponerle el sobrescrito; querria que vuestra discrecion la leyese, porque me parece que va conforme á lo de gobernador, digo al modo que deben de escribir los gobernadores. ¿Y quién la notó? preguntó la Duquesa. ¿Quién la habia de notar sino yo, pecador de mí? respondió Sancho. ¿Y escribístesla vos? dijo la Duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho; porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dijo la Duquesa, que á buen seguro que vos mostreis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa vió que decia desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA SU MUJER.

«Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba: »si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. »Esto no lo entenderás tú, Teresa mia, por ahora: otra »vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo deter»minado que andes en coche, que es lo que hace al caso, »porque todo otro andar es andar á gatas. Mujer de un »gobernador eres, mira si te roerá nadie los zancajos. »Ahí te envío un vestido verde de cazador, que me dió »mi señora la Duquesa, acomódale en modo que sirva »de saya y cuerpos á nuestra hija. D. Quijote mi amo, »segun he oido decir en esta tierra, es un loco cuerdo y »un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. »Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio »Merlin ha echado mano de mí para el desencanto de »Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lo»renzo. Con tres mil y trecientos azotes, ménos cinco, »que me he de dar, quedará desencantada como la ma»dre que la parió. No dirás desto nada á nadie, porque »pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco, y »otros que es negro. De aquí á pocos dias me partiré al »gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer »dineros, porque me han dicho que todos los goberna»dores nuevos van con este mesmo deseo; tomaréle el »pulso, y avisaréte si has de venir á estar conmigo ó no. »El rucio está bueno, y se te encomienda mucho, y no »le pienso dejar aunque me llevaran á ser gran turco. »La Duquesa mi señora te besa mil veces las manos; vuél»vele el retorno con dos mil, que no hay cosa que ménos »cueste ni valga mas barata, segun dice mi amo, que los »buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de de»pararme otra maleta con otros cien escudos como la de »marras; pero no te dé pena, Teresa mia, que en salvo »está el que repica, y todo saldrá en la colada del gobier»no, sino que me ha dado gran pena que me dicen que »si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos »tras él, y si así fuese no me costaria muy barato, aun»que los estropeados y mancos ya se tienen su calonjía en »la limosna que piden: así que, por una via ó por otra tú »has de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé como »puede, y á mí me guarde para servirte. Deste castillo »á 20 de julio de 1614.

»Tu marido el gobernador,

»SANCHO PANZA.»

En acabando la Duquesa de leer la carta, dijo á Sancho: En dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador: la una en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el Duque mi señor se le prometió no se soñaba haber azotes en el mundo; la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho; y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla, y hacer otra nueva, y podria ser que fuese peor si me lo dejan á mi caletre. No, no, replicó la Duquesa, buena está esta, y quiero que el Duque la vea. Con esto se fuéron á un jardin, donde habian de comer aquel dia. Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recebió grandísimo contento. Comieron, y despues de alzados los manteles, despues de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, á deshora se oyó el son tristísimo de un pífaro y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente D. Quijote, que no cabia en su asiento de puro alborotado: de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó faldas de la Duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y malencólico. Y estando todos así suspensos vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo: estos venian tocando dos grandes tambores asimismo cubiertos de negro. A su lado venía el pífaro negro y pizmiento como los demas. Seguia á los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido, con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñia y atravesaba un ancho tahalí tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfanje, de guarniciones y vaina negra. Venía cubierto el rostro con un trasparente velo negro, por quien se entreparecia una longísima barba blanca como la nieve. Movia el paso al son de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopopeya referida á hincarse de rodillas ante el Duque, que en pié con los demas que allí estaban le atendia. Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pié alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca y mas poblada barba que hasta entónces humanos ojos habian visto, y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el Duque, dijo: Altísimo y poderoso señor, á mí me llaman Trifaldin el de la barba blanca: soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de

parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las mas nuevas y mas admirables que el mas cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado: y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamas vencido caballero D. Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pié y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije. Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fué: Ya, buen escudero Trifaldin de la blanca barba, há muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida. Bien podeis, estupendo escudero, decirle que entre, y que aquí está el valiente caballero D. Quijote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda: y asimismo le podréis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dárselo el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á toda suerte de mujeres, en especial á las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría. Oyendo lo cual Trifaldin, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo son y al mismo paso que habia entrado se volvió á salir del jardin, dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el Duque á D. Quijote le dijo: En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apénas há seis dias que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñes y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pié y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos: merced á vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor Duque, respondió D. Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo ménos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas inormes, no van á buscar su remedio á las casas de los letrados ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano que ántes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolucion de mi animoso espíritu.

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

En extremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intencion D. Quijote, y á esta sazon dijo Sancho: No querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! de lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo, dijo D. Quijote, que pues esta señora dueña de tan lueñes tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número, cuanto mas que esta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas será sirviendo á reinas y á emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió D.ª Rodriguez, que se halló presente: Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda; y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano. Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió D.ª Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en dia de procesion. A fe que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no solo á los presentes, sino á todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña. Yo creo, dijo la Duquesa, que mi buena D.ª Rodriguez tiene razon y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió: Despues que tengo humos de gobernador se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo. Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque si sería bien ir á recebirla, pues era condesa y persona principal. Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho ántes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recebirla; pero por

lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso. ¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo D. Quijote. ¿Quién, señor, respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el mas cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de mas como por carta de ménos: y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dice, dijo el Duque: verémos el talle de la condesa, y por él tantearémos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores y el pífaro como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

CAPITULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

Detras de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas que solo el ribete del monjil descubrian. Tras ellas venia la condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron que por ella se debia llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas: y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que mas sus estados abundan; empero esta condesa por favorecer la novedad de su falda dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venían las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadron, el Duque, la Duquesa y D. Quijote se pusieron en pié, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual el Duque, la Duquesa y D. Quijote, se adelantaron obra de doce pasos á recebirla. Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz ántes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy léjos, pues cuanto mas le busco, ménos le hallo. Sin él estaria, repondió el Duque, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual, sin mas ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantándola de la mano la llevó á asentar en una silla junto á la Duquesa, la cual la recebió asimismo con mucho comedimiento. D. Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién le habia de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras: Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no ménos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los mas endurecido corazones del mundo; pero ántes que salga á la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero D. Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza. El Panza, ántes que otro respondiese, dijo Sancho, aquí está, y el D. Quijotísimo asimismo, y así podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredisimis, que todos estamos prontos, y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó D. Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña, dijo: Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó fuerzas de algun andante caballero, aqui están las mias, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy D. Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oídos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo cual la Dolorida Dueña hizo señal de querer arrojarse á los piés de D. Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos decia: Ante estos piés y piernas me arrojo, ó caballero invicto, por ser los que son basas y colunas de la andante caballería: estos piés quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atras y oscurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianos y Belianises! Y dejando á D. Quijote se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dijo: ¡Oh tú el mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran D. Quijote sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes á tu bondad fidelísima me seas buen intercesor con tu dueño para que luego favorezca á esta humilísima y desdichadísima condesa. A lo que respondió Sancho: De que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de a poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y ma

agora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaule su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderémos. Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la cual volviéndose á sentar dijo: Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del cabo Comorin, fué señora la reina D.ª Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la mas antigua y la mas principal dueña de su madre. Sucedió pues, que yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos ahora que la discrecion era mocosa: así era discreta como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados invidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como sería llevarse en agraz el racimo del mas hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y mas que era poeta y gran bailarin, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrin y desalmado vagamundo granjearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dió. Pero lo que mas me hizo postrar y dar conmigo por el suelo fuéron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caia á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decian:

> De la dulce mi enemiga
> Nace un mal que al alma hiere,
> Y por mas tormento quiere
> Que se sienta y no se diga.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar, y despues acá, digo desde entónces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo ménos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marques de Mantua, que entretienen y hazen llorar los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

> Ven, muerte, tan escondida,
> Que no te sienta venir,
> Porque el placer del morir
> No me torne á dar la vida.

Y de este jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¿Pues qué cuando se humillan á componer un género de verso que en Candaya se usaba entónces, á quien ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores mios, que los tales trovadores con justo título los debian desterrar á las islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debia, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir: vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome, con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. ¿Pues qué, cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan ni pueden cumplir. ¿Pero dónde me divierto? ¡Ay de mí, desdichada! ¿qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de D. Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y así siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí y no por él engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no, el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio destos que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser D. Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo á mas andar no sé qué hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél que ántes que se saliese á luz el mal recado, D. Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesion á la señora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. A esta sazon dijo Sancho: ¿Tambien en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dése vuesa merced priesa, señora

Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. Sí haré, respondió la Condesa.

CAPITULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

De cualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto como se desesperaba D. Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: En fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el vicario sentenció en favor de D. Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recebió tanto enojo la reina D.ª Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos. Debió de morir sin duda, dijo Sancho. Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto; y pareciame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse ántes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun paje suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentilhombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad que aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi señor, que está presente, y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros, y mas si son andantes, los reyes y los emperadores. Razon tienes, Sancho, dijo D. Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia. Y cómo si queda lo amargo, respondió la condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta pues la Reina, y no desmayada, la enterramos, y apénas la cubrimos con la tierra, y apénas le dímos el último vale, cuando, *¿quis talia fando temperet á lacrimis?* puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de D. Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la misma sepultura, á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padron asimismo de metal, y en él escritas en lengua siriaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: «No cobrarán su primera »forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el vale»roso Manchego venga conmigo á las manos en singular »batalla, que para solo su gran valor guardan los hados »esta nunca vista aventura.» Hecho esto sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje, y asiéndome á mí por los cabellos hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecucion de tan riguroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fuéron estas que están presentes, y despues de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenia, dijo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y continua: y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis; y luego la Dolorida y las demas dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros, todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas, y cuáles albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados D. Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosigió: Desta manera nos castigó aquel follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al cielo que ántes con su desmesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores mios (y esto que voy á decir ahora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas, y así lo diré sin lágrimas): digo pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿Qué padre ó qué madre se dolerá della? ¿Quién la dará ayuda? pues aun cuando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas, apénas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Oh dueñas y compañeras mias! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto dió muestras de desmayarse.

CAPITULO XL.

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las seminimas della, sin dejar cosa por menuda que fuese que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente los átomos del mas curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celebérrimo! Oh D. Quijote dichoso! Oh Dulcinea famosa! Oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí vivais siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice pues la historia que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dijo: Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su

pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras sino el de barbarlas? Cómo, ¿y no fuera mejor, yá ellas les estuviera mas á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondárnos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra; que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas, y hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamas quisimos admitirlas, porque las mas oliscan á terceras, habiendo dejado de ser primas; y si por el señor D. Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaria las mias, dijo D. Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras. A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: El retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y así de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará, respondió D. Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya si se va por tierra hay cinco mil leguas, dos mas á ménos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y doscientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con ménos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta lijereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradicion antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestóselo á Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino á quien él queria ó mejor se lo pagaba, y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosí: y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. A esto dijo Sancho: Para andar reposado y llano mi rucio, puesto que no anda por los aires, pero por la tierra yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, ántes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daria por donde yo entendiese que habia hallado el caballero que buscaba, sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. ¿Y cuántos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella. Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo. En nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso; ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro; ni ménos Bayarte, que fué el de Reinaldos de Montalvan; ni Frontino, como el de Rugero; ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino. Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno destos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. Así es, respondió la barbada condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama Clavileño el Alígero, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la lijereza con que camina, y así en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante. No me descontenta el nombre, replicó Sancho: pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna? Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apénas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la mesma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla sin cojin ni almohada alguna: par diez yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie; cada cual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto mas que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no harémos nada. Aquí del rey, dijo Sancho, ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡cuerpo de mí! aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero ¡que escriban á secas D. Paralipomenon de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que

mi señor se puede ir sólo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa mi señora, y podria ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. Con todo eso, le habeis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto sería mal caso. Aquí del rey otra vez, replicó Sancho; cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo: pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas, ¡mal año! mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo, dijo la Duquesa, mucho os vais tras la opinion del boticario toledano; pues á fe que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi D.ª Rodriguez, que no me dejará decir otra cosa. Mas que la diga vuestra Excelencia, dijo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodriguez, dijo D. Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre á los malos, pero no para siempre. ¡Ay! dijo á esta sazon la Dolorida, con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña: desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dejaran de echarnos un vos nuestras señoras si pensasen por ello ser reinas. ¡Oh gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas, envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho; y propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPITULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á D. Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí cuando á deshora entraron por el jardin cuatro salvajes vestidos todos de verde hiedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo: Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello. Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero; y el salvaje prosiguió diciendo: y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta que él los llevara por los aires, adonde atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á D. Quijote: Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas sino en que subas en él con tu escudero, y des felice principio á nuestro nuevo viaje. Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas. Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires: ¿y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se causa ó el gigante se enoja, tardarémos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula ni ínsulos en el mundo que me conozcan: y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gebernador. A lo que el Duque dijo: Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva, raices tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones: y pues vos sabeis que sé yo que no hay ningun género de oficio destos de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cuál mas, cuál ménos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor D. Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura: que ahora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su lijereza promete, hora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pié hecho romero de meson en meson y de venta en venta,

siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma; y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. No mas, señor, dijo Sancho, yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar á cuestas tantas cortesías: Suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme á nuestro Señor, ó invocar los ángeles que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podeis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento sin meterse con nadie. Ea pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dijo D. Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegáos aquí, Sancho, que con licencia destos señores os quiero hablar aparte dos palabras; y apartando á Sancho entre unos árboles del jardin, y asiéndole ambas las manos le dijo: Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuándo volverémos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así querria que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me demandas. ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad que no tiene vuesa merced razon: vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que vuesa merced se contente, y no lo digo mas. Y D. Quijote respondió: Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra. Y con esto se volvieron á subir en Clavileño, y al subir dijo D. Quijote: Tapáos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan luenes tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia; y puesto que todo sucediese al reves de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna. Vamos, señor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Así es la verdad, replicó D. Quijote, y sacando un pañuelo de la faldriquera pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto se volvió á descubrir, y dijo: Si mal no me acuerdo, yo he leido en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron á la diosa Pálas, el cual iba preñado de caballeros armados, que despues fuéron la total ruina de Troya, y así será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago. No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor D. Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere. Parecióle á D. Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía, y así sin mas altercar subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba, y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en algun romano triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque que si fuese posible le acomodasen de algun cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa, ó del lecho de algun paje, porque las ancas de aquel caballo mas parecian de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi, que ningun jaez ni ningun género de adorno sufria sobre sí Clavileño; que lo que podia hacer era ponerse á mujeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza. Hízolo así Sancho, y diciendo adios, se dejó vendar los ojos, y ya despues de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, por que Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo D. Quijote: Ladron, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy á tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo ménos en presencia mia. Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna region de diablos que dén con nosotros en Peralvillo? Cubriéronse, y sintiendo D. Quijote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apénas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: Dios te guie, valeroso caballero, Dios sea contigo, escudero intrépido: ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con mas velocidad que una saeta; ya comenzais á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no cayas, que será peor tu caida que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos le dijo: Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros? No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que

en todos los dias de mi vida he subido en cabalgadura de paso mas llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando; y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar D. Quijote, dijo: Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves: los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera region, y si es que desta manera vamos subiendo, presto darémos en la region del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas lijeras de encenderse y apagarse desde léjos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo: Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió D. Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto; el cual asimismo dijo, que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza, para cogerla por mas que se remonte: y aunque nos parece que no há media hora que nos partimos del jardin, creeme que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Panza, solo sé decir que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oian el Duque y la Duquesa y los del jardin, de que recebian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con D. Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se habia desparecido del jardin todo el barbado escuadron de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardin quedaron como desmayados tendidos por el suelo. D. Quijote y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes quedaron atónitos de verse en el mismo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció mas su admiracion cuando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

«El ínclito caballero D. Quijote de la Mancha feneció y »acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nom»bre llamada la Dueña Dolorida, y compañía, con solo »intentarla.

»Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su »voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y »mondas, y los reyes D. Clavijo y Antonomasia en su »prístino estado; y cuando se cumpliere el escuderil »vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos »girifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido »arrullador, que así está ordenado por el sabio Merlin, »proto-encantador de los encantadores.»

Habiendo pues D. Quijote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué adonde el Duque y la Duquesa aun no habian vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque le dijo: Ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El Duque poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podian dar á entender haberles acontecido de véras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole ser el mas buen caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposicion prometia; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadron de las dueñas con la Trifaldi habia desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la Duquesa á Sancho que cómo le habia ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió: Yo, señora, sentí que íbamos, segun mi señor me dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese por junto á las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea cuán altos debíamos de ir entónces. A esto dijo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decis, que á lo que parece vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo habia de cubrir toda la tierra. Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso la descubrí por un ladito, y la vi toda. Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira. Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encanta-

mento, por encantamento podia yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced cómo descubriéndome por junto á las cejas me vi tan junto al cielo, que no habia de mi á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande ademas; y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas; y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las vi me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y qué hago, sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el Duque, ¿en qué se entretenia el señor D. Quijote? A lo que D. Quijote respondió: Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del aire, y aun que tocaba á la del fuego: pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podiamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho dice, sin abrasarnos: y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento ni sueño, respondió Sancho, si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no. Dígalas pues, Sancho, dijo la Duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien claro está eso, dijo Sancho; sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme, Sancho, preguntó el Duque, ¿vistes allá entre esas cabras algun cabron? No, señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle mas de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion este fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos si los viviera: y llegándose D. Quijote á Sancho al oido, le dijo: Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que vi en la cueva de Montesinos, y no os digo mas.

CAPITULO XLII.

De los consejos que dió D. Quijote á Sancho Panza, ántes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenian para que se tuviesen por véras; y así habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro dia, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo. Sancho se le humilló, y le dijo: Despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia mas en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido en darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor ínsula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias; lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabeis dar maña, podeis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador. Si una vez lo probais, Sancho, dijo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda, segun van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo. Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar aunque sea á un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que sabeis de todo, respondió el Duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aquí; y advertid que mañana en ese mismo dia habeis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habeis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Así es verdad, dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitan, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A B C, pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dijo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó D. Quijote, y sabiendo lo que pasaba, y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia con intencion de aconsejarle cómo se habia de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que ántes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á recebir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú ántes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ó Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recebida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto pues el corazon á creer lo que te he dicho, está, ó hijo, atento á este tu Caton, que quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ó hijo, has de temer á Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos piés de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero despues, algo hombrecillo, gansos fuéron los que guarde, que no puercos; pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó D. Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuracion maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte; y préciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte cuando estés en tú ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, ántes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trujeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recebiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en tí mas compasion las lágrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres las mas veces serán sin remedio, y si le tuvieren será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto y tu bondad en sus sospiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu juridicion considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, múestratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible; casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma: escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPITULO XLIII.

De los consejos segundos que dió D. Quijote á Sancho Panza.

¡Quién oyera el pasado razonamiento de D. Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada! Pero como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demas discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta destos segundos documentos, que dió á Sancho, mostró tener gran donaire, y puso su discrecion y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió pues D. Quijote, y dijo:

En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excremento y añididura que se dejan de cortar fuese uña, siendo ántes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, mas que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda despacio, habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas á tí mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho, y D. Quijote le dijo: erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy sinificativo, y así la gente curiosa se ha acogido al latin, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones: y cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso. En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo D. Quijote. Erutar diré de aquí en adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé mas refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester. Eso sí, Sancho, dijo D. Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano: castígame mi madre y yo trompójelas. Estóite diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traido á propósito; pero cargar y ensartar refranes á trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres á caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el rucio; que el andar á caballo á unos hace caballeros á otros caballerizos.

Sea moderado tu sueño; que el que no madruga con el sol, no goza del dia: y advierte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamas llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de ménos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es: que jamas te pongas á disputar de linajes, á lo ménos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, gregüescos ni por pienso, que no les están bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y segun las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; ¿pero de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magín; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará mas dellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me dén por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester. ¡Ah pecador de mí! respondió D. Quijote, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, ó Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas: ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el

buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querria que aprendieses á firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho; que cuando fuí prioste en mi lugar aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decia mi nombre, cuanto mas que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio, si no es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto mas que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es mas que ser alcalde, llegáos, que la dejan ver, no sino popen, y calóñenme, que vendrán por lana, y volverán trasquilados, y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca: no sino hacéos miel, y paparos han moscas; tanto vales cuanto tienes, decia una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado. ¡Oh maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazon D. Quijote: sesenta mil Satanases te lleven á tí y á tus refranes: una hora há que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante? ¿ó cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase. Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y mas refranes, y ahora se me ofrecen cuatro que venian aquí pintiparados ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho. Ese Sancho no eres tú, dijo D. Quijote, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querria saber qué cuatro refranes te ocurrian ahora á la memoria que venian aquí á propósito, que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Qué mejores, dijo Sancho, que, entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y, á idos de mi casa, y qué quereis con mi mujer, no hay responder; y, si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro: todos los cuales vienen á pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa, y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salios de mi casa, y qué quereis con mi mujer: pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que, es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: espantóse la muerta de la degollada; y vuesa merced sabe bien, que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la ajena. Eso no, Sancho, respondió D. Quijote, que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningun discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mia la vergüenza; mas consuélome que he hecho lo que debia en aconsejarte con las véras y con la discrecion á mí posible: con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa; Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor, replicó Sancho, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que mas quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y mas, que miéntras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello, verá que solo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé mas de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno. Por Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion: quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

CAPITULO XLIV.

Cómo Sancho Panza fué llevado al gobierno, y la extraña aventura que en el castillo sucedió á D. Quijote.

Dicen que en el propio original desta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de D. Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos; y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que por huir deste inconveniente habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fuéron la del *Curioso impertinente*, y la del *Capitan cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo D. Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de D. Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrará bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de D. Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz: y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo

todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le dén alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir: y luego prosigue la historia diciendo, que en acabando de comer D. Quijote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apénas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de D. Quijote; y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para él habia de ser ínsula. Acaeció pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion; el cual habia hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor, le dijo: Señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de dónde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró D. Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dijo á Sancho: No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir), que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo, pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaria contradicion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrarnos en intricados laberintos. Creeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de véras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denántes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dijo D. Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la jineta, y detras dél, por órden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recebió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y enhorahuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo ménos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de D. Quijote ó se han de celebrar con admiracion ó con risa. Cuéntase pues que apénas se hubo partido Sancho, cuando D. Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió D. Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra Excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á vuestra Excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dijo la Duquesa, señor D. Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mí, respondió D. Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas que me punzen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra Alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, ántes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas, señor D. Quijote, replicó la Duquesa: por mí digo que daré órden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor D. Quijote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced, y vístase á sus solas y á su modo, cómo y cuándo quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro gobernador un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo cual dijo D. Quijote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala: y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los mas elocuentes de la tierra. Ahora bien, señor D. Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos, y acostaráse temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió D. Quijote, porque osaré jurar á vuestra Excelencia que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan lijera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin mas ni mas. A eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como

hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que mas le traia desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran D. Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió D. Quijote á la Duquesa, y en cenando, D. Quijote se retiró en su aposento, solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse, ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata; digo seda verde porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: ¡Oh pobreza, pobreza! no sé yo con qué razon se movió aquel gran poeta cordobes á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con cristianos que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: Tened todas las cosas como si no las tuviésedes, y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos mas que con la otra gente? Por qué los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? Por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó á D. Quijote en la soltura de sus puntos: pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oir estas razones:

No me porfíes, ó Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar; cuanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de lijero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano sería mi canto si duerme y no despierta para oirle este nuevo Enéas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida. No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto; canta, lastimada mia, en tono bajo y suave al son de tu arpa, y cuando la Duquesa nos sienta le echarémos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, ó Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada, de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo cual quedó D. Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leido. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que Don Quijote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance:

O tú, que estás en tu lecho
Entre sábanas de holanda,
Durmiendo á pierna tendida
De la noche á la mañana;
Caballero el mas valiente
Que ha producido la Mancha,
Mas honesto y mas bendito
Que el oro fino de Arabia:
Oye á una triste doncella,
Bien crecida y mal lograda,
Que en la luz de tus dos soles
Se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras
Y ajenas desdichas hallas;
Das las feridas, y niegas
El remedio de sanarlas.
Dime, valeroso jóven,
Que Dios prospere tus ansias,
¿Si te criaste en la Libia,
O en las montañas de Jaca?
¿Si sierpes te dieron leche?
¿Si á dicha fuéron tus amas
La aspereza de las selvas
Y el horror de las montañas?
Muy bien puede Dulcinea,
Doncella rolliza y sana,
Preciarse de que ha rendido
A una tigre y fiera brava.
Por esto será famosa
Desde Henáres á Jarama,
Desde el Tajo á Manzanares,
Desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
Y diera encima una saya
De las mas gayadas mias,
Que de oro la adornan franjas.
¡Oh quién se viera en tus brazos,
O si no, junto á tu cama,
Rascándote la cabeza
Y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
De merced tan señalada:
Los piés quisiera traerte,
Que á una humilde esto le basta.
¡Oh qué de cofias te diera,
Qué de escarpines de plata,
Qué de calzas de damasco,
Qué de herreruelos de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
Cada cual como una agalla,
Que á no tener compañeras,
Las solas fuéron llamadas!
No mires de tu Tarpeya
Este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
Ni le avives con tu saña.
Niña soy, pulcela tierna,
Mi edad de quince no pasa,
Catorce tengo y tres meses,
Te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca ni soy coja,
Ni tengo nada de manca;
Los cabellos como lirios,
Que en pié por el suelo arrastran;
Y aunque es mi boca aguileña,
Y la nariz algo chata,
Ser mis dientes de topacios
Mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
Que á la que es mas dulce iguala,
Y soy de disposicion
Algo ménos que mediana.
Estas y otras gracias mias,
Son despojos de tu aljaba:
Desta casa soy doncella,
Y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido D. Quijote, el cual dando un gran suspiro dijo entre sí: ¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿Qué la quereis, reinas? ¿á qué la perseguis, emperatrices? ¿para qué la acosais, doncellas de á catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demas soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acíbar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejarémos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.

CAPITULO XLV.

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesion de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar.

¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! ¡Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones! A tí digo, ó sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á tí digo, que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza, que sin tí yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia. Diéronle á entender que se llamaba la ínsula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recebirle: tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenian admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabía, y aun á todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia le llevaron á la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo: Es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesion desta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabía leer preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido: Señor, allí está escrito y notado el dia en que usía tomó posesion desta ínsula, y dice el epitafio: Hoy dia á tantos de tal mes y de tal año tomó la posesion desta ínsula el señor D. Sancho Panza, que muchos años la goce. ¿Y á quién llaman D. Sancho Panza? preguntó Sancho. A usía, respondió el mayordomo, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni donas, y yo imagino que en esta ínsula debe de haber mas dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traia unas tijeras en la mano, y el sastre dijo: Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos me preguntó: señor, ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño le respondí que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicóme que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento, y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intencion, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, ántes me pide que le pague, ó vuelva su paño. ¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho. Sí, señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre, y sacando encontinente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: Hé aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya mas. Si la

sentencia de la bolsa del ganadero movió á admiracion á los circunstantes, esta les provocó á risa; pero en fin se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos: el uno traia una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo: Señor, á este buen hombre le presté dias há diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese cuando se los pidiese: pasáronse muchos dias sin pedírselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenia cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querria que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios. ¿Qué decis vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. A lo que dijo el viejo: Yo, señor, confieso que me los prestó; y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvia á pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor qué respondia á lo que decia su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debia de haber olvidado el cómo y cuándo se los habia vuelto, y que desde allí en adelante jamas le pediria nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin mas ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza, y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho le dijo: Dadme, buen hombre, ese báculo que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo: hélo aquí, señor, y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo: Andad con Dios, que ya vais pagado. ¿Yo, señor? respondió el viejo, ¿pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sí, dijo el gobernador, ó si no, yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino, y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazon della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de dónde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió, que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion que dentro dél estaba la paga de lo que pedian: de donde se podia colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas que él habia oido contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fuéron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendria y pondria por tonto ó por discreto.

Luego acabado este pleito entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venía dando grandes voces diciendo: Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré á buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenía guardado mas de veinte y tres años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar si tiene limpias ó no las manos este galan, dijo Sancho, y volviéndose al hombre le dijo qué decia y respondia á la querella de aquella mujer. El cual todo turbado respondió: Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco ménos de lo que ellos valian: volviame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos: paguéle lo suficiente, y ella mal contenta asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto: dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entónces el gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata: él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante: él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos: aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apénas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa: Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella: y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleito, y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer mas asidos y aferrados que la vez primera: ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible segun la mujer la defendia, la cual daba voces diciendo: Justicia de Dios y del mundo: mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mi-

tad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme. ¿Y hásola quitado? preguntó el gobernador. ¿Cómo quitar, respondió la mujer, ántes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, ántes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y dejóla. Entónces el gobernador dijo á la mujer: Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa: ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: Hermana mia, si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa le mostrárades, y aun la mitad ménos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta ínsula, ni en seis leguas á la redonda, so pena de docientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora. Espantóse la mujer, y fuése cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre: Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual notado de su coronista fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo alborotado con la música de Altisidora.

CAPITULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recebió D. Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

Dejamos al gran D. Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias; pero como es lijero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo cual visto por D. Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su manton de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario que consigo contino traia, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole, y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga; y así como Altisidora vió á D. Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. D. Quijote que lo vió, llegándose á ellas dijo: Ya sé yo de qué proceden estos accidentes. No sé yo de qué, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto há que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase vuesa merced, señor D. Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. A lo que respondió D. Quijote: Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados: y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera: Menester será que se le ponga el laud, que sin duda D. Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fuéron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba y del laud que pedia D. Quijote, y ella alegre sobre modo concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con D. Quijote: y la Duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un paje suyo, que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relacion de todo lo que con ella pasase. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, halló D. Quijote una vihuela en su aposento: templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.
Suelo el coser y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antídoto al veneno
De las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas
Que aspiran á ser casadas,
La honestidad es la dote
Y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros,
Y los que en la corte andan,
Requiébranse con las libres,
Con las honestas se casan.
Hay amores de levante,
Que entre huéspedes se tratan,
Que llegan presto al poniente,
Porque en el partir se acaban.
El amor recien venido,
Que hoy llegó, y se va mañana,
Las imágenes no deja
Bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
Ni se muestra, ni señala,
Y do hay primera belleza,
La segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada de modo
Que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y asimismo los levanta.

Aquí llegaba D. Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de D. Quijote á plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los Duques habian sido los inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso D. Quijote quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do esca-

parse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabía la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse D. Quijote en pié, y poniendo mano á la espada comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: Afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy D. Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones; y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de D. Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor D. Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el Duque á despartirla, y D. Quijote dijo á voces: No me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quién es D. Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas gruñia y apretaba. Mas en fin, el Duque se le desarraigó y le echó por la reja: quedó D. Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrin encantador. Hicieron traer aceite de aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas con voz baja le dijo: Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces ni llegues á tálamo con ella, á lo ménos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió D. Quijote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar, y se fuéron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á D. Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

CAPITULO XLVII.

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recebió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personaje, que despues mostró ser médico, con u varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísi y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y m cha diversidad de platos de diversos manjares. Uno q parecia estudiante echó la bendicion, y un paje puso babador randado á Sancho: otro que hacia el oficio maestresala llegó un plato de fruta delante, pero apén hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocan con ella en el plato se le quitaron de delante con grand sima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de ot manjar. Iba á probarle Sancho; pero ántes que llegase él ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un pa alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto cual por Sancho quedó suspenso, y mirando á todos pr guntó si se habia de comer aquella comida como jue de Maesecoral. A lo cual respondió el de la vara: No ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y co tumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Y señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula pa serlo de los gobernadores della, y miro por su salud muc mas que por la mia, estudiando de noche y de dia y ta teando la complexion del gobernador para acertar á c rarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo q me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino q le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así mand quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente, y tener mucha especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe mata y consume el húmedo radical donde consiste l vida. Desa manera aquel plato de perdices que están all asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán al gun daño. A lo que el médico respondió: Esas no comer el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿Pue por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió: Porqu nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima*. Quiere decir: toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. Si eso es así, dij Sancho, vea el señor doctor, de cuantos manjares ha en esta mesa, cuál me hará mas provecho y cuál méno daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee, porqu por vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, qu me muero de hambre; y el negarme la comida, aunqu le pese al señor doctor, y él mas me diga, ántes será quitarme la vida, que aumentármela. Vuesa merced tien razon, señor gobernador, respondió el médico; y así e mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo aun se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sanch dijo, aquel platonazo que está mas adelante vahando, m parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit*, dijo el médico, vaya léjos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorescas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razon es, porque siempre y á do quiera



y de quien quiera, son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de canutillos de suplicaciones, y unas tajaditas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion. Oyendo esto Sancho se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde habia estudiado. A lo que él respondió: Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en cólera: Pues, señor doctor Pedro Recio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante; si no, voto al sol que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, á lo ménos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas: y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república; y dénme de comer, ó si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño, no vale dos habas. Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: Correo viene del Duque mi señor, algun despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia así: *A D. Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano, ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho, dijo: ¿Quién es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban respondió: Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno. Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podeis ser secretario del mismo emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hízolo así el recien nacido secretario, y habiendo leido lo que decia, dijo, que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demas y el médico se fuéron, y luego el secretario leyó la carta, que así decia:

«A mi noticia ha llegado, señor D. Sancho Panza, que »unos enemigos mios y desa ínsula la han de dar un »asalto furioso, no sé qué noche: conviene velar y estar »alerta, porque no le tomen desapercebido. Sé tambien »por espías verdaderas, que han entrado en ese lugar cua»tro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se »temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quién »llega á hablaros, y no comais de cosas que os presenta»ren. Yo tendré cuidado de socorreros si os viéredes en »trabajo, y en todo haréis como se espera de vuestro en»tendimiento. Deste lugar á diez y seis de agosto, á las »cuatro de la mañana. Vuestro amigo

EL DUQUE.

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo: Lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la del hambre. Tambien, dijo el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detras de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora dénme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer: y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas: y vos, secretario, responded al Duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda sin faltar punto; y daréis de mi parte un besamanos á mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi mujer Teresa Panza, que en ello recebiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren: y de camino podeis encajar un besamanos á mi señor D. Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido: y vos como buen secretario y como buen vizcaíno podeis añadir todo lo que quisiéredes y mas viniere á cuento: y álcense estos manteles, y dénme á mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula. En esto entró un paje, y dijo: Aquí está un labrador negociante que quiere hablará vuestra señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Extraño caso es este, dijo Sancho, destos negociantes: ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno (que no durará segun se me trasluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que entre: pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mio. No, señor, respondió el paje, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco, ó el es tan bueno como el buen pan. No hay que temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos. ¿Sería posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará usía satisfecho y pagado, dijo el maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo

fué : ¿Quién es aquí el señor gobernador? ¿Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla? Humíllome pues á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo : Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad-Real. ¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho : decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy léjos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana : tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado : soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera invidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado. De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo. No, señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho; adelante, hermano, que es hora de dormir mas que de negociar. Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino, labrador riquísimo : y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines, aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas : y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usaran aspar labios, pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberenjenado : y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador, pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los piés á la cabeza : ¿qué es lo que quereis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras. Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caido una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito. ¿Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo : pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller, digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejeis de decir por empacho ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador, y apénas dijo esto, cuando levantándose en pié el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo : Voto á tal, don patan, rústico y mal mirado, que si no os apartais y ascondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa, bellaco, pintor del mesmo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿y dónde los tengo yo, hediondo? ¿y por qué te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y mentecato? ¿y qué se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí, digo, si no, por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no há dia y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á D. Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias : en uno de los cuales le sucedió lo que Cide-Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia, por mínimas que sean.

CAPITULO XLVIII.

De lo que le sucedió á D. Quijote con D.ª Rodriguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

Ademas estaba mohino y malencólico el mal ferido D. Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato : desdichas anejas á la andante caballería. Seis dias estuvo sin salir en pú-

blico, en una noche de las cuales estando despierto y desvelado pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venía para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. No, dijo creyendo á su imaginacion (y esto con voz que pudiera ser oida), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, trasformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pié sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los aruños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen: en el cual traje parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña, con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto que la cubrian y enmantaban desde los piés á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes antojos: venía pisando quedito, y movia los piés blandamente. Miróla D. Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño y notó su silencio pensó que alguna bruja ó maga venía en aquel traje á hacer en él alguna mala fechoría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision, y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces D. Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dió una gran voz diciendo: ¡Jesus! ¿qué es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á escuras volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caida. D. Quijote temeroso comenzó á decir: Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la órden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta á hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La abrumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de D. Quijote, y con voz afligida y baja le respondió: Señor D. Quijote (si es que acaso vuesa merced es D. Quijote), yo no soy fantasma ni vision, ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino D.ª Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo. Dígame, señora D.ª Rodriguez, dijo D. Quijote, ¿por ventura viene vuesa merced á hacer alguna tercería? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie: merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora D.ª Rodriguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departirémos de todo lo que mas mandare y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. ¿Yo recado de nadie, señor mio? respondió la dueña: mal me conoce vuesa merced: sí, que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas como á remediador de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó D. Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura; y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: ¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, ántes os la dará roma que aguileña: ¿y quién sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? afuera pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo: ¡oh cuán bien hacia aquella señora de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas, como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvia, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió á D. Quijote de mas cerca envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin, temió de nuevo, y retirándose atras como dos pasos dijo: ¿Estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho. Eso mismo es bien que yo pregunte, señora, respondió D. Quijote; y así pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. ¿De quién ó á quién pedís, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. A vos y de vos la pido, replicó D. Quijote, porque ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino media noche, y aun un poco mas, segun imagino, y en una estancia mas cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Enéas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero, dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi con-

tinencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas; y diciendo esto besó su derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con las mismas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera por ver ir á los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenia. Entróse en fin D. Quijote en su lecho, y quedóse D.ª Rodriguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. D. Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando mas del rostro descubierto; y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué D. Quijote diciendo: Puede vuesa merced ahora, mi señora D.ª Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podia esperar sino tan cristiana respuesta. Es pues el caso, señor D. Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragon, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron ántes de tiempo sin saber cómo ni cómo no, me trujeron á la corte de Madrid, donde por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora; y quiero hacer sabidor á vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha echado el pié adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran ademas buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana, y atenida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en dias, barbudo y apersonado, y sobre todo hidalgo como el rey, porque era montañes. No tratamos tan secretamente nuestros amores que no viniesen á noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y dirétes nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazon, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: Perdóneme vuesa merced, señor D. Quijote, que no va mas en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entónces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: estó á lo ménos no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venía á salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia: ¿Qué haceis, desventurado, no veis que voy aquí? El alcalde, de comedido, detuvo la rienda al caballo, y díjole: Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo de acompañar á mi señora D.ª Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido con la gorra en la mano á querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo sacó un alfiler gordo, ó creo que un puzon del estuche, y clavóselo por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo, la gente baldía que en ella estaba. Vínose á pié mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada y con hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la Duquesa, que estaba recien casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragon, y á mi hija ni mas ni ménos, adonde yendo dias y viniendo dias creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento; de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas á ménos. En resolucion, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del Duque mi señor, no muy léjos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir: y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, no una sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apénas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningun modo. Querria pues, señor mio, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues segun todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables; y póngasele á vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato; y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene mas de presuncion que de hermosura, y mas de desenvuelta que de recogida: ademas que no está muy sana,

que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento: y aun mi señora la Duquesa... quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos. ¿Qué tiene mi señora la Duquesa, por vida mia, señora D.ª Rodriguez? preguntó D. Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor D. Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena. ¡Santa María! dijo D. Quijote: ¿y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos, pero pues la señora D.ª Rodriguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apénas acabó D. Quijote de decir esta razon, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á D.ª Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion; y aunque D. Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podia ser aquello, y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á D. Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, saliéronse las fantasmas, recogió D.ª Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera sin decir palabra á D. Quijote; el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejarémos deseoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPITULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula.

Dejamos al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el cual industriado del mayordomo, y el mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tanto, bronco y rollizo, y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del Duque habia vuelto á entrar en la sala: ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazon y coyuntura para negociar; no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, sino es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea, digo, á la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que conocian á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía se llegó, por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en dias. Entregóse en todo con mas gusto que si le hubieran dado francolines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos de Lavajos; y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo: Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os cureis de darme á comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar a mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre, y algunas veces con asco: lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que miéntras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algun dia; y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos: vivamos todos y comamos en buena paz y compañía, pues cuando Dios amanece, para todos amanece; yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote, porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasion han de ver maravillas: no sino haceos miel, y comeros han moscas. Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razon en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos de esta ínsula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi rucio, que es lo que en

este negocio importa y hace mas al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi entencion limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida: porque quiero que sepais, amigos, que la gente baldía y perezosa, es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿digo algo, ó quiébrome la cabeza? Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en véras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche, y cenó el gobernador con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos, tantos que podia formar un mediano escuadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia mas que ver, y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales viendo venir á la justicia se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: Aquí de Dios y del rey; cómo ¿y qué se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan á saltear en él en la mitad de las calles? Sosegáos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro contrario dijo: Señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego, que está aquí frontero, mas de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente juzgué mas de una suerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo por lo ménos de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero, y se salió de la casa: yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me lo enseñaron ni me le dejaron; y el socarron, que es mas ladron que Caco, y mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de cuatro reales; porque vea vuesa merced, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia; pero á fe que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con cuántas entraba la romana. ¿Qué decis vos á esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decia, y no habia querido darle mas de cuatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuenta con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulléros, y qué lo que ganan es mal ganado, y que para señal que él era hombre de bien, y no ladron, como decia, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Así es, dijo el mayordomo, vea vuesa merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres. Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos, gananciosо, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y mas habeis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel: y vos que no teneis oficio ni beneficio, y andais de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid desta ínsula desterrado por diez años, so pena si lo quebrantáredes los cumplais en la otra vida colgándoos yo de una picota, ó á lo ménos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recebió el otro, este se salió de la ínsula, y aquel se fué á su casa, y el gobernador quedó diciendo: Ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo ménos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y mas es sin comparacion lo que él pierde al año que lo que saca de los náipes: contra otros garitos de menor cantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen y mas insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales, que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo. Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete, que traia asido á un mozo, y dijo: Señor gobernador, este mancebo venía hácia nosotros, y así como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algun delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamas. ¿Por qué huias, hombre? preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió: Señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. ¿Qué oficio tienes? Tejedor. ¿Y qué tejes? Hierros de lanzas, con licencia buena de vuesa merced. ¿Graciosico me sois? ¿de chocarrero os picais? Está bien: ¿y á dónde íbades ahora? Señor, á tomar el aire. ¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula? Adonde sopla. Bueno, respondeis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asilde, hola, y llevadle, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche. Par Dios, dijo el mozo, así me haga vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey. ¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho; ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere? Por mas poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. ¿Cómo que no? replicó Sancho: llevalde luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el alcaide quiera usar con él de su interesada liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo: el caso es que no me

harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven. Díme, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algun ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estémos á razon y vengamos al punto. Presuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda: con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero? No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dijo Sancho, ¿que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia? No, señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burleis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos. Fuése el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco viniéron dos corchetes, que traian á un hombre asido, y dijeron: Señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer al parecer de diez y seis ó poco mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo, y vieron que venía con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapacejos de oro y aljófar; los gregüescos eran verdes, de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual traia un jubon de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traia espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fuéron los que mas se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venía ordenado por ellos, y así estaban dudosos esperando en qué pararia el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba, y qué ocasion le habia movido para vestirse en aquel hábito. Ella, puestos los ojos en tierra con honestísima vergüenza, respondió: No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladron ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo, dijo á Sancho: Haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con ménos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, si no fuéron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciendo: Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varon ni hembra: y mas, que decis que es vuestro padre, y luego añadis que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Ya yo habia dado en ello, dijo Sancho. Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todas vuesas mercedes deben de conocer. Aun eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que despues que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo: si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habeis visto; y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo cual el secretario se llegó al oído del maestresala, y le dijo muy paso: Sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y mas que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le habia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas véras y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años há, que son los mismos que á mi madre come la tierra: en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Perez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme el salir de casa siquiera á la iglesia, há muchos dias y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, ó á lo ménos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mismas. Cuando oia decir que corrian toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto: él me lo declaraba por los mejores modos que sabía; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo que yo rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara; y tornó á renovar el llanto. El mayordomo le dijo: Prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar ó rocío de los prados, y aun las subia de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. De-

sesperábase el gobernador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella entre interrotos sollozos y mal formados suspiros dijo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á ver todo el pueblo cuando nuestro padre durmiese: él importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo, y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mio, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche debe de haber una hora poco mas ó ménos nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queriamos volver á casa vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: Hermana, esta debe de ser la ronda, alijera los piés y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado; y diciendo esto volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar: yo á ménos de seis pasos caí con el sobresalto, y entónces llegó el ministro de la justicia que me trujo ante vuesas mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desman alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se extendia á mas que á ver las calles deste lugar: y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traia sino un faldellin rico y una mantellina de damasco azul con pasamos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron cómo venia en aquel traje, y él con no ménos vergüenza y empacho contó lo mismo que su hermana habia contado, de que recebió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros; que con decir somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle. Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debia. No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dejarémos á vuesas mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado ménos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa, y la mujer y la gallina por andar se pierden aina; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas. El mancebo agradeció al gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su casa, y así se encaminaron hácia ella, que no estaba muy léjos de allí. Llegaron pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazon, y propuso de luego otro dia pedírsela por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del Duque, y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAPITULO L.

Donde se declara quién fuéron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, y pellizcaron y arañaron á D. Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.

Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que D.ª Rodriguez salió de su aposento para ir á la estancia de D. Quijote, otra dueña que con ella dormia lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodriguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de D. Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pico á su señora la Duquesa de cómo D.ª Rodriguez quedaba en el aposento de D. Quijote. La Duquesa se lo dijo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña queria con D. Quijote. El Duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego, paso ante paso, llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oian todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la Duquesa que la Rodriguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir ni ménos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza entraron de golpe en el aposento, y acribillaron á D. Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho, y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse y recebir pasatiempo con D. Quijote, despachó al paje que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su gobierno, á Teresa Panza su mujer con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados. Dice pues la historia, que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores partió de muy buena gana al lugar de Sancho; y ántes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quien preguntó si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado D. Quijote de la Mancha, á cuya

pregunta se levantó en pié una mozuela que estaba lavando, y dijo: Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondio la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco mas á ménos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo: Venga vuesa merced, que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos dias há de mi señor padre. Pues yo se las llevó tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y ántes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta: Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecia, segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo: ¿Qué es esto, niña, qué señor es este? Es un servidor de mi señora D.ª Teresa Panza, respondió el paje; y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: Déme vuesa merced sus manos, mi señora D.ª Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor D. Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria. ¡Ay señor mio! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones, y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno. Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo: y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente; y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello, y dijo: Esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuesa merced me envía. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas ni ménos, y la muchacha dijo: Que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo D. Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido. Así es la verdad, respondió el paje, que por respeto del señor D. Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta. Léamela vuesa merced, señor gentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja. Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mesmo, ó el bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para qué se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí; y luego sacó otra de la Duquesa, que decia desta manera:

«Amiga Teresa: Las buenas partes de la bondad y del »ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido el Duque le diese un gobierno de una ínsula de muchas que tiene. Tengo noticia »que gobierna como un girifalte, de lo que yo estoy muy »contenta, y el Duque mi señor por el consiguiente, por »lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido para el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad »se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga »á mí Dios como Sancho gobierna. Ahí le envío, querida »mia, una sarta de corales con extremos de oro: yo me »holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da »el hueso no te querria ver muerta: tiempo vendrá en »que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe »lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígala »de mi parte que se apareje, que la tengo de casar altamente cuando ménos lo piense. Dícenme que en ese »lugar hay bellotas gordas, envíeme hasta dos docenas, »que las estimaré en mucho por ser de su mano; y escríbame largo, avisándome de su salud y de su bienestar, y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que »hacer mas que boquear, que su boca será medida: y »Dios me la guarde. Deste lugar, su amiga que bien la »quiere,

»La Duquesa.»

¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, y qué llana y qué humilde señora: con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mesmas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí dónde esta buena señora con ser duquesa me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señoría un celemin, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pon en órden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia, y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo a dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolas el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la Duquesa que se la habia de enviar á ella toda. Todo es para tí, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el gobernador solo un dia llevó á caza, el cual todo lo envía para la señora Sanchica. Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni mas ni ménos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el cura y Sanson Carrasco, comenzó á bailar y á decir: A fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos; no sino tómese conmigo la mas pintada hidalga, que yo la pon-

dré como nueva. ¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿qué locuras son estas, y qué papeles son esos? No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las avemarías y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora. De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis. Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sanson Carrasco; y Sanson y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habian leido; y preguntó el bachiller quién habia traido aquellas cartas. Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valía mas de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo: Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destos presentes: por una parte veo y toco la fineza destos corales, y por otra leo que una duquesa envía á pedir dos docenas de bellotas. Aderézame esas medidas, dijo entónces Carrasco: ahora bien, vamos á ver el portador deste pliego, que dél nos informarémos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adornó contentó mucho á los dos; y despues de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sanson les dijese nuevas así de D. Quijote como de Sancho Panza, que puesto que habian leido las cartas de Sancho y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué sería aquello del gobierno de Sancho, y mas de una ínsula, siendo todas ó las mas que hay en el mar Mediterráneo, de su Majestad. A lo que el paje respondió: De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de mas de mil vecinos; y en cuanto á lo de las bellotas digo, que mi señora la Duquesa es tan llana y tan humilde, que no decia el enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontecia enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuesas mercedes, que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas: con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas pláticas, salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al paje: Dígame, señor, ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas despues que es gobernador? No he mirado en ello, respondió el paje; pero sí debe de traer. ¡Ay Dios mio! replicó Sanchica, y qué será de ver á mi padre con pedorreras: ¿no es bueno sino que desde que naci tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas? Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacia todo (que ya Teresa les habia mostrado el vestido), y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas cuando Teresa dijo: Señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun que si me enojo me tengo de ir á esa corte y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar. Y cómo, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese ántes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: Mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y cómo va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los piés del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo: y ándeme yo caliente, y ríase la gente. ¿Digo bien, madre mia? Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas venturas y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tu, hija, cómo no pára hasta hacerme condesa, que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo lo es de los refranes), cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale; y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala: no sino dormíos, y no respondais á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa. ¿Y qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere cuando me vea entonada y fantasiosa: vióse el perro en bragas de cerro, y lo demas? Oyendo lo cual el cura, dijo: Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen. Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho. ¿Qué, todavía se afirma vuesa merced, señor mio, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leido las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de D. Quijote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y así estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso. Señores, yo no sé mas de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oido decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza; si en esto hay encantamento ó no, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho. Bien podrá ello ser así, replicó el bachiller; pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el paje, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, *operibus credite, et non verbis*: véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que

no creen por los oidos. Esa ida á mí toca, dijo Sanchica: lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocin, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre. Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, tambien me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche: hallado lo habeis la melindrosa. Calla, mochacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si digo algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje, y dénme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde. A lo que dijo el cura: Vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle despacio por D. Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabia escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAPITULO LI.

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

Amaneció el dia que se siguió á la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio y belleza de la disfrazada doncella, y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacia y decia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse en fin el señor gobernador, y por órden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era mas fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofistería padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia al gobierno y aun á quien se le habia dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel dia, y lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demas acólitos, que fué: Señor, un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorío (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso); digo pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario habia cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, de la puente y del señorío, que era en esta forma: Si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adónde y á qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remision alguna. Sabida esta ley y la rigurosa condicion della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: Si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídese á vuesa merced, señor gobernador, ¿qué harán los jueces de tal hombre, que aun hasta agora están dudosos y suspensos? Y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: Por cierto que esos señores jueces que á mí os envían lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrenco que de agudo; pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda, quizá podria ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero habia dicho, y Sancho dijo: A mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: ¿El tal hombre jura que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente, y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? Así es como el señor gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay mas qué pedir ni qué dudar. Digo yo pues agora, replicó Sancho, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pié de la letra la condicion del pasaje. Pues, señor gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho: este pasajero que decis, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razon para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digais á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en un fil las razones de condenarle ó asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo D. Quijote la noche ántes que viniese á ser gobernador desta ínsula, que fué, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde. Así es, respondió el mayordomo; y tengo para mí que el mismo Licurgo,

que dió leyes á los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré órden cómo el señor gobernador coma muy á su gusto. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; dénme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despabilaré en el aire. Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto gobernador, y mas que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traia en comision de hacerle. Sucedió pues, que habiendo comido aquel dia contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de D. Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo así el secretario, y repasándola primero, dijo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor D. Quijote escribe á vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE D. QUIJOTE DE LA MANCHA Á SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA.

«Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, »de que dí por ello gracias particulares al cielo, el cual »del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos »hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses »hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, se»gun es la humildad con que te tratas: y quiero que ad»viertas, Sancho, que muchas veces conviene y es ne»cesario por la autoridad del oficio ir contra la humildad »del corazon; porque el buen adorno de la persona que »está puesta en graves cargos ha de ser conforme á lo »que ellos piden, y no á la medida de lo que su humilde »condicion le inclina. Vístete bien, que un palo com»puesto no parece palo: no digo que traigas dijes ni ga»las, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino »que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con »tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la vo»luntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de ha»cer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aun»que esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar »la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa »que mas fatigue el corazon de los pobres, que la hambre »y la carestía.

»No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres pro»cura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y »cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo »mismo es que si no lo fuesen; ántes dan á entender que »el príncipe que tuvo discrecion y autoridad para hacer»las, no tuvo valor para hacer que se guardasen: y las »leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen á ser »como la viga, rey de las ranas, que al principio las es»pantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron »sobre ella. Sé padre de las virtudes, y padrastro de los »vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y »escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto »está el punto de la discrecion. Visita las cárceles, las »carnicerías y las plazas; que la presencia del goberna»dor en lugares tales es de mucha importancia: consuela »á los presos que esperan la brevedad de su despacho, »es coco á los carniceros, que por entónces igualan los »pesos, y es espantajo á las placeras por la misma razon. »No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo »no creo) codicioso, mujeriego ni gloton, porque en sa»biendo el pueblo y los que te tratan tu inclinacion de»terminada, por allí te darán batería hasta derribarte en »el profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa y re»pasa los consejos y documentos que te dí por escrito »ántes que de aquí partieses á tu gobierno, y verás como »hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que »te sobrelleve los trabajos y dificultades que á cada paso »á los gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores, »y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de »la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe; »y la persona que es agradecida á los que bien le han he»cho, da indicio que tambien lo será á Dios, que tantos »bienes le hizo y de contino le hace.

»La señora Duquesa despachó un propio con tu ves»tido y otro presente á tu mujer Teresa Panza: por mo»mentos esperamos respuesta. Yo he estado un poco mal »dispuesto de un cierto gateamiento que me sucedió no »muy á cuento de mis narices, pero no fué nada, que si »hay encantadores que me maltraten, tambien los hay »que me defiendan. Avísame si el mayordomo que está »contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, co»mo tú sospechaste; y de todo lo que te sucediere me irás »dando aviso, pues es tan corto el camino; cuanto mas »que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, »pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, »que creo que me ha de poner en desgracia destos seño»res; pero aunque se me da mucho, no se me da nada, »pues en fin, en fin, tengo de cumplir ántes con mi pro»fesion que con su gusto, conforme á lo que suele decir»se: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.* Dígote este »latin, porque me doy á entender que despues que eres »gobernador lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual te »guarde de que ninguno te tenga lástima.

»Tu amigo,

»DON QUIJOTE DE LA MANCHA.»

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo mas quiso responder luego á su señor D. Quijote; y dijo al secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

«La ocupacion de mis negocios es tan grande, que no »tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cor»tarme las uñas, y así las traigo tan crecidas cual Dios »lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque »vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado »aviso de mi bien ó mal estar en este gobierno, en el »cual tengo mas hambre que cuando andábamos los dos »por las selvas y por los despoblados.

»Escribióme el Duque mi señor el otro dia dándome »aviso que habian entrado en esta ínsula ciertas espías »para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra »que un cierto doctor, que está en este lugar asalariado »para matar á cuantos gobernadores aquí vinieren: llá»mase el doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafue-

»ra, porque vea vuesa merced qué nombre para no te»mer que he de morir á sus manos. Este tal doctor dice »él mismo de si mismo, que él no cura las enfermeda»des cuando las hay, sino que las previene para que no »vengan, y las medecinas que usa son dieta y mas dieta, »hasta poner la persona en los huesos mondos, como si »no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Final»mente, él me va matando de hambre, y yo me voy mu»riendo de despecho, pues cuando pensé venir á este »gobierno á comer caliente y á beber frio, y á recrear el »cuerpo entre sábanas de holanda sobre colchones de »pluma, he venido á hacer penitencia como si fuera er»mitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que »al cabo al cabo me ha de llevar el diablo.

»Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohe»cho, y no puedo pensar en qué va esto; porque aquí me »han dicho que los gobernadores que á esta ínsula sue»len venir, ántes de entrar en ella, ó les han dado, ó les »han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta »es ordinaria usanza en los demas que van á gobiernos, »no solamente en este.

»Anoche andando de ronda topé una muy hermosa »doncella en traje de varon, y un hermano suyo en há»bito de mujer; de la moza se enamoró mi maestresala, »y la escogió en su imaginacion para su mujer, segun él »ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno: hoy los »dos pondrémos en plática nuestros pensamientos con »el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Lla»na, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

»Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo acon»seja, y ayer hallé una tendera que vendia avellanas nue»vas, y averigüele que habia mezclado con una hanega »de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: »apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las »sabrian bien distinguir, y sentenciéla que por quince »dias no entrase en la plaza; hánme dicho que lo hice »valerosamente: lo que sé decir á vuesa merced es, que »es fama en este pueblo que no hay gente mas mala que »las placeras, porque todas son desvergonzadas, desal»madas y atrevidas, y yo así lo creo por las que he visto »en otros pueblos.

»De que mi señora la Duquesa haya escrito á mi mu»jer Teresa Panza, y enviádole el presente que vuesa mer»ced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mos»trarme agradecido á su tiempo: bésele vuesa merced »las manos de mi parte, diciendo que digo yo, que no »lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. No »querria que vuesa merced tuviese trabacuentas de dis»gusto con esos mis señores; porque si vuesa merced »se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi »daño, y no será bien que pues se me da á mí por con»sejo que sea agradecido, que vuesa merced no lo sea »con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto »regalo ha sido tratado en su castillo.

»Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que »debe de ser alguna de las malas fechorías que con vuesa »merced suelen usar los malos encantadores; yo lo sa»bré cuando nos veamos. Quisiera enviarle á vuesa mer»ced alguna cosa; pero no sé qué envíe, si no es algunos »cañutos de jeringas, que para con vejigas los hacen »en esta ínsula muy curiosos; aunque si me dura el ofi»cio, yo buscaré qué enviar de haldas ó de mangas. Si »me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague vuesa »merced el porte, y envíeme la carta, que tengo gran»dísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mu»jer y de mis hijos. Y con esto, Dios libre á vuesa mer»ced de mal intencionados encantadores, y á mí me sa»que con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, »porque le pienso dejar con la vida, segun me trata el »doctor Pedro Recio.

»Criado de vuesa merced,

»SANCHO PANZA, el gobernador.»

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho dieron órden entre sí cómo despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio segun su estimacion, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre perdiese la vida por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia: puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interes: puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia: ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas, si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los mas que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolucion, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.*

CAPITULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre D.ª Rodriguez.

Cuenta Cide Hamete, que estando ya D. Quijote sano de sus aruños le pareció que la vida que en aquel castillo tenia era contra toda la órden de caballería que profesaba, y así determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnes que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intencion y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como despues pareció, cubiertas de luto de los piés á la cabeza, y la una dellas llegándose á D. Quijote se le echó á los piés, tendida de largo á largo, la boca cosida con los piés de D. Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, y tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusion á todos los que la oian y miraban; y aunque los Duques pensaron que seria alguna burla que sus criados querrian hacer á D. Quijote, todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que D. Quijote compasivo la levantó del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamas se pudiera pensar, porque des-

cubrió el rostro de D.ª Rodriguez, la dueña de casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques que ninguno, que puesto que la tenian por boba y de buena pasta, no por tanto que viniese á hacer locuras. Finalmente, D.ª Rodriguez volviéndose á los señores, les dijo: Vuesas Excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor D. Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella enderezando la voz y el rostro á D. Quijote, dijo: Dias há, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tienen fecho, y agora ha llegado á mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y así querria que ántes que os escurriésedes por esos caminos desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo ántes y primero que yogase con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada; y con esto nuestro Señor dé á vuesa merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió D. Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: Buena dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir, enjugadlas y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales, por la mayor parte son lijeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así con licencia del Duque mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes, y castigar á los soberbios: quiero decir, acorrer á los miserables, y destruir á los rigurosos. No es menester, respondió el Duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico, de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mí licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafío, y que le acete, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos. Pues con ese seguro y con buena licencia de vuesa grandeza, replicó D. Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente, le desafío y repto en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fué doncella, y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dió de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego descalzándose un guante le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó, diciendo que, como ya habia dicho, él acetaba el tal desafío en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de allí á seis dias, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de los caballeros, lanza y escudo y arnes tranzado, con todas las demas piezas, sin engaño, superchería ó supersticion alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo; pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor D. Quijote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará á debida ejecucion el tal desafío. Yo sí pongo, respondió la dueña: y yo tambien, añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante. Tomado pues este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que habia de hacer en el caso, las enlutadas se fuéron, y ordenó la Duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venian á pedir justicia á su casa; y así les dieron cuarto aparte, y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demas criadas, que no sabian en qué habia de parar la sandez y desenvoltura de D.ª Rodriguez y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recebieron gran contento los Duques deseosos de saber lo que le habia sucedido en su viaje; y preguntándoselo, respondió el paje que no lo podia decir tan en público ni con breves palabras, que sus Excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas, y sacando dos cartas las puso en manos de la Duquesa: la una decia en el sobrescrito: *Carta para mi señora la Duquesa tal, de no sé dónde*; y la otra: *A mi marido Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, que Dios prospere mas años que á mí.* No se le cocia el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta; y abriéndola, y leido para sí, y viendo que la podia leer en voz alta para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á LA DUQUESA.

«Mucho contento me dió, señora mia, la carta que »vuesa grandeza me escribió, que en verdad que la tenia »bien deseada. La sarta de corales es muy buena, y el »vestido de caza de mi marido no le va en zaga. De que »vuestra señoría haya hecho gobernador á Sancho mi »consorte, ha recebido mucho gusto todo este lugar, »puesto que no hay quien lo crea, principalmente el cura »y maese Nicolas el barbero, y Sanson Carrasco el bachi»ller; pero á mí no se me da nada, que como ello sea »así, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; aunque »si va á decir verdad, á no venir los corales y el vestido, »tampoco yo lo creyera, porque en este pueblo todos »tienen á mi marido por un porro, y que sacando de go»bernar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué »gobierno pueda ser bueno: Dios lo haga y lo encamine »como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de »mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa »merced, de meter este buen dia en mi casa, yéndome »á la corte á tenderme en un coche, para quebrar los ojos

»á mil envidiosos que ya tengo: y así suplico á vuestra »Excelencia mande á mi marido me envíe algun dineri»llo, y que sea algo qué, porque en la corte son los gas»tos grandes, que el pan vale á real, y la carne la libra á »treinta maravedís, que es un juicio; y si quisiere que »no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están »bullendo los piés por ponerme en camino; que me di»cen mis amigas y mis vecinas, que si yo y mi hija an»damos orondas y pomposas en la corte, vendrá á ser co»nocido mi marido por mí mas que yo por él, siendo »forzoso que pregunten muchos: ¿quién son estas se»ñoras deste coche? y un criado mio responderá: la mu»jer y la hija de Sancho Panza, gobernador de la ínsula »Barataria; y desta manera será conocido Sancho, y yo »seré estimada, y á Roma por todo. Pésame cuanto pe»sarme puede que este año no se han cogido bellotas en »este pueblo; con todo eso envío á vuesa Alteza hasta me»dio celemin, que una á una las fui yo á coger y á esco»ger al monte, y no las hallé mas mayores; yo quisiera »que fueran como huevos de avestruz.

»No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme, »que yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi »salud y de todo lo que hubiere que avisar deste lugar, »donde quedo rogando á nuestro Señor guarde á vuestra »grandeza, y á mí no me olvide. Sancha mi hija, y mi »hijo, besan á vuesa merced las manos.

»La que tiene mas deseo de ver á usía que de escri»birla,

»Su criada, TERESA PANZA.»

Grande fué el gusto que todos recebieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques: y la Duquesa pidió parecer á D. Quijote si sería bien abrir la carta que venía para el gobernador, que imaginaba debia de ser bonísima. D. Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y así lo hizo, y vió que decia desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHO PANZA SU MARIDO.

«Tu carta recebí, Sancho mio de mi alma, y yo te »prometo y juro como católica cristiana, que no faltaron »dos dedos para volverme loca de contento. Mira, her»mano, cuando yo llegué á oir que eres gobernador, me »pensé allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tú »que dicen, que así mata la alegría súbita como el dolor »grande. A Sanchica tu hija se le fuéron las aguas sin »sentirlo, de puro contento. El vestido que me enviaste »tenia delante, y los corales que me envió mi señora la »Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el por»tador dellas allí presente, y con todo eso creia y pen»saba que era todo sueño lo que veia y lo que tocaba; »porque ¿quién podia pensar que un pastor de cabras »habia de venir á ser gobernador de ínsulas? Ya sabes »tú, amigo, que decia mi madre, que era menester vivir »mucho para ver mucho: dígolo porque pienso ver mas »si vivo mas, porque no pienso parar hasta verte arren»dador ó alcabalero, que son oficios que aunque lleva el »diablo á quien mal los usa, en fin en fin siempre tienen »y manejan dineros. Mi señora la Duquesa te dirá el de»seo que tengo de ir á la corte: mírate en ello, y avísa»me de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella, an»dando en coche.

»El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristan no »pueden creer que eres gobernador, y dicen que todo es »embeleco, ó cosas de encantamento, como son todas »las de D. Quijote tu amo; y dice Sanson que ha de ir á »buscarte y á sacarte el gobierno de la cabeza, y á D. Qui»jote la locura de los cascos: yo no hago sino reirme, y »mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de »hacer del tuyo á nuestra hija. Unas bellotas envié á mi »señora la Duquesa, yo quisiera que fueran de oro. En»víame tú algunas sartas de perlas, si se usan en esa ín»sula. Las nuevas deste lugar son, que la Berrueca casó »á su hija con un pintor de mala mano, que llegó á este »pueblo á pintar lo que saliese. Mandóle el concejo pin»tar las armas de su Majestad sobre las puertas del ayun»tamiento, pidió dos ducados, diéronselos adelantados, »trabajó ocho dias, al cabo de los cuales no pintó nada; »y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas: volvió »el dinero, y con todo eso se casó á título de buen ofi»cial: verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el »azada, y va al campo como gentil-hombre. El hijo de »Pedro de Lobo se ha ordenado de grados y corona con »intencion de hacerse clérigo: súpolo Minguilla, la »nieta de Mingo Silvato, y hále puesto demanda de que »la tiene dada palabra de casamiento: malas lenguas »quieren decir que ha estado en cinta dél, pero él lo »niega á piés juntillas. Hogaño no hay aceitunas, ni se »halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí »pasó una compañía de soldados, lleváronse de camino »tres mozas deste pueblo: no te quiero decir quién son, »quizá volverán, y no faltará quien las tome por muje»res con sus tachas buenas ó malas. Sanchica hace pun»tas de randas, gana cada dia ocho maravedís horros, »que los va echando en una alcancía para ayuda á su »ajuar; pero ahora que es hija de un gobernador, tú le »darás la dote sin que ella lo trabaje. La fuente de la »plaza se secó: un rayo cayó en la picota, y allí me la »dén todas. Espero respuesta desta y la resolucion de »mi ida á la corte: y con esto Dios te me guarde mas años »que á mí, ó tantos, porque no queria dejarte sin mí en »este mundo.

»Tu mujer, TERESA PANZA.»

Las cartas fuéron solenizadas, reidas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello llegó el correo, el que traia la que Sancho enviaba á D. Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador. Retiróse la Duquesa para saber del paje lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y mas un queso que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon: recebiólo la Duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejarémos por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.

CAPITULO LIII.

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; ántes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. A la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda

continua. Sola la vida humana corre á su fin, lijera mas que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahométíco: porque esto de entender la lijereza é instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual estando la séptima noche de los dias de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño á despecho y pesar de la hambre le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la ínsula se hundia. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó mas confuso y lleno de temor y espanto, y levantándose en pié se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: Arma, arma, señor gobernador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos, si vuestra industria y valor no nos socorre. Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba atónito y embelesado de lo que oia y veia, y cuando llegaron á él, uno le dijo: Armese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda. ¿Qué me tengo de armar? respondió Sancho, ¿ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo D. Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fuí á Dios, no se me entiende nada destas priesas. ¡Ah, señor gobernador! dijo otro, ¿qué relente es ese? ármese vuesa merced, que aquí traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia y nuestro capitan, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador. Armenme norabuena, replicó Sancho, y al momento le trujeron dos paveses, que venían proveidos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un paves delante y otro detras, y por unas concavidades que traian hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pié. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase á todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pié en algun postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. Ande, señor gobernador, dijo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y meneese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga. Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al traves en la arena: y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compasion alguna, ántes apagando las antorchas tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrecheza recogido sudaba y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caian, y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde allí como desde atalaya gobernaba los ejércitos, y á grandes voces decia: Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan mas los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, vengan alcancías, pez y resina en calderas de aceite ardiendo, trinchéense las calles con colchones. En fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufria todo, decia entre sí: ¡Oh! ¡si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo ó muerto ó fuera desta grande angustia! Oyó el cielo su peticion, y cuando ménos lo esperaba oyó voces que decian: Vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida: ea, señor gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo. Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pié dijo: El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente: yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era: respondiéronle que ya amanecia. Calló, y sin decir otra cosa comenzó á vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué habia de parar la priesa con que se vestia. Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo: Venid vos acá, compañero mio y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero despues que os dejé, y me subí

sobre las torres de la ambicion y de la soberbia se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado pues el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio el doctor, y á otros muchos que allí presentes estaban, dijo : Abrid camino, señores mios, y dejadme volver á mi antigua libertad : dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite desta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma : quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mi una hoz en la mano, que un cetro de gobernador : mas quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del gobierno entre sábanas de holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al reves de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas : y apártense, déjenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí. No ha de ser así, señor gobernador, dijo el doctor Recio, que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caidas y molimientos, que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor, y en lo de la comida yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho : así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios, que así me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pié llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordoban, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda : cada oveja con su pareja, y nadie tienda mas la pierna de cuanto fuere larga la sábana : y déjenme pasar, que se me hace tarde. A lo que el mayordomo dijo : Señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, ántes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia : déla vuesa merced de los diez dias que há que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor : yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde : cuanto mas que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.

CAPITULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia y no á otra alguna.

Resolviéronse el Duque y la Duquesa de que el desafío que D. Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flándes, adonde se habia ido huyendo por no tener por suegra á D.ª Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el Duque á D. Quijote, como desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como caballero, y sustentaria cómo la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. D. Quijote recebió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendia el valor de su poderoso brazo; y así con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venía caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba mas que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo. Sucedió pues, que no habiéndose alongado mucho de la ínsula de su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era ínsula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba), vió que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fué una palabra que claramente pronunciaba limosna; por donde entendió que era limosna la que en su canto pedian; y como él, segun dice Cide Hamete, era caritativo ademas, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venía proveido, y dióselo diciéndoles por señas que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recebieron de muy buena gana, y dijeron : Güelte, güelte. No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedis, buena gente. Entónces uno dellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba les dió á entender que no tenia ostugo de moneda, y picando

al rucio rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él echándole los brazos por la cintura, y en voz alta y muy castellana dijo: Válame Dios, ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino, y despues de haberle estado mirando sin hablar palabra con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino le dijo: Cómo, ¿y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar? Entónces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo: ¿Quién diablos te habia de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho franchote, y cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura? Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su Majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste. Hízolo así Sancho, y hablando Ricote á los demas peregrinos se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo ménos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despetador de la colambre: no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete fuéron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se habia trasformado de morisco en aleman ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podria competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en él la puntería; y desta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recebian, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; ántes por cumplir con el refran que él muy bien sabia, de cuando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demas, y no con ménos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fué posible, porque ya estaban mas enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habian mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia: Español y tudesqui tuto uno bon compaño; y Sancho respondia: Bon compaño jura Di, y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entónces de nada de lo que le habia sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido mas y bebido ménos; y apartando Ricote á Sancho se sentaron al pié de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino y amigo mio, cómo el pregon y bando que su Majestad mandó publicar contra los de mi nacion, puso terror y espanto en todos nosotros: á lo ménos en mí le puso de suerte que me parece que ántes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené pues á mi parecer como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demas salieron; porque bien vi y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se habian de poner en ejecucion á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fué inspiracion divina la que movió á su Majestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuésemos culpados, que algunos habia cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recebidos, acogidos y regalados, allí es donde mas nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que lo hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacian

buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias y certísima granjería y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo ménos en dineros, y al cabo de su viaje salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del Reino, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza cómo traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperarémos lo que Dios quisiere hacer de nosotros; que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo mas de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir: y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija ántes á Berbería que á Francia, adonde podia vivir como cristiana. A lo que respondió Sancho: Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer; y como debe de ser fino moro, fuése á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algun desman: y así si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer ántes de seis meses en platos de plata: y así por esto como por parecerme haria traicion á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos. ¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote. He dejado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe que no halle otra como ella á tres tirones. ¿Y dónde está esa ínsula? preguntó Ricote. ¿Adónde? respondió Sancho: dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria. Calla, Sancho, dijo Ricote, que las ínsulas están allá dentro de la mar, que no hay ínsulas en la tierra firme. ¿Cómo no? replicó Sancho: dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario, pero con todo eso la he dejado por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores. ¿Y qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar sino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud. Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate: que ¿quién te habia de dar á tí ínsulas que gobernases? ¿faltaban hombres en el mundo mas hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño. No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime, ¿halléstete en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y mi cuñado? Sí hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su Madre; y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron: y á fe que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del Rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado D. Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que á lo que yo creo atendia á ser mas cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal: y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor D. Quijote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

CAPITULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas que ver.

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del Duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche algo

escura y cerrada; pero como era verano no le dió mucha pesadumbre, y así se apartó del camino con intencion de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse cayeron él y el rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque á poco mas de tres estados dió fondo el rucio, y él se halló encima dél sin haber recebido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias Dios nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima por ver si sería posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. ¡Ay, dijo entónces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado, ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habrémos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos ántes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo ménos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor D. Quijote de la Mancha cuando decendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, á lo ménos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez, digo, ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pensamiento nos cerrara los ojos. ¡Oh compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces por ver si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entónces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pié, que apénas se podia tener; y sacando de las alforjas, que tambien habian corrido la misma fortuna de la caida, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera: Todos los duelos con pan son buenos. En esto descubrió á un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por dentro era espacioso y largo, y púdolo ver porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual volvió á salir donde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á escuras, y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. ¡Válame Dios todopoderoso! decia entre sí: esta, que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo D. Quijote. Él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir desta escuridad y estrecheza á algun florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los piés de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas, mal, si vienes solo. Desta manera y con estos pensamientos le pareció que habria caminado poco mas de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida. Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de D. Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de D.ª Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado, que malamente le tenian fecho. Sucedió pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante llegó á poner los piés tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegándose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo percebir y entender que el que las daba decia: Ah de arriba, ¿hay algun cristiano que me escuche? ¿ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida, de un desdichado desgobernado gobernador? Parecióle á D. Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo: ¿Quién está allá abajo? Quién se queja? ¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados, y por su mala andanza, de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero *D. Quijote* de la



Mancha? Oyendo lo cual D. Quijote se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginacion, dijo: Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti, que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios. Desa manera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor D. Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda. D. Quijote soy, replicó D. Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quién eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quién eres. Voto á tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor D. Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester mas espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, y el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por mas señas está aquí conmigo. Y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dijo D. Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho amigo: espérame, iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dejóle D. Quijote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podian pensar cómo habia dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dijo: Desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dijo: Ocho dias ó diez há, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera un hora: en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos: y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga desta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas: y Dios me entiende, y basta, y no digo mas, aunque pudiera. No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladron; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato. A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez ántes me han de tener por tonto que por ladron. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á D. Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada, y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales puesto de rodillas, dijo: Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio fuí á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba: y así, ántes que diese conmigo al traves el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al traves, y ayer de mañana dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídome en granjerías: y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula sin otro acompañamiento que el de mi rucio: caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol vi la salida; pero no tan fácil, que á no depararme el cielo á mi señor D. Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez dias que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuesas mercedes los piés, imitando al juego de los muchachos, que dicen: salta tú, y dámela tú, doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor D. Quijote, que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo ménos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre D. Quijote que habia de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos dió en su corazon gracias al

cielo, y el Duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su Estado otro oficio de ménos carga y de mas provecho. Abrazólo la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPITULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña D.ª Rodriguez.

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y mas que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recebieron. Despues desto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se habia de avenir con D. Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á D. Quijote que no permitia la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohibe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. D. Quijote dijo que su Excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas, madre y hija demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian ni los que habian muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente D. Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo: de cada mano y pié le pendia una arroba de lana. Venía el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor de cómo se habia de portar con el valeroso D. Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir del primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia: llamó el maese de campo á D. Quijote, que ya se habia presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles si consentian que volviese por su derecho D. Quijote de la Mancha. Ellas dijero que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daba por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en est tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en un galería que caia sobre la estacada, toda la cual estaba co ronada de infinita gente, que esperaba ver el riguros trance nunca visto. Fué condicion de los combatiente que si D. Quijote vencia, su contrario se habia de casar con la hija de D.ª Rodriguez; y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfacion alguna. Partióles el maestro d las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en e puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo d los piés la tierra: estaban suspensos los corazones de l mirante turba, temiendo unos y esperando otros el buen ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, D. Quijote encomendándose de todo su corazon á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré. Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa mujer que habia visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte: y púdolo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo trasportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad: y así no atendió al son de la trompeta, como hizo D. Quijote, que apénas la hubo oido, cuando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante partió contra su enemigo, y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á D. Quijote, no se movió un paso de su puesto; ántes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que queria, le dijo: Señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? Así es, le fué respondido. Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondriala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose D. Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabía la ocasion porque no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde D.ª Rodriguez estaba, y dijo á grandes voces: Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la

muerte. Oyó esto el valeroso D. Quijote, y dijo: Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense enhorabuena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, S. Pedro se la bendiga. El Duque habia bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos le dijo: ¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Sí, señor, respondió Tosilos. El hace muy bien, dijo á esta sazon Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual D.ª Rodriguez y su hija, dando grandes voces, dijeron: Este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuiteis, señoras, dijo D. Quijote, que ni esta es malicia, ni es bellaquería: y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el deste que decis que es lacayo del Duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casáos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor D. Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña: dilatemos el casamiento quince dias si quieren, y tengamos encerrado á este personaje, que nos tiene dudosos, en los cuales podria ser que volviese á su prístina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor D. Quijote, y mas yéndoles tan poco en usar estos embelecos y trasformaciones. ¡Oh señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora, y así imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. A lo que dijo la hija de la Rodriguez: Séase quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que mas quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su trasformacion. Aclamaron todos la vitoria por D. Quijote, y los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes: bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y D. Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron D.ª Rodriguez y su hija contentísimas de ver que por una via ó por otra aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba ménos.

CAPITULO LVII.

Que trata de cómo D. Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

Ya le pareció á D. Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacian, y pareciale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un dia licencia á los Duques para partirse. Diéronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la Duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: ¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo D. Quijote de la Mancha? Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es enviando las bellotas á la Duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo dél, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida; y saliendo D. Quijote, habiéndose despedido la noche ántes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia D. Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:

Escucha, mal caballero,
Deten un poco las riendas,
No fatigues las ijadas
De tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que está muy léjos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
La mas hermosa doncella
Que Diana vió en sus montes,
Que Vénus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.
Tú llevas, ¡llevar impío!
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.
Llévaste tres tocadores
Y unas ligas de unas piernas,
Que al mármol puro se igualan
En lisas, blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
Que á ser de fuego, pudieran
Abrasar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,

Barrabas te acompañe, allá te avengas.
Dese Sancho tu escudero
Las entrañas sean tan tercas
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes
Lleve la triste la pena:
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
En desventuras se vuelvan;
En sueños tus pasatiempos,
En olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.
Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Lóndres á Ingalaterra.
Si jugares al reinado,
Los cientos, ó la primera,
Los reyes huyan de tí,
Ases ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quédente los raigones,
Si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando D. Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho le dijo: Por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad: Dime, ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió: Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida desta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo: No me parece bien, señor caballero, que habiendo recebido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, si no, yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió D. Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recebido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamas he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, segun ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra Excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, señor D. Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías, y andad con Dios, que miéntras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches, oh valeroso D. Quijote, dijo entónces Altisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba. ¿No lo dije yo? dijo Sancho; bonico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi gobierno. Abajó la cabeza D. Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPITULO LVIII.

Que trata de cómo menudearon sobre D. Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

Cuando D. Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho le dijo: La libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en metad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran mios: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que como pítima y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenian unas como sábanas blancas con que cubrian alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas. Llegó D. Quijote á los que comian, y saludándolos primero cortesmente les preguntó, que qué era lo que aquellos lienzos cubrian. Uno de ellos le respondió: Señor, debajo destos lienzos están unas imágines de relieve y entalladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió D. Quijote, holgaria de verlas, pues imágines que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y cómo si lo son, dijo otro, sí no, dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados: y porque vea vuesa merced esta verdad, espere

vuesa merced, y verla ha por vista dè ojos; y levantandose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imágen, que mostró ser la de S. Jorje, puesto á caballo con una serpiente enroscada á los piés, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imágen parecia una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola D. Quijote, dijo: Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse D. S. Jorje, y fué ademas defendedor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de S. Martin puesto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apénas la hubo visto D. Quijote, cuando dijo: Este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debia de ser entónces invierno, que si no, él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dicen, que para dar y tener, seso es menester. Rióse D. Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imágen del patron de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola dijo D. Quijote: Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo; este se llama D. S. Diego Matamoros, uno de los mas valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caida de S. Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba, y Pablo respondia: Este, dijo D. Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas: caballero andante por la vida, y santo á pié quedó por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo. No habia mas imágenes, y así mandó D. Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque éstos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fuéron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oiga, y el pecado sea sordo, dijo Sancho á esta ocasion. Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de D. Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imágines, y despidiéndose de D. Quijote, siguieron su viaje. Quedó Sancho de nuevo como si jamas hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dijo D. Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la órden del bien aventurado San Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo vuelve las espaldas y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo dijo: No te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos. Así que, Sancho, el haber encontrado con éstas imágines ha sido para mí felicísimo acontecimiento. Yo así lo creo, respondió Sancho, y querria que vuesa merced me dijese, ¿qué es la causa por que dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel S. Diego Matamoros: Santiago y cierra España? ¿Está por ventura España abierta, y de modo que es menester cerrarla; ó qué ceremonia es esta? Simplicísimo eres, Sancho, respondió D. Quijote, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática, y dijo á su amo: Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la Duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dijo D. Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares dè los reyes, como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho ántes confusion que lástima. ¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la mas mínima

razon amorosa suya. Hideputa, ¡y qué corazon de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brio, qué donaire, qué rostro, que cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pié hasta el último cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió D. Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló D. Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo á Sancho: Paréceme, Sancho, que este destas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde fueran de durísimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Vénus y á Marte, así la rompiera como si fuera de juncos marinos ó de hilachas de algodon: y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo ménos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro: traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amarante tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á D. Quijote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á D. Quijote: Detened, señor caballero, el paso, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí están tendidas: y porque sé que nos habeis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camóes, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ahora no hemos representado; ayer fué el primero dia que aquí llegamos: tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el márgen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza: tendimos la noche pasada estas redes destos árboles para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido viniesen á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortesmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía. Calló, y no dijo mas: á lo que respondió D. Quijote: Por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar mas suspenso ni admirado Anteon cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar, porque no es otra la profesion mia sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa: y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas: y porque deis algun crédito á esta mi exageracion, ved que os lo promete por lo ménos D. Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre. ¡Ay, amiga de mi alma, dijo entónces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? pues hágote saber que es el mas valiente y el mas enamorado y el mas comedido que tiene el mundo, si no es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leido. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo D. Quijote de la Mancha, historiado y referido. ¡Ay! dijo la otra: supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho; y sobre todo dicen dél que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España le dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dijo D. Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canseis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso D. Quijote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leido su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder D. Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el

ojo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran D. Quijote y su escudero, de que no poco contento recebieron, porque ya tenian dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honraron á D. Quijote dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó D. Quijote la voz, y dijo: Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara con otras si pudiera; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrecheza y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así digo que sustentaré dos dias naturales, en metad dese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están, son las mas hermosas doncellas y mas corteses que hay en el mundo, excetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan. Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz, dijo: ¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco? Digan vuesas mercedes, señores pastores, ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho; ni hay caballero andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido? Volvióse D. Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo: ¿Es posible, ó Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla, y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante: vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla; y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo. Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian; con todo esto salió D. Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza se puso en la mitad de un real camino que no léjos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues D. Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes: sabed que D. Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender, que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso; por eso el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fuéron oidas de ningun aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados, de tropel y á gran priesa. No les hubieron bien visto los que con D. Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien léjos del camino, porque conocieron que si esperaban les podia suceder algun peligro: solo D. Quijote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno de ellos que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á D. Quijote: Apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea, canalla, respondió D. Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, si no, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni D. Quijote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre D. Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado D. Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y D. Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: Deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á D. Quijote, y mas enojado que vengado se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con mas vergüenza que gusto siguieron su camino.

CAPITULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á D. Quijote.

Al polvo y al cansancio que D. Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjuagóse la boca, lavóse D. Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia D. Quijote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dijo D. Quijote, sustenta la vida, que mas que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y por que veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los piés de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. Desa manera, dijo Sancho sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen: Muera Marta y muera harta: yo á lo ménos no pienso matarme á mí mismo: ántes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced: y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá cómo cuando despierte se halla algo mas aliviado. Hízolo así D. Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato, y díjole: Si tú, ó Sancho, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es que miéntras yo duermo obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco léjos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho: durmamos por ahora entrambos, y despues Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando ménos se cate me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo D. Quijote comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino dándose priesa para llegar á una venta que al parecer una legua allí se descubria: digo que era venta, porque D. Quijote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella: preguntaron al huésped si habia posada. Fuéle respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudiera hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que D. Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogiéronse á su estancia, preguntó Sancho al huésped que qué tenia para darles de cenar. A lo que el huésped respondió, que su boca seria medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendrémos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía. Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados. Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna. ¡Polla, mi padre! respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas pida vuesa merced lo que quisiere. Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? Discurra si quisiere por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos. Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: cómeme, cómeme. Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuesen manos como fuesen uñas. Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería. Si por principales va, dijo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos

bellotas ó de nísperos. Esta fué la plática que Sancho vo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante responderle, que ya le habia preguntado qué oficio ó ié ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del nar, recogióse á su estancia D. Quijote, trujo el huésd la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de opósito. Parece ser que en otro aposento que junto al D. Quijote estaba, que no le dividia mas que un sutil bique, oyó decir D. Quijote: Por vida de vuesa merd, señor D. Jerónimo, que en tanto que traen la cena amos otro capítulo de la *Segunda parte de Don Quijote la Mancha*. Apénas oyó su nombre D. Quijote, cuando puso en pié, y con oido alerto escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal D. Jerónimo referido respondió: Para qué quiere vuesa merced, señor D. Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leido la primera arte de la *Historia de Don Quijote de la Mancha* no es osible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con odo eso, dijo el D. Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en este mas desplace, es que pinta á D. Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo cual D. Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo: Quien quiera que dijere que D. Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy léjos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en D. Quijote puede caber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. ¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento. ¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo D. Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere; que al buen pagador no le duelen prendas? Apénas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno dellos echando los brazos al cuello de D. Quijote, le dijo: Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero D. Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego; y poniéndole un libro en las manos, que traia su compañero, le tomó D. Quijote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo: En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor dignas de reprension. La primera es algunas palabras que he leido en el prólogo: la otra, que el lenguaje es aragones, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo mas principal de la historia; porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza, y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la historia. A esto dijo Sancho: Donosa cosa de historiador por cierto; bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi mujer Mari Gutierrez: torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oido hablar, amigo, dijo D. Jerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza, el escudero del señor D. Quijote. Sí soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincon sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está S. Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á D. Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. D. Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero misto imperio, sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no ménos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó D. Juan á D. Quijote qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor D. Quijote. A lo que él respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora trasformada; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesinos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recebieron de oir contar á D. Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dijo: Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuesas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querria, que ya que me llama comilon, como vuesas mercedes dicen, no me llamase tambien borracho. Sí llama, dijo D. Jerónimo, pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y ademas mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomía del bueno Sancho que está presente. Créanme vuesas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el D. Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado; y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo así lo creo, dijo D. Juan, y si fuera posible se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran D. Quijote, si no fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apéles. Retráteme el que quisiere, dijo D. Quijote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias. Ninguna, dijo D. Juan, se le puede hacer al señor D. Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque D. Juan quisiera que D. Qui-

jote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leido, y lo confirmaba por todo necio; y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leido, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto mas los ojos. Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje. Respondió que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole D. Juan que aquella nueva historia contaba cómo D. Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica en simplicidades. Por el mismo caso, respondió D. Quijote, no pondré los piés en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el D. Quijote que él dice. Hará muy bien, dijo D. Jerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor D. Quijote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dijo D. Quijote, y vuesas mercedes me dén licencia, pues ya es hora para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mi tambien, dijo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y D. Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á D. Juan y á D. Jerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos D. Quijote y Sancho, y no los que describia su autor aragones. Madrugó D. Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

CAPITULO LX.

De lo que sucedió á D. Quijote yendo á Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que D. Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el mas derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zarazoga: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero D. Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, ántes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban, y desto recebió tanta pesadumbre y enojo, que hizo esto discurso: si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni mas ni ménos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo; que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren? Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apénas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: ¿Qué es esto, quién me toca y desencinta? Yo soy, respondió D. Quijote, que vengo á suplir tus faltas y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y así desatácate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo ménos dos mil azotes. Eso no, dijo Sancho, vuesa merced se esté quedo, si no, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme; basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere. No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo D. Quijote, porque eres duro de corazon, y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pié, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba: púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. D. Quijote le decia: ¿Cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quien te da su pan te atreves? No quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuesa merced me promata que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aqui morirás, traidor,
Enemigo de Doña Sancha.

Prometióselo D. Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos topó con dos piés de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á D. Quijote que le favoreciese. Hízolo así D. Quijote, y preguntándole qué le habia sucedido, y de qué tenia miedo, le respondió Sancho, que todos aquellos árboles estaban llenos de piés y de piernas humanas. Tentólos D. Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser, y díjole á Sancho: No tienes de qué tener miedo, porque estos piés y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta

, por donde me doy á entender que debo de estar cerca Barcelona; y así era la verdad, como él lo habia imamado. Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racios de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoles. Ya en esto amanecia, y si los muertos los habian pantado, no ménos los atribularon mas de cuarenta ndoleros vivos que de improviso les rodearon, diciénles en lengua catalana que estuviesen quedos, y se deviesen hasta que llegase su capitan. Hallóse D. Quijote pié, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de uzar las manos, é inclinar la cabeza, guardándose para ejor sazon y coyuntura. Acudieron los bandoleros á pulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuans en las alforjas y la maleta traía: y avínole bien á Sano, que en una ventrera que tenia ceñida venían los cudos del Duque y los que habian sacado de su tierra, con todo eso aquella buena gente le escardara y le mira hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondo, si no llegara en aquella sazon su capitan, el cual ostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, rosto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave color morena. Venía sobre un poderoso caballo, vesla la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquetierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus cuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ntrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo el suelo y á D. Quijote armado y pensativo, con la as triste y melancólica figura que pudiera formar la isma tristeza. Llegóse á él diciéndole: No estéis tan iste, buen hombre, porque no habeis caido en las mas de algun cruel Osíris, sino en las de Roque Guinart, e tienen mas de compasivas que de rigurosas. No es i tristeza, respondió D. Quijote, haber caido en tu der, ó valeroso Roque, cuya fama no hay límites en tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi scuido que me hayan cogido tus soldados sin el fre, estando yo obligado, segun la órden de la andante ballería que profeso, á vivir contino alerta, siendo odas horas centinela de mi mismo: porque te hago ber, ó gran Roque, que si me hallaran sobre mi calo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy il rendirme, porque yo soy D. Quijote de la Man, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. ego Roque Guinart conoció que la enfermedad de Quijote tocaba mas en locura que en valentía, y aun algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que sete humor reinase en corazon de hombre; y hol en extremo de haberle encontrado para tocar de lo que de léjos dél habia oido, y así le dijo: Valecaballero, no os despecheis, ni tengais á siniestra na esta en que os hallais, que podria ser que en espiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que o por extraños y nunca vistos rodeos, de los homo imaginados, suele levantar los caidos y enriques pobres. Ya le iba á dar las gracias D. Quijote o sintieron á sus espaldas un ruido como de troe caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual en llegando á él, dijo: En tu busca venía, ó valeroso Roque, para hallar en tí, si no remedio, á lo ménos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy: yo soy Claudia Jerónima, hija de Simon Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que D. Vicente Torrellas se llama, ó á lo ménos se llamaba no há dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que olvidado de lo que me debia se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo alcancé á D. Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas ni á oir disculpas le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimismo á rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de D. Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, la dijo: Ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que despues verémos lo que mas te importare. D. Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo: No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: dénme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á buscar á ese caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude desto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no há muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habian quitado del rucio, mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto D. Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes descubrieron por un re-

cuestó arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debia de ser D. Vicente, á quien sus criados ó muerto ó vivo llevaban, ó para curarle ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos, que como iban de espacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á D. Vicente en los brazos de sus criados, á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de D. Vicente: y así entre enternecida y rigurosa se llegó á él, y asiéndole de las manos le dijo: Si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia, le dijo: Bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales ni con mis obras jamas quise ni supe ofenderte. ¿Luego no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro? No por cierto, respondió D. Vicente; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas para que celosa me quitases la vida, la cual, pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa: y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo si quisieres, que no tengo otra mayor satisfaccion que darte del agravio que piensas que de mí has recebido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazon de manera que sobre la sangre y pecho de D. Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia; pero no de su parasismo D. Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento, que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. ¡Oh cruel é inconsiderada mujer, decia, con qué facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! Oh fuerza rabiosa de los celos, á qué desesperado fin conducis á quien os dá acogida en su pecho! Oh esposo mio, cuya desdichada suerte por ser prenda mia te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guinart ordenó á los criados de D. Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que queria irse á un monasterio, donde era abadesa una tia suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y mas eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreció de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de D. Vicente y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél llorando. Los criados de D. Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos: y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. ¿Pero qué mucho si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos? Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á D. Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso así para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de D. Quijote. Llegado que fué Roque, preguntó á Sancho Panza si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habian quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades. ¿Qué es lo que dices, hombre? dijo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales. Así es, dijo D. Quijote; pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última reparticion habian robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á D. Quijote: Si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. A lo que dijo Sancho: Segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesario que se use aun entre los mesmos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dijo: Señor, no léjos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente. A lo que respondió Roque: ¿Has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego sin que se os escape ninguno. Hiciéronlo así, y quedándose solos D. Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traian, y en este entretanto dijo Roque á D. Quijote: Nueva manera de vida le debe de parecer al señor D. Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo: y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no solo las mias, pero las ajenas tomo á mi

cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro. Admirado quedó D. Quijote de oir hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podia haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro: y mas que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de D. Quijote, á quien mudando plática contó el trágico suceso de Claudia Jerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pié, y un coche de mujeres con hasta seis criados que á pié y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran, y adónde iban, y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió: Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcanos en cuatro galeras, que dicen están en Barcelona con órden de pasar á Sicilia: llevamos hasta docientos ó trecientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes: fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podrian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien quién iba en el coche y adónde, y el dinero que llevaban; y uno de los de á caballo dijo: Mi señora D.ª Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche: acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta; mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores levantaron la voz diciendo: ¡Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdicion procuran! Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes, dijo: Vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á soldados, ni á mujer alguna, especialmente á las que son principales. Infinitas y bien dichas fuéron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora D.ª Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los piés y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, ántes le pidió perdon del agravio que le habia hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido, y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos, les dijo: Destos escudos dos tocan á cada uno, y sobran veinte, los diez se dén á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien desta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvoconduto para los mayorales de sus escuadras, y despidiéndose dellos los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole mas por un Alejandro Magno, que por ladron conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: Este nuestro capitan mas es para frade que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dijo tan paso el desventurado que dejase de oirlo Roque, el cual echando mano á la espada le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole: Desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona dándole aviso como estaba consigo el famoso D. Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el mas gracioso y el mas entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro dias, que era el de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de D. Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

CAPITULO LXI.

De lo que le sucedió á D. Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

Tres dias y tres noches estuvo D. Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años no le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian: unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pié interrompiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el visorey de Barcelona habia echado sobre su vida le traian inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar ó entregar á la justicia: vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, D. Quijote y Sancho con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de S. Juan en la noche, y abrazando Roque á D. Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entónces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse D. Quijote esperando el dia así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oído, aunque al mesmo instante alegraron tambien el oído el son de las muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el mas bajo horizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron D. Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entónces dellos no visto: parecióles espaciosísimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y léjos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos; comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompia los vientos, á quien respondian los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos piés aquellos bultos que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lililíes y algazara los de las libreas, adonde D. Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á D. Quijote: Bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella, el lucero y el norte de toda la caballería andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso D. Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió D. Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de D. Quijote, el cual volviéndose á Sancho, dijo: Estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leido nuestra historia, y aun la del aragones recien impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á D. Quijote, y díjole: Vuesa merced, señor D. Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que D. Quijote respondió: Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no ménos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto, de manera que dando mil corcovos dieron con sus dueños en tierra. D. Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieran los que guiaban á D. Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir D. Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejarémos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAPITULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dejar de contarse.

D. Antonio Moreno se llamaba el huésped de D. Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á D. Quijote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á D. Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se habia hallado sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de D. Diego de Miranda, y otro

castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con D. Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á D. Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fuéron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oian. Estando á la mesa dijo D. Antonio á Sancho: Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran las guardais en el seno para el otro dia. No, señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso; y mi señor D. Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias: verdad es que si tal vez me sucede que me dén la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir, que cómo lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa. Por cierto, dijo D. Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad ès que cuando él tiene hambre parece algo tragon, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada. ¡Cómo! dijo D. Antonio, ¿gobernador ha sido Sancho? Sí, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo della, cai en una cueva donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro. Contó D. Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando D. Antonio por la mano á D. Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pié de lo mismo se sostenia, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse D. Antonio con D. Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo cual dijo: Ahora, señor D. Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir novedades que imaginarse pueden, con condicion que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. Así lo juro, respondió D. Quijote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor D. Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar: así que, con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fe desa promesa, respondió D. Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quién comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba D. Quijote esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto tomándole la mano D. Antonio se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pié de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo: Esta cabeza, señor D. Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caractéres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que verémos mañana, porque los viérnes está muda, y hoy que lo es nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedó D. Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á D. Antonio; pero por ver cuán poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta D. Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á D. Quijote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo que no le dejasen salir de casa. Iba D. Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas sin que lo viese le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es D. Quijote de la Mancha*. En comenzando el paseo llevaba el rétulo los ojos de cuantos venían á verle, y como leian: Este es D. Quijote de la Mancha, admirábase D. Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian; y volviéndose á D. Antonio, que iba á su lado, le dijo: Grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa, por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor D. Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad sin nunca haberme visto me conocen. Así es, señor D. Quijote, respondió D. Antonio; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues que yendo D. Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rétulo de las espaldas alzó la voz diciendo: Válgate el diablo por D. Quijote de la Mancha; cómo ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera ménos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican: si no, míranlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento. Hermano, dijo

D. Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor D. Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos no somos necios : la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad enhoramala, y no os metais donde no os llaman. Par diez, vuesa merced tiene razon, respondió el castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalen, diere consejo á nadie aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar D. Antonio como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao de damas; porque la mujer de D. Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honestas eran algo descompuestas por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á D. Quijote, que le molieron no solo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de D. Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo no nada lijero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros alzó la voz, y dijo : *Fugite partes adversæ* : dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos; allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan; y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo D. Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho, diciéndole : Nora en tal, señor nuestro amo, lo habeis bailado : ¿ pensais que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensais, que estáis engañado : hombre hay que se atreverá á matar á un gigante, ántes que hacer una cabriola : si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile. Otro dia le pareció á D. Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con D. Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á D. Quijote en el baile, que aquella propia noche se habian quedado con la mujer de D. Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de D. Antonio, ninguna otra persona sabia el busílis del encanto; y aun si D. Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron, sin ser posible otra cosa : con tal traza y tal órden estaba fabricada. El primero que se llegó al oído de la cabeza fué el mismo D. Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida : Dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra, ¿ qué pensamientos tengo yo ahora? Y la cabeza le respondió sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razon : Yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y mas viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese. ¿ Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar D. Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor, paso : Estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un caballero famoso llamado D. Quijote de la Mancha, y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fué el admirarse de nuevo : aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose D. Antonio de la cabeza, dijo : Esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere : y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de D. Antonio, y lo que le preguntó fué : Dime, cabeza, ¿ qué haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido : Sé muy honesta. No te pregunto mas, dijo la preguntanta. Llegó luego la compañera, y dijo : Querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondiéronle : Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada, diciendo : Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de D. Antonio, y preguntóle : ¿ Quién soy yo? Y fuéle respondido : Tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú? Sí conozco, le respondieron, que eres D. Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ó cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose llegó el otro amigo y preguntóle : Dime, cabeza, ¿ qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso, te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegóse la mujer de D. Antonio, y dijo : Yo no sé, cabeza, qué preguntarte : solo querria saber de tí si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondiéronla : Si gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego D. Quijote, y dijo : Dime tú el que respondes, ¿ fué verdad, ó fué sueño, lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿ serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿ tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir, de todo tiene : los azotes de Sancho irán despacio : el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion. No quiero saber mas, dijo D. Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acer-

tare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: Por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrecheza de escudero? ¿volveré á ver á mi mujer y á mis hijos? A lo que le respondieron: Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella verás á tu mujer y á tus hijos, y dejando de servir dejarás de ser escudero. Bueno, par Dios, dijo Sancho Panza, esto yo me lo dijera, no dijera mas el profeta Perogrullo. Bestia, dijo D. Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Si basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara mas, y me dijera mas. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de D. Antonio, que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba: y así dice que D. Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid fabricada por un estampero, hizo esta en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fábrica era desta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pié sobre que se sostenia era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni ménos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente que ninguna señal de juntura se parecia. El pié de la tabla era ansimismo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venia á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pié, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponia el que habia de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y desta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de D. Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual estando avisado de su señor tio de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demas respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que D. Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondia, temiendo no llegase á los oídos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciese, y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de D. Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, más á satisfaccion de D. Quijote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad, por complacer á D. Antonio y por agasajar á D. Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á D. Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pié, temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los muchachos, y así él y Sancho con otros dos criados que D. Antonio le dió salieron á pasearse. Sucedió pues que yendo por una calle alzó los ojos D. Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entónces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase D. Quijote á un cajon, y preguntaba qué era aquello que allí se hacia: dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras á uno, y preguntóle qué era lo que hacia. El oficial le respondió: Señor, este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estóile yo componiendo para darle á la estampa. ¿Qué título tiene el libro? preguntó D. Quijote. A lo que el autor respondió: Señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*. ¿Y qué responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó D. Quijote. *Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos los juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales. Yo, dijo D. Quijote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no mas), ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata?* Sí, muchas veces, respondió el autor. ¿Y cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó D. Quijote. ¿Cómo la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo *olla?* ¡Cuerpo de tal, dijo D. Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano *place*, y adonde diga *più*, dice *mas*, y el *su* declara con *arriba*, y el *giù* con *abajo*. Sí declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias. Osaré yo jurar, dijo D. Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! Qué de ingenios arrinconados! Qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el reves, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podia ocupar el hombre, y que ménos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido*, y el otro D. Juan de Jáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traduccion, ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced, ¿este libro imprímese por

su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo ménos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió D. Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante. ¿Pues qué, dijo el autor, quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrin la buena fama. Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió D. Quijote, y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*, y en viéndole dijo: Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título le respondieron que se llamaba la *Segunda parte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia deste libro, dijo D. Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martin se le llegará como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son mas verdaderas; y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la emprenta, y aquel mismo dia ordenó D. Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó D. Antonio al quatralbo de las galeras como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso D. Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralbo y todos los vecinos de la ciudad tenian noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.

Grandes eran los discursos que D. Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venía, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde D. Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos, con D. Quijote y Sancho, fuéron á las galeras. El cuatralbo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apénas llegaron á la marina cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife al agua cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los piés en él D. Quijote, disparó la capitana el cañon de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir D. Quijote por la escala derecha toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el General, que con este nombre le llamarémos, que era un principal caballero valenciano: abrazó á D. Quijote, diciéndole: Este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor D. Quijote de la Mancha; tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no ménos corteses razones le respondió D. Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines: pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fuéron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder de la mano derecha, el cual ya avisado de lo que habia de hacer asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pié y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le habia. D. Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pié y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios, y venía á dar sobre su cabeza, y agobiándola lleno de miedo la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quijote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á largarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos piés colorados (que tales pensó él que eran los remos), dijo entre sí: Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan? ¿y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevi-

miento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo, que este es infierno, ó por lo ménos el purgatorio. D. Quijote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: ¡Ah Sancho amigo, y con qué brevedad, y cuán á poca costa os podiades vos si quisiésedes desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra; y mas, que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar. Preguntar queria el General qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero: Señal hace Monjuich de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oido saltó el General en la crujía, y dijo: Ea, hijos, no se nos vaya: algun bergantin de cosarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana á saber lo que se les ordenaba. Mandó el General que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra; porque ansí el bajel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel cuando descubrió las galeras se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su lijereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los mas lijeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse, y así el arraez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al capitan que nuestras galeras regía; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podian los del bajel oir las voces que desde ella les decian que se rindiesen, dos toraquis, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venían. Viendo lo cual, juró el General de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos; hicieron vela en tanto que la galera volvia, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento; porque alcanzándoles la capitana, á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traian. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arraez y á los demas turcos que en el bajel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros turcos. Preguntó el General quién era el arraez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser renegado español): Este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arraez; y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el General: Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte? ¿Este respeto se guarda á las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el arraez, pero no pudo el General por entónces oir la respuesta por acudir á recebir al Virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor General, dijo el Virey. Y tan buena, respondió el General, cual la verá vuestra Excelencia agora colgada desta entena. ¿Cómo así? replicó el Virey. Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venían, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arraez del bergantin; y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte. Miróle el Virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó: Dime, arraez, ¿eres turco de nacion, ó moro, ó renegado? A lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana: Ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado. Pues ¿qué eres? replicó el Virey. Mujer cristiana, respondió el mancebo. ¿Mujer y cristiana, y en tal traje y en tales pasos? Más es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dijo el mozo, ó señores, la ejecucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿Quién fuera el de corazon tan duro que con estas razones no se ablandara, ó á lo ménos hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El General le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera: De aquella nacion mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por dos tios mios llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, ántes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido, y así por fuerza mas que por grado me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni mas ni ménos; mamé la fe católica en la leche; criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamas, á mi parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero llamado D. Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, seria largo de con-

tar, y mas en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza, y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme D. Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabía muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tios mios, que consigo me traian; porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso ántes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traia. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas le llegaron á decir como venía conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por D. Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atras las mayores que encarecerse pueden. Turbéme considerando el peligro que D. Gregorio corría, porque entre aquellos bárbaros turcos en mas se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una mujer por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entónces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con ménos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buena hora, y que otro dia hablariamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con D. Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre: vestíle de mora, y aquella misma tarde le truje á la presencia del Rey, el cual en viéndole quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideracion de los que se apartan si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantin, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fuéron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español, señalando al que habia hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de volver á Berbería: la demas chusma del bergantin son moros y turcos, que no sirven de mas que de bogar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el órden que traiamos de que á mí y á este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podriamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras fuímos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, D. Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejeis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El Virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el Virey; y apénas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus piés, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dijo: ¡Oh Ana Félix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma. A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote, que topó el dia que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desatada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al General y al Virey: Esta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndola hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino en compañía de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo; y ahora por el extraño rodeo que habeis visto he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entónces dijo Sancho: Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dijo: Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determi-

mados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron; y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el Virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentía habia sido la suya. Hizo el General lo que el Virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á D. Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados que en perlas y joyas tenia: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Arjel en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabía dónde, cómo y cuándo podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde D. Gaspar quedaba: dudaron el General y el Virey el fiarse del renegado, ni confiar dél los cristianos que habian de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo que salia á dar el rescate de los cristianos si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer se desembarcó el Virey, y D. Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

CAPITULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á D. Quijote de cuantas hasta entónces le habian sucedido.

La mujer de D. Antonio Moreno, cuenta la historia que recebió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recebióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dijo D. Quijote á D. Antonio que el parecer que habian tomado en la libertad de D. Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que sería mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho D. Gaiferos á su esposa Melisendra. Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor D. Gaiferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á D. Gregorio, no tenemos por dónde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió D. Quijote, pues llegando el barco á la marina nos podrémos embarcar en él aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. D. Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran D. Quijote pasase en Berbería. De allí á dos dias partió el renegado en un lijero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de D. Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el Visorey de hacerlo así como se lo pedia; y una mañana, saliendo D. Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada una luna resplandeciente, el cual llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á D. Quijote, dijo: Insigne caballero, y jamas como se debe alabado, D. Quijote de la Mancha, yo soy *el caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traido á la memoria: vengo á contender contigo y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfaccion sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio. D. Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademan severo le respondió: Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamas habeis visto á la ilustre Dulcinea, que si visto la hubiérades, yo sé que procuráraedes no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el dia que traeis determinado; y solo exceto de las condiciones la de que se pase á mi la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mias me contento, tales cuales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, S. Pedro se la bendiga. Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y díchosele al Visorey que estaba hablando con D. Quijote de la Mancha. El Visorey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por D. Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con D. Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando D. Quijote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el Visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á D. Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorey á D. Antonio, y preguntóle paso si sabia quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si

era alguna burla que querian hacer á D. Quijote. D. Antonio le respondió que ni sabía quién era, ni si era de burlas ni de véras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al Visorey en si les dejaria ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor D. Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dénse. Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y D. Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su concontrario hacia lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era mas lijero el de la Blanca Luna, llegó á D. Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con D. Quijote por el suelo una peligrosa caida. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera le dijo: Vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesais las condiciones de nuestro desafío. D. Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa mujer del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran D. Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos ántes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorey y D. Antonio con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que D. Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á D. Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á D. Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro malparado no se pudo mover por entónces. Sancho todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse ni qué hacerse. Pareciale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el Visorey, le llevaron á la ciudad, y el Visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á D. Quijote.

CAPITULO LXV.

Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de D. Gregorio, y otros sucesos.

Siguió D. Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él D. Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recebirle y á desarmarle: encerróse en una sala baja, y con él D. Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: Bien sé, señor, á lo que venis, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sanson Carrasco. Soy del mismo lugar de D. Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor: y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caida, que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna: suplícoos no me descubrais, ni le digais á D. Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería. ¡Oh señor! dijo D. Antonio, Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de D. Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad diria que nunca sane D. Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El cual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndose ofrecido D. Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió del, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en

la batalla se salió de la ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó D. Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el Visorey no recebió mucho gusto, porque en el recogimiento de D. Quijote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo D. Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo: Señor mio, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el mas perdidoso, aunque es vuesa merced el mas mal parado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser mas gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamas tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algun condado que darte. Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir que mas vale buena esperanza que ruin posesion. En esto estaban cuando entró D. Antonio diciendo con muestras de grandísimo contento: Albricias, señor D. Quijote, que D. Gregorio y el renegado que fué por él está en la playa; ¿qué digo en la playa? ya está en casa del Visorey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto D. Quijote, y dijo: En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al reves, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á D. Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero, ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? No soy yo el derribado? No soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si ántes me conviene usar de la rueca que de la espada? Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina, aunque con su pepita, que hoy por tí y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama: quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias: y levántese vuesa merced agora para recebir á D. Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa. Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta D. Gregorio y el renegado al Visorey de su ida y vuelta, deseoso D. Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de D. Antonio; y aunque D. Gregorio cuando le sacaron de Argel fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en cualquiera que viniera mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad al parecer de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recebirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de D. Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fuéron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á D. Gregorio. Contó D. Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mujeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente así al renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y redújose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el Visorey con D. Antonio qué modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. D. Antonio se ofreció venir á la corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella por medio del favor y de las dádivas muchas cosas dificultosas se acaban. No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran D. Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quién dió su Majestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él ántes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecucion el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que contino tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡Heróica resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal D. Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dijo D. Antonio: D. Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio, y yo sé que el señor Visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio. El Visorey consintió en todo lo propuesto; pero D. Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podia ni queria dejar á D.ª Ana Félix; pero teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de D. Antonio, y Ricote en casa del Visorey. Llegóse el dia de la partida de D. Antonio, y el de D. Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos; que la caida no le concedió que mas presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse D. Gregorio de Ana

Félix. Ofrecióle Ricote á D. Gregorio mil escudos si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó D. Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y D. Quijote y Sancho despues, como se ha dicho: D. Quijote desarmado y de camino, Sancho á pié, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPITULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona volvió D. Quijote á mirar el sitio donde habia caido, y dijo: Aquí fué Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí finalmente cayó mi ventura para jamas levantarse. Oyendo lo cual Sancho, dijo: Tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pié, no estoy triste: porque he oido decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió D. Quijote, muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora cuando soy escudero pedestre acreditaré mis palabras cumpliendo la que dí de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobrarémos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pié que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los piés del suelo, harémos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pié, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. Bien has dicho, Sancho, respondió D. Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pié dellas ó al rededor dellas grabarémos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

> Nadie las mueva,
> Que estar no pueda
> Con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas, replicó D. Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio mal galardon. Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis piés, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia, y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia á la entrada de un lugar hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos D. Quijote un labrador alzó la voz, diciendo: Alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha hacer en nuestra apuesta. Sí diré por cierto, respondió D. Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino que no pesa mas que cinco. Fué la condicion que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales, y habiéndole preguntado al desafiador, cómo se habia de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dijo á esta sazon Sancho ántes que D. Quijote respondiese: y á mí que há pocos dias que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito. Responde en buen hora, dijo D. Quijote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores que estaban muchos al rededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor: y así es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente. Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva. Yo, señores, respondió D. Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto; porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar mas que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado así su extraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los labradores dijo: Si el criado es tan

discreto, ¿cuál debe ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de corte, que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y cuando ménos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto, y otro dia siguiendo su camino vieron que hácia ellos venía un hombre de á pié con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pié, el cual como llegó junto á D. Quijote adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dijo con muestras de mucha alegría: ¡Oh mi señor D. Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la Duquesa! No os conozco, amigo, respondió D. Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decis. Yo, señor D. Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de D.ª Rodriguez. ¡Válame Dios! dijo D. Quijote: ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos trasformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al reves mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenía dadas ántes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y D.ª Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al Virey, que le envía mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchon, que sirvirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo D. Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas. Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compaña despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas solo porque olia á queso. Dijo Tosilos á Sancho: Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. ¿Cómo debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas cuando la moneda es locura: bien lo veo yo y bien se lo digo á él; pero ¿qué aprovecha? y mas agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo adios, dejó á Tosilos, y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPITULO LXVII.

De la resolucion que tomó D. Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á D. Quijote ántes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí como moscas á la miel le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. ¿Es posible, le dijo D. Quijote, que todavía, ó Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y trasformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora, ¿preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dijo D. Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse ántes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: si os duele la cabeza, untáos las rodillas: á lo ménos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leido, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió D. Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio. En estas pláticas iban siguiendo su camino cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde

fuéron atropellados de los toros. Reconocióle D. Quijote; y dijo á Sancho: Este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á ti te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andarémos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podrémos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes sino en los venideros siglos. Par diez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y mas que no la ha de haber aun bien visto el bachiller Sanson Carrasco y maese Nicolas el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho muy bien, dijo D. Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon: el barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podrémos escoger sus nombres, y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas que celebrándola yo en mis versos vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma. ¡Válame Dios, dijo D. Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oidos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! ¿Pues qué si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales. ¿Qué son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió D. Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un son, si no muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin: y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*: conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacen*, *alcancía*, y otros semejantes, que deben ser pocos mas, y solo tres tiene nuestra lengua, que son moriscos y acaban en *í*, y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí*: *alhelí* y *alfaquí* tanto por el *al* primero como por el *í* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues: y hanos de ayudar mucho á poner en perfecion este ejercicio el ser yo algun tanto poeta como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el bachiller Sanson Carrasco. Del cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga tambien maese Nicolas no dudo en ello, porque todos ó los mas son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon de desdeñado, y el cura Curiambro de lo que él mas puede servirse, y así andará la cosa que no haya mas que desear. A lo que respondió Sancho: Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarda! que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana y volviese trasquilada; y tambien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazon que no quiebra, y mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dijo D. Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto: y castígame mi madre, y yo trompójetas. Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: Dijo la sarten á la caldera, quítate allá, ojinegra. Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondió D. Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios; y el refran que no viene á propósito, ántes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasarémonos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de D. Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de D. Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPITULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á D. Quijote.

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió D. Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al reves de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados. Los de D. Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado pasarémos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni ménos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes. ¡Oh alma endurecida! Oh escudero sin piedad! Oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas mas de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*. No entiendo eso, replicó Sancho; solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, segun he oido decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar, Sancho, dijo D. Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: No con quien naces, sino con quien paces. ¡Ah pesia tal! replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los mios y los suyos esta diferencia: que los de vuesa merced vendrán á tiempo y los mios á deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendia. Levantóse en pié D. Quijote, y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado D. Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo ménos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es pues el caso que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oidos de D. Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de D. Quijote ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no solo á D. Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á D. Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya habia conocido que lo eran. D. Quijote le dijo: Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que á un caballero andante vencido le coman adivas y le piquen avispas, y le hollen puercos. Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medrarémos. Duerme tú, Sancho, respondió D. Quijote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas anoche compuse en la memoria. A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas ni dolor alguno se lo estorbase. D. Quijote arrimado á un tronco de un haya, ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al son de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso:
 Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.
 Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida.
¡Oh condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon tenia traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su reposteria, y maldijo la piara y aun mas adelante. Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pié. Sobresaltóse el corazon de D. Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venía muy á punto de guerra. Volvióse D. Quijote á Sancho, y díjole: Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado, pero podria ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á D. Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos amenazándole de muerte. Uno de los de á pié, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y lo sacó del camino; y los demas de á pié, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á D. Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querian; pero apénas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas, y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apénas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pié con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas ni ménos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: Caminad, trogloditas; callad, bárbaros; pagad antropófagos; no os quejeis, scitas, ni abrais los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á estos, con que atormentaban los oidos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿Nosotros tortolitas, nosotros barberos ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No me contentan nada estos nombres, á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba D. Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacia qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció D. Quijote que era el del Duque, donde habia poco que habian estado. ¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, ¿y qué será esto? Sí, que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á D. Quijote.

Apeáronse los de á caballo, y junto con los de á pié, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á D. Quijote los entraron en el patio, al rededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del cual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trujeron los presos sentaron á D. Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran callaran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fuéron conocidos de D. Quijote, ser el Duque y la Duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. ¿Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido D. Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro se levantaron D. Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mismo inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de traves un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díjole al oido que no descosiese los lábios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veiase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coroza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner diciendo entre sí: Aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábale tambien D. Quijote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que

al son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote;
Y en tanto que en la corte encantadora
Se vistieren las damas de picote;
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.
Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á tí debida:
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del Olvido.

No mas, dijo á esta sazon uno de los dos que parecian reyes: no mas, cantor divino, que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente: y así, ó tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo, y declaralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apénas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pié Radamanto, dijo: Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza rompió el silencio y dijo: Voto á tal, asi me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurreccion desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante: muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus, tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ablándate, tigre, humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fe de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto que por el patio venían hasta seis dueñas en procesion una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho cuando bramando como un toro, dijo: Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo: traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenácenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré si me llevase el diablo. Rompió tambien el silencio D. Quijote, diciendo á Sancho: Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho cuando él, mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Ménos cortesía, ménos mudas, señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: Viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Asi como D. Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: Ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. A lo que respondió Sancho: Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas: bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaria mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; si no, por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los Duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos con D. Quijote y Sancho fuéron á recebir á Altisidora, y á bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada se inclinó á los Duques y á los reyes, y mirando de traves á D. Quijote le dijo: Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo á mi parecer mas de mil años: y á ti, ó el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para tí, y si no son todas sanas, á lo ménos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dejasen la ropa y mitra, que la queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que si dejarian, que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se reco-

giesen á sus estancias, y que á D. Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabian.

CAPITULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

Durmió Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de D. Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apénas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: ¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado. Muriérase ella enhorabuena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abajo. Duerme, Sancho amigo, respondió D. Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea así, dijo D. Quijote, y Dios te acompañe. Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida: y dice que no habiéndosele olvidado al bachiller Sanson Carrasco cuando el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por D. Quijote, cuyo vencimiento y caida borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde D. Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de D. Quijote. Llegó pues al castillo del Duque, que le informó el camino y derrota que D. Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimismo las burlas que le habia hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin, dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y trasformada en labradora, y cómo la Duquesa su mujer habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de D. Quijote. Pidióle el Duque que si le hallase, y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hízolo así el bachiller: partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contóselo todo, con las condiciones de la batalla, y que ya D. Quijote volvia á cumplir como buen caballero andante la palabra de retirarse un año en su aldea; en el cual tiempo podia ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas trasformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como D. Quijote fuese loco. Con esto se despidió del Duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á D. Quijote, que tras él venía. De aquí tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de D. Quijote, y haciendo tomar los caminos cerca y léjos del castillo por todas las partes que imaginó que podria volver D. Quijote, con muchos criados suyos de á pié y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle, dieron aviso al Duque, el cual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos; los cuales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamas dieron gusto á D. Quijote. Altisidora, en la opinion de D. Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de D. Quijote, con cuya presencia, turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor D. Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias há que por la consideracion del rigor con que me has tratado, ¡oh mas duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he estado



muerta, ó á lo ménos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servian de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenian unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fué que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos, jueguenó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiero decir me admiró entónces), y fué que al primer boleo no quedaba pelota en pié, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo que le sacaron las tripas, y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: Mirad qué libro es ese, y el diablo le respondió: Esta es la *Segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragones, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á D. Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dijo D. Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano; pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pié. Yo no me he alterado en oir que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de D. Quijote, cuando le dijo D. Quijote: Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los mios ántes pueden ser agradecidos que remediados. Yo naci para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retireis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensais por ventura, don vencido y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Júdas. Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual, haciendo una gran reverencia á D. Quijote, dijo: Vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. D. Quijote le respondió: Vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegírico de la noche ántes. Por cierto, replicó D. Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito; porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora? No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necedad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera D. Quijote, pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad, como con su agudeza. D. Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él, mas les convenía habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. El le respondió: Señora mia, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágines de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer y este es mi consejo. Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues miéntras estoy cavando no me acuerdo de mi óislo, digo, de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos. Vos decis muy bien, Sancho, dijo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese

remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dijo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento. Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto y con un corazon de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse D. Quijote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

CAPITULO LXXI.

De lo que á D. Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado D. Quijote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de véras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dijo á su amo: En verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que ántes que le cure me han de untar las mias; que el abad de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió D. Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recebir martirios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros mios. A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea, con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió D. Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trescientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, quedan los demas: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trescientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré ménos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trescientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo mas. ¡Oh Sancho bendito! Oh Sancho amable! respondió D. Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al sér perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la diciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Cuándo? replico Sancho, esta noche sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de D. Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. D. Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento: quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida ántes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de mas ni de ménos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó á darse, y comenzó D. Quijote á contar los azotes. Hasta seis ó ocho se habria dado Sancho cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo D. Quijote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna



la de D. Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en un hora. Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por ahora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: A dineros pagados brazos quebrados: apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas destas habrémos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo D. Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo: Aquí morirá Sanson, y cuantos con él son. Acudió D. Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo: No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro. Hízolo así D. Quijote, y quedándose en pelota abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entónces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció D. Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como ahora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena cuando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Enéas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantin se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual D. Quijote, dijo: Estas dos señoras fuéron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya, pues si yo encontrara aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á Páris se excusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dijo Sancho, que ántes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta ni meson ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á estas. Tienes razon, Sancho, dijo D. Quijote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubedá, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondia: Lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo escribia debajo: *Este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo D. Quijote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte, llamada Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban; y preguntándole uno qué queria decir *Deum de Deo*, respondió: Dé donde diere. Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto. Par diez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo; pero con todo eso querria que fuese entre árboles, que parece que me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió D. Quijote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegarémos allá despues de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que buitre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo D. Quijote, que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás cómo te vale un pan por ciento. No sé qué mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me emendaré si pudiere; y con esto cesó por entónces su plática.

CAPITULO LXXII.

De cómo D. Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

Todo aquel dia esperando la noche estuvieron en aquel lugar y meson D. Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecia: Aquí puede vuesa merced, señor D. Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto D. Quijote le dijo á Sancho: Mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de D. Alvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apear, que despues se lo preguntarémos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de D. Quijote la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de D. Quijote. Púsose el recien venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba D. Quijote, le preguntó: ¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre? Y D. Quijote le respondió: A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural: ¿y vuesa merced dónde camina? Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicó

D. Quijote: pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo mas de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es D. Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó D. Quijote: Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel D. Alvaro Tarfe que anda impreso en la *Segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha*, recien impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. El mismo soy, respondió el caballero, y el tal D. Quijote, sugeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mio, y yo fui el que le sacó de su tierra, ó á lo ménos le moví á que viniese á unas justas que se hacian en Zaragoza, adonde yo iba, y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo por ser demasiadamente atrevido. Y dígame vuesa merced, señor don Alvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal D. Quijote que vuesa merced dice? No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. Y ese D. Quijote, dijo el nuestro, ¿traia consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Sí traia, respondió D. Alvaro, y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazon Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas: y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo ménos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan; y el verdadero D. Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro D. Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió D. Alvaro, porque mas gracias habeis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habeis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fuéron muchas. Más tenia de comilon que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á D. Quijote el bueno han querido perseguirme á mí con D. Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y ahora remanece aquí otro D. Quijote, aunque bien diferente del mio. Yo, dijo D. Quijote, no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor D. Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza; ántes por haberme dicho que ese D. Quijote fantástico se habia hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella por sacar á las barbas del mundo su mentira, y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella solo por haberla visto. Finalmente, señor D. Alvaro Tarfe, yo soy D. Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el D. Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió D. Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos D. Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado. Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en el darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno. No entiendo eso de azotes, dijo D. Alvaro: y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaria si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos D. Quijote y D. Alvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el meson con un escribano, ante el cual alcalde pidió D. Quijote por una peticion de que á su derecho convenía de que D. Alvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocia á D. Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse; con lo que quedaron D. Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrara claro la diferencia de los dos D. Quijotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre D. Alvaro y D. Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discrecion, de modo que desengañó á D. Alvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios D. Quijotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de D. Quijote, y el otro el que habia de llevar D. Alvaro. En este poco espacio le contó D. Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á D. Alvaro, el cual abrazando á D. Quijote y á Sancho siguió su camino, y D. Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima. No perdió el engañado D. Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos

del engaño de D. Alvaro, y de cuán bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la justicia, y tan auténticamente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó D. Quijote contento sobre modo, y esperaba el dia por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dijo: Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien tu hijo D. Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos viene vencedor de sí mismo, que segun él me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban bien caballero me iba. Déjate desas sandeces, dijo D. Quijote, y vamos con pié derecho á entrar en nuestro lugar donde darémos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fuéron á su pueblo.

CAPITULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo D. Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

A la entrada del cual, segun dice Cide Hamete, vió D. Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo D. Quijote, y dijo á Sancho: ¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? ¿Qué? replicó D. Quijote, ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y á agazapar debajo de los piés del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á D. Quijote, el cual estaba diciendo: *Malum signum*, *malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrinos encantadores que la trasformaron en la labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho no la verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos á D. Quijote, diciendo: Hé aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal, he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante, y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósela D. Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la coroza en la cabeza, que fué la mas nueva trasformacion y adorno con que se vió jamas jumento en el mundo. Fuéron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse D. Quijote, y abrazólos estrechamente; y los mochachos que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo, y la bestia de D. Quijote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente, rodeados de mochachos, y acompañados del cura y del bachiller entraron en el pueblo, y se fuéron á casa de D. Quijote, y hallaron á la puerta della al ama y á su sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni mas ni ménos se las habian dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: ¿Cómo venis así, marido mio, que me parece que venís á pié y despeado, y mas traeis semejanza de desgobernado que de gobernador? Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos, y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera que los hayais ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fuéron á su casa, dejando á D. Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller. D. Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pié de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y órden de la andante caballería; y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio: y que le suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros;

que él compraria ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores: y que les hacia saber que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres, qué les vendrian como de molde. Díjole el cura que los dijese. Respondió D. Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz, y el bachiller el pastor Carrascon, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de D. Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su buena intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio: Y mas, dijo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles ó cortesanos, ó como mas me viniére á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que mas es menester, señores mios, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores. Eso está de molde, respondió D. Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria destas riberas, adorno destos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea. Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscarémos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sanson Carrasco: Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, Fílidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina. Rióse D. Quijote de la aplicacion del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres; y así como se fuéron, se entraron entrambas con D. Quijote, y la sobrina le dijo: ¿Qué es esto, señor tio? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvia á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas: pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas. A lo que añadió el ama: ¿Y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas en el verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se lo doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. Callad, hijas, les respondió D. Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que ahora, sea caballero andante, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra: y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPITULO LXXIV.

De cómo D. Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de D. Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él ménos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro habia compuesto; y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba D. Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por sí ó por no atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo D. Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó D. Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tiron, como dicen, mas de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tio, y pareciéronle mas concertadas que él solia decirlas, á lo ménos en aquella enfermedad, y preguntóle: ¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? Tenemos algo de nuevo? Qué misericordias son estas, ó qué pecados de los hombres? Las misericordias, respondió D. Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caligino-

sas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte: querria hacerla de tal modo que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el cura, el bachiller Sanson Carrasco y á maese Nicolas el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apénas los vió D. Quijote cuando dijo: Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy D. Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leido: ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sanson le dijo: ¿Ahora, señor D. Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso, y ahora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos. Los de hasta aquí, replicó D. Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa, déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros admirados de las razones de D. Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesólo. El bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor) hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el cura diciendo: Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que D. Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué D. Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condicion y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos lo conocian. Entró el escribano con los demas, y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma D. Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: Item, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mi ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera ahora estando cuerdo darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece; y volviéndose á Sancho, le dijo: Perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caido de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. ¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallarémos á la señora D.ª Dulcinea desencantada, que no haya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto mas que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana. Así es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos. Señores, dijo D. Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí D. Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano. Item mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quijana, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacion que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sanson Carrasco que están presentes. Item es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad. Item suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte

le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió despues deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto. En fin, llegó el último de D. Quijote, despues de recebidos todos los sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leido en ningun libro de caballerías que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como D. Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron dió su espíritu: quiero decir, que se murió. Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente D. Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de D. Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este:

Yace aquí el hidalgo fuerte,
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.

Tuvo á todo el mundo en poco;
Fué el espantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura,
Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á tí lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen rey
Para mí estaba guardada.

Para mí sola nació D. Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de D. Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos: y con esto cumplirás con tu cristiana profesion aconsejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero *Don Quijote* van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. *Vale.*

FIN DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

TRABAJOS

DE

PERSILES Y SIGISMUNDA.

DEDICATORIA

À D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lémos, de Andrade, de Villalva, marques de Sarria, gentil-hombre de la cámara de su Majestad, presidente del consejo supremo de Italia, comendador de la encomienda de la Zarza, de la órden de Alcántara.

Aquellas coplas antiguas que fuéron en su tiempo celebradas, que comienzan : *Puesto ya el pié en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo :

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, esta te escribo.

Ayer me diéron la Extremauncion, y hoy escribo esta : el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto, hasta besar los piés á vuestra Excelencia, que podria ser fuese tanto el contento de ver á vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese á dar la vida ; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa vuestra Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de vuestra Excelencia, regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de vuestra Excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardin*, y del famoso *Bernardo* : si á dicha, por buena ventura mia, que ya no sería ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá y con ellas fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado vuestra Excelencia, y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á vuestra Excelencia, como puede. De Madrid á diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.

Criado de vuesa Excelencia,
Miguel de Cervántes.

PROLOGO.

Sucedió pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venía picando con gran priesa uno que al parecer traia deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces, que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venía vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales : verdad es no traia mas de dos, porque se le venía á un lado la valona por momentos, y él traia sumo trabajo y cuenta de enderezarla : llegando á nosotros dijo : ¿ Vuesas mercedes van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la corte, pues allá está su Ilustrísima de Toledo y su Majestad ni mas ni ménos, segun

la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el víctor de caminante mas de una vez? A lo que respondió uno de mis compañeros: El rocin del señor MIGUEL DE CERVÁNTES tiene la culpa desto, porque es algo pasilargo. Apénas hubo oido el estudiante el nombre de CERVÁNTES, cuando apeándose de su cabalgadura, cayendósele aquí el cojin y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mí, y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dijo: Sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas. Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas; y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dije: Ese es un error donde han caido muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy CERVÁNTES, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced: vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino: hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino; en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo: Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano, que dulcemente se bebiese: vuesa merced, señor CERVÁNTES, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado: en esto llegamos á la puente de Toledo y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volvióseme á ofrecer: picó á su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenía. Adios, gracias; adios, donaires; adios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida.

D. FRANCISCO DE URBINA A MIGUEL DE CERVANTES, INSIGNE Y CRISTIANO INGENIO DE NUESTROS TIEMPOS, A QUIEN LLEVARON LOS TERCEROS DE SAN FRANCISCO CON LA CARA DESCUBIERTA, COMO A TERCERO QUE ERA.

EPITAFIO.

Caminante, el peregrino
CERVANTES aquí se encierra:
Su cuerpo cubre la tierra,
No su nombre, que es divino.
En fin, hizo su camino;
Pero su fama no es muerta,
Ni sus obras, prenda cierta,
De que pudo á la partida
Desde esta á la eterna vida
Ir, la cara descubierta.

AL SEPULCRO DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, INGENIO CRISTIANO, POR LUIS FERNANDEZ CALDERON.

SONETO.

En este, ó caminante, mármol breve,
Urna funesta, si no excelsa pira,
Cenizas de un ingenio santas mira,
Que olvido y tiempo á despreciar se atreve.
No tantas en su orilla arenas mueve
Glorioso el Tajo, cuantas hoy admira
Lenguas la suya, por quien grata aspira
Al lauro España, que á su nombre debe.
Lucientes de sus libros gracias fuéron
Con dulce suspension su estilo grave,
Religiosa invencion, moral decoro.
A cuyo ingenio los de España dieron
La sólida opinion que el mundo sabe,
Y al cuerpo ofrenda de perpetuo lloro.

TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Sacan á Periandro de prision; échanle al mar en una balsa; corre tormenta, y es socorrido de un navío.

Voces daba el bárbaro Corsicurbo á la estrecha boca de una profunda mazmorra, ántes sepultura que prision de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados; y aunque su terrible y espantoso estruendo cerca y léjos se escuchaba, de nadie eran entendidas articuladamente las razones que pronunciaba, sino de la miserable Cloelia, á quien sus desventuras en aquella profundidad tenian encerrada. Haz, ó Cloelia (decia el bárbaro), que así como está, ligadas las manos atras, salga acá arriba atado á esa cuerda que descuelgo, aquel mancebo que habrá dos dias que te entregamos; y mira bien si entre las mujeres de la pasada presa hay alguna que merezca nuestra compañía, y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre, y del aire saludable que nos rodea. Descolgó en esto una gruesa cuerda de cáñamo, y de allí á poco espacio él y otros cuatro bárbaros tiraron hácia arriba, en la cual cuerda ligado por debajo de los brazos, sacaron asido fuertemente á un mancebo, al parecer de hasta diez y nueve ó veinte años, vestido de lienzo basto como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento.

Lo primero que hicieron los bárbaros fué requerir las esposas y cordeles con que á las espaldas traia ligadas las manos: luego le sacudieron los cabellos, que como infinitos anillos de puro oro la cabeza le cubrian; limpiáronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante género de afliccion alguna; ántes con ojos al parecer alegres, alzó el rostro, y miró al cielo por todas partes, y con voz clara y no turbada lengua dijo: Gracias os hago, ó inmensos y piadosos cielos, de que me habeis traido á morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos escuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran; bien querria yo no morir desesperado á lo ménos, porque soy cristiano; pero mis desdichas son tales, que me llaman, y casi fuerzan á desearlo. Ninguna destas razones fué entendida de los bárbaros, por ser dichas en diferente lenguaje que el suyo; y así cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra, y cogiendo al mancebo sin desatarle, entre los cuatro llegaron con él á la marina, donde tenian una balsa de maderos, y atados unos con otros con fuertes bejucos y flexibles mimbres. Este artificio les servia, como luego pareció, de bajel en que pasaban á otra isla, que no dos millas ó tres de allí se parecia: saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio dellos sentado al prisionero, y luego uno de los bárbaros asió de un grandísimo arco, que en la balsa estaba, y poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le flechó, y encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales y muestras de que ya le queria pasar el pecho. Los bárbaros que quedaban asieron de tres palos gruesos cortados á manera de remos, y el uno se puso á ser timonero, y los dos á encaminar la balsa á la otra isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los hombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas, y con silencio profundo dentro en su corazon pedia al cielo, no que le librase de aquel tan cercano como cruel peligro, sino que le diese ánimo para sufrirlo; viendo lo cual el bárbaro flechero, y sabiendo que no habia de ser aquel el género de muerte con que le habian de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazon, no quiso darle dilatada muerte, teniéndole siempre encarada la flecha al pecho, y así arrojó de sí el arco, y llegándose á él, por señas, como mejor pudo, le dió á entender que no queria matarle.

En esto estaban, cuando los maderos llegaron á la mitad del estrecho, que las dos islas formaban, en el cual de improviso se levantó una borrasca, que sin poder remediarlo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron y dividieron en partes, quedando en la una, que sería de hasta seis maderos compuesta, el mancebo, que de otra muerte que de ser anegado, tan poco habia que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas, pelearon entre sí los contrapuestos vientos, anegáronse los bárbaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto, pasábanle las olas por cima, no solamente impidiéndole ver el cielo, pero negándole el poder pedirle tuviese compasion de su desventura; y sí tuvo, pues las continuas y furiosas ondas que á cada punto le cubrian no le arrancaron de los leños, y sí le llevaron consigo á su abismo: que como llevaba atadas las manos á las espaldas, ni podia asirse, ni usar de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho salió á lo raso del mar, que se mostró algun tanto sosegado y tranquilo al volver una punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron, y del furioso mar se defendieron. Sentóse el fatigado jóven, y tendiendo la vista á todas partes, casi junto á él descubrió un navío que en aquel reposo del alterado mar, como en seguro puerto, se reparaba: descubrieron asimismo los del navío los maderos, y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse qué podia ser aquello, echaron el esquife al agua, y llegaron á verlo; y hallando allí al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lástima le pasaron á su navío, dando con el nuevo hallazgo admiracion á cuantos en él estaban. Subió el mozo en brazos ajenos, y no pudiendo tenerse en sus piés de puro flaco (porque habia tres dias que no habia comido) y de puro molido y maltratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navío, el capitan del cual con ánimo generoso y compasion natural, mandó que le socorriesen.

Acudieron luego unos á quitarle las ataduras, otros á traer conservas y odoríferos vinos, con cuyos remedios volvió en sí como de muerte á vida el desmayado mozo, el cual poniendo los ojos en el capitan, cuya gentileza y rico traje le llevó tras sí la vista y aun la lengua, y le dijo: Los piadosos cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho; que mal se pueden llevar las tristezas del ánimo, si no se esfuerzan los descaecimientos del cuerpo: mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hacer ninguna recompensa deste beneficio, sino es con el agradecimiento; y si se sufre que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé que en ser agradecido ninguno en el mundo me podrá llevar alguna ventaja. Y en esto probó á levantarse para ir á besarle los piés, mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas volvió á dar consigo en el suelo: viendo lo cual el capitan, mandó que le llevasen debajo de cubierta, y le echasen en dos traspontines, y que quitándole los mojados vestidos, le vistiesen otros enjutos y limpios, y le hiciesen descansar y dormir. Hízose lo que el capitan mandó: obedeció callando el mozo, y en el capitan creció la admiracion de nuevo, viéndolo levantar en pié con la gallarda disposicion que tenia, y luego le comenzó á fatigar el deseo de saber dél lo mas presto que pudiese, quién era, cómo se llamaba, y de qué causas habia nacido el efecto que en tanta estrecheza le habia puesto; pero excediendo su cortesía á su deseo, quiso que primero se acudiese á su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

CAPITULO II.

Dase noticia de quién es el capitan del navío. Cuenta Taurisa á Periandro el robo de Auristela: ofrécese él, para buscarla, á ser vendido á los bárbaros.

Reposando dejaron los ministros de la nave al mancebo en cumplimiento de lo que su señor les habia mandado; pero como le acosaban varios y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar posesion de sus sentidos, ni ménos lo consintieron unos congojosos suspiros y unas angustiadas lamentaciones que á sus oídos llegaron, á su parecer, salidos de entre unas tablas de otro apartamiento, que junto al suyo estaba, y poniéndose con grande atencion á escucharlas, oyó que decian: ¡En triste y menguado signo mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojó á la luz del mundo; y bien digo arrojó, porque nacimiento como el mio, ántes se puede decir arrojar que nacer! Libre pensé yo que gozara de la luz del sol en esta vida; pero engañóme mi pensamiento, pues me veo á pique de ser vendida por esclava: desventura á quien ninguna puede compararse. Oh tú, quien quiera que seas, dijo á esta sazon el mancebo, si es, como decirse suele, que las desgracias y trabajos, cuando se comunican, suelen aliviarse, llégate aquí, y por entre los espacios descubiertos destas tablas cuéntame los tuyos, que si en mí no hallares alivio, hallarás quien dellos se compadezca. Escucha pues, le respondió, que en las mas breves razones te contaré las sinrazones que la fortuna me ha hecho; pero querria saber primero á quién las cuento. Dime si eres por ventura un mancebo que poco há hallaron medio muerto en unos maderos, que dicen sirven de barcos á unos bárbaros que están en esta isla, donde habemos dado fondo, reparándonos de la borrasca que se ha levantado. El mismo soy, respondió el mancebo. Pues ¿quién eres? preguntó la persona que hablaba. Dijératelo, si no quisiera que primero me obligaras con contarme tu vida, que por las palabras que poco há te oí decir, imagino que no debe de ser tan buena como quisieras. A lo que le respondieron: Escucha, que en cifra te diré mis males.

El capitan y señor deste navío se llama Arnaldo, es hijo heredero del rey de Dinamarca, á cuyo poder vino por diferentes y extraños acontecimientos una principal doncella, á quien yo tuve por señora, á mi parecer, de tanta hermosura que entre las que hoy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento puede llevar la ventaja. Su discrecion iguala á su belleza, y sus desdichas á su discrecion y á su hermosura; su nombre es Auristela, sus padres de linaje de reyes, y de riquísimo estado. Esta pues, á quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vió vendida, y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco y con tantas véras la amó y la ama, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del rey padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho mas que ser reina merecian; pero ella se defendia, diciendo no ser posible romper un voto que tenia hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitasen promesas, ó la amenazasen muertes; pero no por esto ha dejado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas á la variacion de los tiempos, y á la mudable condicion de las mujeres: hasta que sucedió, que andando mi señora Auristela por la ribera del mar, solazándose, no como esclava, sino como reina, llegaron unos bajeles de cosarios, y la robaron y llevaron no se sabe adónde. El príncipe Arnaldo, imaginando que estos cosarios eran los mismos que la primera vez se la vendieron, los cuales cosarios andan por todos estos mares, ínsulas y riberas, robando ó comprando las mas hermosas doncellas que hallan, para traerlas por granjería á vender á esta ínsula, donde dicen que estamos, la cual es habitada de unos bárbaros, gente indómita y cruel, los cuales tienen entre sí por cosa inviolable y cierta, persuadidos, ó ya del demonio, ó ya de un antiguo hechicero á quien ellos tienen por sapientísimo varon, que de entre ellos ha de salir un rey que conquiste y gane gran parte del mundo: este rey que esperan no saben quién ha de ser, y para saberlo, aquel hechicero les dió esta órden: que sacrificasen todos los hombres que á su ínsula llegasen, de cuyos corazones, digo, de cada uno de por sí, hiciesen polvos, y los diesen á beber á los bárbaros mas principales de la ínsula, con expresa órden que el que los pasase sin torcer el rostro ni dar muestras de que le sabian mal, le alzasen por su rey; pero no ha de ser este el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. Tambien les mandó que tuviesen en la isla todas las doncellas que pudiesen ó comprar ó robar, y que la mas hermosa dellas se la entregasen luego al bárbaro, cuya sucesion valerosa prometia la bebida de los polvos.

Estas doncellas compradas ó robadas son bien tratadas dellos, que solo en esto muestran no ser bárbaros, y las que compran, son á subidísimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño, y en preciosísimas perlas,

de que los mares de las riberas destas islas abundan: y á esta causa, llevados de este interes y ganancia, muchos se han hecho cosarios y mercaderes. Arnaldo pues que, como te he dicho, ha imaginado que en en esta isla podria ser que estuviese Auristela, mitad de su alma, sin la cual no puede vivir, ha ordenado, para certificarse desta duda, de venderme á mí á los bárbaros, porque quedando yo entre ellos sirva de espía de saber lo que desea, y no espera otra cosa sino que el mar se amanse, para hacer escala, y concluir su venta: mira pues si con razon me quejo, pues la ventura que me aguarda es venir á vivir entre bárbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer venir á ser reina, especialmente si la corta suerte hubiese traido á esta tierra á mi señora la sin par Auristela. De esta causa nacieron los suspiros que me has oido, y destos temores las quejas que me atormentan.

Calló en diciendo esto, y al mancebo se le atravesó un ñudo en la garganta, pegó la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lágrimas, y al cabo de un pequeño espacio le preguntó, si por ventura tenia algunos barruntos de que Arnaldo hubiese gozado de Auristela, ó ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdeñase á Arnaldo, y no admitiese tan gran dádiva como la de un reino: porque á él le parecia, que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerza que las de la religion. Respondióle que aunque ella imaginaba que el tiempo habia podido dar á Auristela ocasion de querer bien á un tal Periandro, que la habia sacado de su patria, caballero generoso, dotado de todas las partes que le podian hacer amable de todos aquellos que le conociesen, nunca se le habia oido nombrar en las continuas quejas que de sus desgracias daba al cielo, ni en otro modo alguno. Preguntóle si conocia ella á aquel Periandro que decia: díjole que no, sino que por relacion sabia ser el que llevó á su señora, á cuyo servicio ella habia venido despues que Periandro por un extraño acontecimiento la habia dejado.

En esto estaban, cuando de arriba llamaron á Taurisa, que este era el nombre de la que sus desgracias habia contado, la cual oyéndose llamar, dijo: Sin duda alguna el mar está manso, y la borrasca quieta, pues me llaman para hacer de mí la desdichada entrega: adios te queda, quien quiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado para que los polvos de tu abrasado corazon testifiquen esta vanidad é impertinente profecía; que tambien estos insolentes moradores desta ínsula buscan corazones que abrasar, como doncellas que guardar para lo que procuran. Apartáronse, subió Taurisa á la cubierta, quedó el mancebo pensativo, y pidió que le diesen de vestir, que queria levantarse: trajéronle un vestido de damasco verde, cortado al modo del que él habia traido de lienzo. Subió arriba, recebióle Arnaldo con agradable semblante, sentóle junto á sí, vistieron á Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las ninfas de las aguas, ó las amadriades de los montes. En tanto que esto se hacia con admiracion del mozo, Arnaldo le contó todos sus amores y sus intentos, y aun le pidió consejo de lo que haria, y le preguntó si los medios que ponia para saber de Auristela iban bien encaminados. El mozo, que del razonamiento que habia tenido con Taurisa y de lo que Arnaldo le contaba tenia el alma llena de mil imaginaciones y sospechas, discurriendo con velocísimo curso del entendimiento lo que podria suceder, si acaso Auristela entre aquellos bárbaros se hallase, le respondió: Señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar; pero tengo voluntad que me mueve á servirte; que la vida que me has dado con el recebimiento y mercedes que me has hecho me obligan á emplearla en tu servicio: mi nombre es Periandro, de nobilísimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desventura y mis desgracias, las cuales por ser tantas no conceden ahora lugar para contártelas. Esa Auristela que buscas es una hermana mia, que tambien yo ando buscando, que por varios acontecimientos há un año que nos perdimos: por el nombre y por la hermosura que me encareces conozco sin duda que es mi perdida hermana, que daria por hallarla, no solo la vida que poseo, sino el contento que espero recebir de haberla hallado, que es lo mas que puedo encarecer; y así como tan interesado en este hallazgo voy escogiendo entre otros muchos medios que en la imaginacion fabrico, este que aunque venga á ser con mas peligro de mi vida, será mas cierto y mas breve. Tú, señor Arnaldo, estás determinado de vender esta doncella á estos bárbaros, para que estando en su poder vea si está en el suyo Auristela, de que te podrás informar volviendo otra vez á vender otra doncella á los mismos bárbaros, y á Taurisa no le faltara modo, ó dará señales si está ó no Auristela con las demas que para el efecto que se sabe los bárbaros guardan, y con tanta solicitud compran. Así es la verdad, dijo Arnaldo, y he escogido ántes á Taurisa que á otra, de cuatro que van en el navío para el mismo efecto, porque Taurisa la conoce, que ha sido su doncella. Todo eso está muy bien pensado, dijo Periandro; pero yo soy de parecer que ninguna persona hará esa diligencia tan bien como yo; pues mi edad, mi rostro, el interes que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me está incitando á aconsejarme que tome sobre mis hombros esta empresa: mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que en los casos arduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra.

Cuadráronle á Arnaldo las razones de Periandro, y sin reparar en algunos inconvenientes que se le ofrecian, las puso en obra, y de muchos y ricos vestidos de que venía proveido por si hallaba á Auristela, vistió á Periandro, que quedó al parecer la mas gallarda y hermosa mujer que hasta entónces los ojos humanos habian visto, pues si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podia igualársele. Los del navío quedaron admirados, Taurisa atónita, el príncipe confuso, el cual á no pensar que era hermano de Auristela, el considerar que era varon lo traspasara el alma con la dura lanza de los celos, cuya punta se atreve á entrar por las del mas agudo diamante: quiero decir, que los celos rompen toda seguridad y recato, aunque dél se armen los pechos enamorados. Finalmente, hecho el metamorfósis de Periandro, se hicieron un poco á la mar, para que de todo en todo de los bárbaros fuesen descubiertos. La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela no consintió en que preguntase primero á Periandro, quién eran él y su hermana, y por qué trances habian venido al miserable en que le habian hallado; que todo esto, segun buen discurso, habia de preceder á la confianza que dél hacia; pero como es propia condicion de los amantes ocupar los

pensamientos ántes en buscar los medios de alcanzar el fin de su deseo, que en otras curiosidades, no le dió lugar á que preguntase lo que fuera bien que supiera, y lo que supo despues cuando no le estuvo bien el saberlo. Alongados pues un tanto de la isla, como se ha dicho, adornaron la nave con flámulas y gallardetes, que ellos azotando el aire y ellas besando las aguas hermosísima vista hacian: el mar tranquilo, el cielo claro, el son de las chirimías y de otros instrumentos tan bélicos como alegres suspendian los ánimos, y los bárbaros, que de no muy léjos lo miraban, quedaron mas suspensos, y en un momento coronaron la ribera armados de arcos y saetas, de la grandeza que otra vez se ha dicho. Poco ménos de una milla llegaba la nave á la isla, cuando disparando toda la artillería, que traia mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua, y entrando en él Arnaldo, Taurisa y Periandro, y otros seis marineros, pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venían de paz (como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra); y lo que en esta les sucedió se cuenta en el capítulo que se sigue.

CAPITULO III.

Vende Arnaldo á Periandro en la isla bárbara, vestido de mujer.

Como se iba acercando el barco á la ribera, se iban apiñando los bárbaros, cada uno deseoso de saber primero qué fuese lo que en él venía, y en señal que lo recebirian de paz, y no de guerra, sacaron muchos lienzos, y los campearon por el aire, tiraron infinitas flechas al viento, y con increible lijereza saltaban algunos de unas partes en otras. No pudo llegar el barco á abordar con la tierra, por ser la mar baja, que en aquellas partes crece y mengua como en las nuestras; pero los bárbaros hasta cantidad de veinte se entraron á pié por la mojada arena, y llegaron á él casi á tocarse con las manos. Traian sobre los hombros á una mujer bárbara, pero de mucha hermosura, la cual, ántes que otro alguno hablase, dijo en lengua polaca: A vosotros, quien quiera que seais, pide nuestro príncipe, ó por mejor decir nuestro gobernador, que le digais quién sois, á qué venis, y qué es lo que buscais: si por ventura traeis alguna doncella que vender, se os será muy bien pagada; pero si son otras mercancías las vuestras, no las hemos menester, porque en esta nuestra isla, merced al cielo, tenemos todo lo necesario para la vida humana, sin tener necesidad de salir á otra parte á buscarlo. Entendióla muy bien Arnaldo, y preguntóle si era bárbara de nacion, ó si acaso era de las compradas en aquella isla. A lo que le respondió: Respóndeme tú á lo que he preguntado; que estos mis amos no gustan que en otras pláticas me dilate, sino en aquellas que hacen al caso para su negocio. Oyendo lo cual Arnaldo, respondió: Nosotros somos naturales del reino de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes y de cosarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran, y despachamos lo que hurtamos, y entre otras presas que á nuestras manos han venido, ha sido la desta doncella (y señaló á Periandro), la cual por ser una de las mas hermosas, ó por mejor decir, la mas hermosa del mundo, os la traemos á vender, que ya sabemos el efecto para que las compran en esta isla; y si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros sabios han dicho, bien podeis esperar desta sin igual belleza y disposicion gallarda, que os dará hijos hermosos y valientes.

Oyendo esto algunos de los bárbaros, preguntaron á la bárbara les dijese lo que decia: dijolo ella, y al momento se partieron cuatro dellos, y fuéron (á lo que pareció) á dar aviso á su gobernador: en este espacio que volvian preguntó Arnaldo á la bárbara si tenian algunas mujeres compradas en la isla, y si habia alguna entre ellas de belleza tanta que pudiese igualar á la que ellos traian para vender: No, dijo la bárbara, porque aunque hay muchas, ninguna dellas se me iguala, porque en efecto yo soy una de las desdichadas para ser reina destos bárbaros, que sería la mayor desventura que me pudiese venir. Volvieron los que habian ido á la tierra, y con ellos otros muchos y su príncipe, que lo mostró ser en el rico adorno que traia. Habiase echado sobre el rostro un delgado y trasparente velo Periandro, por dar de improviso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos bárbaros, que con grandísima atencion le estaban mirando. Habló el gobernador con la bárbara, de que resultó, que ella dijo á Arnaldo, que su príncipe decia que mandase alzar el velo á su doncella: hízose así, levantóse en pié Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al cielo, mostró dolerse de su ventura, extendió los rayos de sus dos soles á una y otra parte, que encontrándose con los del bárbaro capitan, dieron con él en tierra: á lo ménos asi lo dió á entender el hincarse de rodillas como se hincó, adorando á su modo en la hermosa imágen que pensaba ser mujer, y hablando con la bárbara, en pocas razones concertó la venta, y dió por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna. Partieron todos los bárbaros á la isla, y en un instante volvieron con infinitos pedazos de oro, y con luengas sartas de finísimas perlas, que sin cuenta y á monton confuso se las entregaron á Arnaldo, el cual luego tomando de la mano á Periandro, le entregó al bárbaro, y dijo á la intérprete, dijese á su dueño que dentro de pocos dias volveria á venderle otra doncella, sino tan hermosa, á lo ménos tal que pudiese merecer ser comprada. Abrazó Periandro á todos los que en el barco venían, casi preñados los ojos de lágrimas, que no le nacian de corazon afeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances que por él habian pasado; hizo señal Arnaldo á la nave que disparase la artillería, y el bárbaro á los suyos que tocasen sus instrumentos, y en un instante atronó el cielo la artillería y la música de los bárbaros, y llenaron los aires de confusos y diferentes sones: con este aplauso llevado en hombros de los bárbaros, puso los piés en tierra Periandro: llegó á su nave Arnaldo y los que con él venian, quedando concertado entre Periandro y Arnaldo, que si el viento no le forzase, procuraria no desviarse de la isla, sino lo que bastase para no ser della descubierto, y volver á ella á vender (si fuese necesario) á Taurisa, que con la seña que Periandro le hiciese se sabria el sí ó el no del hallazgo de Auristela, y en caso que no estuviese en la isla, no faltaria traza para libertar á Periandro, aunque fuese moviendo guerra á los bárbaros con todo su poder y el de sus amigos.

CAPITULO IV.

Traen á Auristela de la prision en traje de varon, para sacrificarla; muévese guerra entre los bárbaros, y pónese fuego á la isla. Lleva un bárbaro español á su cueva á Periandro, Auristela, Cloelia y la intérprete.

Entre los que vinieron á concertar la compra de la doncella, vino con el capitan un bárbaro, llamado Bradamiro, de los mas valientes y mas principales de toda la isla, menospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este pues, desde el punto que vió á Periandro, creyendo ser mujer, como todos lo creyeron, hizo designio en su pensamiento de escogerla para sí, sin esperar á que las leyes del vaticinio se probasen ó cumpliesen.

Así como puso los piés en la ínsula Periandro, muchos bárbaros á porfía le tomaron en hombros, y con muestras de infinita alegría le llevaron á una gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en un apacible y deleitoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, cuáles domésticos, cuáles selváticos. La bárbara que habia servido de intérprete de la compra y venta, no se le quitaba del lado, y con palabras y en lenguaje que él no entendia le consolaba: ordenó luego el gobernador que pasasen á la ínsula de la prision, y trajesen della algun varon, si le hubiese, para hacer la prueba de su engañosa esperanza; fué obedecido al punto, y al mismo instante tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias y lisas de animales para que de manteles sirviesen, sobre las cuales arrojaron y tendieron sin concierto ni policía alguna de los diversos géneros de frutas secas, y sentándose él y algunos principales bárbaros que allí estaban, comenzó á comer y á convidar por señas á Periandro, que lo mismo hiciese. Solo se quedó en pié Bradamiro, arrimado á su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser mujer: rogóle el gobernador se sentase, pero no quiso obedecerle, ántes dando un gran suspiro, volvió las espaldas, y se salió de la tienda. En esto llegó un bárbaro, que dijo al capitan, que al tiempo que habian llegado él y otros cuatro para pasar á la prision, llegó á la marina una balsa, la cual traia un varon y á la mujer, guardiana de la mazmorra; cuyas nuevas pusieron fin á la comida, y levantándose el capitan con todos los que allí estaban, acudió á ver la balsa: quiso acompañarle Periandro, de lo que él fué muy contento. Cuando llegaron, ya estaban en tierra el prisionero y la custodia: miró atentamente Periandro, por ver si por ventura conocia al desdichado á quien su corta suerte habia puesto en el mismo extremo en que él se habia visto; pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, á causa que tenia inclinada la cabeza, y como de industria parecia que no dejaba verse de nadie: pero no dejó de conocer á la mujer que decian ser guardiana de la prision, cuya vista y conocimiento le suspendió el alma y le alborotó los sentidos; porque claramente, y sin poner duda en ello, conoció ser Cloelia, ama de su querida Auristela: quisiérala hablar, pero no se atrevió, por no entender si acertaria ó no en ello: y así reprimiendo su deseo como sus lábios, estuvo esperando en lo que pararia semejante acontecimiento.

El gobernador, con deseo de apresurar sus pruebas y dar felice compañía á Periandro, mandó que al momento se sacrificase aquel mancebo, de cuyo corazon se hiciesen los polvos de la ridícula y engañosa prueba: asieron al momento del mancebo muchos bárbaros, sin mas ceremonias que atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atándole por atras las manos, el cual sin hablar palabra, como un manso cordero esperaba el golpe que le habia de quitar la vida. Visto lo cual por la antigua Cloelia, alzó la voz, y con mas aliento que de sus muchos años se esperaba comenzó á decir: Mira, ó gran gobernador, lo que haces, porque ese varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar ni servir en cosa alguna á tu intencion, porque es la mas hermosa mujer que puede imaginarse. Habla, hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tasa á la providencia de los cielos que te la pueden guardar y conservar, para que felizmente la goces. A estas razones los crueles bárbaros detuvieron el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el capitan desatarle y dar libertad á las manos y luz á los ojos, y mirándole con atencion, le pareció ver el mas hermoso rostro de mujer que hubiese visto, y juzgó, aunque bárbaro, que si no era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podria igualársele. ¿Qué lengua podrá decir ó qué pluma escribir lo que sintió Periandro cuando conoció ser Auristela la condenada y la libre? Quitósele la vista de los ojos, cubriósele el corazon, y con pasos torcidos y flojos fué á abrazarse con Auristela, á quien dijo, teniéndola estrechamente entre sus brazos: ¡Oh querida mitad de mi alma, oh firme columna de mis esperanzas, oh prenda, que no sé si diga por mi bien ó por mi mal hallada, aunque no será sino por mi bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! Ves aquí á tu hermano Periandro; y esta razon dijo con voz tan baja, que de nadie pudo ser oida, y prosiguió diciendo: Vive, señora y hermana mia, que en esta isla no hay muerte para las mujeres, y no quieras tú para contigo ser mas cruel que sus moradores; confía en los cielos, que pues te han librado hasta aquí de los infinitos peligros en que te debes de haber visto, te librarán de los que se pueden temer de aquí adelante. ¡Ay hermano! respondió Auristela (que era la misma que por varon pensaba ser sacrificada): ¡ay hermano! replicó otra vez, y cómo creo que este en que nos hallamos ha de ser el último trance que de nuestras desventuras pueden temerse: suerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar y en semejante traje.

Lloraban entrambos, cuyas lágrimas vió el bárbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertia del dolor de la muerte de aquel, que pensó ser su conocido, pariente ó amigo, determinó de libertarle, aunque se pusiese á romper por todo inconveniente; y así llegándose á los dos, asió de la una mano á Auristela y de la otra á Periandro, y con semblante amenazador y ademan soberbio, en alta voz dijo: Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar á estos dos, aun en un solo cabello: esta doncella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. Apénas hubo dicho esto, cuando el bárbaro gobernador, indignado é impaciente sobremanera, puso una grande y aguda flecha en el arco, y desviándole de sí cuanto pudo extenderse el brazo izquierdo, puso la empulguera con el derecho junto al diestro oido, y disparó la flecha con tan buen tino y con tanta furia, que en un instante llegó

á la boca de Bradamiro, y se la cerró quitándole el movimiento de la lengua, y sacándole el alma, con que dejó admirados, atónitos y suspensos á cuantos allí estaban; pero no hizo tan á su salvo el tiro tan atrevido como certero, que no recebiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento, porque un hijo de Corsicurbo el bárbaro, que se ahogó en el pasaje de Periandro, pareciéndole ser mas lijeros sus piés que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al capitan, y alzando el brazo le envainó en el pecho un puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte y agudo que si de acero forjado fuera. Cerró el capitan en sempiterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza á la de Bradamiro; alborotó los pechos y los corazones de los parientes de entrambos, puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza y cólera, comenzaron á enviar muertes en las flechas de unas partes á otras; acabadas las flechas, como no se acabaron las manos ni los puñales, arremetieron los unos á los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano, ántes como si de muchos tiempos atras fueran enemigos mortales por muchas injurias recebidas, con las uñas se despedazaban, y con los puñales se herian, sin haber quien los pusiese en paz.

Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes y entre estas muertes estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella intérprete, Periandro y Auristela, todos apiñados y todos llenos de confusion y de miedo: en mitad desta furia llevados en vuelo algunos bárbaros, de los que debian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fuéron á poner fuego á una selva, que estaba allí cerca, como á hacienda del gobernador: comenzaron á arder los árboles y á favorecer la ira el viento, que aumentando las llamas y el humo, todos temieron ser ciegos y abrasados; llegábase la noche, que aunque fuera clara, se escureciera, cuanto mas siendo escura y tenebrosa; los gemidos de los que morian, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los bárbaros ponian miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira y la venganza; poníanle, sí, en los de los miserables apiñados, que no sabian qué hacerse, adónde irse, ó cómo valerse: y en esta sazon tan confusa no se olvidó el cielo de socorrerles por tan extraña novedad, que la tuvieron por milagro.

Ya casi cerraba la noche, y como se ha dicho, escura y tenebrosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, cuando un bárbaro mancebo se llegó á Periandro, y en lengua castellana, que dél fué bien entendida, le dijo: Sígueme, hermosa doncella, y di que hagan lo mismo las personas que contigo están, que yo os pondré en salvo, si los cielos me ayudan. No le respondió palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animasen y le siguiesen, y así pisando muertos y hollando armas, siguieron al jóven bárbaro que les guiaba: llevaban las llamas de la ardiente selva á las espaldas, que les servian de viento que el paso les alijerase: los muchos años de Cloelia, y los pocos de Auristela, no permitian que al paso de su guia tendiesen el suyo. Viendo lo cual el bárbaro robusto y de fuerzas asió de Cloelia y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela: la intérprete, ménos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguia: desta manera cayendo y levantando, como decirse suele, llegaron á la marina, y habiendo andado como una milla por ella hácia la banda del norte, se entró el bárbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba y salia: pocos pasos anduvieron por ella, torciéndose á una y otra parte, estrechándose en una y alargándose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pié y derechos, hasta que salieron, á su parecer, á un campo raso, pues les pareció que podian libremente enderezarse, que así se lo dijo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la escuridad de la noche, y porque las luces de los encendidos montes, que entónces con mas rigor ardian, allí llegar no podian. Bendito sea Dios, dijo el bárbaro en la misma lengua castellana, que nos ha traido á este lugar, que aunque en él se puede temer algun peligro, no será de muerte: en esto vieron que hácia ellos venía corriendo una gran luz, bien así como cometa, ó por mejor decir, exhalacion que por el aire camina. Esperáranla con temor, si el bárbaro no dijera: Este es mi padre, que viene á recebirme. Periandro, que aunque no muy despiertamente sabía hablar la lengua castellana, le dijo: El cielo te pague, ó ángel humano ó quien quiera que seas, el bien que nos has hecho, que aunque no sea otro que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegó en esto la luz, que la traia uno al parecer bárbaro, cuyo aspecto la edad de poco mas de cincuenta años le señalaba: llegando, puso la luz en tierra, que era un grueso palo de tea, y á brazos abiertos se fué á su hijo, á quien preguntó en castellano que qué le habia sucedido, que con tal compañía volvia. Padre, respondió el mozo, vamos á nuestro rancho, que hay muchas cosas que decir, y muchas mas que pensar: la isla se abrasa, casi todos los moradores de ella quedan hechos ceniza ó medio abrasados; estas pocas reliquias que aquí veis, por impulso del cielo las he hurtado á las llamas y al filo de los bárbaros puñales: vamos, señor, como tengo dicho, á nuestro rancho, para que la caridad de mi madre y de mi hermana se muestre y ejercite en acariciar á estos mis cansados y temerosos huéspedes. Guió el padre, siguiéronle todos, animóse Cloelia, pues caminó á pié, no quiso dejar Periandro la hermosa carga que llevaba, por no ser posible que le diese pesadumbre, siendo Auristela único bien suyo en la tierra.

Poco anduvieron, cuando llegaron á una altísima peña, al pié de la cual descubrieron un anchísimo espacio ó cueva, á quien servian de techo y de paredes las mismas peñas; salieron con teas encendidas en las manos dos mujeres vestidas al traje bárbaro, la una muchacha de hasta quince años, y la otra hasta treinta, esta hermosa, pero la muchacha hermosísima. La una dijo: ¡Ay padre y hermano mio! y la otra no dijo mas sino: Seais bien venido, regalado hijo de mi alma. La intérprete estaba admirada de oir hablar en aquella parte, y á mujeres que parecian bárbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraba, y cuando les iba á preguntar qué misterio tenia saber ellas aquel lenguaje, lo estorbó mandar el padre á su esposa y á su hija que aderezasen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueva: ellas lo obedecieron, arrimando á las paredes las teas: en un instante solícitas y diligentes sacaron de otra cueva, que mas adentro se hacia, pieles de cabras y ovejas y de otros animales, con que quedó el suelo adornado, y se reparó el frio que comenzaba á fatigarles.

CAPITULO V.

De la cuenta que dió de sí el bárbaro español á sus nuevos huéspedes.

Presta y breve fué la cena, pero por cenarla sin sobresalto la hizo sabrosa; renovaron las teas, y aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente. las vajillas que en la cena sirvieron, ni fuéron de plata ni de Pisa: las manos de la bárbara y bárbaro pequeños, fuéron los platos, y unas córtezas de árboles, un poco mas agradables que de corcho, fuéron los vasos. Quedóse Candia léjos, y sirvió en su lugar agua pura, limpia y frigidísima; quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años mas amigos son del sueño que de otra cualquiera conversacion, por gustosa que sea. Acomodóla la bárbara grande en el segundo apartamiento, haciéndole de pieles así colchones como frazadas: volvió á sentarse con los demas, á quien el español dijo en lengua castellana desta manera: Puesto que estaba en razon que yo supiera primero, señores mios, algo de vuestra hacienda y sucesos, ántes que os dijera los mios, quiero por obligaros que los sepais, porque los vuestros no se me encubran despues que los mios hubiéredes oido.

Yo, segun la buena suerte quiso, nací en España, en una de las mejores provincias della: echáronme al mundo padres medianamente nobles, criáronme como ricos, llegué a las puertas de la gramática, que son aquellas por donde se entra á las demas ciencias, inclinóme mi estrella, si bien en parte á las letras, mucho mas á las armas: no tuve amistad en mis verdes años ni con Céres ni con Baco, y así en mí siempre estuvo Vénus fria. Llevado pues de mi inclinacion natural, dejé mi patria, y fuíme á la guerra que entónces la majestad del césar Cárlos V hacía en Alemanía contra algunos potentados della; fuéme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el Emperador, tuve amigos, y sobre todo aprendí á ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte cristiano: volví á mi patria honrado y rico, con propósito de estarme en ella algunos dias gozando de mis padres que aun vivian, y de los amigos que me esperaban; pero esta que llaman fortuna, que yo no sé lo que se sea, envidiosa de mi sosiego, volviendo la rueda, que dicen que tiene, me derribó de su cumbre adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por instrumento para hacerlo á un caballero, hijo segundo de un titulado que junto á mi lugar el de su estado tenia.

Este pues vino á mi pueblo á ver unas fiestas: estando en la plaza en una rueda ó corro de hidalgos y caballeros, donde yo tambien hacia número, volviéndose á mí, con ademan arrogante y risueño, me dijo: Bravo estáis, señor Antonio, mucho le ha aprovechado la plática de Flándes y de Italia, porque en verdad que está bizarro; y sepa el buen Antonio, que yo le quiero mucho. Yo le respondí (porque yo soy aquel Antonio): Beso á vuesa señoría las manos mil veces por la merced que me hace; en fin, vuesa señoría hace como quien es en honrar á sus compatriotas y servidores; pero con todo eso, quiero que vuesa señoría entienda que las galas yo me las llevé de mi tierra á Flándes, y con la buena crianza nací del vientre de mi madre; ansí que por esto ni merezco ser alabado ni vituperado, y con todo bueno ó malo que yo sea soy muy servidor de vuesa señoría, á quien suplico me honre, como merecen mis buenos deseos. Un hidalgo que estaba á mi lado, grande amigo mio, me dijo, y no tan bajo que no lo pudo oir el caballero: Mirad, amigo Antonio, cómo hablais, que al señor don fulano no le llamamos acá señoría: á lo que respondió el caballero, ántes que yo respondiese: El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de merced dicen señoría. Bien sé, dije yo, los usos y las ceremonias de cualquiera buena crianza, y el llamar á vuesa señoría, señoría, no es al modo de Italia, sino porque entiendo, que el que me ha de llamar vos ha de ser señoría, á modo de España: y yo por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos, merezco el merced de cualquier señoría, y quien otra cosa dijere (y esto echando mano á mi espada) está muy léjos de ser bien criado; y diciendo y haciendo, le dí dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera que no supo lo que le habia acontecido, ni hizo cosa en su desagravio que fuese de provecho, y yo sustenté la ofensa, estándome quedo con mi espada desnuda en la mano. Pero pasándosele la turbacion, puso mano á su espada, y con gentil brio procuró vengar su injuria; mas yo no le dejé poner en efecto su honrada determinacion, ni á él la sangre que le corria de la cabeza de una de las dos heridas.

Alborotáronse los circunstantes: pusieron mano contra mí: retiréme á casa de mis padres, contéles el caso; y advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros y de un buen caballo, aconsejándome á que me pusiese en cobro, porque me habia granjeado muchos, fuertes y poderosos enemigos: hícelo ansí, y en dos dias pisé la raya de Aragon, donde respiré algun tanto de mi no vista priesa. En resolucion, con poco ménos diligencia me puse en Alemania, donde volví á servir al Emperador: allí me avisaron que mi enemigo me buscaba con otros muchos para matarme del modo que pudiese; temí este peligro, como era razon que lo temiese; volvíme á España, porque no hay mejor asilo que el que promete la casa del mismo enemigo: vi á mis padres de noche, tornáronme á proveer de dineros y joyas, con que vine á Lisboa, y me embarqué en una nave, que estaba con las velas en alto para partirse á Ingalaterra, en la cual iban algunos caballeros ingleses, que habian venido llevados de su curiosidad á ver á España, y habiéndola visto toda, ó por lo ménos las mejores ciudades della, se volvian á su patria.

Sucedió pues que yo me revolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero inglés, á quien fué forzoso darle un bofeton: llamó este golpe la cólera de los demas marineros, y de toda la chusma de la nave, que comenzaron á tirarme todos los instrumentos arrojadizos que les vinieron á las manos; retiréme al castillo de popa, y tomé por defensa á uno de los caballeros ingleses, poniéndome á sus espaldas, cuya defensa me valió de modo, que no perdí luego la vida: los demas caballeros sosegaron la turba, pero fué con condicion, que me arrojasen á la mar, ó que me diesen el esquife ó barquilla de la nave, en que me volviese á España, ó adonde el cielo me llevase. Hízose así, diéronme la barca proveida con dos barriles de agua, uno de manteca y alguna cantidad de bizcocho: agradecí á mis valedores la merced que me hacian, entré en la barca con solos dos re-

mos, alargóse la nave, vino la noche escura, halléme solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino que aquel que le concedia el no contrastar contra las olas ni contra el viento: alcé los ojos al cielo, encomendéme á Dios con la mayor devocion que pude, miré al norte, por donde distinguí el camino que hacia, pero no supe el paraje en que estaba. Seis dias y seis noches anduve desta manera, confiando mas en la benignidad de los cielos que en la fuerza de mis brazos, los cuales ya cansados y sin vigor alguno, del continuo trabajo, abandonaron los remos, que quité de los escalamos, y los puse dentro la barca, para servirme dellos cuando el mar lo consintiese ó las fuerzas me ayudasen. Tendíme de largo á largo de espaldas en la barca, cerré los ojos, y en lo secreto de mi corazon no quedó santo en el cielo á quien no llamase en mi ayuda, y en mitad deste aprieto, y en medio desta necesidad (cosa dura de creer), me sobrevino un sueño tan pesado, que borrándome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido (tales son las fuerzas de lo que pide y ha menester nuestra naturaleza); pero allá en el sueño me representaba la imaginacion mil géneros de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas dellas me parecia que me comian lobos y despedazaban fieras, de modo que dormido y despierto era una muerte dilatada mi vida.

Deste no apacible sueño me despertó con sobresalto una furiosa ola del mar, que pasando por cima de la barca, la llenó de agua: reconocí el peligro, volví, como mejor pude, el mar al mar, torné á valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon, vi que el mar se ensoberbecia, azotado y herido de un viento ábrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderío; vi que era simpleza oponer mi débil barca á su furia, y con mis flacas y desmayadas fuerzas á su rigor: y así torné á recoger los remos, y á dejar correr la barca por donde las olas y el viento quisiesen llevarla. Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecian; finalmente no sé á cabo de cuantos dias y noches que anduve vagabundo por el mar, siempre mas inquieto y alterado, me vine á hallar junto á una isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella á manadas discurrian: lleguéme al abrigo de una peña, que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra por temor de los animales que habia visto, comí del bizcocho ya remojado, que la necesidad y la hambre no reparan en nada, llegó la noche ménos escura que habia sido la pasada, pareció que el mar se sosegaba, y prometia mas quietud el venidero dia, miré al cielo, vi las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas y sosiego en el aire.

Estando en esto, me pareció por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servia de puerto se coronaba de los mismos lobos que en la marina habia visto, y que uno dellos (como es la verdad) me dijo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: Español, hazte á lo largo, y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en esta morir hecho pedazos por nuestras uñas y dientes; y no preguntes quién es el que esto te dice, sino da gracias al cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras. Si quedé espantado ó no, á vuestra consideracion lo dejo; pero no fué bastante la turbacion mia para dejar de poner en obra el consejo que se me habia dado: apreté los escalamos, até los remos, esforcé los brazos y salí al mar descubierto; mas como suele acontecer que las desdichas y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir cuántos fuéron los dias que anduve por aquellos mares, tragando, no una, sino mil muertes á cada paso, hasta que arrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde dí al traves con ella, en la misma parte y lugar adonde está la boca de la cueva por donde aquí entrastes. Llegó la barca á dar casi en seco por la cueva adentro, pero volvíala á sacar la resaca: viendo yo lo cual, me arrojé della, y clavando las uñas en la arena, no dí lugar á que la resaca al mar me volviese; y aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holgué de mudar género de muerte, y quedarme en tierra; que como se dilate la vida, no se desmaya la esperanza.

A este punto llegaba el bárbaro español, que este título le daba su traje, cuando en la estancia mas adentro donde habian dejado á Cloelia se oyeron tiernos gemidos y sollozos; acudieron al instante con luces Auristela, Periandro y todos los demas á ver qué sería, y hallaron que Cloelia, arrimadas las espaldas á la peña, sentada en las pieles tenia los ojos clavados en el cielo, y casi quebrados. Llegóse á ella Auristela, y á voces compasivas y dolorosas le dijo: ¿Qué es esto, ama mia? ¿Cómo, y es posible que me quereis dejar en esta soledad y á tiempo que mas he menester valerme de vuestros consejos? Volvió en sí algun tanto Cloelia, y tomando la mano de Auristela, le dijo: Ves ahí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo; yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viera en el sosiego que merece; pero si no lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor que es en mi mano le ofrezco mi vida: lo que te ruego es, señora mia, que cuando la buena suerte quisiere (que sí querrá) que te veas en tu estado, y mis padres aun fueren vivos, ó alguno de mis parientes, les digas cómo yo muero cristiana en la fe de Jesucristo, y en la que tiene, que es la misma, la santa Iglesia católica romana; y no te digo mas, porque no puedo. Esto dicho, y muchas veces pronunciando el nombre de Jesus, cerró los ojos en tenebrosa noche, á cuyo espectáculo tambien cerró los suyos Auristela con un profundo desmayo: hiciéronse fuentes los de Periandro, y rios los de todos los circunstantes: acudió Periandro á socorrer á Auristela, la cual vuelta en sí acrecentó las lágrimas y comenzó suspiros nuevos, y dijo razones que movieran á lástima á las piedras: ordenóse que otro dia la sepultasen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella bárbara y su hermano, los demas se fuéron á reposar lo poco que de la noche les faltaba.

CAPITULO VI.

Donde el bárbaro español prosigue su historia.

Tardó aquel dia en mostrarse al mundo al parecer mas de lo acostumbrado, á causa que el humo y pavesas del incendio de la isla, que aun duraba, impedia que los rayos del sol por aquella parte no pasasen á la tierra: mandó el bárbaro español á su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces solia, y se informase de lo que

en la isla pasaba. Con alborotado sueño pasaron los demas aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia no consintió que Auristela durmiese, y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia á Periandro, el cual con Auristela salió al raso de aquel sitio, y vió que era hecho y fabricado de la naturaleza, como si la industria y el arte le hubieran compuesto: era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas, y á su parecer tanteó que bojaba poco mas de una legua; todo lleno de árboles silvestres, que ofrecian frutos, si bien ásperos, comestibles á lo ménos. Estaba crecida la yerba, porque las muchas aguas que de las peñas salian las tenian en perpetua verdura, todo lo cual le admiraba y suspendia, y llegó en esto el bárbaro español, y dijo: Venid, señores, y darémos sepultura á la difunta, y fin á mi comenzada historia: hiciéronlo así, y enterraron á Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pusiese una cruz encima, para señal de que aquel cuerpo habia sido cristiano. El español respondió que él traeria una gran cruz que en su estancia tenia, y la pondria encima de aquella sepultura: diéronle todos el último vale, renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto pues que el mozo bárbaro volvia, se volvieron todos á encerrar en el cóncavo de la peña donde habian dormido, por defenderse del frio que con rigor amenazaba; y habiéndose sentado en las blandas pieles, pidió el bárbaro silencio, y prosiguió su cuento en esta forma:

Cuando me dejó la barca en que venia en la arena, y la mar tornó á cobrarla, ya dije que con ella se me fué la esperanza de la libertad, pues aun ahora no la tengo de cobrarla; entré aquí dentro, vi este sitio, y parecióme que la naturaleza le habia hecho y formado para ser teatro donde se representase la tragedia de mis desgracias; admiróme el no ver gente alguna, sino algunas cabras monteses y animales pequeños de diversos géneros; rodeé todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas, y señaléla para mi morada; finalmente, habiéndolo rodeado todo, volvi á la entrada, que aquí me habia conducido, por ver si oia voz humana, ó descubria quien me dijese en qué parte estaba; y la buena suerte, y los piadosos cielos, que aun del todo no me tenian olvidado, me depararon una muchacha bárbara de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando: pasmóse viéndome, pegáronsele los piés en la arena, soltó las cogidas conchuelas, y derramósele el marisco, y cogiéndola entre mis brazos sin decirla palabra, ni ella á mí tampoco, me entré por la cueva adelante, y la traje á este mesmo lugar donde agora estamos: púsela en el suelo, beséle las manos, halaguéle el rostro con las mias, y hice todas las señales y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de cuando en cuando, ya perdido el miedo, se reia y me abrazaba, y sacando del seno una manera de pan hecho á su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y á lo que despues acá he sabido, en lo que decia me rogaba que comiese: yo lo hice ansí porque lo habia bien menester: ella me asió por la mano, y me llevó á aquel arroyo, que allí está, donde asimismo por señas me rogó que bebiese. Yo no me hartaba de mirarla, pareciéndome ántes ángel del cielo que bárbara de la tierra: volví á la entrada de la cueva, y allí con señas y con palabras, que ella no entendia, le supliqué, como si ella las entendiera, que volviese á verme: con esto la abracé de nuevo, y ella simple y piadosa me besó en la frente, y me hizo claras y ciertas señas de que volveria á verme: hecho esto, torné á pisar este sitio, y á requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas y algunas peras silvestres: di gracias á Dios del hallazgo, y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio: pasé aquella noche en este mismo lugar, esperé el dia, y en él esperé tambien la vuelta de mi bárbara hermosa, de quien comencé á temer y á recelar que me habia de descubrir y entregarme á los bárbaros, de quien imaginé estar llena esta isla; pero sacóme deste temor el verla volver algo entrado el dia, bella como el sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen.

Aquí llegaba de su historia el español gallardo, cuando llegó el que habia ido á saber lo que en la isla pasaba, el cual dijo, que casi toda estaba abrasada, y todos ó los mas de los bárbaros muertos, unos á hierro, y otros á fuego, y que si algunos habia vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se habian entrado al mar por huir en el agua el fuego de la tierra; que bien podian salir de allí, y pasear la isla por la parte que el fuego les diese licencia, y que cada uno pensase qué remedio se tomaria para escapar de aquella tierra maldita; que por allí cerca habia otras islas de gente ménos bárbara habitadas; que quizá mudando de lugar, mudarian de ventura. Sosiégate, hijo, un poco, que estoy dando cuenta á estos señores de mis sucesos, y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas. No te canses, señor mio, dijo la bárbara grande, en referirlos tan por extenso, que podrá ser que te canses, ó que canses: déjame á mí que cuente lo que queda, á lo ménos hasta este punto en que estamos. Soy contento, respondió el español, porque me le dará muy grande el ver cómo las relatas.

Es pues el caso, replicó la bárbara, que mis muchas entradas y salidas en este lugar le dieron bastante para que de mí y de mi esposo naciese esta muchacha y este niño: llamo esposo á este señor, porque ántes que me conociese del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos cristianos: háme enseñado su lengua, y yo á él la mia, y en ella ansimismo me enseñó la ley católica cristiana: dióme agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran; declaróme su fe como él la sabe, la cual yo asenté en mi alma y en mi corazon, donde le he dado el crédito que he podido darle: creo en la santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, no son tres dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero: finalmente, creo todo lo que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y visorey de Dios en la tierra, sucesor legítimo

de S. Pedro, su primer pastor despues de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia. Díjome grandezas de la siempre Vírgen María reina de los cielos y señora de los ángeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo, y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo por parecerme que las dichas bastan para que entendais que soy católica cristiana. Yo simple y compasiva le entregué un alma rústica, y él (merced á los cielos) me la ha vuelto discreta y cristiana: entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia á nadie, y deste entrego resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero; en veces le traje alguna cantidad de oro de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el dia, que ha de ser tan dichoso, que nos saque desta prision, y nos lleve adonde con libertad y certeza y sin escrúpulo seamos unos de los del rebaño de Cristo, en quien adoro, en aquella cruz que allí veis. Esto que he dicho me pareció á mí era lo que le faltaba por decir á mi señor Antonio, que así se llamaba el español bárbaro, el cual dijo: Dices verdad, Ricla mia, que este era el propio nombre de la bárbara, con cuya variable historia admiraron á los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron, y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima á las dos bárbaras, madre y hija.

El mozo bárbaro, que tambien como su padre se llamaba Antonio, dijo á esta sazon no ser bien estar allí ociosos, sin dar traza y órden como salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla, que á mas andar ardia, sobrepujase las altas sierras, ó traidas del viento cayesen en aquel sitio, todos se abrasarian. Dices verdad, hijo, respondió el padre. Soy de parecer, dijo Ricla, que aguardemos dos dias, porque de una isla que está tan cerca desta, que algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzó la vista á verla, della vienen á esta sus moradores á vender y á trocar lo que tienen con lo que tenemos, y á trueco por trueco. Yo saldré de aquí, y pues ya no hay nadie que me escuche ó que me impida, pues ni oyen ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca, por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo de la riguridad del fuego; pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes á defender que no entre agua por los costados; pero á lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras barcas, que suelen llegar á nuestras riberas á vender doncellas ó varones para la vana supersticion que habréis oido decir que en esta isla há muchos tiempos que se acostumbra: por donde vengo á entender que estas tales barcas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dicen que suceden á cada paso. A lo que añadió Periandro: ¿No ha usado el señor Antonio deste remedio en tantos años como há que está aquí encerrado? No, respondió Ricla; porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar excusa que dar para la compra. Así es, dijo Antonio, y no por no fiarme de la debilidad de los bajeles; pero agora que me ha dado el cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estará atenta á ver cuando vengan los mercaderes de la otra isla, y sin reparar el precio comprará una barca con todo el necesario matalotaje, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolucion, todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el fuego habia hecho y las armas: vieron mil diferentes géneros de muertes de quien la cólera, sinrazon y enojo suelen ser inventores: vieron asimismo que los bárbaros que habian quedado vivos, recogiéndose á sus balsas, desde léjos estaban mirando el riguroso incendio de su patria, y algunos se habian pasado á la isla, que servia de prision á los cautivos. Quisiera Auristela que pasaran á la isla, á ver si en la escura mazmorra quedaban algunos; pero no fué menester, porque vieron venir una balsa, y en ella hasta veinte personas, cuyo traje dió á entender ser los miserables que en la mazmorra estaban. Llegaron á la marina, besaron la tierra y casi dieron muestras de adorar el fuego, por haberles dicho el bárbaro que los sacó del calabozo escuro, que la isla se abrasaba, y que ya no tenian que temer á los bárbaros. Fuéron recebidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que les fué posible; algunos contaron sus miserias, y otros las dejaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas. Ricla se admiró de que hubiese habido bárbaro tan piadoso que los sacase, y de que no hubiesen pasado á la isla de la prision parte de aquellos que á las balsas se habian recogido; uno de los prisioneros dijo, que el bárbaro que los habia libertado (en lengua italiana) les habia dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejándoles que pasasen á ella á satisfacerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarian, y que él vendria en otra balsa, que allá quedaba, á tenerles compañía, y á dar traza en su libertad.

Los sucesos que contaron fuéron tan diferentes, tan extraños y tan desdichados, que unos les sacaban las lágrimas á los ojos, y otros la risa del pecho. En esto vieron venir hácia la isla hasta seis barcas, de aquellas de quien Ricla habia dado noticia: hicieron escala, pero no sacaron mercadería alguna, por no parecer bárbaro que la comprase. Concertó Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intencion de llevarlas; no quisieron venderle sino las cuatro, porque les quedasen dos para volverse: hízose el precio con liberalidad notable, sin que en él hubiese tanto mas cuanto. Fué Ricla á su cueva, y en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron: dieron dos barcas á los que habian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron: en la una todos los bastimentos que pudieron recoger, con cuatro personas de las recien libres, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre y Antonio el hijo con la hermosa Ricla y la discreta Transila, y la gallarda Constanza hija de Ricla y de Antonio: quiso Auristela ir á despedirse de los huesos de su querida Cloelia, acompañáronla todos, lloró sobre la sepultura, y entre lágrimas de tristeza, y entre muestras de alegría volvieron á embarcarse, habiendo primero en la marina hincádose de rodillas, y suplicado al cielo con tierna y devota oracion les diese feliz viaje, y los enseñase el camino que tomarian. Sirvió la barca de Perian-

ro de capitana, á quien siguieron los demas, y al tiempo que querian dar los remos al agua, porque velas no las tenian, llegó á la orilla del mar un bárbaro gallardo, que á grandes voces en lengua toscana dijo : Si por ventura sois cristianos los que vais en esas barcas, recoged á este que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplica. Uno de las otras barcas dijo : Este bárbaro, señores, es el que nos sacó de la mazmorra ; si quereis corresponder á la bondad que parece que teneis (y esto encaminando su plática á los de la barca primera), bien será que lo pagueis el bien que nos hizo, con el que le haceis recogiéndole en nuestra compañía. Oyendo lo cual Periandro, le mandó llegase su barca á tierra y le recogiese en la que llevaba los bastimentos ; hecho esto alzaron las voces con alegres acentos, y tomando los remos en las manos dieron alegre principio á su viaje.

CAPITULO VII.

Navegan desde la isla bárbara á otra isla que descubrieron.

Cuatro millas poco mas ó ménos habrian navegado las cuatro barcas, cuando descubrieron una poderosa nave, que con todas las velas tendidas y viento en popa, parecia que venia á embestirles. Periandro dijo, habiéndola visto : Sin duda este navío debe ser el de Arnaldo, que vuelve á saber de mi suceso, y tuviéralo yo por muy bueno agora no verle. Habia ya contado Periandro á Auristela todo lo que con Arnaldo le habia pasado, y lo que entre los dos dejaron concertado. Turbóse Auristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien habia dicho, aunque breve y sucintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le habia acontecido : no quisiera ver juntos á los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo y de Periandro, todavía el temor de que podia ser descubierto el parentesco, la fatigaba, y mas que ¿ quién le quitaria á Periandro no estar celoso, viendo á los ojos tan poderoso contrario? que no hay discrecion que valga, ni amorosa fe que asegure el enamorado pecho, cuando por su desventura entran en él celosas sospechas ; pero de todas estas le aseguró el viento, que volvió en un instante el soplo, que daba de lleno y en popa á las velas en contrario, de modo que á vista suya y en un momento breve dejó la nave derribar las velas de alto abajo, y en otro instante, casi invisible, las izaron y levantaron hasta las gavias, y la nave comenzó á correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongándose de las barcas con toda priesa.

Respiró Auristela, cobró nuevo aliento Periandro ; pero los demas que en las barcas iban quisieran mudarlas, entrándose en la nave, que por su grandeza mas seguridad de las vidas y mas felice viaje pudiera prometerles. En ménos de dos horas se les encubrió la nave, á quien quisieran seguir si pudieran ; mas no les fué posible, ni pudieron hacer otra cosa que encaminarse á una isla, cuyas altas montañas cubiertas de nieve hacian parecer que estaba cerca, distando de allí mas de seis leguas. Cerraba la noche algun tanto escura, picaba el viento largo y en popa, que fué mucho alivio á los brazos, que volviendo á tomar los remos, se dieron priesa á tomar la isla. La media noche seria, segun el tanteo que el bárbaro Antonio hizo del norte y de las guardas, cuando llegaron á ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideracion, dieron con las barcas en tierra, y á fuerza de brazos las vararon.

Era la noche fria de tal modo, que les obligó á buscar reparos para el hielo, pero no hallaron ninguno : ordenó Periandro que todas las mujeres se entrasen en la barca capitana, y apiñándose en ella, con la compañía y estrecheza templasen el frio : hízose así, y los hombres hicieron cuerpo de guarda á la barca, paseándose como centinelas de una parte á otra, esperando el dia para descubrir en qué parte estaban, porque no pudieron saber por entónces si era ó no despoblada la isla ; y como es cosa natural que los cuidados destierren el sueño, ninguno de aquella cuidadosa compañía pudo cerrar los ojos ; lo cual visto por el bárbaro Antonio, dijo al bárbaro italiano que para entretener el tiempo, y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche, fuese servido de entretenerles contándoles los sucesos de su vida, porque no podian dejar de ser peregrinos y raros, pues en tal traje y en tal lugar le habian puesto. Haré yo eso de muy buena gana, respondió el bárbaro italiano, aunque temo que por ser mis desgracias tantas, tan nuevas y tan extraordinarias, no me habeis de dar crédito alguno. A lo que dijo Periandro : En las que á nosotros nos han sucedido nos hemos ensayado y dispuesto á creer cuantas nos contaren, puesto que tengan mas de lo imposible que de lo verdadero. Lleguémonos aquí, respondió el bárbaro, al borde desta barca, donde están estas señoras, quizá alguna al son de la voz de mi cuento se quedará dormida, y quizá alguna, desterrando el sueño, se mostrará compasiva ; que es alivio al que cuenta sus desventuras ver ó oir que hay quien se duela dellas. A lo ménos por mí, respondió Ricla de dentro de la barca y á pesar del sueño, tengo lágrimas que ofrecer á la compasion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas : casi lo mismo dijo Auristela, y así todos rodearon la barca, y con atento oido estuvieron escuchando lo que el que parecia bárbaro decia, el cual comenzó su historia desta manera.

CAPITULO VIII.

Donde Rutilio da cuenta de su vida.

Mi nombre es Rutilio, mi patria Sena, una de las mas famosas ciudades de Italia, mi oficio maestro de danzar, único en él, y venturoso, si yo quisiera. Habia en Sena un caballero rico, á quien el cielo dió una hija mas hermosa que discreta, á la cual trató de casar su padre con un caballero florentin, y por entregársela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban, quiso que yo la enseñase á danzar ; que la gentileza, gallardía y disposicion del cuerpo en los bailes honestos mas que en otros pasos se señalan, y á las damas principales les está muy bien saberlos, para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré á enseñarla los movimientos del cuerpo ; pero movila los del alma, pues como no discreta, como he dicho, rindió la suya á la mia ; y la suerte, que de corriente larga traia encaminadas mis desgracias, hizo que para que los dos nos gozásemos, yo la sacase de en casa de su padre, y la llevase á Roma ; pero como el amor no da baratos sus gustos, y los delitos llevan á las espaldas el castigo (pues siempre se teme), en el camino nos prendieron á los dos, por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confesion y la mia, que fué decir que yo llevaba á mi

esposa y ella se iba con su marido, no fué bastante para no agravar mi culpa, tanto que obligó al juez, movió y convenció á sentenciarme á muerte.

Apartáronme en la prision con los ya condenados á ella por otros delitos no tan honrados como el mio. Visitóme en el calabozo una mujer, que decian estaba presa por *fatuchérie*, que en castellano se llaman *hechiceras*, que la alcaidesa de la cárcel habia hecho soltar de las prisiones, y llevádola á su aposento, á título de que con yerbas y palabras habia de curar á una hija suya de una enfermedad que los médicos no acertaban á curarla. Finalmente, por abreviar mi historia, pues no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo lo parezca; viéndome yo atado, y con el cordel á la garganta, sentenciado al suplicio, sin órden ni esperanza de remedio, dí el sí á lo que la hechicera me pidió, de ser su marido, si me sacaba de aquel trabajo. Díjome que no tuviese pena, que aquella misma noche del dia que sucedió esta plática ella romperia las cadenas y los cepos, y á pesar de otro cualquier impedimento me pondria en libertad y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos, aunque fuesen muchos y poderosos. Túvela no por hechicera, sino por ángel que enviaba el cielo para mi remedio; esperé la noche, y en la mitad de su silencio llegó á mí, y me dijo que asiese de la punta de una caña, que me puso en la mano, diciéndome la siguiese: turbéme algun tanto; pero como el interes era tan grande, moví los piés para seguirla, y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de todo la prision de par en par abiertas, y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados. En saliendo á la calle tendió en el suelo mi guiadora un manto, y mandóme que pusiese los piés en él; me dijo que tuviese buen ánimo, que por entónces dejase mis devociones: luego vi mala señal, luego conocí que queria llevarme por los aires, y aunque como cristiano bien enseñado tenia por burla todas estas hechicerías (como es razon que se tengan), todavía el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dejó atropellar por todo, y en fin puse los piés en la mitad del manto, y ella ni mas ni ménos, murmurando unas razones que yo no pude entender, y el manto comenzó á levantarse en el aire, y yo comencé á temer poderosamente, y en mi corazon no tuvo santo la letanía á quien no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo, y presentir mis rogativas, y volvióme á mandar que las dejase. Desdichado de mí, dije, ¿qué bien puedo esperar, si se me niega el pedirle á Dios, de quien todos los bienes vienen? En resolucion, cerré los ojos y dejéme llevar de los diablos, que no son otras las postas de las hechiceras, y al parecer, cuatro horas ó poco mas habia volado, cuando me hallé al crepúsculo del dia en una tierra no conocida.

Tocó el manto el suelo, y mi guiadora me dijo: En parte estás, amigo Rutilio, que todo el género humano no podrá ofenderte; y diciendo esto, comenzó á abrazarme no muy honestamente: apartéla de mí con los brazos, y como mejor pude divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya vision me heló el alma, me turbó los sentidos, y dió con mi mucho ánimo al traves; pero como suele acontecer que en los grandes peligros la poca esperanza de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mias me pusieron en la mano un cuchillo, que acaso en el seno traia, y con furia y rabia se le hinqué por el pecho á la que pensé ser loba, la cual cayendo en el suelo perdió aquella fea figura, y hallé muerta y corriendo sangre á la desventurada encantadora.

Considerad, señores, cuál quedaria yo en tierra no conocida, y sin persona que me guiase. Estuve esperando el dia muchas horas, pero nunca acababa de llegar, ni por los horizontes se descubria señal de que el sol viniese: apartéme de aquel cadáver, porque me causaba horror y espanto el tenerle cerca de mí; volvia muy á menudo los ojos al cielo, contemplaba el movimiento de las estrellas, y pareciame, segun el curso que habian hecho, que ya habia de ser de dia. Estando en esta confusion, oí que venia hablando por junto de donde estaba alguna gente, y así fué verdad, y saliéndoles al encuentro, les pregunté en mi lengua toscana, que me dijesen qué tierra era aquella; y uno dellos asimismo en italiano me respondió: Esta tierra es Noruega: pero ¿quién eres tú, que lo preguntas, y en lengua que en estas partes hay muy pocos que la entiendan? Yo soy, respondí, un miserable que por huir de la muerte he venido á caer en sus manos; y en breves razones le dí cuenta de mi viaje, y aun de la muerte de la hechicera: mostró condolerse el que me hablaba, y díjome: Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al cielo por haberte librado del poder destas maléficas hechiceras, de las cuales hay mucha abundancia en estas setentrionales partes. Cuéntase dellas que se convierten en lobos, así machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficos y encantadores. Cómo esto pueda ser yo lo ignoro, y como cristiano que soy católico, no lo creo; pero la experiencia me muestra lo contrario; lo que puedo alcanzar es, que todas estas trasformaciones son ilusiones del demonio, y permision de Dios, y castigo de los abominables pecados deste maldito género de gente. Preguntéle qué hora podria ser, porque me parecia que la noche se alargaba, y el dia nunca venia. Respondióme, que en aquellas partes remotas se repartia el año en cuatro tiempos: tres meses habia de noche escura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna, y tres meses habia de crepúsculo del dia, sin que bien fuese noche, ni bien fuese dia: otros tres meses habia de dia claro continuado, sin que el sol se escondiese, y otros tres de crepúsculo de la noche, y que la sazon en que estaban era la del crepúsculo del dia: así que esperar la claridad del sol por entónces era esperanza vana, y que tambien lo seria esperar yo volver á mi tierra tan presto, sino fuese cuando llegase la sazon del dia grande, en la cual parten navíos destas partes á Ingalaterra, Francia y España con algunas mercancías. Preguntóme si tenia algun oficio en que ganar de comer, miéntras llegaba tiempo de volverme á mi tierra. Díjele que era bailarin y grande hombre de hacer cabriolas, y que sabía jugar de manos sutilísimamente. Rióse de gana el hombre, y me dijo que aquellos ejercicios, ó oficios (ó como llamarlos quisiese) no corrian en Noruega ni en todas aquellas partes. Preguntóme si sabria oficio de orífice. Díjele que tenia habilidad para aprender lo que me enseñase: pues venios, hermano, conmigo, aunque primero será bien que démos sepultura á esta miserable. Hicímoslo así, y llevóme á una ciudad, donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba. Preguntéle en el camino, que cómo ó cuándo habia venido á aquella tierra, y que si era ver-

daderamente italiano. Respondió que unos de sus pasados abuelos se habia casado en ella viniendo de Italia á negocios que le importaban, y á los hijos que tuvo les enseñó su lengua, y de uno en otro se extendió por todo su linaje, hasta llegar á él, que era uno de sus cuartos nietos, y así como vecino y morador tan antiguo, llevado de la aficion de sus hijos y mujer, se habia quedado hecho carne y sangre entre esta gente, sin acordarse de Italia, ni de los parientes que allá dijeron sus padres que tenian. Contar yo ahora la casa donde entré, la mujer é hijos que hallé, y criados (que tenia muchos), el gran caudal, el recebimiento y agasajo que me hicieron, sería proceder en infinito: basta decir en suma, que yo aprendí su oficio, y en pocos meses ganaba de comer por mi trabajo.

En este tiempo se llegó el de llegar el dia grande, y mi amo y maestro (que así le puedo llamar) ordenó de llevar gran cantidad de su mercancía á otras islas por allí cercanas, y á otras bien apartadas: fuíme con él, así por curiosidad como por vender algo que ya tenia de caudal, en el cual viaje vi cosas dignas de admiracion y espanto, y otras de risa y contento: noté costumbres, advertí en ceremonias no vistas, y de ninguna otra gente usadas: en fin, á cabo de dos meses corrimos una borrasca, que nos duró cerca de cuarenta dias, al cabo de los cuales dímos en esta isla, de donde hoy salimos, entre unas peñas, donde nuestro bajel se hizo pedazos, y ninguno de los que en él venian quedó vivo, sino yo.

CAPITULO IX.

Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.

Lo primero que se me ofreció á la vista, ántes que viese otra cosa alguna, fué un bárbaro pendiente y ahorcado de un árbol, por donde conocí que estaba en tierra de bárbaros salvajes, y luego el miedo me puso delante mil géneros de muertes, y no sabiendo qué hacerme, alguna ó todas juntas las temia y las esperaba: en fin, como la necesidad, segun se dice, es maestra de sutilizar el ingenio, dí en un pensamiento harto extraordinario, y fué, que descolgué al bárbaro del árbol, y habiéndome desnudado de todos mis vestidos, que enterré en la arena, me vestí de los suyos, que me vinieron bien, pues no tenian otra hechura que ser de pieles de animales, no cosidos, ni cortados á medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo habeis visto; para disimular la lengua, y que por ella no fuese conocido por extranjero, me fingí mudo y sordo, y con esta industria me entré por la isla adentro, saltando y haciendo cabriolas en el aire.

A poco trecho descubrí una gran cantidad de bárbaros, los cuales me rodearon, y en su lengua unos y otros, con gran priesa me preguntaron (á lo que despues acá he entendido) quién era, cómo me llamaba, adónde venía y adónde iba. Respondíles con callar, y hacer todas las señales de mudo mas aparentes que pude, y luego reiteraba los saltos y menudeaba las cabriolas. Salíme de entre ellos, siguiéronme los muchachos, que no me dejaban adonde quiera que iba: con esta industria pasé por bárbaro y por mudo, y los muchachos, por verme saltar y hacer gestos, me daban de comer de lo que tenian: desta manera he pasado tres años entre ellos, y aun pasara todos los de mi vida, sin ser conocido. Con la atencion y curiosidad noté su lengua, y aprendí mucha parte della, supe la profecía que de la duracion de su reino tenia profetizada un antiguo y sabio bárbaro, á quien ellos daban gran crédito: he visto sacrificar algunos varones para hacer la experiencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas doncellas para el mismo efecto, hasta que sucedió el incendio de la isla, que vosotros, señores, habeis visto; guardéme de las llamas, fui á dar aviso á los prisioneros de la mazmorra, donde vosotros sin duda habreis estado: vi estas barcas, acudí á la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogísteme en ellas, por lo que os doy infinitas gracias, y agora espero en la del cielo, que pues nos sacó de tanta miseria á todos, nos ha de dar en esto que pretendemos, felicísimo viaje.

Aquí dió fin Rutilio á su plática, con que dejó admirados y contentos á los oyentes; llegóse el dia áspero, turbio y con señales de nieve muy ciertas. Dióle Auristela á Periandro lo que Cloelia le habia dado la noche que murió, que fuéron dos pelotas de cera, que la una, como se vió, cubria una cruz de diamantes tan rica, que no acertaron á estimarla por no agraviar su valor; y la otra dos perlas redondas, asimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Auristela y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su gentil disposicion y agradable trato. El bárbaro Antonio, viniendo el dia, se entró un poco por la isla, pero no descubrió otra cosa que montañas y sierras de nieve; y volviendo á las barcas, dijo que la isla era despoblada, y que convenía partirse de allí luego á buscar otra parte donde recogerse del frio que amenazaba, y proveerse de los mantenimientos que presto les harian falta. Echaron con presteza las barcas al agua, embarcáronse todos, y pusieron las proas en otra isla, que no léjos de allí se descubria: en esto, yendo navegando, con el espacio que podian prometer dos remos, que no llevaba mas cada barca, oyeron que de la una de las otras dos salia una voz blanda, suave, de manera que les hizo estar atentos á escuchalla. Notaron, especialmente el bárbaro Antonio, el padre, que notó que lo que se cantaba era en lengua portuguesa, que él sabía muy bien. Calló la voz, y de allí á poco volvió á cantar en castellano, y no á otro tono de instrumentos, que al de remos que sesgamente por el tranquilo mar las barcas impelian, y notó que lo que cantaron fué esto:

Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
Camino aunque no usado, alegre y cierto,
Al hermoso, al seguro, al capaz puerto
Llevan la nave vuestra única y rara.

En Scilas, ni en Caribdis no repara,
Ni en peligro que el mar tenga encubierto,
Siguiendo su derrota al descubierto,
Que limpia honestidad su curso para.

Con todo, si os faltare la esperanza
De llegar á este puerto, no por eso
Giréis las velas, que será simpleza.

Que es enemigo amor de la mudanza,
Y nunca tuvo próspero suceso
El que no se quilata en la firmeza.

La bárbara Ricla dijo en callando la voz: Despacio debe de estar y ocioso el cantor que en semejante tiempo da su voz á los vientos; pero no lo juzgaron así Periandro y Auristela, porque le tuvieron por mas enamorado que ocioso al que cantado habia: que los enamorados fácilmente reconcilian los ánimos, y traban amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad; y

así con licencia de los demas que en su barca venian, aunque no fuera menester pedirla, hizo que el cantor se pasase á su barca, así por gozar de cerca de su voz, como saber de sus sucesos, porque persona que en tales tiempos cantaba, ó sentia mucho, ó no tenia sentimiento alguno. Juntáronse las barcas, pasó el músico á la de Periandro, y todos los de ella le hicieron agradable recogida: en entrando el músico, en medio portugues y en medio castellano dijo: Al cielo y á vosotros, señores, y á mi voz agradezco esta mudanza y esta mejora de navío: aunque creo que con mucha brevedad le dejaré libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que siento en el alma me van dando señales de que tengo la vida en sus últimos términos. Mejor lo hará el cielo, respondió Periandro, que pues yo soy vivo, no habrá trabajos que puedan matar á alguno. No sería esperanza aquella, dijo á esta sazon Auristela, á que pudiesen contrastar y derribar infortunios, pues así como la luz resplandece mas en las tinieblas, así la esperanza ha de estar mas firme en los trabajos; que el desesperarse en ellos es accion de pechos cobardes, y no hay mayor pusilanimidad ni bajeza que entregarse el trabajado (por mas que lo sea) á la desesperacion. El alma ha de estar, dijo Periandro, el un pié en los labios y el otro en los dientes, si es que hablo con propiedad, y no ha de dejar de esperar su remedio, porque sería agraviar á Dios, que no puede ser agraviado, poniendo tasa y coto á sus infinitas misericordias. Todo es así, respondió el músico, y yo lo creo, á despecho y pesar de las experiencias que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas.

No por estas pláticas dejaban de bogar, de modo que ántes de anochecer con dos horas llegaron á una isla tambien despoblada, aunque no de árboles, porque tenia muchos y llenos de fruto, que aunque pasado de sazon y seco, se dejaba comer: saltaron todos en tierra, en la cual vararon las barcas, y con gran priesa se dieron á desgajar árboles, y hacer una gruesa barraca para defenderse aquella noche del frio: hicieron asimismo fuego, ludiendo dos secos palos, el uno con el otro, artificio tan sabido como usado; y como todos trabajaban, en un punto se vió levantada la pobre máquina, donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciéndoles aquella choza dilatado alcázar. Satisfacieron la hambre, y acomodáronse á dormir luego, si el deseo que Periandro tenia de saber el suceso del músico no lo estorbara, porque le rogó si era posible les hiciese sabidores de sus desgracias, pues no podian ser venturas las que en aquellas partes le habian traido. Era cortés el cantor, y así, sin hacerse de rogar, dijo.

CAPITULO X.

De lo que contó el enamorado portugues.

Con mas breves razones de las que sean posibles, daré fin á mi cuento, con darle al de mi vida, si es que tengo de dar crédito á cierto sueño que la pasada noche me turbó el alma.

Yo, señores, soy portugues de nacion, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza: mi nombre es Manuel de Sosa Coutiño, mi patria Lisboa y mi ejercicio el de soldado: junto á la casa de mis padres, casi pared en medio, estaba la de otro caballero del antiguo linaje de los Pereiras, el cual tenia sola una hija, única heredera de sus bienes, que eran muchos, báculo y esperanza de la prosperidad de sus padres, la cual por el linaje, por la riqueza y por la hermosura era deseada de todos los mejores del reino de Portugal; y yo, que como mas vecino de su casa, tenia mas comodidad de verla, la miré, la conocí y la adoré con una esperanza mas dudosa que cierta, de que podria ser viniese á ser mi esposa; y por ahorrar de tiempo y por entender que con ella habian de valer poco requiebros, promesas ni dádivas, determiné de que un pariente mio se la pidiese á sus padres para esposa mia, pues ni en el linaje, ni en la hacienda, ni aun en la edad diferenciábamos en nada. La respuesta que trajo fué, que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse, que dejase pasar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo sin hacerme sabidor dello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia y en el escudo de la esperanza; pero no dejé por esto de servirla públicamente á sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella retirada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres admitia mis servicios, y daba á entender, que si no los agradecia con otros, por lo ménos no los desestimaba.

Sucedió que en este tiempo mi rey me envió por capitan general á una de las fuerzas que tiene en Berbería, oficio de calidad y de confianza: llegóse el dia de mi partida, y pues en él no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que mate, ni dolor que consuma; hablé á su padre, híciele que me volviese á dar la palabra de la espera de los dos años, túvome lástima, porque era discreto, y consintió que me despidiese de su mujer y de su hija Leonora, la cual, en compañía de su madre, salió á verme á una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardía y el silencio. Pasméme cuando vi tan cerca de mi tanta hermosura; quise hablar, y añudóseme la voz á la garganta y pegóseme al paladar la lengua, y no supe ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbacion, la cual vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo, y dijo: Nunca, señor Manuel de Sosa, los dias de partida dan licencia á la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su favor de vuesa merced mas que alguna otra retórica: vuesa merced vaya á ejercer su cargo, y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocare á servirle; Leonora mi hija es obediente, y mi mujer desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho; que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que desea.

Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impresas de tal manera, que no se me han olvidado ni se me olvidarán en tanto que la vida me durare: ni la hermosa Leonora ni su madre me dijeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna: partíme á Berbería, ejercité mi cargo con satisfaccion de mi rey, dos años; volví á Lisboa, hallé que la fama y hermosura de Leonora habia salido ya de los límites de la ciudad y del reino, y extendídose por Castilla y otras partes, de las cuales venian embajadas de príncipes y señores que la pretendian por esposa; pero como ella tenia la voluntad tan sujeta á la de sus padres, no miraba si era ó no

solicitada. En fin, viendo yo pasado el término de los dos años, volví á suplicar á su padre me la diese por esposa: ¡ay de mí, que no es posible que me detenga en estas circunstancias! porque á las puertas de mi vida está llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras, que si así fuese no las tendria yo por tales: finalmente, un dia me avisaron que para un domingo venidero me entregarian á mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento; convidé á mis parientes, llamé á mis amigos, hice galas, envié presentes con todos los requisitos que pudiesen mostrar ser yo el que me casaba, y Leonora la que habia de ser mi esposa.

Llegóse este dia, y yo fuí acompañado de todo lo mejor de la ciudad á un monasterio de monjas que se llaman de la Madre de Dios, adonde me dijeron que mi esposa desde el dia de ántes me esperaba, que habia sido su gusto que en aquel monasterio se celebrase su desposorio con licencia del arzobispo de la ciudad. Detúvose algun tanto el lastimado caballero, como para tornar aliento de proseguir su plática, y luego dijo: Llegué al monasterio, que real y pomposamente estaba adornado: salieron á recebirme casi toda la gente principal del reino, que allí aguardándome estaba con infinitas señoras de la ciudad, de las mas principales: hundíase el templo de música, así de voces como de instrumentos, y en esto salió por la puerta del cláustro la sin par Leonora, acompañada de la priora y de otras muchas monjas, vestida de raso blanco acuchillado con saya entera á lo castellano, tomadas las cuchilladas con ricas y gruesas perlas; venía aforrada la saya en tela de oro verde, traia los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios que deslumbraban los del sol, y tan luengos que casi besaban la tierra; la cintura, collar y anillos que traia, opiniones hubo que valian un reino; torno á decir, que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda y tan ricamente compuesta y adornada, que causó invidia en las mujeres y admiracion en los hombres: de mí sé decir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla, por parecerme que la agraviaba, aunque yo fuera el emperador del mundo.

Estaba hecho un modo de teatro en mitad del cuerpo de la iglesia, donde desenfadadamente y sin que nadie lo empachase se habia de celebrar nuestro desposorio: subió en él primero la hermosa doncella, donde al descubierto mostró su gallardia y gentileza. Pareció á todos los ojos que la miraban lo que suele parecer la bella aurora al despuntar del dia, ó lo que dicen las antiguas fábulas que parecia la casta Diana en los bosques, y algunos creo que hubo tan discretos que no la acertaron á comparar sino á sí misma: subí yo al teatro, pensando que subia á mi cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi di demostracion de adorarla. Alzóse una voz en el templo procedida de otras muchas, que decia: Vivid felices y luengos años en el mundo, ó dichosos y bellísimos amantes; coronen presto hermosísimos hijos vuestra mesa, y á largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos; no sepan los rabiosos celos ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos; ríndase la invidia á vuestros piés, y la buena fortuna no acierte á salir de vuestra casa. Todas estas razones y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con qué gusto general llevaba el pueblo mi ventura: en esto la hermosa Leonora me tomó por la mano, y así en pié como estábamos, alzando un poco la voz, me dijo: Bien sabeis, señor Manuel de Sosa, cómo mi padre os dió palabra que no dispondria de mi persona en dos años, que se habian de contar desde el dia que me pedistes fuese yo vuestra esposa, y tambien, si mal no me acuerdo, os dije yo, viéndome acosada de vuestra solicitud y obligada de los infinitos beneficios que me habeis hecho, mas por vuestra cortesía que por mis merecimientos, que yo no tomaria otro esposo en la tierra sino á vos: esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habeis visto, y yo os quiero cumplir la mia, como veréis; y así porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos, tienen un no sé qué de traicion cuando se dilatan y entretienen, quiero, del que os parecerá que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mio, soy casada, y en ninguna manera siendo mi esposo vivo, puedo casarme con otro; yo no os dejo por ningun hombre de la tierra, sino por uno del cielo, que es Jesucristo, Dios y hombre verdadero: él es mi esposo, á él le dí la palabra primero que á vos, á él sin engaño y de toda mi voluntad, y á vos con disimulacion y sin firmeza alguna: yo confieso que para escoger esposo en la tierra ninguno os pudiera igualar, pero habiéndole de escoger en el cielo, ¿quién como Dios? Si esto os parece traicion ó descomedido trato, dadme la pena que quisiéredes y el nombre que se os antojare, que no habrá muerte, promesa ó amenaza que me aparte del Crucificado esposo mio. Calló, y al mismo punto la priora y las otras monjas comenzaron á desnudarla y á cortarle la preciosa madeja de sus cabellos: yo enmudecí, y por no dar muestra de flaqueza tuve cuenta con reprimir las lágrimas que me venian á los ojos, y hincándome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza la besé la mano, y ella cristianamente compasiva me echó los brazos al cuello: alcéme en pié, y alzando la voz de modo que todos me oyesen, dije: *Maria optimam partem elegit*; y diciendo esto me bajé del teatro, y acompañado de mis amigos me volví á mi casa, donde yendo y viniendo con la imaginacion en este extraño suceso, vine casi á perder el juicio, y ahora por la misma causa vengo á perder la vida; y dando un gran suspiro, se le salió el alma, y dió consigo en el suelo.

CAPITULO XI.

Llegan á otra isla, donde hallan buen acogimiento.

Acudió con presteza Periandro á verle, y halló que habia espirado de todo punto, dejando á todos confusos y admirados del triste y no imaginado suceso. Con este sueño, dijo á esta sazon Auristela, se ha excusado este caballero de contarnos qué le sucedió en la pasada noche, los trances por donde vino á tan desastrado término, y á la prision de los bárbaros, que sin duda debian de ser casos tan desesperados como peregrinos. A lo que añadió el bárbaro Antonio: Por maravilla hay desdichado que solo lo sea en sus desventuras: compañeros tienen las desgracias, y por aquí ó por allí, siempre son grandes, y entónces lo dejan de ser cuando acaban con la vida del que las padece: dieron luego órden de enterrarle como mejor pudieron, sirvióle de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieve y de cruz la que le hallaron en el pecho en un escapulario, que era la de Cristo, por ser caballero de su hábito; y no fuera menester hallarle esta

honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las habian dado bien claras su grave presencia y razonar discreto. No faltaron lágrimas que le acompañasen, porque la compasion hizo su oficio, y las sacó de todos los ojos de los circunstantes: amaneció en esto, volvieron las barcas al agua, pareciéndoles que el mar les esperaba sosegado y blando, y entre tristes y alegres, entre temor y esperanza siguieron su camino, sin llevar parte cierta adonde encaminalle.

Están todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas, ó las mas, despobladas; y las que tienen gente, es rústica y medio bárbara, de poca urbanidad y de corazones duros é insolentes, y con todo esto deseaban topar alguna que los acogiese, porque imaginaban que no podian ser tan crueles sus moradores que no lo fuesen mas las montañas de nieve y los duros y ásperos riscos de las que atras dejaban. Diez dias mas navegaron sin tomar puerto, playa ó abrigo alguno, dejando á entrambas partes, diestra y siniestra, islas pequeñas que no prometian estar pobladas de gente. Puesta la mira en una gran montaña que á la vista se les ofrecia, pugnaban con todas sus fuerzas llegar á ella con la mayor brevedad que pudiesen, porque ya sus barcas hacian agua, y los bastimentos á mas andar iban faltando: en fin, mas con la ayuda del cielo, como se debe creer, que con las de sus brazos, llegaron á la deseada isla, y vieron andar dos personas por la marina, á quien con grandes voces preguntó Transila, qué tierra era aquella, quién la gobernaba, y si era de cristianos católicos. Respondiéronle en lengua que ella entendió, que aquella isla se llamaba Golandia, y que era de católicos, puesto que estaba despoblada, por ser tan poca la gente que tenia, que no ocupaba mas de una casa, que servia de meson á la gente que llegaba á un puerto que estaba detras de un peñon, que señaló con la mano; y si vosotros, quien quiera que seais, quereis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista, que nosotros os pondrémos en el puerto.

Dieron gracias á Dios los de las barcas, y siguieron por la mar á los que los guiaban por la tierra, y al volver del peñon que les habian señalado, vieron un abrigo que podia llamarse puerto, y en él hasta diez ó doce bajeles, dellos chicos, dellos medianos y dellos grandes; y fué grande la alegría que de verlos recebieron, pues les daba esperanza de mudar de navíos, y seguridad de caminar con certeza á otras partes. Llegaron á tierra; salieron así gente de los navíos, como del meson á recebirles; saltó en tierra en hombros de Periandro y de los dos bárbaros, padre é hijo, la hermosa Auristela, vestida con el vestido y adorno con que fué Periandro vendido á los bárbaros por Arnaldo. Salió con ella la gallarda Transila, y la bella bárbara Constanza con Ricla su madre, y todos los demas de las barcas acompañaron este escuadron gallardo. De tal manera causó admiracion, espanto y asombro la bellísima escuadra en los de la mar y la tierra, que todos se postraron en el suelo, y dieron muestras de adorar á Auristela: mirábanla callando y con tanto respeto, que no acertaban á mover las lenguas por no ocuparse en otra cosa que en mirar. La hermosa Transila, como ya habia hecho experiencia de que entendian su lengua, fué la primera que rompió el silencio, diciéndoles: A vuestro hospedaje nos ha traido la nuestra hasta hoy contraria fortuna: en nuestro traje y en nuestra mansedumbre echaréis de ver que ántes buscamos paz que guerra, porque no hacen batallas las mujeres, ni los varones afligidos: acogednos, señores, en vuestro hospedaje y en vuestros navíos, que las barcas que aquí nos han conducido, aquí dejan el atrevimiento y la voluntad de tornar otra vez á entregarse á la instabilidad del mar: si aquí se cambia por oro ó por plata lo necesario que se busca, con facilidad y abundancia seréis recompensados de lo que nos diéredes, que por subidos precios que lo vendais, lo recebirémos como si fuese dado.

Uno (milagro extraño) que parecia ser de la gente de los navíos, en lengua española respondió: De corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudara la verdad que dices, que puesto que la mentira se disimula, y el daño se disfraza con la máscara de la verdad y del bien, no es posible que haya tenido lugar de acogerse á tan gran belleza como la vuestra. El patron deste hospedaje es cortesísimo, y todos los destas naves ni mas ni ménos: mirad si os da mas gusto volveros á ellas, ó entrar en el hospedaje, que en ellas y en él seréis recebidos y tratados como vuestra presencia merece. Entónces viendo el bárbaro Antonio, ó oyendo, por mejor decir, hablar su lengua, dijo: Pues el cielo nos ha traido á parte que suene en mis oídos la dulce lengua de mi nacion, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias: vamos, señores, al hospedaje, y en reposando algun tanto, darémos órden en volver á nuestro camino con mas seguridad que la que hasta aquí hemos traido. En esto un grumete que estaba en lo alto de una gavia, dijo á voces en lengua inglesa: Un navío se descubre, que con tendidas velas, y mar y viento en popa viene la vuelta deste abrigo. Alborotáronse todos, y en el mismo lugar donde estaban, sin moverse un paso, se pusieron á esperar el bajel, que tan cerca se descubria, y cuando estuvo junto, vieron que las hinchadas velas las atravesaban unas cruces rojas, y conocieron que en una bandera que traia en el peñole de la mayor gavia venian pintadas las armas de Ingalaterra; disparó en llegando dos piezas de gruesa artillería, y luego hasta obra de veinte arcabuces: de la tierra les fué hecha señal de paz con alegres voces, porque no tenían artillería con que respondorle.

CAPITULO XII.

Donde se cuenta de qué parte y quién eran los que venían en el navío.

Hecha, como se ha dicho, la salva de entrambas partes, así del navío como de la tierra, al momento echaron áncoras los de la nave, y arrojaron el esquife al agua, en el cual el primero que saltó, despues de cuatro marineros que le adornaron con tapetes, y asieron de los remos, fué un anciano varon, al parecer de edad de sesenta años, vestido de una ropa de terciopelo negro, que le llegaba á los piés, forrada en felpa negra, y ceñida con una de las que llaman colonias de seda: en la cabeza traia un sombrero alto y puntiagudo, asimismo al parecer de felpa. Tras él bajó al esquife un gallardo y brioso mancebo, de poco mas edad de veinte y cuatro años, vestido á lo marinero, de terciopelo negro, una espada dorada en las manos y una daga en la cinta: luego como si los arrojaran, echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas, y una mujer con él enredada y presa con las cadenas mismas: él de hasta cuarenta años de edad, y ella de mas de cincuenta; él brioso y despe-

chado, y ella melancólica y triste: impelieron el esquife los marineros: en un instante llegaron á tierra, adonde en sus hombros, y en los de otros soldados arcabuceros que en el barco venían, sacaron á tierra al viejo y al mozo, y á los dos prisioneros. Transila, que como los demas habia estado atentísima mirando los que en el esquife venian, volviéndose á Auristela, le dijo: Por tu vida, señora, que me cubras el rostro con ese velo que traes atado al brazo, porque, ó yo tengo poco conocimiento, ó son algunos de los que vienen en este barco personas que yo conozco y me conocen: hízolo así Auristela, y en esto llegaron los de la barca á juntarse con ellos, y todos se hicieron bien criados recebimientos: fuése derecho el anciano de la felpa á Transila, diciendo: Si mi ciencia no me engaña, y la fortuna no me desfavorece, próspera habrá sido la mia con este hallazgo; y diciendo y haciendo, alzó el velo del rostro de Transila, y se quedó desmayado en sus brazos, que ella se los ofreció y se los puso porque no diese en tierra.

Sin duda se puede creer que este caso de tanta novedad, y tan no esperado, puso en admiracion á los circunstantes, y mas cuando oyeron decir á Transila: ¡Oh padre de mi alma! ¿qué venida es esta? ¿quién trae á vuestras venerables canas y á vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra? ¿Quién le ha de traer, dijo á esta sazon el brioso mancebo, sino el buscar la ventura que sin vos le faltaba? él y yo, dulcísima señora y esposa mia, venimos buscando el norte que nos ha de guiar adonde hallemos el puerto de nuestro descanso; pero pues ya, gracias sean dadas á los cielos, le habemos hallado, haz, señora, que vuelva en sí tu padre Mauricio, y consiente que de su alegría reciba yo parte, recebiéndole á él como á padre, y á mí como á tu legítimo esposo. Volvió en sí Mauricio, y sucedióle en su desmayo Transila: acudió Auristela á su remedio, pero no osó llegar á ella Ladislao, que este era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro que á Transila se le debia; pero como los desmayos que suceden de alegres y no pensados acontecimientos, ó quitan la vida en un instante, ó no duran mucho, fué pequeño espacio el en que estuvo Transila desmayada. El dueño de aquel meson ó hospedaje dijo: Venid, señores, todos adonde con mas comodidad y ménos frio del que aquí hace os deis cuenta de vuestros sucesos: tomaron su consejo y fuéronse al meson, y hallaron que era capaz de alojar una flota. Los dos encadenados se fueron por su pié, ayudándoles á llevar sus hierros los arcabuceros, que como en guarda con ellos venian: acudieron á sus naves algunos, y con tanta priesa como buena voluntad trajeron della los regalos que tenian; hízose lumbre, pusiéronse las mesas, y sin tratar entónces de otra cosa, satisficieron todos la hambre, más con muchos géneros de pescados, que con carnes, porque no se sirvió otra que la de muchos pájaros, que se crian en aquellas partes, de tan extraña manera, que por ser rara y peregrina, me obliga á que aquí la cuente.

Hincanse unos palos en la orilla de la mar y entre los escollos, donde las aguas llegan, los cuales palos de allí á poco tiempo todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra, y lo que queda fuera del agua se pudre y se corrompe, de cuya corrupcion se engendra un pequeño pajarillo, que volando á la tierra se hace grande, y tan sabroso de comer, que es uno de los mejores manjares que se usan: y donde hay mas abundancia dellos es en las provincias de Ibernia y de Irlanda, el cual pájaro se llama barnaclas. El deseo que tenian todos de saber los sucesos de los recien llegados les hacia parecer larga la comida, la cual acabada, el anciano Mauricio dió una gran palmada en la mesa, como dando señal de pedir que con atencion le escuchasen: enmudecieron todos, y el silencio les selló los labios, y la curiosidad les abrió los oídos, viendo lo cual Mauricio soltó la voz en tales razones:

En una isla, de siete que están circunvecinas á la de Ibernia, nací yo y tuvo principio mi linaje, tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios, que en decir este apellido le encarezco todo lo que puedo; soy cristiano católico, y no de aquellos que andan mendigando la fe verdadera entre opiniones: mis padres me criaron en los estudios, así de las armas como de las letras (si se puede decir que las armas se estudian): he sido aficionado á la ciencia de astrología judiciaria, en la cual he alcanzado famoso nombre; caséme, en teniendo edad para tomar estado, con una hermosa y principal mujer de mi ciudad, de la cual tuve esta hija que está aquí presente: seguí las costumbres de mi patria, á lo ménos en cuanto á las que parecian ser niveladas con la razon, y en las que no, con apariencias fingidas mostraba seguirlas: que tal vez la disimulacion es provechosa; creció esta muchacha á mi sombra, porque le faltó la de su madre, á dos años despues de nacida, y á mí me faltó el arrimo de mi vejez, y me sobró el cuidado de criar la hija; y por salir dél, que es carga difícil de llevar de cansados y ancianos hombros, en llegando á casi edad de darle esposo, en que le diese arrimo y compañía, lo puse en efecto, y el que le escogí fué este gallardo mancebo que tengo á mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado y aun conveniente que los padres casen á sus hijas con su beneplácito y gusto, pues no le dan compañía por un dia, sino por todos aquellos que les durare la vida, y de no hacer esto ansí, se han seguido, siguen y seguirán millares de inconvenientes, que los mas suelen parar en desastrados sucesos.

Es pues de saber, que en mi patria hay una costumbre, entre muchas malas, la peor de todas; y es, que concertado el matrimonio y llegado el dia de la boda, en una casa principal, para esto diputada, se juntan los novios y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes mas cercanos de entrambas partes, y con ellos el regimiento de la ciudad, los unos para testigos y los otros para verdugos, que así los puedo y debo llamar: está la desposada en un rico apartamiento, esperando lo que no sé cómo pueda decirlo, sin que la vergüenza no me turbe la lengua. Está esperando, digo, á que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes mas cercanos, de uno en uno, á coger las flores de su jardin, y á manosear los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido: costumbre bárbara y maldita que va contra todas las leyes de la honestidad y del buen decoro: porque ¿qué dote puede llevar mas rico una doncella, que serlo? ni ¿qué limpieza puede ni debe agradar mas al esposo, que la que la mujer lleva á su poder en su entereza? La honestidad siempre anda acompañada con la vergüenza, y la vergüenza con la honestidad, y si la una ó la otra comienzan á des-

moronarse y á perderse, todo el edificio de la hermosura dará en tierra, y será tenido en precio bajo y asqueroso. Muchas veces habia yo intentado de persuadir á mi pueblo dejase esta prodigiosa costumbre; pero apénas lo intentaba, cuando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine á verificar aquel antiguo adagio, que vulgarmente se dice, que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerró en el retraimiento dicho, y estuve esperando su perdicion; y cuando queria ya entrar un hermano de su esposo á dar principio al torpe trato, veis aquí, donde veo salir con una lanza terciada en las manos á la gran sala, donde toda la gente estaba, Transila hermosa como el sol, brava como una leona, y airada como una tigre.

Aquí llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchándole todos con la atencion posible, cuando revistiéndosele á Transila el mismo espíritu que tuvo, al tiempo que se vió en el mismo acto y ocasion que su padre contaba, levantándose en pié, con lengua á quien suele turbar la cólera, con el rostro hecho brasa y los ojos fuego, en efecto, con ademan que la pudiera hacer ménos hermosa, si es que los accidentes tienen fuerzas de menoscabar las grandes hermosuras, quitándole á su padre las palabras de la boca, dijo las del siguiente capítulo.

CAPITULO XIII.

Donde Transila prosigue la historia á quien su padre dió principio.

Salí, dijo Transila, como mi padre ha dicho, á la gran sala, y mirando á todas partes, en alta y colérica voz dije: Hacéos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas y bárbaras costumbres van contra las que guarda cualquier bien ordenada república. Vosótros, digo, mas lascivos que religiosos, que con apariencia y sombra de ceremonias vanas, quereis cultivar los ajenos campos sin licencia de sus legítimos dueños. Veisme aquí, gente mal perdida y peor aconsejada, venid, venid, que la razon puesta en la punta desta lanza defenderá mi partido, y quitará las fuerzas á vuestros malos pensamientos, tan enemigos de la honestidad y de la limpieza. Y en diciendo esto, salté en mitad de la turba, y rompiendo por ella, salí á la calle, acompañada de mi mismo enojo, y llegué á la marina, donde cifrando mil discursos, que en aquel tiempo hice, en uno, me arrojé en un pequeño barco que sin duda me deparó el cielo, y asiendo de dos pequeños remos, me alargué de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban priesa á seguirme en otros muchos barcos, mas bien parados y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solté los remos, y volví á tomar mi lanza, con intencion de esperarles, y no dejar llevarme á su poder, sino perdiendo la vida, vengando primero en quien pudiese mi agravio. Vuelvo á decir otra vez, que el cielo conmovido de mi desgracia avivó el viento y llevó el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegó á una corriente ó raudal que le arrebató como en peso, y le llevó mas adentro, quitando la esperanza á los que tras mí venian de alcanzarme, que no se aventuraron á entrarse en la desenfrenada corriente que por aquella parte el mar llevaba. Así es verdad, dijo á esta sazon su esposo Ladislao, porque como me llevabas el alma, no pude dejar de seguirte; sobrevino la noche, y perdímoste de vista, y aun perdimos la esperanza de hallarte viva, si no fuese en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomó á su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos.

Es pues el caso, prosiguió Transila, que aquella noche un viento, que de la mar soplaba, me trajo á la tierra, y en la marina hallé unos pescadores que benignamente me recogieron y albergaron, y aun me ofrecieron marido, si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo: pero la codicia humana que reina y tiene su señorío aun entre las peñas y riscos del mar y en los corazones duros y campestres, se entró aquella noche en los pechos de aquellos rústicos pescadores, y acordaron entre sí, que pues de todos era la presa que en mí tenian, y que no podia ser dividida en partes para poder repartirme, que me vendiesen á unos cosarios que aquella tarde habian descubierto no léjos de sus pesquerías. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir á los cosarios, pero no quise tomar ocasion de recebir bien alguno de ninguno de mi bárbara patría; y así al amanecer, habiendo llegado allí los piratas, me vendieron, no sé por cuanto, habiéndome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada: lo que sé decir es, que me trataron los cosarios con mejor término que mis ciudadanos, y me dijeron que no fuese melancólica, porque me llevaban no para ser esclava, sino para esperar ser reina y aun señora de todo el universo, si ya no mentian ciertas profecías de los bárbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaba por el mundo. De cómo llegué, del recibimiento que los bárbaros me hicieron, de cómo aprendí su lengua en este tiempo que há que falté de vuestra presencia, de sus ritos, ceremonias y costumbres, del vano asunto de sus profecías, y del hallazgo destos señores con quien vengo, y del incendio de la isla, que ya queda abrasada, y de nuestra libertad, diré otra vez, que por agora basta lo dicho, y quiero dar lugar á que mi padre me diga, qué ventura le ha traido á dármela tan buena, cuando ménos la esperaba.

Aquí dió fin Transila á su plática, teniendo á todos colgados de la suavidad de su lengua, y admirados del extremo de su hermosura, que despues de la de Auristela ninguna se le igualaba. Mauricio, su padre, entónces dijo: Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, cómo en mis estudios y ejercicios, entre otros muchos gustos y loables, me llevaron tras sí los de la astrología judiciaria, como aquellos que cuando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no solo de saber lo pasado y presente, sino lo por venir. Viéndote pues perdida, noté el punto, observé los astros, miré el aspecto de los planetas, señalé los sitios y casas necesarias para que respondiese mi trabajo á mi deseo: porque ninguna ciencia, en cuanto á ciencia, engaña; el engaño está en quien no la sabe, principalmente la del astrología, por la velocidad de los cielos que se lleva tras sí todas las estrellas, las cuales no influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en este: y así el astrólogo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse á lo mas probable y á lo mas experimentado; y el mejor astrólogo del mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio; porque no solamente juzga de lo por venir por la ciencia que se sabe, sino tambien por las premisas y conjeturas; y como há

tanto tiempo que tiene experiencia de los casos pasados y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja á juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendices desta ciencia, pues hemos de juzgar siempre á tiento y con poca seguridad; con todo eso alcancé que tu perdicion habia de durar dos años, y que te habia de cobrar este dia y en esta parte, para remozar mis canas y para dar gracias á los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espíritu con tu presencia, puesto que sé que ha de ser á costa de algunos sobresaltos; que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las cuales tienen jurisdicion y un modo de licencia de entrarse por los buenos sucesos, para darnos á entender que ni el bien es eterno, ni el mal durable. Los cielos serán servidos, dijo á esta sazon Auristela, que habia gran tiempo que callaba, de darnos próspero viaje, pues nos le promete tan buen hallazgo. La mujer prisionera, que habia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pié á pesar de sus cadenas y al de la fuerza que le hacia para que no se levantase el que con ella venía preso, y con voz levantada dijo.

CAPITULO XIV.

Donde se declara quién eran los que tan aherrojados venían.

Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concédaseme á mí por esta vez, donde la brevedad de mis razones templará el fastidio que tuviéredes de escuchallas. Hasta quejado, dijo (volviéndose á Transila), señora doncella, de la bárbara costumbre de los de tu ciudad, como si lo fuera aliviar el trabajo á los menesterosos, y quitar la carga á los flacos: sí; que no es error (por bueno que sea un caballo) pasearle la carrera primero que se ponga en él su dueño, ni va contra la honestidad el uso y costumbre, si en él no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no lo parece: sí; que mejor gobernará el timon de una nave el que hubiere sido marinero, que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto: la experiencia en todas las cosas es la mejor muestra de las artes, y así mejor te fuera entrar experimentada en la compañía de tu esposo, que rústica é inculta. Apénas oyó esta razon última el hombre que consigo venía atado, cuando dijo, poniéndole el puño cerrado junto al rostro, amenazándola: ¡Oh Rosamunda, ó por mejor decir, rosa inmunda, porque munda ni lo fuistes, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si vivieses mas años que los mismos tiempos; y así no me maravillo de que te parezca mal la honestidad ni el buen recato á que están obligadas las honradas doncellas.

Sabed, señores (mirando á todos los circunstantes, prosiguió), que esta mujer que aquí veis atada como loca, y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido, concubina y amiga del rey de Ingalaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias y longuísimas memorias entre todas las gentes del mundo: esta mandó al rey, y por añadidura á todo el reino; puso leyes, quitó leyes, levantó caidos viciosos, y derribó levantados virtuosos; cumplió sus gustos tan torpe como públicamente, en menoscabo de la autoridad del rey, y en muestra de sus torpes apetitos: que fuéron tantas las muestras y tan torpes y tantos sus atrevimientos, que rompiendo los lazos de diamante y las redes de bronce con que tenia ligado el corazon del rey, le movieron á apartarla de sí, y á menospreciarla en el mismo grado que la habia tenido en precio: cuando esta estaba en la cumbre de su rueda, y tenia asida por la guedeja á la fortuna, vivia yo despechado, y con deseo de mostrar al mundo cuán mal estaban empleados los de mi rey y señor natural: tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre; deléitanme las maliciosas agudezas, y por decir una perderé yo, no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos; finalmente, á entrambos á dos llegó el dia de nuestra última paga: á esta mandó el rey que nadie en toda la ciudad, ni en todos sus reinos y señoríos le diese, ni dado ni por dineros otro algun sustento que pan y agua, y que á mí junto con ella nos trajesen á una de las muchas islas que por aquí hay, que fuese despoblada, y aquí nos dejasen: pena que para mí ha sido mas mala que quitarme la vida, porque la que con ella paso, es peor que la muerte.

Mira, Clodio, dijo á esta sazon Rosamunda, cuán mal me hallo yo en tu compañía, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar, y si lo he dejado de hacer, es por no llevarte conmigo, que si en el infierno pudiera estar sin tí, se me aliviaran las penas. Yo confieso que mis torpezas han sido muchas, pero han caido sobre sugeto flaco y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles hombros y sobre discrecion experimentada, sin sacar dellas otra ganancia que una delectacion mas lijera que la menuda paja que en volubles remolinos revuelve el viento: tú has lastimado mil ajenas honras, has aniquilado ilustres créditos, has descubierto secretos escondidos, y contaminado linajes claros; haste atrevido á tu rey, á tus ciudadanos, á tus amigos y á tus mismos parientes, y en son de decir gracias te has desgraciado con todo el mundo; bien quisiera yo que quisiera el rey, que en pena de mis delitos acabara con otro género de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que á cada paso me da tu lengua, de la cual tal vez no están seguros los cielos ni los santos. Con todo eso, dijo Clodio, jamas me ha acusado la conciencia de haber dicho alguna mentira. A tener tú conciencia, dijo Rosamunda, de las verdades que has dicho tenias harto de qué acusarte, que no todas las verdades han de salir en público, ni á los ojos de todos. Sí, dijo á esta sazon Mauricio: sí, que tiene razon Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto, nadie ha de ser osado de sacarlas en público, especialmente las de los reyes y príncipes que nos gobiernan; sí, que no toca á un hombre particular reprender á su rey y señor, ni sembrar en los oídos de sus vasallos las faltas de su príncipe; porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los suyos no lo estimen: y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, ¿por qué no ha de gozar de este privilegio el príncipe? por qué le han de decir públicamente y en el rostro sus defectos? que tal vez la reprension pública y mal considerada suele endurecer la condicion del que la recibe, y volverle ántes pertinaz que blando; y como es forzoso que la reprension caiga sobre culpas verdaderas ó imaginadas, nadie quiere que le reprendan en público; y así dignamente los satíricos, los maldicientes, los mal intencio-

nados son desterrados y echados de sus casas sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos, y es como lo que suele decirse: La traicion contenta, pero el traidor enfada: y hay mas, que las honras que se quitan por escrito, como vuelan y pasan de gente en gente, no se pueden reducir á restitucion, sin la cual no se perdonan los pecados. Todo lo sé, respondió Clodio, pero si quieren que no hable ó escriba, córtenme la lengua y las manos, y aun entónces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces como pudiere, y tendré esperanza que de allí salgan las cañas del rey Midas.

Ahora bien, dijo á esta sazon Ladislao, háganse estas paces, casemos á Rosamunda con Clodio, quizá con la bendicion del sacramento del matrimonio y con la discrecion de entrambos, mudando de estado mudarán de vida. Aun bien, dijo Rosamunda, que tengo aquí un cuchillo con que podré hacer una ó dos puertas en mi pecho, por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los dientes, en solo haber oido este tan desastrado y desatinado casamiento. Yo no me mataré, dijo Clodio, porque aunque soy murmurador y maldiciente, el gusto que recibo de decir mal, cuando digo bien, es tal, que quiero vivir, porque quiero decir mal: verdad es que pienso guardar la cara á los príncipes, porque ellos tienen largos brazos, y alcanzan adonde quieren y á quien quieren, y ya la experiencia me ha mostrado que no es bien ofender á los poderosos, y la caridad cristiana enseña que por el príncipe bueno se ha de rogar al cielo por su vida y por su salud, y por el malo que le mejore y enmiende. Quien todo eso sabe, dijo el bárbaro Antonio, cerca está de enmendarse: no hay pecado tan grande, ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre ó quite del todo: la lengua maldiciente es como espada de dos filos, que corta hasta los huesos, ó como rayo del cielo, que sin romper la vaina rompe y desmenuza el acero que cubre; y aunque las conversaciones y entretenimientos se hacen sabrosos con la sal de la murmuracion, todavía suelen tener los dejos las mas veces amargos y desabridos: es tan lijera la lengua como el pensamiento, y si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua; y como sean las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar ni volver á la parte donde salieron hasta que han hecho su efecto, pocas veces el arrepentirse de haberlas dicho menoscaba la culpa del que las dijo: aunque ya tengo dicho que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

CAPITULO XV.

Llega Arnaldo á la isla donde están Periandro y Auristela.

En esto estaban, cuando entró un marinero en el hospedaje, diciendo á voces: Un bajel grande viene con las velas tendidas, encaminado á este puerto, y hasta agora no he descubierto señal que me dé á entender de qué parte sea. Apénas dijo esto, cuando llegó á sus oidos el son horrible de muchas piezas de artillería que el bajel disparó al entrar del puerto, todas limpias y sin bala alguna, señal de paz y no de guerra: de la misma manera le respondió el bajel de Mauricio y toda la arcabucería de los soldados que en él venian. Al momento todos los que estaban en el hospedaje salieron á la marina: en viendo Periandro el bajel recien llegado, conoció ser el de Arnaldo, príncipe de Dinamarca, de que no recebió contento alguno, ántes se le revolvieron las entrañas, y el corazon le comenzó á dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes y sobresaltos recebió en el suyo Auristela, como aquella que por larga experiencia sabía la voluntad que Arnaldo le tenia, y no podia acomodar su corazon á pensar cómo podria ser que las voluntades de Arnaldo y Periandro se aviniesen bien, sin que la rigurosa y desesperada flecha de los celos no les atravesase las almas.

Ya estaba Arnaldo en el esquife de la nave, y ya llegaba á la orilla, cuando se adelantó Periandro á recebille; pero Auristela no se movió del lugar donde primero puso el pié, y aun quisiera que allí se le bincaran en el suelo, y se volvieran en torcidas raices, como se volvieron los de la hija de Peneo, cuando el lijero corredor Apolo la seguia. Arnaldo, que vió á Periandro, le conoció, y sin esperar que los suyos le sacasen en hombros á la tierra, de un salto que dió desde la popa del esquife, se puso en ella y en los brazos de Periandro, que con ellos abiertos le recebió; y Arnaldo le dijo: Si yo fuese tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallase á tu hermana Auristela, ni tendria mal que temer, ni otro bien mayor que esperar. Conmigo está, valeroso señor, respondió Periandro, que los cielos, atentos á favorecer tus virtuosos y honestos pensamientos, te la han guardado con la entereza que tambien ella por sus buenos deseos merece. Ya en esto se habia comunicado por la nueva gente y por la que en la tierra estaba, quién era el príncipe que en la nave venía; y todavía estaba Auristela como estaba, sin voz, inmovible, y junto á ella la hermosa Transila, y las dos, al parecer bárbaras, Ricla y Constanza: llegó Arnaldo, y puesto de hinojos ante Auristela, le dijo: Seais bien hallada, norte por donde se guian mis honestos pensamientos, y estrella fija que me lleva al puerto donde han de tener reposo mis buenos deseos. A todo esto no respondió palabra Auristela, ántes le vinieron las lágrimas á los ojos, que comenzaron á bañar sus rosadas mejillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse, si de pesar ó de alegría podia proceder semejante acontecimiento; mas Periandro, que todo lo notaba, y en cualquier movimiento de Auristela tenia puestos los ojos, sacó á Arnaldo de duda, diciéndole: Señor, el silencio y las lágrimas de mi hermana nacen de admiracion y de gusto: la admiracion, del verte en parte tan no esperada; y las lágrimas, del gusto de haberte visto; ella es agradecida, como lo deben ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de servirte con las mercedes y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Fuéronse con esto al hospedaje, volvieron á colmarse las mesas de manjares, llenáronse de regocijo los pechos, porque se llenaron las tazas de generosos vinos, que cuando se trasiegan por la mar de un cabo á otro, se mejoran de manera que no hay néctar que se les iguale. Esta segunda comida se hizo por el respeto del príncipe Arnaldo: contó Periandro al Príncipe lo que le sucedió en la isla bárbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucesos y puntos que hasta aquí se han contado, con que se suspendió Arnaldo, y de nuevo se alegraron y admiraron todos los presentes.

CAPITULO XVI.

Determinan todos salir de la isla prosiguiendo su viaje.

En esto el patron del hospedaje dijo: No sé si diga que me pesa de la bonanza que prometen en el mar las señales del cielo: el sol se pone claro y limpio, cerca ni léjos no se descubre celaje alguno, las olas hieren la tierra *blanda* y suavemente, y las aves salen al mar á espaciar se, que todos estos son indicios de serenidad firme y duradera, cosa que ha de obligar á que me dejen solo tan honrados huéspedes como la fortuna á mi hospedaje ha traido. Así será, dijo Mauricio, que puesto que vuestra noble compañía se ha de tener por agradable y cara, el deseo de volver á nuestras patrias no consiente que mucho tiempo la gocemos: de mí sé decir que esta noche á la primera guarda me pienso hacer á la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto y el destos señores soldados que en el navío vienen. A lo que añadió Arnaldo: Siempre la pérdida del tiempo no se puede cobrar, y la del que se pierde en la navegacion es irremediable: en efecto, entre todos los que en el puerto estaban, quedó de acuerdo que en aquella noche fuesen de partida la vuelta de Ingalaterra, á quien todos iban encaminados. Levantóse Arnaldo de la mesa, y asiendo de la mano á Periandro, le sacó fuera del hospedaje, donde á solas y sin ser oido de nadie, le dijo: No es posible, Periandro amigo, sino que tu hermana Auristela te habrá dicho la voluntad que en dos años que estuvo en poder del Rey mi padre le mostré, tan ajustada con sus honestos deseos, que jamas me salieron palabras á la boca que pudiesen turbar sus castos intentos; nunca quise saber mas de su hacienda de aquello que ella quiso decirme, pintándola en mi imaginacion, no como persona ordinaria y de bajo estado, sino como á reina de todo el mundo, porque su honestidad, su gravedad, su discrecion en extremo extremada no me daba lugar á que otra cosa pensase: mil veces me la ofrecí por su esposo, y esto con voluntad de mi padre, y aun me parecia que era corto mi ofrecimiento: respondióme siempre que hasta verse en la ciudad de Roma, adonde iba á cumplir un voto, no podia disponer de su persona: jamas me quiso decir su calidad ni la de sus padres, ni yo, como he dicho, le importuné me la dijese, pues ella sola por sí misma, sin que traiga dependencia de otra alguna nobleza, merece, no solamente la corona de Dinamarca, sino de toda la monarquía de la tierra. Todo esto te he dicho, Periandro, para que como varon de discurso y entendimiento consideres que no es muy baja la ventura que está llamando á las puertas de tu comodidad y la de tu hermana, á quien desde aquí me ofrezco por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento cuando quisiere y adonde quisiere, aquí debajo destos pobres techos, ó en los dorados de la famosa Roma; y asimismo te ofrezco de contenerme en los límites de la honestidad y buen decoro, si bien viese consumirme en los ansias y deseos que trae consigo la concupiscencia desenfrenada, y la esperanza propincua, que suele fatigar más que la apartada.

Aquí dió fin á su plática Arnaldo, y estuvo atentísimo á lo que Periandro habia de responderle, que fué: Bien conozco, valeroso príncipe Arnaldo, la obligacion en que yo y mi hermana te estamos por las mercedes que hasta aquí no has hecho, y por la que agora de nuevo nos haces: á mí, por ofrecerte por mi hermano, y á ella por esposo; pero aunque parezca locura que dos miserables peregrinos desterrados de su patria no admitan luego luego el bien que se les ofrece, te sé decir no ser posible el recebirle, como es posible el agradecerle: mi hermana y yo vamos llevados del destino y de la eleccion á la santa ciudad de Roma, y hasta vernos en ella, parece que no tenemos sér alguno, ni libertad para usar de nuestro albedrío; si el cielo nos llevare á pisar la santísima tierra y adorar sus reliquias santas, quedarémos en disposicion de disponer de nuestras hasta agora impedidas voluntades, y entónces será la mia toda empleada en servirte: séte decir tambien, que si llegares al cumplimiento de tu buen deseo, llegarás á tener una esposa de ilustrísimo linaje nacida, y un hermano que lo sea mejor que cuñado; y entre las muchas mercedes que entrambos á dos hemos recebido, te suplico me hagas á mí una, y es, que no me preguntes mas de nuestra hacienda y de nuestra vida, porque no me obligues á que sea mentiroso, inventando quimeras que decirte, mentirosas y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia. Dispon de mí, respondió Arnaldo, hermano mio, á toda tu voluntad y gusto, haciendo cuenta que yo soy cera, y tú el sello que has de imprimir en mí lo que quisieres; y si te parece, sea nuestra partida esta noche á Ingalaterra, que de allí fácilmente pasarémos á Francia y á Roma, en cuyo viaje y del modo que quisiéredes pienso acompañaros, si dello gustáredes. Aunque le pesó á Periandro deste último ofrecimiento, le admitió, esperando en el tiempo y en la dilacion, que tal vez mejora los sucesos; y abrazándose los dos cuñados en esperanza, se volvieron al hospedaje á dar traza en su partida.

Habia visto Auristela cómo Arnaldo y Periandro habian salido juntos, y estaba temerosa del fin que podia tener el de su plática: y puesto que conocia la modestia en el príncipe Arnaldo y la mucha discrecion de Periandro, mil géneros de temores la sobresaltaban, pareciéndole que como el amor de Arnaldo igualaba á su poder, podia remitir á la fuerza sus ruegos; que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes se convierte la paciencia en rabia, y la cortesía en descomedimiento; pero cuando los vió venir tan sosegados y pacíficos, cobró casi los perdidos espíritus. Clodio el maldiciente, que ya habia sabido quién era Arnaldo, se le echó á los piés, y le suplicó le mandase quitar la cadena y apartar de la compañía de Rosamunda. Mauricio le contó luego la condicion, la culpa y la pena de Clodio y la de Rosamunda: movido á compasion dellos, hizo por un capitan, que los traia á su cargo, que los desherrasen y se los entregasen, que él tomaba á su cargo alcanzarles perdon de su rey, por ser su grande amigo. Viendo lo cual el maldiciente Clodio, dijo: Si todos los señores se ocupasen en hacer buenas obras, no habria quien se ocupase en decir mal dellos; pero, ¿por qué ha de esperar el que obra mal que digan bien dél? Y si las obras virtuosas y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, ¿por qué no lo serán las malas? Por qué ha de esperar el que siembra cizaña y maldad, dé buen fruto su cosecha? Llévame contigo, ó Príncipe, y verás cómo pongo sobre el cerco de la luna tus alabanzas. No, no, respondió Arnaldo, no quiero que me alabes por las obras que en mí son naturales; y mas, que la alabanza tanto es buena cuanto es

bueno el que la dice, y tanto es mala cuanto es vicioso y malo el que alaba; que si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza, y si vicioso, vituperio.

CAPITULO XVII.

Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.

Con gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro pasaron en la plática que tuvieron fuera del hospedaje, y aguardaba comodidad para preguntárselo á Periandro, y para saber de Arnaldo qué se habia hecho su doncella Taurisa, y como si Arnaldo le adivinara los pensamientos, le dijo: Las desgracias que has pasado, hermosa Auristela; te habrán llevado de la memoria las que tenias en obligacion de acordarte dellas, entre las cuales querria que hubiesen borrado della á mí mismo, que con sola la imaginacion de pensar que algun tiempo he estado con ella, viviria contento, pues no puede haber olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo; el olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo pasado; pero como quiera que sea, acuérdesete de mí, ó no te acuerdes, de todo lo que hicieres estoy contento: que los cielos que me han destinado para ser tuyo no me dejan hacer otra cosa; mi albedrío lo es para obedecerte: tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que despues que te robaron de mi reino te han sucedido: unas me han admirado, otras suspendido, y estas y aquellas espantado: veo asimismo que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones que parecen forzosas: ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa tu doncella: á él dejé yo bueno y con deseo de que te buscase y te hallase, á ella la traje conmigo, con intencion de venderla á los bárbaros, para que sirviese de espía, y viese si la fortuna te habia llevado á su poder; de cómo vino al mio tu hermano Periandro, ya él te lo habrá contado, y el concierto que entre los dos hicimos; y aunque muchas veces he probado volver á la isla bárbara, los vientos contrarios no me han dejado, y ahora volvia con la misma intencion y con el mismo deseo, el cual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas, como son, de tenerte en mi presencia, alivio universal de mis cuidados. Taurisa tu doncella, habrá dos dias que la entregué á dos caballeros amigos mios, que encontré en medio dese mar, que en un poderoso navío iban á Irlanda, á causa que Taurisa iba muy mala y con poca seguridad de la vida; y como este navío en que yo ando mas se puede llamar de cosario que de hijo de rey, viendo que en él no habia regalos ni medicinas que piden los enfermos, se la entregué para que la llevasen á Irlanda y la entregasen á su príncipe, que la regalase, curase y guardase, hasta que yo mismo fuese por ella. Hoy he dejado apuntado con tu hermano Periandro, que nos partamos mañana, ó ya para Ingalaterra, ó ya para España ó Francia, que á do quiera que arribemos, tendrémos segura comodidad para poner en efecto los honestos pensamientos que tu hermano me ha dicho que tienes, y yo en este entre tanto llevaré sobre los hombros de mi paciencia mis esperanzas, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento; con todo esto te ruego, señora, y te suplico, que mires si con nuestro parecer viene y ajusta el tuyo, que si algun tanto disuena, no le pondrémos en ejecucion. Yo no tengo otra voluntad, respondió Auristela, sino la de mi hermano Periandro, ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya. Pues si así es, replicó Arnaldo, no quiero mandar sino obedecer, porque no digan que por la calidad de mi persona me quiero alzar con el mando á mayores. Esto fué lo que pasó á Arnaldo con Auristela, la cual se lo contó todo á Periandro, y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao y los dos capitanes, el del navío inglés, con todos los que salieron de la isla bárbara, entraron en consejo, y ordenaron su partida en la forma siguiente.

CAPITULO XVIII.

Donde Mauricio sabe por la astrología un mal suceso que les avino en el mar.

En la nave donde vinieron Mauricio y Ladislao, los capitanes y soldados que trajeron á Rosamunda y á Clodio, se embarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prision de la isla bárbara, y en el navío de Arnaldo se acomodaron Periandro, Auristela, Ricla y Constanza, y los dos Antonios, padre y hijo, Ladislao, Mauricio y Transila, sin consentir Arnaldo que se quedasen en tierra Clodio y Rosamunda: Rutilio se acomodó con Arnaldo; hicieron agua aquella noche, recogiendo y comprando del huésped todos los bastimentos que pudieron, y habiendo mirado los puntos mas convenientes para su partida, dijo Mauricio, que si la buena suerte les escapaba de una mala que les amenazaba muy propincua, tendria buen suceso su viaje; y que el tal peligro, puesto que era de agua, no habia de suceder, si sucediese, por borrasca ni tormenta del mar ni de tierra, sino por una traicion mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos. Periandro, que siempre andaba sobresaltado con la compañía de Arnaldo, vino á temer si aquella traicion habia de ser fabricada por el Príncipe para alzarse con la hermosa Auristela, pues la habia de llevar en su navío; pero opúsese á todo este mal pensamiento la generosidad de su ánimo, y no quiso creer lo que temia, por parecerle que en los pechos de los valerosos príncipes no deben hallar acogida alguna las traiciones; pero no por esto dejó de pedir y rogar á Mauricio mirase muy bien de qué parte les podia venir el daño que les amenazaba: Mauricio respondió que no lo sabía, puesto que le tenia por cierto, y aunque templaba su rigor con que ninguno de los que en él se hallasen habia de perder la vida, sino el sosiego y la quietud, pues habian de ver rompidos la mitad de sus disinios y sus mas bien encaminadas esperanzas. A lo que Periandro le replicó, que detuviesen algunos dias la partida, quizá con la tardanza del tiempo se mudarian ó se templarian los influjos rigurosos de las estrellas. No, replicó Mauricio, mejor es arrojarnos en las manos deste peligro, pues no llega á quitar la vida, que no intentar otro camino que nos lleve á perderla. Ea pues, dijo Periandro, echada está la suerte, partamos en buen hora, y haga el cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede excusar. Satisfizo Arnaldo al huésped magníficamente con muchos dones el buen hospedaje, y unos en unos navíos y otros en otros, cada cual segun y como vió que mas le convenía, dejó el puerto desembarazado y se hizo á la vela. Salió el navío de Arnaldo adornado de lijeras flámulas y banderetas, y de pintados y vistosos gallardetes: al zarpar los hierros y tirar las áncoras disparó así la gruesa como la menuda artillería,

rompieron los aires los sones de las chirimías y los de otros instrumentos músicos y alegres, oyéronse las voces de los que decian reiterándolo á menudo: Buen viaje, buen viaje.

A todo esto no alzaba la cabeza de sobre el pecho la hermosa Auristela, que casi como préсaga del mal que le habia de venir, iba pensativa; mirábala Periandro, y remirábala Arnaldo, teniéndola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos y principio de sus alegrías: acabóse el dia, entróse la noche clara, serena, despejando un aire blando los celajes que parece que se iban á juntar, si los dejaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nuevo tornó á mirar en su imaginacion las señales de la figura que habia levantado, y de nuevo confirmó el peligro que les amenazaba; pero nunca supo atinar de qué parte les vendria. Con esta confusion y sobresalto se quedó dormido encima de la cubierta de la nave, y de allí á poco despertó despavorido, diciendo á grandes voces: Traicion, traicion, traicion, despierta, príncipe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas voces se levantó Arnaldo, que no dormia, puesto que estaba echado junto á Periandro en la misma cubierta, y dijo: ¿Qué has, amigo Mauricio? ¿Quién nos ofende, ó quién nos mata? ¿Todos los que en este navío vamos, no somos amigos; no son todos los mas vasallos y criados mios? ¿El cielo no está claro y sereno, el mar tranquilo y blando, y el bajel sin tocar en escollo ni en bajío, no navega? ¿Hay alguna rémora que nos detenga? Pues si no hay nada desto, ¿de qué temes que ansí con tus sobresaltos nos atemorizas? No sé, replicó Mauricio: haz, señor, que bajen los buzanos á la sentina, que si no es sueño, á mí me parece que nos vamos anegando. No hubo bien acabado esta razon, cuando cuatro ó seis marineros se dejaron calar al fondo del navío, y le requirieron todo, porque eran famosos buzanos, y no hallaron costura alguna por donde entrase agua al navío, y vueltos á la cubierta dijeron, que el navío iba sano y entero, y que el agua de la sentina estaba turbia y hedionda, señal clara de que no entraba agua nueva en la nave. Así debe de ser, dijo Mauricio, sino que yo como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan, y plega á Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temeroso ántes que verdadero judiciario. Arnaldo le dijo: Sosegáos, buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan á estas señoras. Yo lo haré así, si puedo, respondió Mauricio, y tornándose á echar sobre la cubierta, quedó el navío lleno de muy sosegado silencio, en el cual Rutilio, que iba sentado al pié del árbol mayor, convidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo, ó de la voz, que la tenia extremada, al son del viento que dulcemente heria en las velas, en su propia lengua toscana comenzó á cantar esto, que vuelto en lengua española, así decia:

Huye el rigor de la invencible mano
Advertido, y enciérrase en el arca
De todo el mundo el general monarca
Con las reliquias del linaje humano.
El dilatado asilo, el soberano
Lugar rompe los fueros de la Parca,
Que entónces fiera y licenciosa abarca
Cuanto alienta y respira el aire vano.
Vense en la excelsa máquina encerrarse
El leon y el cordero, y en segura
Paz la paloma al fiero alcon unida,
Sin ser milagro lo discorde amarse:
Que en el comun peligro y desventura
La natural inclinacion se olvida.

El que mejor entendió lo que cantó Rutilio fué el bárbaro Antonio, el cual le dijo asimismo: Bien canta Rutilio, y si por ventura es suyo el soneto que ha cantado, no es mal poeta, aunque ¿cómo lo puede ser bueno un oficial? Pero no digo bien, que yo me acuerdo haber visto en mi patria, España, poetas de todos los oficios: esto dijo en voz que la oyó Mauricio, el Príncipe y Periandro, que no dormian; y Mauricio dijo: Posible cosa es que un oficial sea poeta, porque la poesía no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del sastre para ser poeta, como la de un maese de campo, porque las almas todas son iguales y de una misma masa en sus principios, criadas y formadas por su Hacedor; y segun la caja y temperamento del cuerpo, donde las encierra, así parecen ellas mas ó ménos discretas, y atienden y se aficionan á saber las ciencias, artes ó habilidades á que las estrellas mas las inclinan; pero mas principalmente y propia se dice, que el poeta *nascitur*. Así que, no hay que admirar de que Rutilio sea poeta, aunque haya sido maestro de danzar. Y tan grande, replicó Antonio, que ha hecho cabriolas en el aire mas arriba de las nubes. Así es, respondió Rutilio, que todo esto estaba escuchando, que yo las hice casi junto al cielo, cuando me trajo caballero en el manto aquella hechicera desde Toscana, mi patria, hasta Noruega, donde la maté, que se habia convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado. Eso de convertirse en lobas y lobos algunas gentes destos setentrionales, es un error grandísimo, dijo Mauricio, aunque admitido de muchos. Pues ¿cómo es esto, dijo Arnaldo, que comunmente se dice y se tiene por cierto, que en Ingalaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han convertido en ellos? Eso, respondió Mauricio, no puede ser en Ingalaterra, porque en aquella isla templada y fertilísima no solo no se crian lobos, pero ninguno otro animal nocivo, como si dijésemos serpientes, víboras, sapos, arañas y escorpiones, ántes es cosa llana y manifiesta, que si algun animal ponzoñoso traen de otras partes á Ingalaterra, en llegando á ella muere; y si de la tierra desta isla llevan á otra parte alguna tierra y cercan con ella á alguna víbora, no osa, ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea, hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender desto de convertirse en lobos, es, que hay una enfermedad, á quien llaman los médicos manía lupina, que es de calidad, que al que la padece le parece que se ha convertido en lobo, y aulla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y por los montes, ladrando, ya como perros, ó ya aullando como lobos; despedazan los árboles, matan á quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos; y hoy dia sé yo que hay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterráneo, gentes deste género, á quien los sicilianos llaman lobos menar, los cuales ántes que les dé tan pestífera enfermedad lo sienten, y dicen á los que están junto á ellos que se aparten y huyan dellos, ó que los aten ó encierren, porque si no se guardan, los hacen pedazos á bocados y los desmenuzan, si pueden, con las uñas; dando terribles y espantosos ladridos; y es esto tanta verdad, que entre los que se han de casar se hace informacion bastante, de que ninguno dellos es tocado desta enfermedad: y si despues andando el tiempo la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio.

Tambien es opinion de Plinio, segun lo escribe en el lib. 8., cap. 22., que entre los árcades hay un género de gente, la cual pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de un encina, y se entra desnudo la tierra adentro, y se junta con la gente que allí halla de su linaje en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los cuales vuelve á pasar el lago, y cobra su perdida figura; pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, pasa en la imaginacion, y no realmente. No sé, dijo Rutilio: lo que sé es, que maté la loba, y hallé muerta á mis piés la hechicera. Todo eso puede ser, replicó Mauricio; porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores, que los hay, nos hace ver una cosa por otra; y quede desde aquí asentado, que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza. Gusto me ha dado grande, dijo Arnaldo, el saber esta verdad, porque tambien yo era uno de los crédulos deste error, y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversion en cuervo del rey Artus de Ingalaterra, tan creida de aquella discreta nacion, que se abstiene de matar cuervos en toda la isla. No sé, respondió Mauricio, de dónde tomó principio esa fábula tan creida como mal imaginada.

En esto fuéron razonando casi toda la noche, y al despuntar del dia dijo Clodio, que hasta allí habia estado oyendo y callando: Yo soy un hombre á quien no se le da por averiguar estas cosas un dinero: ¿qué se me da á mí que haya lobos hombres, ó no, ó que los reyes anden en figuras de cuervos ó de águilas, aunque si se hubiesen de convertir en aves, ántes querria que fuesen en palomas, que en milanos? Paso, Clodio, no digas mal de los reyes, que me parece que te quieres dar algun filo á la lengua para cortarles el crédito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, ó por mejor decir, en la lengua, que no consiente que la mueva, y así ántes pienso de aquí adelante reventar callando que alegrarme hablando: los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si á unos alegran, á otros entristecen; contra el callar no hay castigo ni respuesta; vivir quiero en paz los dias que me quedan de la vida á la sombra de tu generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos ímpetus maliciosos que me hacen bailar la lengua en la boca, y malográrseme entre los dientes mas de cuatro verdades que andan por salir á la plaza del mundo: sírvase Dios con todo. A lo que dijo Auristela: De estimar es, ó Clodio, el sacrificio que haces al cielo de tu silencio. Rosamunda, que era una de las llegadas á la conversacion, volviéndose á Auristela, dijo: El dia que Clodio fuere callado, seré yo buena, porque en mí la torpeza, y en él la murmuracion son naturales, puesto que mas esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdicion el tiempo, y así los ancianos murmuradores hablan mas cuanto mas viejos, porque han visto mas, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido á la lengua. Todo es malo, dijo Transila, cada cual por su camino va á parar á su perdicion. El que nosotros ahora hacemos, dijo Ladislao, próspero y felice ha de ser, segun el viento se muestra favorable y el mar tranquilo. Así se mostraba esta pasada noche, dijo la bárbara Constanza, pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusion y alborotó tanto, que ya yo pensé que nos habia sorbido el mar á todos. En verdad, señora, respondió Mauricio, que si yo no estuviera enseñado en la verdad católica, y me acordara de lo que dice Dios en el Levítico: No seais agoreros, ni deis crédito á los sueños, porque no á todos es dado el entenderlos: que me atreviera á juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto, el cual, segun á mi parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños; que cuando no son revelaciones divinas, ó ilusiones del demonio, proceden, ó de los muchos manjares que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido comun, ó ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño que á mí me turbó cae debajo de la observacion de la astrología, porque sin guardar puntos ni observar astros, señalar rumbos ni mirar imágines, me pareció ver visiblemente que en un gran palacio de madera, donde estábamos todos los que aquí vamos, llovian rayos del cielo que le abrian todo, y por las bocas que hacian descargaban las nubes, no solo un mar, sino mil mares de agua; de tal manera, que creyendo que me iba anegando, comencé á dar voces y á hacer los mismos ademanes que suele hacer el que se anega, y aun no estoy tan libre deste temor que no me queden algunas reliquias en el alma; y como sé que no hay mas cierta astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿qué mucho que yendo navegando en un navío de madera tema rayos del cielo, nubes del aire y aguas de la mar? Pero lo que mas me confunde y suspende es, que si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada y precisamente se disponga á ello, sino de una traicion forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos. No me puedo persuadir, dijo á esta sazon Arnaldo, que entre los que van por el mar navegando puedan entremeterse las blanduras de Vénus, ni los apetitos de su torpe hijo: al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte guardándose para mejor vida.

Esto dijo Arnaldo, por dar á entender á Auristela y á Periandro, y á todos aquellos que sus deseos conocian, cuán ajustados iban sus movimientos con los de la razon; y prosiguió diciendo: El príncipe, justa razon es que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del príncipe. Así es, respondió Mauricio, y aun es bien que así sea: pero dejemos pasar este dia, que si él da lugar á que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré y las daré albricias del buen suceso.

Iba el sol á esta sazon á ponerse en los brazos de Tétis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí habia tenido; soplaba favorable el viento, por parte ninguna se descubrian celajes que turbasen los marineros: el cielo, la mar, el viento, todos juntos y cada uno de por sí prometian felicísimo viaje, cuando el prudente Mauricio dijo en voz turbada y alta: Sin duda nos anegamos, anegámonos sin duda.

CAPITULO XIX.

Donde se da cuenta de lo que dos soldados hicieron, y la division de Periandro y Auristela.

A cuyas voces respondió Arnaldo: ¿Cómo es esto, ó gran Mauricio? ¿Qué aguas nos sorben, ó qué mares nos tragan, qué olas nos embisten? La respuesta que le die-



ron á Arnaldo, fué ver salir debajo de la cubierta á un marinero despavorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo con palabras turbadas y mal compuestas: Todo este navío se ha abierto por muchas partes, el mar se ha entrado en él tan á rienda suelta, que presto le veréis sobre esta cubierta. Cada uno atienda á su salud y á la conservacion de la vida. Acógete, ó príncipe Arnaldo, al esquife ó á la barca, y lleva contigo las prendas que mas estimas, ántes que tomen entera posesion dellas estas amargas aguas. Estancó en esto el navío sin poderse mover, por el peso de las aguas de quien ya estaba lleno; amainó el piloto todas las velas de golpe, y todos sobresaltados y temerosos acudieron á buscar su remedio: el Príncipe y Periandro fuéron al esquife, y arrojándole al mar pusieron en él á Auristela, Transila, Ricla y á la bárbara Constanza, entre las cuales, viendo que no se acordaban della, se arrojó Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrase Mauricio.

En este tiempo andaban dos soldados descolgando la barca, que al costado del navío venía asida, y el uno dellos, viendo que el otro queria ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de la cinta, se le envainó en el pecho, diciendo á voces: Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva á tí de castigo, y á mí de escarmiento, á lo ménos el poco tiempo que me queda de vida; y diciendo esto, sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca le ofrecia, desesperadamente se arrojó al mar, diciendo á voces y con mal articuladas palabras: Oye, ó Arnaldo, la verdad que te dice este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo y aquel á quien me viste pasar el pecho, por muchas partes abrimos y taladramos este navío, con intencion de gozar de Auristela y de Transila, recogiéndolas en el esquife; pero habiendo visto yo haber salido mi desinio contrario de mi pensamiento, á mi compañero quité la vida, y á mí me doy la muerte; y con esta última palabra se dejó ir al fondo de las aguas, que le estorbaron la respiracion del aire y le sepultaron en perpetuo silencio: y aunque todos andaban confusos y ocupados, buscando, como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dejó de oir las razones Arnaldo del desesperado, y él y Periandro acudieron á la barca, y habiendo ántes que entrasen en ella ordenado que entrase en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algun bastimento, él, Ladislao, Antonio el padre, Periandro y Clodio se entraron en la barca, y fuéron á abordar con el esquife, que algun tanto se habia apartado del navío, sobre el cual ya pasaban las aguas, y no se parecia dél sino el árbol mayor, como en señal que allí estaba sepultado. Llegóse en esto la noche, sin que la barca pudiese alcanzar al esquife, desde el cual daba voces Auristela, llamando á su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas veces su para él dulcísimo nombre. Transila y Ladislao hacian lo mismo, y encontrábanse en los aires las voces de dulcísimo esposo mio y amada esposa mia, donde se rompian sus disinios, y se deshacian sus esperanzas, con la imposibilidad de no poder juntarse, á causa que la noche se cubria de escuridad, y los vientos comenzaron á soplar de partes diferentes: en resolucion, la barca se apartó del esquife, y como mas lijera y ménos cargada voló por donde el mar y el viento quisieron llevarla: el esquife mas con la pesadumbre que con la carga de los que en él iban, se quedó como si aposta quisieran que no navegara; pero cuando la noche cerró con mas escuridad que al principio, comenzaron á sentir de nuevo la desgracia sucedida, viéronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra, el esquife sin remos y sin bastimentos, y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintieron.

Mauricio, que habia quedado por patron y por marinero del esquife, ni tenia con qué ni sabía cómo guialle, ántes segun los llantos, gemidos y suspiros de los que en él iban, podia temer que ellos mismos le anegarian: miraba las estrellas, y aunque no parecian de todo en todo, algunas que por entre la escuridad se mostraban le daban indicio de venidera serenidad, pero no le mostraban en qué parte se hallaba: no consintió el sentimiento que el sueño aliviase su angustia, porque se les pasó la noche velando, y se vino el dia no á mas andar como dicen, sino para mas pensar, porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca y léjos, por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas, ó algun otro bajel que les prometiese ayuda y socorro en su necesidad; pero no descubrieron otra cosa que una isla á su mano izquierda, que juntamente los alegró y los entristeció: nació la alegría de ver cerca la tierra, y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar á ella, si ya el viento no les llevase. Mauricio era el que mas confiaba de la salud de todos por haber hallado, como se ha dicho, en la figura que como judiciario habia levantado, que aquel suceso no amenazaba muerte, sino descomodidades casi mortales. Finalmente, el favor de los cielos se mezcló con los vientos, que poco á poco llevaron el esquife á la isla, y les dió lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve que toda la cubria: miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan; la nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad compañía. Unos en brazos de otros desembarcaron, el mozo Antonio fué el Atlante de Auristela y de Transilia, en cuyos hombros tambien desembarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñon, que no léjos de la playa se mostraba, habiendo ántes como mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en él despues de en Dios su esperanza.

Antonio, considerando que la hambre habia de hacer su oficio, y que ella habia de ser bastante á quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dijo que él queria ir á descubrir la tierra por ver si hallaba gente en ella ó alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y así se entró con lijero paso por la isla, pisando, no tierra, sino nieve tan dura por estar helada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguióle, sin que él lo echase de ver, la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demas, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba á dejallos. Volvió la cabeza Antonio á tiempo y en lugar adonde nadie los podia ver, y viendo junto á sí á Rosamunda, le dijo: La cosa de que ménos necesidad tengo, en esta que agora padecemos, es la de tu compañía; ¿qué quieres, Rosamunda? vuélvete, que ni tú tienes armas con que matar género de caza alguna, ni yo podré acomodar el paso á esperarte que me sigas. ¡Oh inexperto mozo, res-

pondió la mujer torpe, y cuán léjos estás de conocer la intencion con que te sigo y la deuda que me debes! y en esto se llegó junto á él, y prosiguió diciendo: Ves aquí, ó nuevo cazador, mas hermoso que Apolo, otra nueva Dafne que no te huye, sino que te sigue: no mires que ya á mi belleza la marchita el rigor de edad lijera siempre, sino considera en mí á la que fué Rosamunda, domadora de las cervices de los reyes y de la libertad de los mas exentos hombres: yo te adoro, generoso jóven, y aquí entre estos hielos y nieves el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazon: gocémonos, y tenme por tuya, que yo te llevaré á parte donde llenes las manos de tesoros, para tí sin duda alguna de mí recogidos y guardados, si llegamos á Ingalaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida. Escondido te llevaré adonde te entregues en mas oro que tuvo Midas, y en mas riquezas que acumuló Creso.

Aquí dió fin á su plática, pero no al movimiento de sus manos que arremetieron á detener las de Antonio, que de sí las apartaba; y entre esta tan honesta como torpe contienda decia Antonio: Detente, ó arpía, no turbes ni afees las limpias mesas de Fineo; no fuerces, ó bárbara egipcia, ni incites la castidad y limpieza deste que no es tu esclavo; tarázate la lengua, sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte que nos está amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida deste lugar, que puesto que fuera cierta, con otra intencion la acompañara que con la que me has descubierto; desvíate de mí y no me sigas, que castigaré tu atrevimiento y publicaré tu locura; si te vuelves mudaré propósito, y pondré en silencio tu desvergüenza; si no me dejas, te quitaré la vida: oyendo lo cual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazon de manera que no dió lugar á suspiros, á ruegos ni á lágrimas: dejóla Antonio sagaz y advertido. Volvióse Rosamunda, y él siguió su camino, pero no halló en él cosa que le asegurase, porque las nieves eran muchas y los caminos ásperos, y la gente ninguna; y advirtiendo que si adelante pasaba, podia perder el camino de vuelta, se volvió á juntar con la compañía: alzaron todos las manos al cielo, y pusieron los ojos en la tierra, como admirados de su desventura: á Mauricio dijeron que volvieran al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

CAPITULO XX.

De un notable caso que sucedió en la isla nevada.

A poco tiempo que pasó del dia, desde léjos vieron venir una nave gruesa que les levantó las esperanzas de tener remedio: amainó las velas, y pareció que se dejaba detener de las áncoras, y con diligencia presta arrojaron el esquilfe á la mar, y se vinieron á la playa, donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dijo que sería bien que aguardasen los que venían por saber quién eran. Llegó el esquife de la nave y encalló en la fria nieve, y saltaron en ella dos, al parecer, gallardos y fuertes mancebos, de extremada disposicion y brio, los cuales sacaron encima de sus hombros á una hermosísima doncella, tan sin fuerzas y tan desmayada, que parecia que no le daba lugar para llegar á tocar la tierra: llamaron á voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron que se desembarcasen á ser testigos de un suceso que era menester que los hubiese. Respondió Mauricio que no habia remos para encaminar el esquife, si no les prestaban los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y volvieron á pisar la nieve: luego los valientes jóvenes asieron de dos tablachinas con que cubrieron los pechos, y con dos cortadoras espadas en los brazos saltaron de nuevo en tierra. Auristela, llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal, acudió á ver la desmayada y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demas. Los caballeros dijeron: Esperad, señores, y estad atentos á lo que queremos deciros: este caballero y yo, dijo el uno, tenemos concertado de pelear por la posesion desa enferma doncella que ahí veis: la muerte ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que haya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es que ella de su voluntad ha de escoger cuál de nosotros ha de ser su esposo, con que hará envainar nuestras espadas y sosegar nuestros espíritus; lo que pedimos es no estorbeis en manera alguna nuestra porfía, la cual llevarémos hasta el cabo sin tener temor que nadie nos la estorbara, si no os hubiéramos menester para que miráradeš si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar siquiera la vida desa doncella, que es tan poderosa para acabar las nuestras. La priesa que nos obliga á dar conclusion á nuestro negocio no nos da lugar para preguntaros por agora quién sois ni cómo estáis en este lugar tan solo y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desviaros desta isla tan sola, que aun de animales no es habitada. Mauricio les respondió que no saldrian un punto de lo que querian, y luego echaron los dos mano á la espada, sin querer que la enferma doncella declarase primero su voluntad, remitiendo ántes su pendencia á las armas que á los deseos de la dama. Arremetieron el uno contra el otro, y sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas y compases, á los primeros golpes el uno quedó pasado el corazon de parte á parte, y el otro abierta la cabeza por medio; este le concedió el cielo tanto espacio de vida que le tuvo de llegar á la doncella y juntar su rostro con el suyo, diciéndole: Vencí, señora; mia eres, y aunque ha de durar poco el bien de poseerte, en pensar que un solo instante te podré tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo: recibe, señora, esta alma, que envuelta en estos últimos alientos te envío, dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia á tu honestidad, pues el nombre de esposo á todo esto da licencia.

La sangre de la herida bañó el rostro de la dama, la cual estaba tan sin sentido, que no respondió palabra: los dos marineros que habian guiado el esquife de la nave saltaron en tierra, y fuéron con presteza á requerir, así al muerto de la estocada, como al herido en la cabeza, el cual puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, envió su alma á los aires, y dejó caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela, que todas estas acciones habia estado mirando, ántes de descubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de propósito á mirarla, y limpiándole la sangre que habia llovido del muerto enamorado, conoció ser su doncella Taurisa, la que lo habia sido al tiempo que ella estuvo en poder del príncipe Arnaldo, que le habia dicho la dejaba

en poder de dos caballeros, que la llevasen á Irlanda, como queda dicho. Auristela quedó suspensa, quedó atónita, quedó mas triste que la tristeza misma, y mucho mas cuando vino á conocer que la hermosa Taurisa estaba sin vida. ¡Ay, dijo á esta sazon, con qué prodigiosas señales me va mostrando el cielo mi desventura, que si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa; que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida! ¿Qué red barredera es esta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? Qué imposibles son estos que descubro á cada paso de mi remedio? Mas pues aquí son excusados los llantos y son de ningun provecho los gemidos, démos el tiempo que he de gastar en ellos por ahora á la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos; y luego pidió á Mauricio pidiese á los marineros del esquife volviesen al navío por instrumentos para hacer las sepulturas. Hízolo así Mauricio, y fué á la nave con intencion de concertarse con el piloto ó capitan que hubiese, para que los sacase de aquella isla, y los llevase adonde quiera que fuesen. En este entre tanto tuvieron lugar Auristela y Transila de acomodar á Taurisa para enterralla, y la piedad y honestidad cristiana no consintió que la desnudasen.

Volvió Mauricio con los instrumentos, habiendo negociado todo aquello que quiso: hízose la sepultura de Taurisa, pero los marineros no quisieron, como católicos, que se hiciese ninguna á los muertos en el desafío. Rosamunda, que despues que volvió de haber declarado su mal pensamiento al bárbaro Antonio, nunca habia alzado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados, al tiempo que iban á sepultar á Taurisa, levantando el rostro, dijo: Si os preciais, señores, de caritativos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia y la misericordia, usad destas dos virtudes conmigo: yo desde el punto que tuve uso de razon, no la tuve, porque siempre fui mala con los años verdes y con la hermosura mucha: con la libertad demasiada y con la riqueza abundante se fuéron apoderando de mí los vicios de tal manera, que han sido y son en mí como accidentes inseparables. Ya sabeis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pié sobre las cervices de los reyes, y he traido á la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo, salteador y robador de la humana belleza de las mujeres, se entró por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada; mas como los vicios tienen asiento en el alma, que no envejece, no quieren dejarme, y como yo no les hago resistencia, sino que me dejo ir con la corriente de mis gustos, heme ido ahora con el que me da el ver siquiera á este bárbaro muchacho, el cual aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde á la mia, que es de fuego, con la suya, que es de helada nieve; véome despreciada y aborrecida, en lugar de estimada y bien querida: golpes que no se pueden resistir con poca paciencia y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas y extiende la mano para alcanzarme de la vida: por lo que veis que debe la bondad del pecho que la tiene al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fuego con hielo, y me enterreis en esa sepultura; que puesto que mezcleis mis lascivos huesos con los desa casta doncella, no los contaminarán; que las reliquias buenas siempre lo son donde quiera que están: y volviéndose al mozo Antonio prosiguió: Y tú, arrogante mozo, que agora tocas ó estás para tocar los márgenes y rayas del deleite, pide al cielo que te encamine de modo, que ni te solicite edad larga, ni marchita belleza; y si yo he ofendido tus recientes oidos, que así los puedo llamar, con mis inadvertidas y no castas palabras, perdóname, que los que piden perdon en este trance, por cortesía siquiera merecen ser, si no perdonados, á lo ménos escuchados: esto diciendo, dió un suspiro envuelto en un mortal desmayo.

CAPITULO XXI.

Salen de la isla nevada en el navío de los cosarios.

Yo no sé, dijo Mauricio á esta sazon, qué quiere este que llaman amor por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieves y hielos, dejándose allá los Páfos, Gnidos, las Cipres, los Elíseos campos de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna: en el corazon sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor deleitable su morada, que no en las lágrimas ni en los sobresaltos. Auristela, Transila, Constanza y Ricla quedaron atónitas del suceso, y con callar le admiraron, y finalmente con no pocas lágrimas enterraron á Taurisa, y despues de haber vuelto Rosamunda del pasado desmayo, se recogieron y embarcaron en el esquife de la nave, donde fuéron bien recebidos y regalados de los que en ella estaban, satisfaciendo luego todos la hambre que les aquejaba; solo Rosamunda, que estaba tal que por momentos llamaba á las puertas de la muerte. Alzaron velas, lloraron algunos los capitanes muertos, y instituyeron luego uno que lo fuese de todos, y siguieron su viaje, sin llevar parte conocida donde le encaminasen, porque era de cosarios y no irlandeses, como á Arnaldo le habian dicho, sino de una isla rebelada contra Ingalaterra. Mauricio mal contento de aquella compañía, siempre iba temiendo algun reves de su acelerada costumbre y mal modo de vivir, y como viejo y experimentado en las cosas del mundo, no le cabia el corazon en el pecho, temiendo que la mucha hermosura de Auristela, la gallardía y buen parecer de su hija Transila, los pocos años y nuevo traje de Constanza no despertasen en aquellos cosarios algun mal pensamiento. Serviales de Argos el mozo Antonio, de lo que sirvió el pastor de Anfriso: eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus cuartos la hacian á las mansas y hermosas ovejuelas que debajo de su solicitud y vigilancia se amparaban. Rosamunda con los continuos desdenes vino á enflaquecer, de manera que una noche la hallaron en una cámara del navío sepultada en perpetuo silencio: harto habian llorado, mas no dejaron de sentir su muerte compasiva y cristianamente: sirviósla el ancho mar de sepultura, donde no tuvo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio, el cual y todos rogaron muchas veces á los cosarios que los llevasen de una vez á Irlanda, ó á Ibernia, si ya no quisiesen á Ingalaterra ó Escocia; pero ellos respondian, que hasta haber hecho una buena y rica presa no habian de tocar en tierra alguna, si ya no fuese á hacer agua, ó á tomar bastimentos necesarios. La bárbara Ricla bien comprara á pedazos de oro, que los llevaran á Ingalaterra, pero no osaba descubrirlos, porque no se los robasen ántes que se los pidiesen. Dióles el capitan estancia aparte, y acomodóles de

manera que les aseguró de la insolencia que podian temer de los soldados.

Desta manera anduvieron casi tres meses por el mar de unas partes á otras; ya tocaban en una isla, ya en otra; y ya se salian al mar descubierto, propia costumbre de cosarios que buscan su ganancia, las veces que habia calma, y el mar sosegado no les dejaba navegar. El nuevo capitan del navío se iba á entretener á la estancia de sus pasajeros, y con pláticas discretas y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenia, y Mauricio hacia lo mismo. Auristela, Transila, Ricla y Constanza mas se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma, que en escuchar al capitan ni á Mauricio: con todo esto estuvieron un dia atentas á la historia que en este siguiente capítulo se cuenta que el capitan les dijo.

CAPITULO XXII.

Donde el capitan da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba á hacer en su reino el rey Policarpo.

Una de las islas que están junto á la de Ibernia me dió el cielo por patria; es tan grande que toma nombre de reino, el cual no se hereda ni viene por sucesion de padre á hijo; sus moradores le eligen á su beneplácito, procurando siempre que sea el mas virtuoso y mejor hombre que en él se hallare; y sin intervenir de por medio ruegos ó negociaciones, y sin que los soliciten promesas ni dádivas, de comun consentimiento de todos sale el rey, y toma el cetro absoluto del mando, el cual le dura miéntras le dura la vida, ó miéntras no se empeora en ella; y con esto los que no son reyes procuran ser virtuosos para serlo, y los que lo son, pugnan serlo mas para no dejar de ser reyes: con esto se cortan las alas á la ambicion, se atierra la codicia, y aunque la hipocresía suele andar lista, á largo andar se le cae la máscara y queda sin el alcanzado premio: con esto los pueblos viven quietos, campea la justicia y resplandece la misericordia: despáchanse con brevedad los memoriales de los pobres, y los que dan los ricos, no por serlo, son mejor despachados: no agobian la vara de la justicia las dádivas, ni la carne y sangre de los parentescos: todas las negociaciones guardan sus puntos y andan en sus quicios; finalmente, reino es donde se vive sin temor de los insolentes, y donde cada uno goza lo que es suyo. Esta costumbre, á mi parecer justa y santa, puso el cetro del reino en las manos de Policarpo, varon insigne y famoso, así en las armas como en las letras, el cual tenia cuando vino á ser rey, dos hijas de extremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor Sinforosa; no tenian madre, que no les hizo falta cuando murió sino en la compañía; que sus virtudes y agradables costumbres eran ayas de sí mismas, dando maravilloso ejemplo á todo el reino: con estas buenas partes, así ellas como el padre, se hacian amables, se estimaban de todos. Los reyes, por parecerles que la melancolía en los vasallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo y entretenido con fiestas públicas, y á veces con ordinarias comedias; principalmente solemnizaban el dia que fuéron asumptos al reino, con hacer que se renovasen los juegos, que los gentiles llamaban olímpicos, en el mejor modo que podian: señalaban premio á los corredores, honraban á los diestros, coronaban á los tiradores, y subian al cielo de la alabanza á los que derribaban á otros en la tierra.

Hacíase este espectáculo junto á la marina en una espaciosa playa, á quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretejidos, que la dejaban á la sombra: ponian en la mitad un suntuoso teatro, en el cual sentado el Rey y la real familia, miraban los apacibles juegos: llegóse un dia destos, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza en solemnizarle sobre todos cuantos hasta allí se habian hecho, y cuando ya el teatro estaba ocupado con su persona y con los mejores del reino, y cuando ya los instrumentos bélicos y los apacibles querian dar señal que las fiestas se comenzasen, y cuando ya cuatro corredores, mancebos ágiles y sueltos, tenian los piés izquierdos delante y los derechos alzados, que no les impedia otra cosa el soltarse á la carrera, sino soltar una cuerda que les servia de raya y de señal, que en soltándola habian de volar á un término señalado, donde habian de dar fin á su carrera: digo, que en este tiempo vieron venir por la mar un barco que le blanqueaban los costados el ser recien despalmado, y le facilitaban el romper del agua seis remos que de cada banda traia, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos, y de nervudos brazos: venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon que venía de encarnado como marinero. Llegó con furia el barco á la orilla, y el encallar en ella y el saltar todos los que en él venían en tierra, fué una misma cosa: mandó Policarpo que no saliesen á la carrera, hasta saber qué gente era aquella, y á lo que venía, puesto que imaginó que debian de venir á hallarse en las fiestas, y á probar su gallardía en los juegos. El primero que se adelantó á hablar al Rey fué el que servia de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mejillas desembarazadas y limpias mostraban ser de nieve y de grana, los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable: luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista, y aun los corazones de cuantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadísimo. Luego dijo al Rey: Señor, estos mis compañeros y yo, habiendo tenido noticia destos juegos, venimos á servirte, y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave que dejamos en la isla Scinta, que no está léjos de aquí; y como el viento no hizo á nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprovechamos desta barca y de los remos, y de la fuerza de nuestros brazos: todos somos nobles y deseosos de ganar honra; y por la que debes hacer, como rey que eres, á los extranjeros que á tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar, ó nuestras fuerzas, ó nuestros ingenios, en honra y provecho nuestro y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agraciado jóven, que vos pedis lo que quereis con tanta gracia y cortesía, que sería cosa injusta el negároslo: honrad mis fiestas en lo que quisiéredes, dejadme á mí el cargo de premiároslo, que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dejais á ninguno de alcanzar los primeros premios. Dobló la rodilla el hermoso mancebo, y inclinó la cabeza en señal de crianza y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda que detenia á los cuatro lijeros corredores: sus doce compañeros se pusieron á un lado á ser espectadores de la carrera; sonó una trompeta, soltaron la cuerda, y arrojáronse al vuelo los cinco; pero aun no habrian dado veinte pasos, cuando con mas de seis se les aventajó el recien venido, y á los treinta ya los llevaba de ventaja



mas de quince: finalmente, se los dejó á poco mas de la mitad del camino como si fueran estatuas inmovibles, con admiracion de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa, que le seguia con la vista, así corriendo como estando quedo, porque la belleza y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades, no solo los ojos de cuantos le miraban. Noté yo esto, porque tenia los mios atentos á mirar á Policarpa, objeto dulce de mis deseos, y de camino miraba los movimientos de Sinforosa.

Comenzó luego la invidia á apoderarse de los pechos de los que se habian de probar en los juegos, viendo con cuánta facilidad se habia llevado el extranjero el precio de la carrera. Fué el segundo certámen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra, con la cual á seis que le salieron, cada uno de por sí, les cerró las bocas, mosqueó las narices, les selló los ojos, y les santiguó las cabezas, sin que á él le tocasen, como decirse suele, un pelo de la ropa. Alzó la voz el pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero; luego se acomodaron otros seis á la lucha, donde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo; descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos pechos, y los nervios y músculos de sus fuertes brazos, con los cuales, y con destreza y maña increible, hizo que las espaldas de los seis luchadores, á despecho y pesar suyo, quedasen impresas en la tierra; asió luego de una pesada barra, que estaba hincada en el suelo, porque le dijeron que era el tirarla el cuarto certámen: sompesóla, y haciendo de señas á la gente que estaba delante para que le diesen lugar donde el tiro cupiese, tomando la barra por la una punta, sin volver el brazo atras, la impelió con tanta fuerza, que pasando los límites de la marina, fué menester que el mar se los diese, en el cual bien adentro quedó sepultada la barra.

Esta monstruosidad, notada de sus contrarios, les desmayó los brios, y no osaron probarse en la contienda; pusiéronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas, y mostráronle un árbol muy alto y muy liso, al cabo del cual estaba hincada una media lanza, y en ella de un hilo estaba asida una paloma, á la cual habian de tirar no mas de un tiro los que en aquel certámen quisiesen probarse: uno que presumia de certero, se adelantó y tomó la mano, creo yo, pensando derribar la paloma ántes que otro: tiró, y clavó su flecha casi en el fin de la lanza, del cual golpe azorada la paloma se levantó en el aire; y luego otro, no ménos presumido que el primero, tiró con tan gentil certería, que rompió el hilo donde estaba asida la paloma, que suelta y libre del lazo que la detenia, entregó su libertad al viento, y batió las alas con priesa: pero el ya acostumbrado á ganar los primeros premios disparó su flecha, y como si mandara lo que habia de hacer, y ella tuviera entendimiento para obedecerle, así lo hizo, pues dividiendo el aire con un rasgado y tendido silbo, llegó á la paloma, y le pasó el corazon de parte á parte, quitándole á un mismo punto el vuelo y la vida. Renováronse con esto las voces de los presentes y las alabanzas del extranjero, el cual en la carrera, en la esgrima, en la lucha, en la barra y en el tirar de la ballesta, y en otras muchas pruebas que no cuento, con grandísimas ventajas se llevó los primeros premios, quitando el trabajo á sus compañeros de probarse en ellas.

Cuando se acabaron los juegos, sería el crepúsculo de la noche, y cuando el rey Policarpo queria levantarse de su asiento con los jueces que con él estaban para premiar al vencedor mancebo, vió que puesto de rodillas ante él le dijo: Nuestra nave quedó sola y desamparada, la noche cierra algo escura, los premios que puedo esperar, que por ser de tu mano se deben estimar en lo posible, quiero, ó gran señor, que los dilates hasta otro tiempo, que con mas espacio y comodidad pienso volver á servirte. Abrazóle el Rey, preguntóle el nombre, y dijo que se llamaba Periandro. Quitóse en esto la bella Sinforosa una guirnalda de flores con que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso sobre la del gallardo mancebo, y con honesta gracia le dijo al ponersela: Cuando mi padre sea tan venturoso de que volvais á verle, veréis cómo no vendréis á servirle, sino á ser servido.

CAPITULO XXIII.

De lo que sucedió á la celosa Auristela, cuando supo que su hermano Periandro era el que habia ganado los premios del certámen.

¡Oh poderosa fuerza de los celos, oh enfermedad que te pegas al alma de tal manera, que solo te despegas con la vida! Oh hermosísima Auristela, detente: no te precipites á dar lugar en tu imaginacion á esta rabiosa dolencia! pero ¿quién podrá tener á raya los pensamientos, que suelen ser tan lijeros y sutiles, que como no tienen cuerpo, pasan las murallas, traspasan los pechos, y ven lo mas escondido de las almas? Esto se ha dicho, porque en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro, su hermano, y habiendo oido ántes las alabanzas de Sinforosa, y el favor que en ponerle la guirnalda le habia hecho, rindió el sufrimiento á las sospechas, y entregó la paciencia á los gemidos, y dando un gran suspiro y abrazándose con Transila, dijo: Querida amiga mia, ruega al cielo que sin haberse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro, ¿no le ves en la boca deste valeroso capitan, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento mas á los favores de una doncella, que á los cuidados que le debian dar los destierros y pasos desta su hermana? ¿Andase buscando palmas y trofeos por las tierras ajenas, y déjase entre los riscos y entre las peñas, y entre las montañas que suele levantar la mar alterada, á esta su hermana, que por su consejo y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle?

Estas razones escuchaba atentísimamente el capitan del navio, y no sabía qué conclusion sacar dellas; solo paró en decir, pero no dijo nada, porque en un instante y en un momentáneo punto le arrebató la palabra de la boca un viento que se levantó tan súbito y tan recio, que le hizo poner en pié, sin responder á Auristela, y dando voces á los marineros, que amainasen las velas y las templasen y asegurasen, acudió toda la gente á la faena: comenzó la nave á volar en popa, con mar tendido y largo por donde el viento quiso llevarla. Recogióse Mauricio con los de su compañía á su estancia, por dejar hacer libremente su oficio á los marineros. Allí preguntó Transila á Auristela, qué sobresalto era aquel que tal la habia puesto, que á ella le habia parecido haberle causado el háber oido nombrar el nombre de Periando, y no sabía por qué las alabanzas y buenos sucesos de un hermano pudiesen dar pesadumbre. ¡Ay amiga, respondió Au-

ristela, de tal manera estoy obligada á tener en perpetuo silencio una peregrinacion que hago, que hasta darle fin, aunque primero llegue el dia de la vida, soy forzada á guardarle! En sabiendo quién soy, que si sabrás si el cielo quiere, verás las disculpas de mis sobresaltos, sabiendo la causa de do nacen; verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados; verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enredos. ¿Ves cuán grande es el ñudo del parentesco de un hermano? pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro. ¿Ves ansimismo cuán propio es de los enamorados ser celosos? pues con mas propiedad tengo yo celos de mi hermano. ¿Este capitan, amiga, no exageró la hermosura de Sinforosa, y ella al coronar las sienes de Periandro, no le miró? Sí, sin duda. ¿Y mi hermano no es del valor y de la belleza que tú has visto? ¿Pues qué mucho que haya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga olvidar de su hermana? Advierte, señora, respondió Transila, que todo cuanto el capitan ha contado sucedió ántes de la prision de la ínsula bárbara, y que despues acá os habeis visto y comunicado, donde habrás hallado que ni él tiene amor á nadie, ni cuida de otra cosa que de darte gusto; y no creo yo que las fuerzas de los celos lleguen á tanto, que alcancen á tenerlos una hermana de un su hermano. Mira, hija Transila, dijo Mauricio, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas, y sus leyes tan muchas como variables: procura ser tan discreta, que no apures los pensamientos ajenos, ni quieras saber mas de nadie de aquello que quisiere decirte: la curiosidad en los negocios propios se puede sutilizar y atildar, pero en los ajenos que no nos importan, ni por pensamiento. Esto que oyó Auristela á Mauricio, la hizo tener cuenta con su discrecion y con su lengua, porque la de Transila, poco necia, llevaba camino de hacerle sacar á plaza toda su historia.

Amansó en tanto el viento, sin haber dado lugar á que los marineros temiesen, ni los pasajeros se alborotasen. Volvió el capitan á verlos y á proseguir su historia, por haber quedado cuidadoso del sobresalto que Auristela tomó oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela volver á la plática pasada, y saber del capitan si los favores que Sinforosa habia hecho á Periandro se extendieron á mas que coronarle, y así se lo preguntó modestamente, y con recato de no dar á entender su pensamiento. Respondió el capitan, que Sinforosa no tuvo lugar de hacer mas merced, que así se han de llamar los favores de las damas, á Periandro; aunque á pesar de la bondad de Sinforosa, á él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenia de que no estaba muy libre de tener en la suya á Periandro, porque siempre que despues de partido se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subia y las levantaba sobre los cielos, y por haberle ella mandado que saliese en un navío á buscar á Periandro y le hiciese volver á ver á su padre, confirmaba mas sus sospechas. ¿Cómo, y es posible, dijo Auristela, que las grandes señoras, las hijas de los reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna, se han de humillar á dar i[...] dicios de que tienen los pensamientos en humildes [...] getos colocados? Y siendo verdad, como lo es, que grandeza y majestad no se aviene bien con el am[...] ántes son repugnantes entre sí el amor y la gra[...] za, hase de seguir que Sinforosa, reina, hermosa [...] bre no se habia de cautivar de la primera vista de [...] conocido mozo, cuyo estado no prometia ser gran[...] venir guiando un timon de una barca con doce co[...] ñeros desnudos, como lo son todos los que gob[...] los remos. Calla, hija Auristela, dijo Mauricio, q[...] ningunas otras acciones de la naturaleza se ven m[...] milagros ni mas continuos que en las del amor, q[...] ser tantos y tales los milagros, se pasan en silenci[...] se echa de ver en ellos por extraordinarios que [...] amor junta los cetros con los cayados, la grand[...] la bajeza, hace posible lo imposible, iguala di[...] estados, y viene á ser poderoso como la muerte. [...] tú, señora, y sé yo muy bien la gentileza, la gal[...] el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes [...] un compuesto de singular hermosura, y es prim[...] la hermosura rendir las voluntades, y atraer lo[...] nes de cuantos la conocen; y cuanto la herm[...] mayor y mas conocida, es mas amada y estim[...] que, no sería milagro que Sinforosa, por prim[...] sea, ame á tu hermano, porque no le aman [...] Periandro á secas, sino como á hermoso, co[...] liente, como á diestro, como á lijero, como [...] donde todas las virtudes están recogidas y cifra[...] Periandro es hermano desta señora? dijo el ca[...] respondió Transila, por cuya ausencia ella vi[...] petua tristeza; y todos nosotros, que la queren[...] á él le conocimos, en llanto y amargura: lueg[...] ron todo lo sucedido del naufragio de la nave [...] do, la division del esquife y de la barca, con [...] llo que fué bastante para darle á entender l[...] hasta el punto en que estaban; en el cual p[...] autor el primer libro desta grande historia, [...] gundo, donde se contarán cosas que, aunq[...] de la verdad, sobrepujan á la imaginacion, [...] nas pueden caber en la mas sutil y dilatada [...] cimientos.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Donde se cuenta cómo el navío se volcó con todos los que dentro dél iban.

Parece que el autor desta historia sabía mas de enamorado que de historiador, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una difinicion de celos, ocasionados de los que mostró tener Auristela por lo que le contó el cap[...] pero en esta traducion, que lo es, se qui[...] por cosa en muchas partes referida y venti[...] á la verdad del caso, que fué, que cambi[...] y enmarañándose las nubes, cerró la no[...] nebrosa, y los truenos dando por mensa[...] pagos, tras [...] comenza[...] marineros, [...] vista de [...]



nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros; y así á un mismo tiempo les cogió la turbacion y la tormenta; pero no por esto dejó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para excusar la muerte, para dilatar la vida: que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija, Antonio con Ricla y con Constanza su madre y hermana: solo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana y católica religion, que con muchas véras procuraba guardar, y así se recogió entre ellos, y hechos un ñudo, ó por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar el cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo: esperaban la muerte cerrados los ojos, ó por mejor decir, la temian sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga, es espantosa, y la que coge á un desapercebido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitan, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oian voces que mandaban hágase esto ó aquello, sino gritos de plegarias y votos que hacian y á los cielos se enviaban; y llegó á tanto esta miseria y estrecheza, que Transila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro; que uno de los efectos poderosos de la muerte es borrar de la memoria todas las cosas de la vida; y pues llega á hacer que no se sienta la pasion celosa, téngase por dicho que puede lo imposible. No habia allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban; todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitan, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los mas de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun á visitar las mas altas gavias, las cuales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente, al parecer del dia, si se puede llamar dia el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder á un bajel: finalmente, combatida de un huracan furioso, como si la volvieran con algun artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban. Adios, castos pensamientos de Auristela, adios, bien fundados disinios: sosegáos, pasos tan honrados como santos, no espereis otros mauseolos, ni otras pirámides, ni agujas, que las que os ofrecen esas mal breadas tablas. Y vos, ó Transila, ejemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto y anciano padre podeis celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao, á lo ménos con la esperanza que ya os habrá conducido á mejor tálamo: y tú, ó Ricla, cuyos deseos te llevaban á tu descanso, recoge en tus brazos á Antonio y á Constanza, tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida, para mejorártela en el cielo. En resolucion el volcar de la nave, y la certeza de la muerte de los que en ella iban, puso las razones referidas en la pluma del autor desta grande y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oirán en el siguiente capítulo.

CAPITULO II.

Donde se cuenta un extraño suceso.

Parece que el volcar de la nave volcó, ó por mejor decir, turbó el juicio del autor desta historia, porque á este segundo capítulo le dió cuatro ó cinco principios, casi como dudando qué fin en él tomaria: en fin, se resolvió, diciendo, que las dichas y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida: andan el pesar y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera y el alegre que se confía, como lo da fácilmente á entender este extraño suceso: sepultóse la nave, como queda dicho, en las aguas; quedaron los muertos sepultados sin tierra, deshiciéronse sus esperanzas, quedando imposible á todos su remedio; pero los piadosos cielos; que de muy atras toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave fuese llevada poco á poco de las olas, ya mansas y recogidas, á la orilla del mar en una playa, que por entónces su apacibilidad y mansedumbre podia servir de seguro puerto, y no léjos estaba un puerto capacísimo de muchos bajeles, en cuyas aguas, como en espejos claros, se estaba mirando una ciudad populosa, que por una alta loma sus vistosos edificios levantaba.

Vieron los de la ciudad el bulto de la nave, y creyeron ser el de alguna ballena ó de otro gran pescado que con la borrasca pasada habia dado al traves: salió infinita gente á verlo, y certificándose ser navío lo dijeron al rey Policarpo, que era el señor de aquella ciudad, el cual acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas Policarpa y Sinforosa salió tambien, y ordenó que con cabestrantes, con tornos y con barcas, con que hizo rodear toda la nave, la tirasen y encaminasen al puerto. Saltaron algunos encima del buco, y dijeron al Rey que dentro dél sonaban golpes, y aun casi se oian voces de vivos. Un anciano caballero que se halló junto al Rey, le dijo: Yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterráneo, en la ribera de Jénova, una galera de España, que por hacer el car con la vela, se volcó, como está agora este bajel, quedando la gavia en la arena y la quilla al cielo, y ántes que la volviesen ó enderezasen, habiendo primero oido rumor, como en este se oye, aserraron el bajel por la quilla, haciendo un buco capaz de ver lo que dentro estaba; y el entrar la luz dentro y el salir por él el capitan de la misma galera y otros cuatro compañeros suyos, fué todo uno. Yo vi esto, y está escrito este caso en muchas historias españolas, y aun podria ser viviesen agora las personas que segunda vez nacieron al mundo del vientre desta galera, y si aquí sucediese lo mismo, no se ha de tener á milagro, sino á misterio; que los milagros suceden fuera del órden de

la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros y no lo son, sino casos que acontecen raras veces. Pues ¿á qué aguardamos? dijo el Rey: siérrese luego el buco, y veamos este misterio, que si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro: grande fué la priesa que se dieron á serrar el bajel, y grande el deseo que todos tenian de ver el parto: abrióse en fin una gran concavidad, que descubrió muertos, y vivos que lo parecian: metió uno el brazo, y asió de una doncella que el palpitarle el corazon daba señales de tener vida; otros hicieron lo mismo, y cada uno sacó su presa; y algunos pensando sacar vivos sacaban muertos, que no todas veces los pescadores son dichosos: finalmente, dándoles el aire y la luz á los medio vivos, respiraron y cobraron aliento, limpiáronse los rostros, fregáronse los ojos, estiraron los brazos, y como quien despierta de un pesado sueño, miraron á todas partes, y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Ricla y Constanza en los de Rutilio, Antonio el padre y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salieron por sí mismos, y lo mismo hizo Mauricio: Arnaldo quedó mas atónito y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miróle Auristela, y no conociéndole, la primera palabra que le dijo, fué (que ella fué la primera que rompió el silencio de todos): ¿Por ventura, hermano mio, está entre esta gente la bellísima Sinforosa? Santos cielos, ¿qué es esto, dijo entre sí Arnaldo? ¿Qué memorias de Sinforosa son estas, en tiempo que no es razon que se tenga acuerdo de otra cosa que de dar gracias al cielo por las recebidas mercedes? Pero con todo esto, le respondió y dijo, que sí estaba, y le preguntó que cómo la conocia, porque Arnaldo ignoraba lo que Auristela con el capitan del navío, que le contó los triunfos de Periandro, habia pasado, y no pudo alcanzar la causa por la cual Auristela preguntaba por Sinforosa, que si la alcanzara, quizá dijera que la fuerza de los celos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va á buscar al alma enamorada en los últimos trances de la vida. Y despues que pasó algun tanto el pavor en los resucitados, que así pueden llamarse, y la admiracion en los vivos que los sacaron, y el discurso en todos dió lugar á la razon, confusamente unos á otros se preguntaban cómo los de la tierra estaban allí, y los del navío venían allí. Policarpo en esto, viendo que el navío al abrirle la boca, se le habia llenado de agua, en el lugar de aire que tenia, mandó llevarle á jorro al puerto, y que con artificios le sacasen á tierra, lo cual se hizo con mucha presteza; salieron asimismo á tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navío, que fuéron recebidos del rey Policarpo y de sus hijas y de todos los principales ciudadanos con tanto gusto como admiracion; pero lo que mas les puso en ella, principalmente á Sinforosa, fué ver la incomparable hermosura de Auristela: fué tambien á la parte desta admiracion la belleza de Transila, y el gallardo y nuevo traje, pocos años y gallardía de la bárbara Constanza, de quien no desdecia el buen parecer y donaire de Ricla su madre; y por estar la ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevase, fuéron todos á pié á ella.

Ya en este tiempo habia llegado Periandro á hablar á su hermana Auristela, Ladislao á Transila, y el bárbaro padre á su mujer y su hija, y los unos á los otros se fuéron dando cuenta de sus sucesos: solo Auristela ocupada toda en mirar á Sinforosa, callaba; pero en fin habló á Periandro, y le dijo: ¿Por ventura, hermano, esta hermosísima doncella que aquí va es Sinforosa, la hija del rey Policarpo? Ella es, respondió Periandro, sugeto donde tienen su asiento la belleza y la cortesía. Muy cortés debe de ser, respondió Auristela, porque es muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondió Periandro, las obligaciones que yo la tengo me obligaran, ¡oh querida hermana mia! á que me lo pareciera. Si por obligaciones va, y vos por ellas encareceis las hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas divinas, replicó Periandro, no se han de comparar las humanas; las hipérboles y alabanzas, por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados: decir que una mujer es mas hermosa que un ángel, es encarecimiento de cortesía, pero no de obligacion: sola en tí, dulcísima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos que se dan á tu hermosura. Si mis trabajos y mis desasosiegos, ¡oh hermano mio! no turbaran la mia, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que della dices; pero yo espero en los piadosos cielos, que algun dia ha de reducir á sosiego mi desasosiego, y á bonanza mi tormenta, y en este entretanto con el encarecimiento que puedo te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me debes otras ajenas hermosuras, ni otras obligaciones, que en la mia y en las mias podrás satisfacer el deseo y llenar el vacío de tu voluntad, si miras que juntando la belleza de mi cuerpo, tal cual ella es, á la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga.

Confuso iba Periandro oyendo las razones de Auristela; juzgábala celosa, cosa nueva para él, por tener por larga experiencia conocido que la discrecion de Auristela jamas se atrevió á salir de los límites de la honestidad, jamas su lengua se movió á declarar sino honestos y castos pensamientos, jamas le dijo palabra que no fuese digna de decirse á un hermano en público y en secreto. Iba Arnaldo envidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mauricio con su hija y yerno, Antonio el grande con su mujer y hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio con la ocasion que se le ofrecia de contar, donde quiera que se hallase, la grandeza de tan extraño suceso. Llegaron á la ciudad, y el liberal Policarpo honró á sus huéspedes real y magníficamente, y á todos los mandó alojar en su palacio, aventajándose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabía que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le habian sacado de su reino; y así como vió la belleza de Auristela, halló su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo cuarto Policarpa y Sinforosa alojaron á Auristela, de la cual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de haberla hecho no amante sino hermana de Periandro: y ansí por su extremada belleza como por el parentesco tan estrecho que con Periandro tenia, la adoraba, y no sabía un punto desviarse della; desmenuzábale sus facciones, notábale las palabras, ponderaba su donaire, hasta el sonido y órgano de la voz le daba gusto. Auristela casi por el mismo modo, y con los mismos afectos miraba á Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones: Auristela miraba con celos, y Sinforosa con senci-

la benevolencia. Algunos dias estuvieron en la ciudad descansando de los trabajos pasados, y dando traza de volver Arnaldo á Dinamarca ó adonde Auristela y Periandro quisieran, mostrando, como siempre lo mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio, que con ociosidad y vista curiosa habia mirado los movimientos de Arnaldo, y cuán oprimido le tenia el cuello el amoroso yugo, un dia en que se halló solo con él le dijo: Yo que siempre los vicios de los príncipes he reprendido en público, sin guardar el debido decoro que á su grandeza se debe, sin temer el daño que nace del decir mal, quiero agora sin tu licencia decirte en secreto lo que te suplico con paciencia me escuches: que lo que se dice aconsejando, en la intencion halla disculpa lo que no agrada.

Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en qué iban á parar las prevenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo, determinó de escuchalle, y así le dijo que dijese lo que quisiese, y Clodio con este salvoconduto prosiguió diciendo: Tú, señor, amas á Auristela: mal dije amas, adoras dijera mejor, y segun he sabido, no sabes mas de su hacienda, ni de quién es, que aquello que ella ha querido decirte, que no te ha dicho nada; hasla tenido en tu poder mas de dos años, en los cuales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias posibles por enternecer su dureza, amansar su rigor y rendir su voluntad á la tuya por los medios honestísimos y eficaces del matrimonio, y en la misma entereza se está hoy que el primero dia que la solicitaste, de donde arguyo, que cuanto á tí te sobra de paciencia, le falta á ella de conocimiento; y has de considerar que algun gran misterio encierra desechar una mujer un reino y un príncipe que merece ser amado: misterio tambien encierra ver una doncella vagabunda, llena de recato de encubrir su linaje, acompañada de un mozo, que como dice que lo es, podria no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sujeta á las inclemencias del cielo y á las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado: de los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar son los de la honra, á quien se posponen los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos. Aquí llegaba Clodio, mostrando querer proseguir con un filosófico y grave razonamiento, cuando entró Periandro, y le hizo callar con su llegada, á pesar de su deseo y aun del de Arnaldo, que quisiera escucharle: entraron asimismo Mauricio, Ladislao y Transila, y con ellos Auristela arrimada al hombro de Sinforosa, mal dispuesta, de modo que fué menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos y temores en los pechos de Periandro y Arnaldo, que á no encubrillos con discrecion, tambien tuvieran necesidad de los médicos como Auristela.

CAPITULO III.

Sinforosa cuenta sus amores á Auristela.

Apénas supo Policarpo la indisposicion de Auristela, cuando mandó llamar sus médicos, que la visitasen; y como los pulsos son lenguas que declaran la enfermedad que se padece, hallaron en los de Auristela, que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma; pero ántes que ellos conoció su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los médicos que en ninguna manera la dejasen sola, y que procurasen entretenerla y divertirla con música, si ella quisiese, ó con otros algunos alegres entretenimientos. Tomó Sinforosa á su cargo su salud, y ofrecióle su compañía á todas horas, ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan á la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la cual no pensaba sanar, porque estaba determinada de no decilla; que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponia á su deseo: finalmente, despejaron todos la estancia donde estaba, y quedáronse solas con ella Sinforosa y Policarpa, á quien con ocasion bastante despidió Sinforosa, y apénas se vió sola con Auristela, cuando poniendo su boca con la suya, y apretándole reciamente las manos con ardientes suspiros, pareció que queria trasladar su alma en el cuerpo de Auristela, afectos que de nuevo la turbaron, y así le dijo: ¿Qué es esto, señora mia, que estas muestras me dan á entender que estáis mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia? Mirad si os puedo servir en algo, que para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondió Sinforosa, cuanto puedo agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas te respondo, sin que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos, ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada en tanto que la vida me durare, amo, quiero bien, adoro, díjelo: no, que la vergüenza, y el ser quien soy, son mordazas de mi lengua: ¿pero tengo de morir callando? ¿ha de sanar mi enfermedad por milagro? ¿es por ventura capaz de palabras el silencio? ¿han de tener dos recatados y vergonzosos ojos virtudes y fuerza para declarar los pensamientos infinitos de un alma enamorada? Esto iba diciendo Sinforosa con tantas lágrimas y con tantos suspiros, que movieron á Auristela á enjugalle los ojos, y á abrazarla y á decirla: No se te mueran, ó apasionada señora, las palabras en la boca; despide de tí por algun pequeño espacio la confusion y el empacho, y hazme tu secretaria; que los males comunicados, si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio: si tu pasion es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sé que eres de carne, aunque pareces de alabastro, y bien sé que nuestras almas están siempre en continuo movimiento, sin que puedan dejar de estar atentas á querer bien á algun sugeto, á quien las estrellas las inclinan, que no se ha de decir que las fuerzan: dime, señora, á quién quieres, á quién amas y á quién adoras; que como no des en el disparate de amar á un toro, ni en el que dió el que adoró el plátano, como sea hombre el que segun tú dices adoras, no me causará espanto ni maravilla: mujer soy como tú, mis deseos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido á la boca, que bien pudiera, como señales de la calentura; pero al fin habrán de romper por inconvenientes y por imposibles, y siquiera en mi testamento procuraré que se sepa la causa de mi muerte. Estábala mirando Sinforosa, cada palabra que decia la estimaba como si fuera sentencia salida de la boca de un oráculo. ¡Ay, señora, dijo, y cómo creo que los cielos te han traido por tan extraño rodeo, que parece milagro, á esta tierra: condolidos de mi dolor y lastimados de mi lástima, del vientre escuro de la nave te volvieron á la luz del mundo, para que mi escuridad tuviese luz, y mis deseos salida de la confusion en que están! Y así

por no tenerme, ni tenerte mas suspensa, sabrás que á esta isla llegó tu hermano Periandro; y sucesivamente le contó del modo que habia llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció, y los premios que ganó, del modo que ya queda contado: díjole tambien, cómo las gracias de su hermano Periandro habian despertado en ella un modo de deseo, que no llegaba á ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento á contemplar sus gracias, el amor se le fué pintando, no como hombre particular, sino como á un príncipe, que si no lo era, merecia serlo: esta pintura me la grabó en el alma, y yo inadvertida dejé que me la grabase, sin hacerle resistencia alguna, y así poco á poco vine á quererle, á amarle y aun á adorarle, como he dicho.

Mas dijera Sinforosa, si no volviera Policarpa deseosa de entretener á Auristela, cantando al son de una arpa que en las manos traia: enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela, pero el silencio de la una y el perdimiento de la otra no fuéron parte para que dejasen de prestar atentos oídos á la sin par en música, Policarpa, que desta manera comenzó á cantar en su lengua lo que despues dijo el bárbaro Antonio, que en la castellana decia:

Cintia, si desengaños no son parte
Para cobrar la libertad perdida,
Da riendas al dolor, suelta la vida;
Que no es valor ni es honra el no quejarte.

Y el generoso ardor que parte á parto
Tiene tu libre voluntad rendida,
Será de tu silencio el homicida,
Cuando pienses por él eternizarte.

Salga con la doliente ánima fuera
La enferma voz; que es fuerza y es cordura
Decir la lengua lo que la alma toca.

Quejándote, sabrá el mundo siquiera
Cuán grande fué de amor tu calentura,
Pues salieron señales á la boca.

Ninguno como Sinforosa entendió los versos de Policarpa, la cual era sabidora de todos sus deseos; y puesto que tenia determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo á Auristela sus pensamientos, como ya se los habia comenzado á decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela, dando á entender, que mas por cortés que por su gusto propio la acompañaba: en fin, una vez tornando á anudar la plática pasada, le dijo: Oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma no dejan sosegar la lengua: reventaré si no las digo, y este temor, á pesar de mi crédito, hará que sepas que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mí conocidas llevaron tras sí mis enamorados deseos; y sin entremeterme en saber quién son sus padres, la patria ó riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiendo á la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido: por sí solo le quiero, por sí solo le amo, y por sí solo le adoro, y por tí sola, y por quien eres, te suplico que sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres: innumerables riquezas me dejó mi madre en su muerte, sin sabiduría de mi padre; hija soy de un rey, que puesto que sea por eleccion, en fin, es rey; la edad ya la ves, la hermosura no se te encubre, que tal cual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida: dame, señora, á tu hermano por esposo, daréte yo á mí misma por hermana, repartiré contigo mis riquezas, procuraré darte esposo, que despues, y aun ántes de los dias de mi padre, le elijan por rey los deste reino; y cuando esto no pueda ser, mis tesoros podrán comprar otros reinos. Teniale á Auristela de las manos Sinforosa, bañándoselas en lágrimas, en tanto que estas tiernas razones la decia: acompañábale en ellas Auristela, juzgando en sí misma cuáles y cuántos suelen ser los aprietos de un corazon enamorado; y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenia lástima; que un generoso pecho no quiere vengarse cuando puede, cuanto mas que Sinforosa no la habia ofendido en cosa alguna que la obligase á venganza: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que á ella traia desatinada: finalmente, no podia culparla, sin que ella primero no quedase convencida del mismo delito: lo que procuró apurar fué, si la habia favorecido alguna vez, aunque fuese en cosas leves, ó si con la lengua ó con los ojos habia descubierto su amorosa voluntad á su hermano. Sinforosa la respondió, que jamas habia tenido atrevimiento de alzar los ojos á mirar á Periandro, sino con el recato que á ser quien era debia, y que al paso de sus ojos habia andado el recato de su lengua. Bien creo eso, respondió Auristela, ¿pero es posible que él no ha dado muestras de quererte? sí habrá, porque no le tengo por tan de piedra que no le enternezca y ablande una belleza tal como la tuya: y así soy de parecer que ántes que yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dándole ocasion para ello con algun honesto favor: que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los mas tibios y descuidados pechos; que si una vez él responde á tu deseo, seráme fácil á mí hacerle que de todo en todo le satisfaga: todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosísimos: no te aconsejo yo que te deshonestes ni te precipites, que los favores que hacen las doncellas á los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion: y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, á los mas turbados ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito.

CAPITULO IV.

Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa.

Atenta estaba la enamorada Sinforosa á las discretas razones de Auristela, y no respondiendo á ellas, sino volviendo á anudar las del pasado razonamiento, le dijo: Mira, amiga y señora, hasta dónde llegó el amor que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un capitan de la guarda de mi padre le fuese á buscar y le trujese por fuerza ó de grado á mi presencia, y el navío en que se embarcó es el mismo en que tú llegaste, porque en él entre los muertos le han hallado sin vida. Así debe de ser, respondió Auristela, que él me contó gran parte de lo que tú me has dicho, de modo que ya yo tenia noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos, los cuales si es posible quiero que sosiegues hasta que se los descubras á mi hermano, ó hasta que yo tome á cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con él te hubiere sucedido, que ni á tí te faltará lugar para hablarle, ni á mí tampoco. De nuevo volvió Sinforosa á agradecer á Auristela su ofrecimiento, y de nuevo volvió Auristela á tenerle lás-

tima. En tanto que entre las dos esto pasaba, se las habia Arnaldo con Clodio, que moria por turbar ó por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo; y hallándole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dijo: El otro dia te dije, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condicion de la mujeres, y que Auristela en efecto es mujer, aunque parece un ángel, y que Periandro es hombre, aunque sea su hermano; y no por esto quiero decir que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato; y si por ventura te dieren lugar de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres quién eres, la soledad de tu padre, la falta que haces á tus vasallos, la contingencia en que te pones de perder tu reino, que es la misma en que está la nave donde falta el piloto que la gobierna: mira que los reyes están obligados á casarse, no con la hermosura, sino con el linaje; no con las riquezas, sino con la virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucesores á sus reinos: desmengua y apoca el respeto que se debe al príncipe el verle cojear en la sangre, y no basta decir que la grandeza del rey es en sí tan poderosa que iguala consigo misma la bajeza de la mujer que escogiere: el caballo y la yegua de casta generosa y conocida prometen crias de valor admirable, más que las no conocidas y de baja estirpe: entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto, pero no le ha de tener entre la noble: así que, ó señor mio, ó te vuelve á tu reino, ó procura con el recato no dejar engañarte, y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiciente y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado: debajo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece que va mejorando mi condicion hasta aquí depravada. Yo te agradezco, ó Clodio, dijo Arnaldo, el buen consejo que me has dado, pero no consiente ni permite el cielo que le reciba: Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es, que para mí cualquiera cosa que dijere ha de ser verdad: yo la adoro sin disputa, que el abismo casi infinito de su hermosura lleva tras sí el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo y he de tener vida; ansí que, Clodio, no me aconsejes mas, porque tus palabras se llevarán los vientos, y mis obras te mostrarán cuán vanos serán para conmigo tus consejos. Encogió los hombros Clodio, bajó la cabeza y apartóse de su presencia, con propósito de no servir mas de consejero, porque el que lo ha de ser requiere tener tres calidades: la primera, autoridad, la segunda, prudencia, y la tercera ser llamado. Estas revoluciones, trazas y máquinas amorosas andaban en el palacio de Policarpo y en los pechos de los confusos amantes: Auristela celosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, Arnaldo pertinaz y Mauricio haciendo disinios de volver á su patria contra la voluntad de Transila, que no queria volver á la presencia de gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao, su esposo, no osaba ni queria contradecirla; Antonio, el padre, moria por verse con sus hijos y mujer en España, y Rutilio en Italia su patria: todos deseaban, peró á ninguno se le cumplian sus deseos: condicion de la naturaleza humana, que puesto que Dios la crió perfecta, nosótros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la cual falta siempre la ha de haber miéntras no dejáremos de desear.

Sucedió pues que casi de industria dió lugar Sinforosa á que Periandro se viese solo con Auristela, deseosa que se diese principio á tratar de su causa y á la vista de su pleito, en cuya sentencia consistia la de su vida ó muerte: las primeras palabras que Auristela dijo á Periandro, fuéron: Esta nuestra peregrinacion, hermano y señor mio, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia y cada momento me hace temer los de la muerte, y querria que diésemos traza de asegurar la vida, sosegándola en una parte; y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos, que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y mujer noble y hermosíma en todo extremo, digna, no de que te ruegue como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures. En tanto que Auristela esto decia, la miraba Periandro con tanta atencion, que no movia las pestañas de los ojos, corria muy apriesa con el discurso de su entendimiento para hallar dónde podrian ir encaminadas aquellas razones; pero pasando adelante con ellas Auristela, le sacó de su confusion, diciendo: Digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en cualquier estado que tomes, digo, que Sinforosa te adora y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas increibles, y yo digo que tiene creible hermosura: digo creible, porque es tal, que no ha menester que exageraciones la levanten ni hipérboles la engrandezcan, y en lo que he echado de ver es de condicion blanda, de ingenio agudo y de proceder tan discreto como honesto: con todo esto que te he dicho, no dejo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero segun los casos presentes, no te estará mal esta compañía: fuera estamos de nuestra patria, tú perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino á Roma cuanto mas le procuramos, mas se dificulta y alarga; mi intencion no se muda, pero tiembla, y no querria que entre temores y peligros me asaltase la muerte, y así pienso acabar la vida en religion, y querria que tú la acabases en buen estado. Aquí dió fin Auristela á su razonamiento, y principio á unas lágrimas que desdecian y borraban todo cuanto habia dicho: sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiólos por el lecho, y volvió la cabeza á la parte contraria de donde estaba Periandro, el cual viendo estos extremos, y habiendo oido sus palabras, sin ser poderoso á otra cosa, se le quitó la vista de los ojos, se le anudó la garganta y se le trabó la lengua, y dió consigo en el suelo de rodillas, y arrimó la cabeza al lecho: volvió Auristela la suya, y viéndole desmayado le puso la mano en el rostro, y le enjugó las lágrimas, que sin que él lo sintiese hilo á hilo le bañaban las mejillas.

CAPITULO V.

De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa.

Efectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas: adormécense ó entorpécense á unos los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño; tiembla tal vez un hombre de un raton, y yo le he visto temblar de ver cortar un rábano, y á otro le he visto levantarse de una mesa de respeto por ver poner unas aceitunas: si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que mas

piensan que aciertan á decirla, es decir que las estrellas tienen cierta antipatía con la complexion de aquel hombre, que le inclina ó mueve á hacer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes, que á cada paso vemos. Una de las difiniciones del hombre es decir que es animal risible, porque solo el hombre se rie, y no otro ningun animal; y yo digo, que tambien se puede decir que es animal llorable, animal que llora, y ansí como por la mucha risa descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar el poco discurso. Por tres cosas es lícito que llore el varon prudente: la una por haber pecado; la segunda, por alcanzar perdon dél; la tercera, por estar celoso: las demas lágrimas no dicen bien en un rostro grave. Veamos pues desmayado á Periandro, y ya que no llore de pecador ni arrepentido, llore de celoso, que no faltará quien disculpe sus lágrimas, y aun las enjugue, como hizo Auristela, la cual con mas artificio que verdad le puso en aquel estado: volvió en fin en sí, y sintiendo pasos en la estancia volvió la cabeza, y vió á sus espaldas á Ricla y á Constanza, que entraban á ver á Auristela, que lo tuvo á buena suerte, que á dejarle solo no hallara palabras con que responder á su señora, y así se fué á pensarlas y á considerar en los consejos que le habia dado.

Estaba tambien Sinforosa con deseo de saber qué auto se habia proveido en la audiencia de amor, en la primera vista de su pleito, y sin duda que fuera la primera que entrara á ver á Auristela, y no Ricla y Constanza; pero estorbóselo llegar un recado de su padre el Rey, que le mandaba ir á su presencia luego y sin excusa alguna: obedecióle, fué á verle, y hallóle retirado y solo: hízola Policarpo sentar junto á sí, y al cabo de algun espacio que estuvo callando, con voz baja, como que se recataba de que no le oyesen, la dijo: Hija, puesto que tus pocos años no están obligados á sentir qué cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos mios estén ya sujetos á su jurisdicion, todavía tal vez sale de su curso la naturaleza, y se abrasan las niñas verdes, y se secan y consumen los viejos ancianos. Cuando esto oyó Sinforosa, imaginó sin duda que su padre sabía sus deseos; pero con todo eso calló, y no quiso interrumpirle hasta que mas se declarase; y en tanto que él se declaraba, á ella le estaba palpitando el corazon en el pecho. Siguió pues su padre, diciendo: Despues, ó hija mia, que me faltó tu madre, me acogí á la sombra de tus regalos, cubríme con tu amparo, goberméme por tus consejos, y he guardado como has visto las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el crédito de mi persona como por guardar la fe católica que profeso: pero despues que han venido estos nuevos huéspedes á nuestra ciudad se ha desconcertado el reloj de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caido desde la cumbre de mi presuncion discreta, hasta el abismo bajo de no sé qué deseos, que si los callo me matan, y si los digo me deshonran: no mas suspension, hija, no mas silencio, amiga, no mas, y si quieres que mas haya, sea el decirte que muero por Auristela: el calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura, en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los mios ya escuros, la gallardía de su persona ha alentado la flojedad de la mia. Querria, si fuese posible, á ti y á tu hermana daros una madrastra, que su valor disculpe el dárosla: si tú vienes con mi parecer, no se me dará nada del qué dirán, y cuando por esta, si pareciere locura, me quitaren el reino, reine yo en los brazos de Auristela, que no habrá monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intencion, hija, que tú se lo digas, y alcances della el sí que tanto me importa, que á lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle, si con su discrecion recompensa y contrapone mi autoridad á mis años, y mi riqueza á los suyos: bueno es ser reina, bueno es mandar, gusto dan las honras, y no todos los pasatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del sí que me has de traer desta embajada que llevas, te mando una mejora en tu suerte, que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar á desearla mejor. Mira, cuatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal, y son: buena mujer, buena casa, buen caballo y buenas armas: las dos primeras, tan obligada está la mujer á procurallas como el varon, y aun mas, porque no ha de levantar la mujer al marido, sino el marido á la mujer. Las majestades, las grandezas altas no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casándose igualan consigo á sus mujeres: así que séase Auristela quien fuere, que siendo mi esposa será reina, y su hermano Periandro mi cuñado, el cual dándotelo yo por esposo, y honrándole con título de mi cuñado, vendrás tú tambien á ser estimada, tanto por ser su esposa, como por ser mi hija. Pues ¿cómo sabes tú, señor, dijo Sinforosa, que no es Periandro casado, y ya que no lo sea, quiera serlo conmigo? De que no lo sea, respondió el Rey, me lo da á entender el verle andar peregrinando por extrañas tierras, cosa que lo estorban los casamientos grandes: de que lo quiera ser tuyo me lo certifica y asegura su discrecion, que es mucha, y caerá en la cuenta de lo que contigo gana; y pues la hermosura de su hermana la hace ser reina, no será mucho que la tuya le haga tu esposo.

Con estas últimas palabras y con esta grande promesa paladeó el Rey la esperanza de Sinforosa, y saboreóle el gusto de sus deseos; y así sin ir contra los de su padre, prometió ser casamentera, y admitió las albricias de lo que no tenia negociado: solo le dijo que mirase lo que hacia en darle por esposo á Periandro, que puesto que sus habilidades acreditaban su valor, todavía sería bueno no arrojarse, sin que primero la experiencia y el trato de algunos dias le asegurase; y diera ella porque en aquel punto se le dieran por esposo todo el bien que acertara á desearse en este mundo, los siglos que tuviera de vida; que las doncellas virtuosas y principales, uno dice la lengua y otro piensa el corazon. Esto pasaron Policarpo y su hija, y en otra estancia se movió otra conversacion y plática entre Rutilio y Clodio. Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia ser gentil maldiciente; que el tonto y simple, ni sabe murmurar ni maldecir: y aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto alaban al maldiciente discreto; que la agudeza maliciosa no hay conversacion que no la ponga en punto y dé sabor, como la sal á los manjares; y por lo ménos al maldiciente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dejan de absolverle y alabarle por discreto. Este pues nuestro murmurador, á quien su lengua desterró de su patria

en compañía de la torpe y viciosa Rosamunda, habiendo dado igual pena el rey de Ingalaterra á su maliciosa lengua, como á la torpeza de Rosamunda, hallándose solo con Rutilio, le dijo: Mira, Rutilio, necio es y muy necio el que descubriendo un secreto á otro, le pide encarecidamente que le calle porque le importa la vida en que lo que le dice no se sepa. Digo yo agora: ven acá, descubridor de tus pensamientos y derramador de tus secretos: si á ti, con importarte la vida como dices, los descubres al otro á quien se lo dices, que no le importa nada el descubrillos, ¿cómo quieres que los cierre y recoja debajo de la llave del silencio? ¿Qué mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes, sino no decillo? Todo esto sé, Rutilio, y con todo esto me salen á la lengua y á la boca ciertos pensamientos, que rabian porque los ponga en voz y los arroje en las plazas, ántes que se me pudran en el pecho ó reviente con ellos. Ven acá, Rutilio, ¿qué hace aquí este Arnaldo, siguiendo el cuerpo de Auristela, como si fuese su misma sombra, dejando su reino á la discrecion de su padre viejo, y quizá caduco, perdiéndose aquí, anegándose allí, llorando acá, suspirando acullá, lamentándose amargamente de la fortuna que él mismo se fabrica? Qué dirémos desta Auristela y deste su hermano, mozos vagabundos, encubridores de su linaje, quizá por poner en duda si son ó no principales? Que el que está ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere, y con la discrecion y artificio parecer en sus costumbres que son hijos del sol y de la luna. No niego yo que no sea virtud digna de alabanza mejorarse cada uno, pero ha de ser sin perjuicio de tercero: el honor y la alabanza son premios de la virtud, que siendo firme y sólida se le deben, mas no se le debe á la ficticia y hipócrita. ¿Quién puede ser este luchador, este esgrimador, este corredor y saltador, este Ganimédes, este lindo, este aquí vendido, acullá comprado; este Argos desta ternera de Auristela, que apénas nos la deja mirar por brújula, que ni sabemos ni hemos podido saber deste par tan sin par en hermosura, de dónde vienen ni á do van? Pero lo que mas me fatiga dellos es que por los once cielos que dicen que hay, te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos, y que puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedajes y mesones: lo que gastan sale de las alforjas, saquillos y repuestos llenos de pedazos de oro de las bárbaras Ricla y Constanza: bien veo que aquella cruz de diamantes y aquellas dos perlas que trae Auristela valen un gran tesoro; pero no son prendas que se cambian y truecan por menudo; pues pensar que siempre han de hallar reyes que los hospeden y príncipes que los favorezcan, es hablar en lo excusado. Pues ¿qué dirémos, Rutilio, ahora de la fantasía de Transila y de la astrología de su padre, ella que revienta de valiente, y él que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? Yo apostaré que Ladislao, su esposo de Transila, tomara ahora estar en su patria, en su casa y en su reposo, aunque pasara por el estatuto y condicion de los de su tierra, y no verse en la ajena á la discrecion del que quisiere darles lo que han menester; y este nuestro bárbaro español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentía del orbe, yo pondré que si el cielo le lleva á su patria, que ha de hacer corrillos de gente, mostrando á su mujer y á sus hijos envueltos en sus pellejos, pintando la isla bárbara en un lienzo, y señalando con una vara el lugar do estuvo encerrado quince años, la mazmorra de los prisioneros y la esperanza inútil y ridícula de los bárbaros y el incendio no pensado de la isla: bien asi como hacen los que libres de la esclavitud turquesca, con las cadenas al hombro, habiéndolas quitado de los piés, cuentan sus desventuras con lastimeras voces y humildes plegarias en tierra de cristianos; pero esto pase, que aunque parezca que cuentan imposibles, á mayores peligros está sujeta la condicion humana, y los de un desterrado, por grandes que sean, pueden ser creederos. ¿Adónde vas á parar, ó Clodio? dijo Rutilio. Voy á parar, respondió Clodio, en decir de ti que mal podrás usar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no danzan ni tienen otros pasatiempos sino lo que les ofrece Baco en sus tazas risueño, y en sus bebidas lascivo: pararé tambien en mí, que habiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo, y por la cortesía de Arnaldo, ni al cielo doy gracias, ni á Arnaldo tampoco; ántes querria procurar que aunque fuese á costa de su desdicha, nosotros enmendásemos nuestra ventura: entre los pobres pueden durar las amistades, porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones; pero entre los ricos y los pobres no puede haber amistad duradera, por la desigualdad que hay entre la riqueza y la pobreza. Filósofo estás, Clodio, replicó Rutilio; pero yo no puedo imaginar qué medio podrémos tomar para mejorar, como dices, nuestra suerte, si ella comenzó á no ser buena desde nuestro nacimiento: yo no soy tan letrado como tú, pero bien alcanzo que los que nacen de padres humildes, si no los ayuda demasiadamente el cielo, ellos por sí solos pocas veces se levantan adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les da la mano; pero á tí, ¿quién te la ha de dar, si la mayor que tienes es decir mal de la misma virtud? ¿Y á mí quién me ha de levantar, pues cuando mas lo procure, no podré subir mas de lo que se alza una cabriola? Yo danzador, tú murmurador; yo condenado á la horca en mi patria, tú desterrado de la tuya por maldiciente: mira qué bien podrémos esperar que nos mejore. Suspendióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension dió fin á este capítulo el autor desta grande historia.

CAPITULO VI.

Declara Sinforosa á Auristela los amores de su padre.

Todos tenian con quien comunicar sus pensamientos: Policarpo con su hija, y Clodio con Rutilio; solo el suspenso Periandro los comunicaba consigo mismo, que le engendraron tanto las razones de Auristela, que no sabía á cuál acudir, que le aliviase su pesadumbre. Válame Dios, ¿qué es esto, decia entre sí mismo, ha perdido el juicio Auristela? ¡ella mi casamentera! ¿cómo es posible que haya dado al olvido nuestros conciertos? ¿Qué tengo yo que ver con Sinforosa? Qué reinos ni qué riquezas me pueden á mí obligar á que deje á mi hermana Sigismunda, sino es dejando de ser yo Persiles? En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua, y miró á todas partes á ver si alguno le escuchaba, y asegurándose que no, prosiguió diciendo: Sin duda Auristela está celosa, que los celos se engendran entre los que bien se quieren, del aire que pasa, del sol que toca y aun de la

tierra que se pisa. ¡Oh señora mia! mira lo que haces, no hagas agravio á tu valor ni á tu belleza, ni me quites á mí la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad y firmeza me va labrando una inestimable corona de verdadero amante: hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa; pero en tu comparacion es fea, es pobre y de linaje humilde: considera, señora, que el amor nace y se engendra en nuestros pechos, ó por eleccion ó por destino: el que por destino, siempre está en su punto; el que por eleccion, puede crecer ó menguar, segun pueden menguar ó crecer las causas que nos obligan y mueven á querernos; y siendo esta verdad tan verdad, como lo es, hallo que mi amor no tiene términos que le encierren, ni palabras que le declaren: casi puedo decir que desde las mantillas y fajas de mi niñez te quise bien, y aquí pongo yo la razon del destino: con la edad y con el uso de la razon fué creciendo en mí el conocimiento, y fuéron creciendo en tí las partes que te hicieron amable: vílas, contemplélas, conocílas, grabélas en mi alma; y de la tuya y la mia hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirle: deja pues, bien mio, Sinforosas, no me ofrezcas ajenas hermosuras, ni me convides con imperios ni monarquías, ni dejes que suene en mis oídos el dulce nombre de hermano con que me llamas: todo esto que estoy diciendo entre mí, quisiera decírtelo á tí por los mismos términos con que lo voy fraguando en mi imaginacion; pero no será posible, porque la luz de tus ojos, y mas si me miran airados, ha de turbar mi vista y enmudecer mi lengua; mejor será escribírtelo en un papel, porque las razones serán siempre unas, y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fe confirmada y un deseo loable y digno de ser creido, y así determino de escribirte. Quietóse con esto algun tanto, pareciéndole que con mas advertido discurso pondria su alma en la pluma que en la lengua.

Dejemos escribiendo á Periandro, y vamos á oir lo que dice Sinforosa á Auristela, la cual Sinforosa con deseo de saber lo que Periandro habia respondido á Auristela, procuró verse con ella á solas, y darle de camino noticia de la intencion de su padre, creyendo que apénas se la habria declarado, cuando alcanzase el sí de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas ni los señoríos, especialmente de las mujeres, que por naturaleza, las mas, son codiciosas, como las mas son altivas y soberbias. Cuando Auristela vió á Sinforosa no le plugo mucho su llegada, porque no tenia qué responderle, por no haber visto mas á Periandro; pero Sinforosa ántes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginándose que con aquellas nuevas que á Auristela la llevaba tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso, y así le dijo: Sin duda alguna, bellísima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece que quieren llover sobre tí venturas y mas venturas: mi padre el Rey te adora, y conmigo te envía á decir que quiere ser tu esposo, y en albricias del sí que le has de dar, y yo se le he de llevar, me ha prometido á Periandro por esposo: ya, señora, eres reina, ya Periandro es mio, ya las riquezas te sobran, y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobraren, sobrarte han en los del mando y en los de los vasallos, que estarán continuo atentos á tu servicio. Mucho te he dicho, amiga y señora mia, y mucho has de hacer por mí; que de un gran valor no se puede esperar ménos que un grande agradecimiento: comience en nosotras á verse en el mundo dos cuñadas que se quieren bien, y dos amigas que sin doblez se amen, que sí verán, si tu discrecion no se olvida de sí misma: y dime agora, qué es lo que respondió tu hermano á lo que de mí le dijiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple sería el que no recebiese tus consejos como de un oráculo. A lo que respondió Auristela: Mi hermano Periandro es agradecido como principal caballero, y es discreto come andante peregrino: que el ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres; mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo en cuánto debemos estimar el sosiego, y pues que el que nos ofreces es tal, sin duda imagino que le habrémos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, ni sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza ni desmayarla. Da, ó bella Sinforosa, algun tiempo al tiempo, y déjanos considerar el bien de tus promesas, porque puestas en obra sepamos estimarlas: las obras que no se han de hacer mas de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una destas acciones: y así es menester que se considere bien ántes que se haga, puesto que los términos desta consideracion los doy por pasados, y hallo que tú alcanzarás tus deseos, y yo admitiré tus promesas y consejos; y vete, hermana, y haz llamar de mi parte á Periandro, que quiero saber dél alegres nuevas que decirte, y aconsejarme con con él de lo que me conviene, como con hermano mayor, á quien debo tener respeto y obeciencia. Abrazóla Sinforosa, y dejóla, por hacer venir á Periandro á que la viese, el cual en este tiempo encerrado y solo habia tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borró y tornó á escribir, quitó y añadió, en fin salió con uno que se dice decia desta manera:

«No he osado fiar de mi lengua lo que de mi pluma, »ni aun della fio algo, pues no puede escribir cosa que »sea de momento, el que por instantes está esperando la »muerte: ahora vengo á conocer que no todos los dis»cretos saben aconsejar en todos los casos, aquellos sí, »que tienen experiencia en aquellos sobre quien se les »pide el consejo. Perdóname, que no admito el tuyo por »parecerme, ó que no me conoces, ó que te has olvidado »de tí misma: vuelve, señora, en tí, y no te haga una »vana presuncion celosa salir de los límites de la grave»dad y peso de tu raro entendimiento. Considera quién »eres, y no te se olvide de quien yo soy; y verás en tí el »término del valor que puede desearse, y en mí el amor »y la firmeza que puede imaginarse; y fiándote en esta »consideracion discreta, no temas que ajenas hermosu»ras me enciendan, ni imagines que á tu incomparable »virtud y belleza otra alguna se anteponga: sigamos »nuestro viaje, cumplamos nuestro voto, y quédense »aparte celos infructuosos y mal nacidas sospechas: la »partida desta tierra solicitaré con toda diligencia y bre»vedad, porque me parece que en salir della, saldré del »infierno de mi tormento á la gloria de verte sin celos.»

Esto fué lo que escribió Periandro, y lo que dejó en limpio al cabo de haber hecho seis borradores; y doblando el papel se fué á ver á Auristela, de cuya parte ya le habian llamado.

CAPÍTULO VII.

Donde Rutilio enamorado de Policarpa y Clodio de Auristela, las escriben declarándolas sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento y rompe su papel sin darle; pero Clodio determina dar el suyo.

Rutilio y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio, y el otro de su poca vergüenza, se imaginaron merecedores, el uno de Policarpa y el otro de Auristela: á Rutilio le contentó mucho la voz y el donaire de Policarpa, y á Clodio la sin igual belleza de Auristela, y andaban buscando ocasion cómo descubrir su pensamientos, sin que les viniese mal por declararlos; que es bien que tema un hombre bajo y humilde, que se atreve á decir á una mujer principal lo que no habia de atreverse á pensarlo siquiera; pero tal vez acontece que la desenvoltura de una poco honesta, aunque principal señora, da motivo á que un hombre humilde y bajo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos: ha de ser anejo á la mujer principal el ser grave, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberbia, desabrida y descuidada; tanto ha de parecer mas humilde y mas grave una mujer, cuanto es mas señora; pero en estos dos caballeros y nuevos amantes no nacieron sus deseos de las desenvolturas y poca gravedad de sus señoras: pero nazcan de do nacieren, Rutilio en fin escribió un papel á Policarpa y Clodio á Auristela, del tenor que se sigue:

RUTILIO Á POLICARPA.

«Señora, yo soy extranjero, y aunque te diga grande»zas de mi linaje, como no tengo testigos que las confir»men, quizá no hallarán crédito en tu pecho, aunque »para confirmacion de que soy ilustre en linaje, basta que »he tenido atrevimiento de decirte que te adoro: mira »qué pruebas quieres que haga para confirmarte en esta »verdad, que á tí estará el pedirlas y á mí el hacerlas; y »pues te quiero para esposa, imagina que deseo como »quien soy, y que merezco como deseo; que de altos es»píritus es aspirar á las cosas altas: dame siquiera con »los ojos respuesta deste papel, que en la blandura ó ri»gor de tu vista veré la sentencia de mi muerte ó de mi »vida.»

Cerró el papel Rutilio con intencion de dársele á Policarpa, arrimándose al parecer de los que dicen: Díselo tú una vez, que no faltará quien se lo acuerde ciento: mostróselo primero á Clodio, y Clodio le mostró á él otro que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue:

CLODIO Á AURISTELA.

«Unos entran en la red amorosa con el cebo de la her»mosura, otros con los del donaire y gentileza, otros con »los del valor que consideran en la persona á quien de»terminan rendir su voluntad; pero yo por diferente ma»nera he puesto mi garganta á su yugo, mi cerviz á su »coyunda, mi voluntad á sus fueros y mis piés á sus »grillos, que ha sido por la de la lástima: que ¿cuál es »el corazon de piedra que no la tendrá, hermosa señora, »de verte vendida y comprada, y en tan estrechos pasos »puesta, que has llegado al último de la vida por mo»mentos: el hierro y despiadado acero ha amenazado tu »garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, »la nieve tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enfla»quecida y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus me»jillas, y finalmente el agua te ha sorbido y vomitado; y »estos trabajos no sé con qué fuerzas los llevas, pues no »te las pueden dar las pocas de un rey vagabundo y que »te sigue por solo el interes de gozarte; ni las de tu her»mano, si lo es, son tantas, que te puedan alentar en tus »miserias: no fíes, señora, de promesas remotas, y arri»mate á las esperanzas propincuas, y escoge un modo »de vida que te asegure la que el cielo quisiere darte: »mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los últi»mos rincones de la tierra, yo daré traza cómo sacarte »desta, y librarte de las importunaciones de Arnaldo, y »sacándote deste Egipto, te llevaré á la tierra de pro»mision, que es España ó Francia ó Italia, ya que no »puedo vivir en Ingalaterra, dulce y amada patria mia; »y sobre todo me ofrezco á ser tu esposo, y desde luego »te acepto por mi esposa.»

Habiendo oido Rutilio el papel de Clodio, dijo: Verdaderamente nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretension son las de la hormiga. Mira, Clodio: yo soy de parecer que rasguemos estos papeles, pues no nos ha forzado á escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa y baldía voluntad; porque el amor ni nace ni puede crecer, sino es al arrimo de la esperanza, y faltando ella falta él de todo punto, ¿pues por qué queremos aventurarnos á perder y no á ganar en esta empresa? que el declararla, y el ver á nuestras gargantas arrimado el cordel ó el cuchillo, ha de ser todo uno: demas que por mostrarnos enamorados, habrémos de parecer sobre desagradecidos traidores: ¿tú no ves la distancia que hay de un maestro de danzar, que enmendó su oficio con aprender el de platero, á una hija de un rey? ¿y la que hay de un desterrado murmurador, á la que desecha y menosprecia reinos? Mordámonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento á do ha llegado nuestra necedad: á lo ménos este mi papel se dará primero al fuego ó al viento que á Policarpa. Haz tú lo que quisieres del tuyo, respondió Clodio, que el mio aunque no le dé á Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio; aunque temo que si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de haber tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las veces daña.

Estas razones pasaron entre los dos fingidos amantes, y atrevidos y necios de véras. Llegóse en fin el punto de hablar á solas Periandro con Auristela, y entró á verla con intencion de darle el papel que habia escrito; pero así como la vió, olvidándose de todos los discursos y disculpas que llevaba prevenidas, le dijo: Señora, mírame bien, que yo soy Periandro, que fuí el que fué Persiles, y soy el que tú quieres que sea Periandro: el ñudo con que están atadas nuestras voluntades nadie le puede desatar sino la muerte, y siendo esto así, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios á esta verdad? Por todos los cielos y por tí misma, mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas á Sinforosa, ni imagines que su belleza ni sus tesoros han de ser parte á que yo olvide las minas de tus virtudes, y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo como del alma; esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron, porque no hay cláu-

sula que añadirá la obligacion en que quedé de servirte, al punto que en mis potencias se imprimió el conocimiento de tus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida desta tierra, y dispondré lo mejor que pudiere nuestro viaje; que aunque Roma es el cielo de la tierra, no está puesta en el cielo, y no habrá trabajos ni peligros que nos nieguen del todo el llegar á ella, puesto que los haya para dilatar el camino; tente al tronco y á las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de haber en el mundo quien se le oponga. En tanto que Periando esto decia, le estaba mirando Auristela con ojos tiernos y con lágrimas de celos y compasion nacidas; pero en fin, haciendo efecto en su alma las amorosas razones de Periandro, dió lugar á la verdad que en ellas venía encerrada, y respondióle seis ú ocho palabras, que fuéron: Sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo, y confiada te pido que con brevedad salgamos desta tierra, que en otra quizá convaleceré de la enfermedad celosa que en este lecho me tiene. Si yo hubiera dado, señora, respondió Periandro, alguna ocasion á tu enfermedad, llevara con paciencia tus quejas, y en mis disculpas hallaras tú el remedio de tus lástimas; pero como no te he ofendido, no tengo de qué disculparme; por quien eres te suplico, que alegres los corazones de los que te conocen, y sea brevemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no hay para qué nos mates con ella: pondré en efecto lo que me mandas, saldrémos desta tierra con la brevedad posible. ¿Sabes cuánto te importa, Periandro? respondió Auristela: pues has de saber que me van lisonjeando promesas y apretando dádivas, y no como quiera, que por lo ménos me ofrecen este reino; Policarpo el rey quiere ser mi esposo, hámelo enviado á decir con Sinforosa su hija, y ella con el favor que piensa tener en mi, siendo su madrastra, quiere que seas su esposo; si esto puede ser, tú lo sabes, y si estamos en peligro, considéralo, y conforme á esto aconséjate con tu discrecion, y busca el remedio que nuestra necesidad pide; y perdóname, que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado á ofenderte, pero estos yerros fácilmente los perdona el amor. Dél se dice, replicó Periandro, que no puede estar sin celos, los cuales cuando de débiles y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer, sirviendo de espuelas á la voluntad que de puro confiada se entibia, ó á lo ménos parece que se desmaya; y por lo que debes á tu buen entendimiento, te ruego que de aquí adelante me mires, no con mejores ojos, pues no los puede haber en el mundo tales como los tuyos, sino con voluntad mas llana y ménos puntuosa, no levantando algun descuido mio, mas pequeño que un grano de mostaza, á ser monte que llegue á los cielos, llegando á los celos; y en lo demas con tu buen juicio entreten al Rey y á Sinforosa, que no la ofenderás en fingir palabras que se encaminan á conseguir buenos deseos; y queda en paz, no engendre en algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga plática. Con esto la dejó Periandro, y al salir de la estancia, encontró con Clodio y Rutilio, Rutilio acabando de romper el papel que habia escrito á Policarpa, y Clodio doblando el suyo para ponérselo en el seno: Rutilio arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad y ufano de su atrevimiento; pero andará el tiempo, y llegará el punto, donde diera él por no haberle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

CAPITULO VIII.

De lo que pasó entre Sinforosa y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la isla.

Andaba el rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos, y deseoso ademas de saber la resolucion de Auristela, tan confiado y tan seguro que habia de corresponder á lo que deseaba, que ya consigo mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inventaba las galas, y aun hacia mercedes en esperanza del venidero matrimonio; pero entre todos estos disinios no tomaba el pulso á su edad, ni igualaba con discrecion la disparidad que hay de diez y siete años á setenta, y cuando fueran sesenta, es tambien grande la distancia: ansi halagan y lisonjean los lascivos deseos las voluntades, así engañan los gustos imaginados á los grandes entendimientos, así tiran y llevan tras sí las blandas imaginaciones á los que no se resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa, que no se aseguraba de su suerte, por ser cosa natural que quien mucho desea, mucho teme, y las cosas que podian poner alas á su esperanza, como eran su valor, su linaje y hermosura, esas mismas se las cortaban, por ser propio de los amantes rendidos pensar siempre que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren: andan el amor y el temor tan apareados, que á do quiera que volvais la cara los veréis juntos, y no es soberbio el amor, como algunos dicen, sino humilde, agradable y manso, y tanto que suele perder de su derecho, por no dar á quien bien quiere pesadumbre, y mas que como todo amante tiene en sumo precio y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasion de perderla.

Todo esto con mejores discursos que su padre consideraba la bella Sinforosa, y entre temor y esperanza puesta, fué á ver á Auristela, y á saber della lo que esperaba y temia; en fin, se vió Sinforosa con Auristela, y sola, que era lo que ella mas deseaba; y era tanto el deseo que tenia de saber las nuevas de su buena ó mala andanza, que así como entró á verla, sin que la hablase palabra, se la puso á mirar ahincadamente, por ver si en los movientos de su rostro le daba señales de su vida ó muerte. Entendióla Auristela, y á media risa, quiero decir, con muestras alegres, le dijo: Llegáos, señora, que á la raiz del árbol de vuestra esperanza no ha puesto el temor segur para cortar; bien es verdad, que vuestro bien y el mio se han de dilatar algun tanto; pero en fin llegarán, porque, aunque hay inconvenientes que suelen impedir el cumplimiento de los justos deseos, no por eso ha de tener la desesperacion fuerzas para no esperalle: mi hermano dice que el conocimiento que tiene de tu valor y hermosura, no solamente le obliga, pero que le fuerza á quererte, y tiene á bien y á merced particular la que le haces en querer ser suya; pero ántes que venga á tan dichosa posesion, ha menester defraudar las esperanzas que el príncipe Arnaldo tiene de que yo he de ser su esposa, y sin duda lo fuera yo, si el serlo tú de mi hermano no lo estorbara: que has de saber, hermana mia, que así puedo yo vivir sin Periandro como puede vivir un cuerpo sin alma; allí tengo de vivir, donde él viviere; él es el espíritu que me mueve y el alma que me anima, y siendo esto así, si él se casa en esta tierra contigo, ¿cómo podré yo vivir en la de Arnaldo en ausencia de mi hermano? Para excusar este

desman que me amenaza, ordena, que nos vamos con él á su reino, desde el cual le pedirémos licencia para ir á Roma á cumplir un voto, cuyo cumplimiento nos sacó de nuestra tierra; y está cláro, como la experiencia me lo ha mostrado, que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos pues en nuestra libertad, fácil cosa será dar la vuelta á esta isla, donde burlando sus esperanzas, veamos el fin de las nuestras, yo casándome con tu padre, y mi hermano contigo. A lo que respondió Sinforosa: No sé, hermana, con qué palabras podré encarecer la merced que me has hecho con las que me has dicho, y así la dejaré en su punto, porque no sé cómo explicarlo; pero esto que ahora decirte quiero, recíbelo ántes por advertimiento que por consejo: ahora estás en esta tierra y en poder de mi padre, que te podrá y querrá defender de todo el mundo, y no será bien que se ponga en contingencia la seguridad de tu posesion: no le ha de ser posible á Arnaldo llevaros por fuerza á tí y á tu hermano, y hále de ser forzoso, si no querer, á lo ménos consentir lo que mi padre quisiere, que le tiene en su reino y en su casa: asegúrame tú, ó hermana, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor y esposo, que yo te daré llanas todas las dificultades é inconvenientes que para llegar á este efecto pueda poner Arnaldo. A lo que respondió Auristela: Los varones prudentes por los casos pasados y por los presentes juzgan los que están por venir; á hacernos fuerza pública ó secreta tu padre en nuestra detencion, ha de irritar y despertar la cólera de Arnaldo, que en fin es rey poderoso, á lo ménos lo es mas que tu padre, y los reyes burlados y engañados fácilmente se acomodan á vengarse; y así en lugar de haber recebido con nuestro parentesco gusto, recebiríades daño, trayéndoos la guerra á vuestras mismas casas: y si dijeres que este temor se ha de tener siempre, ora nos quedemos aquí, ora volvamos despues, considerando que nunca los cielos aprietan tanto los males, que no dejen alguna luz con que se descubra la de su remedio, soy de parecer que nos vamos con Arnaldo, y que tú misma con tu discrecion y aviso solicites nuestra partida, que en esto solicitarás y abreviarás nuestra vuelta, y aquí, si no en reinos tan grandes como los de Arnaldo, á lo ménos en paz mas segura, gozaré yo de la prudencia de tu padre, y tú de la gentileza y bondad de mi hermano, sin que se dividan y aparten nuestras almas. Oyendo las cuales razones Sinforosa, loca de contento se abalanzó á Auristela, y le echó los brazos al cuello, midiéndole la boca y los ojos con sus hermosos labios: en esto vieron entrar por la sala á los dos, al parecer bárbaros, padre y hijo, y á Ricla y Constanza; y luego tras ellos entraron Mauricio, Ladislao y Transila, deseosos de ver y hablar á Auristela, y saber en qué punto estaba su enfermedad, que los tenia á ellos sin salud: despidióse Sinforosa mas alegre y mas engañada que cuando habia entrado; que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto.

El anciano Mauricio, despues de haber pasado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas, que suelen pasar entre los enfermos y los que los visitan, dijo: Si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse desterrados ausentes de su patria, donde no dejaron sino los terrones que los sustentaban, ¿qué sentirán los ausentes que dejaron en su tierra los bienes que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, señora, porque mi edad, que con presurosos pasos me va acercando al último fin, me hace desear verme en mi patria, adonde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos y me dén el último vale: este bien y merced conseguirémos todos cuantos aquí estamos, pues todos somos extranjeros y ausentes, y todos, á lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallarémos en las ajenas. Si tú, señora, quisieres solicitar nuestra partida, ó á lo ménos teniendo por bien que nosotros la procuremos, puesto que no será posible el dejarte; porque tu generosa condicion y rara hermosura acompañada de la discrecion que admira, es la piedra iman de nuestras voluntades. A lo ménos, dijo á esta sazon Antonio el padre, de la mia y de las de mi mujer y hijos, lo es de suerte, que primero dejaré la vida, que dejar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra. Yo os agradezco, señores, respondió Auristela, el deseo que me habeis mostrado, y aunque no está en mi mano corresponder á él, como debia, todavía haré que le pongan en efecto el príncipe Arnaldo y mi hermano Periandro, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, á impedirle. En tanto pues que llega el felice dia y punto de nuestra partida, ensanchad los corazones, y no deis lugar que reine en ellos la melancolía, ni penseis en peligros venideros; que pues el cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan, nos llevará á nuestras dulces patrias: que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia.

Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrió su corazon piadoso y su discrecion admirable. Entró en este instante el rey Policarpo, alegre sobremanera, porque ya habia sabido de Sinforosa, su hija, las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos y lascivos deseos: que los ímpetus amorosos, que suelen parecer en los ancianos, se cubren y disfrazan con la capa de la hipocresía, que no hay hipócrita, si no es conocido por tal, que dañe á nadie sino á sí mismo; y los viejos con la sombra del matrimonio disimulan sus depravados apetitos. Entraron con el Rey Arnaldo y Periandro, y dándole el parabien Auristela de la mejoría, mandó el Rey que aquella noche, en señal de la merced que del cielo todos en la mejoría de Auristela habian recebido, se hiciesen luminarias en la ciudad, y fiestas y regocijos ocho dias continuos. Periandro lo agradeció como hermano de Auristela, y Arnaldo como amante que pretendia ser su esposo. Regocijábase Policarpo allá entre sí mismo en considerar cuán suavemente se iba engañando Arnaldo, el cual admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiese los disinios de Policarpo, buscaba modo de salir de su ciudad, pues tanto cuanto mas se dilataba su partida, tanto mas á su parecer se alongaba el cumplimiento de su deseo. Mauricio tambien deseoso de volver á su patria acudió á su ciencia, y halló en ella que grandes dificultades habian de impedir su partida: comunicólas con Arnaldo y Periandro, que ya habian sabido los intentos de Sinforosa y Policarpo, que les puso en mucho cuidado, por saber cierto que cuando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por cualquiera dificultad, y hasta llegar al fin dellos no se miran res-

petos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones; y así no habia para qué fiarse en las pocas ó ninguna en que Policarpo les estaba. En resolucion, quedaron los tres de acuerdo que Mauricio buscase un bajel de muchos que en el puerto estaban, que los llevase á Ingalaterra secretamente, que para embarcarse no faltaria modo convenible, y que en este entre tanto no mostrase ninguno señales de que tenian noticia de los disinios de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la cual aprobó su parecer, y entró en nuevos cuidados de mirar por su salud y por la de todos.

CAPITULO IX.

Da Clodio el papel á Auristela: Antonio el bárbaro le mata por yerro. De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.

Dice la historia, que llegó á tanto la insolencia, ó por mejor decir, la desvergüenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las manos de Auristela el desvergonzado papel que le habia escrito, engañada con que le dijo que eran unos versos devotos, dignos de ser leidos y estimados: abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dió lugar al enojo, para dejalle de leer hasta el cabo: leyólo en fin, y volviéndolo á cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz como las mas veces solia, sino centellas de rabioso fuego, le dijo: Quítateme de delante, hombre maldito y desvergonzado, que si la culpa deste tu atrevido disparate entendiera que habia nacido de algun descuido mio, que menoscabara mi crédito y mi honra, en mí misma castigara tu atrevimiento, el cual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima. Quedó atónito Clodio, y diera él por no haberse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho; rodeáronle luego el alma mil temores, y no se daba mas término de vida que lo que tardasen en saber su bellaquería Arnaldo ó Periandro, y sin replicar palabra bajó los ojos, volvió las espaldas, y dejó sola á Auristela, cuya imaginacion ocupó un temor no vano, sino muy puesto en razon, de que Clodio desesperado habia de dar en traidor, aprovechándose de los intentos de Policarpo, si acaso á su noticia viniese, y determinó darla de aquel caso á Periandro y Arnaldo: sucedió en este tiempo que estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró á deshora una mujer en él, de hasta cuarenta años de edad, que con el brio y donaire debia de encubrir otros diez, vestida no al uso de aquella tierra, sino al de España; y aunque Antonio no conocia de usos, sino de los que habia visto en los de la bárbara isla donde se habia criado y nacido, bien conoció ser extranjera de aquella tierra.

Levantóse Antonio á recebirla cortesmente, porque no era tan bárbaro que no fuese bien criado; sentáronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre), despues de haber estado atenta mirando el rostro de Antonio, dijo: Parecerte ha novedad, ó mancebo, esta mi venida á verte, porque no debes de estar en uso de ser visitado de mujeres, habiéndote criado, según he sabido, en la isla bárbara, y no entre bárbaros, sino entre riscos y peñas, de las cuales, si como sacaste la belleza y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo que no me ha de ser de provecho; no te desvíes, sosiégate y no te alborotes, que no está hablando contigo algun monstruo ni persona que quiera decirte ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana; mira que te hablo español, que es la lengua que tú sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que no se conocen; mi nombre es Cenotia, soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España, y aun entre otros muchos, porque mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haciéndome conocida mis obras; salí de mi patria habrá cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores, que en aquel reino tienen del católico rebaño; si estirpe es agarena, mis ejercicios los de Zoroastres, y en ellos soy única: ¿ves este sol que nos alumbra? pues si para señal de lo que puedo quieres que le quite los rayos y le asombre con nubes, pídemelo, que haré que á esta claridad suceda en un punto escura noche, ó ya si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras, ó otras espantosas señales que nos representen la confusion del caos primero, pídelo, que tú quedarás satisfecho y yo acreditada. Has de saber ansimismo que en aquella ciudad de Alhama siempre ha habido alguna mujer de mi nombre, la cual con el apellido de Cenotia hereda esta ciencia, que no nos enseña á ser hechiceras, como algunos nos llaman, sino á ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen mas al propio: las que son hechiceras nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho: ejercitan sus burlerías con cosas al parecer de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza, y cabellos cortados en crecientes ó menguantes de luna: usan de caractéres que no entienden, y si algo alcanzan tal vez de lo que pretenden, es nó en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite para mayor condenacion suya que el demonio las engañe; pero nosotras las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos gente de mayor cuantía: tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras; y juntando lo activo á lo pasivo, parece que hacemos milagros, y nos atrevemos á hacer cosas tan estupendas, que causan admiracion á las gentes; de donde nace nuestra buena ó mala fama: buena si hacemos bien con nuestra habilidad, mala si hacemos mal con ella; pero como la naturaleza parece que nos inclina ántes al mal que al bien, no podemos tener tan á raya los deseos, que no se deslicen á procurar el mal ajeno; que ¿quién quitará al airado y ofendido que no se vengue? ¿quién al amante desdeñado que no quiera, si puede, reducir á ser querido del que le aborrece? puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto es ir contra el libre albedrío, no hay ciencia que lo pueda ni virtud de yerbas que lo alcance.

A todo esto que la española Cenotia decia, la estaba mirando Antonio, con deseo grande de saber qué suma tendria tan larga cuenta; pero la Cenotia prosiguió diciendo: Dígote en fin, bárbaro discreto, que la persecucion de los que llaman inquisidores, en España, me arrancó de mi patria; que cuando se sale por fuerza della, ántes se puede llamar arrancada, que salida: vine á esta isla por extraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atrás,

pensando que me mordian las faldas los perros, que aun hasta aquí temo: díme presto á conocer al rey antecesor de Policarpo, hice algunas maravillas, con que dejé maravillado al pueblo: procuré hacer vendible mi ciencia tan en mi provecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro, y estando atenta á esta ganancia he vivido castamente, sin procurar otro algun deleite, ni le procurara, si mi buena ó mala fortuna no te hubieran traido á esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieres: si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por hermosa; si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo, y ensancha los sacos de la codicia y los senos, y comienza desde luego á contar cuantos dineros acertares á desear; para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar, rendiré y traeré á tus manos las aves que rompen el aire; haré que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra; haré que brote del abismo lo mas precioso que en él se encierra; haréte invencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra: en fin, enmendaré tu suerte de manera que seas siempre invidiado y no invidioso, y en cambio destos bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava, que para ser tu esclava no es menester que me tengas voluntad, como para ser esposa; y como yo sea tuya, en cualquier modo que lo sea, viviré contenta: comienza pues, ó generoso mancebo, á mostrarte prudente mostrándote agradecido: mostrarte has prudente, si ántes que me agradezcas estos deseos, quisieres hacer experiencia de mis obras; y en señal de que así lo harás, alégrame el alma ahora con darme alguna señal de paz, dándome á tocar tu valerosa mano; y diciendo esto se levantó para ir á abrazarle. Antonio viendo lo cual, lleno de confusion como si fuera la mas retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso á defenderlo, y levantándose, fué á tomar su arco, que siempre, ó le traia consigo, ó le tenia junto á sí, y poniendo en él una flecha, hasta veinte pasos desviado de la Cenotia le encaró la flecha. No le contentó mucho á la enamorada dama la postura amenazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe, desvió el cuerpo, y pasó la flecha volando por junto á la garganta (en esto mas bárbaro Antonio de lo que parecia en su traje): pero no fué el golpe de la flecha en vano, porque á este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirvió de blanco y le pasó la boca y la lengua, y le dejó la vida en perpetuo silencio: castigo merecido á sus muchas culpas. Volvió la Cenotia la cabeza, vió el mortal golpe que habia hecho la flecha, temió la segunda, y sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion y de miedo, tropezando aquí y cayendo allí, salió del aposento con intencion de vengarse del cruel y desamorado mozo.

CAPITULO X.

De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.

No le quedó sabrosa la mano á Antonio del golpe que habia hecho, que aunque acertó errando, como no sabia las culpas de Clodio, y habia visto las de la Cenotia, quisiera haber sido mejor certero: llegóse á Clodio por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vió que todas se las habia llevado la muerte; cayó en la cuenta de su yerro, y túvose verdaderamente por bárbaro: entró en esto su padre, y viendo la sangre y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha, que aquel golpe habia sido hecho por la mano de su hijo. Preguntóselo, y respondióle que sí; quiso saber la causa, y tambien se la dijo: admiróse el padre, y lleno de indignacion le dijo: Ven acá, bárbaro, si á los que te aman y te quieren procuras quitar la vida, ¿qué harás á los que te aborrecen? si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuentros, sino con huir dellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió á aquel mancebo hebreo, que dejó la capa en manos de la lasciva señora que le solicitaba: dejaras tú, ignorante, esa tosca piel que traes vestida; y ese arco con que presumes vencer á la misma valentía, no le armaras contra la blandura de una mujer rendida, que cuando lo está, rompe por cualquier inconveniente que á su deseo se oponga: si con esta condicion pasas adelante en el discurso de tu vida, por bárbaro serás tenido hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas á Dios en ningun modo, sino que reprendas y no castigues á las que quisieren turbar tus honestos pensamientos; y aparéjate para mas de una batalla, que la verdura de tus años y el gallardo brio de tu persona con muchas batallas te amenazan; y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás, y sin alcanzar tus deseos te alcanzará la muerte en ellos. Escuchaba Antonio á su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso como arrepentido. Y lo que le respondió, fué: No miré, señor, lo que hice, y pésame de haberlo hecho: procuraré enmendarme de aquí adelante, de modo que no parezca bárbaro por riguroso, ni lascivo por manso: dése órden de enterrar á Clodio, y de hacerle la satisfaccion mas conveniente que ser pudiere. Ya en esto habia volado por el palacio la muerte de Clodio, pero no la causa della, porque la encubrió la enamorada Cenotia, diciendo solo, que sin saber por qué el bárbaro mozo le habia muerto.

Llegó esta nueva á los oidos de Auristela, que aun se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrársele á Periandro ó á Arnaldo, para que castigasen su atrevimiento; pero viendo que el cielo habia tomado á su cargo el castigo, rompió el papel, y no quiso que saliesen á luz las culpas de los muertos: consideracion tan prudente como cristiana; y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniéndose por ofendido de que nadie en su casa vengase sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitióselo al príncipe Arnaldo, el cual á ruego de Auristela y al de Transila perdonó á Antonio, y mandó enterrar á Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decia, que por yerro le habia muerto, sin descubrir los pensamientos de Cenotia, porque á él no le tuviesen de todo en todo por bárbaro. Pasó el rumor del caso, enterraron á Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara género de venganza alguna, así como albergaba en el de la Cenotia, que bebia, como dicen, los vientos, imaginando cómo vengarse del cruel flechero, el cual de allí á dos dias se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento, que los médicos dijeron que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad: lloraba Ricla su madre, y su padre Antonio tenia de dolor el corazon consumido: no se po-

dia alegrar Auristela, ni Mauricio. Ladislao y Transila sentian la misma pesadumbre, viendo lo cual Policarpo acudió á su consejera Cenotia, y le rogó procurase algun remedio á la enfermedad de Antonio, la cual por no conocerla los médicos, ellos no sabian hallarle: ella le dió buenas esperanzas, asegurándole que de aquella enfermedad no moriria; pero que convenía dilatar algun tanto la cura: creyóla Policarpo como si se lo dijera un oráculo. De todos estos sucesos no le pesaba mucho á Sinforosa, viendo que por ellos se detendria la partida de Periandro, en cuya vista tenia librado el alivio de su corazon: que puesto que deseaba que se partiese, pues no podia volver si no se partia, tanto gusto le daba el verle, que no quisiera que se partiera. Llegó una sazon y coyuntura, donde Policarpo y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro y Auristela, Mauricio, Ladislao y Transila y Rutilio, que despues que escribió el billete á Policarpa, aunque le habia roto, de arrepentido andaba triste y pensativo, bien así como el culpado que piensa que cuantos le miran son sabidores de su culpa: digo que la compañía de los ya nombrados se halló en la estancia del enfermo Antonio, á quien todos fuéron á visitar á pedimento de Auristela, que ansí á él como á sus padres los estimaba y queria mucho, obligada del beneficio que el mozo bárbaro le habia hecho cuando los sacó del fuego de la isla, y la llevó al serrallo de su padre: y mas que como en las comunes desventuras se reconcilian los ánimos y se traban las amistades, por haber sido tantas las que en compañía de Ricla y de Constanza y de los dos Antonios habia pasado, ya no solamente por obligacion, mas por eleccion y destino los amaba.

Estando pues juntos, como se ha dicho, un dia Sinforosa rogó encarecidamente á Periandro les contase algunos sucesos de su vida, especialmente se holgaria de saber de dónde venía la primera vez que llegó á aquella isla, cuando ganó los premios de todos los juegos y fiestas que aquel dia se hicieron en memoria de haber sido el de la eleccion de su padre. A lo que Periandro respondió, que sí haria, si se le permitiese comenzar el cuento de su historia, no del mismo principio, porque este no le podia decir ni descubrir á nadie, hasta verse en Roma con Auristela su hermana: todos le dijeron que hiciese su gusto, que de cualquier cosa que él dijese le recebirian; y el que mas contento sintió fué Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dijese, algo que descubriese quién era: con este salvoconducto Periandro dijo desta manera.

CAPITULO XI.

Cuenta Periandro el suceso de su viaje.

El principio y preámbulo de mi historia, ya que quereis, señores, que os la cuente, quiero que sea este: que nos contempleis á mi hermana y á mí, con una anciana ama suya embarcados en una nave, cuyo dueño, en lugar de parecer mercader, era un gran cosario; las riberas de una isla barriamos, quiero decir, que íbamos tan cerca della, que distintamente conociamos, no solamente los árboles, pero sus diferencias: mi hermana, cansada de haber andado algunos dias por el mar, deseó salir á recrearse á la tierra, pidióselo al capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el capitan en el de su ruego, y en la pequeña barca de la nave con solo un marinero nos echó en tierra á mi y á mi hermana y á Cloelia, que este era el nombre de su ama: al tomar tierra, vió el marinero que un pequeño rio por una pequeña boca entraba á dar al mar su tributo; haciánle sombra por una y otra ribera gran cantidad de verdes y hojosos arboles, á quien servian de cristalinos espejos sus transparentes aguas: rogámosle se entrase por el rio, pues la amenidad del sitio nos convidaba; hízolo así, y comenzó á subir por el rio arriba, y habiendo perdido de vista la nave, soltando los remos, se detuvo, y dijo: Mirad, señores, del modo que habeis de hacer este viaje, y haced cuenta que esta pequeña barca que ahora os lleva es vuestro navío, porque no habeis de volver mas al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que decis que sois su hermano, la vida: díjome en fin, que el capitan del navío queria deshonrar á mi hermana y darme á mí la muerte, y que atendiésemos á nuestro remedio, que él nos seguiria y acompañaria en todo lugar y en todo acontecimiento: si nos turbamos con esta nueva, júzguelo el que estuviere acostumbrado á recebirlas malas de los bienes que espera. Agradecíle el aviso y ofrecíle la recompensa cuando nos viésemos en mas felice estado: Aun bien, dijo Cloelia, que traigo conmigo las joyas de mi señora; y aconsejándonos los cuatro de lo que hacer debíamos, fué parecer del marinero que nos entrásemos el rio adentro, quizá descubririamos algun lugar que nos defendiese, si acaso los de la nave viniesen á buscarnos: mas no vendrán, dijo, porque no hay gente en todas estas islas, que no piense ser cosarios todos cuantos surcan estas riberas, y en viendo la nave ó naves, luego toman las armas para defenderse, y si no es con asaltos nocturnos y secretos nunca salen medrados los cosarios. Parecióme bien su consejo, tomé yo el un remo, y ayudéle á llevar el trabajo; subímos por el rio arriba, y habiendo andado como dos millas, llegó á nuestros oidos el son de muchos y varios instrumentos formado, y luego se nos ofreció á la vista una selva de árboles movibles, que de la una ribera á la otra lijeramente cruzaban; llegamos mas cerca y conocimos ser barcas enramadas lo que parecian árboles, y que el son le formaban los instrumentos que tañian los que en ellas iban.

Apénas nos hubieron descubierto, cuando se vinieron á nosotros, y rodearon nuestro barco por todas partes: levantóse en pié mi hermana, y echándose sus hermosos cabellos á las espaldas, tomados por la frente con una cinta leonada, ó liston, que le dió su ama, hizo de sí casi divina é improvisa muestra, que como despues supe por tal la tuvieron todos los que en las barcas venian, los cuales á voces, como dijo el marinero que las entendia, decian: ¿Qué es esto? Qué deidad es esta que viene á visitarnos, y á dar el parabien al pescador Carino y á la sin par Selviana de sus felicísimas bodas? Luego dieron cabo á nuestra barca, y nos llevaron á desembarcar no léjos del lugar donde nos habian encontrado. Apénas pusimos los piés en la ribera, cuando un escadron de pescadores, que así lo mostraban ser en su traje, nos rodearon, y uno por uno llenos de admiracion y reverencia llegaron á besar las orillas del vestido de Auristela, la cual, á pesar del temor que la congojaba de las nuevas que la habian dado, se mostró á aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuvieron por divina. Poco desviados de la ribera vimos un tálamo en

gruesos troncos de sabina sustentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diversas flores que servian de alcatifas al suelo: vimos ansimismo levantarse de unos asientos dos mujeres y dos hombres: ellas mozas y ellos gallardos mancebos: la una hermosa sobremanera, y la otra fea sobremanera: el uno gallardo y gentilhombre, y el otro no tanto, y todos cuatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentilhombre dijo: O tú, quien quiera que seas, que no puedes ser sino cosa del cielo, mi hermano y yo con el extremo á nuestras fuerzas posibles, te agradecemos esta merced que nos haces, honrando nuestras pobres y ya de hoy mas ricas bodas: ven, señora, y si en lugar de los palacios de cristal, que en el profundo mar dejas, como una de sus habitadoras, hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas y los tejados de mimbres, ó por mejor decir, las paredes de mimbres, y los tejados de conchas, hallarás por lo ménos los deseos de oro, y las voluntades de perlas para servirte; y hago esta comparacion, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas. Inclinóse á abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesía y hermosura la opinion que della tenian. El pescador ménos gallardo se apartó á dar órden á la demas turba á que levantasen las voces en alabanzas de la recien venida extranjera, y que tocasen todos los instrumentos en señal de regocijo. Las dos pescadoras, fea y hermosa, con sumision humilde besaron las manos á Auristela, y ella las abrazó cortés y amigablemente: el marinero (contentísimo del suceso), dió cuenta á los pescadores del navío, que en el mar quedaba, diciéndolés que era de cosarios, de quien se temia que habian de venir por aquella doncella, que era una principal señora, hija de reyes: que para mover los corazones á su defensa le pareció ser necesario levantar este testimonio á mi hermana. Apénas entendieron esto, cuando dejaron los instrumentos regocijados, y acudieron á los bélicos, que tocaron arma, arma, por entrambas riberas: llegó en esto la noche, recogímonos al mismo rancho de los desposados, pusiéronse centinelas hasta la misma boca del rio, cebáronse las nasas, tendiéronse las redes y acomodáronse los anzuelos, todo con intencion de regalar y servir á sus nuevos huéspedes; y por mas honrarlos, los dos recien desposados no quisieron aquella noche pasarla con sus esposas, sino dejar los ranchos solos á ellas y á Auristela y á Cloelia, y que ellos con sus amigos, conmigo y con el marinero se las hiciese guarda y centinela; y aunque sobraba la claridad del cielo, por la que ofrecia la de la creciente luna, y en la tierra ardian las hogueras que el nuevo regocijo habia encendido, quisieron los desposados que cenásemos en el campo los varones, y dentro del rancho lás mujeres: hízose así, y fué la cena tan abundante que pareció que la tierra se quiso aventajar al mar, y el mar á la tierra, en ofrecer la una sus carnes y la otra sus pescados.

Acabada la cena, Carino me tomó por la mano, y paseándose conmigo por la ribera, despues de haber dado muestras de tener apasionada el alma, con sollozos y con suspiros, me dijo: Por tener milagrosa esta tu llegada á tal sazon y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto, que mi mal ha de tener remedio, mediante tu consejo; y ansí, aunque me tengas por loco y por hombre de mal conocimiento y de peor gusto, quiero que sepas que de aquellas dos pescadoras que has visto, la una fea y la otra hermosa, á mí me ha cabido en suerte de que sea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé qué te diga, ni sé qué disculpa dar de la culpa que tengo, ni del yerro que hago: yo adoro á Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte á hacer otra cosa: con todo esto te quiero decir una verdad, sin que me engañe en creerla: que á los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa mujer del mundo; y hay mas en esto, que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo mas de un barrunto que muere por Selviana, de modo que nuestras cuatro voluntades están trocadas, y esto ha sido por querer todos cuatro obedecer á nuestros padres y á nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios; y no puedo yo pensar en qué razon se consiente que la carga que ha de durar toda la vida se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo, sino por el gusto ajeno; y aunque esta tarde habiamos de dar el consentimiento y el sí del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenacion del cielo, que así lo quiero creer, se estorbó con vuestra venida, de modo que aun nos queda tiempo para enmendar nuestra ventura, y para esto te pido consejo, pues como extranjero, y no parcial de ninguno, sabrás aconsejarme; porque tengo determinado, que si no se descubre alguna senda que me lleve á mi remedio, de ausentarme destas riberas, y no parecer en ellas, en tanto que la vida me durare, ora mis padres se enojen, ó mis parientes me riñan, ó mis amigos se enfaden.

Atentamente lo estuve escuchando, y de improviso me vino á la memoria su remedio, y á la lengua estas mismas palabras. No hay para qué te ausentes, amigo, á lo ménos no ha de ser ántes que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosísima doncella que has visto: ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento divino, como tiene hermosura divina: con esto nos volvimos á los ranchos, y yo conté á mi hermana todo lo que con el pescador habia pasado, y ella halló en su discrecion el modo como sacar verdaderas mis palabras, y el contento de todos; y fué que apartándose con Leoncia y Selviana á una parte, les dijo: Sabed, amigas, que de hoy mas lo habeis de ser verdaderas mias, que juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado, me dotó de un entendimiento perspicaz y agudo, de tal modo que viendo el rostro de una persona le leo el alma, y le adivino los pensamientos: para prueba desta verdad, os presentaré á vosotras por testigos: tú, Leoncia, mueres por Carino, y tú, Selviana, por Solercio; la virginal vergüenza os tiene mudas, pero por mi lengua se romperá vuestro silencio, y por mi consejo, que sin duda alguna será admitido, se igualarán vuestros deseos: callad, y dejadme hacer, que ó yo no tendré discrecion, ó vosotras tendréis felice fin en vuestros deseos. Ellas sin responder palabra, sino con besarla infinitas veces las manos, y abrazándola estrechamente, confirmaron ser verdad cuanto habia dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones. Pasóse la noche, vino el dia cuya alboroda fué regocijadísima, porque con nuevos y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de los pescadores, sonaron los instrumentos con nuevos y alegres sones, alzaron las voces todos, con que se aumentó la alegría, salieron los desposados para irse á poner en el tálamo, donde habian estado el dia de ántes, vistiéronse

Selviana y Leoncia de nuevas ropas de boda, mi hermana de industria se aderezó y compuso con los mismos vestidos que tenia; y con ponerse una cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y unas perlas en sus orejas, joyas de tanto valor que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo veréis cuando os las enseñe, mostró ser imágen sobre el mortal curso levantada; llevaba asidas de las manos á Selviana y á Leoncia, y puesta encima del teatro, donde el tálamo estaba, llamó y hizo llegar junto á sí á Carino y á Solercio: Carino llegó temblando y confuso de no saber lo que yo habia negociado, y estando ya el sacerdote á punto para darles las manos, y hacer las católicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales que la escuchasen; luego se extendió un mudo silencio por toda la gente, tan callado que apénas los aires se movian. Viéndose pues prestar grato oido de todos, dijo en alta y sonora voz: Esto quiere el cielo; y tomando por la mano á Selviana, se la entregó á Solercio, y asiendo de la de Leoncia, se la dió á Carino. Esto, señores, prosiguió mi hermana, es, como ya he dicho, ordenacion del cielo, y gusto no accidental, sino propio destos venturosos desposados, como lo muestra la alegría de sus rostros, y el sí que pronuncian sus lenguas. Abrazáronse los cuatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su trueco, y confirmaron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento y belleza de mi hermana, pues así habia trocado aquellos casi hechos casamientos, con solo mandarlo. Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del rio cuatro despalmadas, vistosas por las diversas colores con que venian pintadas, y los remos que eran seis de cada banda; ni mas ni ménos las banderetas, que venian muchas por los filaretes, asimismo eran de varias colores; los doce remos de cada una venían vestidos de blanquísimo y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine cuando entré la vez primera en esta isla: luego conocí que querian las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el árbol de otra barca desviada de las cuatro como tres carreras de caballo: era el palio de tafetan verde, listado de oro, vistoso y grande, pues alcanzaba á besar y aun á pasearse por las aguas.

El rumor de la gente y el son de los instrumentos era tan grande, que no se dejaba entender lo que mandaba el capitan del mar, que en otra pintada barca venía: apartáronse las enramadas barcas á una y otra parte del rio, dejando un espacio llano en medio, por donde las cuatro competidoras barcas volasen sin estorbar la vista á la infinita gente que desde el tálamo y desde ambas riberas estaba atenta á mirarlas; y estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos, donde se parecian los gruesos nervios, las anchas venas y los torcidos músculos, atendian la señal de la partida, impacientes por la tardanza, y fogosos, bien ansí como lo suele estar el generoso can de Irlanda, cuando su dueño no le quiere soltar de la traílla á hacer la presa que á la vista se le muestra. Llegó en fin la señal esperada, y á un mismo tiempo arrancaron todas cuatro barcas, que no por el agua, sino por el viento parecia que volaban: una dellas, que llevaba por insignia un vendado Cupido, se adelantó de las demas casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dió esperanza á todos cuantos la miraban de que ella sería la primera que llegase á ganar el deseado premio: otra que venía tras ella iba alentando sus esperanzas, confiada en el teson durísimo de sus remeros; pero viendo que la primera en ningun modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus bogadores: pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas de aquello que se imagina; porque aunque es ley de los combates y contiendas, que ninguno de los que miran favorezca á ninguna de las partes con señales, con voces ó con otro algun género que parezca que pueda servir de aviso al combatiente, viendo la gente de la ribera que la barca de la insignia de Cupido se aventajaba tanto á las demas, sin mirar á leyes, creyendo que ya la victoria era suya, dijeron á voces muchos: Cupido vence, el Amor es invencible. A cuyas voces, por escuchallas parece que aflojaron un tanto los remeros del Amor. Aprovechóse desta ocasion la segunda barca, que detras de la del Amor venía, la cual traia por insignia al Interes en figura de un gigante pequeño, pero muy ricamente aderezado, y impelió los remos con tanta fuerza, que llegó á igualarse el Interes con el Amor, y arrimándosele á un costado, le hizo pedazos todos los remos de la diestra banda, habiendo primero la del Interes recogido los suyos y pasado adelante, dejando burladas las esperanzas de los que primero habian cantado la victoria por el Amor, y volvieron á decir: El Interes vence, el Interes vence. La barca tercera traia por insignia á la Diligencia, en figura de una mujer desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que á traer trompeta en las manos, ántes pareciera Fama que Diligencia: viendo el buen suceso del Interes, alentó su confianza, y sus remeros se esforzaron de modo que llegaron á igualar con el Interes; pero por el mal gobierno del timonero se embarazó con las dos barcas primeras de modo que los unos ni los otros remos fuéron de provecho. Viendo lo cual la postrera, que traia por insignia á la buena Fortuna, cuando estaba desmayada y casi para dejar la empresa, viendo el intricado enredo de las demas barcas, desviándose algun tanto dellas por no caer en el mismo embarazo, apretó, como decirse suele, los puños, y deslizándose por un lado pasó delante de todas. Cambiáronse los gritos de los que miraban, cuyas voces sirvieron de aliento á sus bogadores, que embebidos en el gusto de verse mejorados les parecia que si los que quedaban atras entónces, les llevaran la misma ventaja no dudaran de alcanzarlos ni de ganar el premio, como lo ganaron, más por ventura que por lijereza.

En fin, la buena Fortuna fué la que la tuvo buena entónces, y la mia de agora no lo sería si yo adelante passse con el cuento de mis muchos y extraños sucesos. Y así es ruego, señores, dejemos esto en este punto, que esta noche le daré fin, si es posible que le puedan tener mis desventuras. Esto dijo Periandro á tiempo que al enfermo Antonio le tomó un terrible desmayo, viendo lo cual su padre, casi como adevino de dónde procedia, los dejó á todos, y se fué, como despues parecerá, á buscar á la Cenotia, con la cual le sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XII.

De cómo Cenotia deshizo los hechizos para que sanase Antonio el mozo; pero aconseja al rey Policarpo no deje salir de su reino á Arnaldo y los demas de su compañía.

Paréceme que si no se arrimara la paciencia al gusto que tenian Arnaldo y Policarpo de mirar á Auristela, y



Sinforosa de ver á Periandro, ya la hubieran perdido escuchando su larga plática, de quien juzgaron Mauricio y Ladislao que habia sido algo larga y traida no muy á propósito, pues para contar sus desgracias propias no habia para qué contar los placeres ajenos: con todo eso, les dió gusto y quedaron con él esperando oir el fin de su historia, por el donaire siquiera y buen estilo con que Periandro la contaba. Halló Antonio el padre á la Cenotia, que buscaba en la cámara del Rey por lo ménos, y en viéndola, puesta una desenvainada daga en las manos, con cólera española y discurso ciego arremetió á ella, y asiéndola del brazo izquierdo y levantando la daga en alto, la dijo: Dame, ó hechicera, á mi hijo vivo y sano, y luego, si no, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado; mira si tienes su vida envuelta en algun envoltorio de agujas sin ojos ó de alfileres sin cabezas: mira, ó pérfida, si la tienes escondida en algun quicio de puerta ó en alguna otra parte que solo tú lo sabes. Pasmóse Cenotia viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un español colérico, y temblando le prometió de darle la vida y salud de su hijo, y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo si se la pidiera: de tal manera se le habia entrado el temor en el alma, y así le dijo: Suéltame, español, y envaina tu acero, que los que tiene tu hijo le han conducido al término en que está; y pues sabes que las mujeres somos naturalmente vengativas, y mas cuando nos llama á la venganza el desden y el menosprecio, no te maravilles si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho; aconséjale que se humane de aquí adelante con los rendidos, y no menosprecie á los que piedad le pidieren, y véte en paz, que mañana estará tu hijo en disposicion de levantarse bueno y sano. Cuando así no sea, respondió Antonio, ni á mí me faltará industria para hallarte, ni cólera para quitarte la vida; y con esto la dejó, y ella quedó tan entregada al miedo, que olvidándose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que habia preparado para consumir la vida poco á poco del riguroso mozo, que con los de su donaire y gentileza la tenia rendida. Apénas hubo sacado la Cenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, cuando salió la salud perdida de Antonio á plaza, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre y las desmayadas fuerzas esforzado brio, de lo que recebieron general contento cuantos le conocian, y estando con él á solas su padre le dijo: En todo cuanto quiero agora decirte, ó hijo, quiero advertirte que adviertas que se encaminan mis razones á aconsejarte que no ofendas á Dios en ninguna manera, y bien habrás echado de ver esto en quince ó diez y seis años que há que te enseño la ley que mis padres me enseñaron, que es la católica, la verdadera y en la que se han de salvar y se han salvado todos los que han entrado hasta aquí y han de entrar de aquí adelante en el reino de los cielos: esta santa ley nos enseña que no estamos obligados á castigar á los que nos ofenden, sino á aconsejarlos la enmienda de sus delitos; que el castigo toca al juez, y la reprension á todos, como sea con las condiciones que despues te diré: cuando te convidaren á hacer ofensas que redunden ende servicio de Dios, no tienes para qué armar el arco ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras, que con no recebir el consejo y apartarte de la ocasion, quedarás vencedor de la pelea, y libre y seguro de verte otra vez en el trance que ahora te has visto: la Cenotia te tenia hechizado, y con hechizos de tiempo señalado, poco á poco en ménos de diez dias perdieras la vida, si Dios y mi buena diligencia no lo hubieran estorbado; y vente conmigo porque alegres á todos tus amigos con tu vista, y escuchemos los sucesos de Periandro, que los ha de acabar de contar esta noche. Prometióle Antonio á su padre de poner en obra todos sus consejos con el ayuda de Dios, á pesar de todas las persuasiones y lazos que contra su honestidad le armasen.

La Cenotia en esto, corrida, afrentada y lastimada de la soberbia desamorada del hijo, y de la temeridad y cólera del padre, quiso por mano ajena vengar su agravio, sin privarse de la presencia de su desamorado bárbaro, y con este pensamiento y resuelta determinacion se fué al rey Policarpo, y le dijo: Ya sabes, señor, cómo despues que vine á tu casa y á tu servicio, siempre he procurado no apartarme en él con la solicitud posible: sabes tambien, fiado en la verdad que de mí tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos, y sabes como prudente, que en los casos propios, y mas si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos que al parecer van mas acertados, y por esto querria que en el que ahora tienes hecho de dejar ir libremente á Arnaldo y á toda su compañía, vas fuera de toda razon y de todo término. Dime: si no puedes presente rendir á Auristela, ¿cómo la rendirás ausente? ¿Y cómo querrá ella cumplir su palabra, volviendo á tomar por esposo á un varon anciano, que en efecto lo eres (que las verdades que uno conoce de sí mismo no nos pueden engañar), teniéndose ella de su mano á Periandro, que podria ser que no fuese su hermano, y Arnaldo, príncipe mozo y que no la quiere para ménos que para ser su esposa? No dejes, señor, que la ocasion que agora se te ofrece, te vuelva la calva en lugar de la guedeja, y puedes tomar ocasion de detenerlos, de querer castigar la insolencia y atrevimiento que tuvo este monstro bárbaro que viene en su compañía, de matar en tu misma casa á aquel que dicen que se llamaba Clodio, que si ansí lo haces, alcanzarás fama que alberga en tu pecho, no el favor, sino la justicia. Estaba escuchando Policarpo atentísimamente á la maliciosa Cenotia, que con cada palabra que le decia le atravesaba como si fuera con agudos clavos el corazon, y luego luego quisiera correr á poner en efecto sus consejos; ya le parecia ver á Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante; ya se la contemplaba con la corona en la cabeza del reino de Dinamarca, y que Arnaldo hacia burla de sus amorosos disinios: en fin, la rabia de la endemoniada enfermedad de los celos se le apoderó del alma en tal manera, que estuvo por dar voces y pedir venganza de quien en ninguna cosa le habia ofendido; pero viendo la Cenotia cuán sazonado le tenia, y cuán pronto para ejecutar todo aquello que mas le quisiese aconsejar, le dijo, que se sosegase por entónces, y que esperasen á que aquella noche acabase de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diese de pensar lo que mas convenía.

Agradecióselo Policarpo, y ella cruel y enamorada, daba trazas en su pensamiento, como cumpliese el deseo del Rey y el suyo: llegóse en esto la noche, juntáronse á conversacion como la vez pasada; volvió Periandro á repetir algunas palabras ántes dichas, para que viniese

con concierto á anudar el hilo de su historia, que la habia dejado en el certámen de las barcas.

CAPITULO XIII.

Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela.

La que con mas gusto escuchaba á Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras, como con las cadenas que salian de la boca de Hércules; tal era la gracia y donaire con que Periandro contaba sus sucesos; finalmente, los volvió á anudar, como se ha dicho, prosiguiendo desta manera: Al Amor, al Interes y á la Diligencia, dejó atras la buena Fortuna, que sin ella vale poco la diligencia, no es de provecho el interes, ni el amor puede usar de sus fuerzas; la fiesta de mis pescadores tan regocijada como pobre, excedió á las de los triunfos romanos; que tal vez en la llaneza y en la humildad suelen esconderse los regocijos mas aventajados; pero como las venturas humanas estén por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza fácilmente se quiebran y desbaratan, como se quebraron las de mis pescadores, y se retorcieron y fortificaron mis desgracias, aquella noche la pasamos todos en una isla pequeña, que en la mitad del rio se hacia, convidados del verde sitio y apacible lugar: holgábanse los desposados, que sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad y diligencia de dar gusto á quien se le habia dado tan grande, poniéndolos en aquel deseado y venturoso estado, y así ordenaron que en aquella isla del rio se renovasen las fiestas y se continuasen por tres dias: la sazon del tiempo, que era la del verano, la comodidad del sitio, el resplandor de la luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los árboles, el olor de las flores, cada cosa destas de por sí, y todas juntas, convidaban á tener por acertado el parecer de que allí estuviésemos el tiempo que las fiestas durasen. Pero apénas nos habiamos reducido á la isla, cuando de entre un pedazo de bosque que en ella estaba salieron hasta cincuenta salteadores armados á la lijera, bien como aquellos que quieren robar y huir todo á un mismo punto; y como los descuidados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuido, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, ántes nos pusimos á mirar que á acometer á los ladrones, los cuales como hambrientos lobos, arremetieron al rebaño de las simples ovejas, y se llevaron, si no en la boca, en los brazos á mi hermana Auristela, á Cloelia su ama, y á Selviana, y á Leoncia; como si solamente vinieran á ofendellas, porque se dejaron otras muchas mujeres á quien la naturaleza habia dotado de singular hermosura. Yo, á quien el extraño caso mas colérico que suspenso me puso, me arrojé tras los salteadores, los seguí con los ojos y con las voces afrentándolos como si ellos fueran capaces de sentir afrentas, solamente para irritarlos á que mis injurias les moviesen á volver á tomar venganza dellas; pero ellos, atentos á salir con su intento, ó no oyeron ó no quisieron vengarse, y así se desaparecieron, y luego los desposados y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos, como suele decirse, á consejo, sobre qué hariamos para enmendar nuestro yerro y cobrar nuestras prendas: uno dijo, no es posible sino que alguna nave de salteadores está en la mar, y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quizá sabidores de nuestra junta y de nuestras fiestas: si esto no es ansí, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es que salgan algunos barcos de los nuestros, y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en el tanto mas cuanto, que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate. Yo seré, dije entónces, el que haré esa diligencia, que para conmigo tanto vale la prenda de mi hermana como si fuera la vida de todos los del mundo: lo mismo dijeron Carino y Solercio, ellos llorando en público, y yo muriendo en secreto.

Cuando tomamos esta resolucion, comenzaba á anochecer, pero con todo eso nos entramos en un barco los desposados y yo, con seis remeros: pero cuando salimos al mar descubierto, habia acabado de cerrar la noche, por cuya escuridad no vimos bajel alguno: determinamos de esperar el venidero dia, por ver si con la claridad descubriamos alguno navío, y quiso la suerte que descubriésemos dos, el uno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia á tomarla: conocí que el que dejaba la tierra era el mismo de quien habiamos salido á la isla, así en las banderas como en las velas, que venian cruzadas con una cruz roja, los que venian de fuera las traian verdes, y los unos y los otros eran cosarios. Pues como yo imaginé que el navío que salia de la isla era el de los salteadores de la presa, hice poner en una lanza una bandera blanca de seguro; vine arrimado al costado del navío, para tratar del rescate, llevando cuidado de que no me prendiesen. Asomóse el capitan al borde, y cuando quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me la turbó y suspendió y cortó en la mitad del camino un espantoso trueno que formó el disparar de un tiro de artillería de la nave de fuera, en señal que desafiaba á la batalla al navío de tierra; al mismo punto le fué respondido con otro no ménos poderoso, y en un instante se comenzaron á cañonear las dos naves como si fueran de dos conocidos y irritados enemigos.

Desvióse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde léjos estuvimos mirando la batalla; y habiendo jugado la artillería casi una hora, se aferraron los dos navíos con una no vista furia: los del navío de fuera, ó mas venturosos, ó por mejor decir, mas valientes, saltaron en el navío de tierra, y en un instante desembarazaron toda la cubierta quitando la vida á sus enemigos sin dejar á ninguno con ella: viéndose pues libres de sus ofensores, se dieron á saquear el navío de las cosas mas preciosas que tenia, que por ser de cosarios no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se llevaron de las primeras á mi hermana, á Selviana, á Leoncia y á Cloelia, con que enriquecieron su nave, pareciéndoles que en la hermosura de Auristela llevaban un precioso y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca á hablar con el capitan de los vencedores; pero como mi ventura andaba siempre en los aires, uno de tierra sopló, y hizo apartar el navío; no pude llegar á él ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y así fué forzoso el volvernos sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida; y por no ser otra la derrota que el navío llevaba, que aquella que el viento le permitia, no pudimos por entónces juzgar el camino que haria, ni señal que nos diese á entender quiénes fuesen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su patria, las esperanzas de nuestro remedio: él voló en fin, por el mar adelante, y nosotros desmayados y tristes, nos en-

tramos en el rio, donde todos los barcos de los pescadores nos estaban esperando. No sé si os diga, señores, lo que es forzoso deciros: un cierto espíritu se entró entónces en mi pecho, que sin mudarme el sér me pareció que le tenia mas que de hombre, y así levantándome en pié sobre la barca, hice que la rodeasen todas las demas y estuviesen atentos á estas ó otras semejantes razones que les dije: La baja fortuna jamas se enmendó con la ociosidad ni con la pereza; en los ánimos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha: nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no hay alma que no sea capaz de levantarse á su asiento: los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros mendigos. Esto os digo, ó amigos mios, para moveros y incitaros á que mejoreis vuestra suerte, y á que dejeis el pobre ajuar de unas redes y de unos estrechos barcos, y busqueis los tesoros que tiene en sí encerrados el generoso trabajo: llamo generoso al trabajo del que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cavador rompiendo la tierra, y apénas saca premio que le sustente mas que un dia, sin ganar fama alguna, ¿por qué no tomará en lugar de la azada una lanza, y sin temor del sol, ni de todas las inclemencias del cielo procurará ganar con el sustento, fama que le engrandezca sobre los demas hombres? La guerra, así como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que por ella se alcanzan, se pueden llamar ultramundanos. Ea pues, amigos, juventud valerosa, poned los ojos en aquel navío que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrándonos en estotro, que en la ribera nos dejaron, casi á lo que creo, por ordenacion del cielo: vamos tras él y hagámonos piratas, no codiciosos como son los demas, sino justicieros, como lo serémos nosotros: á todos se nos entiende el arte de la marinería, bastimentos hallarémos en el navío con todo lo necesario á la navegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mujeres; y si es grande el agravio que hemos recebido, grandísima es la ocasion que para vengarle se nos ofrece: sígame pues el que quisiere, que yo os suplico, y Carino y Solercio os lo ruegan, que bien sé que no me han de dejar en esta valerosa empresa. Apénas hube acabado de decir estas razones, cuando se oyó un murmureo por todas las barcas, procedido de que unos con otros se aconsejaban de lo que harian, y entre todos salió una voz que dijo: Embárcate, generoso huésped, y sé nuestro capitan y nuestra guia, que todos te seguirémos.

Esta tan improvisa resolucion de todos me sirvió de felice auspicio, y por temer que la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento no les diese ocasion de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al cual siguieron otros casi cuarenta: llegué á reconocer el navío, entré dentro, escudriñéle todo, miré lo que tenia y lo que le faltaba, y hallé todo lo que me pudo pedir el deseo, que fuese necesario para el viaje; aconsejéles que ninguno volviese á tierra, por quitar la ocasion de que el llanto de las mujeres y el de los queridos hijos no fuese parte para dejar de poner en efecto resolucion tan gallarda. Todos lo hicieron así, y desde allí se despidieron con la imaginacion de sus padres, hijos y mujeres: caso extraño, y que ha menester que la cortesía ayude á darle crédito: ninguno volvió á tierra, ni se acomodó de mas vestidos de aquellos con que habia entrado en el navío, en el cual, sin repartir los oficios, todos servian de marineros y de pilotos, excepto yo, que fuí nombrado por capitan por gusto de todos; y encomendándome á Dios comencé luego á ejercer mi oficio, y lo primero que mandé fué desembarazar el navío de los muertos que habian sido en la pasada refriega, y limpiarle de la sangre de que estaba lleno; ordené que se buscasen todas las armas ansi ofensivas como defensivas que en él habia, y repartiéndolas entre todos, dí á cada uno la que á mi parecer mejor le estaba; requerí los bastimentos, y conforme á la gente, tanteé para cuántos dias serian bastantes, poco mas ó ménos.

Hecho esto, y hecha oracion al cielo, suplicándole encaminase nuestro viaje y favoreciese nuestros tan honrados pensamientos, mandé izar las velas, que aun se estaban atadas á las entenas, y que las diéramos al viento, que como se ha dicho, soplaba de la tierra, y tan alegres como atrevidos, y tan atrevidos como confiados, comenzamos á navegar por la misma derrota que nos pareció que llevaba el navío de la presa. Veisme aquí, señores, que me estáis escuchando, hecho pescador y casamentero, rico con mi querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de capitan contra ellos, que las vueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren, ni términos que las encierren. No mas, dijo á esta sazon Arnaldo, no mas, Periandro amigo, que puesto que tú no te canses de contar tus desgracias, á nosotros nos fatiga el oirlas por ser tantas. A lo que respondió Periandro: Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama lugar, que es donde todas las cosas caben, y no hay ninguna fuera del lugar, y en mí le tienen todas las que son desgraciadas, aunque por haber hallado á mi hermana Auristela, las juzgo por dichosas: que el mal que se acaba sin acabar la vida, no lo es. A esto dijo Transila: Yo por mí digo, Periandro, que no entiendo esa razon, solo entiendo que lo será muy grande, si no cumplís el deseo que todos tenemos de saber los sucesos de vuestra historia, que me van pareciendo ser tales, que han de dar ocasion á muchas lenguas que las cuenten, y muchas injuriosas plumas que las escriban. Suspensa me tiene el veros capitan de salteadores; juzgué merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estaré esperando tambien suspensa, cuál fué la primera hazaña que hicisteis, y la aventura primera con que encontrasteis. Esta noche, señora, respondió Periandro, daré fin si fuere posible al cuento, que aun hasta agora se está en sus principios; quedando todos de acuerdo que aquella noche volviesen á la misma plática, por entónces dió fin Periandro á la suya.

CAPITULO XIV.

Da cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar.

La salud del hechizado Antonio volvió su gallardía á su primera entereza, y con ella se volvieron á renovar en Cenotia sus mal nacidos deseos, los cuales tambien renovaron en su corazon los temores de verse dél ausente; que los desahuciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengañarse; que lo están en tanto que ven presente la causa de donde nacen; y así procuraba con todas las trazas que podia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliesen de la ciudad ninguno de aquellos huéspedes, y así volvió á aconsejar á Policarpo, que en ninguna manera dejase sin castigo el atrevimiento del bárbaro homicida, y que por lo ménos, ya que no le

diese la pena conforme al delito, le debia prender y castigarle siquiera con amenazas, dando lugar que el favor se opusiese por entónces á la justicia, como tal vez se suele hacer en mas importantes ocasiones. No lo quiso tomar Policarpo en la que este consejo le ofrecia, diciendo á la Cenotia que era agraviar la autoridad del príncipe Arnaldo, que debajo de su amparo le traia, y enfadar á su querida Auristela, que como á su hermano le trataba, y mas que aquel delito fué accidental y forzoso, y nacido mas de desgracia que de malicia, y mas que no tenia parte que le pidiese, y que todos cuantos le conocian afirmaban que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocia. ¿Cómo es esto, señor, replicó la Cenotia, que habiendo quedado el otro dia entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasion la tomases de detener á Auristela, agora estás tan léjos de tomarle? Ellos se te irán, ella no volverá; tú llorarás entónces tu perplejidad y tu mal discurso á tiempo, cuando ni te aprovechen las lágrimas, ni enmendar en la imaginacion, lo que ahora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado en razon de cumplir su deseo, no lo son en razon de que no es suyo, ni es él el que las comete, sino el amor que manda su voluntad: rey eres, y de los reyes las injusticias y rigores son bautizados con nombre de severidad. Si prendes á este mozo darás lugar á la justicia, y soltándole á la misericordia, y en lo uno y en lo otro confirmarás el nombre que tienes de bueno. Desta manera aconsejaba la Cenotia á Policarpo, el cual á solas y en todo lugar iba y venía con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse de qué modo podia detener á Auristela sin ofender á Arnaldo, de cuyo valor y poder era razon temiese; pero en medio destas consideraciones, y en el de las que tenia Sinforosa, que por no estar tan recatada ni tan cruel como la Cenotia, deseaba la partida de Periandro por entrar en la esperanza de la vuelta, se llegó el término de que Periandro volviese á proseguir su historia, que la siguió en esta manera.

Lijera volaba mi nave por donde el viento queria llevarla, sin que se le opusiese á su camino la voluntad de ninguno de los que íbamos en ella, dejando todos en el albedrío de la fortuna nuestro viaje, cuando desde lo alto de la gavia vimos caer á un marinero, que ántes que llegase á la cubierta del navío quedó suspenso de un cordel que traia anudado á la garganta: llegué con priesa y cortésele, con que estorbé no se le acortase la vida. Quedó como muerto, y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las cuales volvió en sí, y preguntándole la causa de su desesperacion, dijo: Dos hijos tengo, el uno de tres y el otro de cuatro años, cuya madre no pasa de los veinte y dos, y cuya pobreza pasa de lo posible, pues solo se sustentaba del trabajo destas manos, y estando yo agora encima de aquella gavia, volví los ojos al lugar donde los dejaba, y casi como si alcanzara á verlos los vi hincados de rodillas, las manos levantadas al cielo, rogando á Dios por la vida de su padre, y llamándome con palabras tiernas; vi ansimismo llorar á su madre, dándome nombre de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan gran vehemencia, que me fuerza á decir que lo vi, para no poner duda en ello, y él ver que esta nave vuela y me aparta dellos, y que no sé dónde vamos, y la poca ó ninguna obligacion que me obligó á entrar en ella, me trastornó el sentido, y la desesperacion me puso este cordel en las manos, y yo le dí á mi garganta, por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba. Este suceso movió á lástima á cuantos le escuchábamos, y habiéndole consolado y casi asegurado que presto dariamos la vuelta contentos y ricos, le pusimos dos hombres de guarda, que le estorbasen volver á poner en ejecucion su mal intento, y ansí le dejamos: y yo, porque este suceso no despertase en la imaginacion de alguno de los demas el querer imitarle, les dije que la mayor cobardía del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo es señal que le falta el ánimo para sufrir los males que teme: y ¿qué mayor mal puede venir á un hombre que la muerte? Y siendo esto así, no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes, y con la muerte desesperada no solo no se acaban y se mejoran, pero se empeoran y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros mios, porque no os asombre el suceso que habeis visto deste nuestro desesperado, que aun hoy comenzamos á navegar, y el ánimo me está diciendo que nos aguardan y esperan mil felices sucesos.

Todos dieron la voz á uno para responder por todos, el cual desta manera dijo: Valeroso capitan, en las cosas que mucho se consideran, siempre se hallan muchas dificultades, y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar á la razon y muchas á la ventura; y en la buena que hemos tenido en haberte elegido por nuestro capitan, vamos seguros y confiados de alcanzar los buenos sucesos que dices; quédense nuestras mujeres, quédense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza á todos, que los cielos que sustentan los gusarapos del agua, tendrán cuidado de sustentar los hombres de la tierra. Manda, señor, izar las velas, pon centinelas en las gavias por ver si descubren en qué podamos mostrar que no temerarios, sino atrevidos, son los que aquí vamos á servirte. Agradecíles la respuesta, hice izar todas las velas, y habiendo navegado aquel dia, al amanecer del siguiente, la centinela de la gavia mayor dijo á grandes voces: Navío, navío. Preguntáronle que derrota llevaba, y que de qué tamaño parecia. Respondió que era tan grande como el nuestro, y que le teniamos por la proa. Alto pues, dije, amigos, tomad las armas en las manos, y mostrad con estos, si son cosarios, el valor que os ha hecho dejar vuestras redes: hice luego cargar las velas, y en poco mas de dos horas descubrimos y alcanzamos el navío, al cual embestimos de golpe, y sin hallar defensa alguna saltaron en él mas de cuarenta de mis soldados, que no tuvieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente traia algunos marineros y gente de servicio; y mirándolo bien todo, hallaron en un apartamiento puestos en un cepo de hierro por la garganta, desviados uno de otro casi dos varas, á un hombre de muy buen parecer, y á una mujer mas que medianamente hermosa, y en otro aposento hallaron tendido en un rico lecho á un venerable anciano, de tanta autoridad, que obligó su presencia á que todos le tuviésemos respeto; no se movió del lecho, porque no podia, pero levantándose un poco alzó la cabeza, y dijo: Envainad, señores, vuestras espadas, que en este navío no hallaréis ofensores en quien ejercitarlas; y si la necesidad os hace y fuerza á usar este oficio de buscar vuestra ventura á costa de las ajenas, á parte habeis llegado que os hará dichosos, no porque en

este navío haya riquezas ni albajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en él, que soy Leopoldio, el rey de los danaos. Este nombre de rey me avivó el deseo de saber qué sucesos habian traido á un rey á estar tan solo y tan sin defensa alguna; lleguéme á él, y preguntéle si era verdad lo que decia, porque aunque su grave presencia prometia serlo, el poco aparato con que navegaba hacia poner en duda el creerle. Manda, señor, respondió el anciano, que esta gente se sosiegue, y escúchame un poco, que en breves razones te contaré cosas grandes. Sosegáronse mis compañeros, y ellos y yo estuvimos atentos á lo que decir queria, que fué esto: El cielo me hizo rey del reino de Danea, que heredé de mis padres, que tambien fuéron reyes, y lo heredaron de sus antepasados, sin haberles introducido á serlo la tiranía, ni otra negociacion alguna: caséme en mi mocedad con una mujer mi igual, murióse sin dejarme sucesion algun, corrió el tiempo, y muchos años me contuve en los límites de una honesta viudez; pero al fin por culpa mia, que de los pecados que se cometen nadie ha de echar la culpa á otro, sino á sí mismo; digo que por culpa mia tropecé y caí en la de enamorarme de una dama de mi mujer, que á ser ella la que debia, hoy fuera el dia que fuera reina, y no se viera atada y puesta en un cepo, como ya debeis de haber visto. Esta pues, pareciéndole no ser injusto anteponer los rizos de un criado mio á mis canas, se envolvió con él, y no solamente tuvo gusto de quitarme la honra, sino que procuró junto con ella quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan extrañas trazas, con tales embustes y rodeos, que á no ser avisado con tiempo, mi cabeza estuviera fuera de mis hombros en una escarpia al viento, y las suyas coronadas del reino de Danea: finalmente, yo descubrí sus intentos á tiempo, cuando ellos tambien tuvieron noticia de que yo lo sabia: una noche en un pequeño navío que estaba con las velas en alto para partirse, por huir del castigo de su culpa y de la indignacion de mi furia se embarcaron; súpelo, volé á la marina en las alas de mi cólera, y hallé que habria veinte horas que habian dado las suyas al viento, y yo ciego del enojo, y turbado con el deseo de la venganza, sin hacer algun prudente discurso, me embarqué en este navío y los seguí, no con autoridad y aparato de rey, sino como particular enemigo; hallélos á cabo de diez dias, en una isla que llaman del Fuego, y cogílos descuidados, y puestos en ese cepo que habréis visto, los llevaba á Danea, para darles por justicia y procesos fulminados la debida pena á su delito. Esta es la pura verdad, los delincuentes ahí están, que aunque no quieran la acreditan: yo soy el rey de Danea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las traiga aquí, sino porque os doy mi palabra de ponéroslas y enviároslas donde quisiéredes, para cuya seguridad, si no basta mi palabra, llevadme con vosotros en vuestro navío, y dejad que en este mio, ya vuestro, vaya alguno de los mios á Danea, y traiga este dinero donde le ordenárades, y no tengo mas que deciros.

Mirábanse mis compañeros unos otros, y diéronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo como capitan lo podia y debia hacer: con todo eso quise tomar parecer con Carino y con Solercio y con alguno de los demas, porque no entendiesen que me queria alzar de hecho con el mando que de su voluntad ellos me tenian dado, y así la respuesta que dí al Rey fué decirle: Señor, á los que aquí venimos, no nos puso la necesidad las armas en las manos, ni ninguno otro deseo que de ambiciosos tenga semejanza; buscando vamos ladrones, á castigar vamos salteadores, y á destruir piratas; y pues tú estás tan léjos de ser persona deste género, segura está tu vida de nuestras armas, ántes si has menester que con ellas te sirvamos, ninguna cosa habrá que nos lo impida; y aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa: que pues no estás cautivo, no estás obligado al cumplimento della; sigue en paz tu camino, y en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones á tus ofensores; que la grandeza del rey, algun tanto resplandece mas en ser misericordioso, que justiciero. Quisiérase humillar Leopoldio á mis piés, pero no lo consintió ni mi cortesía ni su enfermedad: pedíle me diese alguna pólvora si llevaba, y partiese con nosotros de sus bastimentos, lo cual se hizo al punto: aconsejéle asimismo, que si no perdonaba á sus dos enemigos, los dejase en mi navío, que yo los pondria en parte donde no la tuviesen mas de ofenderle. Dijo que sí haria, porque la presencia del ofensor suele renovar la injuria en el ofendido: ordené que luego nos volviésemos á nuestro navío con la pólvora y bastimentos que el Rey partió con nosotros, y queriendo pasar á los dos prisioneros ya sueltos y libres del pesado cepo, no dió lugar un recio viento que de improviso se levantó, de modo que apartó los dos navíos, sin dejar que otra vez se juntasen; desde el borde de mi nave me despedí del Rey á voces, y él en los brazos de los suyos salió de su lecho, y se despidió de nosotros, y yo me despido agora, porque la segunda hazaña me fuerza á descansar para entrar en ella.

CAPITULO XV.

Refiere lo que le pasó con Sulpicia, sobrina de Cratilo, rey de Lituania.

A todos dió general gusto de oir el modo con que Periandro contaba su extraña peregrinacion, sino fué á Mauricio, que llegándose al oido de Transila su hija, le dijo: Paréceme, Transila, que con ménos palabras y mas sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no habia para qué detenerse en decirnos tan por extenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia; pero yo sin duda creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio y la elegancia de sus palabras. Así debe de ser, respondió Transila: pero lo que yo sé decir es, que ora se dilate, ó se sucinte en lo que dice, todo es bueno, y todo da gusto; pero ninguno le recebia mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro decia, así le regalaba el alma, que la sacaba de sí misma. Los revueltos pensamientos de Policarpo no le dejaban estar muy atento á los razonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedara mas que decir, porque le dejara á él mas que hacer: que las esperanzas propincuas de alcanzar el bien que se desea, fatigan mucho mas que las remotas y apartadas; y era tanto el deseo que Sinforosa tenia de oir el fin de la historia de Periandro, que solicitó el volverse á juntar otro dia, en el cual Periandro prosiguió su cuento en esta forma: Contemplad,

señores, á mis marineros, compañeros y soldados, mas ricos de fama que de oro, y á mí con algunas sospechas de que no les hubiese parecido bien mi liberalidad, y puesto que nació tan de su voluntad como de la mia, en la libertad de Leopoldio, como no son todas unas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuviesen todos contentos, y que les pareciese que seria difícil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate, y esta consideracion me movió á decirles: Amigos mios, nadie esté triste por la perdida ocasion de alcanzar el gran tesoro que nos ofreció el Rey, porque os hago saber que una onza de buena fama vale mas que una libra de perlas, y esto no lo puede saber sino el que comienza á gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre á quien la virtud enriquece, suele llegar á ser famoso; como el rico, si es vicioso, puede venir y viene á ser infame: la liberalidad es una de las mas agradables virtudes de quien se engendra la buena fama, y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro que no lo sea; mas iba á decir, pareciéndome que me daban todos tan gratos oidos, como mostraban sus alegres semblantes, cuando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navío, que no léjos del nuestro, á orza por delante de nosotros pasaba: hice tocar alarma y díle caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse á tiro de cañon, y disparando uno sin bala, en señal de que amainase, lo hizo así, soltando las velas de alto abajo. Llegando mas cerca, vi en él uno de los mas extraños espectáculos del mundo; vi que pendientes de las entenas y de las jarcias venian mas de cuarenta hombres ahorcados: admiróme el caso, y abordando con el navío, saltaron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiese: hallaron la cubierta llena de sangre y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma; este gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin paciencia alguna: esta mortandad y fracaso daba señales de haber sucedido sobre mesa, porque los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella, guardaban el olor del vino; en fin, pisando muertos y hollando heridos, pasaron los mios adelante, y en el castillo de popa hallaron puestas en escuadron hasta doce hermosísimas mujeres, y delante dellas una que mostraba ser su capitana, armada de un coselete blanco, y tan terso y limpio, que pudiera servir de espejo, á quererse mirar en él; traia puesta la gola, pero no las escarcelas ni los brazaletes, el morrion si, que era de hechura de una enroscada sierpe, á quien adornaban infinitas y diversas piedras de varios colores; tenia un venablo en las manos, tachonado de arriba abajo con clavos de oro, con una gran cuchilla de agudo y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan gallarda, que bastó á detener su vista la furia de mis soldados, que con admirada atencion se pusieron á mirarla.

Yo que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor pasé á su navío, á tiempo cuando ella estaba diciendo: Bien creo, ó soldados, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño escuadron de mujeres, que á la vista se os ofrece, el cual, despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotras temor alguno: embestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra quitándonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las darémos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo, rey de Lituania; casóme mi tio con el gran Lampidio, tan famoso por linaje, como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Ibamos los dos á ver al rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino, que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia; anoche bebieron de modo, que les sepultó en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudieron á poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida, dieron principio á su abominable intento; pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras, por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechándonos del poco tiento y borrachez con que nos acometian; y con algunas armas que les quitamos, y con cuatro criados que libres del humo de Baco nos acudieron, hicimos en ellos lo que muestran esos muertos que están sobre esa cubierta; y pasando adelante con nuestra venganza habemos hechos que esos árboles y esas entenas produzcan el fruto que dellas veis pendiente; cuarenta son los ahorcados, y si fueran cuarenta mil tambien murieran, porque su poca ó ninguna defensa, y nuestra cólera, á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se extendia: riquezas traigo que poder repartir, aunque mejor diria que vosotros podiais tomar; solo puedo añadir, que os las entregaré de buena gana. Tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas ántes quedaréis infames que ricos.

Pareciéronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero cosario, me ablandara. Uno de mis pescadores dijo á este punto: Que me maten si no se nos ofrece aquí hoy otro rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso capitan muestre su general condicion: ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos. Así será, respondí yo, pues vosotros, amigos, lo quereis; y entended, que obras tales nunca las deja el cielo sin buena paga, como á las que son malas sin castigo: despojad esos árboles de tan mal fruto, y limpiad esa cubierta, y entregad á esas señoras junto con la libertad la voluntad de servirlas. Púsose en efecto mi mandamiento, y llena de admiracion y de espanto, se me humilló Sulpicia, la cual, como persona que no acertaba á saber lo que le habia sucedido, tampoco acertaba á responderme, y lo que hizo fué mandar á una de sus damas le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros: hízolo así la dama, y en un instante, como aparecidos ó llovidos del cielo, me pusieron delante cuatro cofres llenos de joyas y dineros: abriólos Sulpicia, y hizo muestras de aquel tesoro á los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizá y aun sin quizá cegó en algunos la intencion que de ser liberales tenian, porque hay mucha diferencia de dar lo que se posee y se tiene en las manos, á dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venian engastadas, y diciendo: Toma, capitan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece; dádiva es de

una pobre viuda, que ayer se vió en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se ve sujeta á la discrecion destos soldados que te rodean, entre los cuales puedes repartir estos tesoros, que segun se dice, tienen fuerzas para quebrantar las peñas. A lo que yo respondí: Dádivas de tan gran señora se han de estimar como si fuesen mercedes; y tomando el collar me volví á mis soldados, y les dije: Esta joya es ya mia, soldados y amigos mios, y así puedo disponer della, como cosa propia, cuyo precio, por ser á mi parecer inestimable, no conviene que se dé á uno solo: tómele y guárdele el que quisiere, que en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos, y quédese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el cielo. A lo que uno respondió: Quisiéramos, ó buen capitan, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos á la tuya; vuelve el collar á Sulpicia: la fama que nos prometes, no hay collar que la ciña ni límite que la contenga.

Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia: finalmente, ella me pidió que le diese doce soldados de los mios, que le sirviesen de guarda y de marineros, para llevar su nave á Lituania: hízose así, contentísimos los doce que escogí solo por saber que iban á hacer bien. Proveyónos Sulpicia de generosos vinos, y de muchas conservas de que careciamos: soplaba el viento próspero para el viaje de Sulpicia y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero: despedimonos della, supo mi nombre, y el de Carino y Solercio, y dándonos á los tres sus brazos, con los ojos abrazó á todos los demas: ella llorando lágrimas de placer y tristeza nacidas, de tristeza por la muerte de su esposo, de alegría por verse libre de las manos que pensó ser de salteadores, nos dividimos y apartamos. Olvidaba de deciros como volví el collar á Sulpicia, y ella le recebió á fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo á afrenta que le estimase yo en tan poco que se le volviese. Entré en consulta con los mios sobre qué derrota tomaríamos, y concluyóse que la que el viento llevase, pues por ella habian de caminar los demas navíos que por el mar navegasen, ó por lo ménos si el viento no hiciese á su propósito, harian bordos hasta que les viniese á cuento. Llegó en esto la noche clara y serena, y yo llamando á un pescador marinero que nos servia de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse á mirar el cielo. Apostaré, dijo á esta sazon Mauricio á Transila su hija, que se pone agora Periandro á describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho á lo que va contando el declararnos los movimientos del cielo: yo por mí, deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir desta tierra no da lugar á que me entretenga ni ocupe en saber cuáles son fijas, ó cuáles erráticas estrellas, cuanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que él me puede decir. En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa voz hablaban, cobró aliento Periandro, para proseguir su historia en esta forma.

CAPITULO XVI.

Prosigue Periandro sus acaecimientos, y cuenta un extraño sueño.

Comenzaba á tomar posesion el sueño y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba á preguntar al que estaba conmigo muchas cosas necesarias para saber usar el arte de la marinería, cuando de improviso comenzaron á llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecia sino que el mar todo se habia subido á la region del viento, y desde allí se dejaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos, y puestos en pié, mirando á todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso miedo y en admiracion: en esto el que estaba conmigo dijo: Sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen mas abajo de los ojos aquellos monstruosos pescados, que se llaman náufragos; y si esto es asi, en gran peligro estamos de perdernos; menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruido se espantan: en esto vi alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle. Náufragos son, dijo el piloto, con balas ó sin ellas, que el ruido y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos. Traia el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osaban levantarse en pié, por no ser arrebatados de aquellos vestiglos; con todo eso se dieron priesa á disparar la artillería, y á dar voces unos, y acudir otros á la bomba, para volver el agua al agua; tendimos todas las velas, y como si huyéramos de alguna gruesa armada de enemigos, huimos del sobre estant peligro, que fué el mayor en que hasta entónces nos habiamos visto. Otro dia al crepúsculo de la noche nos hallamos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros, y con disinio de hacer agua en ella quisimos esperar el dia, sin apartarnos de su ribera: amainamos las velas, arrojamos las áncoras, y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomo posesion blanda y suavemente: en fin, nos desembarcamos todos, y pisamos la amenísima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando mas adentro se nos ofrecieron á la vista prados cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas, en el cual verdor las tenian, no cristalinas aguas como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formadas, que cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian.

Descubrimos luego una selva de árboles de diferentes géneros, tan hermosos que nos suspendieron las almas y alegraron los sentidos; de algunos pendian ramos de rubíes, que parecian guindas, ó guindas que parecian granos de rubíes: de otros pendian camuesas, cuyas mejillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio; en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ámbar y cuyo color de los que se forman en el cielo, cuando el sol se traspone: en resolucion, todas las frutas de quien tenemos noticia, estaban allí en su sazon, sin que las diferencias del año las estorbasen; todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable, con extremo increible. Satisfacia á todos nuestros cinco sentidos lo que mirábamos; á los ojos con la belleza y la hermosura, á los oidos con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el son de los infinitos pajarillos, que con no aprendidas voces formado, los cuales saltando de árbol en árbol, y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenian cautiva su libertad, y que no querian ni acertaban á cobrarla: al olfato, con el olor que

de sí despedian las yerbas, las flores y los frutos: al gusto, con la prueba que hicimos de la suavidad dellos: al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro del Tíbar. Pésame, dijo á esta sazon Ladislao á su suegro Mauricio, que se haya muerto Clodio, que á fe que le habria dado bien que decir Periandro en lo que va diciendo. Callad, señor, dijo Transila su esposa, que por mas que digais, no podréis decir que no prosigue bien su cuento Periandro: el cual, como se ha dicho, cuando algunas razones se entremetian de los circunstantes, él tomaba aliento para proseguir en las suyas; que cuando son largas, aunque sean buenas, ántes enfadan que alegran. No es nada lo que hasta aquí he dicho, prosiguió Periandro, porque á lo que resta por decir, falte entendimiento que lo perciba, y aun cortesías que lo crean: volved, señores, los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazon de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiese engañar: digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero un suavísimo son, que hirió nuestros oidos y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de música formado; luego salió un carro, que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota, que escapaba de alguna gran borrasca; tirábanla doce poderosísimos jimios, animales lascivos; sobre el carro venia una hermosísima dama, vestida de una rozagánte ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas: venia arrimada á un baston negro, y en él fija una tabla china ó escudo, donde venian estas letras, SENSUALIDAD: tras ella salieron otras muchas hermosas mujeres con diferentes instrumentos en las manos, formando una música, ya alegre y ya triste, pero todas singularmente regocijadas.

Todos mis compañeros y yo estábamos atónitos, como si fuéramos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegóse á mí la Sensualidad, y con voz entre airada y suave me dijo: Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, á lo ménos el gusto; y diciendo esto, pasó adelante, y las doncellas de la música arrebataron, que así se puede decir, siete ó ocho de mis marineros, y se los llevaron consigo y volvieron á entrarse, siguiendo á su señora, por la abertura de la peña. Volvíme yo entónces á los mios para preguntarles qué les parecia de lo que habian visto; pero estorbólo otra voz ó voces que llegaron á nuestros oidos bien diferentes que las pasadas, porque eran mas suaves y regaladas; y formábanlas un escuadron de hermosísimas, al parecer, doncellas; y segun la guia que traian éranlo sin duda, porque venia delante mi hermana Auristela, que á no tocarme tanto gastara algunas palabras en alabanza de su mas que humana hermosura: ¿qué me pidieran á mí entónces que no diera en albricias de tan rico hallazgo? que á pedirme la vida, no la negara, si no fuera por no perder el bien tan sin pensarlo hallado. Traia mi hermana á sus dos lados dos doncellas, de las cuales la una me dijo: La Continencia y la Pudicicia, amigas y compañeras, acompañamos perpetuamente á la Castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse: ni la dejarémos hasta que con dichoso fin le dé á sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma. Entónces yo á tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y extraño acontecimiento por su grandeza y por su novedad mal seguro, alcé la voz para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenia, y queriendo decir: ¡oh únicas consoladoras de mi alma, oh ricas prendas por mi bien halladas, dulces y alegres en este y en otro cualquier tiempo! fué tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompí el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navío con todos los mios, sin que faltase alguno dellos. A lo que dijo Constanza: ¿Luego, señor Periandro, dormíades? Sí, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, replicó Constanza, que ya queria preguntar á mi señora Auristela adónde habia estado el tiempo que no habia parecido. De tal manera, respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar si era verdad ó no lo que decia. A lo que añadió Mauricio: Esas son fuerzas de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades. A todo esto callaba Arnaldo, y consideraba los afectos y demostraciones con que Periandro contaba su historia, y de ninguno dellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma habia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auristela y Periandro verdaderos hermanos. Con todo eso, dijo, prosigue, Periandro, tu cuento, sin repetir sueños, porque los ánimos trabajados siempre los engendran muchos y confusos, y porque la sin par Sinforosa está esperando que llegues á decir de dónde venias la primera vez que á esta isla llegaste, de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas, que por la eleccion de su padre cada año en ellas se hacen. El gusto de lo que soñé, respondió Periandro, me hizo no advertir de cuán poco fruto son las digresiones en cualquiera narracion, cuando ha de ser sucinta y no dilatada. Callaba Policarpo, ocupando la vista en mirar á Auristela, y el pensamiento en pensar en ella: y así para él importaba muy poco ó nada que callase ó que hablase Periandro, el cual advertido ya de que algunos se cansaban de su larga plática, determinó de proseguirla abreviándola, y siguiéndola en las ménos palabras que pudiese, y así dijo.

CAPITULO XVII.

Prosigue Periandro su historia.

Desperté del sueño, como he dicho, tome consejo con mis compañeros qué derrota tomariamos, y salió decretado que por donde el viento nos llevase; que pues íbamos en busca de cosarios, los cuales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos; y habia llegado á tanto mi simpleza, que pregunté á Carino y á Solercio si habian visto á sus esposas en compañía de mi hermana Auristela, cuando yo la vi soñando. Riéronse de mi pregunta y obligáronme y aun forzáronme á que les contase mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar, sin que nos sucediese cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos de mas de sesenta navíos de cosarios, que por serlo verdaderos adjudicamos sus robos á nuestro navío y le llenamos de inumerables despojos, con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaban sino lo robado.

Sucedió pues que un porfiado viento nos salteó una noche, que sin dar lugar á que amainásemos algun tanto, ó templásemos las velas, en aquel término que las halló las



tendió y acosó de modo que, como he dicho, mas de un mes navegamos por una misma derrota, tanto que tomando mi piloto el altura del polo, donde nos tomó el viento, y tanteando las aguas que haciamos por hora, y los dias que habiamos navegado, hallamos ser cuatrocientas leguas poco mas ó ménos: volvió el piloto á tomar la altura, y vió que estaba debajo del Norte, en el paraje de Noruega, y con voz grande y mayor tristeza dijo: Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino, en este se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar Glacial, digo en el mar helado, y si aquí nos saltea el hielo, quedarémos empedrados en estas aguas. Apénas hubo dicho esto, cuando sentimos que el navío tocaba por los lados y por la quilla como en movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba á helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban, impedian el movimiento del navío: amainamos de golpe, porque topando en ellos no se abriese, y en todo aquel dia y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente y se apretaron de modo que, cogiéndonos en medio, dejaron al navío engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo á entumecer los cuerpos y á entristecer nuestras almas, y haciendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos dimos mas dias de vida que los que pudiese sustentar el bastimento que en el navío hubiese, en el cual bastimento desde aquel punto se puso tasa, y se repartió por órden tan miserable y estrechamente, que desde luego comenzó á matarnos la hambre; tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiese alentar nuestra esperanza, si no fué con un bulto negro, que á nuestro parecer estaria de nosotros seis ó oho millas; pero luego imaginamos que debia de ser algun navío á quien la comun desgracia del hielo tenia aprisionado: este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto, porque un miedo dilatado y un temor no vencido fatiga mas el alma que una repentina muerte: que en el acabar súbito se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta pues que nos amenazaba tan hambrienta como larga, nos hizo tomar una resolucion, si no desesperada, temeraria por lo ménos; y fué que consideramos que si los bastimentos se nos acababan, el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana; y así determinamos de salirnos del navío y caminar por encima del hielo, y ir á ver si en el que se parecia habria alguna cosa de que aprovecharnos, ó ya de grado ó ya por fuerza: púsose en obra nuestro pensamiento, y en un instante vieron las aguas sobre si formado con piés enjutos un escuadron pequeño, pero de valentísimos soldados, y siendo yo la guia, resbalando, cayendo y levantando, llegamos al otro navío, que lo era casi tan grande como el nuestro: habia gente en él, que puesta sobre el borde adevinando la intencion de nuestra venida, á voces comenzó uno á decirnos: ¿A qué venís, gente desesperada? ¿qué buscais? ¿venís por ventura á apresurar nuestra muerte y á morir con nosotros? volvéos á vuestro navío, y si os faltan bastimentos, roed las jarcias y encerrad en vuestros estómagos los embreados leños, si es posible, porque pensar que os hemos de dar acogida será pensamiento vano y contra los preceptos de la caridad, que ha de comenzar de sí mismo: dos meses dicen que suele durar este hielo que nos detiene, para quince dias tenemos sustento; si es bien que le repartamos con vosotros, á vuestra consideracion lo dejo. A lo que yo le respondí: En los apretados peligros toda razon se atropella; no hay respeto que valga, ni buen término que se guarde; acogednos en vuestro navío de grado, y juntarémos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo amigablemente, ántes que la precisa necesidad nos haga mover las armas y usar de la fuerza.

Esto le respondí yo, creyendo no decian verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos viéndose superiores y aventajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas, ni admitieron nuestros ruegos, ántes arremetieron á las armas, y se pusieron en órden de defenderse: los nuestros, á quien la desesperacion, de valientes hizo valentísimos, añadiendo á la temeridad nuevos brios, arremetieron al navío, y casi sin recebir herida, le entraron y le ganaron, y alzóse una voz entre nosotros, que á todos les quitásemos la vida, por ahorrar de bocas y de estómagos, por donde se fuese el bastimento que en el navío hallásemos. Yo fuí de parecer contrario, y quizá por tenerle bueno en esto nos socorrió el cielo, como despues diré, aunque primero quiero deciros, que este navío era el de los cosarios que habian robado á mi hermana y á las dos recien desposadas pescadoras. Apénas le hube reconocido, cuando dije á voces: ¿Adónde teneis, ladrones, nuestras almas? Adónde están las vidas que nos robasteis? ¿Qué habeis hecho de mi hermana Auristela, y de las dos Selviana y Leoncia, partes mitades de los corazones de mis buenos amigos Carino y Solercio? A lo que uno me respondió: Esas mujeres pescadoras, que decis, las vendió nuestro capitan, que ya es muerto, á Arnaldo, príncipe de Dinamarca. Así es la verdad, dijo á esta sazon Arnaldo, que yo compré á Auristela y á Cloelia su ama y á otras dos hermosísimas doncellas, de unos piratas que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecian. ¡Válame Dios, dijo Rutilio en esto, y por qué rodeos y con qué eslabones se viene á engarzar la peregrina historia tuya, ó Periandro! Por lo que debes al deseo que todos tenemos de servirte, añadió Sinforosa, que abrevies tu cuento, ó historiador tan verdadero como gustoso. Sí haré, respondió Periandro, si es posible que grandes cosas en breves términos puedan encerrarse.

CAPITULO XVIII.

Traicion de Policarpo por consejo de Cenotia. Quítanle á él el reino sus vasallos, y á ella la vida. Salen de la isla los huéspedes, y van á parar á la isla de las Ermitas.

Toda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podia estar atento para escucharle, ni le daba lugar á pensar maduramente lo que debia hacer para quedarse con Auristela, sin perjuicio de la opinion que tenia de generoso y de verdadero: ponderaba la calidad de sus huéspedes, entre los cuales se le ponia delante Arnaldo, príncipe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia; descubria en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brio algun gran personaje, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora; quisiera buenamente lograr sus deseos á pié llano, sin rodeos ni invenciones, cubriendo toda dificultad y todo parecer

contrario con el velo del matrimonio, que puesto que su mucha edad no lo permitia, todavía podia disimularlo, porque en cualquier tiempo es mejor casarse que abrasarse; acuciaba y solicitaba sus pensamientos con los que solicitaban y aquejaban á la embaidora Cenotia, con la cual se concertó que ántes de dar otra audiencia á Periandro, se pusiese en efecto su disinio, que fué que de allí á dos noches tocasen una arma fingida en la ciudad, y se pegase fuego al palacio por tres ó cuatro partes, de modo que obligase á los que en él asistian á ponerse en cobro, donde era forzoso que interviniese la confusion y el alboroto, en medio del cual previno gente que robasen al bárbaro mozo Antonio y á la hermosa Auristela; y asimismo ordenó á Policarpa su hija, que conmovida de lástima cristiana avisase á Arnaldo y á Periandro el peligro que los amenazaba, sin descubrilles el robo, pero mostrándoles el modo de salvarse, que era que acudiesen á la marina, donde en el puerto hallarian una saetía que los acogiese. Llegóse la noche, y á las tres horas della comenzó el arma, que puso en confusion y alborotó á toda la gente de la ciudad: comenzó á resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenia: acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, á dar noticia á Arnaldo y á Periandro de los disinios de su traidor y enamorado padre, que se extendian á quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo cual Arnaldo y Periandro llamaron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los bárbaros padre y hijo, á Ricla, á Constanza y á Rutilio, y agradeciendo á Policarpa su aviso, se hicieron todos un monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembarazado hasta el puerto, y segura embarcacion en la saetía, cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpa, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huida se embarcase, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Ingalaterra, ó hasta otra parte mas léjos de aquella isla. Entre la confusa gritería y continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrasase, hacia el mayor estrago, andaba encubierto Policarpo, mirando si salia cierto el robo de Auristela, y asimismo solicitaba el de Antonio la hechicera Cenotia; pero viendo que se habian embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia, y el alma se lo pronosticaba, acudió á mandar que todos los baluartes y todos los navíos que estaban en el puerto disparasen la artillería contra el navío de los que en él huian, con lo cual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los ánimos de todos los moradores de la ciudad, que no sabian qué enemigos los asaltaban, ó qué intempestivos acontecimientos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus piés y su esperanza en su inocencia, y con pasos desconcertados y temerosos se subió á una alta torre de palacio, á su parecer parte segura del fuego, que lo demas del palacio iba consumiendo: acertó á encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contó, como si lo hubiera visto, la huida de sus huéspedes, cuyas nuevas quitaron el sentido á Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de haberlas dado. Amanecia en esto el alba risueña para todos los que con ella esperaban descubrir la causa ó causas de la presente calamidad; y en el pecho de Policarpo anochecia la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse: mordíase las manos Cenotia, y maldecia su engañadora ciencia y las promesas de sus malditos maestros; sola Sinforosa se estaba aun en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podia, para hacerla volver en su acuerdo; volvió en fin, tendió la vista por el mar, vió volar la saetía donde iba la mitad de su alma, ó la mejor parte della, y como si fuera otra engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Enéas se quejaba, enviando suspiros al cielo, lágrimas á la tierra y voces al aire, dijo estas ó otras semejantes razones: ¡Oh hermoso huésped, venido por mi mal á estas riberas, no engañador por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa, que me dijeses palabras amorosas para engañarme! amaina esas velas, ó témplalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navío, cuya vista, solo por que vas en él, me consuela: mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alejas de quien te busca, y das muestras de que aborreces á quien te adora: hija soy de un rey, y me contento con ser esclava tuya; y si no tengo hermosura que pueda satisfacer á tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacíos de los mejores que el amor tiene: no repares en que se abrase toda esta ciudad, que si vuelves, habrá servido este incendio de luminarias por la alegría de tu vuelta: riquezas tengo, acelerado fugitivo mio, y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el cielo para tí solo. A esta sazon volvió á hablar con su hermana, y le dijo: ¿No te parece, hermana mia, que ha amainado algun tanto las velas? No te parece que no camina tanto? ¡Ay Dios, si se habrá arrepentido! Ay Dios, si la rémora de mi voluntad le detiene el navío! Ay hermana, respondió Policarpa, no te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos; el navío vuela, sin qué le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.

Salteólas en esto el Rey su padre, que quiso ver de la alta torre, tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se descubria: los hombres que tomaron á su cargo encender el fuego de palacio, le tuvieron tambien de apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto, y el mal nacido deseo de su rey Policarpo, y los embustes y consejos de la hechicera Cenotia; y aquel mismo dia le depusieron del reino, y colgaron á Cenotia de una entena. Sinforosa y Policarpa fuéron respetadas como quien eran, y la ventura que tuvieron fué tal, que correspondió á sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcanzase el fin felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas: los del navío, viéndose todos juntos y todos libres, no se hartaban de dar gracias al cielo de su buen suceso: dellos supieron otra vez los traidores disinios de Policarpo; pero no les parecieron tan traidores, que no hallase en ellos disculpa el haber sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que cuando ocupa á un alma la pasion amorosa, no hay discurso con que acierte, ni razon que no atropelle.

Haciales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo: llevaban la mira de su viaje

puesta en Ingalaterra, adonde pensaban tomar el disinio que mas les conviniese, y con tanto sosiego navegaban, que no les sobresaltaba ningun recelo, ni miedo de ningun suceso adverso: tres dias duró la apacibilidad del mar, y tres dias sopló próspero el viento, hasta que al cuarto, al poner del sol, se comenzó á turbar el viento y á desasosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca comenzó á turbar á los marineros: que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, que cuando les apretaba este temor descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fué conocida, y dijeron que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se alegraron; porque en ella sabían que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navíos: tales en fin, que pudieran servir de abrigados puertos; dijeron tambien, que en una de las ermitas servía de ermitaño un caballero principal, francés, llamado Renato; y en la otra ermita servia de ermitaña una señora francesa, llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se hubiese visto. El deseo de saberla y el de repararse de la tormenta, si viniese, hizo á todos que encaminasen allá la proa: hízose así con tanto acertamiento, que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo, sin que nadie se lo impidiese: y estando informado Arnaldo de que en la isla no habia otra persona alguna que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento á Auristela y á Transila, que fatigadas del mar venían, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Periandro, mandó echar el esquife al agua, y que saliesen todos á tierra á pasar la noche en sosiego, libres de los vaivenes del mar; y aunque se hizo así, fué parecer del bárbaro Antonio, que él y su hijo, y Ladislao y Rutilio se quedasen en el navío guardándole, pues la fe de sus marineros, poco experimentada, no les debia asegurar de modo que se fiasen dellos; y en efecto, los que se quedaron en el navío fuéron los dos Antonios, padre y hijo, con todos los marineros; que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves; mejor les huele la pez, la brea y la resina de sus navíos, que á la demas gente las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña los de la tierra se repararon del viento, y á la claridad de mucha lumbre, que de ramas cortadas en un instante hicieron, se defendieron del frio; y ya como acostumbrados á pasar muchas veces calamidades semejantes, pasaron la desta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el alivio que Periandro les causó con volver por ruego de Transila á proseguir su historia, que puesto que él lo rehusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudándoles Auristela, la ocasion y el tiempo, la hubo de proseguir en esta forma.

CAPITULO XIX.

Del buen acogimiento que hallaron en la isla de las Ermitas.

Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser á mí agora contar mis trabajos en este sosiego: que puesto que no puedo decir que estoy libre dellos todavía, segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser condicion de la humana suerte, que cuando los bienes comienzan á crecer, parece que unos se van llamando á otros, y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente. Los trabajos que yo hasta aquí he padecido, imagino que han llegado al último paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que declinen: que cuando en el extremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal á mal, sino de mal á bien, y de bien á mas bien, y este en que estoy teniendo á mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me asegura y promete que tengo de llegar á la cumbre de los mas felices que acierte á desearme; y así con este dichoso pensamiento digo, que quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la venta que habian hecho de mi hermana y de las dos recien desposadas pescadoras, y de Cloelia, al príncipe Arnaldo, que aquí está presente.

En tanto que los mios andaban escudriñando y tanteando los bastimentos que habia en el empedrado navío, á deshora y de improviso de la parte de tierra descubrimos que sobre los hielos caminaba un escuadron de armada gente, de mas de cuatro mil personas formado: dejónos mas helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas, mas por muestra de ser hombres, que con pensamientos de defenderse: caminaban sobre solo un pié, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelian y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resbalar otra gran pieza de camino, y desta suerte en un instante fuéron con nosotros y nos rodearon por todas partes; y uno dellos, que como despues supe, era el capitan de todos, llegándose cerca de nuestro navío, á trecho que pudo ser oido, asegurando la paz con un paño blanco que volteaba sobre el brazo, en lengua polaca, con voz clara dijo: Cratilo, rey de Lituania y señor destos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar dellos los navíos que del hielo están detenidos, á lo ménos la gente y la mercancía que tuvieren, por cuyo beneficio se paga con tomarla por suya: si vosotros gustáredes de aceptar este partido sin defenderos, gozaréis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y si no, aparejáos á defenderos de nuestras armas de continuo vencedoras. Contentóme la brevedad y la resolucion del que nos hablaba. Respondíle que me dejase tomar parecer con nosotros mismos, y fué el que mis pescadores me dieron, decir que el fin de todos los males, y el mayor dellos era el acabar la vida, la cual se habia de sustentar por todos los medios posibles, cómo no fuesen por los de la infamia; y que pues en los partidos que nos ofrecian no intervenia ninguna, y del perder la vida estábamos tan ciertos, como dudosos de la defensa, sería bien rendirnos, y dar lugar á la mala fortuna que entónces nos perseguia, pues podria ser que nos guardase para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta di al capitan del escuadron, y al punto, mas con apariencia de guerra, que con muestras de paz, arremetieron al navío, y en un instante le desbalijaron todo, y trasladaron cuanto en él habia, hasta la misma artillería y jarcias, á unos cueros de bueyes que sobre el hielo tendieron, y liándolos por encima, aseguraron poderlos llevar, tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna: ro-

baron ansimismo lo que hallaron en el otro nuestro navío, y poniéndonos á nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre vocería, nos tiraron y nos llevaron á tierra, que debia de estar desde el lugar del navío como veinte millas: paréceme á mí que debia de ser cosa de ver, caminar tanta gente por cima de las aguas á pié enjuto, sin usar allí el cielo algunos de sus milagros; en fin, aquella noche llegamos á la ribera, de la cual no salimos hasta otro dia por la mañana, que la vimos coronada de infinito número de gente, que á ver la presa de los helados y yertos habian venido.

Venía entre ellos sobre un hermoso caballo el rey Cratilo, que por las insinias reales con que se adornaba conocimos ser quien era: venía á su lado asimismo á caballo una hermosísima mujer, armada de unas armas blancas, á quien no podian acabar de encubrir un velo negro con que venían cubiertas; llevóme tras sí la vista, tanto su buen parecer como la gallardía del rey Cratilo, y mirándola con atencion conocí ser la hermosa Sulpicia, á quien la cortesía de mis compañeros pocos dias há habia dado la libertad que entónces gozaba. Acudió el Rey á ver los rendidos, y llevándome el capitan asido de la mano, le dijo: En este solo mancebo, ó valeroso rey Cratilo, me parece que te presento la mas rica presa que en razon de persona humana hasta agora humanos ojos han visto. ¡Santos cielos! dijo á esta sazon la hermosa Sulpicia arrojándose del caballo al suelo, ó yo no tengo vista en los ojos, ó es este mi libertador Periandro; y el decir esto y añudarme el cuello con sus brazos fué todo uno, cuyas extrañas y amorosas muestras obligaron tambien á Cratilo á que del caballo se arrojase, y con las mismas señales de alegría me recebiese: entónces la desmayada esperanza de algun buen suceso estaba léjos de los pechos de mis pescadores, pero cobrando aliento en las muestras alegres con que vieron recebirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias que dieron á Dios del no esperado beneficio, que ya le contaban, no por beneficio, sino por singular y conocida merced. Sulpicia dijo á Cratilo: Este mancebo es un sugeto donde tiene su asiento la suma cortesía, y su albergue la misma liberalidad; y aunque yo tengo hecha esta experiencia, quiero que tu discrecion la acredite sacando por su gallarda presencia (y en esto bien se ve que hablaba como agradecida y aun como engañada) en limpio esta verdad que te digo. Este fué el que me dió libertad despues de la muerte de mi marido; este el que no despreció mis tesoros, sino el que no los quiso; este fué el que despues de recebidas mis dádivas me las volvió mejoradas, con el deseo de dármelas mayores si pudiera; este fué en fin el que acomodándose, ó por mejor decir, haciendo acomodar á su gusto el de sus soldados, dándome doce que me acompañasen me tiene ahora en tu presencia. Yo entónces á lo que creo, rojo el rostro con las alabanzas, ó ya aduladoras ó demasiadas, que de mí oia, no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo pidiéndole las manos, que no me las dió para besárselas, sino para levantarme del suelo. En este entretanto los doce pescadores que habian venido en guarda de Sulpicia andaban entre la demas gente buscando á sus compañeros, abrazándose unos á otros, y llenos de contento y regocijo se contaban sus buenas y malas suertes; los del mar exageraban su hielo, y los de la tierra sus riquezas: A mí, decia el uno, me ha dado Sulpicia esta cadena de oro: A mí, decia otro, esta joya que vale por dos destas cadenas: A mí, replicaba este, me dió tanto dinero; y aquel repetia: Mas me ha dado á mí en este solo anillo de diamantes, que á todos vosotros juntos.

A todas estas pláticas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacia un poderosísimo caballo bárbaro, á quien dos valientes lacayos traian del freno sin poderse averiguar con él: era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobremanera le hacian hermoso: venía en pelo, porque no consentia ensillarse sino del mismo Rey; pero no le guardaba este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes á detenerle mil montes de embarazos que ante él se pusieran, de lo que el Rey estaba tan pesaroso, que diera una ciudad á quien sus malos siniestros le quitara. Todo esto me contó el Rey breve y sucintamente, y yo me resolví con mayor brevedad á hacer lo que agora os diré. Aquí llegaba Periandro con su plática, cuando á un lado de la peña donde estaban recogidos los del navío, oyó Arnaldo un ruido como de pasos de personas que hácia ellos se encaminaban: levantóse en pié, puso mano á su espada, y con esforzado denuedo estuvo esperando el suceso. Calló asimismo Periandro, y las mujeres con miedo, y los varones con ánimo, especialmente Periandro, atendian lo que sería. Y á la escasa luz de la luna que cubierta de nubes no dejaba verse, vieron que hácia ellos venian dos bultos que no pudieran diferenciar lo que eran, si uno dellos con voz clara no dijera: No os alborote, señores, quien quiera que seais, nuestra improvisa llegada, pues solo venimos á serviros: esta estancia que teneis, desierta y sola, la podeis mejorar, si quisiéredes en la nuestra, que en la cima desta montaña está puesta; luz y lumbre hallaréis en ella, y manjares, que si no delicados y costosos, son por lo ménos necesarios y de gusto. Yo le respondí: ¿Sois por ventura Renato y Eusebia, los limpios y verdaderos amantes en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra? Si dijérades los desdichados, respondió el bulto, acertárades en ello; pero en fin, nosotros somos los que decis y los que os ofrecemos con voluntad sincera el acogimiento que puede daros nues tra estrecheza. Arnaldo fué de parecer que se tomase el consejo que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaba les obligaba á ello.

Levantáronse todos y siguiendo á Renato y á Eusebia, que les sirvieron de guias, llegaron á la cumbre de una montañuela, donde vieron dos ermitas, mas cómodas para pasar la vida en su pobreza, que para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro, y en la que parecia algo mayor, hallaron luces que de dos lámparas procedian, con que podian distinguir los ojos lo que dentro estaba, que era un altar con tres devotas imágenes, la una del Autor de la vida, ya muerto y crucificado, la otra de la Reina de los cielos y de la señora de la alegría, triste y puesta al pié del que tiene los piés sobre todo el mundo, y la otra del amado discípulo que vió mas estando durmiendo que vieron cuantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincáronse de rodillas, y hecha la debida oracion con devoto respeto, les llevó Renato á una estancia que estaba junto á la ermita, á quien se entraba por una puerta que junto al altar se hacia: finalmente, pues las menudencias no piden ni sufren relaciones largas, se dejarán de contar las que allí pasaron, así de la pobre co-

za, como del estrecho regalo que solo se alargaba en la bondad de los ermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos, la edad que tocaba en los márgenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavía resplandecian las muestras de haber sido rara en todo extremo. Auristela, Transila y Constanza se quedaron en aquella estancia, á quien sirvieron de camas secas espadañas con otras yerbas, más para dar gusto al olfato que á otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la ermita en diferentes puestos, tan frios como duros, y tan duros como frios: corrió el tiempo como suele, voló la noche, y amaneció el dia claro y sereno; descubrióse la mar tan cortés y bien criada, que parecia que estaba convidando á que la gozasen, volviéndose á embarcar, y sin duda alguna se hiciera así, si el piloto de la nave no subiera á decir, que no se fiasen de las muestras del tiempo, que puesto que prometian serenidad tranquila, los efectos habian de ser mas contrarios. Salió con su parecer, pues todos se atuvieron á él; que en el arte de la marinería mas sabe el mas simple marinero que el mayor letrado del mundo: dejaron sus herbosos lechos las damas y los varones sus duras piedras, y salieron á ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que solo podia bojar hasta doce millas, pero tan llena de árboles frutíferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yerbas verdes y tan olorosa por las flores, que en un igual grado y á un mismo tiempo podia satisfacer á todos cinco sentidos.

Pocas horas se habia entrado por el dia, cuando los dos venerables ermitaños llamaron á sus huéspedes, y tendiendo dentro de la ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá mas vistosa que las que suelen adornar los palacios de los reyes. Luego tendieron sobre ella diversidad de frutas, así verdes como secas, y pan no tan reciente que no semejase bizcocho; coronando la mesa asimismo de vasos de corcho con maestría labrados, de frios y líquidos cristales llenos: el adorno, las frutas, las puras y limpias aguas, que á pesar de la parda color de los corches mostraban su claridad, y la necesidad juntamente, obligó á todos y aun les forzó, por mejor decir, á que al rededor de la mesa se sentasen: hiciéronlo así, y despues de la tan breve como sabrosa comida, Arnaldo suplicó á Renato que les contase su historia, y la causa que á la estrecheza de tan pobre vida le habia conducido; el cual como era caballero, á quien es aneja siempre la cortesía, sin que segunda vez se lo pidiesen, desta manera comenzó el cuento de su verdadera historia.

CAPITULO XX.

Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse á la isla de las Ermitas.

Cuando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fué el pesar que se recebió en sufrirlos; esto no podré decir de los mios, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia, engendráronme padres nobles, ricos y bien intencionados, criéme en los ejercicios de caballero, medí mis pensamientos con mi estado; pero con todo eso me atreví á ponerlos en la señora Eusebia, dama de la reina de Francia, á quien solo con los ojos la dí á entender que la adoraba, y ella, ó ya descuidada, ó no advertida, ni con sus ojos ni con su lengua me dió á entender que me entendia; y aunque el disfavor y los desdenes suelen matar al amor en sus principios, faltándole el arrimo de la esperanza, con quien suele crecer, en mí fué al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza, con que subir hasta el cielo de merecerla: pero la invidia, ó la demasiada curiosidad de Libsomiro, caballero asimismo frances, no ménos rico que noble, alcanzó á saber mis pensamientos, y sin ponerlos en el punto que debia, me tuvo mas invidia que lástima, habiendo de ser al contrario, porque hay dos males en el amor que llegan á todo extremo: el uno es querer y no ser querido, el otro querer, y ser aborrecido y á este mal no se iguala el de la ausencia, ni el de los celos. En resolucion, sin haber yo ofendido á Libsomiro, un dia se fué al Rey y le dijo como yo tenia trato ilícito con Eusebia, en ofensa de la majestad real, y contra la ley que debia guardar como caballero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que la mostrase la pluma ni otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, á quien una y mil veces acusaba de impúdica y mal intencionada. Con esta informacion alborotado el Rey, me mandó llamar, y me contó lo que Libsomiro de mí le habia contado: disculpé mi inocencia, volví por la honra de Eusebia, y por el mas comedido medio que pude desmentí á mi enemigo; remitióse la prueba á las armas; no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su reino, por no ir contra la ley católica que lo prohibe; diónosle una de las ciudades libres de Alemania; llegóse el dia de la batalla, pareció en el puesto con las armas que se habian señalado, que eran espada y rodela, sin otro artificio alguno; hicieron los padrinos y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbran: partiéronnos el sol, y dejáronnos.

Entré yo confiado y animoso, por saber indubitablemente que llevaba la razon conmigo, y la verdad de mi parte: de mi contrario bien sé yo que entró animoso, y mas soberbio y arrogante, que seguro de su conciencia. ¡Oh soberanos cielos! Oh juicios de Dios inexcrutables! yo hice lo que pude, yo puse mis esperanzas en Dios, y en la limpieza de mis no ejecutados deseos; sobre mí no tuvo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos, y con todo eso, y no saber decir el cómo, me hallé tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazándome de presta inevitable muerte: Aprieta, dije yo entónces, ó mas venturoso que valiente vencedor mio, esa punta desa espada, y sácame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo; no esperes á que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo: pecados sí tengo yo, que merecen mayores castigos, pero no quiero añadirles este de levantarme testimonio á mí mismo: y así, mas quiero morir con honra, que vivir deshonrado. Si no te rindes, Renato, respondió mi contrario, esta punta llegará hasta el celebro, y hará que con tu sangre firmes y confirmes mi verdad y tu pecado: llegaron en esto los jueces, y tomáronme por muerto, y dieron á mi enemigo lauro de la vitoria: sacáronle del campo en hombros de sus amigos, y á mí me dejaron solo en poder del quebranto y la confusion, con mas tristeza que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaba; pues no fué bastante á quitarme la vida, ya que no me la quitó la espada de mi enemigo: recogiéronme mis

criados, volvíme á la patria; ni en el camino ni en ella tenia atrevimiento para alzar los ojos al cielo, que me parecia que sobre sus párpados cargaba el peso de la deshonra y la pesadumbre de la infamia: de los amigos que me hablaban pensaba que me ofendian: el claro cielo para mí estaba cubierto de oscuras tinieblas: ni un corrillo acaso se hacia en las calles de los vecinos del pueblo, de quien no pensase que sus pláticas no naciesen de mi deshonra: finalmente, yo me hallé tan apretado de mis melancolías, pensamientos y confusas imaginaciones, que por salir dellas, ó á lo ménos aliviarlas, ó acabar con la vida, determiné salir de mi patria; y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo, en un navío con algunos de mis criados quise desterrarme, y venir á estas septentrionales partes, á buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultase mi nombre; hallé esta isla acaso, contentóme el sitio, y con el ayuda de mis criados levanté esta ermita, y encerréme en ella; despedílos, díles órden que cada un año viniesen á verme para que enterrasen mis huesos: el amor que me tenian, las promesas que les hice y los dones que les dí, les obligaron á cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos: fuéronse y dejáronme entregado á mi soledad, donde hallé tan buena compañía en estos árboles, en estas yerbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lástima á mí mismo de no haber sido vencido en muchos tiempos ántes, pues con aquel trabajo hubiera venido ántes al descanso de gozallos. ¡Oh soledad alegre, compañía de los tristes! Oh silencio, voz agradable á los oídos donde llegas, sin que la adulacion ni la lisonja te acompañen! Oh qué de cosas dijera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio! pero estórbamelo el deciros primero como dentro de un año volvieron mis criados, y trajeron consigo á mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente, á quien mis criados dijeron en el término que yo quedaba, y ella agradecida á mis deseos y condolida de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena, y embarcándose con ellos, dejó su patria y padres, sus regalos y sus riquezas, y lo mas que dejó fué la honra, pues la dejó al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado, pues con su huida confirmaba su yerro y el mio; recebíla como ella esperaba que yo la recebiese, y la soledad y la hermosura, que habian de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efecto contrario, merced al cielo y á la honestidad suya: dímonos las manos de legítimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estatuas movibles, há que vivimos en este lugar casi diez años, en los cuales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan á verme, proveyéndome de algunas cosas que en esta soledad es forzoso que me falten: traen alguna vez consigo algun religioso que nos confiese; tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los divinos oficios; dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna.

Con esto dió fin á su plática Renato, y con esto dió ocasion á que todos los circunstantes se admirasen de su suceso, no porque les pareciese nuevo dar castigos el cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males á las gentes: á los malos por castigo, y á los buenos por mejora, y en el número de los buenos pusieron á Renato, con el cual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni mas ni ménos con Eusebia, que se mostró prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. ¡Oh vida solitaria! dijo á esta sazon Rutilio, que sepultado en silencio habia estado escuchando la historia de Renato. ¡Oh vida solitaria, dijo, santa, libre y segura, que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones, quién te amara, quién te abrazara, quién te escogiera, y quién finalmente te gozara! ¡Ah! dices bien, dijo Mauricio, amigo Rutilio: pero esas consideraciones han de caer sobre grandes sugetos; porque no nos ha de causar maravilla que un rústico pastor se retire á la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre, que en la ciudad muere de hambre, se recoja á la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad y la pereza, y no es pequeña pereza dejar yo el remedio de mis trabajos en las ajenas, aunque misericordiosas manos. Si yo viera á un Aníbal cartagines, encerrado en una ermita, como ví á un Cárlos V encerrado en un monasterio, suspendiérame y admirárame; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende: fuera va deste cuento Renato, que le trajeron á estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza que nació de su buen discurso: aquí tiene en la carestía abundancia, y en la soledad compañía, y el no tener mas que perder le hace vivir mas seguro; á lo que añadió Periandro: Si como tengo pocos tuviera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuviera por suma felicidad que la soledad me acompañara, y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre; pero no me dejan resolver mis deseos, ni mudar de vida la priesa que me da el caballo de Cratilo, en quien quedé de mi historia: todos se alegraron oyendo esto, por ver que queria Periandro volver á su tantas veces comenzado y no acabado cuento, que fué así.

CAPITULO XXI.

Cuenta lo que le sucedió con el caballo, tan estimado de Cratilo, como famoso.

La grandeza, la ferocidad y la hermosura del caballo que os he descrito tenian tan enamorado á Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como á mí de mostrar que deseaba servirle, pareciéndome que el cielo me presentaba ocasion para hacerme agradable á los ojos de quien por señor tenia, y á poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mí al Rey habia dicho; y así no tan maduro como presuroso, fui donde estaba el caballo y subí en él sin poner el pié en el estribo, pues no le tenia, y arremetí con él, sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué á la punta de una peña, que sobre al mar pendia, y apretándole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo, como gusto mio, le hice volar por el aire, y dar con entrambos en la profundidad del mar, y en la mitad del vuelo me acordé, que pues el mar estaba helado, me habia de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte y la suya por cierta; pero no fué así, porque el cielo, que para otras cosas que él sabe me debe de tener guardado, hizo que las piernas y brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recebir yo otro daño que

haberme sacudido de sí el caballo, y echado á rodar, resbalando por gran espacio. Ninguno hubo en la ribera que no pensase y creyese que yo quedaba muerto; pero cuando me vieron levantar en pié, aunque tuvieron el suceso á milagro, juzgaron á locura mi atrevimiento. Duro se le hizo á Mauricio el terrible salto del caballo tan sin lision; que quisiera él, por lo ménos, que se hubiera quebrado tres ó cuatro piernas, porque no dejara Periandro tan á la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desaforado salto; pero el crédito que todos tenian de Periandro les hizo no pasar adelante con la duda del no creerle, que así como es pena del mentiroso, que cuando diga verdad no se le crea, así es gloria del bien acreditado el ser creido cuando diga mentira; y como no pudieron estorbar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguió la suya diciendo: Volví á la ribera con el caballo, volví asimismo á subir en él, y por los mismos pasos que primero, le incité á saltar segunda vez; pero no fué posible, porque puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojarse, que puso las ancas en el suelo, y rompió las riendas, quedándose clavado en la tierra: cubrióse luego de un sudor de piés á cabeza tan lleno de miedo, que le volvió de leon en cordero, y de animal indomable en generoso caballo; de manera, que los muchachos se atrevieron á manosearle, y los caballerizos del Rey, enjaezándole, subieron en él, y le corrieron á mas seguridad, y él mostró su lijereza y su bondad, hasta entónces jamas vista, de lo que el Rey quedó contentísimo y Sulpicia alegre, por ver que mis obras habian respondido á sus palabras.

Tres meses estuvo en su rigor el hielo, y estos se tardaron en acabar un navío que el Rey tenia comenzado para correr en convenible tiempo aquellos mares, limpiándolos de cosarios, enriqueciéndose con sus robos. En este entre tanto le hice algunos servicios en la caza, donde me mostré sagaz y experimentado y gran sufridor de trabajos; porque ningun ejercicio corresponde así al de la guerra como el de la caza, á quien es anejo al cansancio, la sed y la hambre, y aun á veces la muerte: la liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo y con los mios extremada; y la cortesía de Cratilo le corrió parejas: los doce pescadores que trajo consigo Sulpicia estaban ya ricos, y los que conmigo se perdieron estaban ganados: acabóse el navío, mandó el Rey aderezarle y pertrecharle de todas las cosas necesarias largamente, y luego me hizo capitan dél á toda mi voluntad, sin obligarme á que hiciese cosa mas de aquella que fuese de mi gusto; y despues de haberle besado las manos por tan gran beneficio, le dije que me diese licencia de ir á buscar á mi hermana Auristela, de quien tenia noticia que estaba en poder del rey de Dinamarca. Cratilo me la dió para todo aquello que quisiese hacer, diciéndome que á mas le tenia obligado mi buen término, hablando como rey, á quien es anejo tanto el hacer mercedes como la afabilidad: y si se puede decir la buena crianza, esta tuvo Sulpicia en todo extremo, acompañándola con la liberalidad, con la cual ricos y contentos yo y los mios nos embarcamos, sin que quedase ninguno. La primer derrota que tomamos fué á Dinamarca, donde creí hallar á mi hermana, y lo que hallé fuéron nuevas de que de la ribera del mar á ella y á otras doncellas las habian robado cosarios: renováronse mis trabajos y comenzaron de nuevo mis lástimas, á quien acompañaron las de Carino y Solercio, los cuales creyeron que en la desgracia de mi hermana y en su prision se debia de comprender la de sus esposas. Sospecharon bien, dijo á esta sazon Arnaldo, y prosiguiendo Periandro, dijo: Barrimos todos los mares, rodeamos todas ó las mas islas destos contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciéndome á mí, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podia estar encubierta por ser escuro el lugar donde estuviese, y que la suma discrecion suya habia de ser el hilo que la sacase de cualquier laberinto: prendimos cosarios, soltamos prisioneros, restituimos haciendas á sus dueños, alzámonos con las mal ganadas de otros, y con esto colmando nuestro navío de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los mios volver á sus redes y á sus casas y á los brazos de sus hijos, imaginando Carino y Solercio ser posible hallar á sus esposas en su tierra, ya que en las ajenas no las hallaban. Antes desto llegamos á aquella isla, que á lo que creo se llama Escinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y á todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas: no pudo llegar nuestra nave, por ser el viento contrario; y así en traje de marineros bogadores nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho. allí gané los premios, allí fuí coronado por vencedor de todas las contiendas, y de allí tomó ocasion Sinforosa de desear saber quién yo era, como se vió por las diligencias que para ello hizo.

Vuelto al navío y resueltos los mios de dejarme, los rogué que me dejasen el barco como en premio de los trabajos que con ellos habia pasado: dejáronmele, y aun me dejaran el navío, si yo le quisiera, diciéndome que si me dejaban solo no era otra la ocasion sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle como le habia mostrado la experiencia en las diligencias que habiamos hecho para conseguirle: en resolucion, con seis pescadores que quisieron seguirme llevados del premio que les dí y del que les ofrecí, abrazando á mis amigos, me embarqué y puse la proa en la isla bárbara, de cuyos moradores sabía ya la costumbre y la falsa profecía que los tenia engañados, la cual no os refiero porque sé que la sabeis; dí al traves en aquella isla, fuí preso y llevado donde estaban los vivos enterrados, sacáronme otro dia para ser sacrificado, sucedió la tormenta del mar, desbaratáronse los leños que servian de barcas, salí al mar ancho en un pedazo dellas con cadenas que me rodeaban el cuello, y esposas que me ataban las manos; caí en las misericordiosas del príncipe Arnaldo, que está presente, por cuya órden entré en la isla para ser espía que investigase si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuese hermano de Auristela, la cual otro dia vino en traje de varon á ser sacrificada: conocíla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo habia dicho Cloelia su ama, que la acompañaba, y el modo como allí las dos vinieron ella lo dirá cuando quisiere; lo que en la isla nos sucedió ya lo sabeis, y con esto y con lo que á mi hermana le queda por decir, quedaréis satisfechos de casi todo aquello que acertare á pediros el deseo en la certeza de nuestros sucesos.

CAPITULO XXII.

Llega Sinibaldo, hermano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de volver á aquel reino con Renato y Eusebia. Llevan en su navío á Arnaldo, Mauricio, Transila y Ladislao; y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Ricla y Constanza; y Rutilio se queda allí por ermitaño.

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar, que Mauricio y algunos de los mas oyentes se holgaron de que Periandro pusiese fin en su plática, porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entónces la historia de sus acontecimientos; que puesto que habian sido pocos desde que fué robada del poder de Arnaldo hasta que Periandro la halló en la isla bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura, ni aunque quisiera tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbara una nave que vieron venir por alta mar encaminada á la isla, con todas las velas tendidas, de modo que en breve rato llegó á una de las calas de la isla, y luego fué de Renato conocida, el cual dijo: Esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces: ya en esto hecha la zaloma y arrojado el esquife al agua, se llenó de gente, que salió á la ribera, donde ya estaban para recebirle Renato y todos los que con él estaban: hasta veinte serian los desembarcados; entre los cuales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demas, el cual apénas vió á Renato, cuando con los brazos abiertos se vino á él, diciéndole: Abrázame, hermano, en albricias de que te traigo las mejores nuevas que pudieras desear; abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, á quien dijo: Ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, ó hermano mio, que ver tu presencia, que puesto que en el siniestro estado en que me veo ninguna alegría sería bien que me alegrase, el verte pasa adelante y tiene excepcion en la comun regla de mis desgracias. Sinibaldo se volvió luego á abrazar á Eusebia, y la dijo: Dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debeis las albricias de las nuevas que traigo, las cuales no será bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena: sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que habiendo estado seis dias ántes que muriese sin habla, se la dió el cielo seis horas ántes que despidiese el alma, en el cual espacio con muestras de un grande arrepentimiento confesó la culpa en que habia caido de haberos acusado falsamente, confesó su invidia, declaró su malicia, y finalmente hizo todas las demostraciones bastantes á manifestar su pecado; puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no solo se contentó con decirlo, sino que quiso que quedase por instrumento público esta verdad, la cual sabida por el Rey, tambien por público instrumento os volvió vuestra honra y os declaró á ti, ó hermano, por vencedor y á Eusebia por honesta y limpia, y ordenó que fuésedes buscados, y que hallados os llevasen á su presencia para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrechezas en que os debeis de haber visto. Si estas son nuevas dignas de que os dén gusto, á vuestra buena consideracion lo dejo. Son tales, dijo entónces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni posesion de no esperadas riquezas que las lleguen, porque la honra perdida y vuelta á cobrar con extremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale: gocéisle luengos años, señor Renato, y gócele en vuestra compañía la sin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra, espejo de vuestro gusto y ejemplo de bondad y agradecimiento.

Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes, les dieron todos, y luego pasaron á preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba y en otras partes de la tierra, de quien ellos por andar en el mar tenian poca noticia. Sinibaldo respondió que de lo que mas se trataba era de la calamidad en que estaba puesto, por el rey de los danaos, Leopoldio, el rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que á Leopoldio favorecian: contó asimismo cómo se murmuraba que por la ausencia de Arnaldo, príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan á pique de perderse, del cual príncipe decian que cual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linaje, que no se sabia quién fuesen sus padres: contó con esto guerras del de Transilvania, movimientos del turco, enemigo comun del género humano; dió nuevas de la gloriosa muerte de Cárlos V, rey de España y emperador romano, terror de los enemigos de la Iglesia y asombro de los secuaces de Mahoma: dijo asimismo otras cosas mas menudas, que unas alegraron y otras suspendieron, y las unas y las otras dieron gusto á todos, sino fué al pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyó la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo y la mano en la mejilla, y al cabo de un buen espacio que así estuvo, quitó los ojos de la tierra, y poniéndolos en el cielo, exclamando en voz alta, dijo: ¡Oh amor, oh honra, oh compasion paterna, y cómo me apretais el alma! perdóname, amor, que no porque me aparto te dejo: espérame, ó honra, que no porque tenga amor dejaré de seguirte: consuélate, ó padre, que ya vuelvo: esperadme, vasallos, que el amor nunca hizo ningun cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el mas bien enamorado del mundo; para la sin par Auristela quiero ir á ganar lo que es mio, y para poder merecer por ser rey lo que no merezco por ser amante; que el amante pobre, si la ventura á manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue á felice fin su deseo: rey la quiero pretender, rey la he de servir, amante la he de adorar; y si con todo esto no la pudiere merecer, culparé mas á mi suerte que á su conocimiento.

Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo; pero el que mas lo quedó de todos fué Sinibaldo, á quien Mauricio habia dicho como aquel era el príncipe de Dinamarca, y aquella, mostrándole á Auristela, la prisionera que decian que le traia rendido; puso algo mas de propósito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgó á discrecion la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal, que cautivaba los corazones de cuantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran. Es pues el caso que aquel mismo dia se concertó que Renato y Eusebia se volviesen á Francia, llevando en su navío á Arnaldo para dejalle en su reino, el cual quiso llevar consigo á Mauricio y á Transila su hija y á Ladislao su yerno; y que en el navío de la huida, prosiguiendo su viaje, fue-

sen á España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla y la hermosa Constanza: Rutilio, viendo este repartimiento, estuvo esperando á qué parte le echarian; pero ántes que le declarasen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciese heredero de sus alhajas y le dejase en aquella isla, siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiase á los perdidos navegantes, porqué él queria acabar bien la vida, hasta entónces mala: reforzaron todos su cristiana peticion, y el buen Renato, que era tan cristiano como liberal, le concedió todo cuanto pedia, diciéndole que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dejaba, puesto que eran todas las necesarias para cultivar la tierra y pasar la vida humana: á lo que añadió Arnaldo que él le prometia, si se viese pacífico en su reino, de enviarle cada un año un bajel que le socorriese: á todos hizo señales de besar los piés Rutilio, y todos le abrazaron, y los mas dellos lloraron de ver la santa resolucion del nuevo ermitaño, que aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la ajena vida, sino es que llega á tanto la protervidad nuestra, que querríamos ser el abismo que á otros abismos llamase. Dos dias tardaron en disponerse y acomodarse para seguir cada uno su viaje, y al punto de la partida hubo corteses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela; y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fuéron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro: lloró Transila, no tuvo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuvieron los de Ladislao: gimió Ricla, enterneciése Constanza, y su padre y su hermano tambien se mostraron tiernos; andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiéndose destos y de aquellos, mezclando sollozos y lágrimas todo á un tiempo; finalmente, convidándoles el sosegado tiempo y un viento que podia servir á diferentes viajes, se embarcaron y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones puesto en lo alto de las ermitas. Y aquí dió fin á este segundo libro el autor desta peregrina historia.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Llegan á Portugal, desembarcan en Belen: pasan por tierra á Lisboa, de donde al cabo de diez dias salen en traje de peregrinos.

Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fuéron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que este se tome, aquel se deje, uno se prosiga y otro se olvide, y el que mas cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor cuando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la lijereza que mostró Arnaldo en dejar en un punto el deseo que tanto tiempo habia mostrado de servir á Auristela; pero no se puede decir que le dejó, sino que le entretuvo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma, el cual deseo se le declaró Arnaldo á Periandro una noche ántes de la partida, hablándole aparte en la isla de las Ermitas: allí le suplicó (que quien pide lo que ha menester, no ruega, sino suplica) que mirase por su hermana Auristela, y que la guardase para reina de Dinamarca, y que aunque la ventura no se le mostrase á él buena en cobrar su reino, y en tan justa demanda perdiese la vida, se estimase Auristela por viuda de un príncipe, y como tal supiese escoger esposo, puesto que ya él sabía y muchas veces lo habia dicho, que por sí sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor reino del mundo, que no del de Dinamarca: Periandro le respondió que le agradecia su buen deseo, y que él tendria cuidado de mirar por ella como por cosa que tanto le tocaba y que tan bien le venía.

Ninguna destas razones dijo Periandro á Auristela, porque las alabanzas que se dan á la persona amada, halas de decir el amante como propias, y no como que se dicen de persona ajena. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro: suyas han de ser las que mostrare á su dama: si no canta bien, no le traiga quien la cante: si no es demasiado gentilhombre, no se acompañe con Ganimédes: y finalmente, soy de parecer que las faltas que tuviere, no las enmiende con ajenas sobras. Estos consejos no se dan á Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala, y en los de la fortuna era inferior á pocos. En esto iban las naves con un mismo viento por diferentes caminos, que este es uno de los que parecen misterios en el arte de la navegacion: iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules; mostrábase el mar colchado, porque el viento tratándole con respeto, no se atrevia á tocarle á mas de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios, y se dejaba resbalar por él con tanta lijereza, que apénas parecia que le tocaba: desta suerte y con la misma tranquilidad y sosiego navegaron diez y siete dias sin ser necesario subir ni bajar, ni llegar á templar las velas, cuya felicidad en los que navegan, si no tuviese por descuentos el temor de borrascas venideras, no habria gusto con que igualalle.

Al cabo destos, ó pocos mas dias, al amanecer de uno, dijo un grumete que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra: Albricias, señores, albricias pido y albricias merezco: tierra, tierra, aunque mejor diria cielo, cielo, porque sin duda estamos en el paraje de la famosa Lisboa; cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tiernas y alegres lágrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios y de su hija Constanza; porque les pareció que ya habian llegado á la tierra de promision que tanto deseaban; echóle los brazos Antonio al cuello, diciéndole: Agora sabrás, bárbara mia, del modo que has de servir á Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho: agora verás los ricos templos en que es adorado, verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve, y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto; aquí en esta ciudad verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias gana-

la del cielo: aquí el amor y la honestidad se dan las manos, y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía: todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos: la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente y desde ella se reparten por el universo; su puerto es capaz, no solo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman: la hermosura de las mujeres admira y enamora, la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen; finalmente, esta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo. No digas mas, dijo á esta sazon Periandro: deja, Antonio, algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo: algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo; y así creciendo el gusto por puntos, vendrá á ser mayor en sus extremos.

Contentísima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de poner pié en tierra firme, sin andar de puerto en puerto y de isla en isla, sujeta á la inconstancia del mar y á la movible voluntad de los vientos, y mas cuando supo que desde allí á Roma podia ir á pié enjuto sin embarcarse otra vez si no quisiese. Medio dia sería cuando llegaron á Sangian, donde se registró el navío, y donde el castellano del castillo y los que con él entraron en la nave, se admiraron de la hermosura de Auristela, la gallardía de Periandro, del traje bárbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla y de la agradable belleza de Constanza; supieron ser extranjeros, y que iban peregrinando á Roma: satisfizo Periandro á los marineros que los habian traido magníficamente con el oro que sacó Ricla de la isla bárbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo; los marineros quisieron llegar á Lisboa á granjearlo con alguna mercancía; el castellano de Sangian envió al gobernador de Lisboa, que entónces era el arzobispo de Braga, por ausencia del Rey, que no estaba en la ciudad, la nueva de la venida de los extranjeros y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que con el traje de bárbara no solamente no la encubria, pero la realzaba: exageróle asimismo la gallarda disposicion de Periandro, y juntamente la discrecion de todos, que no bárbaros, sino cortesanos parecian: llegó el navío á la ribera de la ciudad, y en la de Belen desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada y devota de la fama de aquel santo monasterio, visitarle primero y adorar en él al verdadero Dios, libre y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Habia salido á la marina infinita gente á ver los extranjeros desembarcados en Belen; corrieron allá todos por ver la novedad, que siempre se lleva tras sí los deseos y los ojos.

Ya salia de Belen el nuevo escuadron de la nueva hermosura: Ricla medianamente hermosa, pero extremadamente á lo bárbaro vestida; Constanza hermosísima y rodeada de pieles; Antonio el padre, brazos y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demas del cuerpo; Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la mano y la aljaba de las saetas á las espaldas; Periandro con casaca de terciopelo verde y calzones de lo mismo á lo marinero, un bonete estrecho y puntiagudo en la cabeza, que no le podia cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban; Auristela traia toda la gala del setentrion en el vestido, la mas bizarra gallardía en el cuerpo y la mayor hermosura del mundo en el rostro: en efecto, todos juntos y cada uno de por sí causaban espanto y maravilla á quien los miraba; pero sobre todos campeaba la sin par Auristela y el gallardo Periandro: llegaron por tierra á Lisboa, rodeados de plebeya y cortesana gente: lleváronlos al gobernador, que despues de admirado de verlos, no se cansaba de preguntarles quiénes eran, de dónde venían y adónde iban. A lo que respondió Periandro, que ya traia estudiada la respuesta que habia de dar á semejantes preguntas, viendo que se le habian de hacer muchas veces; y así cuando queria ó le parecia que le convenía, relataba su historia á lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que satisfaciendo á los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, á lo ménos gran parte de su historia. Mandólos el Visorey alojar en uno de los mejores alojamientos de la ciudad, que acertó á ser la casa de un magnífico caballero portugues, donde era tanta la gente que concurria para ver á Auristela, de quien solo habia salido la fama de lo que habia que ver en todos, que fué parecer de Periandro mudasen los trajes de bárbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que traian era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo; ademas que para el viaje que ellos llevaban de Roma, ninguno les venía mas á cuento: hízose así, y de allí á dos dias se vieron peregrinamente peregrinos. Acaeció pues, que al salir un dia de casa un hombre portugues se arrojó á los piés de Periandro, llamándole por su nombre, y abrazándole por las piernas le dijo: ¿Qué ventura es esta, señor Periandro, que la des á esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que uno soy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrasada isla bárbara, donde tú la tenias perdida; halléme á la muerte de Manuel de Sousa Coutiño, el caballero portugues; apartéme de tí y de los tuyos en el hospedaje donde llegó Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del uno y hija del otro: trájome la buena suerte á mi patria, conté aquí á sus parientes la enamorada muerte, creyéronla, y aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran por tener casi en costumbre el morir de amores los portugueses: un hermano suyo, que heredó su hacienda, ha hecho sus obsequias, y en una capilla de su linaje le puso en una piedra de mármol blanco, como si debajo della estuviera enterrado, un epitafio que quiero que vengais á ver todos así como estáis, porque creo que os ha de agradar por discreto y por gracioso. Por las palabras bien conoció Periandro que aquel hombre decia verdad, pero por el rostro no se acordaba haberle visto en su vida; con todo eso, se fuéron al templo que decia, y vieron la capilla y la losa sobre la cual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano Antonio el padre, que decia así:

AQUI YACE VIVA LA MEMORIA
DEL YA MUERTO
MANUEL DE SOUSA COUTIÑO,
CABALLERO PORTUGUES,
QUE Á NO SER PORTUGUES AUN FUERA VIVO.
NO MURIÓ Á LAS MANOS

DE NINGUN CASTELLANO,
SINO Á LAS DE AMOR, QUE TODO LO PUEDE:
PROCURA SABER SU VIDA,
Y ENVIDIARÁS SU MUERTE,
PASAJERO.

Vió Periandro que habia tenido razon el portugues de alabarle el epitafio, en el escribir de los cuales tiene gran primor la nacion portuguesa. Preguntó Auristela al portugues, qué sentimiento habia hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante: el cual la respondió que dentro de pocos dias que la supo pasó desta á mejor vida, ó ya por la estrecheza de la que hacia siempre, ó ya por el sentimiento del no pensado suceso: desde allí se fuéron en casa de un famoso pintor, donde ordenó Periandro, que en un lienzo grande le pintase todos los mas principales casos de su historia: á un lado pintó la isla bárbara ardiendo en llamas, y allí junto á la isla de la prision y un poco mas desviado la balsa ó enmaderamiento donde le halló Arnaldo, cuando le llevó á su navío; en otra parte estaba la isla nevada, donde el enamorado portugues perdió la vida; luego la nave que los soldados de Arnaldo taladraron; allí junto pintó la division del esquife y de la barca; allí se mostraba el desafío de los amantes de Taurisa y su muerte, acá estaban serrando por la quilla la nave que habia servido de sepultura á Auristela y á los que con ella venian; acullá estaba la agradable isla donde vió en sueños Periandro los dos escuadrones de virtudes y vicios, y allí junto la nave donde los peces náufragos pescaron á los dos marineros y les dieron en su vientre sepultura: no se olvidó de que pintase verse empedrados en el mar helado, el asalto y combate del navío, ni el entregarse á Cratilo: pintó asimismo la temeraria carrera del poderoso caballo, cuyo espanto, de leon le hizo cordero, que los tales con un asombro se amansan: pintó como en rasguño y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo coronándose á sí mismo por vencedor en ellas: resolutamente no quedó paso principal en que no hiciese labor en su historia, que allí no pintase, hasta poner la ciudad de Lisboa y su desembarcacion en el mismo traje en que habian venido: tambien se vió en el mismo lienzo arder la isla de Policarpo, á Clodio traspasado con la saeta de Antonio, y á Cenotia colgada de una entena: pintóse tambien la isla de las Ermitas y á Rutilio con apariencias de santo: este lienzo se hacia de una recopilacion que les excusaba de contar su historia por menudo, porque Antonio el mozo declaraba las pinturas y los sucesos, cuando le apretaban á que los dijese; pero en lo que mas se aventajó el pintor famoso, fué en el retrato de Auristela, en quien decian se habia mostrado á saber pintar una hermosa figura, puesto que la dejaba agraviada; pues á la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento divino, no habia pincel humano que alcanzase. Diez dias estuvieron en Lisboa, todos los cuales gastaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvacion, al cabo de los cuales con licencia del Visorey y con patentes verdaderas y firmes de quiénes eran, y adónde iban, se despidieron del caballero portugues su huésped y del hermano del enamorado Alberto, de quien recebieron grandes caricias y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla; y esta partida fué menester hacerla de noche temerosos que si de dia la hicieran, la gente que les seguiria la estorbara, puesto que la mudanza del traje habia hecho ya que amainase la admiracion.

CAPITULO II.

Empiezan los peregrinos su viaje por España: sucédenles nuevos y extraños casos.

Pedian los tiernos años de Auristela y los mas tiernos de Constanza, con los entreverados de Ricla, coches, estruendo y aparato para el largo viaje en que se ponian; pero la devocion de Auristela, que habia prometido de ir á pié hasta Roma, desde la parte do llegase en tierra firme, llevó tras sí las demas devociones, y todos de un parecer, así varones como hembras, votaron el viaje á pié, añadiendo, si fuese necesario, mendigar de puerta en puerta: con esto cerró la del dar Ricla, y Periandro se excusó de no disponer de la cruz de diamantes que Auristela traia, guardándola con las inestimables perlas para mejor ocasion: solamente compraron un bagaje que sobrellevase las cargas que no pudieran sufrir las espaldas; acomodáronse de bordones, que servian de arrimo y defensa, y de vainas de unos agudos estoques: con este cristiano y humilde aparato salieron de Lisboa, dejándola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella se hicieron, donde la fama no trataba de otra cosa sino del extremo de discrecion y belleza de los peregrinos extranjeros.

Desta manera, acomodándose á sufrir el trabajo de hasta dos ó tres leguas de camino cada dia, llegaron á Badajoz, donde ya tenia el corregidor castellano nuevas de Lisboa, cómo por allí habian de pasar los nuevos peregrinos, los cuales entrando en la ciudad, acertaron á alojarse en un meson do se alojaba una compañía de famosos recitantes, los cuales aquella misma noche habian de dar la muestra para alcanzar la licencia de representar en público, en casa del corregidor; pero apénas vieron el rostro de Auristela y el de Constanza cuando les sobresaltó lo que solia sobresaltar á todos aquellos que primeramente las veian, que era admiracion y espanto; pero ninguno puso tan en punto el maravillarse, como fué el ingenio de un poeta, que de propósito con los recitantes venía, así para enmendar y remendar comedias viejas, como para hacerlas de nuevo: ejercicio mas ingenioso que honrado y mas de trabajo que de provecho; pero la excelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que á todo lo no limpio aprovecha: es como el sol, que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale cuanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y al paso del deleite lleva consigo la honestidad y el provecho: digo en fin, que este poeta, a quien la necesidad habia hecho trocar los Parnasos con los mesones y las Castalias y las Aganipes con los charcos y arroyos de los caminos y ventas, fué el que mas se admiró de la belleza de Auristela, y al momento la marcó en su imaginacion y la tuvo por mas que buena para ser comedianta, sin reparar si sabía ó no la lengua castellana: contentóle el tallo, dióle gusto el brio, y en un instante la vistió en su imaginacion en hábito corto de varon; desnudóla luego y vistióla de ninfa, y casi al mismo punto la envistió de

la majestad de reina, sin dejar traje de risa ó de gravedad, de que no la vistiese, y en todas se le representó grave, alegre, discreta, aguda y sobremanera honesta, extremos que se acomodan mal en una farsanta hermosa.

¡Válame Dios, y con cuánta facilidad discurre el ingenio de un poeta y se arroja á romper por mil imposibles! ¡Sobre cuán flacos cimientos levanta grandes quimeras! todo se lo halla hecho, todo fácil, todo llano, y esto de manera, que las esperanzas le sobran cuando la ventura le falta, como lo mostró este nuestro moderno poeta, cuando vió descoger acaso el lienzo donde venian pintados los trabajos de Periandro; allí se vió él en el mayor que en su vida se habia visto, por venirle á la imaginacion un grandísimo deseo de componer de todos ellos una comedia: pero no acertaba en qué nombre la pondria, si la llamaria comedia ó tragedia, ó tragicomedia, porque si sabía el principio, ignoraba el medio y el fin, pues aun todavía iban corriendo las vidas de Periandro y de Auristela, cuyos fines habian de poner nombre á lo que dellos se representase: pero lo que mas le fatigaba era pensar cómo podria encajar un lacayo consejero y gracioso en el mar y entre tantas islas, fuego y nieves, y con todo esto no se desesperó de hacer la comedia y de encajar el tal lacayo, á pesar de todas las reglas de la poesía y á despecho del arte cómico; y en tanto que en esto iba y venía, tuvo lugar de hablar á Auristela y de proponerla su deseo y aconsejarla cuán bien la estaria si se hiciese recitanta: díjola, que á dos salidas al teatro la lloverian minas de oro á cuestas, porque los príncipes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que llegada al oro es oro y llegada al cobre es cobre; pero que por la mayor parte rendian su voluntad á las ninfas de los teatros, á las diosas enteras y á las semideas, á las reinas de estudio y á las fregonas de apariencia: díjole, que si alguna fiesta real acertase á hacerse en su tiempo, que se diese por cubierta de faldellines de oro, porque todas ó las mas libreas de los caballeros habian de venir á su casa rendidas á besarla los piés: representóla el gusto de los viajes, y el llevarse tras sí dos ó tres disfrazados caballeros que la servirian tan de criados como de amantes: y sobre todo encarecia y puso sobre las nubes la excelencia y la honra que la darian en encargarla las primeras figuras: en fin, la dijo que si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refran castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y provecho cabian en un saco. Auristela le respondió, que no habia entendido palabra de cuantas le habia dicho, porque bien se veia que ignoraba la lengua castellana, y que puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenian puesta la mira en otros ejercicios, si no tan agradables, á lo ménos mas convenientes. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela; miróse á los piés de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad y locura.

Aquella noche fuéron á dar muestra en casa del corregidor, el cual como hubiese sabido que la hermosa junta peregrina estaba en la ciudad, los envió á buscar y á convidar viniesen á su casa á ver la comedia, y á recebir en ella muestras del deseo que tenia de servirles, por las que de su valor le habian escrito de Lisboa: aceptólo Periandro con parecer de Auristela y de Antonio el padre, á quien obedecian como á su mayor. Juntas estaban muchas damas de la ciudad con la corregidora, cuando entraron Auristela, Ricla y Constanza con Periandro y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que á sentir tales efectos les forzaba la sin par bizarría de los nuevos peregrinos, los cuales acrecentando con su humildad y buen parecer la benevolencia de los que los recebieron, dieron lugar á que les diesen casi el mas honrado en la fiesta, que fué la representacion de la fábula de Céfalo y de Prócris, cuando ella celosa mas de lo que debia, y él con ménos discurso que fuera necesario, disparó el dardo que á ella la quitó la vida, y á él el gusto para siempre: el verso tocó los extremos de bondad posibles, como compuesto, segun se dijo, por Juan de Herrera de Gamboa, á quien por mal nombre llamaron el Maganto, cuyo ingenio tocó asimismo las mas altas rayas de la poética esfera. Acabada la comedia, desmenuzaron las damas la hermosura de Auristela parte por parte, y hallaron todas un todo á quien dieron por nombre: *Perfeccion sin tacha*; y los varones dijeron lo mismo de la gallardía de Periandro; y de recudida se alabó tambien la belleza de Constanza y la bizarría de su hermano Antonio. Tres dias estuvieron en la ciudad, donde en ellos mostró el corregidor ser caballero liberal, y tener la corregidora condicion de reina, segun fuéron las dádivas y presentes que hizo á Auristela y á los demas peregrinos, los cuales mostrándose agradecidos y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucesos, de donde quiera que estuviesen. Partidos pues de Badajoz, se encaminaron á nuestra Señora de Guadalupe, y habiendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, les tomó la noche en un monte poblado de infinitas encinas y de otros rústicos árboles: tenia suspenso el cielo el curso y sazon del tiempo en la balanza igual de los dos equinocios: ni el calor fatigaba, ni el frio ofendia; y á necesidad, tan bien se podia pasar la noche en el campo como en el aldea; y á esta causa y por estar léjos un pueblo, quiso Auristela que se quedasen en unas majadas de pastores boyeros, que á los ojos se les ofrecieron.

Hízose lo que Auristela quiso, y apénas habian entrado por el bosque doscientos pasos, cuando se cerró la noche con tanta escuridad que los detuvo, y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les sirviese de norte, para no errar el camino: las tinieblas de la noche y un ruido que sintieron, les detuvo el paso y hizo que Antonio el mozo se apercebiese de su arco, perpetuo compañero suyo: llegó en esto un hombre á caballo, cuyo rostro no vieron, el cual les dijo: ¿Sois desta tierra, buena gente? No por cierto, respondió Periandro, sino de bien léjos della; peregrinos extranjeros somos, que vamos á Roma, y primero á Guadalupe. Sí, que tambien, dijo el de á caballo, hay en las extranjeras tierras caridad y cortesía: tambien hay almas compasivas donde quiera. ¿Pues no? respondió Antonio: mirad, señor, quien quiera que seais, si habeis menester algo de nosotros, y veréis cómo sale verdadera vuestra imaginacion. Tomad, dijo pues el caballero, tomad, señores esta cadena de oro, que debe de valer docientos escudos, y tomad asimismo esta prenda, que no debe de tener precio, á lo ménos yo no se le hallo, y darle heis en la ciudad de Trujillo á uno de dos caballeros, que en ella y en todo el mundo son bien conocidos: llámase el uno D. Francisco Pizarro y el otro D. Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos y ambos en



todo extremo generosos (y en esto puso en las manos de Ricla, que como mujer compasiva se adelantó á tomarlo, una criatura que ya comenzaba á llorar, envuelta, ni se supo por entónces, si en ricos ó en pobres paños); y diréis á cualquiera dellos que la guarden, que presto sabrán quién es, y las desdichas que á ser dichoso le habrán llevado, si llega á su presencia; y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los cuales si aquí llegaren y preguntaren si me habeis visto, diréis que no, pues os importa poco el decir esto; ó si ya os pareciere mejor, decid que por aquí pasaron tres ó cuatro hombres de á caballo, que iban diciendo: á Portugal, á Portugal; y á Dios quedad, que no puedo detenerme, que puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra: y arrimando las que traia al caballo, se apartó como un rayo dellos, pero casi al mismo punto volvió el caballero, y dijo: No está bautizado; y tornó á seguir su camino. Veis aquí á nuestros peregrinos, á Ricla con la criatura en los brazos, á Periandro con la cadena al cuello, á Antonio el mozo sin dejar de tener flechado el arco, y al padre en postura de desenvainar el estoque que de bordon le servia, y á Auristela confusa y atónita del extraño suceso, y á todos juntos admirados del extraño acontecimiento, cuya salida fué por entónces, que aconsejó Auristela, que como mejor pudiesen llegasen á la majada de los boyeros, donde podria ser hallasen remedios para sustentar aquella recien nacida criatura, que por su pequeñez y la debilidad de su llanto mostraba ser de pocas horas nacida; hízose así, y apénas llegaron á la majada de los pastores, á costa de muchos tropiezos y caidas, cuando ántes que los peregrinos les preguntasen si eran servidos de darles alojamiento aquella noche, llegó á la majada una mujer llorando, triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos que se esforzaba á no dejar salir la voz del pecho; venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian eran de rica y principal persona: la lumbre y luz de las hogueras, á pesar de la diligencia que ella hacia para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Ricla, que sabia mas de edades, la juzgó por de diez y seis á diez y siete años: preguntáronle los pastores si la seguia alguien, ó si tenia otra necesidad que pidiese presto remedio; á lo que respondió la dolorosa muchacha: Lo primero, señores, que habeis de hacer, es ponerme debajo de la tierra; quiero decir, que me encubrais de modo que no me halle quien me buscare. Lo segundo, que me deis algun sustento, porque desmayos me van acabando la vida. Nuestra diligencia, dijo un pastor viejo, mostrará que tenemos caridad; y aguijando con presteza á un hueco de un árbol que en una valiente encina se hacia, puso en él algunas pieles blandas de ovejas y cabras, que entre el ganado mayor se criaban; hizo un modo de lecho, bastante por entónces á suplir aquella necesidad precisa; tomó luego á la mujer en los brazos y encerróla en el hueco, adonde le dió lo que pudo, que fuéron sopas en leche, y le dieran vino si ella quisiera beberlo: colgó luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse: Ricla, viendo hecho esto, habiendo conjeturado, que aquella sin duda habia de ser la madre de la criatura que ella tenia, se llegó al pastor caritativo, diciéndole: No pongais, buen señor, término á vuestra caridad, y usadla con esta criatura que tengo en los brazos, ántes que perezca de hambre; y en breves razones le contó cómo se la habian dado: respondióla el pastor á la intencion, y no á sus razones, llamando á uno de los demas pastores, á quien mandó que tomando aquella criatura, la llevase al aprisco de las cabras y hiciese de modo como de alguna de ellas tomase el pecho: apénas hubo hecho esto, y tan apénas que casi se oian los últimos acentos del llanto de la criatura, cuando llegaron á la majada un tropel de hombres á caballo preguntando por la mujer desmayada y por el caballero de la criatura; pero como no les dieron nuevas ni noticia de lo que pedian, pasaron con extraña priesa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores, y aquella noche pasaron con mas comodidad que los peregrinos pensaron, y con mas alegría de los ganaderos, por verse tan bien acompañados.

CAPITULO III.

La doncella encerrada en el árbol da razon de quién era.

Preñada estaba la encina, digámoslo así, preñadas estaban las nubes, cuya escuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del árbol preguntaron; pero al compasivo pastor, que era mayoral del hato, ninguna cosa le pudo turbar para que dejase de acudir á proveer lo que fuese necesario al recebimiento de sus huéspedes; la criatura tomó los pechos de la cabra, la encerrada el rústico sustento, y los peregrinos el nuevo y agradable hospedaje: quisieron todos saber luego qué causas habian traido allí á la lastimada y al parecer fugitiva, y á la desamparada criatura; pero fué parecer de Auristela, que no le preguntasen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no suelen dar licencia á la lengua, aun á que cuente venturas alegres, cuanto mas desdichas tristes; y puesto que el anciano pastor visitaba á menudo el árbol, no preguntaba nada al depósito que tenia, sino solamente por su salud, fuéle respondido que aunque tenia mucha ocasion para no tenerla, la sobraria, como ella se viese libre de los que la buscaban, que era su padre y hermanos: cubrióla y encubrióla el pastor, y dejóla y volvióse á los peregrinos, que aquella noche la pasaron con mas claridad de las hogueras y fuego de los pastores que con aquella que ella les concedia, y ántes que el cansancio les obligase á entregar los sentidos al sueño, quedó concertado que el pastor que habia llevado la criatura á procurar que las cabras fuesen sus amas, la llevase y entregase á una hermana del anciano ganadero, que casi dos leguas de allí en una pequeña aldea vivia: diéronle que llevase la cadena, con órden de darla á criar en la misma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo así, con que se aseguraron y apercebieron á desmentir las espías, si acaso volviesen, ó viniesen otras de nuevo á buscar los perdidos, á lo ménos los que perdidos parecian; en tratar desto y en satisfacer la hambre y en un breve rato que se apoderó de sus ojos el sueño y de sus lenguas el silencio, se pasó el de la noche, y se vino á mas andar el dia, alegre para todos, y no para la temerosa que encerrada en el árbol, apénas osaba ver del sol la claridad hermosa. Con todo eso, habiendo puesto primero, cerca y léjos del rebaño, de trecho en trecho centinelas que avisasen si alguna gente venia, la sacaron del árbol para que la diese el aire, y para saber della lo que deseaban, y con la luz del dia vieron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda á cuál darian della y de Costanza, despues

de Aristela, el segundo lugar de hermosa, porque donde quiera se llevó el primero Auristela, á quien no quiso dar igual la naturaleza. Muchas preguntas la hicieron y muchos ruegos precedieron ántes, todos encaminados á que su suceso les contase, y ella de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia á su flaqueza, con aliento debilitado así comenzó á decir:

Puesto, señores, que en lo que deciros quiero tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavía quiero mas parecer cortés por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz, mi patria una villa no léjos deste lugar, mis padres son nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura, en tanto que no ha estado tan marchita como agora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto á la villa que me dió el cielo por patria vivia un hidalgo riquísimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hacian ser caballero en la opinion de las gentes: este tiene un hijo, que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita: vivia ansimismo en la misma aldea un caballero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos, en una tan honrada medianía, que ni los humillaba, ni los ensoberbecía: con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo de casarme, echando á las espaldas los ruegos con que me pedia por esposa el rico hidalgo; pero yo, á quien los cielos guardaban para esta desventura en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dió por esposo al rico, y yo me entregué por suya á hurto de mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo por mayor desgracia mia: vímonos muchas veces solos y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasion vuelve las espaldas, ántes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja.

Destas juntas y destos hurtos amorosos se acortó mi vestido y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversacion de los desposados amantes: en este tiempo sin hacerme sabidora, concertaron mis padres y hermanos de casarme con el mozo noble, con tanto deseo de efectuarlo, que anoche le trajeron á casa acompañado de dos cercanos parientes suyos, con propósito de que luego luego nos diésemos las manos: sobresaltéme cuando vi entrar á Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo noble, y mas me admiré cuando mi padre me dijo que me entrase en mi aposento y me aderezase algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto habia de dar la mano de esposa á Luis Antonio: dos dias habia que habia entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto y no esperada nueva quedé como muerta, y diciendo entraba á aderezarme á mi aposento, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, á quien dije, hechos fuentes mis ojos: ¡Ay, Leonora mia, y cómo creo que es llegado el fin de mis dias! Luis Antonio está en esa antesala esperando que yo salga á darle la mano de esposa: mira si es este trance riguroso y la mas apretada ocasion en que pueda verse una mujer desdichada; pásame, hermana mia, si tienes con qué, este pecho: salga primero mi alma destas carnes, que no la desvergüenza de mi atrevimiento; ¡ay amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida! y diciendo esto y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendió á mi doncella, y á mí me cegó el discurso de manera que, sin saber qué hacer, estuve esperando á que mi padre ó mis hermanos entrasen, y en lugar de sacarme á desposar, me sacasen á la sepultura.

Aquí llegaba Feliciana de su cuento, cuando vieron que los centinelas que habian puesto para asegurarse, hacian señal de que venía gente, y con diligencia no vista el pastor anciano queria volver á depositar á Feliciana en el árbol, seguro asilo de su desgracia; pero habiendo vuelto las centinelas á decir que se asegurasen, porque un tropel de gente que habian visto cruzaba por otro camino, todos se aseguraron, y Feliciana de la Voz volvió á su cuento, diciendo: Considerad, señores, el apretado peligro en que me vi anoche: el desposado en la sala esperándome, y el adúltero, si así se puede decir, en un jardin de mi casa atendiéndome para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaba y de la venida de Luis Antonio; yo sin sentido por el no esperado suceso, mi doncella turbada con la criatura en los brazos, mi padre y hermanos dándome priesa, que saliese á los desdichados desposorios: aprieto fué este que pudiera derribar á mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse á toda buena razon y buen discurso. No sé qué os diga mas, sino que sentí, estando sin sentido, que entró mi padre, diciendo: Acaba, muchacha, sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá tu desnudez, y te servirá de riquísimas galas: dióle, á lo que creo, en esto á los oidos el llanto de la criatura, que mi doncella, á lo que imagino, debia de ir á poner en cobro, ó á dársela á Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotóse mi padre, y con una vela en la mano me miró el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto y mi desmayo; volvióle á herir en los oidos el eco del llanto de la criatura, y echando mano á la espada, fué siguiendo adonde la voz le llevaba; el resplandor del cuchillo me dió en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma, y como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno, del temor de perderla salió en mí el ánimo de remediarla, y apénas hubo mi padre vuelto las espaldas, cuando yo así como estaba, bajé por un caracol á unos aposentos bajos de mi casa, y dellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no sé qué camino; y finalmente aguijada del miedo y solicitada del temor, como si tuviera alas en los piés, caminé mas de lo que prometia mi flaqueza: mil veces estuve para arrojarme en el camino de algun ribazo que me acabara, con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme ó tenderme en el suelo y dejarme hallar de quien me buscase; pero alentándome la luz de vuestras cabañas, procuré llegar á ellas á buscar descanso á mi cansancio, y si no remedio, algun alivio á mi desdicha; y así llegué como me vistes, y así me hallo como me veo, merced á vuestra caridad y cortesía. Esto es, señores mios, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dejo al cielo, y le remito en la tierra á vuestros buenos consejos.

Aquí dió fin á su plática la lastimada Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion y lástima en un mismo grado. Periandro contó luego el hallazgo de la criatura, la dádiva de la cadena, con todo aquello que le habia sucedido con el caballero que se la dió.

¡Ay! dijo Feliciana, ¿si es por ventura esa prenda mia? ¿y si es Rosanio el que la trajo? y si yo la viese, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quizá por los paños en que viene envuelta sacaria á luz la verdad de las tinieblas de mi confusion, porque mi doncella no apercebida, ¿en qué la podia envolver, sino en paños que estuviesen en el aposento, que fuesen de mí conocidos? y cuando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio, y por ocultos sentimientos le dará á entender lo que me toca. A lo que respondió el pastor: La criatura está ya en mi aldea en poder de una hermana y de una sobrina mia; yo haré que ellas mismas nos la traigan hoy aquí, donde podrás, hermosa Feliciana, hacer las experiencias que deseas: en tanto sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este árbol servirán de nubes que se opongan á los ojos que te buscaren.

CAPITULO IV.

Quiere Feliciana acompañarlos en su peregrinacion: llegan á Guadalupe habiéndoles acontecido en el camino un notable peligro.

Paréceme, hermano mio, dijo Auristela á Periandro, que los trabajos y los peligros no solamente tienen jurisdiccion en el mar, sino en toda la tierra; que las desgracias é infortunios así se encuentran con los levantados sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones: esta que llaman fortuna, de quien yo he oido hablar algunas veces, de la cual se dice que quita y da los bienes, cuándo, cómo y á quien quiere, sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza, pues á nuestro parecer levanta los que habian de estar por el suelo, y derriba los que están sobre los montes de la luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo, pero sé que quiero decir, que no es mucho que nos admire ver esta señora, que dice que se llama Feliciana de la Voz, que apénas la tiene para contar su desgracia: contémplola yo pocas horas há en su casa, acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagacidad remedio á sus arrojados deseos, y agora puedo decir que la veo escondida en lo hueco de un árbol, temiendo los mosquitos del aire y aun las lombrices de la tierra: bien es verdad que la suya no es caida de príncipes, pero es un caso que puede servir de ejemplo á las recogidas doncellas que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueve á suplicarte, ó hermano, mires por mi honra, que desde el punto que salí del poder de mi padre y del de tu madre, la depositéen tus manos, y aunque la experiencia con certidumbre grandísima tiene acreditada tu bondad, ansí en la soledad de los desiertos como en la compañía de las ciudades, todavia temo que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son fáciles pensamientos; á ti te va en esto lo que sabes: mi honra es la tuya; un solo deseo nos gobierna y una misma esperanza nos sustenta: el camino en que nos hemos puesto es largo, pero no hay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad: ya los cielos, á quien doy mil gracias por ello, nos han traido á España sin la compañía peligrosa de Arnaldo: ya podemos tender los pasos seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores, porque segun la fama que sobre todas las regiones del mundo de pacífica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viaje. ¡Oh hermana! respondió Periandro, y cómo por puntos vas mostrando los extremados de tu discrecion: bien veo que temes como mujer y que te animas como discreta; yo quisiera por aquietar tus bien nacidos recelos buscar nuevas esperanzas que me acreditasen contigo, que puesto que las hechas pueden convertir el temor en esperanza y la esperanza en firme seguridad, y desde luego en posesion alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran: en el rancho destos pastores no nos queda que hacer, ni en el caso de Feliciana podemos servir mas que de compadecernos della: procuremos llevarnos esta criatura á Trujillo, como nos lo encargó el que con ella nos dió la cadena al parecer por paga.

En esto estaban los dos cuando llegó el pastor anciano con su hermana y con la criatura, que habia enviado por ella á la aldea, por ver si Feliciana la reconocia, como ella lo habia pedido: lleváronsela, miróla y remiróla, quitóle las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que habia parido, ni aun, lo que mas es de considerar, el natural cariño no le movia los pensamientos á reconocer el niño, que era varon el recien nacido. No, decia Feliciana, no son estas las mantillas que mi doncella tenia diputadas para envolver lo que de mí naciese, ni esta cadena, que se la enseñaron, la vi yo jamas en poder de Rosanio: de otra debe ser esta prenda, que no mia, que á serlo no fuera yo tan venturosa, teniéndola una vez perdida tornar á cobrarla; aunque yo oí decir muchas veces á Rosanio, que tenia amigos en Trujillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre. Con todo eso, dijo el pastor, que pues el que dió la criatura mandó que la llevasen á Trujillo, sospecho que el que la dió á estos peregrinos fué Rosanio, y así soy de parecer, si es que en ello os hago algun servicio, que mi hermana con la criatura y con otros dos destos mis pastores se ponga en camino de Trujillo á ver si la recibe alguno desos dos caballeros á quien va dirigida. A lo que Feliciana respondió con sollozos y con arrojarse á los piés del pastor, abrazándolos estrechamente, señales que la dieron de que aprobaba su parecer: todos los peregrinos le aprobaron asimismo, y con darle la cadena lo facilitaron todo. Sobre una de las bestias del hato se acomodó la hermana del pastor, que estaba recien parida, como se ha dicho, con órden que se pasase por su aldea y dejase en cobro su criatura, y con la otra se partiese á Trujillo, que los peregrinos que iban á Guadalupe con mas espacio la seguirian: todo se hizo como lo pensaron, y luego, porque la necesidad del caso no admitia tardanza alguna. Feliciana callaba, y con silencio se mostraba agradecida á los que tan de véras sus cosas tomaban á su cargo. Añadióse á todo esto, que Feliciana habiendo sabido como los peregrinos iban á Roma, aficionada á la hermosura y discrecion de Auristela, á la cortesía de Periandro, á la amorosa conversacion de Constanza y de Ricla su madre, y al agradable trato de los dos Antonios, padre y hijo, que todo lo miró, notó y ponderó on aquel poco espacio que los habia comunicado, y lo principal por volver las espaldas á la tierra donde quedaba enterrada su honra, pidió que consigo la llevasen como peregrina á Roma; que pues habia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el cielo se las concedia, en que con ellos la llevasen. Apénas descubrió su pensamiento, cuando Auristela acudió á satisfacer su deseo, compasiva y deseosa de sacar á Feliciana de entre los sobresaltos y miedos que la perseguian: solo di-

ficultó el ponerla en camino estando tan recien parida, y así se lo dijo; pero el anciano pastor dijo que no habia mas diferencia del parto de una mujer que del de una res, y que así como la res sin otro regalo alguno despues de su parto se quedaba á las inclemencias del cielo, ansí la mujer podia sin otro regalo alguno acudir á sus ejercicios, sino que el uso habia introducido entre las mujeres los regalos y todas aquellas prevenciones que suelen hacer con las recien paridas. Yo aseguro, dijo mas, que cuando Eva parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del aire, ni usó de los melindres que agora se usan en los partos. Esforzáos, señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aquí le apruebo casi por santo, pues es tan cristiano: á lo que añadió Auristela: No quedará por falta de hábito de peregrina, que mi cuidado me hizo hacer dos cuando hice este, el cual daré yo á la señora Feliciana de la Voz, con condicion que me diga qué misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido. No me le ha dado, respondió Feliciana, mi linaje, sino el ser comun opinion de todos cuantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo, tanto que por excelencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz, y á no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad: pero si los tiempos se mejoran y dan lugar á que mis lágrimas se enjuguen, yo cantaré, si no canciones alegres, á lo ménos endechas tristes, que cantándolas encanten, y llorándolas alegren. Por esto que Feliciana dijo nació en todos un deseo de oirla cantar luégo luego; pero no osaron rogárselo, porque, como ella habia dicho, los tiempos no lo permitian. Otro dia se despojó Feliciana de los vestidos no necesarios que traia, y se cubrió con los que le dió Auristela de peregrina; quitóse un collar de perlas y dos sortijas, y si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica y noble: tomólas Ricla como tesorera general de la hacienda de todos, y quedó Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela y tercera Constanza, aunque este parecer se dividió en pareceres, y algunos le dieron el segundo lugar á Constanza, que el primero no hubo hermosura en aquella edad que á la de Auristela se la quitase.

Apénas se vió Feliciana en el nuevo hábito, cuando le nacieron alientos nuevos y deseos de ponerse en camino: conoció esto Auristela, y con consentimiento de todos, despidiéndose del pastor caritativo y de los demas de la majada, se encaminaron á Cáceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio; y si alguna vez alguna de las mujeres le tenia, le suplia el bagaje, donde iba el repuesto, ó ya el márgen de algun arroyuelo ó fuente do se sentaban, ó la verdura de algun prado que á dulce reposo las convidaba, y así andaban á una con ellos el reposo y el cansancio, junto con la pereza y la diligencia: la pereza en caminar poco, la diligencia en caminar siempre; pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan á fin dichoso sin estorbos que los impidan, quiso el cielo que el deste hermoso escuadron, que aunque dividido en todos era solo uno en la intencion, fuese impedido con el estorbo que agora oiréis. Dábales asiento la verde yerba de un deleitoso pradecillo, refrescábales los rostros el agua clara y dulce de un pequeño arroyuelo, que por entre las yerbas corria, servíanles de muralla y de reparo muchas zarzas cambroneras, que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable y necesario para su descanso, cuando de improviso rompiendo por las intricadas matas vieron salir al verde sitio un mancebo vestido de camino con una espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho; cayó de ojos, y al caer dijo: Dios sea conmigo; y el fin desta palabra y el arrancársele el alma fué todo á un tiempo, y aunque todos con el extraño espectáculo se levantaron alborotados, el que primero llegó á socorrerle fué Periandro, y por hallarle ya muerto, se atrevió á sacar la espada: los dos Antonios saltaron las zarzas, por ver si vieran quién hubiese sido el cruel y alevoso homicida, que por ser la herida por las espaldas, se mostraba que traidoras manos la habian hecho: no vieron á nadie, volviéronse á los demas, y la poca edad del muerto y su gallardo talle y parecer les acrecentó la lástima: miráronle todo, y halláronle debajo de una ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubon puesta una cadena de cuatro vueltas de menudos eslabones de oro, de la cual pendia un devoto crucifijo asimismo de oro; allá entre el jubon y la camisa le hallaron dentro de una caja de ébano ricamente labrada un hermosísimo retrato de mujer, pintado en la lisa tabla, al rededor del cual, de menudísima y clara letra, vieron que traia escritos estos versos:

Hiela, enciende, mira y habla:
Milagros de la hermosura,
Que tenga vuestra figura
Tanta fuerza en una tabla.

Por estos versos conjeturó Periandro, que los leyó primero, que de causa amorosa debia de haber nacido su muerte: miráronle las faldriqueras y escudriñáronle todo, pero no hallaron cosa que les diese indicio de quién era; y estando haciendo este escrutinio, parecieron como si fueran llovidos cuatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conoció luego Antonio el padre, que eran cuadrilleros de la Santa Hermandad, uno de los cuales dijo á voces: Tenéos, ladrones, homicidas y salteadores: no le acabeis de despojar, que á tiempo sois venidos, en que os llevarémos adonde pagueis vuestro pecado. Eso no, bellacos, respondió Antonio el mozo; aquí no hay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son. Bien se os parece por cierto, replicó el cuadrillero, el hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirve de testigos á vuestra maldad; ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois, y como tales ladrones, salteadores y homicidas presto pagaréis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud cristiana con que procurais encubrir vuestras maldades, vistiéndoos de peregrinos. A esto le dió respuesta Antonio el mozo con poner una flecha en su arco y pasarle con ella un brazo, puesto que quisiera pasarle de parte á parte el pecho: los demas cuadrilleros, ó escarmentados del golpe, ó por hacer la prision mas al seguro, volvieron las espaldas, y entre huyendo y esperando, á grandes voces apellidaron: Aquí de la Santa Hermandad, favor á la Santa Hermandad: y mostróse ser santa la hermandad que apellidaban, porque en un instante, como por milagro, se juntaron mas de veinte cuadrilleros, los cuales encarando sus ballestas y sus saetas á los que no se defendian, los prendieron y aprisionaron, sin respetar la

belleza de Auristela ni las demas peregrinas, y con el cuerpo del muerto las llevaron á Cáceres, cuyo Corregidor era un caballero del hábito de Santiago, el cual viendo el muerto y el cuadrillero herido y la informacion de los demas cuadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado á Periandro, con el parecer de su teniente, quisiera luego ponerlos á cuestion de tormento; puesto que Periandro se defendia con la verdad, mostrándole en su favor los papeles, que para seguridad de su viaje y licencia de su camino habia tomado en Lisboa; mostróle asimismo el lienzo de la pintura de su suceso, que la relató y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hicieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian. Ricla, la tesorera, que sabia muy poco ó nada de la condicion de escribanos y procuradores, ofreció á uno de secreto, que andaba allí en público dando muestras de ayudarlas, no sé que cantidad de dineros, porque tomase á cargo su negocio: lo echó á perder del todo, porque en oliendo los sátrapas de la pluma, que tenian lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es uso y costumbre, hasta los huesos; y sin duda alguna fuera así, si las fuerzas de la inocencia no permitiera el cielo que sobrepujaran á las de la malicia.

Fué el caso pues, que un huésped, ó mesonero del lugar, habiendo visto el cuerpo muerto que habian traido, y reconocídole muy bien, se fué al Corregidor, y le dijo: Señor, este hombre que han traido muerto los cuadrilleros, ayer de mañana partió de mi casa en compañía de otro, al parecer caballero: poco ántes que se partiese, se encerró conmigo en mi aposento, y con recato me dijo: Señor huésped, por lo que debeis á ser cristiano, os ruego, que si yo no vuelvo por aquí dentro de seis dias, abrais este papel que os doy, delante de la justicia; y diciendo esto, me dió este que entrego á vuesa merced, donde imagino que debe de venir alguna cosa que toque á este tan extraño suceso: tomó el papel el Corregidor, y abriéndole, vió que en él estaban escritas estas mismas razones:

«Yo, D. Diego de Parraces, salí de la corte de su Ma»jestad tal dia (y venía puesto el dia), en compañía de »D. Sebastian de Soranzo mi pariente, que me pidió que »le acompañase en cierto viaje, donde le iba la honra y »la vida: yo, por no querer hacer verdaderas ciertas sos»pechas falsas que de mí tenia, fiándome en mi inocen»cia, dí lugar á su malicia, y acompañéle: creo que me »lleva á matar: si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, »sépase que me mataron á traicion, y que morí sin culpa. »Y firmaba:

»D. Diego de Parraces.»

Este papel á toda diligencia despachó el Corregidor á Madrid, donde con la justicia se hicieron las diligencias posibles, buscando al matador, el cual llegó á su casa la misma noche que le buscaban, y entreoyendo el caso, sin apearse de la cabalgadura, volvió las riendas, y nunca mas pareció: quedóse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla se deslabonó para gastos de justicia; el retrato se quedó para gusto de los ojos del Corregidor; satisfízose la herida del cuadrillero; volvió Antonio el mozo á relatar el lienzo, y dejando admirado al pueblo, y habiendo estado en él todo este tiempo de las averiguaciones, Feliciana de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la vuelta de Guadalupe, cuyo camino entretuvieron tratando del caso extraño, y deseando que sucediese ocasion donde se cumpliese el deseo que tenian de oir cantar á Feliciana, la cual sí cantará, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo, ó se acabe con acabar la vida; pero por guardar ella á su desgracia el decoro que á sí misma debia, sus cantos eran lloros y su voz gemidos: estos se aplacaron un tanto con haber topado en el camino la hermana del compasivo pastor, que volvia de Trujillo, donde dijo que dejaba el niño en poder de D. Francisco Pizarro y de D. Juan de Orellana, los cuales habian conjeturado no poder ser de otro aquella criatura sino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que aventurase á fiarse dellos. Sea en fin lo que fuere, dijo la labradora, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos el que se ha fiado de nosotros; así que, señores, el niño queda en Trujillo en poder de los que he dicho: si algo me queda que hacer por serviros, aquí estoy con la cadena, que aun no me he deshecho della, pues la que me pone á la voluntad el ser yo cristiana, me enlaza y me obliga á mas que la de oro. A lo que respondió Feliciana, que la gozase muchos años, sin que se le ofreciese necesidad de deshacella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque ó se empeñan para no quitarse, ó se venden para nunca volverlas á comprar. La labradora se despidió aquí, y dieron mil encomiendas para su hermano y los demas pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco á poco á las santísimas tierras de Guadalupe.

CAPITULO V.

Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciana, y se vuelve contenta á su casa con su esposo, padre y hermano.

Apénas hubieron puesto los piés los devotos peregrinos en una de las dos entradas que guian al valle, que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, cuando con cada paso que daban nacian en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse; pero allí llegó la admiracion á su punto, cuando vieron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la santísima imágen de la Emperatriz de los cielos: la santísima imágen otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones: la santísima imágen que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias. Entraron en su templo, y donde pensaron hallar por sus paredes pendientes por adorno las púrpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milan, hallaron en lugar suyo muletas que dejaron los cojos, ojos de cera que dejaron los ciegos, brazos que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos despues de haber caido en el suelo de las miserias, ya vivos, ya sanos, ya libres y ya contentos, merced á la larga misericordia de la Madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar hace campear á su benditísimo Hijo con el escuadron de sus infinitas misericordias: de tal manera hicieron aprension estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos peregrinos, que volvieron los ojos á todas las partes del templo, y les parecia ver venir

por el aire volando los cautivos envueltos en sus cadenas á colgarlas de las santas murallas, y á los enfermos arrastrar las muletas, y á los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cabian: tan grande es la suma que las paredes ocupan. Esta novedad no vista hasta entónces de Periando ni de Auristela, ni ménos de Ricla, de Constanza ni de Antonio, los tenia como asombrados, y no se hartaban de mirar lo que veian, ni de admirar lo que imaginaban; y así con devotas y cristianas muestras, hincados de rodillas se pusieron á adorar á Dios Sacramentado y á suplicar á su santísima Madre, que en crédito y honra de aquella imágen, fuese servida de mirar por ellos; pero lo que mas es de ponderar, fué, que puesta de hinojos y las manos puestas y junto al pecho, la hermosa Feliciana de la Voz, lloviendo tiernas lágrimas, con sosegado semblante, sin mover los labios, ni hacer otra demostracion ni movimiento que diese señal de ser viva criatura, soltó la voz á los vientos, y levantó el corazon al cielo, y cantó unos versos que ella sabía de memoria, los cuales dió despues por escrito, con que suspendió los sentidos de cuantos le escuchaban, y acreditó las alabanzas que ella misma de su voz habia dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus peregrinos tenian de escucharla.

Cuatro estancias habia cantado, cuando entraron por la puerta del templo unos forasteros á quien la devocion y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciana, que todavía cantaba, puso tambien en admiracion: y uno dellos que de anciana edad parecia, volviéndose á otro que estaba á su lado, díjole: O aquella voz es de algun ángel de los confirmados en gracia, ó es de mi hija Feliciana de la Voz. ¿Quién lo duda? respondió el otro: ella es, y la que no será, si no yerra el golpe este mi brazo; y diciendo esto, echó mano á una daga, y con descompasados pasos, perdido el color y turbado el sentido, se fué hácia donde Feliciana estaba: el venerable anciano se arrojó tras él, y le abrazó por las espaldas, diciéndole: No es este, ó hijo, teatro de miserias ni lugar de castigos: da tiempo al tiempo, que pues no se nos puede huir esta traidora, no te precipites, y pensando castigar el ajeno delito te eches sobre tí la pena de la culpa propia. Estas razones y alboroto selló la boca de Feliciana, y alborotó á los peregrinos y á todos cuantos en el templo estaban, los cuales no fuéron parte para que su padre y hermano de Feliciana no la sacasen del templo á la calle, donde en un instante se juntó casi toda la gente del pueblo, con la justicia, que se la quitó á los que parecian mas verdugos que hermano y padre. Estando en esta confusion, el padre dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiéndola hasta saber el caso, por una parte de la plaza entraron hasta seis de á caballo, que los dos dellos fuéron luego conocidos de todos, por ser el uno D. Francisco Pizarro y el otro D. Juan de Orellana, los cuales llegándose al tumulto de la gente, y con ellos otro cacballero que con un velo de tafetan negro traia cubierto el rostro, preguntaron la causa de aquellas voces: fuéles respondido que no se sabía otra cosa, sino que la justicia queria defender aquella peregrina á quien querian matar dos hombres que decian ser su hermano y su padre. Esto estaban oyendo D. Francisco Pizarro y D. Juan de Orellana, cuando el caballero embozado, arrojándose del caballo abajo sobre quien venia, poniendo mano á su espada y descubriéndose el rostro, se puso al lado de Feliciana, y á grandes voces dijo: En mí, en mí debeis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciana vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse una doncella contra la voluntad de sus padres: Feliciana es mi esposa y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad que no merezca que me deis por concierto lo que yo supe escoger por industria; noble soy, de cuya nobleza os podré presentar testigos; riquezas tengo que la sustenten, y no será bien que lo que he ganado por ventura, me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto; y si os parece que os he hecho ofensa de haber llegado á este punto de teneros por señores sin sabiduría vuestra, perdonadme, que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos, y el veros yo tan inclinados á Luis Antonio me hizo no guardar el decoro que se os debia, de lo cual otra vez os pido perdon. Miéntras Rosanio esto decia, Feliciana estaba pegada con él, teniéndole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa y toda triste, y toda hermosa juntamente; pero ántes que su padre y hermano respondiesen palabra, D. Francisco Pizarro se abrazó con su padre, y D. Juan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. D. Francisco dijo al padre: ¿Dónde está vuestra discrecion, señor D. Pedro Tenorio? ¿Cómo, y es posible que vos mismo querais confesar vuestra ofensa? ¿No veis que estos agravios, ántes que la pena, traen la disculpa consigo? ¿Qué tiene Rosanio que no merezca á Feliciana, ó qué le quedará á Feliciana de aquí adelante si pierde á Rosanio?

Casi estas mismas ó semejantes razones decia D. Juan de Orellena á su hermano, añadiendo mas, porque le dijo: Señor D. Sancho, nunca la cólera prometió buen fin de sus ímpetus: ella es pasion del ánimo, y el ánimo apasionado pocas veces acierta en lo que emprende; vuestra hermana supo escoger buen marido: tomar venganza de que no se guardaron las debidas ceremonias y respetos, no será bien hecho; porque os pondréis á peligro de derribar y echar por tierra todo el edificio de vuestro sosiego: mirad, señor D. Sancho, que tengo una prenda vuestra en mi casa, un sobrino os tengo, que no lo podréis negar si no os negais á vos mismo; tanto es lo que os parece. La respuesta que dió el padre á D. Francisco, fué llegarse á su hijo D. Sancho y quitalle la daga de las manos, y luego fué á abrazar á Rosanio, el cual dejándose derribar á los piés del que ya conoció ser su suegro, se los besó mil veces: arrodillóse tambien ante su padre Feliciana, derramó lágrimas, envió suspiros, vinieron desmayos. La alegría discurrió por todos los circunstantes; ganó fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos de discretos y bien hablados: llevólos el Corregidor á su casa, regalólos el prior del santo monasterio abundantisimiamente: visitaron las reliquias los peregrinos, que son muchas, santísimas y ricas; confesaron sus culpas, recebieron los sacramentos, y en este tiempo, que fué el de tres dias, envió D. Francisco por el niño que le habia llevado la labradora, que era el mismo que Rosanio dió á Periandro la noche que le dió la cadena, el cual era tan lindo, que el abuelo, puesta en olvido toda injuria, dijo, viéndole, que mil bienes haya la madre que te parió y el padre que te engendró; y tomándole en sus brazos tiernamente le baño el rostro con lágrimas, y se las enjngó con besos y las

limpió con sus canas. Pidió Auristela á Feliciana le diese el traslado de los versos que habia cantado delante de la santísima imágen, la cual respondió que solamente habia cantado cuatro estancias, y que todas eran doce, dignas de ponerse en la memoria, y así las escribió, que eran estas:

Antes que de la mente eterna fuera
Saliesen los espíritus alados,
Y ántes que la veloz ó tarda esfera
Tuviese movimientos señalados,
Y ántes que aquella escuridad primera
Los cabellos del sol viese dorados,
Fabricó para sí Dios una casa
De santísima, limpia y pura masa.

Los altos y fortísimos cimientos
Sobre humildad profunda se fundaron,
Y miéntras mas á la humildad atentos,
Mas la fábrica regia levantaron:
Pasó la tierra, pasó el mar, los vientos
Atras como mas bajos se quedaron,
El fuego pasa, y con igual fortuna
Debajo de sus piés tiene la luna.

De fe son los pilares, de esperanza
Los muros: esta fábrica bendita
Ciñe la caridad, por quien se alcanza
Duracion, como Dios, siempre infinita:
Su recreo se aumenta en su templanza,
Su prudencia los grados facilita
Del bien que ha de gozar, por la grandeza
De su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcázar soberano
Profundos pozos, perenales fuentes,
Huertos cerrados, cuyo fruto sano
Es bendicion y gloria de las gentes:
Están á la siniestra y diestra mano
Cipreses altos, palmas eminentes,
Altos cedros, clarísimos espejos
Que dan lumbre de gracia cerca y léjos.

El cinamomo, el plátano y la rosa
De Hiericó, se halla en sus jardines,
Con aquella color, y aun mas hermosa,
De los mas abrasados querubines:
Del pecado la sombra tenebrosa
Ni llega, ni se acerca á sus confines;
Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo,
Este edificio que hoy se muestra al suelo.

De Salomon el templo se nos muestra
Hoy, con la perfeccion á Dios posible,
Donde no se oyó golpe, que la diestra
Mano diese á la obra convenible:
Hoy haciendo de sí gloriosa muestra,
Salió la luz del sol inaccesible,
Hoy nuevo resplandor ha dado al dia
La clarísima estrella de María.

Antes que el sol la estrella hoy da su lumbre
Prodigiosa señal, pero tan buena,
Que sin guardar de agüeros la costumbre,
Deja el alma de gozo y bienes llena:
Hoy la humildad se vió puesta en la cumbre,
Hoy comenzó á romperse la cadena
Del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
Prudentísima Ester, que el sol mas bella.

Niña de Dios por nuestro bien nacida,
Tierna, pero tan fuerte, que la frente
En soberbia maldad endurecida
Quebrantasteis de la infernal serpiente;
Brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
Pues vos fuisteis el medio conveniente,
Que redujo á pacífica concordia
De Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado
En vos, Vírgen santísima, y con gusto
El dulce beso de la paz se han dado,
Arra y señal del venidero Augusto:
Del claro amanecer, del sol sagrado
Sois la primera aurora, sois del justo
Gloria, del pecador firme esperanza,
De la borrasca antigua la bonanza.

Sois la paloma que abeterno fuisteis
Llamada desde el cielo, sois la esposa
Que al sacro Verbo limpia carne disteis,
Por quien de Adan la culpa fué dichosa:
Sois el brazo de Dios, que detuvisteis
De Abrahan la cuchilla rigurosa,
Y para el sacrificio verdadero
Nos distes el mansísimo Cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
Presto en sazon, por quien el alma espera
Cambiar en ropa rozagante el luto
Que la gran culpa le visitó primera:
De aquel inmenso y general tributo
La paga conveniente y verdadera
En vos se ha de fraguar: creed, Señora,
Que sois universal remediadora.

Ya en las empireas sacrosantas salas
El paraninfo alígero se apresta,
O casi mueve las doradas alas,
Para venir con la embajada honesta:
Que el olor de virtud que de tí exhalas,
Vírgen bendita, sirve de recuesta
Y apremio, á que se vea en tí muy presto
Del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fuéron los versos que comenzó á cantar Feliciana, y los que dió por escrito despues, que fuéron de Auristela mas estimados que entendidos: en resolucion, las paces de los desavenidos se hicieron: Feliciana, esposo, padre y hermano se volvieron á su lugar, dejando órden á D. Francisco Pizarro y D. Juan de Orellana les enviasen el niño; pero no quiso Feliciana pasar el disgusto que da el esperar, y así se le llevó consigo: con cuyo suceso quedaron todos alegres.

CAPITULO VI.

Prosiguen su viaje; encuentran una vieja peregrina, y un polaco que les cuenta su vida.

Cuatro dias se estuvieron los peregrinos en Guadalupe, en los cuales comenzaron á ver las grandezas de aquel santo monasterio: digo comenzaron, porque acabarlas de ver es imposible: desde allí se fuéron á Trujillo, adonde asimismo fuéron agasajados de los dos nobles caballeros D. Francisco Pizarro y D. Juan de Orellana, y allí de nuevo refirieron el suceso de Feliciana, y ponderaron al par de su voz su discrecion y el buen proceder de su hermano y de su padre, exagerando Auristela los corteses ofrecimientos que Feliciana le habia hecho al tiempo de su partida: la ida de Trujillo fué de allí á dos dias la vuelta de Talavera, donde hallaron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su orígen de muchos años, ántes que Cristo naciese, reducida por los cristianos á tan buen punto y término, que si entónces se celebraba en honra de la diosa Vénus por la gentilidad, ahora se celebra en honra y alabanza de la Vírgen de las vírgenes. Quisieran esperar á verla; pero por no dar mas espacio á su espacio, pasaron adelante, y se quedaron sin satisfacer su deseo: seis leguas se habrian alongado de Talavera, cuando delante de sí vieron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola; y excusóles el darla voces, á que se detuviese, el haberse ella sentado sobre la verde yerba de un pradecillo, ó ya convidada del ameno sitio, ó ya obligada del cansancio. Llegaron á ella, y hallaron ser de tal talle, que nos obliga á describirle: la edad, al parecer, salia de los términos de la mocedad y tocaba en las márgenes de la vejez; el rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzara á verle las narices, porque no las tenia sino tan chatas y llanas, que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna dellas; los ojos les hacian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella; el vestido era una esclavina rota que le besaba los calcañares, sobre la cual traia una muceta, la mitad guarnecida de cuero, que por roto y despedazado no se podia distinguir si de cordoban ó si de badana fuese: ceñíase con un cordon de esparto, tan abultado y poderoso, que mas pa-

recia gúmena de galera que cordon de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas: cubríale la cabeza un sombrero viejo, sin cordon ni toquilla, y los piés unos alpargates rotos, y ocupábale la mano un bordon hecho á manera de cayado, con una punta de acero al fin; pendíale del lado izquierdo una calabaza de mas que mediana estatura, y apesgábale el cuello un rosario, cuyos padrenuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla. En efecto, toda ella era rota y toda penitente, y como despues se echó de ver, toda de mala condicion. Saludáronla en llegando, y ella les volvió las saludes con la voz que podia prometer la chatedad de sus narices, que fué mas gangosa que suave. Preguntáronla dónde iba, y qué peregrinacion era la suya; y diciendo y haciendo, convidados como ella del ameno sitio, se le sentaron á la redonda, dejaron pacer el bagaje que les servia de recámara, de despensa y botillería, y satisfaciendo á la hambre, alegremente la convidaron, y ella respondiendo á la pregunta que la habian hecho, dijo: Mi peregrinacion es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que mas cerca les viene á cuento para disculpar su ociosidad, y así me parece que será bien deciros, que por ahora voy á la gran ciudad de Toledo á visitar á la devota imágen del Sagrario, y desde allí me iré al Niño de la Guardia, y dando una punta como halcon noruego, me entretendré con la santa Verónica de Jaen, hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra-Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra tal, segun he oido decir, que ni las pasadas fiestas de la gentilidad, á quien imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginacion donde la tengo fija, y pintárosla con palabras, y ponérosla delante de la vista, para que comprendiéndola, viérades la mucha razon que tengo de alabárosla; pero esta es carga para otro ingenio, no tan estrecho como el mio: en el rico palacio de Madrid, morada de los reyes, en una galería está retratada esta fiesta con la puntualidad posible: allí está el monte, ó por mejor decir, peñasco, en cuya cima está el monasterio que deposita en sí una santa imágen llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano libre y desembarazado, solo y señero de otros montes ni peñas que lo rodeen, cuya altura será de hasta un cuarto de legua, y cuyo circuito debe de ser poco mas de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su asiento, siempre verde y apacible por el humor que le comunican las aguas del rio Jandula, que de paso, como en reverencia, le besa las faldas: el lugar, la peña, la imágen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y léjos, el solemne dia que he dicho, le hacen famoso en el mundo y célebre en España, sobre cuantos lugares las mas extendidas memorias se acuerdan.

Suspensos quedaron los peregrinos de la relacion de la nueva, aunque vieja peregrina, y casi les comenzó á bullir en el alma la gana de irse con ella á ver tantas maravillas; pero la que llevaban de acabar su camino, no dió lugar á que nuevos deseos lo impidiesen. Desde allí, prosiguió la peregrina, no sé que viaje será el mio, aunque sé que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se usan. A lo que dijo Antonio el padre: Paréceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion. Eso no, respondió ella, que bien sé que es justa, santa y loable, y que siempre la ha habido, y la ha de haber en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen granjería de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable: con aquellos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres, y no digo mas, aunque pudiera. En esto, por el camino real que junto á ellos estaba, vieron venir á un hombre á caballo, que llegando á igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hacerles cortesía, habiendo puesto la cabalgadura, como despues pareció, la mano en un hoyo, dió consigo y con su dueño al traves una gran caida: acudieron todos luego á socorrer el caminante, que pensaron hallar muy mal parado. Arrendó Antonio el mozo la cabalgadura, que era un poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron, y le socorrieron con el remedio mas ordinario que en tales casos se usa, que fué darle á beber un golpe de agua; y hallando que su mal no era tanto como pensaban, le dijeron que bien podia volver á subir y á seguir su camino, el cual hombre les dijo: Quizá, señores peregrinos, ha permitido la suerte que yo haya caido en este llano para poder levantarme de los riesgos donde la imaginacion me tiene puesta el alma: yo, señores, aunque no querais saberlo, quiero que sepais que soy extranjero, y de nacion polaco: muchacho salí de mi tierra, y vine á España, como á centro de extranjeros y á madre comun de las naciones; serví á españoles, aprendí la lengua castellana de la manera que veis que la hablo, y llevado del general deseo que todos tienen de ver tierras, vine á Portugal á ver la gran ciudad de Lisboa, y la misma noche que entré en ella me sucedió un caso, que si lo creyéredes, haréis mucho, y si no, no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su asiento, aunque sea en sí misma. Admirados quedaron Periandro y Auristela, y los demas compañeros, de la improvisa y concertada narracion del caido caminante, y con gusto de escuchalle, le dijo Periando que prosiguiese en lo que decir queria, que todos le darian crédito, porque tódos eran corteses y en las cosas del mundo experimentados.

Alentado con esto el caminante, prosiguió diciendo: Digo que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles, ó *ruas*, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me habia parecido bien una donde me habia apeado, al pasar de un lugar estrecho y no muy limpio, un embozado portugues con quien encontré, me desvió de sí con tanta fuerza, que tuve necesidad de arrimarme al suelo: despertó el agravio la cólera, remití mi venganza á mi espada, puse mano, púsola el portugues con gallardo brio y desenvoltura, y la ciega noche y la fortuna mas ciega á la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adónde, encaminó la punta de mi espada á la vista de mi contrario, el cual dando de espaldas, dió el cuerpo al suelo y el alma adonde Dios sabe. Luego me representó el temor lo que habia hecho; pasméme, puse en el huir mi remedio, quise huir, pero no sabia adónde; mas el rumor de la gente que me pareció que acudia, me puso alas en los piés, y con pasos descon-



certados volví la calle abajo buscando dónde esconderme ó adónde tener lugar de limpiar mi espada, porque si la justicia me cogiese no me hallase con manifiestos indicios de mi delito : yendo pues así ya del temor desmayado, vi una luz en una casa principal, y arrojéme á ella sin saber con qué disinio : hallé una sala baja abierta y muy bien aderezada, alargué el paso y entré en otra cuadra tambien bien aderezada, y llevado de la luz que en otra cuadra parecia, hallé en un rico lecho echada una señora, que alborotada, sentándose en él, me preguntó quién era, qué buscaba, y adónde iba, y quién me habia dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respeto. Yo le respondí : Señora, á tantas preguntas no os puedo responder, sino solo con deciros que soy un hombre extranjero, que á lo que creo, dejo muerto á otro en esa calle, mas por su desgracia y su soberbia, que por mi culpa : suplícoos por Dios y por quien sois, que me escapeis del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo. ¿Sois castellano? me preguntó en su lengua portuguesa. No, señora, le respondí yo, sino forastero, y bien léjos desta tierra. Pues aunque fuérades mil veces castellano, replicó ella, os librara yo si pudiera, y os libraré si puedo; subid por cima deste lecho, y entráos debajo deste tapiz, y entráos en un hueco que aquí hallaréis, y no os movais, que si la justicia viniere, me tendrá respeto, y creerá lo que yo quisiere decirles. Hice luego lo que me mandó, alcé el tapiz, hallé el hueco, estrechéme en él, recogí el aliento y comencé á encomendarme á Dios lo mejor que pude, y estando en esta confusa afliccion, entró un criado de casa, diciendo casi á gritos : Señora, á mi señor D. Duarte han muerto, aquí le traen pasado de una estocada de parte á parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador, ni la ocasion de la pendencia, en la cual apénas se oyeron los golpes de las espadas : solamente hay un muchacho que dice que vió entrar un hombre huyendo en esta casa. Este debe de ser el matador sin duda, respondió la señora, y no podrá escaparse : ¡cuántas veces temia yo, ay desdichada, ver que traian á mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias!

En esto, en hombros de otros cuatro entraron al muerto, y le tendieron en el suelo delante de los ojos de la afligida madre, la cual con voz lamentable comenzó á decir : ¡Ay venganza, y cómo me estás llamando á las puertas del alma; pero no consiente que responda á tu gusto el que yo tengo de guardar mi palabra! ¡Ay, con todo esto, dolor, que me aprietas mucho! Considerad, señores, cuál estaria mi corazon, oyendo las apretadas razones de la madre, á quien la presencia del muerto hijo me parecia á mí que le ponian en las manos mil géneros de muertes con que de mí se vengase, que bien estaba claro que habia de imaginar que yo era el matador de su hijo. Pero ¿qué podia yo hacer entónces, sino callar y esperar en la misma desesperacion? y mas cuando entró en el aposento la justicia, que con comedimiento dijo á la señora : Guiados por la voz de un muchacho, que dice que se entró en esta casa el homicida deste caballero, nos hemos atrevido á entrar en ella. Entónces yo abrí los oidos, y estuve atento á las respuestas que daria la afligida madre, la cual respondió llena el alma de generoso ánimo y de piedad cristiana : Si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no á lo ménos en esta estancia : por allá le pueden buscar, aunque plegue á Dios que no le hallen, porque mal se remedia una muerte con otra, y mas cuando las injurias no proceden de malicia.

Volvióse la justicia á buscar la causa, y volvieron en mí los espíritus que me habian desamparado : mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajasen, y desde luego diesen órden en su sepultura : mandó asimismo que la dejasen sola, porque no estaba para recebir consuelos y pésames de infinitos que venian á dárselos, así de parientes como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamó á una doncella suya, que á lo que pareció, debió de ser de la que mas se fiaba, y habiéndola hablado al oido la despidió, mandándole cerrase tras sí la puerta : ella lo hizo así, y la señora, sentándose en el lecho, tentó el tapiz, y á lo que pienso me puso las manos sobre el corazon, el cual palpitando apriesa, daba indicios del temor que le cercaba; ella viendo lo cual, me dijo con baja y lastimada voz : Hombre, quien quiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos, y finalmente la vida que me sustentaba : pero porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra á mi venganza, y así en cumplimiento de la promesa que te hice de librarte cuando aquí entraste, has de hacer lo que ahora te diré. Ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuido en abrir los ojos no me obligues á que te conozca, y sal dese encerramiento y sigue á una mi doncella, que ahora vendrá aquí, la cual te pondrá en la calle y te dará cien escudos de oro con que facilites tu remedio : no eres conocido, no tienes ningun indicio que te manifieste, sosiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delincuente.

En esto volvió la doncella, yo salí detras del paño cubierto el rostro con la mano, y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas besé el pié de la cama muchas veces, y luego seguí los de la doncella que, asimismo callando, me asió del brazo, y por la puerta falsa de un jardin, á escuras, me puso en la calle. En viéndome en ella lo primero que hice fué limpiar la espada, y con sosegado paso salí acaso á una calle principal, de donde reconocí mi posada, y me encontré en ella, como si por mí no hubiera pasado ni próspero suceso ni adverso; contóme el huésped la desgracia del recien muerto caballero, y así exageró la grandeza de su linaje, como la arrogancia de su condicion, de la cual se creia le habria granjeado algun enemigo secreto que á semejante término le hubiese conducido. Pasé aquella noche dando gracias á Dios de las recebidas mercedes, y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo cristiano y admirable proceder de doña Guiomar de Sosa, que así supe se llamaba mi bienhechora : salí por la mañana al rio, y hallé en él un barco lleno de gente, que se iba á embarcar en una gran nave que en Sangian estaba de partida para las Indias orientales; volvíme á mi posada, vendí á mi huésped la cabalgadura, y cerrando todos mis discursos en el puño, volví al rio y al barco, y otro dia me hallé en el gran navío fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba : quince años he estado en las Indias, en los cuales, sirviendo de soldado con valentísimos portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudiera hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible nacion portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos : allí granjeé algun

oro y algunas perlas, y cosas mas de valor que de bulto; con las cuales y con la ocasion de volverse mi general á Lisboa, volví á ella, y de allí me puse en camino para volverme á mi patria, determinando ver primero todas las mejores y mas principales ciudades de España: redujé á dineros mis riquezas, y á pólizas lo que me pareció ser necesario para mi camino, que fué el que primero intenté venir á Madrid, donde estaba recien venida la corte del gran Felipe III; pero ya mi suerte, cansada de llevar la nave de mi ventura con próspero viento, por el mar de la vida humana, quiso que diese en un bajío que la destrozase toda, y ansí hizo que en llegando una noche á Talavera, un lugar que no está léjos de aquí, me apeé en un meson, que no me sirvió de meson, sino de sepultura, pues en él hallé la de mi honra.

¡Oh fuerzas poderosas de amor: de amor, digo, inconsiderado, presuroso y lascivo y mal intencionado, y con cuánta facilidad atropellas disinios buenos, intentos castos, proposiciones discretas! Digo pues que estando en este meson, entró en él acaso una doncella de hasta diez y seis años, á lo ménos á mí no me pareció de mas, puesto que despues supe que tenia veinte y dos: venía en cuerpo y en tranzado, vestida de paño, pero limpísima, y al pasar junto á mí me pareció que olía á un prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dejó atras las aromas de Arabia: llegóse la cual á un mozo del meson, y hablándole al oído, alzó una gran risa, y volviendo las espaldas, salió del meson, y se entró en una casa frontera: el mozo mesonero corrió tras ella, y no la pudo alcanzar sino fué con una coz que le dió en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa; esto vió otra moza del mismo meson, y llena de cólera dijo al mozo: Por Dios, Alonso, que lo haces mal, que no merece Luisa que la santigües á coces. Como esas le daré yo, si vivo, respondió el Alonso: calla, Martina amiga, que estas mocitas sobresalientes, no solamente es menester ponerles la mano, sino los piés y todo; y con esto nos dejó solos á mí y á Martina, á la cual le pregunté que qué Luisa era aquella, y si era casada ó no. No es casada, respondió Martina; pero serálo presto con este mozo Alonso que habeis visto; y en fe de los tratos que andan entre los padres della y los dél, de esposa, se atreve Alonso á molella á coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas son sin que ella las merezca, porque si va á decir la verdad, señor huésped, la tal Luisa es algo atrevidilla y algun tanto libre y descompuesta; harto se lo he dicho yo, mas no aprovecha: no dejará de seguir su gusto si la sacan los ojos; pues en verdad, en verdad, que una de las mejores dotes que puede llevar una doncella es la honestidad, que buen siglo haya la madre que me parió, que fué persona que no me dejó ver la calle, ni aun por un agujero, cuanto mas salir al umbral de la puerta; sabía bien, como ella decia, que la mujer y la gallina, etc. Dígame, señora Martina, le repliqué yo, ¿cómo de la estrecheza dese noviciado vino á hacer profesion en la anchura de un meson? Hay mucho que decir en eso, dijo Martina, y aun yo tuviera mas que decir destas menudencias, si el tiempo lo pidiera ó el dolor que traigo en el alma lo permitiera.

CAPITULO VII.

Donde el polaco da fin á la narracion de su historia.

Con atencion escuchaban los peregrinos al peregrino, cuando del polaco ya deseaban saber qué dolor traia en el alma, como sabian el que debia tener en el cuerpo, á quien dijo Periandro: Contad, señor, lo que quisiéredes y con las menudencias que quisiéredes, que muchas veces el contarlas suele acrecentar gravedad al cuento; que no parece mal estar en la mesa de un banquete junto á un faisan bien aderezado, un plato de una fresca, verde y sabrosa ensalada: la salsa de los cuentos es la propiedad del lenguaje, en cualquiera cosa que se diga: así que, señor, seguid vuestra historia, contad de Alonso y de Martina acoceada á vuestro gusto, á Luisa casadla, ó no la caseis, séase ella libre y desenvuelta como un cernícalo, que el toque no está en sus desenvolturas, sino en sus sucesos, segun lo hallo yo en mi astrología. Digo pues, señores, respondió el polaco, que usando desa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero que no la ponga en la plana de vuestro juicio. Con todo el que entónces tenia, que no debià de ser mucho, fui y vine una y muchas veces aquella noche á pensar en el donaire, en la gracia y en la desenvoltura de la sin par, á mi parecer, ni sé si la llame vecina, moza ó conocida de mi huéspeda: hice mil disinios, fabriqué mil torres de viento, caséme, tuve hijos y dí dos higas al qué dirán; y finalmente, me resolví de dejar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talavera casado con la diosa Vénus, que no ménos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mesonero; paséee aquella noche, tomé el pulso á mi gusto, y halléle tal, que á no casarme con ella, en poco espacio de tiempo habia de perder, perdiendo el gusto, la vida que ya habia depositado en los ojos de mi labradora; y atropellando por todo género de inconvenientes, determiné de hablar á su padre, pidiéndosela por mujer: enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, díjele alabanzas de mi ingenio y de mi industria, no solo para conservarlos, sino para aumentarlos: y con estas razones y con el alarde que le habia hecho de mis bienes, vine mas blando que un guante á condescender con mi deseo, y mas cuando vió que yo no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento y satisfecho deste concierto. Quedó Alonso despechado, Luisa mi esposa rostrituerta, como lo dieron á entender los sucesos que de allí á quince dias acontecieron con dolor mio y vergüenza suya, que fuéron acomodarse mi esposa con algunas joyas y dineros mios, con los cuales y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad y en los piés, desapareció de Talavera dejándome burlado y arrepentido, y dando ocasion al pueblo á que de su inconstancia y bellaquería en corrillos hablasen; hízome el agravio acudir á la venganza, pero no hallé en quién tomarla sino en mí propio, que con un lazo estuve mil veces para ahorcarme; pero la suerte, que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos me guarda, ha ordenado que mis enemigos hayan parecido presos en la cárcel de Madrid, de donde he sido avisado que vaya á ponerles la demanda y á seguir mi justicia: y así voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y con quitarles las vidas, quitar de sobre mis hombros la pesada

carga de su delito, que me trae aterrado y consumido: vive Dios que han de morir, vive Dios que me he de vengar, vive Dios que ha de saber el mundo, que no sé disimular agravios, y mas los que son tan dañosos que se entran hasta las médulas del alma: á Madrid voy, ya estoy mejor de mi caida, no hay sino ponerme á caballo, y guárdense de mí hasta los mosquitos del aire, y no me lleguen á los oídos ni ruegos de frailes, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dádivas de ricos, ni imperios, ni mandamientos de grandes, ni toda la caterva que suele proceder á semejantes acciones, que mi honra ha de andar sobre su delito, como el aceite sobre el agua; y diciendo esto se iba á levantar muy lijero, para volver á subir y á seguir su viaje: viendo lo cual Periandro, asiéndole del brazo le detuvo, y le dijo: Vos, señor, ciego de vuestra cólera, no echais de ver que vais á dilatar y á extender vuestra deshonra: hasta agora no estáis mas deshonrado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y agora vais á serlo de los que os conocerán en Madrid: quereis ser como el labrador que crió la víbora serpiente en el seno todo el invierno, y por merced del cielo, cuando llegó el verano, donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la halló, porque se habia ido; el cual, sin agradecer esta merced al cielo, quiso irla á buscar y volverla á anidar en su casa y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le está bien hallar, y á lo que comunmente se dice, que al enemigo que huye puente de plata, y el mayor que el hombre tiene, suele decirse que es la mujer propia; pero esto debe de ser en otras religiones que en la cristiana, entre las cuales los matrimonios son una manera de concierto y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa, ú otra alguna heredad: pero en la religion católica el casamiento es sacramento que solo se desata con la muerte, ó con otras cosas que son mas duras que la misma muerte, las cuales pueden excusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshacer el nudo con que ligados fuéron: ¿qué pensais que os sucederá cuando la justicia os entregue á vuestros enemigos atados y rendidos, encima de un teatro público, á la vista de infinitas gentes, y á vos blandiendo el cuchillo encima del cadalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decis, vuestra honra? ¿Qué os puede suceder, como digo, sino hacer mas público vuestro agravio? porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pié, y siempre están vivas en las memorias de las gentes, á lo ménos en tanto que vive el agraviado: así que, señor, volved en vos, y dando lugar á la misericordia, no corrais tras la justicia; y no os aconsejo por esto á que perdoneis á vuestra mujer para volvella á vuestra casa, que á esto no hay ley que os obligue: lo que os aconsejo es que la dejeis, que es el mayor castigo que podréis darle: vivid léjos della, y viviréis, lo que no haréis estando juntos, porque moriréis contínuo. La ley del repudio fué muy usada entre los romanos; y puesto que sería mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso á la paciencia, y poner en un punto extremado á la discrecion, de la cual pocos se pueden fiar en esta vida, y mas cuando la contrastan inconvenientes tantos y tan pesados: y finalmente quiero que considereis que vais á hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.

Atento estuvo á estas razones de Periandro el colérico polaco, y mirándole de hito en hito, respondió: Tú, señor, has hablado sobre tus años: tu discrecion se adelanta á tus dias, y la madurez de tu ingenio á tu verde edad: un ángel te ha movido la lengua, con la cual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo sino es la de volverme á mi tierra á dar gracias al cielo por la merced que me ha hecho; ayúdame á levantar, que si la cólera me volvió las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia. Eso harémos todos de muy buena gana, dijo Antonio el padre, y ayudándole á subir en el macho, abrazándoles á todos primero, dijo que queria volver á Talavera á cosas que á su hacienda tocaban, y que desde Lisboa volveria por la mar á su patria: díjoles su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondia en castellano Martin Banedre; y ofreciéndoseles de nuevo á su servicio, volvió las riendas hácia Talavera, dejando á todos admirados de sus sucesos y del buen donaire con que los habia contado: aquella noche la pasaron los peregrinos en aquel mismo lugar, y de allí á dos dias en compañía de la antigua peregrina llegaron á la Sagra de Toledo, y á vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas y claro por sus líquidos cristales.

CAPITULO VIII.

De cómo los peregrinos llegaron á la villa de Ocaña, y el agradable suceso que les avino en el camino.

No es la fama del rio Tajo tal que la cierren límites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo, que á todos se extiende y á todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle; y como es uso de los setentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua latina y en los antiguos poetas, éralo asimismo Periandro, como uno de los mas principales de aquella nacion; y así por esto como por haber mostrádose á la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamas alabado, como se debe, poeta Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leido, mirado y admirado, así como vió al claro rio, dijo: No dirémos: *Aquí dió fin á su cantar Salicio*, sino: Aquí dió principio á su cantar Salicio: aquí sobrepujó en sus églogas á sí mismo: aquí resonó su zampoña, á cuyo son se detuvieron las aguas deste rio, no se movieron las hojas de los árboles, y parándose los vientos, dieron lugar á que la admiracion de su canto fuese de lengua en lengua y de gente en gente por todas las de la tierra: ¡Oh venturosas pues cristalinas aguas, doradas arenas: ¿qué digo yo doradas? ántes de puro oro nacidas, recoged á este pobre peregrino, que como desde léjos os adora, os piensa reverenciar desde cerca! y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fué esto lo que dijo: ¡Oh peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos para volver á resucitar su muerta gloria, y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! Salve pues, ó ciudad santa, y da lugar que en tí le tengan estos que venimos á verte.

Esto dijo Periandro, que lo dijera mejor Antonio el

padre, si tambien como él lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen mas cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, á causa que el que lee con atencion, repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada, y con esto excede la leccion á la vista: casi en este mismo instante resonó en sus oídos el son de infinitos y alegres instrumentos que por los valles que la ciudad rodean se extendian, y vieron venir hácia donde ellos estaban escuadrones no armados de infantería, sino montones de doncellas sobre el mismo sol hermosas, vestidas á lo villano, llenas de sartas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenian su lugar y asiento, con mas gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtó de los pechos y se acogió á los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro: venían, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores: campeó aquel dia y en ellas, ántes la palmilla de Cuenca, que el damasco de Milan y el raso de Florencia: finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba á las mas ricas de la corte, porque si en ellas se mostraba la honesta medianía, se descubria asimismo la extremada limpieza; todas eran flores, todas rosas, todas donaire y todas juntas componian un honesto movimiento, aunque de diferentes bailes formado, el cual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos: al rededor de cada escuadron andaban por de fuera de blanquísimo lienzo vestidos y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, ó ya sus parientes, ó ya sus conocidos, ó ya vecinos de sus mismos lugares; uno tocaba el tamboril y la flauta, otro el salterio, este las sonajas y aquel los albogues, y de todos estos sones redundaba uno solo que alegraba con la concordancia, que es el fin de la música; y al pasar uno destos escuadrones ó junta de bailadoras doncellas por delante de los peregrinos, uno que á lo que despues pareció era el alcalde del pueblo, asió á una de aquellas doncellas del brazo, y mirándola muy bien de arriba abajo, con voz alterada y de mal talante le dijo: ¡Ah Tozuelo, Tozuelo, y qué de poca vergüenza os acompaña! ¿bailes son estos para ser profanados? ¿fiestas son estas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? no sé yo cómo consienten los cielos semejantes maldades: si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña, por Dios que nos han de oir los sordos. Apénas acabó de decir esta palabra el alcalde, cuando llegó otro alcalde, y le dijo: Pedro Cobeño, si os oyesen los sordos, sería hacer milagros: contentáos con que nos oigamos á nosotros, y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo, que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo que le podré y sabré castigar: á lo que respondió Cobeño: El delinquimiento ya se ve, pues siendo varon va vestido de hembra, y no de hembra como quiera, sino de doncella de su Majestad en sus fiestas, porque veais, alcalde Tozuelo, sí es mocosa la culpa; témome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querria que el diablo hiciese de las suyas y sin nuestra sabiduría los juntase sin las bendiciones de la Iglesia, que ya sabeis que estos casorios hechos á hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal, y dan de comer á los de la audiencia clerical, que es muy carera.

A esto respondió por Tozuelo una doncella labradora, de muchas que se pararon á oir la plática: Si va á decir la verdad, señores alcaldes, tan marida es Mari Cobeña de Tozuelo y él marido della, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre: ella está en cinta, y no está para danzar ni bailar; cásenlos, y váyase el diablo para malo, y á quien Dios se la dió, S. Pedro se la bendiga. Par Dios, hija, respondió Tozuelo, vos decis muy bien: entrambos son iguales, no es mas cristiano viejo el uno que el otro; las riquezas se pueden medir con una misma vara. Agora bien, replicó Cobeño, llamen aquí á mi hija, que ella lo deslindará todo, que no es nada muda: vino Cobeña, que no estaba léjos, y lo primero que dijo fué: Ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que haya tropezado y caido en estos barrancos: Tozuelo es mi esposo y yo su esposa, y perdónenos Dios á entrambos cuando nuestros padres no quisieren. Eso sí, hija, dijo su padre, la vergüenza por los cerros de Ubeda ántes que en la cara; pero pues esto está ya hecho, bien será que el alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habeis querido dejar atras. Par diez, dijo la doncella primera, que el señor alcalde Cobeño ha hablado como un viejo; dénse estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en uno, como lo manda la santa Iglesia nuestra madre, y vamos con nuestro baile al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerías. Vino Tozuelo con el parecer de la moza, diéronse las manos los donceles, acabóse el pleito, y pasó el baile adelante: que si con esta brevedad se acabáran todos los pleitos, secas y peladas estuvieran las solícitas plumas de los escribanos. Quedaron Periandro, Auristela y los demas peregrinos contentísimos de haber visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las labradoras doncellas, que parecian todas á una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza.

No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque así se lo pidió Antonio el padre, á quien aguijaba el deseo que tenia de ver á su patria y á sus padres, que no estaban léjos, diciendo que para ver las grandezas de aquella ciudad, convenía mas tiempo que el que su priesa les ofrecia: por esta misma razon tampoco quisieron pasar por Madrid, donde á la sazon estaba la corte, temiendo algun estorbo que su camino les impidiese; confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la corte ciertos pequeños que tenian fama de ser hijos de grandes, que aunque pájaros noveles, se abatian al señuelo de cualquier mujer hermosa, de cualquiera calidad que fuese: que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosuras; á lo que añadió Antonio el padre: Desa manera será menester que usemos de la industria que usan las grullas, cuando mudando regiones pasan por el monte Limabo, en el cual las están aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto; pero ellas previniendo este peligro, pasan de noche y llevan una piedra cada una en la boca para que les impida el canto y excusen de ser sentidas; cuanto mas, que la mejor industria que podemos tener es seguir la ribera deste famoso rio, y dejando la ciudad á mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos á Ocaña, y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi patria: viendo la peregrina el disinio del viaje que habia hecho Antonio, dijo que ella queria seguir el suyo, que

le venía mas á cuento: la hermosa Ricla le dió dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos, cortés y agradecida: nuestros peregrinos pasaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la admiracion y la alegría: vieron iguales y extendidas calles, á quien servian de espaldas y arrimos los verdes y infinitos árboles, tan verdes que las hacian parecer de finísimas esmeraldas; vieron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos rios Jarama y Tajo; contemplaron sus sierras de agua, y admiraron el concierto de sus jardines y de la diversidad de sus flores; vieron sus estanques con mas peces que arenas, y sus exquisitos frutales, que por aliviar el peso á los árboles tendian las ramas por el suelo: finalmente, Periandro tuvo por verdadera la fama que deste sitio por todo el mundo se esparcia: desde allí fuéron á la villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres vivian, y se informé de otras cosas que le alegraron, como luego se dirá.

CAPITULO IX.

Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso: Halla Antonio el bárbaro á sus padres: quédanse con ellos él y Ricla su mujer; pero Antonio el mozo y Constanza prosiguen la peregrinacion en compañía de Periandro y Auristela.

Con los aires de su patria se regocijaron los espíritus de Antonio, y con el visitar á nuestra Señora de Esperanza á todos se les alegró el alma: Ricla y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que habian de ver presto, ella á sus suegros y ellos á sus abuelos, de quien ya se habia informado Antonio que vivian, á pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les habia causado; supo asimismo cómo su contrario habia heredado el estado de su padre, y que habia muerto en amistad de su padre de Antonio, á causa que con infinitas pruebas, nacidas de la intricada seta del duelo, se habia averiguado que no fué afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron fuéron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza á las palabras, y las que se dicen con las espadas desnudas no afrentan, puesto que agravian: y así el que quiere tomar venganza dellas no se ha de entender que satisface su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mostrará en este ejemplo. Presupongamos que yo digo una verdad manifiesta: respóndeme un deslumbrado que miento y mentiré todas las veces que lo dijere, y poniendo mano á la espada sustenta aquella desmentida; yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de volver por la verdad que dije, la cual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necesidad de castigar el poco respeto que se me tuvo, de modo que el desmentido desta suerte puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objecion que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie, hasta que se satisfaga; porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio y afrenta: en efecto, digo, que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que pues ellos habian sido amigos, se habria bien mirado su causa: con estas buenas nuevas, con mas sosiego y mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, á quien contó todo aquello que de su negocio sabía, y que un hermano del que pensó ser su enemigo le habia heredado y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el muerto: fué parecer de Antonio que ninguno saliese de su órden, porque pensaba darse á conocer á su padre, no de improviso, sino por algun rodeo que le aumentase el contento de haberle conocido, advirtiendo que tal vez mata una súbita alegría, como suele matar un improviso pesar.

De allí á tres dias llegaron, al crepúsculo de la noche, á su lugar y á la casa de su padre, el cual con su madre, segun despues pareció, estaba sentado á la puerta de la calle, tomando, como dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del verano; llegaron todos juntos, y el primero que habló fué Antonio á su mismo padre: ¿Hay por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos? Segun es cristiana la gente que le habita, respondió su padre, todas las casas dél son hospital de peregrinos, y cuando otra no hubiera, esta mia, segun su capacidad, sirviera por todas; prendas tengo yo por esos mundos adelante, que no sé si andarán agora buscando quien las acoja. ¿Por ventura, señor, replicó Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no vive un apellido de unos hidalgos, que se llaman Villaseñores? dígolo, porque he conocido yo un tal Villaseñor bien léjos desta tierra, que si él estuviera en esta, no nos faltara posada á mí, ni á mis camaradas. ¿Y cómo se llamaba, hijo, dijo su madre, ese Villaseñor que decís? Llamábase Antonio, replicó Antonio, y su padre, segun me acuerdo, me dijo que se llamaba Diego de Villaseñor. ¡Ay, señor, dijo la madre, levantándose de donde estaba, que ese Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia há al pié de diez y seis años que falta desta tierra! comprado le tengo á lágrimas, pesado á suspiros y granjeado con oraciones: plegue á Dios que mis ojos le vean ántes que les cubra la noche de la eterna sombra. Decidme, dijo: ¿há mucho que le vistes, há mucho que le dejastes, tiene salud, piensa volver á su patria, acuérdase de sus padres, á quien podrá venir á ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hicieron desterrar de su tierra? Todas estas razones escuchaba el anciano padre de Antonio, y llamando á grandes voces á sus criados, les mandó encender luces y que metiesen dentro de casa á aquellos honrados peregrinos; y llegándose á su no conocido hijo, le abrazó estrechamente, diciéndole: Por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciesen el aposento, os le diera yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agasajar en ella á todos cuantos peregrinos por aquí pasan; pero agora con las regocijadas nuevas que me habeis dado ensancharé la voluntad, y sobrepujarán los servicios que os hiciere á mis mismas fuerzas.

En esto ya los sirvientes habian encendido luces y guiado los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de un gran patio que tenia, salieron dos hermosas y honestas doncellas, hermanas de Antonio, que habian nacido despues de su ausencia, las cuales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardía de Constanza su sobrina, con el buen parecer de Ricla su cuñada, no se hartaban de besarlas y de bendecirlas; y cuando esperaban que sus padres entrasen dentro de casa con el nuevo huésped, vieron entrar con ellos un confuso monton de gente, que traian en hombros, sobre una silla sentado, un hombre como muerto, que luego supieron ser el Conde que habia heredado al enemigo que solia ser de su hermano:

el alboroto de la gente, la confusion de sus padres, el cuidado de recebir los nuevos huéspedes, las turbó de manera que no sabian á quién acudir ni á quién preguntar la causa de aquel alboroto: los padres de Antonio acudieron al Conde, herido de una bala por las espaldas, que en una revuelta que dos compañías de soldados, que estaban en el pueblo alojadas, habian tenido con los del lugar, le habian pasado por las espaldas el pecho, el cual viéndose herido, mandó á sus criados que le trajesen en casa de Diego de Villaseñor, su amigo, y el traerle fué al tiempo que comenzaba á hospedar á su hijo, á su nuera y á sus dos nietos, y á Periandro y á Auristela, la cual asiendo de las manos á las hermanas de Antonio, les pidió que la quitasen de aquella confusion y la llevasen á algun aposento donde nadie la viese: hiciéronlo ellas así, siempre admirándose de nuevo de la sin par belleza de Auristela: Constanza, á quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria ni podia apartarse de sus tias; que todas eran de una misma edad y casi de una igual hermosura: lo mismo le aconteció al mancebo Antonio, el cual, olvidado de los respetos de la buena crianza y de la obligacion del hospedaje, se atrevió honesto y regocijado á abrazar á una de sus tias, viendo lo cual un criado de casa, le dijo: Par vida del señor peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor desta casa no es hombre de burlas, si no, á fe que se las haga tener quedas á despecho de su desvergonzado atrevimiento. Por Dios, hermano, respondió Antonio, qué es muy poco lo que he hecho para lo que pienso hacer, si el cielo favorece mis deseos, que no son otros que servir á estas señoras y á todos los desta casa. Ya en esto habian acomodado al Conde herido en un rico lecho, y llamado á dos cirujanos que le tomasen la sangre y mirasen la herida, los cuales declararon ser mortal, sin que por via humana tuviese remedio alguno.

Estaba todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en escuadron formado se habian salido al campo, y esperaban, si fuesen acometidos del pueblo, darles la batalla: valia poco para ponerlos en paz la solicitud y la prudencia de los capitanes, ni la diligencia cristiana de los sacerdotes y religiosos del pueblo, el cual por la mayor parte se alborota de livianas ocasiones, y crece, bien así como van creciendo las olas del mar de blando viento movidas, hasta que tomando el regañon el blando soplo del céfiro, le mezcla con su huracan, y las levanta al cielo, el cual dándose priesa á entrar el dia, la prudencia de los capitanes hizo marchar á sus soldados á otra parte, y los del pueblo se quedaron en sus límites, á pesar del rigor y mal ánimo que contra los soldados tenian concebido. En fin, por términos y pausas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco á poco vino Antonio á descubrirse á sus padres, haciéndoles presente de sus nietos y de su nuera, cuya presencia sacó lágrimas de los ojos de los viejos: la belleza de Auristela y gallardía de Periandro les sacó el pasmo al rostro, y la admiracion á todos los sentidos. Este placer tan grande como improviso, esta llegada de sus hijos tan no esperada, se la aguó, turbó y casi deshizo la desgracia del Conde, que por momentos iba empeorando: con todo eso, le hizo presente de sus hijos, y de nuevo le hizo ofrecimiento de su casa y de cuanto en ella habia, que para su salud fuese conveniente, porque aunque quisiera moverse y llevarle á la de su estado, no fuera posible: tales eran las pocas esperanzas que tenian de su salud; no se quitaban de la cabecera del Conde, obligadas de su natural condicion, Auristela y Constanza, que con la compasion cristiana y solicitud posible eran sus enfermeras, puesto que iban contra el parecer de los cirujanos, que ordenaban le dejasen solo, ó á lo ménos no acompañado de mujeres; pero la disposicion del cielo, que con causas á nosotros secretas ordena y dispone las cosas de la tierra, ordenó y quiso que el Conde llegase al último de su vida; y un dia, ántes que della se despidiese, cierto ya de que no podia vivir, llamó á Diego de Villaseñor, y quedándose con él solo, le dijo desta manera: Yo salí de mi casa con intencion de ir á Roma este año, en el cual el sumo Pontífice ha abierto las arcas del tesoro de la Iglesia, y comunicándonos como en año santo, las infinitas gracias que en él suelen ganarse; iba á la ligera, mas como peregrino pobre, que como caballero rico: en este pueblo hallé trabada una pendencia, como ya, señor, habeis visto, entre los soldados que en él estaban alojados y entre los vecinos dél: mezcléme en ella, y por reparar las ajenas vidas, he venido á perder la mia, porque esta herida que á traicion, si así se puede decir, me dieron, me la va quitando por momentos: no sé quién me la dió, porque las pendencias del vulgo traen consigo á la misma confusion: no me pesa de mi muerte, sino es por las que ha de costar, si por justicia ó por venganza quisiere castigarse: con todo esto, por hacer lo que en mí es, y todo aquello que de mi parte puedo, como caballero y cristiano, digo que perdono á mi matador y á todos aquellos que con él tuvieron culpa, y es mi voluntad asimismo, de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me habeis hecho; y la muestra que he de dar deste agradecimiento no será así como quiera, sino con el mas alto extremo que pueda imaginarse; en esos dos baules que ahí están, donde llevaban recogida mi recámara, creo que van hasta veinte mil ducados en oro y en joyas, que no ocupan mucho lugar, y si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierran las entrañas de Potosí, hiciera della lo mismo que desta hacer quiero: tomadla, señor, en vida, ó haced que la tome la señora D.ª Constanza vuestra nieta, que yo se la doy en árras y para su dote, y mas que la pienso dar esposo de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradísima, juntamente con quedar doncella honrada: llamadla aquí, y traed quien me despose con ella, que su valor, su cristiandad, su hermosura, merecian hacerla señora del universo: no os admire, señor, lo que oís; creed lo que os digo, que no será novedad disparatada casarse un título con una doncella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer á una mujer famosa. Esto quiere el cielo, á esto me inclina mi voluntad; por lo que debeis al ser discreto, que no lo estorbe la vuestra; id luego, y sin replicar palabra, traed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, así de la entrega destas joyas y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no haya calumnia que la deshaga.

Pasmóse á estas razones Villaseñor, y creyó sin duda alguna que el Conde habia perdido el juicio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte ó se dicen grandes sentencias, ó se hacen grandes disparates; y así lo que le respondió fué: Señor, yo espero en Dios que tendréis salud, y entónces

con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podréis ver las riquezas que dais y la mujer que escogeis: mi nieta no es vuestra igual, ó á lo ménos no está en potencia propincua, sino muy remota, de merecer ser vuestra esposa, y yo no soy tan codicioso, que quiera comprar esta honra que quereis hacerme, con lo que dirá el vulgo, casi siempre mal intencionado, del cual ya me parece que dice, que os tuve en mi casa, que os trastorné el sentido, y que por via de la solicitud codiciosa os hice hacer esto. Diga lo que quisiere, dijo el Conde, que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedará engañado en lo que de vos pensare. Alto pues, dijo Villaseñor, no quiero ser tan ignorante, que no quiera abrir á la buena suerte, que está llamando á las puertas de mi casa; y con esto se salió del aposento, y comunicó lo que el Conde le habia dicho con su mujer, con sus nietos y con Periandro y Auristela, los cuales fuéron de parecer que sin perder punto, asiesen á la ocasion por los cabellos que les ofrecia, y trajesen quien llevase al cabo aquel negocio: hízose así, y en ménos de dos horas ya estaba Constanza desposada con el Conde, y los dineros y joyas en su posesion, con todas las circunstancias y revalidaciones que fuéron posible hacerse: no hubo músicas en el desposorio, sino llantos y gemidos, porque la vida del Conde se iba acabando por momentos: finalmente, otro dia despues del desposorio, recebidos todos los sacramentos, murió el Conde en los brazos de su esposa la condesa Constanza, la cual cubriéndose la cabeza con un velo negro, hincada de rodillas y levantando los ojos al cielo, comenzó á decir: Yo hago voto... pero apénas dijo esta palabra, cuando Auristela le dijo: ¿Qué voto quereis hacer, señora? De ser monja, respondió la Condesa. Sedlo, y no lo hagais, replicó Auristela, que las obras de servir á Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueven accidentes, y este de la muerte de vuestro esposo quizá os hará prometer lo que despues, ó no podréis, ó no querréis cumplir; dejad en las manos de Dios y en las vuestras vuestra voluntad, que así vuestra discrecion, como la de vuestros padres y hermanos os sabrá aconsejar y encaminar en lo que mejor os estuviere, y dése agora órden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que quien os hizo condesa tan sin pensarlo, os sabrá y querrá dar otro título que os honre y os engrandezca con mas duracion que el presente.

Rindióse á este parecer la Condesa, y dando trazas al entierro del Conde, llegó un su hermano menor, á quien ya habian ido las nuevas á Salamanca, donde estudiaba: lloró la muerte de su hermano, pero enjugóle presto las lágrimas el gusto de la herencia del estado; supo el hecho, abrazó á su cuñada, no contradijo á ninguna cosa, depositó á su hermano para llevarle despues á su lugar, partióse á la corte para pedir justicia contra los matadores, anduvo el pleito, degollaron á los capitanes y castigaron muchos de los del pueblo; quedóse Constanza con las árras y el título de condesa; apercebióse Periandro para seguir su viaje, á quien no quisieron acompañar Antonio el padre ni Ricla su mujer, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron á Antonio el hijo, ni á la nueva Condesa, que no fué posible dejar la compañía de Auristela ni de Periandro. A todo esto nunca habia mostrado á su abuelo el lienzo donde venia pintada su historia; enseñóselo un dia Antonio, y dijo que faltaba allí de pintar los pasos por donde Auristela habia venido á la isla bárbara, cuando se vieron ella y Periandro en los trocados trajes, ella en el de varon, y él en el de hembra: metamorfósis bien extraño; á lo que Auristela dijo, que en pocas razones lo diria, que fué, que cuando la robaron los piratas de las riberas de Dinamarca á ella, Cloelia y á las dos pescadoras, vinieron á una isla despoblada á repartir la presa entre ellos, y no pudiéndose hacer el repartimiento con igualdad, uno de los mas principales se contentó con que por su parte le diesen mi persona, y aun añadió dádivas para igualar la demasía; entré en su poder, sola, sin tener quien en mi desventura me acompañase; que de las miserias suele ser alivio la compañía; este me vistió en los hábitos de varon, temeroso que en los de mujer no me solicitase el viento; muchos dias anduve con él peregrinando por diversas partes, y sirviéndole en todo aquello que á mi honestidad no ofendia: finalmente, un dia llegamos á la isla bárbara, donde de improviso fuimos presos de los bárbaros, y él quedó muerto en la refriega de mi prision, y yo fuí traida á la cueva de los prisioneros, donde hallé á mi amada Cloelia, que por otros no ménos desventurados pasos allí habia sido traida, la cual me contó la condicion de los bárbaros, la vana supersticion que guardaban, y el asunto ridículo y falso de su profecía: díjome asimismo, que tenia barruntos de que mi hermano Periandro habia estado en aquella sima, á quien no habia podido hablar por la priesa que los bárbaros se daban á sacarle para ponerle en el sacrificio, y que habia querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaba en hábitos de hombre; y que así, rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estorbaban, salió con su intento, y se entregó de toda su voluntad para ser sacrificada de los bárbaros, persuadiéndose ser bien de una vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traerla á peligro de perderla por momentos; y que no tenia mas que decir, pues sabian lo que desde aquel punto le habia sucedido.

Bien quisiera el anciano Villaseñor, que todo esto se añadiera al lienzo; pero todos fuéron de parecer que no solamente no se añadiese, sino que aun lo pintado se borrase, porque tan grandes y tan no vistas cosas no eran para andar en lienzos débiles, sino en láminas de bronce escritas y en las memorias de las gentes grabadas. Con todo eso, quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos y la sin igual hermosura y gallardía de Auristela y Periandro. Algunos dias se pasaron poniendo en órden su partida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promesa. Quedóse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni ménos la nueva Condesa, que, como queda dicho, la aficion que á Auristela tenia la llevara no solamente á Roma, sino al otro mundo, si para allá se pudiera hacer viaje en compañía: llegóse el dia de la partida, donde hubo tiernas lágrimas y apretados abrazos y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que en ver partir á sus hijos se le partia el alma: echóles su bendicion su abuelo á todos, que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerogativa de mejorar los sucesos: llevaron consigo á uno de los criados de casa, para que los sirviese en el camino, y puestos en él, dejaron soledades en su casa y padres, y en compañía entre alegre y triste, siguieron su viaje.

CAPITULO X.

De lo que pasó con unos cautivos que encontraron.

Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diversos acontecimientos, y como la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean: bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniéndonos en duda dónde será bien anudarle, porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrian pasar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia: acciones hay que por grandes deben de callarse, y otras que por bajas no deben decirse, puesto que es excelencia de la historia, que cualquiera cosa que en ella se escribe puede pasar al sabor de la verdad que trae consigo, lo que no tiene la fábula, á quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verisimilitud, que á despecho y pesar de la mentira, que hace disonancia en el entendimiento, forme una verdadera armonía. Aprovechándome pues desta verdad, digo, que el hermoso escuadron de los peregrinos, prosiguiendo su viaje, llegó á un lugar no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza dél, por quien forzosamente habian de pasar, vieron mucha gente junta, todos atentos mirando y escuchando á dos mancebos, que en traje de recien rescatados de cautivos estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenian tendido en el suelo: parecia que se habian descargado de dos pesadas cadenas que tenian junto á sí, insignias y relatoras de su pesada desventura; y uno dellos, que debia de ser de hasta veinticuatro años, con voz clara y en todo extremo experta lengua, crujiendo de cuando en cuando un corbacho, ó por mejor decir, azote, que en la mano tenia, le sacudia de manera que penetraba los oidos y ponia los estallidos en el cielo; bien así como hace el cochero que castigando ó amenazando sus caballos, hace resonar su látigo por los aires. Entre los que la larga plática escuchaban, estaban los dos alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el uno como el otro: por donde comenzó su arenga el libre cautivo, fué diciendo: Esta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Arjel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de cosarios, y amparo y refugio de ladrones, que deste pequeñuelo puerto que aquí va pintado salen con sus bajeles á inquietar el mundo, pues se atreven á pasar el *plus ultra* de las colunas de Hércules, y á acometer y robar las apartadas islas, que por estar rodeadas del inmenso mar Océano pensaban estar seguras, á lo ménos de los bajeles turquescos: este bajel que aquí veis reducido á pequeño, porque lo pide así la pintura, es una galeota de veinte y dos bancos, cuyo dueño y capitan es el turco que en la crujía va en pié, con un brazo en la mano, que cortó á aquel cristiano que allí veis, para que les sirva de rebenque ó azote á los demas cristianos que van amarrados á sus bancos, temeroso no le alcancen estas cuatro galeras que aquí veis, que le van entrando y dando caza: aquel cautivo primero del primer banco, cuyo rostro le desfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, soy yo, que servia de espalder en esta galeota, y el otro que está junto á mí, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fué ménos apaleado: escuchad, señores, y estad atentos, quizá la aprension deste lastimero cuento os llevará á los oidos las amenazadoras y vituperosas voces que ha dado este perro de Dragut, que así se llamaba el arraez de la galeota, cosario tan famoso como cruel y tan cruel como Falaris, ó Busíris, tirano de Sicilia; á lo ménos á mí me suena agora el rospin, el manahora, y el de nimaniyoz, que con coraje endiablado va diciendo, que todas estas son palabras y razones turquescas, encaminadas á la deshonra y vituperio de los cautivos cristianos, llamándolos de judíos, hombres de poco valor, de fe negra y de pensamientos viles, y para mayor horror y espanto, con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos.

Parece ser que uno de los dos alcaldes habia estado cautivo en Arjel mucho tiempo, el cual con baja voz dijo á su compañero: Este cautivo hasta agora parece que va diciendo verdad, y que en lo general no es cautivo falso; pero yo le examinaré en lo particular, y verémos cómo da la cuerda: porque quiero que sepais que yo iba dentro desta galeota, y no me acuerdo de haberle conocido por espalder della, sino fué á un Alonso Moclin, natural de Velez-Málaga; y volviéndose al cautivo, le dijo: Decidme, amigo, ¿cúyas eran las galeras que os daban caza, y si conseguisteis por ellas la libertad deseada? Las galeras, respondió el cautivo, eran de D. Sancho de Leiva: la libertad no la conseguimos, porque no nos alcanzaron: tuvímosla despues, porque nos alzamos con una galeota, que desde Sarjel iba á Arjel cargada de trigo; venimos á Oran con ella, y desde allí á Málaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intencion de servir á su Majestad, que Dios guarde, en el ejercicio de la guerra. Decidme, amigos, replicó el Alcalde, ¿cautivastes juntos, lleváronos á Arjel del primer boleo, ó á otra parte de Berbería? No cautivamos juntos, respondió el otro cautivo, porque yo cautivé junto á Alicante, en un navío de lanas que pasaba á Jénova, mi compañero en los percheles de Málaga, adonde era pescador; conocímonos en Tetuan dentro de una mazmorra: hemos sido amigos y corrido una misma fortuna mucho tiempo; y para diez ó doce cuartos que apénas nos han ofrecido de limosna sobre el lienzo, mucho nos aprieta el señor Alcalde. No mucho, señor galan, replicó el Alcalde, que aun no están dadas todas las vueltas de la mancuerda; escúcheme y dígame: ¿cuántas puertas tiene Arjel, y cuántas fuentes y cuántos pozos de agua dulce? La pregunta es boba, respondió el primer cautivo: tantas puertas tiene como tiene casas, y tantas fuentes que yo no las sé, y tantos pozos que no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado me han quitado la memoria de mí mismo, y si el señor Alcalde quiere ir contra la caridad cristiana, recogerémos los cuartos y alzarémos la tienda, y adios albo, que tan buen pan hacen aquí como en Francia. Entónces el Alcalde llamó á un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servía de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo cuando se ofrecia, y díjole: Gil Berrueco, id á la plaza, y traedme aquí luego los primeros dos asnos que topáredes, que por vida del rey nuestro señor, que han de pasear las calles en ellos estos dos señores cautivos, que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contándonos mentiras y embelecos, estando sanos como una manzana y con mas fuerzas para tomar una azada en la mano que no un cor-

bacho para dar estallidos en seco: yo he estado en Arjel cinco años esclavo, y sé que no me dais señas dél en ninguna cosa de cuantas habeis dicho. Cuerpo del mundo, respondió el cautivo, es posible que ha de querer el señor Alcalde que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dinero, y que por una niñería que no importa tres ardites quiera quitar la honra á dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar á su Majestad dos valientes soldados, que íbamos á esas Italias y á esos Flándes, á romper, á destrozar, á herir y á matar los enemigos de la santa fe católica que topáramos; porque si va á decir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor Alcalde que nosotros no somos cautivos, sino estudiantes de Salamanca, y en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios nos vino gana de ver mundo y de saber á qué sabia la vida de la guerra, como sabíamos el gusto de la vida de la paz: para facilitar y poner en obra este deseo, acertaron á pasar por allí unos cautivos, que tambien lo debian de ser falsos, como nosotros agora; les compramos este lienzo, y nos informamos de algunas cosas de las de Arjel, que nos pareció ser bastantes y necesarias para acreditar nuestro embeleco: vendimos nuestros libros y nuestras alhajas á menosprecio, y cargados con esta mercadería hemos llegado hasta aquí; pensamos pasar adelante, si es que el señor Alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hacer es, replicó el Alcalde, daros á cada uno cien azotes, y en lugar de la pica que vais á arrastrar en Flándes, poneros un remo en las manos que le cimbreis en el agua en las galeras, con quien quizá haréis mas servicio á su Majestad que con la pica. Querráse, replicó el mozo hablador, mostrar agora el señor Alcalde ser un legislador de Aténas, y que la riguridad de su oficio llegue á los oídos de los señores del consejo, donde acreditándole con ellos, le tengan por severo y justiciero, y le cometan negocios de importancia, donde muestre su severidad y su justicia: pues sepa el señor Alcalde que *summum jus summa injuria*. Mirad cómo hablais, hermano, replicó el segundo Alcalde, que aquí no hay justicia con lujuria; que todos los alcaldes deste lugar han sido, son y serán limpios y castos como el pelo de la masa, y hablad ménos, que os será sano.

Volvió en esto el pregonero, y dijo: Señor Alcalde, yo no he topado en la plaza asnos ningunos, sino á los dos regidores Berrueco y Crespo, que andan en ella paseándose. Por asnos os envié yo, majadero, que no por regidores; pero volved y traedlos acá por sí ó por no, que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos, que gracias sean dadas al cielo, hartos hay en este lugar. No le tendrá vuestra merced, señor Alcalde, en el cielo, replicó el mozo, si pasa adelante con esa riguridad: por quien Dios es, que vuesa merced considere que no hemos robado tanto, que podemos dar á censo, ni fundar ningun mayorazgo; apénas granjeamos el mísero sustento con nuestra industria, que no deja de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros; nuestros padres no nos enseñaron oficio alguno, y así nos es forzoso que remitamos á la industria lo que habiamos de remitir á las manos, si tuviéramos oficio: castíguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la república, los ociosos y baldíos en ella, que no sirven de otra cosa que de acrecentar el número de los perdidos, y dejen á los míseros que van su camino derecho á servir á su Majestad con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios, porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra: ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo; porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece. Admirado estaba Periandro y todos los mas de los circunstantes, así de las razones del mozo, como de la velocidad con que hablaba, el cual prosiguiendo, dijo: Espúlguenos el señor Alcalde, mírenos y remírenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder hallare seis reales, no solo nos mánde dar ciento, sino seis cuentos de azotes; veamos pues si la adquisicion de tan pequeña cantidad de intereses merece ser castigada con afrentas y martirizada con galeras; y así otra vez digo que el señor Alcalde se remire en esto, no se arroje y precipite apasionadamente á hacer lo que despues de hecho quizá le causará pesadumbre; los jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos; los prudentes y los piadosos mezclan la equidad con la justicia, y entre el rigor y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Por Dios, dijo el segundo Alcalde, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho, y que no solamente no tengo de consentir que los azoten, sino que los tengo de llevar á mi casa y ayudarles para su camino, con condicion que le lleven derecho, sin andar surcando la tierra de una en otras partes, porque si así lo hiciesen, mas parecerian viciosos que necesitados.

Ya el primer Alcalde, manso y piadoso, blando y compasivo, dijo: No quiero que vayan á vuestra casa, sino á la mia, donde les quiero dar una licion de las cosas de Arjel, tal que de aquí adelante ninguno les coja en mal latin, en cuanto á su fingida historia: los cautivos se lo agradecieron, los circunstantes alabaron su honrada determinacion, y los peregrinos recebieron contento del buen despacho del negocio. Volvióse el primer Alcalde á Periandro, y dijo: ¿Vosotros, señores peregrinos, traeis algun lienzo que enseñarnos? ¿Traeis otra historia que hacernos creer por verdadera, aunque la haya compuesto la misma mentira? No respondió nada Periandro, porque vió que Antonio sacaba del seno las patentes, licencias y despachos que llevaban para seguir su viaje, el cual los puso en manos del Alcalde, diciéndole: Por estos papeles podrá ver vuesa merced quién somos y adónde vamos, los cuales no era menester presentallos, porque ni pedimos limosna, ni tenemos necesidad de pedilla; y así como á caminantes libres nos podian dejar pasar libremente. Tomó el Alcalde los papeles, y porque no sabía leer se los dió á su compañero, que tampoco lo sabía, y así pararon en manos del escribano, que pasando los ojos por ellos brevemente, se los volvió á Antonio, diciendo: Aquí, señores Alcaldes, tanto valor hay en la bondad destos peregrinos, como hay grandeza en su hermosura; si aquí quisieren hacer noche, mi casa les servirá de meson y mi voluntad de alcázar donde se recojan: volvióle las gracias Periandro, quedáronse allí aquella noche por ser algo tarde, donde fuéron agasaja-

dos en casa del escribano con amor, con abundancia y con limpieza.

CAPITULO XI.

Donde se cuenta lo que les pasó en un lugar poblado de moriscos.

Llegóse el dia, y con él los agradecimientos del hospedaje, y puestos en camino, al salir del lugar toparon con los cautivos falsos, que dijeron que iban industriados del Alcalde, de modo que de allí adelante no les podian coger en mentira acerca de las cosas de Arjel: que tal vez, dijo el uno, digo, el que hablaba mas que el otro; tal vez, dijo, se hurta con autoridad y aprobacion de la justicia: quiero decir, que alguna vez los malos ministros della se hacen á una con los delincuentes, para que todos coman: llegaron todos juntos donde un camino se dividia en dos, los cautivos tomaron el de Cartagena, y los peregrinos el de Valencia, los cuales otro dia al salir de la aurora, que por los balcones del oriente se asomaba, barriendo el cielo de las estrellas y aderezando el camino por donde el sol habia de hacer su acostumbrada carrera; Bartolomé, que así creo se llamaba el guiador del bagaje, viendo salir el sol tan alegre y regocijado, bordando las nubes de los cielos con diversas colores, de manera que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre y mas hermosa á la vista, con rústica discrecion, dijo: Verdad debió de decir el predicador que predicaba los dias pasados en nuestro pueblo, cuando dijo, que los cielos y la tierra anunciaban y declaraban las grandezas del Señor: par diez, que si yo no conociera á Dios por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar, le viniera á rastrear y conocer, viendo la inmensa grandeza destos cielos, que me dicen que son muchos, ó á lo ménos que llegan á once, y por la grandeza deste sol que nos alumbra, que con no parecer mayor que una rodela, es muchas veces mayor que toda la tierra; y mas que con ser tan grande, afirman que es tan lijero, que camina en veinte y cuatro horas mas de trescientas mil leguas: la verdad que sea, yo no creo nada desto; pero dicenlo tantos hombres de bien, que aunque hago fuerza al entendimiento, lo creo; pero de lo que mas me admiro es, que debajo de nosotros hay otras gentes, á quien llaman *antípodas*, sobre cuyas cabezas los que andamos acá arriba traemos puestos los piés, cosa que me parece imposible; que para tan gran carga como la nuestra fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce: rióse Periandro de la rústica astrología del mozo, y díjole: Buscar querria razones acomodadas, ó Bartolomé, para darte á entender el error en que estás y la verdadera postura del mundo, para lo cual era menester tomar muy de atras sus principios; pero acomodándome con tu ingenio, habré de coartar el mio y decirte sola una cosa, y es, que quiero que entiendas por verdad infalible que la tierra es centro del cielo: llamo centro un punto indivisible á quien todas las líneas de su circunferencia van á parar: tampoco me parece que has de entender esto; y así dejando estos términos, quiero que te contentes con saber que toda la tierra tiene por alto el cielo, y en cualquier parte della donde los hombres estén, han de estar cubiertos con el cielo; así que, como á nosotros el cielo que ves nos cubre, asimismo cubre á los *antípodas*, que dicen, sin estorbo alguno y como naturalmente lo ordenó la naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra. No se descontentó el mozo de oir las razones de Periandro, que tambien dieron gusto á Auristela, á la Condesa y á su hermano.

Con estas y otras cosas iba enseñando y entreteniendo el camino Periandro, cuando á sus espaldas llegó un carro acompañado de seis arcabuceros á pié; y uno que venia á caballo con una escopeta pendiente del arzon delantero, llegándose á Periandro, dijo: Si por ventura, señores peregrinos, llevais en ese repuesto alguna conserva de regalo, que yo creo que sí debeis de llevar, porque vuestra gallarda presencia, mas de caballeros ricos que de pobres peregrinos, os señala; si la llevais, dádmela, para socorrer con ella á un desmayado muchacho que va en aquel carro, condenado á galeras por dos años con otros doce soldados, que por haberse hallado en la muerte de un conde los dias pasados, van condenados al remo, y sus capitanes por mas culpados, creo que están sentenciados á degollar en la corte. No pudo tener á esta razon las lágrimas la hermosa Constanza, porque en ella se le representó la muerte de su breve esposo; pero pudiendo mas su cristiandad que el deseo de su venganza, acudió al bagaje, y sacó una caja de conserva, y acudiendo al carro, preguntó: ¿Quién es aquí el desmayado? á lo que respondió uno de los soldados: Allí va echado en aquel rincon, untado el rostro con el sebo del timon del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte, cuando él se muera, que será bien presto, segun está pertinaz en no querer comer bocado. A estas razones alzó el rostro el untado mozo, y alzándose de la frente un roto sombrero que toda se la cubria, se mostró feo y sucio á los ojos de Constanza, y alargando la mano para tomar la caja, la tomó diciendo: Dios os lo pague, señora; volvió á encajar el sombrero, y volvió á su melancolía y á arrinconarse en el rincon donde esperaba la muerte. Otras algunas razones pasaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos.

De allí algunos dias llegó nuestro hermoso escuadron á un lugar de moriscos que estaba puesto como una legua de la marina en el reino de Valencia; hallaron en él, no meson en que albergarse, sino todas las casas del lugar, con agradable hospicio los convidaban; viendo lo cual Antonio, dijo: Yo no sé quién dice mal desta gente, que todos me parecen unos santos. Con palmas, dijo Periandro, recebieron al Señor en Jerusalen los mismos que de allí á pocos dias le pusieron en una cruz; agora bien, á Dios y á la ventura, como decirse suele, aceptemos el convite que nos hace este buen viejo que con su casa nos convida; y era así verdad, que un anciano morisco, casi por fuerza, asiéndolos por las esclavinas, los metió en su casa, y dió muestras de agasajarlos, no morisca, sino cristianamente: salió á servirlos una hija suya, vestida en traje morisco, y en él tan hermosa, que las mas gallardas cristianas tuvieran á ventura el parecerla; que en las gracias que naturaleza reparte, tan bien suele favorecer á las bárbaras de Citia, como á las ciudadanas de Toledo: esta pues hermosa y mora, en lengua aljamiada, asiendo á Constanza y á Auristela de las manos, se encerró con ellas en una sala baja, y estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente miró á todas partes, temerosa de ser escuchada, y despues que hubo asegurado el miedo que mostraba, las dijo: ¡Ay, señoras, y cómo habeis venido como mansas y sim-

bles ovejas al matadero! Veis este viejo, que con vergüenza digo que es mi padre, veisle tan agasajador vuestro; pues sabed que no pretende otra cosa sino ser vuestro verdugo; esta noche se han de llevar en peso, si así se puede decir, diez y seis bajeles de cosarios berberiscos á toda la gente deste lugar con todas sus haciendas, sin dejar en él cosa que les mueva á volver á buscarlas: piensan estos desventurados que en Berbería está el gusto de sus cuerpos y la salvacion de sus almas, sin advertir que de muchos pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas sino de arrepentimiento, el cual les viene juntamente con las quejas de su daño: los moros de Berbería pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las cuales corren los moriscos desta, y dan en los lazos de su desventura; si quereis estorbar la vuestra y conservar la libertad en que vuestros padres os engendraron, salid luego desta casa, y acogéos á la iglesia, que en ella hallaréis quien os ampare, que es el cura, que solo él y el escribano son en este lugar cristianos viejos: hallaréis tambien allí al jadraque Jarife, que es un tio mio, moro solo en el nombre, y en las obras cristiano; contadles lo que pasa, y decid que os lo dijo Rafala, que con esto seréis creidos y amparados; y no lo echeis en burla, si no quereis que las véras os desengañen á vuestra costa: que no hay mayor engaño, que venir el desengaño tarde.

El susto, las acciones con que Rafala esto decia, se asentó en las almas de Auristela y de Constanza, de manera que fué creida y no le respondieron otra cosa que fuese mas que agradecimientos. Llamaron luego á Periandro y á Antonio, y contándoles lo que pasaba, sin tomar ocasion aparente se salieron de la casa con todo lo que tenian. A Bartolomé, que quisiera mas descansar que mudar de posada, pesóle de la mudanza, pero en efecto obedeció á sus señores; llegaron á la iglesia, donde fuéron recebidos del cura y del jadraque, á quien contaron lo que Rafala les habia dicho. El cura dijo: Muchos dias há, señores, que nos dan sobresalto con la venida desos bajeles de Berbería, y aunque es costumbre suya hacer estas entradas, la tardanza desta me tenia ya algo descuidado: entrad, hijos, que buena torre tenemos y buenas y ferradas puertas la iglesia, que si no es muy de propósito no pueden ser derribadas ni abrasadas. ¡Ay, dijo á esta sazon el jadraque, si han de ver mis ojos, ántes que se cierren, libre esta tierra destas espinas y malezas que la oprimen! ¡Ay, cuándo llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mio, famoso en el astrología, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religion cristiana, que ella sola es el rincon del mundo donde está recogida y venerada la verdadera verdad de Cristo! Morisco soy, señores, y ojalá que negarlo pudiera; pero no por esto dejo de ser cristiano, que las divinas gracias las da Dios á quien él es servido, el cual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeis, de hacer salir su sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los injustos. Digo pues, que este mi abuelo dejó dicho que cerca destos tiempos reinaria en España un rey de la casa de Austria, en cuyo ánimo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los moriscos della, bien así como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo las entrañas, ó bien así como quien aparta la neguilla del trigo, ó escarda ó arranca la mala yerba de los sembrados: ven ya, ó venturoso mozo y rey prudente, y pon en ejecucion el gallardo decreto deste destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien desterrar la que en efecto está en ella bautizada; que aunque estos sean temores de consideracion, el efecto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la experiencia dentro de poco tiempo, que con los nuevos cristianos viejos que esta tierra se poblare, se volverá á fertilizar, y á poner en mucho mejor punto que agora tienen: tendrán sus señores, si no tantos y tan humildes vasallos, serán los que tuvieren católicos, con cuyo amparo estarán estos caminos seguros, y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleven. Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortaleciéronlas con los bancos de los asientos, subiéronse á la torre, alzaron una escalera levadiza, llevóse el cura consigo el Santísimo Sacramento en su relicario, proveyéronse de piedras, armaron dos escopetas, dejó el bagaje mondo y desnudo á la puerta de la iglesia Bartolomé el mozo, y encerróse con sus amos, y todos con ojo alerta y manos listas y con ánimos determinados estuvieron esperando el asalto, de quien avisados estaban por la hija del morisco.

Pasó la media noche, que la midió por las estrellas el cura: tendia los ojos por todo el mar que desde allí se parecia, y no habia nube que con la luz de la luna se pareciese, que no pensase sino que fuesen los bajeles turquescos, y aguijando á las campanas, comenzó á repicallas tan apriesa y tan recio, que todos aquellos valles y todas aquellas riberas retumbaban, á cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron y las corrieron todas, pero no aprovechó su diligencia para que los bajeles no llegasen á la ribera y echasen la gente en tierra. La del lugar que los esperaba salió cargada con sus mas ricas y mejores alhajas, adonde fuéron recebidos de los turcos con grande grita y algazara, al son de muchas dulzainas y de otros instrumentos, que puesto que eran bélicos, eran regocijados; pegaron fuego al lugar, y asimismo á las puertas de la iglesia, no por esperar entrarla, sino por hacer el mal que pudiesen; dejaron á Bartolomé á pié, porque le dejarretaron el bagaje, derribaron una cruz de piedra que estaba á la salida del pueblo, y llamando á grandes voces el nombre de Mahoma, se entregaron á los turcos, ladrones pacíficos y deshonestos públicos; desde la lengua del agua, como dicen, comenzaron á sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza, y la deshonra en que ponian á sus mujeres y á sus hijos; muchas veces, y quizá algunas no en vano, dispararon Antonio y Periandro las escopetas, muchas piedras arrojó Bartolomé, y todas á la parte donde habia dejado el bagaje, y muchas flechas el jadraque, pero muchas mas lágrimas echaron Auristela y Constanza pidiendo á Dios, que presente tenian, que de tan manifiesto peligro los librase, y ansimismo que no ofendiese el fuego á su templo, el cual no ardió, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fué poco el fuego que se les aplicó. Poco faltaba para llegar el dia, cuando los bajeles cargados con la presa se hicieron al mar, alzando regocijados lilíes y tocando infinitos atabales y dulzainas; y en esto vieron venir dos personas corriendo hácia la iglesia, la una de la parte de la marina, y la otra de la de la tierra, que llegando cerca conoció el jadraque que la una era su sobrina Ra-

fala, que con una cruz de caña en las manos, venia diciendo á voces: Cristiana, cristiana, y libre, y libre por la gracia y misericordia de Dios. La otra conocieron ser el escribano, que acaso aquella noche estaba fuera del lugar, y al son del arma de las campanas venia á ver el suceso, que lloró, no por la pérdida de sus hijos y de su mujer, que allí no los tenia, sino por la de su casa, que halló robada y abrasada. Dejaron entrar el dia y que los bajeles se alargasen y que los atajadores tuviesen lugar de asegurar la costa, y entónces bajaron de la torre y abrieron la iglesia, donde entró Rafala bañada con alegres lágrimas el rostro; y acrecentando con su sobresalto su hermosura, hizo oracion á las imágenes, y luego se abrazó con su tio, besando primero las manos al cura: el escribano ni adoró, ni besó las manos á nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda. Pasó el sobresalto, volvieron los espíritus de los retraidos á su lugar, y el jadraque, cobrando aliento nuevo, volviendo á pensar en la profecía de su abuelo, casi como lleno de celestial espíritu, dijo: Ea, mancebo generoso, ea, rey invencible, atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes y déjanos á España tersa, limpia y desembarazada desta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba: ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso desta Monarquía, ayuda y facilita con tus consejos á esta necesaria trasmigracion; llénense estos mares de tus galeras cargadas del inútil peso de la generacion agarena, vayan arrojadas á las contrarias riberas las zarzas, las malezas y las otras yerbas que estorban el crecimiento de la fertilidad y abundancia cristiana; que si los pocos hebreos que pasaron á Egipto multiplicaron tanto, que en su salida se contaron mas de seiscientas mil familias, ¿qué se podrá temer destos, que son mas y viven mas holgadamente, no las esquilman las religiones, no las entresacan las Indias, no las quintan las guerras, todos se casan, todos ó los mas engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicacion y aumento ha de ser innumerable? Ea pues, vuelvo á decir, vayan, vayan, señor, y deja la taza de tu reino resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo. Dos dias estuvieron en aquel lugar los peregrinos, volviendo á enterarse en lo que les faltaba, y Bartolomé se acomodó de bagaje: los peregrinos agradecieron al cura su buen acogimiento, y alabaron los buenos pensamientos del jadraque, y abrazando á Rafala, se despidieron de todos, y siguieron su camino.

CAPITULO XII.

En que se refiere un extraordinario suceso.

En el cual se fuéron entreteniendo en contar el pasado peligro, el buen ánimo del jadraque, la valentía del cura, el celo de Rafala, de la cual se les olvidó de saber cómo se habia escapado del poder de los turcos que asaltaron la tierra, aunque bien consideraron que con el alboroto ella se habria escondido en parte que tuviese lugar despues, de volver á cumplir su deseo, que era de vivir y morir cristiana. Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar por excusar las ocasiones del detenerse; pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no solo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable: determinaron de alargar sus jornadas aunque fuese á costa de su cansancio, por llegar á Barcelona, adonde tenian noticia habian de tocar unas galeras, en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Jénova. Y al salir de Villareal, hermosa y amenísima villa, de traves, de entre una espesura de árboles les salió al encuentro una zagala ó pastora valenciana, vestida á lo del campo, limpia como el sol y hermosa como él y como la luna, la cual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dijo: ¿Señores, pedírlos he, ó daros he? A lo que respondió Periandro: Hermosa zagala, si son celos, ni los pidas ni los des; porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu crédito; y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor, te estimará y querrá bien, y si no le tiene, ¿para qué quieres que te quiera? Bien has dicho, respondió la villana; y diciendo adios, volvió las espaldas, y se entró en la espesura de los árboles, dejándolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia que merezcan escritura, si no fué el ver desde léjos las santísimas montañas de Monserrate, que adoraron con devocion cristiana, sin querer subir á ellas, por no detenerse. Llegaron á Barcelona á tiempo cuando llegaban á su playa cuatro galeras españolas, que disparando y haciendo salva á la ciudad con gruesa artillería, arrojaron cuatro esquifes al agua, el uno dellos adornado con ricas alcatifas de Levante y cojines de carmesí, en el cual venía, como despues pareció, una hermosa mujer de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana y dos doncellas hermosas y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la ciudad, como es costumbre, ansí á ver las galeras como á la gente que dellas desembarcaba, y la curiosidad de nuestros peregrinos llegó tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano á la dama que dellos desembarcaba, la cual poniendo los ojos en todos, especialmente en Constanza, despues de haber desembarcado, dijo: Llegáos acá, hermosa peregrina, que os quiero llevar conmigo á la ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que teneis poca noticia: vengan asimismo vuestros camaradas, porque no ha de haber cosa que obligue á dejar tan buena compañía. La vuestra, á lo que veo, respondió Constanza, es de tanta importancia, que careceria de entendimiento quien no la aceptase; vamos donde quisiéredes, que mis camaradas me seguirán, que no están acostumbrados á dejarme. Asió la señora de la mano á Constanza, y acompañada de muchos caballeros que salieron de la ciudad á recebirla; y de otra gente principal de las galeras, se encaminaron á la ciudad, en cuyo espacio de camino Constanza no quitaba los ojos della, sin poder reducir á la memoria haberla visto en tiempo alguno. Aposentáronla en una casa principal á ella y á las que con ella desembarcaron, y no fué posible que dejase ir á los peregrinos á otra parte, con los cuales, así que tuvo comodidad para ello, pasó esta plática: Sacaros quiero, señores, de la admiracion en que sin duda os

debe tener el ver que con particular cuidado procuro serviros, y así os digo que á mí me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fué en una ciudad de Aragon, y cuyo hermano es D. Bernardo Agustin, cuatralbo destas galeras que están en la playa. Contarino de Arbolanchez, caballero del hábito de Alcántara, en ausencia de mi hermano, y á hurto del recato de mis parientes, se enamoró de mí, y yo llevada de mi estrella, ó por mejor decir, de mi fácil condicion, viendo que no perdia nada en ello, con título de esposa le hice señor de mi persona y de mis pensamientos, y el mismo dia que le di la mano, recebió él de la de su Majestad una carta, en que le mandaba viniese luego al punto á conducir un tercio, que bajaba de Lombardía á Jénova, de infantería española, á la isla de Malta, sobre la cual se pensaba bajaba el turco. Obedeció Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaba, que no quiso coger los frutos del matrimonio con sobresalto, y sin tener cuenta con mis lágrimas, el recebir la carta y el partirse todo fué uno: parecióme que el cielo se habia caido sobre mí, y que entre él y la tierra me habian apretado el corazon y cogido el alma.

Pocos dias pasaron, cuando, añadiendo yo imaginaciones á imaginaciones y deseos á deseos, vine á poner en efecto uno, cuyo cumplimiento, así como me quitó la honra por entónces, pudiera tambien quitarme la vida: ausentéme de mi casa sin sabiduría de ninguno della, y en hábitos de hombre, que fuéron los que tomé de un pajecillo, asenté por criado de un atambor de una compañía que estaba en un lugar, pienso que ocho leguas del mio; en pocos dias toqué la caja tan bien como mi amo, aprendí á ser chocarrero, como lo son los que usan tal oficio; juntóse otra compañía con la nuestra, y ambas á dos se encaminaron á Cartagena á embarcarse en estas cuatro galeras de mi hermano, en las cuales fué mi disinio pasar á Italia á buscar á mi esposo, de cuya noble condicion esperé que no afearia mi atrevimiento, ni culparia mi deseo, el cual me tenia tan ciega, que no reparé en el peligro á que me ponia de ser conocida, si me embarcaba en las galeras de mi hermano; mas como los pechos enamorados no hay inconvenientes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se le opongan, toda escabrosidad hice llana, venciendo miedos, y esperando aun en la misma desesperacion; pero como los sucesos de las cosas hacen mudar los primeros intentos en ellas, el mio, mas mal pensado que fundado, me puso en el término que agora oiréis. Los soldados de las compañías de aquellos capitanes que os he dicho trabaron una cruel pendencia con la gente de un pueblo de la Mancha, sobre los alojamientos, de la cual salió herido de muerte un caballero que decian ser conde de no sé qué estado: vino un pesquisidor de la corte, prendió los capitanes, descarriáronse los soldados, y con todo eso prendió á algunos, y entre ellos á mí, desdichada, que ninguna culpa tenia: condenólos á galeras por dos años al remo, y á mí tambien, como por añadidura, me tocó la misma suerte: en vano me lamenté de mi desventura, viendo cuán en vano se habian fabricado mis disinios; quisiera darme la muerte, pero el temor de ir á otra peor vida, me embotó el cuchillo en la mano y me quitó la soga del cuello: lo que hice fué enlodarme el rostro, afeándole cuanto pude, y encerréme en un carro donde nos metieron, con intencion de llorar tanto y de comer tan poco, que las lágrimas y la hambre hiciesen lo que la soga y el hierro no habian hecho. Llegamos á Cartagena, donde aun no habian llegado las galeras: pusiéronnos en la casa del Rey bien guardados, y allí estuvimos, no esperando, sino temiendo nuestra desgracia. No sé, señores, si os acordaréis de un carro que topasteis junto á una venta, en el cual esta hermosa peregrina (señalando á Constanza) socorrió con una caja de conserva á un desmayado delincuente. Sí acuerdo, respondió Constanza. Pues sabed que yo era, dijo la señora Ambrosia, el que socorristeis; por entre las esteras del carro os miré á todos, y me admiré de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dejar de admirar, si se mira. En efecto, las galeras llegaron con la presa de un bergantin de moros que las dos habian tomado en el camino; el mismo dia aherrojaron en ellas á los soldados, desnudándolos del traje que traian y vistiéndoles el de remeros, transformacion triste y dolorosa, pero llevadera; que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la hace fácil: llegaron á mí para desnudarme, hizo el cómitre que me lavasen el rostro, porque yo no tenia aliento para levantar los brazos, miróme el barbero que limpia la chusma, y dijo: Pocas navajas gastaré yo con esta barba: no sé yo para que nos envian acá á este muchacho de alfeñique, como si fuesen nuestras galeras de melocha y sus remeros de alcorza; ¿y qué culpas cometiste tú, rapaz, que mereciesen esta pena? sin duda alguna creo que el raudal y corriente de otros ajenos delitos te han conducido á este término; y encaminando su plática al cómitre, le dijo: En verdad, patron, que me parece que sería bien dejar á que sirviese este muchacho en la popa á nuestro general, con una manilla al pié, porque no vale para el remo dos ardites.

Estas pláticas y la consideracion de mi suceso, que parece que entónces se estremó en apretarme el alma, me apretó el corazon de manera que me desmayé y quedé como muerta: dicen que volví en mí á cabo de cuatro horas, en el cual tiempo se me hicieron muchos remedios para que volviese; y lo que mas sintiera yo, si tuviera sentido, fué, que debieron de enterarse que yo no era varon, sino hembra; volví de mi parasismo, y lo primero con quien topó la vista fué con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus brazos me tenian: no sé yo cómo en aquel punto la sombra de la muerte no cubrió mis ojos; no sé yo cómo la lengua no se me pegó al paladar; solo sé que no supe lo que me dije, aunque sentí que mi hermano dijo: ¿Qué traje es este, hermana mia? y mi esposo dijo: ¿Qué mudanza es esta, mitad de mi alma? que si tu bondad no estuviera tan de parte de tu honra, yo hiciera luego que trocaras este traje con el de la mortaja. ¿Vuestra esposa es esta? dijo mi hermano á mi esposo: tan nuevo me parece este suceso, como me parece el de verla á ella en este traje: verdad es que si esto es verdad, bastante recompensa sería á la pena que me causa el ver así á mi hermana. A este punto, habiendo yo recobrado en parte mis perdidos espíritus, me acuerdo que dije: Hermano mio, yo soy Ambrosia Agustina tu hermana, y soy ansimismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez: el amor y tu ausencia, ó hermano, me le dieron por marido, el cual sin gozarme me dejó: yo atrevida, arrojada y mal considerada, en este traje que me veis le vine á buscar; y con esto les

conté toda la historia que de mi habeis oido; y mi suerte, que por puntos se iba á mas andar mejorando, hizo que me diesen crédito y me tuviesen lastima: contáronme cómo á mi esposo le habian cautivado moros con una de dos chalupas, donde se habia embarcado para ir á Jénova, y que el cobrar la libertad habia sido el dia ántes al anochecer, sin que le diese lugar el tiempo de haberse visto con mi hermano, sino al punto que me halló desmayada: suceso cuya novedad le podia quitar el crédito, pero todo es así como lo he dicho: en estas galeras pasaba esta señora que viene conmigo y con estas sus dos nietas á Italia, donde su hijo en Sicilia tiene el patrimonio real á su cargo: vistiéronme estos que traigo, que son sus vestidos, y mi marido y mi hermano alegres y contentos nos han sacado hoy á tierra para espaciarnos, y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad se alegren con ellos: si vosotros, señores, vais á Roma, yo haré que mi hermano os ponga en el mas cercano puerto della. La caja de conserva os la pagaré con llevaros en la mia hasta donde mejor os esté, y cuando yo no pasara á Italia, en fe de mi ruego os llevará mi hermano. Esta es, amigos mios, mi historia: si se os hiciere dura de creer, no me maravillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo; y pues que comunmente se dice que el creer es cortesía, en la vuestra, que debe de ser mucha, deposito mi crédito.

Aquí dió fin la hermosa Agustina á su razonamiento, y aquí comenzó la admiracion de los oyentes á subirse de punto: aquí comenzaron á desmenuzarse las circunstancias del caso, y tambien los abrazos de Constanza y Auristela que á la bella Ambrosia dieron; la cual, por ser así voluntad de su marido, hubo de volverse á su tierra, porque por hermosa que sea, es embarazosa la compañía de la mujer en la guerra. Aquella noche se alteró el mar de modo que fué forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo mal segura: los corteses catalanes, gente enojada, terrible; pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan á sí mismos, que es como adelantarase á todas las naciones del mundo, visitaron y regalaron todo lo posible á la señora Ambrosia Agustina, á quien dieron las gracias despues que volvieron su hermano y su esposo. Auristela, escarmentada con tantas experiencias como habia hecho de las borrascas del mar, no quiso embarcarse en las galeras, sino irse por Francia, pues estaba pacífica. Ambrosia se volvió á Aragon, las galeras siguieron su viaje, y los peregrinos el suyo, entrándose por Perpiñan en Francia.

CAPITULO XIII.

Entraron en Francia, y dase cuenta de lo que les sucedió con un criado del duque de Nemurs.

Por la parte de Perpiñan quiso tocar la primera de Francia nuestra escuadra, á quien dió que hablar el suceso de Ambrosia muchos dias, en la cual fuéron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente halló en el amor que á su esposo tenia, perdon de su atrevimiento: en fin, ella se volvió, como queda dicho, á su patria, las galeras siguieron su viaje, y el suyo nuestros peregrinos, los cuales llegando á Perpiñan, pararon en un meson, á cuya gran puerta estaba puesta una mesa, y al rededor della mucha gente mirando jugar á dos hombres á los dados, sin que otro alguno jugase: parecióles á los peregrinos ser novedad que mirasen tantos y jugasen tan pocos. Preguntó Periandro la causa, y fuéle respondido, que de los dos que jugaban, el perdidoso perdia la libertad y se hacia prenda del rey, para bogar el remo seis meses, y el que ganaba, ganaba veinte ducados, que los ministros del rey habian dado al perdidoso, para que probase en el juego su ventura: uno de los dos que jugaban la probó, y no le supo bien, porque la perdió, y al momento le pusieron en una cadena, y al que la ganó le quitaron otra que para seguridad de que no huiria, si perdia, le tenian puesta: miserable juego y miserable suerte, donde no son iguales la pérdida y la ganancia. Estando en esto, vieron llegar al meson gran golpe de gente, entre la cual venía un hombre, en cuerpo de gentil parecer, rodeado de cinco ó seis criaturas, de edad de cuatro á siete años: venía junto á él una mujer amargamente llorando, con un lienzo de dineros en la mano, la cual con lastimada voz venía diciendo: Tomad, señores, vuestros dineros, y volvedme á mi marido, pues no el vicio, sino la necesidad, le hizo tomar este dinero; él no se ha jugado, sino vendido, porque quiere á costa de su trabajo sustentarme á mí y á sus hijos: ¡amargo sustento y amarga comida para mí y para ellos.! Callad, señora, dijo el hombre, y gastad ese dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavía se amañarán ántes á domeñar un remo que un azadon: no quise ponerme en aventura de perderlos, jugándolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dejaba oir el llanto de los muchachos esta dolorida plática que entre marido y mujer pasaba: los ministros que le traian les dijeron que enjugasen las lágrimas, que si lloraran cuantas cabian en el mar, no serian bastantes á darle la libertad que habia perdido. Prevalecian en su llanto los muchachos, diciendo á su padre: Señor, no nos deje, porque nos morirémos todos, si se va. El nuevo y extraño caso enterneció las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente las de la tesorera Constanza, y todos se movieron á rogar á los ministros de aquel cargo, fuesen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta que aquel hombre no habia sido en el mundo, y que les conmoviese á no dejar viuda á una mujer, ni huérfanos á tantos niños: en fin, tanto supieron decir y tanto quisieron rogar, que el dinero volvió á poder de sus dueños, y la mujer cobró su marido y los niños á su padre.

La hermosa Constanza, rica despues de condesa, mas cristiana que bárbara, con parecer de su hermano Antonio, dió á los pobres perdidos con que se cobraron, cincuenta escudos de oro, y así se volvieron tan contentos como libres, agradeciendo al cielo y á los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna. Otro dia pisaron la tierra de Francia, y pasando por Lenguadoc entraron en la Provenza, donde en otro meson hallaron tres damas francesas de tan extremada hermosura, que á no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar á la palma de la belleza; parecian señoras de grande estado, segun el aparato con que se servian; las cuales, viendo los peregrinos, así les admiró la gallardia de Periandro y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela y de Constanza: llegáronlas á sí, y habláronlas con alegre rostro y cortés comedimiento; preguntáronlas quién eran, en lengua castellana, porque conocieron ser espa-



ñolas las peregrinas, y en Francia ni varon ni mujer deja de aprender la lengua castellana. En tanto que las señoras esperaban la respuesta de Auristela, á quien se encaminaban sus preguntas, se desvió Periandro á hablar con un criado, que le pareció ser de las ilustres francesas; preguntóle quién eran y adónde iban, y él le respondió, diciendo: El duque de Nemurs, que es uno de los que llaman de la sangre en este reino, es un caballero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto: es recien heredado, y ha propuesto de no casarse por ajena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hacienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su rey; porque dice que los reyes bien pueden dar la mujer á quien quisieren de sus vasallos, pero no el gusto de recebilla. Con esta fantasía, locura ó discrecion, ó como mejor debe llamarse, ha enviado á algunos criados suyos á diversas partes de Francia á buscar alguna mujer que despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hacienda, porque él se contenta con que la dote sea su calidad y su hermosura; supo la destas tres señoras, y envióme á mí, que le sirvo, para que las viese y las hiciese retratar de un famoso pintor que envió conmigo: todas tres son libres, y todas de poca edad, como habeis visto: la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en extremo, pero pobre: la mediana, que Belarminia se llama, es bizarra y de grande donaire, y rica medianamente: la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, hace gran ventaja á las dos en ser rica: ellas tambien han sabido el deseo del Duque, y querrian, segun á mí se me ha traslucido, ser cada una la venturosa de alcanzarle por esposo; y con ocasion de ir á Roma á ganar el jubileo deste año, que es como el centésimo que se usaba, han salido de su tierra y quieren pasar por Paris y verse con el Duque, fiadas en el quizá que trae consigo la buena esperanza; pero despues, señores peregrinos, que aquí entrastes, he determinado de llevar un presente á mi amo, que borre del pensamiento todas y cualesquier esperanzas que estas señoras en el suyo hubieren fabricado, porque le pienso llevar el retrato desta vuestra peregrina, única y general señora de la humana belleza; y si ella fuese tan principal como es hermosa, los criados de mi amo no tendrian mas que hacer, ni el Duque mas que desear. ¿Decidme, por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina, cómo se llama y qué padres la engendraron? A lo que temblando respondió Periandro. Su nombre es Auristela, su viaje á Roma, sus padres nunca ella los ha dicho; y de que sea libre os aseguro, porque lo sé sin duda alguna; pero hay otra cosa en ello, que es tan libre y tan señora de su voluntad, que no la rendirá á ningun príncipe de la tierra, porque dice que la tiene rendida al que lo es del cielo: y para enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos: así que, no os servirá de nada el retratalla, sino de alborotar el ánimo de vuestro señor, si acaso quisiese atropellar por el inconveniente de la bajeza de mis padres. Con todo eso, respondió el otro, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura.

Con esto se despidieron, y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar por no dársele al pintor para retratar á Auristela. Bartolomé volvió luego á aderezar el bagaje y á no estar bien con Periandro, por la priesa que daba á la partida. El criado del Duque, viendo que Periandro queria partirse luego, se llegó á él, y le dijo: Bien quisiera, señor, rogaros que os detuviérades un poco en este lugar, siquiera hasta la noche, porque mi pintor con comodidad y de espacio pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podeis ir á la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho que de sola una vez que la ha visto la tiene tan aprendida en la imaginacion, que la pintará á sus solas tan bien como si siempre la estuviera mirando. Maldijo Periandro entre sí la rara habilidad del pintor; pero no dejó por esto de partirse, despidiéndose luego de las tres gallardas francesas, que abrazaron á Auristela y á Constanza estrechamente, y les ofrecieron de llevarlas hasta Paris en su compañía, si dello gustaban. Auristela se lo agradeció con las mas corteses palabras que supo, diciéndoles que su voluntad obedecia á la de su hermano Periandro, y que así no podian detenerse ella ni Constanza, pues Antonio, hermano de Constanza, y el suyo se iban: y con esto se partieron, y de allí á seis dias llegaron á un lugar de la Provenza, donde les sucedió lo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

De los nuevos y nunca vistos peligros en que se vieron.

La historia, la poesía y la pintura se simbolizan entre sí y se parecen tanto, que cuando escribes historia pintas, y cuando pintas compones; no siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magníficas, ni la poesía conversa siempre por los cielos: bajezas admite la historia, la pintura yerbas y retamas en sus cuadros, y la poesía tal vez se realza cantando cosas humildes; esta verdad nos la muestra bien Bartolomé, bagajero del escuadron peregrino, el cual tal vez habla y es escuchado en nuestra historia. Este, revolviendo en su imaginacion el cuento del que vendió su libertad por sustentar á sus hijos, una vez dijo, hablando con Periandro: Grande debe de ser, señor, la fuerza que obliga á los padres á sustentar á sus hijos; si no, dígalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar á su pobre familia: la libertad, segun yo he oido decir, no debe de ser vendida por ningun dinero, y este la vendió por tan poco que lo llevaba la mujer en la mano; acuérdome tambien de haber oido decir á mis mayores, que llevando á ahorcar á un hombre anciano, y ayudándole los sacerdotes á bien morir, les dijo: Vuesas mercedes se sosieguen, y déjenme morir despacio, que aunque es terrible este paso en que me veo, muchas veces me he visto en otros mas terribles. Preguntáronle, ¿y cuáles eran? respondióles: Que el amanecer Dios y el rodealle seis hijos pequeños pidiéndole pan, y no teniendo para dárselo, la cual necesidad me puso la ganzúa en la mano y fieltros en los piés, con qué facilité mis hurtos, no viciosos, sino necesitados. Estas razones llegaron á los oidos del señor que le habia sentenciado al suplicio, que fueron parte para volver la justicia en misericordia y la culpa en gracia. A lo que respondió Periandro: El hacer el padre por su hijo, es hacer por sí mismo, porque mi hijo es otro yo, en el cual se dilata y se continúa el sér del padre; y así como es cosa natural y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, así lo es el hacer por sus hijos,

lo que no es tan natural ni tan forzoso hácer los hijos por los padres, porque el amor que el padre tiene á su hijo desciende, y el descender es caminar sin trabajo, y el amor del hijó con el padre asciende y sube, que es caminar cuesta arriba, de donde ha nacido aquel refran: *Un padre para cien hijos, ántes que cien hijos para un padre*. Con estas pláticas y otras entretenian el camino por Francia, la cual es tan poblada, tan llana y apacible, que á cada paso se hallan casas de placer, adonde los señores dellas están casi todo el año, sin que se les dé algo por estar en las villas ni en las ciudades. A una destas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino real.

Era la hora del mediodía, herian los rayos del sol derechamente á la tierra, entraba el calor, y la sombra de una gran torre de la casa les convidó á que allí esperasen á pasar la siesta, que con calor riguroso amenazaba. El solícito Bartolomé desembarazó el bagaje, y tendiendo un tapete en el suelo, se sentaron todos á la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuidado de hacer Bartolomé su repuesto, satisfacieron la hambre, que ya comenzaba á fatigarles; pero apénas habian alzado las manos para llevarlo á la boca, cuando alzando Bartolomé los ojos, dijo á grandes voces: Apartáos, señores, que no sé quién baja volando del cielo, y no será bien que os coja debajo. Alzaron todos la vista, y vieron bajar por el aire una figura que ántes que distinguiesen lo que era ya estaba en el suelo junto casi á los piés de Periandro, la cual figura era de una mujer hermosísima, que habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de piés en el suelo sin daño alguno, cosa posible sin ser milagro: dejóla el suceso atónita y espantada, como lo quedaron los que volar la habian visto: oyeron en la torre gritos que los daba otra mujer, que abrazada con un hombre parecia que pugnaban por derribarse el uno al otro: Socorro, socorro, decia la mujer, socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aquí abajo. La mujer voladora, vuelta algun tanto en sí, dijo: Si hay alguno que se atreva á subir por aquella puerta, señalándoles una que al pié de la torre estaba, librará del peligro mortal á mis hijos y á otras gentes flacas que allí arriba están. Periandro, impelido de la generosidad de su ánimo, se entró por la puerta, y á poco rato le vieron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre que mostraba ser loco, del cual, quitándole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse; pero la suerte, que queria concluir con la tragedia de su vida, ordenó que entrambos á dos viniesen al suelo, cayendo al pié de la torre, el loco pasado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traia, y Periandro vertiendo por los ojos, narices y boca cantidad de sangre, que como no tuvo vestidos anchos que le sustentasen, hizo el golpe su efecto, y dejóle casi sin vida. Auristela, que ansí le vió, creyendo indubitablemente que estaba muerto, se arrojó sobre él, y sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba á recoger en sí alguna reliquia, si del alma la hubiese quedado; pero aunque le hubiera quedado no pudiera recebilla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constanza dando lugar á la pasion no le pudo dar á mover el paso para ir á socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe, pegada los piés al suelo como si fueran raíces, ó como si ella fuera estatua de duro mármol formada. Antonio su hermano acudió á apartar los semivivos y á dividir los que ya pensaba ser cadáveres: solo Bartolomé fué el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentia, llorando amargamente.

Estando todos en la amarga afliccion que he dicho, sin que hasta entónces ninguna lengua hubiese publicado su sentimiento, vieron que hácia ellos venia un gran tropel de gente, la cual desde el camino real habia visto el vuelo de los caidos, y venian á ver el suceso; y era el tropel que venia las hermosas damas francesas Deleasir, Belarminia y Feliz Flora: luego como llegaron conocieron á Auristela y á Periandro, como á aquellos que por su singular belleza quedaban impresos en la imaginacion del que una vez los miraba: apénas la compasion les habia hecho apear para socorrer, si fuese posible, la desventura que miraban, cuando fuéron asaltados de seis ó ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este asalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenia á punto, ó ya para ofender ó ya para defenderse: uno de los armados, con descortés movimiento asió á Feliz Flora del brazo, y la puso en el arzon delantero de su silla, y dijo volviéndose á los demas compañeros: Esto es hecho; esta me basta; démos la vuelta. Antonio, que nunca se pagó de descortesías, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendió cuanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estiró la cuerda, hasta que llegó al diestro oído, de modo que las dos puntas y extremos del arco casi se juntaron; y tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparó tan derechamente la flecha, que sin tocar á Feliz Flora, sino en una parte del velo con que se cubria la cabeza, pasó al salteador el pecho de parte á parte: acudió á su venganza uno de sus compañeros, y sin dar lugar á que otra vez Antonio el arco armase, le dió una herida en la cabeza, tal, que dió con él en el suelo mas muerto que vivo; visto lo cual de Constanza, dejó de ser estatua, y corrió á socorrer á su hermano; que el parentesco calienta la sangre que suele helarse en la mayor amistad, y lo uno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor.

Ya en esto habian salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas apercebidos de piedras, digo, los que no tenian armas, se pusieron en defensa de su señora; los salteadores, que vieron muerto á su capitan, y que segun los defensores acudian, podian ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas por quien ya no podia premiarlas, volvieron las espaldas, y dejaron el campo solo. Hasta aquí desta batalla pocos golpes de espada hemos oido, pocos instrumentos bélicos han sonado, el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos no ha salido á romper los aires, las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quejas; solo algunos ayes entre roncos gemidos andan envueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constanza, cada cual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas con que se alivian los lastimados corazones; pero en fin, el cielo, que tenia determinado de no dejarlas morir tan apriesa y tan sin quejarse, les despegó las lenguas que al paladar pegadas tenian, y la de Auristela prorumpió en razones semejantes:

No sé yo, desdichada, cómo busco aliento en un muer-

to, y cómo ya que le tuviese puedo sentirle, si estoy tan sin él, que ni sé si hablo ni si respiro: ¡ay hermano, y qué caida ha sido esta, que así ha derribado mis esperanzas, como que la grandeza de vuestro linaje no se hubiera opuesto á vuestra desventura! mas ¿cómo podria ella ser grande, si vos no lo fuérades? en los montes mas levantados caen los rayos, y adonde hallan mas resistencia hacen mas daño: monte érades vos, pero monte humilde, que con las sombras de vuestra industria y de vuestra discrecion os encubriades á los ojos de las gentes: ventura íbades á buscar en la mia, pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mio á la sepultura: ¡cuán cierta la tendrá la reina vuestra madre, cuando á sus oidos llegue vuestra no pensada muerte! ¡Ay de mí, otra vez sola y en tierra ajena, bien así como verde yedra, á quien ha faltado su verdadero arrimo! Estas palabras de reina, de montes y grandezas, tenian atentos los oidos de los circunstantes que les escuchaban, y aumentóles la admiracion las que tambien decia Constanza que en sus faldas tenia á su mal herido hermano, apretándole la herida y tomándole la sangre. La compasiva Feliz Flora, que con un lienzo suyo blandamente se la exprimia, obligada de haberla el herido librado de su deshonra: ¡Ay, digo, decia, amparo mio! ¿de qué ha servido haberme levantado la fortuna, si me habia de derribar al de desdichada? Volved, hermano, en vos, si quereis que yo vuelva en mí, ó si no, haced, ó piadosos cielos, que una misma muerte nos cierre los ojos y una misma sepultura nos cubra los cuerpos; que el bien que sin pensar me habia venido, no podia traer otro descuento que la presteza de acabarse. Con esto se quedó desmayada, y Auristela ni mas ni ménos, de modo que tan muertas parecian ellas, y aun mas que los heridos. La dama que cayó de la torre, causa principal de la caida de Periandro, mandó á sus criados, que ya habian venido muchos de la casa, que le llevasen al lecho del conde Domicio su señor: mandó tambien llevar á Domicio, su marido, para dar órden en sepultalle. Bartolomé tomó en brazos á su señor Antonio: á Constanza se los dió Feliz Flora, y á Auristela, Belarminia y Deleasir, y en escuadron doloroso y con amargos pasos se encaminaron á la casi real casa.

CAPITULO XV.

Sanan de sus heridas Periandro y Antonio: prosiguen todos su viaje en compañía de las tres damas francesas. Libra Antonio de un gran peligro á Feliz Flora.

Poco aprovechaban las discretas razones que las tres damas francesas daban á las dos lastimadas Constanza y Auristela, porque en las recientes desventuras no hallan lugar consolatorias persuasiones: el dolor y el desastre que de repente sucede, no de improviso admite consolacion alguna, por discreta que sea: la postema duele, miéntras no se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse; y así miéntras se llora, miéntras se gime, miéntras se tiene delante quien mueva al sentimiento á quejas y á suspiros, no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas: llore pues algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constanza, y cierren entrambas los oidos á toda consolacion, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fué, segun ella dijo á las damas francesas, que ántes que Domicio con ella se desposase, andaba enamorado de una parienta suya, la cual tuvo casi indubitables esperanzas de casarse con él; salióle en blanco la suerte, para que ella, dijo Claricia, la tuviese siempre negra; porque disimulando Lorena, que así se llamaba la parienta de Domicio, el enojo que habia recebido del casamiento de mi esposo, dió en regalarle con muchos y diversos presentes, puesto que mas bizarros y de buen parecer que costosos, entre los cuales le envió una vez, bien así como envió la falsa Deyanira la camisa á Hércules: digo que le envió unas camisas ricas por el lienzo y por la labor vistosas; apénas se puso una cuando perdió los sentidos, y estuvo dos dias como muerto, puesto que luego se la quitaron, imaginando que una esclava de Lorena, que estaba en opinion de maga, la habría hechizado. Volvió á la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna accion hacia que no fuese de loco, y no de loco manso, sino de cruel, furioso y desatinado, tanto que era necesario tenerle en cadenas; y que aquel dia, estando ella en aquella torre, se habia soltado el loco de las prisiones, y viniendo á la torre, la habia echado por las ventanas abajo, á quien el cielo socorrió con la anchura de sus vestidos, ó por mejor decir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes: dijo cómo aquel peregrino habia subido á la torre á librar á una doncella á quien el loco queria derribar al suelo, tras la cual tambien despeñara á otros dos pequeños hijos que en la torre estaban; pero el suceso fué tan contrario, que el Conde y el peregrino se estrellaron en la dura tierra, el Conde herido de una mortal herida, y el peregrino con un cuchillo en la mano, que al parecer se le habia quitado á Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester servir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaba la caida. En esto Periandro estaba sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros á curarle y á concertarle los deslocados huesos; diéronle bebidas apropiadas al caso, halláronle pulsos y algun tanto de conocimiento de las personas que al rededor de sí tenia, especialmente de Auristela, á quien con voz desmayada, que apénas podia entenderse, dijo: Hermana, yo muero en la fe católica cristiana y en la de quererte bien; y no habló ni pudo hablar mas palabra por entónces. Tomaron la sangre á Antonio, y tentándole los cirujanos la herida, pidieron albricias á su hermana, de que era mas grande que mortal, y de que presto tendria salud, con ayuda del cielo: dióselas Feliz Flora adelantándose á Constanza, que se las iba á dar y aun se las dió, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos.

Un mes ó poco mas estuvieron los enfermos curándose sin querer dejarlos las señoras francesas: tanta fué la amistad que trabaron y el gusto que sintieron de la discreta conversacion de Auristela y de Constanza, y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora, que no acertaba á quitarse de la cabecera de Antonio, amándole con un tan comedido amor, que no se extendia á mas que á ser benevolencia, y á ser como agradecimiento del bien que dél habia recebido, cuando su saeta la libró de las manos de Rubertino, que segun Feliz Flora contaba, era un caballero, señor de un castillo que cerca de otro suyo tenia, el cual Rubertino, llevado no de perfecto, sino de vicioso amor, habia dado en seguirla y perseguirla, y en rogarla le diese la mano de esposa; pero

que ella por mil experiencias, y por la fama, que pocas veces miente, habia conocido ser Rubertino de áspera y cruel condicion y de mudable y antojadiza voluntad, no habia querido conceder con su demanda, y que imaginaba que acosado de sus desdenes habria salido al camino á roballa y hacer della por fuerza lo que la voluntad no habia podido; pero que la flecha de Antonio habia cortado todos sus crueles y mal fabricados disinios, y esto le movia á mostrarse agradecida. Todo esto que Feliz Flora dijo, pasó así sin faltar punto, y cuando se llegó el de la sanidad de los enfermos, y sus fuerzas comenzaron á dar muestras della, volvieron á renovarse sus deseos, á lo ménos los de volver á su camino, y así lo pusieron por obra acomodándose de todas las cosas necesarias, sin que, como está dicho, quisiesen las señoras francesas dejar á los peregrinos á quien ya trataban con admiracion y con respeto, porque las razones del llanto de Auristela les habian hecho concebir en sus ánimos, que debian de ser grandes señores; que tal vez la majestad suele cubrirse de buriel y la grandeza vestirse de humildad. En efecto, con perplejos pensamientos los miraban: el pobre acompañamiento suyo les hacia tener en estima de condicion mediana, el brio de sus personas y la belleza de sus rostros levantaban su calidad al cielo, y así entre el sí y el no andaba dudosa.

Ordenaron las damas francesas que fuesen todos á caballo, porque la caida de Periandro no consentia que se fiase de sus piés. Feliz Flora, agradecida al golpe de Antonio el bárbaro, no sabía quitarle de su lado, y tratando del atrevimiento de Rubertino, á quien dejaban muerto y enterrado, y de la extraña historia del conde Domicio, á quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juicio, le habian quitado la vida, y del vuelo milagroso de su mujer, mas para ser admirado que creido, llegaron á un rio que se vadeaba con algun trabajo. Periandro fué de parecer que se buscase la puente, pero todos los demas no vinieron en él; y bien así como cuando al represado rebaño de mansas ovejas, puestas en lugar estrecho, hace camino la una, á quien las demas al momento siguen, Belarminia se arrojó al agua, á quien todos siguieron sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, llevando tambien junto á sí á su hermana Constanza: ordenó pues la suerte que no fuese buena la de Feliz Flora, porque la corriente del agua le desvaneció la cabeza de modo, que sin poder tenerse, dió consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalanzó con no creida presteza el cortés Antonio, y sobre sus hombros, como á otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera. Ella, viendo el presto beneficio, le dijo: Muy cortés eres, español. A quien Antonio respondió: Si mis cortesías no nacieran de tus peligros, estimáralas en algo; pero como nacen dellos, ántes me descontentan que alegran. Pasó en fin el, como he dicho otras veces, hermoso escuadron, y llegaron al anochecer á una casería, que junto con serlo, era meson, en el cual se alojaron á toda su voluntad; y lo que en él les sucedió, nuevo estilo y nuevo capítulo pido.

CAPITULO XVI.

De cómo encontraron con Luisa, la mujer del polaco; y lo que les contó un escudero de la condesa Ruperta.

Cosas y casos suceden en el mundo, que si la imaginacion ántes de suceder pudiera hacer que así sucedieran, no acertara á trazarlos; y así muchos por la raridad con que acontecen, pasan plaza de apócrifos, y no son tenidos por tan verdaderos como lo son, y así es menester que les ayuden juramentos, ó á lo ménos el buen crédito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor sería no contarlos, segun lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos, que dicen:

Las cosas de admiracion
No las digas ni las cuentes,
Que no saben todas gentes
Cómo son.

La primera persona con quien encontró Constanza, fué con una moza de gentil parecer, de hasta veinte y dos años, vestida á la española, limpia y aseadamente, la cual llegándose á Constanza, le dijo en lengua castellana: Bendito sea Dios, que veo gente, si no de mi tierra, á lo ménos de mi nacion española: bendito sea Dios, digo otra vez, que oiré decir vuestra merced, y no señoría hasta los mozos de cocina. Desa manera, respondió Constanza, vos, señora, española debeis de ser. Y cómo si lo soy, respondió ella, y aun de la mejor tierra de Castilla. ¿De cuál? replicó Constanza. De Talavera de la Reina, respondió ella. Apénas hubo dicho esto, cuando á Constanza le vinieron barruntos que habia de ser la esposa de Ortel Banedre, el polaco, que por adúltera quedaba presa en Madrid, cuyo marido persuadido de Periandro, la habia dejado presa y ídose á su tierra, y en un instante fabricó en su imaginacion un monton de cosas, que puestas en efecto, le sucedieron casi como las habia pensado. Tomóla por la mano, y fuése donde estaba Auristela, y apartándola aparte con Periandro, les dijo: Señores, vosotros estáis dudosos de si la ciencia que yo tengo de adevinar es falsa ó verdadera, la cual ciencia no se acredita con decir las cosas que están por venir, porque solo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es acaso, ó por algunas premisas á quien la experiencia de otras semejantes tiene acreditadas: si yo os dijese cosas pasadas que no hubiesen llegado, ni pudiesen llegar á mi noticia, ¿qué diriades? ¿quereislo ver? Esta buena hija que tenemos delante es de Talavera de la Reina, que casó con un extranjero polaco, que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortel Banedre, á quien ella ofendió con alguna desenvoltura con un mozo de meson, que vivia frontero de su casa, la cual llevada de sus lijeros pensamientos y en los brazos de sus pocos años, se salió de casa de sus padres con el referido mozo, y fué presa en Madrid con el adúltero, donde debe de haber pasado muchos trabajos, así en la prision como en el haber llegado hasta aquí, que quiero que ella nos los cuente, porque aunque yo los adivine, ella nos los contará con mas puntualidad y con mas gracia. ¡Ay cielos santos! dijo la moza, ¿y quién es esta señora que me ha leido mis pensamientos? Quién es esta adivina que ansi sabe la desvergonzada historia de mi vida? Yo, señora, soy esa adúltera, yo soy esa presa y condenada á destierro de diez años, porque no tuve parte que me siguiese, y soy la que aquí estoy en poder de un soldado español que va á Italia, comiendo el pan con dolor y pasando la vida que por momentos me hace desear la muerte: mi amigo, el primero, murió en la cárcel; este, que no sé en qué número ponga, me socorrió en ella, de donde me sacó, y como he dicho, me lleva por esos mundos con

gusto suyo y con pesar mio, que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traigo el alma en este vagabundo estado. Por quien Dios es, señores, pues sois españoles, pues sois cristianos y pues sois principales, segun lo da á entender vuestra presencia, que me saqueis del poder deste español, que será como sacarme de las garras de los leones.

Admirados quedaron Periandro y Auristela de la discrecion sagaz de Constanza, y concediendo con ella, la reforzaron y acreditaron, y aun se movieron á favorecer con todas sus fuerzas á la perdida moza, la cual dijo, que el español soldado no iba siempre con ella, sino una jornada adelante ó atras, por deslumbrar á la justicia. Todo eso está muy bien, dijo Periandro, y aquí darémos traza en vuestro remedio, que la que ha sabido adivinar vuestra vida pasada, tambien sabrá acomodaros en la venidera: sed vos buena, que sin el cimiento de la bondad no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca: no os desvieis por agora de nosotros, que vuestra edad y vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras extrañas. Lloró la moza, enternecióse Constanza, y Auristela mostró los mismos sentimientos, con que obligó á Periandro á que el remedio de la moza buscase. En esto estaban, cuando llegó Bartolomé, y dijo: Señores, acudid á ver la mas extraña vision que habréis visto en vuestra vida: dijo esto tan asustado y tan como espantado, que pensando ir á ver alguna maravilla extraña, le siguieron, y en un apartamiento algo desviado de aquel donde estaban alojados los peregrinos y damas, vieron por entre unas esteras un aposento todo cubierto de luto, cuya lóbrega escuridad no les dejó ver particularmente lo que en él habia; y estándole así mirando, llegó un hombre anciano, todo asimismo cubierto de luto, el cual les dijo: Señores, de aquí á dos horas que habrá entrado una de la noche, si gustais de ver á la señora Ruperta sin que ella os vea, yo haré que la veais, cuya vista os dará ocasion de que os admireis, así de su condicion como de su hermosura. Señor, respondió Periandro, este nuestro criado que aquí está nos convidó á que viniésemos á ver una maravilla, y hasta ahora no hemos visto otra que la deste aposento cubierto de luto, que no es maravilla ninguna. Si volveis á la hora que digo, respondió el enlutado, tendréis de qué maravillaros, porque habréis de saber que en este aposento se aloja la señora Ruperta, mujer que fué apénas hace un año del conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio á él le costó la vida, y á ella verse en términos de perderla á cada paso, á causa que Claudino Rubicon, caballero de los principales de Escocia, á quien las riquezas y el linaje hicieron soberbio, y la condicion algo enamorado, quiso bien á mi señora, siendo doncella, de la cual, si no fué aborrecido, á lo ménos fué desdeñado, como lo mostró el casarse con el Conde mi señor; esta presta resolucion de mi señora la bautizó Rubicon en deshonra y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no hubiera tenido padres que se lo mandaran, y obligaciones precisas que le obligarán á ello, junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan; que si puede ser, siempre los años del esposo con el número de diez han de llevar ventaja á los de la mujer, ó con algunos mas, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo.

Era Rubicon varon viudo y que tenia un hijo de casi veinte y un años, gentilhombre en extremo y de mejores condiciones que el padre, tanto, que si él se hubiera opuesto á la cátedra de mi señora, hoy viviera mi señor el Conde, y mi señora estuviera mas alegre; sucedió pues, que yendo mi señora Ruperta á holgarse con su esposo á una villa suya, acaso y sin pensar, en un despoblado encontramos á Rubicon con muchos criados suyos que le acompañaban. Vió á mi señora, y su vista despertó el agravio que á su parecer se le habia hecho, y fué de suerte, que en lugar del amor nació la ira, y de la ira el deseo de hacer pesar á mi señora; y como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan á las ofensas hechas, Rubicon despechado, impaciente y atrevido, desenvainando la espada, corrió al Conde mi señor, que estaba inocente deste caso, sin que tuviese lugar de prevenirse del daño que no temia, y envainándosela en el pecho, dijo: Tú me pagarás lo que no me debes, y si esta es crueldad, mayor la usó tu esposa para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil me quitan la vida sus desdenes. A todo esto me hallé yo presente; oí las palabras, y vi con mis ojos y tenté con las manos la herida, escuché los llantos de mi señora, que penetraron los cielos: volvímos á dar sepultura al Conde, y al enterrarle, por órden de mi señora se le cortó la cabeza, que en pocos dias con cosas que se le aplicaron, quedó descarnada y en solamente los huesos; mandóla mi señora poner en una caja de plata, sobre la cual puestas sus manos, hizo este juramento: pero olvidaseme por decir, cómo el cruel Rubicon, ó ya por menosprecio, ó ya por mas crueldad, ó quizá con la turbacion descuidado, se dejó la espada envainada en el pecho de mi señor, cuya sangre aun hasta agora muestra estar casi reciente en ella: digo pues, que dijo estas palabras: Yo la desdichada Ruperta, á quien han dado los cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien aventurase en ello una y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos hechos á quien pueda favorecerme; y en tanto que no llegare á efecto este mi justo, si no cristiano deseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lóbregos, mis manteles tristes y mi compañía la misma soledad: á la mesa estarán presentes estas reliquias, que me atormenten el alma; esta cabeza, que me diga sin lengua que vengue su agravio; esta espada, cuya no enjuta sangre me parece que veo, y la que alterando la mia, no me deje sosegar hasta vengarme. Esto dicho, parece que templó sus continuas lágrimas, y dió algun vado á sus dolientes suspiros: háse puesto en camino de Roma para pedir en Italia á sus príncipes favor y ayuda contra él matador de su esposo, que aun todavía la amenaza, quizá temeroso que suele ofender un mosquito mas de lo que puede favorecer un águila. Esto, señores, veréis, como he dicho, de aquí á dos horas; y si no os dejare admirados, ó yo no habré sabido contarlo, ó vosotros tendréis el corazon de mármol: aquí dió fin á su plática el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver á Ruperta, desde luego se comenzaron á admirar del caso.

CAPITULO XVII.

Del dichoso fin que tuvo el rencor de la condesa Ruperta.

La ira, segun se dice, es una revolucion de la sangre



que está cerca del corazon, la cual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia, y tal vez con la memoria: tiene por último fin y paradero suyo la venganza, que como la tome el agraviado, sin razon ó con ella, sosiega: esto nos lo dará á entender la hermosa Ruperta agraviada y airada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que aunque sabía que era ya muerto, dilataba su cólera por todos sus descendientes, sin querer dejar, si pudiera, vivo ninguno dellos; que la cólera de la mujer no tiene límite: llegóse la hora de que la fuéron á ver los peregrinos, sin que ella los viese, y viéronla hermosa en todo extremo, con blanquísimas tocas que desde la cabeza casi le llegaban á los piés, sentada delante de una mesa, sobre la cual tenia la cabeza de su esposo en la caja de plata, la espada con que le habian quitado la vida, y una camisa que ella se imaginaba que aun no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la cual no tenia necesidad que nadie la despertase, porque nunca dormia: levantóse en pié, y puesta la mano derecha sobre la cabeza del marido, comenzó á hacer y á revalidar el voto y juramento que dijo el enlutado escudero; llovian lágrimas de sus ojos, bastantes á bañar las reliquias de su pasion; arrancaba suspiros del pecho, que condensaban el aire cerca y léjos; añadia al ordinario juramento razones que le agravaban, y tal vez parecia que arrojaba por los ojos, no lágrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenia su pasion y el deseo de vengarse. Veisla llorar, veisla suspirar, veisla no estar en sí, veisla blandir la espada matadora, veisla besar la camisa ensangrentada, y que rompe las palabras con sollozos; pues esperad no mas de hasta la mañana, y veréis cosas que os dén sujeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviésedes de vida.

En mitad de la fuga de su dolor estaba Ruperta y casi en los umbrales de su gusto, porque miéntras se amenaza descansa el amenazador, cuando se llegó á ella uno de sus criados, como si se llegara una sombra negra, segun venía cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras le dijo: Señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo, se acaba de apear agora con algunos criados: mira si quieres encubrirte, ó si quieres que te conozca, ó lo que sería bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo. Que no me conozca, respondió Ruperta, y avisad á todos mis criados, que por descuido no me nombren, ni por cuidado me descubran; y esto diciendo, recogió sus prendas, y mandó cerrar el aposento y que ninguno entrase á hablalla; volviéronse los peregrinos al suyo, quedó ella sola y pensativa, y no sé cómo se supo que habia hablado á solas estas ó otras semejantes razones: Advierte, ó Ruperta, que los piadosos cielos te han traido á las manos, como simple víctima al sacrificio, al alma de tu enemigo; que los hijos, y mas los únicos, pedazos del alma son de los padres: ea, Ruperta, olvídate de que eres mujer, y si no quieres olvidarte desto, mira que eres mujer y agraviada; la sangre de tu marido te está dando voces, y en aquella cabeza sin lengua te está diciendo: ¡venganza, dulce esposa mia, que me mataron sin culpa, sí; que no espantó la braveza de Holoférnes á la humildad de Judit: verdad es que la causa suya fué muy diferente de la mia, ella castigó á un enemigo de Dios, y yo quiero castigar á un enemigo que no sé si lo es mio: á ella le puso el hierro en las manos el amor de su patria, y á mí me lo pone el de mi esposo! Pero ¿para qué hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿Qué tengo que hacer mas, sino cerrar los ojos y envainar el acero en el pecho deste mozo, que tanto será mi venganza mayor, cuanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere: los deseos que se quieren cumplir no reparan en inconvenientes, aunque sean mortales; cumpla yo el mio, y tenga la salida por mi misma muerte: esto dicho, dió traza y órden en cómo aquella noche se encerrase en la estancia de Croriano, donde le dió fácil entrada un criado suyo, traidor por dádivas, aunque él no pensó sino que hacia un gran servicio á su amo llevándole al lecho una tan hermosa mujer como Ruperta, la cual puesta en parte donde no pudo ser vista ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en maravilloso silencio, estuvo esperando la hora de su contento, que le tenia puesto en la de la muerte de Croriano: llevó, para ser instrumento del cruel sacrificio, un agudo cuchillo, que por ser arma mañera y no embarazosa, le pareció ser mas á propósito; llevó asimismo una lanterna bien cerrada, en la cual ardia una vela de cera; recogió los espíritus de manera que apénas osaba enviar la respiracion al aire. ¿Qué no hace una mujer enojada? Qué montes de dificultades no atropella en sus disinios? Qué enormes crueldades no le parecen blandas y pacíficas! No mas, porque lo que en este caso se podia decir es tanto, que será mejor dejarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con qué encarecerlo: llegóse, en fin, la hora, acostóse Croriano, durmióse con el cansancio del camino, y entregóse sin pensamiento de su muerte al reposo.

Con atentos oídos estaba escuchando Ruperta si daba alguna señal Croriano de que durmiese, y aseguráronla que dormia, así el tiempo que habia pasado desde que se acostó hasta entónces, como algunos dilatados alientos, que no los dan sino los dormidos; viendo lo cual, sin santiguarse ni invocar ninguna deidad que la ayudase, abrió la lanterna, con que quedó claro el aposento, y miró dónde pondria los piés, para que sin tropezar la llevasen al lecho. Ea, bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable, ejecuta tu ira, satisface tu enojo, borra y quita del mundo tu agravio, que delante tienes en quien puedes hacerlo; pero mira, ó hermosa Ruperta, si quieres, que no mires á ese hermoso Cupido que vas á descubrir, que se deshará en un punto toda la máquina de tus pensamientos: llegó en fin, y temblándole la mano descubrió el rostro de Croriano, que profundamente dormia, y halló en él la propiedad del escudo de Medusa, que la convirtió en mármol; halló tanta hermosura, que fué bastante á hacerle caer el cuchillo de la mano, y á que diese lugar la consideracion del enorme caso que cometer queria: vió que la belleza de Croriano, como hace el sol á la niebla, ahuyentaba las sombras de la muerte que darle queria, y en un instante no le escogió para víctima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto. ¡Ay, dijo entre sí, generoso mancebo, y cuán mejor eres tú para ser mi esposo, que para ser objeto de mi venganza! ¿Qué culpa tienes tú de la que cometió tu padre? y ¿qué pena se ha de dar á quien no tiene culpa? Gózate, gózate, jóven ilustre, y quédese en mi pecho mi venganza y mi crueldad encerrada que cuando se sepa, mejor nombre me dará el ser

piadosa que vengativa: esto diciendo, ya turbada y arrepentida, se le cayó la lanterna de las manos sobre el pecho de Croriano, que despertó con el ardor de la vela: hallóse á escuras, quiso Ruperta salirse de la estancia, y no acertó por dónde; dió voces Croriano, tomó su espada y saltó del lecho, y andando por el aposento topó con Ruperta, que toda temblando, le dijo: No me mates, ó Croriano, puesto que soy una mujer que no há una hora que quise y pude matarte, y agora me veo en términos de rogarte que no me quites la vida.

En esto entraron sus criados al rumor con luces, y vió Croriano y conoció á la bellísima viuda, como quien ve á la resplandeciente luna, de nubes blancas rodeada. ¿Qué es esto, señora Ruperta, le dijo, son los pasos de la venganza los que hasta aquí os han traido, ó quereis que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo? Que este cuchillo que aquí veo ¿qué otra señal es, sino de que habeis venido á ser verdugo de mi vida? Mi padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfaccion de los agravios que dejan hechos: los vivos sí que pueden recompensarlos, y así yo que represento agora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que él os hizo, lo mejor que pudiere y supiere: pero dejadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma que aquí ha venido ó á matarme, ó á engañarme, ó á mejorar mi suerte. Empeoróse la mia, respondió Ruperta, si es que halla modo el cielo como empeorarla; sí: entré este dia pasado en este meson con alguna memoria tuya; veniste tú á él; no te vi cuando entraste; oí tu nombre, el cual despertó mi cólera y me movió á la venganza; concerté con un criado tuyo que me encerrase esta noche en este aposento; hícele que callase sellándole la boca con algunas dádivas; entré en él, apercebíme deste cuchillo, y acrecenté el deseo de quitarte la vida; sentí que dormias, salí de donde estaba, y á la luz de una lanterna que conmigo traia te descubrí y vi tu rostro, que me movió á respeto y á reverencia: de manera que los filos del cuchillo se embotaron, el deseo de mi venganza se deshizo, cayóseme la vela de las manos, despertóte su fuego, diste voces, quedé yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto: yo no quiero mas venganzas ni mas memorias de agravios: vive en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya no le son el perdonarte la culpa que no tienes. Señora, respondió Croriano, mi padre quiso casarse contigo, tú no quisiste, él despechado mató á tu esposo; murióse llevando al otro mundo esta ofensa; yo he quedado como parte tan suya para hacer bien por su alma; si quieres que te entregue la mia, recíbeme por tu esposo, si ya como he dicho, no eres fantasma que me engañas; que las grandes venturas que vienen de improviso, siempre traen consigo alguna sospecha. Dame esos brazos, respondió Ruperta, y verás, señor, cómo este mi cuerpo no es fantástico, y que el alma que en él te entrego es sencilla, pura y verdadera. Testigos fuéron destos abrazos y de las manos que por esposos se dieron, los criados de Croriano que habian entrado con las luces; triunfó aquella noche la blanda paz desta dura guerra, volviéndose el campo de la batalla en tálamo de desposorio; nació la paz de la ira, de la muerte la vida y del disgusto el contento; amaneció el dia, y halló á los recien desposados cada uno en los brazos del otro; levantáronse los peregrinos con deseo de saber qué habria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estaban ya bien informados: salió el rumor del nuevo desposorio, y haciendo de los cortesanos, entraron á dar los parabienes á los novios, y al entrar en el aposento vieron salir del de Ruperta el anciano escudero que su historia les habia contado, cargado con la caja donde iba la calavera de su primero esposo, y con la camisa y espada que tantas veces habia renovado las lágrimas de Ruperta, y dijo que lo llevaba adonde no renovasen otra vez en las glorias presentes pasadas desventuras; murmuró de la facilidad de Ruperta, y en general de todas las mujeres, y el menor vituperio que dellas dijo fué llamarlas antojadizas.

Levantáronse los novios ántes que entrasen los peregrinos, regocijáronse los criados, así de Ruperta como de Croriano, y volvióse aquel meson en alcázar real, digno de tan altos desposorios. En fin, Periandro y Auristela, Constanza y Antonio su hermano hablaron á los desposados y se dieron parte de sus vidas, á lo ménos la que convenía que se diesen.

CAPITULO XVIII.

Incendio en el meson; saca de él á todos un judiciario llamado Soldino; llévalos á su cueva, donde les pronostica felices sucesos.

En esto estaban, cuando entró por la puerta del meson un hombre, cuya larga y blanca barba mas de ochenta años le daba de edad: venía vestido ni como peregrino, ni como religioso, puesto que lo uno y lo otro parecia; traia la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio, y por los lados luenguas y blanquísimas canas le pendian; sustentaba el agobiado cuerpo sobre un retorcido cayado que de báculo le servia: en efecto, todo él y todas las partes representaban un venerable anciano digno de todo respeto, al cual apénas hubo visto la dueña del meson, cuando hincándose ante él de rodillas, le dijo: Contaré yo este dia, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa; que nunca vienes á ella sino para bien mio; y volviéndose á los circunstantes, prosiguió diciendo: Este monton de nieve y esta estatua de mármol blanco que se mueve, que aquí veis, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama no solo en Francia, sino en todas partes de la tierra, se extiende. No me alabeis, buena señora, respondió el anciano, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira; no la entrada, sino la salida, hace á los hombres venturosos; la virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud, sino vicio; pero con todo esto quiero acreditarme con vos en la opinion que de mí teneis; mirad hoy por vuestra casa, porque destas bodas y destos regocijos que en ella se preparan se ha de engendrar un fuego que casi toda la consuma. A lo que dijo Croriano, hablando con Ruperta su esposa: Este sin duda debe de ser mágico ó adivino, pues predice lo por venir.

Entreoyó esta razon el anciano, y respondió: No soy mago ni adivino, sino judiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña á adivinar: creedme, señores, por esta vez siquiera, y dejad esta estancia, y vamos á la mia, que en una cercana selva que aquí está os dará, si no tan capaz, mas seguro alojamiento. Apénas hubo dicho esto, cuando entró Bartolomé, criado de Antonio, y dijo á voces: Señores, las cocinas se abrasan, porque en la

infinita leña que junto á ellas estaba se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar; tras esta voz acudieron las de otros criados, y comenzaron á acreditarlas los estallidos del fuego: la verdad tan manifiesta acreditó las palabras de Soldino; y asiendo en brazos Periandro á Auristela, sin querer ir primero á averiguar si el fuego se podia atajar ó no, dijo á Soldino: Señor, guianos á tu estancia, que el peligro desta ya está manifiesto; lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza y con Feliz Flora, la dama francesa, á quien siguieron Deleasir y Belarminia, y la moza arrepentida de Talavera se asió del cinto de Bartolomé y él del cabestro de su bagaje, y todos juntos con los desposados y con la huéspeda, que conocia bien las adivinanzas de Soldino, le siguieron, aunque con tardo paso los guiaba; las demas gentes del meson, que no habian estado presentes á las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dió á entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel dia; que á cogerles el fuego de noche fuera milagro escapar alguno que contara su furia: llegaron en fin á la selva, donde hallaron una ermita no muy grande, dentro de la cual vieron una puerta que parecia serlo de una cueva escura; ántes de entrar en la ermita dijo Soldino á todos los que le habian seguido: Estos árboles con su apacible sombra os servirán de dorados techos, y la yerba deste amenísimo prado, si no de muy blancas, á lo ménos de muy blandas camas; yo llevaré conmigo á mi cueva á estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia, y luego llamó á Periandro, á Auristela, á Constanza, á las tres damas francesas, á Ruperta, á Antonio y á Croriano, y dejando otra mucha gente fuera, se encerró con estos en la cueva, cerrando tras sí la puerta de la ermita y de la cueva.

Viéndose pues Bartolomé y la de Talavera no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, ó ya de despecho, ó ya llevados de su lijera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en uno, de dejar Bartolomé á sus amos, y la moza sus arrepentimientos; y así aliviaron el bagaje de dos hábitos de peregrinos, y la moza á caballo y el galan á pié, dieron cantonada, ella á sus compasivas señoras, y él á sus honrados dueños, llevando en la intencion de ir tambien á Roma, como iban todos. Otra vez se ha dicho, que no todas las acciones verisímiles ni probables se han de contar en las historias, porque si no se les da crédito pierden de su valor; pero al historiador no le conviene mas de decir la verdad, parézcalo ó no lo parezca; con esta máxima pues el que escribió esta historia dice, que Soldino con todo aquel escuadron de damas y caballeros bajó por las gradas de la escura cueva, y á ménos de ochenta gradas se descubrió el cielo luciente y claro, y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenian la vista y alegraban las almas; y haciendo Soldino rueda de los que con él habian bajado, les dijo: Señores, esto no es encantamento, y esta cueva por donde aquí hemos venido, no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba á este valle que veis que una legua de aquí tiene mas fácil, mas llana y mas apacible entrada; yo levanté aquella ermita, y con mis brazos y con mi continuo trabajo cavé la cueva y hice mio este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan; aquí huyendo de la guerra, hallé la paz; la hambre que en ese mundo de allá arriba, si así se puede decir, tenia, halló aquí á la hartura; aquí en lugar de los príncipes y monarcas que mandaban en el mundo, á quien yo servia, he hallado á estos árboles mudos, que aunque altos y pomposos son humildes; aquí no suena en mis oidos el desden de los emperadores, el enfado de sus ministros; aquí no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirva; aquí soy yo señor de mí mismo; aquí tengo mi alma en mi palma, y aquí por via recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo; aquí he dado fin al estudio de las matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del sol y de la luna; aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme, que aunque están por venir, serán ciertas, segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad; agora, agora como presente veo quitar la cabeza á un valiente pirata un valeroso mancebo de la casa de Austria nacido: ¡oh si le viésedes, como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, pelando sus luengas colas de caballos, abrasando bajeles, despedazando cuerpos y quitando vidas! Pero ¡ay de mí, que me hace entristecer otro coronado jóven, tendido en la seca arena, de mil moras lanzas atravesado, el uno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamas como se debe alabado Cárlos Quinto, á quien yo serví muchos años y serviria hasta que la vida se me acabara, si no lo estorbara el querer mudar la milicia mortal en la divina! Aquí estoy, donde sin libros, con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ó Croriano (y en saber yo tu nombre sin haberte visto jamas me acreditaré contigo) ! que gozarás de tu Ruperta largos años, y á tí, Periandro, te aseguro buen suceso de tu peregrinacion; tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad; á tí, ó Constanza, subirás de condesa á duquesa, y tu hermano Antonio al grado que su valor merece. Estas señoras francesas, aunque no consigan los deseos que agora tienen, conseguirán otros que las honren y contenten: el haber pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin haberos visto jamas, las muertes que he dicho que he visto ántes que vengan, os podrán mover si quereis á creerme, y mas cuando halleis ser verdad que vuestro mozo Bartolomé con el bagaje y con la moza castellana se ha ido y os ha dejado á pié: no le sigais, porque no le alcanzaréis; la moza es mas del suelo que del cielo, y quiere seguir su inclinacion á despecho y pesar de vuestros consejos; español soy, que me obliga á ser cortés y á ser verdadero; con la cortesía os ofrezco cuanto estos prados me ofrecen, y con la verdad á la experiencia de todo cuanto os he dicho; si os maravillare de ver á un español en esta ajena tierra, advertid, que hay sitios y lugares en el mundo saludables mas que otros, y este en que estamos lo es para mí mas que ninguno: las alquerías, caserías y lugares que hay por estos contornos, las habitan gentes católicas y santas; cuando conviene recibo los sacramentos, y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida: esta es la que tengo, de la cual pienso salir á la siempre duradera; y por agora no mas, sino vámonos arriba, darémos sustento á los cuerpos como aquí abajo le hemos dado á las almas.

CAPITULO XIX.

Salen de la cueva de Soldino; prosiguen su jornada pasando por Milan, y llegan á Luca.

Aderezóse la pobre, mas que limpia comida, aunque fué muy limpia, cosa no muy nueva para los cuatro peregrinos, que se acordaron entónces de la isla bárbara y de las Ermitas, donde quedó Rutilio y adonde ellos comieron de los ya sazonados, y ya no, frutos de los árboles: tambien se les vino á la memoria la profecía falsa de los isleños y las muchas de Mauricio, con las moriscas del jadraque, y últimamente con las del español Soldino, pareciales que andaban rodeados de adivinanzas y metidos hasta el alma en la judiciaria astrología, que á no ser acreditada con la experiencia, con dificultad le dieran crédito. Acabóse la breve comida, salió Soldino con todos los que con él estaban al camino, para despedirse dellos, y en él echaron ménos á la moza castellana y á Bartolomé el del bagaje, cuya falta no dió poca pesadumbre á los cuatro, porque les faltaba el dinero y la repostería; mostró congojarse Antonio, y quiso adelantarse á buscarle, porque bien se imaginó que la moza le llevaba, ó él llevaba á la moza, ó por mejor decir, el uno se llevaba al otro; pero Soldino le dijo que no tuviese pena, ni se moviese á buscarlos, porque otro dia volveria su criado arrepentido del hurto, y entregaria cuanto habia llevado; creyéronlo, y así no curó Antonio de buscarle, y mas que Feliz Flora ofreció á Antonio de prestarle cuanto hubiese menester para su gasto y el de sus compañeros desde allí á Roma, á cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo posible, y aun se ofreció de darle prenda que cupiese en el puño, y en el valor pasase de cincuenta mil ducados; y esto fué pensando de darle una de las dos perlas de Auristela, que con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traia. No se atrevió Feliz Flora á creer la cantidad del valor de la prenda; pero atrevióse á volver á hacer el ofrecimiento hecho.

Estando en esto, vieron venir por el camino y pasar por delante dellos hasta ocho personas á caballo, entre las cuales iba una mujer sentada en un rico sillon y sobre una mula, vestida de camino, toda de verde, hasta el sombrero, que con ricas y varias plumas azotaba el aire, con un antifaz asimismo verde cubierto el rostro; pasaron por delante dellos, y con bajar las cabezas, sin hablar palabra alguna, los saludaron y pasaron de largo; los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludaron; quedábase atras uno de los de la compañía, y llegándose á ellos, pidió por cortesía un poco de agua: diéronsela y preguntáronle qué gente era la que iba allí delante, y qué dama la de lo verde. A lo que el caminante respondió: El que allí adelante va es el señor Alejandro Castrucho, gentilhombre capuano, y uno de los ricos varones, no solo de Capua, sino de todo el reino de Nápoles; la dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde deja enterrado á su padre, por cuya muerte su tio la lleva á casar á Capua, y á lo que yo creo, no muy contenta. Eso será, respondió el escudero enlutado de Ruperta, no porque va á casarse, sino porque el camino es largo; que yo para mí tengo, que no hay mujer que no desee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sé esas filosofías, respondió el caminante, solo sé que va triste, y la causa ella se la sabe; y adios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me llevan; y picando apriesa se les fué de la vista, y ellos despidiéndose de Soldino le abrazaron y le dejaron. Olvidábase de decir, cómo Soldino habia aconsejado á las damas francesas que siguiesen el camino derecho de Roma, sin torcerle para entrar en Paris, porque así les convenía: este consejo fué para ellas, como si se le dijera un oráculo, y así con parecer de los peregrinos determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y atravesando el Piamonte y el estado de Milan, ver á Florencia y luego á Roma. Tanteado pues este camino, con propósito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta allí caminaron, otro dia al romper del alba, vieron venir hácia ellos al tenido por ladron, Bartolomé el bagajero, detras de su bagaje, y él vestido como peregrino; todos gritaron, cuando le conocieron, y los mas le preguntaron qué huida habia sido la suya, qué traje aquel y qué vuelta aquella. A lo que él hincado de rodillas delante de Constanza, casi llorando, respondió á todos: Mi huida no sé cómo fué, mi traje ya veis que es de peregrino, mi vuelta es á restituir lo que quizá y sin quizá en vuestras imaginaciones me tenia confirmado por ladron; aquí, señora Constanza, viene el bagaje con todo aquello que en él estaba, excepto dos vestidos de peregrinos, que el uno es este que yo traigo, y el otro queda haciendo romera á la ramera de Talavera, que doy yo al diablo al amor y al bellaco que me lo enseñó; y es lo peor que lo conozco, y determino ser soldado debajo de su bandera, porque no siento fuerzas que se opongan á las que hace el gusto con los que poco saben; échemo vuesa merced su bendicion, y déjeme volver, que me espera Luisa; y advierta que vuelvo sin blanca, fiado en el donaire de mi moza, mas que en la lijereza de mis manos, que nunca fuéron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos.

Muchas razones le dijo Periandro para estorbarle su mal propósito, muchas le dijo Auristela y muchas mas Constanza y Antonio; pero todo fué, como dicen, dar voces al viento y predicar en desierto: limpióse Bartolomé sus lágrimas, dejó su bagaje, volvió las espaldas y partió en un vuelo, dejando á todos admirados de su amor y de su simpleza. Antonio, viéndole partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamas la disparó en vano, con intencion de atravesarle de parte á parte y sacarle del pecho el amor y la locura; mas Feliz Flora, que pocas veces se le apartaba del lado, le trabó del arco, diciéndole: Déjale, Antonio, que harta mala ventura lleva en ir á poder y á sujetarse al yugo de una mujer loca. Bien dices, señora, respondió Antonio, y pues tú le das la vida, ¿quién ha de ser poderoso á quitársela? Finalmente, muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada: entraron en Milan, admiróles la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que allí no solamente hay oro, sino oros; sus bélicas herrerías, que no parece sino que allí ha pasado las suyas Vulcano; la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus templos, y finalmente la agudeza del ingenio de sus moradores: oyeron decir á un huésped suyo, que lo mas que habia que ver en aquella ciudad, era la academia de los entronados, que estaba adornada de eminentísimos académicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer á la fama á todas horas y por todas las partes del mundo; dijo tambien, que aquel dia

era de academia, y que se habia de disputar en ella si podia haber amor sin celos. Si puede, dijo Periandro; y para probar esta verdad, no es menester gastar mucho tiempo. Yo, replicó Auristela, no sé qué es amor, aunque sé lo que es querer bien. A lo que dijo Belarminia: No entiendo ese modo de hablar, ni la diferencia que hay entre amor y querer bien. Está, replicó Auristela, en que el querer bien puede ser sin causa vehemente que os mueva la voluntad, como se puede querer á una criada que os sirve, ó á una estatua ó pintura que bien os parece, ó que mucho os agrada, y estas no dan celos, ni los pueden dar; pero aquello que dicen que se llama amor, que es una vehemente pasion del ánimo, como dicen, ya que no dé celos, puede dar temores que lleguen á quitar la vida, del cual temor á mí me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera. Mucho has dicho, señora, respondió Periandro, porque no hay ningun amante que esté en posesion de la cosa amada, que no tema el perderla; no hay ventura tan firme que tal vez no dé vaivenes, no hay clavo tan fuerte que pueda detener la rueda de la fortuna; y si el deseo que nos lleva á acabar presto nuestro camino no lo estorbara, quizá mostrara yo hoy en la academia, que puede haber amor sin celos, pero no sin temores: cesó esta plática, estuvieron cuatro dias en Milan, en los cuales comenzaron á ver sus grandezas, porque á acabarlas de ver no dieran tiempo cuatro años; partiéronse de allí, y llegaron á Luca, ciudad pequeña, pero hermosa y libre, que debajo de alas del imperio y de España se descuella y mira exenta á las ciudades de los príncipes que la desean: allí mejor que en otra parte ninguna son bien vistos y recebidos los españoles, y es la causa, que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de mas de un dia, no dan lugar á mostrar su condicion tenida por arrogante; aquí aconteció á nuestros pasajeros una de las mas extrañas aventuras que se han contado en todo el discurso deste libro.

CAPITULO XX.

De lo que contó Isabela Castrucho acerca de haberse fingido endemoniada por los amores de Andrea Marulo.

Las posadas de Luca son capaces para alojar una compañía de soldados, en una de las cuales se alojó nuestro escuadron, siendo guiado de las guardas de las puertas de la ciudad, que se los entregaron al huésped por cuenta, para que á la mañana, ó cuando se partiesen, la habia de dar dellos; al entrar vió la señora Ruperta que salia un médico, que tal le pareció en el traje, diciendo á la huéspeda de la casa, que tambien le pareció no podia ser otra: Yo, señora, no me acabo de desengañar, si esta doncella está loca ó endemoniada, y por no errar digo que está endemoniada y loca, y con todo eso tengo esperanza de su salud, si es que su tio no se da priesa á partirse. ¡Ay Jesus! dijo Ruperta, y en casa de endemoniados y locos nos apeamos; en verdad que si se toma mi parecer, no hemos de poner los piés dentro; á lo que dijo la huéspeda: Sin escrúpulo puede vuesa señoría, que este es el merced de Italia, apearse, porque de cien leguas se puede venir á ver lo que está en esta posada; apeáronse todos, y Auristela y Constanza, que habian oido las razones de la huéspeda, le preguntaron qué habia en aquella posada, que tanto encarecia el verla. Vénganse conmigo, respondió la huéspeda, y verán lo que verán, y dirán lo que yo digo; guió, y siguiéronla, donde vieron echada en un lecho dorado á una hermosísima muchacha, de edad, al parecer, de diez y seis ó diez y siete años: tenia los brazos aspados y atados con unas vendas á los balaustres de la cabecera del lecho, como que le querian estorbar el moverlos á ninguna parte; dos mujeres, que debian de servirla de enfermeras, andaban buscándole las piernas para atárselas tambien, á lo que la enferma dijo: Basta que se me aten los brazos, que todo lo demas las ataduras de mi honestidad lo tienen ligado; y volviéndose á las peregrinas, con levantada voz dijo: Figuras del cielo, ángeles de carne, sin duda creo que venis á darme salud, porque de tan hermosa presencia y de tan cristiana visita no se puede esperar otra cosa: por lo que debéis á ser quien sois, que sois mucho, que mandeis que me desaten, que con cuatro ó cinco bocados que me dé en el brazo, quedaré harta, y no me haré mas mal; porque no estoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel que dejará que me muerda. Pobre de ti, sobrina, dijo un anciano que habia entrado en el aposento, y cuál te tiene ese que dices que no ha de dejar que te muerdas; encomiéndate á Dios, Isabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere este tu tio, que bien te quiere; lo que cria el aire, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra, te traeré, que tu mucha hacienda y mi voluntad mucha te lo ofrece todo. La doliente moza respondió: Déjenme sola con estos ángeles, quizá mi enemigo el demonio huirá de mí por no estar con ellos; y señalando con la cabeza que se quedasen con ella Auristela, Constanza, Ruperta y Feliz Flora, dijo que los demas se saliesen, como se hizo con voluntad y aun con ruegos de su anciano y lastimado tio, del cual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde, que al salir de la cueva del sabio español habian visto pasar por el camino, que el criado que se quedó atras les dijo que se llamaba Isabela Castrucho, y que se iba á casar al reino de Nápoles.

Apénas se vió sola la enferma, cuando mirando á todas partes, dijo que mirasen si habia otra persona en el aposento que aumentase el número de los que ella dijo que se quedasen; mirólo Ruperta, y escudriñólo todo, y aseguró no haber otra persona que ellos: con esta seguridad, sentóse Isabela, como pudo, en el lecho, y dando muestras de que queria hablar de propósito, rompió la voz con un tan grande suspiro, que pareció que con él se le arrancaba el alma, el fin del cual fué tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada con señales tan de muerte, que obligó á los circunstantes á dar voces pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que á mas andar se iba al otro mundo; entró el mísero tio, llevando una cruz en la una mano, y en la otra un hisopo bañado en agua bendita; entraron asimismo con él dos sacerdotes, que creyendo ser el demonio quien la fatigaba, pocas veces se apartaban della. Entró asimismo la huéspeda con el agua, rociáronle el rostro, y volvió en sí diciendo: Excusadas son por agora estas prevenciones: yo saldré presto, pero no ha de ser cuando vosotros quisiéredes, sino cuando á mí me parezca, que será cuando viniere á esta ciudad Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, el cual Andrea agora está estudiando en Salamanca, bien descuidado destos sucesos. Todas estas



razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinion que tenian de estar Isabela endemoniada, porque no podian pensar cómo pudiese saber ella Juan Bautista Marulo quién fuese, y su hijo Andrea, y no faltó quien fuese luego á decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo lo que la bella endemoniada dél y de su hijo habia dicho. Tornó á pedir que la dejasen sola con los que ántes habia escogido; dijéronle los sacerdotes los Evangelios, y hicieron su gusto, llevándole todas de la señal que habia dicho que daria cuando el demonio la dejase libre, que indubitablemente la juzgaron por endemoniada. Feliz Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estancia, y cerrando la puerta della, dijo á la enferma: Solas estamos: mira, señora, lo que quieres. Lo que quiero es, respondió Isabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque son blandas, me fatigan, porque me impiden; hiciéronlo así con mucha diligencia, y sentándose Isabela en el lecho, asió de la una mano á Auristela y de la otra á Ruperta, y hizo que Constanza y Feliz Flora se sentasen junto á ella en el mismo lecho, y así apiñadas en un hermoso monton, con voz baja y lágrimas en los ojos dijo:

Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrucho, cuyos padres me dieron nobleza, la fortuna hacienda, y los cielos algun tanto de hermosura; nacieron mis padres en Capua, pero engendráronme en España, donde nací y me crié en casa deste mi tio que aquí está, que en la corte del Emperador la tenia. ¡Válame Dios! ¿y para qué tomo yo tan de atras la corriente de mis desventuras? Estando pues yo en casa deste mi tio, ya huérfana de mis padres, que á él me dejaron encomendada y por tutor mio, llegó á la corte un mozo, á quien yo vi en una iglesia, y le miré tan de propósito... y no os parezca esto, señoras, desenvoltura, que no parecerá, si consideráredes que soy mujer; digo, que le miré en la iglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedó su presencia tan impresa en mi alma, que no podia apartarla de mi memoria; finalmente, no me faltaron medios para entender quién él era y la calidad de su persona, y qué hacia en la corte, ó dónde iba, y lo que saqué en limpio fué que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, mas noble que rico, y que iba á estudiar á Salamanca; en seis dias que allí estuvo, tuve órden de escribirle quién yo era y la mucha hacienda que tenia, y que de mi hermosura se podia certificar viéndome en la iglesia; escribíle asimismo, que entendia que este mi tio me queria casar con un primo mio, porque la hacienda se quedase en casa, hombre no de mi gusto, ni de mi condicion, como es verdad; díjele asimismo, que la ocasion en mí le ofrecia sus cabellos, que los tomase, y que no diese lugar en no hacello al arrepentimiento, y que no tomase de mi facilidad ocasion para no estimarme; respondió, despues de haberme visto no sé cuantas veces en la iglesia, que por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza y de la riqueza, me hiciera señora del mundo, si pudiera, y que me suplicaba durase firme algun tiempo en mi amorosa intencion, lo ménos hasta que él dejase en Salamanca á un amigo suyo, que con él desta ciudad habia partido á seguir el estudio; respondíle que sí haria, porque en mí no era el amor importuno, ni indiscreto, que presto nace y presto se muere; dejóme entónces por honrado, pues no quiso faltar á su amigo, y con lágrimas como enamorado, que yo se las vi verter, pasando por mi calle el dia que se partió, sin dejarme, y yo me fuí con él sin partirme: otro dia, ¡quién podrá creer esto! ¡qué de rodeos tienen las desgracias para alcanzar mas presto á los desdichados! digo, que otro dia concertó mi tio que volviésemos á Italia, sin poderme excusar ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso y la color me hacian sana; mi tio no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscaba trazas para no partirme; en este tiempo le tuve para escribir á Andrea de lo que me habia sucedido, y que era forzoso el partirme, pero que yo procuraria pasar por esta ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traza á que él le tuviese de dejar á Salamanca y venir á Luca, adonde á pesar de mi tio y aun de todo el mundo sería mi esposo; así que, en su diligencia estaba mi ventura y aun la suya, si queria mostrarse agradecido; si las cartas llegaron á sus manos, que sí debieron de llegar, porque los portes las hacen ciertas, ántes de tres dias ha de estar aquí; yo por mi parte he hecho lo que he podido: una legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma, cuando la esperanza desde léjos la anda haciendo cocos. Esta es, señoras mias, mi historia, esta mi locura, esta mi enfermedad: mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan; paso hambre, porque espero hartura; pero con todo eso la desconfianza me persigue, porque, como dicen en Castilla, *á los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano*. Haced, señoras, de modo que acrediteis mi mentira y fortalezcais mis discursos, haciendo con mi tio, que puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias, quizá permitirá el cielo que llegue el de mi contento con la venida de Andrea. No habrá para qué preguntar si se admiraron ó no los oyentes de la historia de Isabela, pues la historia misma se trae consigo la admiracion para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constanza y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus disinios, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin dellos, pues á buena razon no podia tardar mucho.

CAPITULO XXI.

Llega Andrea Marulo; descúbrese la ficcion de Isabela, y quedan casados.

Priesa se daba la hermosa Isabela Castrucho á revalidar su demonio, y priesa se daban las cuatro ya sus amigas á fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones que podian de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo; porque se vea quién es el amor, pues hace parecer endemoniados á los amantes. Estando en esto, que sería casi al anochecer, volvió el médico á hacer la segunda visita, y acaso trajo con él á Juan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado, y al entrar del aposento de la enferma, dijo: Vea vuestra merced, señor Juan Bautista Marulo, la lástima desta doncella, y si merece que en su cuerpo de ángel se ande esparciendo el demonio; pero una esperanza nos consuela, y es, que nos ha dicho que presto saldrá de aquí, y dará por señal de su salida la venida del señor Andrea vuestro hijo, que por instantes aguarda. Así me lo han dicho respondió el señor Juan Bau-

tista, y holgaríame yo que cosas mias fuesen paraninfos de tan buenas nuevas. Gracias á Dios y á mi diligencia, dijo Isabela, que si no fuera por mí él se estuviera agora quedo en Salamanca haciendo lo que Dios se sabe. Créame, señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo mas hermoso que santo, y ménos estudiante que galan; que mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos que tanto daño hacen en la república, y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja y los acicates que no son puntiagudos y las mulas de alquiler que no se aventajan á las postas; con estas fué ensartando otras razones equívocas, conviene á saber, de dos sentidos, que de una manera las entendian sus secretarias, y de otra los demas circunstantes; ellas las interpretaban verdaderamente, y los demas como desconcertados disparates. ¿Dónde vistes vos, señora, dijo Marulo, á mi hijo Andrea? ¿fué en Madrid ó en Salamanca? No fué sino en Illescas, dijo Isabela, cogiendo guindas la mañana de San Juan al tiempo que alboreaba; mas si va á decir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo y siempre le tengo en el alma. Aun bien, replicó Marulo, que esté mi hijo cogiendo guindas y no espulgándose, que es mas propio de los estudiantes. Los estudiantes que son caballeros, respondió Isabela, de pura fantasía pocas veces se espulgan, pero muchas veces se rascan; que estos animalejos que se usan en el mundo tan de ordinario, son tan atrevidos, que así se entran por las calzas de los príncipes, como por las frazadas de los hospitales. Todo lo sabes, malino, dijo el médico; bien parece que eres viejo; y esto encaminando sus razones al demonio que pensaba que tenia Isabela en el cuerpo; estando en esto, que no parece sino que el mismo Satanas lo ordenaba, entró el tio de Isabela con muestras de grandísima alegría, diciendo: Albricias, sobrina mia, albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista, que está presente. Ea, dulce esperanza mia, cúmplenos la que nos has dado de que has de quedar libre en viéndole: ea, demonio maldito, *vade retro*, *exi foras*, sin que lleves pensamiento de volver á esta estancia, por mas barrida y escombrada que la veas. Venga, venga, replicó Isabela, ese putativo Ganimédes, ese contrahecho Adónis, y déme la mano de esposo, libre, sano y sin cautela, que yo le he estado aquí aguardando mas firme que roca puesta á las ondas del mar, que la tocan mas no la mueven.

Entró de camino Andrea Marulo, á quien ya en casa de sus padres le habian dicho la enfermedad de la extranjera Isabela, y de cómo le esperaba para darle por seña de la salida del demonio. El mozo, que era discreto y estaba prevenido por las cartas que Isabela le envió á Salamanca de lo que habia de hacer si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas acudió á la posada de Isabela y entró por su estancia como atontado y loco, diciendo: Afuera, afuera, afuera, aparta, aparta, aparta, que entra el valeroso Andrea, cuadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de una escuadra; con este alboroto y voces casi quedaron admirados los mismos que sabian la verdad del caso, tanto que dijo el médico, y aun su mismo padre: Tan démonio es este como el que tiene Isabela; y su tio dijo: Esperábamos á este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sosiégate, hijo, sosiégate, dijo su padre, que parece que estás loco. ¿No lo ha de éstar, dijo Isabela, si me ve á mí? ¿No soy yo por ventura el centro donde reposan sus pensamientos? ¿No soy yo el blanco donde asestan sus deseos? Sí por cierto, dijo Andrea, sí que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo y vida de mi muerte; dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, y sacadme de la esclavitud en que me veo, á la libertad de verme debajo de vuestro yugo; dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo, á la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho; vayan de aquí fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tú dices bien, señor Andrea, replicó Isabela, y sin que aquí intervengan trazas, máquinas ni embelecos, dame esa mano de esposo y recíbeme por tuya: tendió la mano Andrea, y en aquel instante alzó la voz Auristela, y dijo: Bien se la pueden dar, que para en uno son.

Pasmado y atónito tendió tambien la mano su tio de Isabela, y trabó de la de Andrea, y dijo: ¿Qué es esto, señores? ¿Úsase en este pueblo, que se case un diablo con otro? Que no, dijo el médico, que esto debe de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es posible que este caso que va sucediendo pueda ser prevenido por entendimiento humano. Con todo eso, dijo el tio de Isabela, quiero saber de la boca de entrambos qué lugar le darémos á este casamiento, el de la verdad, ó el de la burla. El de la verdad, respondió Isabela, porque ni Andrea Marulo está loco, ni yo endemoniada; yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que él me quiere y me escoge por su esposa. No loco ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal cual Dios ha sido servido de dármele; y diciendo esto tomó la mano de Isabela, y ella le dió la suya, y con dos síes quedaron indubitablemente casados. ¿Qué es esto? dijo Castrucho, otra vez aquí de Dios, ¿cómo, y es posible que así se deshonren las canas deste viejo? No las puede deshonrar, dijo el padre de Andrea, ninguna cosa mia: yo soy noble, y si no demasiadamente rico, no tan pobre que haya menester á nadie; no entro ni salgo en este negocio: sin mi sabiduría se han casado los muchachos; que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta á los años, y si las mas veces los mozos en sus acciones disparan, muchas aciertan, y cuando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajas á las mas consideradas; pero mírese con todo eso, si lo que aquí ha pasado puede pasar adelante, porque si se puede deshacer, las riquezas de Isabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos sacerdotes que se hallaron presentes dijeron que era válido el matrimonio; presupuesto, que si con parecer de locos le habian comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habian confirmado. Y de nuevo le confirmamos, dijo Andrea, y lo mismo dijo Isabela, oyendo lo cual su tio, se le cayeron las alas del corazon y la cabeza sobre el pecho, y dando un profundo suspiro, vueltos los ojos en blanco, dió muestras de haberle sobrevenido un mortal parasismo; lleváronle sus criados al lecho, levantóse del suyo Isabela, llevóla Andrea á casa de su padre, como á su esposa, y de allí á dos dias entraron por la puerta de una iglesia un niño hermano de Andrea Marulo á bautizar, Isabela y Andrea á casarse, y á enterrar el cuerpo de su tio, porque se vean cuán extraños son los sucesos desta vida; unos á un mismo punto se bautizan, otros se casan y otros se entierran;

con todo eso se puso luto Isabela, porque esta que llaman muerte mezcla los tálamos con las sepulturas, y las galas con los lutos. Cuatro dias mas estuvieron en Luca nuestros peregrinos y la escuadra de nuestros pasajeros, que fuéron regalados de los desposados y del noble Juan Bautista Marulo. Y aquí dió fin nuestro autor al tercero libro desta historia.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Dase cuenta del razonamiento que pasó entre Periandro y Auristela.

Disputóse entre nuestra peregrina escuadra, no una, sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucho, con tantas máquinas fabricado, podia ser valedero, á lo que Periandro muchas veces dijo que sí, cuanto mas que no les tocaba á ellos la averiguacion de aquel caso; pero lo que á él le habia descontentado, era la junta del bautismo, casamiento y la sepultura, y la ignorancia del médico, que no atinó con la traza de Isabela, ni con el peligro de su tio; unas veces trataban en esto, y otras en referir los peligros que por ellos habian pasado: andaban Croriano y Ruperta su esposa atentísimos inquiriendo quién fuesen Periandro y Auristela, Antonio y Constanza, lo que no hacian por saber quién fuesen las tres damas francesas, que desde el punto que las vieron fuéron dellos conocidas. Con esto, á mas que medianas jornadas, llegaron á Acuapendente, lugar cercano á Roma, á la entrada de la cual villa, adelantándose un poco Periandro y Auristela de los demas, sin temor que nadie los escuchase ni oyese, Periandro habló á Auristela desta manera: Bien sabes, ó señora, que las causas que nos movieron á salir de nuestra patria y á dejar nuestro regalo, fuéron tan justas como necesarias: ya los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas, ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesion esperada; mira, señora, que será bien que des una vuelta á tus pensamientos, y escudriñando tu voluntad mires si estás en la entereza primera, ó si lo estarás despues de haber cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu real sangre no se engendró entre promesas mentirosas, ni entre dobladas trazas; de mí te sé decir, ó hermosa Sigismunda, que este Periandro que aquí ves es el Persiles que en la casa del rey mi padre viste: aquel, digo, que te dió palabra de ser tu esposo en los alcázares de su padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos llevase.

Ibale mirando Auristela atentísimamente, maravillada de que Periandro dudase de su fe, y así le dijo: Sola una voluntad, ó Persiles, he tenido en toda mi vida, y esa habrá dos años que te la entregué, no forzada, sino de mi libre albedrío, la cual tan entera y firme está agora como el primer dia que te hice señor della; la cual si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado: de que tú estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesion tus esperanzas; pero dime, ¿qué harémos despues que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Léjos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las ajenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodidades; no digo esto porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo como esté contigo, sino dígolo, porque cualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida: hasta aquí, ó poco ménos de hasta aquí, padecia mi alma en sí sola; pero de aquí adelante padeceré en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que una. Mira, señora, respondió Periandro, cómo no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen que cada uno es el artífice della desde el principio hasta el cabo; así yo no puedo responderte agora lo que harémos despues que la buena suerte nos ajunte; rómpase agora el inconveniente de nuestra division, que despues de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten y chozas que nos recojan y hatos que nos encubran; que á gozarse dos almas que son una, como tú has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen; no nos faltará medio para que mi madre la Reina sepa dónde estamos, ni á ella le faltará industria para socorrernos; y en tanto esa cruz de diamantes que tienes, y esas dos perlas inestimables comenzarán á darnos ayudas, sino que temo que al deshacernos dellas se ha de deshacer nuestra máquina; porque ¿cómo se ha de creer que prendas de tanto valor se encubran debajo de una esclavina? Y por venir dándoles alcance la demas compañía, cesó su plática, que fué la primera que habian hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela jamas dió ocasion á Periandro á que en secreto la hablase, y con este artificio y seguridad notable pasaron la plaza de hermanos entre todos cuantos hasta allí los habian conocido: solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante, que llegó á sospechar la verdad.

Aquella noche llegaron una jornada ántes de Roma, y en un meson, adonde siempre les solia acontecer maravillas, les aconteció esta, si es que así puede llamarse: estando todos sentados á una mesa, la cual la solicitud del huésped y la diligencia de sus criados tenian abundantemente proveida, de un aposento del meson salió un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano, y habiendo hecho á todos la debida cortesía, en lengua castellana dijo: Este traje de peregrino que he visto, el cual trae consigo la obligacion de que pida limosna al que lo trae, me obliga á que os la pida, y tan aventajada y tan nueva, que sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me habeis de hacer rico: yo, señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros y los mas maduros en el de las letras: en los de la guerra he alcanzado algun buen nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado; algunos libros he impreso, de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos

han dejado de ser tenidos por buenos; y como la necesidad, segun se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mio, que tiene un no sé qué de fantástico é inventivo, ha dado en una imaginacion algo peregrina y nueva, y es, que á costa ajena quiero sacar un libro á luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ajeno, y el provecho mio; el libro se ha de llamar: *Flor de aforismos peregrinos*, conviene á saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: cuando en el camino ó en otra parte topo alguna persona, cuya presencia muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, ó alguna sentencia que lo parezca; y desta manera tengo ajuntados mas de trescientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mio sino de su mismo autor, que lo firmó de su nombre, despues de haberlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo. Dadnos, señor español, respondió Periandro, alguna muestra de lo que pedis por quien nos guiemos, que en lo demas seréis servido como nuestros ingenios lo alcanzaren. Esta mañana, respondió el español, llegaron aquí y pasaron de largo un peregrino y una peregrina españoles, á los cuales por ser españoles, declaré mi deseo, y ella me dijo que pusiese de mi mano (porque no sabia escribir) esta razon:

Mas quiero ser mala con esperanzas de ser buena, que buena con propósito de ser mala.

Y díjome que firmase *la peregrina de Talavera*: tampoco sabía escribir el peregrino, y me dijo que escribiese:

No hay carga mas pesada que la mujer liviana.

Y firmé por él, *Bartolomé el Manchego*. Deste modo son los aforismos que pido, y los que espero desta gallarda compañía serán tales, que realcen á los demas y les sirvan de adorno y de esmalte. El caso está entendido, respondió Croriano, y por mí, tomando la pluma al peregrino y el cartapacio, quiero comenzar á salir desta obligacion, y escribió:

Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.

Y firmó, *Croriano*: luego tomó la pluma Periandro y escribió:

Dichoso es el soldado que cuando está peleando, sabe que le está mirando su príncipe.

Y firmó. Sucedióle el bárbaro Antonio, y escribió:

La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es mas firme que las demas honras.

Y firmóse *Antonio el Bárbaro*; y como allí no habia mas hombres, rogó el peregrino que tambien aquellas damas escribiesen, y fué la primera que escribió Ruperta, y dijo:

La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura, y la que no, no es mas de un buen parecer.

Y firmó. Segundóla Auristela, y tomando la pluma, dijo:

La mejor dote que puede llevar la mujer principal, es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta, ó la fortuna la deshace.

Y firmó; á quien siguió Constanza, escribiendo:

No por el suyo, sino por el parecer ajeno ha de escoger la mujer el marido.

Y firmó. Feliz Flora escribió tambien, y dijo:

A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa, pero á mucho mas las fuerzas del gusto.

Y firmó. Y siguiendo Belarminia, dijo:

La mujer ha de ser como el armiño, dejándose ántes prender que enlodarse.

Y firmó. La última que escribió fué la hermosa Deleasir, y dijo:

Sobre todas las acciones desta vida tiene imperio la buena ó la mala suerte, pero mas sobre los casamientos.

Esto fué lo que escribieron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el español quedó agradecido y contento, y preguntándole Periandro si sabía algun aforismo de memoria, de los que tenia allí escritos, le dijese; á lo que respondió que solo uno diria que le habia dado gran gusto por la firma del que lo habia escrito, que decia:

No desees, y serás el mas rico hombre del mundo.

Y la firma decia: *Diego de Ratos, corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto á Valladolid.* Por Dios, dijo Antonio, que la firma está larga y tendida, y que el aforismo es el mas breve y compendioso que pueda imaginarse, porque está claro que lo que se desea es lo que falta, y el que no desea no tiene falta de nada, y así será el mas rico del mundo. Algunos otros aforismos dijo el español, que hicieron sabrosa la conversacion y la cena; sentóse el peregrino con ellos, y en el discurso de la cena dijo: No daré el privilegio deste mi libro á ningun librero en Madrid, si me da por él dos mil ducados, que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de balde, ó á lo ménos por tan poco precio, que no le luzga al autor del libro; verdad es que tal vez suelen comprar un privilegio y imprimir un libro con quien piensan enriquecer, y pierden en él el trabajo y la hacienda; pero el destos aforismos, escrito se lleva en la frente la bondad y la ganancia.

CAPITULO II.

Llegan á las cercanías de Roma, y en un bosque encuentran á Arnaldo y al duque de Nemurs heridos en desafío.

Bien podia intitularse el libro del peregrino español *Historia peregrina sacada de diversos autores*; y dijera verdad, segun habian sido y iban siendo los que la componian; y no les dió poco que reir la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun tambien les dió que pensar el dicho de Bartolomé el manchego, que dijo, que *no habia carga mas pesada que la mujer liviana*, señal que le debia de pesar ya la que llevaba en la moza de Talavera. En esto fuéron hablando otro dia, que dejaron al español moderno y nuevo autor de nuevos y exquisitos libros, y aquel mismo dia vieron á Roma, alegrándoles las almas, de cuya alegría redundaba salud en los cuerpos: alborozáronse los corazones de Periandro y de Auristela, viéndose tan cerca del fin de su deseo; los de Croriano y Ruperta y los de las tres damas francesas ansimismo, por el buen suceso que prometia el fin próspero de su viaje, entrando á la parte deste gusto los de Constanza y Antonio; heríales el sol por cenit, á cuya causa, puesto que está mas apartado de la tierra que en ninguna otra sazon del dia, hiere con mas calor y vehemencia; y habiéndoles convidado una cercana selva que á su mano derecha se descubria, determinaron de pasar en ella el rigor de la siesta que

les amenazaba, y aun quizá la noche, pues les quedaba lugar demasiado para entrar el dia siguiente en Roma; hiciéronlo así, y miéntras mas entraban por la selva adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las yerbas salian, los arroyos que por ella cruzaban, les iban confirmando en su mismo propósito.

Tanto habian entrado en ella, cuanto volviendo los ojos, vieron que estaban ya encubiertos á los que por el real camino pasaban; y haciéndoles la variedad de los sitios variar en la imaginacion cuál escogerian, segun eran todos buenos y apacibles, alzó acaso los ojos Auristela, y vió pendiente de la rama de un verde sauce un retrato del grandor de una cuartilla de papel, pintado en una tabla no mas del rostro de una hermosísima mujer, y reparando un poco en él, conoció claramente ser su rostro el del retrato, y admirada y suspensa se le enseñó á Periandro: á este mismo instante dijo Croriano que todas aquellas yerbas manaban sangre, y mostró los piés en caliente sangre teñidos. El retrato, que luego descolgó Periandro, y la sangre que mostraba Croriano, los tuvo confusos á todos y en deseo de buscar así el dueño del retrato como de la sangre. No podia pensar Auristela quién, dónde ó cuándo pudiese haber sido sacado su rostro, ni se acordaba Periandro que el criado del duque de Nemurs le habia dicho que el pintor que sacaba los de las tres damas francesas sacaria tambien el de Auristela, con no mas de haberla visto; que si de esto él se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba: el rastro que siguieron de la sangre llevó á Croriano y á Antonio que le seguian hasta ponerlos entre unos espesos árboles que allí cerca estaban, donde vieron al pié de uno un gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el corazon y todo lleno de sangre, vista que les turbó en gran manera, y mas cuando llegándose á él Croriano, le alzó el rostro que sobre los pechos tenia derribado y lleno de sangre, y limpiándosele con un lienzo, conoció sin duda alguna ser el herido el duque de Nemurs, que no bastó el diferente traje en que le hallaba para dejar de conocerle: tanta era la amistad que con él tenia; el Duque herido, ó á lo ménos el que parecia ser el Duque, sin abrir los ojos, que con la sangre los tenia cerrados, con mal pronunciadas palabras dijo: Bien hubiérais hecho, ó quien quiera que seas, enemigo mortal de mi descanso, si hubieras alzado un poco mas la mano y dádome en mitad del corazon, que allí sí que hallaras el retrato mas vivo y mas verdadero que el que me hiciste quitar del pecho, y colgar en el árbol, porque no me sirviese de reliquia y de escudo en nuestra batalla. Hallóse Constanza en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna y compasiva, acudió á mirarle la herida y á tomarle la sangre, ántes que á tener cuenta con las lastimosas palabras que decia; casi otro tanto le sucedió á Periandro y Auristela, porque la misma sangre les hizo pasar adelante á buscar el orígen de donde procedia, y hallaron entre unos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro, que descubierto y limpio tenia; y así sin tener necesidad de limpiársele, ni de hacer diligencias para conocerle, conocieron ser el príncipe Arnaldo, que mas desmayado que muerto estaba. La primera señal que dió de vida fué probarse á levantar, diciendo: No le llevarás, traidor, porque el retrato es mio, por ser el de mi alma; tú le has robado, y sin haberte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida.

Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo, y aunque las obligaciones que le tenia le impelian á que á él se llegase, no osaba por la presencia de Periandro, el cual, tan obligado como cortés, asió de las manos del Príncipe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el príncipe querria que se callase, le dijo: Volved en vos, señor Arnaldo, y veréis que estáis en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el cielo, que no os podais prometer mejora de vuestra suerte: abrid los ojos, digo, y veréis á vuestro amigo Periandro y á vuestra obligada Auristela, tan deseosos de serviros como siempre: contadnos vuestra desgracia y todos vuestros sucesos, y prometéos de nosotros todo cuanto nuestra industria y fuerzas alcanzaren: decidnos si estáis herido, y quién os hirió y en qué parte, para que luego se procure vuestro remedio. Abrió en esto los ojos Arnaldo, y conociendo á los dos que delante tenia, como pudo, que fué con mucho trabajo, se arrojó á los piés de Auristela, puesto que abrazado tambien á los de Periandro, que hasta en aquel punto guardó el decoro á la honestidad de Auristela, en la cual puestos los ojos, dijo: No es posible que no seas tú, señora, la verdadera Auristela, y no imágen suya, porque no tendria ningun espíritu licencia ni ánimo para ocultarse debajo de apariencia tan hermosa: Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo que siempre ha deseado servirte: en tu busca vengo, porque si no es parando en tí, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mia.

En el tiempo que esto pasaba, ya habian dicho á Croriano y á los demas el hallazgo del otro peregrino, y que daba tambien señales de estar mal herido; oyendo lo cual Constanza, habiendo tomado ya la sangre al Duque, acudió á ver lo que habia menester el segundo herido, y cuando conoció ser Arnaldo, quedó atónita y confusa; y supliendo su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras razones, le dijo que le descubriese sus heridas; á lo que Arnaldo respondió con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenia la herida. Desnudóle luego Constanza, y hallósele por la parte superior atravesado de parte á parte: tomóle luego la sangre, que aun corria, y dijo á Periandro, cómo el otro herido que allí estaba era el duque de Nemurs, y que convenía llevarlos al pueblo mas cercano donde fuesen curados, porque el mayor peligro que tenian era la falta de la sangre. Al oir Arnaldo el nombre del Duque, se estremeció todo, y dió lugar á que los fríos celos se entrasen hasta el alma por las calientes venas, casi vacías de sangre, y así dijo, sin mirar lo que decia: Alguna diferencia hay de un duque á un rey; pero en el estado del uno ni del otro, ni aun en el de todos los monarcas del mundo cabe el merecer á Auristela; y añadió, y dijo: No me lleven adonde llevaren al Duque, que la presencia de los agraviadores no ayuda nada á las enfermedades de los agraviados. Dos criados traia consigo Arnaldo y otros dos el Duque, los cuales por órden de sus señores los habian dejado allí solos, y ellos se habian adelantado á un lugar allí cercano, para tenerles aderezado alojamiento cada uno de por sí, porque aun no se conocian. Miren tambien, dijo Arnaldo, si en un árbol destos que están aquí á la redonda, está pendiente un

retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla que entre mí y el Duque hemos pasado; quítese y déseme, porque me cuesta mucha sangre, y de derecho es mio. Casi esto mismo estaba diciendo el Duque á Ruperta y á Croriano y á los demas que con él estaban; pero á todos satisfizo Periandro, diciendo, que él le tenia en su poder como en depósito, y que le volveria en mejor coyuntura á cuyo fuese. ¿Es posible, dijo Arnaldo, que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mio? ¿No sabe ya el cielo, que desde el punto que vi el original le trasladé en mi alma? pero téngale mi hermano Periandro, que en su poder no tendrán entrada los celos, las iras y las soberbias de sus pretensores, y llévenme de aquí, que me desmayo: luego acomodaron en qué pudiesen ir los dos heridos, cuya vertida sangre mas que la profundidad de las heridas les iba poco á poco quitando la vida, y así los llevaron al lugar donde sus criados les tenian el mejor alojamiento que pudieron, y hasta entónces no habia conocido el Duque ser el príncipe Arnaldo su contrario.

CAPITULO III.

Entran en Roma, y alójanse en la casa de un judío llamado Manases.

Invidiosas y corridas estaban las tres damas francesas de ver que en la opinion del Duque estaba estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos, que el criado que envió á retratarlas, como se ha dicho, les dijo que consigo los traia, entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraba; razones y desengaño que las lastimó las almas, que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras igualen á las suyas, ni aun que se les comparen; porque la verdad que comunmente se dice, de que toda comparacion es odiosa, en la de las bellezas viene á ser odiosísima, sin que amistades, parentescos, calidades y grandezas se opongan al rigor desta maldita invidia, que así puede llamarse la que encendia las comparadas hermosuras: dijo ansimismo, que viniendo el Duque su señor desde Paris, buscando á la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se habia sentado al pié de un árbol con el retrato en las manos, que así hablaba con él muerto, como con el original vivo, y que estando así habia llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, que pudo bien oir lo que el Duque con el retrato hablaba, sin que yo y otro compañero mio lo pudiésemos estorbar, porque estábamos algo desviados: en fin, corrimos á advertir al Duque, que le escuchaban, volvió el Duque la cabeza y vió al peregrino, el cual sin hablar palabra, lo primero que hizo fué arremeter al retrato y quitársele de las manos al Duque, que como le cogió de sobresalto, no tuvo lugar de defenderle como él quisiera, y lo que le dijo fué, á lo ménos lo que yo pude entender; Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrílegas manos la que en ellas tienes; deja esa tabla donde está pintada la hermosura del cielo, ansí porque no la mereces, como por ser ella mia. Eso no, respondió el otro peregrino, y si desta verdad no puedo darte testigos, remitiré su falta á los filos de mi estoque, que en este bordon traigo oculto. Yo sí que soy el verdadero poseedor desta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que ahora estamos la compré con mis tesoros y la adoré con mi alma, y he servido á su original con mi solicitud y con mis trabajos.

El Duque entónces, volviéndose á nosotros, nos mandó con imperiosas razones, los dejásemos solos, y que viniésemos á este lugar, donde le esperásemos, sin tener osadía de volver solamente el rostro á mirarles: lo mismo mandó el otro peregrino á los dos que con él llegaron, que, segun parece, tambien son sus criados; con todo esto, hurté algun tanto la obediencia á su mandamiento, y la curiosidad me hizo volver los ojos, y vi que el otro peregrino colgaba el retrato de un árbol, no porque puntualmente lo viese, sino porque lo conjeturé, viendo que luego desenvainando del bordon que tenia un estoque ó á lo ménos una arma que lo parecia, acometió á mi señor, el cual le salió á recebir con otro estoque, que yo sé que en el bordon traia. Los criados de entrambos quisimos volver á despartir la contienda; pero yo fui de contrario parecer, diciéndoles, que pues era igual y entre dos solos, sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dejásemos y siguiésemos nuestro camino, pues en obedecerles no errábamos, y en volver quizá sí: ahora sea lo que fuere, pues no sé si el buen consejo, ó la cobardía nos emperezó los piés y nos ató las manos, ó si la lumbre de los estoques, hasta entónces aun no sangrientos, nos cegó los ojos, que no acertábamos á ver el camino que habia desde allí al lugar de la pendencia, sino el que habia al deste adonde ahora estamos: llegámos aquí, hicimos el alojamiento con priesa, y con mas animoso discurso volviamos á ver lo que habia hecho la suerte de nuestros dueños: hallámoslos cual habeis visto, donde si vuestra llegada no los socorriera, bien sin provecho habia sido la nuestra. Esto dijo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera, como si fueran amantes verdaderas del Duque; y al mismo instante se deshizo en la imaginacion de cada una la quimera y máquina, si alguna habia hecho ó levantado, de casarse con el Duque; que ninguna cosa quita ó borra el amor mas presto de la memoria, que el desden en los principios de su nacimiento: que el desden en los principios del amor tiene la misma fuerza que tiene la hambre en la vida humana: á la hambre y al sueño se rinde la valentía, y al desden los mas gustosos deseos. Verdad es, que esto suele ser en los principios, que despues que el amor ha tomado larga y entera posesion del alma, los desdenes y desengaños le sirven de espuelas, para que con mas lijereza corra á poner en efecto sus pensamientos. Curáronse los heridos, y dentro de ocho dias estuvieron para ponerse en camino y llegar á Roma, de donde habian venido cirujanos á verlos.

En este tiempo supo el Duque, cómo su contrario era príncipe heredero del reino de Dinamarca, y supo ansimismo la intencion que tenia de escogerla por esposa: esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle que la que era estimada para reina, lo podia ser para duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos y imaginaciones se mezclaban los celos, de manera que le amargaban el gusto y le turbaban el sosiego; en fin, se llegó el dia de su partida, y el Duque y Arnaldo, cada uno por su parte, entró en Roma, sin darse á conocer á nadie, y los demas peregrinos de nuestra compañía, llegando á la vista della, desde un alto montecillo la descubrieron, y hincados



de rodillas, como á cosa sacra, la adoraron, cuando de entre ellos salió una voz de un peregrino, que no conocieron, que con lágrimas en los ojos comenzó á decir desta manera:

¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta,
Alma ciudad de Roma! A tí me inclino
Devoto, humilde y nuevo peregrino,
A quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que á tu fama se adelanta,
Al ingenio suspende, aunque divino,
De aquel que á verte y adorarte vino,
Con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo, que contemplo
Con la sangre de mártires mezclada,
Es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en tí, que no sirva de ejemplo
De santidad, así como trazada
De la ciudad de Dios al gran modelo.

Cuando acabó de decir este soneto el peregrino, se volvió á los circunstantes, diciendo: Habrá pocos años, que llegó á esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo y deshonra de su nacion, el cual hizo y compuso un soneto en vituperio desta insigne ciudad y de sus ilustres habitadores; pero la culpa de su lengua pagara su garganta, si le cogieran: yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habeis oido. Rogóle Periandro que le repitiese, hízolo así, alabáronsele mucho, bajaron del recuesto, pasaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Pópulo, besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa, ántes de la cual llegaron dos judíos á uno de los criados de Croriano, y le preguntaron si toda aquella escuadra de gente tenia estancia conocida yo preparada donde alojarse, si no, que ellos se la darian tal, que pudiesen en ella alojarse príncipes; porque habeis de saber, señor, dijeron, que nosotros somos judíos, yo me llamo Zabulon, y mi compañero Abiud: tenemos por oficio adornar casas de todo lo necesario, segun y como es la calidad del que quiere habitarlas, y allí llega su adorno, donde llega el precio que se quiere pagar por ellas. A lo que el criado respondió: Otro compañero mio desde ayer está en Roma con intencion que tenga preparado el alojamiento conforme á la calidad de mi amo y de todos aquellos que aquí vienen. Que me maten, dijo Abiud, si no es este el frances que ayer se contentó con la casa de nuestro compañero Manases, que la tiene aderezada como casa real. Vamos pues adelante, dijo el criado de Croriano, que mi compañero debe de estar por aquí esperando á ser nuestra guia, y cuando la casa que tuviere no fuere tal, nos encomendarémos á la que nos diere el señor Zabulon: con esto pasaron adelante, y á la entrada de la ciudad vieron los judíos á Manases, su compañero, y con él al criado de Croriano, por donde vinieron en conocimiento que la posada que los judíos habian pintado, era la rica de Manases, y así alegres y contentos guiaron á nuestros peregrinos, que estaba junto al arco de Portugal.

Apénas entraron las francesas damas en la ciudad, cuando se llevaron tras sí los ojos de casi todo el pueblo, que por ser dia de estacion, estaba llena aquella calle de Nuestra Señora del Pópulo de infinita gente; pero la admiracion que comenzó á entrar poco á poco en los que á las damas francesas miraban, se acabó de entrar mucho á mucho en los corazones de los que vieron á la sin par Auristela y á la gallarda Constanza, que á su lado iba, bien así como van por iguales paralelos dos lucientes estrellas por el cielo; tales iban, que dijo un romano que, á lo que se cree, debia de ser poeta: Yo apostaré que la diosa Vénus, como en los tiempos pasados, vuelve á esta ciudad á ver las reliquias de su querido Enéas. Por Dios, que hace mal el señor gobernador de no mandar que se cubra el rostro desta movible imágen: ¿quiere por ventura que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan y que los necios idolatren? Con estas alabanzas, tan hipérboles como no necesarias, pasando adelante el gallardo escuadron, llegó al alojamiento de Manases, bastante para alojar á un poderoso príncipe y á un mediano ejército.

CAPITULO IV.

De lo que pasó entre Arnaldo y Periandro, y entre el duque de Nemurs y Croriano.

Extendióse aquel mismo dia la llegada de las damas francesas por toda la ciudad, con el gallardo escuadron de los peregrinos; especialmente se divulgó la desigual hermosura de Auristela, encareciéndola, si no como ella era, á lo ménos cuanto podian las lenguas de los mas discretos ingenios: al momento se coronó la casa de los nuestros de mucha gente, que los llevaba la curiosidad y el deseo de ver tanta belleza junta, segun se habia publicado. Llegó esto á tanto extremo, que desde la calle pedian á voces se asomasen á las ventanas las damas y las peregrinas, que reposando, no querian dejar verse: especialmente clamaban por Auristela, pero no fué posible que se dejase ver ninguna dellas.

Entre la demas gente que llegó á la puerta, llegaron Arnaldo y el Duque con sus hábitos de peregrinos, y apénas se hubo visto el uno al otro, cuando á entrambos les temblaron las piernas y les palpitaron los pechos: conociólos Periandro desde la ventana, díjoselo á Croriano, y los dos juntos bajaron á la calle para estorbar en cuanto pudiesen la desgracia que podian temer de dos tan celosos amantes. Periandro se pasó con Arnaldo, y Croriano con el Duque, y lo que Arnaldo dijo á Periandro, fué: Uno de las cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo consintiendo que este caballero frances, que dicen ser el duque de Nemurs, esté como en posesion del retrato de Auristela, que puesto que está en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio: mira, amigo Periandro, esta enfermedad que los amantes llaman celos, que la llamaran mejor desesperacion rabiosa, entran á la parte con ella la invidia y el menosprecio, y cuando una vez se apodera del alma enamorada, no hay consideracion que la sosiegue, ni remedio que la valga, y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace son grandes, que por lo ménos quitan el seso y por lo mas la vida; que mejor es al amante celoso el morir desesperado, que vivir con celos; y el que fuere amante verdadero no ha de tener atrevimiento para pedir celos á la cosa amada; y puesto que llegue á tanta perfeccion que no los pida, no puede dejarlos de pedir á sí mismo, digo á su misma ventura, de la cual es imposible vivir seguro; porque las cosas de mucho precio y valor tienen en continuo temor al que las posee, ó al que las ama, de perderlas; y esta es una pasion que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable. Aconséjote, ó amigo Periandro, si es que puede dar consejo quien no le tiene para sí, que

consideres que soy rey y que quiero bien, y que por mil experiencias estás satisfecho y enterado de que cumpliré con las obras, cuanto con palabras he prometido, de recebir á la sin par Auristela tu hermana sin otra dote, que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura, y que no quiero averiguar la nobleza de su linaje, pues está claro que no habia de negar naturaleza los bienes de la fortuna á quien tantas dió de sí misma: nunca en humildes sugetos, ó pocas veces, hacen su asiento virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma; y para reducirme á un término solo, te digo lo que otras veces te he dicho, que adoro á Auristela, ora sea de linaje del cielo, ora de los ínfimos de la tierra; y pues ya está en Roma, adonde ella ha librado mis esperanzas, sé tú, ó hermano mio, parte para que me las cumpla; que desde aquí parto mi corona y mi reino contigo, y no permitas que yo muera escarnecido deste Duque, ni menospreciado de la que adoro.

A todas estas razones, ofrecimientos y promesas respondió Periandro, diciendo: Si mi hermana tuviera culpa en las causas que este Duque ha dado á tu enojo, si no la castigara, á lo ménos la riñera, que para ella fuera un gran castigo; pero como sé que no la tiene, no tengo qué responderte. En esto de haber librado tus esperanzas en su venida á esta ciudad, como no sé adónde llegan las que te ha dado, no sé qué responderte: de los ofrecimientos que me haces y me has hecho, estoy tan agradecido, como me obliga el ser tú el que los haces, y yo á quien se hacen; porque, con humildad sea dicho, ó valeroso Arnaldo, quizá esta pobre muceta de peregrino sirve de nube, que por pequeña que sea, suele quitar los rayos al sol; y por ahora sosiégate, que ayer llegamos á Roma, y no es posible que en tan breve espacio se hayan fabricado discursos, dado trazas y levantado quimeras que reduzcan nuestras acciones á los felices fines que deseamos: huye, en cuanto te fuere posible, de encontrarte con el Duque, porque un amante desdeñado y flaco de esperanzas suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere. Arnaldo le prometió que así lo haria, y le ofreció prendas y dineros para sustentar la autoridad y el gasto, ansí el suyo como el de las damas francesas. Diferente fué la plática que tuvo Croriano con el Duque, pues toda se resolvió en que habia de cobrar el retrato de Auristela, ó habia de confesar Arnaldo no tener parte en él: pidió tambien á Croriano fuese intercesor con Auristela, le recebiese por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hacia ventaja ninguna de las mas ilustres de Europa: en fin, él se mostró algo arrogante y algo celoso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se lo ofreció ansimismo y quedó en darle la respuesta que dijese Auristela, al proponerle la ventura que se le ofrecia de recebirle por esposo.

CAPITULO V.

De cómo por medio de Croriano fuéron libres Bartolomé y la Talaverana, que estaban sentenciados á muerte.

Desta manera los dos contrarios celosos y amantes, cuyas esperanzas tenian fundadas en el aire, se despidieron, el uno de Periandro y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas, en reprimir sus ímpetus y disimular sus agravios, á lo ménos hasta tanto que Auristela se declarase, de la cual cada uno esperaba que habia de ser en su favor, pues al ofrecimiento de un reino y al de un estado tan rico como el del Duque, bien se podia pensar que habia de titubear cualquier firmeza y mudarse el propósito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas y apetecerse la mejoría de los estados: especialmente suele ser este deseo mas vivo en las mujeres. De todo esto estaba bien descuidada Auristela, pues todos sus pensamientos, por entónces, no se extendian á mas que á enterarse en las verdades que á la salvacion de su alma convenían; que por haber nacido en partes tan remotas y en tierras adonde la verdadera fe católica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo, llegó á él un hombre español, y le dijo: Segun traigo las señas, si es que vuesa merced es español, para vuesa merced viene esta carta; púsole una en las manos cerrada, cuyo sobrescrito decia: *Al ilustre señor Antonio de Villaseñor*, por otro nombre llamado *el Bárbaro*. Preguntóle Periandro, ¿que quién le habia dado aquella carta? respondiéle el portador que un español que estaba preso en la cárcel que llaman Torre de Nona, y por lo ménos condenado á ahorcar por homicida, él y otra su amiga, mujer hermosa, llamada la *Talaverana*. Conoció Periandro los nombres y casi adivinó sus culpas, y respondió: Esta carta no es para mí, sino para este peregrino que hácia acá viene; y fué así, porque en aquel instante llegó Antonio, á quien Periandro dió la carta, y apartándose los dos á una parte, la abrió y vió que así decia:

«Quien en mal anda en mal para: de dos piés, aunque el uno esté sano, si el otro está cojo, tal vez cojea; »que las malas compañías no pueden enseñar buenas »costumbres: la que yo trabé con la Talaverana, que »no debiera, me tiene á mí y á ella sentenciados de re»mate para la horca; el hombre que la sacó de España, »la halló aquí en Roma en mi compañía, recebió pesa»dumbre dello, asentóle la mano en mi presencia, y yo, »que no soy amigo de burlas, ni de recebir agravios, sino »de quitarlos, volví por la moza, y á puros palos maté á »su agraviador. Estando en la fuga de esta pendencia, »llegó otro peregrino que por el mismo estilo comenzó á »tomarme la medida de las espaldas: dice la moza que »conoció que el que me apaleaba era un su marido, de »nacion polaco, con quien se habia casado en Talavera, »y temiéndose que en acabando conmigo habia de co»menzar por ella, porque le tenia agraviado, no hizo »mas de echar mano á un cuchillo, de dos que traia con»sigo siempre en la vaina, y llegándose á él bonitamente »se le clavó por los riñones, haciéndole tales heridas que »no tuvieran necesidad de maestro: en efecto, el amigo »á palos y el marido á puñaladas, en un instante conclu»yeron la carrera mortal de su vida. Prendiéronnos al mismo »punto y trajéronnos á esta cárcel, donde quedamos muy »contra nuestra voluntad: tomáronnos la confesion, con»fesamos nuestro delito, porque no le podiamos negar, y »con esto ahorramos el tormento, que aquí llaman tortu»ra; sustancióse el proceso, dándose mas priesa á ello »de lo que quisiéramos; ya está concluso y nosotros sen»tenciados á destierro, sino que es desta vida para la otra. »Digo, señor, que estamos sentenciados á ahorcar, de lo »que está tan pesarosa la Talaverana, que no lo puede »llevar en paciencia: la cual besa á vuesa merced las ma»nos y á mi señora Constanza y al señor Periandro y á

»mi señora Auristela, y dice que ella se holgara de es»tar libre para ir á besárselas á vuesas mercedes á sus »casas: dice tambien, que si la sin par Auristela pone »haldas en cinta y quiere tomará su cargo nuestra liber»tad, que le será fácil, porque ¿qué pedirá su grande »hermosura que no lo alcance, aunque la pida á la du»reza misma? y añade mas, y es que si vuesas mer»cedes no pudieren alcanzar el perdon, á lo ménos pro»curen alcanzar el lugar de la muerte, y que como ha »de ser en Roma, sea en España, porque está informada la »moza, que aquí no llevan los ahorcados con la autoridad »conveniente, porque van á pié y apénas los ve nadie, y así »apénas hay quien les rece una Avemaría, especialmente »si son españoles los que ahorcan; y ella querria, si »fuese posible, morir en su tierra y entre los suyos, »donde no faltaria algun pariente que de compasion le »cerrase los ojos; yo tambien digo lo mismo, porque »soy amigo de acomodarme á la razon, porque estoy tan »mohino en esta cárcel, que á trueco de excusar la pe»sadumbre que me dan las chinches en ella, tomaria »por buen partido que me sacasen á ahorcar mañana; y »advierto á vuesa merced, señor mio, que los jueces »desta tierra no desdicen nada de los de España; todos »son corteses y amigos de dar y recebir cosas justas, y »que cuando no hay parte que solicite la justicia, no de»jan de llegarse á la misericordia, la cual si reina en to»dos los valerosos pechos de vuesas mercedes, que sí »debe de reinar, sugeto hay en nosotros en que se mues»tre, pues estamos en tierra ajena, presos en la cárcel, »comidos de chinches y de otros animales inmundos, »que son muchos por pequeños y enfadan como si fue»sen grandes; y sobre todo nos tienen ya en cueros y en »la quinta esencia de la necesidad, solicitadores, procu»radores y escribanos, de quien Dios nuestro Señor nos »libre por su infinita bondad, amen. Aguardando la »respuesta quedamos, con tanto deseo de recebirla »buena, como le tienen los cigoninos en la torre, espe»rando el sustento de sus madres. Y firmaba:

»El desdichado Bartolomé

»Manchego.»

En extremo dió la carta gusto á los dos que la habian leido, y en extremo les fatigó su afliccion; y luego diciéndole al que la habia llevado dijese al preso que se consolase y tuviese esperanza de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dádivas y promesas pudiesen, le procurarian; y al punto fabricaron las diligencias que habian de hacerse: la primera fué que Croriano hablase al embajador de Francia, que era su pariente y amigo, para que no se ejecutase la pena tan presto, y diese lugar el tiempo á que le tuviesen los ruegos y las solicitudes; determinó tambien Antonio de escribir otra carta en respuesta de la suya á Bartolomé, con que de nuevo se renovase el gusto que les habia dado la suya; pero comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constanza, fuéron las dos de parecer que no se la escribiese, porque á los afligidos no se ha de añadir aflicion, y podria ser que tomasen las burlas por véras y se afligiesen con ellas; lo que hicieron fué dejar todo el cargo de aquella negociacion sobre los hombros y diligencia de Croriano y en los de Ruperta su esposa, que se lo rogó ahincadamente, y en seis dias ya estaban en la calle Bartolomé y la Talaverana; que adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riscos y se deshacen las dificultades.

En este tiempo le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que á ella le parecia que le faltaba por saber de la fe católica, á lo ménos de aquello que en su patria escuramente se practicaba: halló con quien comunicar su deseo por medio de los penitenciarios, con quien hizo su confesion entera, verdadera y llana, y quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciarios, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y mas convenientes misterios de nuestra santa fe. Comenzaron desde la invidia y soberbia de Lucifer y de su caida con la tercera parte de las estrellas que cayeron con él en los abismos, caida que dejó vacas y vacías las sillas del cielo, que las perdieron los ángeles malos por su necia culpa; declaráronle el medio que Dios tuvo para llenar estos asientos criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los ángeles malos perdieron; discurrieron por la verdad de la creacion del hombre y del mundo, y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnacion, y con razones sobre la razon misma bosquejaron el profundísimo misterio de la Santísima Trinidad: contaron, cómo convino que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciese hombre, para que como hombre Dios pagase por el hombre, y Dios pudiese pagar como Dios, cuya union hipostática solo podia ser bastante para dejar á Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se habia de satisfacer y el hombre finito por sí no podia, y Dios en sí solo era incapaz de padecer, pero juntos los dos llegó el caudal á ser infinito, y ansí lo fué la paga; mostráronle la muerte de Cristo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el pesebre, hasta que se puso en la cruz; exageráronle la fuerza y eficacia de los sacramentos, y señaláronle con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la cual no hay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado; mostráronle asímismo á Jesucristo Dios vivo, sentado á la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el cielo, sacramentado en la tierra, cuya santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna; porque uno de los mayores atributos de Dios, que todos son iguales, es el estar en todo lugar por potencia, por esencia y por presencia; aseguráronle infaliblemente la venida deste Señor á juzgar el mundo sobre las nubes del cielo, y asímismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ó por mejor decir, las fuerzas del infierno; trataron del poder del sumo pontífice, visorey de Dios en la tierra y llavero del cielo; finalmente no les quedó por decir cosa que vieron que convenía para darse á entender, y para que Auristela y Periando los entendiesen. Estas liciones ansí alegraron sus almas, que las sacó de sí mismas, y se las llevó á que paseasen los cielos, porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

CAPITULO VI.

Contienda entre Arnaldo y el duque de Nemurs, sobre la compra de un retrato de Auristela.

Con otros ojos se miraron de allí adelante Auristela y Periandro, á lo ménos con otros ojos miraba Periandro á Auristela, pareciéndole que ya ella habia cumplido el

voto que la trajo á Roma, y que podia libre y desembarazadamente recebirle por esposo; pero si medio gentil amaba Auristela la honestidad, despues de catequizada la adoraba, no porque viese iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediesen ántes, ó fuerzas ó ruegos. Tambien estaba mirando, si por alguna parte le descubria el cielo alguna luz que le mostrase lo que habia de hacer despues de casada, porque pensar volver á su tierra lo tenia por temeridad y por disparate, á causa que el hermano de Periandro, que la tenia destinada para ser su esposa, quizá viendo burladas sus esperanzas, tomaria en ella y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos y temores la traian algo flaca y algo pensativa; las damas francesas visitaron los templos y anduvieron las estaciones con pompa y majestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del embajador de Francia, y no les faltó cosa que para mostrar ilustre decoro fuese necesaria, llevando siempre consigo á Auristela y á Constanza, y ninguna vez salian de casa que no las seguia casi la mitad del pueblo de Roma; y sucedió que pasando un dia por una calle que se llamaba *Bancos*, vieron en una pared della un retrato entero, de piés á cabeza, de una mujer que tenia una corona en la cabeza, aunque partida por medio la corona, y á los piés un mundo, sobre el cual estaba puesta, y apénas la hubieron visto, cuando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al vivo dibujado, que no les puso en duda de conocerla.

Preguntó Auristela admirada, cúyo era aquel retrato, y si se vendia acaso. Respondióle el dueño (que segun despues se supo, era un famoso pintor) que él vendia aquel retrato, pero no sabía de quién fuese: solo sabía que otro pintor su amigo se le habia hecho copiar en Francia, el cual le habia dicho ser de una doncella extranjera, que en hábitos de peregrina pasaba á Roma. ¿Qué significa, respondió Auristela, haberla pintado con corona en la cabeza, y los piés sobre aquella esfera, y mas estando la corona partida? Eso, señora, dijo el dueño, son fantasías de pintores, ó caprichos como los llaman: quizá quieren decir que esta doncella merece llevar la corona de hermosura, y que ella va hollando aquel mundo; pero yo quiero decir, que dice que vos, señora, sois su original, y que mereceis corona entera, y no mundo pintado, sino real y verdadero. ¿Qué pedis por el retrato? preguntó Constanza. A lo que respondió el dueño: Dos peregrinos están aquí, que el uno dellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dice que no lo dejará por ningun dinero; yo no he concluido la venta, por parecerme que se están burlando, porque la exorbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda. Pues no lo estéis, replicó Constanza, que esos dos peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio y pagaros á toda vuestra satisfaccion.

Las damas francesas, Ruperta, Croriano y Periandro, quedaron atónitos de ver la verdadera imágen del rostro de Auristela en el del retrato: cayó la gente que el retrato miraba, en que parecia al de Auristela, y poco á poco comenzó á salir una voz, que todos y cada uno de por sí afirmaba: Este retrato qué se vende, es el mismo desta peregrina que va en este coche: ¡para qué queremos ver al traslado, sino al original! y así comenzaron á rodear el coche, que los caballos no podian ir adelante, ni volver atras, por lo cual dijo Periandro: Auristela hermana, cúbrete el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega, y no nos deja ver por dónde caminamos. Hízolo así Auristela, y pasaron adelante, pero no por esto dejó de seguirlos mucha gente que esperaba á que se quitase el velo, para verla como deseaba. Apénas se hubo quitado de allí el coche, cuando se llegó al dueño del retrato Arnaldo en sus hábitos de peregrino, y dijo: Yo soy el que os ofrecí los mil escudos por este retrato; si le quereis dar, traedle, y veníos conmigo, que yo os los daré luego de oro en oro. A lo que otro peregrino, que era el duque de Nemurs, dijo: No repareis, hermano, en precio, sino veníos conmigo, y proponed en vuestra imaginacion el que quisiéredes, que yo os le daré luego de contado. Señores, respondió el pintor, concertáos los dos en cuál le ha de llevar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que ántes me habeis de pagar con el deseo que con la obra.

A estas pláticas estaba atenta mucha gente, esperando en qué habia de parar aquella compra, porque ver ofrecer millaradas de ducados á dos, al parecer pobres peregrinos, pareciales cosa de burla. En esto dijo el dueño: El que le quisiere, déme señal y guie, que yo ya le descuelgo para llevársele; oyendo lo cual Arnaldo, puso la mano en el seno y sacó una cadena de oro con una joya de diamantes que de ella pendia, y dijo: Tomad esta cadena, que con esta joya vale mas de dos mil escudos, y traedme el retrato. Esta vale diez mil, dijo el Duque dándole una de diamantes al dueño del retrato, y traédmele á mi casa. ¡Santo Dios! dijo uno de los circunstantes, ¿qué retrato puede ser este, qué hombres estos y qué joyas estas? cosa de encantamiento parece aquesta: por eso os aviso, hermano pintor, que deis un toque á la cadena y hagais experiencia de la fineza de las piedras, ántes que deis vuestra hacienda, que podria ser que la cadena y las joyas fuesen falsas, porque del encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar. Enojáronse los príncipes; pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad del valor de las joyas.

Andaba revuelta toda la gente de *Bancos*, unos admirando el retrato, otros preguntando quién fuesen los peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos esperando quién habia de quedar con el retrato, porque les parecia que estaban de parecer los dos peregrinos de no dejarle por ningun precio: diérale el dueño por mucho ménos de lo que le ofrecian, si se le dejaran vender libremente. Pasó en esto por *Bancos* el gobernador de Roma, oyó el murmurio de la gente, preguntó la causa, vió el retrato y vió las joyas, y pareciéndole ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto, las hizo depositar y llevar el retrato á su casa y prender á los peregrinos: quedóse el pintor confuso, viendo menoscabadas sus esperanzas y su hacienda en poder de la justicia, donde jamas entró alguna, que, si saliese, fuese con aquel lustre con que habia entrado.

Acudió el pintor á buscar á Periandro, y á contarle todo el suceso de la venta y del temor que tenia no se quedase el Gobernador con el retrato, el cual, de un pintor que le habia retratado en Portugal de su original, le habia él comprado en Francia, cosa que le pareció á

Periandro posible, por haber sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuvo en Lisboa: con todo eso, le ofreció por él ciento escudos, con que quedase á su riesgo el cobrarle. Contentóse el pintor, y aunque fué tan grande la baja de ciento á mil, lo tuvo por bien vendido y mejor pagado: aquella tarde, juntándose con otros españoles peregrinos, fué á andar las siete iglesias, entre los cuales peregrinos acertó á encontrarse con el poeta que dijo el soneto al descubrirse Roma: conociéronse y abrazáronse, y preguntáronse de sus vidas y sucesos: el poeta peregrino le dijo, que el dia ántes le habia sucedido una cosa digna de contarse por admirable, y fué que habiendo tenido noticia de que un monseñor clérigo de la cámara, curioso y rico, tenia un museo el mas extraordinario que habia en el mundo, porque no tenia figura de personas que efectivamente hubiesen sido, ni entónces lo fuesen, sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personajes ilustres que estaban por venir, especialmente los que habian de ser en los venideros siglos poetas famosos, entre las cuales tablas habia visto dos, que en el principio dellas estaba escrito, en la una *Torcuato Taso*, y mas abajo un poco decia *Jerusalen libertada*: en la otra estaba escrito *Zárate*, y mas abajo *Cruz y Constantino*. Preguntéle al que me las enseñaba qué significaban aquellos nombres. Respondióme que se esperaba que presto se habia de descubrir en la tierra la luz de un poeta que se habia de llamar Torcuato Taso, el cual habia de cantar á *Jerusalen recuperada*, con el mas heróico y agradable plectro que hasta entónces ningun poeta hubiese cantado, y que casi luego le habia de suceder un español llamado Francisco Lopez de Zárate, cuya voz habia de llenar las cuatro partes de la tierra, y cuya armonía habia de suspender los corazones de las gentes, cantando *La invencion de la Cruz de Cristo, con las guerras del emperador Constantino*, poema verdaderamente heróico y religioso, y digno del nombre de poema. A lo que replicó Periandro: Duro se me hace de creer que de tan atras se tome el cargo de aderezar las tablas donde se hayan de pintar los que están por venir; aunque en efecto en esta ciudad, cabeza del mundo, están otras maravillas de mayor admiracion; y ¿habrá otras tablas aderezadas para mas poetas venideros? preguntó Periandro. Sí, respondió el peregrino; pero no quise detenerme á leer los títulos, contentándome con los dos primeros; pero así á bulto miré tantos, que me doy á entender que en la edad, cuando estos vengan, que segun me dijo el que me guiaba, no puede tardar, ha de ser grandísima la cosecha de todo género de poetas: encamínelo Dios, como él fuere mas servido. Por lo ménos, respondió Periandro, el año que es abundante de poesía, suele serlo de hambre; porque *dámele poeta, y dártele he pobre*, si ya la naturaleza no se adelanta á hacer milagros, y síguese la consecuencia: hay muchos poetas, luego hay muchos pobres; hay muchos pobres, luego caro es el año.

En esto iban hablando el peregrino y Periandro, cuando llegó á ellos Zabulon el judío, y dijo á Periandro que aquella tarde le queria llevar á ver á Hipólita la Ferraresa, que era una de las mas hermosas mujeres de Roma, y aun de toda Italia. Respondiólo Periandro que iria de muy buena gana, lo cual no le respondiera, si como le informó de la hermosura le informara de la calidad de su persona, porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abalanzaba ni abatia á cosas bajas, por hermosas que fuesen; que en esto la naturaleza habia hecho iguales y formado en una misma turquesa á él y á Auristela, de la cual se recató para ir á ver á Hipólita, á quien el judío le llevó mas por engaño que por voluntad; que tal vez la curiosidad hace tropezar y caer de ojos al mas honesto recato.

CAPITULO VII.

De un extraño caso y notable peligro en que se vió Periandro por malicia de una dama cortesana.

Con la buena crianza, con los ricos ornamentos de la persona y con los aderezos y pompa de la casa se cubren muchas faltas, porque no es posible que la buena crianza ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el aderezo de la casa no contente. Todo esto tenia Hipólita, dama cortesana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora y en cortesía con la misma buena crianza; no era posible que fuese estimada en poco de quien la conocia, porque con la hermosura encantaba, con la riqueza se hacia estimar, y con la cortesía, si así se puede decir, se hacia adorar: cuando el amor se viste destas tres calidades, rompe los corazones de bronce, abre las bolsas de hierro y rinde las voluntades de mármol; y mas si á estas tres cosas se les añade el engaño y la lisonja, atributos convenientes para las que quieren mostrar á la luz del mundo sus donaires. ¿Hay por ventura entendimiento tan agudo en el mundo, que estando mirando una destas hermosas que pinto, dejando á una parte las de su belleza, se ponga á discurrir las de su humilde trato? La hermosura en parte ciega, y en parte alumbra; tras la que ciega corre el gusto, tras la que alumbra el pensar en la enmienda. Ninguna destas cosas consideró Periandro al entrar en casa de Hipólita; pero como tal vez sobre descuidados cimientos suele levantar amor sus máquinas, esta sin pensamiento alguno se fabricó, no sobre la voluntad de Periandro, sino en la de Hipólita; que con estas damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho para dar con ellas donde se arrepientan sin arrepentirse.

Ya habia visto Hipólita á Periandro en la calle, y ya le habia hecho movimientos en el alma su bizarría, su gentileza, y sobre todo el pensar que era español, de cuya condicion se prometia dádivas imposibles y concertados gustos; y estos pensamientos los habia comunicado con Zabulon, y rogádole se lo trajese á casa, la cual tenia tan aderezada, tan limpia y tan compuesta, que mas parecia que esperaba ser tálamo de bodas que acogimiento de peregrinos. Tenia la señora Hipólita, que con este nombre la llamaban en Roma, como si lo fuera, un amigo llamado Pirro, calabres, hombre acuchillador, impaciente, facineroso, cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos y en los engaños de Hipólita, que muchas veces con ellos alcanzaba lo que queria, sin rendirse á nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaba su vida, era en la diligencia de sus piés, que los estimaba en mas que las manos; y de lo que él mas se preciaba era de traer siempre asombrada á Hipólita en cualquier condicion que se le mostrase, ora fuese amorosa, ora fuese áspera; que nunca falta á estas palomas duendas milanos que las persigan, ni pájaros que las despedacen: ¡miserable trato desta mundana y simple gente! Digo pues que este caballero, que no tenia de

serlo mas que el nombre, se halló en casa de Hipólita al tiempo que entraron en ella el judío y Periandro: apartóle aparte Hipólita, y díjole: Véte con Dios, amigo, y llévate esta cadena de oro, de camino, que este peregrino me envió con Zabulon esta mañana. Mira lo que haces, Hipólita, respondió Pirro, que á lo que se me trasluce este peregrino es español, y soltar él de su mano, sin haber tocado la tuya, esta cadena que debe de valer cien escudos, gran cosa me parece, y mil temores me sobresaltan. Llévate tú, ó Pirro, la cadena, dijo ella, y déjame á mí el cargo de sustentarla y de no volverla, á pesar de todas sus españolerías.

Tomó la cadena que le dió Hipólita, Pirro, que para el efecto la habia hecho comprar aquella mañana, y sellándole la boca con ella, mas que de paso le hizo salir de casa. Luego Hipólita libre y desembarazada de su corma, suelta de sus grillos, se llegó á Periandro, y con desenfado y donaire, lo primero que hizo fué echarle los brazos al cuello, diciéndole: En verdad que tengo de ver si son tan valientes los españoles como tienen la fama. Cuando Periandro vió toda aquella desenvoltura, creyó que toda la casa se le habia caido á cuestas, y poniéndole la mano delante el pecho á Hipólita, la detuvo y la apartó de sí, y le dijo: Estos hábitos que visto, señora Hipólita, no permiten ser profanados, ó á lo ménos yo no lo permitiré en ninguna manera; y los peregrinos, aunque sean españoles, no están obligados á ser valientes cuando no les importa; pero mirad, señora, en qué quereis que muestre mi valor, sin que á los dos perjudique, y seréis obedecida sin replicaros en nada. Paréceme, respondió Hipólita, señor peregrino, que ansí lo sois en el alma como en el cuerpo; pero, pues segun decis, haréis lo que os dijere, como á ninguno de los dos perjudique; entráos conmigo en esta cuadra, que os quiero enseñar una lonja y un camarin mio. A lo que respondió Periandro: Aunque soy español, soy algun tanto medroso, y mas os temo á vos sola que á un ejército de enemigos: haced que nos haga otro la guia y llevadme do quisiéredes. Llamó Hipólita á dos doncellas suyas y á Zabulon el judío, que á todo se halló presente, y mandólas que guiasen á la lonja; abrieron la sala, y á lo que despues Periandro dijo, estaba la mas bien aderezada que pudiese tener algun príncipe rico y curioso en el mundo; Parrasio, Polignoto, Apéles, Céuxis y Timántes tenian allí lo perfecto de sus pinceles, comprado con los tesoros de Hipólita, acompañados de los del devoto Rafael de Urbino, y de los del divino Micael Angelo, riquezas donde las de un gran príncipe deben y pueden mostrarse: los edificios reales, los alcázares soberbios, los templos magníficos y las pinturas valientes son propias y verdaderas señales de la magnanimidad y riqueza de los príncipes, prendas en efecto contra quien el tiempo apresura sus alas y apresta su carrera como émulas suyas, que á su despecho están mostrando la magnificencia de los pasados siglos. ¡Oh Hipólita, solo buena por esto! si entre tantos retratos que tienes, tuvieras uno de tu buen trato y dejaras en el suyo á Periandro, que asombrado, atónito y confuso andaba mirando en qué habia de parar la abundancia que en la lonja veia en una limpísima mesa que de cabo á cabo la tomaba la música, que de diversos géneros de pájaros en riquísimas jaulas estaban haciendo una confusa pero agradable armonía: en fin, á él le pareció que todo cuanto habia oido decir de los *huertos hespérides*, de los de la *maga Falerina*, de los *pensiles famoso*, ni de todos los otros que por fama fuesen conocidos en el mundo, no llegaban al adorno de aquella sala y de aquella lonja; pero como él andaba con el corazon sobresaltado, que bien haya su honestidad, que se le aprensaba entre dos tablas, no se le mostraban las cosas como ellas eran, ántes cansado de ver cosas de tanto deleite, y enfadado de ver que todas ellas se encaminaban contra su gusto, dando de mano á la cortesía, probó á salirse de la lonja, y se saliera, si Hipólita no se lo estorbara: de manera que le fué forzoso mostrar con las manos y ásperas palabras ser algo descortés: trabó de la esclavina de Periandro, y abriéndole el jubon le descubrió la cruz de diamantes que de tantos peligros hasta allí habia escapado, y así deslumbró la vista á Hipólita como el entendimiento, la cual viendo que se le iba, á despecho de su blanda fuerza, dió en un pensamiento que si le supiera revalidar y apoyar algun tanto mejor, no le fuera bien dello á Periandro, el cual dejando la esclavina en poder de la nueva egipcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor ni esclavina, se puso en la calle; que el vencimiento de tales batallas consiste mas en el huir que en el esperar: púsose ella asimismo á la ventana, y á grandes voces comenzó á apellidar la gente de la calle, diciendo: Ténganme á ese ladron, que entrando en mi casa como humano, me ha robado una prenda divina, que vale una ciudad: acertaron á estar en la calle dos de la guarda del Pontífice, que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladron, facilitaron su dudosa potestad y prendieron á Periandro; echáronle mano al pecho, y quitándole la cruz le santiguaron con poca decencia; paga que da la justicia á los nuevos delincuentes, aunque no se les averigüe el delito.

Viéndose pues Periandro puesto en cruz sin su cruz, dijo á los tudescos en su misma lengua, que él no era ladron, sino persona principal, y que aquella cruz era suya, y que viesen que su riqueza no podia ser de Hipólita, y que les rogaba le llevasen ante el Gobernador, que él esperaba con brevedad averiguar la verdad del caso: ofrecióles dineros, y con esto y con habelles hablado en su lengua, con que se reconcilian los ánimos que no se conocen, los tudescos no hicieron caso de Hipólita, y así llevaron á Periandro delante del Gobernador: viendo lo cual Hipólita se quitó de la ventana, y casi arañándose el rostro dijo á sus criadas: ¡Ay hermanas, y qué necia he andado! A quien pensaba regalar he lastimado, á quien pensaba servir he ofendido, preso va por ladron el que lo ha sido de mi alma: mirad qué caricias, mirad qué halagos son hacer prender al libre y disfamar al honrado; y luego les contó cómo llevaban preso al peregrino dos de la guarda del Papa: mandó asimismo que la aderezasen luego el coche, que queria ir en su seguimiento y disculpalle, porque no podia sufrir su corazon verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que ántes queria parecer testimoñera que cruel, que de la crueldad no tendria disculpa, y del testimonio sí, echando la culpa al amor, que por mil disparates descubre y manifiesta sus deseos y hace mal á quien bien quiere.

Cuando ella llegó á casa del Gobernador le halló con la cruz en las manos, examinando á Periandro sobre el caso, el cual como vió á Hipólita, dijo al Gobernador: Esta señora que aquí viene ha dicho que esta cruz que vuesa merced tiene yo se la he robado, y yo diré que es

verdad, cuando ella dijere de qué es la cruz, qué valor tiene y cuántos diamantes la componen; porque si no es que se lo dicen los ángeles, ó algun otro espíritu que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y una vez sola. ¿Qué dice la señora Hipólita á esto? dijo el Gobernador. Y esto cubriendo la cruz, porque no tomase las señas della, la cual respondió: Con decir que estoy enamorada, ciega y loca, quedará este peregrino disculpado, y yo esperando la pena que el señor Gobernador quisiere darme por mi amoroso delito; y le contó punto por punto lo que con Periandro le habia pasado, de lo que se admiró el Gobernador, ántes del atrevimiento que del amor de Hipólita; que á semejantes sugetos son propios los lascivos disparates: afeóle el caso, pidió á Periandro la perdonase, dióle por libre y volvióle la cruz, sin que en aquella causa se escribiese letra alguna, que no fué ventura poca: quisiera saber el Gobernador quién eran los peregrinos que habian dado las joyas en prendas del retrato de Auristela, y asimismo quién era él y quién Auristela; á lo que respondió Periandro: El retrato es de Auristela mi hermana, los peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas: esta cruz es mia, y cuando me dé el tiempo lugar y la necesidad me fuerce, diré quién soy, que el decirlo agora no está en mi voluntad, sino en la de mi hermana; el retrato que vuesa merced tiene, ya se le tengo comprado al pintor por precio convenible, sin que en la compra hayan intervenido pujas, que se fundan mas en rencor y en fantasía que en razon. El Gobernador dijo que él se queria quedar con él por el tanto, por añadir con él á Roma cosa que aventajase á la de los mas excelentes pintores que la hacian famosa. Yo se le doy á vuesa merced, respondió Periandro, por parecerme que en darle tal dueño le doy la honra posible: agradeciósele el Gobernador, y aquel dia dió por libres á Arnaldo y al Duque, y les volvió sus joyas, y él se quedó con el retrato, porque estaba puesto en razon que se habia de quedar con algo.

CAPITULO VIII.

Da cuenta Arnaldo de todo lo que le habia sucedido desde que se apartó de Periandro y Auristela en la isla de las Ermitas.

Mas confusa que arrepentida volvió Hipólita á su casa pensativa y además enamorada; que aunque es verdad que en los principios de los amores los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los que usó con ella Periandro le avivaron mas los deseos: pareciale á ella que no habia de ser tan de bronce un peregrino, que no se ablandase con los regalos que pensaba hacerle; pero hablando consigo se dijo á sí misma: Si este peregrino fuera pobre, no trajera consigo cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes sirven de claro sobrescrito de su riqueza, de modo que la fuerza desta roca no se ha de tomar por hambre, otros ardides y mañas son menester para rendirla. ¿No sería posible que este mozo tuviese en otra parte ocupada el alma? No sería posible que esta Auristela no fuese su hermana? No sería posible que las finezas de los desdenes que usa conmigo los quisiese asentar y poner en cargo á Auristela? ¡Válame Dios, que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio! Alto, muera Auristela, descúbrase este encantamiento, á lo ménos veamos el sentimiento que este montaraz corazon hace; pongamos siquiera en plática este disinio, enferme Auristela, quitemos su sol delante de los ojos de Periandro, veamos si faltando la hermosura, causa primera de adonde el amor nace, falta tambien el mismo amor; que podria ser que dando yo lo que á este le quitaré, quitándole á Auristela, viniese á reducirse á tener mas blandos pensamientos: por lo ménos probarlo tengo, ateniéndome á lo que se dice, que no daña el tentar las cosas que descubren algun rastro de provecho.

Con estos pensamientos algo consolada, llegó á su casa, donde halló á Zabulon, con quien comunicó todo su disinio, confiada en que tenia una mujer de la mayor fama de hechicera que habia en Roma, pidiéndole, habiendo ántes precedido dádivas y promesas, hiciese con ella, no que mudase la voluntad de Periandro, pues sabía que esto era imposible, sino que enfermase la salud de Auristela, y con limitado término, si fuese menester, le quitase la vida. Esto, dijo Zabulon, ser cosa fácil al poder y sabiduría de su mujer; recebió no sé cuánto por primera paga, y prometió que desde otro dia comenzaria la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipólita satisfizo á Zabulon, sino amenazóle asimismo; y á un judío dádivas ó amenazas le hacen prometer y aun hacer imposibles. Periandro contó á Croriano, Ruperta, á Auristela y á las tres damas francesas, á Antonio y á Constanza su prision, los amores de Hipólita y la dádiva que habia hecho del retrato de Auristela al Gobernador.

No le contentó nada á Auristela los amores de la cortesana, porque ya habia oido decir que era una de las mas hermosas mujeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas y mas discretas, y las musarañas de los celos, aunque no sea mas de una, y sea mas pequeña que un mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que el monte Olimpo; y cuando la honestidad ata la lengua de modo que no puede quejarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que á cada paso anda buscando salidas para dejar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ningun otro remedio tienen los celos que oir disculpas, y cuando estas no se admiten, no hay que hacer caso de la vida, la cual perdiera Auristela mil veces ántes que formar una queja de la fe de Periandro. Aquella noche fué la primera vez que Bartolomé y la Talaverana fuéron á visitar á sus señores, no libres, aunque ya lo estaban de la cárcel, sino atados con mas duros grillos, que eran los del matrimonio, pues se habian casado; que la muerte del polaco puso en libertad á Luisa, y á él le trajo su destino á venir peregrino á Roma: ántes de llegar á su patria halló en Roma á quien no traia intencion de buscar, acordándose de los consejos que en España le habia dado Periandro; pero no pudo estorbar su destino, aunque no le fabricó por su voluntad.

Aquella noche asimismo visitó Arnaldo á todas aquellas señoras, y dió cuenta de algunas cosas que en el volver á buscarles, despues que apaciguó la guerra de su patria, le habian sucedido: contó cómo llegó á la isla de las Ermitas, donde no habia hallado á Rutilio, sino á otro ermitaño en su lugar, que le dijo que Rutilio estaba en Roma: dijo asimismo, que habia tocado en la isla de los pescadores, y hallado en ella libres, sanas y contentas á las desposadas y á los demàs que con Periandro, segun ellos dijeron, se habian embarcado: contó cómo supo de oidas, que Policarpa era muerta, y Sinforosa no habia querido casarse: dijo cómo se tornaba á poblar la isla

bárbara, confirmándose sus moradores en la creencia de su falsa profecía: advirtió cómo Mauricio y Ladislao su yerno con su hija Transila, habian dejado su patria, y pasádose á vivir mas pacíficamente á Ingalaterra: dijo tambien cómo habia estado con Leopoldio, rey de los danaos, despues de acabada la guerra, el cual se habia casado por dar sucesion á su reino, y que habia perdonado á los dos traidores que llevaba presos, cuando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostró estar muy agradecido por el buen término y cortesía que con él tuvieron; y entre los nombres que le era forzoso nombrar en su discurso, tal vez tocaba con el de los padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaba los corazones y les traia á la memoria, así grandezas como desgracias: dijo que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus retratos; contó asimismo la fama que dejaba en Francia en todo aquel camino la hermosura de Constanza, y de aquellas señoras damas francesas: dijo cómo Croriano habia granjeado opinion de generoso y de discreto en haber escogido á la sin par Ruperta por esposa: dijo asimismó cómo en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho y en los breves amores de Andrea Marulo, á quien con el demonio fingido trajo el cielo á vivir vida de ángeles: contó cómo se tenia por milagro la caida de Periandro, y cómo dejaba en el camino á un mancebo peregrino, poeta, que no quiso adelantarse con él, por venirse de espacio, componiendo una comedia de los sucesos de Periandro y Auristela, que los sabía de memoria por un lienzo que habia visto en Portugal, donde se habian pintado, y que traia intencion firmísima de casarse con Auristela, si ella quisiese. Agradecióle Auristela su buen propósito, y aun desde allí le ofreció darle para un vestido, si acaso llegase roto; que un deseo de un buen poeta toda buena paga merece: dijo tambien que habia estado en casa de la señora Constanza y Antonio, y que sus padres y abuelos estaban buenos y solo fatigados de la pena que tenian de no saber de la salud de sus hijos, deseando volviese la señora Constanza á ser esposa del Conde su cuñado, que queria seguir la discreta eleccion de su hermano, ó ya por no dar los veinte mil ducados, ó ya por el merecimiento de Constanza, que era lo mas cierto: de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro y Auristela, que como á sus hermanos los querian.

Desta plática de Arnaldo se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro y Auristela debian de ser grandes personajes, porque de tratar de casamientos de condes y de millaradas de ducados, no podian nacer sino sospechas ilustres y grandes: contó tambien cómo habia encontrado en Francia á Renato, el caballero frances vencido en la batalla contra derecho, y libre y victorioso por la conciencia de su enemigo: en efecto, pocas cosas quedaron de las muchas que en el galan progreso desta historia se han contado, en quien él se hubiese hallado, que allí no las volviese á traer á la memoria, trayendo tambien la que tenia de quedarse con el retrato de Auristela, que tenia Periandro contra la voluntad del Duque y contra la suya, puesto que dijo que por no dar enojo á Periandro disimularia su agravio. Ya le hubiera yo deshecho, respondió Periandro, volviendo, señor Arnaldo, el retrato, si entendiera fuera vuestro; la ventura y su diligencia se le dieron al Duque, vos se le quitastes por fuerza, y así no teneis de qué quejaros: los amantes están obligados á no juzgar sus causas por la medida de sus deseos, que tal vez no los han de satisfacer por acomodarse con la razon que otra cosa les manda; pero yo haré de manera que quedando vos, señor Arnaldo, contento, el Duque quede satisfecho; y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas suyo que de otro alguno: satisfízole á Arnaldo el parecer de Periandro, y ni mas ni ménos á Auristela; con esto cesó la plática, y otro dia por la mañana comenzaron á obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los encantos y la malicia de la judía, mujer de Zabulon.

CAPITULO IX.

En que se cuenta la enfermedad de Auristela por los hechizos de la judía, mujer de Zabulon.

No se atrevió la enfermedad á acometer rostro á rostro la belleza de Auristela, temerosa no espantase tanta hermosura la fealdad suya; y así la acometió por las espaldas, dándole en ellas unos calofrios al amanecer, que no la dejaron levantar aquel dia: luego luego se le quitó la gana de comer, y comenzó la viveza de sus ojos á amortiguarse, y el desmayo que con el tiempo suele llegar á los enfermos, se sembró en un punto por todos los sentidos de Auristela, haciendo el mismo efecto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males posibles, especialmente los que temen los poco venturosos. No habia dos horas que estaba enferma, y ya se le parecian cárdenas las encarnadas rosas de sus mejillas, verde el carmin de sus labios y topacios las perlas de sus dientes; hasta los cabellos le pareció que habian mudado de color, estrecháose las manos y casi mudado el asiento y encaje natural de su rostro, y no por esto le parecia ménos hermosa, porque no la miraba en el lecho en que yacia, sino en el alma, donde la tenia retratada: llegaban á sus oidos, á lo ménos llegaron de allí á dos dias sus palabras, entre débiles acentos formadas y pronunciadas con turbada lengua: asustáronse las señoras francesas, y el cuidado de atender á la salud de Auristela fué de tal modo, que tuvieron necesidad de tenerle de sí mismas: llamáronse médicos, escogiéronse los mejores, á lo ménos los de mejor fama; que la buena opinion califica la acertada medicina, y así suele haber médicos venturosos como soldados bien afortunados: la buena suerte y la buena dicha, que todo es uno, tambien puede llegar á la puerta del miserable en un saco de sayal, como en un escaparate de plata; pero ni en plata ni en lana no llegaba ninguna á las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio y Constanza: esto era al reves en el Duque, que como el amor que tenia en el pecho se le habia engendrado de la hermosura de Auristela, así como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en él faltando el amor, el cual muchas raíces ha de haber echado en el alma, para tener fuerzas para llegar hasta el márgen de la sepultura con la cosa amada; feísima es la muerte, y quien mas á ella se llega es la dolencia; y amar las cosas feas parece cosa sobrenatural y digna de tenerse por milagro. Auristela en fin iba enflaqueciendo por momentos, y quitando las esperanzas de su salud á cuantos la conocian: solo Periandro era el solo, solo el firme, solo

el enamorado, solo aquel que con intrépido pecho se oponia á la contraria fortuna y á la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba.

Quince dias esperó el duque de Nemurs, á ver si Auristela mejoraba, y en todos ellos no hubo ninguno que á los médicos no consultase de la salud de Auristela; y ninguno se la aseguró, porque no sabían la causa precisa de su dolencia; viendo lo cual las damas francesas, no hacian del Duque caso alguno, el cual viendo tambien que el ángel de luz de Auristela se habia vuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas, que si no del todo, en parte le disculpaban, un dia llegándose á Auristela, en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro, le dijo: Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dejado conseguir el deseo que tenia de recebirte por mi legítima esposa, ántes que la desesperacion me traiga á términos de perder el alma, como me ha traido á los de perder la vida, quiero por otro camino probar mi ventura, porque sé cierto que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure, y así sucediéndome el mal que no procuro, vendré á perderme y á morir desdichado y no desesperado: mi madre me llama, tiéneme prevenida esposa, obedecerla quiero y entretener el tiempo del camino, tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte. Dieron sus ojos muestra de algunas lágrimas: no pudo responderle Auristela, ó no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro: lo mas que hizo fué poner la mano debajo de su almohada y sacar su retrato y volvérsele al Duque, el cual le besó las manos por tan gran merced; pero alargando la suya Periandro, se le tomó, y le dijo: Si dello no te disgustas, ó gran señor, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que sin ser en perjuicio tuyo, será grandemente en el mio si no lo cumplo: volvióselo el Duque con grandes ofrecimientos de poner por él la hacienda, la vida y la honra, y mas si mas pudiese, y desde allí se desvió de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos mas en Roma: discreto amante, y el primero quizá que haya sabido aprovecharse de las guedejas que la ocasion le ofrecia. Todas estas cosas pudieran despertar á Arnaldo, para que considerara cuán menoscabadas estaban sus esperanzas, y cuán á pique de acabar con toda la máquina de sus peregrinaciones, pues como se ha dicho, la muerte casi habia pisado las ropas de Auristela, y estuvo muy determinado de acompañar al Duque, sino en su camino, á lo ménos en su propósito, volviéndose á Dinamarca; mas el amor y su generoso pecho no dieron lugar á que dejase á Periandro sin consuelo, y á su hermana Auristela en los postreros límites de la vida, á quien visitó y de nuevo hizo ofrecimientos, con determinacion de aguardar á que el tiempo mejorase los sucesos, á pesar de todas las sospechas que le sobrevenían.

CAPITULO X.

Cobra Auristela la salud, por haber la judía deshecho los hechizos, y propone á Periandro el intento de no casarse.

Contentísima estaba Hipólita de ver que las artes de la cruel judía tan en daño de la salud de Auristela se mostraban, porque en ocho dias la pusieron tan otra de la que ser solia, que ya no la conocian sino por el órgano de la voz, cosa que tenia suspensos á los médicos y admirados á cuantos la conocian. Las señoras francesas atendian á su salud con tanto cuidado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular aficion la queria. Llegó á tanto el mal de Auristela, que no conteniéndose en los términos de su jurisdicion, pasó á la de sus vecinos; y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró fué con él, no porque el veneno y maleficios de la perversa judía obrasen en él derechamente y con particular asistencia, como en Auristela, para quien estaban hechos, sino porque la pena que él sentia de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaba en él el mismo efecto que en Auristela, y así se iba enflaqueciendo, que comenzaron todos á dudar de la vida suya, como de la de Auristela; viendo lo cual Hipólita, y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando con el dedo de dónde procedia el mal de Periandro, procuró darle remedio, dándosele á Auristela, la cual, ya flaca y descolorida parecia que estaba llamando su vida á las aldabas de las puertas de la muerte; y creyendo sin duda, que por momentos la abririan, quiso abrir y preparar la salida á su alma por la carrera de los sacramentos, bien como ya instruida en la verdad católica; y así haciendo las diligencias necesarias, con la mayor devocion que pudo dió muestras de sus buenos pensamientos, acreditó la integridad de sus costumbres, dió señales de haber aprendido bien lo que en Roma la habian enseñado, y resignándose en las manos de Dios, sosegó su espíritu, y puso en olvido reinos, regalos y grandezas.

Hipólita pues, habiendo visto, como está ya dicho, que muriéndose Auristela moria tambien Periandro, acudió á la judía á pedirle que templase el rigor de los hechizos que consumian á Auristela, ó los quitase del todo; que no queria ella ser inventora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela, moria Periandro, y muriendo Periandro, ella tambien quedaría sin vida: hízolo así la judía, como si estuviera en su mano la salud ó la enfermedad ajena, ó como si no dependieran todos los males que llaman de pena, de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa; pero Dios, obligándole, si así se puede decir, por nuestros mismos pecados, para castigo dellos, permite que pueda quitar la salud ajena esta que llaman hechicería, con que lo hacen las hechiceras, usando mezclas y venenos, que con tiempo limitado quitan la vida á la persona que quieren, sin que tenga remedio de excusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de dónde procede la causa de tan mortal efecto; así que, para guarecer destos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina.

Comenzó pues Auristela á dejar de empeorar, que fué señal de su mejoría: comenzó el sol de su belleza á dar señales y vislumbres de que volvia á amanecer en el cielo de su rostro, volvieron á despuntar las rosas en sus mejillas y la alegría en sus ojos, ahuyentáronse las sombras de su melancolía, volvió á enterarse en el órgano suave de su voz, afinóse el carmin de sus labios, convirtió en marfil la blancura de sus dientes, que volvieron á ser perlas, como ántes lo eran: en fin, en poco espacio de tiempo volvió á ser toda hermosa, toda be-

llísima, toda agradable y toda contenta; y estos mismos efectos redundaron en Periandro, y en las damas francesas y en los demas Croriano y Ruperta, Antonio y su hermana Constanza, cuya alegría ó tristeza caminaba al paso de la de Auristela, la cual dando gracias al cielo por la merced y regalos que le iba haciendo, así en la enfermedad como en la salud, un dia llamó á Periandro, y estando solos por cuidado y de industria, desta manera le dijo: Hermano mio, pues ha querido el cielo que con este nombre tan dulce y tan honesto há dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto ó al descuido para que de otra suerte te llamase, que tan honesta y tan agrable no fuese, querría que esta felicidad pasase adelante, y que solos los términos de la vida la pusiesen término; que tanto es una ventura buena, cuanto es duradera, y tanto es duradera cuanto es honesta: nuestras almas, como tú bien sabes y como aquí me han enseñado, siempre están en continuo movimiento y no pueden parar sino en Dios, como en su centro: en esta vida los deseos son infinitos, y unos se encadenan de otros, y se eslabonan y van formando una cadena que tal vez llega al cielo, y tal se sume en el infierno: si te pareciere, hermano, que este lenguaje no es mio, y que va fuera de la enseñanza que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota crianza, advierte que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la experiencia y escrito mayores cosas; principalmente ha puesto, que en solo conocer y ver á Dios está la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan, son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad: yo á lo ménos así lo entiendo, y juntamente con entenderlo así, entiendo que el amor que me tienes es tan grande, que querrás lo que yo quisiere: heredera soy de un reino, y ya tú sabes la causa por qué mi querida madre me envió en casa de los reyes tus padres por asegurarme de la grande guerra de que se temia; desta venida se causó el de venirme yo contigo, tan sujeta á tu voluntad, que no he salido della un punto: tú has sido mi padre, tú mi hermano, tú mi sombra, tú mi amparo, y finalmente tú mi ángel de guarda, y tú mi enseñador y mi maestro, pues me has traido á esta ciudad, donde he llegado á ser cristiana, como debo: querria agora, si fuese posible, irme al cielo, sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podrá ser, si tú no me dejas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa: déjame, señor, la palabra, que yo procuraré dejar la voluntad, aunque sea por fuerza; que para alcanzar tan gran bien como es el cielo, todo cuanto hay en la tierra se ha de dejar, hasta los padres y los esposos; yo no te quiero dejar por otro: por quien te dejo es por Dios, que te dará á sí mismo, cuya recompensa infinitamente excede á que me dejes por él: una hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza; con ella te podrás casar y alcanzar el reino que á mí me toca, y con esto haciendo felices mis deseos, no quedarán defraudados del todo los tuyos: ¿qué inclinas la cabeza, hermano? ¿á qué pones los ojos en el suelo? ¿desagrádante estas razones? ¿parécente descaminados mis deseos? Dímelo, respóndeme; por lo ménos, sepa yo tu voluntad, quizá templaré la mia, y buscaré alguna salida á tu gusto, que en algo con el mio se conforme.

Con grandísimo silencio estuvo escuchando Periandro á Auristela, y en un breve instante formó en su imaginacion millares de discursos, que todos vinieron á parar en el peor que para él pudiera ser, porque imaginó que Auristela le aborrecia, porque aquel mudar de vida no era sino porque á él se le acabara la suya, pues bien debia saber que en dejando ella de ser su esposa, él no tenia para qué vivir en el mundo; y fué y vino con esta imaginacion con tanto ahinco, que sin responder palabra á Auristela, se levantó de donde estaba sentado, y con ocasion de salir á recebir á Feliz Flora y á la señora Constanza, que entraban en el aposento, se salió dél, y dejó á Auristela, no sé si diga arrepentida, pero sé que quedó pensativa y confusa.

CAPITULO XI.

Sale Periandro despechado por la proposicion de Auristela.

Las aguas en estrecho vaso encerradas, miéntras mas priesa se dan á salir, mas de espacio se derraman, porque las primeras impelidas de las segundas se detienen, y unas á otras se niegan el paso hasta que hace camino la corriente, y se desagua; lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de un lastimado amante, que acudiendo tal vez todas juntas á la lengua, las unas á las otras impiden, y no sabe el discurso con cuáles se dé primero á entender su imaginacion; y así muchas veces callando dice mas de lo que querria. Mostróse esto en la poca cortesía que hizo Periandro á los que entraron á ver á Auristela, el cual lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado y desengañado, se salió del aposento de Auristela, sin saber, ni querer, ni poder responder palabra alguna á las muchas que ella le habia dicho: llegaron á ella Antonio y su hermana, y halláronla como persona que acaba de despertar de un pesado sueño, y que entre sí estaba diciendo con palabras distintas y claras: Mal he hecho; pero ¿qué importa? ¿No es mejor que mi hermano sepa mi intencion? No es mejor que yo deje con tiempo los caminos torcidos y las dudosas sendas, y tienda el paso por los atajos llanos, que con distincion clara nos estan mostrando el felice paradero de nuestra jornada? Yo confieso que la compañía de Periandro no me ha de estorbar de ir al cielo, pero tambien siento que iré mas presto sin ella; sí, que mas me debe yo á mí que no á otro, y al interese del cielo y de gloria se han de posponer los del parentesco, cuanto mas que yo no tengo ninguno con Periandro. Advierte, dijo á esta sazon Constanza, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas que podrian ser parte que desterrando nuestras sospechas, á ti te dejasen confusa: si no es tu hermano Periandro, mucha es la conversacion que con él tienes; y si lo es, no hay para qué te escandalices de su compañía.

Acabó á esta sazon de volver en sí Auristela, y oyendo lo que Constanza le decia, quiso enmendar su descuido; pero no acertó, pues para soldar una mentira, por muchas se atropella, y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viva la sospecha. No sé, hermana, dijo Auristela, lo que me he dicho, ni sé si Periandro es mi hermano ó si no; lo que te sabré decir es que es mi alma, por lo ménos por él vivo, por él respiro, por él me muevo y por él me sustento, conteniéndome con todo esto en los términos de la razon, sin dar lugar á ningun vario pensamiento, ni á no guardar todo honesto decoro, bien

así como le debe guardar una mujer principal á un tan principal hermano. No te entiendo, señora Auristela, la dijo á esta sazon Antonio, pues de tus razones tanto alcanzo ser tu hermano Periandro, como si no lo fuese; dinos ya quién es y quién eres, si es que puedes decillo; que agora sea tu hermano, ó no lo sea, por lo ménos no podeis negar ser principales, y en nosotros, digo, en mí y en mi hermana Constanza, no está tan en niñez la experiencia, que nos admire ningun caso que nos contares; que puesto que ayer salimos de la isla bárbara, los trabajos que has visto que hemos pasado han sido nuestros maestros en muchas cosas, y por pequeña muestra que se nos dé, sacamos el hilo de los mas arduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo traen la declaracion. ¿Qué mucho que Periandro no sea tu hermano, y qué mucho que tú seas su legítima esposa? ¿Y qué mucho otra vez, que con honesto y casto decoro os hayais mostrado hasta aquí limpísimos al cielo y honestísimos á los ojos de los que os han visto? No todos los amores son precipitados ni atrevidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar á sus amadas, sino con las potencias de su alma; y siendo esto así, señora mia, otra vez te suplico nos digas quién eres y quién es Periandro, el cuál, segun le vi salir de aquí, él lleva un volcan en los ojos y una mordaza en la lengua. ¡Ay desdichada! replicó Auristela, y ¡cuán mejor me hubiera sido que me hubiera entregado al silencio eterno, pues callando excusara la mordaza que dices que lleva en su lengua: indiscretas somos las mujeres, mal sufridas y peor calladas; miéntras callé, en sosiego estuvo mi alma: hablé, y perdíle, y para acabarle de perder y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepais vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni ménos es mi esposo, ni mi amante, á lo ménos de aquellos que corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas: hijo de rey es: hija y heredera de un reino soy: por la sangre somos iguales, por el estado alguna ventaja le hago, por la voluntad ninguna, y con todo esto nuestras intenciones se responden, y nuestros deseos con honestísimo efecto se están mirando: sola la ventura es la que turba y confunde nuestras intenciones, y la que por fuerza hace que esperemos en ella; y porque el nudo que lleva á la garganta Periandro me aprieta la mia, no os quiero decir mas por agora, señores, sino suplicaros me ayudeis á buscalle, que pues él tuvo licencia para irse sin la mia, no querrá volver sin ser buscado. Levanta pues, dijo Constanza, y vamos á buscalle, que los lazos con que amor liga á los amantes no los deja alejar de lo que bien quieren: ven, que presto le hallarémos, presto le verás y mas presto llegarás á tu contento: si quieres tener un poco los escrúpulos que te rodean, dales de mano, y dala de esposa á Periando, que igualándole contigo pondrá silencio á cualquiera murmuracion. Levantóse Auristela, y en compañía de Feliz Flora, Constanza y Antonio, salieron á buscar á Periando, y como ya en la opinion de los tres era reina, con otros ojos la miraban y con otro respeto la servian. Periandro, en tanto que era buscado, procuraba alejarse de quien le buscaba: salió de Roma á pié y solo, si ya no se tiene por compañía la soledad amarga, los suspiros tristes y los continuos sollozos; que estos y las varias imaginaciones no le dejaban un punto. ¡Ay! iba diciendo entre sí, hermosísima Sigismunda, reina por naturaleza, bellísima por privilegio y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo y sobre manera agradable, y ¡cuán poco te costaba, ó señora, el tenerme por hermano, pues mis tratos y pensamientos jamas desmintieran la verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera averiguar, aunque en sus trazas se desvelara! Si quieres que te lleven al cielo sola y señera, sin que tus acciones dependan de otro que de Díos y de tí misma, sea en buen hora; pero quisiera que advirtieras que no sin escrúpulo de pecado puedes ponerte en el camino que deseas, sin ser mi homicida: dejaras, ó señora, á cargo del silencio y del engaño tus pensamientos, y no me los declararas á tiempo que habias de arrancar con las raices de mi amor mi alma, la cual por ser tan tuya te dejo á toda tu voluntad, y de la mia me destierro. Quédate en paz, bien mio, y conoce que el mayor que te puedo hacer es dejarte. Llegóse la noche en esto, y apartándose un poco del camino, que era el de Nápoles, oyó el sonido de un arroyo, que por entre unos árboles corria, á la márgen del cual, arrojándose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dió treguas á sus suspiros.

CAPITULO XII.

Donde se dice quién era Periandro y Auristela.

Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes, que aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro en compañía del manso arroyuelo y de la clara luz de la noche; hacíanle los árboles compañía, y un aire blando y fresco le enjugaba las lágrimas; llevábale la imaginacion Auristela, y la esperanza de tener remedio de sus males el viento, cuando llegó á sus oídos una voz extranjera que, escuchándola con atencion, vió que hablaba en lenguaje de su patria, sin poder distinguir si murmuraba ó si cantaba; y la curiosidad le llevó cerca, y cuando lo estuvo oyó que eran dos personas, las que no cantaban ni murmuraban, sino que en plática corriente estaban razonando; pero lo que mas le admiró fué, que hablasen en lengua de Noruega, estando tan apartados della: acomodóse detras de un árbol, de tal forma que él y el árbol hacian una misma sombra: recogió el aliento, y la primera razon que llegó á sus oídos fué: No tienes, señor, para qué persuadirme de que en dos mitades se parte el dia entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me llevaron mis desgracias, y sé que la mitad del año lleva la noche y la otra mitad el dia; el que sea esto así, yo lo sé; él por qué sea así, ignoro. A lo que respondió: Si llegamos á Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa dese maravilloso efecto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el dia y la noche de veinta y cuatro horas: tambien te he dicho cómo en la última parte de Noruega, casi debajo del polo Artico, está la isla que se tiene por última en el mundo, á lo ménos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, á quien Virgilio llamó Tule, en aquellos versos, que dicen en el libro 1. Georg.

Ac tua nautæ
Numina sola colant: tibi serviat ultima Thule.

Que Tule en griego es lo mismo que Tile en latin. Esta isla es tan grande, ó poco ménos, que Ingalaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la

vida humana: mas adelante, debajo del mismo norte, como trescientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que habrá cuatrocientos años que se descubrió á los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de reino, y no pequeño. De Tile es rey y señor, Máximino, hijo de la reina Eustoquia, cuyo padre no há muchos meses que pasó desta á mejor vida, el cual dejó dos hijos, que el uno es el Maximino que te he dicho, que es el heredero del reino, y el otro un generoso mozo, llamado Persiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo extremo, y querido de su madre sobre todo encarecimiento, y no sé yo con cuál poderte encarecer las virtudes deste Persiles, y así quédense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe; que puesto que el amor que le tengo por haber sido su ayo y criádole desde niño me pudiera llevar á decir mucho, todavía será mejor callar, por no quedar corto.

Esto escuchaba Periandro, y luego cayó en la cuenta que el que le alababa no podia ser otro que Seráfido, un ayo suyo, y que asimismo el que le escuchaba era Rutilio, segun la voz y las palabras que de cuando en cuando respondia: si se admiró ó no, á la buena consideracion lo dejo, y mas cuando Seráfido, que era el mismo que habia imaginado Periandro, oyó que dijo: Eusebia, reina de Frislanda, tenia dos hijas de extremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamábase Eusebia, como su madre, dónde naturaleza cifró toda la hermosura que por todas las partes de la tierra tiene repartida, á la cual no sé yo con que disinio, tomando ocasion de que la querian hacer guerra ciertos enemigos suyos, la envió á Tile en poder de Eustoquia, para que seguramente y sin los sobresaltos de la guerra en su casa se criase, puesto que yo para mí tengo que no fué esta la ocasion principal de envialla, sino para que el principe Maximino se enamorase della y la recebiese por su esposa; que de las extremadas bellezas se puede esperar que vuelvan en cera los corazones de mármol, y junten en uno los extremos que entre sí están mas apartados: á lo ménos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la experiencia, porque sé que el príncipe Maximino muere por Sigismunda, la cual á la sazon que llegó á Tile no estaba en la isla Maximino, á quien su madre la Reina envió el retrato de la doncella y la embajada de su madre; y él respondió que la regalasen y la guardasen para su esposa. Respuesta que sirvió de flecha que atravesó las entrañas de mi hijo Persiles, que este nombre le adquirió la crianza que en él hice: desde que la oyó no supo oir cosas de su gusto; perdió los brios de su juventud, y finalmente encerró en el honesto silencio todas las acciones que le hacian memorable y bien querido de todos, y sobre todo vino á perder la salud y á entregarse en los brazos de la desesperacion della; visitáronle médicos que, como no sabian la causa de su mal, no acertaban con su remedio; que como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi imposible entender la enfermedad que en ellas asiste: la madre, viendo morir á su hijo, sin saber quién le mataba, una y muchas veces le preguntó le descubriese su dolencia, pues no era posible sino que él supiese la causa, pues sentia los efectos: tanto pudieron estas persuasiones, tanto las solicitudes de la doliente madre, que vencida la pertinacia ó la firmeza de Persiles, le vino á decir cómo él moria por Sigismunda, y que tenia determinado de dejarse morir ántes que ir contra el decoro que á su hermano se le debia; cuya declaracion resucitó en la Reina su muerta alegría, y dió esperanzas á Persiles de remediarle, si bien se atropellase el gusto de Maximino, pues por conservar la vida, mayores respetos se han de posponer que el enojo de un hermano: finalmente, Eustoquia habló á Sigismunda, encareciéndole lo que se perdia en perder la vida Persiles, sugeto donde todas las gracias del mundo tenian su asiento, bien al reves del de Maximino, á quien la aspereza de sus costumbres en algun modo le hacian aborrecible; levantóle en esto algo mas testimonios de los que debiera, y subió de punto con los hipérboles que pudo las bondades de Persiles. Sigismunda, muchacha, sola y persuadida, lo que respondió fué que ella no tenia voluntad alguna, ni tenia otra consejera que la aconsejase sino á su misma honestidad; que como esta se guardase, dispusiesen á su voluntad de ella; abrazóla la Reina, contó su respuesta á Persiles, y entre los dos concertaron que se ausentasen de la isla, ántes que su hermano viniese, á quien darian por disculpa, cuando no la hallase, que habia hecho voto de venir á Roma, á enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas partes setentrionales andaba algo de quiebra, jurándole primero Persiles que en ninguna manera iria en dicho ni en hecho contra su honestidad; y así colmándoles de joyas y de consejos, los despidió la Reina, la cual despues me contó todo lo que hasta aquí te he contado.

Dos años, poco mas, tardó en venir el príncipe Maximino á su reino, que anduvo ocupado en la guerra que siempre tenia con sus enemigos; preguntó por Sigismunda, y el no hallarla fué hallar su desasosiego: supo su viaje, y al momento se partió en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, pero temeroso de los recelos que por maravilla se apartan de los amantes. Como su madre supo su determinacion, me llamó aparte, y me encargó la salud, la vida y la honra de su hijo, y me mandó me adelantase á buscarle y á darle noticia de que su hermano le buscaba. Partióso el príncipe Maximino en dos gruesísimas naves, y entrando por el estrecho hercúleo, con diferentes tiempos y diversas borrascas llegó á la isla de Tinacria, y desde allí á la gran ciudad de Parténope, y agora queda no léjos de aquí, en un lugar llamado Terrachina, último de los de Nápoles, y primero de los de Roma; queda enfermo, porque le ha cogido esto que llaman mutacion, que le tiene á punto de muerte: yo desde Lisboa, donde me desembarqué, traigo noticia de Persiles y Sigismunda, porque no pueden ser otros una peregrina y un peregrino de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que si no son Persiles y Sigismunda, deben de ser ángeles humanados. Si como los nombras, respondió el que escuchaba á Seráfido, Persiles y Sigismunda, los nombraras Periandro y Auristela, pudiera darte nueva certísima dellos, porque há muchos dias que los conozco, en cuya compañía he pasado muchos trabajos; y luego le comenzó á contar los de la isla bárbara, con otros algunos. En tanto se venía el dia, y en tanto Periandro, porque allí no le hallasen, los dejó solos, y volvió á buscar á Auristela, para contar la venida de su hermano y tomar consejo de lo que debian de hacer para huir de su indignacion, teniendo á milagro haber sido informado en tan remoto lugar de aquel caso; y así lleno de nuevos pensamientos, volvió á los ojos de su contrita Auristela y á las esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo.

CAPITULO XIII.

Vuelve Periandro hácia Roma con la noticia de venir su hermano Maximino: llega tambien Seráfido, su ayo, en compañía de Rutilio.

Entretiénese el dolor y el sentimiento de las recien dadas heridas en la cólera y en la sangre caliente, que despues de fria fatiga de manera que rinde la paciencia del que la sufre: lo mismo acontece en las pasiones del alma, que en dando el tiempo lugar y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida. Dijo su voluntad Auristela á Periandro, cumplió con su deseo, y satisfecha de haberle declarado esperaba su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el cual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salió de Roma, y le sucedió lo que se ha contado: conoció á Rutilio, el cual contó á su ayo Seráfido toda la historia de la isla bárbara, con las sospechas que tenia de que Auristela y Periandro fuesen Sigismunda y Persiles: díjole asimismo, que sin duda los hallarian en Roma, á quien desde que los conoció venian encaminados con la disimulacion y cubierta de ser hermanos: preguntó muchísimas veces á Seráfido la condicion de las gentes de aquellas islas remotas; de donde era rey Maximino y reina la sin par Auristela.

Volvióle á repetir Seráfido, cómo la isla de Tile ó Tule, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares setentrionales, puesto que un poco mas adelante está otra isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrió Nicolas Temo, veneciano, el año de 1380, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entónces de los antiguos, de quien es reina Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco: hay otra isla asimismo poderosa y casi siempre llena de nieve, que se llama Groelanda, á una punta de la cual esta fundado un monasterio debajo del título de Santo Tomas, en el cual hay religiosos de cuatro naciones, españoles, franceses, toscanos y latinos: enseñan sus lenguas á la gente principal de la isla, para que en saliendo della sean entendidos por do quiera que fueren: está, como he dicho, la isla sepultada en nieve, y encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa y digna de que se sepa, la cual derrama y vierte de sí tanta abundancia de agua y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro dél, no solamente le desnieva, pero le calienta de modo, que se recogen en aquella parte increible infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que de allí saca sus rentas y provechos: esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinosas, de las cuales se hace un betun pegajoso, con el cual se fabrican las casas, como si fuesen de duro mármol. Otras cosas te pudiera decir, dijo Seráfido á Rutilio, destas islas, que ponen en duda su crédito; pero en efecto son verdaderas.

Todo esto que no oyó Periandro, lo contó despues Rutilio, que ayudado de la noticia que dellas Periandro tenia, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian: llegó en esto el dia, y hallóse Periandro junto á la iglesia y templo magnífico, y casi el mayor de la Europa, de San Pablo, y vió venir hácia sí alguna gente en monton, á caballo y á pié, y llegando cerca conoció que los que venian eran Auristela, Feliz Flora, Constanza y Antonio su hermano, y asimismo Hipólita, que habiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dejar á que otra llevase las albricias de su hallazgo, y así siguió los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que dellos dió la mujer de Zabulon el judío, bien como aquella que tenia amistad con quien no la tiene con nadie: llegó en fin Periandro al hermoso escuadron, saludó á Auristela, notóle el semblante del rostro, y halló mas mansa su riguridad y mas blandos sus ojos: contó luego públicamente lo que aquella noche le habia pasado con Seráfido su ayo y con Rutilio; dijo cómo su hermano el príncipe Maximino quedaba en Terrachina, enfermo de la mutacion, y con propósito de venirse á curar á Roma, y con autoridad disfrazada y nombre trocado á buscarlos: pidió consejo á Auristela y á los demas, de lo que haria; porque de la condicion de su hermano el príncipe no podia esperar ningun blando acogimiento. Pasmóse Auristela con las no esperadas nuevas, desparecióronse en un punto, así las esperanzas de guardar su integridad y buen propósito, como de alcanzar por mas llano camino la compañía de su querido Periandro. Todos los demas circunstantes discurrieron en su imaginacion qué consejo darian á Periandro, y la primera que salió con el suyo, aunque no se lo pidieron, fué la rica y enamorada Hipólita, que le ofreció llevarle á Nápoles con su hermana Auristela y gastar con ellos cien mil y mas ducados que su hacienda valia: oyó este ofrecimiento Pirro el calabres, que allí estaba, que fué lo mismo que oir la sentencia irremisible de su muerte; que en los rufianes no engendra celos el desden, sino el interes; y como este se perdia con los cuidados de Hipólita, por momentos iba tomando la desesperacion posesion de su alma, en la cual iba atesorando odio mortal contra Periandro, cuya gentileza y gallardía, aunque era tan grande, como se ha dicho, á él le parecia mucho mayor, porque es propia condicion del celoso, parecerle magníficas y grandes las acciones de sus rivales.

Agradeció Periandro á Hipólita, pero no admitió su generoso ofrecimiento: los demas no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio y Seráfido, y entrambos á dos apénas hubieron visto á Periandro, cuando corrieron á echarse á sus piés, porque la mudanza del hábito no le pudo mudar la de su gentileza: teníale abrazado Rutilio por la cintura y Seráfido por el cuello: lloraba Rutilio de placer y Seráfido de alegría: todos los circunstantes estaban atentos mirando el extraño y gozoso recebimiento: solo en el corazon de Pirro andaba la melancolía, atenaceándole con tenazas mas ardiendo que si fueran de fuego, y llegó á tanto extremo el dolor que sintió de ver engrandecido y honrado á Periandro, que sin mirar lo que hacia, ó quizá mirándolo muy bien, metió mano á su espada, y por entre los brazos de Seráfido se la metió á Periandro por el hombro derecho con tal furia y fuerza, que le salió la punta por el izquierdo, atravesándole, poco ménos que al soslayo, de parte á parte. La primera que vió el golpe fué Hipólita, y la primera que gritó fué su voz, diciendo: ¡ Ah traidor, enemigo mortal mio, y cómo has quitado la vida á quien no merecia perderla para siempre! Abrió los brazos Seráfido, soltólos Rutilio calientes ya en su derramada sangre, y cayó Periandro en los de Auristela, la cual faltándole la voz á la garganta, el aliento á los suspiros y las lágrimas á los ojos, se le cayó la cabeza sobre el pecho y los brazos á una y otra parte. Este golpe, mas mortal en la apariencia que en el efecto, suspendió los ánimos de los circunstantes, y les robó la color de los rostros, dibujándoles la muerte en ellos, que ya por la falta de la sangre á mas andar se entraba por la

vida de Periandro, cuya falta amenazaba á todos el último fin de sus dias, á lo ménos Auristela la tenia entre los dientes y la queria escupir de los labios. Seráfido y Antonio arremetieron á Pirro, y á despecho de su fiereza y fuerzas le asieron, y con gente que se llegó, le enviaron á la prision, y el Gobernador de allí á cuatro dias le mandó llevar á la horca por incorregible y asesino, cuya muerte dió la vida á Hipólita, que vivió de allí adelante.

CAPITULO XIV.

Llega Maximino enfermo de la mutacion: muere dejando casados á Periandro y Auristela, conocidos ya por Persiles y Sigismunda.

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza. Auristela, arrepentida de haber declarado su pensamiento á Periandro, volvió á buscarle alegre, por pensar que en su mano y en su arepentimiento estaba el volver á la parte que quisiese la voluntad de Periandro, porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna y la esfera del movimiento de sus deseos; y no estaba engañada, pues ya los traia Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela; pero mirad los engaños de la variable fortuna. Auristela, en tan pequeño instante como se ha visto, se ve otra de lo que ántes era; pensaba reir y está llorando, pensaba vivir y ya se muere, creia gozar de la vista de Periandro, y ofrécesele á los ojos la del príncipe Maximino su hermano, que con muchos coches y grande acompañamiento entraba en Roma por aquel camino de Terrachina, y llevándole la vista el escuadron de gente que rodeaba al herido Periandro, llegó su coche á verlo y salió á recibirle Seráfido, diciéndole: ¡Oh príncipe Maximino, y qué malas albricias espero de las nuevas que pienso darte! Este herido que ves en los brazos desta hermosa doncella, es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia á tiempo tan áspero y en sazon tan rigurosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de llevarlos á la sepultura. No irán solos, respondió Maximino, que yo les haré compañía, segun vengo; y sacando la cabeza fuera del coche, conoció á su hermano, aunque tinto y lleno de sangre de la herida: conoció asimismo á Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto que le turbó sus colores, no le afeó sus facciones: hermosa era Sigismunda ántes de su desgracia, pero hermosísima estaba despues de haber caido en ella; que tal vez los accidentes del dolor suelen acrocentar la belleza.

Dejóse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la reina de Frislanda, y en su imaginacion, tambien reina de Tile; que estas mudanzas tan extrañas caen debajo del poder de aquella que comunmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del cielo. Habiase partido Maximino con intencion de llegará Roma á curarse con mejores médicos que los de Terrachina, los cuales le pronosticaron que antes que en Roma entrase, le habia de saltear la muerte, en esto mas verdaderos y experimentados que en saber curarle: verdad es que el mal que causa la mutacion, pocos le saben curar: en efecto frontero del templo de San Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte salió al encuentro al gallardo Persiles y le derribó en tierra y enterró á Maximino, el cual viéndose á punto de muerte, con la mano derecha asió la izquierda de su hermano y se la llegó á los ojos, y con su izquierda le asió de la derecha y se la juntó con la de Sigismunda, y con voz turbada y aliento mortal y cansado dijo: De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos mios, creo que entre vosotros está por saber esto; aprieta, ó hermano, estos párpados, y ciérrame estos ojos en perpetuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Sigismunda, y séllala con el sí que quiero que la des de esposo; y sean testigos de este casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean; el reino de tus padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud, y góceslos años infinitos.

Estas palabras tan tiernas, tan alegres y tan tristes avivaron los espíritus de Persiles, y obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, con la mano le cerró los ojos, y con la lengua entre triste y alegre pronunció el sí, y le dió de ser su esposo á Sigismunda: hizo el sentimiento de la improvisa y dolorosa muerte en los presentes su efecto, y comenzaron á ocupar los suspiros el aire, y á regar las lágrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maximino y lleváronle á San Pablo, y el medio vivo de Persiles en el coche del muerto le volvieron á curar á Roma, donde no hallaron á Belarminia ni á Deleasir, que se habian ido ya á Francia con el Duque. Mucho sintió Arnaldo el nuevo y extraño casamiento de Sigismunda; muchísimo le pesó de que se hubiesen malogrado tantos años de servicio, de buenas obras hechas, en órden á gozar pacífico de su sin igual belleza; y lo que mas le tarazaba el alma, eran las no creidas razones del maldiciente Clodio, de quien él á su despecho hacia tan manifiesta prueba: confuso, atónito y espantado, estuvo por irse sin hablar palabra á Persiles y Sigismunda; mas considerando ser reyes, y la disculpa que tenian, y que sola esta ventura estaba guardada para él, determinó ir á verles, y ansí lo hizo: fué muy bien recebido, y para que del todo no pudiese estar quejoso, le ofrecieron á la infanta Eusebia, para su esposa, hermana de Sigismunda, é quien él aceptó de buena gana, y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia á su padre; que en los casamientos graves y en todos es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Asistió á la cura de la herida de su cuñado en esperanza, y dejándole sano, se fué á ver á su padre, y prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinó de casarse con Antonio el bárbaro, por no atreverse á vivir entre los parientes del que habia muerto Antonio; Croriano y Ruperta, acabada su romería, se volvieron á Francia, llevando bien qué contar del suceso de la fingida Auristela: Bartolomé el manchego y la castellana Luisa se fuéron á Nápoles, donde se dice acabaron mal, porque no vivieron bien. Persiles depositó á su hermano en San Pablo, recogió á todos sus criados, volvió á visitar los templos de Roma, acarició á Constanza, á quien Sigismuda dió la cruz de diamantes, y la acampañó hasta dejarla casada con el Conde su cuñado; y habiendo besado los piés al Pontífice, sosegó su espíritu y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Persiles hasta que biznietos le alargaron los dias, pues los vió en su larga y feliz posteridad.

FIN DEL PERSILES Y SIGISMUNDA.

VIAJE DEL PARNASO.

DEDICATORIA

A D. Rodrigo de Tapia, caballero del hábito de Santiago, hijo del señor D. Pedro de Tapia, oidor del Consejo Real, y consultor del Santo Oficio de la Inquisicion Suprema.

Dirijo á vuesa merced este *Viaje* que hice *al Parnaso,* que no desdice á su edad florida, ni á sus loables y estudiosos ejercicios. Si vuesa merced le hace el acogimiento que yo espero de su condicion ilustre, él quedará famoso en el mundo, y mis deseos premiados. Nuestro Señor, etc.

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

Si por ventura, lector curioso, eres poeta, y llegare á tus manos (aunque pecadoras) este *Viaje;* si te hallares en él escrito y notado entre los buenos poetas, da gracias á Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, tambien se las puedes dar. Y Dios te guarde.

D. AUGUSTINI DE CASANATE ROSAS.

EPIGRAMMA.

Excute cæruleum, proles Saturnia, tergum,
  Verbera quadrigæ sentiat alma Tethys.
Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,
  Carmineis ratibus per freta tendit iter.
Proteus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
  Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.
At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,
  Carmina si excipias nulla tridentis opes.
Hesperiis Michaël claros conduxit ab oris
  In pelagus vates. Delphica castra petit.
Imò age, pone metus, mediis subsiste carinis,
  Parnassi in litus vela secunda gere.

VIAJE DEL PARNASO.

CAPITULO PRIMERO.

Un quídam caporal italiano,
De patria perusino, á lo que entiendo,
De ingenio griego, y de valor romano,
Llevado de un capricho reverendo,
Le vino en voluntad de ir á Parnaso,
Por huir de la corte el vario estruendo.
Solo y á pié partióse, y paso á paso
Llegó donde compró una mula antigua,
De color parda y tartamudo paso:
Nunca á medroso pareció estantigua
Mayor, ni ménos buena para carga,
Grande en los huesos, y en la fuerza exigua,
Corta de vista, aunque de cola larga,
Estrecha en los ijares, y en el cuero
Mas dura que lo son los de una adarga.
Era de ingenio cabalmente entero,
Caia en cualquier cosa fácilmente
Así en abril, como en el mes de enero.
En fin, sobre ella el poeton valiente
Llegó al Parnaso, y fué del rubio Apolo
Agasajado con serena frente.
Contó, cuando volvió el poeta solo
Y sin blanca á su patria, lo que en vuelo
Llevó la fama deste al otro polo.
Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo,
Quisiera despachar á la estafeta
Mi alma, ó por los aires, y ponella
Sobre las cumbres del nombrado Oeta.
Pues descubriendo desde allí la bella
Corriente de Aganipe, en un saltico
Pudiera el labio remojar en ella,
Y quedar del licor süave y rico
El pancho lleno, y ser de allí adelante
Poeta ilustre, ó al ménos manífico.
Mas mil inconvenientes al instante
Se me ofrecieron, y quedó el deseo
En cierne, desvalido é ignorante.
Porque en la piedra que en mis hombros veo,
Que la fortuna me cargó pesada,
Mis mal logradas esperanzas leo.
Las muchas leguas de la gran jornada
Se me representaron que pudieran
Torcer la voluntad aficionada,
Si en aquel mismo instante no acudieran
Los humos de la fama á socorrerme,
Y corto y fácil el camino hicieran.
Dije entre mí: Si yo viniese á verme
En la difícil cumbre deste monte,
Y una guirnalda de laurel ponerme;
No envidiaria el bien decir de Aponte,
Ni del muerto Galarza la agudeza,
En manos blando, en lengua Radamonte.
Mas como de un error siempre se empieza,
Creyendo á mi deseo, dí al camino
Los piés, porque dí al viento la cabeza.
En fin, sobre las ancas del destino,
Llevando á la eleccion puesta en la silla,
Hacer el gran viaje determino.
Si esta cabalgadura maravilla,
Sepa el que no lo sabe, que se usa
Por todo el mundo, no solo en Castilla.
Ninguno tiene, ó puede dar excusa
De no oprimir desta gran bestia el lomo,
Ni mortal caminante lo rehusa.
Suele tal vez ser tan lijera, como
Va por el aire el águila ó saeta,
Y tal vez anda con los piés de plomo.
Pero para la carga de un poeta,
Siempre lijera, cualquier bestia puede
Llevarla, pues carece de maleta.
Que es caso ya infalible, que aunque herede
Riquezas un poeta, en poder suyo
No aumentarlas, perderlas le sucede.
Desta verdad ser la ocasion arguyo,
Que tú, ó gran padre Apolo, les infundes
En sus intentos el intento tuyo.
Y como no le mezclas ni confundes
En cosas de agibílibus rateras,
Ni en el mar de ganancia vil le hundes;
Ellos, ó traten burlas, ó sean véras,
Sin aspirar á la ganancia en cosas,
Sobre el convexo van de las esferas,
Pintando en la palestra rigurosa
Las acciones de Marte, ó entre las flores
Las de Vénus mas blanda y amorosa.
Llorando guerras, ó cantando amores,
La vida como en sueño se les pasa,
O como suele el tiempo á jugadores.
Son hechos los poetas de una masa
Dulce, süave, correosa y tierna,
Y amiga del holgar de ajena casa.
El poeta mas cuerdo se gobierna
Por su antojo baldío y regalado,
De trazas lleno, y de ignorancia eterna.
Absorto en sus quimeras, y admirado
De sus mismas acciones, no procura
Llegar á rico, como á honroso estado.
Vayan pues los leyentes con letura,
Cual dice el vulgo mal limado y bronco,
Que yo soy un poeta desta hechura:
Cisne en las canas, y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco:
Y que en la cumbre de la varia rueda
Jamas me pude ver solo un momento,
Pues cuando subir quiero, se está queda.
Pero por ver si un alto pensamiento
Se puede prometer feliz suceso,
Seguí el viaje á paso tardo y lento.
Un candeal con ocho mis de queso
Fué en mis alforjas mi repostería,
Util al que camina, y leve peso.
—Adios, dije á la humilde choza mia,
Adios, Madrid, adios tu Prado, y fuentes
Que manan néctar, llueven ambrosía.
Adios, conversaciones suficientes
A entretener un pecho cuidadoso,
Y á dos mil desvalidos pretendientes.
Adios, sitio agradable y mentiroso,
Do fuéron dos gigantes abrasados
Con el rayo de Júpiter fogoso.
Adios, teatros públicos, honrados
Por la ignorancia que ensalzada veo
En cien mil disparates recitados.
Adios de San Felipe el gran paseo,
Donde si baja ó sube el turco galgo
Como en gaceta de Venecia leo.
Adios, hambre sotil de algun hidalgo,
Que por no verme ante tus puertas muerto,
Hoy de mi patria y de mí mismo salgo.—
Con esto poco á poco llegué al puerto,
A quien los de Cartago dieron nombre,
Cerrado á todos vientos y encubierto.
A cuyo claro y singular renombre
Se postran cuantos puertos el mar baña,
Descubre el sol, y ha navegado el hombre.
Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heróico Don Juan la heróica hazaña.
Donde con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho
Tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.
Allí con rabia y con mortal despecho
El otomano orgullo vió su brio

Hollado y reducido à pobre estrecho.
Lleno pues de esperanzas, y vacío
De temor, busqué luego una fragata,
Que efetüase el alto intento mio.
Cuando por la, aunque azul, líquida plata
Vi venir un bajel á vela y remo,
Que tomar tierra en el gran puerto trata.
Del mas gallardo, y mas vistoso extremo
De cuantos las espaldas de Neptuno
Oprimieron jamas, ni mas supremo.
Cual este, nunca vió bajel alguno
El mar, ni pudo verse en el armada,
Que destruyó la vengativa Juno.
No fué del vellocino ó la jornada
Argos tan bien compuesta y tan pomposa,
Ni de tantas riquezas adornada.
Cuando entraba en el puerto, la hermosa
Aurora por las puertas del oriente,
Salia en trenza blanda y amorosa;
Oyóse un estampido de repente,
Haciendo salva la real galera,
Que despertó y alborotó la gente.
El son de los clarines la ribera
Llenaba de dulcísima armonía,
Y el de la chusma alegre y placentera.
Entrábanse las horas por el dia,
A cuya luz con distincion mas clara
Se vió del gran bajel la bizarría.
Áncoras echa, y en el puerto para,
Y arroja un ancho esquife al mar tranquilo
Con música, con grita y algazara.
Usan los marineros de su estilo,
Cubren la popa con tapetes tales
Que es oro y sirgo de su trama el hilo.
Tocan de la ribera los umbrales,
Sale del rico esquife un caballero
En hombros de otros cuatro principales.
En cuyo traje y ademan severo
Vi de Mercurio al vivo la figura,
De los fingidos dioses mensajero.
En el gallardo talle y compostura,
En los alados piés, y el caduceo,
Símbolo de prudencia y de cordura,
Digo, que al mismo paraninfo veo,
Que trujo mentirosas embajadas
A la tierra del alto coliseo.
Vile, y apénas puso las aladas
Plantas en las arenas venturosas
Por verse de divinos piés tocadas;
Cuando yo revolviendo cien mil cosas
En la imaginacion, llegué á postrarme
Ante las plantas por adorno hermosas.
Mandóme el dios parlero luego alzarme,
Y con medidos versos y sonantes,
Desta manera comenzó á hablarme :
—¡Oh Adan de los poetas, oh Cervantes!
¿Qué alforjas y qué traje es este, amigo,
Que así muestra discursos ignorantes?—
Yo, respondiendo á su demanda, digo :
—Señor, voy al Parnaso, y como pobre
Con este aliño mi jornada sigo.—
Y él á mí dijo : ¡Sobrehumano, y sobre
Espíritu cilenio levantado!
Toda abundancia y todo honor te sobre.
Que en fin has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.
Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de raro inventor tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.
Tus obras los rincones de la tierra,
Llevándolas en grupa Rocinante,
Descubren, y á la envidia mueven guerra.
Pasa, raro inventor, pasa adelante
Con tu sotil disinio, y presta ayuda
A Apolo; que la tuya es importante :
Antes que el escuadron vulgar acuda
Demas de veinte mil sietemesinos
Poetas, que de serlo están en duda.
Llenas van ya las sendas y caminos
Desta canalla inútil contra el monte,
Que aun de estar á su sombra no son dinos.
Armate de tus versos luego, y ponte
A punto de seguir este viaje
Conmigo, y á la gran obra disponte.
Conmigo segurísimo pasaje
Tendrás, sin que te empaches, ni procures
Lo que suelen llamar matalotaje.
Y porque esta verdad que digo, apures,
Entra conmigo en mi galera, y mira
Cosas con que te asombres y asegures.—
Yo, aunque pensé que todo era mentira,
Entré con él en la galera hermosa,
Y vi lo que pensar en ello admira.
De la quilla á la gavia, ¡oh extraña cosa!
Toda de versos era fabricada,
Sin que se entremetiese alguna prosa.
Las ballesteras eran de ensalada
De glosas, todas hechas á la boda
De la que se llamó Malmaridada.
Era la chusma de romances toda,
Gente atrevida, empero necesaria,
Pues á todas acciones se acomoda.
La popa de materia extraordinaria,
Bastarda, y de legítimos sonetos,
De labor peregrina en todo, y varia.
Eran dos valentísimos tercetos
Los espaldares de la izquierda y diestra,
Para dar boga larga muy perfetos.
Hecha ser la crujía se me muestra
De una luenga y tristísima elegía,
Que no en cantar, sino en llorar es diestra.
Por esta entiendo yo que se diria
Lo que suele decirse á un desdichado,
Cuando lo pasa mal, pasó crujía.
El árbol hasta el cielo levantado
De una dura cancion prolija estaba
De canto de seis dedos embreado.
Él, y la entena que por él cruzaba,
De duros estrambotes, la madera
De que eran hechos claro se mostraba.
La racamenta, que es siempre parlera,
Toda la componian redondillas,
Con que ella se mostraba mas lijera.
Las jarcias parecian seguidillas
De disparates mil y mas compuestas,
Que suelen en el alma hacer cosquillas.
Las rumbadas, fortísimas y honestas
Estancias, eran tablas poderosas,
Que llevan un poema y otro á cuestas.
Era cosa de ver las bulliciosas
Banderillas que al aire tremolaban,
De varias rimas algo licenciosas.
Los grumetes, que aquí y allí cruzaban,
De encadenados versos parecian,
Puesto que como libres trabajaban,
Todas las obras muertas componian
O versos sueltos, ó sextinas graves,
Que la galera mas gallarda hacian.
En fin, con modos blandos y süaves,
Viendo Mercurio que yo visto habia
El bajel, que es razon, letor, que alabes,
Junto á sí me sentó, y su voz envía
A mis oidos en razones claras,
Y llenas de suavísima armonía,
Diciendo : —Entre las cosas que son raras
Y nuevas en el mundo y peregrinas,
Verás, si en ello adviertes y reparas,
Que es una este bajel de las mas dinas
De admiracion, que llegue à ser espanto
A naciones remotas y vecinas.
No le formaron máquinas de encanto,
Sino el ingenio del divino Apolo,
Que puede, quiere, y llega y sube á tanto.
Formóle, ¡oh nuevo caso! para solo
Que yo llevase en él cuantos poetas
Hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.
De Malta el gran maestro, á quien secretas
Espías dan aviso que en Oriente
Se aperciben las bárbaras saetas,
Teme, y envía á convocar la gente

Que sella con la blanca cruz el pecho,
Porque en su fuerza su valor se aumente.
A cuya imitacion Apolo ha hecho
Que los famosos vates al Parnaso
Acudan, que está puesto en duro estrecho.
Yo, condolido del doliente caso,
En el lijero casco, ya instruido
De lo que he de hacer, aguijo el paso.
De Italia las riberas he barrido,
He visto las de Francia y no tocado,
Por venir solo á España dirigido.
Aquí con dulce y con felice agrado
Hará fin mi camino, á lo que creo,
Y seré fácilmente despachado.
Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,
Serás el paraninfo de mi asunto,
Y el solicitador de mi deseo.
Parte, y no te detengas solo un punto,
Y á los que en esta lista van escritos
Dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto.—
Sacó un papel, y en él casi infinitos
Nombres vi de poetas, en que habia
Yangüeses, vizcainos y coritos.
Allí famosos vi de Andalucía,
Y entre los castellanos vi unos hombres,
En quien vive de asiento la poesía.
Dijo Mercurio:—Quiero que me nombres
Desta turba gentil, pues tú lo sabes,
La alteza de su ingenio, con los nombres.—
Yo respondí:—De los que son mas graves
Diré lo que supiere, por moverte
A que ante Apolo su valor alabes.—
Él escuchó. Yo dije desta suerte.

CAPITULO II.

Colgado estaba de mi antigua boca
El dios hablante, pero entónces mudo;
Que al que escucha, el guardar silencio toca.
Cuando dí de improviso un estornudo,
Y haciendo cruces por el mal agüero,
Del gran Mercurio al mandamiento acudo.
Miré la lista, y vi que era el primero
El Licenciado Juan de Ochoa, amigo
Por poeta, y cristiano verdadero.
Deste varon en su alabanza digo
Que puede acelerar y dar la muerte
Con su claro discurso al enemigo,
Y que si no se aparta y se divierte
Su ingenio en la gramática española,
Será de Apolo sin igual la suerte;
Pues de su poësía al mundo sola
Puede esperar poner el pié en la cumbre,
De la inconstante rueda, ó varia bola.
Este que de los cómicos es lumbre,
Que el Licenciado Poyo es su apellido,
No hay nube que á su sol claro deslumbre.
Pero como está siempre entretenido
En trazas, en quimeras é invenciones,
No ha de acudir á este marcial ruido.
Este, que en lista por tercero pones,
Que Hipólito se llama de Vergara,
Si llevarle al Parnaso te dispones,
Haz cuenta que en él llevas una jara,
Una saëta, un arcabuz, un rayo,
Que contra la ignorancia se dispara.
Este, que tiene como mes de mayo
Florido ingenio, y que comienza ahora
A hacer de sus comedias nuevo ensayo,
Godinez es. Y estotro que enamora
Las almas con sus versos regalados,
Cuando de amor ternezas canta ó llora,
Es uno, qne valdrá por mil soldados,
Cuando á la extraña y nunca vista empresa
Fueren los escogidos y llamados:
Digo que es Don Francisco, el que profesa
Las armas y las letras con tal nombre,
Que por su igual Apolo le confiesa:
Es de Calatayud su sobrenombre.
Con esto queda dicho todo cuanto
Puedo decir con que á la invidia asombre.
Este que sigue es un poeta santo,
Digo famoso: Miguel Cid se llama,
Que al coro de las musas pone espanto.
Estotro que sus versos encarama
Sobre los mismos hombros de Calisto,
Tan celebrado siempre de la fama,
Es aquel agradable, aquel bienquisto,
Aquel agudo, aquel sonoro y grave
Sobre cuantos poetas Febo ha visto:
Aquel que tiene de escribir la llave
Con gracia y agudeza en tanto extremo,
Que su igual en el orbe no se sabe;
Es Don Luis de Góngora, á quien temo
Agraviar en mis cortas alabanzas,
Aunque las suba al grado mas supremo.
O tú, divino espíritu, que alcanzas
Ya el premio merecido á tus deseos,
Y á tus bien colocadas esperanzas:
Ya en nuevos y justísimos empleos,
Divino Herrera, tu caudal se aplica,
Aspirando del cielo á los trofeos.
Ya de tu hermosa luz clara y rica
El bello resplandor miras seguro
En la que la alma tuya beatifica:
Y arrimada tu hiedra al fuerte muro
De la inmortalidad, no estimas cuanto
Mora en las sombras deste mundo escuro.
Y tú, Don Juan de Jáuregui, que á tanto
El sabio curso de tu pluma aspira,
Que sobre las esferas le levanto;
Aunque Lucano por tu voz respira,
Déjale un rato, y con piadosos ojos
A la necesidad de Apolo mira;
Que te están esperando mil despojos
De otros mil atrevidos, que procuran
Fértiles campos ser, siendo rastrojos.
Y tú, por quien las musas aseguran
Su partido, Don Felix Arias, siente,
Que por su gentileza te conjuran,
Y ruegan que defiendas desta gente
Non sancta su hermosura, y de Aganipe
Y de Hipocrene la inmortal corriente.
¿Consentirás tú á dicha participe
Del licor suavísimo un poeta,
Que al hacer de sus versos sude y hipe?
No lo consentirás, pues tu discreta
Vena, abundante y rica, no permite
Cosa que sombra tenga de imperfeta.
Señor, este que aquí viene se quite,
Dije á Mercurio, que es un chacho necio,
Que juega, y es de sátiras su envite.
Este sí que podrás tener en precio,
Que es Alonso de Salas Barbadillo,
A quien me inclino y sin medida aprecio.
Este que viene aquí, si he de decillo,
No hay para qué le embarques, y así puedes
Borrarle. Dijo el dios: gusto de oillo.
Es un cierto rapaz, que á Ganimédes
Quiere imitar, vistiéndose á lo godo,
Y así aconsejo que sin él te quedes.
No lo harás con este dese modo,
Que es el gran Luis Cabrera, que pequeño
Todo lo alcanza, pues lo sabe todo:
Es de la historia conocido dueño,
Y en discursos discretos tan discreto,
Que á Tácito verás, si te le enseño.
Este que viene es un galan, sujeto
De la varia fortuna á los vaivenes,
Y del mudable tiempo al duro aprieto.
Un tiempo rico de caducos bienes,
Y ahora de los firmes é inmudables
Mas rico, á tu mandar firme le tienes:
Pueden los altos riscos siempre estables
Ser tocados del mar, mas no movidos
De sus ondas en cursos variables.
Ni ménos á la tierra trae rendidos
Los altos cedros Bóreas, cuando airado
Quiere humillar los mas fortalecidos.
Y este que vivo ejemplo nos ha dado
Desta verdad con tal filosofía
Don Lorenzo Ramirez es de Prado.
Deste que se le sigue aquí, diria
Que es Don Antonio de Monroy, que veo
En ello qué es ingenio y cortesía.

Satisfacion al mas alto deseo
Puede dar de valor heróico y ciencia,
Pues mil descubro en él y otras mil creo.
Este es un caballero de presencia
Agradable, y que tiene de Torcato
El alma sin alguna diferencia.
De Don Antonio de Paredes trato,
A quien dieron las musas sus amigas
En tierna edad anciano ingenio y trato.
Este que por llevarle te fatigas,
Es Don Antonio de Mendoza, y veo
Cuánto en llevarle al sacro Apolo obligas.
Este que de las musas es recreo,
La gracia, y el donaire, y la cordura,
Que de la discrecion lleva el trofeo:
Es Pedro de Morales, propia hechura
Del gusto cortesano, y es asilo
Adonde se repara mi ventura.
Este, aunque tiene parte de Zoilo,
Es el grande Espinel, que en la guitarra
Tiene la prima, y en el raro estilo.
Este, que tanto allí tira la barra,
Que las cumbres se deja atras de Pindo,
Que jura, que vocea y que desgarra,
Tiene mas de poeta que de lindo,
Y es Jusepe de Vargas, cuyo astuto
Ingenio y rara condicion deslindo.
Este, á quien pueden dar justo tributo
La gala y el ingenio, que mas pueda
Ofrecer á las musas flor y fruto,
Es el famoso Andres de Balmaseda,
De cuyo grave y dulce entendimiento
El magno Apolo satisfecho queda.
Este es Enciso, gloria y ornamento
Del Tajo, y claro honor de Manzanares,
Que con tal hijo aumenta su contento.
Este, que es escogido entre millares
De Guevara Luis Velez es el bravo,
Que se puede llamar quitapesares.
Es poeta gigante, en quien alabo
El verso numeroso, el peregrino
Ingenio, si un Gnaton nos pinta, ó un Davo.
Este es Don Juan de España, que es mas dino
De alabanzas divinas que de humanas,
Pues en todos sus versos es divino.
Este, por quien de Lugo están ufanas
Las musas, es Silveira, aquel famoso,
Que por llevarle con razon te afanas.
Este, que se le sigue, es el curioso
Gran Don Pedro de Herrera, conocido
Por de ingenio elevado en punto honroso.
Este que de la cárcel del olvido
Sacó otra vez á Proserpina hermosa,
Con que á España y al Dauro ha enriquecido,
Veráste en la contienda rigurosa,
Que se teme y se espera en nuestros dias,
Culpa de nuestra edad poco dichosa,
Mostrar de su valor las lozanías.
Pero ¿qué mucho, si es aqueste el doto
Y grave Don Francisco de Farías?
Este de quien yo fui siempre devoto,
Oráculo y Apolo de Granada,
Y aun deste clima nuestro y del remoto,
Pedro Rodriguez es. Este es Tejada,
De altitonantes versos y sonoros
Con majestad en todo levantada.
Este, que brota versos por los poros,
Y halla patria y amigos donde quiera,
Y tiene en los ajenos sus tesoros,
Es Medinilla, el que la vez primera
Cantó el romance de la tumba escura,
Entre cipreses puestos en hilera.
Este, que en verdes años se apresura
Y corre al sacro lauro, es Don Fernando
Bermudez, donde vive la cordura:
Este es aquel poeta memorando,
Que mostró de su ingenio la agudeza
En las selvas de Erifile cantando.
Este, que la coluna nueva empieza,
Con estos dos que con su sér convienen,
Nombrarlos, aun lo tengo por bajeza.
Miguel Cejudo, y Miguel Sanchez vienen
Juntos aquí, ¡oh par sin par! En estos
Las sacras musas fuerte amparo tienen.
Que en los piés de sus versos bien compuestos,
Llenos de erudicion rara y dotrina,
Al ir al grave caso serán prestos.
Este gran caballero, que se inclina
A la leccion de los poetas buenos,
Y al sacro monte con su luz camina,
Don Francisco de Silva es por lo ménos:
¿Que será por lo mas? ¡Oh edad madura,
En verdes años de cordura llenos!
Don Gabriel Gomez viene aquí, segura
Tiene con él Apolo la vitoria,
De la canalla siempre necia y dura.
Para honor de su ingenio, para gloria
De su florida edad, para que admire
Siempre de siglo en siglo su memoria,
En este gran sugeto se retire
Y abrevie la esperanza deste hecho,
Y Febo al gran Valdes atento mire.
Verá en él un gallardo y sabio pecho,
Un ingenio sutil y levantado,
Con que le deje en todo satisfecho.
Figueroa es estotro, el dotorado,
Que cantó de Amarili la constancia
En dulce prosa y verso regalado.
Cuatro vienen aquí en poca distancia
Con mayúsculas letras de oro escritos,
Que son del alto asunto la importancia.
De tales cuatro, siglos infinitos
Durará la memoria, sustentada
En la alta gravedad de sus escritos.
Del claro Apolo la real morada
Si viniere á caer de su grandeza,
Será por estos cuatro levantada;
En ellos nos cifró naturaleza
El todo de las partes, que son dinas
De gozar celsitud, que es mas que alteza.
Esta verdad, gran Conde de Salinas,
Bien la acreditas con tus raras obras,
Que en los términos tocan de divinas.
Tú, el de Esquilache príncipe, que cobras
De dia en dia crédito tamaño,
Que te adelantas á ti mismo y sobras:
Serás escudo fuerte al grave daño,
Que teme Apolo con ventajas tantas,
Que no te espere el escuadron tacaño.
Tú, conde de Saldaña, que con plantas
Tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
Y en alas de tu ingenio te levantas;
Hacha has de ser de inextinguible lumbre,
Que guie al sacro monte, al deseoso
De verse en él, sin que la luz deslumbre.
Tú, el de Villamediana, el mas famoso
De cuantos entre griegos y latinos
Alcanzaron el lauro venturoso;
Cruzarás por las sendas y caminos
Que al monte guian, porque mas seguros
Lleguen á él los simples peregrinos.
A cuya vista destos cuatro muros
Del Parnaso caerán las arrogancias.
De los mancebos sobre necios duros.
¡Oh cuántas, y cuán graves circunstancias
Dijera destos cuatro, que felices
Aseguran de Apolo las ganancias!
Y mas si se les llega el de Alcañices
Marques insigne, harán (puesto que hay una
En el mundo no mas) cinco fenices.
Cada cual de por sí sera coluna,
Que sustente y levante el edificio
De Febo sobre el cerco de la luna.
Este (puesto que acude al grave oficio
En que se ocupa) el lauro y palma lleva,
Que Apolo da por honra y beneficio.
En esta ciencia es maravilla nueva,
Y en la jurispericia único y raro,
Su nombre es Don Francisco de la Cueva.
Este, que con Homero le comparo,
Es el gran Don Rodrigo de Herrera,
Insigne en letras, y en virtudes claro.
Este, que se le sigue, es el de Vera
Don Juan, que por su espada y por su pluma

Le honran en la quinta y cuarta esfera.
Este, que el cuerpo y aun el alma bruma
De mil, aunque no muestra ser cristiano,
Sus escritos el tiempo no consuma.
Cayóseme la lista de la mano
En este punto, y dijo el dios: — Con estos
Que has referido está el negocio llano.
Haz que con piés y pensamientos prestos
Vengan aquí, donde aguardando quedo
La fuerza de tan válidos supuestos.
— Mal podrá Don Francisco de Quevedo
Venir, dije yo entónces; y él me dijo:
— Pues partirme sin él de aquí no puedo.
Ese es hijo de Apolo, ese es hijo
De Calíope musa, no podemos
Irnos sin él, y en esto estaré fijo.
Es el flagelo de poetas memos,
Y echará á puntillazos del Parnaso
Los malos que esperamos y tememos.
— Oh señor, repliqué, que tiene el paso
Corto, y no llegará en un siglo entero.
— Deso, dijo Mercurio, no hago caso.
Que el poeta que fuere caballero,
Sobre una nube entre pardilla y clara
Vendrá muy á su gusto caballero.
— Y el que no, pregunté, ¿qué le prepara
Apolo? ¿que carrozas, ó qué nubes?
¿Qué dromedario, ó alfana en paso rara?
— Mucho, me respondió, mucho te subes
En tus preguntas; calla y obedece.
— Sí haré, pues no es infando lo que jubes. —
Esto le respondí, y él me parece
Que se turbó algun tanto; y en un punto
El mar se turba, el viento sopla y crece.
Mi rostro entónces, como el de un difunto
Se debió de poner, y sí haria,
Que soy medroso á lo que yo barrunto.
Vi la noche mezclarse con el dia,
Las arenas del hondo mar alzarse
A la region del aire, entónces fria.
Todos los elementos vi turbarse,
La tierra, el agua, el aire, y aun el fuego
Vi entre rompidas nubes azorarse.
Y en medio deste gran desasosiego
Llovian nubes de poetas llenas
Sobre el bajel, que sé anegara luego,
Si no acudieran mas de mil sirenas
A dar de azotes á la gran borrasca,
Que bacia el saltarel por las entenas.
Una, que ser pensé Juana la Chasca,
De dilatado vientre y luengo cuello,
Pintiparado á aquel de la tarasca,
Se llegó á mí, y me dijo: — De un cabello
Deste bajel estaba la esperanza
Colgada, á no venir á socorrello.
Traemos, y no es burla, á la bonanza,
Que estaba descuidada oyendo atenta
Los discursos de un cierto Sancho Panza. —
En esto sosegóse la tormenta,
Volvió tranquilo el mar, serenó el cielo,
Que al regañon el céfiro le ahuyenta.
Volví la vista, y ví en lijero vuelo
Una nube romper el aire claro
De la color del condensado hielo.
¡Oh maravilla nueva! Oh caso raro!
Vilo, y he de decillo, aunque se dude
Del hecho que por brújula declaro.
Lo que yo pude ver, lo que yo pude
Notar fué, que la nube dividida
En dos mitades á llover acude.
Quien ha visto la tierra prevenida
Con tal disposicion, que cuando llueve,
Cosa ya averiguada y conocida,
De cada gota en un instante breve
Del polvo se levanta ó sapo, ó rana,
Que á saltos, ó despacio el paso mueve;
Tal se imagine ver (¡Oh soberana
Virtud!) de cada gota de la nube
Saltar un bulto, aunque con forma humana.
Por no creer esta verdad estuve
Mil veces, pero víla con la vista,
Que entónces clara y sin legañas tuve.
Eran aquestos bultos de la lista
Pasada los poetas referidos,
A cuya fuerza no hay quien la resista.
Unos por hombres buenos conocidos,
Otros de rumbo y hampo, y Dios es Cristo,
Poquitos bien, y muchos mal vestidos.
Entre ellos parecióme de haber visto
A Don Antonio de Galarza el bravo,
Gentilhombre de Apolo, y muy bienquisto.
El bajel se llenó de cabo á cabo,
Y su capacidad á nadie niega
Copioso asiento, que es lo mas que alabo.
Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja, ni aun le llega.
Era cosa de ver maravillosa
De los poetas la apretada enjambre,
En recitar sus versos muy melosa.
Este muerto de sed, aquel de hambre;
Yo dije, viendo tantos, con voz alta:
— ¡Cuerpo de mí con tanta poetambre! —
Por tantas sobras conoció una falta
Mercurio, y acudiendo á remedialla,
Lijero en la mitad del bajel salta.
Y con una zaranda que allí halla,
No sé si antigua, ó si de nuevo hecha,
Zarandó mil poetas de gramalla.
Los de capa y espada no desecha,
Y destos zarandó dos mil y tantos;
Que fué neguilla entónces la cosecha.
Colábanse los buenos y los santos,
Y quedábanse arriba los granzones,
Mas duros en sus versos que los cantos.
Y sin que les valiesen las razones
Que en su disculpa daban, daba luego
Mercurio al mar con ellos á montones.
Entre los arrojados se oyó un ciego,
Que murmurando entre las ondas iba
De Apolo con un pésete y reniego.
Un sastre (aunque en sus piés flojos estriba,
Abriendo con los brazos el camino)
Dijo: — Sucio es Apolo, así yo viva. —
Otro (que al parecer iba mohino,
Con ser un zapatero de obra prima)
Dijo dos mil, no un solo desatino.
Trabaja un tondidor, suda, y se anima
Por verse á la ribera conducido,
Que mas la vida que la honra estima.
El escuadron nadante reducido
A la marina, vuelve á la galera
El rostro con señales de ofendido.
Y uno por todos dijo: — Bien pudiera
Ese chocante embajador de Febo
Tratarnos bien, y no desta manera.
Mas oigan lo que dijo: — Yo me atrevo
A profanar del monte la grandeza
Con libros nuevos, y en estilo nuevo.
Calló Mercurio, y á poner empieza
Con gran curiosidad seis camarines,
Dando á la gracia ilustre rancho y pieza.
De nuevo resonaron los clarines,
Y así Mercurio lleno de contento,
Sin darle mal agüero los delfines,
Remos al agua dió, velas al viento.

CAPITULO III.

Eran los remos de la real galera
De esdrújulos, y dellos compelida
Se deslizaba por el mar lijera.
Hasta el tope la vela iba tendida,
Hecha de muy delgados pensamientos,
De varios lizos por amor tejida.
Soplaban dulces y amorosos vientos,
Todos en popa, y todos se mostraban
Al gran viaje solamente atentos.
Las sirenas en torno navegaban,
Dando empellones al bajel lozano,
Con cuya ayuda en vuelo le llevaban.
Semejaban las aguas del mar cano
Colchas encarrujadas, y hacian
Azules visos por el verde llano.
Todos los del bajel se entretenian,

Unos glosando piés dificultosos,
Otros cantaban, otros componian.
Otros de los tenidos por curiosos
Referian sonetos, muchos hechos
A diferentes casos amorosos.
Otros alfeñicados y deshechos
En puro azúcar, con la voz süave,
De su melifluidad muy satisfechos,
En tono blando, sosegado y grave,
Eglogas pastorales recitaban,
En quien la gala y la agudeza cabe.
Otros de sus señoras celebraban
En dulces versos de la amadá boca
Los excrementos que por ella echaban.
Tal hubo á quien amor así le toca,
Que alabó los riñones de su dama,
Con gusto grande, y no elegancia poca
Uno cantó, que la amorosa llama
En mitad de las aguas le encendia,
Y como toro agarrochado brama.
Desta manera andaba la poesía
De uno en otro, haciendo que hablase
Este latin, aquel algarabía.
En esto sesga la galera vase
Rompiendo el mar con tanta liejreza,
Que el viento aun no consiente que la pase.
Y en esto descubrióse la grandeza
De la escombrada playa de Valencia
Por arte hermosa y por naturaleza.
Hizo luego de sí grata presencia
El gran Don Luis Ferrer, marcado el pecho
De honor, y el alma de divina ciencia.
Desembarcóse el dios, y fué derecho
A darle cuatro mil y mas abrazos,
De su vista y su ayuda satisfecho.
Volvió la vista, y reiteró los lazos
En Don Guillen de Castro, que venía
Deseoso de verse en tales brazos.
Cristóbal de Virues se le seguia,
Con Pedro de Agúilar, junta famosa
De las que Turia en sus riberas cria.
No le pudo llegar mas valerosa
Escuadra al gran Mercurio, ni él pudiera
Desearla mejor, ni mas honrosa.
Luego se descubrió por la ribera
Un tropel de gallardos valencianos,
Que á ver venían la sin par galera.
Todos con instrumentos en las manos
De estilos y librillos de memoria,
Por bizarría y por ingenio ufanos,
Codiciosos de hallarse en la vitoria,
Que ya tenian por segura y cierta,
De las heces del mundo y de la escoria.
Pero Mercurio les cerró la puerta:
Digo, no consintió que se embarcasen,
Y el por qué no lo dijo, aunque se acierta.
Y fué, porque temió que no se alzasen,
Siendo tantos y tales, con Parnaso,
Y nuevo imperio y mando en él fundasen.
En esto vióse con brioso paso
Venir al magno Andres Rey de Artieda,
No por la edad descaecido ó laso.
Hicieron todos espaciosa rueda,
Y cogiéndole en medio, le embarcaron,
Mas rico de valor que de moneda.
Al momento las áncoras alzaron,
Y las velas ligadas á la entena
Los grumetes apriesa desataron.
De nuevo por el aire claro suena
El son de los clarines, y de nuevo
Vuelve á su oficio cada cual sirena.
Miró el bajel por entre nubes Febo,
Y dijo en voz que pudo ser oida:
—Aquí mi gusto y mi esperanza llevo.—
De remos y sirenas impelida
La galera se deja atras el viento,
Con milagrosa y próspera corrida.
Leíase en los rostros el contento
Que llevaban los sabios pasajeros,
Durable, por no ser nada violento.
Unos por el calor iban en cueros,
Otros por no tener godescas galas
En traje se vistieron de romeros.
Hendia en tanto las neptúneas salas
La galera, del modo como hiende
La grulla el aire con tendidas alas.
En fin, llegamos donde el mar se extiende,
Y ensancha y forma el golfo de Narbona,
Que de ningunos vientos se defiende.
Del gran Mercurio la cabal persona
Sobre seis resmas de papel sentada
Iba con cetro y con real corona:
Cuando una nube, al parecer preñada,
Parió cuatro poetas en crujía,
O los llovió, razon mas concertada.
Fué el uno aquel, de quien Apolo fia
Su honra, Juan Luis de Casanate,
Poeta insigne de mayor cuantía.
El mismo Apolo de su ingenio trate,
El le alabe, él le premie y recompense;
Que el alabarle yo sería dislate.
Al segundo llovido, el uticense
Caton no no le igualó, ni tiene Febo
Quien tanto por él mire, ni en él piense.
Del contador Gaspar de Barrionuevo
Mal podrá el corto flaco ingenio mio
Loar el suyo así como yo debo.
Llenó del gran bajel el gran vacío
El gran Francisco de Rioja al punto
Que saltó de la nube en el navío.
A Cristóbal de Mesa vi allí junto
A los piés de Mercurio, dando fama
A Apolo, siendo dél propio trasunto.
A la gavia un grumete se encarama,
Y dijo á voces:—La ciudad se muestra,
Que Jénova, del dios Jano se llama.
—Déjesele la ciudad á la siniestra
Mano, dijo Mercurio, el bajel vaya,
Y siga su derrota por la diestra.
Hacer al Tíber vimos blanca raya
Dentro del mar, habiendo ya pasado
La ancha romana y peligrosa playa.
De léjos vióse el aire condensado
Del humo que el estrómbalo vomita,
De azufre, y llamas, y de horror formado.
Huyen la isla infame, y solicita
El suave poniente, así el viaje
Que lo acorta, lo allana y facilita.
Vímonos en un punto en el paraje,
Do la nutriz de Enéas piadoso
Hizo el forzoso y último pasaje.
Vimos desde allí á poco el mas famoso
Monte que encierra en sí nuestro hemisfero,
Mas gallardo á la vista y mas hermoso.
Las cenizas de Títiro y Sincero
Están en él, y puede ser por esto
Nombrado entre los montes por primero.
Luego se descubrió, donde echó el resto
De su poder naturaleza amiga,
De formar de otros muchos un compuesto.
Vióse la pesadumbre sin fatiga
De la bella Parténope, sentada
A la orilla del mar, que sus piés liga,
De castillos y torres coronada,
Por fuerte y por hermosa en igual grado
Tenida, conocida y estimada.
Mandóme el del alijero calzado,
Que me aprestase y fuese luego á tierra
A dar á los Lupercios un recado,
En que les diese cuenta de la guerra
Temida, y que á venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.
—Señor, le respondí, si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase,
Que mas grato á los dos hermanos fuese,
Que yo no soy, sé bien que negociase
Mejor.—Dijo Mercurio: — No te entiendo,
Y has de ir ántes que el tiempo mas se pase.
— Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo.
Que no sé quién me dice, y quién me exhorta,
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista corta.

Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino.
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas, que al partir me hicieron,
Lléveme Dios si entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron,
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.
Muchos, señor, en la galera llevas,
Que te podrán sacar el pié del lodo,
Parte, y excusa de hacer mas pruebas.
—Ninguno, dijo, me hable dese modo,
Que si me desembarco y los embisto,
Voto á Dios, que me traiga al Conde, y todo
Con estos dos famosos me enemisto,
Que habiendo levantado á la poesía
Al buen punto en que está, como se ha visto,
Quieren con perezosa tiranía
Alzarse, como dicen, á su mano
Con la ciencia que á ser divinos guía.
Por el solio de Apolo soberano
Juro... y no digo mas; y ardiendo en ira
Se echó á las barbas una y otra mano.
Y prosiguió diciendo: El Dotor Mira,
Apostaré, si no lo manda el Conde,
Que tambien en sus puntos se retira.
Señor galan, parezca: ¿á qué se esconde?
Pues á fe por llevarle, si él no gusta,
Que ni le busque, aseche, ni le ronde.
¿Es esta empresa acaso tan injusta,
Que se esquiven de hallar en ella cuantos
Tienen conciencia limitada y justa?
¿Carece el cielo de poetas santos?
¿Puesto que brote á cada paso el suelo
Poetas, que lo son tantos y tantos?
¿No se oyen sacros himnos en el cielo?
¿La arpa de David allá no suena,
Causando nuevo accidental consuelo?
Fuera melindres, y cese la entena,
Que llegue al tope;—y luego obedeciendo
Fué de la chusma sobre buenas buena.
Poco tiempo pasó, cuando un ruido
Se oyó, que los oidos atronaba,
Y era de perros áspero ladrido.
Mercurio se turbó, la gente estaba
Suspensa al triste son, y en cada pecho
El corazon mas válido temblaba.
En esto descubrióse el corto estrecho
Que Escila y que Caribdis espantosas
Tan temeroso con su furia han hecho.
—Estas olas que veis presuntüosas
En visitar las nubes de contino,
Y aun de tocar el cielo codiciosas,
Venciólas el prudente peregrino
Amante de Calipso, al tiempo cuándo
Hizo, dijo Mercurio, este camino.
Su prudencia nosotros imitando,
Echarémos al mar en que se ocupen,
En tanto que el bajel pasa volando.
Que en tanto que ellas tasqueu, roan, chupen,
Al mísero que al mar ha de entregarse,
Seguro estoy que el paso desocupen.
Miren si puede en la galera hallarse
Algun poeta desdichado acaso,
Que á las fieras gargantas pueda darse.—
Buscáronle, y halláron á Lofraso,
Poeta militar, sardo, que estaba
Desmayado á un rincon marchito y laso:
Que á sus diez libros de Fortuna andaba
Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge,
Que mas desocupado se mostraba.
Gritó la chusma toda:—Al mar se arroje,
Vaya Lofraso al mar sin resistencia.
—Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje.
¿Cómo? ¿y no será cargo de conciencia,
Y grande, echar al mar tanta poesía,
Puesto que aquí nos hunda su inclemencia?
Viva Lofraso, en tanto que dé al dia
Apolo luz, y en tanto que los hombres
Tengan discreta alegre fantasía.
Tocante á tí, ó Lofraso, los renombres,
Y epítetos de agudo y de sincero,
Y gusto que mi cómitre te nombres.—
Esto dijo Mercurio al caballero,
El cual en la crujía en pié se puso
Con un rebenque despiadado y fiero.
Creo que de sus versos le compuso,
Y no sé cómo fué, que en un momento
(O ya el cielo, ó Lofraso lo dispuso)
Salimos del estrecho á salvamento,
Sin arrojar al mar poeta alguno:
Tanto del sardo fué el merecimiento.
Mas luego otro peligro, otro importuno
Temor amenazó, si no gritara
Mercurio, cual jamas gritó ninguno,
Diciendo al timonero:—Á orza, para,
Amáinese de golpe;—y todo á un punto
Se hizo, y el peligro se repara.
Estos montes que veis que están tan juntos,
Son los que Acroceraunos son llamados,
De infame nombre, como yo barrunto.
Asieron de los remos los honrados,
Los tiernos, los melifluos, los godescos,
Y los de á cantimplora acostumbrados.
Los frios los asieron y los frescos,
Asiéronlos tambien los calurosos,
Y los de calzas largas y gregüescos.
Del sopraestante daño temerosos,
Todos á una la galera empujan,
Con flacos y con brazos poderosos.
Debajo del bajel se somurmujan
Las sirenas que dél no se apartaron,
Y á sí mismas en fuerzas sobrepujan.
Y en un pequeño espacio la llevaron
A vista de Corfú, y á mano diestra
La isla inexpugnable se dejaron.
Y dando la galera á la siniestra
Discurria de Grecia las riberas,
Adonde el cielo su hermosura muestra.
Mostrábanse las olas lisonjeras,
Impeliendo el bajel süavemente,
Como burlando con alegres véras.
Y luego al parecer por el oriente,
Rayando el rubio sol nuestro horizonte
Con rayas rojas, hebras de su frente,
Gritó un grumete y dijo: El monte, el monte
El monte se descubre, donde tiene
Su buen rocin el gran Belorofonte.
Por el monte se arroja, y á pié viene
Apolo á recebirnos.—Yo lo creo,
Dijo Lofraso, ya llega á la Hipocrene.
Yo desde aquí columbro, miro y veo
Que se andan solazando entre unas matas
Las musas con dulcísimo recreo.
Unas antiguas son, otras novatas,
Y todas con lijero paso y tardo
Andan las cinco en pié, las cuatro á gatas.
—Si tú tal vez, dijo Mercurio, ó sardo
Poeta, que me corten las orejas,
O me tengan los hombres por bastardo.
Dime, ¿por qué algun tanto no te alejas
De la ignorancia, pobreton, y adviertes
Lo que cantan tus rimas en tus quejas?
¿Por qué con tus mentiras nos diviertes
De recebir á Apolo cual se debe,
Por haber mejorado vuestras suertes?—
En esto mucho mas que el viento leve
Bajó el lucido Apolo á la marina,
A pié, porque en su carro no se atreve.
Quitó los rayos de la faz divina,
Mostróse en calzas y en jubon vistoso,
Porque dar gusto á todos determina.
Seguiale detras un numeroso
Escuadron de doncellas bailadoras,
Aunque pequeñas, de ademan brioso.
Supe poco despues, que estas señoras,
Sanas las mas, las ménos mal paradas,
Las del tiempo y del sol eran las Horas.
Las medio rotas eran las menguadas,
Las sanas las felices, y con esto
Eran todas en todo apresuradas.
Apolo luego con alegre gesto
Abrazó á los soldados, que esperaba

Para la alta ocasion que se ha propuesto.
Y no de un mismo modo acariciaba
A todos, porque alguna diferencia
Hacia con los que él mas se alegraba.
Que á los de señoría y excelencia
Nuevos abrazos dió, razones dijo,
En que guardó decoro y preeminencia.
Entre ellos abrazó á Don Juan de Arguijo,
Que no sé en qué, ó cómo, ó cuándo hizo
Tan áspero viaje y tan prolijo.
Con él á su deseo satisfizo
Apolo y confirmó su pensamiento,
Mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.
Hecho pues el sin par recebimiento,
Do se halló Don Luis de Barahona,
Llevado allí por su merecimiento,
Del siempre verde lauro una corona
Le ofrece Apolo en su intencion, y un vaso
Del agua de Castalia y de Helicona.
Y luego vuelve el majestoso paso,
Y el escuadron pensado y de repente
Le sigue por las faldas del Parnaso.
Llegóse en fin á la Castalia fuente,
Y en viéndola, infinitos se arrojaron
Sedientos al cristal de su corriente.
Unos no solamente se hartaron,
Sino que piés y manos, y otras cosas
Algo mas indecentes se lavaron.
Otros mas advertidos, las sabrosas
Aguas gustaron poco á poco, dando
Espacio al gusto, á pausas melindrosas.
El brindez y el carsos se puso en bando,
Porque los mas de bruces, y no á sorbos,
El suave licor fueran gustando.
De ambas manos hacian vasos corvos
Otros, y algunos de la boca al agua
Temian de hallar cien mil estorbos.
Poco á poco la fuente se desagua,
Y pasa en los estómagos bebientes,
Y aun no se apaga de su sed la fragua.
Mas díjoles Apolo :—Otras dos fuentes
Aun quedan, Aganipe é Hipocrene,
Ambas sabrosas, ambas excelentes;
Cada cual de licor dulce y perene,
Todas de calidad aumentativa
Del alto ingenio que á gustarlas viene.—
Beben, y suben por el monte arriba,
Por entre palmas, y entre cedros altos,
Y entre árboles pacíficos de oliva.
De gusto llenos y de angustia faltos,
Siguiendo á Apolo el escuadron camina,
Unos á pedicoj, otros á saltos.
Al pié sentado de una antigua encina
Ví á Alonso de Ledesma, componiendo
Una cancion angélica y divina.
Conocile, y á él me fuí corriendo
Con los brazos abiertos como amigo,
Pero no se movió con el estruendo.
—¿No ves, me dijo Apolo, que consigo
No está Ledesma ahora? No ves claro
Que está fuera de sí, y está conmigo?—
A la sombra de un mirto, al verde amparo
Jerónimo de Castro sesteaba,
Varon de ingenio peregrino y raro.
Un motete imagino que cantaba
Con voz süave; yo quedé admirado
De verle allí, porque en Madrid quedaba.
Apolo me entendió, y dijo :—Un soldado
Como este no era bien que se quedara
Entre el ocio y el sueño sepultado.
Yo le truje, y sé cómo; que á mi rara
Potencia no la impide otra ninguna,
Ni inconveniente alguno la repara.—
En esto se llegaba la oportuna
Hora á mi parecer de dar sustento
Al estómago pobre, y mas si ayuna;
Pero no le pasó por pensamiento
A Delio, que el ejército conduce,
Satisfacer al mísero hambriento.
Primero á un jardin rico nos reduce,
Donde el poder de la naturaleza,
Y el de la industria mas campea y luce.
Tuvieron los Hespérides belleza
Menor, no le igualaron los Pensiles
En sitio, en hermosura y en grandeza.
En su comparacion se muestran viles
Los de Alcinoo, en cuyas alabanzas
Se han ocupado ingenios bien sotiles :
No sujeto del tiempo á las mudanzas,
Que todo el año primavera ofrece
Frutos en posesion, no en esperanzas.
Naturaleza y arte allí parece
Andar en competencia, y está en duda
Cuál vence de las dos, cuál mas merece.
Muéstrase balbuciente y casi muda,
Si le alaba la lengua mas experta,
De adulacion y de mentir desnuda.
Junto con ser jardin, era una huerta,
Un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,
Que en todos estos títulos concierta,
De tanta gracia y hermosura lleno,
Que una parte del cielo parecia
El todo del bellísimo terreno.
Alto en el sitio alegre Apolo hacia,
Y allí mandó que todos se sentasen
A tres horas despues de mediodía.
Y porque los asientos señalasen
El ingenio y valor de cada uno,
Y unos con otros no se embarazasen,
A despecho y pesar del importuno
Ambicioso deseo, les dió asiento
En el sitio y lugar mas oportuno.
Llegaban los laures casi á ciento,
A cuya sombra y troncos se sentaron
Algunos de aquel número contento.
Otros los de las palmas ocuparon,
De los mirtos y hiedras, y los robles
Tambien varios poetas albergaron.
Puesto que humildes, eran de los nobles
Los asientos cual tronos levantados,
Porque tú, ó envidia, aquí tu rabia dobles.
En fin, primero fuéron ocupados
Los troncos de aquel ancho circuito,
Para honrar á poetas dedicados.
Antes que yo, en el número infinito,
Hallase asiento : y así en pié quedéme
Despechado, colérico y marchito.
Dije entre mí : ¿Es posible que se extreme
En perseguirme la fortuna airada,
Que ofende á muchos y á ninguno teme?
Y volviéndome á Apolo, con turbada
Lengua le dije lo que oirá el que gusta
Saber, pues la tercera es acabada,
La cuarta parte desta empresa justa.

CAPITULO IV.

Suele la indignacion componer versos;
Pero si el indignado es algun tonto,
Ellos tendrán su todo de perversos.
De mí yo no sé mas, sino que pronto
Me hallé para decir en tercia rima
Lo que no dijo el desterrado al Ponto.
Y así le dije á Delio :—No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue
Y al árbol sacro del laurel se arrima.
La envidia y la ignorancia le persigue,
Y así envidiado siempre y perseguido,
El bien que espera por jamas consigue.
Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.
Soy por quien *la Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
Si esto á su fama es justo se le crea.
Yo con estilo en parte razonable
He compuesto *Comedias*, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazon, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invencion excede

A muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poësía,
Y en ella procuré siempre agradarte.
Nunca voló la pluma humilde mia
Por la region satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guia.
Yo el soneto compuse que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
Voto á Dios, que me espanta esta grandeza.
Yo he compuesto *Romances* infinitos,
Y el de los *Celos* es aquel que estimo,
Entre otros que los tengo por malditos.
Por esto me congojo y me lastimo
De verme solo en pié, sin que se aplique
Arbol que me conceda algun arrimo.
Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa al gran *Persiles*,
Con que mi nombre y obras multiplique.
Yo en pensamientos castos y sotiles,
Dispuestos en soneto de á docena,
He honrado tres sugetos fregoniles.
Tambien al par de *Filis* mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Mas de una y otra alegre cantilena.
Y en dulces varias rimas se llevaron
Mis esperanzas los lijeros vientos,
Que en ellos y en la arena se sembraron.
Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
Merced al cielo que á tal bien me inclina,
De toda adulacion libres y exentos.
Nunca pongo los piés por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina.
Con mi corta fortuna no me ensaño,
Aunque por verme en pié, como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.
Con poco me contento, aunque deseo
Mucho.—A cuyas razones enojadas,
Con estas blandas respondió Timbreo:
—Vienen las malas suertes atrasadas,
Y toman tan de léjos la corriente,
Que son temidas, pero no excusadas.
El bien les viene á algunos de repente,
A otros poco á poco y sin pensallo,
Y el mal no guarda estilo diferente.
El bien que está adquirido, conservallo
Con maña, diligencia y con cordura,
Es no menor virtud que el granjeallo.
Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella,
Pero en el imprudente poco dura.
Mas si quieres salir de tu querella,
Alegre, y no confuso, y consolado,
Dobla tu capa, y siéntate sobre ella.
Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razon la suerte,
Honrar mas merecido, que alcanzado.
—Bien parece, señor, que no se advierte,
Le respondí, que yo no tengo capa.—
Él dijo :—Aunque sea así, gusto de verte.
La virtud es un manto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrecheza,
Que exenta y libre de la envidia escapa.—
Incliné al gran consejo la cabeza,
Quedéme en pié; que no hay asiento bueno,
Si el favor no le labra, ó la riqueza.
Alguno murmuró, viéndome ajeno
Del honor que pensó se me debia,
Del planeta de luz y virtud lleno.
En esto pareció que cobró el dia
Un nuevo resplandor, y el aire oyóse
Herir de una dulcísima armonía.
Y en esto por un lado descubrióse
Del sitio un escuadron de ninfas bellas,
Con que infinito el rubio dios holgóse.
Venia en fin, y por remate dellas
Una resplandeciendo, como hace
El sol ante la luz de las estrellas.
La mayor hermosura se deshace
Ante ella, y ella sola resplandece
Sobre todas, y alegra y satisface.
Bien así semejaba, cual se ofrece
Entre líquidas perlas y entre rosas
La aurora que despunta y amanece.
La rica vestidura, las preciosas
Joyas que la adornaban, competian
Con las que suelen ser maravillosas.
Las ninfas que al querer suyo asistian,
En el gallardo brio y bello aspecto,
Las artes liberales parecian.
Todas con amoroso y tierno afecto,
Con las ciencias mas claras y escogidas,
Le guardaban santísimo respeto.
Mostraban que en servirla eran servidas,
Y que por su ocasion de todas gentes
En mas veneracion eran tenidas.
Su influjo y su reflujo las corrientes
Del mar y su profundo le mostraban,
Y el ser padre de rios y de fuentes.
Las yerbas su virtud la presentaban,
Los árboles sus frutos y sus flores,
Las piedras el valor que en sí encerraban.
El santo amor, castísimos amores,
La dulce paz, su quietud sabrosa,
La guerra amarga todos sus rigores.
Mostrábasele clara la espaciosa
Via, por donde el sol hace contino
Su natural carrera y la forzosa.
La inclinacion, ó fuerza del destino,
Y de qué estrellas consta y se compone,
Y cómo influye este planeta ó sino,
Todo lo sabe, todo lo dispone
La santa hermosísima doncella,
Que admiracion como alegría pone.
Preguntéle al parlero, si en la bella
Ninfa alguna deidad se disfrazaba,
Que fuese justo el adorar en ella.
Porque en el rico adorno que mostraba
Y en el gallardo sér que descubria,
Del cielo y no del suelo semejaba.
—Descubres, respondió, tu bobería,
Que há que la tratas infinitos años,
Y no conoces que es la Poësía.
—Siempre la he visto envuelta en pobres paños,
Le repliqué; jamas la vi compuesta
Con adornos tan ricos y tamaños :
Parece que la he visto descompuesta,
Vestida de color de primavera
En los dias de cutio y los de fiesta.
—Esta, que es la Poesía verdadera,
La grave, la discreta, la elegante,
Dijo Mercurio, la alta y la sincera,
Siempre con vestidura rozagante
Se muestra en cualquier acto que se halla,
Cuando á su profesion es importante.
Nunca se inclina, ó sirve á la canalla
Trovadora, maligna y trafalmeja,
Que en lo que mas ignora, ménos calla.
Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,
Amiga de sonaja y morteruelo,
Que ni taberna. ni taberna deja.
No se alza dos, ni aun un coto del suelo,
Grande amiga de bodas y bautismos,
Larga de manos, corta de cerbelo.
Tómanla por momentos parasismos,
No acierta á pronunciar, y si pronuncia,
Absurdos hace, y forma solecismos.
Baco donde ella está, su gusto anuncia,
Y ella derrama en coplas el poleo,
Compa, y vereda, y el mastranzo, y juncia.
Pero aquesta que ves, es el aseo,
La gala de los cielos y la tierra,
Con quien tienen las musas su bureo;
Ella abre los secretos y los cierra,
Toca y apunta de cualquiera ciencia
La superficie y lo mejor que encierra.
Mira con mas ahinco su presencia,
Verás cifrada en ella la abundancia
De lo que en bueno tiene la excelencia.
Moran con ella en una misma estancia
La divina y moral filosofía,
El estilo mas puro y la elegancia.

Puede pintar en la mitad del dia
La noche, y en la noche mas escura
El alba bella que las perlas cria.
El curso de los rios apresura,
Y le detiene; el pecho á furia incita,
Y le reduce luego á mas blandura.
Por mitad del rigor se precipita
De las lucientes armas contrapuestas,
Y da vitorias, y vitorias quita.
Verás cómo le prestan las florestas
Sus sombras, y sus cantos los pastores,
El mal sus lutos y el placer sus fiestas,
Perlas el Sur, Sabea sus olores,
El oro Tiber, Hibla su dulzura,
Galas Milan, y Lusitania amores.
En fin, ella es la cifra, do se apura
Lo provechoso, honesto y deleitable,
Partes con quien se aumenta la ventura.
Es de ingenio tan vivo y admirable,
Que á veces toca en punto que suspenden,
Por tener no sé qué de inexcrutable.
Alábanse los buenos, y se ofenden
Los malos con su voz, y destos tales
Unos la adoran, otros no la entienden.
Son sus obras heróicas inmortales,
Las líricas süaves, de manera
Que vuelven en divinas las mortales.
Si alguna vez se muestra lisonjera,
Es con tanta elegancia y artificio,
Que no castigo, sino premio espera.
Gloria de la virtud, pena del vicio
Son sus acciones, dando al mundo en ellas
De su alto ingenio y su bondad indicio.—
En esto estaba, cuando por las bellas
Ventanas de jazmines y de rosas,
Que amor estaba á lo que entiendo en ellas,
Divisé seis personas religiosas,
Al parecer de honroso y grave aspeto,
De luengas togas, limpias y pomposas.
Preguntéle á Mercurio: —¿Por qué efeto
Aquellos no parecen y se encubren,
Y muestran ser personas de respeto?—
A lo que él respondió: —No se descubren
Por guardar el decoro al alto estado
Que tienen, y así el rostro todos cubren.
—¿Quién son, le repliqué, si es que te es dado
Decirlo?—Respondióme: —No por cierto,
Porque Apolo lo tiene así mandado.
—¿No son poetas?—Sí.—Pues yo no acierto
A pensar por qué causa se desprecian
De salir con su ingenio á campo abierto.
¿Para qué se embobecen y se anecian,
Escondiendo el talento que da el cielo
A los que mas de ser suyos se precian?
Aquí del rey: ¿qué es esto? ¿qué recelo,
O celo les impide á no mostrarse
Sin miedo ante la turba vil del suelo?
¿Puede ninguna ciencia compararse
Con esta universal de la poesía,
Que límites no tiene do encerrarse?
Pues siendo esto verdad, saber querría
Entre los de la carda, ¿cómo se usa
Este miedo, ó melindre, ó hipocresía?
Hace monseñor versos, y rehusa
Que no se sepan, y él los comunica
Con muchos, y á la lengua ajena acusa.
Y mas que siendo buenos, multiplica
La fama su valor, y al dueño canta
Con voz de gloria y de alabanza rica.
¿Qué mucho pues, si no se le levanta
Testimonio á un pontífice poeta,
Que digan que lo es? por Dios que espanta.
Por vida de Lanfusa la discreta,
Que si no se me dice quién son estos
Togados de bonete y de muceta;
Que con trazas y modos descompuestos
Tengo de reducir á behetría
Estos tan sosegados y compuestos.
—Por Dios, dijo Mercurio, y á fe mia,
Que no puedo decirlo, y si lo digo,
Tengo de dar la culpa á tu porfía.
—Dilo, señor, que desde aquí me obligo
De no decir que tú me lo dijiste,
Le dije, por la fe de buen amigo.—
El dijo: —No nos cayan en el chiste,
Llégate á mí, dirételo al oido,
Pero creo que hay mas de los que viste.
Aquel que has visto allí del cuello erguido,
Lozano, rozagante y de buen talle,
De honestidad y de valor vestido,
Es el Dotor Francisco Sanchez: dalle
Puede cual debe Apolo la alabanza,
Que pueda sobre el cielo levantalle.
Y aun mas su famoso ingenio alcanza,
Pues en las verdes hojas de sus dias
Nos da de santos frutos esperanza.
Aquel que en elevadas fantasías,
Y en éxtasis sabrosos se regala,
Y tanto imita las acciones mias,
Es el Maestro Orense, que la gala
Se lleva de la mas rara elocuencia
Que en las aulas de Aténas se señala.
Su natural ingenio con la ciencia
Y ciencias aprendidas le levanta
Al grado que le nombra la excelencia.
Aquel de amarillez marchita y santa,
Que le encubre de lauro aquella rama,
Y aquella hojosa y acopada planta,
Fray Juan Baptista Capataz se llama,
Descalzo y pobre, pero bien vestido
Con el adorno que le da la fama.
Aquel que del rigor fiero de olvido
Libra su nombre con eterno gozo,
Y es de Apolo y las musas bien querido,
Anciano en el ingenio, y nunca mozo,
Humanista divino, es segun pienso,
El insigne Dotor Andres del Pozo.
Un licenciado de un ingenio inmenso
Es aquel, y aunque en traje mercenario,
Como á señor le dan las musas censo:
Ramon se llama, auxilio necesario
Con que Delio se esfuerza y ve rendidas
Las obstinadas fuerzas del contrario.
El otro, cuyas sienes ves ceñidas
Con los brazos de Dafne en triunfo honroso,
Sus glorias tiene en Alcalá esculpidas.
En su ilustre teatro vitorioso
Le nombra el cisne en canto no funesto,
Siempre el primero como á mas famoso.
A los donaires suyos echó el resto
Con propiedades al gorron debidas,
Por haberlos compuesto ó descompuesto.
Aquestas seis personas referidas,
Como están en divinos puestos puestas,
Y en sacra religion constituidas,
Tienen las alabanzas por molestas,
Que les dan por poetas, y holgarian
Llevar la loa sin el nombre á cuestas.
—¿Por qué, le pregunté, señor, porfían
Los tales á escribir y dar noticia
De los versos que paren y que crian?
Tambien tiene el ingenio su codicia,
Y nunca la alabanza se desprecia;
Que al bueno se le debe de justicia.
Aquel que de poeta no se precia,
¿Para qué escribe versos, y los dice?
¿Por qué desdeña lo que mas aprecia?
Jamas me contenté, ni satisfice
De hipócritas melindres. Llanamente
Quise alabanzas de lo que bien hice.
—Con todo quiere Apolo, que esta gente
Religiosa se tenga aquí secreta,
Dijo el dios que presume de elocuente.
Oyóse en esto el son de una corneta,
Y un trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,
Que viene un gallardísimo poeta.
Volví la vista y vi por la ladera
Del monte un postillon y un caballero
Correr, como se dice, á la lijera.
Servia el postillon de pregonero,
Mucho mas que de guia, á cuyas voces
En pié se puso el escuadron entero.
Preguntóme Mercurio: —¿No conoces
Quién es este gallardo, este brioso?

Imagino que ya le reconoces.
—Bien, yo le respondí; que es el famoso
Gran Don Sancho de Leiva, cuya espada
Y pluma harán á Delio venturoso.
Venceráse sin duda esta jornada
Con tal socorro; —y en el mismo instante,
Cosa que parecia imaginada,
Otro favor no ménos importante
Para el caso temido se nos muestra;
De ingenio y fuerzas, y valor bastante.
Una tropa gentil por la siniestra
Parte del monte descubrióse: ¡oh cielos,
Que dais de vuestra povidencia muestra!
Aquel discreto Juan de Basconcelos
Venía delante en un caballo bayo,
Dando á las musas lusitanas celos.
Tras él el Capitan Pedro Tamayo
Venia, y aunque enfermo de la gota,
Fué al enemigo asombro, fué desmayo.
Que por él se vió en fuga, y puesto en rota;
Que en los dudosos trances de la guerra
Su ingenio admira y su valor se nota.
Tambien llegaron á la rica tierra,
Puestos debajo de una blanca seña,
Por la parte derecha de la sierra,
Otros, de quien tomó luego reseña
Apolo; y era dellos el primero
El jóven Don Fernando de Lodeña,
Poeta primerizo, insigne, empero
En cuyo ingenio Apolo deposita
Sus glorias para el tiempo venidero.
Con majestad real, con inaudita
Pompa llegó, y al pié del monte pára
Quien los bienes del monte solicita:
El Licenciado fué Juan de Vergara
El que llegó, con quien la turba ilustre
En sus vecinos medios se repara.
De Esculapio y de Apolo gloria y lustre,
Si no, dígalo el santo bien partido,
Y su fama la misma envidia ilustre.
Con él fué con aplauso recebido
El docto Juan Antonio de Herrera,
Que puso en fil el desigual partido.
¡Oh, quién con lengua en nada lisonjera,
Sino con puro afecto en grande exceso,
Dos que llegaron alabar pudiera!
Pero no es de mis hombros este peso.
Fuéron los que llegaron los famosos,
Los dos maestros Calvo y Valdivieso.
Luego se descubrió por los undosos
Llanos del mar una pequeña barca
Impelida de remos presurosos:
Llegó, y al punto della desembarca
El gran Don Juan de Argote y de Gamboa
En compañía de Don Diego Abarca,
Sugetos dinos de incesable loa;
Y Don Diego Jimenez y de Enciso
Dió un salto á tierra desde la alta proa.
En estos tres la gala y el aviso
Cifró cuanto de gusto en sí contienen,
Como su ingenio y obras dan aviso.
Con Juan Lopez del Valle otros dos vienen
Juntos allí, y es Pamones el uno,
Con quien las musas ojeriza tienen,
Porque pone sus piés por do ninguno
Los puso, y con sus nuevas fantasías
Mucho mas que agradable es importuno.
De lejas tierras por incultas vías
Llegó el bravo irlandes Don Juan Bateo,
Jerjes nuevo en memoria en nuestros dias.
Vuelvo la vista, á Mantuano veo,
Que tiene al gran Velasco por Mecénas,
Y ha sido acertadísimo su empleo.
Dejarán estos dos en las ajenas
Tierras, como en las propias, dilatados
Sus nombres, que tú, Apolo, así lo ordenas.
Por entre dos fructíferos collados
(¿Habrá quien esto crea, aunque lo entienda?)
De palmas y laureles coronados,
El grave aspecto del Abad Maluenda
Pareció, dando al monte luz y gloria,
Y esperanzas de triunfo en la contienda.
¿Pero de qué enemigos la vitoria
No alcanzará un ingenio tan florido,
Y una bondad tan digna de memoria?
Don Antonio Gentil de Vargas, pido
Espacio para verte, que llegaste
De gala y arte y de valor vestido:
Y aunque de patria jinoves, mostraste
Ser en las musas castellanas doto,
Tanto que al escuadron todo admiraste.
Desde el indio apartado del remoto
Mundo llegó mi amigo Montesdoca,
Y el que anudó de Arauco el nudo roto.
Dijo Apolo á los dos: —A entrambos toca
Defender esta vuestra rica estancia
De la canalla de vergüenza poca.
La cual de error armada y de arrogancia
Quiere canonizar y dar renombre
Inmortal y divino á la ignorancia;
Que tanto puede la aficion que un hombre
Tiene á sí mismo, que ignorante siendo,
De buen poeta quiere alcanzar nombre.—
En esto otro milagro, otro estupendo
Prodigio se descubre en la marina,
Que en pocos versos declarar pretendo.
Una nave á la tierra tan vecina
Llegó, que desde el sitio donde estaba,
Se ve cuanto hay en ella y determina.
De mas de cuatro mil salmas pasaba,
Que otros suelen llamarlas toneladas,
Ancha de vientre y de estatura brava:
Así como las naves que cargadas
Llegan de la oriental India á Lisboa,
Que son por las mayores estimadas;
Esta llegó desde la popa á proa
Cubierta de poetas, mercancía
De quien hay saca en Calicut y en Goa.
Tomóle al rojo dios alferecía
Por ver la muchedumbre impertinente,
Que en socorro del monte le venía.
Y en silencio rogó devotamente
Que el vaso naufragase en un momento
Al que gobierna el húmido tridente.
Uno de los del número hambriento
Se puso en esto al borde de la nave,
Al parecer mohino y mal contento;
Y en voz que ni de tierna ni süave
Tenia un solo adarme, gritando
(Dijo tal vez colérico, y tal grave)
Lo que impaciente estuve yo escuchando,
Porque vi sus razones ser saetas,
Que iban mi alma y corazon clavando.
—O tú, dijo, traidor, que los poetas
Canonizaste de la larga lista,
Por causas y por vías indiretas:
¿Dónde tenías, Magances, la vista
Aguda de tu ingenio, que así ciego
Fuiste tan mentiroso coronista?
Yo te confieso, ó bárbaro, y no niego
Que algunos de los muchos que escogiste
Sin que el respeto te forzase ó el ruego,
En el debido punto los pusiste;
Pero con los demas sin duda alguna
Pródigo de alabanzas anduviste.
Has alzado á los cielos la fortuna,
De muchos que en el centro del olvido
Sin ver la luz del sol ni de la luna,
Yacian: ni llamado, ni escogido
Fué el gran pastor de Iberia, el gran Bernardo
Que de la Vega tiene el apellido.
Fuiste envidioso, descuidado y tardo,
Y á las ninfas de Henáres y pastores
Como á enemigo les tiraste un dardo.
Y tienes tú poetas tan peores
Que estos en tu rebaño, que imagino
Que han de sudar si quieren ser mejores.
Que si este agravio no me turba el tino,
Siete trovistas desde aquí diviso,
A quien suelen llamar de torbellino,
Con quien la gala, discrecion y aviso
Tienen poco que ver, y tú los pones
Dos leguas mas allá del paraíso.
Estas quimeras, estas invenciones

Tuyas, te han de salir al rostro un dia,
Si mas no te mesuras y compones.—
Esta amenaza y gran descortesía
Mi blando corazon llenó de miedo
Y dió al traves con la paciencia mia.
Y volviéndome á Apolo con denuedo
Mayor del que esperaba de mis años,
Con voz turbada y con semblante acedo,
Le dije : — Con bien claros desengaños
Descubro, que el servirte me granjea
Presentes miedos de futuros daños.
Haz, ó señor, que en público se lea
La lista que Cilenio llevó á España,
Porque mi culpa poca aquí se vea.
Si tu deidad en escoger se engaña,
Y yo sólo aprobé lo que él me dijo,
¿Por qué este simple contra mí se ensaña?
Con justa causa y con razon me aflijo,
De ver cómo estos bárbaros se inclinan
A tenerme en temor duro y prolijo.
Unos, porque los puse, me abominan,
Otros, porque he dejado de ponellos,
De darme pesadumbre determinan.
Yo no sé cómo me avendré con ellos :
Los puestos se lamentan, los no puestos
Gritan, yo tiemblo destos y de aquellos.
Tú, señor, que eres dios, dales los puestos
Que piden sus ingenios : llama y nombra
Los que fueren mas hábiles y prestos.
Y porque el turbio miedo que me asombra,
No me acabe, acabada esta contienda,
Cúbreme con tu manto y con tu sombra.
O ponme una señal por do se entienda
Que soy hechura tuya y de tu casa :
Y así no habrá ninguno que me ofenda.
—Vuelve la vista y mira lo que pasa,—
Fué de Apolo enojado la respuesta,
Que ardiendo en ira el corazon le abrasa.
Volvíla, y vi la mas alegre fiesta,
Y la mas desdichada y compasiva,
Que el mundo vió, ni aun la verá cual esta.
Mas no se espere que yo aquí la escriba,
Sino en la parte quinta, en quien espero
Cantar con voz tan entonada y viva,
Que piensen que soy cisne, y que me muero.

CAPITULO V.

Oyó el señor del húmido tridente
Las plegarias de Apolo, y escuchólas
Con alma tierna y corazon clemente.
Hizo de ojo, y dió del pié á las olas,
Y sin que lo entendiesen los poetas
En un punto hasta el cielo levantólas.
Y él por ocultas vias y secretas
Se agazapó debajo del navío,
Y usó con él de sus traidoras tretas.
Hirió con el tridente en lo vacío
Del buco, y el estómago le llena
De un copioso corriente amargo rio.
Advertido el peligro, al aire suena
Una confusa voz, la cual resulta
De otras mil que el temor forma y la pena.
Poco á poco el bajel pobre se oculta
En las entrañas del cerúleo y cano
Vientre, que tantas ánimas sepulta.
Suben los llantos por el aire vano
De aquellos miserables, que suspiran
Por ver su irreparable fin cercano.
Trepan y suben por las jarcias, miran
Cuál del navío es el lugar mas alto,
Y en él muchos se apiñan y retiran.
La confusion, el miedo, el sobresalto
Les turba los sentidos, que imaginan
Que desta á la otra vida es grande el salto.
Con ningun medio ni remedio atinan;
Pero creyendo dilatar su muerte,
Algun tanto á nadar se determinan.
Saltan muchos al mar de aquella suerte;
Que al charco de la orilla saltan ranas
Cuando el miedo ó el ruido las advierte.
Hienden las olas del romperse canas,
Menudean las piernas y los brazos,
Aunque enfermos están, y ellas no sanas.
Y en medio de tan grandes embarazos
La vista ponen en la amada orilla,
Deseosos de darla mil abrazos.
Y sé yo bien, que la fatal cuadrilla
Antes que allí, holgara de hallarse
En el Compas famoso de Sevilla.
Que no tienen por gusto el ahogarse,
Discreta gente al parecer en esto;
Pero valióles poco el esforzarse;
Que el padre de las aguas echó el resto
De su rigor, mostrándose en su carro
Con rostro airado y ademan funesto.
Cuatro delfines, cada cual bizarro,
Con cuerdas hechas de tejidas ovas
Le tiraban con furia y con desgarro.
Las ninfas en sus húmidas alcobas
Sienten tu rabia, ó vengativo nume,
Y de sus rostros la color les robas.
El nadante poeta que presume
Llegar á la ribera defendida,
Sus ayes pierde y su teson consume;
Que su corta carrera es impedida
De las agudas puntas del tridente,
Entónces fiero y áspero homicida.
Quien ha visto muchacho diligente
Que en goloso á sí mesmo sobrepuja,
Que no hay comparacion mas conveniente,
Picar en el sombrero la granuja,
Que el hallazgo le puso allí ó la sisa,
Con punta alfileresca, ó ya de aguja;
Pues no con menor gana, ó menor prisa
Poetas ensartaba el nume airado
Con gusto infame, y con dudosa risa.
En carro de cristal venia sentado,
La barba luenga y llena de marisco,
Con dos gruesas lampreas coronado.
Hacian de sus barbas firme aprisco
La almeja, el morsillon, pulpo y cangrejo,
Cual le suelen hacer en peña ó risco.
Era de aspecto venerable y viejo;
De verde, azul y plata era el vestido,
Robusto al parecer y de buen rejo;
Aunque como enojado, denegrido
Se mostraba en el rostro; que la saña
Así turba el color como el sentido.
Airado contra aquellos mas se ensaña
Que nadan mas, y sáleles al paso,
Juzgando á gloria tan cobarde hazaña.
En esto, ¡oh nuevo y milagroso caso,
Dino de que se cuente poco á poco,
Y con los versos de Torcato Taso!
Hasta aquí no he invocado, ahora invoco
Vuestro favor, ó musas, necesario
Para los altos puntos en que toco.
Descerrajad vuestro mas rico almario,
Y el aliento me dad que el caso pide,
No humilde, no ratero ni ordinario.
Las nubes hiende, el aire pisa y mide
La hermosa Vénus Acidalia, y baja
Del cielo, que ninguno se lo impide.
Traia vestida de pardilla raja
Una gran saya entera, hecha al uso,
Que le dice muy bien, cuadra y encaja.
Luto que por su Adónis se le puso,
Luego que el gran colmillo del berraco
A atravesar sus ingles se dispuso.
A fe que si el mocito fuera Maco,
Que él guardara la cara al colmilludo,
Que dió á su vida y su belleza saco.
O valiente garzon, mas que sesudo,
¿Cómo estando avisado, tu mal tomas,
Entrando en trance tan horrendo y crudo?
En esto las mansísimas palomas
Que el carro de la diosa conducian
Por el llano del mar, y por las lomas,
Por unas y otras partes discurrian,
Hasta que con Neptuno se encontraron,
Que era lo que buscaban y querian.
Los dioses que se ven, se respetaron,
Y haciendo sus zalemas á lo moro,
De verse juntos en extremo holgaron.

Guardáronse real grave decoro,
Y procuró Ciprinia en aquel punto
Mostrar de su belleza el gran tesoro.
Ensanchó el verdugado, y dióle el punto
Con ciertos puntapiés que fuéron coces
Para el dios que las vió y quedó difunto.
Un poeta llamado Don Quincoces
Andaba semivivo en las saladas
Ondas, dando gemidos y no voces.
Con todo dijo en mal articuladas
Palabras : —O señora, la de Pafo,
Y de las otras dos islas nombradas,
Muévate á compasion el verme gafo
De piés y manos, y que ya me ahogo,
En otras linfas que las del Garrafo.
Aquí será mi pira, aquí mi rogo,
Aquí será Quincoces sepultado,
Que tuvo en su crianza pedagogo.—
Esto dijo el mezquino, esto escuchado
Fué de la diosa con ternura tanta,
Que volvió á componer el verdugado.
Y luego en pié y piadosa se levanta,
Y poniendo los ojos en el viejo,
Desembudó la voz de la garganta.
Y con cierto desden y sobrecejo,
Entre enojada y grave y dulce, dijo
Lo que al húmido dios tuvo perplejo.
Y aunque no fué su razonar prolijo,
Todavía le trujo á la memoria
Hermano de quién era y de quién hijo.
Representóle cuán pequeña gloria
Era llevar de aquellos miserables
El triunfo infausto y la crüel vitoria.
El dijo : — Si los hados inmudables
No hubieran dado la fatal sentencia
Destos en su ignorancia siempre estables,
Una brizna no mas de tu presencia
Que viera yo, bellísima señora,
Fuera de mi rigor la resistencia.
Mas ya no puede ser, que ya la hora
Llegó donde mi blanda y mansa mano
Ha de mostrar que es dura y vencedora.
Que estos de proceder siempre inhumano,
En sus versos han dicho cien mil veces :
Azotando las aguas del mar cano.
— Ni azotando, ni viejo me pareces,
Replicó Vénus,— y él le dijo á ella :
—Puesto que me enamoras, no enterneces;
Que de tal modo la fatal estrella
Influye destos tristes, que no puedo
Dar felice despacho á tu querella.
Del querer de los hados solo un dedo
No me puedo apartar, ya tú lo sabes,
Ellos han de acabar, y ha de ser cedo.
—Primero acabarás que los acabes,
Le respondié madama, la que tiene
De tantas voluntades puerta y llaves;
Que aunque el hado feroz su muerte ordene,
El modo no ha de ser á tu contento,
Que muchas muertes el morir contiene.—
Turbóse en esto el líquido elemento,
De nuevo renovóse la tormenta,
Sopló mas vivo y mas apriesa el viento.
La hambrienta mesnada, y no sedienta,
Se rinde al huracan recien venido,
Y por mas no penar muere contenta.
¡Oh raro caso y por jamas oido,
Ni visto! Oh nuevas y admirables trazas
De la gran reina obedecida en Gnido!
En un instante el mar, de calabazas
Se vió cuajado, algunas tan potentes,
Que pasaban de dos y aun de tres brazas.
Tambien hinchados odres y valientes,
Sin deshacer del mar la blanca espuma,
Nadaban de mil talles diferentes.
Esta trasmutacion fué hecha en suma
Por Vénus de los lánguidos poetas,
Porque Neptuno hundirlos no presuma.
El cual le pidió á Febo sus saetas,
Cuya arma arrojadiza desde aparte
A Vénus defraudara de sus tretas.
Negóselas Apolo; y veis do parte
Enojado el vejon con su tridente,
Pensándolos pasar de parte á parte;
Mas este se resbala, aquel no siente
La herida, y dando esguince se desliza,
Y él queda de la cólera impaciente.
En esto Bóreas su furor atiza,
Y lleva antecogida la manada,
Que con la de los cerdos simboliza.
Pidióselo la diosa aficionada
A que vivan poetas zarabandos,
De aquellos de la seta almidonada :
De aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,
De los que por momentos se dividen
En varias setas y en contrarios bandos.
Los contrapuestos vientos se comiden
A complacer la bella rogadora,
Y con un solo aliento la mar miden:
Llevando la piara gruñidora,
En calabazas y odres convertida,
A los reinos contrarios del aurora.
Desta dulce semilla referida,
España, verdad cierta, tanto abunda,
Que es por ella estimada y conocida.
Que aunque en armas y en letras es fecunda
Mas que cuantas provincias tiene el suelo,
Su gusto en parte en tal semilla funda.
Despues desta mudanza que hizo el cielo,
O Vénus, ó quien fuese, que no importa
Guardar puntualidad como yo suelo,
No veo calabaza, ó luenga ó corta,
Que no imagine que es algun poeta
Que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.
Pues que cuando veo un cuero (¡oh mal discreta
Y vana fantasía, así engañada,
Que á tanta liviandad estas sujeta!)
Pienso que el piezgo de la boca atada
Es la faz del poeta, transformado
En aquella figura mal hinchada.
Y cuando encuentro algun poeta honrado
Digo, poeta firme y valedero,
Hombre vestido bien y bien calzado,
Luego se me figura ver un cuero,
O alguna calabaza, y desta suerte
Entre contrarios pensamientos muero;
Y no sé si lo yerre, ó si lo acierte,
En que á las calabazas y á los cueros,
Y á los poetas trate de una suerte.
Cernícalos que son lagartijeros
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.
Püestas en paz ya las diferencias
De Delio, y los poetas transformados
En tan vanas y huecas apariencias,
Los mares y los vientos sosegados,
Sumergióse Neptuno mal contento
En sus palacios de cristal labrados.
Las mansísimas aves por el viento
Volaron, y á la bella Cipriana
Pusieron en su reino á salvamento.
Y en señal que del triunfo quedó ufana,
Lo que hasta allí nadie acabó con ella,
Del luto se quitó la saboyana,
Quedando en cueros tan briosa y bella,
Que se supo despues que Marte anduvo
Todo aquel dia y otros dos tras ella.
Todo el cual tiempo el escuadron estuvo
Mirando atento la fatal ruina,
Que la canalla transformada tuvo.
Y viendo despejada la marina,
Apolo, del socorro mal venido,
De dar fin al gran caso determina.
Pero en aquel instante un gran ruido
Se oyó, con que la turba se alboroza,
Y pone vista alerta y presto oido.
Y era quien le formaba una carroza
Rica, sobre la cual venia sentado
El grave Don Lorenzo de Mendoza,
De su felice ingenio acompañado,
De su mucho valor y cortesía,
Joyas inestimables, adornado.
Pedro Juan de Rejaule le seguia
En otro coche, insigne valenciano

Y grande defensor de la poesía.
Sentado viene à su derecha mano
Juan de Solis, mancebo generoso,
De raro ingenio, en verdes años cano.
Y Juan de Carvajal, dotor famoso,
Les hace tercio, y no por ser pesado
Dejan de hacer su curso presuroso.
Porque el divino ingenio al levantado
Valor de aquestos tres que el coche encierra,
No hay impedirle monte ni collado.
Pasan volando la empinada sierra,
Las nubes tocan, llegan casi al cielo,
Y alegres pisan la famosa tierra.
Con este mismo honroso y grave celo,
Bartolomé de Mola y Gabriel Laso
Llegaron à tocar del monte el suelo.
Honra las altas cimas de Parnaso
Don Diego, que de Silva tiene el nombre,
Y por ellas alegre tiende el paso.
A cuyo ingenio y sin igual renombre
Toda ciencia se inclina y le obedece,
Y le levanta à sér mas que de hombre.
Dilátanse las sombras, y descrece
El dia, y de la noche el negro manto
Guarnecido de estrellas aparece.
Y el escuadron que habia esperado tanto
En pié, se rinde al sueño perezoso
De hambre y sed, y de mortal quebranto.
Apolo entónces poco luminoso,
Dando hasta los antípodas un brinco,
Siguió su accidental curso forzoso.
Pero primero licenció á los cinco
Poetas titulados á su ruego,
Que lo pidieron con extraño ahinco,
Por parecerles risa, burla y juego
Empresas semejantes; y así Apolo
Condescendió con sus deseos luego:
Que es el galan de Dafne único y solo
En usar cortesía sobre cuantos
Descubre el nuestro y el contrario polo.
Del lóbrego lugar de los espantos
Sacó su hisopo el lánguido Morfeo,
Con que ha rendido y embocado á tantos.
Y del licor que dicen que es Leteo,
Que mana de la fuente del Olvido,
Los párpados bañó à todos arreo.
El mas hambriento se quedó dormido:
Dos cosas repugnantes, hambre y sueño,
Privilegio á poetas concedido.
Yo quedé en fin dormido como un leño,
Llena la fantasía de mil cosas,
Que de contallas mi palabra empeño,
Por mas que sean en sí dificultosas.

CAPITULO VI.

De una de tres causas los ensueños
Se causan, ó los sueños, que este nombre
Les dan los que del bien hablar son dueños.
Primera, de las cosas de que el hombre
Trata mas de ordinario: la segunda
Quiere la medicina que se nombre,
Del humor que en nosotros mas abunda:
Toca en revelaciones la tercera,
Que en nuestro bien mas que las dos redunda.
Dormí, y soñé, y el sueño la tercera
Causa le dió principio suficiente
A mezclar el ahito y la dentera.
Sueña el enfermo, á quien la fiebre ardiente
Abrasa las entrañas, que en la boca
Tiene de las que ha visto alguna fuente.
Y el labio al fugitivo cristal toca,
Y el dormido consuelo imaginado
Crece el deseo, y no la sed apoca.
Pelea el valentísimo soldado
Dormido, casi al modo que despierto
Se mostró en el combate fiero armado.
Acude el tierno amante á su concierto,
Y en la imaginacion dormido llega
Sin padecer borrasca á dulce puerto.
El corazon el avariento entrega
En la mitad del sueño á su tesoro,
Que el alma en todo tiempo no le niega.
Yo, que siempre guardé el comun decoro
En las cosas dormidas y despiertas,
Pues no soy troglodita ni soy moro;
De par en par del alma abrí las puertas,
Y dejé entrar al sueño por los ojos
Con premisas de gloria y gusto ciertas.
Gocé durmiendo cuatro mil despojos,
Que los conté sin que faltase alguno,
De gustos que acudieron à manojos.
El tiempo, la ocasion, el oportuno
Lugar correspondian al efeto,
Juntos y por sí solo cada uno.
Dos horas dormí, y mas á lo discreto,
Sin que imaginaciones ni pavores
El celebro tuviesen inquieto.
La suelta fantasía entre mil flores
Me puso de un pradillo, que exhalaba
De Pancaya y Sabea los olores.
El agradable sitio se llevaba
Tras sí la vista, que durmiendo, viva,
Mucho mas que despierta se mostraba.
Palpable ví, mas no sé si lo escriba,
Que á las cosas que tienen de imposibles
Siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.
Las que tienen vislumbre de posibles,
De dulces, de süaves y de ciertas
Explican mis borrones apacibles.
Nunca á disparidad abre las puertas
Mi corto ingenio, y hállalas contino
De par en par la consonancia abiertas.
¿Cómo puede agradar un desatino
Si no es que de propósito se hace,
Mostrándole el donaire su camino?
Que entónces la mentira satisface
Cuando verdad parece, y está escrita
Con gracia que al discreto y simple aplace.
Digo, volviendo al cuento, que infinita
Gente vi discurrir por aquel llano,
Con algazara placentera y grita:
Con hábito decente y cortesano
Algunos, á quien dió la hipocresía
Vestido pobre, pero limpio y sano.
Otros de la color que tiene el dia
Cuando la luz primera se aparece
Entre las trenzas de la aurora fria.
La variada primavera ofrece
De sus varias colores la abundancia,
Con que á la vista el gusto alegre crece.
La prodigalidad, la exorbitancia
Campean juntas por el verde prado
Con galas que descubren su ignorancia.
En un trono del suelo levantado
(Do el arte á la materia se adelanta,
Puesto que de oro y de marfil labrado)
Una doncella vi, desde la planta
Del pié hasta la cabeza así adornada,
Que el verla admira, y el oirla encanta.
Estaba en él con majestad sentada,
Giganta al parecer en la estatura,
Pero aunque grande, bien proporcionada.
Parecia mayor su hermosura
Mirada desde léjos, y no tanto
Si de cerca se ve su compustura:
Lleno de admiracion, colmo de espanto,
Puse en ella los ojos, y vi en ella
Lo que en mis versos desmayados canto.
Yo no sabré afirmar si era doncella,
Aunque he dicho que sí, que en estos casos
La vista mas aguda se atropella.
Son por la mayor parte siempre escasos
De razon los juicios maliciosos
En juzgar rotos los enteros vasos.
Altaneros sus ojos y amorosos
Se mostraban con cierta mansedumbre,
Que los hacia en todo extremo hermosos.
Ora fuese artificio, ora costumbre,
Los rayos de su luz tal vez crecian,
Y tal vez daban encogida lumbre.
Dos ninfas á sus lados asistian,
De tan gentil donaire y apariencia,
Que miradas, las almas suspendian.
De la del alto trono en la presencia

Desplegaban sus labios en razones,
Ricas en suavidad, pobres en ciencia.
Levantaban al cielo sus blasones,
Que estaban por ser pocos ó ningunos,
Escritos del olvido en los borrones.
Al dulce murmurar, al oportuno
Razonar de las dos, la del asiento,
Que en belleza jamas le igualó alguno,
Luego se puso en pié, y en un momento
Me pareció que dió con la cabeza
Mas allá de las nubes, y no miento:
Y no perdió por esto su belleza,
Antes miéntras mas grande, se mostraba
Igual su perfeccion á su grandeza:
Los brazos de tal modo dilataba,
Que de do nace adonde muere el dia
Los opuestos extremos alcanzaba.
La enfermedad llamada hidropesía
Así le hincha el vientre, que parece
Que todo el mar caber en él podia.
Al modo destas partes así crece
Toda su compostura; y no por esto,
Cual dije, su hermosura desfallece.
Yo atónito esperaba ver el resto
De tan grande prodigio, y diera un dedo
Por saber la verdad segura, y presto.
Uno, y no sabré quién, bien claro y quedo
Al oido me habló, y me dijo:— Espera,
Que yo decirte lo que quieres puedo.
Esta que ves, que crece de manera,
Que apénas tiene ya lugar do quepa,
Y aspira en la grandeza á ser primera;
Esta que por las nubes sube y trepa
Hasta llegar al cerco de la luna
(Puesto que el modo de subir no sepa),
Es la que confiada en su fortuna
Piensa tener de la inconstante rueda
El eje quedo y sin mudanza alguna.
Esta que no halla mal que le suceda,
Ni le teme atrevida y arrogante,
Pródiga siempre, venturosa y leda,
Es la que con disinio extravagante
Dió en crecer poco á poco hasta ponerse,
Cual ves, en estatura de gigante.
No deja de crecer por no atreverse
A emprender las hazañas mas notables,
Adonde puedan sus extremos verse.
¿No has oido decir los memorables
Arcos, anfiteatros, templos, baños,
Termas, pórticos, muros admirables,
Que á pesar y despecho de los años,
Aun duran sus reliquias y entereza,
Haciendo al tiempo y á la muerte engaños?
Yo respondí:— Por mí ninguna pieza
Desas que has dicho, dejo de tenella
Clavada y remachada en la cabeza.
Tengo el sepulcro de la viuda bella,
Y el coloso de Ródas allí junto,
Y la lanterna que sirvió de estrella.
Pero vengamos de quién es al punto
Esta, que lo deseo.— Haráse luego,—
Me respondió la voz en bajo punto.
Y prosiguió, diciendo:— A no estar ciego
Hubieras visto ya quién es la dama;
Pero en fin, tienes el ingenio lego.
Esta que hasta los cielos se encarama,
Preñada, sin saber cómo, del viento,
Es hija del Deseo y de la Fama.
Esta fué la ocasion y el instrumento
En todo y parte de que el mundo viese
No siete maravillas, sino ciento.
Corto número es ciento: aunque dijese
Cien mil y mas millones, no imagines
Que en la cuenta del número excediese.
Esta condujo á memorables fines
Edificios que asientan en la tierra,
Y tocan de las nubes los confines.
Esta tal vez ha levantado guerra,
Donde la paz süave reposaba,
Que en límites estrechos no se encierra.
Cuando Mucio en las llamas abrasaba
El atrevido fuerte brazo y fiero,
Esta el incendio horrible resfriaba.
Esta arrojó al romano caballero
En el abismo de la ardiente cueva,
De limpio armado, y de luciente acero.
Esta tal vez con maravilla nueva
(De su ambiciosa condicion llevada)
Mil imposibles atrevida prueba.
Desde la ardiente Libia hasta la helada
Citia lleva la fama su memoria,
En grandiosas obras dilatada.
En fin, ella es la altiva Vanagloria,
Que en aquellas hazañas se entremete.
Que llevan de los siglos la vitoria.
Ella misma á sí misma se promete
Triunfos y gustos, sin tener asida
A la calva Ocasion por el copete.
Su natural sustento, su bebida,
Es aire, y así crece en un instante
Tanto, que no hay medida á su medid .
Aquellas dos del plácido semblante
Que tiene á sus dos lados, son aquellas
Que sirven á la máquina de Atlante.
Su delicada voz, sus luces bellas,
Su humildad aparente, y las lozanas
Razones, que el amor se cifra en ellas,
Las hacen mas divinas que no humanas.
Y son (con paz escucha y con paciencia)
La Adulacion y la Mentira hermanas.
Estas están contino en su presencia,
Palabras ministrándole al oido,
Que tienen de prudentes aparencia.
Y ella cual ciega del mejor sentido,
No ve que entre las flores de aquel gusto,
El áspid ponzoñoso está escondido.
Y así arrojada con deseo injusto,
En cristalino vaso prueba y bebe
El veneno mortal, sin ningun susto.
Quien mas presume de advertido, pruebe
A dejarse adular, verá cuán presto
Pasa su gloria como el viento leve.—
Esto escuché, y en escuchando aquesto,
Dió un estampido tal la Gloria vana,
Que dió á mi sueño fin dulce y molesto.
Y en esto descubrióse la mañana,
Vertiendo perlas y esparciendo flores,
Lozana en vista, y en virtud lozana.
Los dulces pequeñuelos ruiseñores
Con cantos no aprendidos le decian,
Enamorados della, mil amores.
Los silgueros el canto repetian,
Y las diestras calandrias entonaban
La música que todos componian.
Unos del escuadron priesa se daban,
Porque no los hallase el dios del dia
En los forzosos actos en que estaban.
Y luego se asomó su señoría,
Con una cara de tudesco roja,
Por los balcones de la aurora fria.
En parte gorda, en parte flaca y floja,
Como quien teme el esperado trance,
Donde verse vencido se le antoja.
En propio toledano y buen romance
Les dió los buenos dias cortesmente,
Y luego se aprestó al forzoso lance.
Y encima de un peñasco puesto enfrente
Del escuadron, con voz sonora y grave
Esta oracion les hizo de repente:
—¡Oh espíritus felices, donde cabe
La gala del decir, la sutileza
De la ciencia mas docta que se sabe;
Donde en su propia natural belleza
Asiste la hermosa poësía
Entera de los piés á la cabeza!
No consintais por vida vuestra y mia
(Mirad con qué llaneza Apolo os habla),
Que triunfe esta canalla que porfía.
Esta canalla, digo, que se endiabla,
Que por darles calor su muchedumbre,
Ya su ruina, ó ya la nuestra entabla.
Vosotros de mis ojos gloria y lumbre,
Faroles do mi luz de asiento mora,
Ya por naturaleza, ó por costumbre

¿Habeis de consentir que esta embaidora,
Hipócrita gentalla se me atreva,
De tantas necedades inventora?
Haced famosa y memorable prueba
De vuestro gran valor en este hecho,
Que á su castigo y vuestra gloria os lleva.
De justa indignacion armad el pecho,
Acometed intrépidos la turba,
Ociosa, vagamunda y sin provecho.
No se os dé nada, no se os dé una burba
(Moneda berberisca, vil y baja)
De aquesta gente, que la paz nos turba.
El son de mas de una templada caja,
Y el del pífaro triste y la trompeta,
Que la cólera sube, y flema abaja,
Así os incite con virtud secreta,
Que despierte los ánimos dormidos
En la facion que tanto nos aprieta.
Ya retumba, ya llega á mis oidos
Del escuadron contrario el rumor grande,
Formado de confusos alaridos.
Ya es menester, sin que os lo ruegue ó mande,
Que cada cual como guerrero experto,
Sin que por su capricho se desmande,
La órden guarde y militar concierto,
Y acuda á su deber como valiente
Hasta quedar, ó vencedor, ó muerto.
En esto por la parte de poniente
Pareció el escuadron casi infinito
De la bárbara, ciega y pobre gente.
Alzan los nuestros al momento un grito
Alegre, y no medroso; y gritan, arma:
Arma resuena todo aquel distrito;
Y aunque mueran, correr quieren al arma.

CAPITULO VII.

Tú, belígera musa, tú, que tienes
La voz de bronce y de metal la lengua,
Cuando á cantar del fiero Marte vienes:
Tú, por quien se aniquila siempre y mengua
El gran género humano: tú, que puedes
Sacar mi pluma de ignorancia y mengua:
Tú, mano rota, y larga de mercedes,
Digo en hacellas; una aquí te pido,
Que no hará que ménos rica quedes.
La soberbia y maldad, el atrevido
Intento de una gente mal mirada
Ya se descubre con mortal ruido
Dame una voz al caso acomodada,
Una sotil y bien cortada pluma,
No de aficion ni de pasion llevada,
Para que pueda referir en suma
Con purísimo y nuevo sentimiento,
Con verdad clara y entereza suma,
El contrapuesto y desigual intento
De uno y otro escuadron, que ardiendo en ira,
Sus banderas descoge al vago viento.
El del bando católico, que mira
Al falso y grande al pié del monte puesto,
Que de subir al alta cumbre aspira;
Con paso largo y ademan compuesto,
Todo el monte coronan, y se ponen
A la furia, que en loca ha echado el resto.
Las ventajas tantean, y disponen
Los ánimos valientes al asalto,
En quien su gloria y su venganza ponen.
De rabia lleno y de paciencia falto
Apolo, su bellísimo estandarte
Mandó al momento levantar en alto.
Arbolóle un marques, que el propio Marte
Su briosa presencia representa
Naturalmente, sin industria y arte.
Poeta celebérrimo y de cuenta,
Por quien y en quien Apolo soberano
Su gloria y gusto, y su valor aumenta.
Era la insinia un cisne hermoso y cano,
Tan al vivo pintado, que dijeras,
La voz despide alegre al aire vano;
Siguen al estandarte sus banderas
De gallardos alféreces llevadas,
Honrosas por no estar todas enteras;
Las cajas á lo bélico templadas
Al milite mas tardo vuelven presto,
De voces de metal acompañadas.
Jerónimo de Mora llegó en esto,
Pintor excelentísimo y poeta,
Apéles y Virgilio en un supuesto.
Y con la autoridad de una jineta
(Que de ser capitan le daba nombre)
Al caso acude y á la turba aprieta.
Y porque mas se turbe y mas se asombre
El enemigo desigual y fiero,
Llegó el gran Biedma de inmortal renombre.
Y con él Gaspar de Avila, primero
Secuaz de Apolo, á cuyo verso y pluma
Iciar puede envidiar, temer Sincero.
Llegó Juan de Meztanza, cifra y suma
De tanta erudicion, donaire y gala,
Que no hay muerte ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó de Guatimala,
Y le trujo en su ayuda para ofensa
De la canalla en todo extremo mala.
Hacer milagros en el trance piensa
Cepeda, y acompáñale Mejía,
Poetas dinos de alabanza inmensa.
Clarísimo esplendor de Andalucía,
Y de la Mancha el sin igual Galindo
Llegó con majestad y bizarría.
De la alta cumbre del famoso Pindo
Bajaron tres bizarros lusitanos,
A quien mis alabanzas todas rindo.
Con prestos piés y con valientes manos
Con Fernando Correa de la Cerda,
Pisó Rodriguez Lobo monte y llanos.
Y porque Febo su razon no pierda,
El grande Don Antonio de Ataide
Llegó con furia alborotada y cuerda.
Las fuerzas del contrario ajusta y mide
Con las suyas Apolo, y determina
Dar la batalla, y la batalla pide.
El ronco son de mas de una bocina,
Instrumento de caza y de la guerra,
De Febo á los oidos se avecina.
Tiembla debajo de los piés la tierra
De infinitos poetas oprimida,
Que dan asalto á la sagrada sierra.
El fiero general de la atrevida
Gente, que trae un cuervo en su estandarte,
Es Arbolánches, muso por la vida.
Puestos estaban en la baja parte,
Y en la cima del monte frente á frente
Los campos de quien tiembla el mismo Marte:
Cuando una, al parecer discreta gente,
Del católico bando al enemigo
Se pasó, como en número de veinte.
Yo con los ojos su carrera sigo,
Y viendo el paradero de su intento,
Con voz turbada al sacro Apolo digo:
—¿Qué prodigio es aqueste? ¿Qué portento?
O por mejor decir, ¿qué mal agüero,
Que así me corta el brio y el aliento?
Aquel transfuga que partió primero,
No solo por poeta le tenia,
Pero tambien por bravo churrullero.
Aquel lijero que tras él corria,
En mil corrillos en Madrid le he visto
Tiernamente hablar en la poesía.
Aquel tercero que partió tan listo,
Por satírico, necio y por pesado
Sé que de todos fué siempre malquisto.
No puedo imaginar cómo ha llevado
Mercurio estos poetas en su lista.
—Yo fuí, respondió Apolo, el engañado;
Que de su ingenio la primera vista
Indicios descubrió que serian buenos
Para facilitar esta conquista.
—Señor, repliqué yo, creí que ajenos
Eran de las deidades los engaños,
Digo, engañarse en poco mas ni ménos.—
La prudencia que nace de los años,
Y tiene por maestra la experiencia,
Es la deidad que advierte destos daños.
Apolo respondió:—Por mi conciencia,
Que no te entiendo,—algo turbado y triste

Por ver de aquellos veinte la insolencia.
Tú, sardo militar, Lofraso, fuiste
Uno de aquellos bárbaros corrientes,
Que del contrario el número creciste.
Mas no por esta mengua los valientes
Del escuadron católico temieron,
Poetas madrigados y excelentes.
Antes tanto coraje concibieron
Contra los fugitivos corredores,
Que riza en ellos y matanza hicieron.
¡Oh falsos y malditos trovadores,
Que pasais plaza de poetas sabios,
Siendo la hez de los que son peores!
Entre la lengua, paladar y labios
Anda contino vuestra poësía,
Haciendo á la virtud cien mil agravios.
Poetas de atrevida hipocresía,
Esperad, que de vuestro acabamiento
Ya se ha llegado el temeroso dia.
De las confusas voces el concento
Confuso por el aire resonaba
De espesas nubes condensando el viento.
Por la falda del monte gateaba
Una tropa poética, aspirando
A la cumbre, que bien guardada estaba.
Hacian hincapié de cuando en cuando,
Y con hondas de estallo y con ballestas
Iban libros enteros disparando.
No del plomo encendido las funestas
Balas pudieran ser dañosas tanto,
Ni al disparar pudieran ser mas prestas.
Un libro mucho mas duro que un canto
A Jusepe de Vargas dió en las sienes,
Causándole terror, grima y espanto.
Gritó, y dijo á un soneto: —Tú, que vienes
De satírica pluma disparado,
¿Por qué el infame curso no detienes? —
Y cual perro con piedras irritado,
Que deja al que las tira, y va tras ellas,
Cual si fueran la causa del pecado,
Entre los dedos de sus manos bellas
Hizo pedazos al soneto altivo,
Que amenazaba al sol y á las estrellas.
Y díjole Cilenio:— O rayo vivo
Donde la justa indignacion se muestra
En un grado y valor superlativo,
La espada toma en la temida diestra,
Y arrójate valiente y temerario
Por esta parte, que el peligro adiestra.
En esto del tamaño de un breviario
Volando un libro por el aire vino,
De prosa y verso que arrojó el contrario.
De verso y prosa el puro desatino
Nos dió á entender que de Arbolánches eran
Las Avidas pesadas de contino.
Unas rimas llegaron, que pudieran
Desbaratar el escuadron cristiano,
Si acaso vez segunda se imprimieran.
Dióle á Mercurio en la derecha mano
Una sátira antigua licenciosa,
De estilo agudo, pero no muy sano.
De una intricada y mal compuesta prosa,
De un asunto sin jugo y sin donaire,
Cuatro novelas disparó Pedrosa.
Silbando recio, y desgarrando el aire,
Otro libro llegó de rimas solas
Hechas al parecer como al desgaire.
Víólas Apolo, y dijo, cuando víólas:
— Dios perdone á su autor, y á mi me guarde
De algunas rimas sueltas españolas.—
Llegó el Pastor de Iberia, aunque algo tarde,
Y derribó catorce de los nuestros,
Haciendo de su ingenio y fuerza alarde.
Pero dos valerosos, dos maestros,
Dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
Unicos en hablar, y en obrar diestros;
Del monte puestos en opuestos lados
Tanto apretaron á la turba multa,
Que volvieron atrás los encumbrados.
Es Gregorio de Angulo el que sepulta
La canalla, y con él Pedro de Soto,
De prodigioso ingenio y vena culta.
Doctor aquel, estotro único y doto
Licenciado, de Apolo ambos secuaces,
Con raras obras y ánimo devoto.
Las dos contrarias indignadas haces
Ya miden las espadas, ya se cierran
Duras en su teson y pertinaces.
Con los dientes se muerden, y se aferran
Con las garras, las fieras imitando;
Que toda piedad de sí destierran.
Haldeando venía y trasudando
El autor de *La Pícara Justina*,
Capellan lego del contrario bando.
Y cual si fuera de una culebrina
Disparó de sus manos su librazo,
Que fué de nuestro campo la ruina.
Al buen Tomas Gracian mancó de un brazo,
A Medinilla derribó una muela,
Y le llevó de un muslo un gran pedazo.
Una despierta nuestra centinela
Gritó:— Todos abajen la cabeza,
Que dispara el contrario otra novela.—
Dos pelearon una larga pieza,
Y el uno al otro con instancia loca
De un envion, con arte y con destreza,
Seis seguidillas le encajó en la boca,
Con que le hizo vomitar el alma,
Que salió libre de su estrecha roca.
De la furia el ardor, del sol la calma
Tenia en duda de una y otra parte
La vencedora y pretendida palma.
Del cuervo en esto el lóbrego estandarte
Cede al del cisne, porque vino al suelo
Pasado el corazon de parte á parte.
Su alférez, que era un andaluz mozuelo,
Trovador repentista, que subia
Con la soberbia mas allá del cielo,
Helósele la sangre que tenia,
Murióse cuando vió que muerto estaba,
La turba, pertinaz en su porfía.
Puesto que ausente el gran Lupercio estaba
Con un solo soneto suyo hizo
Lo que de su grandeza se esperaba.
Descuadernó, desencajó, deshizo
Del opuesto escuadron catorce hileras,
Dos criollos mató, hirió un mestizo.
De sus sabrosas burlas y sus véras
El magno cordobes, un cartapacio
Disparó, y aterró cuatro banderas.
Daba ya indicios de cansado y lacio
El brio de la bárbara canalla,
Peleando mas flojo y mas despacio.
Mas renovóse la fatal batalla
Mezclándose los unos con los otros,
Ni vale arnes, ni presta dura malla.
Cinco melífluos sobre cinco potros
Llegaron, y embistieron por un lado,
Y lleváronse cinco de nosotros.
Cada cual como moro ataviado,
Con mas letras y cifras que una carta
De príncipe enemigo y recatado,
De romances moriscos una sarta,
Cual si fuera de balas enramadas,
Llega con furia y con malicia harta.
Y á no estar dos escuadras avisadas
De las nuestras del recio tiro y presto,
Era fuerza quedar desbaratadas.
Quiso Apolo indignado echar el resto
De su poder y de su fuerza sola,
Y dar al enemigo fin molesto.
Y una sacra cancion, donde acrisola
Su ingenio, gala, estilo y bizarría
Bartolomé Leonardo de Argensola,
Cual si fuera un petrarte Apolo envía
Adonde está el teson mas apretado,
Mas dura y mas furiosa la porfía.
Cuando me paro á contemplar mi estado,
Comienza la cancion, que Apolo pone
En el lugar mas noble y levantado.
Todo lo mira, todo lo dispone
Con ojos de Argos, manda, quita y veda,
Y del contrario á todo ardid se opone.
Tan mezclados están, que no hay quien pueda

Discernir cuál es malo, ó cuál es bueno,
Cuál es Garcilasista ó Timoneda.
  Pero un mancebo de ignorancia ajeno,
Grande escudriñador de toda historia,
Rayo en la pluma y en la voz un trueno,
  Llegó tan rica el alma de memoria,
De sana voluntad y entendimiento,
Que fué de Febo y de las musas gloria.
  Con este aceleróse el vencimiento,
Porque supo decir: Este merece
Gloria, pero aquel no, sino tormento.
  Y como ya con distincion parece
El justo y el injusto combatiente,
El gusto al paso de la pena crece.
  Tú, Pedro Mantuano el excelente,
Fuiste quien distinguió de la confusa
Máquina el que es cobarde del valiente.
  Julian de Almendariz no rehusa,
Puesto que llegó tarde, en dar socorro
Al rubio Delio con su ilustre musa.
  Por las rucias que peino, que me corro
De ver que las comedias endiabladas,
Por divinas se pongan en el corro.
  Y á pesar de las limpias y atildadas
Del cómico mejor de nuestra Hesperia,
Quieren ser conocidas y pagadas.
  Mas no ganaron mucho en esta feria,
Porque es discreto el vulgo de la corte,
Aunque le toca la comun miseria.
  De llano no le déis, dadle de corte,
Estancias Polifemas, al poeta
Que no os tuviere por su guia y norte.
  Inimitables sois, y á la discreta
Gala que descubris en lo escondido,
Toda elegancia puede estar sujeta.
  Con estas municiones el partido
Nuestro se mejoró de tal manera,
Que el contrario se tuvo por vencido.
  Cayó su presuncion soberbia y fiera,
Derrúmbanse del monte abajo cuantos
Presumieron subir por la ladera.
  La voz prolija de sus roncos cantos
El mal suceso con rigor la vuelve
En interrotos y funestos llantos.
  Tal hubo, que cayendo se resuelve
De asirse de una zarza, ó cabrahigo,
Y en llanto, á lo de Ovidio, se disuelve.
  Cuatro se arracimaron á un quejigo
Como enjambre de abejas desmandada,
Y le estimaron por el lauro amigo.
  Otra cuadrilla virgen, por la espada,
Y adúltera de lengua, dió la cura
A sus piés de su vida almidonada.
  Bartolomé llamado de Segura
El toque casi fué del vencimiento:
Tal es su ingenio, y tal es su cordura.
  Resonó en esto por el vago viento
La voz de la vitoria repetida
Del número escogido en claro acento.
  La miserable, la fatal caida
De las musas del limpio tagarete
Fué largos siglos con dolor plañida.
  A la parte del llanto (¡ay me!) se mete
Zapardiel, famoso por su pesca,
Sin que un pequeño instante se quiete.
  La voz de la vitoria se refresca,
Vitoria suena aquí, y allí vitoria,
Adquirida por nuestra soldadesca,
Que canta alegre la alcanzada gloria.

CAPITULO VIII.

  Al caer de la máquina excesiva
Del escuadron poético arrogante
Que en su no vista muchedumbre estriba:
  Un poeta, mancebo y estudiante,
Dijo: — Ca, paciencia; que algun dia
Será la nuestra, mi valor mediante.
  De nuevo afilaré la espada mia,
Digo mi pluma, y cortaré de suerte
Que dé nueva excelencia á la porfía.
  Que ofrece la comedia, si se advierte,
Largo campo al ingenio, donde pueda
Librar su nombre del olvido y muerte.
  Fué desto ejemplo Juan de Timoneda,
Que con solo imprimir, se hizo eterno,
Las comedias del gran Lope de Rueda.
  Cinco vuelcos daré en el propio infierno
Por hacer recitar una que tengo
Nombrada: *El gran Bastardo de Salerno.*
  Guarda, Apolo, que baja guarde rengo
El golpe de la mano mas gallarda
Que ha visto el tiempo en su discurso luengo.-
  En esto el claro son de una bastarda,
Alas pone en los piés de la vencida
Gente del mundo perezosa y tarda.
  Con la esperanza del vencer perdida,
No hay quien no atienda con lijero paso,
Si no á la honra, á conservar la vida.
  Desde las altas cumbres de Parnaso
De un salto uno se puso en Guadarrama,
Nuevo, no visto y verdadero caso.
  Y al mismo paso la parlera fama
Cundió del vencimiento la alta nueva,
Desde el claro Caïstro hasta Jarama.
  Lloró la gran vitoria el turbio Esgueva,
Pisuerga la rió, rióla Tajo,
Que en vez de arena granos de oro lleva.
  Del cansancio, del polvo y del trabajo
Las rubicundas hebras de Timbreo,
Del color se pararon de oro bajo.
  Pero viendo cumplido su deseo,
Al son de la guitarra mercuriesca
Hizo de la gallarda un gran paseo.
  Y de Castalia en la corriente fresca
El rostro se lavó, y quedó luciente
Como de acero la segur turquesca.
  Pulióse luego, y adornó su frente
De majestad mezclada con dulzura,
Indicios claros del placer que siente.
  Las reinas de la humana hermosura
Salieron de do estaban retiradas
Miéntras duraba la contienda dura:
  Del árbol siempre verde coronadas,
Y en medio la divina Poesía,
Todas de nuevas galas adornadas.
  Melpómene, Tersícore y Talía,
Polimnia, Urania, Erato, Euterpe y Clio,
Y Calíope, hermosa en demasía,
  Muestran ufanas su destreza y brio,
Tejiendo una entricada y nueva danza
Al dulce son de un instrumento mio.
  Mio, no dije bien, mentí á la usanza
De aquel que dice propios los ajenos
Versos, que son mas dinos de alabanza.
  Los anchos prados, y los campos llenos
Están de las escuadras vencedoras
(Que siempre van á mas, y nunca á ménos):
  Esperando de ver de sus mejoras
El colmo con los premios merecidos
Por el sudor y aprieto de seis horas.
  Piensan ser los llamados escogidos,
Todos á premios de grandeza aspiran,
Tiénense en mas de lo que son tenidos:
  Ni á calidades ni riquezas miran,
A su ingenio se atiene cada uno,
Y si hay cuatro que acierten, mil deliran.
  Mas Febo, que no quiere que ninguno
Quede quejoso dél, mandó á la Aurora
Que vaya y coja *in tempore oportuno*
  De las faldas floríferas de Flora
Cuatro tabaques de purpúreas rosas,
Y seis de perlas de las que ella llora.
  Y de las nueve por extremo hermosas
Las coronas pidió, y al darlas ellas
En nada se mostraron perezosas.
  Tres, á mi parecer, de las mas bellas
A Parténope sé que se enviaron,
Y fué Mercurio el que partió con ellas.
  Tres sugetos las otras coronaron,
Allí en el mesmo monte peregrinos,
Con que su patria y nombre eternizaron.
  Tres cupieron á España, y tres divinos
Poetas se adornaron la cabeza,
De tanta gloria justamente dinos.

La envidia monstruo de naturaleza
Maldita y carcomida, ardiendo en saña
A murmurar del sacro don empieza.
Dijo : —¿Será posible que en España
Haya nueve poetas laureados?
Alta es de Apolo, pero simple hazaña.—
Los demas de la turba, defraudados
Del esperado premio, repetian
Los himnos de la envidia mal cantados.
Todos por laureados se tenian
En su imaginacion, ántes del trance,
Y al cielo quejas de su agravio envian.
Pero ciertos poetas de romance,
Del generoso premio hacer esperan
A despecho de Febo presto alcance.
Otros, aunque latinos, desesperan
De tocar del laurel solo una hoja,
Aunque del caso en la demanda mueran.
Véngase ménos el que mas se enoja,
Y alguno se tocó sienes y frente,
Que de estar coronado se le antoja.
Pero todo deseo impertinente
Apolo repartió, premiando á cuantos
Poetas tuvo el escuadron valiente.
De rosas, de jazmines y amarantos
Flora le presentó cinco cestones,
Y la Aurora de perlas otros tantos.
Estos fuéron, letor dulce, los dones
Que Delio repartió con larga mano
Entre los poetísimos varones.
Quedando alegre cada cual y ufano
Con un puño de perlas y una rosa,
Estimando este premio sobrehumano;
Y porque fuese mas maravillosa
La fiesta y regocijo, que se hacia
Por la vitoria insigne y prodigiosa,
La buena, la importante Poesía
Mandó traer la bestia, cuya pata
Abrió la fuente de Castalia fria.
Cubierta de finísima escarlata,
Un lacayo la trujo en un instante,
Tascando un freno de bruñida plata.
Envidiarle pudiera Rocinante
Al gran Pegaso de presencia brava,
Y aun Brilladoro el del señor de Anglante.
Con no sé cuántas alas adornaba
Manos y piés, indicio manifiesto
Que en lijereza al viento aventajaba.
Y por mostrar cuán ágil y cuán presto
Era, se alzó del suelo cuatro picas,
Con un denuedo y ademan compuesto.
Tú, que me escuchas, si el oido aplicas
Al dulce cuento deste gran Viaje,
Cosas nuevas oirás de gusto ricas.
Era del bel troton todo el herraje
De durísima plata diamantina,
Que no recibe del pisar ultraje.
De la color que llaman columbina,
De raso en una funda trae la cola,
Que suelta, con el suelo se avecina.
Del color del carmin ó de amapola
Eran sus clines, y su cola gruesa,
Ellas solas al mundo, y ella sola.
Tal vez anda despacio, y tal apriesa,
Vuela tal vez, y tal hace corvetas,
Tal quiere relinchar, y luego cesa.
¡Nueva felicidad de los poetas!
Unos sus excrementos recogian
En dos de cuero grandes barjuletas.
Pregunté para qué lo tal hacian,
Respondióme Cilenio á lo bellaco,
Con no sé qué vislumbres de ironía :
— Esto que se recoge, es el tabaco,
Que á los vaguidos sirve de cabeza
De algun poeta de celebro flaco.
Urania de tal modo lo adereza,
Que puesto á las narices del doliente,
Cobra salud, y vuelve á su entereza.—
Un poco entónces arrugué la frente,
Ascos haciendo del remedio extraño,
Tan de los ordinarios diferente.
— Recibes, dijo Apolo, amigo, engaño
(Leyóme el pensamiento). Este remedio
De los vaguidos cura y sana el daño.
No come este rocin lo que en asedio
Duro y penoso comen los soldados,
Que están entre la muerte y hambre en medio.
Son deste tal los piensos regalados,
Ambar y almizcle entre algodones puesto,
Y bebe del rocío de los prados.
Tal vez le damos de almidon un cesto,
Tal de algarrobas con que el vientre llena,
Y no se estriñe, ni se va por esto.
—Sea, le respondí, muy norabuena,
Tieso estoy de celebro por ahora,
Vaguido alguno no me causa pena.—
La nuestra en esto universal señora,
Digo la Poesía verdadera,
Que con Timbreo y con las musas mora,
En vestido subcinto, á la lijera
El monte discurrió y abrazó á todos,
Hermosa sobre modo, y placentera.
—¡Oh sangre vencedora de los godos!
Dijo : de aquí adelante ser tratada
Con mas süaves y discretos modos
Espero ser, y siempre respetada
Del ignorante vulgo, que no alcanza,
Que puesto que soy pobre, soy honrada.
Las riquezas os dejo en esperanza,
Pero no en posesion, premio seguro
Que al reino aspira de la inmensa bolganza.
Por la belleza deste monte os juro,
Que quisiera al mas mínimo entregalle
Un privilegio de cien mil de juro.
Mas no produce minas este valle,
Aguas sí, salutíferas y buenas,
Y monas que de cisnes tienen talle.
Volved á ver, ó amigos, las arenas
Del aurífero Tajo en paz segura,
Y en dulces horas de pesar ajenas.
Que esta inaudita hazaña os asegura
Eterno nombre en tanto que dé Febo
Al mundo aliento, y luz serena y pura.—
¡Oh maravilla nueva, oh caso nuevo,
Digno de admiracion que cause espanto,
Cuya extrañeza me admiró de nuevo!
Morfeo, el dios del sueño, por encanto
Allí se apareció, cuya corona
Era de ramos de beleño santo.
Flojísimo de brio y de persona,
De la pereza torpe acompañado,
Que no le deja á vísperas ni á nona.
Traia al Silencio á su derecho lado,
El Descuido al siniestro, y el vestido
Era de blanda lana fabricado.
De las aguas que llaman del olvido,
Traia un gran caldero, y de un hisopo
Venia como aposta prevenido.
Asia á los poetas por el hopo,
Y aunque el caso los rostros les volvia
En color encendida de piropo,
El nos bañaba con el agua fria,
Causándonos un sueño de tal suerte,
Que dormimos un dia y otro dia.
Tal es la fuerza del licor, tan fuerte
Es de las aguas la virtud, que pueden
Competir con los fueros de la muerte.
Hace el ingenio alguna vez que queden
Las verdades sin crédito ninguno,
Por ver que á toda contingencia exceden.
Al despertar del sueño así importuno,
Ni vi monte, ni monta, dios, ni diosa,
Ni de tanto poeta vide alguno.
Por cierto extraña y nunca vista cosa;
Despabilé la vista, y parecióme
Verme en medio de una ciudad famosa.
Admiracion y grima el caso dióme;
Torné á mirar, porque el temor ó engaño
No de mi buen discurso el paso tome.
Y díjeme á mí mismo : No me engaño :
Esta ciudad es Nápoles la ilustre,
Que yo pisé sus rúas mas de un año :
De Italia gloria, y aun del mundo lustre,
Pues de cuantas ciudades él encierra

Ninguna puede haber que así le ilustre.
Apacible en la paz, dura en la guerra,
Madre de la abundancia y la nobleza,
De eliseos campos y agradable sierra.
Si vaguidos no tengo de cabeza,
Paréceme que está mudada en parte,
De sitio, aunque en aumento de belleza.
¿Qué teatro es aquel, donde reparte
Con él cuanto contiene de hermosura,
La gala, la grandeza, industria y arte?
Sin duda el sueño en mis pálpebras dura,
Porque este es edificio imaginado,
Que excede á toda humana compostura.
Llegóse en esto á mi disimulado
Un mi amigo, llamado Promontorio,
Mancebo en dias, pero gran soldado.
Creció la admiracion viendo notorio
Y palpable que en Nápoles estaba,
Espanto á los pasados acesorio.
Mi amigo tiernamente me abrazaba,
Y con tenerme entre sus brazos, dijo,
Que del estar yo allí mucho dudaba,
Llamóme padre, y yo llaméle hijo,
Quedó con esto la verdad en punto,
Que aquí puede llamarse punto fijo.
Díjome Promontorio : — Yo barrunto,
Padre, que algun gran caso á vuestras canas
Las trae tan léjos ya semidifunto.
—En mis horas tan frescas y tempranas
Esta tierra habité, hijo, le dije,
Con fuerzas mas briosas y lozanas.
Pero la voluntad que á todos rige,
Digo, el querer del cielo, me ha traido
A parte que me alegra mas que aflige.—
Dijera mas, sino que un gran ruido
De pífanos, clarines y tambores
Me azoró el alma, y alegró el oido;
Volví la vista al son, vi los mayores
Aparatos de fiesta que vió Roma
En sus felices tiempos y mejores.
Dijo mi amigo : — Aquel que ves que asoma
Por aquella montaña contrahecha,
Cuyo brio al de Marte oprime y doma,
Es un alto sugeto, que deshecha
Tiene á la envidia en rabia, porque pisa
De la virtud la senda mas derecha.
De gravedad y condicion tan lisa,
Que suspende y alegra á un mismo instante,
Y con su aviso al mismo aviso avisa.
Mas quiero, ántes que pases adelante
En ver lo que verás, si estás atento,
Darte del caso relacion bastante.
Será Don Juan de Tásis de mi cuento
Principio, porque sea memorable,
Y lleguen mis palabras á mi intento.
Este varon, en liberal notable,
Que una mediana villa le hace conde,
Siendo rey en sus obras admirable :
Este, que sus haberes nunca esconde,
Pues siempre los reparte, ó los derrama,
Ya sepa adónde, ó ya no sepa adónde :
Este, á quien tiene tan en fil la fama,
Puesta la alteza de su nombre claro,
Que liberal y pródigo se llama,
Quiso pródigo aquí, y allí no avaro,
Primer mantenedor ser de un torneo,
Que á fiestas sobrehumanas le comparo.
Responden sus grandezas al deseo
Que tiene de mostrarse alegre, viendo
De España y Francia el regio himeneo.
Y este que escuchas, duro, alegre estruendo,
Es señal que el torneo se comienza,
Que admira por lo rico y estupendo.
Arquímedes el grande se avergüenza
De ver que este teatro milagroso
Su ingenio apoque, y á sus trazas venza.
Digo pues, que el mancebo generoso,
Que allí desciende de encarnado y plata,
Sobre todo mortal curso brioso,
Es el Conde de Lemos, que dilata
Su fama con sus obras por el mundo,
Y que lleguen al cielo en tierra trata :
Y aunque sale el primero, es el segundo
Mantenedor, y en buena cortesía
Esta ventaja califico y fundo.
El Duque de Nocera, luz y guía
Del arte militar, es el tercero
Mantenedor deste festivo dia.
El cuarto, que pudiera ser primero,
Es de Santelmo el fuerte castellano,
Que al mesmo Marte en el valor prefiero.
El quinto es otro Enéas el troyano,
Arrociolo, que gana en ser valiente
Al qué fué verdadero, por la mano.—
El gran concurso y número de gente
Estorbó que adelante prosiguiese
La comenzada relacion prudente.
Por esto le pedí que me pusiese
Adonde sin ningun impedimento
El gran progreso de las fiestas viese.
Porque luego me vino al pensamiento
De ponerlas en verso numeroso,
Favorecido del febeo aliento.
Hízolo así, y yo vi lo que no oso
Pensar, que no decir, que aquí se acorta
La lengua y el ingenio mas curioso.
Que se pase en silencio es lo que importa
Y que la admiracion supla esta falta,
El mesmo grandioso caso exhorta.
Puesto que despues supe que con alta
Magnífica elegancia milagrosa,
Donde ni sobra punto ni le falta,
El curioso Don Juan de Oquina en prosa
La puso, y dió á la estampa para gloria
De nuestra edad, por esto venturosa.
Ni en fabulosa ó verdadera historia
Se halla que otras fiestas hayan sido,
Ni pueden ser mas dignas de memoria.
Desde allí, y no sé cómo, fuí traido
Adonde vi al gran Duque de Pastrana
Mil parabienes dar de bien venido ;
Y que la fama en la verdad ufana
Contaba que agradó con su presencia,
Y con su cortesía sobrehumana :
Que fué nuevo Alejandro en la excelencia
Del dar, que satisfizo á todo cuanto
Puede mostrar real magnificencia ;
Colmo de admiracion, lleno de espanto,
Entré en Madrid en traje de romero,
Que es granjería el parecer ser santo.
Y desde léjos me quitó el sombrero
El famoso Acevedo, y dijo : —*A Dio*,
Voi siate il ben venuto, cavaliero ;
So parlar zenoese, e tusco anch'io. —
Y respondí : —*La vostra signoria*
Sia la ben trovata, padron mio. —
Topé á Luis Velez, lustre y alegría,
Y discrecion del trato cortesano,
Y abracéle en la calle á mediodía.
El pecho, el alma, el corazon, la mano
Di á Pedro de Morales, y un abrazo,
Y alegre recebí á Justiniano.
Al volver de una esquina sentí un brazo
Que el cuello me ceñia, miré cúyo,
Y mas que gusto me causó embarazo,
Por ser uno de aquellos (no rehuyo
Decirlo) que al contrario se pasaron,
Llevados del cobarde intento suyo.
Otros dos al del Layo se llegaron,
Y con la risa falsa del conejo,
Y con muchas zalemas me hablaron.
Yo socarron, yo poeton ya viejo
Volvíles á lo tierno las saludes,
Sin mostrar mal talante ó sobrecejó.
No dudes, ó letor caro, no dudes,
Sino que suele el disimulo á veces
Servir de aumento á las demas virtudes.
Dínoslo tú, David, que aunque pareces
Loco en poder de Aquis, de tu cordura
Fingiendo el loco, la grandeza ofreces.
Dejélos esperando coyuntura
Y ocasion mas secreta para dalles
Vejámen de su miedo, ó su locura.
Si encontraba poetas por las calles,

Me ponia á pensar, si eran de aquellos
Huidos, y pasaba sin hablalles.
Poníanseme yertos los cabellos
De temor no encontrase algun poeta,
De tantos que no pude conocellos,
Que con puñal buido, ó con secreta
Almarada me hiciese un agujero
Que fuese al corazon por via reta,
Aunque no es este el premio que yo espero
De la fama, que á tantos he adquirido
Con alma grata y corazon sincero.
Un cierto mancebito cuellierguido,
En profesion poeta, y en el traje
A mil leguas por godo conocido,
Lleno de presuncion y de coraje
Me dijo: —Bien sé yo, señor Cervántes,
Que puedo ser poeta, aunque soy paje
Cargastes de poetas ignorantes,
Y dejásteme á mí, que ver deseo
Del Parnaso las fuentes elegantes.
Que caducais sin duda alguna creo:
Creo, no digo bien: mejor diria
Que toco esta verdad, y que la veo.—
Otro, que al parecer, de argentería,
De nácar, de cristal, de perlas y oro
Sus infinitos versos componia,
Me dijo bravo, cual corrido toro:
—No sé yo para qué nadie me puso
En lista con tan bárbaro decoro.
—Así el discreto Apolo lo dispuso,
A los dos respondí, y en este hecho
De ignorancia ó malicia no me acuso.—
Fuime con esto, y lleno de despecho
Busqué mi antigua y lóbrega posada,
Y arrojéme molido sobre el lecho;
Que cansa cuando es larga una jornada.

ADJUNTA AL PARNASO.

Algunos dias estuve reparándome de tan largo viaje, al cabo de los cuales salí á ver y á ser visto, y á recebir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos; que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavía no me aseguro de la comun suerte. Sucedió pues que saliendo una mañana del monesterio de Atocha, se llegó á mí un mancebo al parecer de veinte y cuatro años, poco mas ó ménos, todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgoranes, pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de un Atlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos, que comenzando de las muñecas, subian y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecia que iban á dar asalto á las barbas. No he visto yo hiedra tan codiciosa de subir desde el pié de la muralla donde se arrima, hasta las almenas, como el ahinco que llevaban estos puños á ir á darse de puñadas con los codos. Finalmente, la exorbitancia del cuello y puños era tal, que en el cuello se escondia y sepultaba el rostro, y en los puños los brazos. Digo pues que el tal mancebo se llegó á mí, y con voz grave y reposada me dijo: ¿Es por ventura vuestra merced el señor Miguel de Cervántes Saavedra, el que há pocos dias que vino del Parnaso? A esta pregunta creo sin duda que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé y dije entre mí: ¿Si es este alguno de los poetas que puse, ó dejé de poner en mi *Viaje*, y viene ahora á darme el pago que él se imagina se me debe? Pero sacando fuerzas de flaqueza, le respondí: Yo, señor, soy el mesmo que vuestra merced dice: ¿qué es lo que se me manda? Él luego en oyendo esto, abrió los brazos, y me los echó al cuello, y sin duda me besara en la frente, si la grandeza del cuello no lo impidiera, y díjome: Vuestra merced, señor Cervántes, me tenga por su servidor y por su amigo, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por sus obras como por la fama de su apacible condicion. Oyendo lo cual respiré, y los espíritus que andaban alborotados, se sosegaron; y abrazándole yo tambien con recato de no ajarle el cuello, le dije: Yo no conozco á vuestra merced si no es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce que vuestra merced es muy discreto y muy principal: calidades que obligan á tener en veneracion á la persona que las tiene. Con estas pasamos otras corteses razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y de lance en lance, me dijo: Vuestra merced sabrá, señor Cervántes, que yo por la gracia de Apolo soy poeta, ó á lo ménos deseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles. *Miguel.* Nunca tal creyera, si vuestra merced no me lo hubiera dicho por su mesma boca. *Pancracio.* ¿Pues por qué no lo creyera vuestra merced? *Mig.* Porque los poetas por maravilla andan tan atildados como vuestra merced, y es la causa, que como son de ingenio tan altaneros y remontados, ántes atienden á las cosas del espíritu, que á las del cuerpo. Yo, señor, dijo él, soy mozo, soy rico y soy enamorado: partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la poesía. Por la mocedad tengo brio; con la riqueza, con que mostrarle; y con el amor, con que no parecer descuidado. Las tres partes del camino, le dije yo, se tiene vuestra merced andadas para llegar á ser buen poeta. *Panc.* ¿Cuáles son? *Mig.* La de la riqueza y la del amor. Porque los partos de los ingenios de la persona rica y enamorada son asombros de la avaricia, y estímulos de la liberalidad, y en el poeta pobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame vuestra merced, por su vida: ¿de qué suerte de menestra poética gasta ó gusta mas? A lo que respondió: No entiendo eso de menestra poética. *Mig.* Quiero decir, que á qué género de poesía es vuestra merced mas inclinado, al lírico, al heróico, ó al cómico. A todos estilos me amaño, respondió él; pero en el que mas me ocupo es en el cómico. *Mig.* Desa manera habrá vuestra merced compuesto algunas comedias. *Panc.* Muchas, pero solo una se ha representado. *Mig.* ¿Pareció bien? *Panc.* Al vulgo no. *Mig.* ¿Y á los discretos? *Panc.* Tampoco. *Mig.* ¿La causa? *Panc.* La causa fué, que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos, y desmayada en la invencion. Tachas son estas, respondí yo, que pudieran hacer parecer malas las del mesmo Plauto. Y mas, dijo él, que no pudieron juzgalla, porque no la dejaron acabar segun la gritaron. Con todo esto, la echó el autor para otro dia; pero por-

fiar que porfiar: cinco personas vinieron apénas. Créame vuestra merced, dije yo, que las comedias tienen dias, como algunas mujeres hermosas; y que esto de acertarlas bien, va tanto en la ventura, como en el ingenio: comedia he visto yo apedreada en Madrid, que la han laureado en Toledo: y no por esta primer desgracia deje vuestra merced de proseguir en componerlas; que podrá ser que cuando ménos lo piense, acierte con alguna que le dé crédito y dineros. De los dineros no hago caso, respondió él; mas preciaria la fama, que cuanto hay; porque es cosa de grandísimo gusto, y de no ménos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos, y estar el poeta que la compuso á la puerta del teatro, recebiendo parabienes de todos. Sus descuentos tienen esas alegrías, le dije yo, que tal vez suele ser la comedia tan pésima, que no hay quien alce los ojos á mirar al poeta, ni aun él para cuatro calles del coliseo, ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados y corridos de haberse engañado y escogídola por buena. Y vuestra merced, señor Cervántes, dijo él, ¿ha sido aficionado á la carátula? ¿ha compuesto alguna comedia? Sí, dije yo: muchas; y á no ser mias, me parecieran dignas de alabanza, como lo fuéron: *Los Tratos de Argel, La Numancia, La gran Turquesca, La Batalla Naval, La Jerusalen, La Amaranta ó La del Mayo, el Bosque amoroso, La Única y la Bizarra Arsinda*, y otras muchas de que no me acuerdo; mas la que yo mas estimo, y de la que mas me precio, fué y es, de una llamada *La Confusa*, la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. *Panc.* ¿Y agora tiene vuestra merced algunas? *Mig.* Seis tengo con otros seis entremeses. *Pan.* ¿Pues por qué no se representan? *Mig.* Porque ni los autores me buscan, ni yo les voy á buscar á ellos. *Panc.* No deben de saber que vuestra merced las tiene. *Mig.* Sí saben, pero como tienen sus poetas paniaguados, y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo; pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea de espacio lo que pasa apriesa, y se disimula, ó no se entiende cuando las representan; y las comedias tienen sus sazones y tiempos, como los cantares. Aquí llegábamos con nuestra plática, cuando Pancracio puso la mano en el seno, y sacó dél una carta con su cubierta, y besándola, me la puso en la mano: leí el sobrescrito, y vi que decia desta manera:

«A Miguel de Cervántes Saavedra, en la calle de las «Huertas, frontero de las casas donde solia vivir el prín«cipe de Marruecos, en Madrid.» Al porte: medio real, digo diez y siete maravedís.

Escandalizóme el porte, y de la declaracion del medio real, digo diez y siete. Y volviéndosela le dije: Estando yo en Valladolid llevaron una carta á mi casa para mí, con un real de porte: recebióla y pagó el porte una sobrina mia, que nunca ella le pagara; pero dióme por disculpa, que muchas veces me habia oido decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos, ó de enemigos, que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal del *Don Quijote*; y de lo que me pesó fué del real, y propuse desde entónces de no tomar carta con porte: así que, si vuestra merced le quiere llevar desta, bien se la puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide. Rióse muy de gana el señor Roncesvalles, y díjome: Aunque soy poeta, no soy tan mísero que me aficionen diez y siete maravedís. Advierta vuestra merced, señor Cervántes, que esta carta por lo ménos es del mesmo Apolo: él la escribió no há veinte dias en el Parnaso, y me la dió para que á vuestra merced la diese: vuestra merced la lea, que yo sé que le ha de dar gusto. Haré lo que vuestra merced me manda, respondí yo; pero quiero que ántes de leerla, vuestra merced me le haga de decirme, cómo, cuándo, y á qué fué al Parnaso. Y él respondió: Cómo fuí, fué por mar, y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona; cuándo fuí, fué seis dias despues de la batalla que se dió entre los buenos y los malos poetas; á qué fuí, fué á hallarme en ella, por obligarme á ello la profesion mia. A buen seguro, dije yo, que fuéron vuestras mercedes bien recebidos del señor Apolo. *Panc.* Sí fuimos, aunque le hallamos muy ocupado á él, y á las señoras Piérides, arando y sembrando de sal todo aquel término del campo donde se dió la batalla. Preguntéle para qué se hacia aquello, y respondióme, que así como de los dientes de la serpiente de Cadmo habian nacido hombres armados, y de cada cabeza cortada de la hidra que mató Hércules habian renacido otras siete, y de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se habia llenado de serpientes toda la Libia; de la mesma manera de la sangre podrida de los malos poetas que en aquel sitio habian sido muertos, comenzaban á nacer del tamaño de ratones otros poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, y que por esto se araba aquel lugar, y se sembraba de sal, como si fuera casa de traidores. En oyendo esto, abrí luego la carta, y vi que decia:

APOLO DELFICO

Á MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

SALUD.

El señor Pancracio de Roncesvalles, llevador desta, dirá á vuestra merced, señor Miguel de Cervántes, en qué me halló ocupado el dia que llegó á verme con sus amigos. Y yo digo, que estoy muy quejoso de la descortesía que conmigo se usó en partirse vuestra merced deste monte sin despedirse de mí, ni de mis hijas, sabiendo cuánto le soy aficionado, y las Musas por el consiguiente; pero si se me da por disculpa que le llevó el deseo de ver á su Mecénas el gran conde de Lémos, en las fiestas famosas de Nápoles, yo la acepto, y le perdono.

Despues que vuestra merced partió deste lugar, me han sucedido muchas desgracias, y me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir y acabar los poetas que iban naciendo de la sangre de los malos que aquí murieron, aunque ya, gracias al cielo y á mi industria, este daño está remediado.

No sé si del ruido de la batalla, ó del vapor que arrojó de sí la tierra, empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos vaguidos de cabeza, que verdaderamente me tienen como tonto, y no acierto á escribir cosa que sea de gusto ni de provecho: así, si vuestra

merced viere por allá que algunos poetas, aunque sean de los mas famosos, escriben y componen impertinencias y cosas de poco fruto, no los culpe, ni los tenga en ménos, sino que disimule con ellos: que pues yo que soy el padre y el inventor de la poesía, deliro y parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

Envío á vuestra merced unos privilegios, ordenanzas y advertimientos, tocantes á los poetas: vuestra merced los haga guardar y cumplir al pié de la letra, que para todo ello doy á vuestra merced mi poder cumplido cuando de derecho se requiere.

Entre los poetas que aquí vinieron con el señor Pancracio de Roncesvalles, se quejaron algunos de que no iban en la lista de los que Mercurio llevó á España, y que así vuestra merced no los habia puesto en su *Viaje*. Yo les dije, que la culpa era mia, y no de vuestra merced; pero que el remedio deste daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras, que ellas por sí mismas les darian fama y claro renombre, sin andar mendigando ajenas alabanzas.

De mano en mano, si se ofreciere ocasion de mensajero, iré enviando mas privilegios, y avisando de lo que en este monte pasare. Vuestra merced haga lo mesmo, avisándome de su salud y de la de todos los amigos.

Al famoso Vicente Espinel dará vuestra merced mis encomiendas, como á uno de los mas antiguos y verdaderos amigos que yo tengo.

Si D. Francisco de Quevedo no hubiere partido para venir á Sicilia, donde le esperan, tóquele vuestra merced la mano, y dígale que no deje de llegar á verme, pues estarémos tan cerca; que cuando aquí vino, por la súbita partida no tuve lugar de hablarle.

Si vuestra merced encontrare por allá algun tránsfuga de los veinte que se pasaron al bando contrario, no les diga nada, ni los aflija, que harta mala ventura tienen, pues son como demonios, que se llevan la pena y la confusion con ellos mesmos do quiera que vayan.

Vuestra merced tenga cuenta con su salud, y mire por sí, y guárdese de mí, especialmente en los caniculares, que aunque le soy amigo, en tales dias no va en mi mano, ni miro en obligaciones, ni en amistades.

Al señor Pancracio de Roncesvalles téngale vuestra merced por amigo, y comuníquelo: y pues es rico, no se le dé nada que sea mal poeta. Y con esto nuestro Señor guarde á vuestra merced como puede y yo deseo. Del Parnaso á 22 de julio, el dia que me calzo las espuelas para subirme sobre la Canícula, 1614.

Servidor de vuestra merced,

APOLO LUCIDO.

En acabando la carta, vi que en un papel aparte venía escrito:

PRIVILEGIOS, ORDENANZAS Y ADVERTENCIAS, QUE APOLO ENVÍA Á LOS POETAS ESPAÑOLES.

Es el primero, que algunos poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas, como por la fama de sus versos.

Item, que si algun poeta dijere que es pobre, sea luego creido por su simple palabra, sin otro juramento ó averiguacion alguna.

Ordénase, que todo poeta sea de blanda y de suave condicion, y que no mire en puntos, aunque los traiga sueltos en sus medias.

Item, que si algun poeta llegare á casa de algun su amigo ó conocido, y estuviere comiendo y le convidare, que aunque él jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande.

Item, que el mas pobre poeta del mundo, como no sea de los Adanes y Matusalenes, pueda decir que es enamorado, aunque no lo esté, y poner el nombre á su dama como mas le viniere á cuento, ora llamándola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Fílis, ora Fílida, ó ya Juana Tellez, ó como mas gustare, sin que desto se le pueda pedir ni pida razon alguna.

Item, se ordena que todo poeta, de cualquier calidad y condicion que sea, sea tenido y le tengan por hijodalgo, en razon del generoso ejercicio en que se ocupa, como son tenidos por cristianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Item, se advierte que ningun poeta sea osado de escribir versos en alabanzas de príncipes y señores, por ser mi intencion y advertida voluntad, que la lisonja ni la adulacion no atraviesen los umbrales de mi casa.

Item, que todo poeta cómico, que felizmente hubiere sacado á luz tres comedias, pueda entrar sin pagar en los teatros, si ya no fuere la limosna de la segunda puerta, y aun esta si pudiese ser, la excuse.

Item, se advierte que si algun poeta quisiere dar á la estampa algun libro que él hubiere compuesto, no se dé á entender que por dirigirle á algun monarca, el tal libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adobará la direccion, aunque sea hecha al prior de Guadalupe.

Item, se advierte que todo poeta no se desprecie de decir que lo es; que si fuere bueno, será digno de alabanza; y si malo, no faltará quien lo alabe; que cuando nace la escoba, etc.

Item, que todo buen poeta pueda disponer de mí y de lo que hay en el cielo á su beneplácito: conviene á saber, que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar y aplicar á los cabellos de su dama, y hacer dos soles sus ojos, que conmigo serán tres, y así andará el mundo mas alumbrado; y de las estrellas, signos y planetas puede servirse de modo, que cuando ménos lo piense, la tenga hecha una esfera celeste.

Item, que todo poeta á quien sus versos le hubieren dado á entender que lo es, se estime y tenga en mucho, ateniéndose á aquel refran: Ruin sea el que por ruin se tiene.

Item, se ordena que ningun poeta grave haga corrillo en lugares públicos, recitando sus versos; que los que son buenos, en las aulas de Aténas se habian de recitar, que no en las plazas.

Item, se da aviso particular que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviesos y llorones, los pueda amenazar y espantar con el coco, diciéndoles: Guardáos, niños, que viene el poeta fulano, que os echará con sus malos versos en la sima de Cabra, ó en el pozo Airon.

Item, que los dias de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.

Item, se ordena que todo poeta que diere en ser espadachin, valenton y arrojado, por aquella parte de la va-

lentía se le desagüe y vaya la fama que podia alcanzar por sus buenos versos.

Item, se advierte que no ha de ser tenido por ladron el poeta que hurtare algun verso ajeno, y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladron es como Caco.

Item, que todo buen poeta, aunque no haya compuesto poema heróico, ni sacado al teatro del mundo obras grandes, con cualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de divino, como le alcanzaron Garcilaso de la Vega, Francisco de Figueroa, el capitan Francisco de Aldana y Hernando de Herrera.

Item, se da aviso que si algun poeta fuere favorecido de algun príncipe, ni le visite á menudo, ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta, por sabandija que sea.

En suma, estos fuéron los privilegios, advertencias y ordenanzas que Apolo me envió, y el señor Pancracio de Roncesvalles me trujo, con quien quedé en mucha amistad, y los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la repuesta al señor Apolo, con las nuevas desta corte. Daráse noticia del dia, para que todos sus aficionados le escriban.

FIN DEL VIAJE AL PARNASO.

POESIAS SUELTAS (*).

A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS.

(Historia y relacion del tránsito y exequias de la reina D.ª Isabel de Valois, por el maestro Lopez de Hoyos. Madrid 1569.)

PRIMER EPITAFIO EN SONETO, CON UNA COPLA CASTELLANA, QUE HIZO MI AMADO DISCÍPULO (*habla el M. Hoyos*).

Aquí el valor de la española tierra,
Aquí la flor de la francesa gente,
Aquí quien concordó lo diferente,
De oliva coronando aquella guerra:
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de occidente,
Aquí yace encerrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quién es el mundo y su pujanza,
Y cómo de la mas alegre vida
La muerte lleva siempre la vitoria.
Tambien mirad la bienaventuranza
Que goza nuestra Reina esclarecida
En el eterno reino de la gloria.

REDONDILLA, EN LA CUAL SE REPRESENTA LA VELOCIDAD Y PRESTEZA CON QUE LA MUERTE ARREBATÓ Á SU MAJESTAD.

Cuando dejaba la guerra
Libre nuestro hispano suelo,
Con un repentino vuelo
La mejor flor de la tierra
Fué trasplantada en el cielo.
Y al cortarla de su rama,
El mortífero accidente
Fué tan oculta á la gente,
Como el que no ve la llama
Hasta que quemar se siente.

Estas cuatro REDONDILLAS *castellanas á la muerte de su Majestad, en las cuales, como en ellas parece, se usa de colores retóricos, y en la última se habla con su Majestad, son con una elegía que aquí va, de Miguel de Cervántes, nuestro caro y amado discípulo.*

Cuando un estado dichoso
Esperaba nuestra suerte,
Bien como ladron famoso,
Vino la invencible muerte
A robar nuestro reposo:
Y metió tanto la mano
Aqueste fiero tirano
Por órden del alto cielo,
Que nos llevó deste suelo
El valor del sér humano.
¡Cuán amarga es tu memoria,
Oh dura y terrible faz!
Pero en aquesta vitoria
Si llevaste nuestra PAZ,
Fué para dalle mas gloria.
Y aunque el dolor nos desuela,
Una cosa nos consuela,
Ver que al reino soberano
Ha dado un vuelo temprano
Nuestra muy cara ISABELA.
Una alma tan limpia y bella,
Tan enemiga de engaños,
¿Qué pudo merecer ella,
Para que en tan tiernos años
Dejase el mundo de vella?
Dirás, muerte, en quien se encierra
La causa de nuestra guerra
(Para nuestro desconsuelo),
Que cosas que son del cielo,
No las merece la tierra.
Tanto de punto subiste
En el amor que mostraste,
Que ya que al cielo te fuiste,
En la tierra nos dejaste
Las prendas que mas quisiste.
¡Oh Isabela, Eugenia, Clara,
Catalina á todos cara,
Claros luceros los dos,
No quiera y permita Dios,
Se os muestre fortuna avara!

ELEGÍA *que, en nombre de todo el estudio, el sobredicho compuso al ilustrísimo y reverendísimo cardenal Don Diego de Espinosa, etc., en la cual con bien elegante estilo se ponen cosas dignas de memoria.*

¿A quién irá mi doloroso canto,
O en cúya oreja sonará su acento,
Que no deshaga el corazon en llanto?
A ti, gran Cardenal, yo le presento;
Pues vemos te ha cabido tanta parte
Del hado ejecutivo violento.
Aquí verás quel bien no tiene parte:
Todo es dolor, tristeza y desconsuelo
Lo que en mi triste canto se reparte.
¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo
De una ánima beata al alta cumbre,
Pusiera en confusion al bajo suelo?
Mas ¡ay! que yace muerta nuestra lumbre:
El alma goza de perpetua gloria,
Y el cuerpo de terrena pesadumbre.
No se pase, señor, de tu memoria
Cómo en un punto la invencible muerte
Lleva de nuestras vidas la vitoria.
Al tiempo que esperaba nuestra suerte
Poderse mejorar, la santa mano
Mostró por nuestro mal su furia fuerte.
Entristeció á la tierra su verano,
Secó su paraiso fresco y tierno,
El ornato añubló del sér cristiano.
Volvió la primavera en frio invierno,
Trocó en pesar su gusto y alegría,
Tornó de arriba á bajo su gobierno.
Pasóse ya aquel sér, que ser solia
A nuestra oscuridad claro lucero,
Sosiego de la antigua tiranía.
A mas andar el término postrero
Llegó, que dividió con furia insana
Del alma santa el corazon sincero.
Cuando ya nos venía la temprana
Dulce fruta del árbol deseado,
Vino sobre él la frígida mañana.
¿Quién detuvo el poder de Marte airado,
Que no pasase mas el alto monte,
Con prisiones de nieve aherrojado?
No pisará ya mas nuestro horizonte,
Que á los campos Elíseos es llevada,
Sin ver la oscura barca de Caronte.
A ti, fiel pastor de la manada
Seguntina, es justo y te conviene
Alijerarnos carga tan pesada.
Mira el dolor que el gran Filipo tiene:
Allí tu discrecion muestre el alteza
Que en tu divino ingenio se contiene.
Bien sé que le dirás que á la bajeza
De nuestra humanidad es cosa cierta
No tener solo un punto de firmeza;
Y que si yace su esperanza muerta,
Y el dolor vida y alma le lastima,
Que á do la cierra Dios, abre otra puerta.
Mas ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima
Algun tanto sus lágrimas cansadas,
Si una prenda perdió de tanta estima?

(*) Siendo esta la primera coleccion que se ha hecho de semejantes composiciones de Cervántes, notamos en cada una la fuente de donde la hemos sacado, citando las autoridades de los críticos que han atribuido al autor algunas de ellas, cuya autenticidad no está comprobada de un modo absoluto.

Y mas si considera las amadas
Prendas que le dejó en la dulce vida,
Y con su amarga muerte lastimadas.
Alma bella, del cielo merecida,
Mira cuál queda el miserable suelo
Sin la luz de tu vista esclarecida:
Verás que en árbol verde no hace vuelo
El ave mas alegre, ántes ofrece
En su amoroso canto triste duelo.
Contino en grave llanto se anochece
El triste dia, que te imaginamos
Con aquella virtud que no parece.
Mas deste imaginar nos consolamos
En ver que merecieron tus deseos,
Que goces ya del bien que deseamos.
Acá nos quedarán por tus trofeos
Tu cristiandad, valor y gracia extraña,
De alma santa, santísimos arreos.
De hoy mas la sola y afligida España,
Cuando mas sus clamores levantare
Al sumo Hacedor y alta compaña;
Cuando mas por salud le importunare
Al término postrero que perezca,
Y en el último trance se hallare;
Solo podrá pedirle, que le ofrezca
Otra paz, otro amparo, otra ventura,
Quen obras y virtudes le parezca.
El vano confiar y la hermosura
¿De qué nos sirve, cuando en un instante
Damos en manos de la sepultura?
Aquel firme esperar, santo y constante,
Que concede á la fe su cierto asiento
Y á la querida hermana ir adelante,
Adonde mora Dios, en su aposento
Nos puede dar lugar dulce y sabroso,
Libre de tempestad y humano viento.
Aquí, señor, el último reposo
No puede perturbarse, ni la vida
Tener mas otro trance doloroso.
Aquí con nuevo ser es conducida,
Entre las almas del inmenso coro
Nuestra Isabela, reina esclarecida.
Con tal sinceridad guardó el decoro
Do al precepto divino mas se aspira,
Que merece gozar de tal tesoro.
¡Ay muerte! ¿contra quién tu amarga ira
Quisiste ejecutar para templarme
Con profundo dolor mi triste lira?
Si no os cansais, señor, ya de escucharme,
Añudaré de nuevo el roto hilo,
Que la ocasion es tal, que á desforzarme
Lágrimas pediré al corriente Nilo,
Un nuevo corazon al alto cielo,
Y á las mas tristes musas triste estilo.
Diré que al duro mal, al grave duelo,
Que á España en brazos de la muerte tiene,
No quiso Dios dejarle sin consuelo.
Dejóle al gran Filipo, que sostiene,
Cual firme basa al alto firmamento,
El bien ó desventura que le viene.
De aquesto vos llevais el vencimiento,
Pues deja en vuestros hombros esta carga
Del cielo, y de la tierra y pensamiento.
La vida que en la vuestra así se encarga,
Muy bien puede vivir leda y segura,
Pues de tanto cuidado se descarga.
Gozando como goza tal ventura,
El gran señor del ancho suelo hispano,
Su mal es ménos, y esta desventura.
Si el ánimo real, si el soberano
Tesoro le robó en solo un dia
La muerte airada con esquiva mano,
Regalos son quel sumo Dios envía
A aquel que ya le tiene aparejado
Sublime asiento en la alta hierarquía.
Quien goza quietud siempre en su estado,
Y el efecto le acude á la esperanza,
Y á lo que quiere nada le es trocado;
Argúyese que poca confianza
Puede tenerse del que goce y vea
Con claros ojos bienaventuranza.
Cuando mas favorable el mundo sea,
Cuando nos ria el bien todo delante,
Y venga al corazon lo que desea,
Tiénese de esperar que en un instante
Dará con ello la fortuna en tierra,
Que no fué ni será jamas constante.
Y aquel que no ha gustado de la guerra,
A do se aflige el cuerpo y la memoria,
Parece Dios del cielo le destierra.
Porque no se coronan en la gloria,
Sino es los capitanes valerosos,
Que llevan de sí mesmos la vitoria.
Los amargos sospiros dolorosos,
Las lágrimas sin cuento que ha vertido
Quien nos puede en su vista hacer dichosos,
El perder á su hijo tan querido,
Aquel mirarse y verse cual se halla
De todo su placer desposeido;
¿Qué se puede decir sino batalla
Adonde le hemos visto siempre armado
Con la paciencia, que es muy fina malla?
Del alto cielo ha sido consolado,
Con concederle acá vuestra persona,
Que mira por su honra y por su estado.
De aquí saldrá á gozar de una corona
Mas rica, mas preciosa y muy mas clara,
Que la que ciñe el hijo de Latona.
Con él vuestra virtud al mundo rara
Se tiene de extender de gente en gente,
Sin poderlo estorbar fortuna avara.
Resonará el valor tan excelente
Que os ciñe, cubre, ampara y os rodea,
De donde sale el sol hasta occidente.
Y allá en el alto alcázar do pasea
En mil contentos nuestra reina amada,
Si puede desear, solo desea
Que sea por mil siglos levantada
Vuestra grandeza, pues que se engrandece
El valor de su prenda deseada.
Que vuestro poderío se parece
Del católico rey la suma alteza,
Que desde un polo al otro resplandece.
De hoy mas deje del llanto la fiereza
El afligida España, levantando
Con verde lauro ornada la cabeza.
Que mientra fuera el cielo mejorando
Del soberano rey la larga vida,
No es bien que se consuma lamentando.
Y en tanto que arribare á la subida
De la inmortalidad vuestra alma pura,
No se entregue al dolor tan de corrida;
Y mas, que el grave rostro de hermosura
Por cuya ausencia vive sin consuelo,
Goza de Dios en la celeste altura.
¡Oh trueco glorioso, oh santo celo,
Pues con gozar la tierra has merecido
Tender tus pasos por el alto cielo!
Con esto cese el canto dolorido,
Magnánimo señor, que por mal diestro,
Queda tan temeroso y tan corrido,
Cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro.

AL ROMANCERO DE PEDRO DE PADILLA.

(Romancero de Padilla, 1583.)

SONETO.

Ya que del ciego dios habeis cantado
El bien y el mal, la dulce fuerza y arte
En la primera y la segunda parte
Do está de amor el todo señalado;
Ahora con aliento descansado
Y con nueva virtud que en vos reparte
El cielo, nos cantais del duro Marte
Las fieras armas y el valor sobrado.
Nuevos ricos mineros se descubren
De vuestro ingenio en la famosa mina,
Que á mas alto deseo satisfacen;
Y con dar ménos de lo mas que encubren,
A este ménos, lo que es mas se inclina,
Del bien que Apolo y que Minerva hacen.

AL HABITO DE FRAY PEDRO DE PADILLA.

(Jardin espiritual, 1584.)

REDONDILLAS.

Hoy el famoso Padilla
Con las muestras de su celo
Causa contento en el cielo,
Y en la tierra maravilla.
Porque llevado del cebo
De amor, temor y consejo,
Se despoja el hombre viejo
Para vestirse de nuevo.
Cual prudente sierpe ha sido,
Pues con nuevo corazon
En la piedra de Simon
Se deja el viejo vestido.
Y esta mudanza que hace
Lleva tan cierto compas,
Que en ella asiste lo mas
De cuanto á Dios satisface.
Con las obras y la fe
Hoy para el cielo se embarca
En mejor jarciada barca
Que la que libró á Noé.
Y para hacer tal pasaje,
Há muchos años que ha hecho
Con sano y cristiano pecho
Cristiano matalotaje.
Y no teme el mal tempero,
Ni anegarse en el profundo,
Porque en el mar deste mundo
Es plático marinero.
Y ansi mirando el aguja
Divina cual se requiere,
Si el demonio á orza diere,
El dará al instante á puja.
Y llevando este concierto
Con las ondas deste mar,
A la fin vendrá á parar
A seguro y dulce puerto.
Donde sin áncoras ya
Estará la mar en calma,
Con la eternidad del alma
Que nunca se acabará.
En una verdad me fundo,
Y mi ingenio aquí no yerra:
Que en siendo sol de la tierra,
Habeis de ser luz del mundo.
Luz de gracia rodeada
Que alumbre nuestro horizonte,
Y sobre el Carmelo monte
Fuerte ciudad levantada.
Para alcanzar el trofeo
Destas santas profecías
Tendréis el carro de Elías
Con el manto de Eliséo.
Y ardiendo en amor divino,
Donde nuestro bien se fragua,
Apartando el manto al agua,
Por el fuego haréis camino.
Porque el voto de humildad
Promete segura alteza,
Y castidad y pobreza,
Bienes de divinidad.
Y ansí los cielos serenos
Verán cuando acabarás,
Un cortesano allá mas,
Y en la tierra un sabio ménos.

A FRAY PEDRO DE PADILLA

(Jardin espiritual.)

Cual vemos que renueva
El águila real la vieja y parda
Pluma, y con otra nueva
La detenida y tarda
Pereza arroja, y con subido vuelo
Rompe las nubes y se llega al cielo;
Tal, famoso Padilla,
Has sacudido tus humanas plumas,
Porque con maravilla
Intentes y presumas
Llegar con nuevo vuelo al alto asiento,
Donde aspiran las alas de tu intento.
Del sol el rayo ardiente
Alza del duro rostro de la tierra
(Con virtud excelente)
La humildad que en sí encierra,
La cual despues en lluvia convertida
Alegra al suelo y da á los hombres vida.
Y desta mesma suerte
El sol divino te regala y toca;
Y en tal humor convierte,
Que con tu pluma apoca
La ceguedad de la ignorancia nuestra,
Y á ciencia santa y á santa vida adiestra.
¡Qué santo trueco y cambio,
Por las humanas las divinas musas!
¡Qué interes y recambio!
¡Qué nuevos modos usas
De adquirir en el suelo una memoria
Que dé fama á tu nombre, al alma gloria!
Que pues es tu Parnaso
El monte del Calvario, y son tus fuentes
De Aganipe y Pegaso
Las sagradas corrientes
De las benditas llagas del Cordero,
Eterno nombre de tu nombre espero.

A FRAY PEDRO DE PADILLA.

En la obra Grandezas y excelencias de la Virgen Nuestra Señora, *que publicó dedicándola á la infanta Margarita de Austria.*

(Grandezas y excelencias etc., 1587.)

De la Virgen sin par santa y bendita,
Digo de sus loores, justamente
Haces el rico sin igual presente
A la sin par cristiana Margarita:
Dándole, quedas rico; y queda escrita
Tu fama en hojas de metal luciente,
Que á despecho y pesar del diligente
Tiempo, será en sus fines infinito:
Felice en el sugeto que escogiste:
Dichoso en la ocasion que te dió el cielo
De dar á Vírgen el virgíneo canto:
Venturoso tambien porque hiciste
Que dén las musas del hispano suelo
Admiracion al griego, al turco espanto.

A LOPEZ MALDONADO.

(Cancionero de Lopez Maldonado, 1586.)

SONETO.

El casto ardor de una amorosa llama,
Un sabio pecho á su rigor sujeto,
Un desden sacudido y un afeto
Blando, que al alma en dulce fuego inflama;
El bien y el mal á que convida y llama
De amor la fuerza y poderoso efeto,
Eternamente en son claro y perfeto
Con estas rimas cantará la fama;
Llevando el nombre único y famoso
Vuestro, felice Lopez Maldonado,
Del moreno etiope al cita blanco;
Y hará que en balde del laurel honroso
Espere alguno verse coronado,
Si no os imita y tiene por su blanco.

AL MISMO.

Bien donado sale al mundo
Este libro, do se encierra
La paz de amor y la guerra,
Y aquel fruto sin segundo
De la castellana tierra.
Que aunque le da Maldonado,
Va tan rico y bien donado
De ciencia y de discrecion,
Que me afirmo en la razon
De decir que es bien donado.

El sentimiento amoroso
Del pecho mas encendido
En fuego de amor, y herido
De su dardo ponzoñoso,
Y en la red suya cogido;
El temor y la esperanza
Con que el bien y el mal se alcanza.
En las empresas de amor,
Aquí muestra su valor
Su buena ó su mala andanza.
Sin flores, sin praderías,
Y sin los faunos silvanos,
Sin ninfas, sin dioses vanos,
Sin yerbas, sin aguas frias,
Y sin apacibles llanos;
En agradables concetos,
Profundos, altos, discretos,
Con verdad llana y distinta,
Aquí el sabio autor nos pinta
Del ciego dios los afetos.
Con declararnos la mengua
Y el bien de su ardiente llama,
Ha dado á su nombre fama
Y enriquecido su lengua,
Que ya la mejor se llama,
Y hanos mostrado que es solo
Favorecido de Apolo
Con dones tan infinitos,
Que su fama en sus escritos
Irá deste al otro polo.

A ALONSO DE BARROS.

(Filosofía moralizada, por Alonso de Barros, 1587.)

SONETO.

Cual vemos del rosado y rico oriente
La blanca y dura piedra señalarse,
Y en todo, aunque pequeña, aventajarse
A la mayor del Cáucaso eminente;
Tal este, humilde al parecer, presente,
Puede y debe mirarse y admirarse,
No por la cantidad, mas por mostrarse
Ser en su calidad tan excelente.
El que navega por el golfo insano
Del mar de pretensiones, verá al punto
Del cortesano laberinto el hilo.
Felice ingenio y venturosa mano
Que el deleite y provecho puso junto
En juego alegre, en dulce y claro estilo.

A LA AUSTRIADA DE JUAN RUFO GUTIERREZ.

(La Austriada, 1584.)

SONETO.

¡Oh venturosa levantada pluma,
Que en la empresa mas alta te ocupaste
Que el mundo pudo dar, y al fin mostraste
Al recibo y al gasto igual la suma!
Calle de hoy mas el escritor de Numa,
Que nadie llegará donde llegaste,
Pues en tan raros versos celebraste
Tan raro capitan, virtud tan suma.
Dichoso el celebrado y quien celebra,
Y no ménos dichoso todo el suelo
Que de tanto bien goza en esta historia,
En quien invidia ó tiempo no harán quiebra;
Antes hará con justo celo el cielo
Eterna, mas que el tiempo, su memoria.

A LOPE DE VEGA EN SU DRAGONTEA.

(La Dragontea, 1593.)

SONETO.

Yace en la parte que es mejor de España
Una apacible y siempre verde *Vega*,
A quien Apolo su favor no niega
Pues con las aguas de Helicon la baña.
Júpiter, labrador por grande hazaña,
Su ciencia toda en cultivarla entrega;
Cilenio alegre en ella se sosiega;
Minerva eternamente la acompaña.
Las musas su Parnaso en ella han hecho,
Vénus honesta en ella aumenta y cria
La santa multitud de los amores:
Y así con gusto y general provecho
Nuevos frutos ofrece cada dia
De ángeles, de armas, santos y pastores.

A GABRIEL PEREZ DEL BARRIO ANGULO.

(Direccion de secretarios, por Gabriel Perez del Barrio Angulo, 1613.)

Tal secretario formais,
Gabriel, en vuestros escritos,
Que por siglos infinitos
En él os eternizais.
De la ignorancia sacais
La pluma, y en presto vuelo
De lo mas bajo del suelo
Al cielo la levantais.
Desde hoy mas la discrecion
Quedará puesta en su punto,
Y al hablar y escribir junto
En su mayor perfeccion.
Que en esta nueva ocasion
Nos muestra en breve distancia,
Demóstenes su elegancia
Y su estilo Ciceron.
España os está obligada,
Y con ella el mundo todo,
Por la sutileza y modo
De pluma tan bien cortada.
La adulacion defraudada
Queda, y la lisonja en ella:
La mentira se atropella,
Y es la verdad levantada.
Vuestro libro nos informa
Que solo vos habeis dado
A la materia de estado
Hermosa y cristiana forma.
Con la razon se conforma
De tal suerte, que en él veo
Que contentando al deseo,
Al que es mas libre reforma.

A JUAN YAGUE DE SALAS.

(Los Amantes de Teruel, epopeya trágica, con la restauracion de España por la parte de Sobrarve, y conquista del reino de Valencia, Yagüe de Salas, 1616.)

SONETO.

De Turia el cisne mas famoso hoy canta,
Y no para acabar la dulce vida
Que en sus divinas obras escondida
A los tiempos y edades se adelanta.
Queda por él canonizada y santa
Teruel: vivos Marcilla y su homicida;
Su pluma por heróica conocida
En quien se admira el suelo, el cielo espanta.
Su doctrina, su voz, su estilo raro,
Que por tuyos ¡oh Apolo! reconoces,
Segun el vuelo de sus bellas alas,
Grabadas por la fama en mármol paro
Y en láminas de bronce, harán que goces
Siglos de eternidad, Yagüe de Salas.

A DON DIEGO DE MENDOZA Y A SU FAMA.

(Poesías de D. Diego Hurtado de Mendoza, 1610.)

En la memoria vive de las gentes,
¡Varon famoso! siglos infinitos;
Premio que le merecen tus escritos
Por graves, puros, castos y excelentes.
Las ansias en honesta llama ardientes,
Los Etnas, los Estigios, los Cocitos,
Que en ellos suavemente van descritos,
Mira si es bien ¡oh fama! que los cuentes;
Y aun, que los lleves en lijero vuelo
Por cuanto ciñe el mar y el sol rodea,
Y en láminas de bronce los esculpas:
Que así el suelo sabrá que sabe el cielo
Que el renombre inmortal que se desea,
Tal vez le alcancen amorosas culpas.

A LA MUERTE DE HERNANDO DE HERRERA.

(Códice manuscrito en 1630, que poseyó D. Fernando de la Serna, donde entre varias poesías recopiladas al parecer por D. Francisco Pacheco, se halla la siguiente con este epígrafe: MIGUEL DE CERVÁNTES, AUTOR DE DON QUIJOTE: *este soneto hice á la muerte de D. Fernando de Herrera; y para entender el primer cuarteto advierto que él celebraba en sus versos á una señora debajo deste nombre de* LUZ. *Creo que es uno de los buenos que he hecho en mi vida.*)

SONETO.

El que subió por sendas nunca usadas
Del sacro monte á la mas alta cumbre;
El que á una *Luz* se hizo todo lumbre
Y lágrimas en dulce voz cantadas;
El que con culta vena las sagradas
De Elicon y Pirene en muchedumbre
(Libre de toda humana pesadumbre)
Bebió y dejó en divinas trasformadas;
Aquel á quien invidia tuvo Apolo
Porque á par de su *Luz* tiende su fama
De donde nace á donde muere el dia;
El agradable al cielo, al suelo solo,
Vuelto en ceniza de su ardiente llama
Yace debajo desta losa fria.

EN ALABANZA DEL MARQUES DE SANTA CRUZ.

(Comentarios de la jornada de las islas de los Azores, por el licenciado Mosquera de Figueroa, 1596.)

SONETO.

No ha menester el que tus hechos canta,
Oh gran Marques, el artificio humano
Que á la mas sutil pluma y docta mano
Ellos le ofrecen al que el orbe espanta.
Y este que sobre el cielo se levanta,
Llevado de tu nombre soberano,
A par del griego y escritor toscano,
Sus sienes ciñe con la verde planta.
Y fué muy justa prevencion del cielo,
Que á un tiempo ejercitases tú la espada
Y él su prudente y verdadera pluma;
Porque rompiendo de la invidia el velo,
Tu fama en sus escritos dilatada,
Ni olvido, ó tiempo, ó muerte la consuma.

A SAN FRANCISCO.

(Jardin espiritual de Padilla.)

SONETO.

Muestra su ingenio el que es pintor curioso
Cuando pinta al desnudo una figura,
Donde la traza, el arte y compostura
Ningun velo la cubre artificioso.
Vos, seráfico Padre, y vos, hermoso
Retrato de Jesus, sois la pintura
Al desnudo pintado, en tal hechura
Que Dios nos muestra ser pintor famoso.
Las sombras, de ser mártir descubristes:
Los léjos, en que estáis allá en el cielo
En soberana silla colocado:
Las colores, las llagas que tuvistes
Tanto las suben, que se admira el suelo,
Y el pintor en la obra se ha pagado.

A SAN JACINTO.

(Relacion de las justas celebradas en el convento de padres predicadores de Zaragoza, en la canonizacion de S. Jacinto, por Jerónimo Martel, 1597.)

REDONDILLA *en alabanza de S. Jacinto, propuesta para glosar en el segundo de los certámenes celebrados en Zaragoza.*

El cielo á la Iglesia ofrece
Hoy una piedra tan fina,
Que en la corona divina
Del mismó Dios resplandece.

GLOSA DE MIGUEL DE CERVÁNTES.

Tras los dones primitivos
Que en el fervor de su celo
Ofreció la Iglesia al cielo,
A sus edificios vivos
Dió nuevas piedras el suelo.
Estos dones agradece
A su esposa, y la ennoblece;
Pues de parte del esposo
Un hyacinto el mas pecioso
El cielo á la tierra ofrece.
Porque el hombre de su gracia
Tantas veces se retira,
Y el hyacinto al que le mira
Es tan grande su eficacia,
Que le sosiega la ira;
Su misma piedad lo inclina
A darlo por medicina;
Que en su juicio profundo
Ve que ha menester el mundo
Hoy una piedra tan fina.
Obró tanto esta virtud
Viviendo Hyacinto en él,
Que á los vivos rayos dél
En una y otra salud
Se restituyó por él.
Crezca gloriosa la mina
Que de su luz hyacintina
Tiene el cielo y tierra llenos;
Pues no mereció estar ménos
Que en la corona divina.
Allá luce ante los ojos
Del mismo autor de su gloria,
Y acá en gloriosa memoria
De los triunfos y despojos
Que sacó de la victoria:
Pues si otra luz desfallece
Cuando el sol la suya ofrece,
¿Qué mas viva y rutilante
Será aquesta, si delante
Del mismo Dios resplandece?

AL TUMULO DEL REY FELIPE II EN SEVILLA.

(Parnaso español de D. Juan Lopez de Sedano, 1772.)

SONETO.

Voto á Dios, que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblon por describilla;
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale mas de un millon, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ó gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.
Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente.—
Esto oyó un valenton, y dijo: Es cierto
Cuanto dice voacé, señor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente.—
Y luego in continente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

A LA ENTRADA DEL DUQUE DE MEDINA

en Cádiz, en julio de 1596, con socorro de tropas enseñadas en Sevilla por el capitan Becerra, despues de haber evacuado aquella ciudad las tropas inglesas, y saqueádola por espacio de veinte y cuatro dias al mando del conde de Essex.

(Manuscrito del Sr. Arrieta.)

SONETO.

Vimos en julio otra semana santa
Atestada de ciertas cofradías
Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.

Hubo de plumas muchedumbre tanta
Que en ménos de catorce ó quince dias
Volaron sus pigmeos y Goliat,
Y cayó su edificio por la planta.
Bramó el becerro, y púsoles en sarta,
Tronó la tierra, oscurecióse el cielo
Amenazando una total ruina;
Y al cabo en Cádiz con mesura harta,
Ido ya el Conde sin ningun recelo
Triunfando entró el gran duque de Medina.

AU N VALENTON METIDO A PORDIOSERO.

(Manuscrito del Sr. Arrieta.)

SONETO.

Un valenton de espátula y gregüesco,
Que á la muerte mil vidas sacrifica,
Cansado del oficio de la pica
Mas no del ejercicio picaresco;
Retorciendo el mostacho soldadesco,
Por ver que ya su bolsa le repica,
A un corrillo llegó de gente rica,
Y en el nombre de Dios pidió refresco.
Den voacedes, por Dios, á mi pobreza,
Les dice: donde no, por ocho santos,
Que haré lo que hacer suelo sin tardanza.
Mas uno que á sacar la espada empieza,
¿Con quién habla, le dijo, el tiracantos?
Si limosna no alcanza,
Que es lo que suele hacer en tal querella?
Respondió el bravonel: irme sin ella.

A UN ERMITAÑO.

(Manuscrito del Sr. Arrieta.)

SONETO.

Maestro era de esgrima Campuzano,
De espada y daga diestro á maravilla,
Rebanaba narices en Castilla,
Y siempre le quedaba el brazo sano:
Quiso pasarse á Indias un verano,
Y vino con Montalvo el de Sevilla;
Cojo quedó de un pié de la rencilla,
Tuerto de un ojo, manco de una mano.
Vínose á recoger á aquesta ermita
Con su palo en la mano y su rosario,
Y su ballesta de matar pardales.
Y con su Madalena, que le quita
Mil canas, está hecho un San Hilario.
¡Ved cómo nacen bienes de los males!

LOS ÉXTASIS DE LA BEATA MADRE TERESA DE JESUS.

(Compendio de las fiestas celebradas en España con motivo de la beatificacion de la madre Teresa de Jesus, por Fray Diego de San José, 1615.)

CANCION.

Virgen fecunda, madre venturosa,
Cuyos hijos, criados á tus pechos,
Sobre sus fuerzas la virtud alzando,
Pisan ahora los dorados techos
De la dulce region maravillosa,
Que está la gloria de su Dios mostrando:
Tú que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo
Y un grado sin segundo;
Ahora estés ante tu Dios postrada,
En rogar por tus hijos ocupada,
O en cosas dignas de tu intento santo;
Oye mi voz cansada,
Y esfuerza ¡oh madre! el desmayado canto.
Luego que de la cuna y las mantillas
Sacó Dios tu niñez, diste señales
Que Dios para ser suya te guardaba,
Mostrando los impulsos celestiales
En ti (con ordinarias maravillas),
Que á tu edad tu deseo aventajaba.
Y así si descuidaba
De lo que hacer debia,
Tal vez luego volvia
Mejorado, mostrando codicioso
Que el haber parecido perezoso
Era en volver atras para dar salto
Con curso mas brioso,
Desde la tierra al cielo, que es mas alto.
Creciste, y fué creciendo en ti la gana
De obrar en proporcion de los favores
Con que te regaló la mano eterna:
Tales, que al parecer se alzó á mayores
Contigo alegre Dios, en la mañana
De tu florida edad, humilde y tierna.
Y así tu ser gobierna,
Que poco á poco subes
Sobre las densas nubes
De la suerte mortal, y así levantas
Tu cuerpo al cielo sin fijar las plantas,
Que lijero tras sí el alma le lleva
A las regiones santas
Con nueva suspension, con virtud nueva.
Allí su humildad te muestra santa,
Acullá se desposa Dios contigo,
Aquí misterios altos te revela:
Tierno amante se muestra, dulce amigo,
Y siendo tu maestro, te levanta
Al cielo, que señala por tu escuela.
Parece se desvela
En hacerte mercedes;
Rompe rejas y redes
Para buscarte el mágico divino,
Tan tu llegado siempre y tan contino,
Que si algun afligido á Dios buscara,
Acortando camino
En tu pecho ó en tu celda le hallara.
Aunque naciste en Avila, se puede
Decir que en Alba fué donde naciste;
Pues allí nace, donde muere el justo.
Desde Alba ¡oh madre! al cielo te partiste:
Alba pura, hermosa, á quien sucede
El claro dia del inmenso gusto,
Que le goces es justo
En éxtasis divinos,
Por todos los caminos
Por donde Dios llevar á un alma sabe,
Para darle de sí cuanto ella cabe,
Y aun la ensancha, dilata y engrandece,
Y con amor süave
A sí y de sí la junta y enriquece.
Como las circunstancias convenibles,
Que acreditan los éxtasis, que suelen
Indicios ser de santidad notoria,
En los tuyos se hallaron; nos impelen
A creer la verdad de los visibles
Que nos describe tu discreta historia:
Y el quedar con vitoria,
Honroso triunfo y palma
Del infierno, y tu alma
Mas humilde, mas sabia y obediente
Al fin de tus arrobos, fué evidente
Señal que todos fuéron admirables
Y sobrehumanamente
Nuevos, continuos, sacros, inefables.
Ahora pues que al cielo te retiras
Menospreciando la mortal riqueza
En la inmortalidad que siempre dura,
Y el visorey de Dios nos da certeza
Que sin enigma y sin espejo miras
De Dios la incomparable hermosura;
Colma nuestra ventura,
Oye devota y pia
Los balidos que envia
El rebaño infinito que criaste
Cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste:
Que no porque dejaste nuestra vida,
La caridad dejaste,
Que en los cielos está mas extendida.
Cancion, de ser humilde has de preciarte,
Cuando quieras al cielo levantarte:
Que tiene la humildad naturaleza
De ser el todo y parte
De alzar al cielo la mortal bajeza.

LOS CELOS (*).

ROMANCE.

(Romancero de Don Eugenio Ochoa, Paris 1838.)

Yace donde el sol se pone,
Entre dos tajadas peñas,
Una entrada de un abismo,
Quiero decir, una cueva,
  Profunda, lóbrega, oscura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio albergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.
  Por la boca sale un aire
Que al alma encendida hiela,
Y un fuego de cuando en cuando
Que el pecho de hielo quema.
  Oyese dentro un ruido
Como crujir de cadenas,
Y unos ayes luengos, tristes,
Envueltos en tristes quejas.
  Por las funestas paredes,
Por los resquicios y quiebras,
Mil víboras se descubren
Y ponzoñosas culebras
  A la entrada tiene puesto,
En una amarilla piedra,
Huesos de muerto encajados
En modo que forman letras;
  Las cuales vistas del fuego
Que arroja de sí la cueva,
Dicen: «Esta es la morada
»De los celos y sospechas.»
  Y un pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta
De la cueva, fuego y hielo,
Aullidos, sierpes y piedra.
  El cual oyendo le dijo:
—Pastor, para que te crea,
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista experiencia.
  Un vivo traslado es ese
De lo que mi pecho encierra,
El cual como en cueva oscura
No tiene luz ni la espera.
  Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas;
Aire, fuego y los suspiros
Le abrasan contino y hielan.
  Los lamentables aullidos
Son mis continuas querellas,
Víboras mis pensamientos
Que en mis entrañas se ceban.
  La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza;
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.
  Los celos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos
De mi querida Silena.—
  En pronunciando este nombre
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de celos
Aquestos fines se esperan.

EL DESDEN.

ROMANCE.

(El mismo Romancero.)

A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que dellos ya se sustenta
Como el áspid del veneno.

(*) En el comun sentir de los críticos mas circunspectos, este es el romance de que habló CERVÁNTES en su *Viaje al Parnaso*, diciendo que era el que mas estimaba. Atribúyenle tambien el siguiente, que hemos titulado *El desden*, por la semejanza del estilo, y asimismo el de *Elicio* y el de *Galatea*, que á esta circunstancia añaden la analogía del asunto con el de la primera composicion que conocemos del autor. Dejamos á nuestros lectores el cuidado de resolver esta duda literaria.

  En tu amor pensé anegarme,
Pensé abrasarme en tu fuego;
Mas ya no temo á tus brasas,
Tampoco á tus hielos temo.
  Tormentas me son bonanzas
Y duros naufragios puertos;
Como simple mariposa
Por lo que me mata muero.
  Digiero ya tus desdenes
Como el avestruz el hierro,
Aunque en los mios no se halla
Causa por do los merezco.
  Pero basta ser tu gusto
Para que confiese habellos,
Que aunque con obras me ofendes,
No en pensamiento te ofendo.
  Pasados son dos veranos
(Para mí siempre es invierno):
Los árboles reverdecen,
Y yo siempre mustio y seco.
  Revístense de esperanza,
Yo de esperar desespero;
Llevan dulcísimos frutos,
Yo amargos suspiros llevo.
  Al fin es mi voluntad
Veleta para tus vientos:
Hiele, ventisque y graniçe,
Que yo no quiero otro tiempo;
  Porque para resistirle
Muy buen pellico me tengo
Guarnecido de paciencia,
Y aforrado en sufrimiento.
  Pasadas son treinta lunas,
Y no hay mudanza en los tiempos,
Siempre yo las veo menguantes
Y crecer mis ansias veo.
  Todas las cosas se mudan,
Y tú no mudas de intento,
Siempre muda á mis razones,
Y siempre sorda á mis ruegos.
  Aunque no quiero mudanzas,
Que de tu condicion creo
Que cuando acaso te mudes
Será de desden á celos:
  Y habiendo de ser así,
De tal mudanza reniego,
Que es mejor andar con quejas
Que padecer mal de perros.
  Tampoco favores tuyos
Los quiero ni los pretendo,
Que se ha ya estragado el gusto,
Y ningun gusto pretendo.
  Si acaso sueño algun bien,
Como es ordinario en sueños,
Con el temor de enojarte
Sobresaltado despierto.
  Mira, crüel, qué me debes;
Pues no sufro cuando duermo
A tu disgusto mis gustos,
Y en los tuyos me desvelo.
  Al fin mis deseos vistos,
Es ver lo que tus deseos:
Y quiero lo que tú quieres,
Pues no quieres lo que quiero.

ELICIO.

ROMANCE.

(El mismo Romancero.)

Elicio, un pobre pastor,
Ausente de Galatea,
Dulce prenda de su alma,
A quien deja el alma en prendas;
  Cuya perfeccion adora,
Cuyo nombre reverencia,
Por quien vive, y por quien muere,
De cuyo esclavo se precia;
  Sobre un cayado de pechos,
Cortado de su paciencia,
Para golpes de fortuna,
Y para servir de prueba,

Al hombro un zurron colgado
De temores y sospechas,
Que en destierro semejante
Es la carga que mas pesa;
Una honda con que arroja
Del hondo pecho las quejas,
Que sin piedad descomponen
Los corazones de piedra;
A sombra de su cayado,
Si dan sombra las tinieblas
En que pone á una alma triste
La escura noche de ausencia;
Orilla del mar profundo
De sus congojas inmensas,
Que le alborotan suspiros,
Y lágrimas le acrecientan;
Guardando mal de su grado
Un gran rebaño de penas,
Hecha la imaginacion,
Para que todo le ofenda,
Un cáos de memorias tristes,
Una confusion inmensa;
Vueltos los ausentes ojos
A la venturosa tierra
Adonde tiene su dama
Y sus pensamientos deja;
Al desapacible son
De las ardientes centellas
Que por los aires se esparcen,
Desta suerte se lamenta:
Fortuna, no desesperes,
Que si en mi muerte te vengas,
Morirá por fuerza presto
Quien vive ausente por fuerza;
Pues no merece sepulcro
Quien muriendo desespera,
Amigos que le acompañen,
Antorchas, luto ni exequias.
Basta por lumbre mi fuego
Y por bronce mi firmeza,
Mis tristes ansias por luto,
Por funeral mis endechas.
Solo pido que en memoria
De mi rabiosa dolencia,
Y destas lágrimas tristes
Que del placer desesperan,
Quede aquí por simulacro
Una fuente dellas hecha,
Una fuente de alabastro
Que de contino las vierta:
Y podrá bien empinarse
A las encumbradas sierras
Por el peso de la altura
Que alcanza el origen della.
Sirva el agua de remedio
Para deshelar tibiezas,
Y curar ingratitudes,
Donde quiera que las vea:
Y en la virtud milagrosa
De sus efetos se vea
La fe con que murió Elicio
Ausente de Galatea.

GALATEA.

ROMANCE.

(El mismo Romancero.)

Galatea, gloria y honra
Del Tajo y de nuestro siglo,
Atormentada y celosa
Con penas y sin Elicio;
De mal de ausencia á la muerte,
Con calentura y sin frio,
Ronco y levantado el pecho
De quejas y de suspiros;
Vueltos los hermosos ojos
En dos caudalosos rios;
El color de su ventura
Mas que la cera amarillo;
Con crecimiento de fe
Y fe de su bien perdido;
Sin pulso las esperanzas,
El sufrimiento en un hilo;
Para manjares del alma
Estragado el apetito,
Que sin la salsa que falta
Todos le causan hastío,
Está vivo por milagro,
Pero muerto mas que vivo,
Que su mal el primer dia
Es tan mortal como el quinto,
Tiene fe, le dará vida
Un trago solo de vino,
Pues solo el trago de *fuése*
La tiene en tanto peligro:
Y con ser médico el tiempo
De dolores peregrinos,
No le permite y alarga
La cura como enemigo:
Que él no receta jamas
Sino infusiones de olvido,
Que en poco nobles sugetos
Obran presto y dan olvido:
Mas en pechos delicados,
Tiernos de amor y rendidos,
Ni por la vida no sufren
Tan groseros bebedizos,
Y quiere mas Galatea
Dar la suya en sacrificio,
Que ver por tan mal remedio
De su salud el principio.
Desecha entretenimientos
De contento y regocijo,
Solo el eco busca y llama
Porque dobla sus gemidos.
Oye mis querellas, dice,
¿Dónde estás, Elicio mio?
¿Cómo, crüel, no respondes
Cuando tu nombre repito?
Si es que el viento no lleva
Mis voces á tus oidos,
No lleve mi fe jurada
Ni mi esperanza conmigo:
Por copia vaya mi alma,
Y no de balde la envio,
Pues me deja en este fresno
Por juzgar su paraiso.
No trates pues de ofenderme,
Siquiera por el testigo,
Que le creerán fácilmente
En mi desdicha su dicho.
Esto te suplico solo;
Mira si al amor me humillo,
Que con ser tiempo de mandas,
No mando, sino suplico.

AL CONDE DE SALDAÑA (*).

(Manuscrito autógrafo en poder de D. Juan Cortada.)

ODA.

Florida y tierna rama
Del mas antiguo y generoso tronco
Que celebró la fama
Con acento sutil en metal ronco,
Pues yo á tu sombra vivo
Laurel serás de lo que en ella escribo.
O genio de Saldaña,
Honra y amparo dulce de mi pluma,

(*) Personas las mas versadas en el conocimiento de los escritos de nuestro autor, al llegar á ciertos pasajes de esta composicion, han exclamado: *No es necesario ver el manuscrito: esto es de Cervántes.* Sin embargo, tan preciosa joya existe en poder de nuestro distinguido amigo D. Juan de Cortada, residente en Barcelona, quien ha tenido la bondad de franquearnos una copia, y ofrecernos un *fac-simile*, que hemos admitido para reproducirlo por medio de la litografía, y repartirlo á su tiempo á los suscritores constantes de nuestra BIBLIOTECA. Allí se verá la singular ortografía usada en aquellos tiempos, y se notarán las palabras *escuche* y *lucha* escritas *luxa* y *escuxa*, con otras circunstancias que, unidas á las latas observaciones y mas numerosos ejemplos, nos darán materia en su lugar oportuno á discurrir sobre curiosas vicisitudes de la pronunciacion y escritura de nuestros antiguos.

Los mas cisnes que baña
El agua deste rio en blanca espuma
Que al cortarla levantan,
Por excusar tu fin tus prendas cantan.
Cuál dellos enriquece
Con tu primer progenitor su canto,
A quien España ofrece,
Mezclado en gozo, agradecido llanto.
Tal pide un rey que huye
Y un vasallo que imperios restituye.
De Sando (jóven bello)
La prodigiosa empresa solemniza,
Y de miedo el cabello
Segunda vez el africano eriza.
Muestras nos dan tus años
Que harás en ellos mas llorados daños.
Cuál de tu padre amado
Canta el valor que en tu persona siente
Con vivo é igual traslado;
Así vemos del sol el rayo ardiente
Traer hácia la tierra
Cuanta virtud el sol entero encierra.
Celebra su privanza
Que libra el orbe en su cerviz constante,
Debida confianza
Del gran Filipo agradecido atlante:
Si en fe de tus anales
Reyes no hubiera à no haber Sandovales.
Cuál de tu grande casa
Mil honrados blasones encarece,
Aunque con voz escasa
Viva timbre en sus paños resplandece,
No de matiz bordada
Cuanto de sangre propia salpicada.
Cuál con voz victoriosa
De despojos torcido alza el trofeo,
O sangre venturosa,
Que para las banderas que en tí veo,
Con singular ejemplo
Hubo la fama de ensanchar su templo
Yo, señor, entre todos
Admiro tu valor, tus prendas raras,
Reliquias de los godos,
Tu rostro hermoso, tus virtudes claras,
Tus dignas esperanzas,
Sujeto de mas dignas alabanzas;
Ese agradable aspeto,
Digno de cetro y vendas imperiales,
Que el amor y el respeto
Obliga á ser en tu obediencia iguales,
La gracia de la gente
Mucha colgada al ceño de tu frente;
Ese divino ingenio,
Y lo que es mas, en años tiernos grave,
Ese superior genio,
Espíritu gentil, decir suave,
Y unas secretas señas
Con que tu vida á un gran suceso empeña
Tal vez hirió en mis ojos
La lumbre de tu rostro, afectos tiernos
Te rendí por despojos:
Ojalá pueda en mármoles eternos
Tallar nuestros trasuntos;
Vivirán Curcio y su Alejandro juntos.
Tal fué la fuerza presta
Que de Israël al príncipe heredero,
Y al que rindió en apuesta
Con el villano arnes al jayan fiero
Juntó vistas y palmas,
Prendas, vestido, inclinaciones y almas.
Ni juzgues á locura
La confianza hidalga deste trueco;
La voz de un ángel pura
Entre guijarros toscos halla el eco,
Y los dos que se amaban
Ya del cayado y ya del cetro usaban.
Sombra y amor me ofreces,
Y aunque en fe dello aquesta humilde yedra
Al paso que tú creces
En esperanzas y verdores medra,
Antes que rama abrace
El pié besa del tronco donde nace.
Tutelar dulce mio,
A quien no sé qué fuerza me destina
Como á la mar el rio;
Si aquella es fuerza que á mi bien me inclina,
Estos versos escucha,
Donde el amor con el ingenio lucha.
Un natural forzado
Del son lírico ajeno, mal podia,
Aunque de amor guiado,
Acertarte á servir: verná algun dia,
Que á tí mis pensamientos
Consagren inmortales monumentos.

FIN DE LAS OBRAS DE MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

INDICE.

Trabajos de Persiles y Sigismunda.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

FIN DEL INDICE.



MADRID. — RIVADENEYRA, EDITOR.—1872.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

Al anunciar de nuevo esta publicacion, el editor se cree dispensado de encarecer su importancia, y se limita á reproducir textualmente aquella parte del *Diario de Sesiones* de las Córtes Constituyentes en que se halla consignada la discusion y votacion con que los dignos representantes, secundados por el Gobierno de S. M., tuvieron á bien dispensar una señalada muestra de anhelo por la conservacion de nuestras glorias literarias.

Al editor en este caso sólo le toca manifestar su más profunda gratitud, acrecida inmensamente por la lisonjera circunstancia de haber concurrido á este acuerdo la casi totalidad de los señores presentes, compuesta de todos los matices en que hoy se hallan divididos los partidos más encontrados en política.

DIARIO DE LAS SESIONES
DE LAS CÓRTES CONSTITUYENTES.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR INFANTE.

SESION DEL VIÉRNES 25 DE ENERO DE 1856.

Procediéndose á la discusion del capítulo XXXIV del presupuesto de Fomento, se leyó por segunda vez la siguiente enmienda:

«Pedimos á las Córtes se sirvan aprobar la siguiente adicion al capítulo XXXIV del presupuesto del Ministerio de Fomento:

»Art. 5.° Compra de ejemplares de la obra titulada **Biblioteca de Autores Españoles, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias**, publicada en Madrid por M. Rivadeneyra, con destino á los establecimientos de instruccion pública en el reino y á las bibliotecas extranjeras de Europa y América, 400,000 Rvn.

»Palacio de las Córtes, 14 de Enero de 1856. — *Cándido Nocedal.— P. Calvo Asensio.— El marqués de la Vega de Armijo.— E. Figueras.— Fermin Caballero.— F. Corradi.— Daniel Carballo.*»

Y dijo en su apoyo:

El señor NOCEDAL: El objeto que me propongo hoy al dirigir la palabra á las Córtes no es seguramente un objeto de partido; es algo más que eso, es mucho más importante que eso: es una cuestion de honra nacional. Todos los dias tenemos cuestiones y debates en este sitio, en que combaten la mayoría y la minoría para resolver alguna cosa que merece la aprobacion de los unos y la censura de los otros; todos los dias tenemos la amarga pena de no saber si hemos acertado ó desacertado al tratar de los destinos de nuestra patria; todos los dias tenemos la amargura profunda de vernos llenos de alabanzas por un lado y de vituperios por otro, cuando se delibera sobre los asuntos públicos. Y ¿quién sabe, señores Diputados, quién de nosotros acierta cuando, despues de debatirlos, venimos á pronunciar el fallo definitivo? Quién es capaz de saber quién de nosotros tiene razon cuando se trata de encaminar los destinos de la madre patria por este ó el otro sendero? Pero afortunadamente hay algunos momentos en que callan las pasiones políticas, en que cesan las contiendas de partido, en que el terreno es neutral, y en que se tiene la seguridad, la completa seguridad de que podemos estar de acuerdo y casi unánimes, y de que todo el mundo ha de aprobar nuestra obra; y uno de esos momentos es este en que debemos aspirar al aplauso universal, y muy especialmente al de los amantes de las letras.

Por eso la enmienda que he tenido el honor de presentar ofrece en amigable consorcio firmas tan distintas y de tan diversas aspiraciones políticas como la del señor Figueras y la mia, las nuestras y la del señor Carballo, las de estos y las de los señores Caballero, Corradi y Calvo Asensio. Por eso al pié de esa enmienda han cabido todas esas firmas, y más tarde espero que ha de reunir todos los votos de los dignos Diputados que, como españoles, son amantes de las glorias de su patria; y acaso por eso, y sólo por eso, se libren nuestros nombres del olvido. Y al llegar á este punto debo rendir las debidas gracias á la amabilidad y galantería de los que me han acompañado á firmarla; y no sólo porque la han firmado, no, sino por la bondad de designarme á mí para que la apoye. Los que tienen la costumbre de verme siempre votando contra las opiniones que dominan en esta Cámara han tenido la bondad

de permitir que haya un dia en que yo proponga una cosa que tiene toda la probabilidad de obtener un voto unánime. Doy, pues, gracias á los señores de la mayoría, que han tenido la bondad de proporcionarme desempeñar una comision tan honrosa y de un éxito tan probable, por no decir tan seguro.

Nada habla tanto á la nacionalidad ni la ennoblece tan perfectamente como los monumentos literarios. España ha perdido todas sus conquistas, España ha perdido todas sus riquezas y su influencia en el mundo; un pedazo de su propio territorio constituye hoy un reino extranjero, y en una de sus ciudades ondea el pabellon de la Inglaterra; su magnífica infantería no se bate ya en Flándes ni en Italia, siendo terror de nuestros enemigos y asombro de los grandes capitanes; nuestros descubrimientos han pasado á otras manos, nuestras naves no surcan ya los mares, nuestro pabellon no llega triunfante... qué digo triunfante! no llega casi de ninguna manera á los confines del globo.

Pero miéntras haya en el mundo un resto de buen gusto, miéntras haya amor á las letras, miéntras haya aficion al estudio, no se borrarán jamás nuestros monumentos literarios. Allí donde no llega nuestra espada, allí donde no alcanza nuestra influencia política, allí llegará el nombre glorioso é inmortal de Cervantes y de Lope, de Calderon y Quevedo. En vano es que se hayan borrado nuestras conquistas; no por eso ha desaparecido nuestra nacionalidad, porque no estaba en nuestras conquistas ni en nuestras influencias: estaba en nuestros monumentos literarios. Miéntras ellos duren, y no pueden ménos de durar, nuestra nacionalidad es imperecedera. Ah! No hace mucho que decia un ilustre prócer, que era al mismo tiempo un ilustre poeta, con entusiasmo grandilocuente y con la inspiracion de que estaba siempre animado, que ahora y siempre será la nacion española una nacion inmortal, porque el que llegue á las playas del Nuevo Mundo,

Verá la cruz del Gólgota enclavada,
Y escuchará la lengua de Cervantes!

Un país que tuviera tantas y tan grandes glorias nacionales y literarias; un país que contase en su historia literaria nombres tan ilustres como los de Cervantes y Quevedo, Lope de Vega y Calderon, como la doctora santa Teresa de Jesus y Jovellanos: nombres como el de Quintana, á quien se puede comprender en esta reseña, porque para Quintana, como poeta, ha empezado la posteridad, y la posteridad le aplaude unánimemente; un país que contase glorias como estas que acabo de indicar, se habria apresurado á levantarles el único monumento que interesa á su nombre, y se habria apresurado á levantarlo á expensas de la nacion. Nuestros reveses y nuestras desgracias no nos lo han permitido; no culpo por ello á nadie, porque culpando á álguien, nos culpamos todos. Nuestras desdichas, repito, lo han estorbado. Hay por fortuna un español que, abandonado de todo el mundo, entregado á sus propios recursos, alentado sólo con la grandeza de su propia obra, sin ningun género de recelo ni de vacilacion, sin temer el abandono en que las circunstancias políticas dejan aquí á las empresas literarias, ha emprendido una obra que es un verdadero monumento nacional, un importantísimo monumento literario.

Para esta obra, señores Diputados, que no es solamente la reproduccion de cuanto más bello se ha escrito en la lengua castellana, que no es solamente la reproduccion de las obras inmortales de nuestros autores clásicos, sino que es esa reproduccion enriquecida por cuanto hay de más ilustre en estos momentos en la república literaria de España, es para la que yo pido á las Córtes españolas alguna proteccion, y no muy grande, la absolutamente indispensable para que la empresa no perezca. Una observacion seria bastante para empeñar á las Córtes en protegerla: la consideracion importantísima de que es un monumento que se va á levantar por el país á su verdadera nacionalidad, á sus más altas glorias literarias. Pero es que además debeis tener en cuenta que esa proteccion que yo os pido es para lo que ahora existe, porque cuanto hay de más notable hoy entre nosotros concurre á que la publicacion de esa obra sea digna de su importancia; así al lado del teatro de Lope, de Calderon, de Tirso y de Alarcon encontraréis el nombre de Hartzenbusch, que se está inmortalizando más que con sus propias obras, tan dignas ya de la inmortalidad, con los afanes y la vigilia que dedica á desenterrar de los archivos comedias y obras inmortales de Lope y Calderon, que, ó no conocíamos, ó teníamos que ir á leer en ediciones alemanas.

En Berlin y en Leipsik teníamos que buscar los españoles las obras del inmortal Calderon. Hoy, merced á un hombre que las imprime y al estudio y á los afanes de Hartzenbusch, se pueden leer estas obras impresas en Madrid y en edicion correcta y esmerada. Todos saben que eran completamente ilegibles las ediciones que teníamos de las obras de Quevedo, y hoy tenemos de ellas una edicion castiza y corregida, merced á los desvelos y profundos estudios, que no serán nunca bien satisfechos por la fama, única que puede recompensar estos trabajos de mi querido amigo el señor don Aureliano Fernandez-Guerra. Hasta hoy teniais que buscar en bibliotecas oscuras, en archivos desconocidos, que sólo para saber su existencia se necesita la vida de un hombre, las obras inmortales de la doctora santa Teresa. Estas obras las tendreis impresas pronto bajo la garantía de un literato concienzudo y estudioso que está dedicando á ese trabajo su vida y su talento: mi amigo el señor Pedroso. En esa obra tendreis completos nuestros bellísimos romances, recogidos con indecible esmero por el señor don Agustin Durán, tan digno de alabanza por su saber como por su rarísima modestia.

Y qué! Todo esto, señores Diputados, ¿no merece que por una sola vez haga el país el pequeño sacrificio de 400,000 reales para que esta obra se pueda continuar, y hasta mejorar sus condiciones tipográficas y materiales? Pues esto es lo que de vosotros solicito. Y ¿qué aplicacion se puede dar á esto? ¿Es por ventura que se van á gastar 400,000 reales por disposicion del ilustrado señor Ministro de Fomento, que, cualquiera que sea la diferencia de nuestras opiniones, no tengo duda de que haria un uso provechoso de esta suma? Pero ¿cuál es la aplicacion que conviene darle? ¿Es sólo esa cantidad para proteger la obra? No, señores: con esa publicacion se puede y se debe hacer algo más por el país.

El estudio de los grandes modelos de la lengua de Castilla es hoy una cosa importantísima; porque, seño-

res, el idioma español se va perdiendo, la antigua habla castellana está para espirar; es preciso difundir los grandes modelos, es preciso que la juventud lea y estudie nuestros autores clásicos. Pues bien: esa obra, que va á ser un tanto costosa para un particular de fortuna modesta ó de escasos medios, es preciso que se remita por el Gobierno á todos los establecimientos de instruccion pública: es preciso que se remita á expensas del Estado á todas las bibliotecas de provincias, á todas partes donde haya reunion de jóvenes ó de hombres estudiosos, los cuales deben tener siempre delante esos grandes modelos del habla castellana, esos escritores cuyo estudio hay que fomentar en la juventud, si no queremos perder el sello más inextinguible de nuestra nacionalidad, que es la pureza del idioma. Es evidente que se está viciando la lengua. Acudamos á evitarlo, que es obra digna de las Córtes; acudamos con el reparo conveniente, que es el del ejemplo. Pongamos en manos de todos los jóvenes, enviemos á las bibliotecas de todas las provincias esos grandes modelos que nos han precedido, esos grandes maestros que han hecho tanto como los hombres de armas y los grandes guerreros por la verdadera gloria del país y por su verdadera nacionalidad.

Cuando los libros que se puedan comprar por la cantidad de 400,000 reales se hayan concluido de repartir en los establecimientos de instruccion y en las bibliotecas de las provincias, áun puede hacer más el Gobierno, áun puede llevar esos modelos, ya que se emplea dinero en levantar este monumento nacional, áun enviarlos, y yo se lo recomiendo, á todas las repúblicas de la América del Sur, en que se habla el idioma castellano. ¿Qué importa que las hayamos perdido? Aun profesan allí la Religion de nuestros padres, áun se habla allí la lengua de nuestros mayores. Aun contamos con estos dos medios grandes de influencia. Enviemos allí nuestros grandes maestros, y algo habremos hecho por este medio para tener una influencia positiva allí donde en otro tiempo fuimos dueños; porque de esta manera se les recuerda, sin que padezcan mortificacion, ántes bien gozo y orgullo, la igualdad de orígen y de casta, y que en aquellas comarcas se adora á Dios verdadero y se gozan los beneficios de la civilizacion, merced á los españoles.

Esta es la vez primera, y acaso será la última, en que os propongo una cosa que todos podeis votar, que no es de partido, que es nacional, que es española. Y no desaprovecheis la ocasion que se os presenta, porque es preciso que tengamos todos en cuenta que los protectores de las artes y de las letras pasan con una aureola de gloria á la posteridad. ¿Quién sabe, señores Diputados, si la única cosa por la cual todos nosotros nos librarémos del olvido sea por proteger este monumento literario? Quién sabe si cuando hayan pasado doctrinas que hoy están en boga, que quizás sean ciertas, que quizás no lo sean, porque la humanidad no ha dicho aún su última palabra; quién sabe, digo, si cuando todas estas teorías hayan pasado, y estas formas de gobierno hayan concluido, la posteridad nos mirará con desden como políticos, y sólo tendrá una sonrisa para los que hayan mirado por las letras? Acaso el dia en que se desacrediten todas nuestras teorías políticas, sólo quede en la memoria de los españoles el nombre de aquellos que miraron por la gloria de su país, dispensando una proteccion generosa á las letras y á las artes.

No mireis á quien lo pide, señores Diputados; considerad tan sólo lo que os pide. Solicito vuestro voto para que llegue á feliz término un monumento literario, que vivirá más que nuestras leyes políticas y más que las modernas Constituciones.

El señor Ministro de FOMENTO (Luxán), apoyando la enmienda en su esencia, sólo hizo algunas observaciones relativas á la apreciacion hecha por el señor Nocedal de nuestra actual importancia militar; las cuales, contestadas por este señor Diputado, concluyó el señor Ministro por dar su asentimiento á la idea en nombre del Gobierno, dejando la resolucion al criterio de las Córtes.

Hecha la pregunta de si se tomaba en consideracion la enmienda del señor Nocedal, se reclamó por suficiente número que la votacion fuese nominal, y resultó tomarla en consideracion por 119 votos contra 32.

TOMOS PUBLICADOS, 63.

Advertencia al encuadernador.—El número entre ( ) que sigue al título indica el de la Coleccion; la abreviatura al fin del artículo indica la signatura, en los tomos desde el XVIII en adelante.

OBRAS DE CERVANTES.—1 TOMO (1.°).

Contiene: Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, escrita por *Don Buenaventura Cárlos Aribau;* La Galatea; novelas ejemplares: La Jitanilla, El Amante liberal, Rinconete y Cortadillo, la Española inglesa, El licenciado Vidriera, La fuerza de la sangre, El celoso Extremeño, La ilustre Fregona, Las dos Doncellas, La Señora Cornelia, El casamiento engañoso, Coloquio de los perros, La Tia fingida, El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, primera y segunda parte; Trabajos de Persiles y Sigismunda, Poesías sueltas. (XXXIV-716 páginas.)

OBRAS DE DON NICOLÁS Y DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.—1 TOMO (2.°).

Todas las producciones conocidas en prosa y verso de ambos autores, con las Vidas de los dos; escrita la del primero por el segundo (Don Leandro), y la de éste por el Colector, *Don Buenaventura Cárlos Aribau.* (XL-636 p.)

NOVELISTAS ANTERIORES A CERVANTES. 1 TOMO (3.°).

Despues de un discurso preliminar sobre la primitiva novela española, obra del *Señor Don Buenaventura Cár-*

los Aribau, contiene: La Celestina, de *Fernando de Rojas* y *Rodrigo de Cota*; Lazarillo de Tórmes, de *Don Diego Hurtado de Mendoza, incierto autor*, y *H. Luna*; El Patrañuelo, de *Juan de Timoneda*; y el Sobremesa y alivio de caminantes, del mismo autor; Doce cuentos, de *Juan Aragonés*; Guzman de Alfarache, por *Mateo Aleman* y por *Mateo Lujan de Sayavedra*; Clareo y Florisea, por *Alonso Nuñez de Reinoso*; Selva de aventuras, por *Jerónimo de Contreras*; Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa, por *Antonio de Villegas*; Guerras civiles de Granada, por *Ginés Perez de Hita*. (XXXVI-690 p.)

ELEGÍAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS, POR JUAN DE CASTELLANOS.—1 TOMO (4.º).

Primera, segunda y tercera parte, precedidas de un prólogo del *Señor Aribau*. (VI-568 p.)

COMEDIAS ESCOGIDAS DE TIRSO DE MOLINA.—1 TOMO (5.º).

Contiene treinta y seis comedias, escogidas por *Don Juan Eugenio Hartzenbusch*, precedidas de un prólogo escrito por este literato, y seis artículos biográficos y críticos acerca del Maestro Tirso, debidos á las plumas de diferentes escritores notables; terminando el tomo con varios apéndices. (XLIV-726 p.)

OBRAS COMPLETAS DE FRAY LUIS DE GRANADA.—3 TOMOS (6.º-8.º-11.º).

El 1.º contiene: La Vida del autor, escrita por el *señor Don José Joaquin de Mora*; Guia de pecadores, Introduccion del símbolo de la Fe. (XL-740 p.)

El 2.º, el libro de la Oracion y consideracion, Memorial de la vida cristiana, Adiciones. (VIII-616 p.)

El 3.º, trece sermones del venerable padre maestro *fray Luis de Granada*, compendio y explicacion de la doctrina cristiana, Breve memorial y guia de lo que debe hacer el cristiano, Discurso sobre el misterio de la Encarnacion, Oracion al glorioso patriarca Santo Domingo, Compendio de la doctrina espiritual, Vida de San Juan Clímaco, Escala espiritual, compuesta por este santo; Menosprecio del mundo y imitacion de Cristo, Vida de Fray Bartolomé de los Mártires, Vida del venerable padre maestro Juan de Avila, Los seis libros de la retórica eclesiástica. (IV-648 p.)

TEATRO COMPLETO DE CALDERON DE LA BARCA.—4 TOMOS (7.º-9.º-12.º-14.º).

El 1.º principia con un prólogo escrito por el Colector, *Señor Hartzenbusch*, las aprobaciones, advertencias, prólogos y licencias de las ediciones antiguas, y veinte artículos biográficos y críticos acerca de Calderon, escritos por diferentes autores de nota; y se incluyen treinta y una comedias de este autor. (LXXVI-612 p.)

El 2.º contiene treinta y dos comedias. (IV-688 p.)

El 3.º contiene igual número de las mismas. (IV-738 p.)

El 4.º contiene veinte y ocho de ellas, once entremeses, dos mojigangas, tres jácaras entremesadas, algunas poesías sueltas del autor. Completan el tomo una advertencia del Colector con la noticia de las ediciones consultadas para formar esta; un catálogo cronológico y otro clasificado de todas las comedias de Calderon; y por último, una porcion de notas é ilustraciones á varias comedias del mismo. (IV-756 p.)

ROMANCERO GENERAL, DE DON AGUSTIN DURÁN.—2 TOMOS (10.º-16.º).

En el 1.º van mas de novecientos romances, ilustrados con notas del Colector, que le ha dado principio con un extenso prólogo, insertando á continuacion el discurso preliminar de la primera edicion del Romancero de romances caballerescos é históricos, catálogos de pliegos [illegible] siglos XVI y XVII, de los romances del tiempo [illegible] 'as relaciones en romances. (XCVIII 600 p.)

[illegible] pues de una advertencia del Colector, y el primer volúmen por *Don J. F. Pacheco*, va la conclusion del Romancero de históricos, el de vulgares, el de varios, cuatro apéndices y un suplemento; terminando con un índice de autores, otro bibliográfico, y otro general muy extenso, formado por el primer verso de cada composicion, rectificadas y aumentadas en él las citas de los libros donde se hallan: todos estos índices por órden alfabético, además del cronológico de este tomo, que se ha colocado al principio del mismo (XII-736 p.)

EPISTOLARIO ESPAÑOL.—2 TOMOS (13.º-62.º).

El 1.º contiene, despues de una introduccion escrita por el Colector, *Don Eugenio de Ochoa*, El Centon epistolario de *Cibdareal*, Las letras de *Pulgar*, Las cartas de *Ayora*, *Pedro de Rhua*, *Antonio Perez*, *Solís*, *Don Nicolás Antonio* y *Cadahalso*; Las epístolas familiares de *Guevara* y del *Padre Ortiz*, El epistolario espiritual del venerable *Padre maestro Avila*. (XII-646 p.)

El 2.º contiene cartas del *Marqués de Santillana*, la *reina doña Isabel la Católica*, *Felipe II*, *Duque de Alba*, *Don Juan de Austria*, *Don Pedro Calderon de la Barca*, *el cardenal Don Francisco de Lorenzana*, *el cardenal Jimenez de Cisneros*, y otros hasta cerca de cien autores diferentes. Precediendo un prólogo escrito por el Colector. (VIII-640 p.) EPIST. II.

OBRAS ESCOGIDAS DEL PADRE ISLA. 1 TOMO (15.º).

Contiene: Una noticia de la vida y escritos del autor, por *Don Pedro Felipe Monlau*; Dia grande de Navarra; Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, corregida y enmendada; Coleccion de varios escritos críticos, polémicos y satíricos, en prosa y en verso, que se dieron á la estampa ó corrieron manuscritos con motivo de la Historia de Fray Gerundio, edicion corregida y aumentada con muchos escritos inéditos; Cartas de Juan de la Encina, Cartas familiares: edicion ordenada nuevamente y aumentada con algunas cartas inéditas. (XLII-632 p.)

POEMAS ÉPICOS.—2 TOMOS (17.º-29.º).

El 1.º contiene, despues de una advertencia del Colector *Don Cayetano Rosell*, La Araucana, El Bernardo, La Cristiada, La Historia del Monserrate, La Mosquea. (XII-628 p.)

El 2.º, principiando con un prólogo y un catálogo de poemas castellanos heroicos, debido uno y otro á la pluma del mismo Colector, contiene: La Austriada, de *Juan Rufo*; Vida, excelencias y muerte del patriarca San José, del maestro *José de Valdivielso*; la Creacion del mundo, del doctor *Alonso de Acevedo*; Nápoles recuperada, de *Don Francisco de Borja*; Arauco domado, del licenciado *Pedro de Oña*; Endimion, de *Marcelo Díaz de Callecerrada*; la Raquel, de *Don Luis de Ulloa y Pereira*; el Deucalion, de *Don Alonso Verdugo de Castilla*; la Agresion británica, de *Juan María Maurí*; las Naves de Cortés destruidas, de *Don Nicolás Fernandez de Moratin*; la Inocencia perdida, de *Don Alberto Lista y Aragon*; la Inocencia perdida, de *Don Félix José Reinoso*. (XXVIII-520 p.) I·E.-II.

NOVELISTAS POSTERIORES A CERVANTES.—2 TOMOS (18.º-33.º).

TOMO PRIMERO.—Contiene El Quijote, de *Avellaneda*; El Español Gerardo, de *Céspedes*; El Soldado Píndaro, del mismo; El escudero Márcos de Obregon, de *Vicente Espinel*; Los tres Maridos burlados, del *Maestro Tirso de Molina*; El Donado hablador, del *Doctor Jerónimo de Alcalá*: todo precedido de una noticia crítico-bibliográfica por *Don Cayetano Rosell*. (XIV-586 p.) N-I.

TOMO II. — Introduccion. Bosquejo histórico sobre la novela española, por *Don Eustaquio Fernandez de Navarrete*. — Novelas. El curioso y sabio Alejandro, por *Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo*; El Diablo Cojuelo, por *Luis Vélez de Guevara*; La Pícara Justina, por *Francisco Lopez de Ubeda*; La Garduña de Sevilla, La Inclinacion española y El Disfrazado, por *Alonso de Castillo Solorzano*; Vida de don Gregorio Guadaña, por *An-*

tonio Enriquez Gomez; Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez, Los tres hermanos, por *Francisco Navarrete y Ribera;* El Caballero invisible, anónimo; Dia y noche de Madrid, por *Francisco Santos;* Virtud al uso y mística á la moda, por *Don Fulgencio Afan de Ribera;* La vengada á su pesar, y Ardid de la pobreza y astucias de Vireno, por *Don Andrés de Prado;* El hermano indiscreto, y Eduardo rey de Inglaterra, por *Don Diego de Agreda y Vargas;* Nadie crea de ligero, por *Don Baltasar Mateo Velazquez;* La muerte del avariento y Guzman de Juan de Dios, por *Don Andrés del Castillo;* No hay desdicha que no acabe, por un ingenio de esta córte; Sucesos y prodigios de amor, por *Juan Perez de Montalvan;* El castigo de la miseria, La Fuerza del amor, El juez de su causa, y Tarde llega el desengaño, por *Doña María de Zayas y Sotomayor.* (c-384 p.) N-II.

OBRAS COMPLETAS DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.—1 TOMO (19.°).

Contiene todas las obras publicadas é inéditas de este autor, á saber: en Literatura, poesías sueltas; tragedias; las Reglas del drama; Vida de Cervantes; Noticia histórica y literaria de Melendez; Introduccion histórica para una coleccion de poesías castellanas; Informe sobre arreglo de instruccion pública; Discurso inaugural de la Universidad central.—En Historia, las Vidas de españoles célebres, con sus correspondientes apéndices. — En Política, Cartas á lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional. (VIII-592 p.) Q.ª

COMEDIAS DE ALARCON.—1 TOMO (20.°).

Contiene todas las de este autor, con un prólogo del Colector, *Señor Hartzenbusch;* un discurso del mismo sobre los caractéres distintivos de las obras dramáticas de Alarcon; varios artículos acerca de este poeta, obras de diversas plumas, y al fin del tomo notas é ilustraciones á todas las comedias coleccionadas. (XLVIII-556 p.) A.

HISTORIADORES DE SUCESOS PARTICULARES.—2 TOMOS (21.°-28.°).

TOMO PRIMERO.—Se incluyen en este volúmen la Expedicion de Catalanes y Aragoneses, de *Moncada;* la guerra de Granada, de *Hurtado de Mendoza;* el Rebelion de los Moriscos, de *Mármol Carvajal;* la Relacion de las Comunidades, de *Pero Mejía* (inédita); el Comentario de la Guerra de Alemania, de *Avila y Zúñiga;* la Jornada de Cárlos V á Túnez, de *Gonzalo de Illescas;* Movimientos, separacion y guerra de Cataluña, de *Melo;* con apéndices, y una introduccion y notas del Colector, *Don Cayetano Rosell.* (XXXVI-544 p.) H-I.

TOMO II. — Contiene las Guerras de los Estados Bajos, desde 1588 hasta 1599, recopiladas por *Don Cárlos Coloma;* Historia de la Conquista de Méjico, de *Don Antonio Solís y Ribadeneyra;* Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos, desde 1567 hasta 1577, por *Don Bernardino de Mendoza.* Precede una noticia biográfica de los autores comprendidos en el tomo. (VIII-572 p.) H-II.

HISTORIADORES PRIMITIVOS DE INDIAS. 2 TOMOS (22.°-26.°).

TOMO PRIMERO. — Cartas de relacion de *Fernando Cortés* sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España; Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias, de *Francisco Lopez de Gomara;* Relacion hecha por *Pedro de Albarado* á Hernando Cortés; otra de *Diego Godoy* al mismo; sumario de la natural historia de las Indias por *Gonzalo Hernandez de Oviedo y Valdés;* Naufragios de *Alvar Nuñez Cabeza de Vaca,* y relacion de la jornada que hizo á la Florida; Comentarios de *Alvar Nuñez Cabeza de Vaca:* precedido todo de un discurso preliminar con la noticia de la vida y obras de estos autores, escrito por el Colector, *D. Enrique de Vedia.* (XXII-602 p.) HA.

TOMO II.—Conquista de Nueva España, por *Bernal Diaz del Castillo;* Conquista del Perú, por *Francisco de Jerez;* Crónica del Perú, por *Pedro de Cieza de Leon;* Historia del Perú, por *Agustin de Zárate.* (XII-576 p.) HA-II.

OBRAS DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.—2 TOMOS (23.°-48.°).

TOMO PRIMERO.—Da principio con un extenso y luminoso discurso preliminar, y la Vida de este insigne ingenio, escritos por el Colector, *Don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe,* á vista de preciosos documentos hasta ahora desconocidos. Siguen copiosos catálogos de impresos y manuscritos; elogios, aprobaciones y juicios críticos de las plumas antiguas y modernas más aventajadas. Inclúyense á continuacion todas las obras del autor comprendidas en las tres secciones de *políticas, satírico-morales* y *festivas,* cuyo texto, limpio y correcto, va ilustrado con notas históricas y biográficas y noticias de suma curiosidad; terminando con una prolija coleccion de las variantes sin cuento que se hallan en manuscritos sumamente apreciables y en muchas ediciones rarísimas, llamadas aquellas con minuciosa exactitud á los puntos del texto á que se refieren, además de otras más importantes que van notadas al pié del mismo, á fin de llenar los deseos de toda clase de lectores. (CXXXVI-552 p.) Q-I.

TOMO II. — Contiene las obras comprendidas en las dos secciones de *ascéticas y filosóficas* y *crítico-literarias,* el *Epistolario* y *documentos relativos á la vida del autor;* precediendo un discurso preliminar, escrito por el Colector, *Don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe,* los elogios, aprobaciones y advertencias, y un registro de los manuscritos confrontados para la impresion de este segundo tomo. (XLII-688 p.) Q-II.

COMEDIAS ESCOGIDAS DE FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.—4 TOMOS (24.°-34.°-41.°-52.°).

TOMO PRIMERO.—Despues de un prólogo escrito por el Colector, *Don Juan Eugenio Hartzenbusch,* y algunos preliminares, se incluyen veinte y siete comedias y varios apéndices. (XXXII-592 p.) L-I.

El 2.° contiene veinte y ocho comedias. (IV-596 p.) L-II.

El 3.° lleva treinta y dos comedias. (IV-562 p.) L-III.

El 4.° consta de veinte y tres comedias, el catálogo de todas las del autor, y dos apéndices. (XXXIV-596 p.) L.-V.

OBRAS DE DON DIEGO SAAVEDRA FAJARDO Y DEL LICENCIADO PEDRO FERNANDEZ DE NAVARRETE.—1 TOMO (25.°).

Contiene: del primer autor, las Empresas políticas, República literaria, Locuras de Europa, Política y razon de estado del rey católico Don Fernando. — Del segundo, la Conservacion de monarquías, y la carta de Lelio Peregrino á Estanislao Borbio. (XXIV-560 p.) S.

ESCRITORES DEL SIGLO XVI.—2 TOMOS (27.°-37.°).

Contiene el 1.°: Obras completas de *San Juan de la Cruz;* Juicio crítico sobre la Magdalena, de *fray Pedro Malon de Chaide;* Tratado de la Paciencia Cristiana, de *fray Fernando de Zárate:* precedido de noticias crítico-biográficas de los mismos autores. (XXIV-688 p. E). XVI-I.

El 2.° Obras de *fray Luis de Leon,* precediéndolas su Vida, escrita por don Gregorio de Mayans y Siscar, anotada por el Colector, y un extracto del proceso instruido contra el autor en la ciudad de Salamanca, en los años de 1571 al 1576, en que se insertan íntegros todos los escritos redactados y presentados en defensa propia por este sabio y virtuoso varon. (LXXIV-494 p.) E. XVI-II.

OBRAS DEL PADRE JUAN DE MARIANA. 2 TOMOS (30.°-31.°).

El 1.° contiene los diez y siete primeros libros de la Historia general de España, precedidos de un discurso preliminar del Colector, *D. F. P. y M.* (LII-536 p.) M-I.

En el 2.° se incluyen, despues de los trece últimos libros de la Historia de España y el Sumario de lo acontecido en los años adelante, el Tratado contra los juegos públicos; Del Rey y de la institucion real (El libro *De Rege*), tradu-

cido por el Colector; De la alteracion de la moneda, y las Enfermedades de la Compañía; terminando con un catálogo completo de todas las obras del autor, el resúmen de materias de las que no se insertan por no estar escritas en lengua castellana, y el juicio crítico de cada una de ellas. (IV-632 p.) M-II.

POEMAS LÍRICOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.—2 TOMOS (32.°-42.°).

Principia el 1.° con un prólogo y Apuntes biográficos de los autores comprendidos en él, y se incluyen composiciones de los siguientes, con juicios críticos de cada uno de ellos: *Garcilaso de la Vega*, *Cetina*, *Hurtado de Mendoza*, *Castillejo*, *Herrera*, *Medrano*, *Pablo de Céspedes*, *Francisco Pacheco*, *Rioja*, *Arguijo*, *Baltasar del Alcázar*, *Juan de Salinas*, *Pedro de Quirós*, *Góngora y Argote*. (XXXVI-556 p.) P. XVI-I.

El 2.°, comenzando con *várias observaciones sobre algunas particularidades de la poesía española, y apuntes biográficos de algunos de los autores comprendidos en el mismo*, escritos por el Colector, *Don Adolfo de Castro*, contiene composiciones de *Pedro de Espinosa Trillo y Figueroa*, *Don Juan de Jáuregui*, *Felipe IV*, *el infante Don Cárlos de Austria*, *Villamediana*, *Miguel Moreno*, *Polo de Medina*, *Salazar y Torres*, *Alonso de Varros*, *Perez de Herrera*, *Juan de Salinas*, *los Argensolas*, *Antonio Enriquez Gomez*, *Conde de Rebolledo*, *Setanti*, *Juan Rufo*, *Mirademescua*, *Cáncer y Velasco*, *Solís y Rivadeneyra*, *Valenzuela*, *Cairasco de Figueroa*, y otros. (CX-602 p.) P. XVI.-II.

ROMANCERO Y CANCIONERO SAGRADOS. 1 TOMO (35.°).

Contiene sobre mil composiciones de varios autores, como son: *Luis Hurtado de Toledo*, *san Francisco Javier*, *licenciado Dueñas*, *Ubeda*, *fray Luis de Leon*, *Lope de Vega*, *Alonso de Bonilla*, *Pablo Verdugo*, *Arcángel de Alarcon*, *fray Pedro de Padilla*, *fray Ambrosio de la Roca y Serna*, *Lopez Maldonado*, *Miguel de Cervantes*, *Gutierre de Cetina*, *Gregorio Silvestre*, *Juan Osorio de Cepeda*, *Baltasar Estazo*, *Cristóbal de Villarroel*, *Pedro de Espinosa*, *Francisco de Quevedo*, *Sebastian de Córdoba*, *Felipe Mey*, *Montesino*, *Damian de Vegas* y otros muchos. (VIII-568 p.) R. Y C. S.

CURIOSIDADES BIBLIOGRÁFICAS. 1 TOMO (36.°).

Contiene: Crónica de *Don Francesillo de Zúñiga;* La Tebaida, de Estacio, traducida; Discurso historial de la presa de la Maamora; Florando de Castilla; Diálogos de apacible entretenimiento: El concejo y consejeros del Príncipe, etc.: Los problemas de *Villalobos;* Invectiva contra el vulgo; Discursos de la viuda de veinte y cuatro maridos; Cartas de *Don Juan de la Sal;* Carta de *Don Diego de Mendoza* al capitan Salazar; Pia junta en el panteon del Escorial. (XXVI-560 p.) C-B.

OBRAS NO DRAMÁTICAS DE FRÈY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.—1 TOMO (38.°).

Contiene: *Obras en prosa.*—Novelas dirigidas á la señora Marcia Leonarda; La Arcadia; Respuesta de Lope á un papel que escribió un señor de estos reinos, en razon de la nueva poesía; Vida de san Isidro; Dedicatoria é introduccion puestas al libro *Justa poética* en las fiestas de la beatificacion de este santo; Relacion de las fiestas hechas por la villa de Madrid en la canonizacion del mismo; Triunfo de la fe; Cien jaculatorias á Cristo nuestro Señor.

Obras en verso.— Laurel de Apolo; Arte nuevo de hacer comedias; La Gatomaquia; Descripcion de la Abadía; Descripcion de la Tapada; La mañana de San Juan; Fiestas de Denia; La Filomena; La Andrómeda; La Circe; La Rosa blanca. Y además cerca de 350 composiciones várias.

Concluye con un catálogo de ediciones que se han tenido presentes de obras sueltas de LOPE, otro de autores en el Laurel de Apolo, y otro de panegiristas del autor; un índice general alfabético de las obras sueltas del mismo que comprende la edicion de Sancha, otro de las poesías que comprende el códice autógrafo de LOPE, propio del señor Durán, y otro del autógrafo del señor Pidal. (XVI-568 p.) L-IV.

COMEDIAS ESCOGIDAS DE DON AGUSTIN MORETO Y CABAÑA.—1 TOMO (39.°).

Contiene treinta y dos comedias, coleccionadas é ilustradas por *Don Luis Fernandez-Guerra y Orbe*, con un discurso preliminar escrito por el mismo. (LVI-656 p.) M.°

LIBROS DE CABALLERÍAS.—1 TOMO (40.°).

Contiene los cuatro libros de *Amadís de Gaula*, y las *Sergas de Esplandian;* con un discurso preliminar y un catálogo razonado, escritos por el Colector, *Don Pascual de Gayangos*, de todos los libros de caballerías que hay en lengua castellana ó portuguesa. (XCVI-580 p.) LC.

DRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS DE LOPE DE VEGA.—2 TOMOS (43.°-45.°).

Coleccion escogida y ordenada, con un discurso, apuntes biográficos y críticos de los autores, noticias bibliográficas y catálogos, por *Don Ramon de Mesonero Romanos*.

El 1.° contiene comedias de *Miguel Sanchez* (el Divino), *canónigo Tárrega*, *Gaspar Aguilar*, *Ricardo Turia*, *Boil*, *Guillem de Castro*, *licenciado Mexía de la Cerda*, *Juan Grajales*, *Damian Salustrio del Poyo*, *Andrés Claramonte y Gaspar de Avila*. (XXXVIII-584 p.) DD. C. DE L.-I.

El 2.° comprende comedias del *Doctor Mirademescua*, *Luis Velez de Guevara*, *Doctor Felipe Godinez*, *Don Diego Ximenez de Enciso*, *Don Rodrigo y Don Jacinto de Herrera*, *Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo*, *Don Alonso de Castillo Solorzano*, *Luis de Belmonte Bermudez*, *el licenciado Don Jerónimo de Villaizan*, *Don Antonio Coello*, *Don Antonio Hurtado de Mendoza*, *Doctor Juan Perez de Montalvan*. (LVI-608 p.) DD. C. DE L.-II.

LA GRAN CONQUISTA DE ULTRAMAR. 1 TOMO (44.°).

Va ilustrado con notas críticas y un glosario por el Colector, *Don Pascual de Gayangos*. (XVIII-684 p.) C-U.

OBRAS PUBLICADAS É INÉDITAS DE DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.—2 TOMOS (46.°-50.°).

El 1.° va precedido de un luminoso discurso preliminar, acerca de la vida y obras del autor, escrito por el Colector, *Don Cándido Nocedal*. (LVI-624 p.) J.-I.

El 2.° principia con un prólogo escrito tambien por el Colector, *Señor Nocedal*. (XXVI-548 p.) J.-II.

DRAMÁTICOS POSTERIORES Á LOPE DE VEGA.—2 TOMOS (47.°-49.°).

En el 1.° se incluyen comedias de *Don Antonio de Solís*, *Don Alvaro Cubillo de Aragon*, *Don Juan de Matos Fragoso*, *Don Francisco de Leiva Ramirez de Arellano*, *Don Diego y Don José de Figueroa y Córdoba*, *Don Sebastian de Villaviciosa y Don Francisco de Avellaneda*, *Don Antonio Martinez*, *Don Antonio Enriquez Gomez*, *Don Fernando de Zárate*, *Don Juan Velez* y *Don Jerónimo de Cuellar;* con un discurso, apuntes biográficos y críticos, noticias bibliográficas y catálogos, por *Don Ramon de Mesonero Romanos*. (LIV-622 p.) P. Á L.-I.

El 2.° principia con apuntes biográficos y críticos de los autores en él comprendidos, y un índice alfabético de comedias, tragedias, etc., del Teatro español, desde 1580 á 1740, dispuestos por el Colector, *Don Ramon de Mesonero Romanos*, y contiene comedias de *Don Juan Bautista Diamante*, *Don Cristóbal de Monroy y Silva*, *Doña Ana Caro*, *el P. Valentin de Céspedes*, *Don Francisco de Monteser*, *Don Juan de la Cruz y Mota*, *Don Agustin de Sala-*

zar y Torres, *Soror Juana Inés de la Cruz*, *Don Francisco Bances Candamo*, *Don Melchor Fernandez de Leon*, *Don Antonio de Zamora*, y *Don José de Cañizares*. (LII-656 p.) P. Á L -II.

ESCRITORES EN PROSA ANTERIORES AL SIGLO XV.—1 TOMO (51.°).

Contiene el libro de *Calila é Dymna; Castigos del Rey Don Sancho; Obras de Don Juan Manuel; Libro de los Enxemplos; Libro de los Gatos; Libro de las consolaciones de la vida humana*, por el antipapa Luna.

Precede á cada obra una noticia bibliográfica, escrita por el Colector, *Don Pascual de Gayangos*, así como la introduccion puesta al frente. (XIV-608 p.) E. A.-XV.

ESCRITOS DE SANTA TERESA DE JESUS. 2 TOMOS (53.°-55.°).

El tomo 1.° contiene: la Vida de la Santa; Libro de las Relaciones, de las Fundaciones, de las Constituciones; Avisos de Santa Teresa, Modo de visitar los conventos de religiosas; Camino de perfeccion; Conceptos del Amor de Dios; Las Moradas; Exclamaciones del alma á su Dios; Poesías; Escritos breves; Escritos sueltos; Obras atribuidas á Santa Teresa; Documentos relativos á la Santa y sus obras. Precedido todo de los preliminares, dispuestos por el Colector, *Don Vicente de la Fuente*. (XL-584 p.) S. T.

El 2.° contiene un epistolario con mas de 400 cartas de la Santa; varios apéndices con numerosos é importantes documentos relativos á la misma; precedido todo de los preliminares escritos por el Colector, *Don Vicente de la Fuente*. (LVI-538 p.) S. T.-II.

COMEDIAS ESCOGIDAS DE DON FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA. — 1 TOMO (54.°).

Contiene treinta comedias, precedidas de Apuntes biográficos, bibliográficos y críticos del autor, escritos por el Colector, *Don Ramon de Mesonero Romanos*. (XXVI-604 páginas.) R.

OBRAS ESCOGIDAS DEL P. FR. BENITO JERÓNIMO FEIJÓO Y MONTENEGRO.—1 TOMO (56.°).

Contiene: Discursos, Cartas y Poesías; con una noticia de la Vida del autor y juicio crítico de sus escritos, por el Colector, *Don Vicente de la Fuente*. (LIV-610 p.) F.

POETAS CASTELLANOS ANTERIORES AL SIGLO XV.—1 TOMO (57.°).

Coleccion hecha por *Don Tomás Antonio Sanchez*, continuada por el excelentísimo señor *Don Pedro José Pidal*, y aumentada é ilustrada, á vista de los códices y manuscritos antiguos, por *Don Florencio Janer*. (XLVIII-600 páginas.) P. A.-XV.

AUTOS SACRAMENTALES.—1 TOMO (58.°).

Coleccion escogida, dispuesta y ordenada por *Don Eduardo Gonzalez Pedroso*, la cual consta de más de 50 composiciones, precedidas de un prólogo escrito por el Colector. (LXIV-584 p.) A. S.

OBRAS ORIGINALES DEL CONDE DE FLORIDABLANCA, Y ESCRITOS REFERENTES Á SU PERSONA.—1 TOMO (59.°).

Coleccion hecha é ilustrada por *Don Antonio Ferrer del Rio*, de la Academia Española, principiando con una Introduccion escrita por el Colector. (XLVI-532 p.) F.-B.

OBRAS ESCOGIDAS DEL P. PEDRO DE RIVADENEYRA.—1 TOMO (60.°).

Contiene la *Vida de San Ignacio de Loyola* y la del *P. Diego Lainez; Historia del Cisma de Inglaterra; Tratado de la Tribulacion*, y el de *la religion y virtudes que debe tener un Príncipe cristiano*, y un *Epistolario*. Precediendo una noticia de la vida, y juicio crítico de los escritos del autor, debidos á la pluma del Colector, *Don Vicente de la Fuente*. (XXIV-612 p.) P. R.

POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII. 2 TOMOS (61.°-63.°).

El 1.° contiene poesías de *Gerardo Lobo*, *Jorge Pitillas*, *Huerta*, *Cadalso*, y otros, precedidas de un extenso bosquejo histórico sobre la poesía castellana en el siglo XVIII, escrito por el Colector, *Don Leopoldo Augusto de Cueto*. (CCXL-488 p.) I. Ps.-XVIII.

El 2.°, arreglado por el mismo Colector, contiene poesías de *Iriarte*, *Melendez Valdés*. *Forner*, *Arjona* y *Sanchez Barbero*. (IV-644 p.) II. Ps.-XVIII.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID, en la administracion, calle de la Madera, Núm. 8; librerías de *La Publicidad*, pasaje de Matheu; de *San Martin*, Puerta del Sol; de *Moya y Plaza*, Carretas, 8.

Barcelona, Riera; *Bilbao*, D. Tiburcio Astuy; *Búrgos*, Hervias; *Cádiz*, Verdugo y Comp.ª; *Cuenca*, Mariana; *Jaen*, D. Rafael Rodriguez de Galvez; *Jerez*, Bueno; *Logroño*, Ruiz; *Málaga*, D. Francisco de Moya; *Palma*, García; *Santiago*, D. Bernardo Escribano; *Sevilla*, Geofrin.

PRECIO, EN MADRID, 40 RS. TOMO EN RÚSTICA.

Los que de las provincias quieran recibirlos directamente pueden hacer el pedido al editor, *D. M. Rivadeneyra*, calle de la Madera, núm. 8, acompañando libranza por el importe de los tomos pedidos, al precio de Madrid, y se les remitirán inmediatamente, embalados, por el conducto que indiquen, quedando á su cargo el pago de portes.

Atendiendo á lo adelantado de la obra, y con objeto de facilitar su adquisicion á los que la deseen sin hacer de una vez el desembolso por todo lo publicado, se admiten suscriciones á r y pagar uno ó más tomos al mes.



